

98  
8

MEMORIAS  
DE LA  
REAL ACADEMIA DE CIENCIAS  
EXACTAS, FISICAS Y NATURALES  
DE  
MADRID

---

SERIE DE CIENCIAS NATURALES

---

TOMO XV

MEMORIAS  
DE LA  
REAL ACADEMIA DE CIENCIAS

EXACTAS, FISICAS Y NATURALES

DE

MADRID

SERIE DE CIENCIAS NATURALES

TOMO XV

EL SOLAR

EN LA

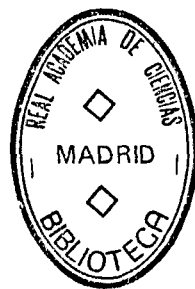
HISTORIA HISPANA

POR

EDUARDO HERNANDEZ-PACHECO

De la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Correspondiente de la Real Academia de la Historia.



MADRID

DOMICILIO DE LA ACADEMIA: VALVERDE, 24

TELEFONO 21-25-29

1 9 5 2



## P R E A M B U L O

El presente libro no es un Compendio de Historia de España, sino un relato histórico metodizado y ordenado, para encuadrar en él las características del desenvolvimiento que la cultura y la civilización han ido experimentando en el transcurso de los tiempos en la Península hispana.

Se atiende principalmente a la constitución del ambiente natural formado por el terreno en sus características geológicas, geográficas y fisiográficas, engendradoras de la vegetación, tanto de la silvestre como de la cultivada, las cuales son cambiantes en el transcurso de los tiempos, no tan sólo por el eterno variar de la naturaleza, sino por el factor humano, que es transformador, destruyendo o alterando la natural o espontánea y cambiando y desarrollando la artificial o cultivada.

Se sigue en este estudio, de carácter histórico, el procedimiento y método que el autor ha creído más conveniente para reseñar el influjo que en los acontecimientos de la historia hispana han ejercido el solar (geología y geografía) y la floresta (vegetación silvestre y cultivos). Es un estudio de Ciencias Naturales encajado en la descripción del panorama, cambiante, de la historia.

Es, hasta cierto punto, la presente publicación, una síntesis de la evolución y transformación de la cultura y de la civilización hispana, en relación con el ambiente presentado, en cada caso, por la naturaleza. Entendido de tal modo el asunto desarrollado,

se ha procurado que destaque en el relato lo decisivo, prestando menor atención o prescindiendo de lo accesorio, y aún de lo histórico, aunque sea de importancia, que no guarde relación directa con las características naturales en su amplio concepto; procurando no abandonar la seriación de los hechos históricos. Debiéndose tener presente, para tales efectos, que esta obra es labor de un naturalista.

En los acontecimientos de preponderante importancia en la historia hispana se procura al exponerlos reseñar el ambiente natural en que se desarrollaron, especialmente el del terreno, si se refieren a hechos bélicos, factor en estos casos de gran interés, tales, por ejemplo, en las batallas de Sagrajas, Alarcos, Navas de Tolosa, Aljubarrota, Campo atrincherado de Torres Védras, etc.

En otras ocasiones se expone cuáles y cómo eran las características naturales de Hispania en época determinada. A tal finalidad responde el análisis que se hace del «Libro de la Montería» por Alfonso XI, del que se deduce el desarrollo y magnitud de la floresta selvática, y la extensión ocupada por la gran fauna cinegética en la primera mitad del siglo XIV. De hechos singulares históricos pueden deducirse importantes datos respecto a características naturales de los territorios y aún del pueblo hispano, tal como del relato de la expedición, en 1836, de la columna militar mandada por el general carlista Gómez, recorriendo la mayor parte del ámbito peninsular.

Algunos acontecimientos históricos ejercieron preponderante influjo en el desarrollo agrícola y de las manufacturas artísticas de la nación, como fué la expulsión de los moriscos, que aunque muy relatada y comentada, la damos la importancia que merece.

Se analiza, pues, el ambiente natural en el que se desarrollaron los acontecimientos históricos, al modo como en la obra pictórica se atiende al fondo del cuadro, o en la representación teatral al decorado escénico, los cuales, en uno y otro caso, son esenciales, aunque lo fundamental sean los personajes y su actuación. Cuestión la del ambiente geográfico en su amplia acepción, no siempre cuidado su estudio por los historiógrafos, y del

que se derivan las características geopolíticas. Hay, por tanto, en el presente relato, intento de atender a dos evoluciones: a la puramente histórica de los hechos humanos, y a la que a lo largo del tiempo ha experimentado la naturaleza del país en que se desarrollaron los acontecimientos.

Se atiende en la publicación a las épocas prehistóricas hispanas en sus sucesivas fases de cultura: de pueblos cazadores (paleolíticos y mesolíticos); de pueblos ganaderos (neolíticos), y de comienzos de la agricultura (edades del metal); estudiándose el desarrollo del arte troglodita y rupestre, y su evolución; en cuyas cuestiones el autor expone los resultados de sus investigaciones personales.

Al tratar de la época de la romanización hispana se presta atención a la transformación cultural efectuada en relación con la floresta y la agricultura hispanas en aquellos tiempos, según los escritos de Catón, Varrón, Columela y Plinio.

A partir de la invasión musulmana y de la intensa revolución social que produjo, aceptada por la mayoría del pueblo hispano, los acontecimientos históricos son expuestos desde un punto de vista situado en el campo musulmán, que era de mayor influjo peninsular, y sus fuentes de conocimiento mucho más importantes y detalladas que las procedentes del campo cristiano; hasta que en tiempos de Alfonso VI y del Cid, la hegemonía peninsular corresponde a los cristianos; por lo que cambiamos el punto de vista de los acontecimientos, situándole en el Norte, desde donde se enfocan las observaciones de nuestro relato pertinentes a los acontecimientos, tanto en los reinos cristianos, como en los musulmanes del Andalus y demás territorios meridionales hispanos.

En los relatos de la Edad Media y Moderna, la investigación presta especial atención al desarrollo agrícola, forestal y ganadero, tal como lo pertinente a la Mesta, y a las disposiciones de gobierno, como las Ordenanzas de Felipe II, para la guarda y conservación de los montes de arbolado. Análogamente se estudia en la Edad Moderna el desarrollo agrícola ocasionado por el conjunto de disposiciones estatales denominadas desamortizadoras,

de los siglos XVIII y XIX; examinándose, en los tiempos de finales del siglo próximo pasado y primeras décadas del actual, la transformación y progresos realizados, entre otros aspectos de características industriales y culturales, los pertinentes al desarrollo agrícola, forestal y pecuario.

Se da extensión extraordinaria a la guerra de la Independencia hispana contra la invasión extranjera de las tropas napoleónicas; destinando a tales sucesos capítulo especial.

Obedece esto a que teniendo en cuenta el carácter de la presente publicación, puede deducirse de tal acontecimiento, mejor que de otros, el influjo que en los hechos históricos ejercen las características naturales del conjunto peninsular; por cuanto abarca, tal contienda guerrera, todo el ámbito del solar hispano y al total de su población. Otra consideración es haberse efectuado el acontecimiento en época relativamente reciente; cuando de los tres factores fundamentales de la guerra: ejército, armamento y terreno, los dos primeros eran más afines a los actuales que los de tiempos anteriores. De tales consideraciones puede deducirse con mayor claridad que en otros casos, las características geoestratégicas del solar hispano, pertinentes al relieve, constitución litológica, clima y fisiografía del país, de cuyo conjunto se deriva la vegetación silvestre y cultivada, y, de todo ello, la distribución y densidad de la población; complejo de factores naturales que ejercen acción decisiva, no tan sólo en la guerra, sino en el desarrollo histórico de los pueblos y naciones.

Es objeto de atención, al tratar de las diversas épocas históricas, el desarrollo y variaciones demográficas de la población hispana y su distribución en los diversos sectores del ámbito peninsular.

En las ilustraciones que acompañan al texto, se ha procurado aclarar, éste, mediante abundantes mapas esquemáticos, trazados por el autor. Las reproducciones fotográficas de paisajes, localidades, monumentos, etc., son casi todos originales del autor y de su hijo y colaborador, el catedrático de Geografía Física de la Universidad de Madrid, Francisco Hernández-Pacheco de la Cuesta; obtenidas por uno u otro, o en expedición de am-

bos por el ámbito de la Península en plan de estudios geográficos, geológicos y fisiográficos.

Se ha procurado que el conjunto fotográfico, escogido del archivo común «Hernández-Pacheco», dé idea de la constitución natural del solar hispano (España y Portugal) y de sus típicas particularidades en relación con el tema que en el presente libro se desarrolla. En tal conjunto de ilustraciones hay de todo lo que da carácter típico al país. Atiéndese, principalmente, al campo en los diversos aspectos de su naturaleza: relieve, litología, características fisiográficas; vegetación silvestre y cultivada; ganadería extensiva, etc. Se reproducen aspectos de pueblos y ciudades o de sus monumentos históricos, y de antiguas construcciones de carácter arqueológico, desparramadas por el ámbito hispano; tales como antiguos puentes, a veces rotos, ya sin uso y fuera de camino; viejos castillos ruinosos en soledades que antaño fueron frontera polémica. Se representa alguna bella estatua marmórea y estela funeraria, encontradas en mansiones romanas campesinas poco conocidas. También se figuran algunos detalles arquitectónicos, evocadores de tiempos pretéritos, en pueblos o parajes diseminados por el solar de la vieja Hispania. Todo ello sin rebuscarlo, sino cuando salió al paso al recorrer los campos y poblados, recogiendo su imagen; contribuyendo de tal manera, en medida modesta, a la síntesis iconográfica del solar patrio.

Madrid, mayo 1952.

EDUARDO H.-PACHECO



## CAPITULO PRIMERO

# Tiempos prehistóricos y protohistóricos

SUMARIO: Ambiente natural de la Península en la primitiva época humana.—Etapa de la cultura cazadora en la primitiva humanidad hispana.—Etapa de la cultura ganadera en las épocas prehistóricas.—Distribución hispana del arte rupestre prehistórico.—Etapa de la cultura agrícola en las épocas protohistóricas.

### AMBIENTE NATURAL DE LA PENÍNSULA EN LA PRIMITIVA ÉPOCA HUMANA

Los estudios realizados en España, respecto a prehistoria, permiten hacerse idea de la cultura y costumbres de los hombres del paleolítico y de las características del medio ambiente de entonces, y por lo tanto, de la vegetación de aquella época.

Del último período interglacial conocemos, además del cráneo de mujer y los restos de niño hallados en el Peñón de Gibraltar, la mandíbula neandertaloide de Bañolas (Gerona) (fig. 1), encontrada entre las tobas del lago de dicha localidad. En esta formación de depósitos calizos existen numerosísimas impresiones de hojas y demás restos vegetales contemporáneos de la mandíbula. No se ha hecho un detenido estudio paleobotánico del yacimiento, pero por lo reconocido, se comprende que el hombre del paleolítico inferior de Bañolas vivió en país de extenso y denso bosque politépico, que ocuparía la región norte de Cataluña.

También vivirían, durante el último período interglacial, los primitivos madrileños, que utilizaron los abundantes instrumentos líticos, encontrados, juntamente con restos óseos de los animales de la fauna cingética, a la que daban caza aquellos remotos antecesores de la humanidad actual. En las colecciones del Museo Nacional de Ciencias Naturales y del Museo Municipal de Madrid, los ejemplares de tales restos y piezas líticas son abundantes.

Los yacimientos del paleolítico inferior de Madrid (fig. 2) están repartidos en ancha zona a lo largo del Manzanares: desde el puente de Se-

govia hasta las vías férreas que cruzan el río por Villaverde, y menos explorada hasta la desembocadura del Manzanares en el Jarama. Corresponden tales yacimientos a campamentos establecidos en los sotos que existirían a lo largo de la corriente fluvial, y se explica su relativa abundancia teniendo en cuenta las condiciones excelentes de ubicación de tales paraderos, situados junto al río, en el borde meridional de la zona de aluviones pliocenos, que se extienden hasta la base de la sierra. Zona

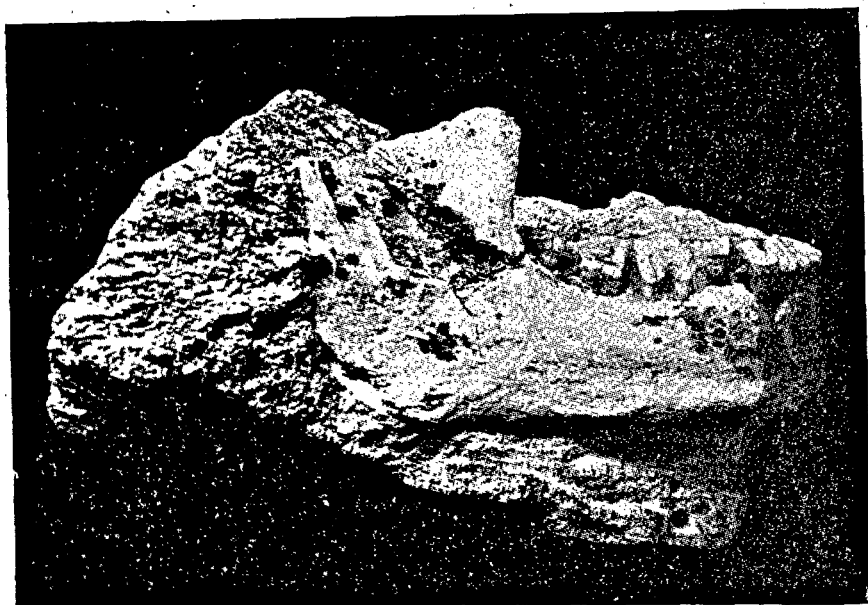


Fig. 1.—Mandíbula neandertaloide incluida en la toba cuaternaria del lago de Bañolas (Gerona). Reproducción de la lámina V de la publicación de 1915, por E. H. Pacheco y H. Obermaier. (Para la relación de tamaños: distancia del borde posterior de la rama ascendente a la sínfisis, a lo largo del borde alveolar; en el original, 110 mm.; en la figura, 70 mm.)

con densa vegetación arbórea y arbustiva que aún subsiste, en parte, y en la cual aquellos primitivos hombres darían caza a los grandes mamíferos de la época, base de su alimentación (fig. 3).

Hacia el Sur y el Este de los yacimientos se extiende la amplia llanura miocena de margas yesosas con productos salinos, impropia para la vegetación arbórea y sí para la esteparia y herbácea. Llanura inadecuada para la caza, pero abundantísima en el material lapídeo, base de las industrias prehistóricas anteriores a la época de los metales; el sílex, que se presta admirablemente para el lascado y fabricación de los instrumentos pétreos de entonces.

Nunca han tenido los habitantes de Madrid situación tan privilegiada, dado el grado de cultura de aquella humanidad primitiva, como en los remotos tiempos de la lejana época paleolítica: junto al río, en amplísi-

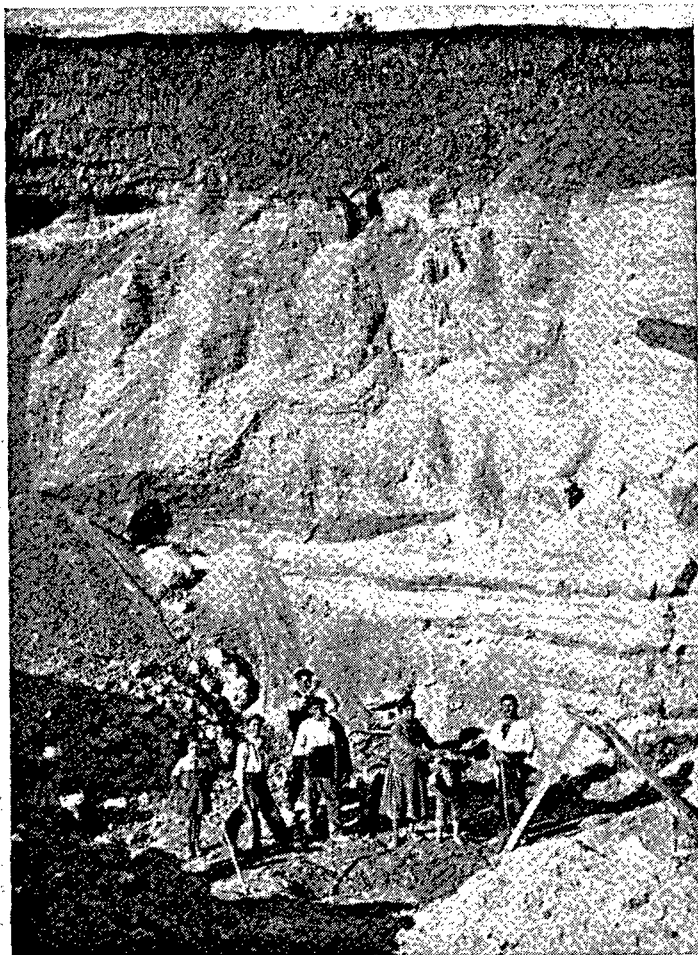


Fig. 2.—Explotación de los arenales de las terrazas cuaternarias del valle del Manzanares en Villaverde Bajo, inmediatos a Madrid. En la zona inferior, en donde está el grupo de obreros, aparecieron los restos óseos del *Elephas antiquus*, juntamente con utensilios de sílex del hombre primitivo.

(Foto Hernández-Pacheco.)

ma zona abundante en alimentación cinegética, y al borde de extenso territorio de extraordinaria riqueza en el material básico de la industria de la época.

Yacimiento contemporáneo de los niveles inferiores de los encontrados en Madrid, es el que fué excavado por el Marqués de Cerralbo en Torralba (Soria) (fig. 4), inmediato a la vía férrea, en la paramera divisoria entre Ebro y Tajo. Debió ser un campamento de verano, de cazadores paleolíticos de la época chelense, cuya edad se ha datado por las abundantes hachas de sílex y de caliza dura encontradas en el yacimiento, junto con enorme cantidad de restos de elefante de la especie *Elephas antiquus*; estando la mayoría de los huesos rotos, indicando ser



Fig. 3.—Instalación en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de los restos óseos de grandes mamíferos cuaternarios (elefante antiguo, toro primitivo, bisonete, etc.) y utensilios pétreos del hombre paleolítico, procedentes del valle del Manzanares en Madrid.

restos de alimentación. Mezclados con los huesos del elefante antiguo existen restos óseos de caballo primitivo, del uro o toro primitivo (*Bos primigenius*), de ciervo y alguna otra especie venatoria. Los ejemplares del yacimiento de Torralba, que son muy numerosos, donados por el citado Marqués de Cerralbo al Museo Nacional de Ciencias Naturales, constituyen la más importante serie de Chelense, por el gran número de ejemplares de elefantes, asociados a los citados utensilios pétreos, lascados, por el hombre primitivo (fig. 5).

Al último período interglacial del Paleolítico inferior sustituyó el último período glacial del Paleolítico superior. Lo pertinente a la geo-

logía, climatología, fisiografía y antropología de tal época en Hispania, es bien conocido en ciertos respectos. Al ilustre prehistoriador Conde de la Vega de Sella se le deben interesantes estudios respecto a climatología del litoral cantábrico en el último período glacial.

En la época álgida de la última glaciación el litoral cántabroasturiano estaba habitado por hordas cazadoras, que tenían su refugio en

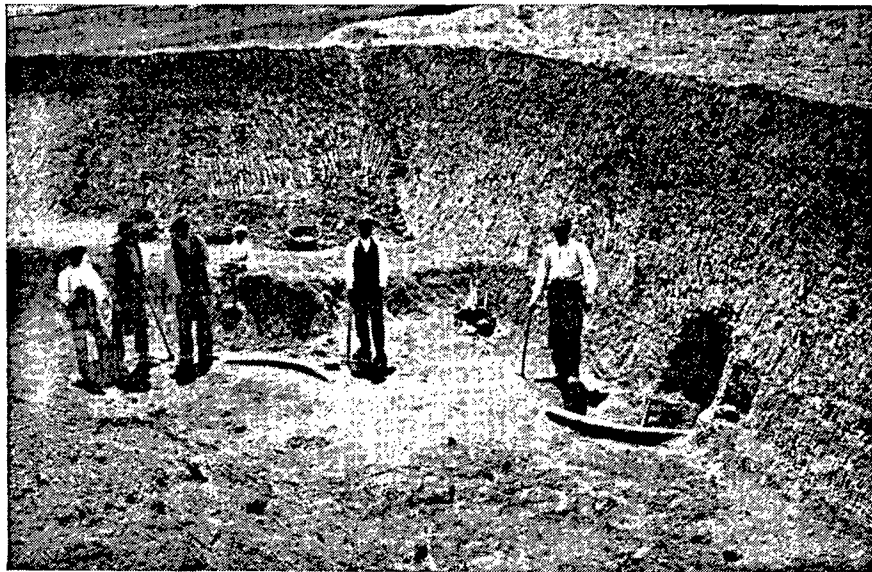


Fig. 4.—Excavaciones en la paramera de Torralba (Soria) en un paradero de cazadores paleolíticos, abundante en defensas y otros restos óseos del *Elephas antiquus*, de otros mamíferos de la fauna cinegética cuaternaria y de hachas de piedra de época chelense.

(Foto Hernández-Pacheco.)

las numerosas cavernas del país. Del acúmulo de restos que allí existen se han obtenido importantes datos (aparte de los interesantísimos a etnografía de aquellos hombres primitivos) pertinentes a climatología y ambiente natural del país.

Atendiendo a los restos de carácter paleontológico, tales como residuos de alimentación, pinturas y grabados trogloditas, etc., se sabe que el mamut (*Elephas primigenius*), el rinoceronte lanudo (*Rhinoceros tichorhinus*) y el reno (*Rangifer tarandus*), llegaron en su emigración de Norte a Sur hasta la zona cántabroasturiana y Norte de Cataluña, límite meridional de su expansión, y que de allí no pasaron. Actualmente el límite meridional del área vital del reno, única especie superviviente, es el paralelo 60° de la zona septentrional de Europa.

Las indicaciones respecto a flora hispana de la época, no dan datos de precisión; pero teniendo en cuenta las investigaciones efectuadas en las tobas de Schussenried, al Norte del lago de Constanza, en el paralelo 48°, resulta que allí vegetaron especies que en la actualidad no viven más al Sur del paralelo 70°, o en la zona de altas cumbres de los Alpes.

Más concluyentes, en relación con el ambiente natural de aquella época, son las observaciones obtenidas del estudio de los restos de ali-

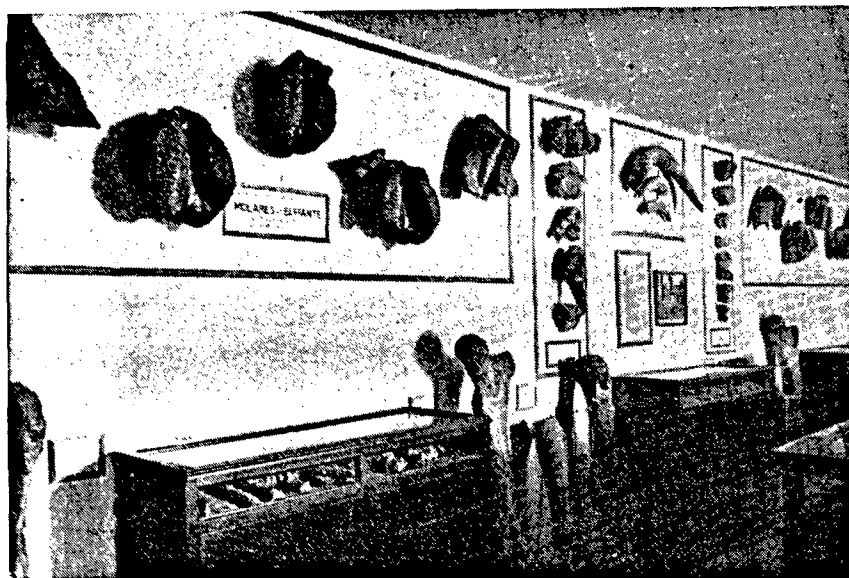


Fig. 5.—Instalación de los ejemplares del yacimiento del Paleolítico inferior de Torralba (Soria), en el Museo Nacional de Ciencias Naturales.

mentación que llenan las cavernas habitadas por los hombres del Paleolítico superior, en el litoral cántabroasturiano. Una de las bases alimenticias de los autores del arte troglodita eran los mariscos costeros, y especialmente la *Littorina littorea*, gastrópodo abundantísimo, pues las cáscaras de este molusco son numerosísimas en las cavernas. Cuando cambió el clima, al fin del Cuaternario, y comenzó el actual, la *Littorina* emigró del Cantábrico e invadió las costas del Mar del Norte, en donde actualmente prospera. En las capas de los yacimientos de las cavernas, correspondientes al último nivel del Paleolítico superior, al Aziliense, ya no hay tal molusco en Asturias, estando sustituidas sus

conchas por la de otro gastrópodo parecido, que vive actualmente en la costa cantábrica, el denominado «vígaro» (*Trochus lineatus*).

Entre los abundantes restos de alimentación de los hispanos del Paleolítico superior, habitantes de las cavernas litorales, además de la multitud de *Littorinas* y de «lapas» (*Patella*), se suelen encontrar algunas conchas de especies de moluscos muy significativas, por lo que indican respecto a temperatura del ambiente. Son el *Pecten islandicus*, la *Cyprina islandica* y el *Bucinum undatum*, que también desaparecieron de la costa cantábrica, con la *Littorina*, al dulcificarse el clima, cambiando hacia el actual. Especies que ahora se encuentran en las costas de Noruega e Islandia y en las grandes profundidades.

El Conde de la Vega de Sella ha podido deducir cuál sería la temperatura de la costa cantábrica en el álgido de la última glaciación cuaternaria, cuando los hombres del tipo étnico cromañón, antecesores prehistóricos de los actuales hispanos, daban muestras en las espeluncas cantábricas de su maravilloso arte troglodita. Para tal determinación climatológica, ha tenido en cuenta el límite inferior que alcanzaban las nieves persistentes y las lenguas glaciares de las montañas peninsulares en aquella época, y establecido la comparación con el mismo fenómeno, en la actualidad, en los países nórdicos de Europa.

Ha estudiado también las analogías de ambiente respecto a situación de macizos montañosos; influjo de la corriente marina del Golfo; temperatura y pluviosidad media anual, y situación de las áreas anticlinales que afectan a los climas europeos. Unido a tales datos, ha tenido presente el módulo de disminución de la temperatura media anual, en relación con la altitud y latitud, y las emigraciones de mamíferos terrestres y moluscos marinos.

El litoral cántabroasturiano está situado entre los paralelos geográficos 43° y 44°, y comprendido actualmente en la isoterma de 13°. En el álgido glacial del Paleolítico superior puede admitirse que la variación climatológica en la costa cantábrica, respecto a temperatura, era de 6° menos que en la actualidad y, por lo tanto, el litoral tendría temperatura media anual de unos 7 grados. En tal respecto puede suponerse que el clima de dicho territorio sería equivalente al actual litoral europeo del Mar del Norte, situado a unos 15° de latitud más septentrional.

Analizando las características geográficas y de relieve, semejantes a las cantábricas, en la Península Escandinava, se deduce que las condiciones climatológicas del litoral cantábrico, durante la última glaciación, serían semejantes a las que existen en la actualidad en el Sureste

de Noruega, en la región de Bergen, situada entre los 58° y 59° de latitud; país al presente con buenas condiciones de habitabilidad y de población abundante. La costa portuguesa del Algarve y la atlántica andaluza, situadas en el paralelo 37°, y el Estrecho de Gibraltar en el 36°, corresponderían en aquellos tiempos del Cuaternario, respecto a clima, al que tiene en la actualidad el litoral francés, situado al Norte de Burdeos, y más bien sería semejante al del Canal de la Mancha. La zona del Estrecho de Gibraltar, comprendida ahora en la isoterma de 20 grados, tendría entonces unos 12° de temperatura media anual, y la pluviosidad sería mayor que ahora, por la situación entonces más meridional de la que tiene el área anticiclónica, que se forma en el Oriente de Rusia y Occidente de Siberia.

El profesor de Geografía física Hernández-Pacheco (Francisco) ha ampliado las deducciones respecto a climatología hispana en la época de la última glaciación. El litoral cantábrico, supone, tendría entonces la mencionada temperatura media anual de 7°, en lugar de los 13° de la actual. La temperatura media de enero sería entre 2° y 3°, en vez de los 9° actuales. La temperatura media de agosto de 12°, en vez de 19°. La pluviosidad la supone semejante a la actual entre 1.000 y 1.200 mm.

En las altiplanicies castellanas calcula que la temperatura media anual sería de 4°,5 a 5°, siendo actualmente de 11°,4; la media de enero 0°, en lugar de 5°,5, y la media de agosto de 14° y 21°, respectivamente. La pluviosidad la calcula en 700 a 800 mm., casi doble que la precipitación media anualmente, que es de 450 mm. Tal clima supone un país de invierno riguroso y largo, y corto verano, del tipo que el actual en Polonia oriental.

Respecto a la zona meridional de la Península, en el Estrecho de Gibraltar admite una temperatura media anual de 12° a 13°, y una pluviosidad que alcanzaría entre los 1.000 y 1.600 mm. Abundancia en precipitaciones, motivada por lo más avanzado, entonces, hacia el Sur, de las zonas borrascosas del frente polar.

Vivían, pues, los paleolíticos hispanos, decoradores de cavernas, en ambiente forestal correspondiente a la zona climatológica actual de los bosques boreales. La disminución dicha en la temperatura media anual, también se dejaría sentir en el interior de la Península, con aumento termométrico hacia el Sur. La vegetación tendría mayor uniformidad que la actual, durante los periodos glaciales, y más amplitud la Hispania húmeda o hidrofita, a expensas de la Hispania seca o xerofita; es decir, mayor extensión de campiñas, con hierbas verdes durante el verano, que en las épocas interglaciales y en la actualidad.



Establecida desde el Cuaternario antiguo, según se ha dicho, la circulación atmosférica del alisio y las corrientes marinas del «gulf stream», se produjo el régimen actual climatológico, en cuanto se refiere al general de vientos y lluvias, con decrecimiento de la pluviosidad en la Península, de Oeste a Este, como ahora acontece; pluviosidad, transformada en nieve, en las zonas de alta montaña, con menor precipitación también de Oeste hacia el Este. Así se observa que los glaciares cuaternarios de la Cordillera Central o Lusocastellana, fueron más potentes, y sus lenguas glaciares descendieron a más baja altitud en los segmentos occidentales que en los orientales; o sea, más extensos los glaciares en la portuguesa Sierra de la Estrella que en Gredos, en ésta más que en el Guadarrama, y en estas últimas cumbres más que en las de Somosierra, donde los glaciares, en su decrecimiento hacia el Este, estaban únicamente representados por pequeñas manifestaciones, tales como los glaciares colgados de las Buitreras.

El profesor Hernández-Pacheco citado, que ha estudiado el glaciario cuaternario de diversas montañas hispanas, con sus datos y los obtenidos por Carandell, Conde de la Vega de Sella, Gómez de Llarena, Obermaier, Vidal Box y otros geólogos, establece los siguientes límites inferiores de nieves persistentes y lenguas glaciares en los macizos montañosos afectados por la glaciación cuaternaria:

Zonas montañosas	Límite inferior de las nieves permanentes.	Límite inferior de las lenguas glaciares.
Pirineo ... ..	1.300 m. ... ..	700 m. (vertiente S.)
Picos de Europa ... ..	1.400 a 1.500 m. ... ..	750 m. (vertiente N.)
Montañas de Reinosa... ..	1.700 a 1.775 m. ... ..	1.250 m. (vertiente S.) 1.385 m. (vertiente N.)
Montañas de León... ..	1.450 a 1.500 m. ... ..	900 a 1.000 m.
Urbión ... ..	1.900 a 2.000 m.	
Guadarrama... ..	1.900 a 1.950 m. ... ..	1.650 m.
Gredos ... ..	1.800 a 1.900 m. ... ..	1.400 a 1.450 m.
Estrella ... ..	1.400 m. ... ..	750 m.
Sierra Nevada ... ..	2.600 a 2.700 m. ... .. 2.400 a 2.500 m. ... ..	2.160 m. (vertiente S.) 1.800 m. (vertiente N.)

Durante el último período glacial los paleolíticos del litoral cantábrico, de la raza cromañón, en el apogeo de su desarrollo cultural, pueblo esencialmente cazador, se expansionaron por el ámbito peninsular, dejando los restos de su arte e industria mobiliario y de su arte rupestre troglodita en la caverna de Penches, situada al Sur de la Cordillera Cantábrica, en tierra burgalesa, y ya en la cuenca del Ebro, según reco-

nocimos en 1917. Tales hombres primitivos fueron los decoradores de la cueva de los Casares en la provincia de Guadalajara, descrita en 1934 por Cabré; fueron también los autores de la decoración rupestre de la inmensa caverna malagueña de la Pileta, en Benaolán (Serranía de Ronda), y los que habitaron en la cueva del Parpalló, cerca de Gandía (Valencia), de tan gran interés arqueológico y artístico, estudiada y descrita por el profesor Pericot.

Los que sostienen que tal pueblo prehistórico, abundantemente distribuido por Europa central y occidental, no traspasó hacia el Sur la orográfica alineación cantábrica, caen en un error; pues, en los veranos, los puertos estarían libres de nieves y transitables, como actualmente los de los Pirineos, de los Alpes y del Cáucaso. La barrera montañosa cantábrica nunca fué obstáculo para el hombre, en su afán expansivo y migratorio; insignificante obstáculo natural comparado con el de las heladas extensiones circumpolares, en las que habitan esquimales, lapones y samoyedos, o las inmensidades inhóspitas del Sáhara, recorridas por el hombre en todas épocas: prehistóricas e históricas.

Los tiempos geológicos del Pleistoceno, terminan al acabar la última época glaciaria mediante oscilaciones multiseculares, de unas cuantas alternancias de aumento de la temperatura, con otras de recrudescimiento de ésta. Oscilaciones finales, al modo de la péndola de un reloj que se para. Tales pequeñas oscilaciones climatológicas se aprecian claramente por la situación, en avance y retroceso, que presentan las morrenas frontales de las lenguas glaciares de la última glaciación.

En este período final de transición, entre una climatología que acaba y otra que comienza, que es la actual, se van fijando las características presentes de un mundo ya constituido, tal como le vemos en sus condiciones geográficas, topográficas, fisiográficas y, por lo tanto, de vegetación, flora y fauna. La especie humana se acomoda, con más o menos fortuna, a medios ambientes y vitales, que son los actuales.

Por lo que se refiere a la Península Hispánica, en parajes tales como el litoral cantábrico, en donde se desarrolló la cultura esencialmente cazadora de los trogloditas cromañones, quedaron, al variar el medio ambiente, hordas hambrientas y degeneradas, que habitaron en campamentos, a la entrada de las cavernas. El examen de los amontonamientos de residuos de tales paraderos indican un pueblo de la cultura pobrísima, denominada «asturiense» por el Conde de la Vega de Sella, sin arte ni industria alguna, viviendo principalmente de los mariscos costeros, al modo de los actuales habitantes de la costa atlántica del Sáhara, de vida precaria; gente despreciada y expoliada por los ganaderos

nómadas del desierto y conocida por los pescadores canarios con la denominación de «moros de marea».

A esta misma época postglacial deben corresponder las grandes acumulaciones de restos de campamento, o sea los paraderos del valle del Mugen, afluente al Tajo por la margen izquierda, cerca del estuario de Lisboa. Los abundantes restos humanos de tales yacimientos, indican una raza de tipo negroide, y los amontonamientos de sílex lascado y demás residuos, especialmente de alimentación, indican un pueblo pobre y degenerado, con tipo de cultura de nivel muy inferior al de los paleolíticos de la última época glacial.

A este período humano de transición, entre paleolítico y neolítico, corresponde en la Península otro pueblo prehistórico, de mayor potencia vital y más intenso desarrollo cultural que las hordas litorales del «asturiense» y las del Ribatejo portugués. Son los «mesolíticos», que se extienden por toda la vertiente mediterránea y del Sur peninsular: grupo humano, también cazador, como los paleolíticos; con cultura heredada de éstos y modificada en el nuevo ambiente geográfico y climatológico y, probablemente, por el influjo de pueblos autóctonos o procedentes de otras inmigraciones.

Se caracteriza la nueva cultura de los mesolíticos mediterráneos, entre otras manifestaciones, por el uso del arco y de las flechas, como arma preferente de caza y guerra, en sustitución a la jabalina o lanza arrojadiza, utilizada generalmente por sus antecesores de la época glacial. Son, como aquéllos, pintores rupestres, pero no en el interior de las cavernas, sino al exterior de los abrigos rocosos; pinturas y grabados con estilo, técnica y asuntos diferentes; con representación abundante de la figura humana en escenas de caza y de guerra. La fauna figurada es completamente la misma que la actualmente viviente, faltando en absoluto el elefante, rinoceronte, bisonte, alce, los grandes carnívoros y demás animales extinguidos o emigrados de la fauna cuaternaria de la época del Paleolítico superior, tan abundantemente representada en tal época en las espeluncas cantábricas. Como representación singular por los mesolíticos, debe citarse la escena de recolección de miel, figurada en la covacha de la Araña, en el macizo montañoso del Caroche, en término de Bicorp (Valencia); escena pictórica representada en los mismos tajos rocosos, donde aún siguen las abejas estableciendo sus colmenas. Pinturas todas las prehistóricas, tanto la paleolíticas como las mesolíticas, de significación de magia de caza, las primeras, y de magia de caza y guerra, las segundas.

En tal época, acabado el glaciario, la fauna marina era la de

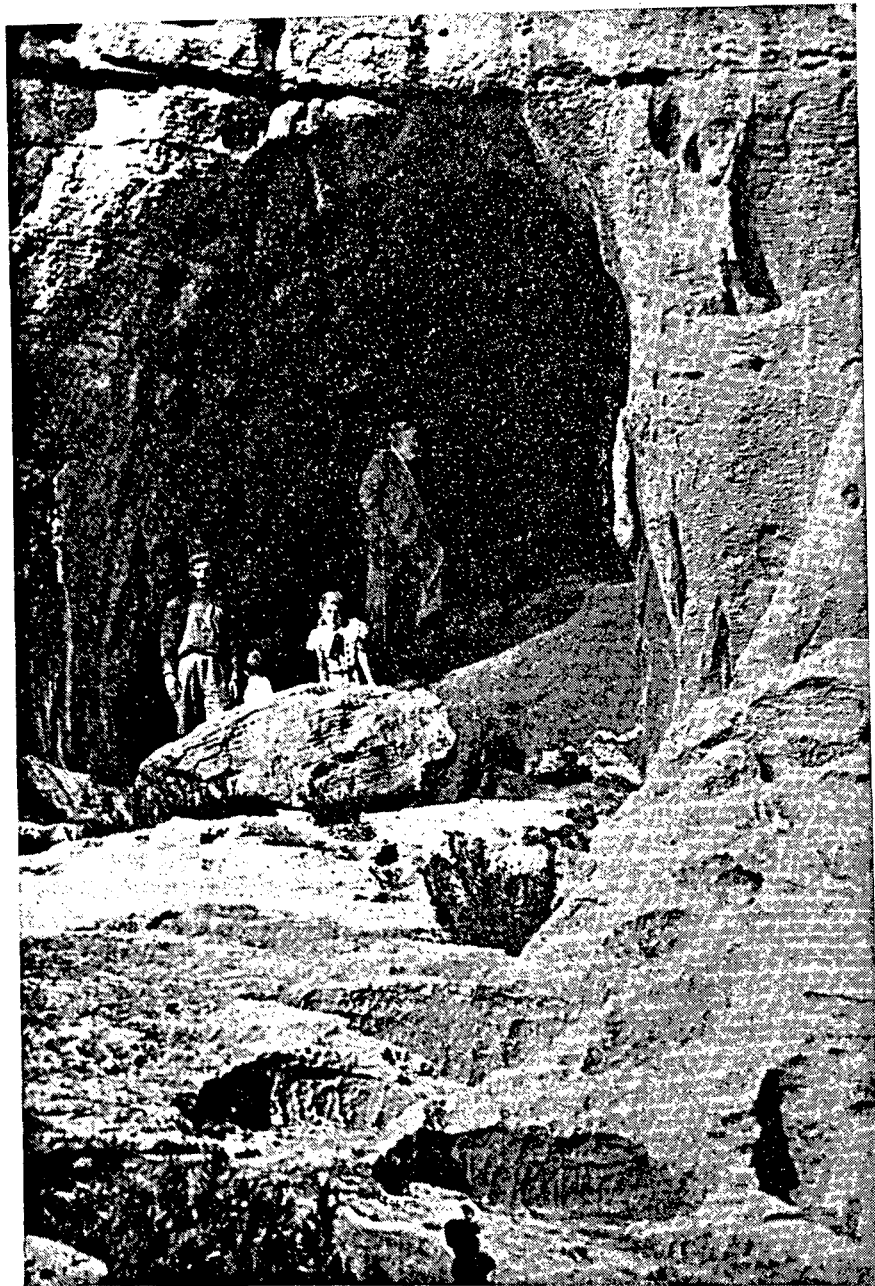


Fig. 6.—Caverna de Fourinha en el acantilado del Suroeste de la península de Peniche (Portugal), habitada por el hombre paleolítico.  
(Foto Hernández-Pacheco, 1935.)



Fig. 7.—Acantilado de Pimiango (Asturias), visto desde el rellano de entrada a la caverna de Pindal, con pinturas de edad paleolítica.

(Foto Hernández-Pacheco.)

ahora, y la terrestre de mamíferos, e incluso de invertebrados, la misma que es silvestre en el ámbito peninsular, aumentados los grandes mamíferos de la fauna cinegética con el toro y el caballo salvajes, actualmente en domesticidad.

Tales hechos faunísticos hacen suponer que la vegetación espontánea en el ámbito de la Península Hispánica sería la actual (salvo la inmi-

grada de América y de otros países, en la época de los descubrimientos y extensión del ecúmeno), como comprueban las impresiones de hojas de las formaciones tobáceas, de las épocas prehistóricas posteriores al glaciario y de las protohistóricas. Los relatos de escritores anteriores a la era actual, tales como los de Estrabón y los griegos, anteriores a él, confirman tal opinión.

Hace dos mil años, todavía era pieza cinegética, en algunos para-



Fig. 8.—San Román de Candamo, en el valle bajo del Nalón (Asturias), y la Peña de Candamo, en cuya zona alta está la caverna con pinturas y grabados de época paleolítica, y junto a ella otra con restos óseos, de alimentación y utillaje solutrense.

(Foto Hernández-Pacheco.)

jes de Hispania, el caballo salvaje, siendo la cabra montés, el rebeco y otros animales, ahora escasos o extinguidos en la Península. Estrabón, tomándolo de Polibio, que viajó y residió en España, dice en su «Geografía»: «Iberia produce gran número de cabras monteses y de caballos salvajes; en sus lagunas abundan también las aves, tales como los cisnes, y otras especies análogas, o como abutardas, que son muy numerosas. Los ríos crían castores; pero el castoreo de Iberia no tiene las mismas excelencias que el pónico.» Plinio, refiriéndose a autores de época anterior a él, dice que los conejos abundaban tanto que hubieron de pensar en extirparlos por los daños que causaban. Una anécdota de Appiano (dice) informa de la gran cantidad de ciervos y liebres, alcanzando la carne precios ínfimos en Lusitania.

ETAPA DE LA CULTURA CAZADORA EN LA PRIMITIVA  
HUMANIDAD HISPANA

Hay una primera etapa en la vida de la humanidad, en la cual el hombre es esencial y fundamentalmente cazador: Vive en plena naturaleza, formando en absoluto parte de ella; y en ella busca su sustento, sin tratar de modificarlo.

El tipo de cultura de este hombre primitivo se conoce por los datos que se deducen de los restos que existen en las cavernas, en donde estableció su morada (figs. 6 a 9), y de los estudios respecto a los salvajes, según los relatos de la época de las exploraciones y descubrimientos

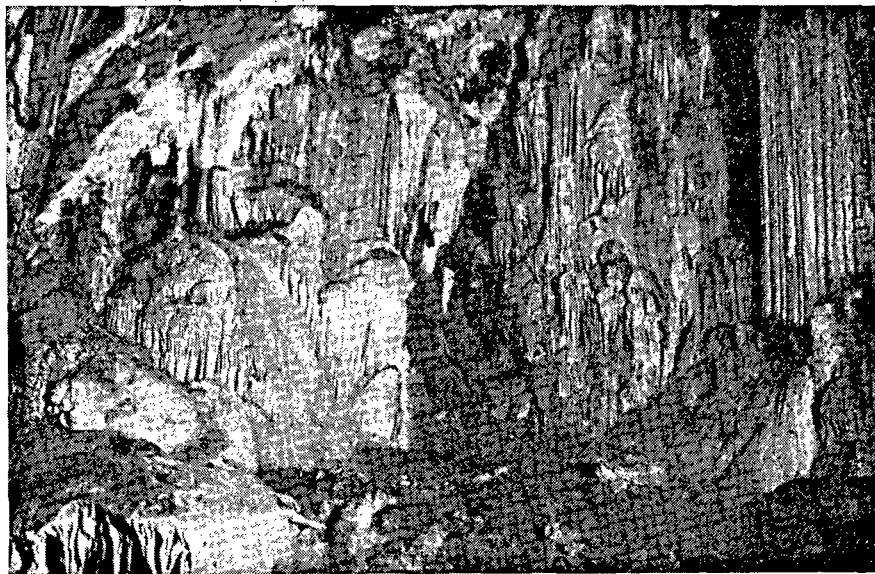


Fig. 9.—Compartimiento principal de la caverna de la Peña de Candamo (Asturias), con pinturas de época paleolítica.

(Foto Hernández-Pacheco.)

de los países en que habitan; estableciéndose hipotéticas analogías, entre el tipo de cultura de estos primitivos actuales y aquellos de las épocas prehistóricas.

Es lógico suponer que en tan lejanas épocas prehistóricas, la población humana sería muy escasa en la Península, en la que grandes extensiones estarían deshabitadas. Aun aquellas regiones, cual el litoral

cantábrico, más pobladas a causa de su vegetación correspondiente a la zona de bosques boreales; mayor cantidad de caza; proximidad a la costa, rica en mariscos al alcance de la mano, y abundancia de cavernas adecuadas por su temperatura isogeoterma para servir de refugio habitable. El número de habitantes sería pequeño y reducido a hordas de pocos individuos, pues así lo requería el género de vida, esencialmente cazadora, que encuentra ventaja, para tal fin, en la asociación limitada de cazadores, y gran dificultad en el número excesivo. La competencia por la posesión de la caza, ocasionaría luchas frecuentes entre unas y otras hordas, pues la guerra y la discordia nació con la humanidad y es consustancial con la especie humana.

El hombre de tales épocas de la infancia de la humanidad, vivía a modo de animal salvaje, en constante preocupación y busca del alimento, constituido, en la zona litoral cántabroasturiana, por diversos productos naturales y espontáneos, según puede deducirse de los enormes amontonamientos de restos que llenan las cavernas, que les sirvieron de habitación, y también de los testimonios que aportan las pinturas y grabados rupestres.

El hombre paleolítico y el mesolítico, eran fundamentalmente cazadores. País de pocos hombres es país de mucha caza; tanto en los territorios polares como en las selvas ecuatoriales, como en los desiertos de los trópicos; pues el hombre es el enemigo más terrible y temido por todos los seres del mundo animal.

La alimentación principal del hombre prehistórico era la carne de los grandes mamíferos de la época. En las cavernas paleolíticas hispanas, la abundancia de restos óseos está en el siguiente orden de más a menos: ciervo, caballo, toro y bisonte, jabalí, cabra montés, corzo y rebeco. Son piezas extraordinarias el rinoceronte y el elefante. Las demás piezas venatorias son circunstanciales y corresponden a diversidad de órdenes de mamíferos tanto herbívoros como carnívoros.

Las partes del animal que se transportaban a la caverna eran los cuatro cuartos y la cabeza. El hueso del cuerpo se debía consumir en el campo, pues abundan poco los costillares. La presencia de cabezas, siempre desmenuzadas, en pedazos, se explica porque debían ser golosinas los sesos, lengua, etc. Golosina debía ser también la médula de los huesos grandes, porque, por lo general, están fragmentados; y por la presencia, entre los utensilios, de espátulas de hueso alargadas, muy adecuadas para extraer la médula. Esta sustancia y la grasa deberían tener otras aplicaciones, tales como para embadurnarse el cuerpo contra el frío y librarse de piojos y otros parásitos. Induce a tal suposición:



el frecuente hallazgo de ejemplares de óxido rojo o amarillo, de hierro, con señales de haberse raspado para obtener polvo, el cual, mezclado con la grasa, daría al cuerpo agilidad y elegancia, según la moda paleolítica.

La táctica de caza serían los ojeos, y en tal respecto son demostrativas las escenas de cacería representadas en las pinturas rupestres del

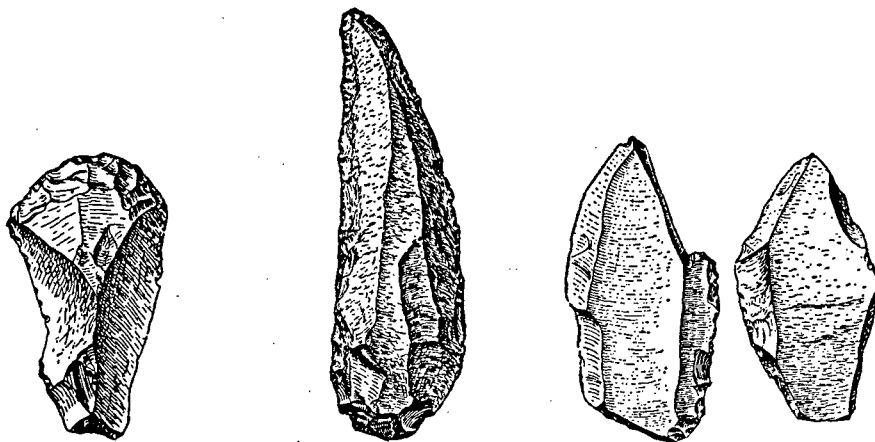


Fig. 10.—Parte pétreo de sílex de los instrumentos para la labra del hueso, del asta de ciervo o de la madera, empleados por el hombre del Paleolítico superior. Según las excavaciones realizadas por E. H. Pacheco en la cueva de la Paloma, en Soto de las Regueras (Asturias).

litoral levantino, tales como las de cabras monteses en las cuevas de la Araña, cerca de Bicorp (Valencia); de ciervos, en el barranco de Valltorta (Castellón), etc. Las armas durante el Paleolítico, en la región cántabroasturiana, era la jabalina o azagaya, con punta endurecida al fuego, o de asta de ciervo (figs. 10 y 11). En el Mesolítico de Levante, el arco y las flechas eran el arma de caza y guerra.

Base de alimentación era también durante el Paleolítico del litoral cantábrico, la pesca fluvial y de estuario, especialmente el salmón, la trucha y otros peces. A esta finalidad corresponden los arpones labrados en asta de ciervo (fig. 12) y las redes y cañales, representados en los muros de las cavernas paleolíticas; dibujos que se comprenden con la denominación genérica de «tectiformes».

En las cavernas del litoral cantábrico se mezclan con los huesos extraordinaria abundancia de cáscaras de moluscos costeros, tales como lapas y conchas de gastrópodos de la especie *Littorina littorea*. Esta especie, al variar el clima del Paleolítico final, emigró al Mar del Norte, y fué sustituida por el «bígaro» del clima actual, o sea el *Trachus linneatus*, según se ha dicho.

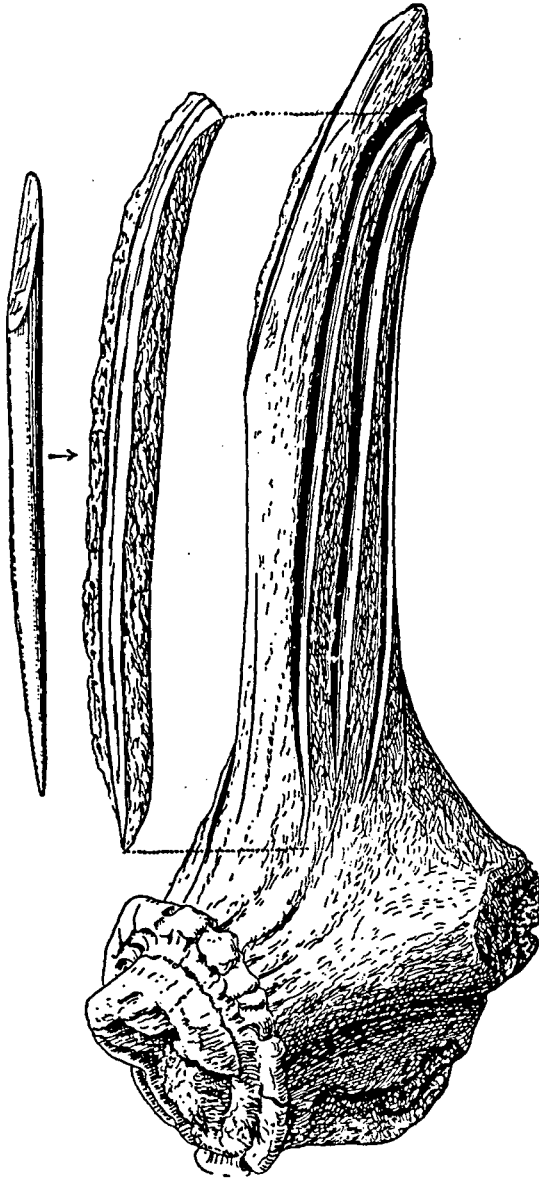


Fig. 11.—Construcción de una punta de azagaya, partiendo de un trozo de asta de ciervo, del que se destaca una tira, que se redondea, aguza y pulimenta con los instrumentos de sílex. Procedente de las excavaciones en la cueva de la Paloma en Soto de las Regueras (Asturias).

De la alimentación vegetal, la cual, por sus características no deja residuos reconocibles, se sabe poco en concreto, pero no es aventurado suponer que consistiría en diversidad de hierbas y frutas silvestres, tales

como castañas, avellanas, bellotas, etc., bulbos y tubérculos, en cuyo reconocimiento los salvajes prehistóricos tendrían la gran competencia

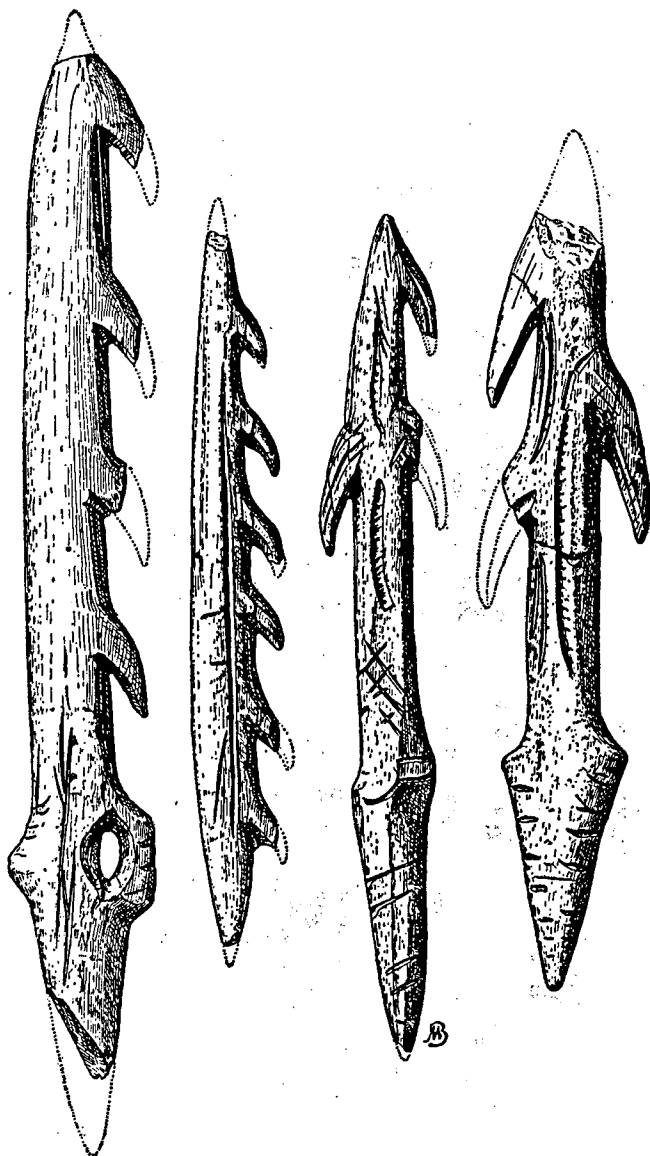


Fig. 12.—Arpones de asta de ciervo de época magdaleniense superior, procedentes de las excavaciones en la cueva asturiana de la Paloma.

que da la necesidad y la experiencia. En el reconocimiento superficial que hicimos en Cueva Morín, cerca de Santander, la cual excavó después el Conde de la Vega de Sella, y de la cual publicó interesante mo-

nografía, encontramos en un rincón de la caverna, bajo el piso actual, un montón de bellotas carbonizadas, probable resultado de una recolección de tales frutos que se trató de conservar tostándolas, y descuidándose se convirtieron en carbón, por cuya causa llegaron hasta el presente.

Los hombres de las culturas paleolíticas se extendían en hordas, más o menos nómadas, por todo el ámbito peninsular, siempre en persecución de la caza, que era su fundamental alimento. Durante el último período interglacial, de clima semejante al actual o algo más cálido, los hombres del Paleolítico inferior, de la cultura chelense y muste-



Fig. 13.—Dibujo representando las figuras pintadas en el techo de la caverna de Altamira, cerca de Santillana del Mar (Santander); según el folleto publicado en 1880, por su descubridor Marcelino de Sautuola.

riense, que son las más antiguas conocidas, dejaron los restos de su industria lítica primitiva por muy diversas partes del ámbito peninsular; acampando las hordas de preferencia en los sotos y gleras fluviales, tales como los primitivos madrileños, según se ha expuesto en páginas anteriores.

Durante el último período glacial, los hombres del Paleolítico superior, por la crudeza del clima, habitaron las cavernas. Aunque los restos de la industria de la época se han reconocido, más o menos, en diversos parajes del solar hispano, se aprecia que habitaron, de preferencia, el litoral cantábrico, como territorio de más recursos alimenticios y abundancia de cavernas, por la constitución litológica del terreno, pero se expansionaron por el interior peninsular. A esta época del Paleo-

lítico superior corresponden los dibujos, pinturas y grabados representativos de la fauna cinegética de entonces, en sitios recónditos de las cavernas cántabroasturianas y en otras del Centro y Sur peninsular, tales como la de Penches (Burgos); cueva de los Casares, en la Serranía de Guadalupe, y la cueva de la Pileta, en la Serranía de

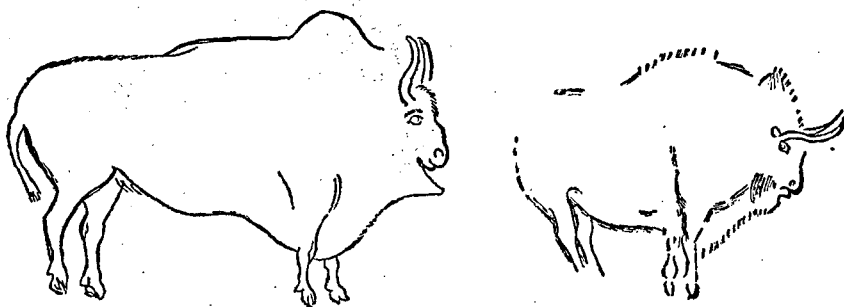


Fig. 14.—Bisonte grabado y dibujado en la cueva de Pindal, el primero; el segundo, policromado, en la cueva de Altamira. Copias a tamaño muy reducido por Juan Cabré.

Ronda, caracterizadas por el mismo tipo de situación, técnica artística y fauna figurada (figs. 13 a 20).

Al final de la última glaciación cuaternaria, los hombres de la cultura del Paleolítico superior, de tipo cantábrico, mediante fenómeno emigratorio, debieron ponerse en contacto con los autóctonos del litoral hispano mediterráneo. Establecido el clima actual, surge modificación en la cultura y en las costumbres; resultado de la mezcla de pueblos: el

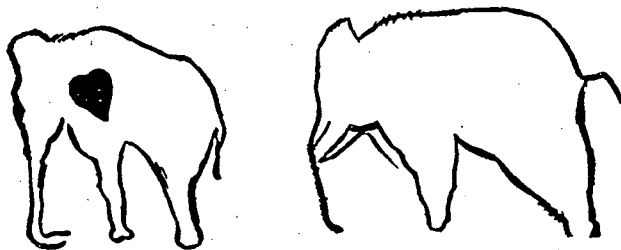


Fig. 15.—Elefantes dibujados: el primero en la cueva de Pindal (Asturias); el segundo en la cueva del Castillo, junto a Puente Viego (Santander). Copia a tamaño muy reducido por Juan Cabré.

cantábrico emigrante y el autóctono levantino. Cultura que se manifiesta principalmente por las pinturas rupestres, de otro tipo que las trogloditas. La fauna cinegética era ya la actual; ciervo, caballo, toro, cabra montés, jabalí, corzo, faltando el bisonte, alce del Norte, elefante,



Fig. 16.—Caballos de la caverna de la Peña de Candamo (Asturias).



Fig. 17.—Toros en rojo de la caverna de la Peña de Candamo (Asturias).

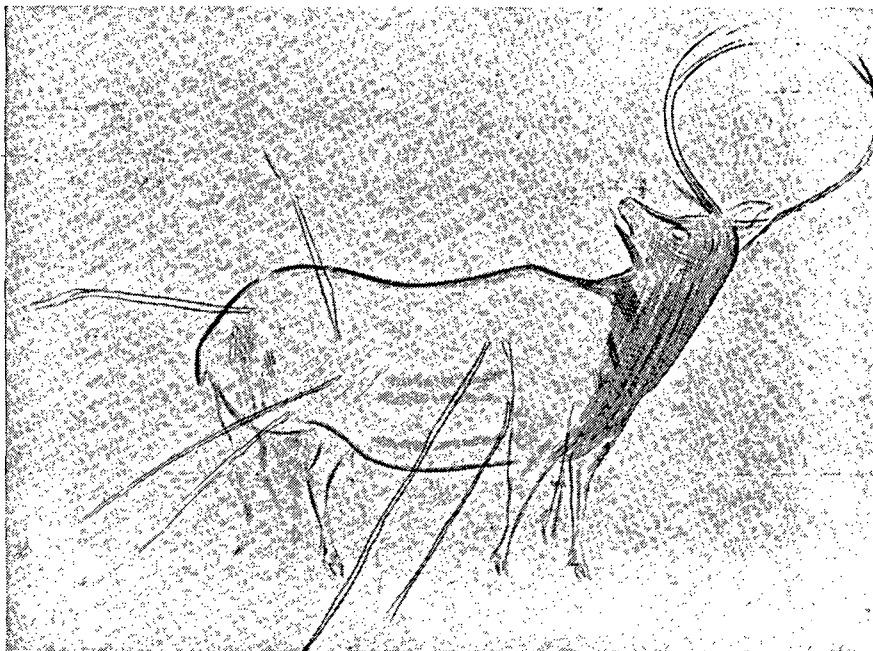


Fig. 18.—Ciervo herido, grabado en la caverna de la Peña de Candamo (Asturias).



Fig. 19.—Grabado de rebeco y bisonte en la caverna de la Peña de Candamo (Asturias).

rinocerontes, etc. Se podía habitar al aire libre. Las pinturas rupestres están en covachas y roquedos, a la luz del día. Hay una profunda modificación en el arte rupestre, cual es la representación humana, en escenas de indole variada, pero principalmente de caza y guerra.

Tal variación en el asunto pictográfico parece indicar un cambio en ideas y en costumbres, pues a la magia de caza se ha añadido la magia de guerra. Así, en el Paleolítico cantábrico tan sólo hay figuraciones de animales; en las levantinas del Mesolítico, de animales y de hombres

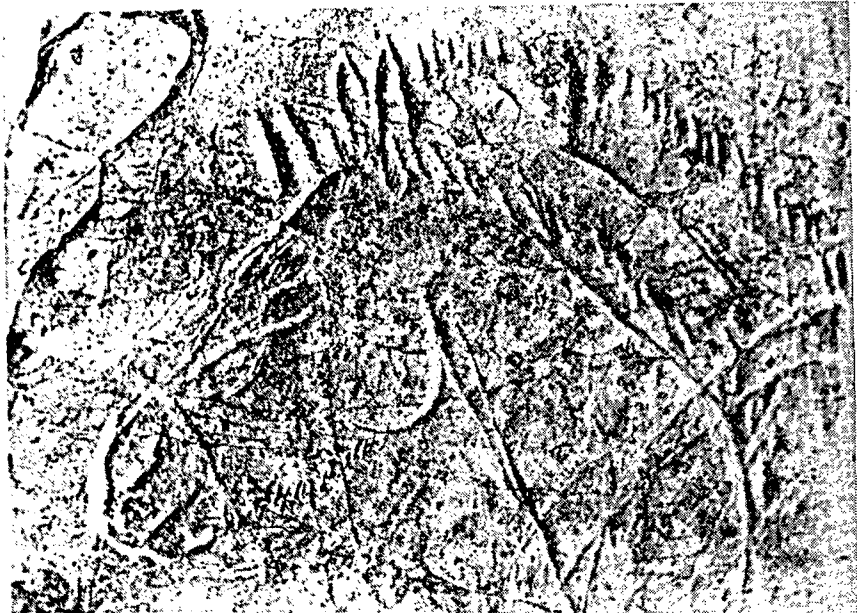


Fig. 20.—Cabeza de caballo grabada en la caverna de Los Casares, en Riva de Saelices (Guadalajara).

(Foto de Juan Cabré.)

(figs. 21 a 23), generalmente en combates; tales como la lucha de arqueros de Morella la Vieja (Castellón) (figs. 24 y 25); combate de Ares del Maestre (Castellón); avance de guerreros de Minateda (Albacete) (figs. 26 y 27), etc. En algunas escenas las figuras humanas de unos y otros grupos se señalan por rasgos morfológicos diferentes, como queriendo indicar pueblos distintos; pudiendo suponerse que la lucha guerrera ha pasado de contiendas entre hordas cazadoras del mismo grupo étnico a hostilidades campales entre pueblos diferentes.

En tal período postglacial del Mesolítico levantino, se aprecia también en algunas pictografías rupestres, no tan sólo que la fauna cine-



gética es la actual, más el caballo y toro salvaje (fig. 28), sino que el conjunto del ambiente natural es el presente; indicando la escena de recolección de miel, pintada en la cueva de la Araña (Bicorp, Valencia) con abejas, que tienen su colmena en las oquedades del acantilado rocoso, en que está la representación pictórica, con las vasijas para de-



Fig. 21.—Cueva de la Vieja, con importantes pinturas rupestres, cerca de Alpera (Albacete).

(Foto Hernández-Pacheco.)

positar los panales y las largas cuerdas y escalas, que pudieran ser de esparto, del que existe espontáneo en el terreno (figs. 29 y 30).

Manifestaciones semejantes a éstas son las que se observan en el extremo Sur de España, en el territorio del Campo de Gibraltar y litoral de la provincia de Cádiz, en los parajes que rodean a la laguna de Janda, en donde las representaciones rupestres tienen como principales figuras las abundantes aves y nidos de éstas, entre los carrizales y maleza de las someras aguas de la citada laguna, y también figuras características de mamíferos salvajes, tales como cabras, ciervos y quizás gacelas, y, en este caso, en último asilo de su expansión en las llanuras del extremo meridional de Europa (fig. 31).

Con el cambio de clima, del frígido de la última glaciación cuaternaria al actual, hay, según se ha indicado, emigración de fauna, y, por



Fig. 22.—Fragmento del conjunto pictórico rupestre, de época mesolítica, del abrigo rocoso de Alpera (Albacete), con figuras humanas y de animales.

(Copia Benítez Mellado.)

lo tanto, penuria de alimentación y degeneración en la cultura primitiva cazadora. Esto acontece en las costas cantábricas y atlánticas de tal

modo, que existe una época de dificultades y miseria en las hordas que persisten en el terreno o que le ocupan procedentes de otros parajes. Tal es el caso de la cultura entre Paleolítico y Neolítico, en el Cantábrico, Galicia y costa portuguesa, hasta el estuario del Tajo, en donde



Fig. 23.—Pintura mesolítica, figurando una cacería de ciervos, en Tirig (Castellón).  
(Copia de Benítez Mellado.)

surge la pobrísima cultura que el Conde de la Vega de Sella ha denominado Asturiense, en la que se vive casi únicamente del marisqueo, al modo de los actuales habitantes de la costa del Sáhara, ya citados. Tal



Fig. 24.—Covacha del Roure, con pinturas rupestres, en el acantilado de la muela de Morella la Vieja (Castellón).

(Foto Hernández-Pacheco, 1918.)

es el caso también de las hordas del valle del Mugen, en el estuario relleno del Tajo (fig. 32).

Con estas dos manifestaciones del vivir humano: por una parte, las



Fig. 25.—Lucha de arqueros pintada en la covacha del Roure, en la muela de Morella la Vieja (Castellón). Escala 1:3.

(Estudio de E. H.-Pacheco. Cópia de F. Benitez.)

escenas pictóricas del Levante español y litoral del Estrecho de Gibraltar; por otra, los paraderos del Mugen, en el estuario del Tajo, y los



Fig. 26.—Abrigo rocoso de Minateda, con pinturas rupestres de época mesolítica.  
(Foto Hernández-Pacheco, 1916.)



Fig. 27.—Fragmento del conjunto de pinturas rupestres del abrigo de Minateda,  
representando guerreros en avance.  
(Estudio de E. H.-Pacheco. Copia de F. Benítez.)

yacimientos de las costas atlánticas portuguesas y gallegas de la industria lítica y restos de alimentación del Asturiense, en el Cantábrico, termina la primera época de la humanidad hispana, la que hemos denominado etapa de la cultura cazadora, en la cual el hombre no modifica en nada la vegetación espontánea, viviendo en el seno del bosque y del matorral, como uno de tantos seres zoológicos, en lucha y busca de la alimentación de cada día.

Pero al final de tal período surgen en Hispania algunos hechos que



Fig. 28.—Pintura rupestre denominada «Los toricos de Albarracín» en el prado del Navazo, cerca de Albarracín (Teruel).

(Estudio de E. H.-Pacheco. Copia de F. Benítez.)

inician la etapa siguiente, o de la cultura ganadera, cual es la domesticación del caballo, según puede colegirse de las pinturas rupestres que descubrimos y fotografiamos, en 1918, en los roquedos de los pinares del Anear, en término de Boniches (Serranía de Cuenca), en donde está representada una figura humana que tiene sujeto a un caballo con una cuerda a modo de ronzal, y que consideramos como el más antiguo documento gráfico de la domesticación del citado animal (fig. 33); lo cual, unido a la de otras especies, tales como la cabra, el cerdo, el toro y, más tarde, la oveja, etc.; procedentes, varias, de otros países, indican la transición a la cultura denominada neolítica.

#### ETAPA DE LA CULTURA GANADERA DE LAS ÉPOCAS PREHISTÓRICAS

Con la evolución de los pueblos autóctonos y con inmigraciones de nuevos elementos raciales surgió en la Península Hispánica, como en otros países, un nuevo tipo de cultura, diferente en sus esencias de las anteriores del Paleolítico y del Mesolítico. Es la cultura neolítica, se-

gún la cual, el hombre no es únicamente cazador y buscador continuo del alimento que produce espontáneamente la naturaleza. En la nueva cultura están contenidas, en germen, todas las actividades y características de la civilización actual: la ganadería, la agricultura, la construcción, la industria y el comercio. Ya no son hordas de pocos individuos disputándose unas a otras la caza, sino asociaciones humanas más numerosas, agrupadas en tribus, con organización gubernamental

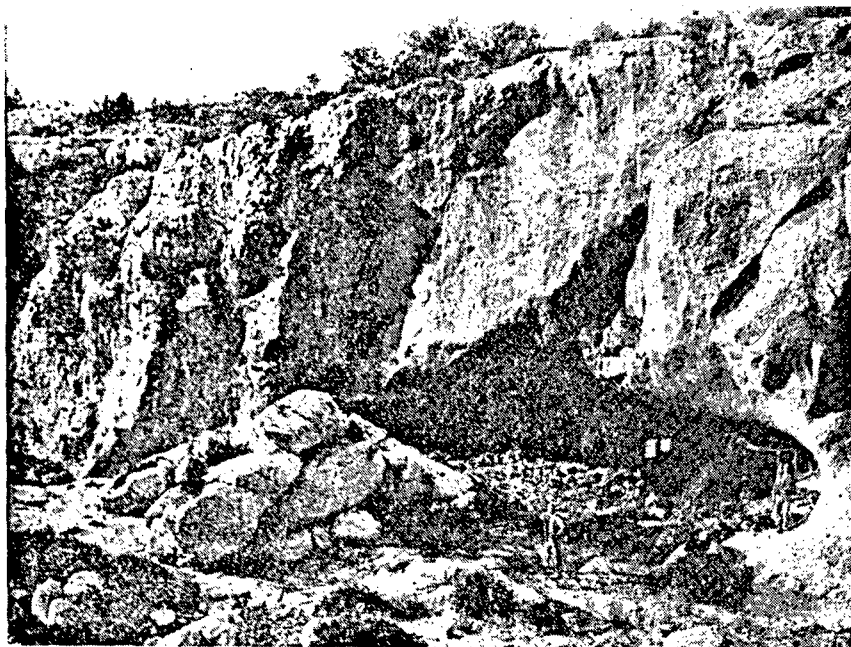


Fig. 29.—Cueva de la Araña en el macizo montañoso del Caroche (Bicorp, Valencia), cueva en la que se instaló el campamento durante el estudio y copia de las pinturas rupestres inmediatas.

(Foto Hernández-Pacheco, 1920.)

más compleja y cooperación de muchos individuos, mandos y jerarquías, como parece indicarlo, entre otros casos, el de la edificación de los dólmenes.

Según indican los resultados de las excavaciones efectuadas, en fondos de cabañas, enterramientos, etc., de aquellas épocas, la población neolítica hispana era fundamentalmente ganadera y, en menor grado, agrícola; si bien la caza y la recolección de frutos espontáneos sería fuente principal para el sustento.

Son fuentes del conocimiento, para comprender el tipo de cultura y





Fig. 30.—Escena de recolección de panales de miel en la cueva de la Araña. El dibujo de conjunto a escala 1:4 del natural. El dibujo de detalle a 2:3.

el modo de vivir de aquella gente: el menaje y utillaje, constituido por piedras duras, labradas y pulimentadas, o el sílex lascado, reemplazan-

do a las partes metálicas de los instrumentos actuales; la cerámica, en vasijas de barro cocido; el hueso y el asta de ciervo, juntamente con utilaje que, por ser de piel o vegetal, se ha perdido casi por completo. En

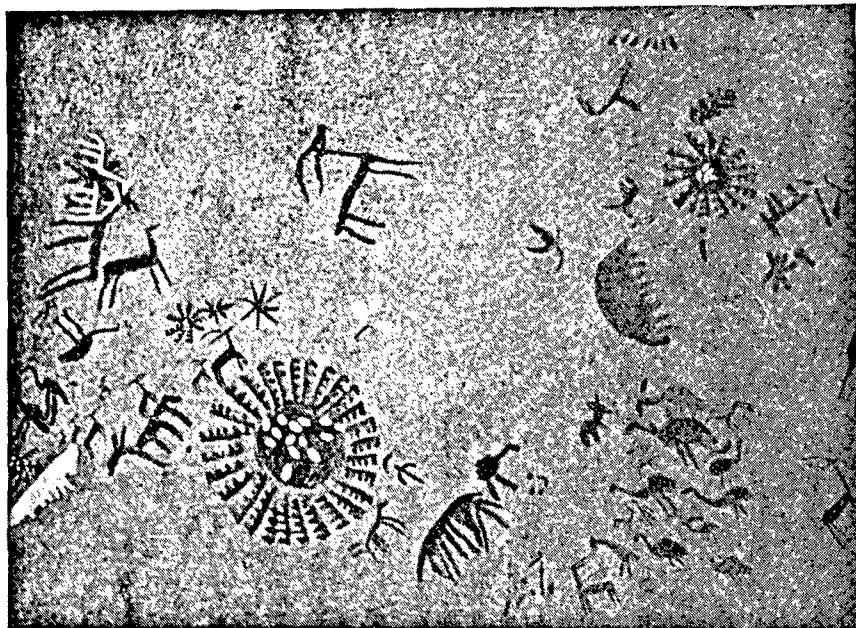


Fig. 31.—Parte de la composición pictórica del Tajo de las Figuras en el borde montañoso de la llanura de la laguna de la Janda, término de Casas Viejas (Cádiz).  
(Estudio y publicación de E. H.-Pacheco y J. Cabré, 1914.)

casos excepcionales se conservan objetos de madera o finos tejidos de esparto, para indumentaria y otros usos, como indican los ejemplares del Museo Arqueológico Nacional, recogidos por el profesor Góngora, a mediados del siglo pasado, en las Cueva de los Murciélagos (Albuñol, Granada).

Otras fuentes de conocimiento son las pictografías rupestres, de tipo jeroglífico, simbólico y enigmático, repartidas por las serranías hispanas. Se reconocieron tales pinturas en Fuencaliente (Sierra Morena) a mediados del siglo XVIII por López de Cárdenas, el erudito cura de Montoro (figs. 34 y 35). Son también de las primeras señaladas las de la Cueva de los Letreros, en Vélez Blanco (Almería), descritas por Góngora en 1868 (fig. 36). Se resolvieron las dudas y opiniones respecto a la época prehistórica a que corresponden todas ellas, por los grabados y pictografías de Peña Tú, en Asturias, que descubrimos en unión del Conde de la Vega de Sella, en 1913 (figs. 37 y 38).

De gran interés, para los estudios de esta época prehistórica, es el conocimiento de los monumentos megalíticos, especialmente los dólmenes, cuya excavación ha suministrado importantes datos.

En esta época del Neolítico y primeras edades del metal, la climatología y el ambiente natural de la Península eran los mismos que ahora; pudiéndose datar en ocho milenios anteriores a la actualidad el florecimiento del pleno neolítico, época en que existen preciados y escasos objetos de cobre, y la delgada lámina de oro, que en forma de



Fig. 32.—El Cabeço da Arruda; yacimiento en paradero, del valle del Muga en el relleno del estuario del Tago, en el Ribatejo. El bosquecillo de alcornoques indica la acumulación del «Paradero».

(Foto Hernández-Pacheco, 1940).

diadema tenía una de las calaveras de la Cueva de los Murciélagos. Desde entonces, el clima hispano que existía no ha cambiado, y la vegetación espontánea, que es producto del clima y del ambiente natural, es la misma entonces y ahora, considerada en sus grandes zonas de bosque, matorral y estepa.

Entonces, como ahora, se puede descomponer el conjunto peninsular en las siguientes áreas climatológicas:

a) Amplia banda occidental de clima y ambiente atlántico, que rebasa, hacia España, la frontera portuguesa, siendo el adentramiento más extenso en Extremadura.

b) Banda oriental de clima y ambiente mediterráneo, con exageradas características de sequía, de tipo africano en el Sureste peninsular, especialmente en Almería.

c) Zona bética, cálida y de influjo atlántico atenuado.

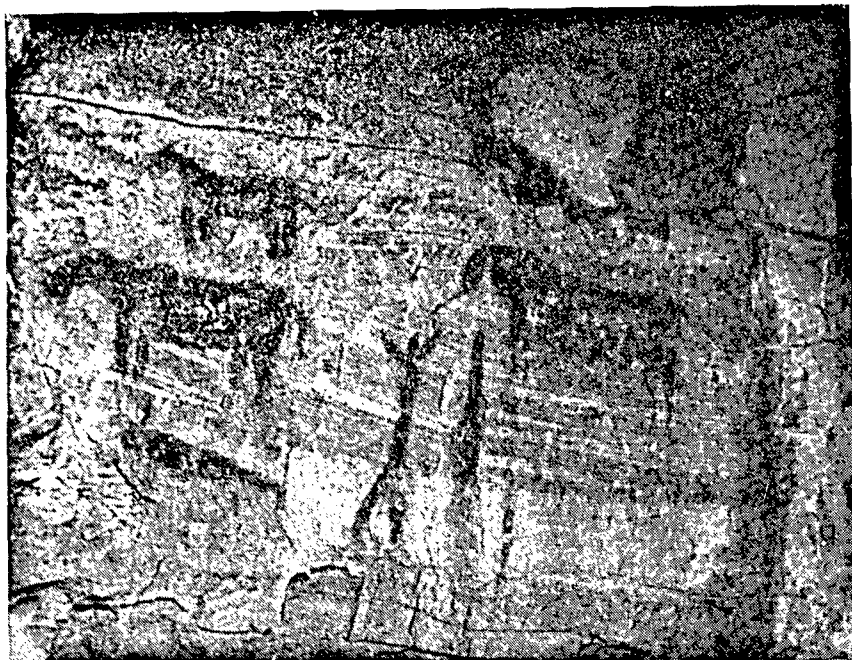


Fig. 33.—Pinturas rupestres del final del Mesolítico. El más antiguo documento pictográfico de la domesticación del caballo. En el monte de pinos del Anear, en término de Boniches (Cuenca).

(Foto Hernández-Pacheco, 1918.)

d) Banda galaicocantábrica y pirenaica, caracterizada por lluvias de verano y, como consecuencia, siempre verde el campo y frondoso el bosque.

e) Amplia extensión interior de la Península, con altitudes superiores a los 500 m., a donde llegan atenuados los influjos de las zonas periféricas.

Los restos de las culturas neolíticas se encuentran en todo el ámbito peninsular. Las pictografías rupestres, dentro del área de su distribución general, abundan más donde la roca se presta a su conservación, tales como los riscos de cuarcita, roca inalterable a la acción disolvente de la lluvia y de las humedades (figs. 39 a 44). Comprender tales pictografías: el litoral asturiano, las serranías litorales desde Ca-

taluña y Valencia, hacia Almería, donde son abundantes; montañas meridionales; gran zona de Sierra Morena, y Extremadura, y zona interior portuguesa del Alentejo, y la Beira interior.

Semejante es la distribución dolménica; pero análogamente como en las pictografías de la época, tiene importancia la naturaleza del lienzo rocoso; para la arquitectura dolménica lo tiene la existencia de grandes bloques, ya acondicionados por la naturaleza, siendo en tal respecto constructivo, los terrenos graníticos los más adecuados.



Fig. 34.—Crestones de cuarcita de Sierra Morena en Fuencaliente (Ciudad Real), que contienen las célebres pinturas rupestres, descritas a mediados del siglo XVIII, por López de Cárdenas (da idea proporcional del tamaño el hombre a caballo de la parte baja).

(Foto Hernández-Pacheco, 1925.)

La densidad de población de la Península puede suponerse, fundadamente, que sería superior a la del Paleolítico y Mesolítico. Por las características etnográficas, y también por las arqueológicas, se aprecian en el conjunto peninsular dos pueblos, cada uno con características propias dentro del mismo tipo cultural.

Uno, un pueblo neolítico y eneolítico, probablemente autóctono, que descubrió y utilizó el cobre como metal precioso (pues cuanto más se bate más dureza adquiere) para armas y pequeños utensilios que tendría su área cultural de origen en la Beira Baixa, Alentejo, Extremadura española y Huelva, que se expansionaría por Portugal y Andalucía atlántica y, en general, la parte occidental peninsular. Es abundante en construcciones de antas o dólmenes, y como piezas arqueológicas típicas

cas son abundantes las plazas de pizarras grabadas (fig. 45), a las que se les asignan carácter religioso o de amuleto, y, como variante derivada, las esculturas pétreas denominadas ídolos de los dólmenes; y entre éstos el grabado en Peña Tú (Asturias), del que se ha hecho mención. Corresponde al grupo étnico o cultural occidental las pictografías rupes-

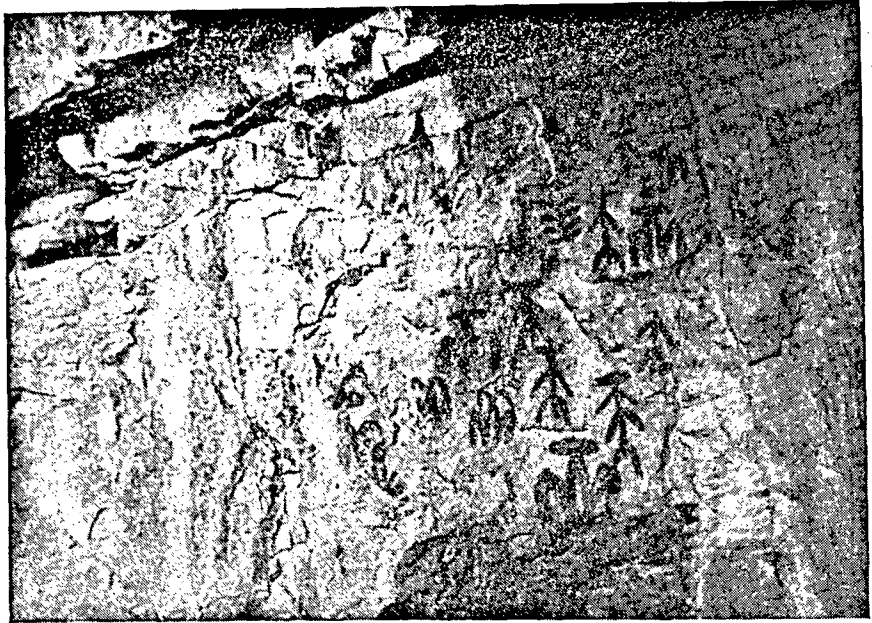


Fig. 35.—Detalle de la composición general de pinturas rupestres de Fuencaliente (Ciudad Real) en Sierra Morena.

(Foto Hernández-Pacheco, 1925.)

tres del tipo de las de Fuencaliente (Ciudad Real), Alange y Alburquerque (Badajoz), y Arronches (Portugal).

En la banda oriental de la Península surgen, sincrónica con el anterior, la cultura neolítica y eneolítica, denominada de Almería, de origen desconocido, la cual hay que suponer es, en parte, autóctona; pero a la que Bosch Gimpera le asigna origen camita, suponiendo corresponda a una primera invasión procedente de Africa; inmigrantes que evolucionando y con nuevas aportaciones, en las épocas de los metales se designaron con la denominación general de Iberos. Se extiende esta variedad de cultura por el Sur peninsular, a lo largo de la costa y montañas litorales mediterráneas; hacia el Oeste, hasta el Estrecho de Gibraltar. El material arqueológico, muy abundante, de tales pueblos neolíticos del Sureste peninsular, presenta particularidades diferenciales de

los anteriores: la cerámica es más perfecta y variada de formas. Los denominados ídolos, de hueso o diversas materias, son muy diferentes de los del Oeste, faltando las placas grabadas de pizarra. Asimismo las pictografías rupestres, aunque con signos comunes, muestran carac-



Fig. 36.—Pictografías de la cueva de los Letreros en Vélez Blanco (Almería), según la copia del profesor M. Góngora, en su obra de 1868, «Antigüedades prehistóricas de Andalucía».

terísticas diferenciales, siendo ejemplos típicos las de la Cueva de los Letreros, en Vélez Blanco (Almería).

Uno de los territorios más abundantes en ruinas, vestigios y restos de la época neolítica y de su apogeo, la eneolítica, es el cuadrante peninsular del Suroeste, debiéndose considerar como área focal de tal etapa

cultural el espacio comprendido al Sur del Tajo, entre este río caudal y el Guadiana medio o extremeño. Territorio que comprende Extre-

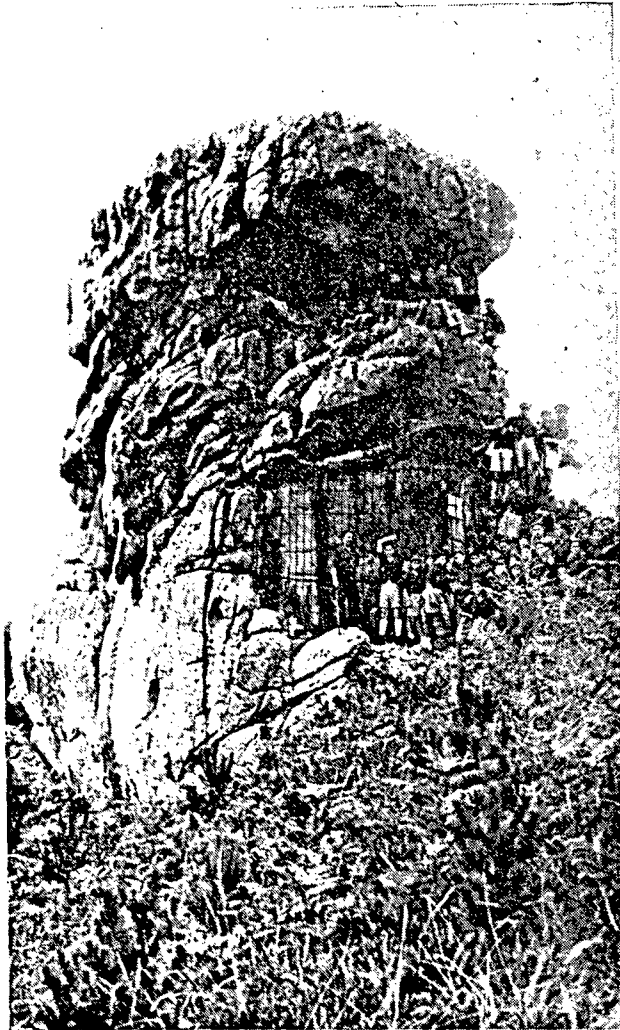


Fig. 37.—Monumento natural de Peña Tú, en la Sierra Plana de la Borbolla, cerca de Vidiago (Asturias); señalado su interés, en 1914, por E. H. Pacheco y el conde de Vega de Sella; que contiene pinturas rupestres en la parte cercada por la verja.

(Foto de R. Rozas.)

madura Central y el Alentejo portugués; extensión que coincide con la del desarrollo óptimo del matorral de Cistáceas y del bosque de Cupulíferas, con la bellota abundante, gorda y dulce, y la castaña, alimentos



conservables para hombres y ganados, y con el alcornoque, productor del corcho, material muy adecuado para múltiples usos y menaje casero de aquellos pueblos primitivos. De tal área focal, los rudos neolíticos estarían expansionados por donde se extiende frondoso el encinar.

El genio de Cervantes, en el relato de la escena cuando Don Quijote y Sancho fueron huéspedes de los cabreros de Sierra Morena, quienes les obsequiaron con el yantar de tasajos de cabra y de bellotas ave-

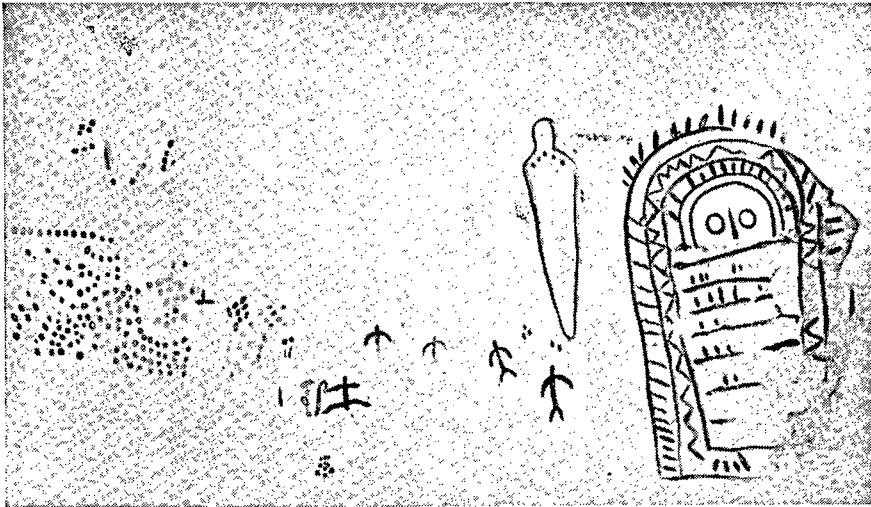


Fig. 38.—Composición rupestre, pintada y grabada en Peña Tú, Sierra Plana de la Borbolla, cerca de Vidiago (Asturias), que dió la clave de la edad de las pictografías del mismo tipo en diversidad de localidades hispanas.

(Reproducción del grabado de la memoria, por E. H.-Pacheco, J. Cabré y conde de Vega del Sella, de 1914.)

llanadas, hace un pintoresco relato de la rústica vida pastoril de su época. En esencia, tal vivir no sería muy diferente del prehistórico, pues en el transcurso de los tiempos las culturas, en cierto modo, resbalan y son extrínsecas al espíritu de hombres que tienen su vida acomodada a la naturaleza, formando hasta cierto punto parte intrínseca de ella.

En la penillanura entre Tajo y Guadiana y en sus cercanías, y al Oeste de la divisoria entre una y otra cuenca hidrográfica, por los actuales despoblados de la Sierra de San Pedro, por el Lácara, Alburquerque y comarcas portuguesas del Alentejo y de la Beira Baja, son abundantes los dólmenes (figs. 46 a 49), sepulturas excavadas en los canchos graníticos, parejas de redondas pilas labradas en la roca, signos esculpidos en los lanchones de granito; inscripciones que aun hoy sirven

de marcas de propiedad de ganaderos. Todo esto, acompañado de pictografías jeroglíficas en los canchales de cuarcitas, tales como los de Alange, Sierra de San Serván, Alburquerque y Arronches, en Portugal. Objetos y utensilios procedentes de las excavaciones de los antas y de fondos de cabañas neolíticas, tales como placas de pizarras grabadas, interpretadas como amuletos para llevar colgados; vasijas para

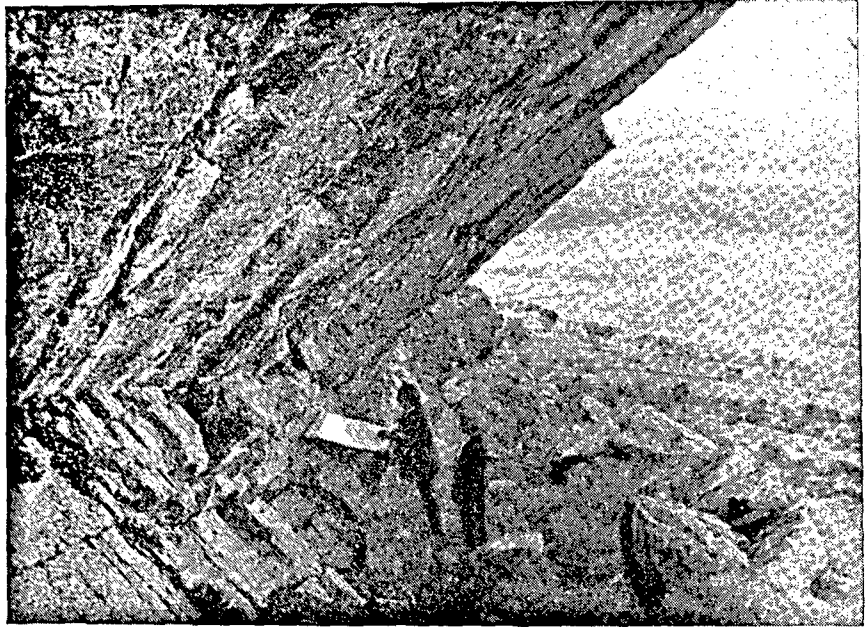


Fig. 39.—Copia de pictografías rupestres de época neolítica en el abrigo rocoso de la Calderina, en la Sierra de Alange (Badajoz).

(Foto Hernández-Pacheco, 1926.)

la leche, suero, y, con agujeros, para la preparación del queso y requesones. Todo ello estudiado y clasificado como de época neolítica, induce a suponer la existencia de una población, en tal período prehistórico, más abundante que la constituida por las hordas cazadoras de épocas anteriores.

A la época final del Neolítico y a la siguiente del Bronce, deben corresponder los conjuntos de signos fuertemente grabados en superficies rocosas adecuadas, con dos tipos diferentes: unas, las abundantes sobre el granito de Galicia; otras, con signos, en parte semejantes a los de las pictografías rupestres neolíticas. Inscripturas rocosas, situadas en comarcas actualmente ganaderas del cuadrante Suroeste peninsular; como al Norte de la depresión gaditana de la Janda (fig. 50), y en Ex-

tremadura, en Alburquerque (fig. 51), en donde por la semejanza de varios de los signos con los usados para marcas de ganados, existe la creencia que corresponden, tales conjuntos de grabados rupestres, a



Fig. 40.—Pictografías rupestres de edad neolítica en el abrigo rocoso de la Calderina, en la Sierra de Alange (Badajoz).

(Foto Hernández-Pacheco, 1926.)

archivo antiquísimo de época desconocida, de remotas marcas de propiedad ganadera.

El material paleontológico es abundante, pues en los fondos de ca-

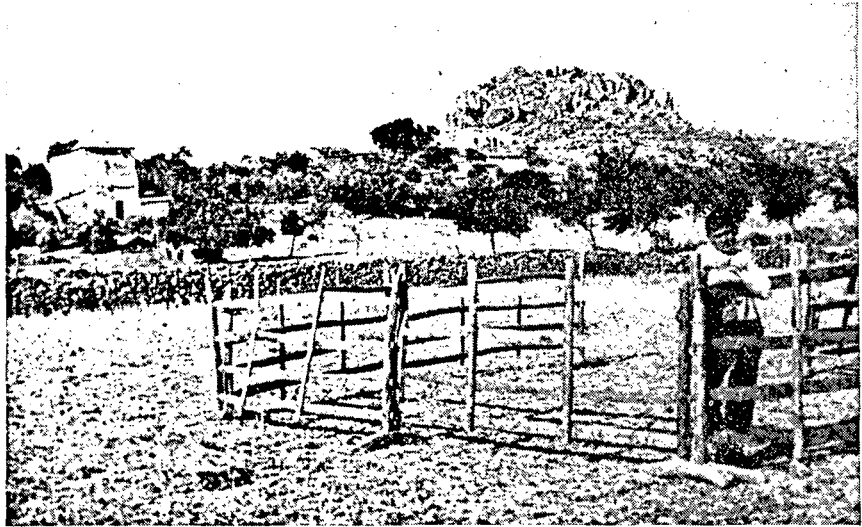


Fig. 41.—El risco de San Blas, de cuarcitas, con pictografías de época neolítica, en Alburquerque (Badajoz).



Fig. 42.—Pictografías del risco de San Blas, en Alburquerque (Badajoz).  
(Copia de Aurelio Cabrera, 1916.)

bañas y las excavaciones que han escapado al saqueo de los antas en todas épocas, incluso romanas, buscando pequeños objetos de oro, se encuentran con cacharros y utensilios despreciados por los buscadores de tesoros, restos óseos de animales consumidos o depositados como ofrendas funerarias. Tales restos son, respecto a ganados, principalmente la cabra, el cerdo y el toro.

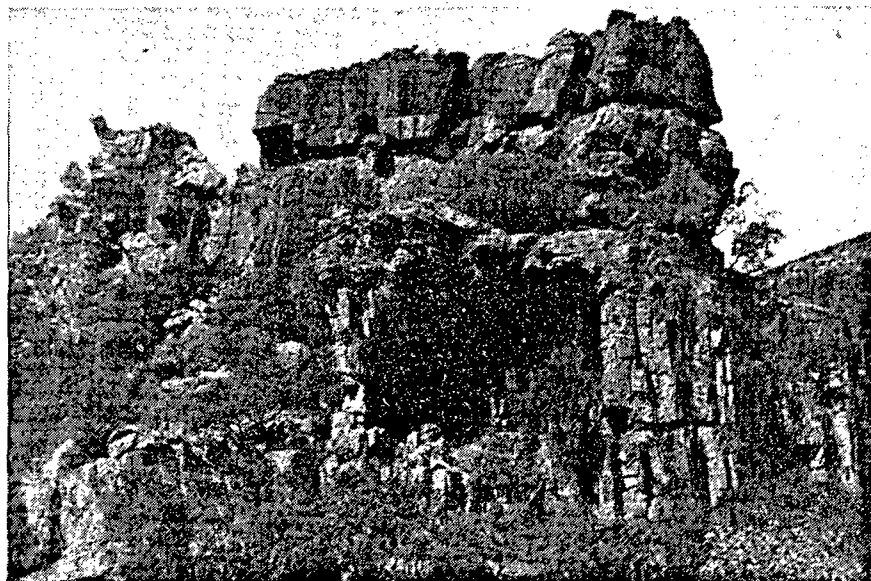


Fig. 43.—Parte alta del risco de la cueva del Cristo, con diversidad de pictografía de época neolítica, en el interior de la cueva: Valle de las Batuecas (Salamanca).  
(Foto Hernández-Pacheco, 1923.)

En tal período comienza el ataque del hombre al matorral y al bosque, y la sustitución en pequeños sitios de la vegetación silvestre por la cultivada, al modo como actualmente lo realizan los pueblos pastores del Norte de Sáhara occidental; limpiando de malezas reducidos y adecuados espacios de la «grara» para el cultivo accidental de cebada, mediante tosco arado construido con unos palitroques de madera dura de argán, que en Hispania, en aquella lejana época, serían de encina.

A los tiempos del Eneolítico o primeras edades del metal, corresponden habitaciones trogloditas, excavadas en los escarpes de margas yesíferas de diversas comarcas de la España xerofita, tales como las de los acantilados fluviales de Tajuña, del Tajo y de sus afluentes. Estas habitaciones, por el clima de la región, son relativamente confortables: secas en todo tiempo, frescas en verano y abrigadas en invierno. Reúnen,

además, excelentes condiciones defensivas, pues el acceso a las de dichas épocas prehistóricas, era mediante escalas de madera, o sendero,



Fig. 44.—Pinturas rupestres, neolíticas, en la umbría del risco de la cueva del Cristo en el valle de las Batuecas (Salamanca).  
(Foto Hernández-Pacheco, 1923.)

fácilmente defendible (fig. 53). Desde aquellas remotas épocas se siguen excavando, en los parajes en donde el terreno se presta, viviendas subte-

rráneas en muy diversas regiones españolas; siendo ejemplo, cercano a Madrid, las de Morata de Tajuña.

De las épocas finales de la prehistoria y comienzos de la protohistoria, son las colosales y toscas esculturas de granito, representando berracos y toros, repartidas por los territorios de las penillanuras occidentales, correspondientes a las antiguas Carpetania y Beturia, en las actua-

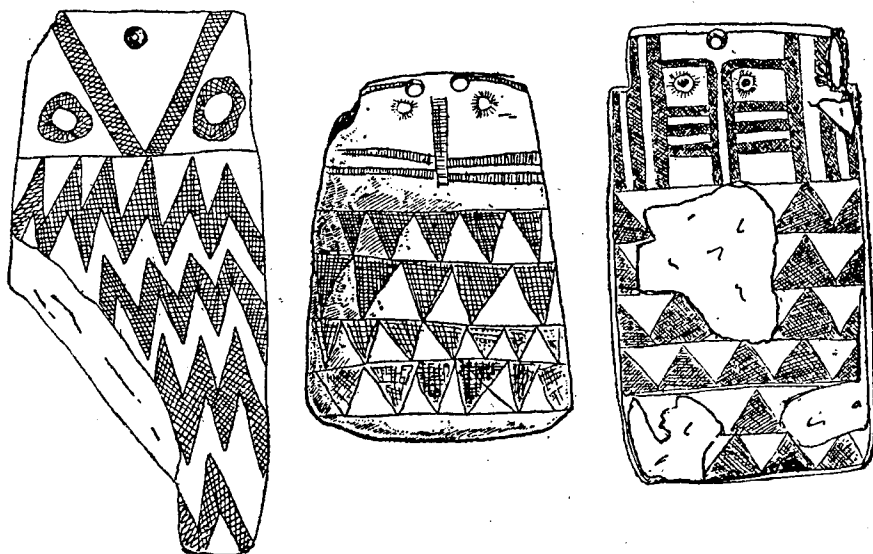


Fig. 45.—Placas de pizarra ornamentadas del Alentejo (Portugal). Colección del Museo regional de Elvas. (Tamaño algo menor de la mitad del natural.)

les provincias de Avila, Segovia, Madrid, Toledo, Cáceres, y las Beira y Alentejo, en Portugal. La significación de tales representaciones pétreas es hipotética. Entre dichas estatuas zoomorfas destacan las denominadas «toros de Guisando», en la base de la Cordillera Central, cerca de San Martín de Valdeiglesias (Madrid).

#### DISTRIBUCIÓN HISPANA DEL ARTE RUPESTRE PREHISTÓRICO

El arte rupestre prehistórico está distribuido por el ámbito peninsular, salvo en las extensas regiones de la Hispania arcillosa, por falta de lienzo rocoso adecuado para tales manifestaciones gráficas. Tampoco existen pinturas de época paleolítica en aquellos territorios desprovistos de cavernas, pues el género de vida y las manifestaciones pictóricas de los paleolíticos son esencialmente troglodíticas.

Las pinturas y grabados de época paleolítica están concentrados en la región litoral vasco-cantábrica, que sería el país de origen de tal fase artística del hombre primitivo, desde donde se expansionaría hacia el Este, desarrollándose en el Sur de Francia, al Norte de los Pirineos. Hacia el Oeste tales manifestaciones de la cultura paleolítica se continúan por el litoral asturiano, hasta las Asturias occidentales, donde la constitución litológica cambia, desarrollándose el roquedo pizarroso y



Fig. 46.—Dolmen de la Encomienda de Mayorga en San Vicente de Alcántara (Badajoz).

(Foto Aurelio Cabrera.)

cuarcitoso del Paleozoico inferior, sustituyendo al calcáreo del Carbonífero y del Cretáceo; siendo la más occidental de las cavernas con pinturas paleolíticas conocida la de la Peña de Cándamo, junto al Nalón y próxima a la desembocadura de dicho río asturiano.

La expansión del arte rupestre troglodita se manifiesta al Sur de la Cordillera Cantábrica y del Ebro, por los grabados y pintura de la grieta subterránea de Pénches (Burgos), y en el centro peninsular por los importantes grabados y pinturas de la caverna de Los Casares, cerca de Riva de Saelices (Guadalajara). Son también manifestaciones del mismo tipo y época la de la gran caverna de la Pileta, en Beñaoján, de la Serranía de Ronda, y las de la cueva de Ardales, en la misma provincia de Málaga.



Las representaciones del arte rupestre mesolítico, en época del clima actual, están a la luz del día en covachas y abrigos rocosos, y tienen su mayor desarrollo y abundancia de localidades en las serranías levantinas



Fig. 47.—Anta de la heredad del Berrocal. (Publicación «El Neolítico de Pavía», por Vergilio Correia.

(Foto Mezquita de Figueredo.)

mediterráneas, desde Cataluña hasta Andalucía, inclusives; existiendo otro núcleo en el litoral atlántico meridional de la provincia de Cádiz. En el interior peninsular, tal tipo de arte rupestre está representado por importantes localidades en Albarracín y Serranía de Cuenca; en las cercanías de Despeñaperros, en Sierra Morena, y en la mitad occidental peninsular, por notable representación en el valle de las Batuecas, en el Sur de la provincia de Salamanca.

Las pictografías neolíticas, manifestación de una incipiente escritura jeroglífica, tienen abundante expresión y desarrollo. Se suelen encontrar en los lienzos rocosos pictóricos, superpuestas a las pinturas mesolíticas, o en peñones y roquedos de los mismos parajes, por todo el Levante; indicando tales superposiciones de época diferente, la persistencia de habitación en los mismos lugares por la sucesión de muchas generaciones.

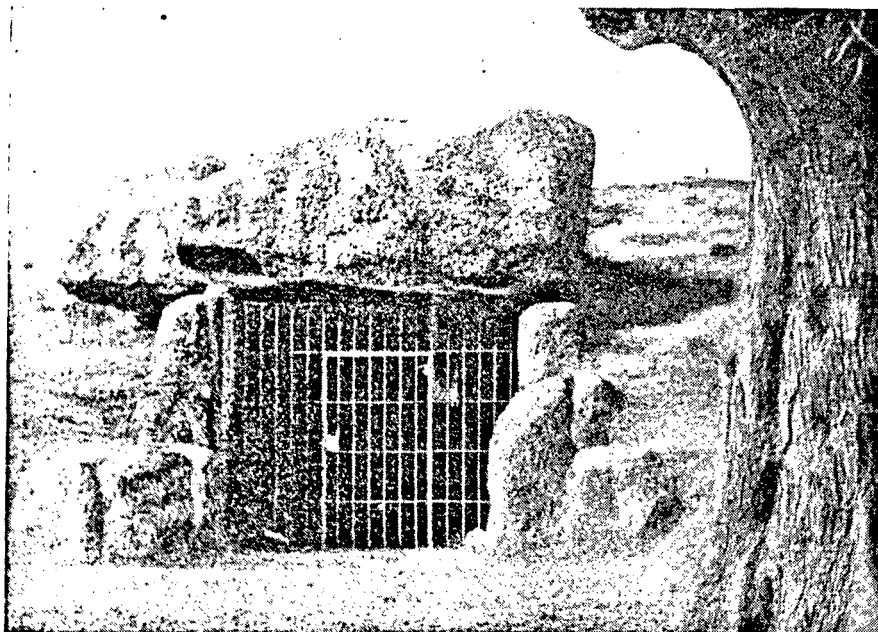


Fig. 48.—Gran dolmen de la «Cueva de Menga», cerca de Antequera (Málaga).  
Entrada.

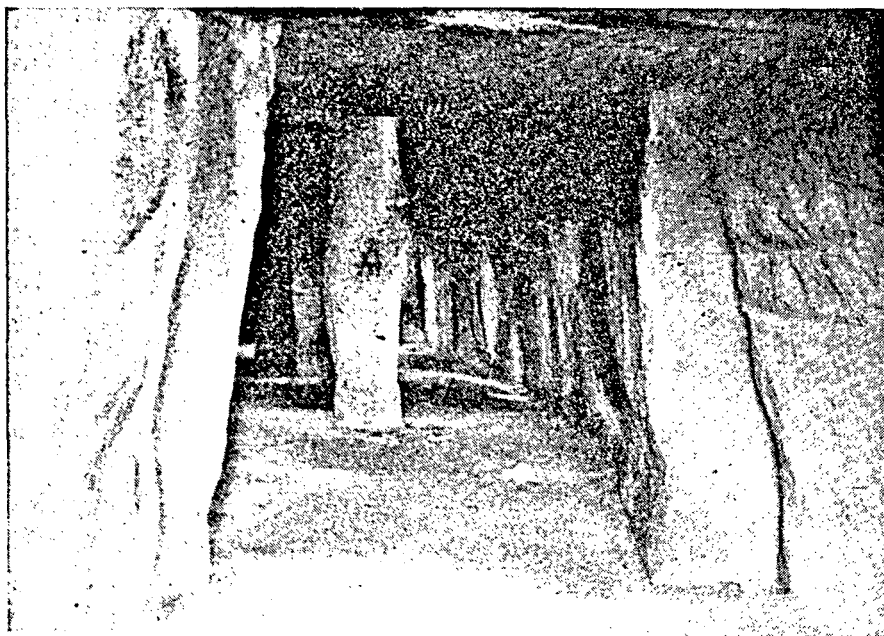


Fig. 49.—Gran dolmen de la «Cueva de Menga», cerca de Antequera (Málaga).  
Interior.



Fig. 50.—«Laja de los Hierros», al Norte de la depresión de la Janda, en término de Alcalá de los Gazules (Cádiz).

(Foto Hernández-Pacheco, 1913.)



Fig. 51.—Conjunto de signos grabados en la «Peña de los Hierros», cerca de Alburquerque (Badajoz).

(Foto Hernández-Pacheco, 1916.)



Fig. 52.—Montículo que envuelve al gran dolmen con círculo de piedras en derredor ; en el Prado del Lácara, cercano a la estación de El Carrascalejo (Badajoz).  
(Foto Hernández-Pacheco, 1915.)

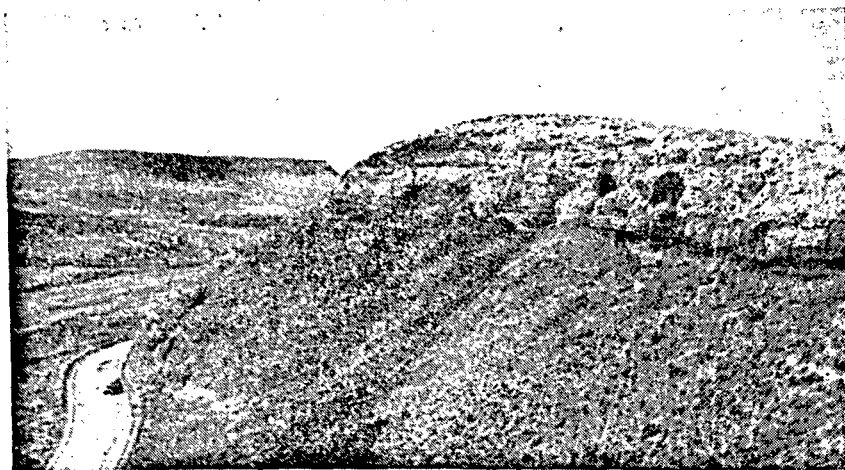
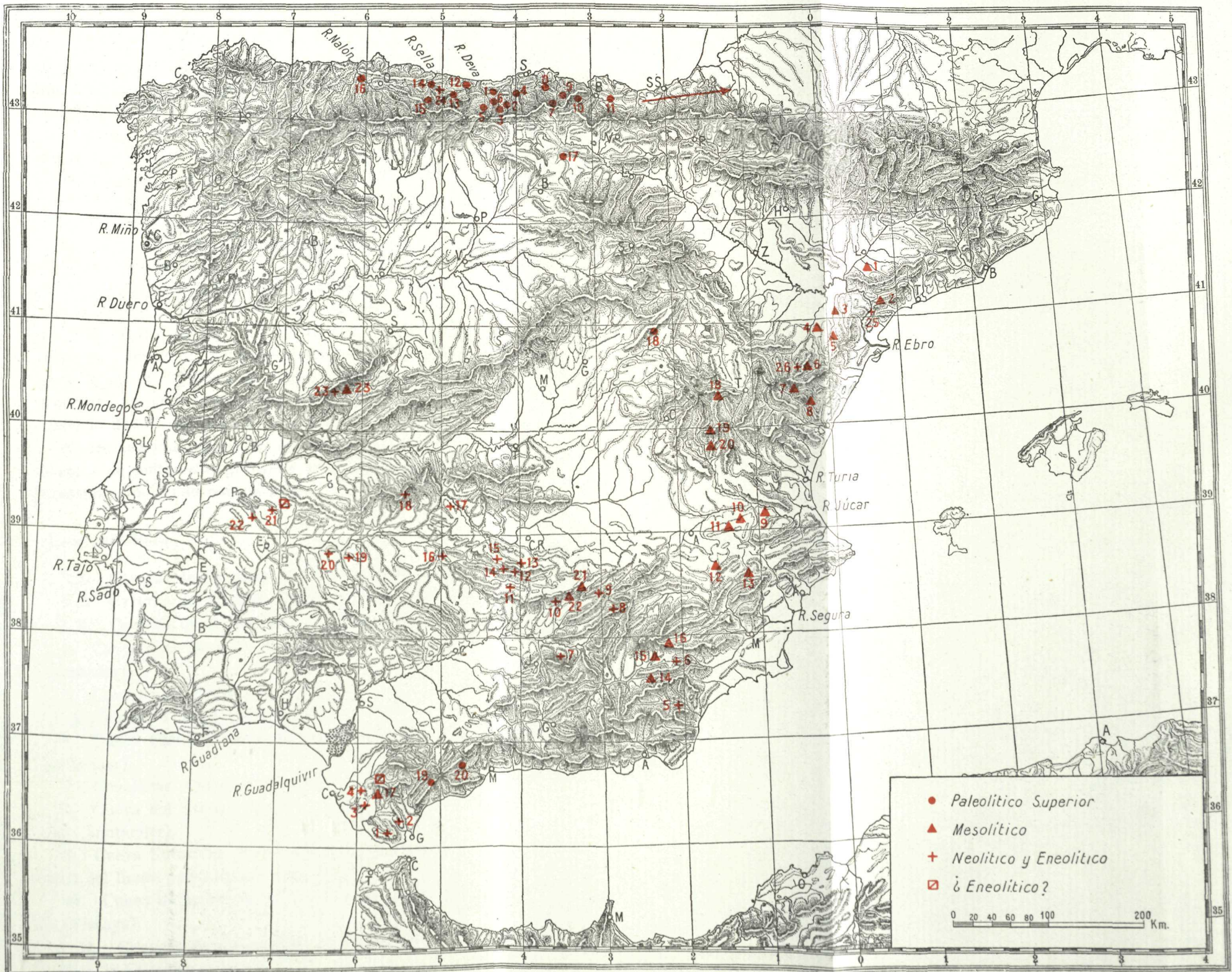


Fig. 53.—Habitaciones trogloditas excavadas en las margas yesíferas del valle de San Juan, entre Aranjuez y Colmenar de Oreja (Madrid).  
(Foto Hernández-Pacheco, 1926.)

En el Norte peninsular, en el litoral cántabro-asturiano, está el importante peñón de Peña Tú, que con sus pictografías nos dió la clave de la edad de tal tipo de representaciones neolíticas.

Predominan las pinturas rupestres neolíticas, formando conjuntos, en parajes próximos, en los peñones de cuarcitas silúricas, por Sierra



Mapa de la distribución del arte rupestre prehistórico en Hispania.

Morena y serranías extremeñas, y son abundantes en el extremo meridional peninsular, en la provincia de Cádiz, entre las localidades de pinturas mesolíticas.

En relación con las pinturas rupestres neolíticas aparecen en algunos parajes («Laja de los hierros», en la comarca de la laguna de la Janda, y «Piedra de los Hierros», en Alburquerque) amplias y llanas rocas, al ras de tierra, con abundantes signos semejantes a los de las pictografías neolíticas de las que se ha hecho mención.

En Galicia, principalmente en las provincias de Coruña y Pontevedra y en cierta parte de la de Orense, y también por el Norte de Portugal, existen peñas y roquedos graníticos, con abundancia de intensos grabados, de círculos concéntricos, pequeñas cavidades en cazoleta, rayas y diversidad de figuras en extremo esquemáticas, de hombres y animales, tales como ciervos, caballos, etc.; insculturas de enigmática época, quizá de las primeras edades del metal y contemporáneas de los «castros», las cuales no incluimos en el adjunto mapa, teniendo en cuenta lo dudoso de la edad. (Lám. I).

A continuación exponemos las localidades que en el citado mapa señalamos de pinturas o grabados rupestres, distribuidos por el ámbito peninsular, indicando con un asterisco aquellas de mayor importancia:

#### *Epoca paleolítica*

- \* 1. Caverna de Altamira. Cerca de Santillana del Mar (Santander).
- \* 2. Caverna del Castillo. Cerca de Puente Viesgo (Santander).
- \* 3. Caverna de la Pasiega. Cerca de Puente Viesgo (Santander).
4. Caverna de Santián. Cerca de Puente Arce, en el valle del Pas (Santander).
5. Caverna de Hornos de la Peña. Cerca de San Felices de Buelma, partido de Torrelavega (Santander).
6. Cueva Clotilde. Cerca de Santa Isabel, partido de Torrelavega (Santander).
7. Covalanas. Cerca de Ramales (Santander).
8. Cueva del Salitre. Cerca de Ajanedo y Miera, comarca de Santoña (Santander).
9. Cueva Sotorriza. En el Molinar del Carranza, afluente al Asón, cerca del límite con Vizcaya (Santander).
10. Cueva de la Venta de la Perra. Cerca del Molinar del Carranza (Vizcaya).
- \* 11. Caverna de Santimamiñe o de Basondo. Cerca de Cortezubi, partido de Guernica (Vizcaya).

- \* 12. Caverna de Pindal. En el acantilado costero de Pimiango y Colombres (Asturias).
- 13. Cueva de la Loja. Cerca de Panes, a la salida del Deva de las gargantas de La Hermida (Asturias).
- 14. Cueva de San Antonio. Cerca de Ribadesella (Asturias).
- \* 15. Caverna del Buxu. Cerca de Cangas de Onís (Asturias).
- \* 16. Caverna de la Peña de Cándamo. Junto a Cándamo, en el valle del Nalón (Asturias).
- \* 17. Cueva de Penches. Al Sur del Ebro y al Este y cerca de Oña, en término de Penches (Burgos).
- \* 18. Caverna de Los Casares. Cerca de Riva de Saelices, en la comarca del Alto Tajo (Guadalajara).
- \* 19. Caverna de La Pileta. Cerca de Benaoján, al Suroeste de Ronda (Málaga).
- 20. Cueva de Ardalés; pueblo en el comedio de Antequera y Ronda (Málaga).

#### *Epoca mesolítica*

- \* 1. Abrigo de Cógúl. Cerca de este pueblo, a unos 17 kilómetros al SSE. de Lérida.
- 2. Roquedo del barranco de la Font Vilella. Cerca de Tivisa y de la costa al Norte del delta del Ebro (Tarragona).
- 3. Abrigo dels Secans. Cerca de Mazaleón, partido de Alcañiz (Teruel).
- \* 4. Val del Charco del Agua Amarga. Cerca de Alcañiz (Teruel).
- 5. Abrigo de Calapatá: Rocas dels Moros y Barranco dels Gascons (en parte destruídas). Cerca de Cretas, partido de Alcañiz (Teruel).
- \* 6. Muela de Morella la Vieja: Galería alta del cantil de la masía de «Morella la Vella» y abrigo del «Roure». Cerca de Morella (Castellón).
- \* 7. Abrigo pintado de la muela de Ares. Cerca de Ares del Maestre (Castellón).
- \* 8. Barranco de Valltorta. Diversidad de abrigos con pinturas, destacando: Cueva de los Caballos, Cueva Saltadora y Cueva del Civil. Entre Tirig y Albocácer (Castellón).
- \* 9. Cuevas de la Araña. Tres abrigos pintados y otro amplio sin pinturas y habitable. En la alta barrancada del Salto de la Rebolla; en término de Bicorp, en el macizo montañoso del Caroché (Valencia).
- 10. Abrigo de Tortosillas. En término de Ayora, cerca del límite provincial con Albacete (Valencia).

\* 11. Abrigos de Alpera. Dos principales: Cueva de la Vieja y Cueva del Queso. Cerca de Alpera, partido de Almansa (Albacete).

\* 12. Abrigo de Minateda. Inmediato al caserío y apeadero del ferrocarril; partido de Hellín (Albacete).

13. Cantos de la Visera. Dos abrigos en la ladera del monte Arabí; cerca de Yecla (Murcia).

14. Cuevas de los Treinta. Cerca de Chirivil, partido de Vélez Rubio (Almería).

15. Estrecho de Santonje, junto a la fuente de los Pastores. A una docena de kilómetros, al Norte de Vélez Blanco (Almería).

16. Covacha del desfiladero de Leira. En un peñón junto al arroyo del Moral, afluente del río María; al Este de Vélez Blanco (Almería).

\* 17. Peñón del Tajo de las Figuras. Comprende: Cueva del Tajo de las Figuras, que es la principal; Cuevas Cimeras, en lo alto del peñón; Cueva del Arco, en la ladera meridional, cerca de la cumbre. En el borde oriental de la llanura de la laguna de la Janda, en la sierra de las Momias, cerca de Casas Viejas (Cádiz).

\* 18. Los Toricos de Albarracín. Comprende: Lienzo rocoso del prado del Navazo, Galería del callejón del Plou y otros sitios menos importantes. Cerca de Albarracín (Teruel).

\* 19. Roquedos de la rambla del Anear, en los pinares del Cabriel. Cerca de Boniches, partido de Cañete (Cuenca).

\* 20. Peña del Escrito. En los pinares de la cuenca del Cabriel, cerca de Villar del Humo, partido de Cañete (Cuenca).

21. Tabla de Pochico. En Sierra Morena, al Este de Despeñaperros, cerca de la cascada de la Cimbarra y de Aldeaquemada (Jaén).

22. Cueva del Santo. En la parte alta y al Este de la barrancada de Despeñaperros, cerca de la estación de Las Correderas, en término de Santa Elena (Jaén).

\* 23. Canchal de las Cabras Pintadas. Valle de Las Batuecas, junto al límite provincial de Cáceres y cerca de La Alberca (Salamanca).

### *Epoca neolítica*

1. Cueva del Obispo, Cueva de las Palmas, Cueva de la Torre de la Peña, Cueva de Retín, etc. En las sierras de la comarca de Tarifa (Cádiz).

2. Cueva de la Carrajola, Cueva de los Ladrones, etc. En la serranía de Los Barrios, al Oeste de la bahía de Algeciras (Cádiz).

3. Peñones y covachas en las areniscas y calizas de los relieves montañosos que rodean a la llanura de la Janda: Cueva de los Ladrones, Cueva Ahumada, etc. (Cádiz).



4. Cuevas del Canuto de Ciaque, del cortijo de la Parra, garganta de Santa Victoria. Laja de los Hierros, etc. Término de Medina Sidonia y Alcalá de los Gazules (Cádiz).

5. Cueva de Lubrín. En Lubrín, partido de Cuevas de Almanzora (Almería).

\* 6. Cueva de los Letreros. Cerca de Vélez Blanco (Almería).

\* 7. Cueva de la Graja. Cerca de Jimena, partido de Mancha Real, al Este de Jaén.

8. Cuevas de la Morcieláguila y de Alamedilla. En Santisteban del Puerto, Sierra Morena (Jaén).

9. Abrigos de la Cimbarra. Aldeaquemada, Sierra Morena (Jaén).

\* 10. Collado de la Niebla, Ladera occidental de la barrancada de Despeñaperos, dando vista a Andalucía. Término de Santa Elena (Jaén).

\* 11. Peña Escrita, La Batanera, etc. En las estribaciones meridionales de Sierra Madrona. Cerca de Fuencaliente (Ciudad Real).

12. El Rabanero, Peñón Amarillo, etc, etc. En las sierras de los Valles de Alcudia; cerca de Solana del Pino (Ciudad Real).

13. Cuevas de Los Murciélagos y Callejones del Río Frío; en término de Mestanza; en los valles de Alcudia de Sierra Morena (Ciudad Real).

14. Cabezas Rubias, El Naranjo, La Osa, El Monje. En las sierras y valles de Alcudia, de Sierra Morena; término de Cabezas Rubias (Ciudad Real).

15. Las Covatillas, etc. En la parte septentrional de Sierra Morena; término de Almodóvar del Campo (Ciudad Real).

16. Cueva y peñones del puerto de los Grados, Covacha y peñones de los Buitres, etc. Entre Almadén (Ciudad Real) y Cabeza del Buey (Badajoz).

17. Peñones de la Estrechura del Lobo; peña y covachas del Ratón. Inmediaciones del Guadiana, en Helechosa de los Montes (Badajoz).

18. Diversidad de peñones y abrigos en las cuarcitas de las Villuercas, entre los pueblos de Cañamero, Berzocana y Guadalupe (Cáceres).

\* 19. Abrigo de la Calderita, cerca de Alange (Badajoz).

20. Peñones de la Sierra de San Serván, inmediatos a Arroyo de San Serván, pueblo cercano a Mérida (Badajoz).

\* 21. Risco de San Blas, Sierra de la Carava y Piedra de los Hierros. Inmediatos a Alburquerque (Badajoz).

\* 22. Abrigo de La Esperanza; inmediato a la ermita, cerca de Arronches, localidad cercana a la frontera española de Alburquerque, distrito de Portalegre (Portugal).

\* 23. Cueva y Umbría del peñón del Cristo; El Zarzálón; Peñones de las Torres, etc. Valle de las Batuecas (Salamanca).

\* 24. Peña Tú. En la Sierra Plana de la Borbolla; inmediata a la estación de Vidiago, del ferrocarril del Cantábrico, y próxima a la costa. Concejo de Llanes (Asturias).

25. Cova del Remet, en el barranco de la Font Vilella, y otras localidades inmediatas, en las asperezas del tramo final del Ebro. Término de Tivisa (Tarragona).

26. Covacha de la Viña, en la muela de Morella la Vieja. Cerca de Morella (Castellón).

#### ETAPA DE LA CULTURA AGRÍCOLA EN LAS ÉPOCAS PROTOHISTÓRICAS

En las edades del metal comienza la protohistoria. Del período del bronce, y primero del hierro, además de los datos que suministra la arqueología, se tienen, aunque pocas, algunas referencias, recogidas por los antiguos escritores, pero más míticas y legendarias que históricas, tales como las interpretaciones de algunos pasajes de «La Odisea», hechas incluso por geógrafos de hace dos milenios, como Estrabón.

Es la época del comercio del cobre, y de la casiterita, madre del estaño; minerales procedentes del Oeste y Noroeste peninsular, que a través de las tribus que ocupaban Salamanca, Extremadura y Sierra Morena (fig. 54), llegaban para la fabricación del duro bronce a Huelva y a Cádiz, puertos del Mar Exterior, al otro lado de las Columnas de Hércules.

Era el período del florecimiento de la cultura occidental de los tartesios, con escritura y poemas históricos; de las fabulosas luchas de Gerión y de la magnificencia de Argantonio, sus legendarios reyes. Eran los tiempos en que comenzaban las navegaciones de los tirios, desde el Oriente mediterráneo a las lejanas tierras del héspero, y las expediciones de las naves de Salomón y de Josafat al remoto Tartesso, y de las míticas expediciones de los griegos de la época homérica al lejano héspero del país de los tartesios, y de las relaciones amistosas con su longevo rey, Argantonio, dueño de cuantiosas riquezas.

El Levante hispano y la cuenca del Ebro estaba ocupado por los íberos, calificados de rudos por los historiadores primitivos, al compararlos con los turdetanos del Sur peninsular. Más tarde, la inmigración de los atlánticos celtas ocupó el Noroeste y gran parte del Occidente y las vertientes meridionales de los Pirineos orientales, surgiendo de la mez-

cla de uno y otro tronco racial los celtíberos, de las altiplanicies y serranías centrales. Con tales elementos étnicos, unos mediterráneos del Sur y del Oriente, y otros atlánticos europeos, actuando sobre los fondos raciales de abalengo neolítico, y cromañón paleolítico, estaba constituido el pueblo hispano, cuando los navegantes fenicios y griegos establecieron sus factorías comerciales en el litoral mediterráneo y meridional atlántico y en las islas Gymnesias o archipiélago Balear. Predominaron las colonias griegas en Levante y las fenicias en el Sur. Tipo de las

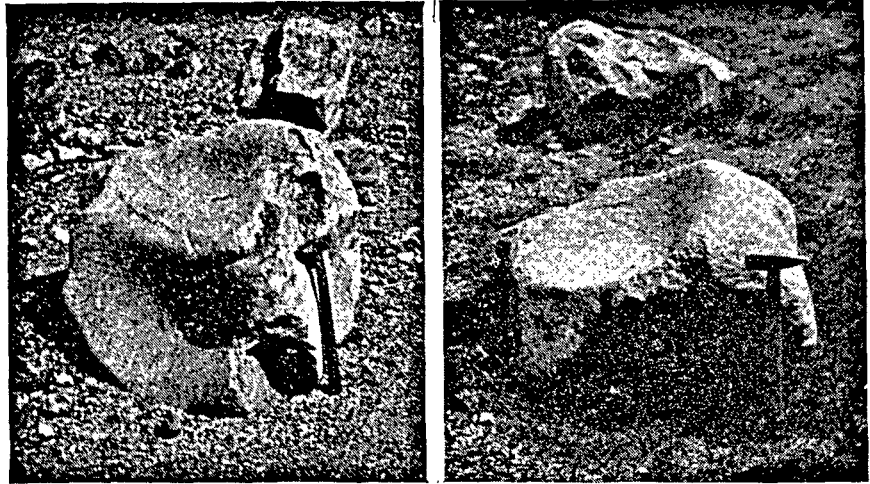


Fig. 54.—Bloques duros de roca diorítica que sirvieron para triturar el mineral de cobre. Encontrados en las escombreras de época protohistórica del Muriano, en la Sierra de Córdoba.

(Foto Hernández-Pacheco, 1917.)

primeras es Emporium (Ampurias), en el Golfo de Rosas. Tipo de las segundas es Gadir, ubicada, en la entonces isla, donde está actualmente Cádiz, en la bahía gaditana. De Emporium se conservan bien las ruinas, muy estudiadas, del puerto, de la pequeña ciudad amurallada griega y de la urbe indígena; probablemente la más populosa entonces de las ciudades hispanas. Gadir, a su vez, la más importante de las fenicias en España, también ha sido muy estudiada en tales respectos; tanto una como otra hacen comprender que su extensión y población no pasarían de un corto número de millares de habitantes.

En esta época, correspondiente a la mitad más antigua del primer milenio anterior a la era cristiana, comienza a poderse deducir, si no cuál sería aproximadamente la población peninsular, la distribución relativa que pudiera tener. Región de las más pobladas de la Península,

sería la Turdetania, o sea el valle bético y el litoral meridional. También estaría relativamente poblado el litoral alicantino, valenciano y catalán, o sea el país de los edetanos, cosetanos y layetanos. En el litoral atlántico, el valle bajo del Tajo, la Extremadura portuguesa y todo el litoral gallego, con sus fecundas rías. De Asturias, Cantabria y Vasconia, hablan los antiguos relatos de tener poca, pobre y ruda población, pues aparte del litoral y de reducidas llanuras, el interior, de escabrosos montes con densa vegetación, era inadecuado para el cultivo cerealístico y la ganadería lanar. Seguían al litoral y a la Turdetania, en densidad de población, los países de los beturios, oretanos y carpetanos, o sea las penillanuras de Extremadura y llanuras toledanas y madrileñas. La Celtiberia, especialmente las serranías centrales, se citan en los antiguos relatos como poco pobladas, y lo mismo la extensa zona esteparia del Ebro.

En la época de la cultura denominada ibérica, la población hispana estaba dividida en tribus independientes o constituyendo confederaciones, al modo de las actuales cábilas rifeñas, del Sus y del Uad Nun. Las aglomeraciones humanas, para efectos defensivos, habitaba el rellano culminante de colinas con laderas escarpadas. Tal es la ubicación de Numancia, inmediata a Soria, junto al Duero, frente al amplio valle de entrada, por el Sureste, a la altiplanicie de Castilla la Vieja, cuyo principal portillo, Numancia; equivalía al cerrojo de la fortaleza. La tenaz y heroica resistencia al romano es ejemplo clásico de la historia hispana; y a tal resistencia se debe lo muy conocida que es la ciudad de Celtiberia por los historiadores antiguos y por las modernas excavaciones de los arqueólogos.

Otras aglomeraciones urbanas, contemporáneas, ocupaban la planicie de las muelas calizas de los territorios de la Hispania calcárea; muelas de laderas rocosas verticales o en extremo abruptas, constituyendo pequeñas ciudades, perfectamente defendidas por la disposición natural del terreno. Tales son, en las vertientes mediterráneas de la altiplanicie de Castilla la Nueva, Meca, cerca de Alpera, y el Tormo de Minateda, ambas en la provincia de Albacete. La historia no dice nada de ellas; reducidas a ruinas, conservadas en el transcurso de los siglos.

En una y otra ciudad ibéricas se conservan los trazados de las calles, las entradas y caminos de acceso, en cuyo suelo rocoso se señala la honda huella de las rodadas de los carros. Se conservan los recintos de las casas y las excavaciones para aljibes y depósitos de granos. Ciudades momificadas que aguardan la labor de los arqueólogos, que tienen allí amplio e interesante campo de investigaciones y estudios.

En las inmediaciones de tales ciudades primitivas existen vegas fértiles, adecuadas para la agricultura, que justifican la ubicación de dichos

poblados, además de su situación defensiva, dada por la topografía. La acción del hombre, sustituyendo en estos parajes la vegetación espontánea por la cultivada, sería más amplia e intensiva que en las épocas prehistóricas, del neolítico y del bronce, teniendo en cuenta el mayor desarrollo de la agricultura, ya intensamente cerealística.

En todo caso los cultivos se reducirían a la extensión de los campos fértiles y vegas inmediatas, con el personal agrícola al amparo de la aglomeración urbana, siempre dispuesta a defenderse del agresor forastero. El resto del país sería campo silvestre, terrenos de pastos de ganados y montes de caza, lo cual continuaría siendo importante medio de sustento. Tales núcleos urbanos indican una población que, aunque mayor que la de las épocas anteriores, por lo pequeño del recinto no pasarían del número de habitantes que en la actualidad tienen los pueblos rurales de corto vecindario, contándose los vecinos más bien por centenares que por millares. Población que, por su pequeñez, no ejercería gran transformación en la destrucción o cambio de la vegetación espontánea peninsular.

En la época cartaginesa, del predominio de la familia de los Barca, en el siglo II antes de J. C., se asigna a Karchedon Nea (Cartagena), la más importante ciudad marítima de la época, una población de 10.000 habitantes. Las ciudades eran de pequeña extensión, atribuyéndose a Gades, antes de la llegada de Amilcar, unos 2.000 habitantes. Calcúlase en 20.000 semitas los que vivían en Hispania. El dominio cartaginés se extendió por todo el Sur peninsular, y el litoral, desde el Ebro hasta el Tajo, con una zona de tierra adentro de unos 200 kms. En la época de la estancia de Amilcar en España (239 a 229, a. de J. C.), el número de púnicos en la Península se calcula en unos 40.000, y en dos millones los sometidos a la soberanía cartaginesa, estimándose el total de la población indígena peninsular en menos de cuatro millones.

Coinciden los escritores de la antigüedad griega y romana en señalar como características del hispano de aquellos tiempos la falta de asociación política estable entre las tribus y poblados; la resistencia tenaz al sometimiento gubernamental de pueblos y autoridades extrañas; la afición a empresas y expediciones de saqueo y botín a territorios de otras tribus y pueblos; la combatividad y espíritu guerrero, y la resistencia para sufrir penalidades y escaseces. Tales características las señalan más acentuadas en los habitantes de unas regiones respecto a otras; destacan en dichas cualidades agresivas los pueblos del interior y los lusitanos al Norte del Tajo, conjuntamente con astures, cántabros y celtiberos, sobre los del litoral y sobre los turdetanos, oretanos y carpetanos. menos necesitados y más tranquilos y de más feraces tierras

y, por lo tanto, más pacíficos. Se citan incursiones potentes de lusitanos y vetones al valle y litoral bético, y, en algún caso, como en la

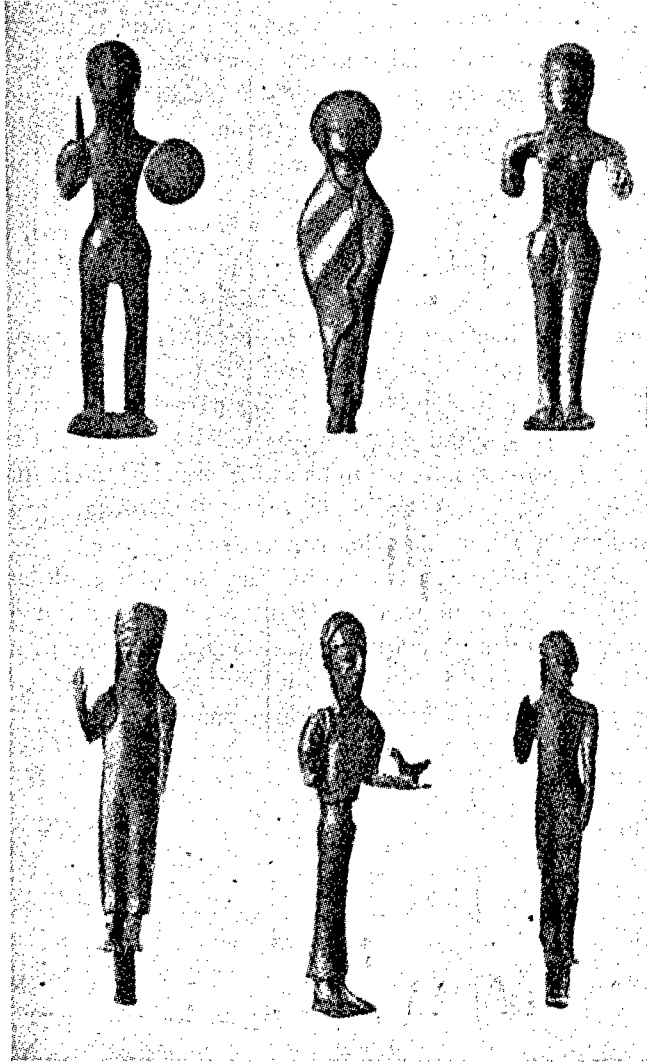


Fig. 55.—Estatuitas votivas en bronce procedentes del Collado de los Jardines, en el borde oriental de Despeñaperros (Sierra Morena).

expedición de los lusitanos al Algarve, mandados por Kaukeno, llegaron al Estrecho de Gíbraltar y, pasando al Africa, pusieron sitio a Arcila.

A esta época protohistórica de la edad del hierro corresponden los denominados «santuarios ibéricos» del Collado de los Jardines en Despeñaperros y del Castellar de Santisteban, que existían en Sierra Morena, en los caminos de subida de la llanura bética a la altiplanicie castellana. Consisten tales santuarios en amplias covachas naturales, junto a manantiales y próximos al frecuentado camino. En las excavaciones allí realizadas se han encontrado muchísimos ejemplares de exvotos, consistentes en pequeñas figuritas de bronce, de hombres y mujeres en actitud orante, pudiéndose comprobar la indumentaria y armas propias de la época (fig. 55). Los arqueólogos que han estudiado tales restos, consideran corresponden los santuarios a la época del hierro, desde unos quinientos años antes de la era cristiana, hasta después de la romanización de Hispania.

Antes de ocupar la Península los cartagineses, comenzaron éstos las reclutas de soldados hispanos mercenarios, señalándose como una de las primeras importantes la del 410 (a. J. C.) para las guerras de Sicilia. El 239 (a. J. C.) pasó Amílcar a España. El 226 (a. J. C.) se reedificó Karchedon Nea, reformando y ampliando la ciudad fenicia que allí existía en el siglo VI (a. J. C.). En el 206 (a. J. C.), los cartagineses abandonaron Gadir y la Península a los romanos.

La ocupación cartaginesa tuvo como fundamental explotación la minería, especialmente los minerales argentíferos del territorio de Cartagena y Sierra Morena, y aunque la metalurgia exigiera gran consumo de madera y leña, no es de suponer que influyera en escala importante para suponerlo causa de deforestación permanente.

## CAPITULO II

# La cultura romana en el solar hispano

SUMARIO: Romanización de Hispania.—Cultura hispano-romana en la época imperial.—Población de Hispania en tiempos de Trajano y de Plinio el naturalista.—Importancia demográfica de Tarraco (Tarragona) y de Emérita Augusta (Mérida).—La campiña y la floresta hispana en la época romana.—La agricultura y el bosque hispanos, según los agrónomos romanos Catón, Varrón y Columela.—Esplendor y decadencia romana.—Invasión de Hispania por los pueblos germánicos y unificación política visigoda.—Población y régimen social y su influjo en la floresta y en la agricultura, en la época visigoda.

### ROMANIZACIÓN DE HISPANIA

En el comienzo del siglo II antes de J. C., la Península Hispánica quedó libre de cartagineses. La conquista romana fué larga y laboriosa, durando las rebeliones ciento ochenta años, hasta el total sometimiento del país. No fué nunca una guerra de resistencia del conjunto hispano, pues el concepto de nacionalidad, que es un producto moderno de la historia, entonces no existía; ni había solidaridad de tribus y pueblos hispanos. Unas comarcas y poblaciones se acomodaron pronto y encontraron ventajas en el régimen romano, especialmente las del valle bético y litoral mediterráneo; otras, resistieron y se rebelaron. A veces regiones extensas, en alianzas circunstanciales, se opusieron al dominio extraño, en tenaces campañas, o surgió un caudillo que, con numerosos partidarios, sostuvo la rebelión en guerras irregulares durante mucho tiempo. Sometida la mayor parte del país, el ámbito hispano fué campo de batalla de querellas políticas y luchas civiles entre jerarcas romanos, y el espíritu guerrillero hispano tomó partido por uno u otro bando, engrosando los respectivos ejércitos contendientes.

De tales características de la conquista romana hay claros ejemplos, pudiéndose considerar como fases de tal período las rapacidades, atropellos y atrocidades de los delegados romanos, tales como los de Lucio Licinio Lúculo (152 años a. de J. C.) y los de Galba (149 a. de J. C.). Las



rebeliones y guerras tenaces por tales causas, como las de Viriato (147 a 139 a. de J.) y las de Numancia (154 a 135 a. de J. C.). En otros casos, numerosos hispanos tomaron partido a favor, o en contra, de un caudillo romano, como la adhesión a Sertorio, enemigo de Sila (82 a 72 a. de J. C.), hasta que fué vencido por Pompeyo y asesinado por Perpetua, su lugarteniente. El año 45 (a. de J. C.) tuvo lugar la victoria de César sobre los hijos de Pompeyo, en la batalla de Munda.

En el período de la conquista romana no es muy admisible gran aumento en la densidad de la población hispana, ni cambio importante respecto a la vegetación cultivada a expensas de la silvestre. No obstante, conviene analizar el paradójico hecho social al que se refieren, con frecuencia, los escritores de la época, de falta de tierra cultivable para el conjunto de la población indígena, dando origen a frecuentes y violentas incursiones desde las zonas montañosas y selváticas y, por lo tanto, pobres del interior a las planicies litorales y llanuras externas cultivadas, fructíferas y ricas, cual la Bética.

El profesor García Bellido, en su reciente trabajo de 1945 titulado «Bandas y guerrillas en las luchas con Roma», considera a tal fenómeno como problema agrario. Opina que tales expediciones de pillaje eran de gentes desheredadas y sin tierras, en virtud de una institución indígena análoga al mayorazgo, que concentraba la riqueza agrícola en pocas manos y originaba el latifundio, cultivado por siervos; obligando a parte de la población, joven, fuerte y ruda, a refugiarse en las selvas y ásperas serranías, de cuyos refugios montaraces salían a expediciones de saqueo, desorganizándolo y dificultando la explotación agrícola, y, como consecuencia, ampliando la costumbre del bandidaje y aumentando la recluta de soldados mercenarios.

Tal fenómeno no le interpretamos como resultado de un exceso de población y falta de terreno, sino, más bien, como poca extensión de lo cultivado, que, como se ha dicho, se concentraba en pocos propietarios, quedando selváticos extensos territorios.

Los terrenos ya entrados en cultivos serían los que apeteciesen los faltos de tierra, no las regiones boscosas y montaraces, de libre ocupación. Pues la conversión de un terreno silvestre en cultivado suele ser empresa difícil, costosa y de mucho tiempo. En llanuras y vegas, naturalmente fértiles, la adaptación para el cultivo es relativamente rápida y productiva, que es el caso de comarcas y países privilegiados por la naturaleza. Pero en terrenos con roquedo y ocupados por matorral o bosque espeso, el descuaje y la preparación es costosa y larga; y si a ello se añaden las dificultades del relieve, como es el caso general de la montañosa y fragosa Hispania, la transformación productiva del

terreno silvestre en cultivado, es cuestión de tiempo y constancia, y resultado de esfuerzos de generaciones. Ni económico ni productivo rápidamente.

Sirva de testimonio el abancalado de las laderas de las ásperas serranías hispanas, tales como las gallegas, las alicantinas o de los valles del Jerte y de otros ríos de la Cordillera Central; comarcas de características climatológicas y litológicas muy diferentes; pero en las cuales la transformación humana modificando la naturaleza, ha cambiado las condiciones del terreno, abancalando las laderas mediante gruesos muros, sujetando e incluso llevando la tierra vegetal, y plantando las vides, olivos o frutales, o conduciendo a los bancales las aguas de riego. Operación que en ningún caso es reproductiva para una generación, si se evalúa el coste del trabajo empleado. Las operaciones modificadoras de la naturaleza, no son caso exclusivo de pequeños predios, sino también, en muchos casos, de extensiones de terreno relativamente grandes, como se ha expuesto en estudio especial al tratar de las dehesas con arbolado de encinas y alcornoques.

La resolución del problema agrario, aun sobrando tierra para repartir, es complicado, pues no se soluciona simplemente con la entrega de terreno a quien ha de ponerlo en cultivo con su trabajo personal, sino que el ocupante ha de estar provisto, o proveerle, de aperos, bestias, ganados, semillas y medios económicos de subsistencia hasta la recolección de la cosecha, que es de uno o dos años para las plantas herbáceas, y de más tiempo, para que sean remuneradoras las plantas arbustivas y árboles; de cinco años en la vid, y del transcurso casi de una generación (contando tres o cuatro por siglo) en el olivo.

A tal problema social que dificultaba el dominio del país, los cónsules y legados romanos procuraban poner remedio. En general, venían en plan de rapacidad para hacerse ricos empleando medios reprobables, que encendían la rebelión. Tal es el caso de Lúculo, que habiendo atacado injustificadamente a Cauca (Coca, en Segovia) y acudido los vencidos a pagarle cien talentos de plata (equivalentes a 2.216 kilos), fueron compelidos como garantía de paz a que entrasen dentro del recinto amurallado y ocupado con guarnición romana. Una vez dentro, tropas exteriores, en combinación con las de adentro, asaltaron la ciudad, matando a todos los indígenas en edad de tomar las armas. Semejante fué el proceder de Galba con los lusitanos que se sometieron ante la oferta de la entrega de tierras para cultivar. Reunidos los rendidos, los agruparon en tres cercados, para el reparto de los lotes de tierra, asesinando a los indefensos y aislados grupos, en número de

varios miles. Uno de los pocos escapados a la matanza fué Viriato, quien encendió implacable y duradera rebelión de guerrillas.

No todos los enviados romanos eran de tal rapacidad. Como ejemplo de comprensión para resolver el problema social de Hispania, citan los historiadores el de Sempromio Graco, cumpliendo con lealtad los convenios y la palabra empeñada; estableciendo a los necesitados en colonias agrícolas, mereciendo por ello el aprecio de hispanos y romanos.

Tal estado social, con gran sobrante de menesterosos y desocupados, explica la abundante recluta de tropas mercenarias hispanas. Se ha citado la de Amílcar del año 410 (a. de J. C.). En el ejército de Aníbal, invasor de Italia a través de los Alpes, más de una tercera parte del ejército estaba formada por soldados reclutados en la Península Hispánica y en Baleares. Tal fenómeno, y por análogos motivos, es el que se produjo en los ejércitos de los siglos XVI y XVII con los mercenarios suizos al servicio de quien los contrataba.

La costumbre de bandas y ejércitos organizados en plan de saqueo y bandidaje, ha sido fenómeno social, en muchos países, en determinada fase cultural. Género de actividad vital de tal tipo, en los tiempos actuales, es la de los tuaregs, bandas nómadas de la mitad occidental del Sáhara, cuyas deprecaciones y saqueos terminaron, hace pocos años, con el cambio que en el país introdujo la cultura europea. Del mismo tipo fueron las expediciones y correrías marítimas por el litoral atlántico europeo y Mediterráneo occidental, durante los siglos IX y X, de los normandos, o gentes del Norte, procedentes del Báltico y de Noruega.

#### CULTURA HISPANO-ROMANA EN LA ÉPOCA IMPERIAL

El año 25 (a. de J. C.), en tiempos de Augusto, pacificada totalmente Hispania con el sometimiento de los cántabros, el legado romano Publio Causio fundó la ciudad de Mérida en el paraje donde existiría alguna población indígena, junto al río Anas, ciudad que se denominó Emérita Augusta, y en la que se asentó a los eméritos o veteranos de las legiones V y X, vencedoras de los últimos rebeldes. La Península quedó íntegramente romanizada; terminando definitivamente el período de los ciento ochenta años de conquista que medió entre la retirada de los cartagineses de la ciudad de Gadir (Cádiz) en el 206 (a. de J. C.) y la dicha fundación de Mérida, el 25 (a. de J. C.).

Las diversas regiones, comarcas y ciudades quedaron incorporadas

al imperio con diferentes privilegios y características político administrativas, consecuencia de las circunstancias en que se realizó la sumisión e incorporación, hasta que el emperador Vespasiano acordó para Hispania entera el derecho del Lacio.

Siguió una larguísima época de más de cuatro siglos, hasta principios del v, en que comienzan las catastróficas invasiones de los bárbaros, o sea la penetración en la Península de las emigrantes bandadas guerreras procedentes de los países del Norte europeo y del occidente asiático.

El cambio de la cultura indígena hispana por la romana, iniciada al comienzo de la conquista, avanzó rápidamente durante el transcurso de ésta; de tal modo que, al consolidarse la paz, la romanización estaba avanzadísima.

Tal fenómeno evolutivo es regla general de los pueblos, en el tiempo y en el espacio; o sea el cambio de la cultura vieja por la nueva, si ésta es superior a la antigua. Tal es el caso de la implantación de la cultura hispana en América, y, en los tiempos actuales, el desarrollo de la cultura europea por todo el haz de la Tierra, incluso modificando la de los países del oriente asiático, tanto o más antigua que aquélla. A veces, de la cultura inmigrante y de la autóctona resulta un tipo de cultura mixta, en la que predominan las características de la una o de la otra. Siendo también frecuente el caso de que el pueblo invasor adquiriera la cultura del autóctono, como aconteció en la invasión por los bárbaros del Norte del decadente imperio romano.

En Hispania, la evolución de la cultura indígena por el influjo romano, fué total; cambiando no tan sólo las costumbres, sino la escritura, actualmente indescifrada, e incluso los idiomas de los diversos pueblos, de lo que no quedó sino el vascuence, como reliquia.

Hispania, incorporada al conjunto del imperio romano, tuvo largo y floreciente período de paz y desarrollo cultural. Dió a Roma emperadores de los de mayor relieve, como Adriano y Teodosio, y como más destacado el sevillano Trajano; científicos eminentes; pensadores y filósofos, entre los cuales Séneca el cordobés, constituye lumbrera de la humanidad; escritores y poetas distinguidísimos, como Lucano, Marcial y Quintiliano. Época de florecimiento y de esplendor dentro del conjunto cultural romano.

Existía en Hispania desarrollo agrícola e industrial extraordinario, y fué de los más ricos países del imperio, con comercio muy importante, en el cual la exportación de productos naturales y de manufacturas alcanzaba gran intensidad y valor.

Siguió ocupando el primer plano la minería, especialmente el oro

de los aluviones de diversos ríos y de los filones cuarzosos y de rocas eruptivas; siendo formidables las obras de los yacimientos del primer tipo, como las del monte Furado, para desviar el Sil, en Galicia (fig. 56), y las excavaciones en los filones, como en Valverde del Fresno, en la Sierra de Gata, en Extremadura. Siguió la explotación de los yacimientos de plata y de galenas argentíferas; para la obtención de plata y plomo. Continuó la del cobre en Asturias, Sierra Morena (fig. 57) y Huelva; del estaño, del cinabrio y mercurio y demás minerales útiles.

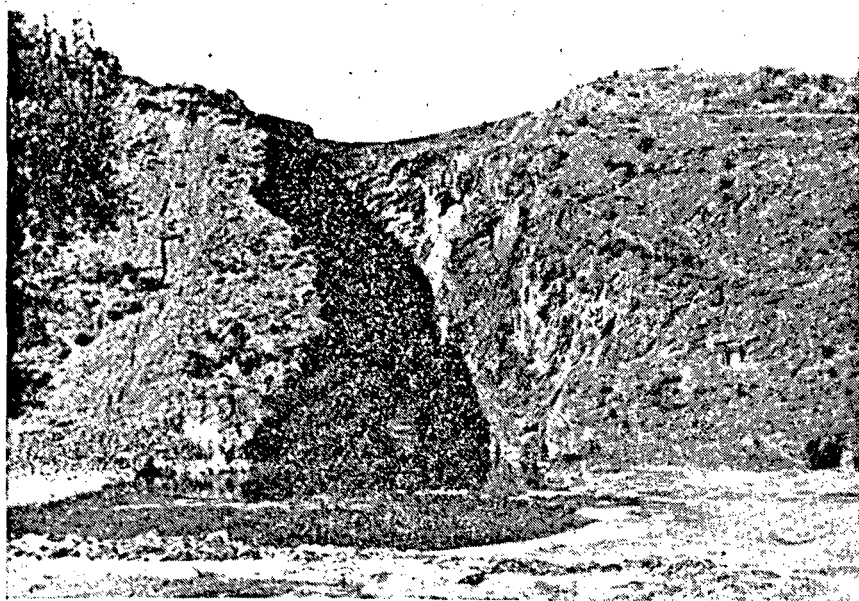


Fig. 56.—Obra romana de Montefurado. Salida del Sil del túnel abierto para aislar un meandro encajado del río y explotar los aluviones auríferos. Los desplomes ocurridos posteriormente en las pizarras silúricas, en estratos verticales, ensancharon la perforación hasta el estado actual que se ve en la fotografía.

(Foto Hernández-Pacheco. 1948.)

La Turdetania, o sea la actual llanura bética, era la región más productiva y próspera; como también el litoral Sur, tanto del Atlántico (el Mar Exterior), como el del Mar Interior o «Mare Nostrum». El estuario del Tago con su tierra adentro era, asimismo, comarca productiva y bien poblada, como también el litoral al Norte del Duero y las féculas rías gallegas. Ocupaba segundo lugar, regularmente poblada y cultivada, la Beturia, o sea Extremadura y zona portuguesa de las cuencas del Tago y Guadiana. Análogas características tendrían las penillanuras y llanuras de los Oretanos y la planicie de los Carpetanos, entre el

Tajo y la Cordillera Central. Eran países pobres, habitados por gente ruda, el territorio de los Vetones, en la zona occidental de Zamora y Salamanca, y en el interior del Norte de Portugal. Asimismo, análogas características de inferioridad cultural y económica corresponden a los países selváticos y montañosos del interior de Galicia, montañas de León, Asturias, Cantabria, Vasconia y Cordillera Pirenaica; como a las comarcas esteparias y pobres de Aragón. La gran extensión de la Celtiberia, comprendiendo la antiplanicie del Duero y las extensas serranías que la cercan por el Este y Sur, son descritas por los autores antiguos como países pobres y poco poblados por gentes rudas.



Fig. 57.—Escombreras de época romana cubierta parcialmente por otra moderna, en los yacimientos cupríferos del Muriano, en la Sierra de Córdoba.

(Foto Hernández-Pacheco, 1917.)

Estrabón, tomándolo de Polybios, que recorrió y describió Hispania, dice respecto a tales territorios: «La naturaleza del país no es apta para dar vida a un gran número de ciudadanos, siendo, como es, sumamente mísera, de situación excéntrica y de aspecto inculto.»

En contraste con tal descripción, aplicable a Celtiberia y a las numerosas serranías de la montañosa Hispania, Estrabón, refiriéndose al valle del Betis, o sea la Turdetania y a sus habitantes, dice en su Geografía que los turdetanos tienen fama de ser los más cultos de los his-

panos ; poseen escritos, poemas y leyes en verso, «Las tierras están cultivadas con gran esmero, tanto las ribereñas como las de sus breves islas. Además, para recreo de la vista, la región presenta arboledas y plantaciones de todas clases, admirablemente cuidadas. La Turdetania es maravillosamente fértil, tiene toda clase de frutos y muy abundantes ;

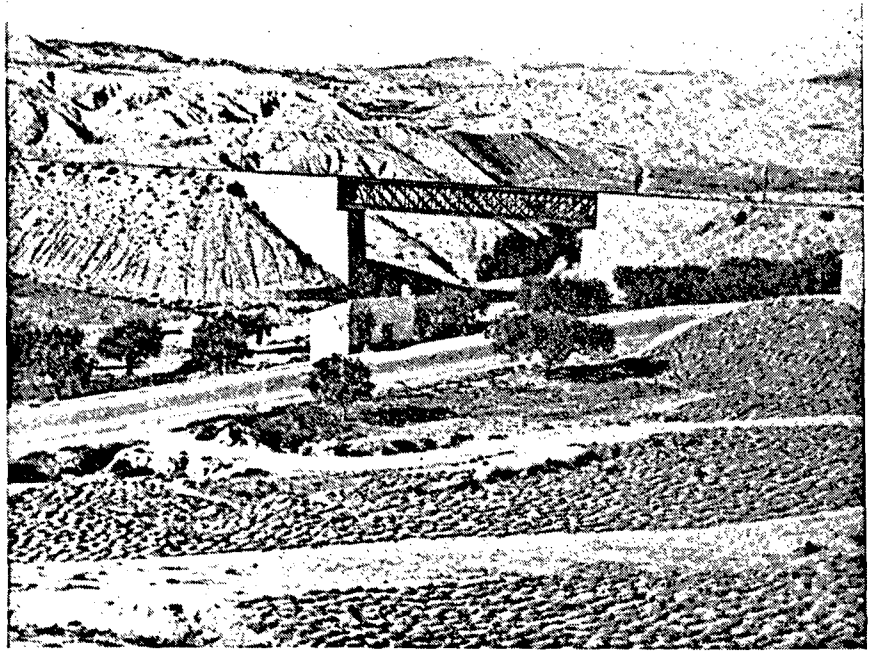


Fig. 58.—Paisaje de terrenos esteparios del «Spartarius Campus» cerca de Cieza (Murcia). En primer término macollas de esparto secándose al sol.

(Foto Hernández-Pacheco. 1933.)

la exportación duplica estos bienes, porque los frutos sobrantes se venden con facilidad a los numerosos barcos de comercio».

En la época imperial romana se llevaba a Roma la quinta parte del trigo hispano, para repartirlo a la plebe. Las principales regiones trigueras, además de la Bética, eran el valle del Guadiana hacia el Oeste de Mérida y el Alentejo, en el que Evora era centro cerealístico. Las llanuras de la altiplanicie del Duero, estaban en su casi totalidad incultas, abandonadas a la vegetación espontánea, utilizada principalmente como campos de pastoreo y caza, y en muy reducida escala con cultivos anuales de secano en las vegas. Cuando se habla de bosques en la Celtiberia, debe entenderse en las anchas serranías que circundan a la alti-

planicie, o a la superficie superior de los páramos, ocupadas por matorral de encinas y robles, hasta fines, por lo menos, de la edad media.

Al tratar del olivo y de su patrón silvestre, el acebuche, se refirió la importante exportación de aceite. También era muy intensa la del vino, o, más bien, la de las diversas clases de vino, pues desde aquellos remotos tiempos, la abundancia, bondad y variedad de tan agra-



Fig. 59.—La actual ciudad de Cartagena, expansionada alrededor de la acrópolis de «Cartago Nova». En último término la campiña con los conos volcánicos.

(Foto Hernández-Pacheco.)

dable y salutífera bebida, es típica de Hispania. Plinio cita como uno de los mejores vinos del ecúmeno el de Lauro, en la Bética. Algunas monedas de la región tenían figurado como emblema un racimo, citándose ánforas con la inscripción «vinum gaditanum». Datos que hacen suponer que los vinos andaluces, tales como el jerez, el manzanilla, el montilla, el Málaga, etc., tienen abolengo milenario. De Levante era, como al presente, muy apreciado el de Tarragona. En el Algarbe, como ahora, se producía excelente vino, de cuyo precio habla Polibios en su relato de mediados del siglo II a. de J. C.

Las lanas procedentes de las merinas hispanas eran en extremo apreciadas, como sus finos tejidos, tales como los de Salacia (Alcácer do Sal, en el comienzo del estuario del Sado) y los de Saitabis (Játiva).



Puertos exportadores de lanas o tejidos eran también los del Estrecho, como Gades. Los carneros merinos de Lusitania tenían gran estimación por la finura de su lana, pagándose muy altos precios por sementales y buenas ovejas de cría, para su aclimatación en Italia.

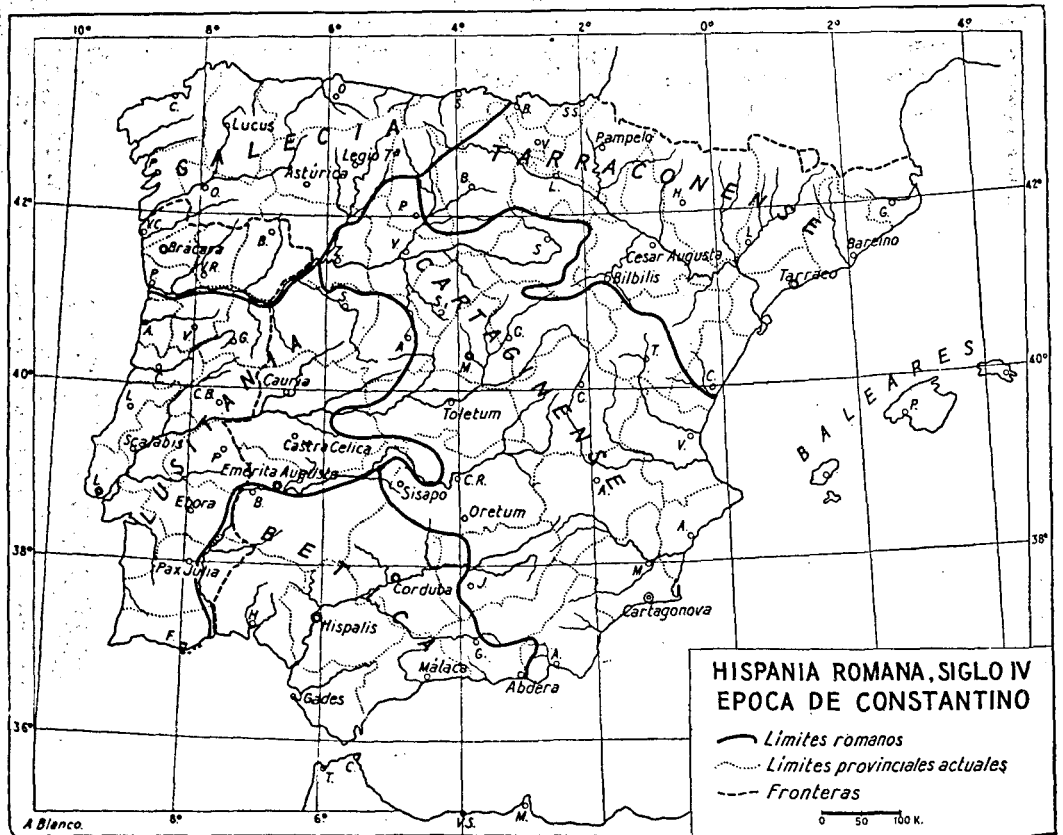


Fig. 60.—Mapa de la división en regiones de Hispania en la época romana.

Producto de mucha exportación era el esparto, procedente de la extensa región esteparia del Sureste peninsular, denominado «Spartarius Campus» (fig. 58). El esparto en rama o en fardos de pleita y de sogas, empleado especialmente para la jarcia de los navios, se concentraba en Cartago Nova (Cartagena) (fig. 59), importante puerto comercial de minerales y esparto, de donde salían para los diversos puertos del Mediterráneo, y especialmente a Puteoli (Pozzuoli-Nápoles) y Ostia (el puerto de Roma), los más grandes navios de carga que entonces existían.

El litoral Sur de Hispania tenía un desarrollo marítimo extraordinario, y en especial pesquero, continuando la fama marinera de los legendarios tiempos de la cultura tartesia. Los autores de la época ro-

mana describen la abundancia de pesca y las conservas en salazones y escabeches, objeto de intensa exportación. Se cita, en especial, la abundancia de ballenas y otros cetáceos, y, sobre todo, de atunes y sus pesquerías. Existían importantes puertos pesqueros y factorías conserveras en la parte mediterránea, como asimismo en la bahía de Algeciras, Estrecho de Gibraltar y litoral atlántico meridional de la Península, de Cádiz, Huelva y el Algarve. En las monedas de algunos de tales centros pesqueros se solía representar como emblema el atún. Tenía por causas tal desarrollo pesquero, por una parte, la fecundidad en peces de tal zona marítima, entre Atlántico y Mediterráneo. Riqueza marina que persiste, como lo indican la abundante flota pesquera, las almadrabas para la pesca de atunes en sus emigraciones anuales de uno a otro mar, y las factorías que, en relación con la pesca de la ballena y demás cetáceos, se establecieron recientemente en la bahía de Algeciras. Por otra parte, la tradición de actividades marineras, ininterrumpidas desde los tiempos prehistóricos. Concurrían a tal prosperidad la existencia de mareas intensas, en el Estrecho y en el Golfo de Cádiz, que en el Mediterráneo no existen o son insignificantes, y estar tal extensión del Mar Exterior, fecundo en peces, inmediata al Mar Interior, pobre en vida marina, en comparación con la riqueza y fecundidad del Atlántico. La abundancia de sal en la bahía gaditana proporcionaba fundamentalmente producto para las salazones, y en el país litoral se obtenía de sus vinos el vinagre para los escabeches. Conserva muy solicitada, y que se exportaba en grandes cantidades, era la pasta, a base de pescados diversos. denominada «garum», en la cual entraban las vísceras, y en especial el hígado. Tal conserva era muy apreciada en Roma, a estilo de aperitivo. Galeno y otros médicos la recomendaban como muy nutritiva y aconsejaban contra la anemia. Actualmente se reputaría como reconstituyente y rica en vitaminas.

#### POBLACIÓN DE HISPANIA EN TIEMPOS DE TRAJANO Y DE PLINIO EL NATURALISTA

La cultura romana, obrando en el conjunto peninsular (fig. 60), regido por las mismas leyes y costumbres, atenuó las diferencias regionales, salvo las modalidades que la naturaleza impone en sus características climatológicas, geológicas y fisiográficas, y, entre éstas, la vegetación silvestre y cultivada.

En el primer cuarto del siglo II rigió los destinos del imperio el español Trajano, natural de Itálica, cerca de Sevilla. Contemporáneo suyo y consejero, fué Plinio el joven. De la generación anterior fué Plinio

el viejo, el naturalista, que residió largo tiempo en Hispania, nacido el año 23 y muerto por la erupción del Vesubio del año 79. Contemporáneos de Plinio el viejo fué Séneca, el filósofo, que nació en Córdoba el año 6 y murió el 65, y Columela, el agrónomo gaditano. Trajano, fué emperador el año 99 y falleció el 118. Después de Trajano imperaron los Antoninos y, entre ellos, Antonino Pío y Marco Aurelio.

El siglo II fué el período del apogeo de la cultura romana y de Hispania, que era uno de los más destacados países del imperio.

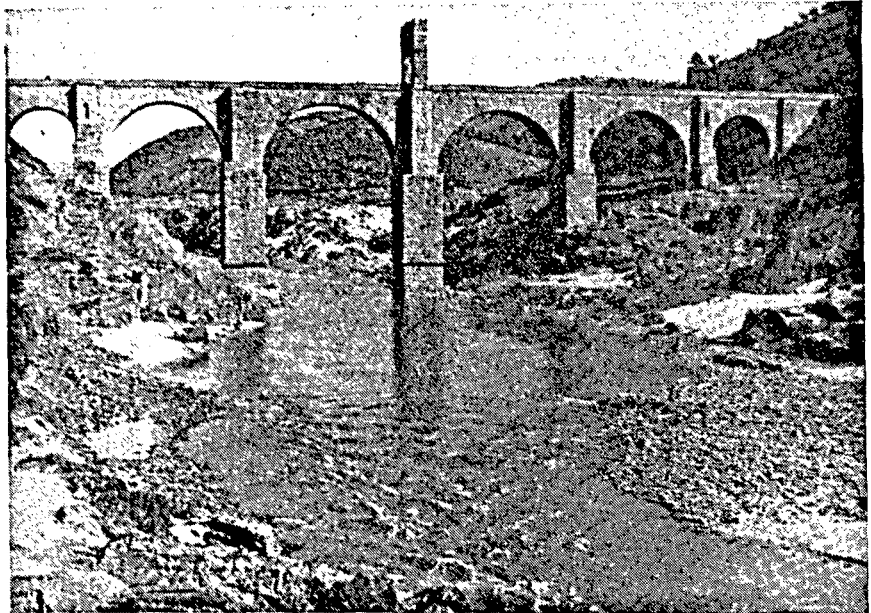


Fig. 61.—Puente romano de Alcántara (Cáceres) sobre el Tajo. Estiaje de 1949, en período y época extraordinaria de caudal mínimo.

(Foto Hernández-Pacheco. X-1949.)

De tal época de florecimiento son la mayor parte de las construcciones, en las que la ingeniería y la arquitectura romana alcanzan máximo esplendor. Entre tales obras destaca por su magnífica belleza el puente de Alcántara sobre el Tajo (fig. 61), el más importante del mundo de la época romana, construido con las aportaciones de las diversas tribus de la Lusitania por el mejor arquitecto del imperio, Cayo Julio Lácer y dedicado por los lusitanos a Trajano en el año 103 de la era cristiana.

Algunas de tales construcciones siguen aún en uso, como el citado puente y varios sobre diversos ríos, y también el acueducto de Segó-

via (fig. 62); y otros en pie, aunque sin uso, como el notable de Tarra-  
gona, o al estado de imponentes y bellas ruinas, como los de Mérida.

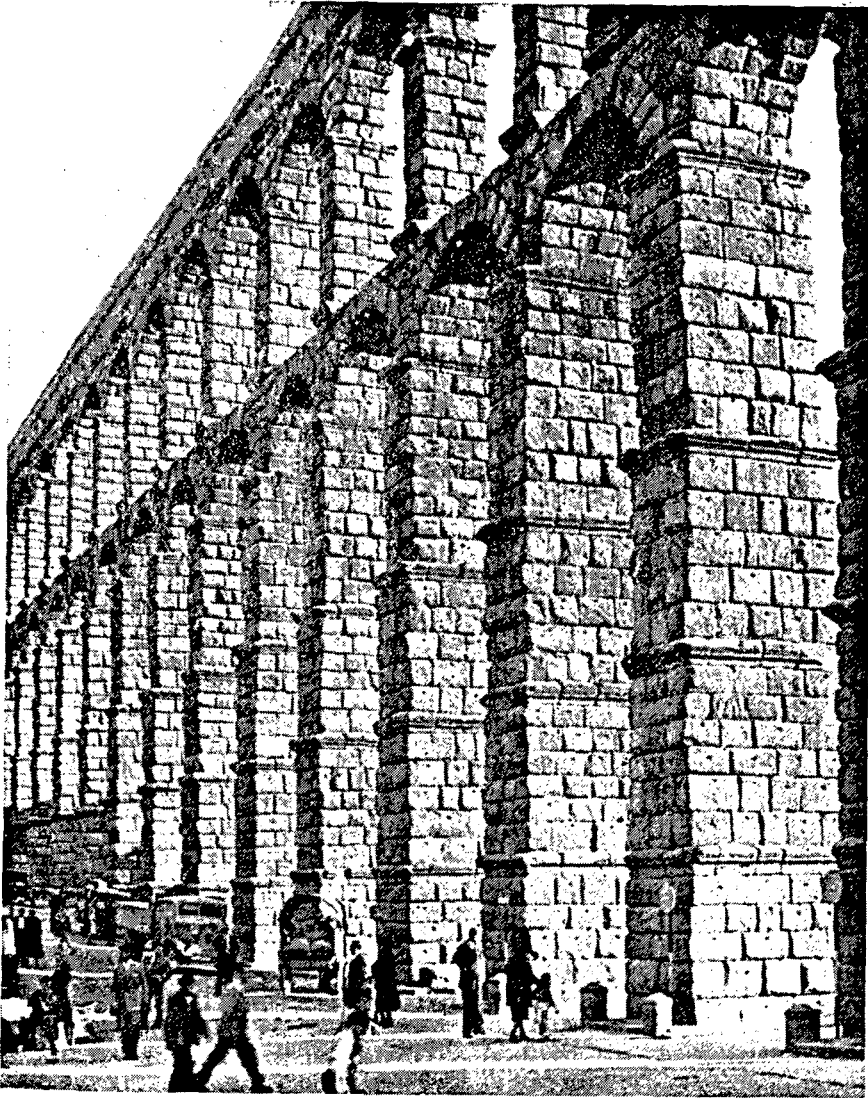


Fig. 62.—Acueducto romano de Segovia.

(Foto Hernández-Pacheco.)

Los monumentales arcos triunfales, como los de Medinaceli (fig. 63),  
Bará, Mérida, etc.; las torres y murallas; los circos y teatros, cuales  
los de la última ciudad mencionada, Itálica, Ronda y Sagunto; las gran-

des presas para embalses de abastecimientos de agua a ciudades o para regadíos; los templos de gran belleza arquitectónica, cual el de Eborá (fig. 64); la extensa red de caminos, o sea calzadas, por todo el país (figura 65); las ingentes obras de excavaciones mineras, y las múltiples y monumentales edificaciones de todo tipo, cual el Pretorio de Tarragona, se encuentran desparramadas por el ámbito hispano.

Todo ello, que es resultado y prueba de un potente desarrollo po-

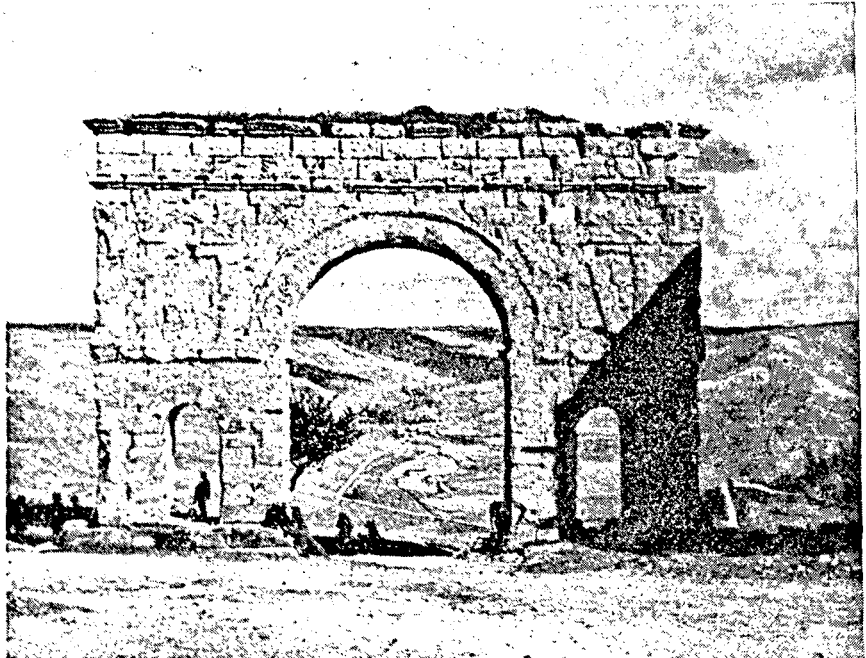


Fig. 63.—Arco romano de Medinaceli (Soria). A su través la paramera soriana; vista desde el pueblo hacia el Sur.

(Foto Hernández-Pacheco. 1941.)

lítico y cultural, ha inducido a suponer por algunos historiadores la existencia, entonces, de una población en Hispania análoga a la actual, o cercana a ella, con centros de población de cuatro, cinco o más cientos de miles de habitantes.

No parece que ésta sea la realidad. Debe tenerse presente que el imperio romano, en la época a que nos referimos, era lo que ahora se denomina un gobierno totalitario, en el cual el individuo no suponía nada, o casi nada. Todas las grandes obras eran realizadas directamente por el Estado. En el campo predominaban los latifundios; generalmente en la acepción que da el Diccionario de la Lengua Española: «Finca rús-

tica de gran extensión, inculta o mal cultivada», con numerosos siervos sujetos al terruño. La plebe, aparte de los artesanos, o de profesión determinada, constituían grandísimo conjunto de menesterosos hambrien-

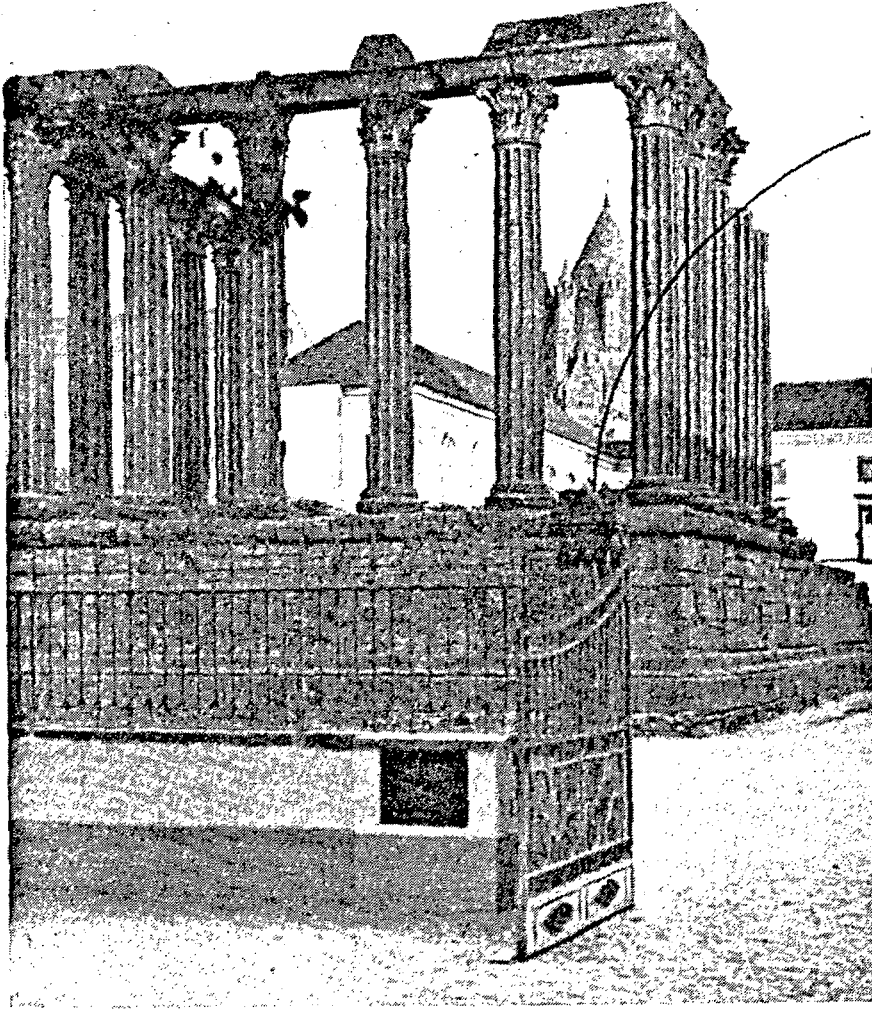


Fig. 64.—Templo romano de Évora (Portugal).  
(Foto Hernández-Pacheco, 1935.)

tos, y los esclavos eran numerosos. Todo lo cual conducía a que la mano de obra fuese abundante y en extremo barata, explicándose las colosales obras, tales como las de minería, que en otras condiciones no hubieran sido remuneradoras ni factibles.

Por otra parte Hispania, en aquella época, era país de inmigración procedente de Italia, y principalmente de Roma.

En el plan de conjeturas verosímiles y de suposiciones lógicas, que venimos desarrollando, a falta de datos numéricos respecto a demografía del solar hispano en el transcurso de las edades, parece deducirse que la población peninsular experimentaría desarrollo progresivo en el transcurso de los tiempos protohistóricos e históricos, y, como conse-

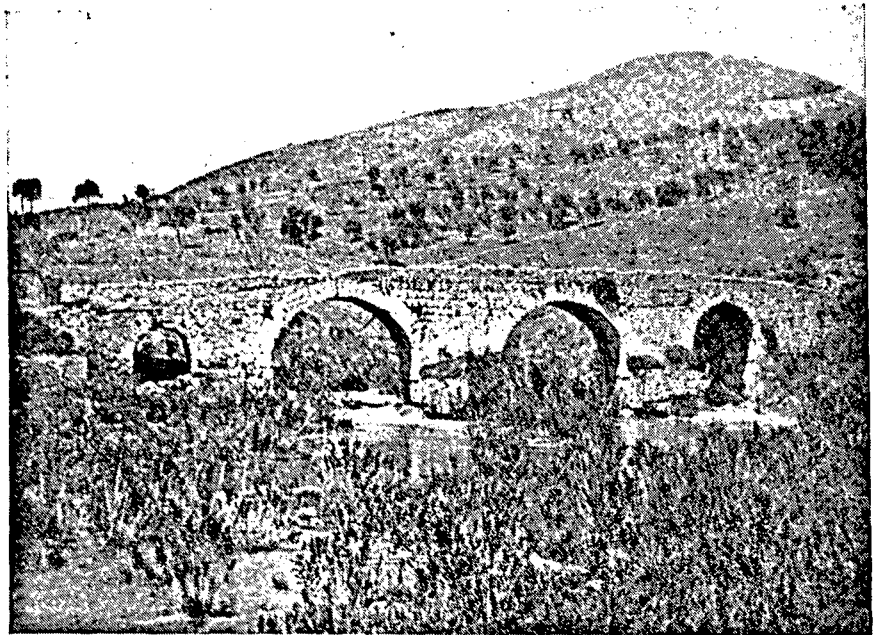


Fig. 65.—Puente romano sobre el Guadanuño, cerca de su confluencia con el Guadiato (Sierra Morena); en la vía romana de Córdoba a Mérida.

(Foto Hernández-Pacheco. 1907.)

cuencia de ello, aumento de la vegetación cultivada a expensas de la espontánea del matorral y del bosque, no siendo muy aventurado suponer que adquiriría el máximo respecto a tiempos anteriores en la época imperial a la que nos venimos reficiendo.

El naturalista Plinio, en el libro III de su «Historia Natural», al describir Hispania, habla de la Bética, que comprendía la Andalucía actual y se extendía por el Oeste hasta el curso del Anas, donde comenzaba la Lusitania. La considera más poblada y de mayor riqueza agrícola que las otras regiones peninsulares. Señala en dicha región cuatro sedes de jurisdicción, equivalentes a las actuales capitales de pro-

vincia, que eran: Gades (Cádiz), Hispalis (Sevilla), Astigui (Ecija) y Corduba (Córdoba), siendo el total de las Civitas 175, de las cuales nueve eran colonias romanas, ocho municipios y 120 sujetas a tributo. Tales conjuntos urbanos, como ahora ocurre, comprendían el núcleo central de población «oppidum», las aldeas próximas «vici» y las fortalezas «castellas».

En el nomenclátor de la Historia Natural de Plinio, no hemos visto las ciudades o pueblos correspondientes a la Lusitania, o sea del territorio occidental de la Península, al Sur del Duero; pero de la inspección de los mapas y obras de Geografía histórica, puede deducirse que del tipo de las citadas por Plinio, de la Bética, correspondían a Lusitania 46 civitas, con cuatro sedes principales, capitales de jurisdicción: Emérita Augusta (Mérida), Scalabis (Santarem), Eborá (Evora) y Pax Julia (Beja).

La Hispania Citerior, dice el naturalista romano, estaba dividida en siete jurisdicciones, cuyas capitales eran: Cartago Nova (Cartagena), Tarraco (Tarragona), César Augusta (Zaragoza), Clunia, Astúrica (Astorga), Lucus (Lugo) y Braca (Braga), comprendiendo el conjunto territorial 179 civitas, de las cuales 12 eran colonias, 13 con derecho romano, 18 con derecho latino, una aliada y 135 sujetas a tributo. Además de éstas, existían otras extipendiarias, sujetas también a tributo.

Comprendía, pues, en época de Plinio y de Trajano, el conjunto hispano de tales centros de población unas 400 civitas, con una quincena de capitales de jurisdicción, que eran: Cádiz, Sevilla, Ecija, Córdoba, Cartagena, Tarragona, Zaragoza, Clunia, Astorga, Lugo, Braga, Mérida, Santarem, Evora y Beja.

Respecto a demografía de Hispania en la época imperial romana, se tienen los datos de Plinio, que se refieren a los países del Noroeste y parte del Norte peninsular. Los astures, cuya capital era Astorga; divididos en Augustanos, los de la llanura, y Trasmontanos, los de la serraña, comprendiendo, según el cómputo de Plinio, 240.000 cabezas libres. Los galaicos lucenses, cuya capital era Lugo, eran 166.000 habitantes libres, y los galaicos bracarenses, cuya capital era Braga, 175.000. Sumando las tres jurisdicciones, resultan 581.000 cabezas libres.

Según los mapas de geografía histórica, comprendía tal conjunto territorial un país de serranías, más o menos ásperas, y la zona occidental de la altiplanicie del Duero. Los límites Norte y Occidental eran, respectivamente, el Mar Cantábrico y el Atlántico. Los límites con las otras regiones peninsulares, correspondían al curso del Duero, desde la desembocadura hasta la confluencia con el Esla, siguiendo el cauce de este río hasta su afluente, el Cea, que constituía divisoria admi-



nistrativa hasta el origen; atravesando ésta, la cordillera, por el Puerto del Pontón y Oseja de Sajambre, siguiendo el desfiladero del Sella y el curso del río hasta el Cantábrico, dejando al Este el macizo de los Picos de Europa.

La falta de datos demográficos de la época respecto a las otras regiones hispanas, obliga a establecer hipotéticamente, basándose en los

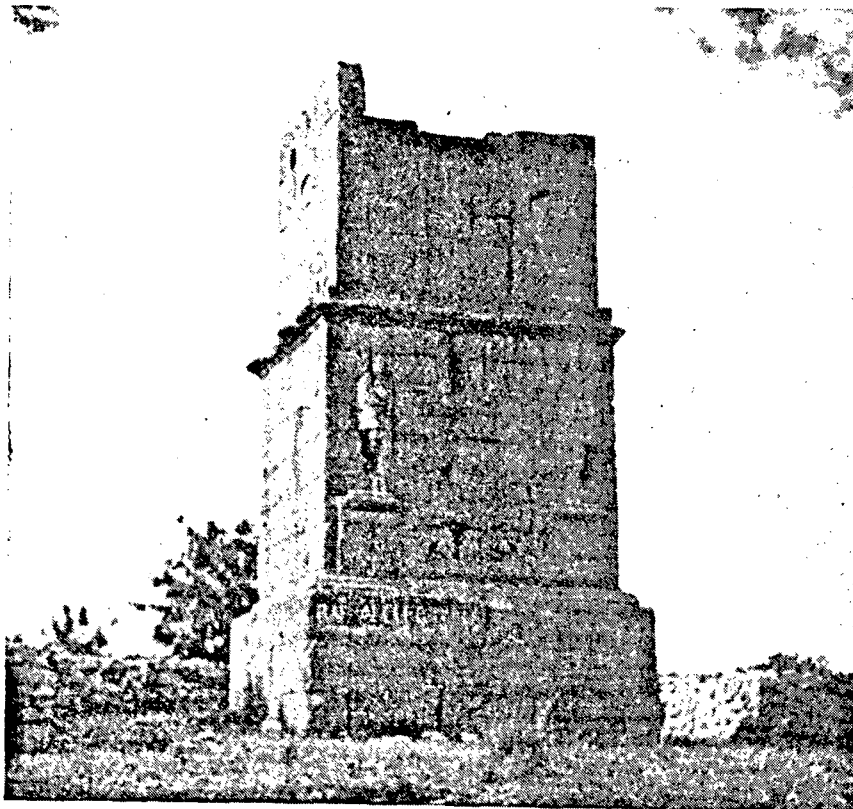


Fig. 66.—Mausoleo romano de las cercanías de Tarragona, junto a la vía romana del litoral mediterráneo.

(Foto Hernández-Pacheco.)

que existen, la población del conjunto peninsular, incluyendo las islas Baleares, que fisiográficamente son territorios del Levante hispanos destacados en el mar, y que geológicamente se enlazan con la Península mediante porción sumergida de la cordillera Bética, denominada antiguamente Orospeña.

Estableciendo la proporción entre el número de habitantes del territorio al que se refiere Plinio y el conjunto del ámbito de Hispania, re-



Mapa político-administrativo de Hispania romana en el siglo II, en tiempos de Trajano.

EXPLICACION DEL MAPA DE HISPANIA EN LA EPOCA DE TRAJANO Y DE PLINIO

La Hispania romanizada, en la época del gran esplendor imperial, comprendía tres extensos territorios políticos. Dos de ellos ocupaban el sector del Suroeste y constituían dos grandes provincias: una meridional, la Bética, que comprendía la amplia cuenca del Betis, teniendo por límites occidental y Norte el curso del río Anas. La segunda provincia del sector del Suroeste hispano era la Lusitania, con litoral atlántico, y abarcaba desde el Anas al Duerio, con un gran ensanche hacia el centro peninsular y atravesada por el Tagus. El tercer territorio era de doble extensión que el conjunto de las provincias Bética y Lusitania, pues comprendía todo el Norte, Centro y Oriente peninsular, de mar a mar, desde el Atlántico y Cantábrico al Mediterráneo, más el archipiélago Baleárico. Tribus iberas, y celtíberas poblaban la tercer provincia, constituyendo el gran conjunto de la Hispania Citerior.

El terreno hispano estaba dividido en distritos políticos, al modo de las provincias actuales, o sea, en los denominados «Conventos Jurídicos», que llevaban la denominación de sus respectivas capitales. En el primer tercio del siglo III, en época del emperador Caracalla, se segregó de la Hispania Citerior el Noroeste, constituyéndose la Gallaecia, con los países de los galaicos y astures. Al finalizar el primer tercio del siglo IV, en época de Constantino, se agregó la zona del Sureste, constituyéndose la Cartaginense, con lo cual la distribución territorial resultó más armónica.

Conventos Jurídicos

Bética.	{	Hispalense... cap. Hispalis.	Hispania Citerior.	Tarraconense. cap. Tarraco.	Lusitania.	{	Emeritense... cap. Emerita.
		Cordubense... cap. Corduba.		Cesaraugustano... cap. César Augusta.			Pacense... cap. Pax Julia.
		Astigitano... cap. Astigi.		Cartaginense. cap. Cartago Nova.			Scalabicense... cap. Scalabis.
		Gaditano... cap. Gades.		Cluniense... cap. Clunia.			
				Asturiense... cap. Astúrica.			
		Lucense... cap. Lucus.					
		Bracarense... cap. Bracara.					

Poblaciones y localidades señaladas en el mapa

Abdera ... .. Adra.	Complutum ... .. Alcalá de Henares.	Norba Cesarea... .. Alcántara.
Abilia... .. Ceuta.	Conimbriga ... .. Coimbra.	Numantia... .. Numancia.
Acci ... .. Guadix.	Chersoneso ... .. Peñíscola.	Ocelo Durium ... .. Zamora.
Aque Flavice ... .. Chaves.	Dertosa ... .. Tortosa.	Onoba... .. Huelva.
Aracence... .. Aracena.	Dianium... .. Denia.	Olarso... .. Oyarzum ¿San Sebastián?
Arcóbriga... .. Arcos del Jalón.	Duos Pontes ... .. Pontevedra.	
Arriaca ... .. Guadalajara.	Ebora... .. Evora.	Olisipo... .. Lisboa.
Arunda ... .. Ronda.	Ebusus... .. Ibiza.	Oretum ... .. Granátula (cerca).
Asta ... .. Asta (cerca Jerez).	Elibiris... .. Elvira.	Orcelis... .. Orihuela.
Astigi... .. Ecija.	Eliocroca... .. Lorca.	Oringis ... .. Jaén.
Asturica... .. Astorga.	Ello ... .. Montealegre.	Osca ... .. Huesca.
Auriensis... .. Orense.	Emérita ... .. Mérida.	Osonoba... .. Faro.
Ausa ... .. Vich.	Emporice... .. Ampurias.	Palantia ... .. Palencia.
Avila ... .. Avila.	Epora... .. Montoro.	Palma... .. Palma de Mallorca.
Barcino ... .. Barcelona.	Flaviobriga ... .. Bilbao.	Pampelone ... .. Pamplona.
Basti ... .. Baza.	Gades... .. Cádiz.	Pax Augusta ... .. Badajoz.
Beatia... .. Baeza.	Gerunda... .. Gerona.	Pax Julia... .. Beja.
Bergusia... .. Balaguer.	Gigia... .. Gijón.	Pollentia ... .. Pollensa.
Bilbilis... .. Calatayud.	Hispalis ... .. Sevilla.	Portus Biendius... .. Santander.
Bracara ... .. Braga.	Ilerda... .. Lérida.	Sagunto ... .. Sagunto.
Breca... .. Daroca.	Ilici ... .. Elche.	Salacia... .. Alcacer do Sal.
Brigantium ... .. Coruña.	Ilipa ... .. Niebla.	Salmantica ... .. Salamanca.
Cartago Nova ... .. Cartagena.	Ilipula... .. Loja.	Saltici... .. Chinchilla.
Carmo... .. Carmona.	Itálica... .. Itálica.	Scalabis ... .. Santarén.
Carteia... .. San Roque (cerca).	Jacca... .. Jaca.	Segobia ... .. Segovia.
Calagurris ... .. Calahorra.	Juliobriga ... .. Retortillo ¿Reino-sa?	Segobriga... .. Segorbe.
Calem... .. Oporto.	Lacobriga... .. Lagos.	Segoncia... .. Sigüenza.
Calpe... .. Gibraltar.	Lancia... .. Guarda.	Serpa... .. Serpa.
Capara... .. Caparra.	Legio VII ... .. León.	Setabis... .. Játiva.
Cascantium ... .. Cascante.	Libora... .. Talavera.	Sexi ... .. Vélez-Málaga.
Castra Cecilis ... .. Cáceres.	Limia... .. Limia.	Sisapon ... .. Almadén.
Castra Julia... .. Trujillo.	Lucentum... .. Alicante.	Tabuci... .. Abrantes.
Castulo ... .. Cazlona.	Lucus... .. Lugo.	Tarraco ... .. Tarragona.
Cauca... .. Coca.	Lucus Asturum... .. Oviedo.	Tingis... .. Tánger.
Cauria... .. Coria.	Malaca ... .. Málaga.	Titulcia ... .. Titulcia.
Celobriga... .. Setubal.	Mago... .. Mahón.	Toletum ... .. Toledo.
Celsa... .. Gelsa.	Mellaria ... .. Melaria.	Turbula ... .. Teruel.
Cesar Augusta... .. Zaragoza.	Mentesa ... .. Villanueva de la Fuente.	Urci ... .. Almería.
Clunia... .. Coruña del Conde.	Metelium... .. Medellín.	Valentia ... .. Valencia.
Contributa ... .. Zafra.		Vareia... .. Varea.
Corduba ... .. Córdoba.		Virovesca... .. Brivesca.

R í o s

Iber ... .. Ebro.	Betis ... .. Guadalquivir.
Turia... .. Turia.	Anas ... .. Guadiana.
Sucro... .. Júcar.	Tagus... .. Tajo.
Tader... .. Segura.	Durio... .. Duero.
Minio... .. Miño.	

C a b o s

Ferraria ... .. San Antonio.	Sacrum ... .. San Vicente.
Saturno ... .. Palos.	Magnum ... .. Roca.
Charidemo . . . . . Gata.	Artabro ... .. Finisterre
Triteucum ... .. Ortegal.	

sulta para ésta una población de 4.820.000 cabezas libres. Aumentando el número de estos habitantes en una mitad, teniendo en cuenta los esclavos y la mayor densidad humana en la Bética y en el litoral mediterráneo, se puede calcular en Hispania, en la época de la dominación romana, una población de unos 7.200.000 habitantes, o sea poco más de 12 por kilómetro cuadrado. (Lám. II)

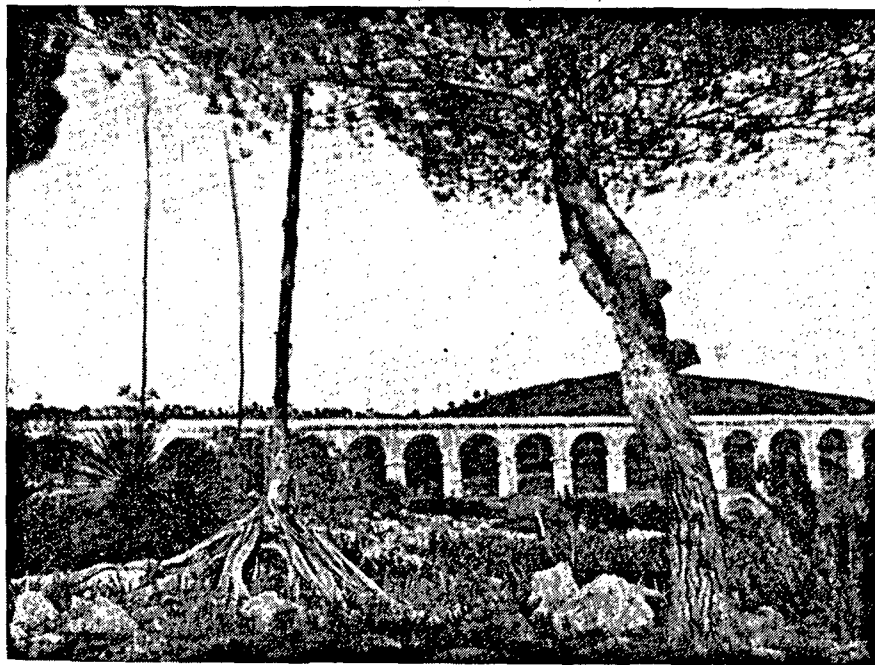


Fig. 67.—Acueducto romano en la campiña de Tarragona.  
(Foto Hernández-Pacheco.)

#### IMPORTANCIA DEMOGRÁFICA DE TARRACO (TARRAGONA) Y DE EMÉRITA AUGUSTA (MÉRIDA)

La distribución de la población de un país es consecuencia, principalmente, de dos factores naturales: clima y relieve. En territorios montañosos, campiña verde todo el año y cultivos de tipo hortícola por regadíos de lluvia, como en Galicia, Asturias y Vasconia, la población es dispersa en aldeas y pequeñas agrupaciones urbanas. En territorios llanos con interrupción estacional de lluvias, cultivos de secano, con agostamiento de la vegetación herbácea, sustituyendo al verde de la campiña el amarillo del pastizal y de los rastrojos, durante gran parte del

año, la población está concentrada en pueblos de mucho vecindario y ciudades, como en La Mancha, Extremadura baja y valle del Guadalquivir. Tales regímenes del vivir humano, son constantes en el tiempo, y los mismos en la época romana que en la actual.

Las dos poblaciones que se han considerado las más populosas de Hispania, en el período del florecimiento imperial romano, son Tarragona, capital de la Tarraconense, y Mérida, capital de la Lusitania. En

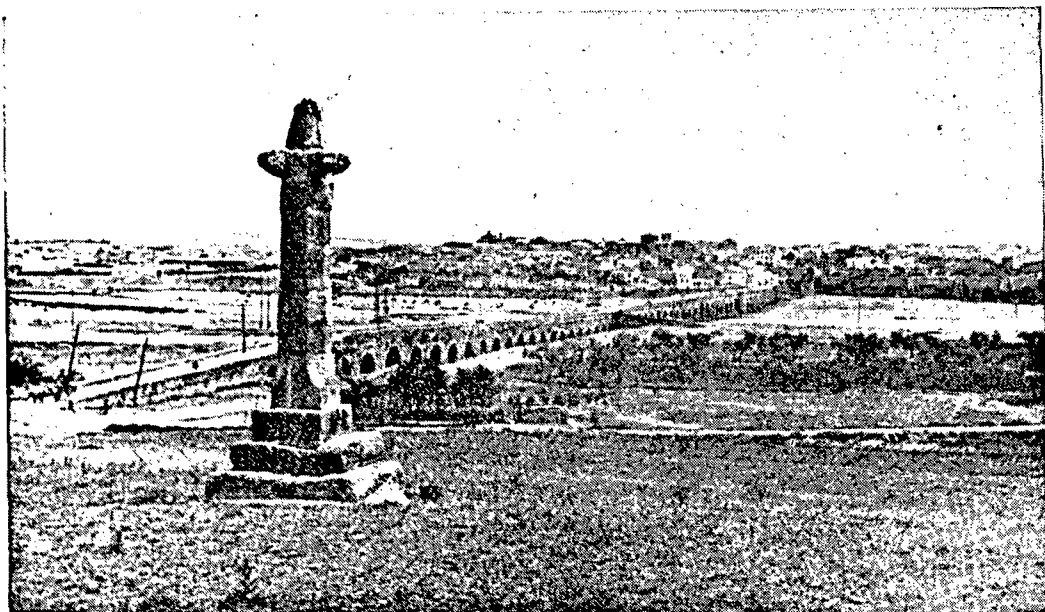


Fig. 68.—Vista general de la ciudad de Mérida.

(Foto Hernández-Pacheco.)

una y otra, los restos de las grandes construcciones de tal época, son abundantes (figs. 66 y 67) y en ambas el perímetro de la población actual rebasa mucho al romano; causando la impresión que, en la primera, el número de habitantes sería inferior al actual, no alcanzando a los 30.000, y en la segunda, no mucho mayor que ahora. No siendo admisible que la población de dichas ciudades alcanzase la cifra de 100.000 habitantes, de las que hay actualmente en Hispania muchas que la rebasan. Ni mucho menos equivalente a los grandes centros urbanos actuales, como Madrid, Barcelona, Lisboa, Sevilla, Valencia o Porto.

Por otra parte, la extensión de la Tarragona romana la calculan los historiadores en unas 25 hectáreas, superficie mucho menor que la actual. Análogamente, en Mérida las extensiones, según se puede juzgar

por el alcantarillado romano, perfectamente hecho y en uso, en parte, se ha calculado en 19 hectáreas, en su primera época, y en 49 hectáreas con el ensanche que se hizo en época romana.

Tanto Tarragona, como Mérida, eran ciudades de situación privilegiada. Tarragona, en la costa, en excelente ubicación estratégica comercial, en rada abrigada, con buena playa y fondeadero y al resguar-

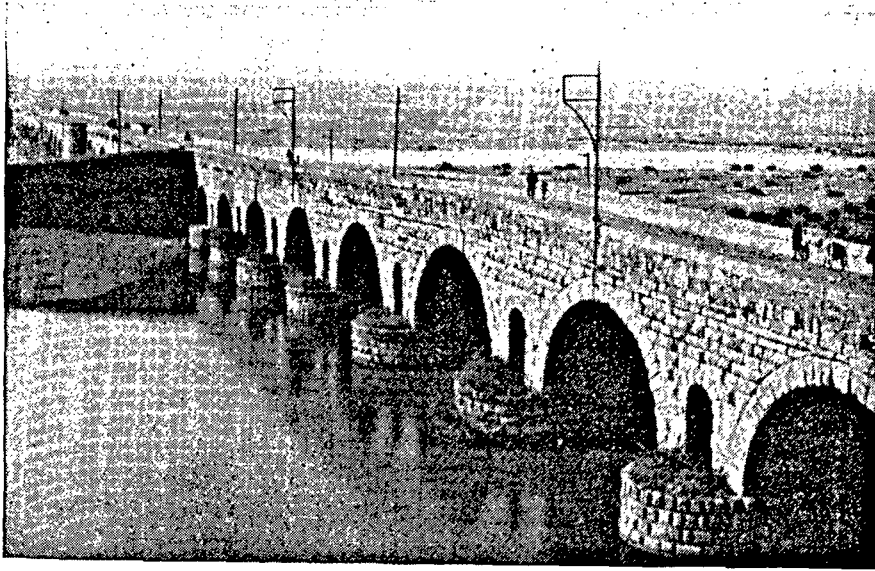


Fig. 69.—Puente romano de Mérida sobre el Guadiana.

(Foto Hernández-Pacheco.)

do del promontorio sobre el que se asienta la ciudad, y el cabo de Sallou. En campiña amena y fértil, entonces como ahora, bien cultivada y productiva, y en la vía principal que desde Roma, a lo largo del litoral mediterráneo, penetraba en Hispania y se alargaba por la costa, hasta el extremo meridional de la Península. Numerosos restos de la época indican una población con villas rústicas en la pintoresca campiña, alrededor del núcleo principal urbano.

Mérida, debió su gran importancia a la fertilidad de los terrenos inmediatos en las amplias vegas del Guadiana, y en la cabecera de la feraz Tierra de Barros, terrenos, unos y otros, de gran producción cerealística y ganadera. Contribuiría especialmente a su desarrollo la situación geográfica en cruce de múltiples caminos a las diversas regiones peninsulares: los que venían del Sur, del Este y del Noroeste; de Hispalis, de Corduba, de Oretum y de Toletum; los que se dirigían hacia el

Oeste, hasta el Atlántico, como los dos que terminaban en Olisipo (Lisboa); y el del Norte, para Castra Cecilia (Cáceres) y Salmantica (Salamanca) a Astúrica (Astorga), y desde aquí al Cantábrico y al valle del Ebro, enlazando unos y otros con la gran vía del litoral mediterráneo.

Emérita Augusta, probablemente fué la mayor ciudad romana de Hispania (figs. 68 y 69). Los monumentales edificios y construcciones

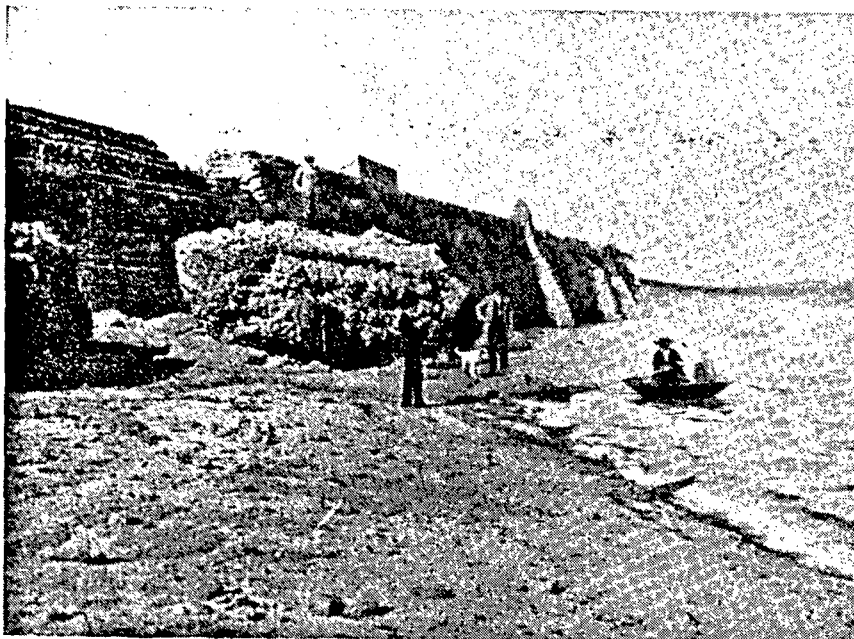


Fig. 70.—Embalse romano denominado de Proserpina, cerca de Mérida.

(Foto Hernández-Pacheco.)

que indican sus grandiosas ruinas, tales como teatro (figs. 72 y 73), circo, hipódromo, templos, arco de triunfo, muralla junto al río, etc., así hacen suponerlo, como también las ruinas de los dos bellos acueductos que conducían a la urbe el agua de los dos grandes embalses: el denominado de Proserpina, al Noroeste (figs. 70 y 71), y el de Cornalvo, al Noroeste.

Tal profusión y magnificencia de edificaciones corresponderían al núcleo urbano, alrededor del cual la población rural se expansionaría a lo lejos, al modo de la tela de la «Epeira», de mallas tanto más anchas y abiertas, cuanto más alejada del centro, donde vigila atenta la araña de brillantes colores y fastuosos dibujos.

LA CAMPIÑA Y LA FLORESTA HISPANA EN LA ÉPOCA ROMANA

En la campiña cercana a Mérida, los restos de habitación romana son abundantes en pedazos de tégulas, baldosas, fragmentos de tinajas y tiestos de vasijas, pequeñas piedras de molinos de mano, etc., pero muy escasos los restos de edificaciones, indicando población dispersa, campesina, de rudo vivir, en edificación de mampostería en seco o de piedra y barro, que la acción del tiempo destruyó fácilmente sin dejar rastro. Tal población campesina acudiría al núcleo urbano en aconte-

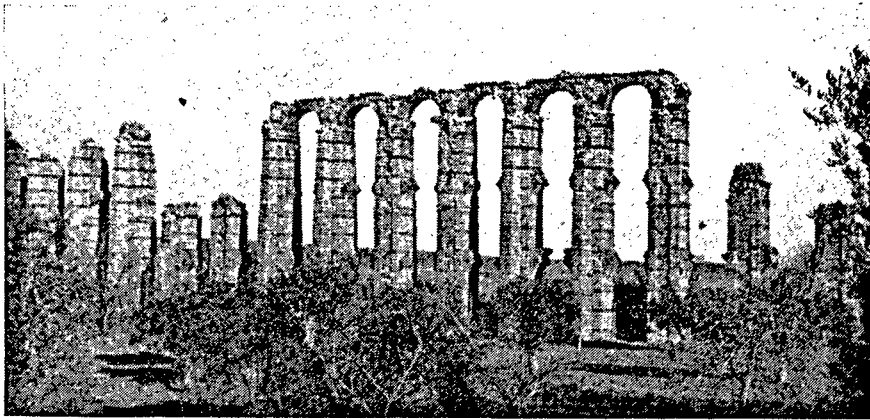


Fig. 71.—Ruinas del acueducto romano que conducía el agua del embalse de Proserpina a la ciudad.

(Foto Hernández-Pacheco. 1932.)

cimientos importantes, grandes fiestas y ferias, como actualmente a los mercados y rodeo de ganados que se celebran junto al puente sobre el Anas.

Con la distancia al núcleo urbano los restos mencionados van siendo más raros y desaparecen. Así, entre Mérida y Cáceres, a lo largo de la calzada romana, denominada vulgarmente «vía de la plata», en una longitud de unos 70 kms., se reconoce el trazado y se conservan varios puentes y diversos miliarios, pero los restos de edificios son muy escasos. En el puerto de las Herrerías, divisoria entre Guadiana y Tajo, se encuentran abundantes escorias de hierro de los yacimientos del terreno Silúrico, que pudieran indicar pequeñas instalaciones metalúrgicas, probablemente de época romana.

Pasada la divisoria, y ya en la cuenca del Tajo, a unos cinco kiló-



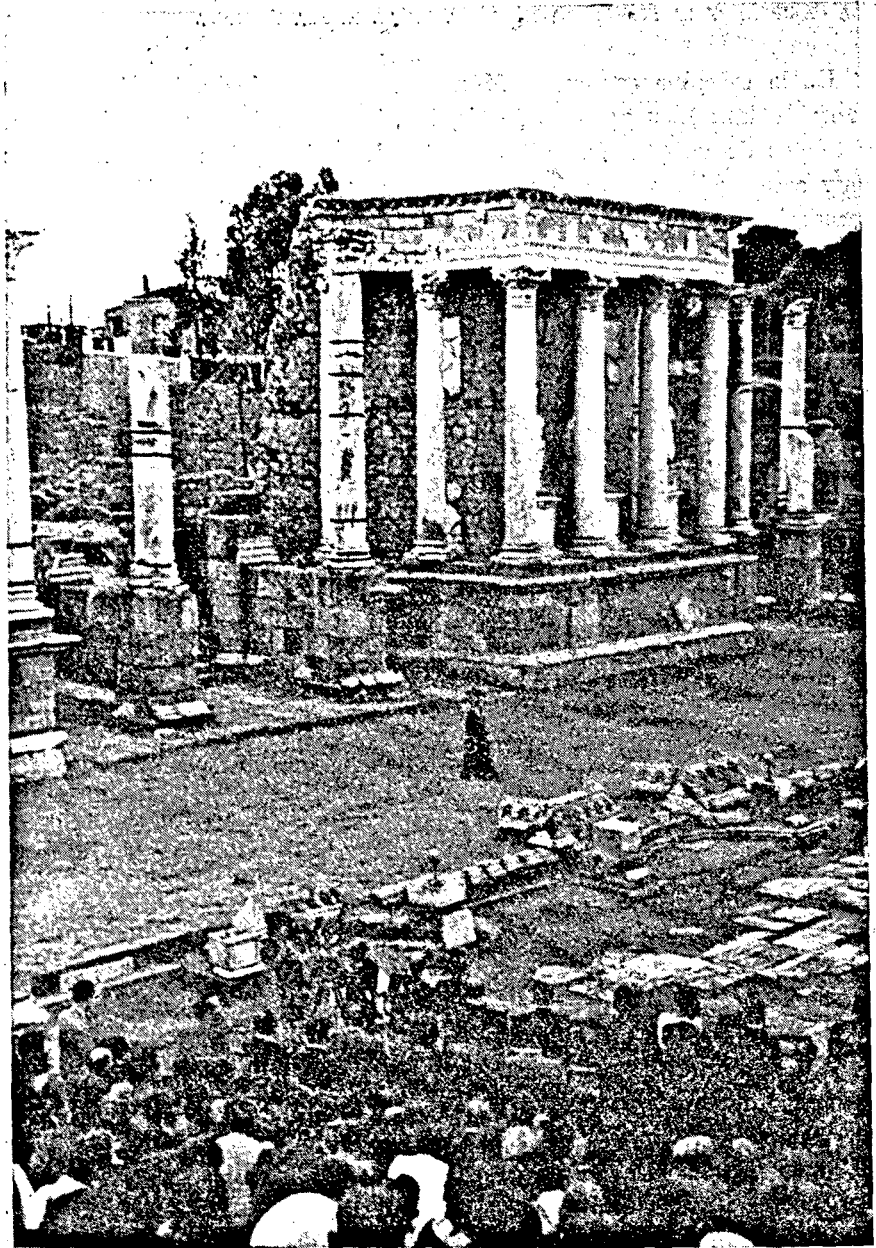


Fig. 72.—Representación en el teatro romano de Mérida de la obra «Medea», de Séneca, traducción de Unamuno. Lado del escenario.

(Foto Hernández-Pacheco. 8 junio 1933.)



Fig. 73.—Representación en el teatro romano de Mérida de la obra «Medea», de Séneca, traducción de Unamuno. Lado del público.

(Foto Hernández-Pacheco. 8 junio 1933.)

metros al Este de la calzada, y a una jornada no muy larga de Emérita, existe la amplia y fértil vega denominada de las Torrecillas, en la cual se encuentran restos romanos y donde se pusieron al descubierto ruinas de edificios, probable mansión campestre de acaudalado latifundista, con restos arquitectónicos y escultóricos, entre ellos una bella



Fig. 74.—Estatua de Minerva, procedente de las ruinas de una mansión romana, próxima a la calzada de Emérita a Castra Cecilia, en el paraje de las Torrecillas, en Alcuéscar (Cáceres).

(Foto Hernández-Pacheco.)

estatua de Minerva (fig. 74). Un embalse próximo, recompuesto en diversas épocas y de características romanas, regaría el terreno. En un paraje inmediato, llamado el Paredón, denominación, como la de Torreci-

llas, donde estaba la mansión romana, que indica que el nombre ha persistido más que las ruinas que originaron tales designaciones. Una tosca escultura granítica, fragmentada, de un berraco, hallada en tal paraje, señala el límite meridional de tales representaciones; y cacharros toscos, en las sepulturas, población indígena. La edad de la villa y cons-



Fig. 75.—Lápida sepulcral en Los Villares, cerca de Alcuéscar (Cáceres). Leyenda: Facula Silvani. Falleció a los 27 años. Séale la tierra leve. Su hermano, S. C. F.  
(Foto Hernández-Pacheco. 1948.)

trucciones romanas, están datadas por monedas, alguna con el busto de Galba. La estatua de Minerva, que conservamos, estudiada por Méli-da y descrita por Raymond Lantier en el «Bulletin Hispanique», corresponde al siglo I.

Tal conjunto de restos parecen corresponder a uno de los dos poblados inmediatos correspondientes a la mansión «Ad Sorores», situada

a 26 millas de Emérita, en la calzada romana, y 20 millas antes de Castra Cecilia (Cáceres).

En otro paraje denominado «Los Villares», a unos siete kilómetros de la calzada romana, en amplia y buena vega, cercana a la Sierra de Montánchez, se encuentran también restos que hacen suponer la existencia de otra explotación agraria de época romana. En la mansión agrícola de Los Villares, los restos de edificaciones son abundantes, indicando los sillares labrados en granito y los restos de mosaicos policromos, que aquéllas eran importantes. De tal paraje proceden di-

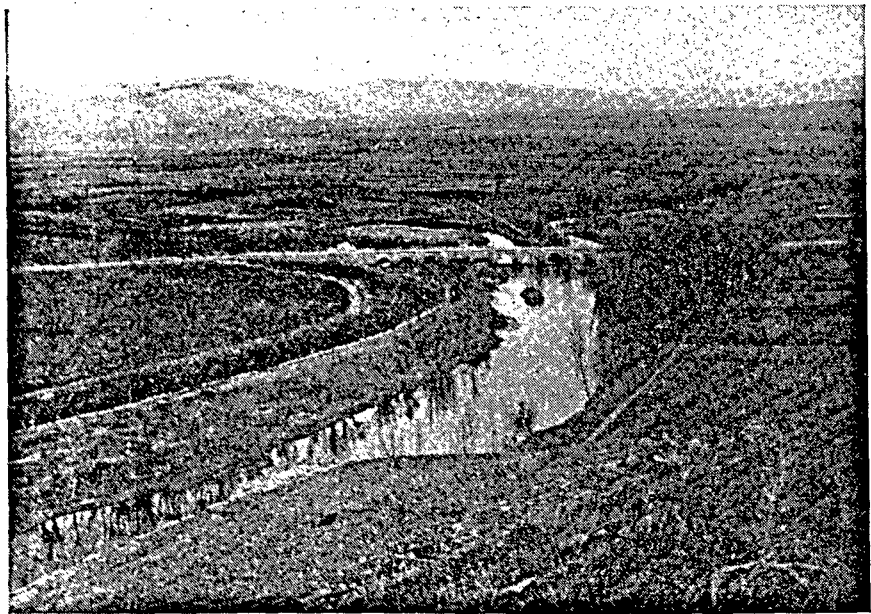


Fig. 76.—Valle del Duero en Numancia. Vista hacia el Norte desde la colina en la que están las ruinas de la ciudad celtíbera.

(Foto Hernández-Pacheco.)

versas monedas romanas de las últimas épocas del Imperio, y una muy bien conservada estela funeraria con la inscripción muy patente (fig. 75).

El territorio descrito entre Mérida y Cáceres produce la impresión de que, aparte de estas dos ciudades, la población, aun dispersa por los campos, únicamente ocuparía y labraría los sitios fértiles y de buen terrazgo, quedando la gran mayoría del país inculto y destinado a la ganadería, o abandonado a la vegetación espontánea del matorral, del bosque y del yermo. La densidad en población, en la época romana, debería ser pequeña en relación con los tiempos modernos, según se

deduce de los datos demográficos mencionados y de las deducciones que anteceden.

La distribución del bosque, del matorral y, en general, de la vegetación silvestre, no ha variado en el transcurso de los milenios, y es de tiempos modernos la gran intensidad de la deforestación y de la destrucción del matorral, sustituidos por cultivos, siempre en relación con épocas en que el aumento de población intensificó el carboneo del bosque y fué más fácil y productivo el transporte del carbón y de la madera de construcción, y negocio más lucrativo, aparte de la conveniente o necesaria extensión de los cultivos por efecto del aumento demográfico.

En todo caso, los grandes núcleos y masas de bosques persisten a través de la historia, y la abundancia, en unas comarcas, del bosque y de la floresta, densa, y en otras, del matorral, del yermo y del erial, es fundamentalmente producto de la naturaleza, especialmente del clima, y en grado no predominante, resultado de la transformación producida por la actuación humana.

Lo mismo ocurre, en términos generales, respecto a tipos de cultivo en las diversas comarcas y parajes, o utilización predominante ganadera; tanto en la época romana como en las edades intermedias, hasta el presente. Así, por ejemplo, Bilbilis, la actual Calatayud, sería entonces, como ahora, comarca de cultivos intensivos y de regadíos por las aguas del Jalón, mientras que el valle del Duero, en Numancia, sería paraje de preponderante utilización ganadera y cultivos cerealísticos (fig. 76).

El contraste que se observa en los Pirineos orientales entre la vertiente septentrional, muy boscosa, y la meridional, árida, está expresado en la Geografía de Estrabón, en donde dice: «La vertiente ibérica del Piréne tiene hermosos bosques de todas las especies, singularmente de hoja perenne. La vertiente céltica está desnuda; pero las zonas centrales contienen valles perfectamente habitables. La mayoría de ellos están ocupados por los cerretanos (habitantes de la Cerdaña), pueblo de estirpe ibérica.» Se aclara este pasaje teniendo presente que los habitantes de la vertiente meridional eran de estirpe céltica, mientras que los de la vertiente septentrional eran iberos. Tal contraste entre el tipo de la vegetación de las laderas pirenaicas, se observa patente en las estribaciones meridionales de esta cordillera; tales como el Monsech de Lérida, que merece claramente su nombre por lo seco y pelado de la ladera Sur, mientras que la del Norte está cubierto de espeso matorral.

Respecto a la vegetación de la zona meridional de Hispania, al Sur de la meseta y del escalón orográfico de Sierra Morena («Saltus Cas-

tulonensis)), se señala la gran área esteparia del Sureste y la importante zona forestal de las serranías de Segura y Cazorla. Describiendo Estrabón el recorrido de la Vía Augusta por la costa mediterránea, dice: «de Saitabis (Játiva) apártase paulatinamente de la costa, llegando luego al llamado Spartarion Pedión, un gran campo sin agua, donde crece abundantemente la especie de esparto que sirve para tejer cuerdas y se exporta a todos los países, principalmente a Italia. Antes la vía cruzaba por medio del «campo» y por Egelartia; mas era difícil y larga. Ahora, por ello, transcurre junto a la marina y no cruza más que una pequeña parte del espartal. Luego pasa, como la antigua vía, por Cástulo (Cazorla-Jaén) y Obulco (Porcuna-Jaén), para seguir de allí el rumbo a Córdoba y Gades, que son dos de los mayores centros comerciales».

Plinio, al tratar de Hispania en su Historia Natural, señala también la región selvosa que cita Estrabón, correspondientes a la serranía de Segura y Cazorla en el alto Guadalquivir y el borde de la Sierra Morena, en el Saltus Castulonensis; tomando partido, en la discusión que ya en aquellos tiempos existiría, de si debe considerarse como origen del Betis el Guadalimar, o el alto Guadalquivir, adhiriéndose a esta última opinión, dice: «El Betis tiene su fuente en la provincia Tarraconense; no, como algunos han dicho, en la villa de Mentesa (Montiel), sino en el bosque de Tugia, detrás del cual está el río Tader (Segura), que riega el territorio de Cartago Nova.»

Las zonas forestales, en sus grandes líneas son las mismas en la actualidad que en la época romana; posterior al largo período, de más de cuatro siglos, de completa romanización de Hispania, son el gran desarrollo de las extensas áreas de cultivo hortícola, tales como la plana costera valenciana y la amplia llanura de la fosa del Segura, ocupada por la huerta de Murcia y Orihuela. La intensidad en la deforestación antieconómica es de tiempos modernos, y reciente la labor de ordenación y repoblación forestal, comenzada en Portugal con intensidad a mediados del siglo XVIII.

#### LA AGRICULTURA Y EL BOSQUE HISPANOS SEGÚN LOS AGRÓNOMOS ROMANOS CATÓN, VARRÓN Y COLUMELA

Para hacerse cargo de las características de la floresta hispana, tanto de la silvestre como de la cultivada, durante el transcurso de la época romana, las más seguras fuentes de conocimiento son los escritos de los geógrafos contemporáneos a los cuales nos hemos referido, y tam-

bién de los agrónomos de aquella época, tales como *Catón*, *Varrón* y *Columela*.

M. P. Catón, llamado el antiguo o el censor, nació en Túsculum (Frascati, cerca de Roma), el año 234 a. de J. C. Fué cónsul e hizo una campaña en Hispania; murió el año 51 a. de J. C., a la edad de ochenta y cinco años. Escribió la obra titulada *De Re Rústica*.

M. Terentius Varrón, fué reputado por Cicerón el más sabio de los romanos de su tiempo. Hizo la guerra contra los piratas del Mediterráneo y contra Mitrídates. Fué partidario fiel de Pompeyo en la guerra civil contra César, y en Hispania mandó las legiones que defendían la parte meridional. Depuestas las armas, después de la batalla de Farsalia, entregó en Córdoba sus tropas a César, y, retirado a Italia, se dedicó al cultivo de las letras. César le encargó de organizar las bibliotecas griegas y latinas. Cuando escribió su obra *Rerum rústicarum*, tenía ochenta años, según él mismo dice.

Lucio Junius Moderatus Columela, nació en Gades (Cádiz) en el reinado de Augusto o de Tiberio. En su obra *De Re Rústica* habla de Séneca como contemporáneo suyo, y repetidas veces de su tío paterno, Marcos Columela, considerándole muy instruído en bellas artes y gran agricultor, en la Bética, de extraordinaria competencia. Residió en Roma la mayor parte de su vida.

Durante el largo transcurso de Hispania romanizada, la mayor parte del territorio estaba abandonado a la vegetación espontánea. Existían muchos latifundios, de los cuales sólo se cultivaban las porciones fértiles, explotándose los fundos con diversidad de cultivos.

El P. Feijóo refiere en su obra «Teatro Crítico», tomo VIII, discurso XII, que Columela, en su obra, se lamenta de que había quienes gozaban de tan amplias posesiones rústicas que no podían recorrerlas en una jornada a caballo, y así quedaba gran parte constituyendo guarida de fieras. Asimismo refiere que Plinio dice que las anchurosas posesiones arruinaron a Italia. Varias leyes fueron dictadas limitando la extensión de los fundos, citándose el caso del tribuno C. Licinius Stolo, que fué el primero que hizo decretar la Ley Agraria, según la cual, nadie debía poseer más de 500 yugadas de terreno; ocurriendo que el mismo Stolo fué condenado por estar en posesión de más de mil, con desprecio de la ley.

Junto a propiedades extensas, existían las pequeñas, o minifundios, y las medianas, cultivadas directamente por el propietario y sus familiares o con auxilio de algún esclavo, si conseguían poseerlo. Las fincas aumentaban o disminuían de tamaño por las vicisitudes de las transmisiones de dominio, como siempre ha sucedido y sucede, y, como siem-



pre, influía grandemente en los tamaños el clima del país y, especialmente, el regadío, tanto el natural de lluvia como el artificial. Existían también bienes comunales que generalmente se arrendaban, como los de Osuna, cuyo arrendamiento era por cinco años.

Catón y Columela sientan como condiciones favorables para un fundo de tipo normal, respecto a situación: terreno muy suavemente ondulado, al pie de una montaña, no lejos de villa populosa, con aguas sanas y con parte de bosque o terrenos incultos. En relación con la ubicación, Varrón toma en cuenta el estado de seguridad del país, diciendo a tal respecto: «Un fundo de excelente naturaleza, no aconsejaría explotarle, a causa de las degradaciones que a su situación le expusieran. Estando uno de los mayores inconvenientes, cerca de Celia, en Cerdeña, y en España, en los confines de Lusitania.» El primer caso alude al bandidaje endémico; el segundo, a la situación de inseguridad del campo, pues en la época de Varrón, aún no estaba totalmente romanizado ni pacificado el país.

Catón, en cuanto a la extensión del fundo, estima como más adecuado al tipo de 240 yugadas, enumerando los cultivos en el siguiente orden de mayor producto a menor: viñedo; regadío y sauceda (mimbreras); olivar; pastizal o pradera; senaras de cereales; soto; plantío de frutales, y encinar.

En sitio adecuado se establecía la villa, o sea el caserío, compuesto de tres conjuntos: *a*), «Villa rústica»: vivienda del encargado (aperador o aparcerero) y de todos los operarios a sus órdenes, esclavos y semovientes, ganados y aves de corral; *b*), «Villa fructuaria»: almacenes de los productos de la tierra, tales como graneros, almacenes, bodega vinaria, etc.; *c*), «Villa urbana»: reservada a las habitaciones del propietario y su familia.

Columela es muy detallista respecto a la construcción de cada dependencia. En las habitaciones del amo analiza las exposiciones de las de invierno y de verano, de las de comer y dormir, en una y otra estación; la situación de los baños, su ventilación, etc. Esta parte de la cortijada romana, en algunos casos debía pasar de la categoría de confortable a la de lujosa, juzgando por las críticas de Varrón.

En la parte denominada rústica, Columela insiste en que la estancia donde esté el hogar sea espaciosa, por ser el centro de reunión de operarios, y de techos altos, para evitar que se quemén. La habitación del encargado o aperador, junto a la puerta, para más eficaz vigilancia. La cámara de los esclavos encadenados, excavada hasta cierta profundidad en el terreno, con numerosas ventanas muy estrechas, a altura que no se alcance con la mano.

La explotación era por el dueño, con mayordomo o aperador, «villicus», jefe de toda la servidumbre y encargado especialmente de los cultivos; un «magister pecorum», o mayoral de los rebaños; una casera o despensera; tantos gañanes como yuntas de bueyes, que en el caso de un fundo de 240 yugadas calcula Catón en tres; un burrero, al cuidado de los jumentos destinados al transporte y molienda; un pastor; un porquero, y de cuatro a seis peones. Según Varrón, en tales trabajos intervenían hombres libres o esclavos, o mezcla de unos y otros, y jornaleros, mediante salario para temporadas de siega y vendimia, etcétera.

Era muy frecuente la explotación en aparcería, en la que solía entrar el uso de los aperos y de los semovientes, y entre éstos los esclavos. Columela aconseja «dar al aparcero por compañera una mujer tomada entre los esclavos, que le agregará ventajosamente al fundo y le ayudará en el cuidado». La participación en los frutos para el aparcero, según Catón, era la siguiente: de la séptima, sexta o quinta parte del producto, según la tierra fuese buena, regular o mediocre, medido por cuartilla y rasero. El quinto de la cebada y de las habas. Se dejará para el colono forrajes y henos para alimento de los bueyes de labor. El resto se partirá. Tan exigua participación del aparcero en los productos, se comprende teniendo en cuenta que en la aparcería se entregaba por parte del dueño, no tan sólo la tierra, sino también los esclavos para labrarla, los bueyes y demás ganado de labor, y también artefactos y aperos. En todo caso, resalta la triste y mísera condición del aparcero y de los trabajadores de la tierra.

Había también arrendamientos que pagaban renta fija al propietario (*sublibaris colonis*). Los citados agrónomos romanos, de acuerdo con la ética de aquellos tiempos, hacen consideraciones respecto a los esclavos, que la cultura moderna rechaza. Los tres autores citados les incluyen en el mismo grupo de los animales de labor. Columela, humanitario, aunque interesado, dice: «En cuanto a las mujeres esclavas, hemos dispensado de todo trabajo y aun puesto en libertad, a las que habían criado muchos niños; una esclava que haya puesto en el mundo a tres hijos, no estaba ya sujeta a realizar ningún trabajo. La que tenía más quedaba enteramente libre.» «Los fundos más ventajosos para un jefe de familia, son los cultivados por labradores nacidos en la propiedad misma; porque unidos al cortijo desde la cuna, la consideran como de su patrimonio.» No obstante, tanto Columela como Varrón se muestran cuidadosos respecto al trato que debe dárseles, respecto a alimentación y abrigo, y aun a que adquieran algún peculio por su buen comportamiento.

Catón, minucioso en las prácticas religiosas, expone como deber de la casera que «a la llegada de las kalendas, de los idus, y de los nonis, y días de fiesta, suspenda en el hogar una corona de flores».

También dispone que cuando se trate de descuajar un terreno inculto, arrancando o talando los árboles para ponerle en cultivo, se ofrezca el sacrificio de un puerco, pronunciándose la siguiente invocación:

«Cualquiera que seas, dios o diosa, divinidad a la que este bosque está consagrado, acepta la ofrenda que te hago, antes de cortarle. En memoria de este sacrificio, perdona esta acción que hacemos yo y los míos, bajo mis órdenes. Es con tal finalidad por lo que te ofrecemos este puerco en expiación. Te conjuro a que me concedas tu protección, a mí, a mi casa, a mis gentes y a mis niños. Acepta la ofrenda expiatoria de este puerco, que voy a sacrificar.»

Tal acto expiatorio e invocación, tiene la belleza del amor y respeto debido a la Naturaleza, madre del ser humano; que de ella procede y de la que forma parte; que de ella se nutre y en su seno vive.

#### ESPLENDOR Y DECADENCIA ROMANA

La fundación de la Emérita romana, el año 25 antes de J. C., estableció un hito en la Historia, a partir del cual, Hispania, romanizada en su conjunto, formó parte integrante del Imperio ecuménico mediterráneo, cuya capital era Roma (fig. 77).

En Hispania terminaba el mundo conocido hacia el hespero. A Occidente se extendía el proceloso Mar Exterior a las remotas e ignotas lejanías del enigmático Océano, de alternativo y rítmico avance y retirada en la marea, a modo de acompasada respiración pulmonar. Desde el Estrecho, del Fretum Herculis, hacia Oriente, el Mar Interior unía y era principal camino entre las diversas partes del imperio.

En la órbita romana entraban todos los países del Oriente Mediterráneo: El Archipiélago Egeo; Grecia, madre de la cultura; Egipto, con su antiquísima civilización, y el río sagrado de periódica inundación fecundizadora. En el extremo oriental del Mar Interior, los territorios de Fenicia, Siria, Palestina, y los estrechos de comunicación con la Propóntide (Mar de Mármara) y con el Ponto Euxino (Mar Negro), y en el litoral de este mar, Mysia, Paflagonia y Armenia. En los territorios orientales mediterráneos, pululaba muchedumbre de constitución étnica heterogénea, en un fondo de pueblo semita, origen y foco de religiones monoteístas, mezclados con griegos del Archipiélago y euro-

peos del continente; asiáticos del interior, etc. Tierra adentro se extendían los desiertos de Transjordania y de Arabia, y las extensas estepas ocupadas por pastores nómadas, en donde el poderío y el influjo romano se perdía y acababa ante la distancia y la inmensidad de los países asiáticos.

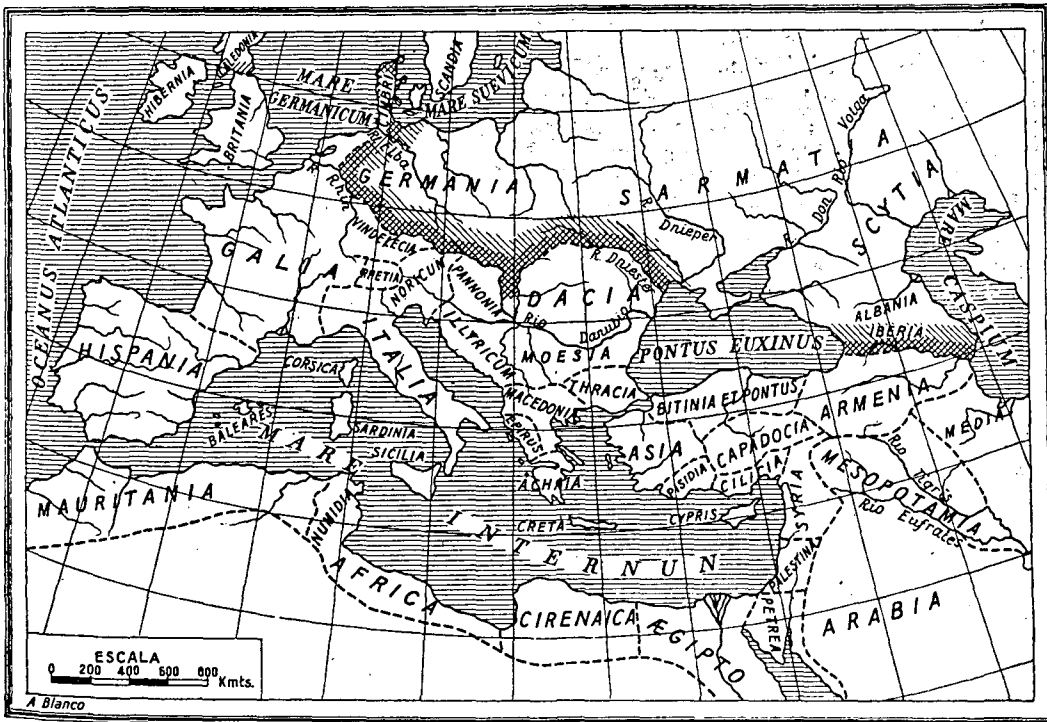


Fig. 77.—Mapa de la extensión del imperio romano en tiempos de Trajano (siglo II).

Todo el Norte africano estaba incluido en el imperio, que acababa en la soledad de las amplitudes del Sáhara inhóspito, en donde terminaba el mundo conocido, y al Sur del cual estaban los países habitados por los pueblos de raza negra, en las inexploradas selvas ecuatoriales y territorios del hemisferio austral, externos al ecúmeno.

De la lejanía asiática llegaban ocasionalmente a Roma sedas y productos exóticos, conducidos a través del continente a las costas orientales del Mar Interior. A veces venían de la India por el Golfo Pérsico, o a lo largo del Mar Rojo hasta Egipto. Descendiendo por el valle del Nilo, o en caravanas que atravesaban el Sáhara, llegaban a las costas meridionales del Mediterráneo, y a Roma, colmillos de elefante y pro-

ductos del Africa intertropical y esclavos negros. De tales países remotos, se tenía en el ecúmeno confusas noticias y conocimientos escasos. Se cita que, en tiempos de Nerón, dos centuriones romanos remontaron en exploración geográfica el curso del Nilo, para averiguar la causa de las periódicas inundaciones y los orígenes del gran río, llegando a la zona de los grandes lagos africanos.

Todas las penínsulas europeas mediterráneas y los países ribereños del Mar Interior; los atlánticos, cual las Galias (Francia) y Britania (Inglaterra); los países centroeuropeos, al Sur del Danubio, y la Dacia, conquistada por Trajano, se incorporaron al imperio. Al Norte de las fronteras europeas se extendía Hibernia (Irlanda) y Caledonia (Escocia); el boscoso territorio de los germanos y del Báltico; los países hiperbóreos de la atlántica Noruega y de Fenoscandia, hasta el Mar Glacial. Al Este, las extensas y frías llanuras de la taiga y de las estepas rusas.

Los extensos territorios al Norte de las fronteras del imperio, estaban habitados por gentes extrañas a la civilización romana, comprendidas en el término genérico de «bárbaros». Eran pueblos de raza aria unos, cual los germanos y escandinavos; otros eslavos, cual los rusos y asiáticos de los países del Mar Caspio; de cultura diferentes a las mediterráneas; rudos y guerreros, de vida dura y difícil en su clima hostil, y con exceso de población en relación con las posibilidades económicas, con tendencia a invadir los países meridionales, de clima más acogedor y de vida más fácil. Ya en tiempos de Augusto, se estableció como límite europeo del imperio, el curso del Rin y del Danubio; y en las Islas Británicas, en tiempo de Antonino, se aisló Britania de Caledonia por una muralla, que en tiempos de Adriano se situó más al Sur.

Mientras Roma fué fuerte, y su ejército potente y disciplinado, la invasión no se realizó, y los pueblos del Norte fueron contenidos en las fronteras, defendidas por las legiones imperiales.

Hispania, unificada en nación bajo el régimen romano y formando parte del imperio, desarrolló sus actividades políticas, jurídicas y sociales, sin guerras importantes en su territorio durante cuatro siglos. La explotación del campo, en sus aspectos agrícolas y ganaderos, se realizó según el régimen y las costumbres que se deducen de lo expuesto anteriormente. A tal período de cuatro siglos se refiere el desarrollo demográfico referido y la extensión de la vegetación silvestre y cultivada; reducida ésta a las porciones de mayor fertilidad natural y condiciones topográficas más adecuadas. Predominarían en el ámbito hispano las amplitudes abandonadas a la vegetación espontánea del matorral; vegetación preponderante y característica de los países medite-

rráneos; las zonas boscosas de las serranías y las formaciones esteparias, de clima y constitución litológica de naturaleza adecuada a tal tipo de formación vegetal.

La ganadería, como la agricultura, tendría desarrollo limitado, y la explotación forestal, reducida a las necesidades locales, no teniendo razón de ser la exportación maderera en plan constante e industrializado, ante la dificultad y coste del transporte, en todo caso superior al valor del producto. La caza, tanto la mayor como la menor, entonces abundante en las grandes extensiones de vegetación silvestre, continuaría siendo como en las épocas protohistóricas, elementos importantes de alimentación.

Al avanzar los tiempos, el imperio romano entró en decadencia, y comenzó a desorganizarse en decrecimiento progresivo por efecto de descomposición interna, menguando la fortaleza espiritual y la potencia militar. Hispania, como la mayor parte del Imperio, se empobreció y decayó, por el desconcierto y desacierto gubernamental y por las excesivas exacciones e impuestos. Paralelamente, los pueblos del otro lado de las fronteras europeas aumentaron en densidad demográfica, infiltrándose en el imperio, especialmente en las legiones como mercenarios, ocupando en ellas importantes puestos de mando.

A principios del siglo iv, siendo emperador Constantino, se efectuó una federación gótico-romana, romanizándose incompletamente los bárbaros vecinos y estabilizándose temporalmente la frontera. Entrado el siglo iv, comienzan las invasiones e inmigraciones en masa hacia el Sur, con diversas fases de resistencia y contención, hasta la desmembración del imperio, al fin de dicho siglo, siendo el último emperador el español Teodosio; dividiéndose después el Imperio Romano, en Imperio de Oriente, con capital en Bizancio (Constantinopla) e Imperio de Occidente, con capital en Roma.

En los comienzos del siglo v, Italia fué invadida por los bárbaros procedentes del occidente de Europa, o visigodos, al mando de Amalario, y Roma saqueada en 410. Poco antes, en el último tercio del siglo iv, las hordas guerreras de los hunos, procedentes de las estepas rusosiberianas, atacaron a los ostrogodos o godos orientales, establecidos en el valle del Danubio, los cuales, cediendo al empuje, se establecieron en la Tracia. Los hunos, en su avance hacia occidente, fueron derrotados y detenidos en las Galias y no llegaron al Atlántico.

INVASIÓN DE HISPANIA POR LOS PUEBLOS GERMÁNICOS,  
Y UNIFICACIÓN POLÍTICA VISIGODA

La Península Hispánica fué, a su vez, invadida el año 409 por tres conjuntos guerreros de pueblos del Norte europeo: suevos, vándalos y alanos, en hordas destructoras que saquearon el territorio, destruyendo y asolando el país. Uno de los jefes visigodos, Ataulfo, se estableció en Hispania, ocupando gran parte del país, casándose en el año 414 con Placidia, hermana del emperador Honorio. Los suevos ocuparon el Noroeste hispano. En el 422, los vándalos se adueñaron de la Bética y de Sevilla, la capital, y cruzando el Estrecho, en el 429, al mando de Genserico, ocuparon la Mauritania Tingitana.

Las primeras décadas de la invasión se caracterizaron por crueles y devastadoras guerras de los visigodos contra las otras fracciones invasoras, y de éstas, entre ellas: en 438, Requila, suevo, se apoderó de Mérida, Mértola y Sevilla, extendiendo su influjo por la Bética y la Cartaginense. A mediados del siglo v, las guerras de destrucción duraron una decena de años entre suevos y visigodos. En tal período, los romanos imperiales apoyaban a los visigodos, y ocupaban parte de la Península en las zonas orientales. Los romanos pactaban constantemente con los invasores. En el año 476, el Imperio Romano de Occidente dejó de existir. A principios del siglo vi, los visigodos ocupaban casi toda la Península, salvo el pequeño reino de los suevos en Galicia.

El período de invasión y de guerra subsiguientes, se caracterizó por la destrucción y saqueo del país. La población indígena fué en gran parte aniquilada y, en su conjunto, oprimida cruelmente y sujeta a servidumbre.

Los bizantinos, a mediados del siglo vi, en expedición naval, ocuparon varios puertos de Hispania, estableciéndose en parte de la Bética y Cartaginense, con agrado de la población indígena, durando la ocupación un siglo. Los de Bizancio, en contra de Egila, favorecieron a Atanagildo, el cual estableció la corte visigoda en Toledo (figs. 78 y 79). La Península quedó repartida en tres porciones: los visigodos, en las regiones centrales, Norte, Noreste y Oeste; los suevos, en Galicia y Norte de Portugal, y los bizantinos, en la Bética y el Sureste.

Leovigildo, en el 584, se apoderó del reino suevo e intentó la unidad territorial, política, jurídica y espiritual o religiosa de Hispania, fracasando en lo último al favorecer a la iglesia arriana, que, aunque oficial, ejercía menor influjo en el país que la católica, mucho más extendida.

Su sucesor Recaredo, estableció como religión del Estado la católica, más difundida en las diversas clases sociales y de superior cul-

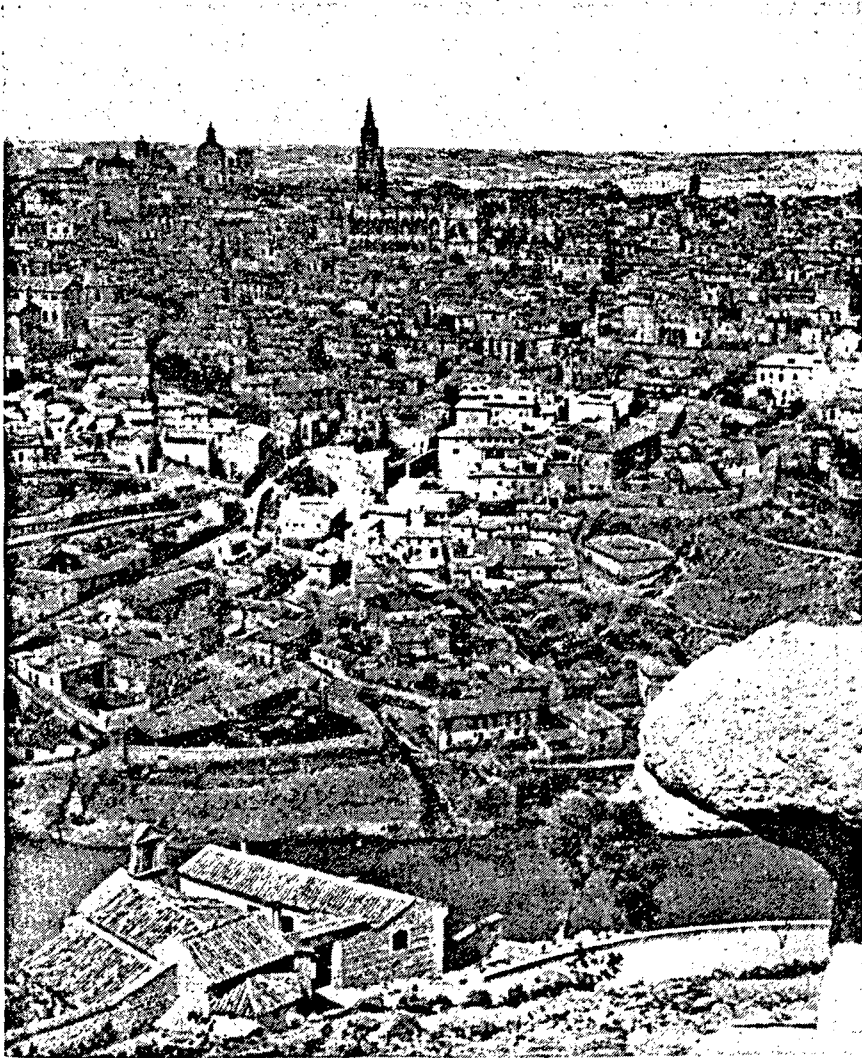


Fig. 78.—Aglomeración urbana en Toledo en el recinto del meandro encajado del Tajo en torno de la ciudad.

(Foto Hernández-Pacheco.)

tura el alto clero, el cual adquirió poder extraordinario y grandísimo influjo político y gubernamental. Los concilios toledanos fueron asambleas político-religiosas, de las que formaban parte el clero y la no-



bleza, constituyendo poder legislativo, aunque con el asenso del monarca, poder supremo.

Al iniciarse la decadencia del Estado y degenerar la fortaleza militar, Wamba fué obligado a ejercer la suprema dirección del país. Declaró obligatorio el servicio militar para todos los hombres libres, tanto godos como hispano-romanos, tanto seglares como eclesiásticos, con la obligación de concurrir al ejército con la mitad de sus siervos; medida que produjo la repulsa de la nobleza y del clero, y Wamba fué tonsurado y depuesto.

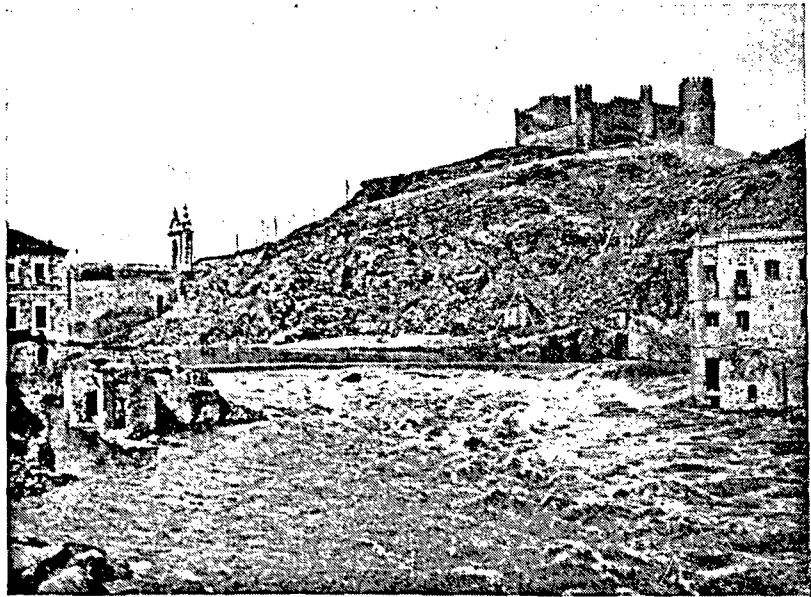


Fig. 79.—El Tajo en el meandro encajado en torno de Toledo.

(Foto Hernández-Pacheco.)

El régimen político de los visigodos, de monarquía electiva entre la nobleza, fué causa de continuas banderías entre ésta, y de guerras internas, en lo que no contaba ni intervenía el conjunto popular, que era masa inerte e inerme.

En las luchas entre las naciones y pueblos invasores, la población hispana prestó su apoyo moral a los visigodos, como mal menor. Pero no hubo, como en las guerras púnicas y en las civiles romanas de la Península, adhesión combativa a uno u otro bando; ni surgieron entre los naturales caudillos de prestigio que tomaran partido por unos u otros contendientes.

El estado de servidumbre de gran parte de la masa popular durante el largo período romano, había apagado los ímpetus guerreros y el espíritu combativo de rebeldía.

Pero así como el rescoldo entre cenizas al soplo del viento se aviva inesperadamente, resurge y flamea, análogamente se producían contiendas civiles entre arrianos y católicos, o rebeldías guerreras, cual la de los «bagaudes» o insurgentes; sublevaciones de campesinos y siervos, principalmente en la Tarraconense.

De las serranías boscosas del Norte, Asturias, Cantabria, Vasconia, incompletamente romanizadas, ni ocupadas totalmente por los godos invasores, surgían rebeliones, siendo la última en época inmediata a la conquista musulmana.

El historiador Gómez de Arce, en su discurso en la Sociedad Geográfica de Madrid, en 1880, sintetiza el dominio de Hispania por los pueblos norteeuropeos en los siguientes términos: «Al comenzar el siglo v, nuevas gentes penetran en España. Los suevos se establecen en la Gallecia, los alanos y silingos en la Lusitania y Cartaginense, y los vándalos en la Bética, para abandonar después este territorio, dejándonos sólo memoria de su barbarie. A los pocos años aparecen los visigodos y dominan el Norte de la Tarraconense, desde donde van extendiéndose por el resto de España. Como los modernos turcos en Europa, los visigodos no logran fundirse con la población vencida; viven como acampados en nuestro suelo y, sólo en los últimos tiempos promulgan leyes asimiladoras, que ya no surtieron efecto, porque a poco tuvo lugar la invasión agarena, que hirió de muerte a la monarquía visigótica.

#### POBLACIÓN Y RÉGIMEN SOCIAL Y SU INFLUJO EN LA FLORESTA Y EN LA AGRICULTURA, EN LA ÉPOCA VISIGODA

La población peninsular en el período histórico del dominio visigodo se componía:

a) Elemento étnico hispánico; mucho más numeroso que el conjunto de la demás población. En su mayor parte sujeto a servidumbre, y constituyendo masa romanizada, trabajadora de la tierra; con las costumbres de la época imperial; católicos de religión, y obedientes a la jurisdicción y autoridad paternal de sus obispos y de la iglesia, especialmente en los tiempos en que el arrianismo fué la religión del Estado.

En el clero católico se conservaron restos de la cultura, destacando como lumbreras intelectuales de la época algunos preladados, principal-

mente San Isidoro, de Sevilla; Osio, a quien deben su origen las ermitas de Córdoba, y Paulo Orosio, natural de Tarragona.

b) Hispanoromanos. Clase la más culta y de mayor influjo social. Generalmente ejercía profesiones distinguidas en los centros urbanos o eran funcionarios del Estado y de la Administración Pública.

c) Romanobizantinos. Especializados en oficios escogidos, o comerciantes, industriales, navegantes.

d) Judíos. Habitantes principalmente de las ciudades; con los hábitos y características genuinas de tal pueblo en sus relaciones con los otros y naciones en que viven. En 616 se señala una intensa persecución por Sisebuto, conminándoles con la conversión o el abandono del país en plazo de un año. En el 694 se produce otra fuerte persecución, confiscándoles los bienes y reduciéndoles a esclavitud.

e) Minoría visigoda. Clase oligárquica militar dominante, descendiente de los germanos invasores. En absoluto divorcio de intereses e ideales con las otras clases sociales y el elemento étnico indígena. Proprietarios de grandes latifundios y de multitud de siervos adscritos a la tierra. La autoridad radicaba en esta clase noble, gobernando con el auxilio de funcionarios procedentes de la antigua administración imperial.

A pesar del aislamiento social de la minoría descendiente directa de los invasores germanos, el influjo del medio tiende a absorberla y confundirlas en el conjunto racial hispano. Asimismo, en el contacto de las dos culturas, la gótica y la romana, preponderó ésta, que absorbió y asimiló a aquélla, romanizándose espiritualmente los invasores, persistiendo en el conjunto el idioma, la jurisdicción y las costumbres de origen romano.

Los godos, al invadir los países del imperio romano, tenían en sus instituciones sociales la libertad, con el principio de elección del monarca; pero los derechos de libertad individual eran entre ellos solos, y no para el pueblo subyugado, al que aplicaron la opresión y servidumbre.

El cuadro social de la época romana no experimentó cambio radical, acentuándose la diferencia de clases. La nobleza goda «seniores» admitía en su categoría a los potentados «senatores» romanos; así, Teudis casó con una hispana, opulenta en propiedades rústicas, rodeándose de gran fausto y de fuerte guardia personal. En tal grupo social, la nobleza goda era militar y latifundista, y la de origen romano, plutócrata y burocrática. Las provincias estaban regidas por duques y condes; los primeros de preponderante característica militar, y los segundos, con frecuencia hispanoromanos, civil y judicial. Los hombres li-

bres no nobles, tales como arrendatarios, industriales, artesanos, etc., dependían de las clases superiores que les prestaban protección. Las clases sociales, no libres, constituían la gran masa del país. En la servidumbre, había diversidad de grados en la limitación de la libertad personal y económica. Los siervos, o esclavos adscritos al terruño, se transmitían con éste. Con la extrema miseria de la masa popular, hacía fuerte contraste el gran lujo de los poderosos, copiado de romanos y bizantinos.

El comercio interior estaba monopolizado por los judíos, y el exterior ejercido por los hispanoromanos y extranjeros. Los oficios manuales y artesanía, estaban vinculados en familias de siervos, organizados en cuerpos cerrados, no pudiendo ejercer el oficio quien no perteneciera al gremio.

Industria de gran desarrollo fué la de «lanifacia» o del hilado y tejido de lana, con gran número de siervos trabajadores, organizada y dirigida por monjes en establecimientos religiosos destinados a ello. También tuvo gran auge la cría del gusano de seda y los tejidos de ella, empleados en lujosos ornamentos eclesiásticos y en fastuosas vestimentas de los nobles.

Realizada la conquista, los invasores se adueñaron de la mitad de las casas y de los dos tercios de las tierras en cultivo, con igual proporción de siervos adscritos al campo, ganados y aperos. El mismo reparto se hizo de los bosques y de los pastizales para la ganadería, o quedaron de aprovechamiento comunal ganadero.

Los terrenos selváticos, yermos e improductivos, quedaron indivisos, pudiendo ser roturados y cultivados por partes iguales entre visigodos e hispanoromanos. La propiedad quedó en muy pocas manos. A poder de los monarcas visigodos pasaron las tierras y posesiones públicas que correspondían al patrimonio imperial romano, las cuales solían arrendarse para aportar ingresos al Estado. Los visigodos, en su totalidad, estaban exentos de tributación; gravando ésta a los elementos hispanoromanos, y principalmente a los pequeños propietarios y colonos.

Apaciguados los trastornos e inquietudes de las décadas de la invasión, se realizó la vuelta al campo, como en las épocas de tranquilidad del imperio, habitando en sus grandes posesiones y latifundios los próceres visigodos, atendiendo al cuidado de la ganadería, ocupados en el ejercicio de la caza, o inspeccionando los cultivos; viviendo con su familia y servidores, vasallos, hombres de armas, bucelarios, colonos y siervos. Análogo género de vida campestre llevaban los opulentos propietarios hispanoromanos.

Las iglesias y monasterios llegaron a ser dueños también de importantes y extensas tierras de labor, con los siervos a ella adscritos, y de terrenos de pasto y ganadería. Tal género de vida campesina, resalta en las tradiciones y relatos de la época. Así, al ser elegido rey Wamba, hubo que ir a ofrecerle la corona a la posesión campestre en que residía, atendiendo al cuidado de su hacienda. En el relato de la vida de San Fructuoso, se dice que su padre, duque de estirpe real, dirigía la explotación agropecuaria del Bierzo, tomando la cuenta a los pastores e inspeccionando los ganados. Del abad Nunoto, en tiempos de Leovigildo, se relata que apacentaba personalmente sus ovejas.

Del período visigótico hispano no existe, que sepamos, estadística demográfica alguna, por el estilo de la contenida en la obra de Plinio, pertinente al período imperial romano, a la que nos hemos referido anteriormente. Tenemos, pues, que juzgar respecto a población, desarrollo agrícola y extensión de la floresta, mediante deducciones en relación con el desarrollo histórico y estado social y cultural de la época.

Los historiadores calculan la población invasora en un máximo de 300.000 habitantes, la cual, en cierta parte, al cabo de varias generaciones, había sido absorbida y asimilada en el conjunto hispano.

El aumento de población sería compensado, con mucho exceso, por la intensa mortandad, destrucción y ruina producidas por las largas guerras que acompañaron y siguieron a la invasión. Todo lo cual induce a suponer una población en el conjunto hispano por bajo de la supuesta en época romana, quizás no excediendo de los seis millones de habitantes. La cifra de trescientos mil, como máximo de la población invasora, nos parece exagerada, teniendo en cuenta el cálculo de la población total hispana en seis millones de habitantes, lo cual supone un goda por cada veinte indígenas; proporción que no explica la absorción de la raza invasora por la autóctona, y que los rasgos étnicos de los nórdicos no perduraran en el pueblo hispano. Más acertado suponemos estimar el máximo expresado en la mitad, o sea ciento cincuenta mil invasores, que fueron las que constituirían la aristocracia dominadora.

Se caracteriza el período que siguió al esplendor de la época romana imperial, por un decrecimiento rápido e intenso de la cultura, en sus diversas manifestaciones: científicas, literarias, artísticas, etc. Decrecimiento cultural que se manifiesta en el conjunto de las obras del ingenio y de la labor humana, en la ingeniería y en la arquitectura, en las artes industriales y, como es de suponer, en la agricultura.

El reparto que se hizo de los terrenos cultivados, de los bosques y de los pastizales destinados a la ganadería, asignando dos tercios a la

minoría invasora y un tercio a los invadidos, tendría como resultado aumentar los latifundios y la extensión de éstos, concentrándose la riqueza agrícola y pecuaria en pocas manos.

El *Fuero Juzgo* expresa: «El departimiento que es fecho de las tierras et de los montes entre los godos et los romanos, en ninguna manera non deve ser quebrantado. Nin los romanos non deven tomar nin de mandar nada de las dos partes de los godos, ni los godos de la tercia parte de los romanos.»

Tan leonina distribución del suelo ocasionó que las tierras amortizadas en manos de la clase dominante, quedaran en gran parte improductivas, y la vegetación silvestre, el matorral y lo selvático, ocuparan lo cultivado en la época de florecimiento de la cultura romana.

Si se tiene también en cuenta el régimen social y la gran desigualdad de las diversas clases que le integraban, se comprende la gran dificultad e imposibilidad, para las más numerosas, de adquirir propiedad en plena y libre posesión, de terrenos cultivados, bien adquiriendo éstos o poniendo en cultivo los silvestres abandonados a la vegetación espontánea.

En relación con tales factores y características de régimen social, debe deducirse que en la floresta hispana, en el período que se analiza, más bien decrecería lo cultivado respecto a lo silvestre que existía en la época imperial romana, en la cual la densidad de población era mayor. Lo cual no quiere decir que, refiriéndose estas deducciones al conjunto del ámbito territorial hispano, en algunas regiones no aumentase la extensión cultivada a expensas de la espontánea, como parece ser ocurría en ciertas comarcas de la altiplanicie del Duero; roturándose extensiones destinadas a la ganadería, y convirtiéndolas en cultivos cerealísticos, para el que son muy adecuadas. Tal ocurriría con amplias porciones de la Tierra de Campos, en donde ciertos parajes se denominan «Campos Góticos», en los que son relativamente frecuentes hallazgos de objetos referibles a aquella época.

### CAPITULO III

## La invasión musulmana y el califato de Córdoba

SUMARIO: La invasión.—Transformación social y agraria.—Rebeldías en las serranías nórdicas e incipientes reinos cristianos.—La Marca hispánica y la rota de Roncesvalles.—Rebeliones en el Andalus.—Población hispana al final del siglo ix y expansión de los reinos cristianos.—Abderramán III: pacificación del Andalus y hegemonía peninsular.—Sancho el Gordo y el médico cordobés Hasdai.—Magnificencia y esplendor cultural de Córdoba.—Almanzor y sus razias al país de los cristianos.—Descomposición del califato de Occidente.—Hixen II y el esterero de Calatrava.

#### LA INVASIÓN

En la segunda mitad del siglo VII, en los países subdesérticos de Asia Occidental surgió una religión nueva que agrupó en un mismo ideal a los pueblos árabes del Yemen y de Siria.

Religión fundamentada en algunos principios de la antigua de los hebreos y del cristianismo. Doctrina que atendía a todo: a lo espiritual y a lo moral; a lo material y temporal; a la salud del alma y del cuerpo; a lo social y a lo individual; a la paz, a la guerra y al dominio del mundo. La nueva doctrina arraigó fuertemente en los árabes, y desde los pobres países habitados por éstos, se propagó rápidamente a los territorios del Oriente Mediterráneo; avanzando por Asia hacia el Este, y por Africa, a lo largo de los países situados entre el Mediterráneo y el Sáhara, hasta el extremo occidental atlántico, teniendo como fundamental medio de proselitismo, la espada de la conquista guerrera.

En el Mogreb, los pueblos bereberes de la Mauritania Tingitana y del Sus opusieron resistencia, que al cabo de algún tiempo fué vencida.

Setenta años emplearon los mahometanos en conquistar Africa mediterránea, llegar al Atlántico e imponer su dominio y religión a las tribus bereberes del Noroeste africano. Al cabo de este tiempo los berberiscos al Norte del Atlas, y los nómadas al Sur de la gran cordille-

ra, se sometieron en plan de igualdad de derechos políticos y sociales con los árabes del Yemen y de Siria. Eran los sometidos países que de antiguo se gobernaban libremente, pues la dominación romana, efectiva en amplia zona litoral, no profundizaba hacia el interior, atenuándose hasta desaparecer en el desierto; y menos efectiva fué la germánica de los invasores de Europa mediterránea.



Fig. 80.—El Peñón de Gibraltar (Yebel Taric) visto desde Sierra Carbonera, situada al Norte.

(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)

En Hispania por esta época, en la primera década del siglo VIII, hubo guerra civil, de las que frecuentemente surgían con motivo de la sucesión a la corona: guerra entre los hijos de Witiza y sus partidarios contra Rodrigo, aspirante al trono, que fué quien le ocupó. De Tanja (Tánger) era conde, nombrado por los visigodos, Olván, africano berber de la tribu de los gomaras (el conde Don Julián de los relatos históricos cristianos).

En contraste con la conquista musulmana de Berbería fué la de Hispania por el ejército árabe de Muza-Aben-Nosair, juntamente con los berberiscos y con el conde Olván, que gobernaba Ceuta. Un primer reconocimiento se efectuó en julio del 710, que dirigido por Taric-Aben-Ziyad, pasó el Estrecho en los barcos del conde Don Julián, con cuatrocientos hombres y cien caballos, desembarcando en la isla Verde, que era lo que actualmente corresponde a parte de la ciudad de Alge-



ciras. Hicieron una correría por el país, sin encontrar obstáculo, y regresaron a Africa.

Al año siguiente, el jefe de la vanguardia del ejército de Muza, Taric-Aben-Ziyad, con siete mil berberiscos y con el conde Don Julián, mientras el rey Don Rodrigo estaba en operación de sometimiento de los vascos rebeldes, pasaron el Estrecho y se concentraron en el Peñón, que desde entonces se denominó Yebel-Taric, o sea Gibraltar (figura 80), ocupando Carteya y toda la bahía de Algeciras (fig. 81).

Muza envió un refuerzo de otros cinco mil berberiscos. Con este ejército, de doce mil hombres, Taric avanzó por el litoral al Oeste de



Fig. 81.—Población de San Roque, situada inmediata a las ruinas de la antigua Carteya, en el fondo de la bahía de Algeciras.

(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)

Tarifa, y el 19 de julio del año 711, en la llanura de la laguna de la Janda (fig. 82) se enfrentó con el ejército de Don Rodrigo, muy superior numéricamente al suyo y del que formaban parte, obligadamente, los hijos de Witiza, el Obispo Don Oppas y demás witizianos con sus siervos. En lo más violento de la batalla, los witizianos, que ocupaban las alas, cedieron el campo por orden de sus jefes. El centro, mandado por Rodrigo, resistió sólo el empuje y fué vencido, haciendo en él los berberiscos gran mortandad, poniéndole en huida, y desapareciendo el rey goda, que probablemente se ahogó en el Barbate, recrecido con la marea, acabando con él la dominación goda en Hispania, que había durado tres siglos (fig. 83).

Taric, ante tan decisiva victoria, en vez de regresar a Africa, avanzó decididamente por el interior de Hispania, venciendo fácilmente dé-

biles resistencias, o apoderándose sin lucha de las ciudades de donde los nobles patricios huían o se entregaban; los judíos se les unían, y los siervos, que nada tenían que perder, no se les oponían. Dividió su ejército en tres cuerpos al mando de él y de sus tenientes Zaide y Mogueit el Rumi, ocupando Málaga, Ecija, Archidona, Elvira, Córdoba y también Toledo, la capital de los godos, en donde los judíos, muy numerosos, se rebelaron contra los cristianos, huyendo el metropolitano, que no paró hasta Roma. El obispo Don Oppas, hermano de Witiza, fué nombrado gobernador de Toledo. Los príncipes witizianos obtuvieron los extensos terrenos correspondientes al usufructo de la corona.

Abdelaziz, el hijo de Muza, casó con Egilona, la viuda de Rodrigo.

Muza, al ver que la conquista de Hispania la realizaba su subordinado y no él, en junio del 712 pasó el Estrecho al frente de un ejército de 18.000 árabes, ocupó Medina-Sidonia y Carmona, sitió y tomó a Sevilla y a Mérida, venciendo en esta ciudad fuerte resistencia, en junio del 713. Desde Toledo, juntos Muza y Taric pasaron al valle del Ebro, sometiendo a Zaragoza. Muza rebasó esta ciudad en una distancia de 20 etapas y se apoderó de Tarragona, avanzando hacia el Norte. Retrocediendo, se dirigió hacia el Noroeste peninsular por el camino romano que va a Briviesca y a León, hacia Galicia. En el Sureste hispano Abdelaziz, el hijo de Muza, reconoció como feudatario al reino denominado de Tadmír, según convenio del 713, ratificado por el califa de Damasco, reino que comprendía parte de las actuales provincias de Murcia y Alicante, con capital en Orihuela.

Taric, Muza y Abdelaziz no se internaron en el Pirineo, en la Cordillera Cantábrica, ni en Galicia.

#### TRANSFORMACIÓN SOCIAL Y AGRARIA

La conquista de la Península fué en extremo rápida, durando apenas tres años, pudiendo considerarse, después de la batalla de la Janda, en la que se desmoronó la potencia militar goda, casi como un paseo militar. Los judíos se unieron inmediatamente a los vencedores, considerándoles sus salvadores. La masa popular hispana, menesterosa y oprimida, sin ideales políticos, que había perdido la confianza en sus dirigentes espirituales, al pasar éstos a serlo del Estado opresor, no opuso resistencia alguna, mostrándose indiferente.

Los patricios, los nobles y los dirigentes, ante el derrumbamiento del régimen; en general, procuraron adaptarse a las circunstancias, en-

chufando en el nuevo orden que se establecía; lo cual muchos consiguieron por la escasez de elementos administrativos y gubernamentales entre los invasores.

Estos procedieron con liberalidad, admitiendo entre ellos a los que adoptaban su religión y régimen político social, tolerando y no agraviando a los pacíficos que quisieron seguir en el ejercicio de su religión. Dejaron a los vencidos sus leyes y sus jueces, nombrando condes encargados del cobro de los tributos para el erario público y jueces para



Fig. 82.—Depresión de la laguna de la Janda (Cádiz), vista desde el Sureste.

(Foto Hernández-Pacheco.)

dirimir sus querellas y pleitos. Con la conquista mejoró notablemente la condición de siervos y esclavos. El orientalista José Antonio Conde, del gremio y claustro de la Universidad de Alcalá, en el prólogo de su «Historia de la dominación de los árabes en España», dice a tales respectos: «Más las condiciones que imponían a los vencidos eran tales, que los pueblos, en vez de opresión, hallaban comodidad en ellas; y si comparaban su suerte con la que antes tenían, se consideraban harto venturosos. El libre ejercicio de su religión, la conservación de sus templos, y la seguridad de sus personas, bienes y posesiones, recompensaba la sumisión y el tributo que debían pagar a los vencedores. Y la fidelidad de éstos en guardar sus pactos y mantener justicia igual con

todas las clases, sin distinción alguna, ganaba la confianza de los pueblos, así en común como en particular.»

La invasión mahometana produjo una súbita revolución social y radical reforma agraria. Los impuestos se regularizaron y extendieron a las diversas clases sociales. Los propietarios todos debían pagar la contribución denominada «jarach» en relación con la naturaleza de las tierras, que venía a ser el 20 por 100 del producto. Además, los cristianos abonaban al Estado la «capitación», que era de 48 «dirhem» para los ricos, de 24 para la clase media y de 12 para los operarios manuales, estando exentos del impuesto las mujeres, los niños, los monjes, mendigos, lisiados, impedidos y enfermos. El tributo de la capitación cesaba tan pronto como el cristiano se convertía al mahometanismo, pronunciando solemnemente la profesión de fe: «No hay más que un solo Dios, y Mahoma es su enviado.» Los esclavos y siervos de los cristianos quedaban emancipados tan pronto como refugiados en un predio de un musulmán, pronunciaban la profesión de fe.

Se efectuó gran reparto entre los conquistadores, por desamortización de tierras concentradas en pocas manos, tales como las del Estado, de Corporaciones eclesiásticas, de nobles fugitivos, etc. Tierras que, por lo general, fueron cultivadas por los siervos en régimen de aparcería o arrendamiento. Importante fué la determinación que pudieran ser enajenadas libremente las tierras y propiedades, que en tiempos de los visigodos no estaba permitido hacerlo. En tales determinaciones, el poder del clero y de la nobleza quedó casi anulado, y muchos latifundios fueron repartidos en propiedades medianas y pequeñas entre numerosos cultivadores.

Se comprende que gran número de habitantes se hiciesen mahometanos, especialmente entre las clases acomodadas, aunque los conquistadores fuesen muy tolerantes. Por otra parte, el gobierno no tenía gran interés en las conversiones, pues en el respecto económico, éstas meraban los ingresos del erario al cesar, por tal hecho, el impuesto de capitación del converso.

La población del país al consolidarse la conquista y revolución social, comprendía: a) Invasores árabes, subdivididos en dos importantes fracciones: los procedentes del Yemen o «yemitas» y los originarios de Siria o «sirios», y juntos con ellos, árabes de tribus de otras regiones asiáticas. Los árabes, en número reducido, se consideraban la aristocracia islámica; pero de siempre existieron celos y odiosidades entre los procedentes de las diversas regiones geográficas mencionadas. b) Los «berberiscos» de raza bereber, procedentes de Africa, que eran mayor número, y los más afines, étnicamente a los hispanos; berebe-

res que eran despreciados de los árabes y reputados de ignorantes y rudos. Elemento adicional a los mahometanos eran los «eslavos», conglomerado poligénico de gentes procedentes de los Balcanes, de Rusia o de otros países europeos, y aun del Norte hispano, que generalmente

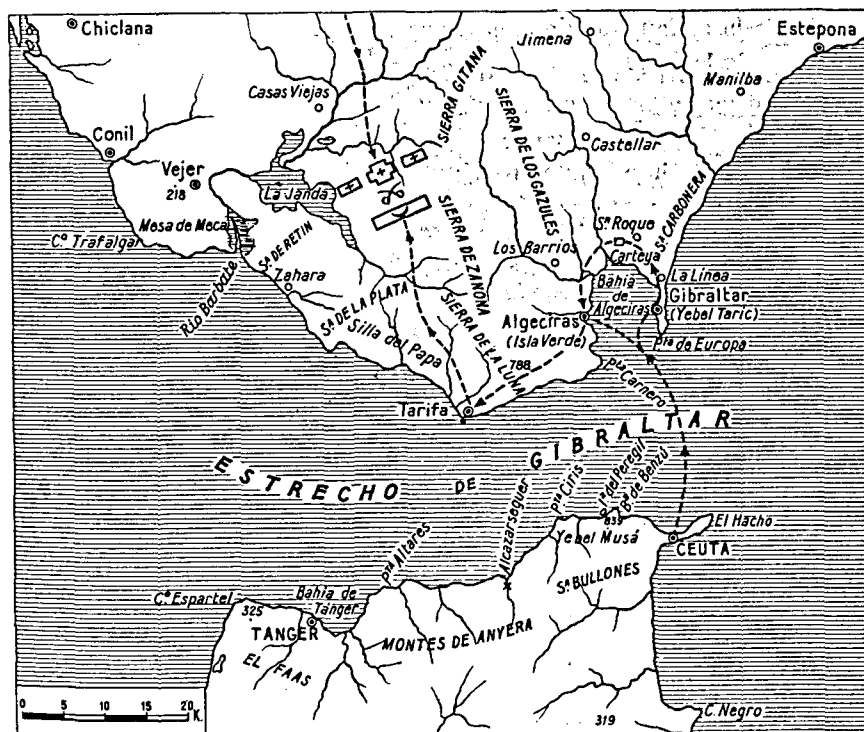


Fig. 83.—Mapa del Estrecho de Gibraltar en relación con la invasión mahometana, en los comienzos del siglo VIII, y paraje de la batalla de la Janda.

constituían cuerpo militar, al modo de las legiones extranjeras de los tiempos modernos.

Tal conjunto de árabes, bereberes marroquíes y eslavos, no suponían apenas nada en la población peninsular, en proporción con el total hispano; tanto más cuanto que matrimoniando con el elemento femenino indígena, no tardó en ser absorbido, sin dejar rastro apreciable en el respecto étnico.

El pueblo indígena comprendía: a) Los cristianos o «rumies», que vivían independientes, principalmente en las zonas montañosas del Norte. b) Los «mozárabes» cristianos, que vivían entre los musulmanes, conservando su religión y costumbres. c) Los cristianos, que adopta-

ron inmediatamente a la conquista la religión y costumbres mahometanas, masa la más numerosa de la población. *d)* Los cristianos, que, tardíamente, durante las luchas de la reconquista, eran cautivados y se convertían al mahometanismo, para vivir en libertad entre los moros, denominándoseles «maulines», de donde viene la actual denominación de «maula». *e)* Los «muladíes», descendientes de matrimonio mixto de cristiano y mahometano, obligados a profesar la religión musulmana por ministerio de la Ley.

Cuando avanzó la reconquista, entre los cristianos de los reinos del Norte peninsular, vivían entre ellos los «mudéjares», de religión mahometana, que solían habitar barrios especiales o «morerías» y que ejercían oficios de artesanía, tales como carpinteros, alarifes (albañiles), alfayates (sastres), etc., o profesiones liberales, como la medicina, la farmacia, la veterinaria o albeitaras, y el comercio.

Tanto en el ámbito musulmán como en el cristiano, los judíos solían ser numerosos, habitando, por lo común, barrios especiales o juderías. En Córdoba y en Toledo constituían parte importante de la población, y, en algunos casos, el total de ésta, como en Lucena.

En el transcurso del período cristiano-musulmán existió tolerancia mutua y convivencia entre tan diversas clases. Incluso en lo militar había cuerpos especiales de soldados cristianos al servicio de los mahometanos, y viceversa. Con gran frecuencia, en las campañas guerreras entre reinos cristianos o entre reinos moros, figuraban aliados moros y cristianos contra otros moros y cristianos. Grandes amistades existían entre reyes de una y otra religión, como, por ejemplo, Alfonso VI con Aliménón, el rey moro de Toledo, o el Cid con Motamín, el rey moro de Zaragoza, y con Abengalbón, señor de Molina y de Albarracín. Adalides cristianos entraban al servicio de los moros o se refugiaban entre ellos; incluso monarcas, como Sancho el Fuerte de Navarra, despedido por los incontenibles ataques de los reyes de Castilla y Aragón. Según relata Joaquín Costa, «Soberanos españoles, como Enrique IV, confiaban la custodia de su palacio a una guardia de jinetes berberiscos, y sultanes marroquíes, como Muley-el-Valid, fiaban su seguridad personal a un escuadrón de caballeros españoles».

En los tiempos presentes, al reanudarse más íntimamente las relaciones cordiales entre hispanos y berberiscos, renació la tradición, pues en el ejército hispano no sólo existen tropas marroquíes, sino mandos moros, aun de superior graduación, tal como el general El Mizian.

Matrimonios entre moros con cristianos no se realizaban tan sólo en las clases populares, sino también entre miembros de las casas reñantes. Así, Abdalah, príncipe cordobés de la época del califato, casó

con una nieta de Iñigo Arista, con doña Onneca, matrimonio del que fué nieto Abderramán III. Del matrimonio de Almanzor con Asma, hija del Conde de Castilla, nació un Abderramán, que a la muerte de su hermano mayor, Abdelmelic Modafar, pretendió el califato, y a quien denominaban «Sanchol», o sea Sanchuelo. Esposa también de Almanzor fué Teresa, hija de Bermudo II de León, la cual, muerto el musulmán, regresó a su país y volvió a su religión primera. El conde García casó con la hija de Muza, caudillo moro de Aragón. El rey de Huesca, Mohamed Atawil, con Saicha, hija del conde de Aragón, Aznar Galindo. Alfonso VI de Castilla casó en terceras nupcias con la princesa Zaida, hija o nuera de Almotamid, rey moro de Sevilla, de cuyo matrimonio nació don Sancho, único hijo varón del rey, que siendo doncel murió en la batalla de Uclés, contra los almoravides.

#### REBELDIAS EN LAS SERRANÍAS NÓRDICAS E INCIPIENTES REINOS CRISTIANOS

Los conquistadores, salvo algunas incursiones, principalmente de berberiscos, no penetraron en las serranías boscosas, fragosas y poco pobladas del Norte peninsular que quedaron sin someter. Únicamente en algunas comarcas de tales zonas montañosas nombraron gobernadores o delegados a personajes conspicuos del país, o a berberiscos.

En el año 716 parece ser que el emir Al-Har o Alahor efectuó la capitulación de Pamplona y de diversas ciudades de Aragón, correspondientes a la llanura meridional inmediata al Pirineo, tales como Tamarite, Fraga y Monzón, según deduce Millás Vallicrosa en reciente publicación comentando el texto de *Al-Razi* (el moro Rassis), que dice: «et quando los moros entraron en Espania, las gentes que moraban en estos castiellos fizieron pleytesía con los moros, et fincaron en sus castiellos, et los moros con ellos sin contienda».

Las crónicas árabes desdeñan ocuparse de tales comarcas y, en sus alusiones a dicha zona, emiten conceptos despectivos respecto a sus habitantes; opinión que continuó hasta en tiempos en que la hegemonía peninsular la ejercían los reinos nacidos en las serranías norteñas. Así Abulfada, geógrafo contemporáneo de Alfonso X el Sabio, dice respecto a Galicia: «es tierra falta de recursos, constituyendo la mayor parte del alimento mijo y panizo. La gente es humilde, de bajo origen y molesta; tienen bajas costumbres, pues no se limpian ni se lavan, ni tampoco lavan sus vestidos desde que se los ponen hasta que se hacen pedazos; tienen una bravura indómita y no ven la retirada cuando salen

al encuentro, considerando la muerte como cosa baladí». Con tal concepto, y dado lo fragoso y pobre del país, quedaron sin someter las serranías montañosas peninsulares, que tampoco lo habían sido completamente por godos ni romanos.

En tiempos del emir Alahor, era gobernador de Gijón el berberisco Munuza, que envió a su teniente Alcama a someter a los asturianos, que

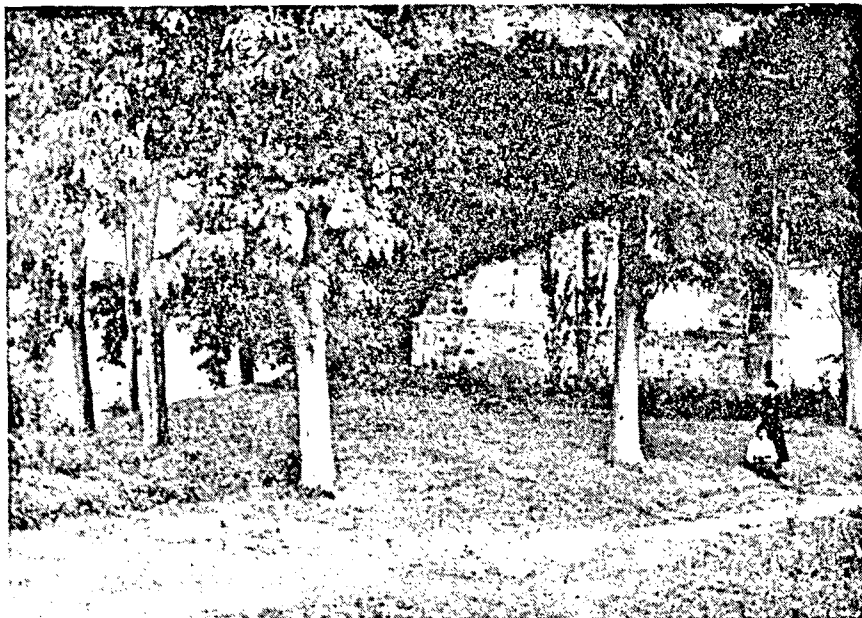


Fig. 84.—La capilla de Santa Cruz, cerca de Cangas de Onís, donde fué enterrado Favila y que está edificada sobre un dolmen de época eneolítica.

(Foto Hernández-Pacheco.)

en la vega de Cangas de Onís se habían rebelado al mando del cristiano Pelayo. Los insurgentes, ante fuerzas superiores a las suyas, se retiraron hacia la zona de alta montaña, preparando una celada, resguardados en el amplio pórtico que forma la cueva de Covadonga, a la derecha de la abrupta garganta montañosa. En el combate que allí se libró, pereció Alcama con casi todos los suyos, y Pelayo fué alzado rey al pie de la montaña, en el campo denominado actualmente «Re Pelayo», el año 718.

Según se deduce de la inspección del terreno, no debe considerarse al combate de Covadonga como batalla librada entre ejércitos, sino un combate entre fuerzas poco numerosas. La aspereza y estrechura de la garganta no permite despliegue de fuerzas en el camino, el cual no con-



duce a parte alguna, sino a las guájaras de las altas y escarpadas cumbres de la ingente cordillera. Los mahometanos no buscaron desquite, considerando el suceso como episodio adverso de la guerra de mon-

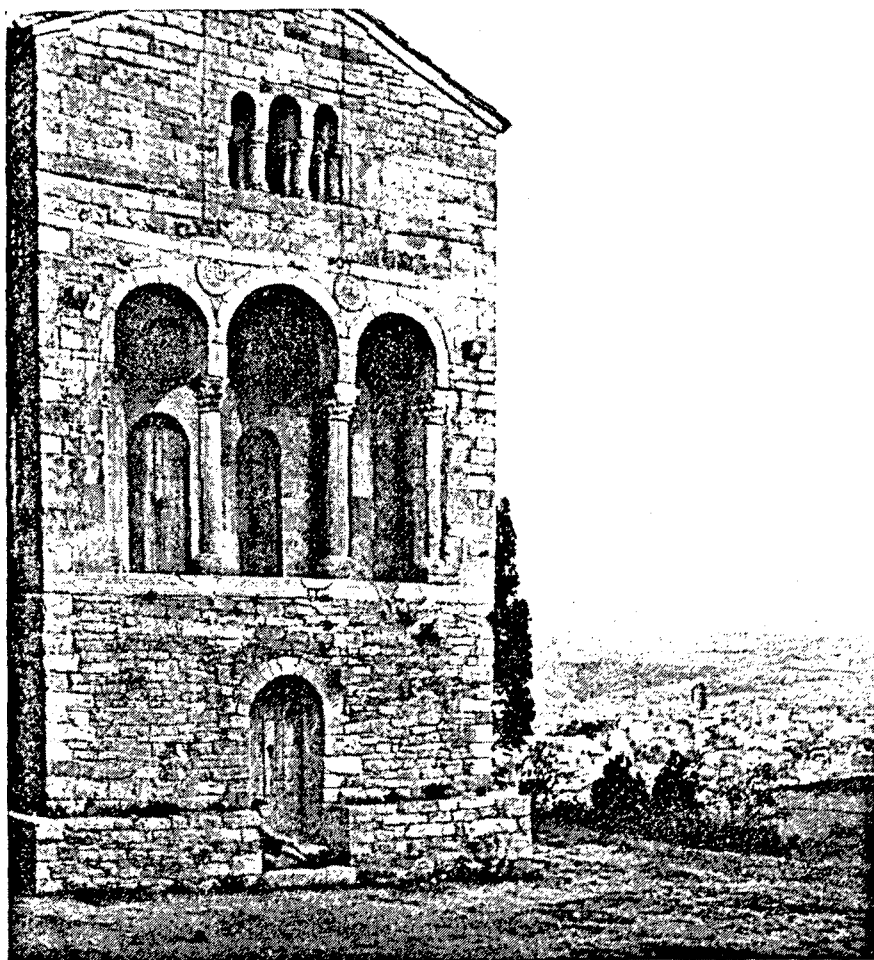


Fig. 85.—Iglesia del Naranco. Al fondo Oviedo y su campiña.  
(Foto Hernández-Pacheco.)

taña. Munuza y los berberiscos, encontrándose con fuerzas inferiores a los montañeses cristianos, abandonaron el país al cabo de algún tiempo.

Pelayo estableció la capital de su incipiente reino en el amplio y fértil valle de Cangas de Onís. En 737, le sucedió su hijo Favila, a quien, al año siguiente, mató un oso (fig. 84). Comprendía el reino de Pelayo, Asturias, entre la cordillera y el mar, desde el río Deva al Navia.

A Favila sucedió, en el 738, Alfonso I, yerno de Pelayo e hijo del aliado de éste, el Duque Pedro, que gobernaba la zona de Cantabria; con lo cual se amplió el reino asturiano hacia el Este, aumentándolo Alfonso por la zona Norte de Galicia, y realizando correrías al Sur de la Cordillera.

En Galicia, la mayoría de los musulmanes que allí llegaron eran berberiscos y sostenían frecuentes luchas con los indígenas. En el año 750 comenzó una serie de años muy secos, declarándose el hambre de tal modo, que los bereberes emigraron hacia el Sur, para pasar a Africa, sublevándose contra ellos los gallegos y reconociendo por rey a Alfonso. Se ha supuesto por algunos historiadores y antropólogos, que los maragatos de la hoya del Bierzo, en las montañas de León, proceden de un grupo de berberiscos que allí quedaron, adaptándose al país, olvidando su religión, pero conservando ciertas costumbres especiales y una cierta unidad etnográfica.

En la segunda mitad del siglo VIII ocuparon el trono de Asturias sucesivamente: Fruela, Aurelio, Silo, Mauregato y Alfonso II, quien en el 791 trasladó la corte a Oviedo (fig. 85). Fué, pues, una dinastía totalmente nueva y genuinamente hispana la que se originó, sin nada de resurgimiento godo, de lo que quedaría escaso rastro, si es que quedó alguno, absorbido por la masa de población indígena. Únicamente quedaría influjo en leyes y costumbres derivadas de la decisiva cultura romana. Los conquistadores árabes, ocupados en otras empresas que juzgarían de mayor importancia, no prestaron apenas atención al nuevo reino de las serranías norteñas. Menéndez Pidal, en el prólogo de la Historia de España, actualmente en publicación, dice en relación con tales acontecimientos: «El mozárabe que en Toledo redactaba una extensa crónica el año 754, no dice una palabra de Pelayo, ni de Alfonso I; quizás ni sabía de ellos, o no le importaban sus audaces guerras e incursiones.»

Análogamente a lo acontecido en las serranías cántabro-asturianas, se alzaron en rebeldía e independizaron los hispanos de los territorios pirenaicos en el transcurso de la primera mitad del siglo VIII. El antiguo cronista «El Pacense», relata que el emir Abdemelic trató de someter, sin conseguirlo, a los montañeses de la actual Vasconia y Navarra, incluidos en el conjunto de pueblos, denominados por los musulmanes «gentes del Afranc».

De los confusos datos históricos y tradiciones pertinentes a los comienzos de los reinos pirenaicos, parece deducirse que el reino de Aragón se originó en el Sobrarbe, a consecuencia de la reunión celebrada por los más significados montañeses en amplio abrigo rocoso, cerca de Jaca, donde se acordó declararse independientes, eligiendo por caudillo

a Garci-Jiménez, bajo la alta bóveda del amplio pórtico natural de la montaña, en donde algo después se edificó el viejo monasterio de San Juan de la Peña, en el que están las sepulturas de los antiguos condes y reyes aragoneses (fig. 86).

De los hechos mencionados, se deduce que tan pronto pasó el estor de la rápida conquista de la Península, con la transformación político-social que se produjo, surgió en las zonas montañosas del Norte el tradicional espíritu de rebeldía y de independencia de los hispanos, comenzando la secular lucha de Norte contra Sur.

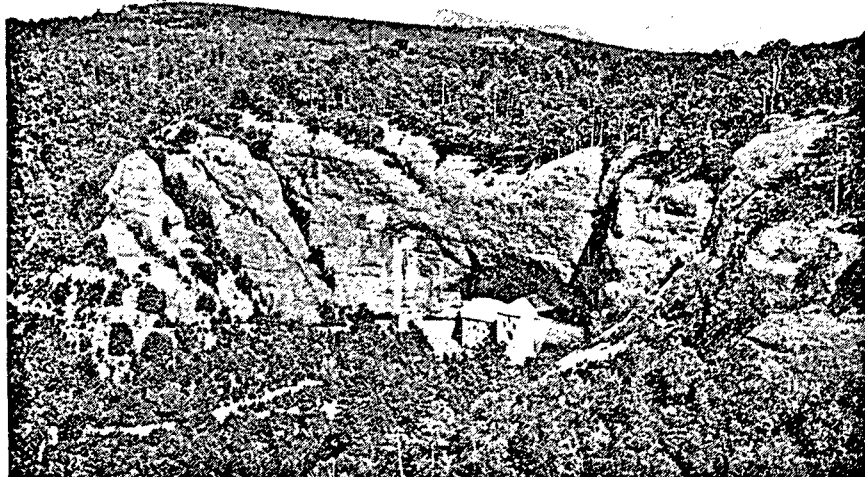


Fig. 86.—El viejo monasterio de San Juan de la Peña, cerca de Jaca, en el que están las sepulturas de los antiguos condes y reyes aragoneses.

#### LA MARCA HISPÁNICA Y LA ROTA DE RONCESVALLES

Contribuyó a la estabilización de los pequeños reinos cristianos la desviación de la gran corriente árabe conquistadora, hacia Europa ultrapirenaica, que ocupó las ricas comarcas de la Tarraconense y el Norte de Cataluña, atravesando las serranías pirenaicas por las suaves y productivas comarcas del Rosellón, dejando atrás el abrupto y selvoso Pirineo. Avanzó por las llanuras de Aquitania hacia el centro de Francia potente ejército mahometano, al mando del emir Abderramán, cuyas numerosas huestes de caballería ligera ocuparon la mitad Sur de la Galla, hasta el Loira, donde la impetuosa marea guerrera musulmana al-

canzó el límite de su pleamar. El ejército de Carlos Martel salió al encuentro del invasor, derrotándole completamente, en octubre del 732, en la batalla de los siete días, entre Poitiers y Tours. Batalla en la que pereció el emir Adberramán, y que fué una de las más sangrientas que registra la historia de aquellos tiempos.

El retroceso de los árabes y el avance de los francos originó, en el 822, en tiempos de Ludovico Pío, la denominada «Marca Hispánica», formada con el Rosellón francés y parte de Cataluña, germen del Condado de Barcelona, que se declaró independiente de los reyes francos, por Wifredo el Velloso, en el 874, uniéndose al Condado de Urgel en el 966.

En el año 756 comenzó la serie de los Emires Independientes por Abderramán I, príncipe de la estirpe de los Omeyyas, perseguida por los Califas de Damasco, de la estirpe de los Abasidas.

La falta de solidaridad y los odios entre los musulmanes de las diversas fracciones raciales produjeron constantes conjuraciones y guerras intestinas. Una de tales conjuraciones es la que motivó la entrada de Carlomagno en España, de acuerdo con los jefes conjurados contra Abderramán. Pero fracasó la entrega de Zaragoza al monarca francés, y al disponerse éste sitiaria tuvo que regresar a Francia para atender al sometimiento de los germanos sublevados, el año 758. El ejército remontó el valle del Ebro, atravesó Navarra y penetró hacia Francia por el encajado valle de Roncesvalles, en sinuosa y larga fila, descuidando el prudente flanqueo. Los vascos, apostados entre el bosque y el abrupto roquedo, dejaron pasar la vanguardia de la columna y atacaron furiosamente la retaguardia y los bagajes, sufriendo el ejército de Carlomagno terrible derrota, en la que pereció el célebre Roldán.

Una de las características del pueblo hispano, cual es el fuerte sentimiento de independencia y de resistencia al invasor extranjero, resalta en el relato de la incursión del poderoso Carlomagno: el Conde de la Cerdaña, el cristiano Galindo, se declaró por el emperador de los francos, y entró en la conjura contra el emir, determinación lógica en una época en la que no existía el concepto de nacionalidad; fruto muy tardío el de nacionalidades, que no maduró hasta pasada la Edad Media. El gobernador y defensor de Zaragoza, Hosain-ben Yahya, de rancia y noble estirpe árabe, aun siendo contrario al emir Onmiada, no se avino conjuntamente con los zaragozanos a entregar la plaza al emperador de los rumies del Afranc. Los rudos montañeses vascos, en conjuntos deseos de rapiña y de odio al extraño, atacaron a Carlomagno, según se ha referido.

La campaña de Carlomagno en España y la rota de Roncesvalles en

el desfiladero entre las montañas navarras de Atabizcar e Ibañeta, ha producido diversidad de leyendas, cantos populares y romances antiguos. Tales son la leyenda de «Bernardo del Carpio», la «Canción de Roldán»; representación de titereros como «La Libertad de Melisendra», que constituye el capítulo del retablo de Maese Pedro en la genial obra de Cervantes, y, en la época moderna, el bello poema «Atabizcar Cantua».

#### REBELIONES EN EL ANDALUS

La serie de los emires independientes del califato de Damasco, vivieron en continuas guerras civiles y en insurrecciones que estallaban por doquiera. El hijo de Abderramán I, Alhaken, trató de reprimirlas ferozmente, como la de Toledo, en la célebre «noche toledana», haciendo asesinar a 400 nobles de la ciudad, a quienes invitó a un banquete.

En el reinado de Mohamed I, las rebeliones fueron numerosas y formidables, promovidas principalmente por los «muladíes», musulmanes forzosos, por ser descendientes de matrimonios mixtos entre moros y cristianos. A tales rebeliones prestaban su apoyo los mozárabes o cristianos habitantes entre los moros. El orientalista Dozy, según los relatos de Aben Jaldún y de otros historiadores musulmanes, describe detalladamente estos acontecimientos.

En Toledo, donde eran muy numerosos los cristianos, éstos se sublevaron, declarándose independientes, poniéndose bajo la protección del rey de León, constituyéndose en régimen republicano, resistiendo durante más de veinte años al emir, el cual acabó, en el año 873, por reconocer al gobierno toledano, quedando obligados éstos a satisfacer un tributo anual.

En Aragón se rebeló contra la dominación del emir la familia de los Beni-Casin, de ascendiente visigodo, que se había declarado musulmana cuando la conquista. Muza, jefe de la familia de los Beni-Casin, constituyó un reino independiente, que comprendía Zaragoza, Huesca y Teruel. Era un reino más de los del Norte, en paz o en guerra con los vecinos, según las circunstancias. Lupo, o Lope Beni-Casin, hijo de Muza, pasó a Toledo, quedando allí de cónsul. El rey de Francia, Carlos el Calvo, envió al rey zaragozano una embajada con importantes regalos. En 862, el emir tomó Zaragoza y Tudela; pero algunos años después Lupo, el hijo de Muza, se volvió a rebelar, y derrotó a las tropas del emir, recobrando los Beni-Casin la independencia y aliándose con Alfonso III de León, quien le confió la educación de su hijo Ordoño.

En el Sur peninsular, en el Andalus, las rebeliones cundían potentes. Un renegado de Mérida, Aben-Meruan, era capitán de la guardia del emir, en el año 875, y el primer ministro Haxin, que le malquería, mandó abofetearle en presencia de los visires. Aben-Meruan, con partidarios suyos, huyó y se apoderó del alto castillo de Alange, cerca de Mérida (fig. 87). El castillo fué sitiado por las tropas del emir, que, no consiguiendo rendirle, pactaron que Aben-Meruan se retirase a Badajoz, entonces ciudad abierta, en la que organizó numerosas tropas de renegados, que raziaban el Andalus, saqueando aldeas y alquerías de árabes y



Fig. 87.—El cerro del castillo de Alange (Badajoz), resguardo de Aben Meruan ; vista desde el Sur.

(Foto Hernández-Pacheco, 1950.)

berberiscos, respetando las de los mozárabes, muladíes y renegados, y las que les pagaban tributo. Concertó alianza con Alfonso III de León, y predicaba una religión nueva, mixta de la cristiana y de la mahometana.

El emir envió al gran visir Haxin contra el insurgente, el cual se había apoderado del castillo de Caracuel, situado entre Almodóvar del Campo y Ciudad Real. Aben-Meruan, valiéndose de una estratagema, derrotó al ejército del emir, haciendo prisionero al propio visir, que, herido, fué conducido a su presencia. Aben-Meruan no le dirigió reproche alguno, mandó curarle, y curado le remitió a su aliado el rey de León, el cual pidió al emir, por el rescate de su primer ministro, cantidad exorbitante, de la que se pagó gran parte, poniéndose en libertad al visir al cabo de dos años de cautiverio. Aben-Meruan fortificó Badajoz

y acabó concertando con el emir un tratado, según el cual gobernó libremente el territorio de Badajoz sin pagar tributo alguno, aunque prometió citar en la oración ritual el nombre del emir.

La rebelión más importante que se realizó en el Andalus comprendía las serranías andaluzas que dan frente a la llanura Bética y envían sus aguas al Guadalquivir por tierras de Jaén, Córdoba, Granada y Málaga. Duró la rebelión las dos últimas décadas del siglo ix y la primera del x. El jefe de ella fué Omar-ben-Hafsun, hijo de un propietario rural de noble ascendencia, cuyo abuelo, en la época de la conquista, se hizo musulmán, y, por lo tanto, sus descendientes eran muladíes. Los Hafsun habitaban en una gran alquería inmediata a Parauta, en la Serranía de Rondá. Omar tuvo juventud borrascosa. Sirvió como oficial en el ejército del emir. El año 884 se apoderó del castillo abandonado de Bobastro, en lo alto de un picacho de la Serranía, cerca de Antequera. Le restauró, convirtiéndole en inexpugnable fortaleza, y al frente de gran número de partidarios de los distritos de Cabra, Elvira y Jaén, en el año 886, se declaró independiente, apoderándose de diversas fortalezas de la serranía y efectuando audaces razzias por la llanura Bética. La rebelión era de características político- raciales, en defensa de los hispanos, cristianos o musulmanes, y en contra de la aristocracia gobernante de las estirpes árabes, despreciativa y opresora de hispanos y berberiscos.

Omar-ben-Hafsun resistió victoriosamente a las tropas del emir Almondír. Los habitantes de Elvira, que en su gran mayoría eran de abolengo cristiano, se unieron a Hafsun, el cual se apoderó de Osuna y Estepa, que le reconocieron soberano. En el 888 sucedió a Almondír su hermano Abdalah. Hafsun aumentó el número de sus fortalezas.

En la última década del siglo ix, los señores de la provincia de Jaén eran tributarios de Hafsun, y casi toda la serranía le prestaba obediencia. El Andalus estaba en estado anárquico, fuera de lo dominado por Hafsun, en donde reinaba el orden. El emir estaba sin fondos, pues nadie pagaba voluntariamente, el comercio arruinado y los víveres carísimos.

Bandas de bereberes se dedicaban al pillaje. Los berberiscos de Mérida y Medellín razzieron gran parte de la provincia de Sevilla, y Aben-Meruán, el jefe de los insurgentes de Badajoz, saqueó a su vez las inmediaciones de Sevilla, en cuya capital existían luchas sangrientas entre las tropas gubernamentales del emir, berberiscos e hispanos rebeldes. Según dice el orientalista Dozy, «casi toda España musulmana se había emancipado de la obediencia del emir, y cada señor árabe, español o

berberisco, se había apropiado una parte de la herencia de los Omeyas. La de los árabes había sido la menor».

El emir Abdalah, en el 891, aun con fuerzas muy inferiores, se decidió, desesperadamente, a atacar a Hafsun; favorecióle la suerte, consiguiendo que Ecija, Archidona, Elvira y Jaén volvieran a su obediencia. Pero al año siguiente Omar recuperó lo perdido.

En el año 900, quizás creyéndose asegurado en su dominio, Hafsun se declaró públicamente cristiano, y cambió su nombre por el de Samuel. Fué un error político, pues entre los que le seguían había muchos españoles que eran musulmanes de corazón, por haberlo sido sus padres y abuelos; lo cual, unido a que habían pasado los años y la nueva generación deseaba la paz y el orden, le restó partidarios y no le aumentó ninguno, viéndose obligado a servirse de tropas mercenarias de berberiscos. El 903, el emir le tomó a Jaén; el 907, a Cañete; el 909, a Luque; el 910, a Baeza. Hafsun acabó por retirarse al castillo de Bobastro, en donde su hija Argentea, en la exaltación de sus sentimientos religiosos, había fundado una especie de monasterio.

El año 917, Hafsun murió en su castillo, y sus hijos continuaron por algunos años la resistencia. Pero los tiempos eran otros, y ya reinaba en Córdoba el Califa Abderramán III, que acabó por sitiar y tomar a Bobastro. Hafs, el hijo de Hafsun, pasó a Córdoba, sirviendo en el ejército del Califa, y Argentea ingresó en un convento de monjas de la capital, donde hubiera terminado su vida si en su extraordinaria exaltación religiosa no hubiera, públicamente y con ostentación, abominado de Mahoma, de su religión y del Califa, siendo presa, y, como por la ley era musulmana, fué condenada y decapitada.

#### POBLACIÓN HISPANA AL FINAL DEL SIGLO IX Y EXPANSIÓN DE LOS REINOS CRISTIANOS

La población hispana en el siglo IX y comienzos del X, estaba concentrada en el Andalus, decreciendo hacia el Norte, muy débilmente poblado. En relación con tal distribución demográfica era la floresta y el desarrollo agrícola, existiendo gran extensión y variedad de cultivos en las zonas meridionales de la Península, especialmente en el valle Bético, con numerosas alquerías y aldeas, mientras que en la altiplanicie del Duero, de clima rudo, el cultivo cerealístico y algún viñedo, serían casi los únicos. Las grandes fundaciones monacales, constituyeron centros de colonización agrícola, cultivados por siervos y cautivos, que podían pasar a aparceros y arrendatarios.



Durante el dominio en el Andalus de los emires independientes, los reinos cristianos se habían expandido por la altiplanicie al Norte del Duero ; por la llanura al Norte del Ebro, y, en Galicia, hasta el Miño. Era una frontera inestable, con ancha zona cambiante de dueño ; tierra



Fig. 88.—El Duero y el castillo de Gormaz ; frontera en la época del califato de Córdoba.

(Foto Hernández-Pacheco, 1941.)

de nadie, sujeta a las razzias y algaras de los del Sur y a las cabalgadas de rapiña de los del Norte ; tierra, por tal causa, casi despoblada, abandonada casi por completo a la vegetación espontánea y a la fauna silvestre.

En la segunda mitad del siglo ix fueron las incursiones por ruta marítima de los normandos, gentes audaces y violentas, procedentes de las costas del Mar del Norte y del Báltico, que asolaban el litoral hispano de moros y cristianos.

En el año 824, en el reinado de Alfonso II, se realizó el descubrimiento del sepulcro del Apóstol Santiago, formándose en el paraje donde apareció un poblado, que con el tiempo constituyó la ciudad santa de Santiago de Compostela, con su gran basílica ; lugar de peregrinación para los cristianos, cual la Meca para los musulmanes. Tales pere-

grinaciones eran, a veces, a modo de turismo de carácter religioso por los habitantes de los diversos reinos europeos al territorio del «finis terrae», donde el mundo occidental terminaba frente al tenebroso océano de ignotas lejanías.

En la segunda mitad del siglo ix dominaron los cristianos al Sur de la cordillera cántabro-asturiana, y se estableció la capital del reino

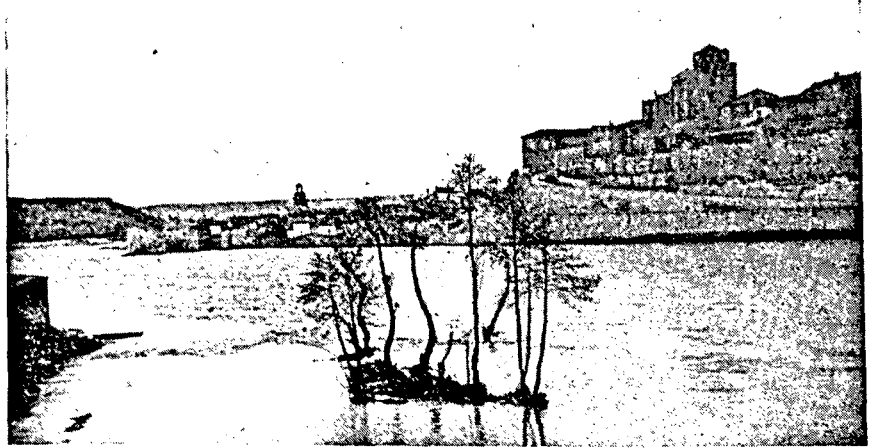


Fig. 89.—El Duero en Zamora, que era frontera en la segunda mitad del siglo ix y durante el x.

en León. Alfonso III se apoderó de Zamora, siendo la frontera la corriente del Duero. De San Esteban de Gormaz (fig. 88), de Simancas y de Zamora (fig. 89), partían importantes cabalgadas de cristianos hacia el Sur, en busca de botín y presa de cautivos. Si hubiera habido una cohesión entre los reinos cristianos y surgido caudillo genial, probablemente la reconquista hubiera alcanzado a dominar el Andalus, aprovechando el largo período de rebelión del Sur hispano. El destino hizo que fuese en la zona de los musulines donde surgió el genio de Abderramán III.

#### ABDERRAMAN III; PACIFICACIÓN DEL ANDALUS Y HEGEMONÍA PENINSULAR

Al comenzar el siglo x dos tipos de cultura y dos civilizaciones estaban en pugna, teniendo amplia zona de fricción en la banda central de la Península Hispánica. Al Norte la cultura hispana, con su religión cristiana, heredera de la cultura visigoda, y ésta de la romana. Al Sur,

la cultura oriental mediterránea asiáticoafricana, con su religión mahometana. En la zona de fricción, una y otra interferían, ejerciendo influjo la cultura mora del Andalus en los reinos cristianos.

Cuando Abderramán III ocupó el trono, se encontró con importantes problemas políticos que resolver. El más urgente era la pacificación del país y el sometimiento de los territorios del Andalus, que se habían declarado independientes. Consiguió pronto el sometimiento de los Aben-Meruan de Badajoz, y de los Ben-Hafsun de las serranías Béticas.

La mayor resistencia fué la de la república de Talaithola (Toledo), aliada del rey de León. Al sitiarse Abderramán a Toledo, Ramiro II acudió en socorro de la ciudad, pasó el Duero y la sierra del Guadarrama, y tomó Madgerit (Madrid), pero tuvo que retroceder, y Toledo se rindió al califato el 933.

Quedaba insumiso el reino moro de los Beni-Casín, cuyo gobernador de Zaragoza, Mohamed-Ben-Haxín, negó la obediencia a Abderramán, y, de acuerdo con Ramiro II, se aliaron con Navarra. El Califa los atacó, sometiéndose Mohamed, el cual conservó su cargo de Zaragoza.

Pacificado el país, Abderramán reforzó la autoridad de la realeza y aseguró el orden interior, anulando el poder de la discolta nobleza árabe, acabando con las luchas intestinas de ésta, designando para los cargos públicos a los que juzgaba más aptos y competentes, sin distinción de raza, stirpe, secta y creencia religiosa.

Problema importante era el procedente del Sur. Los fatimitas, o sea los descendientes de Fátima, la hija única del Profeta, avanzaban en plan de conquista por el Norte de Africa. Abderramán vió el peligro de que de Mauritania pasaran al Andalus, y, para prevenirlo, creó gran marina militar, haciendo de Almería arsenal principal y apostadero de la escuadra. Sin declararse abiertamente contra los fatimistas, ayudó a los bereberes de Mauritania con armas y pertrechos, ocupando Ceuta como posición estratégica.

El tercer y principal problema era el de la conquista, o, por lo menos, la sumisión de los reinos cristianos del Norte peninsular. En ello ocupó el Califa su vida, y si no realizó lo primero, porque la ocasión histórica había pasado, consiguió lo segundo, o sea la hegemonía de la Península. Los reinos cristianos eran: el Condado de Barcelona y el Pirenaico del Sobrarbe, que con el tiempo constituirían el reino de Aragón, el reino de Navarra, el potente de León, en el que reinaron Ordoño II, Ramiro II, Ordoño III y Sancho el Gordo. En Castilla se hizo independiente el Conde Fernán González.

La frontera estaba en el Duero. A uno y otro lado del curso del río caudal, existía ancha zona casi despoblada e inculta, por estar el terri-

torio asolado por las correrías de los del Norte hacia el Sur, y de los del Sur hacia el Norte. En las campañas guerreras, los moros no ocupaban con permanencia el país invadido, sino que retrocedían con el botín a sus bases del rico y fértil Andalus. En las cabalgadas de los cristianos, análogamente, éstos regresaban a sus tierras. Pero como avanzaban de lo pobre a lo rico, y de lo poco productivo a lo más fe-raz, si podían se establecían en el territorio sometido, haciendo retro-ceder la frontera hacia el Sur, como ocurrió durante todo el período de la reconquista.

En el reinado de Abderramán las invasiones mutuas fueron muchas, de las que señalamos las más importantes.

En 914, Ordoño II, en incursión audaz, invadió Extremadura, apo-derándose de la fortaleza de Alange, pasando a cuchillo a los defensores y cautivando a las mujeres y niños. Los de Badajoz, temerosos del leo-nés, les salieron al encuentro con valioso presente, para que no les atacara, aceptándolo Ordoño, que regresó a su tierra con cuantioso botín y numerosos cautivos.

En 916, Abderramán, como réplica de tal acometida, envió al viejo general Ben-Abdá, en razzia al país de los cristianos, del que regresó a Córdoba con gran botín.

El mismo año, los leoneses llegaron en cabalgada hasta el Tajo, aso-lando la vega de Talavera e incendiando los arrabales de la ciudad.

En 917, Abderramán sitió a la fortaleza fronteriza de San Esteban de Gormaz, junto al Duero; pero Ordoño II acudió, levantó el sitio y produjo gran derrota a la morisma, matando al general Ben-Abdá, cuya cabeza clavaron en la muralla.

El 920, Abderramán buscó el desquite; pasó el Duero con potente ejército; tomó a Osma, a San Esteban de Gormaz, a Clunia y a Cala-horra. Pasó el Ebro. Los cristianos, que le flanqueaban por las mon-tañas, decidieron atacarle en la llanura navarra de Valdejunquera, en donde sufrieron terrible derrota. En el 924, el Califa volvió a invadir Navarra, destruyendo a Pamplona con su Catedral.

Ordoño II falleció, y entre los cristianos se desarrollaron discor-dias y guerras civiles, con motivo a la sucesión del monarca fallecido, que dieron respiro a Abderramán para reorganizar el ejército y atender a los asuntos de Africa.

El 934, el cordobés penetró en Castilla por Osma, ocupada por Ra-miro II, al que dejó cercado por parte del ejército invasor; avanzando el resto hasta Burgos, que destruyó, degollando, la vanguardia de ber-beriscos, a los 200 monjes de San Pedro de Cardeña. Los reinos cris-

tianos del Norte, ante tales desastres, cesaron en sus rencillas y se coaligaron contra Abderramán.

El 939, el Califa intentó pasar el Duero, siendo derrotado por Ramiro en Simancas, y volviéndolo a ser, durante la retirada, en Alhandeda, cerca de Alba de Tormes. El propio Abderramán escapó de ser cautivado, a duras penas. La discordia entre Ramiro y el Conde Fernán-González, de Castilla, dió respiro a Abderramán para reponerse del formidable descalabro.

A Ramiro II sucedió su hijo Ordoño III (950-955); encendióse la guerra civil por la sucesión al trono, que recayó en Sancho I, denominado «El Gordo», nieto de la reina Tota de Navarra y suegro de Fernán González de Castilla.

Tal período de guerras intestinas entre los cristianos permitieron a Abderramán redoblar, con gran ímpetu sus acometidas, que arruinaban y despoblaban el país. Fernán González pudo conseguir, en 955, una difícil victoria en San Esteban de Gormaz.

Pero los reinos cristianos tuvieron que solicitar la paz del Califa, el cual, a su vez, la deseaba, para atender a los problemas africanos. Desde entonces Abderramán ejerció la hegemonía de la Península, hasta que falleció el 961.

#### SANCHO EL GORDO Y EL MÉDICO CORDOBÉS HASDAI

Se comprende que en tal estado de guerra, casi constante, el desarrollo agrícola, industrial y comercial, fuese en extremo precario, e intensa la despoblación en los reinos cristianos peninsulares, como así mismo en la ancha zona fronteriza, y hasta donde alcanzaban las razzias y cabalgadas de rapiña, las cuales eran en extremo frecuentes, saltando de un paraje a otro como las tormentas.

La pobreza, incultura y rudeza de los reinos cristianos hacía contraste con la riqueza, cultura y desarrollo científico de la capital del califato. Sancho I de León, se vió aquejado de una enfermedad que le produjo tal obesidad que le impedía cabalgar y ejercer la actividad que su cargo requería; el pueblo se burlaba de su gordura, y los nobles le zaherían. Un Ordoño, jorobado, adulator y de bajos sentimientos, a quien denominaron Ordoño el Malo, le usurpó la corona, protegido por Fernán González. Sancho se refugió en la corte de su tío García de Navarra, y de Tota, la reina madre, su abuela, quienes decidieron enviar una embajada a Córdoba pidiendo auxilio militar a Abderramán, y un médico que curase a Sancho.

El Califa aprovechó la ocasión política que se presentaba. Agasajó a los embajadores, y les despachó diciéndoles que satisfaría los deseos de Sancho. Llamó al judío Hasdai, el más competente médico de Córdoba, personalidad de gran cultura y de extraordinario talento diplomático, y le envió a Pamplona con instrucciones de pedir a Sancho diez fortalezas, y de que tratase de conseguir que viniesen a Córdoba, con Sancho, el rey García de Navarra y su madre la reina Tota, prometiéndoles restaurar a Sancho en su trono de León.

La misión tenía la gran dificultad de vencer la altivez y el orgullo de la reina madre, al tener que ir personalmente a pedir protección a su antiguo y tenaz enemigo. Hasdai consiguió captarse la simpatía y el afecto de los dos reyes y de la reina Tota, y cuando Sancho estaba adelantado en su curación, emprendieron el viaje a Córdoba. Se les hizo un gran recibimiento. El pueblo cordobés presenció festejos magníficos, y tuvo la satisfacción de ver a tres reyes venir a pedir protección al Califa. En Medina Zahara, la audiencia fué de extraordinario esplendor, y el alojamiento suntuoso.

Los judíos, que eran numerosos en Córdoba, aclamaron al sabio de su raza que había tenido tal éxito. Como en los antiguos tiempos de Israel, acudieron a recibir a Hasdai con cánticos, músicas y danzas: «Saludemos al gran sabio de Judá. Que canten las florestas. Que se regocije el desierto y que florezca y produzca frutos. Que la risa brote de todos los labios, porque viene el jefe de la Academia. Dios nos lo ha dado por jefe. El le ha otorgado el favor del rey, y le ha elevado por cima de los demás dignatarios. Sin flechas ni espadas, con sólo su elocuencia, ha quitado a los abominables comedores de puercos, fortalezas y ciudades.»

Sancho recobró por completo su agilidad y fortaleza, y fué repuesto en su reino, con la ayuda de las tropas de Abderramán, y Fernán González, el protector del usurpador, cayó prisionero de los navarros.

El poderío de Abderramán III, la magnificencia de Córdoba y el gran desarrollo de la cultura hispanomusulmana, trascendió por el ámbito del ecúmeno, y el resplandor de su civilización se difundió por los países orientales y europeos, cuyos soberanos enviaron embajadores especiales a Córdoba, tales como los de los reyes de Francia e Italia, el emperador de Constantinopla y Otón de Alemania, cuyo embajador, Juan de Gortz, escribió el relato de su viaje. Abderramán correspondió, enviando a Francfort al obispo Recemundo

MAGNIFICENCIA Y ESPLENDOR CULTURAL DE CÓRDOBA

Córdoba, que siempre fué populosa, adquirió, por los cuidados de Abderramán III, extraordinario desarrollo, pudiéndose considerarla como la mayor, en su tiempo, de las ciudades del centro y occidente europeo. Calcúlase en cerca de medio millón el número de sus habitantes, juzgando por el perímetro amurallado, los barrios extramuros en ambas márgenes del río y las 113.000 casas de que hablan los geó-



Fig. 90.—Córdoba y la llanura del Guadalquivir, desde el cerro de las Ermitas, en la inmediata Sierra Morena.

(Foto Hernández-Pacheco, 1907.)

grafos e historiadores musulmanes, citando el gran número de edificios públicos y mezquitas, y describiendo la grandiosidad de la principal, junto al alcázar. Considerando la expresión «casas» como equivalente a las acepciones de «fuegos, hogares o vecinos», y calculando éstos en un promedio de cuatro habitantes, resulta Córdoba, en tiempos de Abderramán III, con una población de 452.000 habitantes. Pero si tenemos en cuenta la poca densidad de población de Hispania en el transcurso histórico, hasta época muy moderna, debemos considerar a la capital del califato de Occidente, un caso de macrocefalia demográfica, como

en la actualidad Londres respecto a Inglaterra, Nueva York respecto a los Estados Unidos y Buenos Aires respecto a la República Argentina.

La sierra inmediata a Córdoba (figs. 90 y 91) estaba, como ahora, llena de numerosas alquerías y bellas casas de recreo, de las que se encuentran por todas partes abundantes restos, fuentes y conducciones de agua. En la base de la amena y pintoresca serranía, a distancia de una legua de la ciudad, Abderramán hizo construir la espléndida y suntuosa

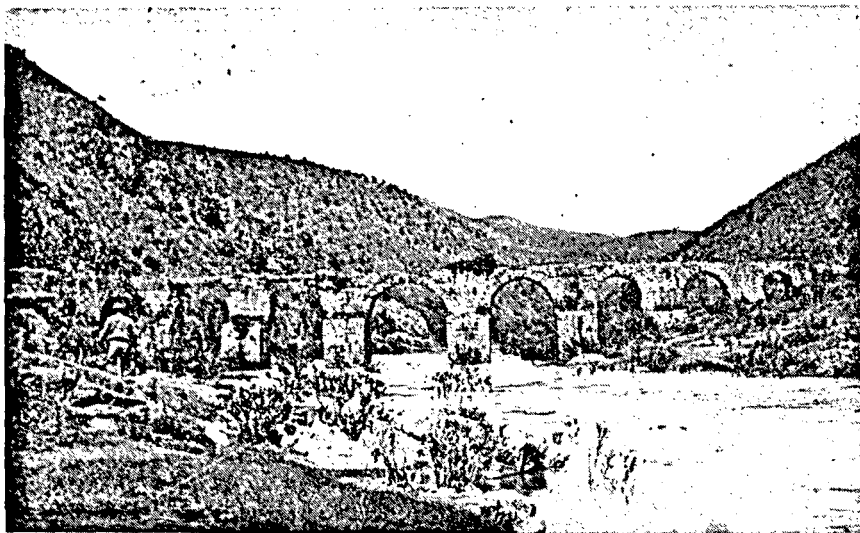


Fig. 91.—Puente romano, reconstruído en época musulmana, sobre el Guadiat, en la vía de Córdoba a Mérida, por Sierra Morena.

(Foto Hernández-Pacheco, 1907.)

mansión de Medina Zahara (Ciudad de las Flores), en donde solía residir el Califa, y dedicada a Zahara, una de sus favoritas.

Córdoba (fig. 92) era ciudad fastuosa, festiva y alegre, y sus habitantes, de diversas razas y religiones, convivían en plan de tolerancia mutua. Los musulmanes escuchaban respetuosos a faquires y ulemas, pero no todos los preceptos religiosos se cumplían con rigor. En fiestas y en veladas, los poetas lucían su ingenio, bellas cantadoras sus voces armoniosas, y las danzarinas sus giros ágiles y movimientos elegantes. La prohibición coránica del vino se olvidaba ante el oloroso «sahba» de color de topacio, y la dulzura del grato «ghamar», del color del rubí. El cronista «El Macari», relator de las costumbres de la época, dice que Almanzor fué buen bebedor durante toda su vida, hasta que (probablemente por prescripción médica) dejó de beber, dos años antes de su muerte.



Este ambiente, conjunto de cultura y de placer, fué el característico del Andalus, y especialmente de la Córdoba musulmana (figs. 93, 94 y 95).

El desarrollo cultural del Andalus, durante el califato, fué grande, continuando durante la época de los reinos de taifas. Se cultivaban con éxito las ciencias naturales y sus aplicaciones. Los botánicos añadieron más de dos millares de plantas a la relación de Dioscórides. Sus mé-

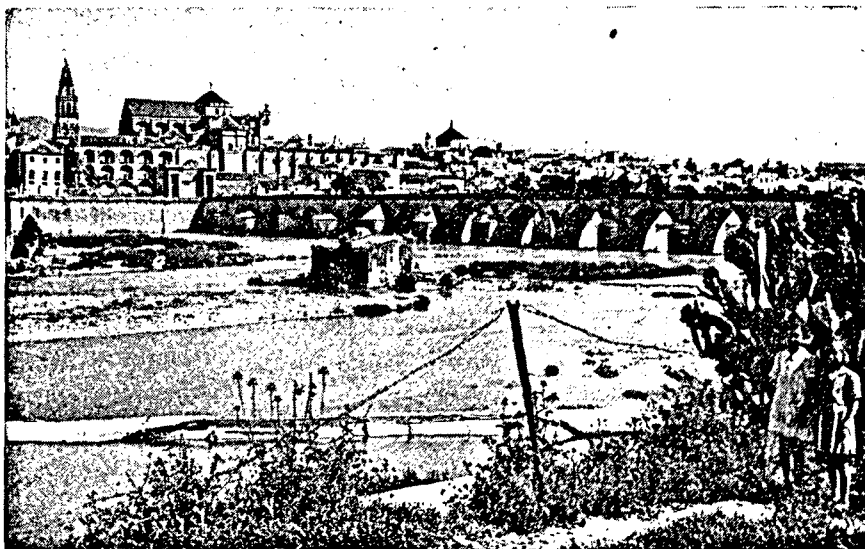


Fig. 92.—Córdoba, desde la margen izquierda del Guadalquivir, frente a la mezquita.  
(Foto Hernández-Pacheco.)

dicos y veterinarios fueron muy doctos. Las palabras «albeitar» y «albeitería», se derivan del nombre del célebre veterinario Aben-Albaitar. En farmacia destacó Aben-Zoar, y en medicina e higiene Abulcasin, polígrafo muy distinguido, cuyo trabajo «Método de curar», contiene abundantes datos respecto a viviendas, indumentaria y costumbres de los musulmanes hispanos.

En las ciencias químicas hicieron importantes progresos los alquimistas con la obtención de los ácidos sulfúrico y nítrico, y la preparación del aguarrás por Abul-Rasén. En minería idearon el método de obtención del azogue empleado en las minas de Almadén hasta tiempos modernos (fig. 96). Corresponden estos científicos musulmanes a diversas épocas de la dominación mahometana, si bien durante el califato fué cuando el desarrollo cultural alcanzó más apogeo. El número de geógrafos hispanomusulmanes fué muy importante, como asimismo los historiadores.

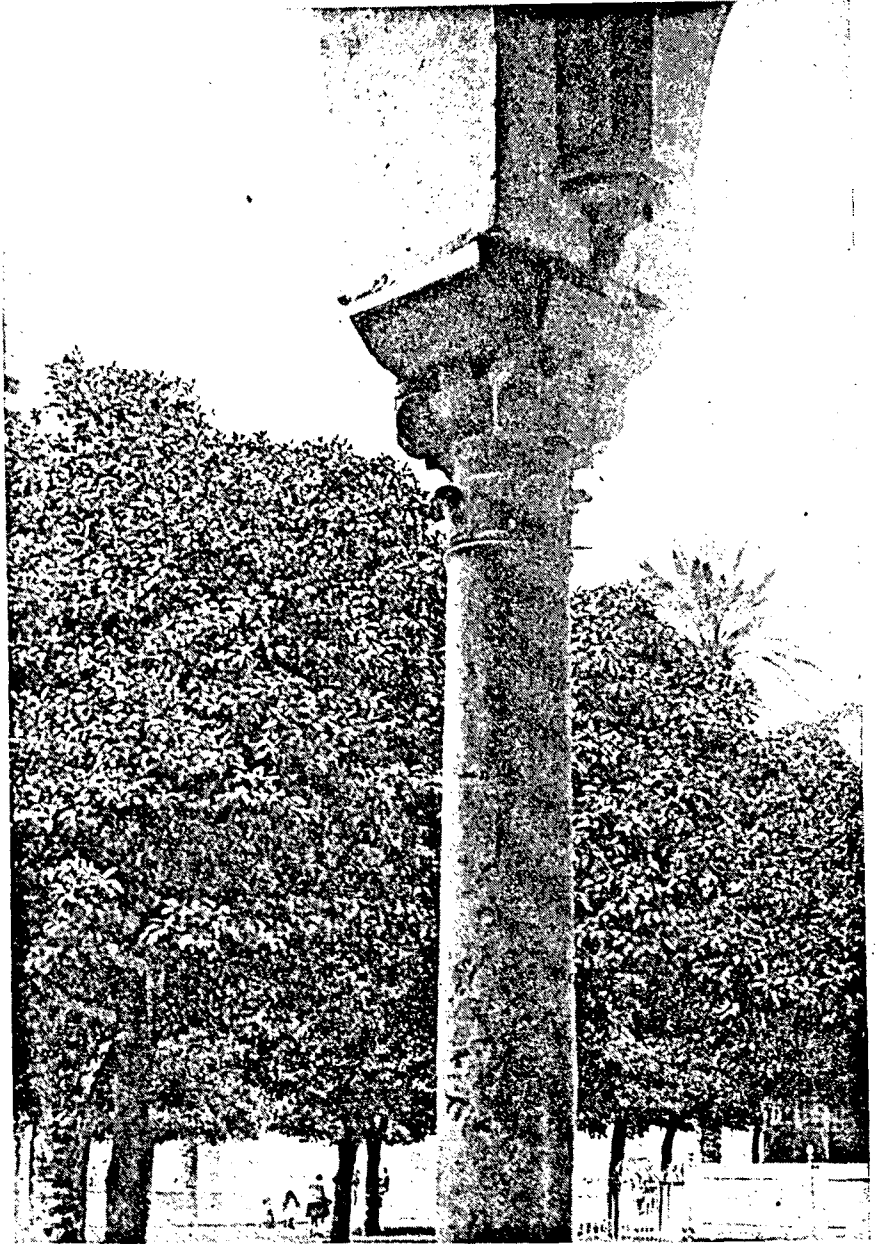


Fig. 93.—Vista parcial del patio de los naranjos de la mezquita de Córdoba, desde una de las galerías laterales.

(Foto Hernández-Pacheco, 1921.)

A los musulmanes se debe la introducción en Hispania de diversas plantas procedentes de Oriente, y, entre otras, la caña de azúcar, que desde entonces se cultiva en las vegas cálidas mediterráneas del Sur peninsular. El arroz fué también cultivo introducido en España en la misma época. El cultivo de la morera para la alimentación del gusano de seda, que ya se efectuaba en la época visigoda, adquirió más desarrollo, estableciéndose numerosos telares en diversas ciudades, donde se tejían suntuosas y bellas telas. En Córdoba, en tiempos del califato, había 13.000 telares de tejidos de lana o seda.

A la muerte de Abderramán III, el año 961, ocupó el trono su hijo, Alhaquen. Los reyes cristianos, muerto aquél, se negaron al cumplimiento de lo pactado y a la entrega de las fortalezas, compromiso cuyo cumplimiento habían ido demorando, concertándose los reyes del Norte en alianza defensiva-ofensiva. Después de un corto período de luchas contra el califato, fueron obligados a pedir la paz, y ésta restablecida, Alhaquen pudo dedicarse tranquilo a sus aficiones literarias, estudios eruditos y fomento de la cultura.

Su corte fué centro de la intelectualidad de la época; de escritores y poetas, científicos, historiadores, legistas y filósofos, adquiriendo la cultura gran desarrollo. La biblioteca del Califa era de extraordinaria importancia, pues sólo el catálogo explicativo comprendía cerca de medio centenar de volúmenes.

El doctor José Antonio Conde, en su «Historia de la dominación de los árabes en España», en el relato tomado de los historiadores árabes, expone que Alhaquén «mandó empadronar los pueblos de sus estados, y había en España seis ciudades grandes, capitales de las capitanías; ochenta de mucha población, trescientas de tercera clase, y las aldeas, lugares, torres y alquerías eran innumerables; sólo en las tierras que riega el Guadalquivir, había doce mil... Se beneficiaban muchas minas de oro, plata y otros metales por cuenta del rey, y otras por particulares en sus posesiones; eran muy ricas las de los montes de Jaén, Bulche y Aroche, y las de los montes del Tajo en Algarbia de España... En la larga paz que mantuvo el rey Alhaquen, se fomentó la agricultura en todas las provincias de España; se labraron acequias de riego en las vegas de Granada, Murcia, Valencia y Aragón; se construyeron albuferas o lagos para riegos, y se hicieron diversas plantaciones de toda especie, como convenía a la calidad y clima de las provincias... Los más ilustres caballeros se preciaban de cultivar por sus manos sus huertas, y se holgaban los caídos y alfaquíes en la apacible sombra de los parrales; todos iban al campo y moraban en las aldeas dejando las ciudades, cuáles en la florida primavera, cuáles en el otoño y al tiempo de las vendimias.

Muchos pueblos, siguiendo su natural inclinación, se entregaron a la ganadería y trashumaban de unas provincias a otras, procurando a sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones.»

Aunque no se han conservado los datos del empadronamiento de Al-

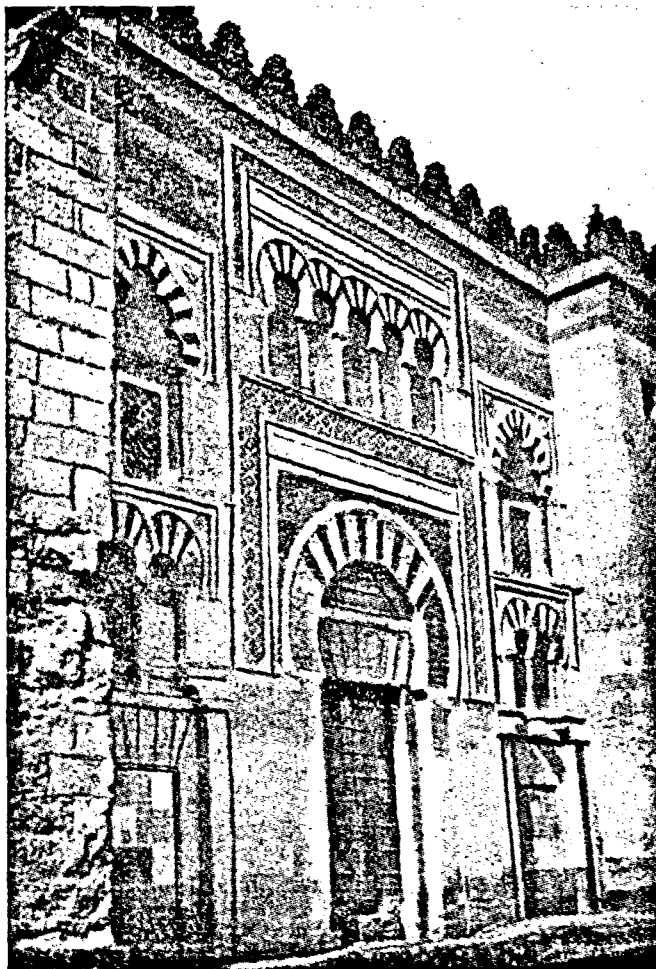


Fig. 94.—Una de las puertas de la fachada lateral, de poniente, de la mezquita de Córdoba.

haquen, debe suponerse a la población del califato no superior a los cinco millones de habitantes, y de menos de tres la de los territorios cristianos, o sea el total peninsular, unos ocho millones. La densidad de población era, pues, mucho mayor en los territorios moros que en

los cristianos, y así continuó durante los reinos de taifas y hasta el fin de la reconquista. La riqueza hispana estaba concentrada en los reinos musulmanes.

Alhaquen II, en el esplendor de su poderío y en la satisfacción de sus actividades culturales, experimentaba la pena de la falta de descendencia. De la sultana favorita, Aurora, oriunda de Navarra, tuvo el Califa, ya en edad avanzada, dos hijos: uno, Abderramán, que murió muy niño, y otro, Hixén, que fué el sucesor del califato.

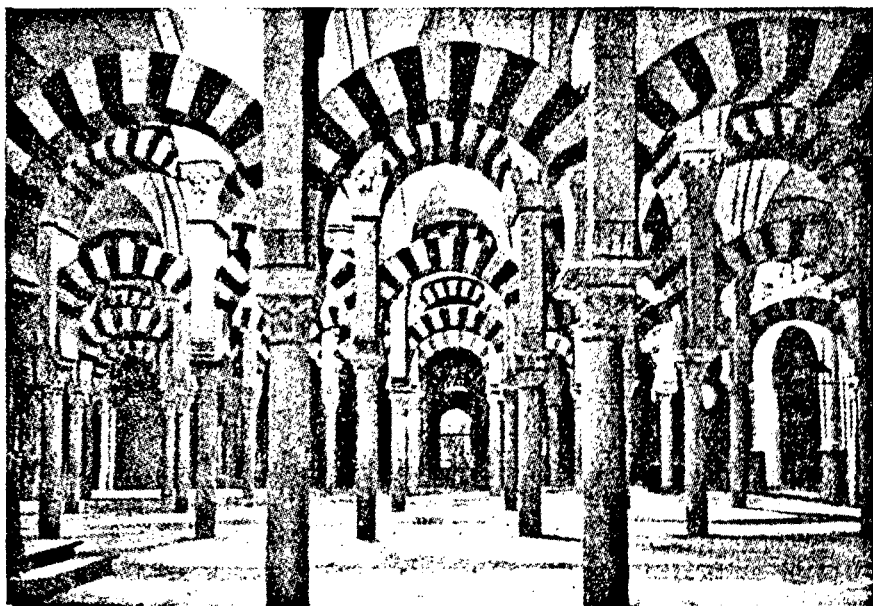


Fig. 95.—Interior de la mezquita de Córdoba.

#### ALMANZOR Y SUS RAZIAS AL PAÍS DE LOS CRISTIANOS

Ben-Abi-Amir-Mohamed, conocido en la historia por Almanzor, nació en Torrox (Granada), donde sus padres poseían un castillo y algunas alquerías; eran de abolengo árabe y de noble familia, aunque no perteneciente a la gran aristocracia musulmana. Ben-Abi-Amir, estudió en Córdoba jurisprudencia y era joven de buena presencia, cortés, inteligente, sagaz, instruido y de grandes ambiciones y audacia. Consiguió un puesto subalterno en las oficinas de la Corte del Califato, cargo en virtud del cual tenía que intervenir en los asuntos administrativos de la sultana Aurora y relacionarse oficialmente con ella, a la que le fué

simpático, cobrándole afecto, protegiéndole y consiguiéndole puestos de mayor importancia. Ben-Abi-Amir fué nombrado director de la Casa de la Moneda, manejando importantes sumas, que utilizó para crearse un partido y obsequiar a la sultana, de la que conquistó, no tan sólo el afecto, sino el corazón, y la confianza del viejo califa. Fué nombrado intendente de los bienes del príncipe Hixen. Construyó en la base de la sierra inmediata a Córdoba el palacio y jardines de la Rusafa, en donde habitaba con gran fausto.

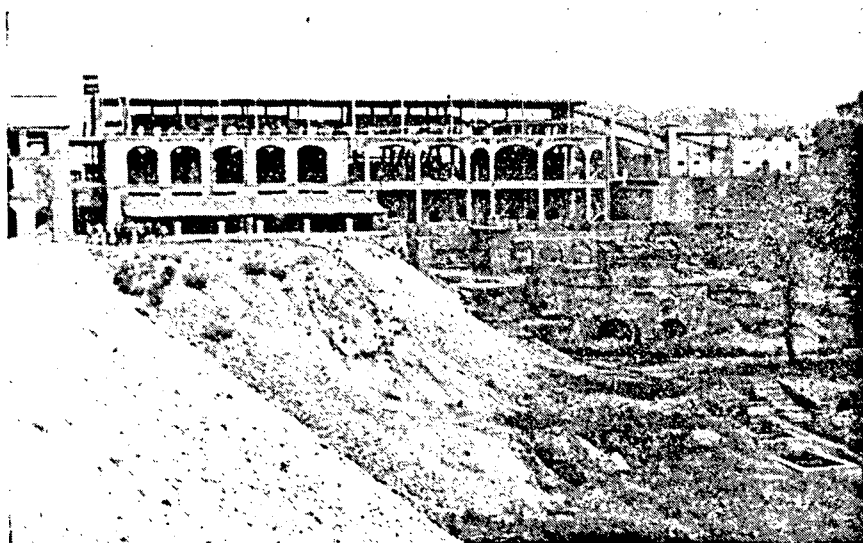


Fig. 96.—Minas de Almadén. Nueva planta de destilación del mineral. En la parte inferior ruinas de las viejas instalaciones, de tradición musulmana. En primer término escombreras.

(Foto Hernández-Pacheco.)

El 976 murió Alhaquen; Almanzor, en connivencia con Aurora, venciendo dificultades, deshaciendo conspiraciones y eliminando competidores, ejerció el califato en nombre de Hixen II, que, recluído en el Alcázar y en sus jardines, no gobernó nunca. Había dos sectores de la sociedad que no aprobaban tal proceder: uno era el dirigido por los faquires y ulemas, que reprochaban en Almanzor la tibieza en la fe religiosa. Estos se los atrajo, favoreciendo sus peticiones, escuchándoles solícito y declarándose el principal sostén de la religión; autorizándoles a que hicieran un espurgo y quemaran los libros de la biblioteca de Alhaquen II, pertinentes a filosofía y otras disciplinas, consideradas perniciosas para la pureza de la fe musulmana. Cuidadoso siempre de su

popularidad, más adelante, cuando sus grandes triunfos guerreros, amplió la gran mezquita, y para que sirvieran de lámparas en ella, trajo, a hombros de cautivos, las campanas de la basílica de Santiago de Compostela.

Tampoco contaba con todo el ejército, pues el generalísimo Galib, suegro de Almanzor, era partidario de la libertad del Califa y se percató de la campaña de descomposición que su yerno realizaba en el ejército para crearse partidarios. Galib, en alianza con los leoneses, encendió la guerra contra Almanzor, pero el azar favoreció a éste, pues Galib, al dar una carga, en un combate, se desnucó al caer del caballo.

Libre de obstáculos Almanzor, completó el plan de Abderamán III respecto a la unidad nacional, con la igualdad política y social entre las diversas razas, tribus y castas; para lo cual reorganizó el ejército, quitando a la nobleza las prerrogativas que en él tenía, determinación que obtuvo asentimiento general. Organizó cuerpos especiales de berberiscos africanos y también de cristianos, atraídos por la buena paga, ventajas y consideraciones, consiguiendo Almanzor tener ejército totalmente adicto a su persona. Realizados tales propósitos, nombró, en el 981, primer ministro a su hijo Abdalmelic, y él se confirió el título y denominación de Almanzor, que tan sólo los califas habían tenido.

Las conspiraciones contra Almanzor duraron toda la vida. La sultana Aurora, en el 997, pasada la edad de la fogosidad amorosa, tramó una conspiración para libertar al Califa Hixen de su cautividad y derrocar a Almanzor, poniéndose de acuerdo con el berberisco Ziri-Ben-Atia, que era gobernador general de Mauritania, y dióse maña para remitirle abundantes fondos, con el fin que pasase al Andalus con un ejército.

Almanzor se enteró de la conjura, y convenció al irresoluto y débil Hixen de que debía mostrarse en público para acallar las habladurías del pueblo, de que se le tenía cautivo. El Califa, que se reconocía incapaz de gobernar personalmente, y que lo que apetecía era la tranquilidad, salió del alcázar revestido con las insignias de la suprema autoridad, rodeado de los altos dignatarios y de brillante escolta militar, recorrió en suntuosa cabalgata las principales calles de la ciudad, y, aclamado por el pueblo, regresó a su palacio. Aurora la navarra, después del fracaso de su conspiración, se sumió voluntariamente en el silencio y el olvido, muriendo algún tiempo después.

Almanzor, jefe supremo del ejército, emprendió serie ininterrumpida de expediciones guerreras a los territorios de los reyes cristianos en las épocas anuales adecuadas a tal fin. Comprendía que la conquista del país era ya imposible, por lo cual no ocupaba con guarniciones las co-

marcas invadidas, sino que, terminada la campaña, las tropas regresaban a Córdoba cargadas de botín y con cuerdas de cautivos. Con tales expediciones, que fueron cerca de medio centenar, consiguió tener siempre ocupado al ejército, sostener la atención pública hacia sus triunfos, aumentando su prestigio personal; tener debilitados a los reinos cristianos y satisfacer su vanidad, ambición de mando y poderío.

Tales campañas se realizaban en diversas direcciones, procurando la sorpresa del enemigo. En el 981 invadió el reino de León, atacando a la coalición de Ramiro III, García Fernández de Castilla y el rey de Navarra. Les derrotó en Rueda (Valladolid), tomándoles la fortaleza de Simancas, en la margen derecha del río; saqueó a Zamora, arrasó la comarca, destruyó las aldeas y llegó hasta León.

El 985, avanzó por el valle del Genil y por la depresión de Baza, para salir a Murcia y al litoral mediterráneo, y siguiendo la antigua ruta romana, llegó a Barcelona, que tomó por asalto, saqueó e incendió. El 987, tomó a Coímbra. El 988, pasó el Duero por Zamora, en donde dejó sitiado a Bermudo II. Sitió y tomó a León, al que destruyó, arrasando las murallas, dejando en pie una torre para testimonio de como eran las fortificaciones de la ciudad. En el regreso saqueó a Zamora. El 989, tomó a Osma. En el verano del 997, salió de Córdoba Almanzor, con la caballería, por la ruta a Mérida, Coria y Viseo, la actual capital de la Beira, y a Oporto, donde se le unió la infantería y gran parte de los bagajes, que habían embarcado en Alcácer do Sal, cerca de Setúbal, en el estuario del Sado. Con las naves se formó un puente de barcos en el Duero, que sirvió para el paso de la caballería a la margen derecha del río. Atravesaron el país entre Duero y Miño, que era feudatario, y llegaron a Galicia. Destruyeron cuanto encontraron, y avanzaron hasta Santiago de Compostela, cuya ciudad, con sus murallas, destruyeron, respetando la Basílica. Avanzó el ejército musulmán hasta las rías de La Coruña y regresaron a Santiago. Quitaron las puertas y las campanas de la Catedral, y en hombros de los cautivos se transportaron a Córdoba, donde Almanzor hizo su entrada triunfal al frente de su ejército, con gran botín y largas cuerdas de prisioneros.

En 1002, Almanzor emprendió su última expedición contra los cristianos, invadiendo Castilla por la provincia de Soria. Destruyó el convento de San Millán de la Cogolla y penetró en La Rioja hasta cerca de Nájera. En la retirada le persiguieron las tropas confederadas de León, Castilla y Navarra, derrotándole en la batalla de Catalañazor, o sea Calat-al-Nasur (Castillo del Aguila), en las parameras de Barahona (Soria). Almanzor, en la retirada, enfermó, y en Medinaceli falleció.



Almanzor fué un gran ambicioso, dotado de un gran talento, atropelló por todo y se valió de todos los medios, aun los más reprobables, para alcanzar el poder. Tenía excelentes condiciones y genio de gobernante y estadista, pero toda su vida tuvo que estar alerta y en lucha contra los enemigos. «Si el destino—dice Dozy—le hubiera hecho nacer en las gradas del trono, tal vez habría poco que censurarle; tal vez habría sido uno de los grandes príncipes que recuerda la Historia; pero habiendo nacido en un viejo castillo de provincia, se vió obligado para alcanzar el objeto de su ambición a abrirse camino a través de mil obstáculos, sin preocuparse de la legitimidad de los medios empleados.»

#### DESCOMPOSICIÓN DEL CALIFATO DE OCCIDENTE

Abdelmelic Modafar, en la rota de Catalañazor, acompañaba a su padre Almanzor. Este, sintiéndose morir en Medinaceli, llamó a su hijo y le encargó que entregase el mando del ejército a su hermano Abderramán, y que con parte de las tropas marchase a Córdoba para dominar la revolución que pudiera producirse en la capital del califato. Modafar se apoderó del gobierno, pero como preveía Almanzor, estalló una revolución popular, exigiendo que Hixen II saliera de su reclusión voluntaria para gobernar personalmente, a lo que se negó el Califa. Modafar reprimió la insurrección, restableció el orden y gobernó acertadamente los pocos años que vivió, pues falleció muy joven, el año 1008.

Le sucedió su hermano Abderramán, cuya madre era hija de Sancho de Castilla. Abderramán tenía pocas simpatías por su carácter vano, informal y dado con exceso a los placeres y al vino, llamándolo despectivamente, Sanchol (Sanchuelo), el cual consiguió del débil Hixen que firmase a su favor el título de sucesor a la corona. Pronto surgieron pretendientes, que originaron luchas entre ellos, sumiendo al país en estado anárquico, y a la capital en teatro de frecuentes revueltas.

A las naturales variaciones que había producido el correr del tiempo, se había sumado el resultado de las reformas de Abderramán III y de Almanzor, para dar unidad política y social al imperio. Las antiguas castas y estirpes árabes de los primeros tiempos, al cabo de varias generaciones hispanas, se habían fundido en el conjunto social del país.

El desarrollo agrícola, industrial y cultural, había producido una clase media que vivía con desahogo, constituida en las campiñas por labradores y ganaderos, propietarios de predios y de alquerías, y en

las ciudades por industriales con talleres de artesanía. Clase media con términos intermedios hacia los grandes terratenientes, aristócratas de la rancia nobleza o hacia la clase de industriales y comerciantes enriquecidos, o sea hacia la aristocracia del dinero. Por el otro extremo, descendía la clase media hacia los trabajadores de la tierra y obreros manuales de la ciudad, que constituían el conjunto más numeroso, ansioso de reivindicaciones y propenso a protestar y alborotar. Una clase media, de tipo intelectual, se añadía lateralmente, al conjunto social, constituida por los que ejercían profesiones liberales, funcionarios modestos, faquires y ulemas.

La organización dada al ejército por Almanzor, produjo resultados fatales en el período de descomposición del califato, que condujo a la disgregación de éste en reinos de taifas. Por una parte, los berberiscos con sus jefes, y, por otra, los cuerpos de esclavos, de soldados mercenarios, a modo de legionarios extranjeros, sirvieron de apoyo a unos u otros pretendientes, y, prestos a la violencia y al saqueo, aumentaron la confusión y anarquía política.

Al otro lado de la frontera, en los reinos cristianos, existía un régimen social de tipo afín al europeo, con la ventaja de la carencia del acentuado feudalismo existente al Norte del Pirineo. Había, como en Europa, separación de clases, señaladas las categorías sociales, y acentuadas las jerarquías. Pero en las guerras, casi permanentes, de la época, la cohesión social se establecía ante las penalidades de la campaña y los peligros del combate. Cohesión y convivencia en camaradería ante el peligro, que contribuiría a engendrar el espíritu de democrática nobleza de espíritu, que propios y extraños advierten en la masa popular hispana.

Enfrente de Sanchol, se alzó un Mohamed, bisnieto de Abderramán III, que se declaró «Al-Mahdí dilab (Guiado por Dios)», asaltó el alcázar y obligó a Hixén a abdicar en él la corona. Sanchol estaba ausente, y cuando regresaba a Córdoba fué prisionero de las tropas del Mahdí, que le cortaron la cabeza. El Mahdí gobernó desatinadamente; se mostró disoluto, sanguinario y persiguió a los jefes berberiscos.

Enfrente de Al-Mahdí surgió Solimán, descendiente de Abderramán II, que se apoyó en los bereberes africanos. El Mahdí se alió con Sancho García, de Castilla. Su contrario con Borrell, Conde de Barcelona, y con Armengol, Conde de Urgel, con lo cual los reyes cristianos pasaron de feudatarios a ejercer dominio sobre el Andalus; y la frontera, que en tiempos de Almanzor había retrocedido al Norte del Due-ro, avanzó hasta la Cordillera Central.

Los trastornos, revoluciones y anarquías de Córdoba y del Andalus

duraron todo el primer cuarto del siglo XI. Durante este período revolucionario, la bella Medina Zahara fué saqueada y destruída por los cristianos.

#### HIXÉN II Y EL ESTERERO DE CALATRAVA

El desgraciado Hixén desapareció; según unos, murió y fué enterrado sigilosamente; según otra versión, logró salir del alcázar y de Córdoba, y fué a ocultarse a escondido rincón del Oriente Mediterráneo, buscando la tranquilidad, que, a pesar de sus deseos, no consiguió como Califa de Córdoba.

El catedrático de la Universidad de Alcalá, Conde, relata, tomándolo de los cronistas musulmanes, que en una revuelta nocturna, el inquieto y alborotado pueblo exigió que el rey Hixén fuese depuesto y saliese de Córdoba; y que éste, al saberlo, dijo sin alterarse: «Gracias a Dios, que así lo quiere.» A la venida del día salió el rey de su alcázar, con su familia y una buena comitiva de caballería de su guardia, y con ella se retiró a una casa de campo, y desde ella, al día siguiente, partió a la fortaleza de Hasn Abi Jarit, que él había edificado. Fué su salida de Córdoba el año 1031. Vivió en su retiro con mucha tranquilidad hasta que falleció seis años después. Esta versión parece la más verídica.

Pero aun desaparecido Hixén, el mito de su califato siguió ejerciendo acción en la política y en la gobernación del Andalus. Según la creencia popular, Hixén había regresado con nombre supuesto a España, en donde residía oculto, ejerciendo oficio manual, que le permitía encontrar el sosiego que no pudo conseguir en su palacio. Contribuyó a reforzar tal opinión popular que en Calatrava, ciudad del reino de Toledo, junto al Guadiana e inmediata a donde mucho más tarde se fundó Ciudad Real, se había establecido un forastero, llamado Jalaf, que ejercía el oficio de esterero y tenía extraordinaria semejanza con el desaparecido Califa Hixén.

En la revolución y desconcierto que siguió a la caída del califato, Córdoba pudo organizarse en república y tener un período de relativa tranquilidad. En Sevilla dominaba su Cadí. En el conjunto del Andalus existían dos principales tendencias políticas: una, apoyada en los berberiscos; otra, de la vieja aristocracia, de remoto abolengo árabe, en los eslavos.

El esterero Jalaf acabó por dejar hacer creer que era Hixén. El Cadí de Sevilla le invitó a que fuese a verle, y le prometió ayuda si se comprobaba su identidad. Fué presentado a diversas mujeres del harén

del Califa, y varias tuvieron a bien reconocerle como Hixén. Algunos príncipes de taifas, del partido contrario a los berberiscos, aceptaron la soberanía del reaparecido Califa. El primer cónsul de la república de Córdoba, Aben Chauar, y el Senado, conociendo la superchería, trataron de resistir a la impostura, pero no pudiendo oponerse violentamente a la voluntad popular, fueron débiles y acataron la razón de Estado. Así, en 1035, Hixén II fué reconocido en la persona de Jalaf, el esterero de Calatrava.

Pasada la efervescencia popular, los cónsules de Córdoba convinieron a sus conciudadanos de la impostura y el Senado acordó, con beneplácito público, que no se mencionase a Hixén II en las oraciones públicas. Cuando el Cadi de Sevilla llegó a Córdoba para ocupar el puesto de Gran Visir, encontrando las puertas de la ciudad cerradas y a los cordobeses con ánimo de resistir, regresó a Sevilla.

Del fin del esterero se sabe poco. Las revoluciones y guerras intestinas entre los reyes de taifas hicieron inútil el fingimiento de la existencia de Hixén II. En 1059, Motamid, rey en Sevilla, del más importante de los reinos de taifas, que se había apoderado de Córdoba uniéndola a sus dominios sevillanos, anunció que el Califa Hixén hacía tiempo que había muerto de un ataque de parálisis; noticia que se había ocultado por el estado de guerra. Se dispuso un funeral solemne, con todos los honores a la realeza. El sepelio de Jalaf, el esterero de Calatrava, fué el entierro simbólico del califato de Occidente, que hacía tiempo había fallecido.

## CAPITULO IV

### Del fin del Califato al fin de los Almoravides

SUMARIO: Fragmentación hispana; Fernando I y Alfonso VI ejercen la hegemonía peninsular.—Distribución geográfica de la población hispana en los siglos XI y XII.—Itinerarios militares.—Desarrollo agrícola en los reinos moros: el libro de Abu-Zacaria.—Artesanía, comercio y cultura mora.—Desarrollo agrícola, social y cultural de los reinos cristianos.—El lenguaje.—Unidad racial y cultural de la Península en la época cidiana.—Los almoravides.—Desembarco almoravide y batalla de Zalaca.—Desaparición de los reinos de taifas.—Defensa del Levante por el Cid.—Intolerancia almoravide y desaparición de la convivencia cristiano-mora.

#### FRAGMENTACIÓN HISPANA: FERNANDO I Y ALFONSO VI EJERCEN LA HEGEMONÍA PENINSULAR

La Hispania mora se dividió en gran número de reinos, al modo de cantones independientes. En Sevilla dominaron los Beni-Abad, el primero de los cuales fué Abul-Casim, cadí de la ciudad, que la organizó en república bajo su dictadura, y, para asegurar su poder personal, ideó la farsa de la reaparición del califa Hixen II, considerándose como su jalifa. Cuando Abul-Casim murió, en 1042, le sucedió como rey absoluto su hijo Mothadir, de mucha cultura y grandes ambiciones, astuto, falaz y escéptico, beodo y perverso, que coleccionaba en el jardín del alcázar, sirviendo de macetas floridas, los cráneos de sus enemigos y de los que, estorbando a sus designios, ordenaba matar. Sevilla fué el más poderoso reino de taifas, anexionándose Mothadir los inmediatos de Niebla, Huelva, Arcos, Ronda, Algeciras y Córdoba. En 1069 le sucedió su hijo Motamid, de mejores condiciones morales que su padre, de gran ilustración, de aficiones culturales; poeta y dado a la molición y elegancia, a los placeres y al vino.

El Algarve comprendía varios pequeños reinos, tales como el de Mértola, Faro (Santa María) y Silves, que pasaron pronto a ser incorporados al de Sevilla.

Córdoba se gobernó en república desde 1031 a 1043, en que fué anexionada al reino de Sevilla.

En Málaga reinaron los Idrisitas hasta 1057, que fué anexionada a Granada, y donde dominaron los Beni-Ziriz, de origen berberisco.

El reino de Badajoz fué extenso, comprendiendo gran parte de Extremadura y de Portugal. Sus principales ciudades fueron: Mérida, Cáceres, Coria, Evora, Santarén, Lisboa y Alcacer do Sal. Le rigieron los Aftasidas, que se distinguieron por el gran desarrollo que alcanzó la cultura y la ilustración de sus reyes, como Mothafar, y el último, que fué Motawakil.

En el centro peninsular, en Toledo, se sucedieron varios reyes moros, de los cuales fué el penúltimo Namún, desde 1038 a 1075, y el último, Cádiz, hasta que en 1085 pasó el reino a poder de Alfonso VI, que envió a Cádiz como rey tributario a Valencia. El reino moro de Toledo era el más extenso, comprendiendo desde la Cordillera Central a Sierra Morena y desde Trujillo a Cuenca. De los reinos moros del Norte, el más importante fué el de Zaragoza, en donde dominaron los Beni-Hud, y fueron sus principales reyes: Mostáin y Moctadir, bajo la protección del Cid. Más pequeños eran los reinos de taifas colindantes con el de Zaragoza, el de Lérida y el de Albarracín, de los Beni Racín.

Los del litoral mediterráneo experimentaron diversas modificaciones, tales como el de Valencia, que se convirtió en república después de muerto el Cid. Otro reino moro litoral fué el de Denia, que comprendió también las Baleares. En Almería reinó Motacín de 1051 a 1095, rey justo y muy amado de sus súbditos.

En el siglo XI, época de los reinos moros de taifas, los reinos cristianos eran: el de León, el de Castilla, el de Navarra, el del Norte de Aragón y los Condados de Cataluña y del Rosellón, entre los que estaban el de Barcelona y el de Urgel. Los reinos peninsulares entre moros y cristianos eran más de una treintena (Lám. III).

La primera mitad del siglo XI transcurrió en reyertas y guerras entre los reyes cristianos; discordias semejantes a las que existían entre los reyes moros de taifas; no obstante de lo cual, la zona de frontera o Extremadura avanzó hacia el Sur, rebasando la Cordillera Central.

En la segunda mitad del siglo XI, Fernando I reunió en uno solo los reinos de León, Castilla y Navarra, lo que le permitió dirigir sus armas hacia los fértiles países del Mediodía, sujetando así a su poder y hegemonía a los reinos moros del centro y de Andalucía. A los moros de Portugal les arrebató, en 1057, Lamego y Viseo, al Sur del Duero; en la Beira Central, y, en 1064, Coimbra. A Mothafar, rey de Badajoz, obligó a rendirle vasallaje y pagarle tributo. En el centro peninsular



Distribución de los reinos cristianos (en azul) y de los moros de taifas (en verde) en Hispania, a mediados del siglo xi.

invadió los Estados de Mamún, el rey moro toledano, el cual fué personalmente, con cuantioso y rico presente, a declararse tributario y reconocer su protectorado. Al rey de Zaragoza le conquistó las fortalezas del Sureste del reino.

En 1063 le tocó el turno a Mothadir, el de Sevilla, que en evitación de mayores daños se presentó en el campamento del cristiano, con cuantiosa ofrenda, declarándose tributario. Fernando se dejó convencer y, suspendiendo la campaña, regresó a León, desde donde envió a Sevilla a dos obispos para concertar la cuantía del tributo y la entrega de los restos de Santa Justa, mártir sevillana de la época romana. El cuerpo de la Santa no pareció, y el astuto Mothadir les ofreció el de San Isidoro, cuyos restos despidió solemnemente, con fingida pena y falsas muestras de dolor, por desprenderse de tan queridos y venerables restos, que fueron trasladados a León. Fernando I, al final de su reinado, atacó a Valencia. Falleció en 1065.

La no interpretación de los ideales políticos, tal como se comprenden modernamente, y el concepto de propiedad personal de los reinos que entonces existía, hizo que Fernando I, al morir, repartiera sus Estados entre sus hijos como si se tratase de una herencia de latifundios y de rentas. Así, a Alfonso, que era el preferido, le dejó el reino de León y los «Campos Góticos» del centro de la amplia llanura castellana, hasta el Pisuerga, y el protectorado del reino moro de Toledo. A Sancho, que era el primogénito, le dejó el reino de Castilla, con las parias que pagaba Moctadir, el rey moro de Zaragoza. A García, que era el menor, le correspondió el reino de Galicia, que se extendía por el Norte de Portugal, y las parias de los reyes moros de Badajoz y de Sevilla. A las dos hijas, Urraca y Elvira, les dió el señorío de cuantos monasterios existían en el conjunto de los reinos, con la imposición de que permanecieran solteras.

Se comprende que una distribución tan impolítica produjera desavenencias familiares, conducentes a reyertas y guerras. De las dos hembras, Urraca era la mayor de los hijos de Fernando y tenía especial y exagerado afecto por su hermano Alfonso. Se estableció en su señorío de Zamora. Elvira, de carácter poco político, tuvo algunas dificultades en determinados monasterios, cuya tranquilidad se alteraba con la pequeña Corte de la infanta, la cual se estableció en su señorío de Toro, y de ella dice poco la Historia. Sancho de Castilla, el primogénito, aparece en los relatos históricos como rey batallador, de carácter abierto, violento, y consecuente en sus amistades. Alfonso el de León se manifiesta en los relatos históricos en extremo ambicioso, orgulloso,





dominante y exclusivista de su persona. García, el menor, presenta características de anormalidad, escasa prudencia e ineptitud.

La reina viuda falleció en 1067, y Sancho, el primogénito, reclamó de sus hermanos la unión de los reinos bajo un cetro. El encuentro bélico con Alfonso, para decidir a quién correspondía el trono, fué en Llantada, en donde el ejército de Sancho venció al de Alfonso.

La ineptitud de García hizo que se le sublevaran los nobles de Galicia, los portugueses se le rebelaron y los vasallos emigraban. Sancho chocó con García; fué a Galicia y se le trajo preso a Burgos, permitiéndole que se fuese exilado a la Corte del rey moro de Sevilla, Motamid, su tributario. El reino de Galicia se repartió entre el rey de León y el de Castilla.

El violento Sancho y el dominante Alfonso chocaron otra vez, y combatieron en Golpejera, en las vegas del Carrión (1071), y el segundo fué hecho prisionero por las huestes del primero y conducido a Burgos, desde donde, por intercesión de doña Urraca, se le dejó marchar a Toledo, a la Corte de su feudatario Mamún, que le recibió y trató caballerosamente. Los Beni Gómez, señores de Carrión y enconados enemigos del Cid, acompañaban en el destierró a su rey. Uno de ellos, Pedro Ansúrez, Conde de Carrión, marchó, por unos días, a Zamora y se puso de acuerdo con doña Urraca, alzándose ésta contra los castellanos y su rey Sancho. Este envió a su alférez Rodrigo de Vivar con la propuesta a doña Urraca de la cesión de Zamora a cambio de otras villas, y no habiendo tenido éxito, Sancho puso cerco a la ciudad, en la que continuaba el Cid, cuando fué muerto el rey sitiador por Bellido Dolfos, que salió de la plaza y se refugió en ella, cometido el asesinato (fig. 97). El cadáver de Sancho fué trasladado a Oña, en donde el epitafio del sepulcro culpa a Urraca de fratricida. Bellido Dolfos no fué un traidor, sino un fanático exaltado.

La noticia de la muerte de Sancho llegó rápidamente a Toledo, y Alfonso marchó a Zamora. Ante las dificultades de la elección de nuevo rey de Castilla, la gran mayoría, incluso de castellanos, decidieron nombrar a Alfonso. El Cid, que era del partido de oposición y que había estado presente en el cerco de Zamora, se sometió también, pero, hombre de leyes, obligó al pretendiente al juramento ritual, en Santa Gadea (1072).

El rey García había abandonado Sevilla y regresado a Galicia. Urraca y Alfonso se concertaron y le enviaron un mensaje para que se presentase. García acudió incautamente, siendo preso y remitido encadenado (1072) al Castillo de Luna, en las montañas de León, en donde al cabo del tiempo murió sin recobrar la libertad.

Alfonso VI pudo titularse emperador, como su padre, y «rey de los hombres de las dos religiones», o sea de cristianos y de musulmanes, y emprender intensamente su ambicioso plan de sojuzgar a todos los reinos moros, de «mar a mar», según la expresión de la época; desde el Cantábrico hasta las costas meridionales de España. Contaba

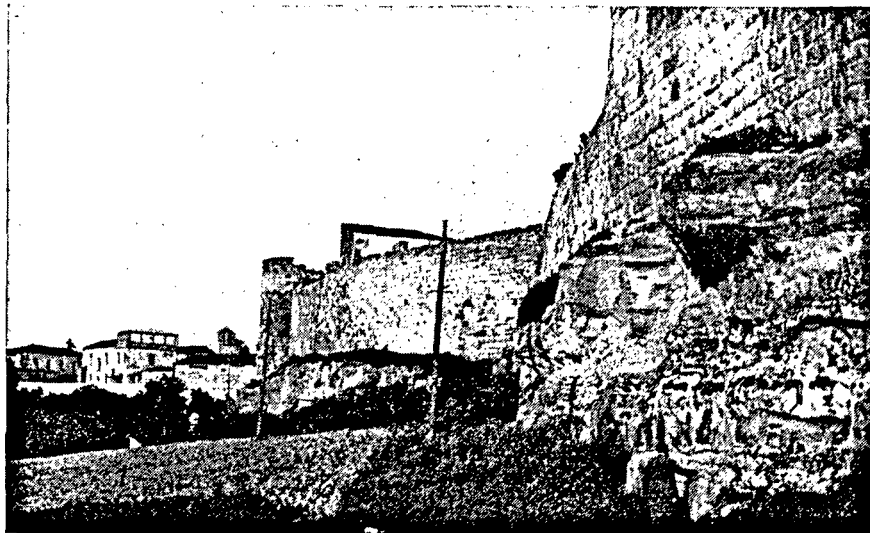


Fig. 97.—Antiguas murallas de Zamora, con el «portillo de la Traición» hacia el campo donde Bellido Dolfos asesinó al rey don Sancho.

(Foto Hernández-Pacheco.)

para ello con la fortaleza y acometividad de sus aguerridas tropas castellanas y leonesas, pero tenía falta de medios económicos para la lucha, pues los países al Norte del Duero eran pobres. Decidió obtener los fondos necesarios de los reinos moros feudatarios, apretándoles en la tributación de las parias.

Atendió en sus campañas a las diversas zonas peninsulares; en 1068 atacó a los moros de Badajoz, aviniéndose su rey Mothafar a pagarle tributo. A poco murió Mothafar y su sucesor se negó a pagar las parias, y Alfonso le corrió y saqué la tierra.

El rey Mamún, de Toledo, murió en 1075, y reinaba su nieto Cádír, de carácter débil y tan inhábil gobernante, que se atrajo odiosidad de potente partido toledano, que entregó la ciudad a Motauakil, el rey de Badajoz. Cádír huyó y pidió auxilio a Alfonso, que le prometió, mediante entrega de cuantiosas sumas y fortalezas en rehenes, reponerle en el trono, comenzando, en 1080, periódicas campañas de devastación

para privar de recursos a Toledo. Motauakil abandonó Toledo, regresando a Badajoz, y Cádiz entró en la ciudad, agobiando a los habitantes con extraordinarios impuestos para satisfacer las exigencias de su insaciable protector. En la ciudad se formó un partido favorable a Alfonso, como mal menor, acabando Toledo por rendirse en 1085.

Se respetó la vida y la libertad de los ciudadanos, que conservaron sus bienes, usos y costumbres, con la mezquita mayor, y pagando la capitación o impuesto normal. En compensación del reino perdido, Cádiz pasó de rey a Valencia, cuyo trono estaba en litigio, acompañado de un ejército de castellanos al mando de Alvar Fañez, quienes quedaron de fuerza de ocupación pagada por Cádiz. Alvar Fañez era a modo de Alto Comisario, en Levante, de su rey Alfonso. En el Sureste, García Jiménez, adalid castellano, desde el formidable castillo de Aledo, en la comarca de Lorca, asolaba las regiones de Murcia y Almería. En alguna cabalgada los castellanos llegaron a combatir junto a Granada.

Alfonso, durante el cerco de Toledo, envió gran embajada a Sevilla a cobrar las parias que Motamid había reunido con gran dificultad, mediante un tributo extraordinario. Parte de la moneda era de baja ley, lo cual, al ser descubierto en el acto de su entrega, originó violenta escena, mandando Motamid matar al tesorero judío de los cristianos y encarcelar a los caballeros que componían la embajada.

Alfonso, al saberlo, se encolerizó, y después de previamente conseguir el rescate de sus caballeros cautivos, a cambio del Castillo de Almodóvar, cercano a Córdoba, marchó con su ejército contra Motamid. Acampó tres días junto a Sevilla y asoló la comarca, saqueó los pueblos y avanzó hasta Tarifa, entrando a caballo en el mar del límite extremo de la Península, y con gran botín y largas cuerdas de cautivos regresó a Toledo.

#### DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN HISPANA EN LOS SIGLOS XI Y XII

Como en la época del Califato, en los dos siglos que le siguieron la población peninsular estaba desigualmente distribuída, estando más densamente habitadas las zonas meridionales que las septentrionales.

Lo más poblado era el Andalus. El valle del Guadalquivir, cultivado intensamente desde antiguo, lo fué también durante la dominación musulmana, en población concentrada en pueblos y ciudades, algunas de viejo abolengo, como Córdoba, Écija, Carmona, Sevilla y Elvira, y después Granada en la amplia vega del Genil. En el litoral mediterráneo, de suave clima, antiguas ciudades, tales como Málaga y Motril,

se alzaban en amplias vegas de gran producción. También estaba bien poblada la estrecha banda litoral del Algarve, muy adecuada para los cultivos de plantío, y en donde, al deshacerse el Califato, habían surgido diversidad de pequeños reinos de taifas. Musulmanes hispanos, mozárabes y moros bereberes ocupaban las montañas del Andalus, en población dispersa de aldeas y alquerías serranas, al amparo de los manantiales y corrientes fluviales, utilizados para regadíos. Ocurría lo mismo en los valles y zonas litorales de las comarcas levantinas, a cuya población y cultivos aluden con frecuencia los historiadores y geógrafos musulmanes de la época.

En los territorios de la actual Extremadura, era comarca de población relativamente abundante la de Badajoz y Mérida, sostenida por la fertilidad de la amplia, llana y soleada vega del Guadiana. En el centro peninsular destacaba Toledo, alimentado por las feraces tierras de la Sagra y de los llanos de Talavera. La riqueza hispana estaba concentrada en los reinos musulmanes. Sevilla, Málaga y Almería eran durante la dominación musulmana importantes puertos comerciales de exportación e importación, contándose como principales productos agrícolas de exportación lejana las aceitunas y el aceite, los higos y las pasas, el azafrán, el azúcar y los vinos. En los productos industriales destacaba Córdoba, que conservó siempre sus especialidades en los «cordobanes» y cueros repujados, de gran celebridad. Las cerámicas valencianas datan de aquella época, señalándose como productos industriales especiales el papel de hilo de Játiva y la vidriería en Almería.

En contraste, el duro clima de la altiplanicie del Duero, de las serranías celtibéricas y de la llanura aragonesa, sostenía población más reducida, de menos recursos económicos y de vida más pobre y ruda.

Tal discordancia entre unos y otros territorios, los del dominio de los cristianos respecto a los meridionales y levantinos, ocupados por los moros, se señala no sólo en los relatos de los cronistas y viajeros musulmanes, sino en la primitiva poesía popular de la época. Así, en el poema del *Mío Cid*, se advierte el contraste de la despoblación y pobreza del país recorrido por el Campeador desde la glera del Arlanzón, en la fría paramera de Burgos, hasta la fructífera plana de Valencia, donde la población era densa y rica, por efecto de los variados y abundantes productos de la espléndida huerta.

Entre el Duero y las solanas de la Cordillera Central existía, desde antes del Califato, ancha zona despoblada que en tiempos de Almanzor era prácticamente «tierra de nadie», pues la frontera cristiana estaba en el Duero, desde Osma a Zamora, constituyendo dicho río caudal, línea defensiva estratégica, prolongada al Oeste por la defensa natu-

ral que forma el hondo foso de los «Arribes del Duero», que forman actualmente la frontera hispano-portuguesa.

Tal banda del territorio despoblado del Sur de la planicie castellana y de las serranías centrales de la Península, era asilo de prófugos y de fugitivos. Los escasos habitantes de esta «tierra de nadie», medio cristianos, medio moros, establecían enlace, sirviendo indistintamente a unos y otros fronterizos. Cuando el Califato se derrumbó y los reyes cristianos ejercieron la hegemonía de los reinos de taifas, la Cordillera Central y después el Tajo fueron frontera. Entonces la zona de tierra de nadie se fué poblando con cristianos del Norte, y cuando la invasión africana, con mozárabes que huían de la intolerancia religiosa y persecución de los almoravides, y con mudéjares emigrantes.

Territorio de dominio musulmán hasta muy entrado el siglo XII, era la amplia llanura, de grandes extensiones sin relieve alguno, de La Mancha («manxa», tierra seca). País muy poco poblado, a causa de la mucha escasez de aguas superficiales, y sin apenas corrientes fluviales. Los relatos históricos pertinentes a la época se refieren a las zonas de borde occidentales y septentrionales de tan amplia región, pero apenas hay referencia alguna a los extensos llanos centrales, que estarían casi deshabitados.

Respecto a población del conjunto peninsular, en los tiempos medios de la Hispania musulmana, según Menéndez Pidal, Castilla y León, en la segunda mitad del siglo XI, tendrían una población de tres millones de habitantes, y Aragón, en la primera mitad del XII, medio millón. Atendiendo a las consideraciones expuestas, según las cuales la Hispania musulmana debía estar más poblada que la cristiana, puede suponerse no sería muy erróneo asignar a ésta de cuatro y medio a cinco millones de habitantes, pudiéndose calcular la población total de la Península en el siglo XI y comienzos del XII, en unos ocho y medio millones de habitantes.

El Papa Gregorio VII (según el mencionado historiador), decía a Alfonso VI, en 1081, «que tiene más de un millón de hombres por súbditos». Suponiendo que se refiere a hombres adultos, puede calcularse, contando con mujeres, niños y adolescentes, una población de tres millones. Estableciendo la proporción respecto al número de habitantes actuales del mismo territorio y del conjunto hispano, resulta para la Península, a fines del siglo XI, una población de ocho a nueve millones de habitantes. Cómputo que coincide con el anterior.

Los centros de población más importantes de los territorios moros eran: Sevilla, Córdoba, que perdió población y categoría al desaparecer el Califato; Toledo, que conservaba su prestigio de capital desde la

época visigoda; Valencia, populosa, con varios arrabales y rica por su espléndida huerta. En categoría más inferior, destacaban: Badajoz, capital del extenso reino de taifas del Suroeste peninsular; Granada, ciudad nueva, que había absorbido a Elvira en la amplia vega del Genil; Málaga, con su fértil vega. En el Norte, Zaragoza, que ostentaba su blanco caserío junto al Ebro, y en Levante, Almería, ciudad comercial marítima. Las urbes más destacadas en los reinos cristianos, sin alcanzar la importancia de las móras de primera categoría, eran: León, Burgos y Santiago, ciudad de peregrinación del mundo cristiano, y Barcelona, principal metrópoli de los condados catalanes y del Rosellón, que iniciaba su importancia marítima.

#### ITINERARIOS MILITARES

Respecto a vías de comunicación, se utilizaba principalmente lo que quedaba en uso de las calzadas romanas, y los antiguos puentes, más o menos recompuestos, y los de edificación musulmana o cristiana, como los debidos, en el Norte, a la iniciativa y actividad de Santo Domingo de la Calzada.

Algunos de los itinerarios de la época son de gran longitud a través de la Península, respondiendo el trazado a consideraciones de orden militar, presentando en sitios estratégicos importantes fortalezas. Tales rutas militares servían también de caminos comerciales.

Uno de tales itinerarios, señalado por diversos, notables y decisivos hechos históricos, ocurridos en parajes del recorrido, avandaba desde las amplitudes de llanura andaluza al centro de la altiplanicie castellano-leonesa. Tal camino evitaba el paso por las fragosidades de las anchas serranías de la montañosa Hispania, carentes de vías adecuadas, ni aún para las toscas carretas de bueyes, de la época, en las que todas las piezas de su construcción eran de madera, incluso el eje y las llantas de las ruedas. Eludíanse tales terrenos montuosos, favorables a los ataques, emboscadas y sorpresas, atendiéndose en el recorrido a la comodidad y rapidez del ejército, con sus bagajes e impedimenta, y a la facilidad de abastecimiento de las fuerzas y alimentación y aguadas de las caballerías y ganados de la impedimenta militar, siendo el recorrido, en lo posible, por territorio de topografía abierta.

Estuvo en uso frecuente esta vía militar, muy recorrida, hasta que recuperado el Andalus dejó de tener utilidad castrense.

Salía el camino de la llanura del Guadalquivir y ascendía el escalón de la Sierra Morena por la zona de Despeñaperros, siguiendo el traza-

do de la calzada romana ; paraje donde en 1212 se dió la batalla decisiva de Las Navas contra los almohades. Pasados los Puertos, seguía la ruta orillando la seca planicie manchega, que queda al Este, avan-

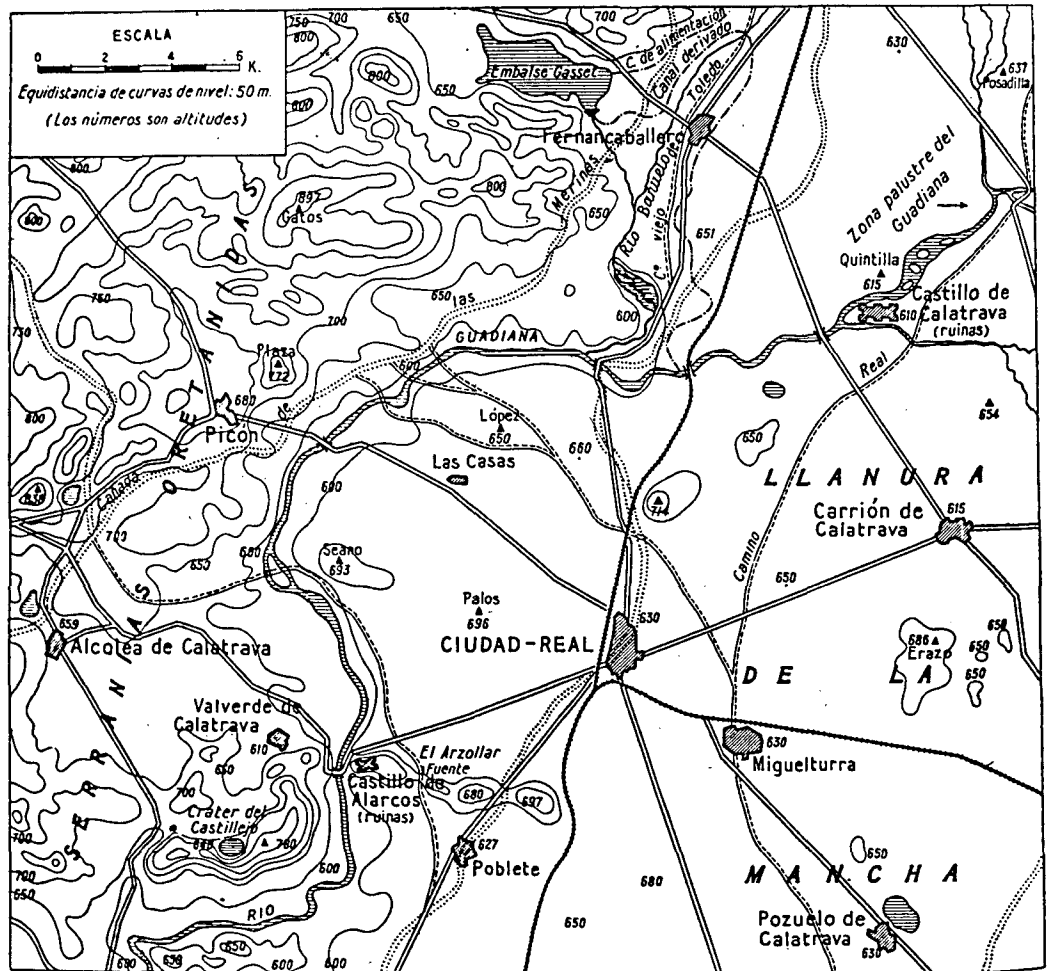


Fig. 98.—Situación estratégica y defensa del paso del Guadiana por los castillos de Calatrava y de Alarcos, en la ruta militar entre Castilla y el Andaluz. (Están representados los centros de población posteriores a la época y las modernas vías de comunicación.)

zándose por el borde oriental de la penillanura de los Campos de Calatrava, hasta encontrar el Guadiana en Ciudad Real, ciudad que entonces no existía, pero en cuyas inmediaciones guardaban el paso del río (figs. 98 y 99) las dos importantes fortalezas de Calatrava (Calat-Rabat)

y de Alarcos, donde el ejército almohade derrotó a las huestes cristianas en 1195, y éstos tomaron el desquite en 1212.

El camino, pasado el Guadiana, seguía entre los bordes orientales de los Montes de Toledo y los Occidentales de La Mancha, por Consuegra, en donde los almoravides, en 1097, derrotaron a Alfonso VI, pereciendo en la batalla Diego, el único hijo varón del Cid. El itinerario avanzaba hacia tierra de Uclés, donde los invasores africanos, en 1108, derrotaron a los cristianos en la batalla de los Siete Condes, en la que

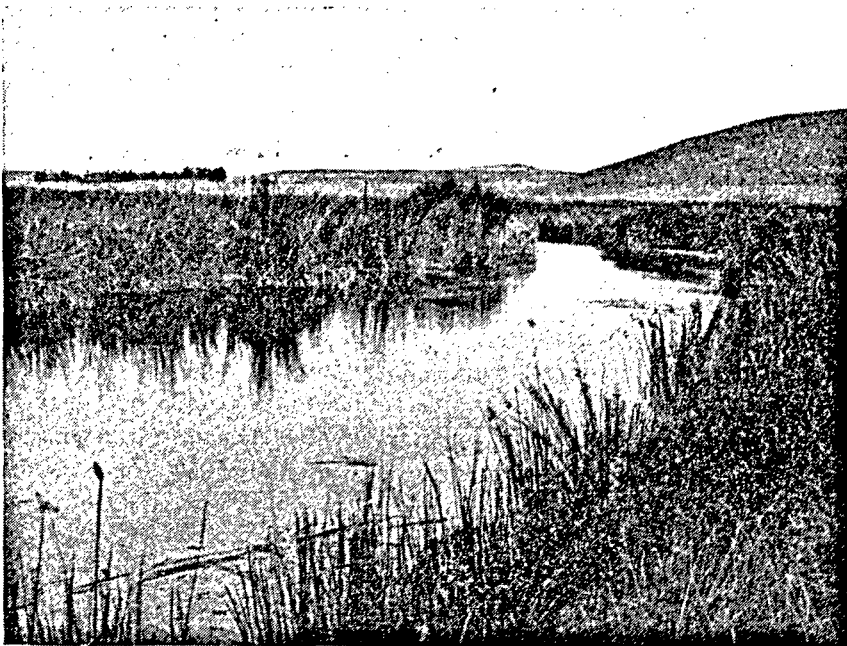


Fig. 99.—El Guadiana entre las fortalezas de Calatrava y de Alarcos; vista desde las colinas del Arzollar, hacia el Norte.

(Foto Hernández-Pacheco.)

pereció el infante doncel don Sancho, llegándose al Tajo, guardado por los castillos de la comarca de Oreja y la formidable fortaleza de Zorita de los Canes, en cuyo territorio fué derrotado Alvar Fañez, el general de Alfonso VI, en los últimos años del reinado de éste.

Pasado el Tajo, frontera entre los invasores almoravides y los castellanos, la ruta militar atravesaba los páramos alcarreños por Brihuega, a descender desde la fortificada Hita al castillo de Jadraque, junto al Henares, en el extremo oriental de la amplia llanura Carpetana. Remontando el valle alto del Henares, llegaba a las parameras divisorias





Fig. 100.—Atienza y su castillo, en el itinerario militar entre el Andalus y Castilla, durante los siglos x, xi y xii.

(Foto Hernández-Pacheco.)

entre Atlántico y Mediterráneo, alcanzándose Medinaceli, donde, en 1002, murió Almanzor, enfermo y derrotado en la batalla de Catalañazor. Mas a lo derecho, el camino militar, desde el Henares, ascendía por Atienza (fig. 100), etapa del itinerario del Cid, contorneándose la ancha,

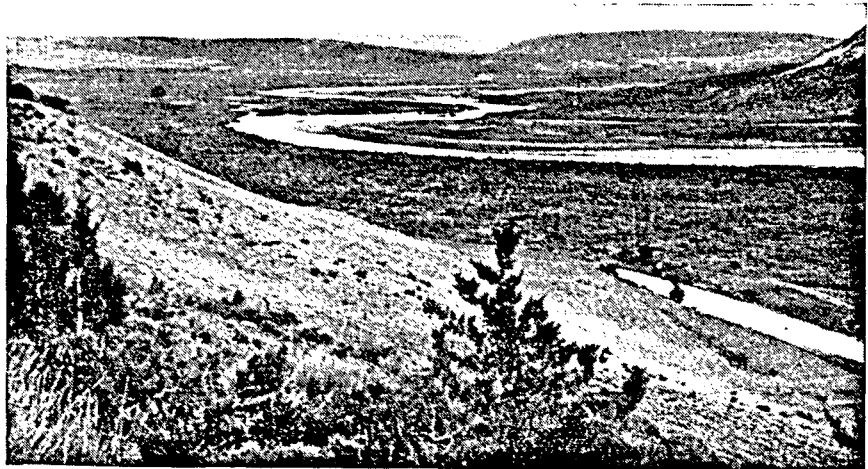


Fig. 101.—El Arlanza en la comarca burgalesa de Lara; vista desde la campiña de Hortigüela.

(Foto Hernández-Pacheco.)

boscosa y abrupta Cordillera Central, que quedaba a Poniente, y se daba vista a las amplitudes castellanas, descendíendose al valle del Duero. Defendían el paso del río caudal, entre otras fortalezas, la imponente de Çormaz; que múltiples veces jugó papel predominante en las guerras entre rumíes y musulmanes, y en cuya muralla estuvo clavada la cabeza de Ben-Addá, general de Abberramán III, derrotado por Ordoño II de León, en el 917.

Pasado el Duero se ensancha el horizonte, hasta perderse en su lejanía la llana tierra de Castilla. A la izquierda blanquean las nieves en las crestas de la serranía Carpetana, y a la derecha, la masa oscura de los boscosos relieves celtibéricos se prolonga lejos, con blancas manchas niveas en las cumbres.

Adentrándose en la altiplanicie castellana, el camino orillaba, por el Oeste, la selvática y abrupta serranía de la Cebollera y del pico de Urbión, donde en lo alto nace el Duero. Cruzaba la vía la comarca de Lara, en cuyo ancho valle, de suaves relieves, describe amplios meandros el Arlanza (fig. 101). En última jornada, desde un otero, se divisaba cercana la ciudad de Burgos, cabeza de Castilla.

#### DESARROLLO AGRÍCOLA EN LOS REINOS MOROS: EL LIBRO DE ABU-ZACARIA

La agricultura en los tiempos medios de la época cristiano-musulmana de Hispania, tenía gran desarrollo, prosperidad y variedad de cultivos, especialmente los de plantío, horticultura y jardinería.

De tal época hispanomusulmana, fué el tratadista de agricultura Abu-Zacaria-Yahia, natural de Sevilla, que vivió a mediados del siglo XII, y alcanzó gran celebridad en todo el mundo musulmán. Constituye su libro una completa enciclopedia agrícola; ocupándose en la parte general de la procedencia geográfica de diversas plantas cultivadas. En su tratado se refiere, como antecedentes, a los principales agrónomos que le antecedieron, tales como Catón, Varrón y Columela, de época romana.

Dedica preliminar estudio a los diversos tipos de terreno, y a qué cultivos son más adecuados. Examina la cuestión de los abonos y la manera de preparar los estiércoles, señalando la utilidad de emplear residuos de los vegetales cultivados, para devolver a los terrenos los productos que aquéllos extraen del suelo. Aconseja remedios para las enfermedades de las plantas, y se ocupa de la importante cuestión de aguas para regadío; de la prospección hidrogeológica, y de la captación de manantiales.

En la arboricultura, hace estudio especial de la plantación y cul-

tivo de los olivos, aconsejando se efectúe la recolección de la aceituna, cuando presenta color rojizo, y antes que se torne negra. Al granado y sus diversas variedades, dedica atención; como asimismo al almendro, nogal, naranjo, limonero y diversidad de frutales. Respecto a la caña de azúcar, que del valle del Nilo, dice, llegó a Sicilia y a España, explica su plantación, cultivo y época de la corta, para la obtención del jarabe, y, de éste, el azúcar.

Otro cultivo especial que examina, es el del algodouero, recomendando clase de terreno que conviene a las diversas variedades. En las otras plantas textiles, estudia el lino y cáñamo; y en las tintóreas el azafrán y la rubia. En el arroz, importado de Egipto, distingue la variedad de cultivo acuático de la del secano, con riegos complementarios. Atención especial dedica a las plantas de huerta, cuyas principales eran las coles y coliflores; los espárragos, procedentes de Siria; los nabos, rábanos, ajos, cebollas y los cohombros y otras cucurbitáceas.

Los musulmanes hispanos fueron excelentes hortelanos, pues el clima de la mayor parte de la Península se presta a ello, porque la acción del calor veraniego se complementa con la del riego para la producción de excelentes y abundantes frutos. Los invasores se encontraron con los regadíos ya establecidos, y como procedían de países en los cuales el agua representa gran riqueza, como en Mauritania y territorios berberiscos al Sur del Atlas, no abandonaron lo que existía, sino que lo acrecentaron y perfeccionaron, especialmente en el Andalus, en la Ajarquia o territorio levantino, y en el Algarve litoral. De época mora es el comienzo del gran impulso de los cultivos hortícolas de la plana costera valenciana, de la hoya de Murcia y de otras comarcas hispanas, que desde entonces han adquirido creciente desarrollo en tan principal riqueza nacional.

El «Cantar del Mío Cid» enaltece tal abundancia y esplendor agrícola, cuando, desde la alta torre del alcázar, muestra Rodrigo a Jimena y a sus hijas y dueñas, el panorama de la huerta valenciana:

Ojos vellidos	a ojo han el mar.
catan a todas partes.	Miran la huerta
Miran Valencia	espesa es e grand.
como yace la ciudad.	E todas las otras cosas
E del otra parte	que eran de solaz.

El gran desarrollo de los conocimientos y prácticas agrícolas de los moros hispanos resalta por las muchas voces de tal origen que han quedado en el idioma español. De tal modo, que la mayoría de las palabras correspondientes a hidrología agrícola son de tal procedencia, como: aceña, acequia, alberca, alcazuz, alema, aljibe, almenara, azud,

badén, noria, tarquín, zanja, zulia, etc. También son numerosas las voces pertinentes a construcciones, herramientas y medidas agrarias, tales como: alcaicería, alhóndiga, almajara, almazara, almunia, alquería, jaraiz, almocafre, almud, arroba, cahíz, celemín, fanega, marjal, tarea, zafra. Un gran número de vegetales cultivados fueron introducidos en Europa por los árabes, y de tales especies y de otras plantas cultivadas por los hortelanos y jardineros moros hispanos son las palabras: aceituna, acelga, acerola, ajonjolí, albahaca, alcaparra, alfalfa, alubia, altramuz, arrayán, arroz, azafrán, azúcar, azufaija, berenjena, bisnaga, jazmín, naranja, limón, rubia, sorgo, sandía, toronja, toronjil, zanahoria, zumaque.

Contribuyó grandemente al gran desarrollo agrícola y consiguiente riqueza social y estatal, la constitución agraria musulmana, en contraste con la de los reinos cristianos. En las primeras, tanto en musulmanes como en mozárabes, la propiedad rústica estaba repartida en predios medianos y pequeños, de las que eran propietarios, por lo común, sus cultivadores, que labraban cuidadosamente, y con intensidad, y siempre que había posibilidad para ello, estableciendo el regadío; mientras que en los reinos cristianos la propiedad rústica consistía generalmente en latifundios de grandes señores o de corporaciones eclesiásticas, cultivándose por colonos o siervos. Esto originaba mayor riqueza estatal y particular en los moros que en los cristianos; existiendo entre los primeros clase media rural, que faltaba entre los segundos. Tal distribución agraria permitía, en los reinos musulmanes, la regularización y sencillez de los impuestos, extendidos a todas las clases sociales, siendo las contribuciones: «el azaque», o contribución de productos; el «almojarifazgo», o renta de aduana, principal auxilio económico del Estado, y la «capitación, o impuesto especial de mozárabes y judíos. En contraste, en los reinos cristianos los impuestos eran múltiples y variables, con exención de los nobles y de las instituciones religiosas, y, como consecuencia, más pobres los reinos cristianos.

#### ARTESANÍA, COMERCIO Y CULTURA MORA

Análogo al desarrollo agrícola era el industrial, manufacturero y de artesanía. Destacaban en la construcción, distinguidos alarifes y excelentes albañiles. Existían filaturas de seda, algodón y lana en diversas comarcas y ciudades, y confecciones de alcatifas, alfombras y finos trabajos de alfayatería. La labra de la madera, equivalente a la moderna ebanistería, producía notables obras de ajuar y de taracería. Análoga-

mente se trabajaba con perfección y abundancia la peletería, el cuero, y tenían gran desarrollo la metalistería, la vidriería y la cerámica, y las finas artes de la platería y joyería, con aplicaciones de aljofar.

El comercio de los musulmanes hispanos se desarrolló mucho, tanto el interior como el exterior. Respecto al primero, además de los zocos en las poblaciones y en localidades situadas en importantes cruces de caminos, un día señalado de la semana, como continúa realizándose en Marruecos y en España, tenían gran importancia las ferias anuales que se celebraban en determinadas ciudades de condiciones topográficas favorables a diversas regiones, para acudir a tales parajes. Tal es el caso de la actual feria anual de Zafra (la «Restituta Julia» de la época romana), de donde viene a dicha población de Extremadura, el nombre que tiene. Los moros la poblaron y engrandecieron, haciendo de ella un punto comercial de los más importantes que contaron entre las regiones del Andalus, el Algarve, Lusitania y el territorio central o de Toledo. «En el mes de Safar, durante todas las lunas, celebraron desde el siglo IX, una feria o mercado que duraba cuarenta días, viniendo a él gentes de Lisboa, Sevilla, Toledo y Salamanca, con ganados y productos de todos los países. Por esto la llamaron desde un principio «Záfar», con ocasión de esta feria celebrada en ella por entonces en junio (Safar en árabe)» (N. Díaz Pérez, «Extremadura»). Feria que actualmente sigue siendo de las más importantes de España, por las transacciones de ganados que en ella se realizan, que modernamente se ha trasladado al mes de septiembre, y que se denomina Feria de San Miguel (29 septiembre), porque en este día están en su mayor apogeo las contrataciones

El comercio exterior estaba extendido por todo el Mediterráneo, siendo Almería (fig. 102) uno de los principales puertos comerciales.

En el periodo de los reinos de taifas, continuó el desarrollo cultural de la época del califato, siendo las pequeñas cortes moras centros de protección de poetas, filósofos y científicos. Se tenía a gala entre los poderosos, distinguirse personalmente en alguna especialidad del saber y reunir biblioteca numerosa: Motamid de Sevilla, era excelente escritor y poeta. Moctadir y Moutamin, de Zaragoza, cultivaron los estudios filosóficos, siguiendo la escuela del gran Maimónides. Cádiz, rey de Toledo y después de Valencia, eran gran bibliófilo y muy erudito. Modaffar, el rey de Badajoz, era autor del «Libro Modaffari», enciclopedia en 50 volúmenes; continuando sus sucesores la tradición de ser la corte centro cultural.

Contenido el desarrollo intelectual y la exposición de las ideas por el estrecho espíritu de la dominación almoravide, en la segunda mitad

del siglo xi vuelve a expansionarse, con nuevas formas y más fortaleza con la tolerancia y amplitud del pensamiento en el período almohade.

Entre los intelectuales musulmanes españoles, destaca por sus importantes obras el cordobés *Averroes* (1120-1198), de saber enciclopédico, insigne médico, gran filósofo panteísta, traductor y comentador de Aristóteles. Otros filósofos fueron: *Tofail*, de Guadix, y *Avempacc*,

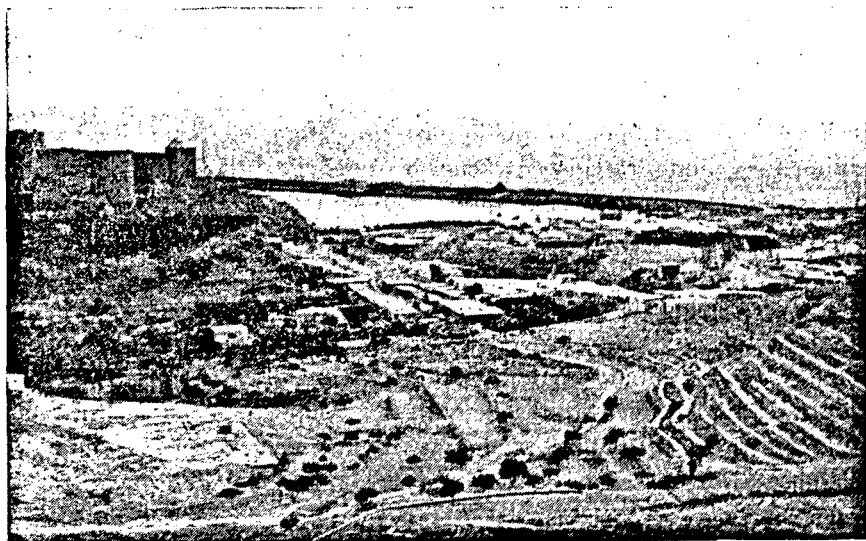


Fig. 102.—Almería en las cercanías del castillo; el puerto y mar al fondo.

(Foto Hernández-Pacheco.)

de Zaragoza. A *Ben Hazan*, de Córdoba, se le debe un estudio enciclopédico de la historia de todas las religiones y sectas. Cordobeses eran también los historiadores *Ben Haidan* y *Ben Zaidun*. En la corte de Granada destacaba el astrónomo *Ben Asamb*, y en la del rey Mamún de Toledo, los matemáticos y astrónomos *Ben Said* y *Azarquiel*, de Córdoba, autores de las «Tablas Toledanas», base de las que hizo Alfonso el Sabio. De la segunda mitad del siglo xi fué *El Becrí*, de ilustre familias señorial de Huelva, gran viajero y autor del libro de geografía descriptiva titulado «Los caminos y las provincias de los reinos», del que se conserva la parte pertinente al Africa septentrional. También fué geógrafo de mucha fama *El Idrisi*, malagueño de abolengo real, de la primera mitad del siglo xii y autor de la obra «Descripción de Africa y España». *Abenchobair*, geógrafo de la misma época, recorrió y describió el Africa del Norte y otros países mediterráneos y del Asia.

Las Ciencias naturales tenían gran desarrollo en la época histórica

que se analiza, y tanto las de aplicación (medicina, farmacia, agricultura), como las puras, en las que aquéllas se fundamentan. Tal es el caso de la Botánica, ciencia entonces, como posteriormente, muy desarrollada en Hispania. Del período comprendido en fines del siglo xi y principios del xii, existe una obra, o Glosario botánico, en el cual están contenidos los nombres de las plantas de la mitad meridional de Hispania, con sus denominaciones en árabe, frecuentemente en el dialecto del Andalus, y los equivalentes en el romance de entonces, y sinonimias en otras lenguas, tal como el latín. Tal obra ha sido traducida y comentada por el ilustre arabista Asín Palacios; y el catedrático Enrique Alvarez López ha publicado, respecto a ella, una interesante y minuciosa monografía de carácter botánico, identificando las plantas citadas con las de la flora hispana («Comentarios históricos y botánicos con motivo de un «Glosario» hispano-musulmán de los siglos xi al xii». Madrid, 1947). El nombre del naturalista moro es desconocido, pero del contenido de su obra se deduce fué contemporáneo de los botánicos toledanos *Ibn Bassal* e *Ibn al-Luengo*; y discípulo de este último y fundamentado en los escritos de *Ibn Yulgul* y otros naturalistas de la época. Constituye la obra del botánico musulmán una publicación equivalente a las modernas Floras hispanas, tales como las de Amo y Mora, Colmeiro y Lázaro. Se refiere tal descripción botánica a la zona del Andalus, del Algarve y norte de Marruecos, resultante de herborizaciones del autor, datos de otros botánicos y de cultivos en el jardín del sultán de Sevilla o en su propio huerto en aquella ciudad. Todo lo cual hace suponer se trata de un botánico sevillano, probablemente contemporáneo de Motamid, el rey moro de Sevilla (1069-1091). De tal botánico dice Alvarez López: «En muchos puntos obras del Renacimiento, muy famosas, no sobrepasan lo contenido en ésta.»

La mujer, entre los musulmanes hispanos, gozaba de mucha mayor consideración que en los países árabes y de lo que se deduce de los preceptos coránicos. Adquirían ilustración y cultivaban la literatura y la poesía, como Romaiquia, esposa de Motamid, de Sevilla.

Paralelamente a las aficiones culturales, consideradas como placer espiritual, se había desarrollado el lujo y los placeres materiales, predominando en todo ello cierta característica estética. Era grande la afición a la poesía, al canto y a la música, sosteniendo los poderosos, con grandes beneficios y regalos, a los poetas distinguidos, y pagando grandes sumas por cantadoras, concertistas y danzarinas afamadas. Los musulmanes hispanos eran excelentes dulceros. El alajú, los alfajores, los buñuelos, el mazapán y diversidad de platos de dulce, tales

como el arroz con leche, son invenciones suyas. Gran parte de la música popular hispana, especialmente la andaluza, es de origen moro. Eran frecuentes las fiestas suntuosas, banquetes espléndidos y veladas con abundancia de manjares y vinos exquisitos; fiestas acompañadas de cantadores y de música. Tal vida, en gran parte frívola, exigía, por una parte, grandes gastos, y, por otra, ocasionaba relajamiento de la fortaleza espiritual y material.

#### DESARROLLO AGRÍCOLA, SOCIAL Y CULTURAL DE LOS REINOS CRISTIANOS

El tipo de cultura y de costumbres de los países cristianos de la mitad septentrional de la Península tenía características diferentes de las de los moros.

La ancha Castilla era, desde antiguo, país de pastos y de cultivo cerealístico. En las extensas llanadas de Tierra de Campos, y en las vegas del Carrión, dominio de los Condes de la estirpe de los Beni Gómez, verdeaban los trigales en la tardía y fugaz primavera. Los viñedos, como ahora, ocuparían laderas soleadas y altozanos próximos a los afluentes al Duero. En los parajes húmedos, se cultivaba el lino. Los páramos estaban cubiertos entonces por matorral de monte bajo.

La ganadería lanar tenía para pastar extensas amplitudes de eriales. La vacuna encontraba sustento en los rebollares de los páramos y en los yerbazales del llano bajo, o campiña, pues faltaba población para roturarlo todo. Se araba con bueyes y vacas. El ganado caballar escaseaba, y era caro, pues un caballo valía por ocho o diez bueyes, y si tenía alzada, buena estampa y servía para la guerra, más de veinticinco, análogamente a como ahora se paga alto precio por un buen caballo de carreras. Los viajes se acostumbraba realizarlos cabalgando en mulas, de más cómodo paso sostenido que el caballo, según dice el viejo romance Cidiano:

«Todos cabalgan a mula  
Sólo Rodrigo a caballo.»

La población vivía concentrada en medianos y pequeños burgos, al amparo del fuerte castillo. La masa popular tenía lo suficiente para el rudo vivir de la época. La manufactura del vestido era casera; faltando el lujo de lo exquisito y el fausto de lo superfluo, de lo que sólo disfrutaban los señores, pues la tierra no alcanzaba para más, y estaban del otro lado de las fronteras meridionales los productos y manu-



facturas, que faltaban en los reinos cristianos, o no tenían la suntuosidad y valor de los procedentes de los centros manufactureros moros.

Además de los ciudadanos que cultivaban tierras de su propiedad, o las que llevaban en colonaje, arrendamiento o aparcería, se empleaban en el cultivo de los campos de los señores y de los conventos, a cautivos moros esclavizados. Gran número de ellos estaban adscritos al servicio de los monasterios, cuyos monjes les empleaban en el descuaje y desbrozado de los terrenos de la comunidad, en las construcciones de edificios y en el cultivo de los campos o granjas agropecuarias. A veces tales cautivos al servicio de la iglesia podían, por sus méritos, emanciparse, y, abandonando su religión, ocupar cargos eclesiásticos, si tenían aptitudes para ello.

La organización social, en los reinos cristianos, no tenía la gradación de unas clases a otras, como entre los moros. El rey, jefe del Estado, estaba asistido por grandes señores y por los nobles de segunda categoría o infanzones. La gran propiedad señorial surgió en Hispania con gran retraso respecto a la de Francia y países de régimen feudal. Feudalismo que aquí no existió, ni en Castilla ni en León, en donde predominaban los hombres libres; condición que adquiría el rural, al entrar en «behetría» o protección del señor que escogiese, y éste le aceptase, obteniendo derechos y adquiriendo obligaciones recíprocas. En Galicia las heredades llegaron a ser absorbidas en muy gran parte por los obispos, monasterios y magnates, conservando los campesinos un mínimo de libertad. En Castilla es donde más abundaba la pequeña propiedad, y ésta muy distribuída topográficamente, como resalta en el inventario de las propiedades rústicas que, como arras, recibió doña Jimena cuando casó con el Cid.

Hacia Levante, en Navarra, Aragón y Cataluña, aparece en mayor o menor intensidad la servidumbre adscrita al terreno, con los «mezquinos», «villanos de parada» y «payeses de remensa», régimen que subsistió durante la Edad Media.

De todos los reinos cristianos, Castilla era el más democrático y con menor diferenciación de clases y mayor proporción de pequeños señores y de hombres libres, y con mezcla del rural ennoblecido y del noble labrador. Mucho antes que en los países europeos, surgieron los municipios o concejos autónomos en su gobernación. También aparecieron las Cortes antes que en los otros países europeos. Mientras en Aragón dominaban en ella los nobles, solidarizados por sus intereses, en Castilla se imponían los representantes de las ciudades libres, o sea el pueblo, definido según Las Partidas: «Ayuntamiento de gentes, también de caballeros, como de otros hombres de menor guisa.»

En agricultura, en desarrollo industrial, en manufacturas y en artes mecánicas, los reinos cristianos estaban a más bajo nivel que los reinos moros, siendo proporcionalmente reducido el grupo social de los artesanos, organizado en gremios, y cada oficio con tradición familiar. La preparación, hilado y tejido del lino y de la lana, eran de preparación doméstica, o de pequeños talleres familiares. Pero en la construcción de tipo religioso y castrense existía bastante adelanto, como asimismo en lo pertinente a armamento ofensivo, defensivo y artefactos bélicos.

El estilo arquitectónico que dominaba en tales respectos, en los siglos XI y XII, es el denominado románico (fig. 103), del que son bellos

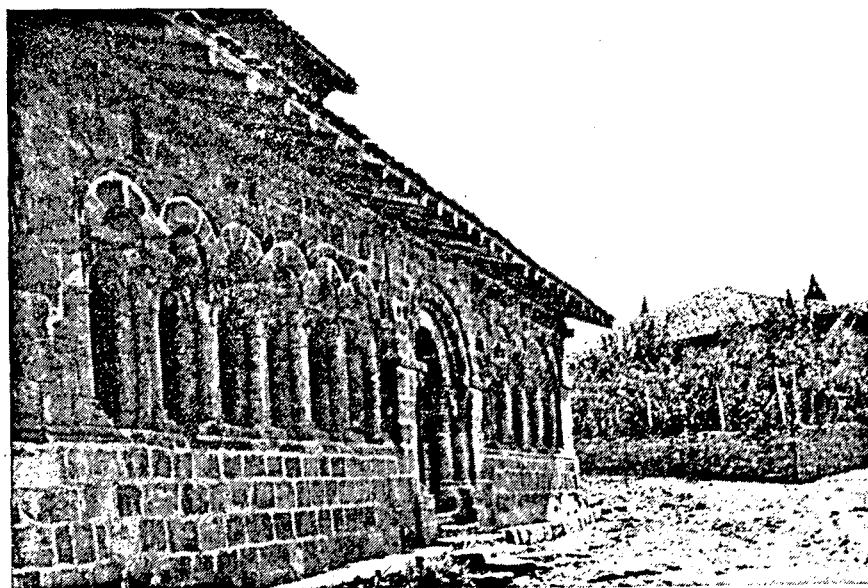


Fig. 103.—Atrio de la iglesia románica de Pineda de la Sierra (Burgos).

(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)

ejemplos el claustro del Monasterio de San Juan de la Peña, en el Pirineo Aragonés; el de la Catedral de Tarragona, en Cataluña; el Monasterio de Silos, en Castilla; la Catedral vieja de Salamanca; San Isidoro, de León, y, en gran parte, la Basílica de Santiago, en Galicia. Las fortalezas y castillos (figs. 104 y 105), con fuertes bastiones, altas torres y varios órdenes de almenadas murallas, eran, asimismo, edificaciones potentes para resistir a las acciones destructoras de las intemperies seculares y de los ataques de los ejércitos.

Con tales construcciones colectivas, hacían contraste las viviendas particulares, edificadas generalmente de mampostería con entramados de madera; viviendas de las clases populares, de gran rudeza, en las que solía faltar chimenea al hogar; con mobiliario tosco, reducido a algunos arcones, bancos y escabeles; en donde la mesa, el escaño junto al fuego y la cama en alto, era mueblaje de lujo. El traje popular de los labradores, era sucinto y tosco; fuertes abarcas, y sobre la túnica interior de lienzo, el sayo con capucha, de tejido basto de lana, sujeto por cinturón de cuero.



Fig. 104.—Castillo del Garabato o de los Mogollones, sobre un berrocal granítico cerca de Aldea del Cano, en el Sur de la provincia de Cáceres.

(Foto Hernández-Pacheco.)

La cultura intelectual residía en los monasterios, que eran centros de enseñanza. La investigación científica estaba paralizada, y la especulación literaria, tan sólo alcanzaba al conocimiento de los clásicos latinos, de los escritos de los Santos Padres de la Iglesia y a consideraciones de orden teológico. La historiografía, se reducía, por lo general, a sucintas crónicas. El estudio del Derecho a recapitulaciones de leyes, partiendo del «Fuero juzgo». Las bibliotecas de las abadías contaban sus volúmenes por decenas, en contraposición a las centenas y aún millares de las cortes moras.

La poesía popular y la literatura contaba con poemas, por lo general de asuntos épicos, y algunos de gran mérito y belleza, como el

«Cantar del Mío Cid», que los juglares recitaban en los castillos y en las plazas. En otros casos a relatos fantásticos de acontecimientos milagrosos.

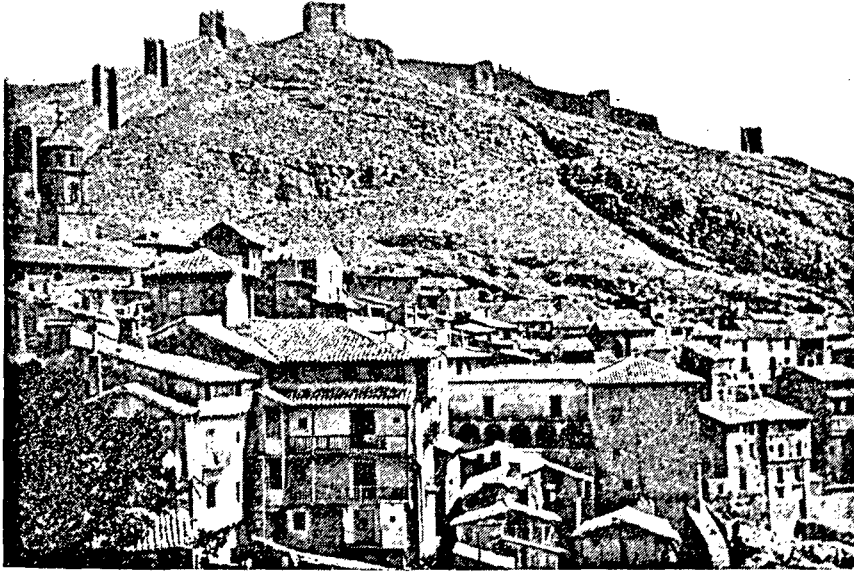


Fig. 105.—Recinto amurallado y torres del castillo de Albarracín (Teruel).  
(Foto Hernández-Pacheco, 1929.)

Las fiestas y diversiones tenían carácter guerrero; jugando las armas, o partiendo tablas, al empuje de la lanza y al ímpetu de la carrera del caballo. Otra diversión era la caza de reses selváticas y la cetrería; y como juego reposado, el del ajedrez, en el que se ejercita el espíritu de la táctica y de la estrategia.

Las cortes moras no eran del ambiente belicoso de los reinos del Norte. Cuando el Cid, conquistada Valencia, reunió en el salón grande del alcázar a las personas más conspicuas y representativas de la ciudad, les dijo en su discurso, según expone el cronista: «Yo no mon aparto con mujeres a cantar, nin a beber, como facien vuestros señores.»

#### EL LENGUAJE

La población del Andalus y de los otros reinos de taifas, estaba únicamente arabizada en dos aspectos: en el literario y en el religioso, y aun en éstos con características especiales, típicamente hispánicas.

El historiador Ben Jaldún, autor de la «Historia de los bereberes», que visitó España posteriormente a la época en que se analiza, señala características de los habitantes del Andalus, muy diferentes de los africanos y de los países árabes. Etnográficamente, la poquísima sangre árabe de la conquista, había sido absorbida rápidamente en el medio ambiente hispano.

En la característica religiosa, la población del Andalus (y lo mismo de las otras regiones moras), se dividía en dos sectores, que se influenciaban uno a otro. La masa musulmana, en general de religiosidad atenuada, convivía con la muzárabe cristiana, sin dificultades una con otra. El conjunto de la población era bilingüe; los mozárabes hablaban entre sí y con los cristianos del Norte el aljamiado, primitivo español, o romance, que se iba formando por desviación del latín. El lenguaje popular de los moros estaría formado con gran número de palabras árabes, constituyéndose lo que se denominó «algarabía». El diccionario de la Academia, define «la aljama» como el «nombre que daban los moros a la lengua castellana». Cuando, más tarde, quedaron los moros entre el conjunto cristiano, constituyendo los mudéjares y moriscos hablaron el romance, pero la facilidad y rapidez de la escritura árabe, hacía que escribiesen el romance con tales caracteres, o sea en «aljamiado».

Los moros y cristianos fronterizos se entendían perfectamente, algo como ahora ocurre, en caso semejante, entre los campesinos del uno y del otro lado de la frontera. En el Poema del Cid, se aprecia algo de esto. Así, cuando los infantes de Carrión, con sus esposas, las hijas del Campeador, hacen etapa en Molina, en el castillo de Abengalbón (fig. 106), el gran amigo de Rodrigo de Vivar, hablan entre sí los infantes de matarle y apoderarse de sus riquezas, pero un moro que entiende el idioma castellano, lo oye y advierte a su señor de la felonía proyectada:

«Quando esta falsedad  
dizien los de Carrión  
un moro latinado  
bien gelo entendió  
non tiene poridad  
dixelo Avengalvón.»

Pero gran parte de la población, y, desde luego, todo el que tenía alguna ilustración, hablaba también el árabe. que era la lengua oficial y en la que se escribía todo, y de cuya pureza cuidaban eruditos y literatos.

Los cristianos del Norte hablaban el romance. Pero el clero, la aris-

toocracia y las clases ilustres, sabían, más o menos, el latín, lengua en la que se escribían los documentos oficiales y que empleaba la iglesia, las chancillerías, los letrados en Derecho, etc. Los reinos cristianos eran, pues, también bilingües.

Rodrigo de Vivar, era hombre culto. De niño se crió con el hijo de Fernando I, el infante don Sancho, y como éste tendría de precep-

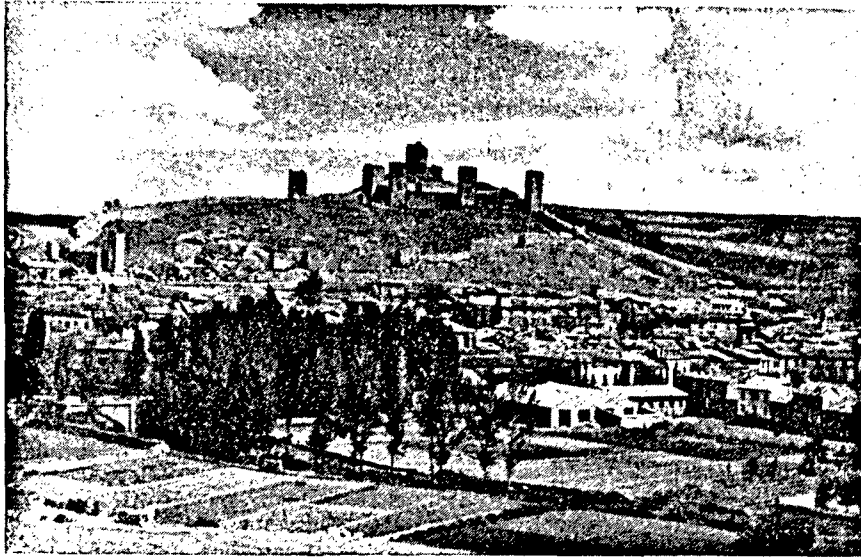


Fig. 106.—Castillo y recinto amurallado junto a la ciudad de Molina de Aragón (Guadalajara) y vega del río Gallo.

(Foto Hernández-Pacheco, 1948.)

tor a Raimundo, clérigo de gran ilustración, que fué Obispo de Palencia. Era sabedor en leyes y podía manejar los códigos visigodos; competencia en Derecho que explica su actuación en la jura de Santa Gadea y su intervención en asuntos oficiales jurídicos. Conocía el latín y el árabe, pues vivió gran parte de su vida entre moros, tanto en la corte de Zaragoza como en Valencia, donde el rey Cádiz había reunido gran biblioteca. El cronista Ben Baussan, dice que el Cid sentía entusiasmo por la literatura árabe, y se hacía leer la historia hazañosa de los antiguos de este pueblo.

En los idiomas hispanos evolucionados del romance, tal como el castellano, se observa que, a pesar de los varios siglos del uso del idioma árabe en Hispania como lengua docta, son relativamente pocas las palabras de tal origen que han llegado hasta el español actual, com-

paradas con las de origen latino o griego; observándose que la gran mayoría de ellas, se refieren a términos técnicos de agricultura, especialmente de regadío o de artesanía, en los oficios en que descollaban los moros; palabras que éstos tomaron de su lengua docta y transmitieron al romance.

En tal respecto, la abundancia en el lenguaje de términos de raíz árabe constituye guía adecuada para deducir el grado de desarrollo que alcanzaba entre los moros el asunto, materia, actividad, etc., a que tales palabras se refieren. El árabe fué lengua por la que se transmitió el progreso cultural, no sólo en Hispania, sino en Europa, desde el siglo VIII al XI, como el latín lo fué antes y seguía siéndolo, y lo fué el griego en la cultura de época romana.

#### UNIDAD RACIAL Y CULTURA DE LA PENÍNSULA EN LA ÉPOCA CIDIANA

La población de los reinos cristianos de la mitad Norte de la Península, tomó gran parte de su cultura de los pueblos moros del Sur y Levante, y, recíprocamente, el influjo de los cristianos enraizó entre los moros. Aparte de la diferente característica religiosa, el pueblo de los reinos del Norte presentaba como particularidades especiales, en relación con los reinos moros del Sur, más rudeza, más fortaleza, más combatividad y espíritu bélico; mejor y más potente armamento, organización y táctica militar. Pero, en el conjunto, había unidad racial, existiendo un cierto influjo étnico, resultante de infiltraciones migratorias bereberes procedentes de Africa, que penetraban por la puerta abierta del Estrecho de Gibraltar, en la frontera meridional, pues el Estrecho no separa, sino que une, el Mogreb al Andalus, y Africa a Europa.

Análogamente, había cierta infiltración europea por la frontera septentrional pirenaica; mucho menor que la africana, y siempre rechazados los intentos de penetración en son de guerra. Inmigración, por el Norte, mucho menor que la del Sur; pues en el primer caso se pasaba a país más pobre; mientras que en el segundo, los africanos venían hacia país más fértil y rico que el suyo, al Andalus.

En el aspecto cultural y de los usos y costumbres, la Hispania cristiana se morabizó, más aún que durante el califato, cuando los reinos cristianos tuvieron la hegemonía de la Península, en cuyo período es frecuente que los reyes cristianos firmen con caracteres árabes y conozcan y utilicen tal idioma de los doctos.

Ejemplo de tal morabización es la del Cid, según se ha dicho.

El desarrollo cultural de los reinos moros se continuó con semejante convivencia y respeto mutuo. Alfonso VI, que había convivido con su gran amigo el rey Mamún de Toledo; cuando el reino toledano pasó a su poder, no estableció alteración en las costumbres que existían, conservando cada grupo de ciudadanos el uso de su respectiva religión. A poco de rendida la ciudad, estando el rey ausente, la reina Constanza, en connivencia con sus compatriotas, el obispo Bernardo y los monjes clunienses, invadieron la mezquita principal, reservada al culto de los musulmanes, y la convirtieron en iglesia cristiana. Enterado Alfonso VI del atropello realizado a las condiciones de la rendición, regresó colérico a Toledo. Pero le salió al encuentro el alfaquí de los moros, hombre prudente, el cual calmó el justo enojo del monarca, apaciguándole, aceptando, en nombre de sus fieles mahometanos, los hechos consumados, en evitación de mayores males. Cuando, en 1226, Fernando III hizo edificar la Catedral de Toledo, en el mismo solar que ocupó la mezquita, convertida hacía ciento cuarenta años en iglesia, se colocó en el machón del lado de epístola, de la capilla mayor, la estatua en piedra del buen alfaquí, como homenaje a su memoria, por su laudable actuación de paz y de concordia.

La convivencia cristiano-mora a fines del siglo XI, se señala así mismo por el hecho que Alfonso VI tomase como esposa, después de la reina Constanza, a Zaida, hija o nuera viuda del rey moro de Sevilla, que aportó espléndidas arras territoriales al matrimonio, y de la que tuvo el rey su único hijo varón, el infante don Sancho.

Alfonso VI dió realidad política al conjunto hispano, titulándose «Emperador y señor de las dos leyes y naciones», título que más tarde se adjudicó, ampliado, Fernando III el Santo, al incluir también a los judíos que constituían población importante, titulándose «Emperador de las tres religiones». Tal comprensión de tolerancia religiosa, la expresó en el primer tercio del siglo XIV el infante don Juan Manuel, escribiendo: «Jesucristo nunca mandó que matasen nin apremiasen a ninguno, porque tomase la sua ley, ca él non quiere servicio forzado».

La intolerancia religiosa por parte de los cristianos fué fruto tardío, pues no comenzó hasta terminada la reconquista. Tampoco existió por parte de los musulmanes españoles, pues la impusieron los africanos almoravides, contra lo que reaccionaron los mahometanos españoles, cuando pudieron librarse del yugo de ellos.

El conjunto de luchas, casi constantes en el suelo hispano, visto ante la perspectiva que da el largo transcurso del tiempo y la aclaración de los sucesos por los estudios modernos de historiadores y orientalistas, hace ver que el largo período cristiano musulmán hispano es,



en su esencia, una sucesión secular de luchas civiles, en las que se combatía en el periodo histórico que se examina, por la obtención del poder y de la hegemonía peninsular. Posteriormente, cuando el Andalus es conquistado por los almoravides africanos, es cuando éstos muestran su intolerancia religiosa.

El influjo de la Europa ultrapirenaica en el especial tipo cultural y de civilización hispana, aunque no fué grande, se produjo, aparte de otras causas, por la expansión que Sancho el Mayor de Navarra dió a su reino por la vertiente pirenaica francesa, instalándose en España la orden benedictina de los monjes de Cluny, en el primer tercio del siglo XI. Influyó también en tal corriente cultural, los matrimonios entre los miembros de las casas reinantes a uno y otro lado del Pirineo. Tales características europeas produjeron la unidad católica bajo la dirección espiritual del pontificado romano.

El monje Hildebrando, o sea el Papa Gregorio VII, se propuso que las iglesias nacionales dependieran directamente del pontificado. De realizarlo en España se encargaron los monjes franceses de Cluny, que hallaron en la reina Constanza, hija del duque de Borgoña y esposa de Alfonso VI, gran protección, por lo que ocuparon numerosos e importantes cargos eclesiásticos. Cesó la autonomía de la iglesia hispana, y, con protesta de la mayor parte del pueblo y tras complicada gestión, fué sustituido el rito gótico, denominado muzárabe, por el romano, quedando como reliquia histórica de aquél, el que aún se celebra en una de las capillas de la Catedral de Toledo. Por el influjo de los monjes de Cluny, bien recibidos en el país, se sustituyó la letra gótica por la francesa, más fácil de escribir. Pero se pretendió, por Gregorio VII, que España fuese feudataria de Roma, alegándose que en la antigüedad fué patrimonio de San Pedro, y la pretensión fué rechazada por los reinos hispanos.

El Cid aceptó el influjo que venía de Roma, y pidió consejo a Bernardo de Sédirac, de la orden benedictina de Cluny, el cual le envió al joven clérigo don Jerónimo, al que dió el Campeador una almunia en Yuballa, cerca de Valencia (según especifica Menéndez Pidal). El pueblo y el clero muzárabe le proclamaron obispo de Valencia, según se expresa en el «Cantar de Mio Cid»:

«En estas nuevas — todos se alegrando,  
de parte de Oriente — vino un coronado;  
el obispo don Jerome — so nombre es llamado.  
Bien entendido es de libros — e mucho acordado,  
de pié e de cavallo — mucho era arreciado.»

Poca aceptación y utilidad tuvieron en la Península las intromisiones armadas procedentes del exterior, bajo la forma de cruzadas contra los infieles musulmanes. En 1063, el Papa Alejandro II promovió una contra los musulmanes hispanos, al mando del gonfolero del pontificado, el francés Guillermo de Montreuil, a la que se unió el Conde de Urgel. La populosa y rica ciudad de Barbastro, dependiente del rey moro de Lérida y que se gobernaba autonómicamente, fué sitiada; y al quedar privada del abastecimiento de agua, se rindió. Los sitiadores, faltando al pacto de rendición, hicieron gran mortandad en los rendidos, saqueando la ciudad. Esclavizaron a los habitantes, repartiéndoselos, y la pusieron bajo la alta soberanía del rey de Aragón y del Conde de Urgel Ermengol; instalándose en ella, los vencedores, en reprochable y vergonzoso plan de rapiña, crueldad y lujuria. Hasta que, en 1065, Moctadir, el rey moro de Zaragoza, hermano del de Lérida, con auxilio de Motadid, de Sevilla, recuperaron la ciudad, mataron al Conde Ermengol y pasaron a cuchillo a los invasores.

En el siguiente decenio, siendo pontífice el monje Hildebrando, se organizó nueva cruzada contra los musulmanes hispanos, al mando del capitán francés Ebles de Roucy, pero ante la resistencia de Alfonso VI y de los demás reinos cristianos, la expedición fracasó, sin llegar a realizarse.

En tiempos posteriores, en los críticos momentos del peligro de las invasiones guerreras procedentes de Africa, los reyes cristianos solicitaron auxilio extranjero, acudiendo algunas bandas de combatientes forasteros, al aliciente de la ganancia. Pero ante las penalidades de la campaña, dureza del clima y pocas utilidades, abandonaron la empresa, regresando a su país la casi totalidad de los venidos.

Los reinos cristianos tenían organización militar y empuje bélico superior al de los reinos moros. Así es, que pronto los primeros dominaron a los segundos, ejerciendo sobre ellos el poder. Pero los países del Norte, escasos de población y faltos de riqueza, no aspiraban en sus campañas contra los musulmanes del Sur y de Levante, a la conquista y colonización del territorio, sino al sometimiento, a la hegemonía, a la obtención inmediata de dinero o cosa que lo valiera, y al vasallaje del vencido y pago anual de parias. Esto explica porqué era frecuente que las campañas terminasen, a veces sin combatir, saliendo el amenazado con rico presente al encuentro del enemigo, para que éste se retirara sin hacer más daño.

Del reconocimiento del vasallaje, ambas partes obtenían algún beneficio, pues el que lo imponía, contraía la obligación de defender al que lo aceptaba, de ataques extraños, acudiendo a auxiliarle con el

ejército. Era, pues, tal régimen, del tipo de los protectorados actuales; pero, de acuerdo con la rudeza de los tiempos, era más claro, terminante y expeditivo que el sistema actual, en que el despojo suele enmascararse. Tal sistema producía mayor compenetración entre ambos pueblos: el moro y el cristiano. Los reyes cristianos cuidaban mucho de la conservación del beneficioso sistema de parias. Por su parte, los reyes moros tributarios, en cuanto notaban debilidad del dominador, dejaban de pagar o acudían a otro de más poderío y que les diera más ventajas en la tributación. En tal cuestión los reyes cristianos procuraban concertarse unos con otros, respecto al reparto de lo que en los tiempos actuales se denominan «zonas de influencia». La invasión almoravide dió al traste con el sistema de las parias.

#### LOS ALMORAVIDES

El 25 de mayo de 1085 entró solemnemente en Toledo Alfonso VI, el titulado «Emperador soberano de los hombres de las dos religiones», de los cristianos y de los musulmanes de Hispania, y estableció su corte en la céntrica ciudad peninsular, que había sido la capital de la monarquía goda. Del relato que antecede, respecto al desarrollo cultural y de relaciones políticas y sociales, entre moros y cristianos, se deduce que la convivencia e influjo recíproco entre los dos factores de la población hispana, llevaba camino de constituir unidad geopolítica peninsular, con genuína cultura y organización social. Esta tierna florecencia en el país más occidental del ecúmeno, se agostó en cierne, cerrándose un ciclo de la historia de Hispania.

Diversas causas confluieron a ello: De una parte, la ambición y avaricia de Alfonso VI, agobiando a los reinos moros con tributos excesivos y exigencias cada vez mayores. De la otra, la excesiva molicie y lujo de las múltiples cortes musulmanas, que ocasionaba oprimir al pueblo con impuestos extraordinarios para gastos improductivos y sin utilidad social. Fermentaba en el espíritu de la población mora el descontento, y, más exacerbado aún, en los ulemas, faquíes y cadíes, que veían con la libertad y novedad de costumbres y del régimen público disminuir su autoridad y poderío en lo pertinente al cumplimiento de las prescripciones coránicas.

Mientras en el Andalus se descomponían los reinos de taifas, por sus reyertas intestinas, y los reyes cristianos los hacían tributarios; al otro lado del Estrecho, muy lejos, hacia el Sur, en los territorios meridionales del Atlas, en los desiertos del Sáhara occidental, donde se en-

gendran las destructoras nubes de langosta, se predicó la pureza de la religión mahometana y las tribus de nómadas saharianos, enfervorizadas y fanatizadas, avanzaron en destructora avalancha guerrera a la conquista del Mogreb, al mando de Abu-Bekir, pasando el Atlas, a mediados del siglo XI y fundando la ciudad de Marraqués.

A Abu-Bekir le sucedió en el bando de los murabitín (defensores de la fe) o almoravides, su primo Yusuf ben Taxfin, de la cábila sahariana de Lantuna, el cual continuó la conquista, sometiendo a su obediencia soberana todo el Mogreb. Ocupó la planicie atlántica, conquistó Fez y Mequinez, el valle del Sebú y llegó al litoral del Estrecho. En 1077 conquistó Tánger, en 1081, Orán, y en 1084, Ceuta. El imperio africano almoravide comprendía desde el Senegal al Mediterráneo, el Sahara occidental, el Sus, Argelia y Marruecos.

Cuando Yusuf llegó al litoral del Estrecho, la opinión popular hispano-mora vió en el conquistador sahariano, si éste pasara a la Península, un remedio contra las excesivas contribuciones e impuestos que agobiaban al país. Se pusieron al frente de la campaña los faquíes y cadíes, que esperaban de la religiosidad de Yusuf y de los almoravides la recuperación y poder de la clase. El programa de la propaganda comprendía los siguientes enunciados: a) Remedio a la falta de observancia de los preceptos religiosos y a la inmoralidad de las costumbres. b) Disminución de los impuestos a los límites señalados por la ley alcoránica. c) Eliminación del tributo a los reinos cristianos y desaparición del vasallaje a éstos.

Las clases intelectuales, que eran sostenidas por la protección que les dispensaban las cortes moras, temían que con el rigorismo religioso se prohibieran sus escritos y especulaciones de orden científico. También eran contrarios los muzárabes, que constituían grupo social muy numeroso y temían los efectos de la intolerancia religiosa. Asimismo y por la misma causa, eran opuestos los judíos, que abundaban entre cristianos y mahometanos, que predominaban en determinadas ciudades y que en algunas, tales como Lucena, constituían el total de la población.

Los reyes de taifas, que seguían con interés los avances de los almoravides, temían que, al alcanzar la invasión al Andalus, acabasen por destronarles, pasando los reinos hispanos a recrecer el imperio africano. Pero, por otra parte, la creciente presión y aumento de exigencias de Alfonso VI, les tenía indecisos. La conquista, por éste, de Toledo, y el influjo creciente del sector que pudiéramos llamar de derechas, les decidió en favor de la intervención almoravide en España. Únicamente

los reinos moros del Norte, tal como el de Zaragoza, más resguardados y con guarnición cristiana, se resistieron.

Ante la grave resolución de traer a Yusuf con sus almoravides y el peligro de que pasase de auxiliar a amo, los tres principales reyes del Andalus: Almotamid, de Sevilla; Motawakil, de Badajoz, y Abdallah, de Granada, se reunieron, y ante el estado de la opinión pública, la presión de los faquíes y la disyuntiva entre Alfonso VI con sus cristianos, y Yusuf con los almoravides, decidieron enviar a éste embajadores, invitándole a pasar el Estrecho, previo juramento de no despojar de sus reinos a los príncipes del Andalus. Yusuf se hizo rogar y por fin aceptó.

#### DESEMBARCO ALMORAVIDE Y BATALLA DE ZALACA

El grueso del ejército almoravide, en un centenar de navíos, desembarcó en Algeciras, exigiendo al gobernador la entrega de la plaza. Este, que era Radí, hijo de Motamid, de Sevilla, envió a su padre, con una paloma mensajera, un escrito pidiendo órdenes; otra paloma trajo la respuesta, ordenándole que evacuara Algeciras y se retirase a Ronda. Al día siguiente llegó Yasuf, el cual, dejando bien guarnecida y abastecida la plaza, salió para Sevilla, en donde se concentraron las fuerzas militares de los reyes de Sevilla, de Granada, de Málaga y de Almería, marchando a Badajoz (fig. 107), para desde allí avanzar a Toledo.

Mientras tanto, Alfonso VI, que sitiaba Zaragoza, levantó el sitio y, con algunos caballeros franceses que le acompañaban, regresó a Toledo; organizó tropas moras de caballería ligera y se le unió su principal caudillo, Alvar Fañez, con los castellanos que ocupaban Valencia. Reorganizado el ejército, Alfonso marchó al encuentro de los almoravides, con deseo, adelantándose, de llevar la guerra al país enemigo. La extrema punta de vanguardia de los cristianos encontró al enemigo, a una jornada corta de Badajoz, en la llanura derecha del Guadiana, a pocos kilómetros del cauce de este río y cerca de su afluente el Gévo-ra (fig. 108). Es un terreno de aluviones y depósitos arcilloso-arenáceos del Neogeno; con lomas bajas y achatadas de muy poca altura; en la llanura, atravesada por un pequeño afluente al Guadiana, denominado Arroyo Guerrero, en la actual dehesa de Sagrajas, de terrenos actualmente de pasto y de labor, con algunos encinares, de arbolado claro. Era fines de octubre. El río Guerrero tendría, en esta zona baja de su curso, grandes charcos residuales, pero no corriente continua, sino subálvea, porque las lluvias tempranas de la otoñada, en Extremadura, empanan el terreno, pero no hacen correr, con permanencia, a los arroyos

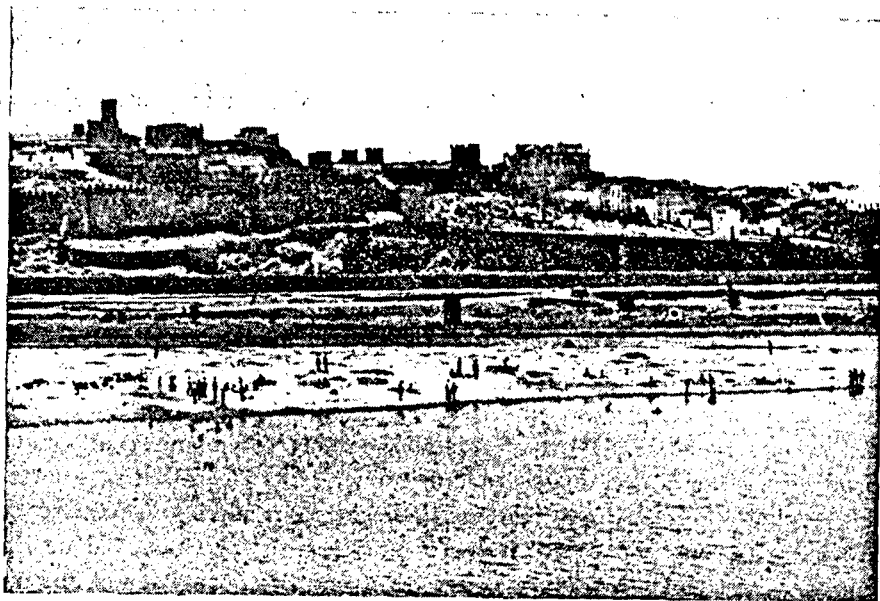


Fig. 107.—La alcazaba y parte antigua de Badajoz, desde el Guadiana.  
(Foto Hernández-Pacheco, 1951.)

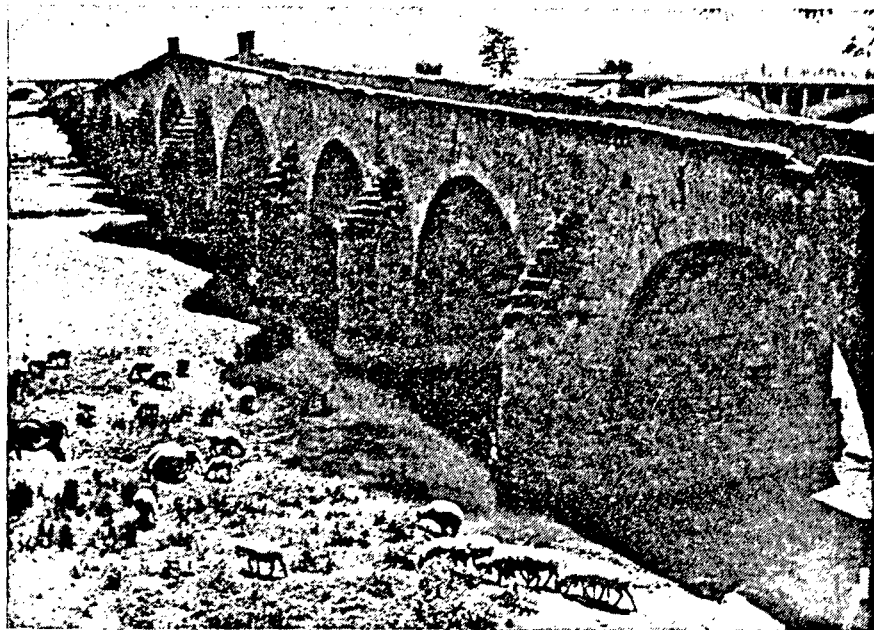


Fig. 108.—Antiguo puente sobre el Gévora, afluente al Guadiana, entre Badajoz y  
el campo de Sagrajas, paraje de la batalla de Zalaca.  
(Foto Hernández-Pacheco, 1951.)

y ríos pequeños. Las crónicas dicen que separaba a uno y otro ejército un curso fluvial en el que abrevaban los caballos de una y otra hueste (fig. 109). Los historiadores musulmanes denominan a tal paraje Zalaca, que quiere decir «resbaladero» o terreno pantanoso. Los cronistas cristianos le denominan Sacralias.

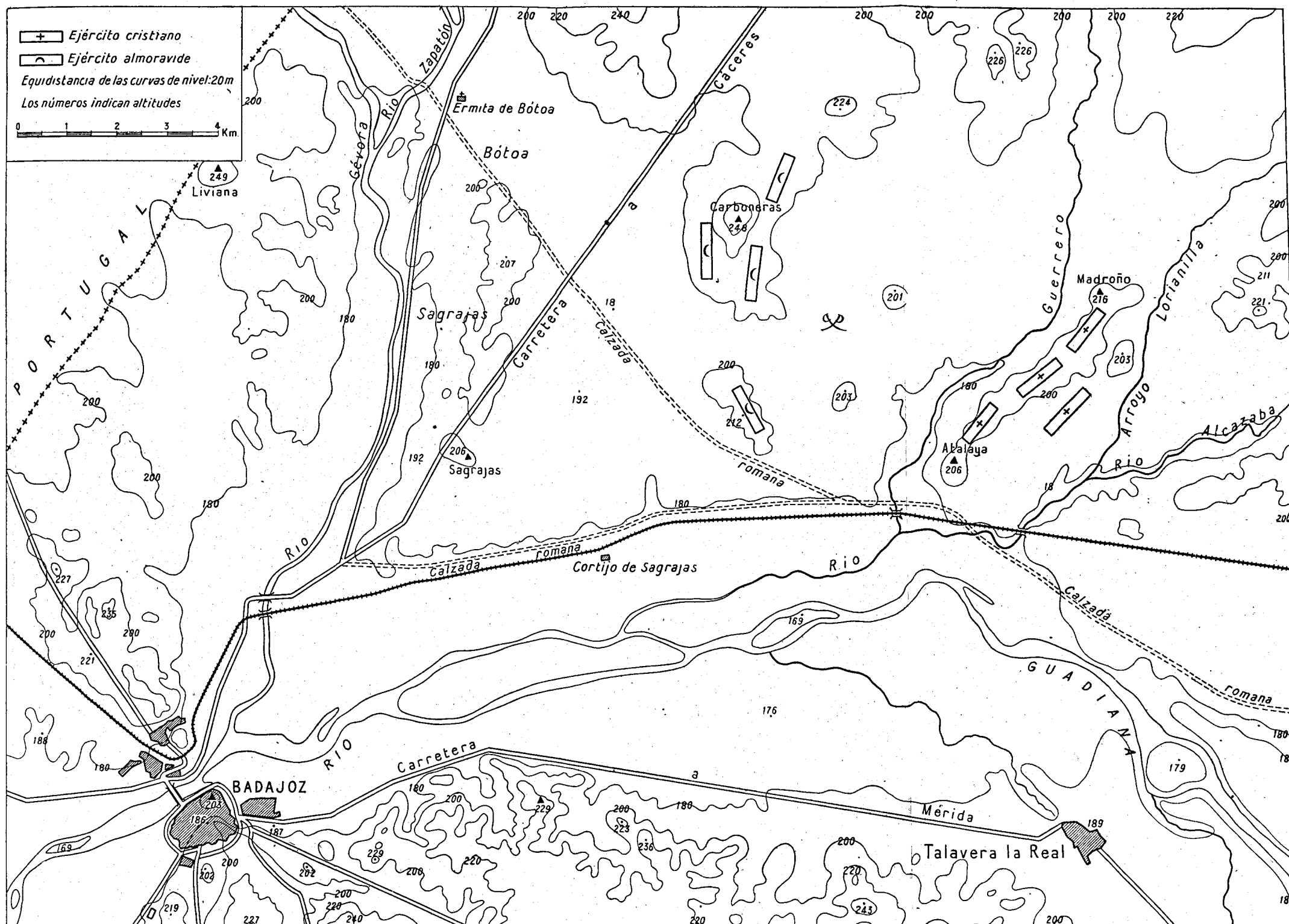
Los almoravides emplearon en su conquista del Mogreb y traían a España una táctica nueva. Cada grupo se distinguía por una bandera especial y diferente, para que a éstos pudieran fácilmente, cuando avanzaban con ellas desplegadas, dárseles órdenes durante el fragor del combate. Por primera vez se oyó en España el formidable y acompasado trueno del redoblar de grandes tambores, que acompañaba al ataque ordenado y sincrónico de cada sector combatiente; con táctica guerrera semejante a la de los tercios españoles, en sus masas de piqueros y arcabuceros, sustituidos en este caso por flecheros. La novedad de los tambores se refleja en el «Cantar del Mio Cid», en el pasaje en el que los almoravides atacan Valencia y el Campeador tranquiliza a Jimena y a sus hijas:

«Fincadas son las tienda — e parecen los alvares  
a una grand priessa — tañian los atamores.  
Non ayades miedo — que todo es vuestro pro;  
Antes destes quinze días — si plugiere al Criador.  
Abremos a ganar — aquellos atamores:  
A vos los pondrant delant — e veredes cuales son.»

El ejército de Alfonso acampó a la izquierda del riachuelo Guerrero, el Nahar-Hagir, de la crónica. Enfrente, al otro lado del curso fluvial, y teniendo Badajoz a la espalda, estaba el ejército musulmán, ocupando la vanguardia Motamid con los españoles, separados por una pequeña loma de los almoravides, semiocultos éstos en el encinar y malezas del terreno (Lám. IV).

Al amanecer del 23 de octubre 1086, la vanguardia del ejército de Alfonso, al mando de Alvar Fañez, cruzó el cauce del Guerrero y atacó a los andaluces de Motamid, que a poco comenzaron a ceder y a huir hacia Badajoz; Motamid, aunque herido, resistió con los sevillanos y pidió refuerzos a Yusuf, el cual, según el cronista árabe, dijo tranquilamente: «Dejadlos que los destruyan un poco más, pues tanto ellos como lo rumies son enemigos».

Alfonso, con el grueso del ejército cristiano, acometió a la loma donde estaba el frente de los africanos, que comenzó a descomponerse. Entonces Yusuf envió al caudillo Abu-Beker, con los del Mogreb, en auxilio de Motamid, y él con la zaga, formada de susies y saharianos, dando un rodeo, atacó por la espalda al campamento de Alfonso, incen-



Mapa del territorio de la batalla de Zalaca o Sagrajas, en las cercanías de Badajoz, y situación de los ejércitos contendientes.



diándole, y huyendo sus guardianes hacia donde estaba Alfonso y Alvar Fañez.

Alfonso acudió a defender el campamento, y el frente de batalla se invirtió. Los cristianos tuvieron que dar cara al ataque de Yusuf y defenderse del ataque de los del primer frente, aumentado con los fugitivos hacia Badajoz, que regresaban al campo de batalla al ver el cambio operado. La batalla duró todo el día, sosteniéndose los de Alfonso

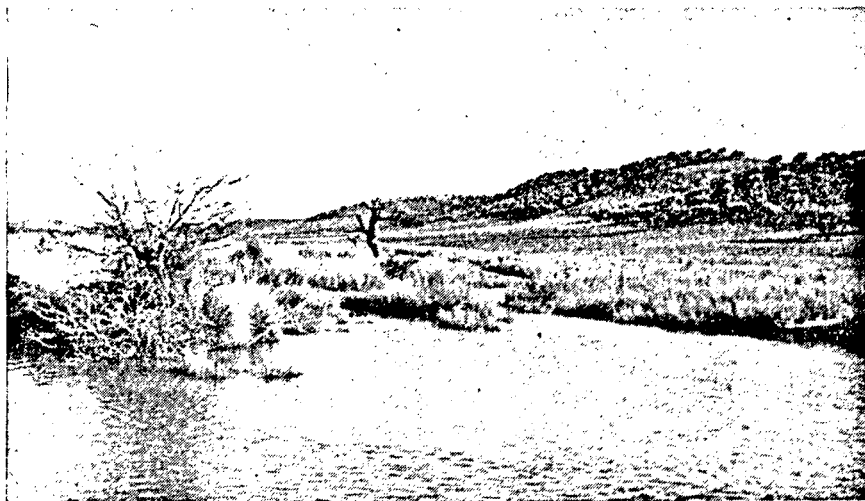


Fig. 109.—El río Guerrero y las colinas inmediatas en donde se libró la batalla de Zalaca, en 1086, entre los almoravides y los moros del Andalus, contra las huestes cristianas de Alfonso VI.

(Foto Hernández-Pacheco, octubre 1933.)

a la defensiva, hasta que al atardecer entró en acción un cuerpo de tropas negras, de refresco, que completó la derrota.

Alfonso VI fué herido de una puñalada, que le atravesó un muslo, y con un grupo de unos quince caballeros pudieron alejarse del campo de batalla al cerrar la noche, y a campo traviesa llegar a refugiarse en Coria, distante más de veinte leguas del lugar de la pelea.

La invasión almoravide ocasionó alteraciones decisivas en el rumbo geopolítico que se iniciaba en el conjunto peninsular con un tipo naciente de genuina cultura hispana. Se interrumpieron el desarrollo cultural y el progreso científico, y cesó la convivencia cristiano-mora, que estaba sostenida por la mutua tolerancia.

Después de la batalla de Zalaca, el Andalus pasó a ser dependencia geopolítica del imperio africano almoravide.

#### DESAPARICIÓN DE LOS REINOS DE TAIFAS

La línea fronteriza en los finales del siglo XI y primera mitad del XII, estaba formada por la corriente del Tajo en su parte occidental. En el centro formaban zona fronteriza los bordes meridionales de los Montes de Toledo, sin alcanzar al Guadiana. En el Noreste peninsular y cuenca del Ebro persistía el conjunto de reinos cristianos de Navarra, Aragón y Cataluña, juntamente con algunos reinos moros. La frontera cristiana resistió los embates procedentes del Sur, salvo algunas plazas fuertes del reino de Toledo, que fueron conquistadas, tales como Consuegra, Uclés, Huete y algunas otras.

La expansión invasora musulmana se dirigió principalmente hacia Levante. En esta zona peninsular, en la gran amplitud territorial valenciana, operaba el Cid desde la desembocadura del Ebro hasta la península alicantina, teniendo como centro Valencia.

El Sureste estaba ocupado por diversos reinos moros, en frecuentes discordias unos con otros. En el centro de tal territorio los castellanos tenían la importante fortaleza de Aledo, «que es fuerte a maravilla, puesta en una peña tajada y sobre un alto y escarpado monte, a donde el rey Alfonso mandó ir a ella muchos ballesteros y la flor de sus campeadores». Aledo tenía situación estratégica formidable, a mitad de distancia entre Murcia y Lorca, dominando la región y manteniendo al país en continua alarma por las imprevistas y arrolladoras cabalgadas procedentes de la fortaleza. Los reyes moros del Sureste, con el de Sevilla y el auxilio del africano Yusuf, pusieron sitio a Aledo, sin conseguir tomarlo. Alfonso, en un audaz golpe de mano, pudo salvar a la muy mermada guarnición de castellanos, que resistían, abandonando el casi destruido castillo.

Alfonso VI, ante la gran necesidad de reunir toda su potencialidad bélica, se reconcilió con el Cid que, siempre leal y patriota, acudió a Toledo en 1086, donde fué recibido con grandes honores. Cádiz, el rey moro de Valencia, al verse libre de la dura protección de Alvar Fañez, hizo alianza con los almoravides. Pero los alcaides de los castillos dejaron de abonar las rentas a Cádiz, y éste acabó por someterse al Cid, como asimismo los demás príncipes moros de Levante: Lérida, Tortosa, Alpuente, Murviedro, Segorbe, Jérica, Almenar, Liria, Valencia, Játiva y Denia, con lo cual el dominio del Campeador se extendió desde Orihuela a Tortosa.

El Cid nunca esquilmo ni vejó a los moros de Valencia, como lo

hizo Alvar Fañez, y de su gobierno dice la crónica de Ben Alcama: «Y lo que el Cid mandaba o negaba, eso se hacía o se dejaba de hacer en Valencia.» «Durante toda la larga enfermedad de Cádiz, todo quedó en manos de Ben-Alfarax, el visir nombrado por el Cid, y el Cid puso fieles que intervinieron las rentas de la tierra y del mar, y puso en cada aldea un caballero castellano que guardase a los moros, así que no osaba ninguno agraviar a otro. Y si bien cada caballero de éstos percibía seis dinares diarios y los pueblos se quejaban de esta carga, siempre los valencianos agradecían el vivir dentro de justicia en gran bienestar.»

En el orden interior o civil, el pueblo del Andalus se vió aliviado de los excesivos impuestos, pues los reinos moros dejaron de pagar el tributo a los reyes cristianos. Los faquíes y caídes ordenaban y mandaban en lo pertinente a las costumbres y a la observancia de los preceptos coránicos.

Yusuf, hombre rígido, austero y en extremo religioso, obraba siempre mediante consulta a los doctores de la ley y resguardaba sus actos públicos y políticos con las «fetfas», o sea dictamen emitido por el consejo de los faquires. En virtud de una fetfa, Yusuf decretó que todos los príncipes del Andalus y de Levante aboliesen los impuestos, reduciéndoles a los ordenados por la ley coránica, con lo cual privó de recursos a los príncipes o les indisponía con sus súbditos si no lo cumplían. Además, los mismos reyes moros hicieron a Yusuf confidente y árbitro de sus discordias, querellas y traiciones, con lo cual, mediante una fetfa, hizo prender a Aben-Raxic, príncipe de Murcia, y le entregó a su enemigo Motamid, de Sevilla. En virtud de otras consultas y fetfa consiguientes, los reyes de Granada y Málaga fueron destronados y desterrados a Africa, apoderándose Yusuf de sus reinos.

Motamid de Sevilla y Motawakil de Badajoz, comprendieron que a ellos les llegaría su vez, y trataron de aliarse con Alfonso de Castilla. Una fetfa, del Consejo de faquires, les declaró indignos y aconsejó que Yusuf estaba en el deber de destronarlos y ocupar su puesto. Los almoravides sitiaron y tomaron las principales ciudades de Motamid y cercaron a éste en Sevilla. Alfonso VI envió a socorrerle a Alvar Fañez, que fué derrotado en Almodóvar, y Motamid, que se defendió valientemente, fué obligado a rendirse, pasando el reino de Sevilla, en 1091, a poder de Yusuf. Este envió a Africa a Motamid, encarcelándolo en Agmat, pequeña ciudad cercana a Marraqués, donde la espiritual y caprichosa sultana Romaiquia y sus hijas tuvieron que ejercer el oficio de tejedoras para poderse mantener miserablemente, ellas y el cautivo Motamid.

El rey Motacín, de Almería, resistía el cerco que le pusieron los almoravides, y al morir, durante el sitio, aconsejó a su hijo, que defendía la ciudad, que cuando supiera que Sevilla se rendía, embarcase y huyera a Bujía, donde sería bien recibido, evitando que los enemigos hicieran daño en la ciudad. Y así se realizó. Después de Almería, ocuparon los almoravides Murcia y Denia.

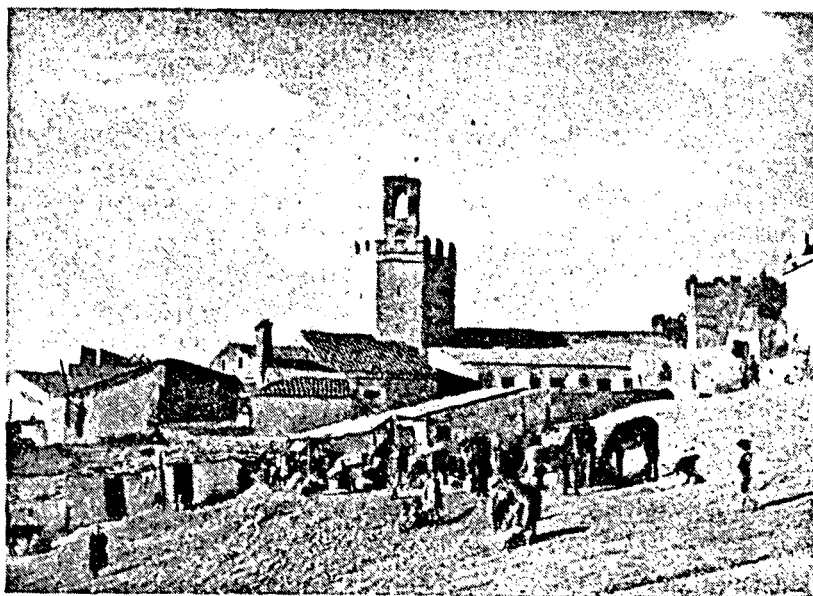


Fig. 110.—Alminar, denominado «torre de Espantaperros», inmediato a la alcazaba de Badajoz.

Motawakil, de Badajoz, al ver que las tropas de Yusuf invadían su reino, pidió ayuda a Alfonso VI, cediéndole Santarem, Cintra y Lisboa. Pero los almoravides, en 1094, tomaron por asalto la alcazaba de Badajoz (fig. 110) y prendieron al rey y a sus dos hijos, sin dar tiempo a que llegase el ejército de Alfonso VI. Se apoderaron del tesoro real y condujeron camino de Sevilla a Motawakil y a sus hijos, cortándoles la cabeza a poca distancia de la ciudad conquistada.

#### DEFENSA DEL LEVANTE POR EL CID

Todo el Andalus, la Axarquía y el Algarve, toda la mitad meridional de la Península, de Este a Oeste, cayó en poder del africano prínci-

pe de los creyentes, el Emir-al-mumenín, Yusuf-ben-Takfin; todo menos lo dominado por el Cid (fig. 111).

La zona estratégica, defensiva del dominio del Cid, estaba en el Sur; en las alineaciones montañosas de la península alicantina, arrumbadas de WSW. a ENE., y que dan frente a la planicie meridional valenciana (fig. 112). La alineación orográfica externa, que mira al amplio valle valenciano del Montesa, es la Sierra Grosa, en cuya base está Játiva y su fuerte castillo en la altura. La alineación orográfica interna es la Si-



Fig. 111.—La glera del Arlanzón en Burgos, punto de partida de la campaña del Cid hacia Valencia. «La oraçion fecha — luego cavalgava; salió por la puerta — e Arlançón passava — Cabo Burgos essa villa — en la glera po-ava — fincava la tienda — e luego descavalgava» (Cantar del Mío Cid).

(Foto Hernández-Pacheco.)

erra de Benicadell, detrás de la cual, al Sur, está la Serranía de Alcoy, que se alza más del millar de metros de altitud en la cumbre del Moncabrer. Entre la Sierra Grosa y la de Benicadell se extiende el amplio y fructífero valle del Albaida. Este valle comunica con la plana valenciana por una garganta estrecha que corta la Sierra de Játiva, efectuándose la comunicación con la serranía de Alcoy por el puerto de Benicadell, que divide a la alineación montañosa en dos segmentos desiguales en altitud y extensión. Defendía el paso por el puerto el castillo de Peña Cadiella, que estaba medio desmantelado. Otro camino desde las

serranías de la península alicantina a la plana litoral valenciana es por la costa, a lo largo de la playa, desde Denia al cabo Cullera.

El Cid se propuso cerrar el paso a la plana valenciana por la frontera meridional, que era peligrosa. Para ello, con sus huestes y con las tropas de socorro que le envió el rey Pedro de Aragón, salió de Valencia hacia Játiva, y penetraron en la garganta del Albaida. Los almora-

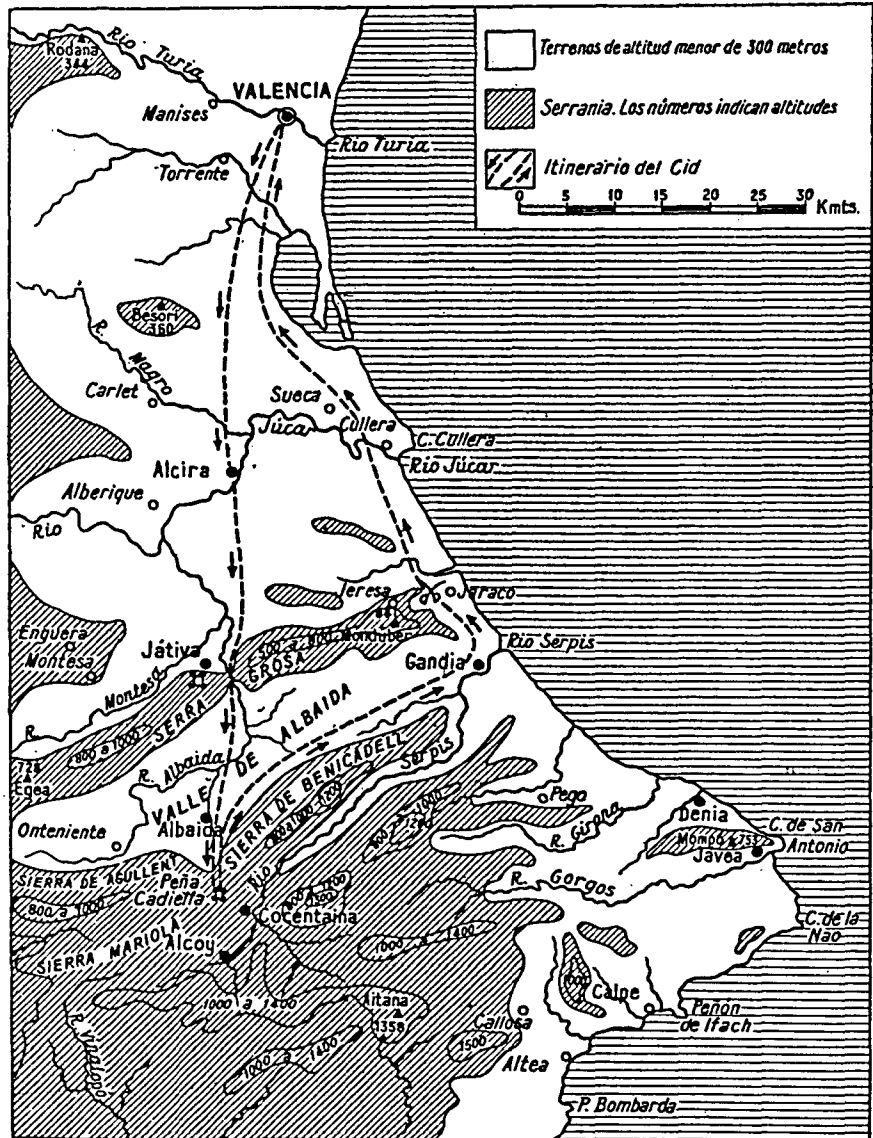


Fig. 112.—Mapa esquemático de la línea estratégica del Cid, defensora de Valencia.

vides, con sus auxiliares andaluces, estaban en las alturas que bordean la estrechura, pero no atacaron, sea porque no se atrevieron contra las fuerzas de flanqueo, sea porque pensaron encerrarlos entre las fragosidades de las serranías alicantinas, sea por ambos motivos. Las fuerzas cidianas llegaron a las amplitudes del valle de Albaida, donde se establecieron; recompusieron el castillo de Peña Cadiella, dejaron en él fuerte guarnición bien abastecida, y el Cid, con el resto de las fuerzas, regresó a Valencia. Pero no por el camino del interior, por donde habían venido, sino por el de la costa, saliendo a Gandía y avanzando por la playa hacia el cabo Cullera, que se divisaba en la lejanía.

Esta zona costera del golfo de Valencia es de disposición y extensión variable con el tiempo, por efecto del juego de las corrientes litorales y los temporales. En ciertas zonas se constituyen restingas, que aislan albuferas, y se forman esteros y caños; o aumenta la extensión de la playa por acumulaciones de arenas, como sucede en Valencia y en otros parajes, según acreditan datos de observaciones en diversidad de épocas históricas, haciendo tales variaciones litorales el efecto que el mar se retira del continente a causa de lenta elevación del terreno litoral. No obstante tal apariencia, la costa está estabilizada y el terreno no ha experimentado movimiento alguno en la vertical, desde época romana.

En el tramo de costa entre Gandía y Cullera existe un estrechamiento del camino, cerca de Jeresa, entre el empinado cerro del Monduber, que se eleva desde la playa, a la altitud de 841 m., y la línea de costa, entonces ocupada por esteros y caños. Acampado en la base del Monduber, esperaba el ejército almoravide, al mando de Mohammad, sobrino de Yusuf, la llegada de los cidianos, y en barcas, en los caños del estero del castillo de Bairén, estaban apostados ballesteros moros, para impedir el paso por el lado del mar.

Las huestes expedicionarias se detuvieron, y mientras sus ballesteros atacaban en la base del cerro, el compacto escuadrón de caballería pesada del Cid se lanzó como férrea mole y forzó el paso, sufriendo gran derrota los almoravides y sus auxiliares andaluces, y recogiendo abundante botín los vencedores, que sin más novedad llegaron a Valencia, dejando asegurada la frontera.

Yusuf vino por cuarta vez de Africa, y se dispuso a atacar a Toledo, el año 1097; Alfonso VI pidió ayuda al Cid, quien, no pudiendo abandonar Valencia, envió a su único hijo varón, Diego, que tendría unos veintidós años. Los ejércitos se encontraron en Consuegra, sufriendo el castellano gran derrota, en la que pereció el hijo del Campeador. El Cid murió dos años más tarde, en 1099, a la edad de cin-

cuenta y seis años. Su hija mayor, Cristina, casó con Ramiro, infante de Navarra, y la menor, María, con el Conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, según expone Menéndez Pidal, ilustre historiógrafo, cuya obra respecto al Cid, sirve de guía en nuestro relato.

La viuda del Cid, Jimena, pudo sostener el dominio valenciano durante tres años, auxiliada por su yerno, el Conde de Barcelona. En 1101 Valencia fué sitiada por los almoravides. Jimena pidió auxilio a Alfonso VI, que logró levantar el sitio, pero no atreviéndose a conservar la ciudad, ésta fué abandonada en 1102.

En 1108 fué la sangrienta batalla de Uclés contra los almoravides, batalla que se denominó de los «Siete Condes», por los que en ella perecieron, y, entre ellos, García Ordóñez (el implacable enemigo del Cid), resguardando sus escudos al infante don Sancho, que todavía era niño, único hijo varón de Alfonso VI y de Zaida, la mora sevillana. Poco tiempo después, en 1109, falleció Alfonso VI.

En esta época decisiva de la historia de Hispania, en la que cambió el rumbo de su cultura y de su porvenir, Alfonso VI y el Cid Campeador se presentan, al modo de dos árboles gigantes, de fuerte y denso ramaje, cuyas guías terminales, que se alzaban altas, tiernas y jugosas, fueron tronchadas por el huracán. Sin renuevo ambas guías apicales, no destacó nada señero, durante mucho tiempo, en la maraña del bosque hispano.

#### INTOLERANCIA ALMORAVIDE Y DESAPARICIÓN DE LA CONVIVENCIA CRISTIANO-MORA

En 1107, sucedió a Yusuf, Alí, y a éste, en 1144, Takfin, que sólo reinó dos años, acabando en 1146 el imperio almoravide.

Consolidado el sometimiento de los territorios hispanos musulmanes al imperio almoravide, su organización se realizó con las siguientes bases: los puestos de mando, gobiernos y alcaldías, fueron desempeñadas por almoravides africanos, especialmente de los de Lamtuna, con el asesoramiento de los faquíes y cadíes. Las guarniciones de las ciudades interiores y de los castillos, fueron, asimismo, de africanos almoravides. El cuidado de las fronteras y las luchas fronterizas, se encomendó a los musulimes andaluces, por conocer éstos mejor el sistema de guerra de los rumies.

Tal organización gubernamental produjo gran descontento en el país. Cesó el desarrollo cultural, no tolerándose o sometiéndose a dura censura las especulaciones filosóficas, literarias, históricas y de las cien-



cias naturales, y se rompió la convivencia y régimen de tolerancia entre musulmanes, mozárabes y judíos, con acentuada persecución contra los dos últimos factores sociales. Ejemplos de esto fué el caso de Lucena, ciudad ocupada exclusivamente por judíos, a los que se quiso obligar a hacerse mahometanos, fundamentándose en antigua conseja, consignada en el libro del cordobés Aben-Muverra, según la cual, los de tal creencia prometieron al Profeta aceptar su doctrina si, llegado el año 500 de la hegira (1107 de la era cristiana), no venía el Mesías prometido. El asunto se resolvió por la intervención de Ben-Hamdú, cadí de Córdoba, mediante la entrega de exorbitante cantidad, a título de contribución extraordinaria.

Los mozárabes, diseminados entre la población musulmana, numerosos en algunas ciudades, y acupando muchas alquerías en las serranías del Andalus, especialmente en las granadinas, fueron perseguidos, destruyéndoles sus iglesias. Muchos emigraron a territorios cristianos, principalmente a Aragón, en donde fueron acogidos por Alfonso I el Batallador. Este, influído por ellos, realizó, en 1125, una extraordinaria incursión al Andalus. Pasó por Valencia, Játiva, Murcia, Guadix, atravesó la vega granadina y, por Motril, llegó al mar. Retrocedió y acampó en la fuente de la Teja, junto a Granada, sin atreverse a atacar a la ciudad, y regresó a Zaragoza.

Cuando se ausentaron las huestes aragonesas, aumentó la persecución de los mozárabes. En virtud de una fetfa de los faquíes, ordenó el sultán Alí que fuesen expulsados, expropiándoseles sus bienes y trasladados a Africa, estableciéndose en colonias en diversas comarcas, como en Salé y Mequinez.

Hacia 1123, Alfonso VII entró por tierra de Extremadura y cobró Coria, corriendo la tierra entre Tajo y Guadiana. En 1133 hizo gran cabalgada por Andalucía, llegando, como su abuelo Alfonso VI, a la costa del Estrecho.

Las ventajas que en los primeros años de la invasión almoravide encontró la masa popular del Andalus, pagando tributos moderados, viéndose libre de malhechores en campos y ciudades, cesaron pronto. Los abusos, rapacidad y atropellos de las autoridades almoravides produjeron gran descontento, protestas y alborotos. Los desafueros y brutalidades de la guarnición de Córdoba, ocasionó en 1121, una rebelión, según relata el historiador Conde, copiándolo de los cronistas musulmanes: Se produjo gran insurrección popular, acometiendo a los almoravides, causando en ellos gran mortandad. Ante tal revuelta, el rey Alí vino de Marruecos con tropas para contener la rebelión y evitar que se extendiera a otras partes. Los cordobeses se prepararon a resistir

un largo asedio; y, efectivamente, se combatió a la ciudad durante muchos días; hasta que los sitiados enviaron a Alí una embajada, con los ulemas, alfaquíes y lo más señalado de los nobles, que manifestaron al rey que la culpa era de la guarnición africana, «que hacía todo género de agravios a los naturales y vecinos de la ciudad, pues no sólo les robaban sus bienes y estragaban sus huertos, sino que entraban en sus casas y les forzaban sus hijas y mujeres, y el rey los recibió bien y se concertó que la ciudad pagase cierta cantidad de doblas para recompensar a los almoravides que habían perdido sus bienes en la insurrección, y cuyos huertos y casas habían saqueado».

La ignorancia y rudeza de los almoravides hacía contraste con la ilustración y finura de la clase distinguida de los andaluces. Los cronistas musulmanes cuentan que en una reunión cortesana, los poetas alabaron y enaltecieron al conquistador Yusuf, y ante la pregunta de uno de los cortesanos, si había entendido las poesías árabes, el viejo zorro almoravide contestó: «Entiendo que piden que les dé de comer.» Los toscos gobernadores, procedentes del desierto, quisieron, en su opulencia de nuevos ricos, instaurar el fausto de las desaparecidas cortes de taifas. Relata el orientalista Dozy, tomándolo de los historiadores mahometanos, que el cuñado de Alí, Abu-Beer-ben-Ibrahim, gobernador de Zaragoza, para imitar a los desposeídos reyes zaragozanos, los Beni-Hud, se rodeó de poetas y vividores, y cuando con ellos bebía, en las francachelas, se adornaba con manto y atributo reales.

El reino moro de Zaragoza, rodeado de reinos cristianos, escapó, hasta muy tarde, al poder de los almoravides, acabando por ser conquistado por el aragonés Alfonso I, en 1118. Los numerosos muzárabes a los que dió asilo, y los moros mudéjares que allí quedaron, siguieron cultivando las ciencias musulmanas, fundando una especie de universidad zaragozana, según estudios del orientalista Ribera.

Mientras en la Hispania almoravide se fiscalizaban y prohibían los estudios filosóficos y de las demás disciplinas científicas, en Toledo, en el siglo XII, reinando Alfonso VII (1126-1157), su canciller, el arzobispo Raimundo, continuó la antigua tradición de la cultura musulmana y organizó un centro cultural, al que acudían los doctos, y que irradiaba a Europa, haciéndose en él traducciones de las principales obras filosóficas, históricas y científicas, de los escritores de la antigüedad clásica y de los musulmanes y judíos.

El influjo europeo en los reinos cristianos de España, se produjo, entre otras causas, en el siglo XII, por los entronques matrimoniales con la casa de Borgoña. A Raimundo de Borgoña, esposo de doña Urra-

ca, hija de Alfonso VI, se le debe la edificación de la catedral vieja de Salamanca y las murallas que rodean a Avila (fig. 113), ciudad que adquirió gran importancia cuando se repobló la extensa zona, casi deshabitada, que existía entre el Duero y la solana de la Cordillera Central.

En Galicia, el arzobispo Gelmírez fué el creador y organizador de la Marina de guerra hispana.



Fig. 113.—Vista panorámica de Avila.

(Foto Hernández-Pacheco.)

En el siglo XII, comenzaron a constituirse los concejos de las villas castellanas, con organización gubernamental autónoma, que ejercieron su influjo, acudiendo a la guerra sus mesnadas, y alcanzaron representación en cortes, con procuradores por el estado llano.

## CAPITULO V

# De la invasión almohade al cierre de Hispania

SUMARIO: Levantamiento de los musulimes españoles contra los almoravides.—La invasión almohade.—Norte contra Sur.—La rota de Alarcos.— Geopolítica de los reinos hispanos al finalizar el siglo XII.—Batalla de Alacab o de las Navas de Tolosa.—Recuperación de Extremadura.—Desarrollo cultural, agrícola y pecuario.—Constitución del reino de Portugal.—Recuperación de las Baleares y del Levante.—Recuperación del valle Bético.—La lucha en el portal.—El cierre de la puerta de entrada a las invasiones africanas.—El Libro de la Montería, de Alfonso XI.—Distribución de la floresta peninsular y fauna cinegética de la Hispania selvática.

### LEVANTAMIENTO DE LOS MUSLINES ESPAÑOLES CONTRA LOS ALMORAVIDES

En 1116, apareció en Marruecos un mehedí predicando la pureza de la fe y la sencillez de la religión. Procedía del territorio meridional al Atlas, del Sus, y fundamentaba su doctrina en la contenida en las obras del Algazali, pensador de gran renombre en los territorios del Oriente mediterráneo, y cuyos libros, considerados perniciosos y heréticos, habían sido quemados públicamente en Córdoba y en otras ciudades del dominio de los almoravides.

Al Mehedí le siguieron gran número de adeptos, que constituyeron muchedumbre. En 1120, el Mehedí, con sus partidarios «almohahedín» (unitarios) o almohades, organizados civil y militarmente, comenzaron guerra tenaz contra los almoravides. En 1130 murió el Mehedí, y le sucedió su visir y principal caudillo Abdelmumen, que continuó la guerra implacable, hasta que en 1146 tomó por asalto la ciudad de Marrakech, y fué muerto en ella Ibrahín, joven y último rey de los almoravides.

En la España musulmana surgió la rebelión contra la política de los almoravides. Según puede deducirse de los relatos de los historiadores mahometanos, no fué en sus primeros tiempos de adhesión al partido almohade, que luchaba en el Mogreb, ni a ningún otro, sino

simplemente de rebeldía, aprovechando las circunstancias del momento histórico.

La masa popular hispana se revolucionó por los mismos motivos que produjeron, en 1121, la rebelión de Córdoba, o sea por descontento ante los abusos y atropellos de los africanos. La clase ilustrada, los intelectuales, se alzaron también en protesta contra la opresión y falta de libertades a que les sujetaban los dirigentes de la política almorávide.

El Algarve, fué de las regiones donde la rebelión comenzó con más brío. El promotor de ella fué Aben-Casim-ben-Cosai, de Silves, ciudad céntrica en la zona litoral atlántica del Suroeste hispano: Aben-Cosai había viajado en su juventud por diversos países y era gran propagandista de las ideas filosófico-religiosas del Algazali, consideradas como heréticas, y que hacían gran contraste con las rígidas y de tipo jurídico de los almorávides, únicas consideradas como ortodoxas y permitidas. Con las opiniones de Aben-Cosai, coincidía importante número de jóvenes de los Algarves y de Sevilla, que por su posición social distinguida ejercían gran influjo y llevaban tras de sí mucha masa popular, oprimida y descontenta.

Puestos de acuerdo los conjurados, en 1144, decidieron apoderarse de la ciudad de Mértola, la más importante fortaleza del Algarve. Un grupo decidido penetró, por sorpresa, al amanecer, en la fortaleza, rompiendo las puertas y atropellando a la guardia. Posesionados de Mértola, acudieron a ella los correligionarios de Silves y de Jabura. Se apoderaron de estas plazas y de Medjina Beja, principal ciudad del Alentejo, y acudieron partidarios de Huelva y de Mérida. Desde el Algarve se corrieron a Niebla, realizando correrías por las cercanías de Sevilla.

El adalid de los almorávides, Aben Gania, que se hallaba en Córdoba, acudió a reprimir la insurrección. Los sublevados repasaron el Guadiana, fueron alcanzados y sufrieron importante derrota. Aben Gania puso sitio a Silves, pero llegado el invierno hubo de retirarse a Córdoba, por recibir la noticia que los cordobeses se habían sublevado y la ciudad estaba bajo el mando del emir Hamdaín, que titulóse Almansur Bila.

En Valencia, el mismo año 1144 se levantó también el pueblo contra los almorávides, y su walí Abu-Muhamad Abdala, se vió obligado a escapar de noche con su familia y refugiarse en la fortaleza de Játiva.

En Málaga, Almería y Murcia, se produjeron asimismo levantamientos del pueblo. El terror del caudillo de los almorávides fué tal, que escribió a su hermano Mohamed, que con las naves que había en

Sevilla y las de Almería saliera de la Península, pasase a las Gezairax-Xarkia, o sea a las Baleares, y se fortificase en ellas, ya que en España no había seguridad. Mohamed-Aben-Gania, obedeciendo las órdenes de su hermano, las realizó.

Las abandonadas ciudades de Sevilla y de Almería, pasaron a poder de los insurrectos. En Córdoba, el pueblo depuso al pretencioso Almanzor Bila y le sustituyó por Ahmed-Aben-Hud, que estaba en la frontera de Toledo, favorecido de los cristianos; el cual, no procediendo a satisfacción de los cordobeses, le fué forzoso abandonar la ciudad, volviendo a ella el emir Hamdaim, a quien proclamaron también en Ronda, Arcos, Jaén y Medina Sidonia.

En Valencia se proclamó a Aben-Abdelazis, quien puso cerco a Játiva, logrando se rindiera, y en 1145 entró triunfante en Valencia, montado en un hermoso dromedario, rodeados de los jeques y caballeros de la región. Alicante fué unido a la provincia de Játiva. En Murcia y en Denia fué proclamado emir, en 1145, Aben Hud, que lo fué también de Valencia, cuyos habitantes habían depuesto a Abdelazis.

Los cristianos aprovechaban las circunstancias para hacer entradas en la tierra de los musulimes. Así, el Thogray, alcaide almoravide de Cuenca, con ayuda de una hueste de cristianos, corrían la tierra de Játiva. Los musulimes de Murcia, Lorca y Alicante, con los de Valencia, salieron a su encuentro, dándose gran batalla en los llanos de Albacete, en las cercanías de Chinchilla, en la que murió Aben-Hud con otros principales. El Thogray, con sus auxiliares cristianos, avanzó hacia Murcia, derrotando nuevamente a los insurrectos, en las inmediaciones de la ciudad, ocupando ésta. Pero los de Lorca, Alicante y Valencia acudieron y recuperaron Murcia, pereciendo el Thogray y todos los cristianos capturados en la ciudad.

#### LA INVASIÓN ALMOHADE

Aben Cosai dominaba en todo el territorio del Algarve. Noticioso de las grandes conquistas de los almohades y de la muerte de Taxfín, el rey de los almoravides, envió mensajeros a Abdelmumen, con relato en el que le exponía cómo se había apoderado de gran parte del Andalus; cómo había defendido y propagado las doctrinas del Algazali; indicándole la conveniencia que pasase con su ejército a España, ofreciéndose a su obediencia personalmente y con la de los que le seguían. Tal deseo no era general en el conjunto musulmán hispano, pues se tenía la experiencia de los resultados de la dominación extranjera con los al-

moravides. Los restos que quedaban de éstos procuraban buscar defensa en los reinos cristianos, los cuales a su vez tenían los resultados de otra invasión procedente de África, aumentándose la hostilidad de Norte contra Sur.

En el mismo campo de los victoriosos del Algarve, se sentían grandes temores de la venida de los almohades. Tal era el punto de vista de cierta parte de la población, y aun de algunos de los compañeros de Aben-Cosai en la sublevación y dominio del Algarve.

El emir de los almohades, Abdelmumen, contestó a Aben-Cosai, nombrándole su wali en el Algarve.

En 1146, un ejército, al mando del adalid de Abdelmumen, Abu-Aneran-Muza-ben-Said, pasó el Estrecho, desembarcó en Algeciras, donde fué recibido por Aben-Cosai con sus compañeros del Algarve. Los almohades ocuparon, sin resistencia, Algeciras, Gibraltar y Jerez. Llegaron a Sevilla, cuyos habitantes les facilitaron la entrada, huyendo la guarnición almoravide a refugiarse en Carmona.

Mientras tanto, Alfonso VII, con el caudillo de los almoravides, Aben Gania, ocupó la fortaleza de Baeza y Andújar y, circunstancialmente, Córdoba.

Los cristianos, en otra incursión, avanzaron hacia el Sureste peninsular, y con la cooperación de la marina de Génova, sitiaron a Almería, que acabó por entregarse, mediante convenio.

En 1148, los almohades sitiaron a Córdoba, defendida por Aben-Gania, quien no pudiendo sostenerse en ella la abandonó, entregándose la ciudad a las fuerzas que la cercaban. Ocupada también Carmona por los almohades, el grupo almoravide que resistía marchó a Granada, y presentando batalla campal en la vega, fueron derrotados, pereciendo el bravo Aben Gania, terminando, con él, la resistencia musulmana a los almohades.

En 1157, Alfonso VII regresaba enfermo de una expedición militar, con deseo de alcanzar la ciudad de Avila, pero se agravó en el camino y en su tienda de campaña, bajo el ramaje frondoso de una gran encina, falleció en el monte de Fresneda el 21 de agosto de dicho año.

En 1158, los almohades cercaron por tierra y mar a la ciudad de Almería, ocupada por los cristianos hacía diez años, quienes después de tenaz resistencia capitularon y se retiraron libremente a sus tierras, en virtud del convenio de rendición de la plaza.

El mismo año de 1158, los invasores ocuparon Granada, última ciudad que les hizo resistencia. La campaña terminó, quedando únicamente grupos rebeldes a toda dominación de montañeses de las Alpujarras, que se sostenían en las guajaras de la serranía.

El caudillo almoravide Aben Gania, con el auxilio que le prestaba Alfonso VII, fué la fundamental y más importante oposición en esta guerra interna entre musulmanes. Discordia en la que tomó parte el rey cristiano, no porque le interesasen los principios que defendía cada uno de los bandos contendientes, sino contra la nueva y fuerte invasión que venía de Africa. Resistencia al invasor, por espíritu de independencia y de patriotismo, tal como se entendía entonces.

Aben Gania defendió los intereses políticos de su bando; los intereses creados que se derrumbaban ante la potente invasión almohade. Tuvo el acierto de formar un último asilo, defendido por el mar, en las islas del Oriente hispano, en las Gezir-ax-Xarquía, o sea en las Baleares. Retiro que, por su desgracia, no pudo alcanzar, pero del que disfrutaron su hermano Mohammad y su sobrino.

La masa musulmana del país hispano, se levantó para derrocar el régimen de los almoravides, y lo consiguió; pero le faltó caudillo y hombre de estado que encauzase la rebelión. Surgieron banderías entre las masas populares, nombrándose gobernadores y dirigentes de las ciudades, pronto derrocados por otros, produciéndose el desconcierto y la anarquía.

Como el invasor traía principios sociales ideológicos y culturales afines a los que lanzaron al pueblo musulmán hispano a la revolución, el dominio del extraño fué fácilmente aceptado. Como, por otra parte, los cargos públicos no fueron absorbidos por los invasores, como hicieron los almoravides, sino repartidos también a los dirigentes hispanos del movimiento revolucionario, la invasión fué aceptada; pues con ella, encontró ventaja el pueblo musulmán de la Península, respecto a la situación anterior que había derrocado.

«Entrado el año quinientos cincuenta (1155), mandó el rey Abdelmumen reparar las mezquitas de todas las provincias, y por inclinación y gusto propio a la erudición, mandó también que se permitiera la lectura de Hadices, la escritura y enseñanza de ellas, y prohibió con mucha severidad la quema de libros de caballerías, y permitió que se escribiesen historias y aventuras y cuentos, y estas órdenes pasaron y se publicaron en todas las provincias, así de Africa como de Andalucía.»

En el año 1161, Abdelmumen pasó el Estrecho, y le contentó mucho la disposición y fortaleza de Gebaltaric (Gibraltar), aprobando las obras acabadas por su orden. Vinieron a visitarle los walíes y adalides del Andalus, y numerosos jeques y caballeros principales, muchos alímes (sabios), afamados oradores y buenos poetas, que le decían versos en su alabanza. Regresando el Amir Amunín a Africa, el mismo año.



En 1163, Abdelmumen dispuso pasar por segunda vez a España, pero le acometió inesperada enfermedad, de la que falleció en Salé. Le sucedió su hijo, Yusuf-Abu-Yacub.

#### NORTE CONTRA SUR

La invasión almohade alcanzó menor extensión que la almoravide. La zona fronteriza entre Castilla y el Andalus estaba en el Guadiana, al Sur de los Montes de Toledo, y en Extremadura en el curso del Tajo. En la zona oriental peninsular, o sea en la Ajarquia, los límites entre rumíes y musulimes estaban algo al Sur de la desembocadura del Ebro. Era frontera inestable, que oscilaba con las acometidas de Sur a Norte y de Norte a Sur.

El conjunto territorial de los reinos cristianos comprendía doble extensión que la ocupada en la Península por el imperio almohade. Los reinos de León y Castilla, que estaban unidos en uno, fueron separados a la muerte de Alfonso VII, durando la separación de 1157 a 1230, siendo reyes de León, durante tal período: Fernando II (1157-1188) y Alfonso IX (1188-1230); dichos reinos volvieron a constituir definitivamente uno solo, bajo la corona de Fernando III, el conquistador de Sevilla.

El reino de Aragón acabó por asimilarse al reino moro de Zaragoza, y, por su unión con Cataluña, en 1162, adquirió gran extensión, ampliado en 1172, al otro lado del Pirineo, con la adición de la Provenza y del Rosellón, agregados como resultado de enlaces matrimoniales y herencias de soberanos.

Una cierta solidaridad se observa, en el transcurso de la historia, entre los reinos cristianos contra el enemigo común musulmán, el cual tenía el principal apoyo y poderío al otro lado del Estrecho, en el Mogreb africano. Por otra parte, los reinos cristianos del Norte hispánico se europeizaron, al acrecentarse las relaciones con los países ultrapirenaicos.

La intolerancia almoravide, con la persecución a los mozárabes, había eliminado, casi por completo, el lazo de unión que éstos establecían entre el Norte y el Sur. La convivencia cristiano-musulmana entre hispanos, cesó, y el tipo de cultura hispana que surgía, se agostó en ciernes. Se peleó por la ocupación y dominio total de la tierra conquistada. El Cid, como gobernador y defensor de sus súbditos musulmanes en sus dominios levantinos, no hubiera tenido ya razón de ser. Se entabló lucha entre lo de origen europeo y lo de origen africano, entre cristianos

y musulmanes. Se batalló por cerrar el Estrecho, en guerra implacable de Norte contra Sur.

Surgieron en el campo de los cristianos españoles, corporaciones adecuadas a los fines guerreros que se perseguían. Estas fueron las Ordenes Militares, que constituían potentes milicias de monjes y seglares, mandadas por un maestro, que era el jefe político-militar de la Orden; la cual se sostenía con las rentas de los territorios que conquistaba. La Orden de Calatrava (fig. 114) fué fundada en 1158, y su primer maestro fué fray Raimundo, abad de Fitero, que defendió, en momentos cri-



Fig. 114.—Sierra de la Atalaya, con la fortaleza de Salvatierra, de la Orden de Calatrava, sobre un cerro de cuarcitas inmediato a Aldea del Rey, al Norte de Calzada de Calatrava.

(Foto Hernández-Pacheco, 1928.)

ticos y de sumo peligro, la fortaleza de Calat-Rabat (Calatrava), junto al Guadiana, cerca de Ciudad Real.

La Orden Militar de Santiago, fué de fundación de 1160. Medio siglo después, en 1217, se fundó la de Alcántara, por Alfonso IX de León, y un siglo después de ésta, en 1316, la de Montesa, por Jaime II de Aragón (fig. 115).

Los reyes almohades se distinguieron, aparte de sus impulsos guerreros, por la protección que prestaron, en especial, a las obras públicas. Yusuf-Abu-Yacub cuidó mucho del desarrollo del puerto fluvial de Sevilla, con la construcción de muelles y un puente de barcas entre la

ciudad y el arrabal de Triana. En su última venida a España, marchó desde Sevilla a las ciudades ribereñas del Tajo, poniendo sitio a Santarén. Los sitiados, aprovechando la ocasión de estar el campamento enemigo poco guarnecido, hicieron una salida, en la que hirieron mortalmente al rey almohade, que falleció de resultas de las heridas. Le sucedió Yacub-ben-Yusuf. Contemporáneos de Yacub, fueron Alfon-

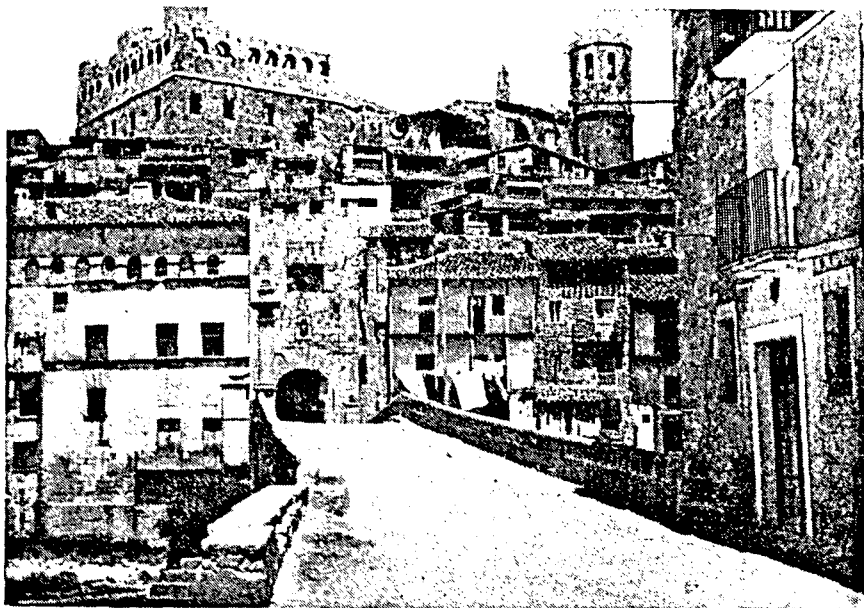


Fig. 115.—Puente de entrada, palacio e iglesia de los Caballeros de Montesa, en Valderrobles (Teruel).

(Foto Hernández-Pacheco.)

so VIII de Castilla y Alfonso II de Aragón, que reconquistó a Teruel y auxilió al castellano en la rendición de la importante ciudad de Cuenca, en 1177; fortaleza de gran interés estratégico, pues con Teruel y Albarracín, resguarda la amplia serranía de las zonas altas del Tajo, Júcar y Cabriel; serranía que establece enlace entre Castilla y Aragón (fig. 116).

El rey de León, Fernando II, invadió Extremadura, ocupando, en 1167, las fortalezas sobre el Tajo de Alconétar y de Alcántara, con otros castillos y ciudades, que recuperaron los almohades en 1172, realizando grandes razias.

A su vez, Alfonso VIII de Castilla invadió Andalucía, llegando a la bahía de Algeciras, frente a las costas africanas del Estrecho. Desde

allí, relatan las crónicas que el rey castellano envió a Yacub una carta desafiándole, en la que le decía: «Puesto que no puedes venir contra mí, ni enviar tus gentes, envíame barcos y saetias, que yo pasare en ellas con mi gente a donde estás, y pelearé contigo en tu misma tierra.»

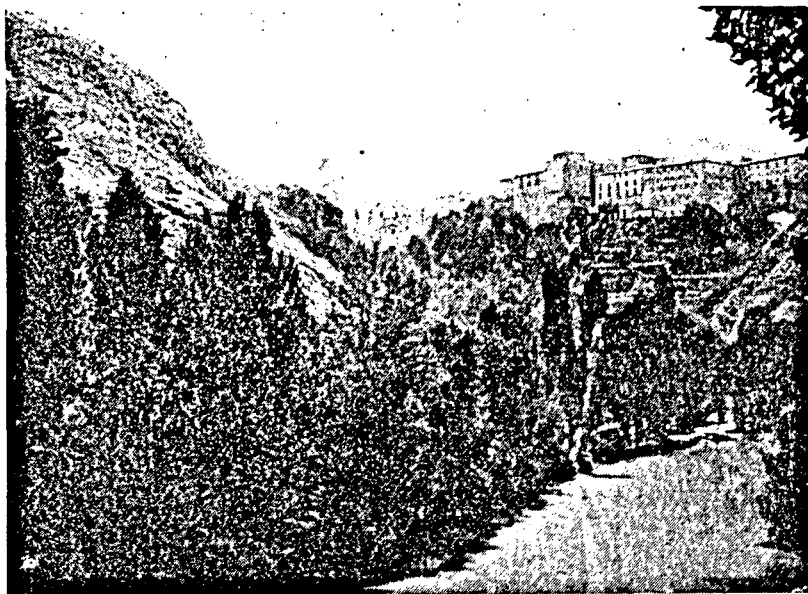


Fig. 116.—Cuenca, junto al Júcar, en el borde occidental de la serranía.  
(Foto Hernández-Pacheco.)

El Amir llamó a su hijo Mohamed, diciéndole que contestara, y éste escribió a la vuelta de la misiva: «Dijo Alá omnipotente: revolveré contra ellos y les haré polvo de podredumbre con ejércitos que no han visto, y que no podrán evitar ni escapar de ellos y los sumiré en profundidad y les desharé»; tal es la leyenda del origen de la famosa batalla de Alarcos.

#### LA ROTA DE ALARCOS

El curso del Guadiana, en las inmediaciones de Ciudad Real, hace un ángulo saliente hacia el Sur; tramo de desviación del curso general de la corriente del río, que está limitado al Este por la zona fluvio-pantanososa de Daimiel, que se prolonga lejos, hasta los potentes manantiales manchegos de los Ojos del Guadiana. Se limita el tramo fluvial que consideramos, por la sierra de las Medias Lunas, escarpada

y peñascosa, constituida por crestones ásperos de cuarcitas y pizarras silíceas, roquedos volcánicos y coladas lávicas; avanzando el Guadiana, en tal territorio, en meandros encajados por gargantas profundas y conostos, prolongándose tal país montuoso muy lejos, al Oeste.

Entre dichos tramos del Guadiana, el pantanoso a Levante y risoso y montuoso a Poniente, la corriente del río, describiendo abierto



Fig. 117.—El Guadiana junto al puente de Alarcos; vista hacia aguas arriba. A la derecha, detrás de la arboleda del soto, se alza la abrupta ladera del cerro de Alarcos.

(Foto Hernández-Pacheco.) 1913.)

arco, pasa por terreno llano, suavemente accidentado por lomas achatadas de escorias negras volcánicas, que designan en el país con la denominación genérica de cabezos y negrizales. El río, en este tramo intermedio, es fácilmente vadeable, salvo en las extraordinarias crecidas. El territorio correspondiente a tal tramo intermedio, tiene una extensión en línea de aire de una docena de kilómetros, y al Norte y Sur se prolonga por terrenos llanos o con suaves relieves.

Por este sitio cruzaba al Guadiana el itinerario militar que conducía desde la llanura del Guadalquivir a la altiplanicie del Duero, y viceversa. Para defender el paso existían en sus extremos dos formidables fortalezas cercanas a la margen izquierda del río: la de Calatrava, o Calat-Rabat, en el extremo oriental, y la de Alarcos, en el extremo occidental (fig. 117). La fortaleza de Alarcos ocupa una suave

loma, elevada muy pocas decenas de metros sobre el llano, que se extiende al Este y Sur. Comprende un gran recinto amurallado, o amplia alcazaba, actualmente en ruinas, existiendo en su interior una ermita y un caserío agrícola (fig. 118).



Fig. 118.—Ermita de Alarcos, edificada en las ruinas de la alcazaba.

Al Sur y Este de Alarcos, se extiende la llanura, salpicada de bajas y achatadas lomas volcánicas y fértiles campos cerealísticos, viñedos y olivares, con algunas dehesas de pasto y labor. En medio de la llanura, al Este de Alarcos, está Ciudad Real, y muy cerca de él, el muy populoso pueblo de Miguelturra, de origen moderno. Ciudad Real fué

fundada por Alfonso X, un siglo después de la batalla de Alarcos. Al Norte de la fortaleza se prolonga la llanura, abarcada por el arco del río, salpicada de bajos cabezos de escorias volcánicas.

La fortaleza de Alarcos ocupa el rellano superior de una loma, cuya ladera de Poniente cae, con rápida pendiente, al Guadiana ; loma que es



Fig. 119.—Llanura de Poblete, al Este del Guadiana ; paraje donde el 19 de julio de 1195 se dió la batalla de Alarcos. En el fondo las colinas de la alcazaba de Alarcos y del Arzollar, que se prolongan hacia la derecha.

(Foto Hernández-Pacheco, julio 1928.)

la más occidental de una pequeña serrata que se alarga de NNW. a SSE., y que da frente, por el Sur y Sureste, a la llanura de Poblete. Tiene la loma de Alarcos algo más de un kilómetro de longitud, y seis el total de la sierrecilla, que está formada por el conjunto de otros tantos cerretes, enlazados unos con otros por puertecitos. La altitud media de la llanura delantera meridional, por la que atacaron los almohades, es de 600 metros, y las máximas altitudes de los cerrillos de 650 metros (fig. 119).

Tal sierrecilla es un relieve residual de erosión, y está constituida por cuarcitas y pizarras del Silúrico inferior, y dos de los cerrillos constituyen montículos de basalto, que brotaron y se elevaron a consecuencia de erupciones volcánicas, cuando los otros ya estaban formados. El conjunto de la serrata forma un pliegue anticlinal, cuyos flancos caen en pendientes de 25 a 45 grados, hacia el Norte y hacia el Sur, pre-

sentando el conjunto de los bancos de cuarcitas un toско escalonado en los flancos de los cerretes, pero sin que dificulten mucho la subida, pudiendo ascenderse a caballo a las cumbres y a la alcazaba de Alarcos, en cuya ladera y llanura meridional se dió la batalla. Tal dispo-

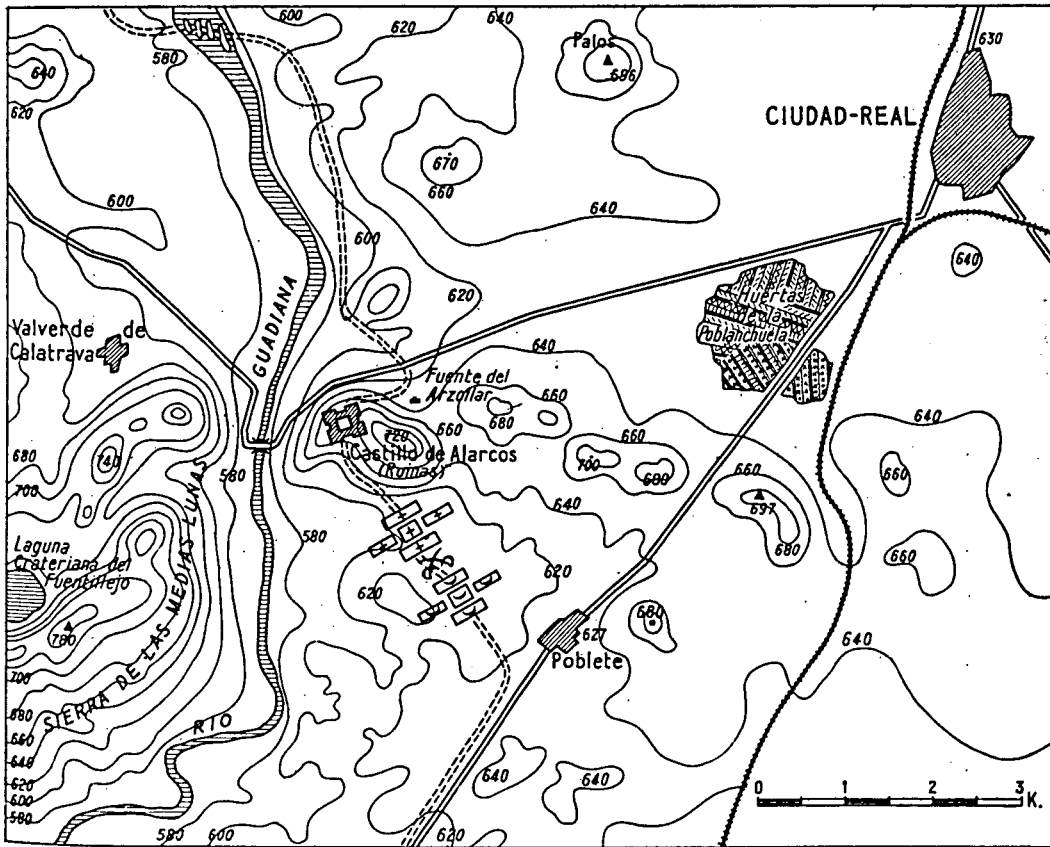


Fig. 120.—Mapa del territorio de la batalla de Alarcos (julio 1195). (Figuran los centros de población, que entonces no existían, y las modernas vías de comunicación.)

sición explica lo que dice la crónica, que el ejército cristiano «estaba acampado sobre un alto ribazo, al pie de un cerro de muchas quebradas, y sus tropas ocupaban las alturas y el llano delante de Alarcos».

El Amir, Almumenín Yacub, salió de la ciudad de Marraqués, desembarcando con el poderoso ejército que traía, en Algeciras, en donde se incorporaron las tropas andaluzas al mando de Abdalá-ben-Sananid, que, por sus consejos y plan que propuso, cuando el amir consultó a los caudillos, fué designado jefe del Estado Mayor y de la caballería ligera de la tribu de Hentete y de los andaluces. El general en jefe de



la delantera y cuerpo de ejército de Zenetes y tropas escogidas de alárabes, era el gran visir Yacub, Abu-Yahye ; al cual, en la ceremonia de su nombramiento, «le desplegaron banderas y le tocaron atambores, como caudillo general».

Se tuvo noticia que Alfonso VIII estaba en Alarcos, y Abu-Yahye designó los caudillos de los diversos cuerpos.

El ejército cristiano ocupaba las alturas y el llano de Alarcos ; «los enemigos, destrúyalos Alá, que estaban delante de ellos en el cabezo y delante de la fortaleza, pusieron en movimiento una columna de su hueste, cubierta de hierro, y sus caballos, asimismo, armados de escamas, las lorigas y de acerados y lucientes morriones». Acometieron por tres veces, siendo rechazados. «Embistieron entonces los cristianos con tanta pujanza y fortaleza al centro en que iba Yahye, pensando que allí iba Amir Amuminin, que rompieron y desbarataron el escuadrón de los valientes musulmes, y el mismo Yahye, peleando como un bravo león, murió por su ley». «Sananid, con sus Andaluces, Zenetes, Masanudes, Gomaras y otros, se adelantó al collado, donde estaba Alfonso, y allí venció, rompió y deshizo su tropa infinita.» «Así fué deshecha la fortaleza de Alfonso y su caballería, en que tanto confiaba.» «Cercaron los musulines la fortaleza de Alarca, creyendo que estaba dentro. Pero había entrado por una puerta y salido por otra, y así escapó el enemigo de Dios» (fig. 120).

Ocurrió la batalla de Alarcos, el 19 de julio de 1195. En conmemoración de su triunfo, ordenó Yacub levantar en Sevilla un alminar, que es la Giralda, y colocar en lo alto una grande y hermosa manzana de metal, de un diámetro tal, que fué forzoso, para entrarla, quitar la piedra del dintel de la portada. Yusuf falleció en Marraqués en 1199.

#### · GEOPOLÍTICA DE LOS REINOS HISPANOS AL FINALIZAR EL SIGLO XII

Al finalizar el siglo XII, reinaba en Castilla Alfonso VIII ; en León, Alfonso IX ; en Aragón, Pedro II, y en Navarra, Sancho el Fuerte. El emir Almumenín de los almohades, era Mohamed-ben-Yacub. El reino de Aragón, tal como había quedado constituido por su unión definitiva en 1162 ; con Cataluña, bajo la corona de Alfonso II, hijo del Conde Ramón Berenguer de Barcelona, tenía excelentes condiciones geopolíticas, pues comprendía la amplia llanura del Ebro, ampliada hasta el Mediterráneo por Cataluña litoral, de excelentes características naturales respecto a topografía, clima, vegetación, productos agrícolas y extensa y buena costa. La amplia zona pirenaica ofrecía abundantes

recursos agropecuarios en los escalonados valles longitudinales y en los transversales que se adentran hacia la zona de alta montaña. Ocupados los territorios moros de Albarracín, valle del Jiloca y Teruel, la frontera quedaba muy hacia el Sur, con buena defensa natural y cercana a la fructífera plana costera valenciana. La frontera occidental, con las altiplanicies castellanas, era la extensa serranía de Idúbeda, que cruza oblicuamente la Península, estableciendo divisoria entre Atlántico y Mediterráneo, y constituida por ancha banda de relieves ásperos y frías parameras.

El rey de Aragón, después de la toma en 1177 de la estratégica plaza de Cuenca, estaba en perfecto acuerdo con el de Castilla, pues los límites entre uno y otro reino, comprendían amplio territorio montuoso y ancha zona de mutuo resguardo. Castilla y León, circunstancialmente divididos en dos reinos, preveían su unión definitiva en uno solo, y, a pesar de la derrota de Alarcos, tenían muy adelantadas sus fronteras polémicas, en situación geográfica favorable para el avance meridional hacia el Andalus y el Algarve. El problema de Castilla y de Aragón, era con Navarra y Vasconia. La llanura del Ebro, ocupada totalmente por el reino de Aragón, se estrecha hacia su origen en el Noroeste, dejando entre la corriente del río caudal y la Sierra de la Demanda, la fértil vega de La Rioja, con las ciudades de Logroño y Nájera. Esta fructífera comarca se prolonga por el amplio paso de La Bureba, por el que se asciende, sin obstáculos orográficos, a la altiplanicie burgalesa de Castilla, en donde estaban las fortalezas de Cerezo y Briviesca.

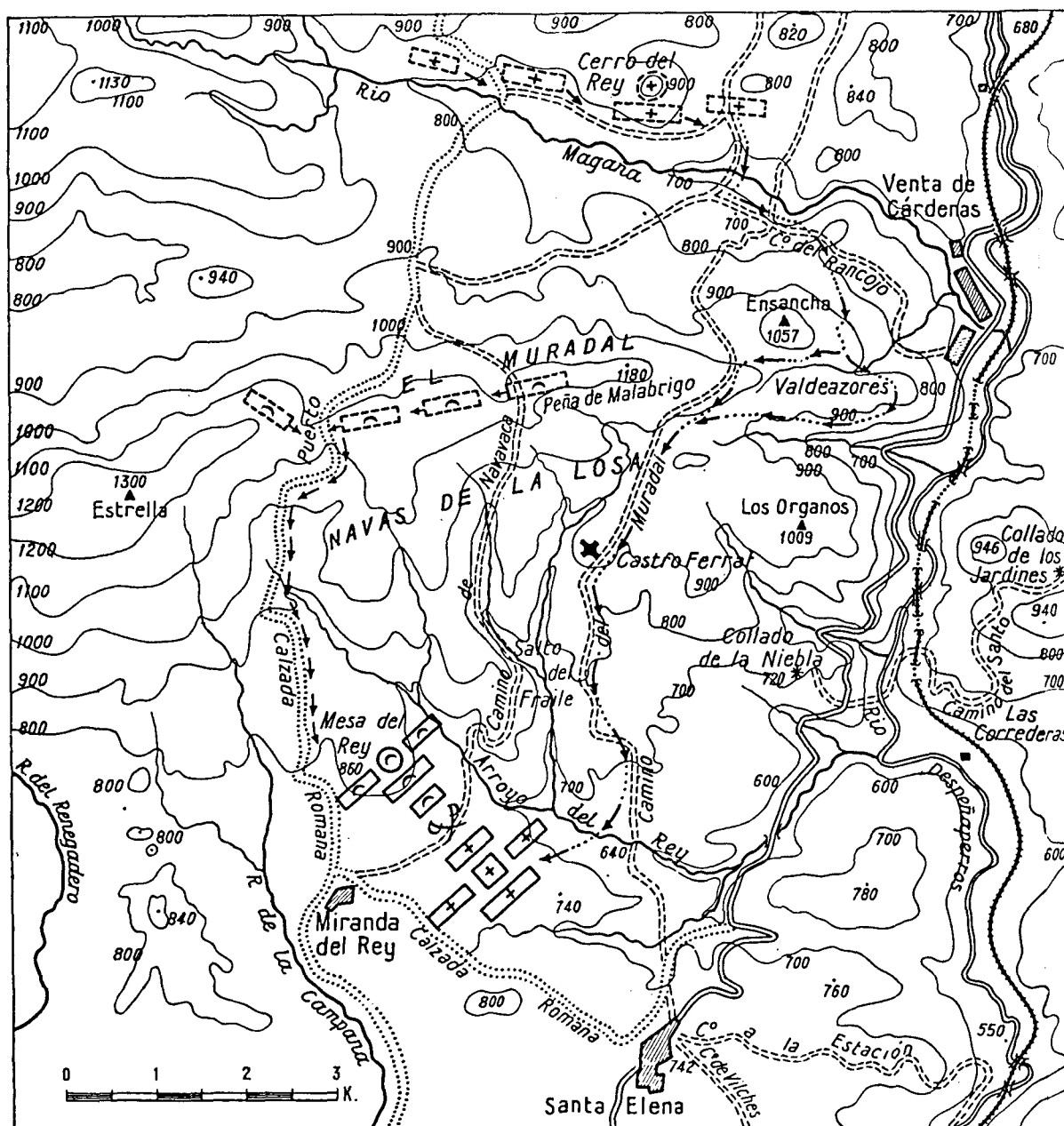
La dificultad geopolítica entre los reinos cristianos, consistía en que el rey de Navarra había ocupado Guipúzcoa con algunos puertos del mar Cantábrico, y los guipuzcoanos habían quedado muy quejosos de los navarros. Posteriormente, en 1166, Sancho VI de Navarra se apoderó de Logroño, de Nájera y de diversos castillos al Sur del Ebro, y ocupó La Bureba, tomando las plazas de Briviesca, Cerezo y otras fortalezas castellanas, con lo cual cortó las comunicaciones remontantes del valle del Ebro, entre Aragón y Castilla y con los puertos cantábricos. Alfonso VIII de Castilla, en 1173, recuperó todas las fortalezas perdidas y llegó hasta Pamplona. En 1175, aliados el castellano y el aragonés Alfonso II, continuaron la guerra contra el navarro. En 1117 acordaron someter el asunto al arbitraje de Enrique de Inglaterra, suegro de Alfonso VIII. El laudo del inglés no acabó de solucionar la cuestión.

Sancho el Fuerte de Navarra heredó, con la corona, la contienda con los reyes de Castilla y de Aragón, que continuaron atacándole; por

lo que lleno de despecho se ausentó de su tierra y, atravesando España, pasó a Africa, a la corte del emir almohade, de quien fué muy bien recibido, y en la cual residió algún tiempo, acompañando al emir en algunas de sus campañas por Marruecos, y aliándose con él contra sus enemigos, los reyes de Castilla y de Aragón. Estos, durante la ausencia del navarro, sitiaron a Vitoria, que, forzada a entregarse, se concertó que el obispo de Pamplona, con un caballero de los sitiados, marcharan a avistarse con Sancho el Fuerte, para que éste otorgara el permiso para rendir la plaza. Parece ser que los comisionados se avistaron con su rey en el Sur de Andalucía, y regresaron con la autorización solicitada y con la promesa del regreso de Sancho, recibiendo éste, al marchar a su tierra, valiosos presentes del almohade. Al llegar a Pamplona envió embajadores a los monarcas de Castilla y Aragón, quienes les dieron buenas palabras, pero no las plazas. Por fin, en 1209, ya estaban concertados en avenencia los tres reyes: Alfonso VIII, Pedro II de Aragón y Sancho el Fuerte; acudiendo el último, juntamente con los dos anteriores, a la batalla de las Navas, en la que actuó brillantemente, obteniendo las cadenas que rodeaban a las tiendas del Miramolín, y que desde entonces figuran en el escudo de Navarra, y después en el de España.

La ida de Sancho el Fuerte a residir entre musulmanes, a Africa, tiene de extraordinario el ser un monarca en ejercicio quien lo realizó, pero era corriente, desde el siglo VIII, que pasasen a Marruecos caballeros españoles al servicio del rey moro, conservando su religión y sin obligarse a pelear contra príncipes cristianos. A tales personas y familias españolas, se les designaba con la denominación genérica de «farfanés». Entre éstos, se señala Alonso Pérez de Guzmán, el héroe de Tarifa, que a fines del siglo XIII pasó a Fez, al servicio del sultán de los benimerines, por no querer tomar partido entre Alfonso el Sabio de Castilla y el Infante D. Sancho, cuando se produjo la disensión entre padre e hijo, regresando a España cuando falleció Alfonso X. En 1350, volvieron de Marruecos cincuenta caballeros farfanés, recibiendo en Alcalá de Henares Juan I de Castilla, que falleció de la caída de un caballo, en ocasión de haber acudido a presenciar los ejercicios hípicas ejecutados por aquéllos.

Farfán, de mucho renombre, fué a mediados del siglo XVI, el granadino Luis de Mármol Carvajal, que viajó mucho por Africa Occidental, el Sus y el Sáhara. Acompañó al Xerife Mohammad en la expedición de 18.000 hombres a la conquista de Tombuctú, y retirada por dificultades de abrevaderos para la gran masa de caballería. Posteriormente, con ejército mucho menor, conquistó Tombuctú, en 1591, el sul-



## SIGNOS

## EJERCITO CRISTIANO

- Primera situación
- Segunda situación
- Itinerario de una a otra

## EJERCITO MORO

- Primera situación
- Segunda situación
- Itinerario de una a otra

\* Monumento prehistórico

Los números indican altitudes

Equidistancia de las curvas de nivel: 100 mts.

Datos topográficos del Instituto Geográfico

Mapa del terreno de Sierra Morena correspondiente a la batalla de las Navas de Tolosa.

tán Ahmed, en cuya expedición mandaba la caballería el español Yaxdar, que había sido alcaide de Cuevas de Almanzora (Almería). Mármol Carvajal escribió, a su regreso a España, un interesante libro titulado «Descripción general de Africa».

Problema también de geopolítica para Castilla era, al final del siglo XII, el de Vasconia. La altiplanicie castellana, por tierra de Burgos, llega sin obstáculos de grandes relieves montañosos, por la paramera del Alto Ebro, a la divisoria con la vertiente Cantábrica, donde comienza la fuerte rampa, por la que se desciende al litoral de Santander, que, desde muy antiguo, fué Castilla. Más hacia Occidente, por la paramera de La Valdavia, en tierra de Palencia, se alcanza el puerto de Piedrasluengas, y se desciende al hondo valle de La Liébana, y bordeando por Levante la ingente mole caliza de los Picos de Europa, se llega al litoral de las Asturias de Santillana. Pero uno y otro itinerario tienen el inconveniente de las nieves invernales. La natural y más fácil salida al mar, desde la tierra castellana, es la costa vasca; marchando desde Burgos, por la zona alta de La Bureba, por Briviesca y Pancorbo, a la llanada de Miranda de Ebro, y bordeando o atravesando la hoya de Vitoria, llegar a Vizcaya o a Guipúzcoa y a los puertos cantábricos.

Desde el valle del Ebro, o sea desde Aragón, la salida al Cantábrico es por la hoya de Vitoria. Al ocupar Navarra, La Rioja, La Bureba y Vitoria, no tan sólo interceptaba a Castilla el camino de la costa vasca, sino también a Aragón. Se comprende que el castellano y el aragonés se aliasen contra el navarro.

Los tres señoríos vascos comprendieron las ventajas de tener interland espacioso, país de tierra adentro necesario para el desarrollo económico y defensa del litoral, y se unieron voluntariamente a Castilla: Guipúzcoa, en 1200, en tiempos de Alfonso VIII; Alava y Vizcaya, en el siglo siguiente, en tiempos de Alfonso XI, que acudió, en 1334, a jurar los fueros bajo el roble de Guernica. Navarra, pasado el tiempo, se unió al reino de Aragón, y actualmente, con su heterogéneo conjunto de comarcas con diversidad de características naturales, constituye una provincia española, de gran prestigio y destacada personalidad en el conjunto nacional hispano.

#### BATALLA DE ALACAB O DE LAS NAVAS DE TOLOSA

La Península Hispánica está cortada, en su mitad meridional, por un gran accidente geológico, que se señala por el escalón o rampa abrupta que forma el borde frontal de Sierra Morena, sobre la llanura

de la Bética, corriendo el Guadalquivir, durante largo trayecto, adosado a la base de tal relieve orográfico, de tal modo, que la altiplanicie de Castilla la Nueva y la penillanura de Extremadura, quedan en alto, y la llanura andaluza en bajo. Donde tal escalón o rampa está más señalado, es en el borde meridional de La Mancha; en la zona denominada por los romanos «Saltus Castulonensis», de Cástulo, población cuyas ruinas están en Cazlona, en la zona baja del valle del Guadalímar, principal afluente del Guadalquivir por la margen derecha y que desciende de la altiplanicie del Campo de Montiel. En tal comarca de la antigua Cástulo, entre el actual pueblo de Santa Elena, en la baja planicie andaluza, y Almuradiel, en el borde de la altiplanicie manchega, está el paso, más corto y fácil, entre una y otra llanura.

Este paso es el de Despeñaperros; en donde por estrecha garganta, entre altos roquedos abruptos y tajos verticales de cuarcitas, se descuelga un arroyo torrencial, subafluente del Guadalquivir. Tal garganta fué hecha practicable en época moderna, y la vereda convertida en ancha carretera labrada en la ladera occidental del barranco en el siglo XVIII, en tiempos de Carlos III. Desde 1866, por el fondo del congado, en rampa de viaductos, puentes y túneles, se desliza el ferrocarril de Madrid a Andalucía.

Antes de tales obras de ingeniería, el paso se realizaba por uno u otro lado del congado. En los tiempos prehistóricos, del neolítico, por un sendero, en la ladera derecha, en un rellano del cual, denominado Collado de la Niebla, existen en los lisos de las cuarcitas pinturas rupestres de tal edad. En la época prehistórica del hierro, de la denominada cultura ibérica, otro camino entre Turdetania, o sea la llanura andaluza, y el país de los Oretanos, en el centro peninsular, pasaba por lo alto de la ladera izquierda, en donde en una covacha de las cuarcitas había un santuario ibérico, del que se han obtenido multitud de pequeñas estatuillas de bronce y otros exvotos. De los tiempos romanos, existen largos trechos de calzadas a uno y otro lado de la honda garganta de Despeñaperros, que siguieron sirviendo de camino durante toda la Edad Media y hasta que se habilitaron las vías modernas (mapa de la lám. V).

Tal persistencia prehistórica e histórica en el paso del Saltus Castulonensis por Despeñaperros, es debido a las singulares condiciones estratégicas que tiene el paraje para pronta travesía de Andalucía a Castilla. Por cualquier otra parte de Sierra Morena, el camino es de no pocas decenas de kilómetros, entre terrenos ásperos y quebrados, siendo multiplicados los accidentes orográficos que obstaculizan el avance; mientras que en Despeñaperros, la resistencia orográfica se vence de

una vez por lo mucho más corto del tramo montuoso del camino. Sitio éste de Sierra Morena, el más adentro hacia las altiplanicies interiores de la Península, y donde más cerca se alcanza la planicie del valle Bético, al avanzar de Norte a Sur.

Se cuenta, que cuando la invasión napoleónica de Andalucía, marchando el ejército francés por la carretera de la garganta de Despeñaperros, mandaba la punta avanzada del flanco el distinguido geógrafo Bory de Saint Vincent, y que al llegar al rellano donde están las pinturas rupestres del collado de La Niebla, desde el cual comienza el descenso hacia Andalucía, aparecieron de pronto, vistas desde lo alto, e iluminadas por el sol, las amplitudes de la gran llanura del valle Bético. El oficial, ante la magnificencia del espectáculo, con el entusiasmo del naturalista geógrafo amante de la Naturaleza, mandó hacer alto al destacamento y presentar armas al espléndido panorama.

La zona del *Saltus Castulonensis* tiene constitución geológica sencilla, estando formada por un único terreno, el Silúrico, con dos niveles litológicos: uno inferior, de duras cuarcitas, a veces, en bancos gruesos; otro superior, de pizarras silíceas. Tal conjunto litológico, está plegado y fracturado, con fallas y dislocaciones, que hacen que, a veces, las cuarcitas asomen más altas que las pizarras. Las acciones erosivas de las intemperies y de los cursos fluviales, hacen que las primeras, como más duras, resistan más que las segundas, formando aquellas los relieves escarpados, y éstas las vallonadas. Es ejemplo de zona áspera de cuarcitas, que hacía totalmente impracticable la mitad inferior de la garganta de Despeñaperros, y que aparece en altos relieves escarpados a uno y otro lado de la hoz, la zona denominada de los Organos, con el ya citado Collado de la Niebla (fig. 121). En la mitad superior, del lado de Castilla, es zona de cuarcitas el cerro Ensancha y la garganta o estrechamiento que el río Magaña, cerca de su desembocadura en el Despeñaperros, forma en el paraje denominado Arco de la Yedra (fig. 122).

Entre la zona de los Organos y la del cerro Ensancha y Arco de la Yedra, en el Magaña, se intercalan dos vallonadas aferentes al Despeñaperros por la margen occidental, que están formadas en las pizarras; vallonadas que son: la del barranco o arroyo del Ranchojo, y la del barranco y arroyo de Valdeazores, una y otra de gran importancia estratégica, en la batalla de las Navas de Tolosa. El corte geológico de la figura 123 explica el origen y disposición de las características topográficas comprendidas entre el borde occidental de la hoz de Despeñaperros y la banda de Sierra Morena, en la que se desarrolló la trascendental contienda guerrera.

El paraje en que se dió la decisiva batalla el 16 de julio de 1212, que los cronistas musulmanes denominan de Alacab (de las cuevas), fué en el espacio comprendido entre la garganta de Despeñaperros, a Levante, y, a Poniente, la línea meridiana del cerro Estrella, vértice

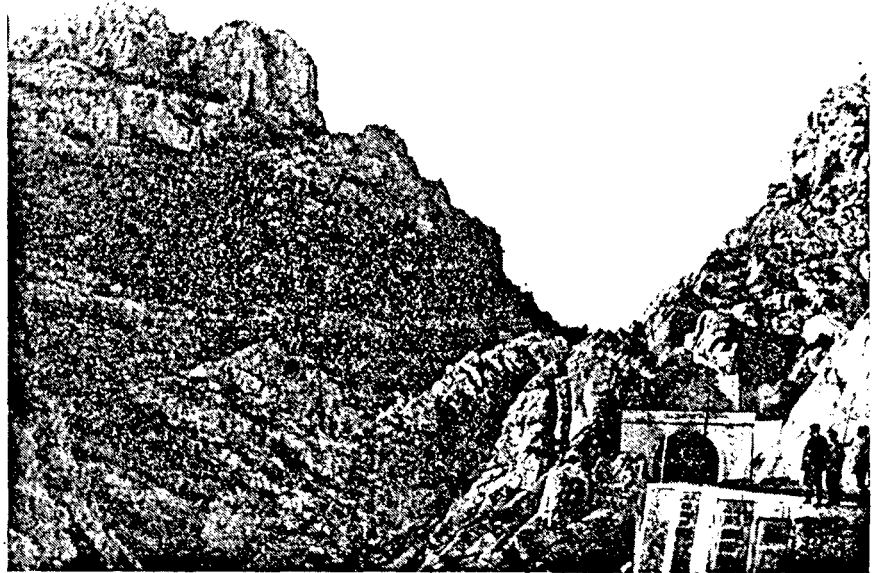


Fig. 121.—Tramo de la garganta de Despeñaperros, denominado los Organos, en donde se advierte la escotadura del Collado de la Niebla.

(Foto Hernández-Pacheco, 1924.)

elevado a 1.300 metros, altitud la mayor de la comarca. El límite septentrional es la alineación de E. a W. de la línea de cumbres de la margen Norte del valle del río que actualmente se denomina Magaña, y que las crónicas de la época llaman Guadalfaxar. Al Mediodía está limitado el paraje en cuestión, por la carretera general a Andalucía, que pasa por Santa Elena. El territorio así deslindado, comprende anchura, de Este a Oeste, de unos 12 kilómetros, por longitud de unos 14 kilómetros, entre la llanura baja de Andalucía y la alta de Castilla.

Las alineaciones geotectónicas y orográficas, en esta parte de Sierra Morena están arrumbadas, en su conjunto de Este a Oeste. Así, la zona orográfica del territorio deslindado, constituye una superficie alta, de arrasamiento geológico, situada a la altitud del millar de metros, y a unos 300 metros sobre la vaguada de los arroyos principales. Tal disposición topográfica, en extensión de unos cuatro kilómetros de longitud, entre el cerro de la Estrella y la garganta de Despeñaperros, for-



ma en las cumbres relieves suaves, amesetados con algunos roquedos cuarcitosos, y constituyen las denominadas Navas de la Losa (fig. 124); de las que dice el cronista Francisco Bilches, que son «unos llanos despejados de arboleda, no del todo seguidos, sino cortados a las veces con quiebras y eminencias, que son frecuentes en la sierra».

El conjunto de las Navas de la Losa, desciende suavemente en altitud, hacia el Sur, o sea hacia Andalucía; mientras que hacia el Norte forman en la cumbre un frente rudo y escarpado; del que dice el citado cronista, que tal alineación culminante, forma «al septentrión una

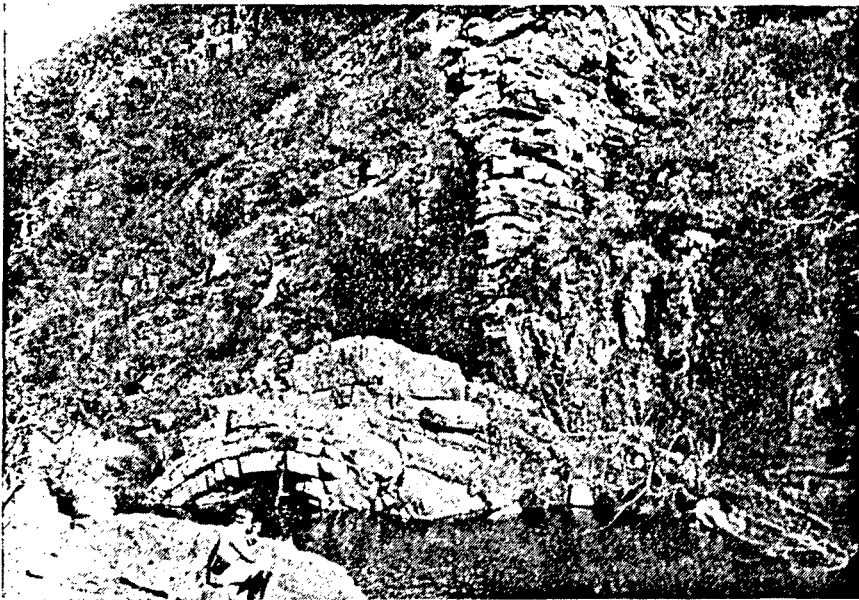


Fig. 122.—Pliegue de cuarcitas del Arco de la Yedra, en la zona baja del río Magaña, afluente al Despeñaperros, cerca de Venta de Cárdenas (Sierra Morena).

(Foto Hernández-Pacheco, abril 1924.)

cordillera bien seguida, que se levanta de peñas a manera de muro, de que el puerto tomó el nombre de Muradal».

La ladera Norte del Muradal, desciende con menos aspereza y pendiente que en la línea de cumbres, al valle del Magaña, o Guadalifaxar, de las crónicas, que corre por vallonada amplia y con charcos residuales en el estío, con arrumbamiento de Oeste a Este, a desembocar en la garganta de Despeñaperros, del que es principal afluente. En la margen septentrional del Magaña se alzan diversas colinas, y, próximo al río, un cerro redondeado, en cuyo rellano de la cumbre se alzaron

las tiendas de Alfonso VIII y de los otros monarcas cristianos; de lo que le viene, al accidente orográfico, la denominación de «Cerro del Rey»; acampando el ejército a lo largo de la vallonada.

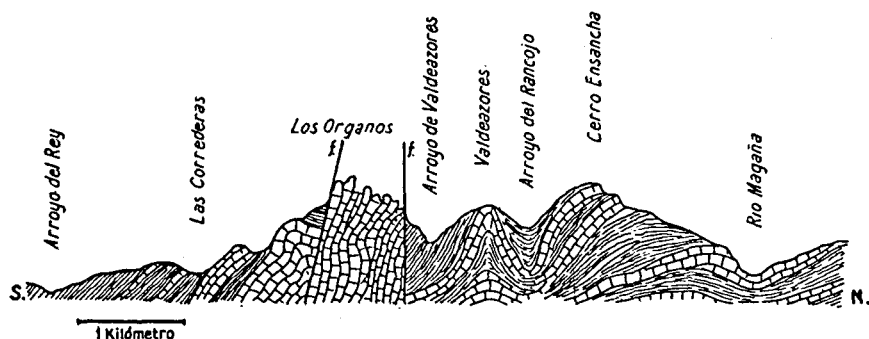


Fig. 123.—Corte geológico paralelo a la hoz de Despeñaperros, a lo largo del flanco oriental de la zona del campo de batalla de las Navas de Tolosa.

Al Sur, en la parte baja de las laderas occidentales de la alineación montañosa de las Navas de la Losa, hay una mesa alargada, de superficie plana y con suave pendiente; comprendida entre la actual aldea de

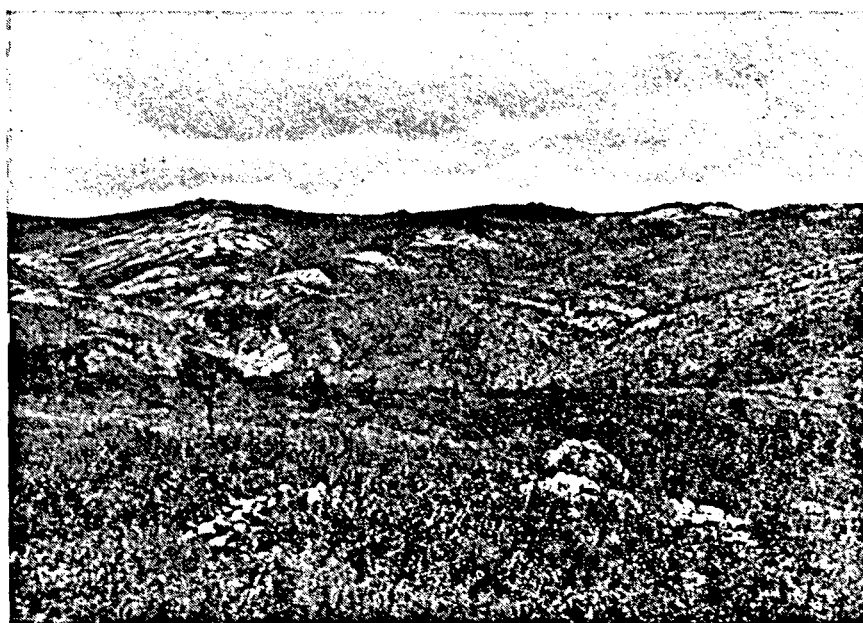


Fig. 124.—Parte alta de las Navas de la Losa, con lanchones de cuarcita; vista desde el Sur.

(Foto Hernández-Pacheco, abril 1951.)

Miranda del Rey, y el repecho que conduce al puerto del Rey, o sea de la Losa. Está constituida tal mesetilla (fig. 125) por una raña pliocena, situada al pie del pequeño macizo orográfico de la Estrella, y comprendida lateralmente entre las vallonadas del arroyo del Rey y del río de la Campana. La raña que forma la meseta, está recorrida a lo largo por la calzada romana, y a ella se sube por laderas algo empinadas, pero practicables para el avance de la caballería, salvándose un desnivel de unos 80 metros. En tal meseta estaba el cuartel general de los moros, con la tienda roja del Miramolín.



Fig. 125.—Vista panorámica del campo de batalla de las Navas de Tolosa, tomada desde el replano alto de Valdeazores, mirando hacia el Suroeste. Segundo término: vallonada de Navavaca. Tercer término: raña amesetada denominada Mesa del Rey. Último término: macizo orográfico de Estrella.

(Foto Hernández-Pacheco, abril 1951.)

Cruzan las navas de la Losa de Sur a Norte, o sea desde Andalucía a Castilla, atravesando Sierra Morena, por la zona que se analiza, tres caminos, que son:

a) El Occidental, que es la calzada romana, la cual pasa por la aldea de Miranda del Rey, por la raña o meseta, denominada Mesa del Rey, en la que estaba el cuartel general de los almohades; atraviesa al pie del cerro Estrella la alineación culminante del Muradal, por el

puerto, situado a Occidente, en cuyo tramo, dando vista al valle del Magaña, hay un paso fácilmente defendible del ataque de un ejército procedente del Norte; paso al que se refiere la comunicación de Alfonso VIII al Pontífice. Descendiendo el camino al valle del Magaña, atraviesa este curso fluvial, y avanza hacia Castilla. Esta vía sería muy frecuentada durante toda la Edad Media, y hasta que se hizo practicable la hoz de Despeñaperros, en el siglo XVIII. Tiene la calzada romana un trazado excelente, perfectamente adaptado a la topografía, y adecuado a la arriería y tránsito rodado de las antiguas épocas.

b) Otro camino, es el del Muradal, situado del lado oriental de las navas, que atraviesa Sierra Morena a lo largo de la zona alta de las laderas occidentales de la hoz de Despeñaperros. Arranca de un tramo de calzada romana que hay junto a Santa Elena, y asciende hacia el puerto, dejando del lado occidental las Navas de la Losa, y del oriental, las asperezas rocosas de los Organos. Junto al camino, en la zona alta, cerca de la divisoria, existen las ruinas de un castillo (fig. 126), de fuertes tapiales y de estructura semejante a las alcazabas y casas fuertes del Sus y de Ifni; fortaleza que ocupa situación estratégica para defender el paso, y que creemos es el castillo de Castro Ferrat, del que hablan los relatos contemporáneos de la batalla. El camino es transitable para caballería, y pasa a la altitud del millar de metros, en altiplanicie, entre las crestas orientales del Muradal y el cerro cuarcitoso Ensancha; desciende al valle del Magaña, y avanza hacia Castilla, por la parte de Almuradiel.

c) Un tercer camino, de situación intermedia entre los anteriores, es el denominado de Navavaca. Es camino local, que se desprende de la parte meridional de la calzada romana; atraviesa las Navas de la Losa y la alineación orográfica del Muradal, por la zona media, y se une a la parte septentrional de dicha vía.

La vegetación que en el siglo XIII presentaría la zona de Sierra Morena, que se estudia, no diferiría mucho de la actual, salvo los descuajes (que no son muchos) que se han efectuado recientemente, convirtiendo en dehesas de arbolado de encinas, el monte bajo de matorral de jaras, en asociación politépica con lentisco, madroñera, olivilla, brezos, arrayán, coscoja y matas de chaparra. Cuando en las primaveras de 1924 y 25 recorrimos esta parte de Sierra Morena, tenía más frondosidad que actualmente, pues al presente hay mayor deforestación por el creciente precio de los carbones y las rozas intensas, para picón, del matorral. No obstante, en los tiempos de la batalla de las Navas no existiría gran diferencia, con los actuales, respecto a paisaje y vegetación; el jaral, en algunas zonas sería más alto y espeso que al pre-

sente, pero, en el conjunto, no habría mucha diferencia, pues los incendios del monte para alimentar al ganado cabrio con los brotes del retoño, serían norma corriente; como lo fué hasta el primer decenio del siglo xx en los montes de las serranías de Extremadura y de Sierra Morena.

En la comarca que se analiza, las aguas son escasas, pues los arro-

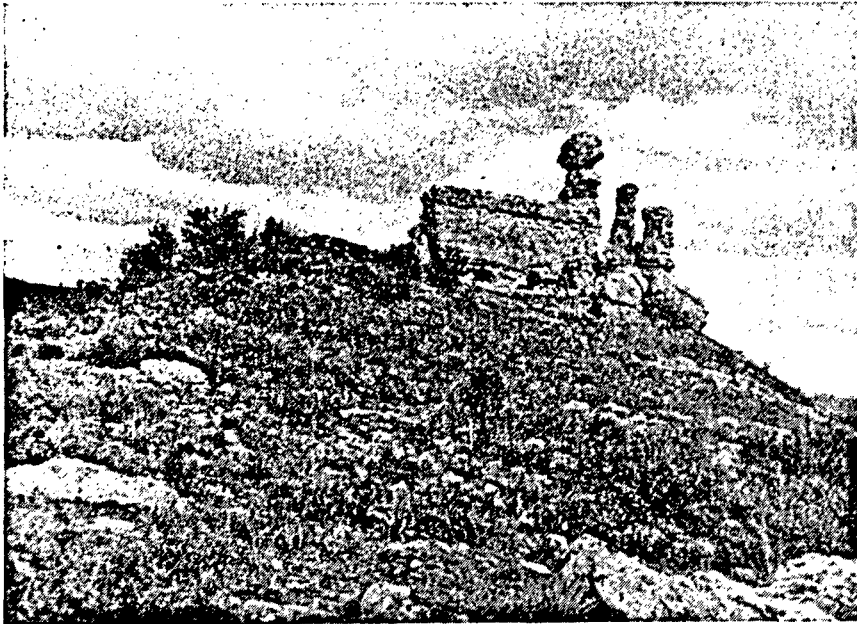


Fig. 126.—Ruinas del castillo de Castro Ferrat, situado junto al camino del Muradal, al Sur del alto replano de Ensancha y al extremo oriental de las Navas de la Losa.

(Foto Hernández-Pacheco, abril 1951.)

yos dejan de correr a poco de cesar las temporadas de lluvia, y no quedan en pleno verano, en los principales, sino charcos residuales más o menos grandes, sostenidos por manantiales y aguas subálveas. Las fuentes son pocas, no suelen ser de gran caudal y escasean mucho en las secas mesas y navas altas.

Esta zona de Sierra Morena no estaría despoblada en extremo, por ser camino relativamente transitado; siendo frecuentes las ruinas de edificios, especialmente no lejos de la vía romana. El aprovechamiento del país, sería mediante ganadería, por pastores, principalmente cabreiros. En algunos parajes, tales como el rellano de Venta de Cárdenas, y las praderías de la Iruela, en la zona baja del Magaña, habría maja-

das, por ser sitios adecuados, y uno de tales pastores sería Martín Alhajar, que tan importante papel desempeñó en la victoria de las Navas de Tolosa.

La expedición del amir Amunemín, de los almohades, Mohamad-ben-Yacub Anasir, y el relato de la batalla, están expuestos en las crónicas musulmanas, de las que algunos de sus párrafos forman el siguiente resumen:

«Estando Anasir en Marruecos el año seiscientos cinco (1206), le vino nueva de Andalucía, cómo el maldito Alfonso había vuelto a levantar cabeza y corría las tierras de los muslines y talaba sus campos, estragaba sus frutos, quemaba los pueblos y les ocupaba las fortalezas, cautivando y matando las gentes. Imploraron el auxilio de Anasir, que, sin tardanza, mandó congregarse sus tropas para pasar a la santa guerra de Andalucía y desembarcó con felicidad en las playas de Tarifa, y le vinieron allí a recibir los caudillos de Andalucía y sus alfaquies y le saludaron y dieron el parabién. Se detuvo en Tarifa tres días y luego pasó a Sevilla con un ejército innumerable, como de langostas esparcidas en bandos que cubrían montes, campos, llanos y profundos valles. Los cristianos, cuando supieron que tanta muchedumbre había pasado, se atemorizaron con estupendo terror y se llenaron de pavor los corazones de sus reyes.»

«Avistáronse ambos ejércitos en un campo llamado Hisn Alacab, y se detuvieron allí, y hecho parada, el Amir mandó fijar su pabellón bermejo para señal de batalla, y se colocó sobre un ribazo, y vino Anasir y se puso en él sentado sobre una adarga y su caballo allí delante, y un cerco de sus guardias alrededor del pabellón, que por todas partes lo ceñían todos con sus armas. Delante de sus guardias se pusieron las líneas de toda la tropa, con sus banderas y atambores... Moviéndose contra ellos el ejército de los cristianos con sus haces bien ordenadas, de tanta muchedumbre, que en su extensión parecían, esparcidas, bandas de langostas. Saliéronles al encuentro..., y en lo más recio de la batalla, cuando el polvo y la sangre cubría a los combatientes de ambos ejércitos, los caudillos andaluces y sus escogidas tropas, tornaron brida y se salieron huyendo de la batalla.»

«Cuando los almohades, alárabes y otras tribus berberíes vieron la fuga de los andaluces, y que los valientes voluntarios habían sido despedazados, y que ya todo el peso de la horrible batalla cargaba sobre ellos por la derecha, y que cada instante se aumentaba el ímpetu de los cristianos, principiaron a desordenarse también, y a huir delante de ellos... Entre tanto Anasir, se estaba sentado sobre su adarga, en medio del pabellón diciendo: «Sólo Dios es veraz, y Satán es pérfido.»

Y cuando ya llegaban a él los cristianos, y los que le defendían perecían peleando, vino a él un alárabe con una yegua, y le dijo: «¿Hasta cuándo te estarás sentado, o amir? Ya está decidido el juicio de Dios y cumplida su voluntad, los muslines acaban vencidos.» Entonces Anasir se levantó y fué a cabalgar de presto en su caballo que allí tenía, y el alárabe le dijo: «Monta en esta castiza que no sabe dejar mal al que la cabalga, y quizá Dios te libraré; que en tu vida consiste la seguridad de todos»; y montó Anasir en ella y el alárabe en su caballo, y huyeron envueltos en el tropel de la gente que huía, miserables reliquias de sus vencidas guardias.»

«Fué esta espantosa derrota lunes quince de safar del año seiscientos nueve (1212), y con ella decayó la potencia de los muslines en España, pues no les salió nada bien después de ella.»

Las crónicas cristianas, relatan los acontecimientos con algún detalle. Los tres más importantes, de actuantes en la batalla, son la de Alfonso VIII, en carta al Pontífice Inocencio III; la del Arzobispo de Narbona, Arnaldo Amalarico, y la del Arzobispo de Toledo, Rodrigo Ximénez de Rada. De la última, que es la más extensa, dice el Marqués de Mondéjar, en su libro de 1783 titulado «Crónica del rey D. Alfonso VIII», que existía en su tiempo, una copia en pergamino en la villa de Vilches.

Tanto en las crónicas musulmanas, como en las cristianas, se advierte, como en general en los escritos antiguos de las épocas cristiano-musulmanas, falta la exactitud en la apreciación numérica de combatientes, y de las bajas sufridas por uno u otro campo, y también se advierte tendencia a lo maravilloso y a lo sobrenatural; de todo lo cual se prescinde en el presente relato sintético, deducido de las crónicas de la época.

El descalabro sufrido por los cristianos hispanos en la batalla de Alarcos, la potencia guerrera de los almohades africanos y las noticias de la predicación de su guerra santa contra los reinos cristianos de Hispania, atemorizaron a éstos; especialmente a los reyes de Castilla y de Aragón, que acudieron al Pontífice Inocencio III, para que con su poder espiritual, consiguiera oponer a la guerra santa de los musulmanes, la santa cruzada de los cristianos. El Papa concedió extraordinarias indulgencias, y se hizo propaganda por el ámbito europeo de la cruzada contra los mahometanos almohades, indicando a Toledo como lugar de concentración; acudiendo organizadas las huestes hispanas, y muchedumbres de gentes ultrapirenaicas, según dice la crónica del Arzobispo Ximénez de Rada. «E el venir de las gentes comenzó en el mes de Hebrero (1212), e vinieron pocos a pocos cada día, ansi

que por todo el invierno vinieron en guisa, que quando el verano entró, eran y muchos ayuntados en Toledo.» «Poco tiempo después de esto llegaron los Rico-Homes de Aragón muy bien guisados e de muchas armas, e de muchos e muy hermosos caballos... e muchos ballesteros de pie e de a cavallo. E otro sí, allí vinieron las gentes de los concejos, tantas e tan buenas e con tantas armas e con tantas viandas, que eran gran maravilla... Fué ahí el maestre de Calatrava Ruy Díaz con los sus Freyles... y los Freyles de Santiago.»

«E salieron de Toledo a veinte un día de junio, e iban los que eran allende de los montes Pirineos por sí; e dióles el rey Don Alonso por caudillo a Don Diego López de Haro. Otro sí, el noble rey de Aragón iba por sí; e el noble rey Don Alonso de Castilla con toda su gente iba por sí... E movieron de allí e cercaron a Malagón los de allende los puertos de Aspa, e tan gran aprieto les lieron que les tomaron los christianos el castillo e mataron quantos moros en él yacían.»

A la jornada siguiente de Malagón, llegaron al Guadiana, cuyos vados estaban interceptados por innumerables abrojos de hierro, que inutilizaron a los caballos, al clavárseles en las pezuñas. Junto al cauce del río, estaba la potente fortaleza de Calatrava, a la que pusieron sitio; «e como quier que el castillo está asentado en llano de la parte del río, que dura mucho, no les pudo combatir; e de la otra parte tiene el castillo muy buena barbacana e grande cava e muchas torres, que si non la pusiesen ingenios, e non la combatesen muy largamente non la podrían tomar... E comenzamos a combatir, e así lo ordenó la merced de Dios que el domingo después de la fiesta de San Pablo, fué Calatrava, dada al noble rey Don Alonso». La rendida fortaleza pasó a poder de la Orden de Calatrava, y cuanto contenía a los de allende los Pirineos y a los de Aragón, no reservándose nada los castellanos.

La muchedumbre de cruzados ultrapirenaicos, se sintió defraudada en sus ilusiones de ganancias. Ya en Toledo, promovieron desórdenes, según relatan «Los Anales Toledanos»: «E movieron los ultrapuertos e vinieron a Toledo en día de cuaresma e volvieron todo Toledo, e mataron de los judíos dellos muchos, e armáronse los caballeros de Toledo e defendieron a los judíos.» Comenzada la campaña, en vez de saqueo de ciudades, tuvieron asaltos de castillos, y en vez de riquezas, encontraron penalidades de guerra, polvo, sed y el ardiente sol veraniego de las penillanuras centrales de la Península. En la toma del castillo de Malagón, mataron a los rendidos y quisieron abandonar la empresa; abandonándola en Calatrava y regresando a sus tierras, según expone Alfonso VIII en su carta al Pontífice: «Y aunque les proveíamos muy



abundantemente de todo lo necesario; sin embargo considerando ellos las incomodidades de la tierra que estaba yerma y algo calurosa, quisieron dejar lo empezado y volverse a sus casas... Pero permaneciendo ellos en el propósito de volverse a sus tierras... desampararon al estandarte de la cruz, a excepción de algunos pocos que quedaron... que apenas llegarían todos, entre caballeros y soldados, a 150, porque de los infantes no quedó ninguno.»

Continúa la relación de Alfonso VIII, diciendo: «Y llegamos al castillo de moros que se llamaba Alarca, y sin embargo de estar bien fortificado, le ganamos, con otros que se llaman Caracuel, Benavente y Piedrabuena.»

Desde Alarcos y Caracuel, continuó el ejército la marcha hacia el Sur, llegando al Suroeste del actual pueblo de Calzada de Calatrava, a la imponente fortaleza de Salvatierra, situada en lo alto de un cerro de cuarcitas de la Sierra de la Atalaya de Calatrava. En el campo, se unió a las tropas Sancho el Fuerte, de Navarra, con sus mesnadas: «E el primero día fueron a poner la hueste en derredor de Salvatierra. En otro día, domingo, tovieron por bien los reyes e los ricos homes que se armasen e ficiesen alarde. E el tercer día salimos dende e vini-mos a otra lugar que se dice Fresneda, e al tercer día pasemos al pie del puerto del Muradal en un lugar que dice Guadalfaxar.»

El Arzobispo de Narbona, que fué de los que quedaron cuando abandonaron la empresa los ultrapirenaicos, dice en su relato: «Llegamos al pie de la Sierra que llaman el puerto del Muradal, y subiendo algunos de los nuestros hasta la cumbre, descubrieron a una legua o dos, las tiendas de los moros... Al día siguiente, que era viernes, nosotros subimos a la cumbre de la sierra, pero no pasamos de allí, y los moros desampararon al instante un castillo que había en el mismo paraje» (Castro Ferrat)

La situación de los ejércitos el viernes 13 de julio, era la siguiente: Les dividía la vallonada de Guadalfaxar, o sea el Magaña. Los moros ocupaban las alturas de la margen derecha, o sea del lado de Andalucía, especialmente las Navas de la Losa, las crestas del Muradal y el acceso por la calzada romana. El campamento general de Miramolín, estaba en la ladera meridional de Las Navas, en el paraje conocido actualmente por Mesa del Rey.

El campamento de los cristianos ocupaba la izquierda de la vallonada del Magaña y los cerros inmediatos. En uno denominado ahora Cerro del Rey, según dice la crónica: «E viernes de mañana llegaron los tres reyes; el rey D. Alonso de Castilla, el rey D. Pedro de Aragón e el rey D. Sancho de Navarra. E luego que llegaron, llamaron el nom-

bre de Dios, e subieron encima del monte, e pusieron ahí sus tiendas en una rinconada que face encima.»

Lo abrupto de las laderas del Muradal dificultaba enormemente la subida al rellano de la cumbre, donde estaban los moros, y el camino de acceso de la vía romana tenía un paso difícil, ocupado por los almohades, y, tan acondicionado por la Naturaleza, que en la relación de Alfonso VIII al Pontífice se dice: «que mil hombres podían defenderle contra cuantos hay debaxo del cielo.»

En vista de tan grave dificultad, se celebró consejo, proponiéndose diversos pareceres, sin llegar a acuerdo conveniente. En esto, según relatan las diversas crónicas, y entre ellas la del Arzobispo de Toledo, en la mañana del sábado, 14, se presentó «un home como aldeano o pastor, home mal vestido, e parecía de poco valer, según su manera de parecer; a dixo que él guardara tiempos había su ganado en aquellos montes e que tomara por allí en aquel puerto liebres e conejos; e dixoles él les mostraría logar por do pasasen muy bien e sin peligro, e que les llevaría encondidamente, que aunque los moros les viesen, non los pudiesen empecer ninguna cosa; e que podíamos llegar al logar que deseábamos para lidiar con los moros». «Enviaron a D. Diego López de Haro, a García Romero de Aragón adelante, para que probasen si era verdad lo que decía el pastor, e mandasen poner sus tiendas en un lugar que era cerca de los moros... e el pastor que parecía persona vil, salió verdadero.»

Los moros, al ver que los cristianos abandonaban la vallonada del Magaña, creyeron que se retiraban, por no querer lidiar, y ocuparon nuevamente el castillo, que habían abandonado, de Castro Ferrat.

Los relatos y crónicas de la época no aclaran cuál fué y por dónde iba el camino por el que al partir Martín Alhajar guió al ejército de los cristianos. Hacia Poniente de la calzada romana, ocupada por los almohades, la aspereza y altitud del empinado monte Estrella era obstáculo juzgado insuperable en el relato de Alfonso VIII. Las crónicas dicen que el ejército, al abandonar el paraje donde acampaba, se dirigió hacia el Saliente, o sea hacia la honda y en extremo escabrosa hoz de Despeñaperros, la cual era en absoluto impracticable para la caballería.

Hacia este lado está el camino del Muradal, que cruza la sierra de Norte a Sur, pero cuya primera parte, de fuerte pendiente, estaba a la vista de los vigías del ejército moro, que ocuparía la zona alta de la divisoria y tendría observadores en las peñas de Malabrigo. Pasado el puerto, hacia el Sur, el camino del Muradal presenta buen resguardo porque le defienden, por el lado del Oeste, las barrancadas de

los arroyos de Navavaca y del Salto del Fraile, que están dominadas por el camino.

La cuestión para el ejército cristiano era alcanzar tal divisoria y pasarla hacia el Sur, o sea hacia Andalucía, que fué lo que resolvió Martín Alhajar.

El examen del mapa topográfico de España, a escala 1 : 50.000, y la inspección del terreno, hacen ver que el monte Ensancha (1.017 metros), de cota superior al puerto en el camino del Muradal, oculta de la vista a los observadores citados el curso del Magaña y el actual camino del Ranchojo en sus porciones finales hacia Venta de Cárdenas y el comienzo de la hoz de Despeñaperros. El citado camino del Ranchojo, en dicha parte, pasa por el collado situado entre el cerro Ensancha y el más bajo de la Hocecilla, en donde están los prados de la Iruela, en los cuales pudo tener su majada Martín Alhajar, dando esta parte vista a Venta de Cárdenas. Tal camino existiría entonces y sería el seguido por el ejército cristiano que, según las crónicas, marchó hacia el Este y desapareció de la vista del enemigo.

Contornea el camino, a bastante altura, al cerro Ensancha (fig. 127) y emite una rama que, remontando la vallonada del arroyo del Ranchojo, asciende, con pendiente y características adecuadas al paso de la caballería hasta salir a la llanada alta del caminado del Muradal, situada en la divisoria orográfica, a altitud del millar de metros, y, por lo tanto, dominante respecto a la situación del ejército almohade.

El camino del Ranchojo, desde la bifurcación, sigue contorneando en ladera la loma de Valdeazores, y remonta el curso del arroyo de este nombre, saliendo también, como el del arroyo del Ranchojo, a la parte alta de el del Muradal, frente a las Navas de la Losa. Uno y otro camino, el del arroyo del Ranchojo y el del arroyo de Valdeazares, fueron, en nuestra opinión, por los que Martín Alhajar condujo a las huestes cristianas; no quedando a los moros otro recurso que retroceder y abandonar sus posiciones favorables, y, agrupándose en el campamento de Miramolín, presentar batalla a los cristianos.

El domingo, no se quiso combatir por dar descanso a las tropas; rechazándose los ataques parciales, dadas las buenas condiciones estratégicas que tenía el campamento establecido.

La situación de los dos ejércitos al comenzar el lunes 16 de julio de 1212, era la siguiente, según la crónica del Arzobispo de Toledo: «Los moros ficieron encima de un cabezo a manera de plaza de las astas de las saetas e dentro estaban una haz buena de gente de pie. E en medio de esta plaza se asentó el Miramolín, e tenía cerca de sí una espada, e tenía vestida una alquifara, que fuera de Abdemalique,

el primero rey de los almohades; e tenía cerca de sí el libro de su mala porfía, el cual dicen el Alcorán. E fuera de aquella plaza estaban otros haces de peones que hicieron gran cava e metieron en ella hasta los hinojos, e estaban dos a dos unos delante, e otros detrás, e tenían los muslos atados unos con otros; así que estuviesen firmes en la lid, por cuanto estaban atados e tapiados, e non podían fuir. E delante de la plaza, estaba una grande haz de caballeros de los almohades muy



Fig. 127.—El camino del Ranchojo y el cerro Ensancha, vistos desde las ruinas de la Venta del Molinillo, en Venta de Cárdenas (Ciudad Real), mirando hacia el Oeste.

(Foto Hernández-Pacheco, abril 1924.)

bien armados e encavalgados, que era un grande espanto de ver. A diestro e siniestro estaban tantos alárabes, que non había cuento, e eran muy ligeros e muy atrevidos.»

La disposición de los cristianos para la batalla, según el mismo relato del Arzobispo, dice: «E entre los caballeros ovo la delantera don Diego López de Haro con sus parientes e con sus vasallos. La segunda haz tenía D. Gonzalo Núñez, con los freiles del Temple, e del hospital de San Juan, e de Santiago, e de Calatrava. E la costanera tenía Ruíz Díaz de Cameros, e su hermano Alvar Díaz, e Juan González, e otros nobles caballeros. E la postrimera haz, estaba el noble rey

D. Alonso, e D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo.—E en cada una de estas haces estaban los comunes de las ciudades. E el rey D. Pedro de Aragón ordenó otro sí sus haces e sus gentes.—E el rey D. Sancho, de Navarra, con sus ricos homes e caballeros iba a guisa de ardid e de noble a la diestra del noble rey de Castilla; e había consigo el noble rey de Navarra estos comunes de Castilla que eran los de Segovia, Avila e Medina. Las haces así paradas e ordenadas, alzaron las manos al cielo, invocando el nombre de Jesu-Cristo; e movimos todos de golpe e fuimos a ferir de buen talante e de gran corazón en los enemigos.»

«Los moros estuvieron muy recios e muy fuertes en aquel lugar, e comenzaron a alongar de si los de la primera haz que tenía D. Diego López de Haro, que sobían contra los moros por una sobida muy agria, e ovieron de algún poco de detener. E los de los haces de Castilla e de Aragón, llegaron en un tropel, e fueron a ayudar a los primeros; e fué allí la batalla muy grande, e estuvo la lid en pres e en duda, e muy gran peligro—así que algunos de los pueblos comenzaron ya como que querían fuir. El noble rey D. Alonso, cuando los vió, dixo así, a grandes voces que todos le oyeron, contra el arzobispo D. Rodrigo «Arzobispo, yo e vos aquí muramos». El Arzobispo, le dixo, «No quiera Dios que vos aquí murades; más el día de hoy venceréis aquí a vuestros enemigos». E el rey dixo «Vayamos a presa a correr los de la primera haza que están en gran afincamiento».— E Fernán García, que era muy buen caballero, e se viera ya en muchas proezas, travó al rey de la rienda, e díxole «Señor, id paso, que acorrer avran los vuestros... E al golpe que llegó el pendón de la imagen de Santa María, los moros que fasta aquella hora estovieron fortes, comenzaron a fuir, e les christianos friendo e matando en ellos muy cruelmente de grandes feridas. E el Miramolín quando aquello vido, e con gran queja que los christianos daban en él e en los suyos e por consejo de su hermano que decían Cid Alazari, cavalgó en una yegua hovera, e fuyó con quatro caballeros solos, que les fueron compañeros e aquel peligro, e llegó a Baeza—. E tomó otra bestia, e fuese a Jaén, e llegó ahí en la noche.»

«Fecho esto e acabado, algunos de los nuestros fueron a cercar el castillo de Bilches, que era muy fuerte. E nos al tercero día, que fué miércoles, fuimos allá e tomaron los reyes a Bilches, e a Baños, e a Castro Ferrat, e a Tolosa; e de aquel día fueron de Christianos e lo son hoy día.»

El objetivo principal de nuestro estudio en 1924 y 1925 de la zona de Despeñaperros, en Sierra Morena, fué geográfico y geológico, por

lo cual la información fotográfica, pertinente a los parajes de la batalla de las Navas de Tolosa, era incompleta, prestándose a completarla mi hijo y colaborador, el actual catedrático de Geografía física de la Universidad de Madrid, que me había acompañado en aquellas expediciones; el cual, ya redactada la presente información, marchó a tal zona de Sierra Morena en abril del pasado año de 1951, acompañándole algunos profesores universitarios que preparaban tesis doctorales de Historia. Se completó la información fotográfica y se recorrieron de nuevo aquellos parajes, y principalmente el itinerario que seguiría el ejército cristiano guiado por Martín Alhajar. Con los datos de las expediciones anteriores y los nuevamente obtenidos, especialmente el de las ruinas del castillo de Castro Ferrat, hemos llegado, de común acuerdo, a formular el siguiente juicio crítico de la trascendental batalla:

En la campaña que se analiza, los elementos ultrapirenaicos que acudieron por efecto de la cruzada proclamada por el Pontífice Inocencio III, no produjeron beneficio alguno, pues todos desertaron, salvo el Arzobispo de Narbona, Arnaldo Amalarico, y muy corto número «que apenas llegaron todos, entre caballeros y soldados, a 150, porque de los infantes no quedó ninguno». En cambio, la cooperación que se estableció entre los reinos hispanos, acudiendo a la campaña sus monarcas, con fuerzas militares, fué prueba de lo ventajoso de tal proceder ante el enemigo común. La defección de las fuerzas extrañas fué beneficiosa, en cuanto libró al ejército de contingentes indisciplinados y perturbadores, aumentándose y regularizándose el suministro de víveres.

El ejército almohade, con las fuerzas moras andaluzas, constituidas principalmente por caballería ligera, llegó el primero al paso de Sierra Morena, interceptando el camino de la calzada romana, ocupando las posiciones dominantes del Muradal, teniendo defendido el flanco izquierdo por el macizo montañoso de Estrella, y el derecho, por la honda hoz de Despeñaperros, cuya zona de Los Organos era impracticable. Pero, en este flanco, se descuidó el reconocimiento topográfico de la parte situada al Norte de Los Organos y del castillo de Castro Ferrat, quedando casi indefensa tal zona del flanco oriental; gran torpeza que produjo fatales consecuencias.

El cuartel general, con la tienda roja del Miramolín, se estableció en la raña amesetada, situada al pie del alto cerro Estrella; meseta recorrida por la calzada romana, y situada a retaguardia de las tropas que ocuparon el puerto y la alineación de cumbres del Muradal; y, por lo tanto, en directa comunicación con éstas. No cupo la suposi-

ción que tal paraje, del puesto de mando, fuese atacado por el lado de Andalucía, como así aconteció.

El ejército cristiano, al llegar, se detuvo ante las formidables condiciones estratégicas naturales, ocupadas por el enemigo, acampando en la margen izquierda del Magaña, y se estableció el cuartel general en el cerro del Rey. Se desechó el plan de ataque por el escarpado frente, de derrota casi segura, y, más en tiempos en los que la caballería era el arma preponderante y decisiva en las batallas, y no se conocía ni artillería ni las armas de fuego. Se desechó también el plan de forzar el paso de la calzada romana, según se deduce de la carta de Alfonso VIII al Pontífice Inocencio III.

Como resultado del consejo de guerra celebrado, comenzarían exploraciones para encontrar posibilidades de ataque por la banda oriental, desamparada por el enemigo, que incluso había abandonado el castillo de Castro Ferrat, cuando las avanzadas cristianas llegaron, y los observadores de éstas subieron a las cumbres (probablemente al cerro Ensancha) y vieron las tiendas de los moros, según el relato del Arzobispo de Narbona. El problema planteado lo resolvió entonces, según se ha dicho, el pastor Martín Alhajar, que no actuó simplemente de guía experto, sino que tendría, en potencia, las dotes de táctico y estratega de tantos célebres caudillos y guerrilleros, de que está llena la historia hispana, desde Viriato al Empecinado.

La marcha del ejército cristiano, guiado por el pastor de Las Navas, sería, según se ha expuesto, por el camino del Ranchojo; alcanzándose las alturas de el del Muradal, por el que remonta la vallozada del mencionado arroyo, y también por el de Valdeazores, pues ambos serían y son practicables para la caballería. Probablemente la vanguardia seguiría el primer camino, y el grueso de las fuerzas, el segundo. Llegadas a lo alto, la riada de combatientes, descendiendo por el camino del Muradal, pasaría junto a Castro Ferrat, abandonado nuevamente ante la llegada del enemigo, situándose y acampando los cristianos frente a la raña de la Mesa del Rey, donde estaba la tienda del Miramolín, y al lado oriental del arroyo del Rey.

Ante tal marcha estratégica, que privaba al ejército almohade de las ventajas de su formidable situación; rebasadas, hacia Andalucía, la línea de crestas del Muradal, y en peligro de ataque al campamento donde Yacub Anasir había establecido el cuartel general, el ejército almohade abandonó sus líneas y se concentró en la Mesa del Rey.

Los moros debieron tener la sensación de una derrota sin combatir; lo que explica diversos episodios de la batalla y el final desastroso de ésta. De tal situación de ánimo derivaría la decisión del mando, de

la defensa, a todo trance, del campamento del cuartel general y de la tienda del Miramolín; lo que suponía anular o, por lo menos entorpecer, la libertad maniobrera de los, en cierto modo, sitiados, y dejar al enemigo la iniciativa de movimientos tácticos.

El ataque al campamento tuvo una corta fase de indecisión en el éxito, al subir la caballería atacante el repecho de la mesa, siendo resuelto victoriosamente y tomada la tienda del Miramolín por el ardimiento de los navarros, que, según el Arzobispo de Toledo, estaban a la diestra del rey de Castilla, y las crónicas musulmanas dicen que todo el peso de la batalla cargaba de la derecha. Este sería el momento de la defección y huida de la caballería ligera de los andaluces. Tal abandono, por estas fuerzas, del campo de batalla, tiene su explicación, en parte, en el poco afecto que, en el transcurso de la historia, se advierte entre la masa indígena y los invasores, fuesen éstos almoravides, almohades o benimerines, de los que eran aliados como mal menor, y de lo despóticamente que los africanos solían tratarles.

La batalla debió ser de corta duración. Efectuada la huida de Yacub Anasir, el pánico se generalizaría, adquiriendo la derrota características de desastre total, cesando toda resistencia, y persiguiendo los cristianos a los fugitivos en la desbandada general que se produciría. Esto explica el muy reducido número de bajas del ejército cristiano, en extremo desproporcionadas con las muy numerosas de los mahometanos; desproporción en que coinciden todas las crónicas.

Del pastor de las Navas de La Losa, dicen poco los historiadores; se sabe que se llamaba Martín Alhajar. Sería un mozárabe de los que habitaban en la zona fronteriza. Según relata en su obra citada el Marqués de Mondéjar, concurren, en 1226, a poner la primera piedra de la Catedral de Toledo, Fernando III el Santo y el Arzobispo don Rodrigo. En la capilla mayor, «en el machón del lado del Evangelio, se puso una estatua con corona real sobre la cabeza y una espada en la mano, que representa al sobredicho rey don Alonso el VIII. Cerca de él, en el mismo machón, hay otra estatua de piedra, que representa al pastor; está con sayo largo hasta los pies y con capotillo, que llega a la rodilla; sobre la cabeza una caperuza, a modo de capilla o cogulla de monje gerónimo, la cual baxa hasta el cuello; la barba crecida y el rostro tostado. Tiene un báculo o cayado, asido con la mano izquierda, y la diestra descansa sobre la cabeza del báculo...finalmente, la estatua representa un hombre rústico».

La forma y hábito de los castellanos del siglo XII, se refiere en la crónica de Salazar de Mendoza, que escribió en 1625: «Andaban los castellanos con las gramallas, largas hasta en tierra, con sus antipa-



rras y capiroteras, y con cogulla sobre la cabeza, derecho en derecho, e sin calzas, e con barbas largas.»

En Cuenca, ciudad que conquistó a los moros Alfonso VIII, antes de la batalla de Las Navas de Tolosa, existe en el pórtico de la Catedral, mandada edificar por dicho rey, un busto de piedra, que se dice representa al pastor de Las Navas, y en el Soto del Júcar, inmediato a la ciudad, existe la peña y fuente denominada de Martín Alhajar. Probablemente éste, después de la batalla, iría a residir a Cuenca, en donde se conservaría su recuerdo.

Después de la rota de Alcab, Muhamad-ben-Yacub-Anasir, a cuya impericia y a sus injusticias y atropellos contra los andaluces, se debió la derrota, y que aquellos abandonaran el campo de batalla, al llegar a Sevilla, tomó en ellos cruel venganza, mandando descabezar a muchos y quitar a todos las alcaldías y cargos; con lo cual promovió general descontento en el Andalus. Se retiró a Marraqués, y entregado al ocio, abandonó los cuidados del gobierno y murió envenenado en 1213. Alfonso VIII de Castilla, sobrevivió tan sólo dos años a la victoria de Las Navas. Enfermo se retiró al pueblo de Gutierremuñoz, en tierra de Avila, en el que había pasado su niñez, y murió el 6 de octubre de 1214.

Siguió una complicada guerra civil en el imperio marroquí y en el Andalus, en donde surgieron aspirantes a su gobernación. En Marruecos, se constituyó la nueva dinastía de los Benimerines, procedentes de la parte oriental del Almagreb, y principalmente de Tlemecen.

En las zonas moras de la Península «los pueblos estaban entre sí desunidos; los alcaides y walíes, apoderados de sus tenencias, no sabían a quiénes seguir, y muchos de ellos, más codiciosos que prudentes y honrados, se declaraban señores independientes de sus pueblos y fortalezas, por no ayudar a ningún partido».

«Los pretendientes y partidos de los moros, eran tantos y estaban tan desunidos», que comenta el historiador Mariana: «Era tal la división y desconcierto, que aunque nadie les diera empellón, el mismo reino cayera de suyo y se fuera a tierra.»

Entre los principales competidores y caudillos moros, destacaban Yahya y Aben-Hud. El primero, contrario al bando de los almohades, falleció en 1232, de resultas de las heridas recibidas en el sitio de Jaén, sucediéndole en sus pretensiones su sobrino Aben Alhamar, «mozo muy estimado por su valor y gentileza», que continuó la lucha contra Aben-Hud, el cual falleció en Almería, en 1238, a consecuencia de una apoplejía; otros dicen que le asfixiaron en el lecho, estando borracho,

después de un banquete; quedando Aben Alhamar libre de competidores importantes.

Aben Alhamar fué muy bien recibido por los granadinos y por las ciudades de las serranías béticas y del litoral mediterráneo del Sur peninsular, que acataron su soberanía, constituyendo el más importante y poderoso reino moro del Andalus. En el valle bético y en el Algarve, quedaban el reino de Sevilla, y señoríos en poder de walíes de la estirpe de los almohades y, por lo tanto, enemigos de Mohamed-Abu-Alhamar y de los cristianos.

#### RECUPERACIÓN DE EXTREMADURA

Con la disgregación y discordancia política de los territorios moros de la Península, hacía contraste la cohesión y coordinación de los reinos cristianos, en la primera mitad del siglo XIII. Estos, de mucha más fortaleza, ampliaron sus dominios a expensas de aquéllos, ocupando castillos las bien organizadas Ordenes Militares, que servían de núcleos para los avances, estableciéndose los inmigrados cristianos en las ciudades y lugares conquistados.

Los reinos cristianos del Occidente hispano, especialmente el de León, avanzó hacia el Sur pasada la Cordillera Central. Extremadura Central, entre Tajo y Guadiana, fué durante mucho tiempo «extremadura», o sea frontera polémica, con cambio frecuente de dueño durante los dos siglos que transcurrieron desde el fin del califato hasta el dominio almohade; inestabilidad que justifica la denominación geográfica de Extremadura, que tiene tal región española.

Cuando se deshizo el califato cordobés, y surgieron los reinos de Taifas, la parte occidental de la actual Extremadura, con Coria, Cáceres, Montánchez, Mérida, Badajoz y el territorio situado al Sur del tramo central de Guadiana, correspondía al reino moro de Badajoz, de la dinastía de los Aftasidas, desde 1042 hasta 1094, en que pasó a poder de los almoravides; mientras que la parte de Extremadura, al Este del meridiano de Trujillo, formó parte del reino moro de Toledo, desde 1036 hasta 1085, en que Alfonso VI de Castilla y de León, ocupó esta capital.

El territorio central de Extremadura es claro ejemplo de la inestabilidad fronteriza en aquellos tiempos: En 1148, Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal independiente, se apoderó de las ciudades de Badajoz y de Mérida. El invasor almohade Abdelmumen las recuperó en 1161, pasando a poder del rey de León, Fernando II, en 1169; sien-

do otra vez recuperados, juntamente con el castillo de Montánchez, Coria y toda Extremadura Central, por el almohade Yacub-ben-Yusuf, en 1181. Pero nuevo ataque del leonés Fernando II, en 1184, le hizo dueño de Cáceres, desde donde se expansionaron los caballeros de la reciente Orden Militar de Santiago, apoderándose de los castillos de Montánchez, Santa Cruz y Monfragüe, inmediato, éste, al puente del Cardenal, sobre el Tajo (fig. 128). Dominio de poca duración, pues, en 1195, Cáceres, y después los castillos del territorio central extremeño, volvieron a poder de los moros.



Fig. 128.—Castillo de Monfragüe, inmediato al puente del Cardenal, sobre el Tajo, en la confluencia con el Tiétar, próxima a Villarreal de San Carlos (Cáceres).

(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)

En los comienzos del siglo XIII, en tiempo del rey de León, Alfonso IX, en 1213, fueron otra vez de los cristianos: Cáceres; el castillo de Alconétar, defensor del puente romano, sobre el Tajo en la confluencia del Almonte (fig. 129); el castillo de Portezuelo, en tierra de Coria; la fortaleza de Alcántara, junto al puente romano sobre el Tajo, y hacia el Sur de Cáceres, del castillo de Montánchez (fig. 130). Durante el período de guerra entre los musulines, al final del período almohade, Aben-Hud, caudillo descendiente de los Beni-Hud aragoneses, contrario a los almohades, y, con frecuencia, aliado de los cristianos, dominó en el Andalus, y corriéndose a Extremadura, se apoderó de

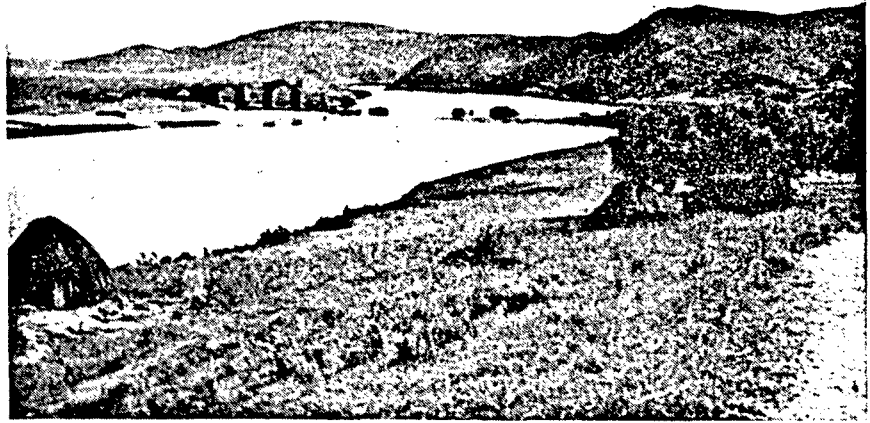


Fig. 129.—Ruinas del puente romano de Alconétar, sobre el Tajo, inmediato a la confluencia con el Almonte, cerca de Garrovillas (Cáceres).

(Foto Hernández-Pacheco. 1933.)



Fig. 130.—Vista parcial de Montánchez y su castillo, en la serranía granítica de Extremadura Central.

(Foto Hernández-Pacheco.)

Badajoz, Mérida, Cáceres y del territorio extremeño al Norte del Guadiana.

En 1229, Alfonso IX de León, consiguió ocupar definitivamente Cáceres, que había sitiado en veces anteriores (figs. 131 y 132). «Las fuerzas



Fig. 131.—Vista parcial de Cáceres desde el Este.

(Foto Hernández-Pacheco.)

que llevaba (dice Mariana) eran mayores, y aun pasó adelante animado con este principio a poner sitio a la ciudad de Mérida.» Acudió en defensa de la importante ciudad, Aben-Hud, y en las inmediaciones, se libró enconada batalla, en la que el leonés consiguió la victoria. «Después de esta rota, los de Mérida, por no tener esperanzas les vendría otro socorro, abrieron las puertas a los vencedores, que fué el fruto principal de la victoria; demás que desta se ganó y vino a poder de cristianos la ciudad de Badajoz, puesta en aquella parte por do parten términos Extremadura, Andalucía y Portugal.» Alfonso IX, último rey de León, separado de Castilla, murió al año siguiente de la toma de Cáceres, en 1230.

Continuaron las conquistas en Extremadura las mesnadas de las Ordenes Militares, apoderándose, en 1233, de Trujillo; en 1234, de la fortaleza de Santa Cruz de la Sierra, y en 1235, de las de Medellín y de Alange, y de los territorios de Extremadura Central, cuya mayor

parte quedó adscrita al dominio de los de la Orden de Santiago. Tales conquistas, ampliaron la extensión meridional del reino de León hasta el Guadiana, incluyendo las fértiles vegas de este río (fig. 133).



Fig. 132.—Antigua entrada al recinto amurallado de Cáceres.

A veces, en tales alternancias de dominio, negociaciones secretas intervenían en complementación de la faena guerrera; tal parece ser fué el caso, cuando la ocupación definitiva de Mérida, consecuencia de la batalla dada en sus inmediaciones, según se deduce de relatos de los cronistas musulmanes. Entre la masa campesina que alternativamente sufrían los quebrantos y daños de la guerra, debió existir una cierta y tácita convivencia entre muslines y rumíes, quienes pasaban de un

dominio a otro (fig. 134). En tal respecto expone Isidro de las Cajas, en su obra «Los Mudéjares», que «Abu Yusuf-Yacub al Mansur, engreído con su victoria, e incluso con sus alianzas con leoneses y navarros, vuelve a entrar en la primavera de 1196 por tierras de Cas-

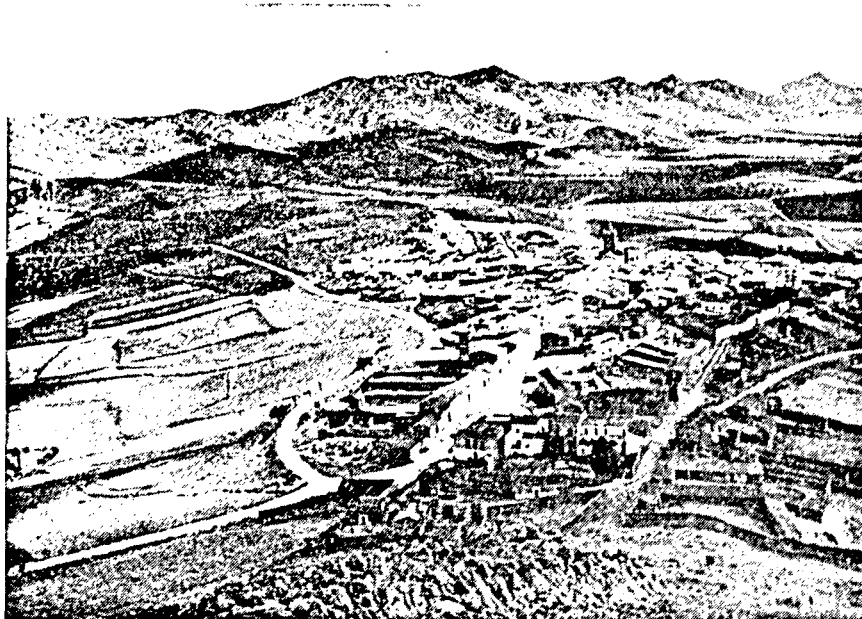


Fig. 133.—Panorama de Alange (Badajoz) y de su campiña, inmediata al Guadiana; vista desde el cerro del Castillo hacia el Este.

(Foto Hernández-Pacheco, 1950.)

tilla. Este año lo llaman los cronistas árabes «el año de Toledo»; sus tropas se apoderan de la fortaleza de Montánchez, y por Talavera, Santa Olalla, Maqueda y Escalona, llegó hasta Toledo y razió sus alrededores, regresando nuevamente a sus cuarteles. Alfonso VIII, asistido por Pedro II de Aragón, presenció, impotente, esta entrada en su territorio y sólo consiguió impedir que el rey leonés apoyase a los almohades en su operación de castigo». Copiando de un texto árabe, dice: «Avanzó un cuerpo de andaluces hasta la fortaleza de Montánchez, y aquel mismo día iniciaron el combate. Al siguiente, llegó al-Mansur, y cuando vieron los infieles su ejército victorioso, acogieron a la sumisión, colgaron de la cuerda del perdón, y pidieron capitulación. Mandó el caid Ab Abdallah ben Sanadid, para que los condujese a donde estuvieran en seguridad; cuando iba con ellos, a una

parasanga (1) del campamento, les atacó una banda de alárabes, los pasaron a cuchillo, sin dejar uno, y robaron las mujeres y niños que llevaban. Amir Almunín procedió contra la audacia de estos malvados, y encarceló a los culpables. Reunió de nuevo mujeres y niños, y el citado cadí los condujo hasta la más cercana de las ciudades infieles.»

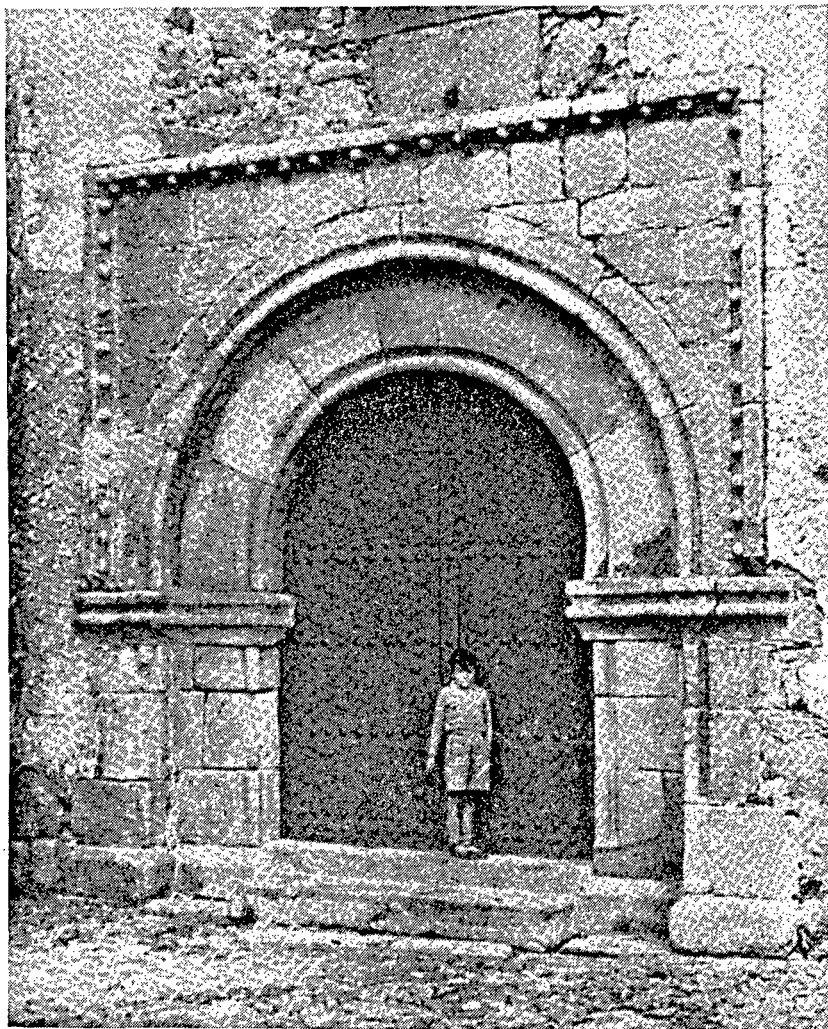


Fig. 134.—Portada con arrabá de tipo mozárabe, de la iglesia de Alcuéscar (Cáceres).

(Foto Hernández-Pacheco.)

---

(1) Parasanga, algo menor de una legua, equivalente a 5.250 metros.



## DESARROLLO CULTURAL, AGRÍCOLA Y PECUARIO

En 1217, Fernando III fué rey de Castilla, y a la muerte de su padre, Alfonso IX, también de León, reuniéndose definitivamente ambos reinos en una sola monarquía. Desde entonces aparece en los escudos pétreos de los edificios, y en los sellos de los documentos, el blasón nacional con los leones y castillos en cuarteles contrapuestos.

En la primera época del reinado de Fernando III el Santo, se envió en auxilio del emperador de los almohades, que había sido destronado, un cuerpo de ejército, consiguiéndose, con su auxilio, la recuperación del trono. Agradecido Almunín permitió a los cristianos hispanos que fundasen iglesias en Marruecos y que pasaran libremente a Africa misiones de franciscanos, las cuales aún subsisten en diversas ciudades del imperio; siendo bien considerados por los moros los franciscanos desde 1227, en que, a consecuencia de la autorización concertada, llegó la primera misión, dirigida por el compañero de San Francisco, fray Agnelo, que fué el primer obispo de Marruecos, en donde murió muy viejo. Los franciscanos fueron y siguen siendo respetados por los sultanes y el pueblo mogrebino.

Alfonso IX, de León, hizo edificar la Catedral de León; en 1200, estableció y dotó estudios universitarios en Salamanca. Alfonso VIII de Castilla, en 1209, estableció la Universidad de Palencia, que Fernando III rey de Castilla y de León, trasladó a Salamanca (fig. 135). La de París es anterior, pues data del siglo XII. Son posteriores las de Oxford y Cambridge, fundadas en el siglo XIII. La de Coimbra es de 1308; la de Praga de 1350, y la de Leipzig del 1409.

La ocupación por los reinos cristianos de los territorios de dominio musulmán originaba modificaciones importantes en el régimen agrícola y pecuario, en relación con el ambiente natural del país conquistado y con la manera como la población de éste ejercía la explotación del solar mediante la agricultura y la ganadería; implantándose métodos de cultivo colectivo característicos de la organización social de los nuevos ocupantes; sin que por ello desapareciera y se eliminara a la masa de población vencida y dominada; la cual, en su gran mayoría, no abandonaba el país ni emigraba, sino que, sometida al nuevo régimen, permanecía adaptándose al nuevo orden político y social, en convivencia como antes; si bien cambiaba la significación y categoría social, pasando la minoría cristiana de muzárabes, en unión de los conquistadores, a ser la clase dominadora, quedando los moros conquistados y sometidos en la situación de mudéjares.

Realizada la ocupación se hacía reparto de propiedad rústica a los conquistadores, y a los que procedentes de Castilla y de León venían a poblar los territorios conquistados, dando grandes extensiones de terreno a los señores y caudillos, en relación con la importancia de su aportación a la conquista. A las villas, al otorgárselas por el monarca sus cartas pueblas y fueros, se las señalaban extensiones comunales de

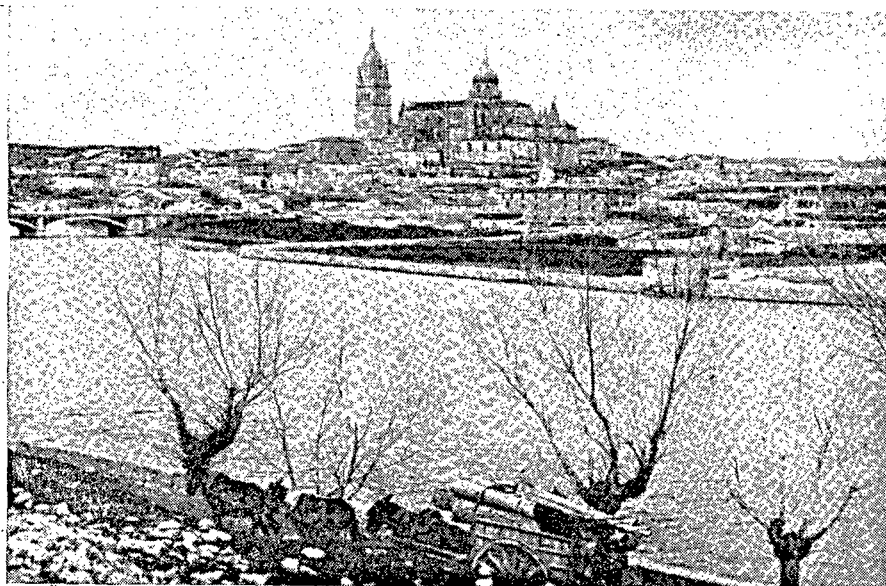


Fig. 135.—Salamanca, ciudad de abolengo universitario.

(Foto Hernández-Pacheco, 1923.)

terrenos para siembras y cultivos, de las que ya existieran constituídas o de las que se rehacían y formaban.

Recientemente, M. Ortí Belmonte ha publicado un importante y breve estudio de la vida de Cáceres en el siglo XIII, por el que puede juzgarse de las características agrícolas y ganaderas en Extremadura en aquella época; las cuales, en su esencia, han llegado hasta tiempos modernos, y en ciertos aspectos aún subsisten por estar adaptadas a las particularidades naturales típicas e inmutables del país.

En la Carta Puebla y Fuero de la villa de Cáceres, otorgada realizada la conquista por Alfonso IX de León, en 1229, se considera a Cáceres como villa real exenta de toda clase de señorío, con la promesa y juramento del rey de nunca darla a ninguna orden militar ni a frailes de cogulla. Se la consignó un *alfóz*, o sea término municipal, que según el deslinde supone unos dos mil kilómetros cuadrados, uno de los

mayores de España, comprendiendo: la sierrecilla de la Mosca, en uno de cuyos collados se asienta la ciudad; las grandes llanuras de suelo pizarroso y granítico denominadas Campos de Cáceres, y muy gran extensión en la serranía de pizarras y cuarcitas paleozoicas de la aun despoblada Sierra de San Pedro. Tan extenso territorio, apto especialmente para el cultivo cerealista y principalmente para el aprovechamiento ganadero, constituye actualmente (ya casi todo descuajado y convertido en dehesas) una de las comarcas extremeñas de más producción pecuaria porcina, lanar, vacuna y de cabrío.

Las últimas concesiones del reparto, consecuencia de la conquista y ocupación del país, se realizaron en 1262, reinando Alfonso X, a Alfonso Golfín, asignándole las dehesas de Torre Arias y de Fuente la Higuera, la primera de las cuales originó el condado de Torre Arias.

En el siglo XIII, como ahora en esta parte de Extremadura Central, la explotación agrícola comprendía tres clases de predios rústicos: a) *Hacera*, o sea terreno abierto de gran extensión, destinado al cultivo cerealista; dividido en *sexmos*, cuando eran tierras comunales que se repartían temporalmente para siembra a los *sexmeros*. (Actualmente se denominan sexmos, en el país, las lindes de los diversos predios de tierras abiertas destinadas a labor, lindes que establecen paso común para las operaciones agrícolas de las diversas porciones que por ellos están separadas.) b) *Alcacer*, era el predio cercado destinado a la siembra de forrajes para el ganado. c) Huertos o huertas, destinadas al cultivo de frutales u hortalizas; incluyéndose en la misma categoría los viñedos, olivares, etc. d) *Rafal*, era predio de pequeño tamaño y diversidad de cultivos, con casa o cobijo habitable; cultivado, por lo común, por moros mudéjares o moriscos.

Los vecinos labradores de la villa tenían derecho a labrar en los sexmos. Hacíase el reparto de los lotes el día señalado, mediante llamada de la campana del concejo; adquiriéndose los lotes temporalmente mediante sorteo, de tal modo que quien percibía lote en un sexmo no podía tenerle también en otro; participación que no podía venderse, pero sí transmisible por herencia. Entre los lotes había una parte denominada *quiñón*, que originariamente fué la parte de botín correspondiente a los que iban en la cabalgada guerrera.

Las tierras de propiedad señorial o eclesiástica se explotaban de modo semejante a las concejiles, estableciéndose lotes entre medieros o aparceros, que se repartían lo cosechado con el dueño de la finca (aún en tierra cacereña los términos mediero y aparcerero son sinónimos). El propietario de las haceras también admitía para la labranza de sus tierras a *yugueros*, que eran gañanes que labraban con bueyes uncidos

al yugo, y a los que se pagaba un quinto de la cosecha de cereales al año; pero el yuguero que rompiera las astas, las patas, o saltara un ojo al buey, tenía que reponer otro, pues los bueyes eran propiedad del señor. Llegada la siega, el segador recibía por su trabajo el diezmo de lo que segaba:

Los *collozos* eran una especie de siervos de la tierra, con soldada fija fija por su trabajo, soliendo habitar en la casa o hacienda del señor; denominación, aún en uso, que significa compañero de servicio, y que entonces eran los mozos de labor, a los que se daba alguna porción de terreno para que la labrara para sí; personas en servidumbre, que se transmitían en señorío juntamente con la tierra.

Los *solariegos* eran colonos que vivían en las posesiones o casa del noble o de la Iglesia, sometidos al poder personal del señor, y que por tal circunstancia estaban libres de tributos y de la *facendera*, o sea de prestación personal en obras públicas.

En diversas y extensas regiones hispanas, el solar es más adecuado para el desarrollo de la ganadería extensiva que para el cultivo cerealístico. Por otra parte, en las épocas históricas, favorecía al desarrollo pecuario respecto al cerealista la gran dificultad de comunicaciones, que por la general topografía montañosa del país, impedía, en extensos territorios, el tráfico rodado por falta de caminos adecuados; por lo cual, mientras los ganados se transportan por sí mismos, el de los cereales tenía que ser a lomo, lo cual incitaba a aumentar el desarrollo pecuario y limitar el cultivo de cereales a las necesidades del país productor. En tales circunstancias, en la época en que examinamos comenzó a adquirir gran auge la ganadería y la trashumancia de ganados, que data en Hispania de las épocas prehistóricas.

La villa de Cáceres en el siglo XIII y en los siguientes, hasta los tiempos modernos, poseía extensas dehesas en la Sierra de San Pedro; territorio de abundantísima caza mayor y menor; leña sobrada para carboneo, y, sobre todo, mucha y buena hierba, ramoneo de matorral y bellota; es decir, facilidad para el desarrollo y prosperidad de la ganadería vacuna, lanar, cabría y de cerda, y buenas vegas serranas para la caballar. A estas dehesas, por ser del común, podían los vecinos de la villa llevar sus ganados.

La cabaña ganadera se dividía en dos porciones: la de ganados, que permanecían todo el año en el extenso alfoz cacereño, que ahora se denomina estante, y que entonces se llamaba *afumada*, de «fumo», humo, por residir constantemente en lugar habitado y con caseríos. Cuando llegaba San Miguel (29 de septiembre) los ganados no podían penetrar en las tierras destinadas a labor y cesaba el aprovechamiento

de las rastrojeras. El pastor de ovejas tenía de excusas el diezmo de los quesos y de la lana de las ovejas sin cría. El esquilador cobraba un vellón por cada cuarenta ovejas o carneros, y un vellón por cada veinte borregos esquilados.

La otra porción de la ganadería, llegado el tiempo de marchar en *rafala* (de la voz mora «rahala», viaje) se preparaba para marchar. A tal efecto se convocaba en el otero de costumbre para el *apellido*, o sea para la guerra; acudiendo los ganados con sus pastores, los dueños a caballo con lanza, escudo y espuelas; las acémilas y los perros mastines. Era una especie de revista general o «alarde». La rafala tenía sus alcaldes, jurados de ganados y voceros; todos ellos aparceros de la cabaña y vecinos de la villa.

Para defensa y guarda del ganado se formaba, entre los dueños de éste, la guardería de los «caballeros de rafala», que en el fuero de Cuenca se denominan «caballeros de la Sierra». Contribuían personalmente a formar el escuadrón de la rafala, con los dueños del ganado, sus hijos de más de quince años, o sobrinos que fuesen sus herederos: quedando exentos de ir en rafala el que se le hubiera muerto su mujer o el caballo, y el enfermo, que debía incorporarse una vez sano. Obedecía esta especie de tropa de seguridad a que durante gran parte del siglo XIII, bandas de golfines (a las que no eran extraños algunos nobles habitantes de castillos) campaban organizados para el robo y el saqueo, dominando entre Magacela y Toledo, y ocupando los pasos y parajes adecuados del camino de la serranía.

El conjunto de ganados componentes de cada rafala en expedición de trashumancia se componía de un promedio de 2.000 ovejas, o 400 vacas, o 200 yeguas. La unión de los ganados para tales efectos duraba de San Juan a San Juan, o sea del 24 de junio hasta el 27 de diciembre, como límite máximo.

#### CONSTITUCIÓN DEL REINO DE PORTUGAL

Portugal, que era el reino de más moderno origen de los de la Península, fué donde más pronto terminó la reconquista. Alfonso VI, a fines del siglo XI, segregó del país occidental, correspondiente al antiguo reino de León, el territorio situado al Sur de Galicia, o sea al Sur del Miño, y aproximadamente de la actual frontera. Tal territorio, que llegaba y pasaba del Duero, se denominó Portugal, por la localidad de «Portucale», situada en la actual ubicación de Oporto (figura 136). Constituyó la región dicha, un condado feudatario de Castilla, que Alfonso VI entregó como dote a su hija Teresa, al casar con Enri-

que de Borgoña. De este matrimonio nació Alfonso Henríquez, que heredó el condado y lo amplió con territorios conquistados a los moros, y declaró al condado reino independiente, a pesar de la oposición de Alfonso VII, soberano de Castilla y de León. El incipiente reino de Portugal, se puso bajo la protección de la Santa Sede, que le reconoció como tal reino; señalándose por los historiadores portugueses como fecha de origen el año 1140.



Fig. 136.—Desembocadura del Duero en «Portucale», la actual ciudad de Oporto.  
Vista desde los jardines altos del Parque municipal.

(Foto Hernández-Pacheco. 1942.)

El nuevo reino de Portugal tenía por frontera Norte próximamente la actual. Por el Este, los Arribes del Duero, prolongada al Sur por la corriente del Coa, afluente al río caudal por la margen izquierda y situado próximo en la actual línea fronteriza. Los límites meridionales aumentaban conforme avanzaba la reconquista, alcanzando la corriente del Tajo y a Lisboa. Sancho I (1185-1211) conquistó parte del Alentejo. Alfonso II (1211-1223) acudió con tropas a la batalla de Las Na-

vas de Tolosa contra los almohades. En 1217 se efectuó la batalla de Alcacér do Sal, en el estuario del Sado, en la que intervinieron contra los moros, además del ejército portugués organizado por el patriarca de Lisboa, Mateo, los caballeros templarios y los navíos de la escuadra, que procedentes de diversas naciones europeas atlánticas, ancló en Lisboa con cruzados que marchaban a Tierra Santa.

En la primera mitad del siglo XIII, Portugal conquistó la zona occidental peninsular, desde el Tajo hacia el Sur, y desde la costa atlántica occidental hasta el Guadiana. Alfonso III (1248-1279), rey organizador y defensor de los concejos de las ciudades y de la representación del estado llano en las Cortes del reino, reedificó y repobló Portalegre, Extremóz y Beja, y ganó a los moros Faro, Albufeira y la comarca de Silves. De 1279 a 1325 reinó en Portugal el rey D. Dionis, que alentó el desarrollo agrícola, las manufacturas y el comercio, admitió en las Cortes a los representantes de las ciudades, fué el liberal protector del saber y fundó la Universidad de Coimbra (fig. 137).

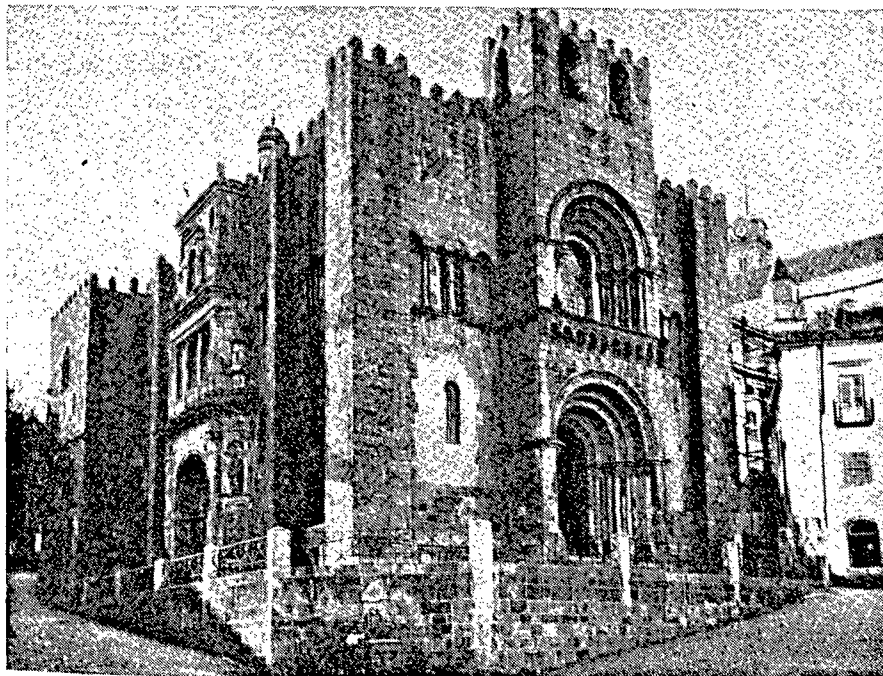


Fig. 137.—Catedral vieja de Coimbra.

En 1256, Alfonso X de Castilla pidió a su feudatario Aben-Alhamar, de Granada, fuesen juntos contra sus comunes enemigos los des-

condientes de los almohades, que dominaban en el Algarve. El granadino envió a tal efecto al walí de Málaga. Corrieron la tierra y pusieron sitio a Niebla. Los sitiados, después de largo asedio y sin esperanzas de socorro, se concertaron en 1261 y entregaron a Alfonso el territorio del Algarve, con las ciudades de Niebla, Huelva, Gibraltón, Serpa, Moura, Tavira, etc. «Tierra rica, muy poblada y fortalecida de ameno y delicioso temperamento.» El walí del Algarve recibió como indemnización diversas tierras en la campiña de Sevilla: la villa de La Algaba, la Huerta del Rey y la décima del aceite del Aljarafe. Los moros del Algarve, que no emigraron, acabaron por difundirse y disolverse confundidos en el conjunto del pueblo portugués.

Tal recuperación del Algarve, de una parte por Alfonso el Sabio, y de la otra por Alfonso III de Portugal, promovió alguna discordia entre ellos, que se resolvió amistosamente en la conferencia de Badajoz, en 1276; en la cual el castellano se quedó con los castillos de Aroche y Aracena, y el portugués con las plazas situadas al Oeste del Guadiana; señalándose como límite fronterizo el curso de este río, desde la confluencia del Caia en el Guadiana, junto a Badajoz, hasta la desembocadura en el mar. En tiempos de Don Dionis (1279-1325), se hizo otro arreglo de fronteras, que corresponde próximamente al actual.

#### RECUPERACIÓN DE LAS BALEARES Y DEL LEVANTE

El último superviviente de los reyes que actuaron en la batalla de Las Navas fué Sancho el Fuerte de Navarra, el cual no tuvo descendencia. Por lo época en que don Jaime I de Aragón conquistó Mallorca, vivía, ya viejo, en el castillo de Tudela, sin atender al gobierno de su reino. En una de sus determinaciones imprevistas, rogó al aragonés que fuese a visitarle, marchando éste a verle. El navarro le propuso adoptarle por hijo y declararle heredero del reino, y que, recíprocamente, el de Aragón, a su vez, le prohijase (a pesar de que Jaime tenía hijos) y le declarase heredero del reino, a lo que el aragonés accedió. Sancho de Navarra falleció en 1234, enterrándosele en el Monasterio de Roncesvalles, que había reedificado y dotado. Los navarros, no haciendo caso alguno del acuerdo de su rey con el de Aragón, eligieron por sucesor a Teobaldo, Conde de la Campaña, como pariente más cercano. Jaime I no puso obstáculo ni hizo valer sus derechos.

El pequeño reino de Navarra, enquistado entre los de Aragón y Castilla, y con Francia por la parte ultrapirenaica, no tenía condiciones geopolíticas de expansión territorial a expensas de los territorios



hispanos ocupados por los musulmanes. Su rey Teobaldo, tomó parte en una de las últimas cruzadas al Oriente Mediterráneo, regresando sin resultados positivos.

Al comenzar el segundo tercio del siglo XIII, era rey de Castilla y de León Fernando III, denominado el Santo, y rey de Aragón Jaime I, el Conquistador. En el Andalus, el rey moro más poderoso era Aben-Alhamar, rey de Granada y de la mayor parte de las serranías béticas. El conjunto del Gezair-ax-Xarquía, o sea el archipiélago de las Baleares, según se ha referido, había sido ocupado para refugio de los almoravides por Muhammad, último defensor de tal dinastía en Hispania. Los almohades, en la época de su imperio, se apoderaron del archipiélago. Entrando el siglo XIII, la Gezair-ax-Xarquía era dependencia de los benimerines.

Jaime I heredó el trono de Aragón en 1213, a los cuatro años de edad. Desde muy joven mostró buenas dotes de discreción y ánimo valeroso. Los catalanes del litoral se veían molestados por los daños que les causaban en las navegaciones los moros de Baleares. Relata el historiador Mariana, que invitado un día el rey Jaime por el prócer de Tarragona, Pedro Martell, se trató, de sobremesa, de la cuestión de las cercanas islas Baleares, originándose el propósito de realizar la conquista de Mallorca, que encontró ambiente favorable en Cataluña. Para allear los fondos necesarios y organizar la expedición, se reunieron Cortes en Barcelona, acordándose el impuesto del «bovático», tributo extraordinario, que el pueblo catalán acogió con entusiasmo; señalándose el puerto de Salou, inmediato a Tarragona, para lugar de concentración y de partida. Organizado el ejército expedicionario, embarcó en 25 naves de alto bordo, 12 galeras, bergantines y otros bajeltes, zarpando la escuadra en el mes de septiembre. A la vista de la isla de Mallorca sobrevino temporal de Levante, pero rolando el viento al cierzo se calmó la mar, y anclándose en la cala de Santa Poncia, al Oeste de la bahía de Palma se efectuó el desembarco con plan de apoderarse de la capital de la isla. Era walí de ésta, Aben-Otman-el Coraisi, natural de Tavira, en el Algarve.

La vanguardia de la columna de desembarco experimentó importantes bajas en una celada dispuesta en el collado y bosque de Porto Pi, cercano a la ciudad, llegando sin más contratiempo a poner sitio a ésta. Se utilizaron en el ataque a las murallas diversidad de artefactos adecuados, tales como trabucos, que lanzaban grandes pedruscos, para derrumbarlas; torres de madera, para adosarlas a aquéllas; mantas o fuertes caparazones para resguardo de los trabajos de zapa, etc. Excavados los cimientos y apuntalados con vigas, al incendiar éstas

se derrumbó y abrió gran brecha en la muralla, tomándose por asalto la ciudad el último día del año 1230 (fig. 138).

En 1233, Jaime I pasó otra vez a Baleares, apoderándose de la isla de Menorca, y al año siguiente de Ibiza, ocupando todo el archipiélago. Quedaron todas las islas sometidas y tributarias de Aragón,

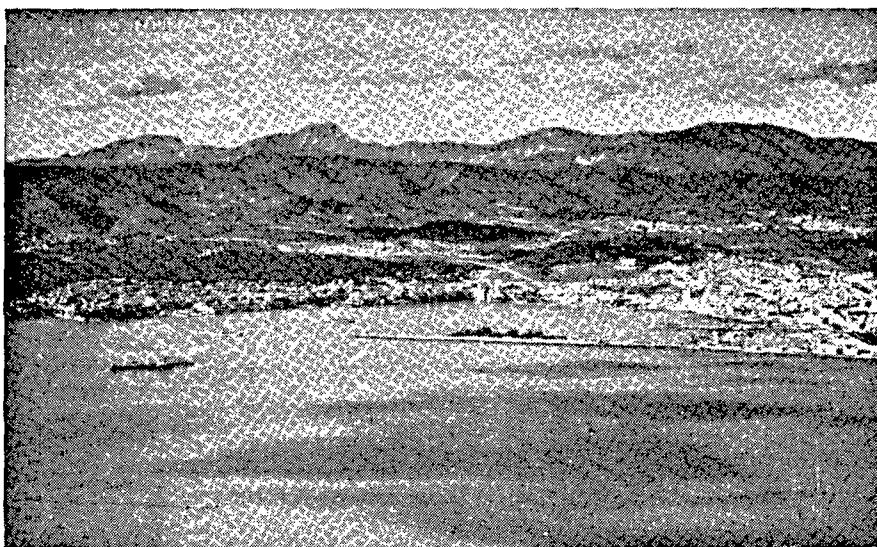


Fig. 138.—Vista panorámica de Palma de Mallorca desde la bahía.

(Foto Hernández-Pacheco.)

y en el cargo de walí general del archipiélago, por designación de los jeques, el mismo Otman-el-Coraisi.

Concertada de modo conveniente la organización de las islas, se establecieron en ellas, principalmente catalanes (fig. 139), y de aquí la formación del lenguaje que se habla, modalidad del idioma catalán. El hijo del walí de Mallorca, que tenía trece años cuando Palma se conquistó, más adelante, apadrinado por el rey don Jaime, fué bautizado, concediéndole el señorío de la Villa de Gotar, en tierra de Valencia, de donde descienden los de tal apellido.

Conquistadas las Baleares, los de Aragón pasaron a la conquista del territorio correspondiente al golfo de Valencia y su tierra adentro. Surgieron adalides, que, contando con medios para ello, organizaron, por su cuenta y riesgo, mesnadas particulares para la ocupación de fortalezas y los pueblos que éstos defendían. Tal es el caso de don Blasco de Alagón, que tomó la plaza fuerte de Morella, capital del Maestrazgo, y don Jimeno de Urrea. Jaime I cortó tal procedimiento,

que podría degenerar en abuso, dando al primero, en cambio, la villa de Sástago, en Aragón, y al segundo, la villa de Alcalaten, conquistada.

Organizada por don Jaime, en 1235, la campaña de recuperación del Levante peninsular, ocupó Peñíscola, fortaleza en lo alto de escarpado peñón adentrado en el mar, unido a tierra por un istmo de arena, o

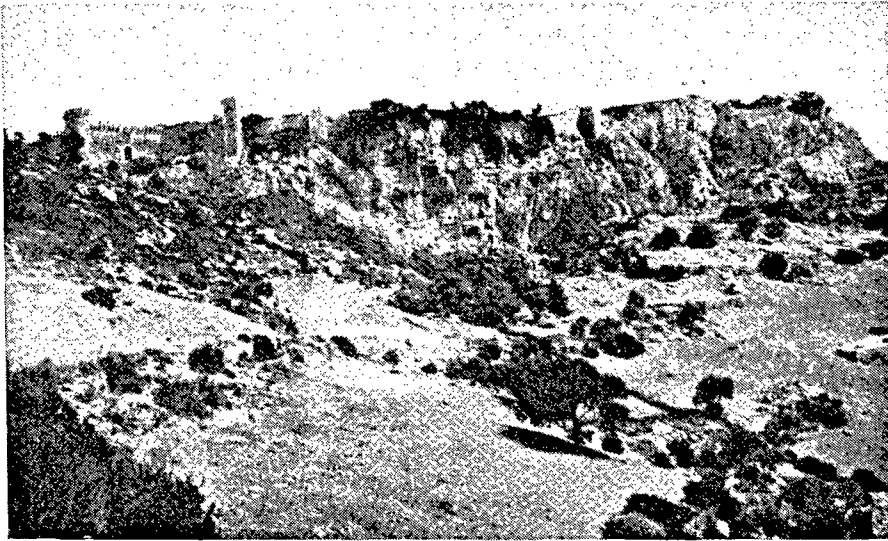


Fig. 139.—Castillo de Santueri, en el interior de la isla de Mallorca.

(Foto Hernández-Pacheco, 1911.)

tómbolo. Ocupó también Castellón, Almazora, Burriana y Buñol, concediéndose a los moradores la vida y libertad de irse o quedarse.

En 1238 se entregaron voluntariamente Almenara, Bulla y Bétera, en el litoral y cerca de Valencia, por lo cual Jaime I el Conquistador, aunque muy escaso de fuerzas, pues no contaba sino un millar de peones y menos de 400 caballos, se decidió a poner sitio a Valencia, de la que era walí Giomail-ben-Zeyan. Este, al acercarse las tropas del de Aragón, sacó las suyas al campo, a las que prudentemente no atacaron los cristianos, atentos a asentar el sitio a la ciudad y mantenerse a la defensiva, en espera del recrecimiento de su ejército, con el gran número de combatientes que llegaban al campo acudiendo algunos ultrapirenaicos, tales como el obispo de Narbona con su mesnada y algunos caballeros de Inglaterra. El rey moro solicitó socorro de los del Andalus, que no acudieron, y de sus parientes africanos, los Beni-Zayan, que se presentaron en una escuadra que no desembarcó por el

temporal reinante y por noticias de otra que contra ella se preparaba en Tortosa, por lo que levando anclas, desaparecieron.

Formalizado el sitio, cansados los valencianos de los continuados ataques y escasez de víveres, acordaron rendirse en buenas condiciones, concertando, según dice la crónica, «que la ciudad le sería entregada ofreciendo seguridad a todos sus moradores y libertad para irse a otra parte donde quisiesen con todos sus haberes, y los que quisiesen permanecer en ella, fuesen tributarios como los otros vasallos del rey Gacun (Jaime), permitiéndoles el libre uso de su religión, leyes y costumbres, y a todos para disponer de sus personas y de sus bienes, libertad y seguridad, y ciertos plazos. Ajustáronse también treguas por algunos años, y firmadas por ambas partes estas condiciones, y llegado el día, se entregó la ciudad de Valencia al rey Gacum, el día diez y siete de safar del año seiscientos treinta y seis» (29 de septiembre de 1238). Así acabó el estado de Giomail-ben-Zeyan y el imperio de los musulines en Valencia». Vinieron a poblar nuevos moradores, los más catalanes de Gerona, Tarragona y Tortosa.

El rey don Jaime completó la conquista de Valencia, sometiendo algunos focos de resistencia, apoderándose de Denia, límite meridional del reino valenciano, defendida por el walí Yahye-Abul-Huesín; respecto a lo cual dice la crónica que el aragonés «la combatió con muchas máquinas e ingenios, así por mar como por tierra, y después de largo y porfiado cerco, se entregó la ciudad, y entró en ella el enemigo el primer día de dilhagia el año seiscientos cuarenta y uno (1243)». Según la historia de Alabar-Al-Coday, el Conde de Barcelona sitió y tomó la ciudad de Játiva, en 1246.

Con tales ensanches meridionales, terminó de completarse el reino de Aragón en sus características geopolíticas, con fronteras naturales; correspondiendo a Aragón, Almansa (fig. 140) y el valle del Cabriel, y, en general, la vertiente mediterránea. Establecía el límite con Castilla, la divisoria orográfica, formada por las serranías del Idúbeda, que desde el nudo de la depresión montañosa vasca, alcanza oblicuamente el litoral mediterráneo, en la península alicantina de los cabos de San Antonio y de la Nao. Comprendía también, como dependencia natural de Aragón, el archipiélago balear. Al Oeste de la ancha serranía del Idúbeda quedaba toda la vertiente atlántica, ocupada por el reino de Castilla y León, y el de Portugal, situado en ancha zona del litoral occidental. La extensa serranía del Sur peninsular, o sea el conjunto bético, con su amplio valle longitudinal del Genil, constituía el reino moro de Granada, sujeto al dominio de Aben-Alhamar.

Tales condiciones impuestas por la Naturaleza, en sus caracterís-

ticas geográficas, geológicas y fisiográficas, explican las razones históricas, por las cuales la expansión de Aragón, en su época de florecimiento, fué hacia el Mediterráneo Occidental, amplio campo de la cultura cristiana, que irradió a Europa Atlántica y Central, hasta Inglaterra y los Países Bálticos.

En tales circunstancias geopolíticas, el reino moro de Murcia cayó en la órbita de Castilla, pues su territorio constituye una amplia zona

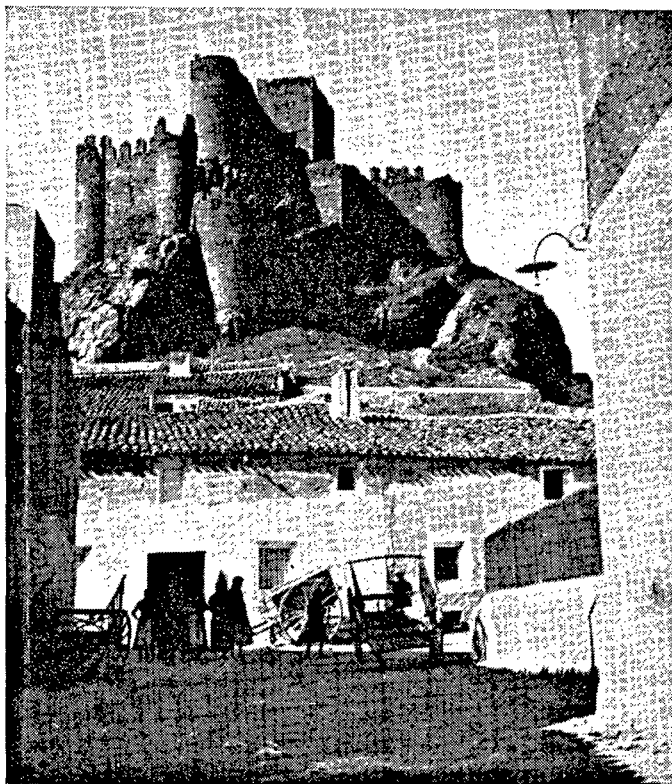


Fig. 140.—Castillo de Almansa (Albacete).

(Foto Hernández-Pacheco.)

de depresión topográfica, que desciende en rampa, sin cordillera divisoria, desde la altiplanicie de la Mancha, hasta el Mediterráneo.

La explicación histórica de la ocupación de la zona de Murcia y del «Spartarium Campus» de la época romana, está expuesta en las crónicas musulmanas, traducidas por el orientalista Conde, en los siguientes términos: «En este tiempo los de Murcia andaban divididos en bandos y parcialidades, los alcaides estaban apoderados de las ciudades y

fortalezas y disputaban cada día los términos de sus almunias con grave daño de los pueblos, que no sacaban de sus contiendas sino muerte y desolación; de suerte que todos vivían fatigados y estaban descontentos de aquellas desavenencias. En esta ocasión, como entendiesen que el rey Ferdeland de Castilla, enviaba contra ellos a su hijo Alfonso (el que fué Alfonso X el Sabio), con poderosa hueste, temiendo

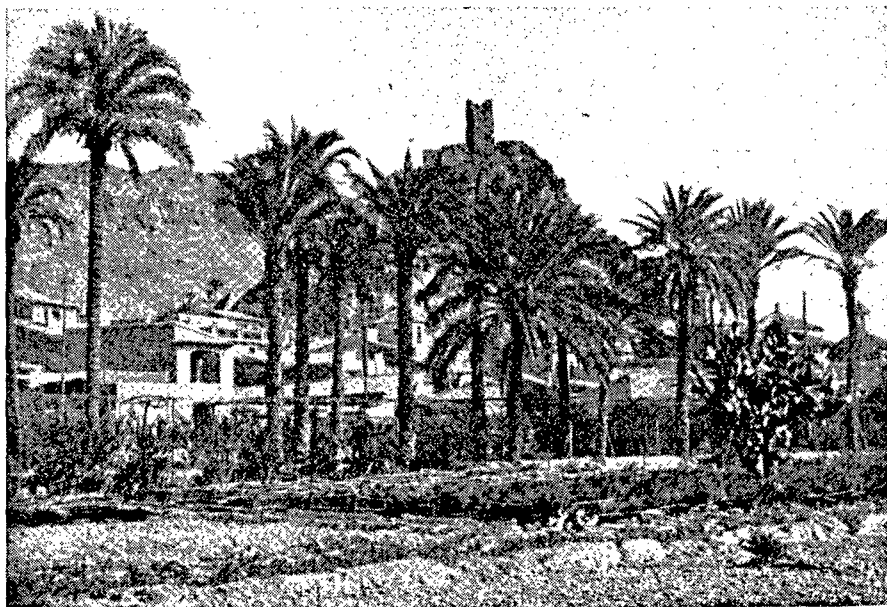


Fig. 141.—Alhama de Murcia y su castillo.

(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)

los males y daños que les harían con su entrada, y no viendo disposición en sus ánimos para unirse como debían a la común defensa, acordaron de enviar cada cual por su parte, mandaderos que le ofreciesen allanamiento y obediencia con las más humildes súplicas. El príncipe Alfonso los recibió a todos muy bien, y concertó con ellos las condiciones del vasallage que le ofrecían y firmaron sus cartas de avenencia Mahamad-Ben-Alí-Aben-Hud, que era el walí de Murcia, y los alcaides de Lecant, Elche, Oriola, Almancha, Chitila—. Otorgáronse estas avenencias en Alcaraz y desde allí pasó pacíficamente el príncipe Alfonso-ben-Ferdland a Murcia, acompañado de muchos caballeros y alcaides que todos le trataban como a su señor, requirió y visitó la tierra como suya sin ofender a los moradores, y el día de su entrada en Murcia, fué un gran día de gran fiestas, y con este buen tratamiento, alla-

nó y sojuzgó otros muchos pueblos que al principio no quisieron entrar en su obediencia» (fig. 141).

En 1261, varios jeques de Murcia se adhirieron a otros walíes del Andalus contra Alfonso X, produciéndose gran rebelión en la Baja Andalucía, que se corrió a Murcia, y el rey de Castilla y también el de Aragón, enviaron tropas que obraban en desacuerdo, y las de cada reino cristiano por cuenta propia. Intervino Aben-Alhamar en el asunto, concertándose con el rey castellano y con los de Murcia, en que éstos se someterían a la soberanía y vasallaje de Alfonso X, y que éste designaría por walí, a modo de virrey, a Mohamed-abu-Abdala-Aben-Hud, descendiente de los reyes moros de Aragón, y muy estimado de Alfonso X por su moderación y sabiduría. Jaime I de Aragón, se dió por conforme con lo hecho, reconociendo al territorio murciano como de influencia de Castilla. «El pueblo de Murcia estaba muy contento de tener un rey de su propia religión y de casta de reyes, y, lo más importante, de tanta virtud, justicia y sabiduría.»

Con la ocupación definitiva del territorio murciano, y los ensanches meridionales del reino de Aragón, quedó incorporada a la Hispania cristiana la Ajarquía mora, o sea el Levante con sus islas adyacentes.

#### RECUPERACIÓN DEL VALLE BÉTICO

Fernando III el Santo, rey de Castilla y de León, hizo en su juventud animosas entradas en Andalucía contra los moros, apoderándose de algunas plazas. En 1224, el walí de Baeza le salió al encuentro para entregarle Baeza y concertarse en vasallaje. En 1225, tomó a Andújar y Martos, y en 1226, a Priego, dejando en ella guarnición. En 1233, avanzó hasta el Sur de Andalucía, saliéndole al encuentro, con poderosa hueste, Aben-Hud; trabándose mortífera batalla para ambas partes en los olivares de Jerez. En 1235, hizo otra incursión, que dió por resultado la ocupación de Ubeda, en avenencia con el walí de la ciudad. Los soldados cristianos de las guarniciones de Ubeda y de Andújar, se enteraron de las circunstancias como estaba defendida y guardada la ciudad de Córdoba, y en 1236, en noche oscura, un grupo de animosos y audaces, llegaron al pie de las murallas y, por sorpresa, se apoderaron de fuerte torre del barrio de la Ajarquía. Cuando amaneció, fueron los cordobeses a rescatar la torre, sin lograrlo, por lo bien defendida y las buenas condiciones que tenía para su defensa. Acudieron los cristianos en auxilio de los valientes de la torre, quienes ampliaron su dominio a otras torres y bastiones, acudiendo también Fernando III y

formalizándose el sitio. Aben-Hud estaba en Almería y no pudo venir en socorro de los sitiados, y la ciudad se sometió el 29 de junio. Tomada Córdoba se entregó el inmediato castillo de Almodóvar del Río y otras diversas fortalezas de la tierra cordobesa.

En 1239, don Alvaro de Castro, residía en Martos, al cuidado de plazas de Andalucía, y marchó a Toledo, a verse con el rey, tocante a los cuidados de la guerra. Al regreso falleció en Orgaz. En su ausencia, la guarnición de Martos, compuesta de cincuenta soldados, salieron en algara a merodear. Los de Aben-Alhamar, aprovechando la ocasión, pusieron sitio a la fortaleza. En tal aprieto, la esposa del ausente hizo vestir de soldados y armarse a las mujeres que se hallaban en el castillo, y desde los adarves tirar piedras y flechas a los sitiadores, dando tiempo a que, avisado, acudiera Alvaro de Meneses con sus soldados, que formando escuadrón cerraron contra los sitiadores, penetrando en el castillo, con pérdida de pocos. Los sitiadores, engañados con la suposición de fuerzas importantes en el interior de la fortaleza, levantaron el asedio.

Los refuerzos enviados a Andalucía por Fernando III, corrieron la tierra y se apoderaron de la mayor parte de los castillos y ciudades del territorio cordobés en el valle bético, tales como Porcuna, Baena, Cabra, Lucena, Estepa, Ecija y Osuna, que se repartieron a las Ordenes Militares de Calatrava y Santiago y a los obispos y caballeros que intervinieron en la conquista. Aben-Alhamar, ocupado en la reconstitución de su reino de Granada, concertó tregua, por un año, con el rey cristiano.

En 1243, el maestre de Santiago, con su mesnada, llegó en correría a dar vista a la ciudad de Granada y, al regreso, persuadió a Fernando a que pusiera cerco a la ciudad de Jaén, que en otras ocasiones había resistido. Aben-Alhamar, en previsión, envió a Jaén un gran convoy de armas y municiones, que tuvo que retroceder para no caer en poder de los cristianos. Por entonces se produjo en Granada una rebelión y alboroto contra Aben-Alhamar. Este, entonces, tomó una determinación decisiva. Se fué al campo de Fernando III, que sitiaba a Jaén, y según la crónica de Alabar Alcoday «se puso bajo su fe y amparo y le besó la mano en señal de obediencia. El Ferdeland no quiso que Aben-Alhamar le excediese en generosidad y confianza y le abrazó y llamó su amigo y no le quiso tomar nada de lo suyo, contento con recibirle por su vasallo y que fuese dueño de todas sus tierras y ciudades; concertó que le pagase cierta cantidad de mitcales de oro en cada año, que fuese obligado a servirle con cierto número de caballeros cuando le llamase, como hacían los grandes y ricos hombres.—Firmáronse



estas avenencias en el campo delante de Jaén el año seiscientos cuarenta y tres (1245)» (fig. 142).

Este año de 1245, comenzó la campaña de Sevilla, por el rey moro de Granada con un cuerpo de caballería ligera que taló los campos



Fig. 142.—Vista panorámica de Jaén.

de Carmona (fig. 143); otro del maestre de Santiago por la campiña de Sevilla, y otro del maestre de Calatrava, por la de Jerez. Alcalá de Guadaíra se entregó por persuasión de Aben-Alhamar, y allí estableció Fernando III su cuartel general. Ramón Bonifaz, de Burgos, muy competente en cosas de la mar, pasó al Cantábrico, a preparar escuadra. Era walí de Sevilla Abul-Hassan, de la estirpe de los almohades. Constantina, Carmona y Lora del Río, se entregaron y concertaron, para evitar la destrucción de sus haciendas; Cantillana fué tomada por fuerza. Se rindieron y avinieron Guillena y Alcalá del Río. Llegado el 1246, arribó la escuadra de trece naves, procedente del Cantábrico, y el almirante Bonifaz se situó con ella en la desembocadura del Guadalquivir (fig. 144), derrotando a otra mayor procedente de Tánger y Ceuta.

En agosto del 1247, comenzó el cerco de Sevilla, estableciéndose el cuartel general en Tablada. El maestre de Calatrava se situó en Aznalfarache, en la margen derecha del Guadalquivir, para hacer frente al walí de Niebla. «Los moros tenían establecido entre la orilla izquierda del río, a la altura de la Torre del Oro, y la margen derecha, al pie mismo del castillo de Triana, un puente de madera muy fuerte,

hecho sobre unas barcas sujetas y enlazadas por recias cadenas de hierro, que, por sus extremos o cabezas, se amarraban a la respectiva fortaleza. Tal puente servía a los moros de gran defensa como barrera que obstruía el paso de las naves bonifazianas aguas arriba del puente y al mismo tiempo de resuello y de vía de comunicación y enlace con todo el Aljarafe, y de socorro y abastecimiento de la ciudad, sólo a medias cercada.» El almirante decidió romper el puente con el im-



Fig. 143.—Castillo y campiña de Carmona, en los alcores sevillanos.

(Foto Hernández-Pacheco.)

pulso de sus naves. «Antes de meterse Bonifaz en su nave con gente seleccionada, encargó el mandó de la otra al mejor sin duda de sus cómitres, Ruy Pérez de Avilés.»

«Se inicia el reflujó, se levanta viento favorable y a' vela tendida rompe Bonifaz la marcha.—No pudo romper el puente la primera de las naves que contra él chocó, aunque sí causarle algún quebranto; pero la segunda, mandada por el propio almirante, logró el intento y resultando ella incólume, pasó al otro lado, rompiendo cadenas y despedazando y dividiendo barcas, que, todas inútiles, quedaron a merced de la corriente del río por la parte de Triana o unidas como colgadas por un trozo de cadena de la opuesta Torre del Oro» (Luis Redonet, 1948) (fig. 145).

«En el campo de Sevilla, continuaban los horrores de la guerra; los cristianos entraron en Gules y quemaron el arrabal de Bab Alfoyar, y el de Bab Macarena fué robado y hubo en ello mucha matanza; los cercados todavía se defendían con valor con tiros y máquinas extrañas, que algunas lanzaban cien tiros, y los dardos que arrojaban de

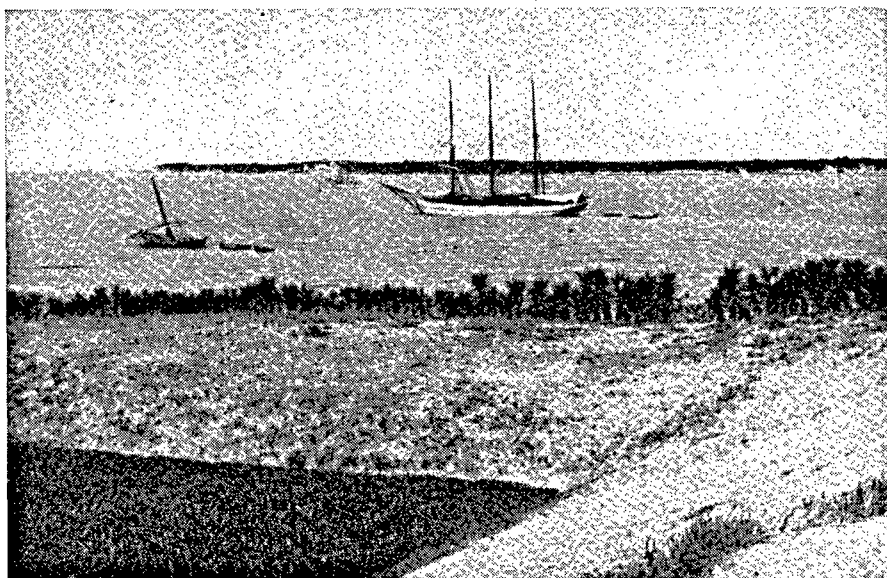


Fig. 144.—Desembocadura del Guadalquivir; al fondo el coto de Doñana.

(Foto *Hernández-Pacheco*, 1925.)

ciertas máquinas salían con tal fuerza que pasaban de un lado a otro los caballos, aunque estuviesen armados.»

Después de largo cerco y sin esperanzas de socorro, trataron de rendirse los de Sevilla. Hubo armisticio y negociaciones. «En conclusión, se asentó que el rey moro y los ciudadanos con todas sus alhajas y preseas, se fuesen salvos donde quisieren y que fuera de San Lucar y Niebla, que quedaban por los moros, rindiesen los demás pueblos y castillos dependientes de Sevilla. Había durado dieciséis meses. Se rindió la ciudad el 29 de noviembre de 1248, y se hizo la entrada solemne el 28 de diciembre. «No había entonces en la Península ciudad comparable a Sevilla por su grandeza y número de habitantes. El rey Sabio dice en el Septenario: «Grande e otrosí, no tan solamente el cuerpo de la cibdad que es mayor que otra que sea en España», y en la cantiga CCCLXXV, el mismo expresa: «Na cidade de Sevilla que e grande maravilla» (Antonio Ballesteros, 1948)

Aben-Alhamar se despidió del rey Fernando y marchó a reorganizar su reino; entrando en Granada aclamado por la multitud, «Dedicóse Aben-Alhamar a fomentar la industria y aplicación de sus vasallos, concediendo premios y exenciones a los mejores labradores, yegüerizos, armeros, tejedores y guarnicioneros. Así florecieron las artes en sus

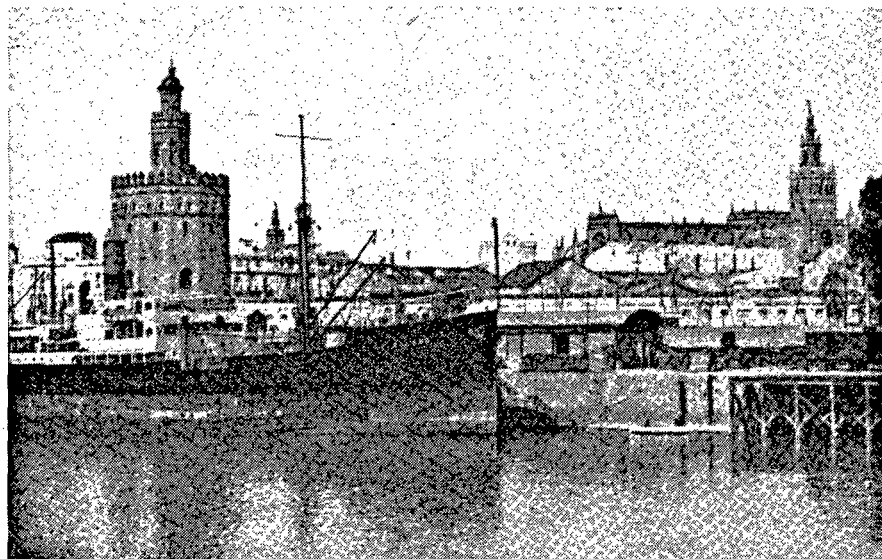


Fig. 145.—Puerto de Sevilla con la Torre del Oro; al fondo la Giralda.

estados, y la tierra que de su natural es feraz, con el buen cultivo se hizo feracísima; protegió mucho la cría y fábricas de seda y llegó en Granada a tanta perfección, que aventajaba a las de Siria. Se beneficiaron minas de oro y plata y de otros metales, cuidó mucho de que sus monedas de oro y de plata fuesen bien cendradas y hermosas.—Principió la obra grande de la Alhambra, y él mismo andaba entre los alarifes y arquitectos muchas veces.»

#### LA LUCHA EN EL PORTAL

Entre Europa y Africa existe una comunicación según la cual, los territorios atlánticos de Eurasia, casi se tocan con los atlánticos africanos; comunicación interrumpida por un corto y estrecho brazo de mar, que era el «Fretun Herculis» de los antiguos; que después se denominó, y se denomina, Estrecho de Gibraltar. Es una vía marina, por la cual los pueblos del Mar Interior o Mediterráneo, salían a las soledades enigmáticas e ignotas del Mar Exterior, al mar tenebroso,

que ahora es el Atlántico, que establece comunicación y enlace entre los pueblos del viejo mundo y del nuevo mundo. Vía marítima, la del Estrecho, tan pasajera, que siempre hay en ella barcos a la vista, que entran o que salen. Paso de salida y de entrada que nunca se interrumpió en todo el transcurso de la historia, ni se consiguió imposibilitar en los tiempos modernos y actuales. Los bordes continentales del Estrecho son montañosos, altos y escarpados, y desde cualquiera de ellos se ve la otra orilla, con dos altos promontorios: Calpe, del lado europeo; Abilia, del africano. Tan cerca se ve la costa de enfrente, que incita a pasar a ella; por lo que desde los más remotos tiempos de la prehistoria, el paso de Africa a Europa, o de Europa a Africa, fué a través del Estrecho.

La costa hispana del Estrecho presenta una portada con jambas montañosas: la del lado del Mediterráneo, es el peñón de Gibraltar; la del lado del Atlántico, es el saliente que hace la costa en Tarifa. Una y otra se adentran en el Estrecho hacia Africa, y encuadran un espacioso portal de entrada, que es la bahía de Algeciras, en cuyas playas desembarcaban las incursiones procedentes de Africa, principalmente en una pequeña isla arimada a la costa occidental de la bahía; islilla que, por estar cubierta de vegetación frondosa, se llamó la Isla Verde, la Gezira Alhadra de los invasores africanos del siglo VIII, acualmente englobada en el caserío de Algeciras.

Cuando Fernando III, el Santo, reconquistó Sevilla y su campiña, continuó la sumisión del territorio que, a modo de amplio zaguán de entrada al interior de Hispania, se extiende al Sur de Sevilla, entre el Guadalquivir y los bordes occidentales de las serranías béticas, apoderándose de Aznalfarache, Medina Sidonia, Vejer y otras fortalezas; mientras en Vizcaya se construía potente escuadra, con idea de ocupar el litoral y cerrar la puerta de entrada a Hispania. Pero le sorprendió la muerte en Sevilla, en 1252, y el portal quedó abierto, no cerrándose definitivamente hasta un siglo después. Tarifa, Algeciras y Gibraltar, formaban parte del reino de Granada.

El teatro de la lucha, durante tal período, fué en el extremo meridional de la Península, peleándose por la posesión de los tres puertos y fortalezas del Estrecho: Tarifa, Algeciras y Gibraltar. A veces la lucha se extendió a Jerez y a la campiña al Sur del Guadalete. En algún caso, como derivación, a los castillos que bordean meridionalmente al gran valle bético o a la serranía de Ronda y valle del Genil. Pero en ningún caso pasó la pelea al Norte de Sevilla y de Córdoba.

La secular contienda duró la segunda mitad del siglo XIII y la primera del XIV. Intervinieron tres reinos: el viejo de Castilla unida a

León, que ocupaba de mar a mar, o sea del Cantábrico al Atlántico del Sur peninsular. El nuevo reino moro de Granada. El reino africano de la dinastía de los Benimerines, al otro lado del Estrecho. No sentían el problema geopolítico y no intervinieron los otros reinos peninsulares: Navarra, enquistada en el extremo Norte pirenaico. Portugal, que terminada la reconquista de su territorio, quedó en espera de sus grandes destinos en las empresas náuticas; en el último episodio de la lucha, percibió el peligro y acudió con su esfuerzo a la batalla definitiva. Aragón, con amplio litoral, empleó sus actividades expansivas hacia las islas del Mediterráneo Occidental y hacia Oriente.

En tal período de larga contienda de Norte contra Sur, destacan dos nuevos medios de guerra: uno fué el gran desarrollo y empleo de las naves armadas; de tal modo, que las escuadras fueron elementos bélicos importantes de ambos bandos beligerantes. El otro medio bélico, fué el empleo de la artillería, para el ataque y defensa de las fortalezas. En las crónicas musulmanas es donde más se alude a la nueva arma de combate. Así, en el sitio de Niebla, en 1257, los sitiados «lanzaban piedras e dardos con máquinas, e tiros de trueno con fuego». En 1280, en la lucha entre Alfonso X y su hijo Sancho, éste se refugió en Córdoba y las tropas del primero con las del benimerín africano Yusuf, «combatieron la ciudad con muchas máquinas y truenos». En 1309, el ejército de Fernando IV combatió Gibraltar «con ingenios y máquinas de truenos». En el sitio de Baza, por el rey granadino Ismail, en 1325, «combatió la ciudad día y noche con máquinas e ingenios que lanzaban globos de fuego con grandes truenos, todo semejante a los rayos de las tempestades y hacían gran estrago en los muros y torres de la ciudad». Al año siguiente, en el sitio de Martos «la combatió incesante fuego de las máquinas de truenos y se apoderó por fuerza de la fortaleza». En el sitio de Tarifa, en 1340, por el rey de Fez, «principiaron a combatirla con máquinas e ingenios de truenos que lanzaban balas de hierro grandes». En 1343, en el sitio de Algeciras, por Alfonso XI, los cercados para destruir las torres de maderas, para el asedio, tiraban desde sus muros con ardientes bolas de hierro que las derribaban.

Los principales actores en esta etapa de la historia hispana, fueron, por la parte de Castilla: Alfonso X el Sabio (1252-1284), Sancho IV el Bravo (1284-1294), Fernando VI el Emplazado (1295-1312) y Alfonso XI (1312-1350). Por parte del reino moro de Granada: Mohamed II-Abu-Abdalá el Mahlua (1303-1308), Nazar (1308-1313), Ismail-Abu-Said (1313-1324), Muley Momahed IV (1324-1333) y Yusuf-Abu-Hagiag (1333-1354), correspondientes todos a la dinastía nazarita.

Los amires de Marruecos, de la dinastía de los Benimerines, que pasando el Estrecho, combatieron en España, fueron: Abu-Yusuf, en tiempos de Alfonso X y de Mohamed II de Granada. Dbu-Yacub, reinando Sancho IV y Mohamed II de Granada. El último emir africano que cruzó el Estrecho en plan de guerra fué Alí-Hasan-ben-Otman, en tiempos de Alfonso XI y de Yusuf-Hagiag, de Granada.

Los cristianos tenían mejor organización y más potencia militar que los moros. A su vez, los musulines eran más ricos que los rumies, por mejor organización estatal, respecto a tributación, mayor desarrollo y producción agrícola y de artesanía y más densidad de población, pues se iba acumulando en el reino granadino la emigración resultante del avance de los cristianos.

Fernando III y Aben-Alhamar guardaron lealtad en sus tratos y conservaron siempre buena amistad; de tal modo que, según dice el P. Mariana: «Era tanto lo que este príncipe amaba al rey D. Fernando, y érale tan agradable su memoria, que con ser moro, todos los años enviaba a Sevilla buen número de los suyos con cien antorchas de cera blanca para que se hiciesen al rey las exequias y aniversarios.» Cuando murió Fernando III, se ratificó el concierto entre el rey de Granada y Alfonso X. Aben-Alhamar tuvo que romper con Alfonso X; pero, según dice la crónica, «en términos de poder volver a ser su amigo si fuese necesario». Estando rota la paz, los walies de Málaga, Guadix y Gomares se indispusieron con su soberano el rey de Granada y se ofrecieron al rey de Castilla como feudatarios, dispuestos a pelear bajo sus órdenes contra Alhamar. Alfonso X aceptó el ofrecimiento de los rebeldes.

El rey granadino y el castellano hicieron las paces, y Aben-Alhamar propuso a Alfonso X que no protegiera a los walies rebeldes, con el fin que se reintegraran a la obediencia. El rey cristiano ofreció conseguirlo por sus gestiones en el plazo de un año; comenzando Alfonso X un doble juego político para mantener la discordia interior en el reino de Granada. Jaime I de Aragón, suegro de Alfonso X, le aconsejó que no hiciera tal cosa, sino proceder con lealtad, como obró su padre Fernando III.

En 1273, falleció Aben-Alhamar y le sucedió su hijo Mohamed, que siguió la trayectoria gubernamental y política de su padre. Acompañado de principales caballeros castellanos que habían residido algún tiempo en Granada, pasó a visitar a los reyes de Castilla, que estaban en Sevilla, donde fué recibido con mucha pompa y grandes fiestas. Mohamed comprendió que se seguía con él, en el asunto de los walies insuamisos, la misma política que se había seguido con su padre, y como su

padre, tomó decisión terminante: escribió al amir Benimerín Abu-Yusuf, pidiéndole su ayuda y poniendo a su disposición los puertos y plazas fuertes de Algeciras y Tarifa. Torpeza grande tal cesión de bases militares, que Aben-Alhamar no hubiera cometido: Abu-Yusuf aceptó y comenzó a enviar tropas y, en cuanto pasó el Estrecho, se avistó con Mohamed y con los walíes discolos, reduciéndoles a la obediencia del rey de Granada.

Los de Castilla, al mando de don Nuño de Lara, salieron contra el enemigo que avanzaba hacia Córdoba, y aunque muy inferiores en número, le presentaron batalla en Ecija, pero fueron derrotados, pereciendo don Nuño, cuya cabeza envió Yusuf a Mohamed, el cual al verla «se tapó la cara con ambas manos diciendo, ¡guala, mi buen amigo, que no me lo merecías!», porque le tenía gran amistad desde que estuvo retirado en Granada. Mandó canforar la cabeza, y puesta en una caja de plata la envió a Córdoba para que la enterrasen (1275). Los fugitivos de la batalla se acogieron a la plaza de Ecija, que, aunque fué sitiada, resistió, y no pudo ser tomada.

El benimerín se retiró a Algeciras; pero las naves de Castilla cruzaban el Estrecho y no le fué posible regresar a Africa, por lo que concertó treguas con Alfonso, sin contar con Mohamad de Granada.

El rey de Castilla, Alfonso X, era tan mal político como gran sabio, y tan débil gobernante, como eminente investigador científico y competente erudito. Cuando heredó el trono se encontró con el tesoro real muy bien abastecido y la hacienda pública saneada. Pero el excesivo lujo que montó en la corte, su prodigalidad y las turbulencias interiores, pronto agotaron al tesoro que le dejó su padre Fernando III. Causa principal de la ruina, fueron los cuantiosos gastos que le ocasionaron sus pretensiones al imperio de Alemania, que había quedado vacante, el cual pretendió a instigación de la república de Pisa; gestión impopular en Castilla y a la que le aconsejó su suegro Jaime I de Aragón, no acudiera. Alfonso X se ausentó de España a gestionar sus pretensiones; actuó con decisiones a destiempo, y con torpeza diplomática contra la sutil y habilísima italiana, no consiguiendo sino perder tiempo, dinero y salud.

Cuando llegó a Castilla se encontró el país invadido por los marroquíes, y en lucha civil su hijo Sancho contra sus sobrinos los infantes de la Cerda, huérfanos del primogénito, peleando por sus derechos a la sucesión del reino.

Las inconsecuencias de Alfonso X en las cuestiones públicas y familiares, le hicieron harto impopular, y su hijo Sancho se le rebeló directamente, con el apoyo de la mayor parte de los grandes del reino;



llegando Alfonso, en su obstinación, a solicitar préstamos del rey de Marruecos y a aliarse con él contra su hijo Sancho, odiado a su vez de Mohamed de Granada y del walí de Málaga. A tal discordia puso fin la muerte del rey en 1284.

Le sucedió su hijo Sancho. En 1289 falleció en Algeciras el amir benimerín Abu-Yusuf, sucediéndole su hijo Abu-Yacub. En 1292, el marroquí preparó en Tánger numerosa hueste para pasar el Estrecho. «Todo estaba a punto para embarcar su gente, cuando sobrevino la armada de los cristianos con muchas naves grandes, y, a la vista del ejército, quemaron todas las barcas que estaban en la costa de Tanja, sin que el numeroso ejército que lo miraba pudiera impedirlo.» Poco después el rey Sancho de Castilla sitió a Tarifa, la tomó por fuerza y puso en ella de alcaide a don Alonso Pérez de Guzmán.

Sancho de Castilla tenía un hermano, llamado Juan, que residió en Lisboa, a quien por perturbador de la corte, arrojó del reino el rey de Portugal, marchando a Marruecos, en donde propuso al amir Yacub recuperar a Tarifa. El benimerín le proporcionó tropas y, en 1294, sitió a la plaza, acaeciendo el lamentable y conocido episodio del asesinato del niño hijo del alcaide, Guzmán el Bueno. El amir de Marruecos, viendo la poca utilidad que obtenía en sus incursiones al otro lado del Estrecho, restituyó a Mohamed de Granada, Algeciras, por importante cantidad de mitcales de oro, renunciando a sus proyectos del Andalus.

En 1295 falleció Sancho IV, sucediéndole su hijo Fernando, cuya regencia, en su menor edad, ejerció su madre, doña María de Molina, con extraordinaria rectitud, energía y competencia. En 1309, Fernando IV sitió a Algeciras, pero la gran resistencia de las murallas y la mucha guarnición impedían hacer eficaz el sitio, por lo que acudieron a sitiar la inmediata plaza de Gibraltar, que parecía peor defendida, entregándose los cercados, a los que se permitió salir con sus bienes. Reanudado el sitio de Algeciras, propuso el rey granadino la entrega de cuatro fortalezas y cinco mil dobles de oro, si levantaban el asedio; proposición que fué aceptada por los castellanos, comúnmente faltos de dinero.

En 1312 falleció el rey Fernando IV, que, por las particularidades, muy sabidas, de la muerte que hizo dar a los hermanos Carvajales en Martos, se denominó «El Emplazado». Los cronistas moros de la época comentan este caso singular. Alcatib-Asalemani, dice: «De esta muerte del rey Herando y de sus circunstancias se dicen cosas muy extrañas.»

EL CIERRE DE LA PUERTA DE ENTRADA A LAS INVASIONES AFRICANAS

Cuando murió Fernando IV, no había cumplido los veinticinco años de edad, y dejó por heredero del reino a su hijo Alfonso XI, que tenía poco más de un año.

Se concertaron paces con los moros y se despertaron grandes codicias por ejercer la regencia. A poco murió la reina viuda, formándose un Consejo de Regencia, en el que figuró la reina abuela doña María de Molina, que se apoyaba en el estado llano de las Cortes. El reino, por las ambiciones de unos y otros, estaba desorganizado. Los nobles robaban a mansalva y las ciudades estaban divididas en bandos. En 1322 falleció doña María de Molina.

Cuando al rey se le declaró mayor de edad, el reino se fué tranquilizando por la energía y dureza con que Alfonso XI atajó los desafueros de los nobles revoltosos. Entre éstos destacaba el infante don Juan el Tuerto; denominado así, no porque le faltase una vista, sino porque era tan torcido de cuerpo como de espíritu. El padre de este don Juan fué el que en el sitio de Tarifa lanzó con un trabuco la cabeza del hijo de Guzmán el Bueno, porque éste no le rindió la plaza. Don Juan el Tuerto, preparó una conjura con los infantes de la Cerda, aspirantes al trono; conjura que le servía de amenaza si no se le otorgaba lo que pedía. El rey, fingiendo acceder, le llamó a comer a palacio para tratar del asunto. Acudió incautamente el revoltoso, al que el rey hizo matar, como si fuese una alimaña. La maldad del asesinado no disculpa el asesinato, en las circunstancias en que se realizó.

Por esta época continuaban los recíprocos ataques a las plazas fronterizas y las cabalgadas de saqueo. En uno de ellos, en 1325, Ismail de Granada se apoderó, por asalto, de Martos, regresando el rey moro con gran botín y muchos cautivos. «Entre las mujeres cautivas venía una hermosa doncella que encantaba a cuantos la veían. Habíala sacado de entre las sangrientas manos de los soldados Mohamad-Aben-Ismael, hijo del walí de Algeciras y primo hermano del rey, costándole mucho trabajo y riesgo de su propia vida el librarla de los crueles y codiciosos que la tenían. Cuando el rey Ismail la vió, sin ser poderoso para hacer otra cosa más digna de un rey, la tomó por suya y la mandó llevar a su harén despóticamente. Ofendióse mucho de esta tiranía Mohamad y se quejó al rey su primo, con bien sentidas razones. Este, que no sufría reconvenções, le mandó callar y que saliese de su presencia, y que si no quería permanecer en Granada, que se fuese de ella y pasase al bando de los rebeldes y enemigos de su rey.»

Mohamad, ofendido y colérico, se quejó a sus amigos y parciales, que a su vez se consideraron ofendidos y tramaron vengarse. Al tercer día de la entrada del rey en Granada, Mohamad, su hermano y algunos íntimos llegaron a la puerta de palacio, todos con puñales en las mangas de las aljubas, y cotas de malla bajo los alquiceles, y cuando el rey salió le apuñalaron de muerte y mataron al visir que le acompañaba y que trató de defenderle. Los partidarios de la ciudad se alborotaron y, muerto Ismail, proclamaron rey a Mohamad IV, doncel de poca edad, hija del rey muerto.

En 1333, Ali-Hasan, de Marruecos, puso sitio a Gibraltar, que hubo de rendirse, después de largo asedio, pues los socorros procedentes de Castilla llegaron tarde y, aunque se intentó, no pudo recuperarse la plaza. Alfonso XI concertó paces por cuatro años y procuró reorganizar y acrecentar el ejército. En 1334, se prorrogaron las paces con el rey moro de Granada, por otros cuatro años.

Durante este intervalo el rey acometió la empresa de someter a gran parte de la nobleza, díscola y ambiciosa. Los de Vizcaya se incorporaron voluntariamente a Castilla. «En una junta que se hizo en Guernica, debajo de un antiquísimo árbol, a la usanza de los vizcaínos, fué el rey en persona jurado y le prometieron fidelidad.»

Terminándose el plazo de las treguas, Alfonso XI, en 1339, fué acumulando tropas en Sevilla, reuniendo provisiones y tratando de reunir cortes para allegar fondos para la guerra que amenazaba; pues Ali-Hasan de Marruecos, había preparado muy numerosa escuadra y enviado al otro lado del Estrecho, con potente cuerpo de ejército, al príncipe Adbelmelic y al caudillo Ali-Atar. La flota del almirante Jofre Tenorio, por su inferioridad, no podía evitar el paso, acrecentándose las huestes africanas que desembarcaban. Ofendido por las críticas respecto a su actuación, se decidió a atacar a la escuadra enemiga, pereciendo en la batalla y salvándose únicamente cinco galeras que pudieron refugiarse en Tarifa.

Abdelmelic asentó su campamento cerca de Jerez y corrieron la campaña por Arcos y Nebrija, donde había gran acopio de trigo, e hicieron gran presa. Pero los cristianos les sorprendieron y les derrotaron por completo, pereciendo Abdelmelic y Ali-Atar. Esta derrota encendió aún más la ira del benimerín, predicándose la guerra santa y reuniendo una flota de doscientas cincuenta naves con gran número de galeras. Análogamente, los castellanos procuraron el auxilio de los otros príncipes hispanos. Se rehizo la escuadra en Sanlúcar, enviando el rey de Aragón la suya, al mando de Pedro de Moncada; los genoveses ayu-

daron con quince galeras, a costa del rey de Castilla, y Portugal envió doce.

La concentración de fuerzas fué en Sevilla, a donde acudió Alfonso IV, rey de Portugal, con un conjunto de mil caballos. Mientras tanto el rey marroquí y el granadino, con sus tropas, apretaban el sitio de Tarifa. El ejército salió de Sevilla con la decisión de dar la batalla al que sitiaba Tarifa y levantar el cerco de la plaza. Los moros, apercebidos, ocuparon los cerros inmediatos a sus campamentos y a la ciudad, decididos a presentar batalla (figs. 146 y 147).

Llegado el ejército de Alfonso a vista del enemigo, se dispuso que



Fig. 146.—Tarifa desde la isleta de las Palomas.

(Foto Hernández-Pacheco. 1912.)

una división, a media noche, se pusiera en contacto con la plaza, para asegurar ésta. Otra mayor atacaría los cerros al amanecer, y una tercera quedaría de reserva, con orden de que parte de las tropas, comenzada la pelea, atacase el campamento de los sitiadores; los portugueses atacarían el sector de los granadinos, y los castellanos al africano de los benimerines. Separaba a los ejércitos un arroyo, que vertía directamente en el mar, arroyo denominado Salado, del que tomó nombre la batalla. Se obtuvo una victoria tan decisiva y completa, que los reyes moros, huyendo, se refugiaron en Algeciras; donde, no creyéndose seguros, el africano pasó a Gibraltar, embarcando en seguida y cruzó el Estrecho. El de Granada, con el temor de caer en poder de los cristianos que guardaban los pasos, embarcó y se fué a Marbella, desde

donde pasó a Granada. El campamento del benimerín fué tomado y saqueado, y cautivada su mujer Fátima, hija del rey de Túnez, con dos niñas y otras tres mujeres. Reparada la plaza de Tarifa, como el ejército no viniera preparado para sitiar a Algeciras, se retiró a invernar a Sevilla. La batalla del Salado fué el 30 de octubre de 1340 (fig. 148).

La victoria de Tarifa se completó con otras navales. Alfonso XI

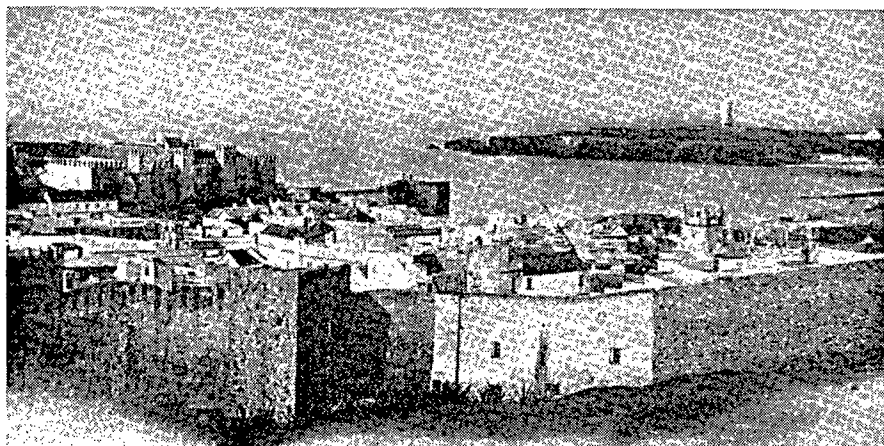


Fig. 147.—Tarifa desde el lado de tierra.

hizo almirante de la mar al genovés Gil Bocanagra, con lo cual no se retiraron las naves de Génova terminada la campaña. Consiguió también que volvieran al cuidado de la guarda del Estrecho, las galeras facilitadas por Aragón y Portugal. Cuando regresaban las aragonesas atacaron en Estepona a trece de las moras, de las que capturaron cuatro y echaron dos a pique. Gran victoria fué la que consiguió la reorganizada escuadra en la desembocadura del Guadamecil, echando a pique una veintena de naves moras, con la muerte de dos de sus almirantes.

La guerra en el Estrecho contra los moros africanos era muy popular en Castilla, lo que facilitaba la obtención de fondos pedidos en los concejos de las ciudades; fondos de los que escaseaba siempre Alfonso XI, el cual consiguió un préstamo de cincuenta mil escudos de oro del rey de Francia, por intermedio de la banca internacioanl de Génova, otorgándole también el Papa Clemente VI cierta parte de las rentas eclesiásticas. Comprendíase la necesidad de ocupar las plazas de la bahía de Algeciras, para evitar las invasiones procedentes de Africa a través del Estrecho.

El cerco de Algeciras iba con lentitud. En 1343, el rey de Granada

solicitó otras treguas, que el castellano no se avenía a otorgar sin que precediera la ruptura de relaciones de los granadinos con los africanos. Pero ni éstos se atrevían a pasar el Estrecho, ni los moros hispanos a dar la batalla. El rey de Navarra envió algunos socorros. De Francia vino el Conde de Foix, y de Inglaterra, con licencia de su rey, los Condes de Arbid y de Soluzber, con acompañamiento de hombres de armas, visitando los campamentos y elogiando el orden y disposición



Fig. 148.—Cercanías de Tarifa y torre de la Peña, paraje correspondiente al campo de la batalla del Salado, del 30 de octubre de 1340.

(Foto Hernández-Pacheco.)

de ellos. Llegado el verano con los calores, los extranjeros regresaron a su país. En octubre, sesenta galeras de los moros pasaron al puerto de Estepona, y de éste a Gibraltar; y, por fin, se dió la batalla en el río Palmones, que desemboca en el fondo de la bahía, huyendo los moros hacia Gibraltar. En 26 de marzo de 1344, se entregó Algeciras, quedando los cercados libres de irse libremente a donde quisieran; muchos se pasaron a Africa. Gran parte de los soldados sitiadores fijaron su residencia en Algeciras en las casas y propiedades abandonadas de los moros. El rey de Granada se declaró feudatario del de Castilla, obligándose al pago anual de parias, y se concertaron paces por diez años. El rey Alfonso envió, sin rescate, al rey de los benimerines, las

mujeres cautivadas en Tarifa. Este no quiso dejarse vencer en libertad y cortesía, y le envió desde Africa sus embajadores con muy ricos presentes.

Tres importantes problemas públicos embargaron la actividad de Alfonso XI durante su reinado: la lucha constante contra los manejos egoístas y desleales de los poderosos señores de la nobleza; reunir fondos para las campañas guerreras; cerrar el Estrecho a las invasiones de Africa, y dominar a los reyes moros de Granada.

Celebradas Cortes en Alcalá de Henares, en 1349, se acordaron algunos subsidios para continuar la lucha en el Estrecho, poniéndose sitio a Gibraltar, en poder de Abu-Anam, que había destronado a su padre, Abu-Hasan, rey de Fez. La plaza estaba bien abastecida, sus defensas restauradas y reforzadas y tenía fuerte guarnición. Los granadinos, en el exterior, hacían rebatos y dificultaban el cerco. Prolongado el sitio, los defensores menguaron sus bríos y daban señales de cansancio. En estos años una epidemia de peste, de las más mortíferas de que habla la Historia, había invadido Europa, procedente de Oriente, extendiéndose a los países mediterráneos. El mal llegó al campamento, y se trató de levantar el sitio. Alfonso XI, con la esperanza de la rendición, se opuso a ello, alcanzándole el contagio y falleciendo el 26 de marzo de 1350. El cerco se levantó.

La traducción por Conde de la crónica musulmana dice que el rey de Granada, «cuando entendió la muerte del rey de Castilla, como quiera que en su corazón y por el bien y seguridad de su tierra holgó de su muerte, con todo esto manifestó sentimiento, porque decía que había muerto uno de los más excelentes príncipes del mundo, que sabía honrar a todos los buenos, así amigos como enemigos, y muchos muslines tomaron luto por el rey Alfonso, y los que estaban de caudillos con las tropas de socorro a Gibraltar, no incomodaron a los cristianos a su partida cuando llevaban el cuerpo del rey desde Gibraltar a Sevilla».

Aun con todo, la entrada a Hispania por el Sur, quedó prácticamente cerrada con el dominio de Tarifa y de Algeciras, y no volvió a pasarse de Africa a Europa por esta parte en son de guerra. Gibraltar, al cabo de algún tiempo, pasó a dominio de los moros de Granada, y después al de Castilla.

En pocos casos de la Historia, el hado o fatalidad fué tan desfavorable a los destinos de Hispania como cuando, durante el sitio de Gibraltar, Alfonso XI trataba de completar el cierre total de Hispania a las invasiones procedentes de Africa y tenía casi sujeta a la indómita nobleza; acaeciendo, por efecto de la peste, la muerte del rey

en pleno vigor vital, y se anunciaba el alborear de fructífero período de reconstitución nacional, debido a las dotes de gobernante del monarca y favorable disposición de los municipios y del pueblo hispano.

#### EL «LIBRO DE LA MONTERÍA» DE ALFONSO XI

Documento de interés extraordinario para el estudio de la distribución de la floresta silvestre en Hispania durante el período correspondiente a los siglos XIII, XIV y XV, es el libro hecho por Alfonso XI, en el comedio de tal época. Obra que es, según dice en la portada, «Libro que mandó facer el rey Don Alfonso de Castiella et de León que fabla en todo lo que pertenece a las maneras de la Montería».

Tan notable obra cinegética, fué reproducida por medio de la imprenta en 1877 por el distinguido erudito José Gutiérrez de la Vega; acompañada de un prólogo explicativo y de notas aclaratorias, libro del que tomamos los datos que aquí se exponen.

Dice el escritor mencionado, que se sirvió para la impresión de dos ejemplares: Uno, el códice de pergamino avitelado que existe en la biblioteca del Escorial, que considera como el más antiguo, el más afamado, el que parece ser original y el que debió pertenecer a Alfonso XI, verdadero autor del «Libro de la Montería», por los años 1342 a 1350.

Otro ejemplar es el códice de la Cartuja de Sevilla, del que se dice que fué de uso de los Reyes Católicos. Contiene diversas láminas representando escenas de caza de la época. La sexta representa al rey a caballo, y entre ellos dos moros, a juzgar por el turbante. Multitud de monteros, perros y reses en el acto de una batida, se ven a los lados, y orla de adornos y flores de colores y oro.

Comprende el «Libro de la Montería», tres partes: La primera es de asunto exclusivamente cinegético, teniendo como tema principal la caza del venado y el ejercicio del montero a pie y a caballo. La segunda se refiere a los canes de caza, sus tipos y razas, y cómo deben cuidarse, educarse y curarse, constituyendo un tratado de zootecnia y veterinaria canina. Se ocupa también de otras reses a más del ciervo, especialmente del oso y del jabalí o «puerco», diciendo respecto al oso: «fallarán siempre al oso en más bravo monte, et peor andar que el puerco... et es peor de levantar, en que ha menester muy mejor montero et mejor can para lo levantar... La otra razón es, porque los monteros de pie non se atreven tanto a se llegar a él para lo mover cuando se ladra, nin para lo ferir, como al puerco».

No se hace relación de lo pertinente a otras reses venatorias, tales



como corzo, lince, lobo, etc., ni se ocupa de las reses habitantes en la zona de alta montaña, tales como la cabra montés y rebeco. Probablemente tales altitudes de cumbres montañosas, residencia especial de dichos animales, no eran cazaderos en aquellos tiempos, ni objeto de interés alguno.

El libro tercero, último de las tres partes de la obra, es el que interesa especialmente a nuestro estudio, pues como dice el libro «faba de los montes de todo el señorío de Castiella et de León, et algunos de los regnos de Granada». En los diversos montes y lugares se mencionan y describen los cazaderos; señalándose en cada uno los parajes donde ha de comenzar el «vocerío», o sea el ojeo, soltándose los perros para ello seguido de los monteros, indicándose la dirección y trayectoria de la batida. Se señala la situación donde debe establecerse «el armada», o sea conjunto de puestos por donde han de pasar las reses en su huida y recibir las y atacarlas con la ballesta, la lanza, la jabalina y el cuchillo de monte.

En tales descripciones rara vez se alude al ciervo, porque este animal, en su veloz huida y rauda carrera de saltos por el matorral, no daba lugar a lucha, sino al disparo, a su paso, de venablos y de saetas por los ballesteros, encomendándose a los canes el sujetarlos. Pero siempre se alude al oso y al jabalí, que daban lugar a lucha con el cazador, cuerpo a cuerpo; peligrosa contra el oso, que solía hacer cara, menos con el jabalí, que en su carrera de huida, avanza ciego, recto, por la espesura del monte, pero herido se acula y súbito se arranca, hiriendo con sus agudos y cortantes colmillos a perros y hombres.

Contiene la descripción geográfica interesantes datos respecto a topografía, de val o valles, gargantas, laderas, etc., y también acerca de vegetación silvestre, respecto a matorral, arboleda, dehesa, encinar, haedo, pinar, etc.

En los diversos capítulos de esta tercera parte descriptiva, hay poco orden geográfico, tanto respecto a las diversas regiones y comarcas, como dentro de cada grupo. Probablemente esto es consecuencia de la acumulación, en cada capítulo, de los diversos datos remitidos por los múltiples colaboradores, y a dificultades de ordenación, por el atraso, en la época, de representaciones gráficas de orden geográfico y topográfico. Esto hace que, en gran número de casos, sea difícil determinar las localidades, sin conocimiento personal de ellas, lo cual no es factible a un sólo investigador; tanto más, cuanto la toponimia de los lugares y parajes ha variado enormemente en el transcurso de los siglos. Pero aun con esto, el estado actual de la cartografía hispa-

na, con el mapa topográfico de España, en Hojas a escala 1 : 50.000, permitiría a un paciente investigador identificar las localidades y parajes a que se refiere en los muchos centenares de sitios descritos en el libro de Alfonso XI ; pues aunque la toponimia ha variado, persiste, más o menos alterada, mucha de ella.

Gutiérrez de la Vega es de opinión que «El Libro de la Montería» es labor personal y redacción de Alfonso XI, porque en diversos parajes relata sucesos que a él le acontecieron. Esta es también nuestra opinión. Tal libro se haría reuniendo los muchos datos pedidos a nobles cazadores y a monteros de las diversas comarcas del reino, y asesorándose de los técnicos y expertos respecto al cuidado y curación de los canes y demás particularidades de la montería, y con todo ello, Alfonso XI redactaría y escribiría el libro, que los copistas reprodujeron, tal como existen los ejemplares que se conservan.

Al comenzar la descripción de los montes y señalamientos de los cazaderos, el libro dice: «Et agora queremos vos decir de los montes que ha en nuestro señorío, señaladamente de los que Nos sabemos, cuales son los mejores de oso, et cuales de puerco ; et cuales son montes de invierno, et cuales de verano, et de los más de ellos cuales son los vocerías, et cuales las armadas».

La distribución de los territorios de montería no presupone la de los cultivos, pues además de este factor humano, influye la naturaleza litológica y el tipo de vegetación espontánea.

Debe tenerse en cuenta que esta descripción no comprende todo el conjunto peninsular, sino el reino de Castilla y León, que abarcaba toda la zona vasco-cantábrica con Asturias y Galicia, y toda el área central hispana hasta el Atlántico del Sur de Andalucía, y la amplia depresión murciana, por donde Castilla tenía salida al Mediterráneo. Falta, pues, en el «Libro de la Montería», con el reino de Navarra, el de Aragón, que había alcanzado su máxima extensión en la Península, y falta la ancha zona litoral atlántica ocupada por Portugal y las serranías meridionales de la Península, correspondientes al reino de Granada.

Aun con estas faltas se puede juzgar bien, por lo que abarca la descripción del libro, de la característica general y particularidades de la floresta hispana en aquella época ; pues las particularidades topográficas, geológicas y, en general, fisiográficas, de los territorios que faltan, se pueden homologar con otros del reino castellano-leonés, tanto más, cuanto la frontera castellano-aragonesa, era la ancha zona de serranías de Idúbeda, cuya floresta silvestre resalta en las descripcio-

nes del libro de Alfonso XI, como asimismo, las granadinas y las portuguesas.

Como particularidades que establecieron características diferenciales, deben señalarse mayor densidad relativa de población en el reino granadino, por efecto de inmigración producida por la reconquista del gran valle bético. En otro aspecto, el mayor predominio de la agricultura respecto a la ganadería, en el litoral mediterráneo, en la estrecha banda costera del Algarve y en la zona atlántica que se denomina Beira litoral, establecía contraste con la llanura y penillanura centrales, en donde la ganadería, especialmente la lanar, era protegida, en perjuicio del desarrollo agrícola, gozando de preeminencias el pasturaje y trahumancia de ganados de la Meseta; corporación que ya en el siglo XIII tenía organización oficial y alcaldes propios.

Están distribuidos los cazadores por grupos geográficos, en diversos capítulos; de tal modo que estudiando y señalando en el mapa la situación de cada grupo, se obtiene la distribución de los que componen el conjunto. En los doce primeros capítulos están descritos los montes que contornean la altiplanicie de Castilla la Vieja, o sea del Duero. Comienzan por los del rincón del Noreste, al Norte de Burgos; siguen por las serranías celtibéricas, en sus límites con el entonces reino de Aragón. Salta después a las serranías cantábricas, asturianas, de las montañas de León y a las de Galicia. Descritos los parajes de montería de las zonas montuosas Norte y Oriental, que circundan a la altiplanicie castellana, el libro de Alfonso XI, en los capítulos VIII a XII, relata las características de los montes de tierra de Salamanca y de la Cordillera Central, desde la frontera portuguesa, por las serranías de Gata, Gredos y Guadarrama, hasta las orígenes orientales de las serranías divisorias entre la Vieja y la Nueva Castilla.

Creemos tiene interés exponer algunos ejemplos de las localidades reseñadas en el «Libro de la Montería», para poder formarse idea de las características naturales que tenían a mediados del siglo XIV y poderlas comparar con las que presentan en la actualidad.

Así, el capítulo II, «De los montes de Tierra de Aguilar de Campo et de la Pernia et de Liébana», se refiere a la provincia de Burgos en sus límites Norte con la de Vizcaya, por las Encartaciones, y con las de Santander y borde septentrional de la provincia de Palencia. Comprende las sierras de Orduente, Montisia, puerto de la Sia, Espinosa de los Monteros, río Asón, río Emiera, Trasmiera, Sotocueva, montes de Carriedo, Tierra de Aguilar de Campoo, Alar del Rey, monte de Peña Luenga, monte de Ijar, monte de Quintaniela, monte de Camasobres, Valderredondo, Alba de Cardaña (al Sur de Peña Prieta),

Valdeprado y La Liébana. Se señalan en la zona castellana de la Cordillera Cantábrica, en sus vertientes meridionales, 85 cazaderos; siendo estos montes, casi todos buenos de oso y de puerco; citándose tan sólo el puerco en algunos, y en otros sólo el oso. Dependiendo esto de la especial topografía y desarrollo de la vegetación selvática, pues como dice el libro, «fallarán siempre el oso en más bravo monte, et peor andar que el puerco».

En el capítulo II, el epígrafe «De los montes de Tierra de Burgos et de San Millán de la Cogolla», corresponde a los de la serranía celtibérica, comprendiendo la banda oriental de la provincia de Burgos, y la occidental de la de Logroño. Uno de los centros cinegéticos más importantes, era San Millán de la Cogolla, en cuyo derredor existían trece cazaderos. En todos los parajes de esta serranía se cita al jabalí, y en menos de la mitad, y siempre como pieza accidental, al oso. En el cazadero denominado Val de Oso, dicho plantigrado ya no existía; pudiendo deducirse que en el conjunto de la serranía, estaba en vías de extinción a mediados del siglo XIV.

A continuación de la sierra burgalesa de La Demanda, se describen los cazaderos de sus prolongaciones meridionales, en el epígrafe «De los montes de Tierra de Soria», señalándose los siguientes: haedo de Neyla y de Peña Aguda, «Orbión et la garganta de Duruelo, que es todo un monte», «Garganta de Covalada et La Ombria de San Llorente», cuyos tres cazaderos eran buenos montes de oso y de puerco en verano. Mientras que «Val de Sierro que est encima de Ebros», era buen monte de puerco en invierno. En el valle de Ebro (subafluente del Duero), se citan los tres cazaderos de Avellamar, Soto Ruaño y Castierna, con puerco en verano, y «Las Poyades de Moña, que son cantante Duero», con buen monte de oso y de puerco en verano. En la cercana garganta de Vinuesa, en el alto Duero, a 1.100 metros de altitud, existían otros cinco cazaderos. Cerca de un centenar de parajes de caza se señalan en el «Libro de la Montería», correspondientes a la zona celtibérica castellana de las serranías del Idúbeda. Actualmente, ni el oso ni el jabalí se cazan en tales parajes, pero aun intensamente modificadas por los cultivos y los pinares en plena explotación, la vegetación residual puede dar idea de la selvática que existía en tiempos de Alfonso XI.

Pasa el libro a la descripción cinegética de las serranías norteñas, de la Península, ocupándose de ellas los capítulos V y VI, «De los montes de Tierra de Asturias». Se comprenden en estos capítulos principalmente las vertientes leonesas, o sea meridionales de la Cordillera Asturiana. En las Asturias Occidentales, pasado el meridiano del cabo

de Peñas, se señalan cazaderos en las vertientes al Cantábrico, desde Somiedo hacia el Oeste, especialmente en Tineo, La Espina y Salas. Pero ni los Picos de Europa, de ingente y rudo roquedo calizo, amparo de los ágiles rebecos, ni el selvático rincón de Muniellos, al Oeste de la zona alta de Leitariegos, entre Asturias y Galicia, sería visitado entonces, ni siquiera en plan cinegético. En tierra del Bierzo y sus montañas, se señalan diversidad de cazaderos, abundando en todos ellos el oso y el jabalí.

El total de cazaderos reseñados en la cordillera, en sus zonas del antiguo reino leonés, juntamente con las denominadas actualmente Montañas de León, es 152, de los cuales sólo 10 están en la vertiente al Cantábrico, al Norte de la divisoria de la línea de puertos y de cumbres. País entonces selvático el de las serranías leonesas y asturianas, sin apenas cultivo y muy poco habitado, hasta que el aumento de población peninsular, obligó a poner en cultivo la montaña, haciéndose la región rica y próspera, cuando de América vino el maíz, cuyo cultivo se extendió por estos países de clima higrofito, con lluvias de verano, y cuando se fué desarrollando la ganadería vacuna, transformándose el matorral improductivo, en praderías cultivadas.

El capítulo VII trata los montes de Galicia, de donde se citan 27 de caza mayor. Corresponden la mayor parte a la provincia de Lugo, como «El monte de Labio que es entre Castro Verde y Lugo es buen monte de puerco en todo tiempo». «Rego de Boy, que es cerca de Coruña, es buen monte de puerco en todo tiempo». En algunos cazaderos, como «Trasmonte, que es cabo Feiz, es buen monte de oso en verano». «El monte que dicen el Morión, es buen monte de oso en verano. Et la vocería en la sierra del Villar, et por Piedra Fita, fasta el puerto de Nos. Est es el armada en la laguna del Villar.» El gran desarrollo de la población en Galicia y de su agricultura de minifundios, establece gran contraste con la floresta de mediados del siglo XIV, que permitía cazar el jabalí, y cerca de Lugo el oso, en los parajes de las plácidas campiñas gallegas, intensamente cultivadas y pobladas.

Descritos los parajes de montería de las zonas Norte y Oriental de la altiplanicie del Duero, el libro de Alfonso XI señala los de las zonas montañosas que la limitan por el Oeste y Sur. Así, el capítulo VIII, trata «De los montes de Tierra de Salamanca et de Miranda et de Montemayor, et de la Granadiella», incluyendo la cuenca del Alagón, importante afluente del Tajo, Béjar, Hervás, etc. «La Solana de Baños (dice) es buen monte de oso en la otoñada et en el invierno. Et son las vocerías, la una desde por de la Peña Caballera fasta las viñas de Baños». Actualmente estos parajes de los Baños de Montemayor

están ocupados por bancales fructíferos, como igualmente está cubierto por cultivos de plantío, la mayor parte del territorio de Hervás, a que se refiere también el tratado cinegético.

Continúa la reseña de parajes de caza mayor, describiendo los de la Cordillera Central en las actuales provincias de Avila, Segovia, Madrid y Guadalajara, comprendiendo el total de los de la serranía que separa las cuencas hidrográficas del Duero y del Tajo unos 300 cazaderos. Entre tales parajes está la agreste, escarpada y pintoresca sierra granítica de La Cabrera, muy visitada actualmente por los excursionistas montañeros madrileños, de la que dice: «La Cabrera, cabe Bustarviejo, es muy real monte de oso en invierno. Et acaesciónos un día, de matar hi tres oso antes de mediodía, et es en término de Buytrago». Otro cazadero de la Sierra de Guadarrama, más próximo a Madrid, era «El Berrocal de la Torre de Lodones, es buen monte de oso en invierno. Et es la vocería desde la Torre de Lodones, fasta el Alpalante. Et son las armadas: la una al arroyo del Alpalante; et la otra a las Navas de entre el Berrocal, et el Serrejón». Un tercer cazadero, muy visitado actualmente por los excursionistas domingueros de Madrid, es el de la Pedriza de Manzanares, del que se dice en el libro: «Los Altarejos es buen monte de oso en invierno, señaladamente en tiempos de madroños, et es en el Real. Et son las vocerías; la una por cima del Yelmo fasta en el collado de la Siella; et la otra desde el collado de la Siella fasta el río de sobre el soto. Et es la armada en el collado del Cabrón.» La sierra de Guadarrama no habrá sido nunca muy abundante en madroñeras. Probablemente abundarían más en la Pedriza que en otras partes. Es planta que se descuaja con facilidad y no suele retoñar, lo cual explica su falta actual en la cercana sierra.

El cazadero más próximo a Madrid, claro que del lado de la sierra, pues del lado de la llanura no había ninguno, es al que se refiere el «Libro de la Montería» en los siguientes términos: «La dehesa de Madrid es muy real monte de puerco en invierno. Et son las vocerías; la una desde las Cabezuelas, por camino de Colmenar, que non pase contra Viñuelas; et la otra desde el camino del Colmenar hasta Marhojal.»

La Alcarria, que limita por el Este la llanura madrileña y de Alcalá de Henares, situada al Sur de la Cordillera Central, no se cita en él «Libro de la Montería» con cazaderos de reses. Alcarria, es denominación de origen moro. Según el diccionario de la Academia, significa terreno alto, y, por lo común, raso y de poca hierba. Respecto a constitución litológica, es terreno abundante en margas yesíferas, sin roquedo y con vegetación esteparia o semiesteparia, rala y sin abrigo. Territorio inadecuado, no ya para el oso, sino para el jabalí, el ciervo

y el corzo. Este país, aparte de la invasión de los pobres cultivos que sustenta, ha tenido en todas las épocas históricas fisonomía y paisaje como el actual.

Los cazaderos orientales de Castilla la Nueva, estaban más al Este, en las serranías entre Castilla y Aragón, según se expone en el capítulo XIV del Libro de Alfonso XI: Serranía de Cuenca; paramera de Molina; Sierras de Valdemeca; mesa de la Madera; Sierra de Albarracín, Alto Tajo, Júcar y Cabriel; por las localidades de Peralejos, Cañamares, Cañete, Boniches, Pajaroncillo. Este territorio, de extensos y tupidos pinares, con abundantes roquedos de rodeno y de calizas mesozoicas, con relieves escabrosos y pintorescos, es terreno apto al desarrollo del ciervo, del jabalí y, en muchos parajes, del oso. En las épocas prehistóricas del Mesolítico y del Neolítico, abundaban también el toro y el caballo salvajes; representados, juntamente con el ciervo y el jabalí, en diversidad de parajes con pinturas rupestres. El ciervo, en tiempos de Alfonso XI, debía abundar mucho, pues contra lo acostumbrado en su libro, le cita como pieza venatoria numerosa. Comprende dicho territorio 65 cazaderos, reseñados en el capítulo XIV, titulado «De los montes de Tierra de Moya et de Cuenca».

Al Sur del Tajo, describe el «Libro de la Montería» gran número de montes de caza, no solamente en la zona de serranía de los llamados Montes de Toledo, sino en toda la penillanura de terrenos paleozoicos ocupados por matorral de Cistáceas y Cupulíferas, situados entre Tajo y Guadiana; por los campos de Calatrava y Extremadura. Este territorio, en gran parte, está descuajado y ocupado por cultivos o transformado en dehesas de arbolado.

Tratan de tal país los capítulos XVI y XVII, y comprende la comarca al Sur de Toledo y de Talavera de la Reina, por los campos de Calatrava, Consuegra, Malagón, Piedrabuena, Caracuel, Puertollano, Almodóvar, Belvís de la Jara, Nava del Rico Malillo, Alía, Guadalupe, Ibor, etc.

Los montes de Ibor, son prolongación de los de Guadalupe y corresponden a la provincia de Cáceres, prolongándose hacia el Noroeste, cruzados por el Tajo. Por intermedio de las sierras Serradilla y Mirabel, únense, cerca de Plasencia, a los contrafuertes del Suroeste de Gredos y valle del Jerte, limitando por Poniente a la llanura de aluviones y depósitos neozoicos, situada entre la base de la Cordillera Central y el Tajo. Refiriéndose a esta zona de serranía transversal, dice el libro: «La ladera de Ibor es buen monte de oso en invierno... Et la primera vez que corrimos este monte fallamos hi diez osos, et soltamos a los seis e murieron los cuatro.» El número de cazaderos citados en

esta comarca, es de 38; desde la dehesa de Almerón, junto al Tajo, hasta los del valle del Jerte, en tierra de Plasencia. Actualmente aún falta descuajar en el territorio de Ibor, en el que existen algunos cotos de caza mayor, pero no hay memoria ni tradición de la existencia de osos.

La penillanura extremeña entre Tajo y Guadiana por tierra de Trujillo, aun en la planicie de erosión de las pizarras del Paleozoico inferior, no estaba convertida en plácidos encinares, como actualmente, sino ocupada en gran parte por matorral espeso, del que quedan aún grandes espacios en las laderas que de la meseta trujillana dan al Tajo, como ocurre por Jaraicejo, que se cita en el libro de Alfonso XI, como «buen monte de puerco en invierno»; pero en otros sitios, como en La Madroñera, al Este de Trujillo, ya existía arbolado de encinas, con matorral claro; a donde bajarían las reses desde los espesos jarales de Guadalupe, según se deduce de la descripción de tal cazadero: «La Madroñera es buen monte de oso en invierno. Et non ha vocería, nin armada cierta, si non que ha menester muchos remuevos, et homes que deseñen, et con cada busca que vaya un home a caballo, porque es monte tendido, et de encinar hueco por o puede andar home a caballo, porque si levantare, que guarden los canes, pues el monte es bueno de andar.»

Al Sur del Guadiana y de los Campos de Calatrava, existe un territorio quebrado, y aun con mucha maleza, del que tratan los capítulos XIX y XXI. Tiene como núcleos Capiella (Zarza Capilla), Puebla de Alcocer y Almorchón. Comprende tal conjunto el rincón septentrional de la provincia de Badajoz, en vías de descuaje y transformación agrícola, abarcando por el ángulo que hace el Guadiana, hasta el codo de Cijara. Terreno de sierras cuarcitosas y pizarrales, con extensas raias de cantos rodados; todavía con bravos jarales y, donde el descuaje llegó, plácidas y solitarias dehesas de encinar. Es tal territorio prolongación, al Noroeste, de Sierra Madrona y de los Valles de Alcudía; en el Sureste, de la provincia de Ciudad Real.

En la reconquista de Extremadura por Alfonso IX de León, entrado el siglo XIII, se asignó a la Orden Militar de Santiago, que continuó la conquista, gran parte de Extremadura Central; territorio que desde entonces, y especialmente en la segunda mitad del siglo XVIII, y principalmente en el transcurso de todo el XIX, experimentó gran transformación, mediante el descuaje de los jarales y su conversión en cultivos cerealísticos y de plantío, y en dehesas de arbolado. En este territorio señala el capítulo XXII del «Libro de la Montería», gran número de cazaderos en la penillanura de cuarcitas y pizarras del Paleozoico infe-



rior y en las extensas rañas, que desde la divisoria entre Tajo y Guadiana, avanzan en llanuras cascajosas hacia la vallonada del Guadiana. Muchos de los cazaderos de tales comarcas han llegado hasta el comienzo del siglo xx, y actualmente aún quedan buenos cotos de reses, con jabalíes, algunos ciervos y no pocos lobos, en la gran extensión de despoblado de la Sierra de San Pedro.

En tal territorio destaca la sierra granítica de Montánchez, y sus prolongaciones orientales por la de San Cristóbal hasta el cónico bebrocal de la Sierra de Santa Cruz. Alcanza la Sierra de Montánchez casi el millar de metros de altitud (994 m.), y unos 700 m. sobre la penillanura; sumamente escarpado su roquedo granítico, con vegetación silvestre de alcornoques, castaños y rebollos, y muy cultivada mediante abancalados y cercados. El capítulo XX del libro de Alfonso XI dice de esta sierra: «El alcornocal de la Sierra de Montanches es buen monte de oso en verano et en tiempo de oseras. Et la vocería por cima de la cumbre de la sierra. Et es el armada en el collado que viene de Arroyo de Molinos a la Sarsuela, que non pase contra los montes de Sarsuela.» Otra sierra aislada y abrupta, pero constituida por cuarcitas silúricas, es la denominada actualmente de San Serván, que destaca en la margen izquierda de la vega del Guadiana, cerca de Mérida, entre los pueblos de Arroyo de San Serván y Calamonte. De ella dice el mismo capítulo: «La sierra de Colamonte la Mayor es buen monte de puerco en envierno et en tiempo de panes. Et si yoguiere el venado de contra Mérida, est la vocería en el camino que viene del Almendral para Mérida fasta encima de la Sierra. Et es la armada al pie del lomo de Colamonte.» Ni en una ni en otra sierra se tiene noticia, en la actualidad, de caza mayor en ellas.

Corresponden a la penillanura extremeña otros territorios montuosos en los que se señalan cazaderos, tales como los indicados en el capítulo XXI, respecto a Coria, Galisteo, Alcántara y Alburquerque, en la frontera con Portugal. En los XXII y XXIII, se indican los de la actual provincia de Badajoz, de Oliva, Palomas, Olivenza, Villanueva, Bancarrota, Xerez de los Caballeros, Montsalut, Santa María de Tudía, Montemolín y Guadalcanal, indicando cuáles eran de puerco y cuáles de oso. En todos estos parajes, modificados por el descuaje de la maleza y los cultivos, quedan rodales residuales en las zonas de peor terreno y en los pizarrales y riscos cuarcitosos de las cumbres.

La ancha banda de terreno del Paleozoico, que desde la altiplanicie de La Mancha cae en escalón hacia Andalucía, y que desde la penillanura de Extremadura desciende en fuerte rampa hasta el Guadalquivir, que corre al pie del escarpe; conjunto que forma Sierra Morena; con-

tenía y contiene buenos cazaderos. Pero actualmente el territorio ha sido en gran parte modificado, sustituyendo las dehesas de arbolado y los cultivos, a la vegetación de matorral, a cuya coloración verdinegra debe su nombre la sierra. Los afluentes y subafluentes al Guadalquivir, en acción erosiva remontante, constituyen hondas barrancadas, que interrumpen la penillanura de erosión del territorio, originándose la ruda topografía.

Todavía en tal país están los mejores cotos de caza mayor en España; pero en los tiempos de Alfonso XI, casi toda Sierra Morena era asilo de la fauna cinegética, por lo cual son muchos los cazaderos que cita en su libro, en los capítulos XXIV, XXV y XXVI, abundantes en puercos y oso. Señalando en los Montes del Obispado de Jaén, los de Castellar, Hoyo Quemado, Carchena, Torre del Estrella, Val de Tolosa, Escorial de Baños, etc., en número de una treintena. En tierra de Córdoba, indica unos cincuenta; por Montoro, Fuente Ovejuna, Sierra de Almadén, Sierra de Chillón, ribera del Guadalmés, Peña Roya, río Guadiato, Dovejo (Obejo), Sierra de los Sanctos, dehesa de Hornachuelos, etc. En los montes de tierra de Sevilla, Puebla del Infante, Constantina, dehesa de Cantillana, dehesa de Santa Olalla, dehesa de Guillena, valles de Sobre Viar, ribera de Huerva, etc., comprendiendo unos ochenta cazaderos, principalmente de puerco y, en menor abundancia, oso. En la actual provincia de Huelva, que entonces correspondía a tierra de Gibraleón, señala una veintena, por Aroche, Odiel y Alozno.

Del texto de los capítulos XXV al XXVIII se deducen los montes y cazaderos que bordeaban por el Norte y Oeste el reino moro de Granada. Son todos ellos más o menos de serranía. En tiempo de paces, cristianos y moros concurrían en cacerías, como hace ver la lámina sexta del código de la Cartuja de Sevilla, del que antes se hizo mención, pero en las frecuentes etapas de guerra, en las que las paces se rompían, las cabalgadas de rapiña y las algaras sustituirían a las expediciones cinegéticas.

Agrupamos los montes y cazaderos que se citan, en dos grupos: uno, los pertinentes a la zona fronteriza entre La Mancha y las serranías subbéticas. Otro, a los bordes occidentales de las serranías béticas, con la amplia llanura andaluza del valle del Guadalquivir, dominio castellano. En la serranía del alto Segura se reseñan los montes y cazaderos de Alcaraz, Riopa (Riópar), Ortera (Orcera), Sierra del Pozo, Segura la Vieja, Río Madera, Río Segura, Colar de la Sima, Colar del Cobo, etc. En las serranías que bordean la planicie del Guadalquivir, están: Tierra de Alcalá la Real, de Priego, de Rute, Lu-

que, Aguilar, Zueras, Montieilla (Montilla), La Rambla, Zúeheros, Carabuey, Cabra y Lucena, Estepa, etc. La relación dice: «El soto que es entre Priego et Luque es bueno de puerco en verano. Et matamos hi un día un puerco que mató dos monteros et dos alamos, et un acémila, et firió un caballo.» «El monte de Locovín, cabe la sierra es buen monte de oso en todo tiempo... Et el día que le corrimos fallamos hi una osa muy buena et acaescionos de encerrarla en cuatro cuevas, et de cada cueva la sacamos con hachas; et sacámosla de la postrera, et matámosla.»

Comprende el libro de Alfonso XI la geografía cinegética del extremo meridional de la Península, en la actual provincia de Cádiz, al Sur del Guadalete. En ello se había fundado Gutiérrez de la Vega para fijar la fecha del «Libro de la Montería», entre los años 1342 y 1350, intervalo de tiempo que es el que corresponde a la conquista y ocupación de tal territorio por Alfonso XI.

Por aquellos tiempos, aún era de los moros del reino de Granada la abrupta serranía de Ronda, cuyas alineaciones orográficas se incurvan hacia el Sur, hasta terminar en el escarpado peñón de Gibraltar. Pero al Oeste de la zona comprendida entre el Guadalete, el litoral atlántico y la bahía de Cádiz, era de reciente dominio castellano. Un conjunto de relieves de roquedos pintorescos, de vegetación boscosa y de matorral, rodea a la depresión de la extensa y panda laguna de la Janda. Territorio éste del denominado Campo de Gibraltar, que desde los remotos tiempos prehistóricos fué abundante en toda clase de caza mayor y menor, terrestre y acuática y asiento de tribus cazadoras, que en las épocas del Mesolítico y del Neolítico, han dejado las señales de su habitación en tales parajes, especialmente por numerosas pinturas rupestres en las abundantísimas covachas que las acciones de las intemperies multimilenarias han labrado en las areniscas y calizas paleógenas que constituyen en gran parte tales terrenos. En el más importante conjunto de pinturas rupestres, el del «Tajo de las figuras», situado en la entrada del camino o pasada de Gibraltar, frente a la amplia llanura de la laguna de la Janda, están representados grupos de gacelas, especie que desapareció de España en tiempos prehistóricos del Mesolítico.

Actualmente ha desaparecido del país la caza mayor, pero en el siglo XIV, aún abundaría en los numerosos cazaderos señalados en el libro de Alfonso XI.

El capítulo XXIX trata «De los montes de Tierra de Alcalá de los Gazules, et de Medina, et de Bejer», sierras del Algibe y de Barbate. El XXX se ocupa de «De los Montes de Tarifa, et de Algeciras»,

Sierras de Retín, Cabeza de la Grana, Boloña, Sierra de Enmedio; camino de Algeciras a Tarifa, dehesa de Comares, y montes de tierra de Algeciras, señalando abundancia de puerco y a veces de oso.

El reino moro de Murcia, que se había formado cuando por la disolución del Califato se constituyeron los reinos de taifas, había pasado a poder de Castilla en tiempos de Fernando III y de Aben-Alhamar de Granada; ocupándole, según se ha dicho, el príncipe Alfonso, con aquiescencia de los habitantes. Este territorio, por el cual Castilla salía al Mediterráneo, corresponde a la depresión orográfica situada a Levante de la Cordillera Bética, y al Sur de la serranía alicantina, perteneciente al reino de Aragón. Desciende tal zona murciana en rampas y escalones suaves, desde la altiplanicie de La Mancha hasta el mar, y comprende la zona media y terminal del Segura, el más importante río de la vertiente mediterránea, después del Ebro. En tal territorio está comprendido el «Spartarium Campus», de los romanos. La constitución litológica es abundante en margas y calizas de los terrenos mesozoicos y neozoicos y, por su situación geográfica en la Península, de extrema sequedad, escasas lluvias y vegetaciones esteparia y semidesértica, con matorrales ralos y muy escaso bosque, para abrigo y defensa de la caza mayor.

El libro de Alfonso XI se ocupa también de tal territorio, en sus características cinegéticas, y contiene relación de los diversos cazaderos que existían. Se advierte en el conjunto de ellos, tres particularidades: Una, los pocos que existían, en relación con las otras regiones, pues comprenden en total una treintena, mientras que en los de otras partes, de más densa maleza y mayor bosque, se cuentan por muchas decenas y aun más de la centena. Otra particularidad es que se alude con frecuencia, a más del jabalí, al ciervo, siendo escaso el oso, debido, seguramente, a la falta de resguardo para tal especie; de tal modo, que únicamente se encontraría en aquellos parajes de algo más denso matorral y abundante roquedo calizo, favorable a la existencia de abrigos y cuevas. Una tercera particularidad, dependiente de lo seco del país, es que en las descripciones no dejan de señalarse los manantiales, necesarios para los perros, y a los que acude siempre el jabalí; datos que no interesan en los territorios de más pluviosidad, régimen normal de los arroyos, y abundancia de fuentes.

Se refiere el capítulo XXVI, a los cazaderos del reino de Murcia. Los dos primeros grupos están en el borde de la serranía del conjunto orográfico de Almería y Granada; son las de Caravaca y Lorca, y de ellos se cita el oso a más del puerco. Otros dos, el de Ricote y Mur-

cia, son centrales, y en las sierras del valle del Segura. El quinto, el de Tierra de Cartagena, es litoral.

En Tierra de Caravaca se citan cuatro cazaderos, señalándose las fuentes. Análogamente en Tierra de Lorca, se cita la Sierra de Espuña con sus manantiales. De los términos de Ricote y Cieza, se dice: «La Sierra del Aprisco es buen monte de puerco en invierno et hay en él estas fuentes: la fuente del Peral, la fuente Blanca, la fuente de la Canaleja.» Se señalan las de la sierra de Pila, etc. En tierra de Murcia: «La Sierra de Carrascoy es buen monte de puerco en invierno, et hay en él estas fuentes: La fuente del Junco, la fuente de la Espica, la fuente de la Muerta, la fuente de Villora; la fuente de Siscar; et hay un valle quel dicen la fuente del Puerco en que hay mucha agua.» En tierra de Cartagena: «El Monte de Cabo Palos es muy buen monte de puerco en invierno, et cerca de este monte está una isla que entra en la mar (cabo o promontorio) et dura bien una legua, et hay en ella muchos venados.»

Como localidades especiales y excepcionales por su situación, deben citarse, aparte los cazaderos que constituyen algunos sotos, al presente desaparecidos y convertidos por su fertilidad en terrenos de productivos cultivos. Aun situados en llanura, están próximos a territorios de vegetación selvática, abundantes en montes de caza, la cual se pasaría al soto cercano, con arboleda espesa y maleza cerrada.

Uno de tales parajes estaba inmediato a Talavera de la Reina, ocupando con su densa vegetación el espacio alargado entre el Tajo y el Alberche en su tramo de desembocadura en el primero. «El Soto de Men López, que es entre Tajo y Alberche, es buen monte de puerco en verano.»

Los otros sotos están en la margen izquierda del Guadiana, cerca de Mérida; terreno actualmente ocupado por regadíos hortícolas, y muy fértiles cultivos de secano, en donde existen ruinas del monasterio de Covillana, actualmente en los cortijos de este nombre. En el libro de la Montería se citan en los siguientes términos: «El Soto de Covillana es buen monte de puerco en verano. Et es la vocería entre este Soto, et el Soto de Lobón. Et es el armada en la punta del Soto.»

«El Soto de Lobón est buen soto de puerco en verano. Est la vocería en este mesmo lugar desta otra vocería catante contra Lobón, porque non pase al Soto de Covallana. Et es el armada en el puntal de otro a las Barranqueras.»

DISTRIBUCIÓN DE LA FLORESTA PENINSULAR Y FAUNA CINEGÉTICA DE LA  
HISPANIA SELVÁTICA

Del análisis de tan interesante libro se deduce que la distribución de la floresta silvestre, en los siglos del XIII al XV, es, en sus grandes áreas, la misma que en la actualidad, destacando dos características principales: una, de orden humano; otra, de orden geológico. La primera es la transformación experimentada actualmente por la invasión creciente de los cultivos en relación con el aumento de población y, en grado acentuado, con la distribución de la propiedad territorial, pasando, en virtud de leyes desamortizadoras, a mayor número de propietarios; contribuyendo también a la ampliación de la tierra cultivada a expensa del matorral y del bosque selvático, la disminución y extinción de los privilegios en beneficio de la ganadería extensiva y en contra de la expansión agrícola. (Mapas de las figuras 149 y 150.)

La otra característica, que establecía y establece la distribución en la Península de la floresta silvestre de matorral y de bosque, es resultado de los factores naturales: topografía, clima y litología, y de estos tres, el litológico el más destacado. Respecto a los dos primeros, en otras publicaciones geográficas analizamos su influjo respecto a la vegetación silvestre. En cuanto al factor litológico, se advierte su importancia al examinar en el mapa la distribución de los montes de caza señalados en el libro de Alfonso XI; comprobándose que dejan sin cubrir el gran conjunto de extensos territorios incluidos en lo que hemos denominado la Hispania arcillosa, o sea: la altiplanicie del Duero, en Castilla la Vieja; la llanura al Norte del Tajo, limitada al Norte por la Cordillera Central, en Castilla la Nueva; la altiplanicie de la Mancha, y la llanura Bética o del Guadalquivir. Las cuatro llanuras están formadas litológicamente por arcillas, arcillas arenáceas y por margas arcillosas más o menos yesíferas. Ni un monte de caza o cazadero, se cita en tales amplitudes. Por el contrario, los montes de caza que se reseñan, corresponden a la Hispania silíceo de la mitad occidental de la Península, o a los terrenos de calizas del conjunto de la Hispania calcárea.

No es únicamente el carácter topográfico de llanura el que elimina a la vegetación boscosa y a la fauna de montería, sino conjuntamente la constitución litológica. Pues en las formaciones de llanuras denominadas «rañas», formadas por acumulaciones de cantos, gravas, arena y lentejones de arcilla, todo ello silíceo; el matorral y el bosque es potente, y la caza mayor era, y aun es, relativamente abundante; como

acontece en los extensos rañales al pie de las laderas Norte y Sur de los Montes de Toledo, al pie de la serranía de San Pedro, hacia el valle del Guadiana en Extremadura Central, y también en amplias extensiones de Sierra Morena. Pero en las amplitudes llanas de la cuenca

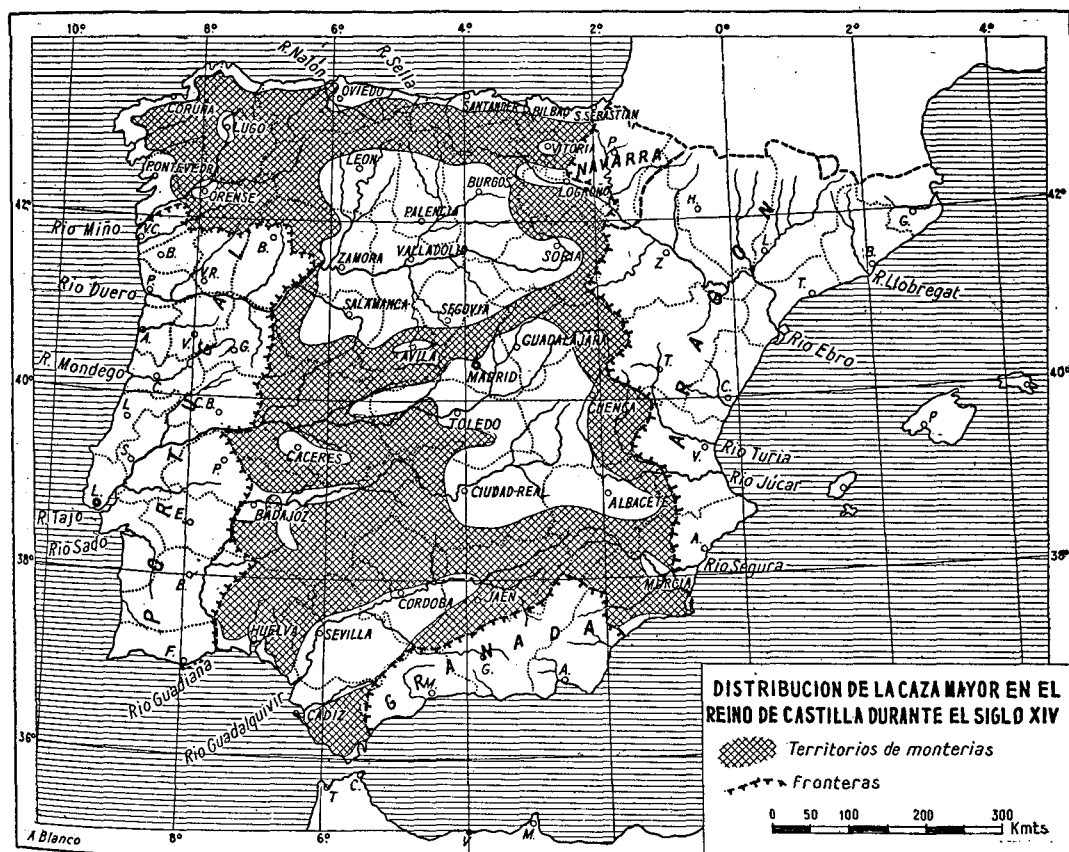


Fig: 149. Mapa de la distribución de la caza mayor en las áreas selváticas del reino de Castilla, durante el siglo XIV, deducido del «Libro de la Montería» por Alfonso XI.

del Duero, del Tago, del Guadiana y del Guadalquivir, que corresponden litológicamente a la Hispania arcillosa, ni la vegetación es, ni ha sido de tipo selvático, ni los grandes mamíferos de la fauna cinegética actual existían, ni existen en ellas.

Ni tampoco puede dárse con razón, lo antiguo de la extensión cultivada, pues en las altiplanicies castellanas, el pastoreo preponderaba sobre lo cultivado, especialmente cerealístico.

Por lo que hace a La Mancha, la llanura más extensa y más llana de Hispania, su nombre se considera de origen moro, haciéndole derivar

de «Ma-Ancha», sin agua. Fué región subdesértica y apenas poblada en los tiempos antiguos y medios de la historia, siendo poco a poco poblada, cuando la reconquista estaba adelantada ; avanzándose de Norte a Sur, desde tierra de Cuenca, y hacia el Este, a partir de la vía mi-

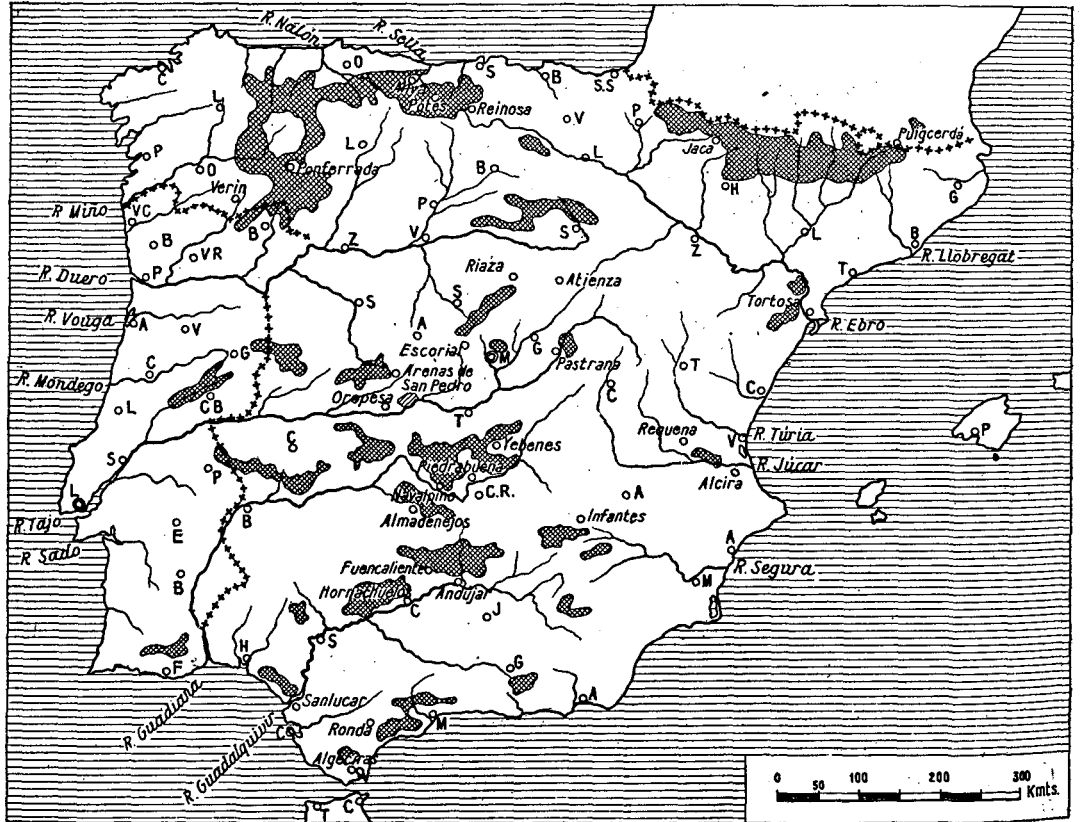


Fig. 150.—Mapa de la distribución de la caza mayor en Hispania, en la primera mitad del siglo xx, fundamentado en el «Mapa venatorio de España» por el Conde de Yebes (1943).

litar que pasaba rozando el borde occidental. A mediados del siglo XIII, Jaime I de Aragón hubo de reprimir un levantamiento general en el territorio valenciano, y reunidas las Cortes determinaron, de acuerdo con el rey, para tranquilidad del país, expulsar a los moros de Valencia y su distrito. Según Mariana: «Gran parte hizo asiento en La Mancha, que al presente se llama de Aragón, antiguamente de Monte Aragón, de un pueblo de este nombre que por allí caía. Era comarca áspera y no cultivada en aquel tiempo ; al presente de señalada ferti-



lidad en la cosecha de pan con que provee a otras muchas partes.» Así era en tiempos de nuestro señor Don Quijote y de su leal escudero Sancho, el cual, en tiempos de panes, según él dice, iba a segar a Tembleque; no ocupando entonces el país la gran extensión de viñedos que en la actualidad, aunque comenzaba con bríos la plantación, según acreditaban las tobosescas tinajas que existían en el portal de la noble casa de don Diego de Miranda, el caballero del verde gabán.

El influjo de la constitución litológica en la vegetación, se echa de ver en el libro de Alfonso XI, pues en la Alcarria y en Murcia, de preponderante constitución arcilloso-yesífera respecto a la sílicea; en la primera región, la rala vegetación hace que no se citen cazaderos, y, en la segunda, éstos son escasos, por el influjo de la pobre vegetación esteparia.

La fauna cinegética comprende actualmente, en Hispania, respecto a caza mayor, entre los rumiantes cervicornios, el venado o ciervo, el corzo y el gamo, y entre los cavicornios, la cabra montés y el rebeco o gamuza.

A tal conjunto faunístico, de alimentación vegetal, se opone la gran fauna carnívora, que constituye la principal causa reguladora del equilibrio venatorio, respecto a cantidad de cada especie zoológica, en el conjunto de fuerzas naturales que concurren al desarrollo de la fauna de un país. Comprende la venatoria carnívora, destructora de la herbívora, como principal y más abundante enemigo, el lobo, y en mucha menos proporción el lince; siguiendo en decreciente importancia, por el menor tamaño, y en mayor cantidad y área vital, el zorro, que en España no es objeto de caza especial, como en Inglaterra.

Forman grupo especial en la gran fauna cinegética hispana dos especies onnívoras, principalmente de alimentación vegetal, cuales son el oso y el jabalí; especies venatorias a las que presta principal atención el «Libro de la Montería», de Alfonso XI. El oso aun subsiste, en avanzado grado de extinción, en las ásperas y abruptas serranías de las montañas septentrionales hispanas. El jabalí es la especie de caza mayor más abundante y extensamente repartida por el ámbito peninsular.

Establecen, por su tamaño, tránsito a la fauna cinegética menor, otros mamíferos silvestres hispanos, tales como el *gato montés*, que suele encontrarse con poca frecuencia en las asperezas de roquedo y vegetación de las serranías oretanas, mariánicas y otros parajes selváticos hispanos; animal del que parece ser deriva el gato doméstico, el cual, a veces, vuelve al estado salvaje haciéndose cimarrón y adquiriendo sus descendientes al cabo de varias generaciones, pelaje y corpulencia del silvestre; fenómeno que también se observa en el conejo.

Entre las subespecies o razas de gatos silvestres o monteses, está la del Alto Egipto, en domesticidad desde tiempos muy remotos, y del cual suponen los zoólogos que deriva el gato doméstico europeo.

Otro carnívoro es la *nutria*, de costumbres acuáticas, gran nadador y buzador, de alimentación principalmente ictívora, que suele habitar en los parajes recónditos y solitarios de los cursos fluviales, y que constituye especie cada vez más escasa.

El *tejón*, semiplantigrado, de recia pelambre y de costumbres cavaadoras con sus potentes uñas; habita entre los roquedos montaraces, en los que se construye galerías en las que se aloja y de las que sale en correrías nocturnas en busca de alimentación variada.

En los huecos de los grandes y viejos troncos de encinas, alcornoques y de otros corpulentos árboles de los bosques hispanos, o en cavidades adecuadas del roquedo, tiene su guarida y establece la paridera la *gineta*, carnívoro del tamaño de un gato, de bella y suave piel con franjas de colores pardo y blanco y cola anillada con tales coloraciones.

Otros carnívoros de mediano tamaño, correspondientes a las familias zoológicas de la Vivérridas y Mustélidas, habitan también en las serranías y penillanuras hispanas, señalándose como especies, en ningún caso abundantes: el *turón*, especie rara, y la *garduña*, más numerosa, terror de los gallineros campestres.

Toda esta fauna de mamíferos de mediano tamaño es propia de los territorios de penillanuras y serranías centrales, orientales, occidentales y del Sur peninsular, escaseando o faltando de las cordilleras septentrionales. En todo caso es fauna poco abundante y en estadio de extinción.

En los bosques de hayas, encinas, pinos y de otras especies arbóreas de la mitad septentrional de la Península y en la Cordillera Central, vive la *ardilla*, bello animal frugívoro, arborícola, el cual, por su menor tamaño respecto al de las especies citadas, entra en la categoría de caza menor.

Las dos especies de roedores típicos y característicos de la fauna cinegética menor hispana, son la liebre y el conejo. La *liebre* es general a todo el ámbito hispano, predominando en las llanuras, y en menor grado en las penillanuras, no siendo animal de montaña. La liebre, característica de los países circunmediterráneos y del Noroeste africano, es abundante en Hispania, señalándose, como particularidad respecto a tamaño, el mayor que adquiere tal especie en el Noreste peninsular, especialmente en Cataluña.

En el capítulo pertinente a la época hispanorromana, nos hemos referido al *conejo*, que constituyó gran novedad para griegos y fenicios,

cuando llegaron a los países hispanos en plan comercial; siendo entonces especie típica de Hispania y objeto de relatos y comentarios, su abundancia, por Estrabón y demás geógrafos e historiadores de las épocas cartaginesa y romana. El conejo es especie zoológica originaria de Hispania, desde donde irradió, llevada por los citados pueblos, al ámbito circunmediterráneo, y en tiempos modernos se propagó por gran parte del mundo, hasta la lejana Australia, en donde proliferó y se desarrolló en tal cantidad, que en algún caso llegó a constituir plaga.

El conjunto venatorio de ciervo, corzo, gamo, cabra montés, rebeco, oso, jabalí, lobo, lince y zorro, compone actualmente la fauna de montería hispana, la cual está en avanzado grado de extinción y en pleno decrecimiento por la activa persecución del enemigo más potente, y al cual teme toda la fauna salvaje, que es al hombre; el que por medios directos e indirectos, la persigue, dándola caza y transformando la vegetación silvestre en cultivada, privando a la fauna venatoria de cobijo y alparo; persecución intensiva y tenaz que únicamente está contrarrestada con la protección paradójica que en ciertos casos ejerce el hombre, creando cotos y reservas de caza, donde ésta se conserve y prolifere, defendida de sus enemigos naturales y de los ataques persistentes del cazador, para que una vez aumentada y abundante, sea en extremo fructífera la cacería y numerosas las piezas muertas.

En tales respectos, la protección a la fauna silvestre venatoria es una forma especial de explotación de los animales salvajes, en una fase inicial de cautividad. Tal método alcanza importante desarrollo en los cotos para caza menor de muchas localidades de las serranías hispanas con vegetación de matorral y de dificultosa y escasa producción agrícola; resultando de más fácil y remuneradora utilidad convertir el terreno en coto de caza, del que se surta a los mercados de las grandes ciudades, de conejos y perdices; de tal modo que las reservas para la abundante cría de esta ave, en los Montes de Toledo, suministran la primera materia a las diversas fábricas de perdices escabechadas, establecidas principalmente en Piedrabuena, localidad céntrica de los citados montes.

Abundan los cotos de caza mayor en las serranías oretánidas de las provincias de Toledo y Ciudad Real; en las de la provincia de Cáceres, especialmente en la Sierra de San Pedro; en Sierra Morena (provincias de Ciudad Real, Jaén, Córdoba y Sevilla), y es famoso el coto de Doñana, de variada y abundante fauna cinegética, mayor y menor, de peló y pluma, en el litoral atlántico, situado entre el tramo de desembocadura del Guadalquivir y el río Tinto, en la costa de la provincia de Huelva; predominando en todas las reservas de caza mencionadas.

el jabalí y el ciervo. En las zonas de alta montaña viven en cotos bien guardadas, la cabra montés en el macizo montañoso del Almanzor, de la Sierra de Gredos, segmento central de la Cordillera Lusocastellana. El rebeco o gamuza está protegido de su extinción en la zona de cumbres de los Picos de Europa, de la cordillera cántabro-asturiana. En una y otra de las localidades dichas, el excursionista admirador de los espectáculos de la naturaleza bravía, puede contemplar de cerca los rebaños de los bellos animales salvajes mencionados.

La distribución actual de la caza mayor en el territorio peninsular, se puede concretar en los siguientes términos: Está exento de especies venatorias el litoral peninsular, en relación con la mayor densidad de población respecto al interior; haciendo excepción a la regla, el coto de Doñana en los despoblados arenales de las denominadas Marismas del Guadalquivir y Arenas gordas. Hacen también excepción las ásperas montañas de los Puertos de Beceite, en la comarca del tramo final del Ebro, de cuyas cumbres se cita la cabra montés. Están desprovistas de caza mayor las altiplanicies castellanas del Duero, del Tajo medio o Carpetana, y de la Mancha, como asimismo las extensas llanuras del Ebro y del Guadalquivir; territorios llanos en los que tampoco existiría caza mayor en la Edad Media, no señalando en ellos ningún cazadero el «Libro de Montería» de Alfonso XI. Es de suponer que tal carencia venatoria sería durante todo el transcurso de los tiempos históricos, pues ni la topografía ni la vegetación de dichos territorios, son ni eran adecuadas a la existencia de caza mayor; siendo ésta, como es, propia de las áreas de penillanura y de serranías boscosas en las que encuentra alimentación, cobijo y defensa.

Según se deduce de los datos que aporta la publicación venatoria del Conde de Yebes, de 1943, la distribución de las especies zoológicas, objeto de montería, en los tiempos presentes, es la siguiente:

*Oso.*—Es raro actualmente y pocas las citas de la presencia de tal plantigrado en la gran extensión de la cordillera Pirenaica. En la cordillera Cántabro-asturiana, especialmente en los Picos de Europa, y hacia Occidente, hasta en la selva de Muniellos (Asturias Occidentales) es relativamente frecuente dicho animal. El oso es la especie venatoria que desapareció más rápidamente de los numerosos parajes hispanos que se citan en el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, a causa del desarrollo rápido y creciente de las armas de fuego. Argote de Molina relata que existía en 1582, en la Sierra de Guadarrama, en el valle del Lozoya y en San Martín de Valdeiglesias (fig. 151).

Es animal omnívoro, prefiriendo los frutos maduros, apeteciendo los de la madroñera y del arándano; goloso de los panales de miel y, por

lo tanto, destructor de colmenas. Al comenzar la temporada de nieves, el oso se refugia en alguna cueva, adentrándose en ella para alcanzar los parajes de temperatura isogeoterma, de la media del lugar, donde permanece aletargado, en sueño invernal, hasta la iniciación del buen



Fig. 151.—Oso de Asturias (*Ursus arctos pyrenaicus*). Ejemplar del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Naturalizado por J. M. Benedito.

tiempo, en febrero o marzo, en que sale de la osera, acampañando a la hembra dos o tres oseznos. Sale flaco de la reclusión, reponiéndose pronto. Aunque de aspecto torpe y tardo, es animal ágil, de marcha ligera y buen trepador, recorriendo largas distancias; es de sentidos agudos, de buena vista y olfato, soliéndose levantar sobre sus patas para otear y para defenderse y acometer al atacante. Prefiere como residencia los parajes abruptos, rocosos y de vegetación selvática.

*Ciervo*.—Esta especie venatoria, en las épocas prehistóricas, era la más abundante en Hispania, juzgando por lo muy numerosos de los restos óseos que se encuentran en las cavernas y demás yacimientos y paraderos del hombre primitivo. En las edades antigua y media de la Historia, el venado estaba repartido por el ámbito peninsular, salvo en las extensas llanuras anteriormente citadas. Actualmente ha desaparecido de la mitad septentrional y del gran sector de la oriental, citando el Conde de Yebes la fecha de 1914 como la del último ciervo cazado

en el macizo montañoso del Moncayo. Hasta tiempos recientes existió el venado en el cazadero real del Pardo, inmediato a Madrid. De la Sierra de Gata, en la Cordillera Central, se cita la muy rara presencia del ciervo, y de Peña Trevinca, en el Noroeste, algún ciervo.

Actualmente constituye el área de habitación del venado, el espacio peninsular comprendido entre el Tajo y la costa meridional hispana, territorio en el que están situados los más importantes cotos de montería. Área importante es la que comprende las serranías oretanas, situadas entre Tajo y Guadiana, abarcando el conjunto de los Montes de Toledo, desde Los Yébenes, al Este, hasta en la Sierra de San Vicente, al Oeste. Se enlaza tal territorio venatorio con la serranía de Guadalupe y Las Villuercas, prolongada hacia el Noroeste, rebasando el Tajo en la provincia de Cáceres, por tierra trujillana de la Sierra de Miravete y riberos del Tajo.

La Sierra de San Pedro y sus rañas meridionales, es otro territorio con buenos cotos para montería abundante en ciervos. Comprende tal zona la banda occidental fronteriza de las provincias de Cáceres y Badajoz, penetrando en Portugal por el distrito de Portalegre, estando comprendidos en dicha área los pueblos de San Vicente de Alcántara, Herrerueta, Aliseda, Alburquerque, Puebla de Obando, Cordobilla, Carmonita y Alcuéscar, hasta alcanzar al Guadiana frente a Medellín. Toda esta comarca era buen cazadero del ciervo hasta el comienzo del siglo xx, pues grandes zonas de jaral ocupaban los relieves montañosos y las llanuras de las rañas, siendo importantes centros cinegéticos Alburquerque, La Puebla de Obando y Alcuéscar. De esta última localidad se relata, que en los comienzos del último tercio del siglo próximo pasado, en ocasión que los vecinos estaban congregados en la plaza por asuntos municipales, un gran venado perseguido y despistado penetró en el pueblo, recorriendo varias calles y la plaza; acosado por la muchedumbre penetró en el zaguán de la posada y, al retroceder, saltó sobre los perseguidores; atropelló a un sartenero que anunciaba su mercancía repicando con el martillo en el rabo de la saftén, según práctica de los del oficio; derribó a algunos que pretendieron agarrarle, y, seguido de perros, salió al campo y desapareció en los jarales.

Entrado el siglo actual, la comarca de la Sierra de San Pedro se modificó por la acción intensiva de los descuajes y conversión del matorral de jaras en dehesas de arbolado de encinas y alcornoques y campos cerealísticos, casi acabando con la abundancia de caza mayor y menor. Todavía se suele cazar algún ciervo en las zonas no acotadas, siendo numerosos los que se matan en las cacerías de los bien guardados cotos.

En las reservas para montería de Sierra Morena (provincias de Ciu-

dad Real, Jaén, Córdoba y Sevilla) es predominante el ciervo respecto a las demás reses; cazándose el venado en los ásperos parajes con vegetación de matorral, aun no constituyendo cotos.

En el extremo meridional de la Península, existen buenos cazaderos reservados, con ciervos, en las serranías de Ronda, Campo de Gibraltar y otros parajes del Sur de la provincia de Cádiz. El venado es la res predominante en el ya citado coto de Doñana.

Las ciervas son fácilmente domesticables, especialmente si se han cogido pequeñas y criado con leche. Es muy conocido el relato histórico referente a la cierva domesticada del caudillo romano Sertorio, el cual, en la época de la conquista de Hispania, se captó la adhesión de las tribus indígenas por su lealtad en los tratos políticos y benevolencia con los naturales, atribuyendo el vulgo poderes mágicos a la cierva de Sertorio.

En el parque de uno de los dos castillos de las Herguiejuelas, situados junto a la carretera y calzada romana de Mérida a Cáceres, y distantes una quincena de kilómetros de esta última ciudad, castillo propiedad del Marqués de Camarena, viven en semidomesticidad y procrean gran número de ciervos (fig. 152). Por las circunstancias anormales de la última guerra civil, se descuidó el cierre de la puerta del parque, y el rebaño cervuno quedó en libertad, desparramándose por el encinar de la finca, dehesas inmediatas y la próxima Sierra de San Pedro. Pasado más de un año y restablecida la tranquilidad en el parque, cesando la perturbación y estruendo que producía el taller de campaña de reparación de automóviles que allí se estableció, los ciervos fueron regresando a donde se habían criado, en busca del forraje que se les daba, y huyendo del monte, nuevamente invadido por los cazadores.

Por esta misma época, en 1940, al médico titular de La Puebla de Obando, Sr. Lancho, le regalaron una cierva pequeña capturada en el monte, a la que acabó de criar con leche; la cual, ya adulta, recorría libremente el pueblo y sus alrededores, y acompañaba al médico en su visita, quedándose el animal esperándole a la puerta de los enfermos que su amo entraba a visitar. Los perros del lugar, acostumbrados a verla, no la molestaban. Salía de pastora con la cabrada del común de vecinos, marchando en cabeza, distanciándose a veces del rebaño, regresando con éste al pueblo. Hizo algunas escapadas al monte, volviendo a los dos o tres días. En una de tales escapatorias, la vieron los cazadores de una partida forastera, que, disparando sobre ella, la mataron; comprendiendo, al cobrarla, por el collar y campanilla que llevaba, el irreparable error cometido. Enterados de quien era la entre-

garon al dueño, el cual, al aprovechar la carne observó que estaba preñada.

El ciervo prefiere como residencia los bosques de espeso follaje y el matorral alto y denso. Es de gran ligereza y agilidad en la carrera; de olfato, oído y vista perspicaces, y presto a emprender rápida huída a



Fig. 152.—Ciervos (*Cervus elaphus*) en semidomesticidad en el parque del castillo de las Herguijuelas, al Sur de Cáceres e inmediato al río Salor, en la carretera y vía romana de Mérida a Cáceres.

(Foto Lozano Rey.)

grandes saltos, en el monte bajo. La época del celo es en el invierno, produciendo los machos durante las noches grandes berridos en tal temporada, denominada, por esto, de la berrina, en cuyo período se producen enconadas peleas entre ellos.

*Corzo*.—El área de dispersión del corzo, en los bosques y matorrales hispanos, es mayor que la del venado. Vive en pequeños grupos de cuatro a seis individuos, en parejas, o solitario, en los hayedos y pinares de la parte occidental del Pirineo. Se le encuentra también en la Cordillera Cantábrica, especialmente en la cuenca del Saja. Asimismo en las zonas altas de las montañas asturianas, desde los Picos de Europa a la selva de Muniellos; en las serranías gallegas orientales de la provincia de Lugo, y sierras Calva y del Eje, de la de Orense, cuenca del Sil.

En las serranías celtibéricas se le cita de los densos pinares de San Leonardo (Soria), y Sierra de la Demanda, y también en las asperezas



con vegetación espesa de matorral del Tajo, en Sayatón (Guadalajara). Esporádicamente distribuido se encuentra en la Cordillera Central desde la Somosierra, por el Guadarrama, a las sierras de Gata, Peña de Francia y Estrella. Con muy poca densidad está repartida tal especie venatoria por las áreas de matorral de las serranías oretanas, betúricas y mariánicas; Montes de Toledo, Sierra de San Pedro y Sierra Morena (provincias de Ciudad Real, Toledo, Cáceres, Badajoz, Jaén, Córdoba y Sevilla).

De Sierra Nevada (Granada) lo cita el Conde de Yebes, en asociación con la cabra montés, escasas una y otra especie. También se le encuentra en la serranía de Ronda (Málaga) y montañas gaditanas del extremo Sur peninsular.

En todo caso la gran amplitud del área de dispersión en Hispania del corzo, está compensada por lo reducido del conjunto total de individuos.

*Gamo*.—El gamo o paleta abundaría en la Península durante las épocas prehistóricas, estando representada tal especie en las pinturas paleolíticas del Norte hispano, como en la cueva del Buxu, cerca de Cangas de Onís, y en la caverna de la Peña de Candamo, junto al Nalón (Asturias). En los tiempos actuales se sostiene protegido en la reserva cinegética del Pardo, junto a Madrid, y en tiempos recientes de la monarquía era abundante en la amplia extensión de encinar del Pardo y Casa de Campo, y en la posesión real de Santa María de Nieva (Segovia), viviendo en grupos numerosos en semidomesticidad. También se señala dicha especie venatoria en el coto de Doñana, en la costa atlántica andaluza. Unos y otros grupos de gamos no parece que sean producto residual de la antigua especie indígena, sino importados de reservas de caza o parques de otros países europeos (fig. 153).

*Cabra montés*.—La cabra montés hispana constituye especie genuina de las montañas de la Península, con caracteres diferenciales de las salvajes propias de los otros países europeos. No parece que la cabra doméstica, ya abundante en España en la época neolítica, proceda de la salvaje que habita en nuestro país, sino de otra especie asiática, importada en estado doméstico por pueblos emigrantes del Oriente.

La cabra montés sería muy numerosa durante las épocas prehistóricas y repartida por todas las zonas montañosas hispanas, estando representada en las pinturas rupestres trogloditas. No obstante, los restos óseos de tal especie zoológica no abundan en los yacimientos de las cavernas cántabro-asturianas del paleolítico, probablemente por la dificultad de cazarla en los escabrosos parajes de alta montaña en que habitaría. Durante el mesolítico, con clima y fauna semejantes a los de los

tiempos actuales, la cabra montés debió ser especie muy abundante en todas las serranías hispanas, siendo frecuente las representaciones pictóricas rupestres, tanto en Levante, Cuevas de la Araña, como en el Sur, Tajo de las Figuras, en las inmediaciones de la laguna de la Janda, y en el interior peninsular, Canchal de las Cabras, pintadas en Las Batuecas, etc.

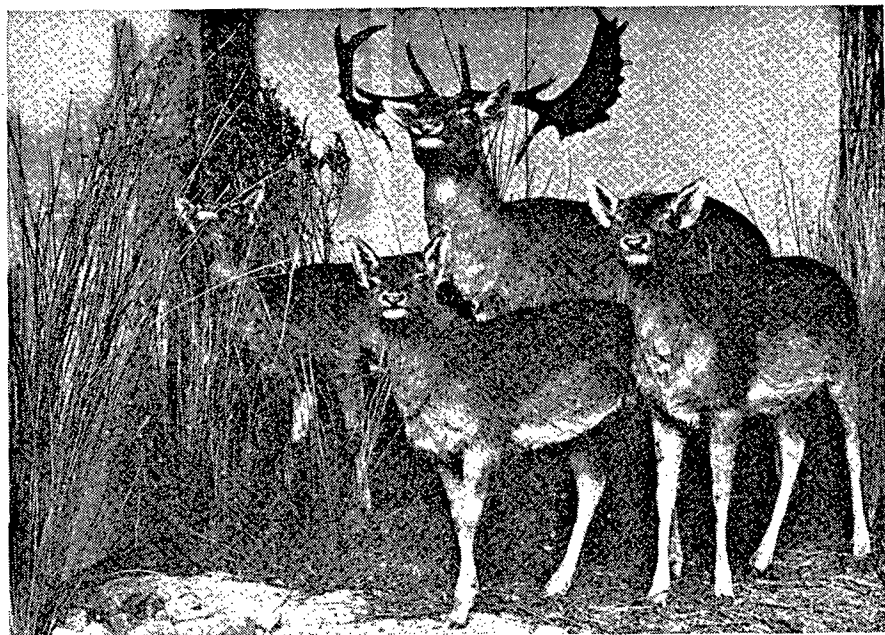


Fig. 153.—Grupo de gamos (*Dama dama*) del Museo Nacional de Ciencias Naturales, procedentes del coto real del Pardo (Madrid). Naturalizado por J. M. Benedito.

En tales respectos es de gran interés la escena de caza de cabras monteses, pintada en el lienzo rocoso de las Cuevas de la Araña, en el macizo montañoso del Caroche, en la serranía valenciana, pues tal pintura, unida a la topografía del paraje, permite deducir la táctica y la estrategia empleada en la montería, que en esencia son las mismas que en la actualidad, pues en tales respectos los cazadores modernos no pueden superar a los prehistóricos, de los que, a lo más, son modestos imitadores (figs. 154 y 155).

La escena pictórica de las Cuevas de la Araña representa el final del ojeo y la entrada de las reses acosadas, en la celada. No falta en el cuadro más que el paisaje, el cual, en cierto modo, tampoco falta, pues claramente se deduce de la situación y disposición de las figuras,

que el lugar de la cacería es precisamente el mismo barranco de Hangares en cuyas covachas está la pintura ; barranco que inmediatamente desemboca y termina en el escarpadísimo y alto tajo del Salto de la Rebolla, a cuyo despeñadero los ojeadores conducen al espantado reba-



Fig. 154.—Grupo de cabras monteses (*Capra pyrenaica victoriae*) del Museo Nacional de Ciencias Naturales, procedente del Coto Nacional de la Sierra de Gredos. Naturalización por J. M. Benedito.

ño, y donde les aguardan, escondidos, los arqueros que contra las cabras disparan. La detallada monografía que publicamos en 1924, editada por la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, y titulada «Las pinturas prehistóricas de las Cuevas de la Araña (Valencia). Evolución del Arte rupestre en España», aclara lo que aquí se expone en tal respecto (figs. 156 y 157).

A principios del siglo actual, la *Capra hispánica*, que tan abundante fué en las serranías peninsulares, estaba en decrecimiento extremo y en trance de desaparecer totalmente del ámbito nacional, habitando reducidísimo número de individuos en diversos parajes de las zonas de alta montaña hispanas. Actualmente la distribución residual de la especie

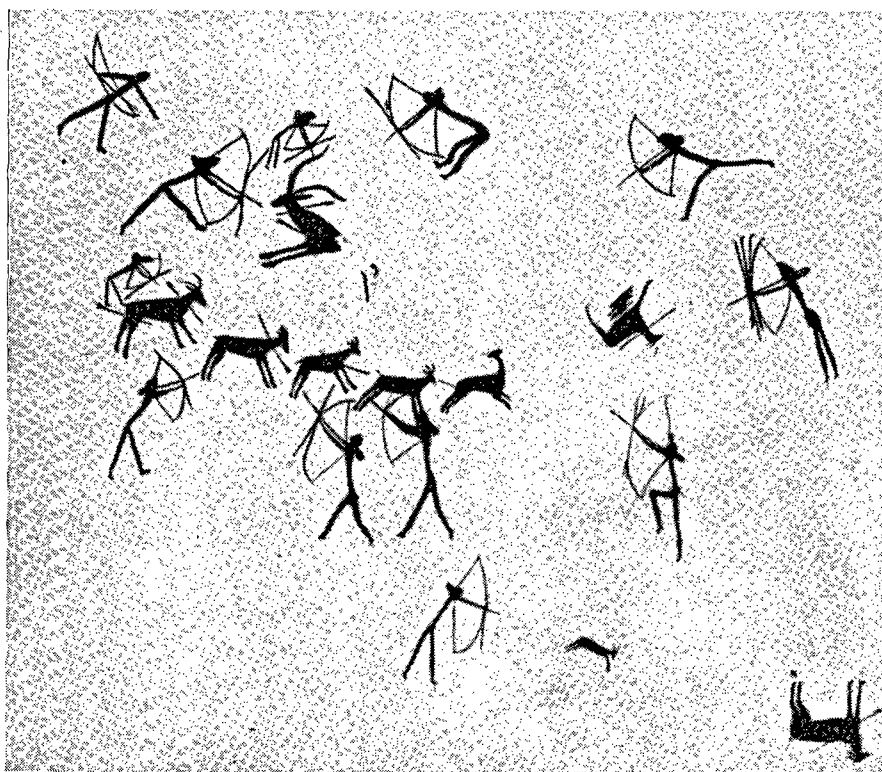


Fig. 155.—Reconstrucción de la pintura rupestre de la Cueva de la Araña, en Bicorp (Valencia), representando una cacería de cabras monteses. Copia de la pintura rupestre por F. Benítez. Estudio por E. H.-Pacheco.

es la siguiente: En los Pirineos son raros los ejemplares que existán, habiéndose cazado en los últimos decenios algunos en el Alto Pirineo aragonés. No se señala la existencia de la cabra montés en la Cordillera Cántabro-astúrica ni en las Montañas de León. En la escarpada y granítica Sierra de Gerez, vestida de frondosa vegetación de pinar, viven en el extremo Norte de Portugal, lindante con la provincia gallega de Orense, algunos ejemplares de la cabra montés, que corresponde a variedad local de la *Capra hispánica*.

En las serranías levantinas de la provincia de Tarragona, al Sur del

Ebro, cumbres de la Sierra de Cardó y Monte Caro y al Norte del curso final del río en las montañas de Tivisa, se cita muy rara vez tal especie venatoria. En las altas muelas de la valenciana Sierra de Martés, al Norte del Júcar y Cabriel, se considera dudosa su existencia.

En las sierras de Alcaraz y de Cazorla, del segmento subbético de



Fig. 156.—Las Cuevas de la Araña, en el barranco de Hangares en término de Bicorp (Valencia), en donde está la representación pictórica rupestre, y paraje en el que se supone se realizaría la cacería de cabras monteses.

(Foto Hernández-Pacheco. 1920.)

la Cordillera Bética, se cita la presencia de dicho animal muy rara vez. Análoga rareza se indica de Sierra Nevada, en el segmento Penibético.

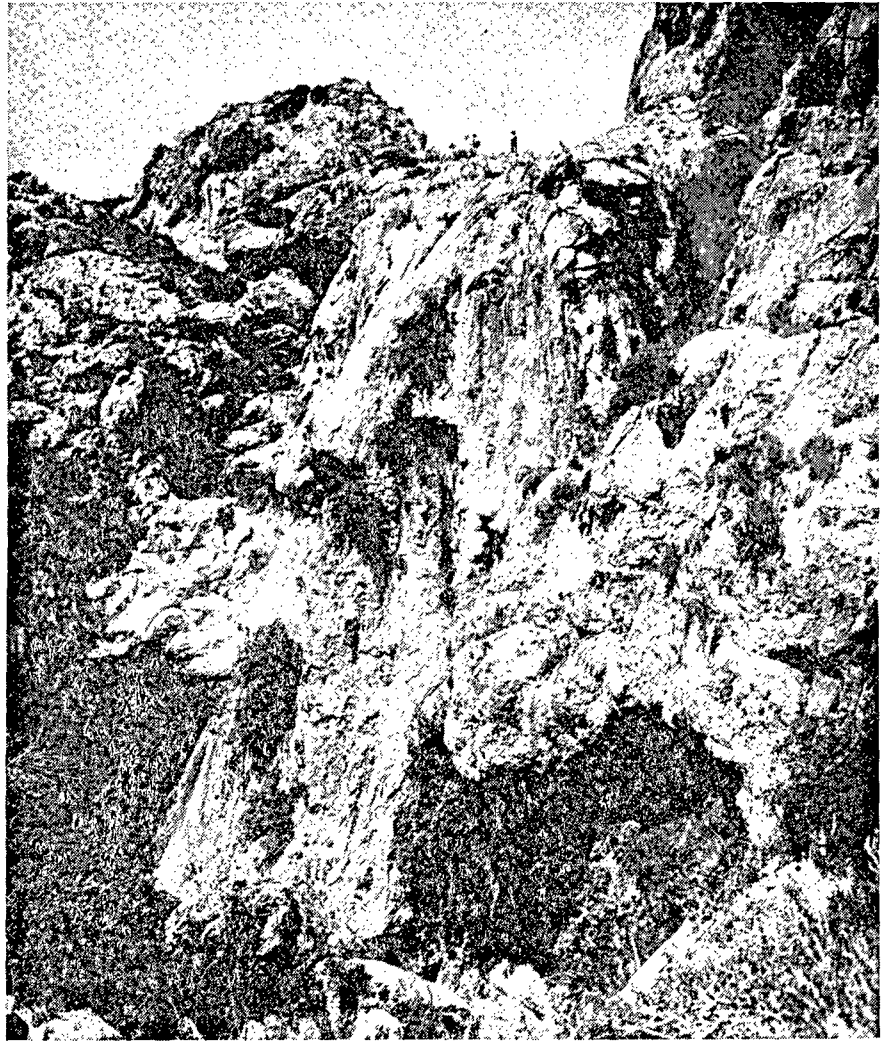


Fig. 157.—El Salto de la Rebolla, tajo en que termina el barranco de Hangares y donde se supone sería el final del acoso de las cabras monteses, representadas en las pinturas rupestres de las Cuevas de la Araña en Bicorp (Valencia).

(Foto Hernández-Pacheco, 1920.)

Es asimismo muy escasa en las cumbres de la serranía de Ronda, en donde se proyecta la repoblación de la especie con ejemplares jóvenes procedentes de Gredos. También son muy pocos los jemplares que exis-

tan en Sierra Madrona, porción orográfica la más alta y escabrosa de Sierra Morena; no existiendo en las serranías oretanas.

En contraste con tal penuria cinegética de la cabra montés, en el segmento central de la Cordillera Lusocastellana, en la Sierra de Gredos, donde habitaba tal especie en mayor número que en las otras montañas hispanas, aunque en gran decrecimiento y en trance de extinción, se estableció a principios del siglo actual una reserva nacional, ocupando el macizo del Almanzor, en donde proliferó abundantemente, pudiéndose observar, a los pocos años, los rebaños de cabras salvajes en las praderías altas que rodean a la laguna Grande y a las Cinco Lagunas, al pie de las crestas culminantes y parajes inmediatos; a partir de los cuales, rebasando el área de protección, se han expandido por otros sitios de la zona de alta montaña de la Sierra de Gredos.

*Rebeco.*—El rebeco o gamuza es la otra especie cinegética de la fauna hispana de alta montaña. Está limitada al ámbito de las cordilleras del Norte peninsular, no encontrándose en otros parajes de la Península. De las dos variedades que presenta la especie en España, una de talla algo mayor y pelaje pardo claro, en verano, es propia de la zona de cumbres pirenaicas, en donde existe algún pequeño grupo en la parte central de la cordillera, por las inmediaciones del valle de Ordesa, macizo del Monte Perdido y zona alta cercana, hacia el Este y al Oeste. En los otros parajes del Pirineo, rara vez se suele observar algún que otro ejemplar.

La otra variedad hispana de la gamuza, el rebeco propiamente dicho, de pelaje pardo rojizo, y el de la garganta más oscuro, de menor talla que la pirenaica, tiene de área de habitación y expansión, la cordillera Cántabro-asturiana, encontrándose algún que otro ejemplar a lo largo de la zona de cumbres, hasta la terminación occidental en la selva de Muniellos y Sierra de Rañadoiro. El núcleo principal de los rebecos es el macizo montañoso de los Picos de Europa, donde son más abundantes que en parte alguna, soliendo verse, con frecuencia, al rebaño acantonado en la base del Urriello, inmediaciones de los Urrieles y Hoyo sin Tierra, de la parte oriental de los Picos. Otros grupos se suelen observar por Peña Santa y hacia la parte occidental, hasta el mirador de Ordiales, en la margen alta de la profunda hoz de Los Bellos. El conjunto de crestas del macizo montañoso, con las praderías de los lagos Enól y de la Ercina, constituye reserva de caza, que fué declarada Parque Nacional a principios del presente siglo (fig. 158).

*Jabalí.*—Es la especie cinegética que, juntamente con el oso, presta atención casi exclusiva el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, con la denominación de «puerco», y la con más abundancia repartida por

el ámbito peninsular; de tal modo, que existe en la generalidad de las serranías y penillanuras boscosas y de matorral espeso, en donde encuentra cobijo, de tal modo que existe en Hispania, salvo en las llanuras extensas y zonas de alta montaña, a las que no asciende, predominando en la gran extensión de la Hispania silíceo de la mitad meri-



Fig. 158.—Grupo de rebecos (*Rupicapra rupicapra parva*), procedentes del Parque Nacional de los Picos de Europa. Ejemplares del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Naturalización por J. M. Benedito.

dional de la Península; siendo territorios más poblados por el jabalí, las asperezas y fragosidades de los montes oretanos, serranías de Guadalupe, San Pedro y Sierra Morena, Gata, Hurdes y hondo valle de Las Batuecas, y en el Sur, serranías de Ronda y gaditanas, de Huelva, Sur del Alentejo y coto de Doñana.

Animal andariego, no se acomoda al recinto del coto y se alarga, fuera de él, a buscar comida en encinares y parajes cultivados, encontrándosele con frecuencia alejado de la reserva protectora (fig. 159).

El jabalí figura muy reproducido en las pinturas trogloditas del paleolítico, tales como las policromadas de la caverna de Altamira, y en las



mesolíticas de la amplia zona levantina y roquedos con pinturas rupestres de la Serranía de Cuenca. Se alimenta de raíces, tales como las del helecho, con abundantes granos amiláceos, de tubérculos, bulbos y frutos silvestres, especialmente de bellotas de las Cupulíferas, castañas, etcétera, y de tallos tiernos de vegetales, y, por esto, gran destructor de plantaciones, mezclando a tal alimentación vegetal, insectos y toda cla-

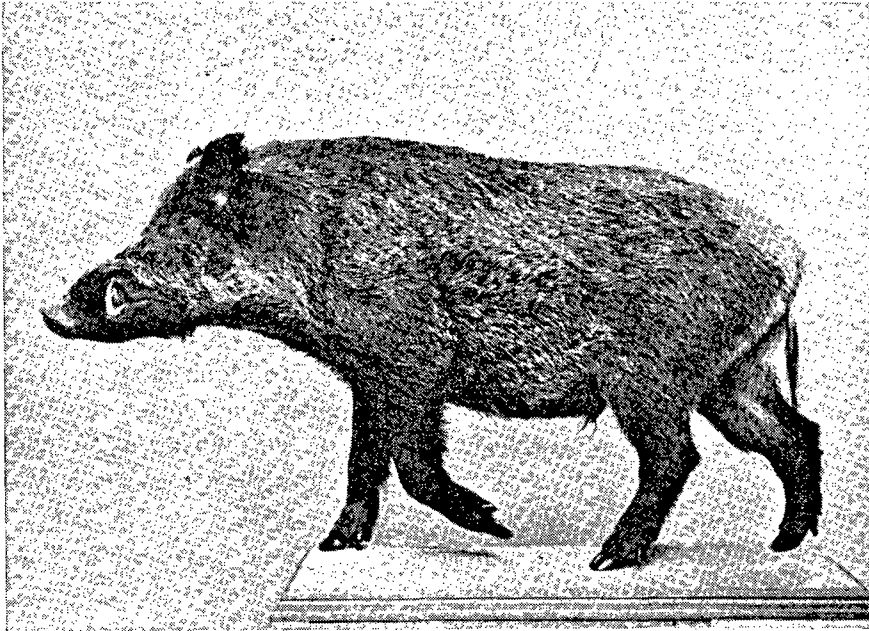


Fig. 159.—Ejemplar macho de jabalí (*Sus scropha*), del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Naturalización de J. M. Benedito.

se de gusarapos. Acostumbra a visitar los sitios acuáticos, revolcándose en el cieno. Es de vida más nocturna que diurna, encamándose en la espesura en las horas del centro del día. En la huida avanza recto a través de la maleza, y si se encuentra acosado y con dificultad de huir, ataca violento.

En la época neolítica el cerdo aparece domesticado, y sus restos óseos se encuentran en fondos de cabañas de tal período histórico y en los enterramientos dolménicos.

El cerdo doméstico procede del jabalí, no siendo caso muy raro que los jabalíes machos cubran a las hembras en domesticidad, especialmente en las épocas de la montanera, durante las cuales las piaras de ganadería extensiva extremeñas, andan en libertad por los encinares, aprovechando la bellota de encinas y alcornoques. De las dos razas ex-

tremeñas y del Alentejo, la de fuerte y dura pelambre rojiza, es la más afine al jabalí, y por su acentuada rusticidad adecuada para el mejor aprovechamiento de las montaneras de parajes escabrosos.

El autor del presente libro, siendo niño, oyó referir a los porqueros de la ganadería de su abuela, la viuda del brigadier Pacheco, que en una montanera, cierto número de marranas fueron cubiertas por los jabalíes, incorporándose las crías a la piara, las cuales hubo que eliminar por la excesiva rusticidad y salvajismo de los cerdos mestizos. En la misma localidad extremeña de Alcuéscar (Cáceres), a fines del siglo próximo pasado, el ganadero Sr. Fernando Bote, adquirió un pequeño jabato, hembra, al cual se acabó de criar con leche, y le incorporó a la piara, con la cual convivía, ausentándose al monte en ciertas épocas, regresando preñada de los jabalíes; pero era mala criadora, mostrándose en el período de la lactancia tan ruda y salvaje que las crías se morían, y hubo de ser eliminada.

Según se deduce del relato de Homero, la ganadería extensiva cerduna en la época de la Odisea era, en esencia, como actualmente la no modernizada, de las dehesas extremeñas. En el antiquísimo poema se describe el conjunto de las zahurdas de las piaras de Odiseo, de cuya ganadería porcina era mayoral el fiel Eumeo, teniendo a sus órdenes cuatro porqueros, y para guarda de la majada y de los cerdos cuatro perros «semejantes a fieras».

Por el relato pertinente a la presencia de Odiseo y de su hijo Telémaco en la majada porcina, se comprende que entonces en Grecia, como ahora en Extremadura, en la explotación pecuaria de dicho ganado, participaba en las utilidades del negocio el mayoral con cierto número de cabezas de ganado o «excusas», de las que obsequió Eumeo a su huésped, el propio Odiseo, bajo la apariencia de un mendigo suplicante, y al hijo de éste, el joven Telémaco. Se indica tal participación en los productos de la ganadería, en el relato de la rapsodia XV del poema, diciendo Eumeo a su huésped, «pero los dioses han hecho que fructifique mi trabajo, y por ellos como y bebo y socorro a los venerables suplicantes»; confirmándose tal distribución de utilidades en la rapsodia XVII, cuando el mayoral, al despedirse en la casa de Penélope, y regresar a la majada, le dice a Telémaco: «Yo parto, amigo, para guardar tus cerdos y velar por tus bienes y los míos.»

En las diversas traducciones modernas que hemos consultado, de la «Odisea», se advierte un error zoológico y pecuario de los traductores, que hicimos notar en un artículo publicado en la revista «Las Ciencias» (1935), en el que aludí al competente catedrático de griego de la

Universidad de Barcelona y distinguido helenista, Luis Segalá, para que éste aclarase el asunto.

Consiste el error zoológico en atribuir en las traducciones del poema, edad en años, muy exagerada por excesiva, a los cerdos consumidos en las majadas por Eumeo en unión de Odiseo y Telémaco, o conjuntamente con los porqueros (rapsodias XIV y XVI), y también ser excesivos los años que representaban los cerdos, en que convirtió a los compañeros de Ulises y encerró en la pocilga la encantadora Circe, en la isla de Eea (rapsodia X). El profesor Segalá, percatado del disparatado cómputo en años de las traducciones, aclaró la cuestión; pues la palabra griega traducida por años, tiene, en ciertos casos, también la significación de «períodos de tiempo». En el caso que se examinaba, ante tal aclaración, comprendí que refiriendo el período de tiempo indeterminado a meses lunares, que es como se suele contar la edad de los cerdos menores de un año, los relatos de la Odisea resultaban proporcionados y exactos.

De lo expuesto se puede deducir que en la época protohistórica homérica, el cerdo doméstico, derivado del jabalí, tenía las mismas características, en explotación extensiva; que en la actualidad tiene la de las razas de gran rusticidad en las dehesas y encinares hispanos.

*Lobo*.—El lobo, prototipo de fiereza, fortaleza, osadía y astucia, es el carnívoro más temible de la familia cinagética y de los ganados; cánida que ha sido eliminada de los países centroeuropeos y occidentales. En la Península hispana abunda en el territorio de ganadería extensiva del Centro y Suroeste, que comprende la Cordillera Central, serranías oretanas, Campos de Calatrava, valles de Alcudía y Sierra Madrona, Sierra Morena, toda Extremadura, la Beira interior y el Alentejo; conjunto territorial en donde la ganadería tiene que vivir protegida y guardada por el gran enemigo del lobo, el perro mastín, que le iguala en fortaleza y corpulencia (fig. 160).

Desde la amplia zona indicada, el lobo irradia, siguiendo cautelosamente a los rebaños lanares trahumantes. Con poca frecuencia se señala la presencia de la feroz cánida hacia el Noroeste, por las penillanuras salmantina y zamorana; faltando en el litoral atlántico y mediterráneo. En las montañas de Zamora, macizo orográfico de la Cabrera, y en la de León, en el Teleno, se señala alguna vez su presencia. Es raro en Cantabria; también muy escaso en las serranías del Idúbeda, Aragón y Cataluña, como asimismo en el Pirineo. El lobo, como animal de presa, se acomoda donde hay espesura para resguardarse, y ganados para alimentarse. Es animal de sentidos perspicaces, de actividades nocturnas, efectuando grandes caminatas en sus reconocimientos;

en las monterías es el que más presto se levanta y huye en las batidas. No se acomoda bien a las zonas altas de montaña; así es, que falta o escasea en las praderías de los valles altos pirenaicos, en donde pastan, en los veranos, los ganados trashumantes; lo cual permite que estos rebaños, en tales elevaciones, puedan prescindir de los mastines guar



Fig. 160.—Grupo de lobos (*Canis signatus*) del Museo Nacional de Ciencias Naturales, procedentes de Almuradiel, en Sierra Morena. Naturalizado por J. M. Benedito.

dianes, utilizándose pequeños perros muy hábiles en el careo del ganado lanar. Es animal audaz, astuto y receloso, de tal modo, que en las dehesas extremeñas, cuando no se dispone de buenos mastines, se acostumbra a rodear las cancillas o la red, en que duerme el rebaño, de cerco en pasillo, formado con algunas estacas, y una cuerda de esparto, o fiscal, de la que penden unos trapajos. El lobo, al llegar, no acomete, recelando la trampa, dando tiempo, a que por el alboroto del ganado, los perros avisen y los pastores se despierten.

La semejanza que algunas razas de perros tienen con el lobo ha hecho suponer que fueran resultado de la domesticación y descendencia de este animal salvaje. La cuestión del origen del perro doméstico

es dudosa, no encontrándose sus restos óseos en el Cuaternario, ni tampoco entre los de los yacimientos paleolíticos. La figura representada en el conjunto pictórico de Alpera (Albacete), de época mesolítica, que se ha supuesto fuese un perro, no tiene caracteres suficientes para la determinación de la especie zoológica a que corresponde. Los restos esqueléticos encontrados en los paraderos del valle del Muga, afluente del Tago en la zona del estuario, y que se atribuyeron al perro, corresponden a otras cánidas salvajes. Los restos claros de perro son del período eneolítico y de las épocas de los metales. Es probable que sea producto de emigración procedente del Oriente, de donde le trajeran pueblos prehistóricos, como también a la oveja. En todo caso, el origen del animal doméstico en cuestión, es aún enigmático.

*Lince*.—Es un bello animal que destaca entre la gran fauna cinegética hispana, por su vistosa piel de suave pelo, manchada de pardo amarillento, y chata cabeza gatuna ornada de pinceles y mechones pilíferos. Es el felino salvaje de mayor talla de Europa. Está distribuido, en ejemplares aislados, por los parajes escabrosos y de espesa vegetación espontánea. Donde más se le encuentra, nunca en abundancia, es en el área del Centro y Suroeste hispano, correspondiente a la anteriormente reseñada como más poblada por el lobo; territorio ampliado hacia el Sur, comprendiendo tal conjunto las serranías oretanas y extremeñas, Sierra Morena, y serranías de Ronda, del Campo de Gibraltar y coto de Doñana. Fuera de tal área, el lince es especie muy rara o extinguida. Es pieza cinegética de azar y escasa (fig. 161).

*Zorro*.—Es la menor de las especies comprendidas en las del conjunto hispano de caza mayor; tránsito, por su tamaño, a las especies intermedias hacia la caza menor, y la más abundante entre las de montería, estando repartida por el ámbito hispano, salvo en las zonas elevadas de alta montaña. Es relativamente frecuente sorprenderle en los parajes montaraces, marchando ligero, con la peluda cola tendida y recta, procurando pasar desapercibido, sin dar señales de haber sido visto, y desaparecer rápido entre la maleza. Tiene su guarida, conjuntamente con otros individuos de su especie, en sitios escabrosos, en galerías subterráneas de las que sale al oscurecer a correrías nocturnas. Es gran destructor de la caza menor y el animal más dañino de los cotos de conejos y perdices (fig. 162).

*Toro y caballo salvajes*.—Como especies cinegéticas, desaparecidas de Hispania en época protohistórica, están el toro salvaje y el caballo; ambos muy representados en las pinturas rupestres de las diversas épocas prehistóricas. En los yacimientos que llenan algunas cavernas de la región cántabro-asturiana con los restos óseos de la alimentación

del hombre primitivo, los huesos fragmentados de caballo son los más abundantes, después de los de ciervo. En aquella remota época del Paleolítico, ya existían dos tipos morfológicos o razas de caballo salvaje: uno de talla pequeña, formas rechonchas y peludo; otro de mayor alzada y más esbelto. Estos dos tipos, están muy bien figurados en la caverna prehistórica de la Peña de San Román de Candamo, en Asturias.



Fig. 161.—Pareja de lince, macho y hembra (*Linx pardellus*) del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Naturalización por J. M. Bénédicto.

El geógrafo griego Estrabón dice que todavía se cazaba el caballo salvaje en Hispania en la época de las colonizaciones griegas y fenicias. De las especies de la fauna cinegética paleolítica no quedan supervivientes actuales en la Península hispana, además del toro y del caballo domesticados, sino las especies que se han descrito, correspondientes a caza mayor. Las demás de aquella época se extinguieron o emigraron, al variar el clima hacia el actual, no habiéndose encontrado sus restos ni en el mesolítico ni en el neolítico. Las pocas figuras que en las pinturas rupestres levantinas, del mesolítico, se han interpretado, más o menos dudosamente, por algunos, como de alce, rinoceronte o de otras especies de la fauna cuaternaria, es por lo borroso o defectuoso de las figuras, y por su interpretación influenciada por prejuicios equivocados. En nuestra publicación anteriormente citada, «Las pin-

turas prehistóricas de las Cuevas de la Araña» (1924), se hace detenido estudio analítico y crítico de las representaciones faunísticas de tales características, conocidas hasta entonces. Algún yacimiento posteriormente descubierto, con tales figuras dudosas, como el de Ares del Maestre (Castellón), bien examinado, no contiene sino representaciones de la fauna actual hispana.



Fig. 162.—Grupo de zorros (*Vulpes vulpes*) del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Naturalización por J. M. Benedito.

*Aves de caza mayor.*—El Conde de Yebes, en su citado libro de montería, incluye entre las piezas de caza mayor al «gallo de bosque» (*Tetrao urogallus*), bella especie del vistoso plumaje con reflejos metálicos y cola que abre en abanico al modo de los pavos. Es del tamaño del gallo doméstico, y aun mayor, y corpulento. Habita, no en abundancia, en los espesos bosques del Pirineo y en los parajes cubiertos de densa vegetación de hayas en las montañas asturianas, valles de La Liébana y Valdeón, y hacia Occidente de la cordillera, en la selva de Muniellos (fig. 163).

El ave de mayor tamaño de las granívoras que se crían en Hispania es la «avutarda» (*Otis tarda*), la cual en grupos poco numerosos se presenta con frecuencia en las amplias llanuras desprovistas de arboleda de la mitad meridional peninsular, tales como las del valle del Guadalquivir, en la provincia de Córdoba; las del Guadiana, en la de

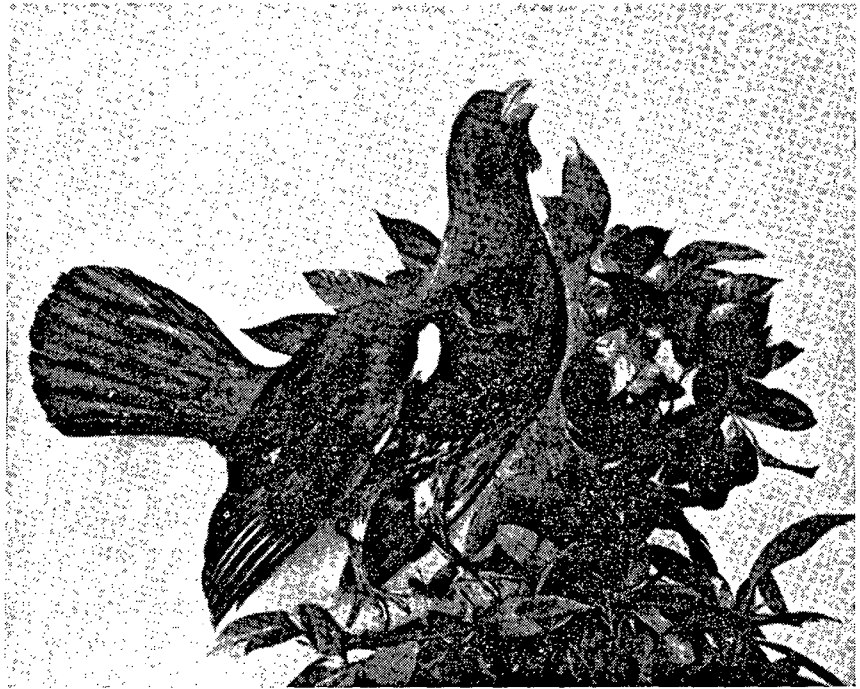


Fig. 163.—Gallo de bosque (*Tetrao urogallus*). Naturalizado por M. G.<sup>a</sup> Llorens.

Badajoz; en el distrito portugués de Evora; en la del Tiétar, en la de Cáceres, y en la Carpetana de las provincias de Toledo y Madrid. Cuando están posadas no dejan aproximarse a tiro, pero si el cazador se acerca oculto en un carruaje, describiendo alrededor del grupo curvas cada vez más cerradas, las avutardas no levantan el vuelo, pudiéndose las cazar. Estrabón y Plinio dicen que en su tiempo la avutarda era abundante en las llanuras de la Bética y de Lusitania (fig. 164).

Como acontece en la fauna cinegética de mamíferos, que a las especies hervíboras se oponen las carnívoras, análogamente sucede con las aves; siendo las especies que por su gran tamaño, entre éstas, deben considerarse de caza mayor las de alimentación carnívora, denominadas de rapiña, en sus dos grandes grupos de Vulturidas y Falcó-



nidas, y dentro del segundo grupo, diurnas y nocturnas, las especies que a continuación se expresan.

A las Vulturidas corresponden las tres aves mayores de Hispania y del conjunto territorial europeo: el «buitre negro» (*Vultur monachus*), de plumaje de color castaño oscuro, especie que alcanza 1,30 metros de alzada y de 2,40 a 2,75 metros la envergadura de las alas.



Fig. 164.—Grupo de avutardas (*Otis tarda*), del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Naturalización por Luis Benedito.

Habita en los diversos países europeos, y es también propio de las variadas regiones de la Península

El «buitre leonado» (*Vultur fulvus*), con 1,30 metros de alto y distancia de 2,70 metros de un extremo a otro de las alas. Es de color ceniciento con tonos rojizos. Abunda en la Península hispana, especialmente en las regiones ganaderas del Centro y Suroeste. Se suelen reunir en grupos numerosos en los roquedos inaccesibles, en donde anidan, tales como el paraje de la estrecha hoz del Bembezar, cerca de Hornachuelos (Córdoba); los riscos escarpados que rodean por el Sureste a la llana depresión de la laguna de la Janda, y en otras localidades de análoga topografía de las serranías extremeñas y andaluzas. La

voracidad de los buitres es extraordinaria, encontrándoseles, a veces, atiborrados de carroña, imposibilitados de alzar el vuelo, en cuyo estado es fácil atacarlos a palos (fig. 165).

La tercer vulturida hispana que debe incluirse entre las aves de caza mayor es el «quebranta huesos» (*Gypaetus barbatus*), con pluma-



Fig. 165.—Grupo de buitres: buitre negro o avanto (*Ægipius monachus*) y buitre leonado o común (*Gyps fulvus*) del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Naturalización por Luis Benedito.

je de coloración negra y leonada, y cabeza cubierta de plumas. Tiene talla hasta de 1,50 metros y envergadura de las alas hasta de tres metros; resultando, por su tamaño, el ave más grande de Europa, alcanzando las dimensiones del condor americano. Es de extensa área de dispersión geográfica, habitando las cordilleras centrales europeas y países circunmediterráneos. En la Península reposa y cría en los altos y escarpados riscos de la montañosa Hispania.

En el gran grupo taxonómico de las Falcónidas deben incluirse, entre las aves de caza mayor, las dos más grandes especies de águila, el «águila real» (*Aquila fulva*) y el «águila imperial» (*Aquila imperialis*), que se elevan majestuosas a las altas regiones de la atmósfera, donde no alcanza el vuelo de las otras aves, y, según reza el mito griego, acompañan al prepotente Zeus, progenitor y jefe supremo de los dio-

ses olímpicos. Otras dos falcónidas, de gran tamaño, son los milanos, de ahorquillada cola; el rojizo o real (*Milvus regalis*), y el «milano negro» (*Milvus ater*) (fig. 166).

Entre las aves de rapiña nocturnas, las de mayor tamaño es el «bubo grande» (*Bubo maximus*), tan grande y más corpulento que el águila, alcanzando 0,66 metros de alto y 1,60 metros de abertura de las alas. La alimentación del gran buho es muy variada. En un nido



Fig. 166.—Águila real (*Aquila chrysaëtus*).

(Foto M. G.ª Llorens.)

que reconocimos y fotografiamos en alto risco de muy difícil acceso, en las cercanías de la laguna de la Janda, se criaba un polluelo de pocos días, que semejaba una gruesa pelota de algodón en rama, junto al cual había un conejo muerto no hacía mucho tiempo y otro a medio devorar. El nido estaba formado de algunos palitroques y enorme amontonamiento de restos óseos de grandes lagartos y galápagos, de liebres y conejos, de varios lechoncillos y corderos recién nacidos y múltiples huesos de diversidad de pequeños mamíferos y de aves.

El área de dispersión del buho es extensa, comprendiendo parte de Europa y los países circunmediterráneos. En la Península se oye la potente y temerosa voz del buho en las primeras horas de la noche, en

las serranías solitarias de Extremadura, Sierra Morena, Sur peninsular y diversidad de otras comarcas selváticas hispanas (fig. 167).

El buho se utiliza como cimbel en la caza de aves, pues de día estas acuden a demostrar la aversión a su terrible enemigo nocturno, deslumbrado e inerme por la acción de la luz solar.

Tales son las especies de aves de caza mayor en la Península his

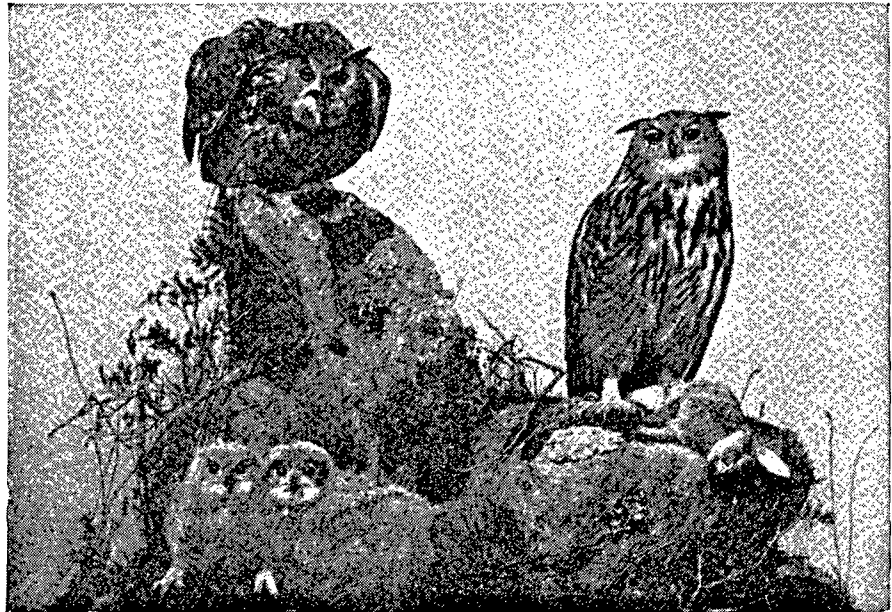


Fig. 167.—Grupo de buhos (*Bubo bubo*), del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Naturalización por Luis Benedito.

pana. La descripción detallada de ellas y las particularidades pertinentes a su caza y a la cetrería están contenidas en la monografía del distinguido ornitólogo y gran cazador, el actual Duque de Medinaceli; libro cuidadosa y espléndidamente editado por su autor, y que se titula «Aves de rapiña y su caza». De esta obra, entre otras interesantes anécdotas, recogemos las dos históricas siguientes, pertinente una a las Vulturidas, y otra a las Falcónicas.

Para cazar los buitres se construye un puesto, en el que se esconde el cazador cuidadosamente para no ser percibido por la perspicaz y potente vista de las dichas aves, y en adecuado sitio para el tiro, se coloca carroña de un animal, a la cual los buitres acuden. El rey de España Felipe IV, muy aficionado a la caza del buitre, ordenó al marqués de Flores, alcaide del Pardo, que construyese un puesto para

tal finalidad, o sea una buitrera, la cual consistió en una bóveda de ladrillo subterránea de quinientos pies de longitud, y suficientemente alta para recorrerla cómodamente el cazador, y provista de troneras disimuladas, desde la que se disparaba a los buitres que acudían a la carroña de cebo, o se posaban en las inmediatas encinas; matando el monarca, desde la buitrera, muchas piezas.

Relata también el Duque de Medinaceli, que saliendo de paseo por el real monte del Pardo, Felipe III y su esposa, doña Margarita, vieron a un águila precipitarse desde gran altura y elevarse con una presa entre las garras, que los reyes creyeron sería un conejo. Mandaron a un ballestero que fuese al sitio donde vieran posarse al águila; regresando aquél con el cadáver, comenzado a devorar por el águila, de la pequeña perrita que acompañaba a la reina, y a la que tenía en gran estima, que fué la presa que el ave de rapiña atrapó a la vista de su ama y del séquito.

## CAPITULO VI.

### Del cierre de Hispania a la toma de Granada

**SUMARIO:** Pedro I de Castilla, reinado de pesadilla.—Expansión de catalanes y aragoneses por el ámbito mediterráneo.—La cultura de la época del rey Sabio y la civilización hispana desde mediados del siglo XIII a mediados del XV.—Desarrollo agrícola, industrial y comercial, en los siglos XIV y XV.—El prepotente ganadero Don Gutierre de Sotomayor, maestre de Alcántara.—Geopolítica hispana en la época de los Trastámara.—La Hispania de los Trastámara; Aljubarrota.—Camino de la unidad hispana: El compromiso de Caspe.—Fin del reino moro de Granada.

#### PEDRO I DE CASTILLA, REINADO DE PESADILLA

Alfonso XI de Castilla, el que cerró la entrada por el Estrecho con la victoria del Salado y la toma de Tarifa y de Algeciras, casó con su prima María, hija del rey de Portugal, de la que tuvo dos hijos: uno, que murió párvulo, y otro, Pedro, heredero de la corona. Tal matrimonio no satisfizo en el orden íntimo a Alfonso, pues su pasión amorosa fué por la joven viuda Leonor de Guzmán, con la que hizo vida marital toda la vida y de la que tuvo dos hijos que murieron antes que él; dos gemelos, Enrique y Fadrique, y otros cinco hijos varones y una hija; todos los cuales le sobrevivieron. La reina hubo de conformarse con el desvío del esposo, cuidando a su hijo el príncipe, y guardando rencor a la amante de su marido.

Cuando murió Alfonso XI, en el sitio de Gibraltar, fué proclamado rey Pedro I, que tenía algo más de quince años. Durante su niñez, pasada junto a su madre María de Portugal, cuidó del príncipe Pedro, el portugués don Antonio de Alburquerque, a quien guardaba respeto y consideración. Al principio del reinado, el prócer portugués llevó los asuntos del reino como supremo consejero, con el favor del joven rey. Los protegidos y partidarios de la Guzmán perdieron sus cargos y preeminencias. Esta, cuando acompañaba al cadáver de su amado Alfonso, temerosa, se apartó del séquito y se refugió en su castillo de

Medina Sidonia, y, ante seguridades que la dieron, se incorporó a la corte, donde quedó reclusa; pero a sus hijos, hermanos bastardos del rey, no se les despojó de sus preeminencias.

No había pasado medio año de la proclamación de Pedro I, cuando se le declaró tan grave enfermedad que los cortesanos se ocuparon en quién recaería la corona, no pensándose por nadie en los hermanos bastardos; opinando unos en favor de Fernando de Aragón, sobrino de Alfonso XI, y otros en Núñez de Lara, señor de Vizcaya, como descendiente del infante De la Cerda.

Recuperada la salud por el rey, pasada la adolescencia y entrado en la juventud, comenzó a manifestársele violencia excesiva de genio y características de fiereza e insensatez. Frecuentemente los historiadores hacen notar que era propio de la época la violencia y crueldad en las acciones de los monarcas contemporáneos, como los de Aragón, Portugal y Francia; pero los actos del de Castilla les superan y entran en la esfera de la anormalidad mental.

En las cuestiones que no le atañían directa y personalmente, no presentaba obstáculo a su legal y pacífica resolución. Así, en 1352, segundo año de su reinado, las Cortes de Valladolid, dirigidas con gran competencia y tacto por Alfonso de Albuquerque, fueron de fructíferos resultados para el ordenamiento general de la nación, quedando satisfechos tanto los procuradores del estado llano de las ciudades, como los de la nobleza y el clero, por las excelentes disposiciones en ella acordadas. En cambio, por la misma época, habiéndose alborotado y resistido la ciudad de Burgos a la demanda inmediata por el rey del pago de las alcabalas, sin previa aprobación de las Cortes, colérico el monarca mandó matar a Garcilaso de la Vega, que había sido mayordomo de sus hermanos bastardos, y a tres vecinos importantes de la ciudad, que no habían tenido relación directa con los acontecimientos.

A éstas siguieron otras muertes, ordenadas por él, de personajes del reino, por afectos a las personas que se propusieron como posibles sucesores a la corona cuando la pasada enfermedad, o desafectos a él por cualquier causa, especialmente cuando la guerra civil con su hermano Enrique de Trastámara. Tales asesinatos no fueron hechos aislados, sino serie continuada, creándose ambiente de rebeldías, protestas, conjuras y traiciones, y la caracterización del reinado por la violencia, la sangre y la tragedia.

En enero de 1356 estaba en Toro con la reina madre su hermanastro Enrique. El rey sitió la plaza y don Enrique huyó a Galicia. Por traición del encargado de la guarda de una de las puertas, don Pedro entró y se apoderó de la ciudad, en la que hubo gran matanza, llegando

con varios de los suyos a la residencia de su madre, que estaba acompañada de caballeros principales: «matáronlos en presencia de la reina madre que se cayó en el suelo desmayada de espanto y horror de un espectáculo tan terrible. Vuelta en su acuerdo, con muchas voces, maldijo a su hijo el rey y, desde a pocos días, con su licencia, se fué a Portugal, donde no miró más por la honestidad que antes». La última frase del historiador Mariana explica, en cierto modo, el abandono en que la tuvo su marido Alfonso XI y el que éste hiciese vida marital con doña Leonor de Guzmán.

En 1358 Pedro I llamó a Sevilla a su hermanastro don Fadrique, que le servía con fidelidad; acudiendo sin desconfianza, y llegado a su presencia, ordenó a dos ballesteros de maza que le matasen. En el mismo año, el rey fué a Bilbao y se avistó con el infante don Juan de Aragón, al que por su orden mataron los dos maceros que le acompañaban, arrojando el cadáver por la ventana «y caído el cadáver en la plaza, dijo a muchos vizcaínos que le miraban: veis ahí vuestro señor, el que demandaba el estado de Vizcaya».

En 1359, don Enrique de Trastámara y su hermano don Tello, infringieron gran derrota a las tropas reales, en el combate de los campos de Araviana, situados al pie del Moncayo. Al conocer la noticia el rey, fué acometido de un acceso de furor, ordenando, para templar su ira y enojo, que dieran muerte a sus hermanastros, don Juan y don Pedro, presos en Carmona; el primero de dieciocho años y el segundo de catorce, que en ninguna ocasión habían intervenido en cuestiones políticas.

La furia de Pedro I era implacable; los prisioneros de categoría que caían en sus manos, eran muertos irremisiblemente. Así, en la batalla de Nájera, en 1367, hizo matar a todos los prisioneros de calidad. «Otros muchos (relata Mariana) dejó de matar por no los haber a las manos, que por ningún precio se los quisieron entregar los ingleses cuyos prisioneros eran; demás que el Príncipe de Gales le reprendió con palabras casi afrentosas, porque después de alcanzada la victoria continuaba los vicios que le quitaban el reino.»

El rey don Pedro se distinguió por su afecto a los judíos, y éstos se le mostraron siempre fieles; la Sinagoga de Toledo, denominada Santa María la Blanca; que les autorizó edificar, contiene en sus muros diversas inscripciones en loor del rey castellano (fig. 168). Tal lealtad de los judíos a don Pedro, les ocasionó grandes males, en una época en la que estaba exacerbado el odio popular contra ellos. Así, las tropas del de Trastámara y los defensores de la reina Blanca de Francia, esposa del rey Pedro I, cuando entraron en Toledo, en 1355,



hicieron gran matanza de judíos y saqueo de la judería. Análogamente cuando, en plena rebelión y guerra civil, las tropas del pretendiente a la corona ocuparon la Rioja, saquearon las juderías de Haro y de Nájera, con gran mortandad de judíos, aprovechándose del odio popular a tal clase social, considerada como afecta al bando enemigo (fig. 169).



Fig. 168.—Sinagoga de Toledo, denominada Santa María la Blanca, de mediados del siglo XIV, en tiempos de Pedro I de Castilla.

Entre los judíos toledanos se distinguían por el favor que le dispensaba el rey Pedro I, el rabino Sem-Tob, o Don Santo, que dedicó al monarca el poema titulado «Consejos et documentos al rey Don Pedro», cuya dedicatoria contiene los bellos versos:

«Senyor rey, noble, alto,  
oyd este sermón  
que vos dise Don Santo  
judío de Carrión.  
Non vale el azor menos  
por nacer en vil nido  
nin los exemplos buenos  
por los desir judío.»

El otro amigo del rey era Samuel Leví, tesorero real, inteligente administrador de los bienes de la corona, que siempre proveyó, mediante gestión eficaz, a los cuantiosos gastos del rey, allegando por su parte, como era lógico, grandes riquezas que fueron su pérdida, pues

cuando la guerra civil estaba muy adelantada, la necesidad de dinero impulsó al rey a apoderarse de los bienes del judío, como lo hizo, ordenando le formasen juicio, muriendo el desgraciado en el tormento.

El rey de Granada, Mohamad V, era odiado de Pedro I de Castilla, y fué depuesto por su hermano Ismail, y éste muerto por Abu-Said, denominado por los cristianos el rey Bermejo, aliado de Pedro IV de



Fig. 169.—La ciudad de Nájera junto al Najerilla, en la zona alta del valle del Ebro.  
(Foto Hernández-Pacheco.)

Aragón. Pero los moros de Málaga acometieron a Abu-Said para restaurar en el trono a Mohamed. El rey Bermejo, para atraerse al castellano a su bando, tuvo la desdichada idea de presentarse en Sevilla con lujoso séquito de caballeros y ricos presentes y declararse feudatario de don Pedro. Este los recibió, y después del banquete de recepción, prendió al rey Bermejo con su séquito, los despojó y conducidos al campo de Tablada los alancearon, matando personalmente don Pedro a Abu-Said. Este, por sus traiciones y asesinato de Ismail, merecía el castigo, pero fué vergonzosa acción la del rey actuando de verdugo.

Mohamed fué repuesto en el trono en 1362. El cronista y alchatiib de Granada, Abdala Assalamí, contemporáneo de los sucesos, dice: «Agradecido el rey Mohamed al cruel beneficio del rey de Castilla, envió libres, sin rescate, todos los cristianos cautivos que había en Granada y le escribió sus cartas de amistad y perpetua alianza, que fué firmada por ambos reyes.»

En las cuestiones matrimoniales, Pedro de Castilla obró también

como un insensato. La reina madre, María de Portugal, no atenuó nunca el odio hacia su rival Leonor de Guzmán, que, encerrada en el castillo de Talavera de la Reina, fué asesinada en virtud de orden dada por el rey, conseguida por la implacable gestión que en su ánimo ejerció la reina madre.

Repuesto el rey de la enfermedad que tuvo al comienzo de su reinado, se efectuó una expedición a Asturias, durante la cual el joven monarca se apasionó de la bella doña María de Padilla, doncella que se criaba en casa de don Alonso de Albuquerque, y que iba con éste en el séquito de don Pedro.

En 1352, con posterioridad al viaje a Asturias, fueron las Cortes de Valladolid, durante las cuales se trató del matrimonio del rey y de lo conveniente que fuese con una princesa de Francia, designándose una de las hijas del duque de Borbón. La elección recayó en doña Blanca, cuyas excelentes prendas morales, de juventud y belleza, satisficieron a todos los que en el asunto intervinieron directamente, efectuándose los desposorios por poderes. En 1353 llegó a Valladolid la desposada real, doña Blanca de Borbón. Pero el rey no tenía apetencia alguna al matrimonio, realizándose las bodas sin gran aparato. A los dos días de éstas, el recién casado abandonó a su esposa, marchando al castillo de Montalbán, inmediato a Toledo, a reunirse con María de Padilla; regresando a Valladolid, donde residió con su esposa dos días; marchando a Olmedo, donde estaba la Padilla. Tal fué la vida marital del rey con Blanca de Borbón, esposa digna de mejor suerte por sus excelentes cualidades, que hubo de retirarse a pasar su triste vida en Medina del Campo, en compañía de su suegra, la reina madre.

En 1354, dispuso el rey que se condujera presa a Toledo a su esposa doña Blanca. Esta, al llegar a la ciudad, entró en la catedral, y, acogiéndose a su asilo, se negó a salir de ella. Gran parte de los toledanos se declararon en favor de la joven reina, llamando a los infantes don Enrique y don Fadrique en auxilio; los cuales ocuparon la ciudad. Pero al llegar el rey se marcharon, alejándose de su ira, el cual ordenó matar a gran número de personas distinguidas de la ciudad, tanto de la nobleza como del estado llano. En 1361, la reina doña Blanca estaba en rigurosa prisión en Medina Sidonia y muchos de los grandes de Castilla trataron de reunir sus fuerzas para ampararla; lo cual, sabido por el rey, determinó acabar con la causa originaria de las protestas, eliminando a la reina, obligando a un médico de la ciudad a darle un veneno que le causó la muerte. Tenía la infeliz doña Blanca

veinticinco años cuando pereció, poniéndose fin a la desgraciada y lastimosa vida que llevó en su desdichado matrimonio.

La impetuosidad del rey saltaba violentamente por encima de toda clase de obstáculos. Doña Juana de Castro, viuda de don Diego de Haro, era considerada como una de las bellezas más notables de Castilla. Solicitada por don Pedro, la viuda se negó a sus pretensiones amorosas. El rey desvió el obstáculo y se ofreció en matrimonio, presentando testimonio que su enlace con doña Blanca no había llegado a realizarse; el obispo de Avila y el de Salamanca, acobardados ante la furia del rey, atestiguaron la falsedad, y doña Juana accedió a ser reina, realizándose el matrimonio rápidamente en Cuéllar. El rey estuvo con ella varios días y se ausentó de su lado. La burlada se retrajo a su villa de Dueñas, donde «cubría su injuria y afrenta con el vano título de reina. Destas bodas nació un hijo, que se llamó don Juan, para consuelo de su madre».

A doña María de Padilla la cupo el destino de conservar siempre el afecto amoroso del rey, de quien tuvo descendencia femenina, que sobrevivió al padre, no así el descendiente masculino. En 1361 falleció en Sevilla doña María de Padilla, haciéndose honras fúnebres con gran solemnidad y aparato en todas las ciudades del reino. Esta singular mujer, con su tacto, discreción y bondad natural, consiguió contener en diversos casos la impetuosidad sanguinaria del rey, apaciguando, en cuanto pudo, los furios del hombre con el que tuvo que convivir. Por su situación preeminente fué acusada de hechos en los que no intervino y se le atribuyeron acciones que no realizó; siendo numerosas las consejas y fábulas que en tales respectos se cuentan. El historiador Mariana, propenso con frecuencia a la censura, dice de ella que fué «mujer por lo demás digna de ser reina por las grandes partes de que Dios, así en el alma como en el cuerpo, la dotó». En las Cortes de Sevilla de 1362, afirmó públicamente el rey don Pedro que doña María de Padilla era su legítima esposa, por haberse casado con ella secretamente, mucho antes que viniese a España la reina doña Blanca.

Toda la duración del reinado de Pedro I de Castilla (1350 a 1369) fué un perpetuo estado de discordia nacional, revolución y guerra civil, y la mayor parte de él, de guerra con el reino de Aragón. La guerra de Aragón comenzó por causas pequeñas. En ella militaron muchos señores castellanos, quejosos del rey o que tenían que vengar agravios y muertes de sus deudos; señalándose al infante don Enrique como uno de los que rompieron el vasallaje con don Pedro y se hicieron vasallos del aragonés. Cuando la guerra civil tomó claramente carác-

ter dinástico, Aragón se declaró decididamente en favor de don Enrique. En mayor o menor grado, la guerra alcanzó a toda la Península, incluso a Navarra y Granada, y también, en salpicaduras, a Portugal. Se caracterizó la guerra, porque fué en gran modo marítima, pues en esta época las naciones ribereñas del Mediterráneo Occidental poseían potentes escuadras, especialmente Aragón, Génova y Castilla. Particularidad curiosa es el comienzo del empleo de la artillería en las naves de guerra; pues en la campaña marítima de 1359, en la batalla de Guardamar, favorable a Castilla, y en el infructuoso ataque a Barcelona, se cita por primera vez el empleo de la bombardas en una de las naves catalanas.

Comprende la guerra civil dos períodos: El primero se caracteriza por los esfuerzos de la nobleza a sujetar al rey al respeto y consideración debida a la reina, a los estatutos del reino y a contener el proceder sanguinario del monarca. A cada intento de contención de los desmanes, respondió con nuevas tropelías y asesinatos, que encendían las pasiones y avivaban el fuego de la rebelión. En este primer período los hermanastros del rey obraron como unos de tantos señores que luchaban agraviados por las sangrientas e injustas venganzas del monarca.

En el segundo período la guerra civil se convirtió en guerra dinástica, en la que Enrique de Trastámara se consideró aspirante al trono de Castilla, y sus partidarios le reconocieron como tal. Caracteriza esta segunda fase de la guerra civil, la alianza de cada bando contendiente con potencias ultrapirenaicas y auxiliados por ejércitos procedentes de ellas. En favor del pretendiente Enrique combatió el mariscal francés Beltrán Duguesclín, con sus «compañías blancas», o sea conjunto de aguerridos soldados profesionales mercenarios, procedentes de diversidad de países: bretones, ingleses, navarros, etc., bandas de constitución internacional por el origen de sus componentes. A su vez, en favor de Pedro I acudió, por parte de Inglaterra, el príncipe de Gales, denominado el Príncipe Negro, con varios caballeros y sus mesnadas. Combatían además, en el ejército del castellano, importantes fuerzas moras granadinas de caballería ligera.

Nada hay de espíritu patriótico en esta guerra: los soldados extraños acudían por la buena paga y la codicia del saqueo; sus capitanes, además, por el espíritu de aventura. A los jefes supremos de los ejércitos expedicionarios, se les ofreció espléndida recompensa pecuniaria y dominios territoriales; concertando don Pedro, en Bayona, dar al príncipe de Gales el señorío de Vizcaya. El pretendiente convino con sus aliados dar al rey de Navarra, Castilla la Vieja, y al de Aragón, los reinos de Murcia y de Toledo. Después de la batalla de Nájera, favora-

ble al ejército de don Pedro, el Príncipe Negro se volvió a su país porque no se le entregó el señorío de Vizcaya prometido, ni se le pagaron los empréstitos que hizo, ni a muchos de los suyos el sueldo que se les adeudaba. El rey de Castilla debía de carecer de dineros; al marchar el príncipe, le dió un enorme rubí, que labrado convenientemente en 1838, es una de las piedras finas de más valor que se ostentó en la corona real de la reina Victoria.

Las ciudades castellanas eran, en su mayoría, favorables al pretendiente, pero el temor a las sangrientas represalias del rey, contenía a muchas, tales como Toledo, que no se avino a abrir sus puertas a Enrique hasta el último momento, por temor a que don Pedro asesinase a los toledanos que tenía en rehenes, y Córdoba, sitiada por los de don Pedro y los moros granadinos, opuso gran resistencia, en la que hasta las mujeres cooperaron activamente en la defensa. En la última etapa de la lucha, las ciudades castellanas se fueron entregando al de Trastámara según éste avanzaba hacia Andalucía. Después, la batalla del Campo de Montiel, y el acogimiento de don Pedro el castillo; con el episodio del conato de soborno a Duguesclín; la celada, la lucha personal entre los hermanos y el fratricidio (fig. 170).

El Pontífice, ante la persistente guerra en la Península, envió sucesivamente varios legados para concertar las paces, que no lo consiguieron. Ultimamente se le acumulaban al rey don Pedro múltiples atentados a los representantes de la Iglesia, tales como el asesinato del arcediano de la catedral de Toledo, del arzobispo y deán de la catedral de Santiago de Compostela y otras muchas tropelías. El caso fué, que el Papa Urbano V envió a Sevilla un arcediano para que comunicase al rey don Pedro cómo quedaba excomulgado y publicase la excomunión; lo cual refiere Mariana en los siguientes términos: «Este arcediano como quier que temiese la crueldad de don Pedro y el poco respeto que tenía a la Iglesia, usó con él de cautela y maña; esto fué que se vino por el río en una galeota muy ligera a Sevilla, y se puso a la ribera del campo de Tablada, cerca de la ciudad; aguardando a que el rey pasase por aquella parte; sucedido como lo deseaba, preguntóle si quería saber nuevas de Levante, que le diría cosas maravillosas y jamás oídas, porque acababa de llegar de aquellas partes. Llegóse el rey cerca para oírle, y él le intimó entonces las bulas del Papa; esto hecho, luego con grandísima velocidad se fué río abajo en vela y remo; ayudábale la menguante en que las aguas de la creciente del océano volvían a bajar, así pudo más ligeramente escaparse. El rey enojóse mucho con la burla y como fuera de sí, desnuda la espada y arrimadas las espuelas al caballo, se lanzó al río... Decía a grandes voces, que él

quitaría la obediencia al Papa que tan violenta y suciamente regía la Iglesia; además que aquella injuria él la vengaría muy bien con las armas y con hacer guerra a sus tierras.»

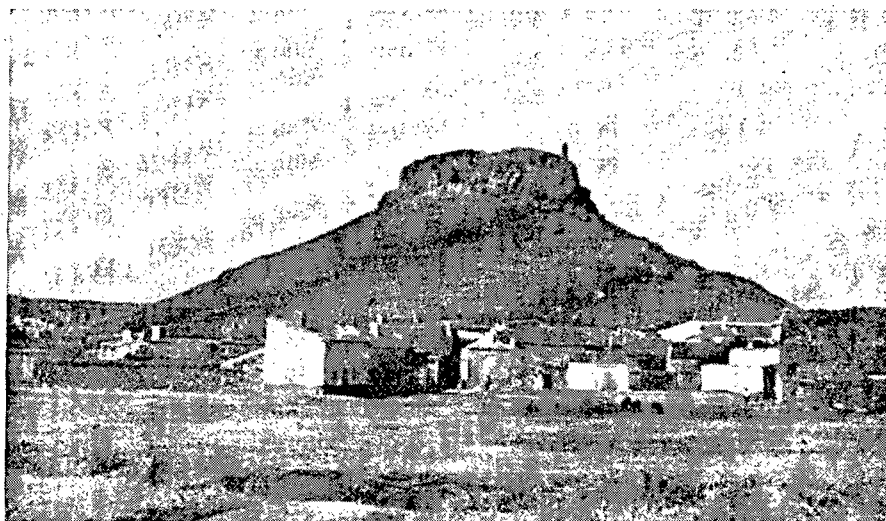


Fig. 170.—Montiel y ruinas del castillo.

(Foto G. Planchuelo.)

El mismo historiador copiado, dice que el rey Pedro I de Castilla en sus acciones «no tenía cuenta con la razón y la justicia, sino que se dejaba llevar de su antojo y desordenado apetito, y quería hacer por fuerza lo que era de su gusto y voluntad». Todo su reinado fué una sucesión de asesinatos y ferocidades, propias de un anormal sanguinario.

El doctor F. Simón Nieto ha realizado un estudio del cráneo de don Pedro, que se conserva en la capilla de los Reyes de la Catedral de Sevilla, y dice que las anomalías que se observan en él son signos representativos de una enfermedad que hubo de empezar en el claustro materno y alcanzar toda la vida fetal, modificando para siempre el desenvolvimiento fisiológico. Deduciendo que don Pedro era un degenerado, un vesánico y un irresponsable, que padecía manía persecutoria.

#### EXPANSIÓN DE CATALANES Y ARAGONESES POR EL ÁMBITO MEDITERRÁNEO

En los comienzos del último cuarto del siglo XIII, la isla de Sicilia estaba en poder de príncipes franceses, cuyo dominio, considerado despótico y abusivo por los habitantes de la isla, dió origen a insurrección

general, produciéndose en 1282 la sangrienta revolución conocida con la denominación de «*Visperas Silicianas*». El rey Pedro III de Aragón tenía derechos hereditarios a la isla, al morir Conradino, decapitado en Nápoles por orden de Carlos de Anjou. Los sublevados de Sicilia, enviaron dos galeras a pedir auxilio a las escuadras aragonesas, que al mando de Roger de Lauria estaba en Túnez, reino moro fundatario de Aragón.

La escuadra aragonesa luchó con la de Carlos de Anjou y la deshiizo, y los sicilianos aclamaron por rey a Pedro II. A la muerte de éste, en 1285, le sucedió en la corona de Aragón Alfonso III, y en la de Sicilia, Jaime. Aquél murió en 1291, y éste reunió en una las dos coronas, la de Sicilia y la de Aragón, con la designación de Jaime II. El Papa Nicolás IV, que no había aceptado los hechos consumados, propuso que Jaime II permutara su dominio de Sicilia por el de Cerdeña y Córcega. Pero los sicilianos, por no volver a la dominación francesa, proclamaron, en 1295, rey a don Fadrique, hermano de Jaime II. El asunto se solucionó mediante el matrimonio de don Fadrique con una princesa de Francia.

Consecuencia de las alteraciones y vicisitudes acaecidas hasta el arreglo de la cuestión de Sicilia en la forma dicha, fué la guerra entre los reyes de Aragón y de Francia. El francés, Carlos de Anjou, envió al monarca aragonés, Pedro III, un rey de armas con un cartel de desafío. Entonces la mayor parte del litoral atlántico de Francia, estaba en poder del rey Eduardo de Inglaterra, y se escogió como palenque neutral la plaza de Burdeos, debiendo concurrir a la liza cada una de las partes combatientes, con cien caballeros. Los historiadores franceses suelen contar el lance diciendo que el aragonés no acudió. Los historiadores hispanos lo relatan de otro modo, y dicen que, habiendo tenido noticias el rey de Aragón, por el gobernador de Burdeos, que el de Francia le preparaba una zalagarda acudiendo a la cita con fuerzas muy superiores para prenderle, fué el aragonés a Burdeos disfrazado de criado de un mercader denominado Domingo de la Figuera, que acostumbraba hacer grandes compras de caballerías en Francia y muy conocedor de las posadas y caminos del país, llegando al sitio de la liza el día señalado para el encuentro. Mariana añade que «el rey de Aragón entregó al gobernador de Burdeos el yelmo, el escudo, la lanza y la espada de su mano a la suya, en señal de que era venido al tiempo señalado y con presteza se libró de aquel péligro y se pasó a Vizcaya que cae cerca». Cuando al día siguiente se presentó Carlos de Anjou, el aragonés había desaparecido.

Pedro III de Aragón otorgó a su reino, en 1283, el denominado «*Privilegio General*», constitución fundamental de las libertades aragonesas



que reglamentaba los fueros y ampliaba las atribuciones del Justicia y de las Cortes; documento muy anterior a la Carta Magna de Inglaterra, que es semejante.

El ejército de Aragón que había intervenido en las guerras de la ocupación de Sicilia, se componía de almogávares, soldados de profesión, muy diestros y valientes, reclutados voluntariamente; procedentes de Cataluña, Aragón y Navarra; con organización y equipo propio; mandados por jefes de su confianza y designación, que hacían la guerra por su cuenta y se contrataban para ella. Los almogávares habían llegado a Sicilia en la escuadra de Roger de Lauria; pero restablecida la paz, tal ejército ocioso eran huéspedes en extremo molestos, pues acostumbrados a los desmanes de la lucha y a vivir sobre el país, era cotidiana queja sus tropelías y desafueros. Muchos de ellos se dedicaron al corso marítimo.

Por esta época, los turcos habían avanzado hacia Europa y ocupaban Anatolia, riberas del Mar Negro, parte del Asia Menor y amenazaban invadir los Países Balcánicos, Grecia y Constantinopla. El emperador Andrónico Paleólogo determinó, dada la desorganización y falta de espíritu bélico en su imperio, valerse de auxiliares y tropas extrañas. Solicitó del rey de Sicilia autorización para que el ejército formado por los almogávares pasase a Grecia, e hizo a Roger de Flor, el caudillo de ellos. Este, en 1303, se trasladó a Constantinopla en una escuadra de 39 naves con 6.500 hombres, de los cuales 1.500 eran de caballería y 4.000 soldados de infantería.

Roger de Flor fué nombrado megaduque, contrayendo matrimonio con una sobrina de Andrónico, hija del rey de los búlgaros. Los expedicionarios, con fuerzas auxiliares de los bizantinos, recorrieron el Asia Menor en las campañas de 1303 a 1305, derrotando en todas las batallas a los turcos. Al regreso de la correría, se les unió el catalán Berenguer de Entenza con refuerzos de tropas. Las grandes recompensas concedidas a los jefes expedicionarios irritaron al príncipe Miguel Paleólogo y a los dignatarios bizantinos, y con el pretexto de preparar nuevas campañas, reunieron en Andrinópolis a Roger de Flor con sus capitanes, asesinándolos en un banquete, en número de 130, creyendo poder dominar a los almogávares, al quedar éstos sin jefes. Los aragoneses y catalanes, irritados, comenzaron terrible guerra de venganza contra los bizantinos, avanzando hacia Constantinopla. El almirante Doria, de los genoveses, atacó traidoramente las naves de los catalanes, haciendo prisionero a Berenguer de Entenza. Los almogávares eligieron por jefe a Berenguer de Rocafort, y concentrándose en Gallípoli quemaron las naves para impedir la retirada, continuando guerra sangrien-

ta de destrucción por Tracia, Macedonia y toda Grecia. Rivalidades entre Berenguer de Rocafort y Entenza, hicieron que éste fuera asesinado por los partidarios del primero. Los catalanes y aragoneses se apoderaron del gran ducado de Atenas y organizaron a la catalana Tebas y otras ciudades de Grecia, en la que se instalaron, incorporadas a la corona de Aragón. Al comenzar el último cuarto del siglo XIV, una expedición de navarros ocupó Albania, y en 1379 se apoderó de Tebas, invadiendo La Beocia. La dominación de catalanes, aragoneses y navarros, con complicadas vicisitudes en el ducado de Atenas y otros territorios griegos, llegó hasta 1389 (fig. 171).

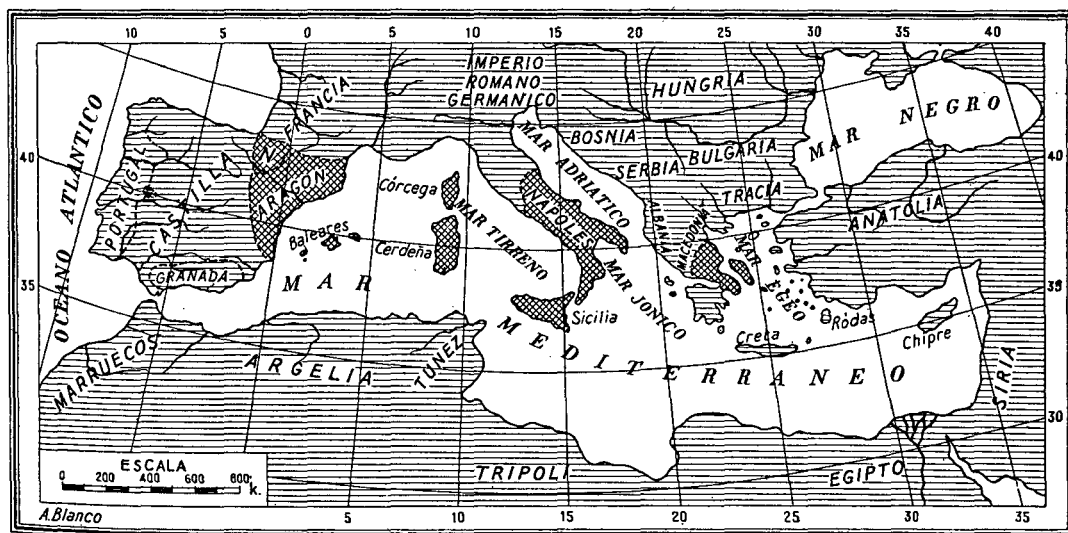


Fig. 171.—Mapa de la expansión de la corona de Aragón por el Mediterráneo en los siglos XIII y XIV.

#### LA CULTURA DE LA ÉPOCA DEL REY SABIO Y LA CIVILIZACIÓN HISPANA DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XIII A MEDIADOS DEL XV

Cuando los países hispanos del Andalus, del Algarve y de la Ajarquia, fueron ocupados en gran parte por los reinos cristianos, la cultura mora fué asimilada por éstos, acrecentada con los aportes procedentes de las naciones europeas del Mediterráneo Occidental ultrapirenaicas, según se expuso al tratar de la época de Alfonso VI y del Cid.

Mientras en el mundo islámico euroafricano el influjo almoravide apagaba el desarrollo cultural con su intolerancia, en los reinos cristianos se avivaba el rescoldo de los fuegos intelectuales que surgieron

en Córdoba durante el Califato y en las cortes de los reinos de taifas. En Valencia, el espíritu cultural del rey Gádir fué sostenido por la protección que el Cid le otorgó. En Zaragoza, a donde emigraron gran número de mozárabes, huyendo de las persecuciones dirigidas por los ulemas durante la dominación almoravide, la protección que les dispensó Alfonso I de Aragón, sostuvo y acrecentó el cultivo de las ciencias, continuado por los mudéjares y los muzárabes allí refugiados. Pero fué en Toledo donde Alfonso VII otorgó mayor protección al desarrollo intelectual de la cultura, mediante la organización dada por el arzobispo Raimundo a la escuela internacional que allí se creó, con investigadores y traductores hispanos, tanto cristianos como moros y judíos, y con los que acudieron de diversos países circunmediterráneos y ultrapirenaicos. Toledo sustituyó, en el orden intelectual, al antiguo foco del califato cordobés.

La Escuela toledana del siglo XII recibió, a mediados del XIII, impulso y resurgimiento extraordinario bajo los decididos auspicios de Alfonso X, que no se limitó a otorgar la protección y favor, sino que fué el rey en persona su más esclarecido investigador y su más fecundo colaborador, director y eje del gran desarrollo que alcanzó la ciencia hispana, cuyos resultados y producciones se transmitieron y difundieron por el mundo intelectual de los reinos cristianos europeos y por el mundo musulmán de los países asiáticoafricanos. Por tal labor intelectual y conocimiento de todas las ciencias de entonces, Alfonso X mereció la denominación de Rey Sabio; labor intelectual que compensa su desdichada actuación como político y gobernante de su reino. Contribuyó a la difusión de la cultura, la orden real que dispuso que los contratos, que antes era preceptivo se escribieran en latín, como lengua docta, se hicieran, a partir de 1283, en idioma castellano; generalizándose desde entonces los libros y escritos en romance.

«No puede pensarse que de repente surgiera en Castilla una cultura sin precedentes. La época alfonsina, sin restar méritos al Rey Sabio, tiene sus comienzos en los años fernandinos. Cuanto más se estudian éstos, el conocimiento se hace más firme de que, en germen, todos los progresos culturales, legislativos y artísticos del reinado de Alfonso X deben buscarse en el de su padre» (Antonio Ballesteros, 1948).

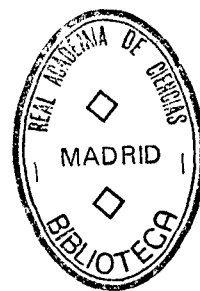
Entre las producciones de orden científico destacan las pertinentes a Astronomía, tales como las «Tablas Alfonsinas», en colaboración con los judíos Jahuda Mosca y Rabisag. «El Astrolabio redondo y el llano», por el último de los citados. «Ochava Sphera o Libro de las Estrellas fijas» traducción del árabe. «Tratado de las Armellas», por Azarquiel; traducción así mismo del árabe. El meridiano de Toledo, en la época

de Alfonso X, era reconocido como universal, al modo que ahora el de Greenwich; escribiéndose las célebres «Tablas Alfonsinas», reformando el Almagesto de Tolomeo; tablas de uso general en Europa hasta entrado el Renacimiento.

La historiografía adquirió desarrollo, señalándose dos obras muy importantes: «Estoria de Espanna» y la «Grande e General Estoria». Como obra literaria, es notable las «Cantigas de Sancta María», varias de las cuales están acompañadas de música. Es interesante, en el orden de los juegos de ingenio, el Libro del Ajedrez y de las Tablas. Alfonso X creó en Sevilla la escuela denominada «Estudio de latín y arábigo», en 1254, y en Murcia, una «Escuela de Filosofía», regida por Mohamed el Ricoti. Del tiempo de Alfonso X es la traducción de los apólogos morales, en árabe, de Abdalá-Ben-Almocafá, de hacia el año 750, «Calila et Dimnos» y el «Libro de los Engannos et los Asayamientos de las mugeres», del indio Seudabar, traducidos al castellano, del tipo de los cuentos de «Las mil y una noches».

Se señala en esta época, en el conjunto del ecúmeno, y especialmente en la parte occidental euroafricana, una inversión respecto a los dos tipos de cultura mediterránea: la cristiana y la mahometana. Esta última en el período de los siglos IX al XI, sobrepasó en intensidad y difusión a la cristiana, que degeneró; conservándose sus restos y tradiciones, principalmente en el asilo cultural de los monasterios y en los escritos de los padres de la Iglesia. La cultura musulmana, que alcanzó su máximo esplendor en el califato cordobés, al llegar a la época que se analiza, se estabiliza y no progresa, no avanza, se estaciona. Por el contrario, la cultura cristiana resurge de lo antiguo, progresa, adelanta y adquiere formas nuevas. Brota, al modo de las plantas bulbosas en la primavera, emitiendo foliación y florescencia, a expensas de las materias acumuladas en el bulbo; no naciendo, puesto que estaba viva, sino originando renacimiento floral y fructífero.

Tal movimiento cultural progresivo es general a todo el conjunto occidental y central europeo, y tiene como una de las áreas focales de mayor intensidad, la península italiana y los territorios cristianos que circundan al Mediterráneo Occidental, y como centro de enlace y coordinación, al pontificado. La Hispania cristiana en tal resurgimiento cultural, desempeñó una acción de la más grande importancia, que consiste en esclarecer e incorporar al acervo común de la cultura europea la labor y la obra científica realizada por los musulmanes y judíos. En tal función son figuras representativas del movimiento cultural en avance: Alfonso VI, el Cid, Alfonso VII, Jaime I de Aragón y Alfonso el Sabio.



A partir de este último, Hispania se divide en dos conjuntos culturales, que comprenden: El geográficamente más extenso, el de los reinos cristianos. El menor, el de la cultura musulmana, que, después de Alfonso XI, queda limitado al dominio de las serranías Béticas, en el reino moro de Granada. El conjunto mayor es de cultura dinámica, en avance; el menor, de cultura estática, en reposo.

A partir de Alfonso X, la producción literaria, histórica y científica, no se interrumpe.

Fundación de Sancho IV son los «Estudios de Alcalá», en 1293. Del infante don Juan Manuel (1282-1348), es «El Conde de Lucamor» y diversas obras perdidas, interesantes, a juzgar por los títulos. Del siglo XIV es la traducción al castellano de la denominada «Crónica del moro Rasis», escrita en árabe en el siglo X. De la segunda mitad del siglo XIII y comienzos del XIV son los escritos del mallorquín Raimundo Lulio. En la literatura de carácter popular del siglo XIII destaca Gonzalo de Berceo, con sus bellas e ingeniosas composiciones poéticas, de los milagros de la Virgen y de los santos. En ciencias fisiconaturales y en medicina, destacan el catalán Arnaldo de Villanova, el más famoso médico del siglo XIII, formado en la Escuela de Medicina de Montpellier, la cual fué creación y trasplante de discípulos musulmanes de la de Córdoba. Como anatómico y oculista, se señala al rabino de Lérida, Cresques Abiadar, que, en 1468, operó de las cataratas, con completo éxito, al rey de Aragón y de Navarra, Juan II, que contaba entonces setenta años de edad.

De esta época es el progreso creciente de la cultura y de los prestigios y privilegios de las Universidades, existiendo tres principales en los países del Mediterráneo Occidental: Bolonia, París y Salamanca. Universidad hispana de esta época, es también la de Coimbra, por traslado de la de Lisboa, fundada por el rey don Dionís en 1277. De fecha de 1337 es la fundación, por el Cardenal Gil de Albornoz, del Colegio Español de Bolonia, con cuatro capellanes y treinta colegiales; institución que funciona al presente adscrita a aquella Universidad. En las Universidades se forma una nueva clase social, que adquiere prestigio por su saber y desarrollo intelectual, ejerciendo influjo como funcionarios y asesores en la organización y dependencias del Estado.

La época de los Trastámara, en los siglos XIV y XV, tanto en Castilla, como en Aragón y Cataluña, se señala por el desarrollo de la cultura literaria. En Castilla, tienen carácter popular las composiciones poéticas de Juan Ruiz, arcipreste de Hita, a mediados del siglo XIV, con su «Libro del buen amor», su Trota conventos y la lucha entre el Car-

naval y doña Cuaresma, por los datos que contiene respecto a alimentación y costumbres de la época (figs. 172 y 173).

En el siglo xv el florecimiento literario es intenso, destacando Jorge Manrique, el Marqués de Santillana, etc. Publicista, extraordinariamente fecundo, fué Alfonso Tostado, universitario de la primera mitad del siglo xv. En Aragón y Cataluña se desarrolló la poesía, de

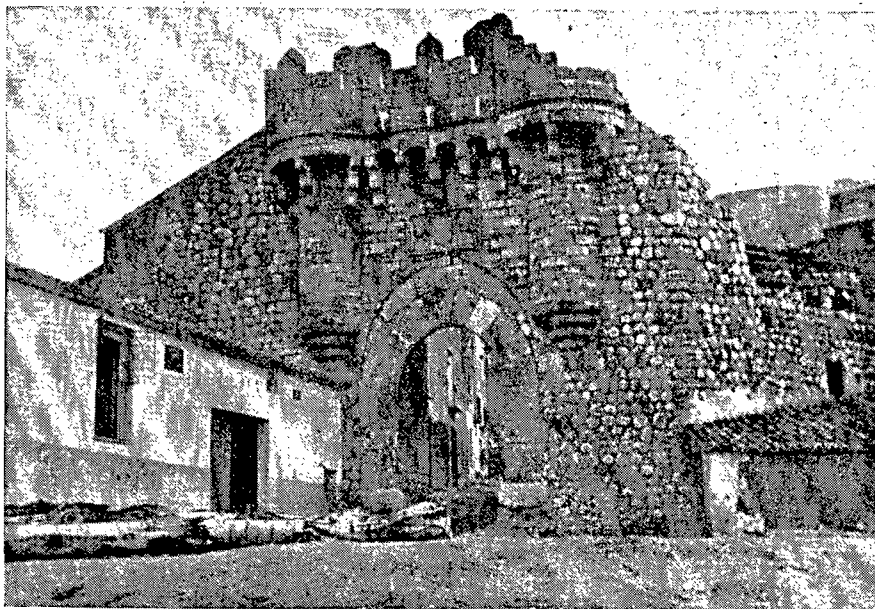


Fig. 172.—Puerta de la villa de Hita (Guadalajara).

(Foto Hernández-Pacheco.)

orígenes provenzal e italiano; protegiéndose en las cortes a los trovadores, al modo como en las moras de siglos anteriores, era ornato y gala la protección a los poetas, cuyo influjo trasciende a la masa general del país.

Del final de la época que se analiza, fué la publicación en España de los libros de caballería, tales como el «Amadís de Gaula», literatura de aventuras fantásticas y prodigiosas, que tuvieron gran aceptación en una época de costumbres caballerescas, tipo de literatura que perduró mucho tiempo.

En la época de los Trastámara se origina en la indumentaria, en la habitación y en las edificaciones, gran suntuosidad, lujo y moda, que desde las ciudades italianas se difunde por el ámbito europeo, ocasionando gran desarrollo del arte en sus diversas manifestaciones. Análo-

gamente se desarrolla la pintura en los retablos y en las miniaturas de los códices, de tan gran interés respecto a datos de indumentaria y costumbres de la época. En la arquitectura, el estilo gótico adquiere su máxima expresión en las construcciones de tipo religioso (fig. 174). En



Fig. 178.—Peña del Arcipreste de Hita, en la Sierra de Guadarrama, considerada monumento natural en homenaje al poeta Juan Ruiz, de mediados del siglo xiv.

(Foto Hernández-Pacheco, octubre 1930.)

la edificación civil, las viviendas presentan desenvolvimiento extraordinario comparado con la sencillez y rudeza de épocas anteriores; el exterior es de carácter macizo, sin más hueco que la puerta de entrada; el piso alto con ventanas espaciadas más o menos ornamentadas. En las casas de mayor categoría, es característico la gran portalada con escudo heráldico labrado en piedra; torres y crestería o alero saliente (fig. 175).

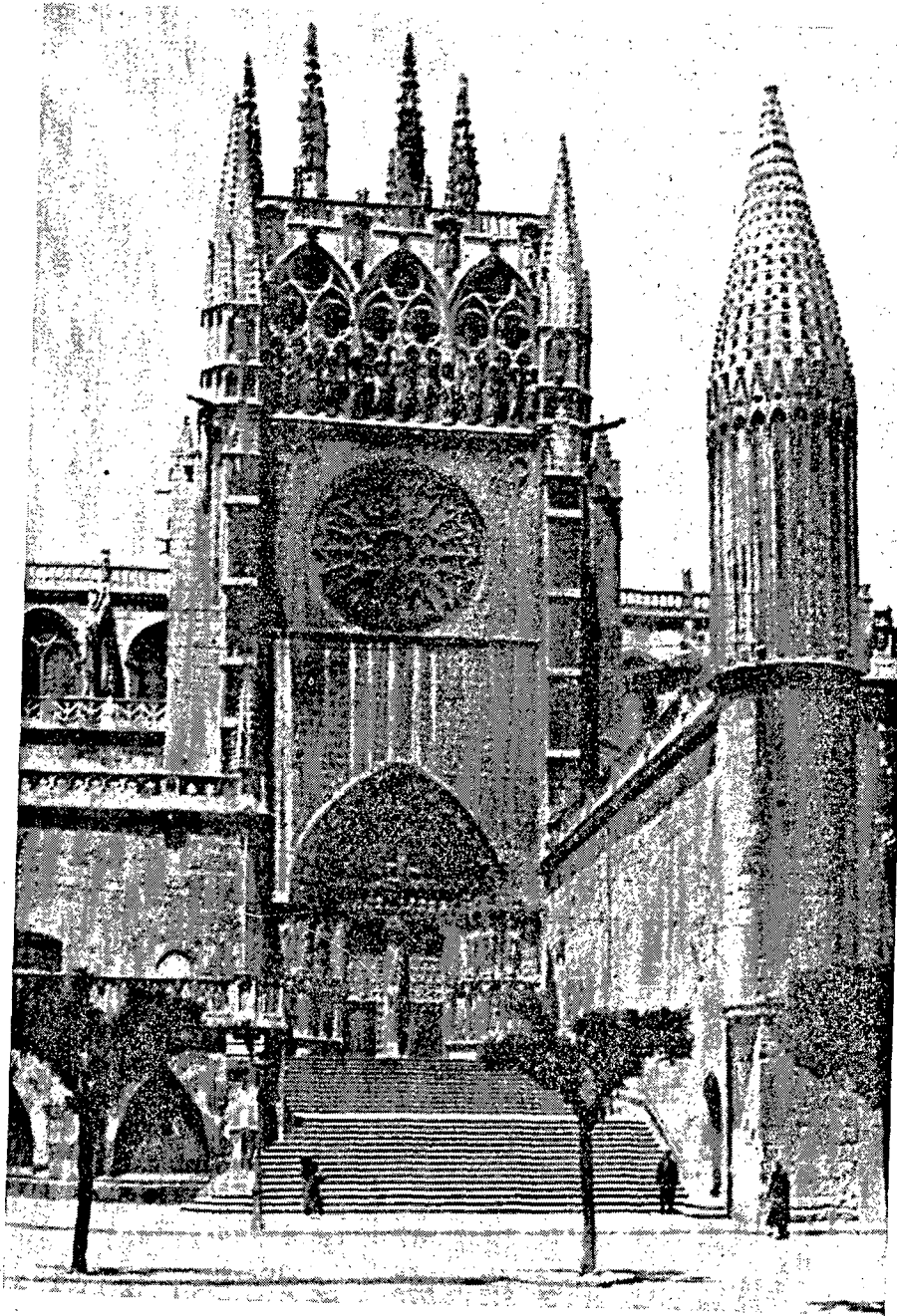


Fig. 174.—Fachada lateral de la Catedral de Burgos.

(Foto Hernández-Pacheco.)



Los dos tipos arquitecturales son el gótico y el mudéjar; especial, el último, de España, por alarifes moros, estilo en el que interviene, como principal material de construcción, el ladrillo formando relieves y dibujos ornamentales, y también en los interiores el yeso en alicatados, y los azulejos (figs. 176, 177 y 178).



Fig. 175.—Casa del Sol (Cáceres).

(Foto Javier.)

Por la misma época de mediados del siglo XIV es el gran progreso en la construcción y arquitectura civil en Granada, según la descripción que de ellas hace la crónica: «Los señores de Granada hicieron también obras en sus moradas y se llenó la ciudad de casas altas y bien hechas con muchas torres de alerce maravillosamente labradas y otras

de piedra con lucientes capiteles de metal, y dentro de las casas, grandes salas frescas y pequeños aposentos de menudas labores, y las paredes y techos de oro y azul, y también los suelos de las casas labradas de piezas menudas de azulejos, al estilo de obra mosaica, y en las de los grandes señores con hermosas fuentes de agua clara que las hace

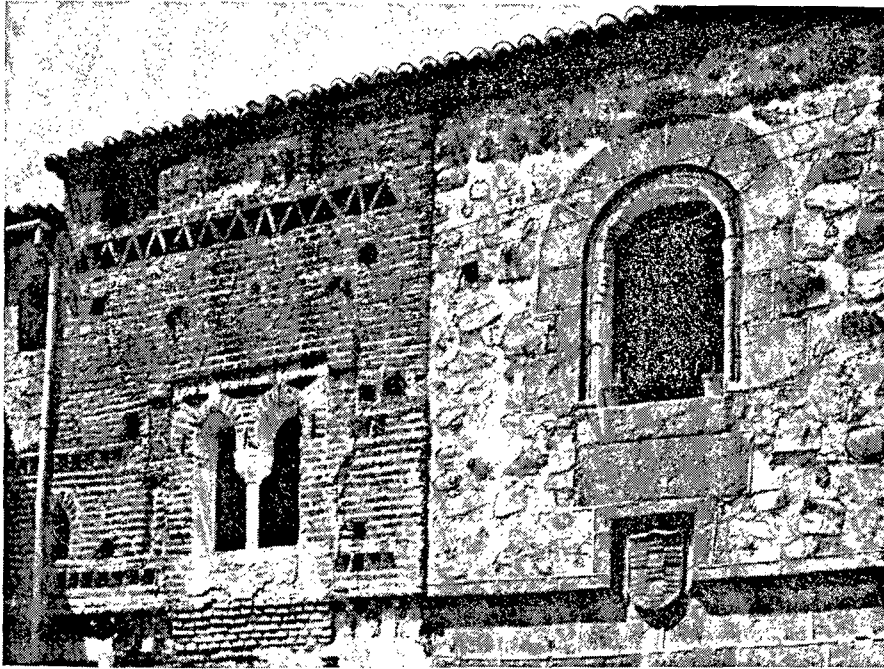


Fig. 176.—Casa mudéjar y otra gótica en la parte antigua de la ciudad de Cáceres  
(Fotó Javier.)

más frescas; todo este esmero de arquitectura era de moda en su tiempo, y así fué Granada, en sus días, como taza de plata llena de jacintos y esmeraldas» (figs. 179 y 180).

El período histórico que se analiza, no es de grandes guerras contra elementos extrapeninsulares; únicamente el reino de Aragón sostiene casi constante polémica, frecuentemente con las armas, contra Francia por el dominio de los territorios insulares del Mediterráneo Occidental. Respecto a la lucha tradicional entre moros y cristianos, hay una casi estabilización de posiciones entre el reino castellano y el granadino, que son de fronteras amplias e inestables; problema que no era de interés directo para los otros reinos hispanos. Esta remisión del belicismo se manifiesta en la construcción o modificación de los castillos, los cuales adquieren características de más ornato y de habitabi-

lidad como mansión campestre, sin perder el tipo castrense y defensivo, que presentan incluso las edificaciones urbanas, con torreón y matacán sobre el portalón de entrada (figs. 181 a 184). Transcurre, pues, el período con pocas contiendas exteriores, pero con lucha inte-

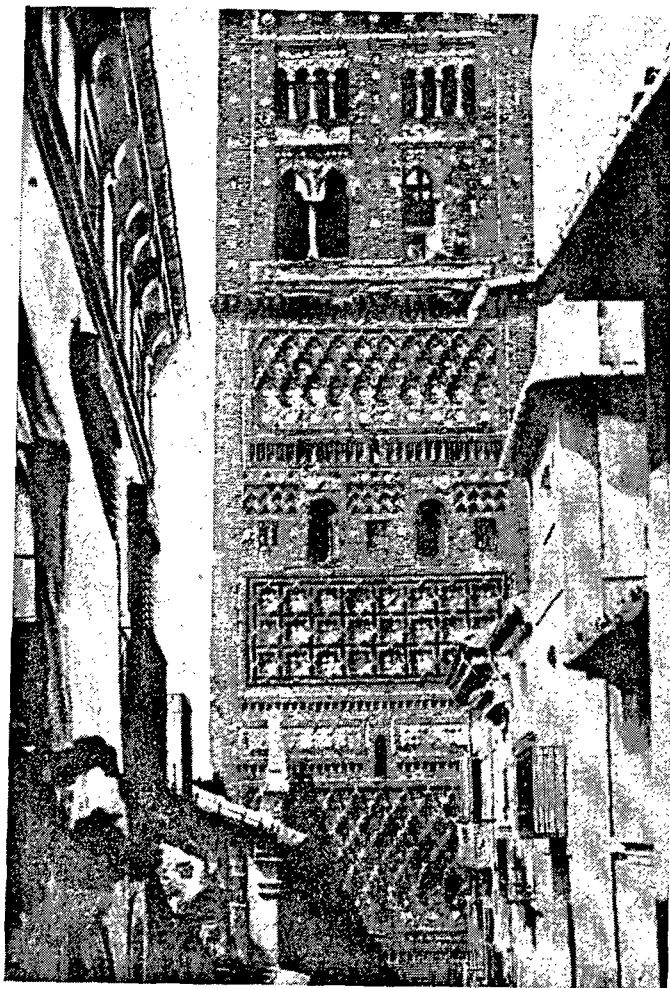


Fig. 177.—Torre mudéjar de Teruel.

rior constante entre los elementos sociales constitutivos del Estado; especialmente entre la díscola nobleza, por adquirir el control y la dirección del gobierno. Tales discordias se concretan en un bando contra otro; como «agramonteses» y «beamonteses» en Navarra, a mediados del siglo xv, adictos los primeros al rey Juan II; afectos los segundos al príncipe de Viana. Pero cuando es un valido el que posee el favor

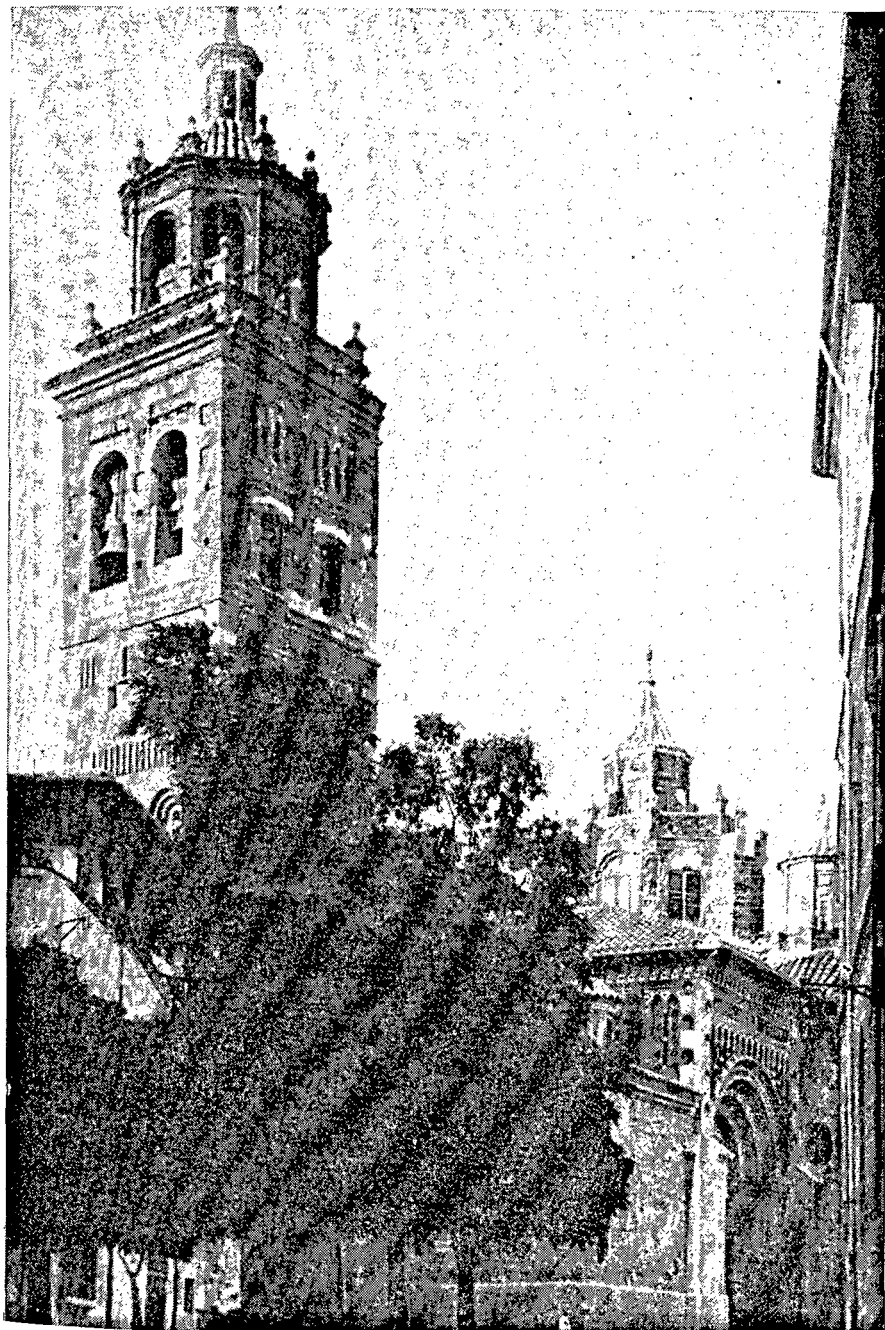


Fig. 178.—Iglesia de estilo mudéjar en Teruel.

(Foto Hernández-Pacheco, 1924.)

real, se suelen unir los grandes señores contra él; como es el caso de la lucha contra el estadista don Alvaro de Luna durante el reinado de Juan II de Castilla (1406-1453).

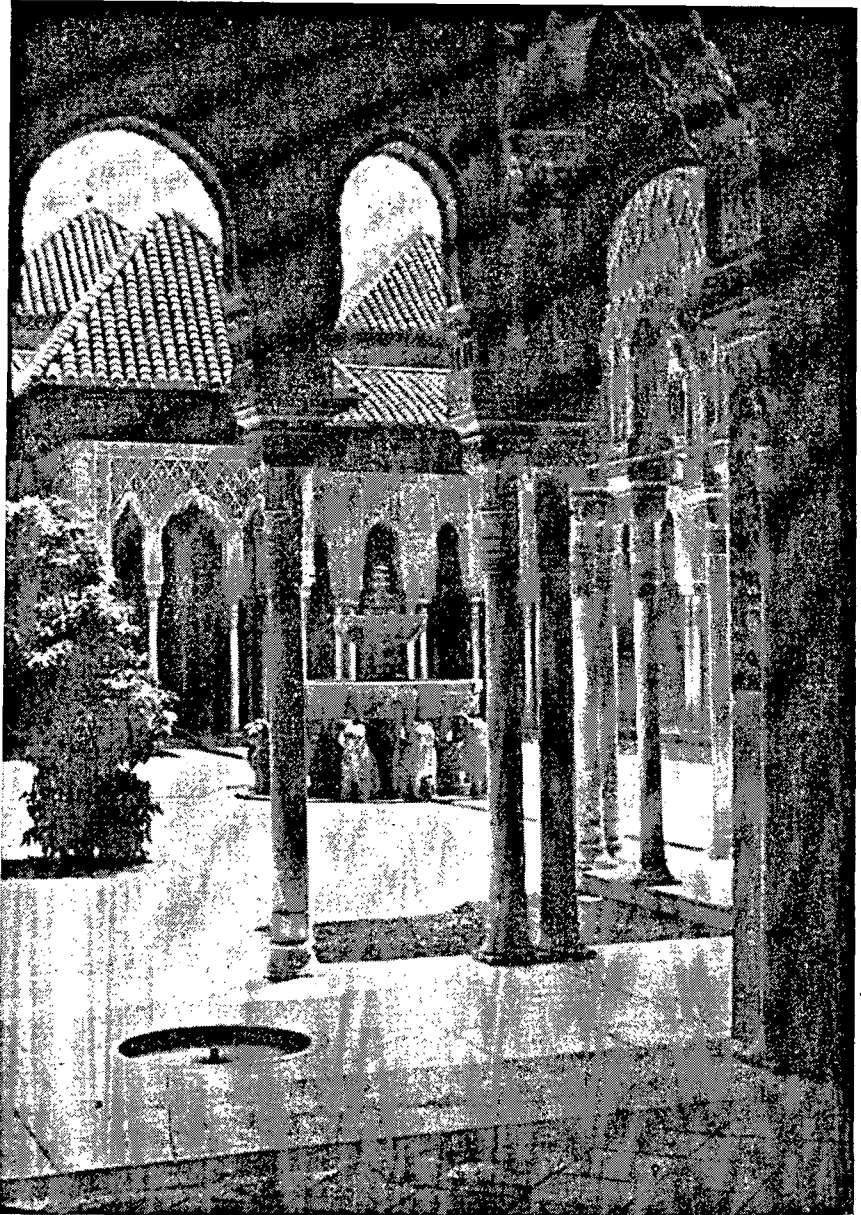


Fig. 179.—Interior de la Alhambra de Granada. El Patio de los Leones.

*(Foto Hernández Pacheco.)*

Entre los elementos constitutivos del Estado: monarquía, iglesia, nobleza y pueblo, la institución real establecía el enlace y representaba a la nación y ejercía el poder. En Aragón le controlaba el justicia, constituyendo el conjunto de la monarquía Aragón, Cataluña, Valen-

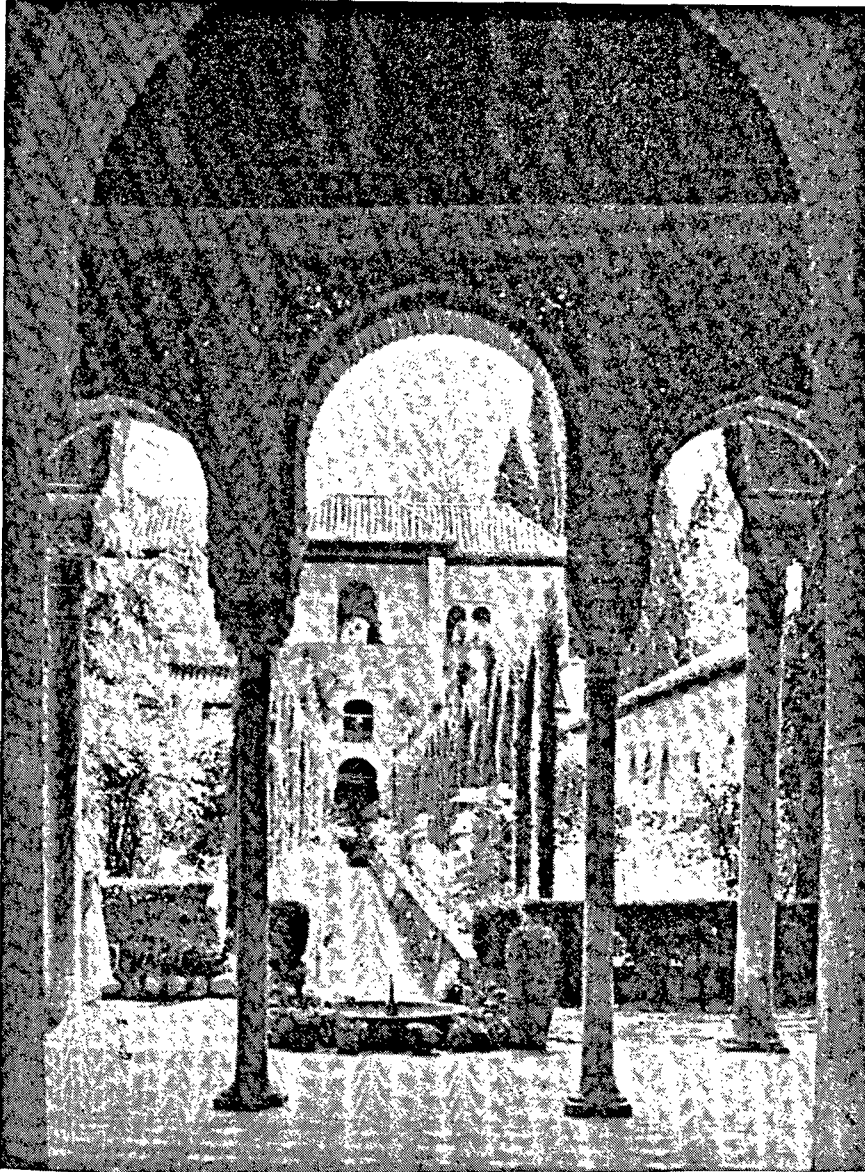


Fig. 180.—Patio del Generalife de Granada, con setos recortados de arrayán.

(Foto Hernández-Pacheco, 1935.)

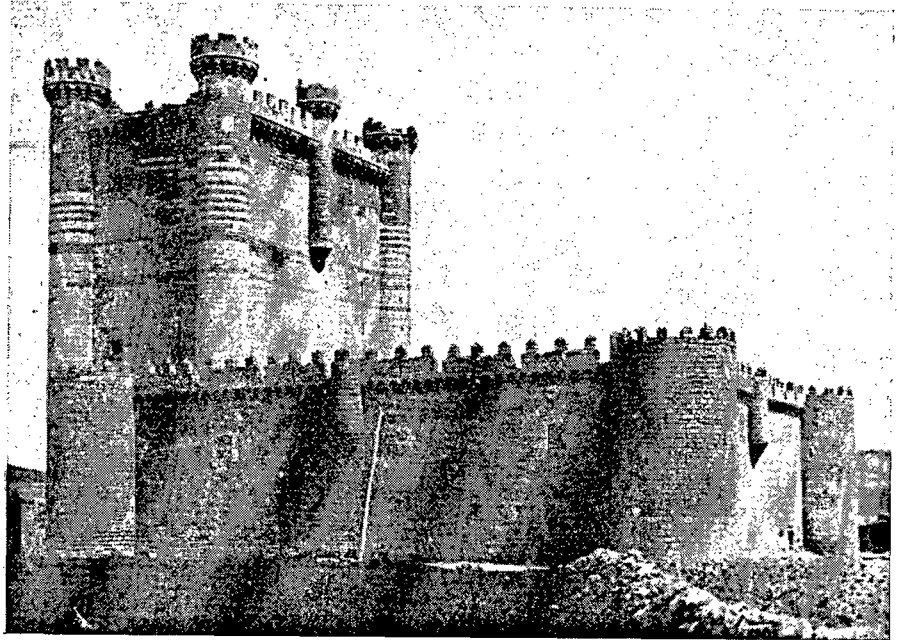


Fig. 181.—Castillo de Fuensaldaña (Valladolid).

*(Foto Hernández-Pacheco.)*

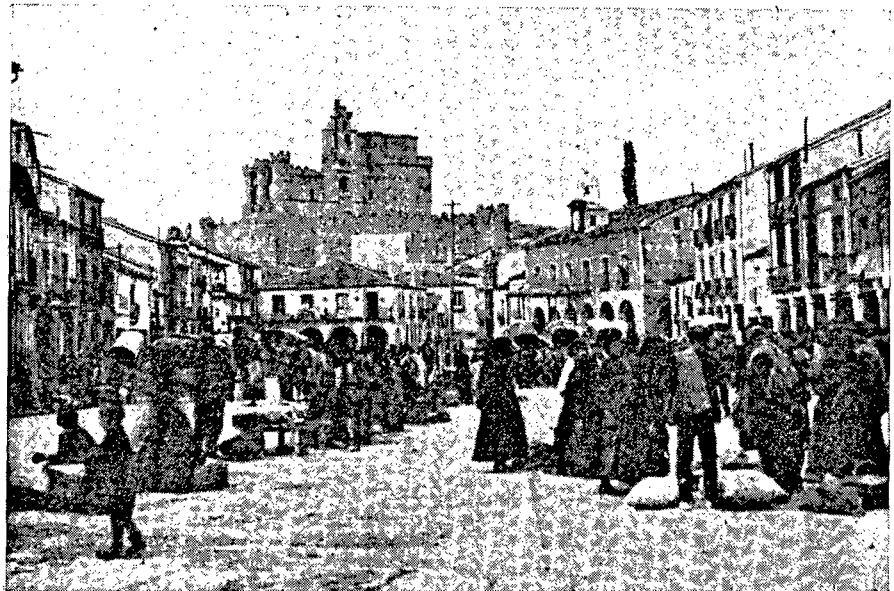


Fig. 182.—Plaza de Turégano (Segovia). Al fondo el castillo.

*(Foto Hernández-Pacheco, 1928.)*

cia y Mallorca, con sus especiales constituciones de organización política. En las Cortes aragonesas formaban grupo cada una de las cuatro regiones mencionadas que integraban: la corona de Aragón, con sus puestos determinados; a la derecha del rey los representantes aragoneses y valencianos; a la izquierda, los mallorquines, y enfrente,

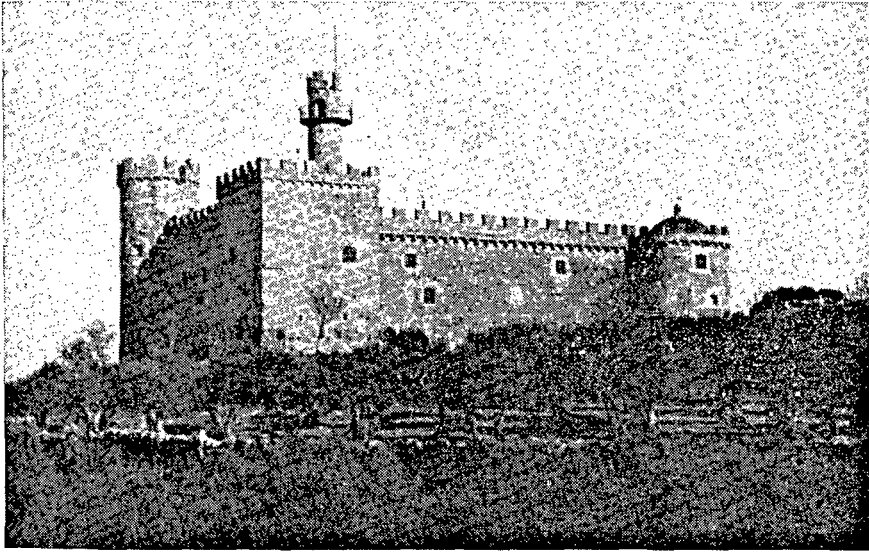


Fig. 183.—Castillo de las Herguijuelas, junto a la calzada romana y carretera de Mérida a Cáceres, inmediato al río Salor, entre Cáceres y Aldea del Cano.

(Foto Hernández-Pacheco.)

los catalanes, pronunciándose el discurso de la corona en catalán, y la respuesta, en el castellano que se hablaba en Aragón. En Castilla eran únicamente las Cortes la institución que limitaba la autoridad real. La entrada del Estado llano, o sea del pueblo, en las Cortes, con representantes de los Concejos o Municipios, data en España del siglo XII; en Inglaterra no lo fué hasta comienzos del XIII, y en Francia a principios del XIV.

Costumbres propias de la época eran en las Cortes y mansiones señoriales, la atención que se concedía a las fiestas, en las que intervienen la poesía y la música, la suntuosidad y el lujo. Destaca en tales respectos la corte de Juan I de Aragón (1387-1395), con las suntuosas excursiones campestres de cetrería, las brillantes fiestas palatinas y los certámenes literarios y poéticos, creándose la institución de los Juegos florales. Corte también de aficiones caballeresca y de reunión de literatos y poetas, fué la de Juan II de Castilla, en la primera mitad del



siglo xv, dejando el rey los negocios del Estado en manos del favorito don Alvaro de Luna.

Costumbre general de las clases altas de la sociedad fueron, en este período histórico, los torneos y combates deportivos caballerescos, como el titulado «Paso honroso de Suero de Quiñones», gentil y apuesto jinete, diestro en el manejo de las armas, que, en 1434, se comprometió

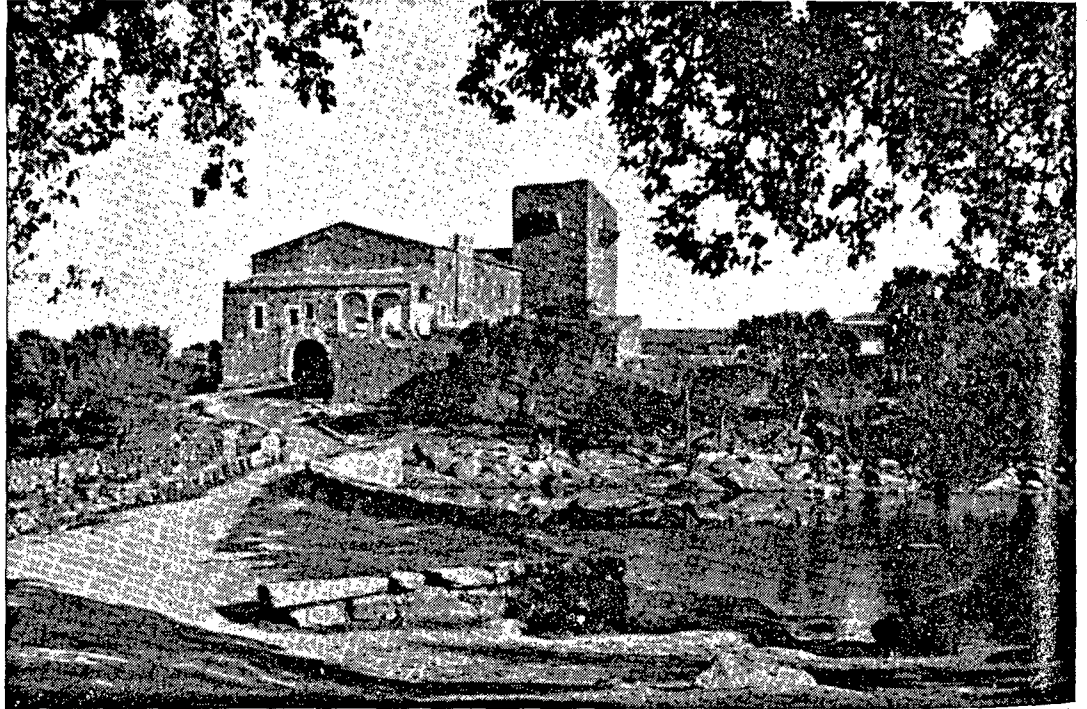


Fig. 184.—Torre y casa fuerte de Bencali, próxima a la calzada romana y carretera, entre Casas de Don Antonio y Aldea del Cano (Cáceres).

(Foto Hernández-Pacheco.)

a defender el paso por el puente de Orbigo, con otros nueve compañeros, durante quince días, acudiendo muchos caballeros a la singular fiesta y realizándose múltiples combates deportivos, rompiéndose muchas lanzas de defensores y acometedores del paso.

En el reino moro de Granada existían costumbres semejantes; como ocurrió en el reinado de Mohamad V (1362-1391), diciendo la crónica respecto a la boda del príncipe Abu-Abdalá-Yusuf: «Con este motivo se celebraron justas y torneos y muchas gentilezas de caballería, y en ellas entraron caballeros de Africa, Egipto y de España y Francia (en tiempos de Enrique II de Trastámara), que todos tenían seguro del

rey Mohamad, eran honrados en su corte y estaban hospedados en el fondac de los Genoveses, y otros en casas particulares de caballeros.»

«Mientras vivió Yusuf III (1408-1425), hubo siempre paz con los cristianos y su corte era el asilo de los caballeros agraviados de Castilla y de Aragón; allí iban a tratar sus desavenencias y le hacían su juez, y les daba campo para sus desafíos y combate de honor, y era tan pacificador que solía darles campo, y apenas principiada la lid, dábanlos por buenos caballeros y los hacía tornar amigos y salir juntos y honrados de su corte; por lo que de propios y extraños era muy amado Yusuf y en especial de la reina madre de Castilla, con quien mantenía correspondencia y se hacían mutuos presentes cada año.»

Las fiestas y género de vida de las clases populares de los reinos peninsulares cristianos se conocen por las disposiciones pertinentes a los gremios y hermandades y por las reglamentaciones que se intentaban (acatadas y no cumplidas) respecto a reglamentación en la suntuosidad de la indumentaria y de las costumbres. Semejante era el caso en el reino moro de Granada. El alchatif y cronista Assalami dice a este propósito, refiriéndose a las disposiciones dadas queriendo reglamentar las costumbres granadinas, en tiempos de Yusuf-ben-Ismael (1333-1354): «La celebración de las dos pascuas; de la alfitra o salida del ramadán, y la de las víctimas o fiesta de carneros, en una y otra se habían introducido profanidades y locuras mundanas y andaban las gentes como locas por las calles, echándose aguas de olor y tirándose naranjas y otras frutas, y andaban tropas de mozos y bailarinas con estrepitosas zambras por todas las calles; prohibió los desórdenes, y mandó que se celebrasen con alegrías vistosas, con limpias y preciosas vestiduras, como cada uno pudiese, con flores y perfumes aromáticos por honra de las pascuas.» «En las fiestas de las buenas fadas para poner nombre a los recién nacidos, en que se juntan los parientes, y en las bodas y otras fiestas de familia permitía que hubiera zambras alegres y decorosas y que las walimas o convites fuesen opulentos, pero con discreción y sin abusos de embriaguez ni de otras vanidades y costumbres viciosas, porque había mucha licencia en tales fiestas.»

#### DESARROLLO AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y COMERCIAL EN LOS SIGLOS XIV Y XV

Con el intenso y rápido avance de la reconquista de los territorios moros de las zonas meridionales de la Península, la distribución demográfica hispana se modificó respecto a la que existía antes de tales acontecimientos; pues era regla general, al ocupar los cristianos los terri-

torios y las plazas, que los vencidos las abandonasen, y los terrenos en cultivo y los edificios públicos y de particulares, pasaran a poder de los conquistadores; transformándose las mezquitas en templos cristianos, y repartiéndose tierras y casas a los nuevos ocupantes; adjudicándose extensos territorios a las Ordenes Militares, a los grandes señores y caudillos cristianos y casas y heredades a los mesnaderos y repobladores cristianos. El reparto de tierras conquistadas a los moros era, aparte de la soldada, el principal aliciente y lo que más satisfacía a las tropas, que tenían la perspectiva de convertirse en propietarios en los territorios recuperados.

Esto ocasionaba intensa emigración de los desposeídos a otras regiones moras consideradas más seguras y alejadas del peligro de la conquista. Así, las serranías meridionales, o sea el reino moro de Granada, aumentó mucho en densidad de población. Pero como, a su vez, Castilla y las zonas centrales y septentrionales de la Península no tenían exceso demográfico, el gran valle Bético por el que avanzaba la reconquista, quedaba deficientemente poblado; originándose frecuentes conflictos por deficiencia de habitantes, como fué el caso de Córdoba, entre otros.

Este inconveniente se corrigió, en parte, permitiendo a los vencidos que continuasen en su residencia con los cristianos, constituyendo la clase de los mudéjares, equivalente a la que antiguamente constituía los mozárabes cristianos entre los musulmanes. Como fenómeno de reflujo, se originó otro movimiento migratorio, de menor intensidad, desde los territorios moros hacia los cristianos, aumentándose la clase de los mudéjares con artesanos y, entre los agricultores, con hortelanos, desde el ámbito de la morería al de la cristiandad; destacando entre tales emigrantes mudéjares, que encontraban con sus oficios medios de vida, los alarifes, albañiles, alfayates, tejedores, etc. Los judíos, de tan especiales aptitudes de adaptación a vivir entre otros pueblos extraños, persistían, en simbiosis económica, con moros y cristianos.

En el desarrollo agrícola, continuó la superioridad técnica de los moros sobre los cristianos. En las grandes vegas intermontañas de las serranías Béticas, desde las de Ronda hasta el valle del Almanzora, en Almería, por el del Genil, en Loja, Alhama y Granada, Guadix y Baza, y en los litorales de Málaga, Motril y Albuñol, el plantío y los cultivos especiales de regadío continuaron prósperos. En el litoral meridional del Algarve, en la hoya de Murcia, en las vallonadas alicantinas y en la plana costera valenciana, los cultivos hortícolas por cultivadores mudéjares, tampoco degeneraron, sino que cuando acontecimientos políticos alteraron el país, como en el caso de la insurrección

valenciana antes referida, la expansión forzada de moros de este país, produjo, según se ha dicho, la colonización y explotación agrícola de La Mancha, por la zona de Montearagón y del Júcar.

En el gran valle Bético puede suponerse que, desde esta época, se produciría degeneración agraria, por el incremento del latifundismo, consecuencia de la reconquista, de la inmigración granadina y de la protección a la ganadería extensiva, en perjuicio de la agricultura de plantío; predominando en las llanuras béticas el cultivo cerealístico. El mismo caso sería el de las vegas del Guadiana, en Extremadura, en donde, según se ha relatado, existían los extensos sotos selváticos de Cobillana y Lobón, que constituían montes de caza del ciervo y del jabalí. En las planicies castellanas, el régimen agrícola no experimentó gran variación, siendo el cultivo cerealístico casi el exclusivo, y el compatible, sin grandes inconvenientes con la ganadería extensiva, mediante el aprovechamiento de las rastrojeras en época de verano, en que el yerbazal se seca por efecto del clima xerofítico. Respecto a las zonas septentrionales, de clima higrofitico con lluvias de verano y campos verdes todo el año, no les había llegado su hora de transformación agrícola, que fué mucho después del descubrimiento de América, con los nuevos cultivos del maíz y de la patata, de procedencia americana.

Teniendo en cuenta lo expuesto, y prescindiendo de las extensas zonas de bosque y matorral, tan claramente señaladas en el «Libro de la Montería», de Alfonso XI, se repartía el conjunto peninsular en dos grandes zonas agrícolas: Una, la cerealística, propia de las extensas planicies, y, en parte, de las penillanuras occidentales de Extremadura y el Alentejo, en las que el plantío era accidental. Otra, de plantío, en secano o regadío, en la que el olivo, de duración multiseccular, era, y es, el árbol preponderante, con el cultivo cerealístico como complementario. Zona que comprendía: el reino moro de Granada; el Levante; la zona atlántica portuguesa, entre Tajo y Duero, y el Algarve litoral.

Avanzada la reconquista, había cuatro causas principales que frenaron el desarrollo agrícola de Hispania, principalmente en el dominio castellano que se extendía de mar a mar, del Cantábrico al Atlántico del Sur peninsular, con salida al Mediterráneo por el reino de Murcia. Estas cuatro concausas eran: *a*), la deficiente densidad de población; *b*), el exagerado latifundismo; *c*), la protección estatal excesiva a la ganadería extensiva; *d*), el sistema tributario, que cargaba casi por completo sobre el estado llano, al que pertenecía la clase labradora. Respecto a la primera, se ha indicado el movimiento migratorio que se produjo; sin que fuese justificado por exceso demográfico, continuando, próximamente estacionaria, la población hispana, pues nada hay en

relatos históricos que indiquen variación importante en tales respectos. En relación con la densidad de población sobraba tierra.

La segunda causa que detuvo el avance agrícola, fué el incremento extraordinario del latifundismo, adjudicándose a las Ordenes Militares territorios de extensión desmesurada, comprendiendo villas y lugares con las campiñas en que se asentaban; tales como los denominados Campos de Calatrava, en el Sur de la penillanura y gran parte de la llanura occidental de La Mancha, que corresponde actualmente a la provincia de Ciudad Real. A la Orden de Santiago se adscribió gran parte de Extremadura Central, entre Tajo y Guadiana. A los grandes señores que con sus mesnadas contribuían a la conquista, se les asignaba, asimismo, extensos territorios, comprendiendo villas y lugares. En esta época los Concejos municipales solían acudir, con sus fuerzas concejiles, a la guerra, y los municipios libres, que dependían de la corona, estaban dotados de latifundios comunales; figurando como tales las dehesas boyales, en las que pastaban libremente las reses vacunas y caballerías de los vecinos del concejo, poseyendo también dehesas de propios, las que se dividían en lotes de cultivo temporal entre los vecinos, al llamamiento de la campana concejil; pero como los aprovechamientos de yerbas del barbecho y las rastrojeras correspondían a la ganadería, solía haber lucha entre ganaderos y labradores, respecto a la épocas de entrada y salida de los ganados en las tierras cultivadas; y como, por otra parte, el dominio de los lotes era temporal, no había estímulo para realizar mejoras en ellos. A veces se producían disturbios y rebeldías contra los señores poseedores de las tierras. Tal origen tiene la fundación de Villa Real (que ahora se denomina Ciudad Real) por Alfonso X; villa que al depender directamente de la corona se defendió bravamente y con éxito de los ataques de la Orden de Calatrava (fig. 185).

El principal obstáculo que impidió el desenvolvimiento próspero de la agricultura castéllana, fué la exagerada protección que se otorgaba a la ganadería extensiva, y las abusivas leyes protectoras de la Mesta y de la trashumancia de ganados. Alfonso X, en 1278, y Alfonso XI, habían otorgado grandes privilegios a la Mesta, prohibiendo se cercaran los predios rústicos para que el ganado lanar pastase libremente; ganadería lanar que constituía grandes y numerosos rebaños, propiedad, en su mayor parte, de grandes señores. La ganadería vacuna estaba más difundida en la masa popular y en la clase labradora, que la alimentaba en las dehesas boyales, en vacadas formadas por el conjunto de reses de los diversos vecinos del concejo. Los labradores se defendieron con resistencias pasivas, pero diversas ordenanzas volvieron a

prohibir los cercados y disponer el derribo de las cercas; con lo cual los plantíos no podían prosperar ante el diente de los rumiantes. Tal situación se prolongó hasta tiempos relativamente modernos, según se expone más adelante.

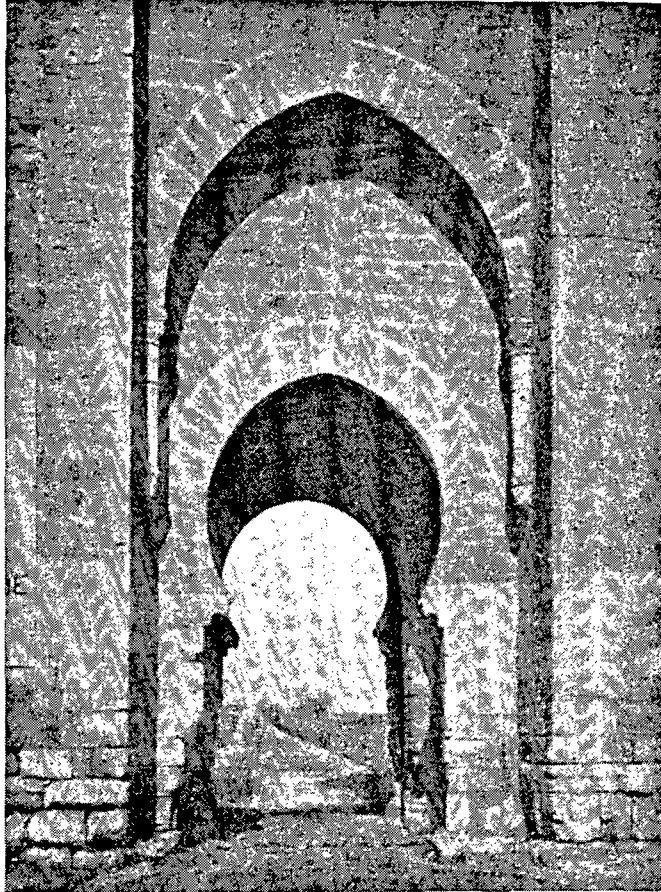


Fig. 185.—Puerta de Toledo en Ciudad Real.

La tributación y cargas del Estado, pesaban casi exclusivamente sobre el pueblo. La nobleza, la Iglesia y el clero, estaban exentos de tributación, y como la propiedad rústica, en su mayor parte, pertenecía a los grandes señores o a las corporaciones religiosas, tal exención de impuestos y tributos cargaba sobre el labrador. Esto ocasionaba que el erario público padeciera frecuente penuria; que la fortuna de alguna de las entidades mencionadas, sobrepasase a la del Estado; que el agricultor, rara vez pudiera reunir capital suficiente para la adquisi-

ción y puesta en cultivo de propiedades silvestres, y que el reino moro de Granada estuviese en situación económica superior al de Castilla, por mejor ordenación y distribución, respecto a contribuciones e impuestos públicos.

En Portugal, con diferencias en el régimen agrario respecto a Castilla, había distribución de la propiedad territorial más favorable al desarrollo agrícola. El profesor Julián María Rubio, sintetiza el impulso dado a la agricultura por el rey don Dionis (1279-1325) en los siguientes términos: «Para aumentar la producción agrícola, facilitó la distribución y circulación de la propiedad, evitando se acumulase en las corporaciones de mano muerta, y favoreciendo la creación de numerosos pequeños propietarios. Estimuló a la nobleza para que se ocupase en trabajos agrícolas, decretando que los fidalgos no perderían sus honras por ser labradores. Desecó pantanos, distribuyendo las tierras a cultivadores libres o colonos. Dió gran impulso a la repoblación forestal; de su tiempo procede el famoso pinar de Leiria.»

La industria consistía, principalmente, en artesanía con talleres familiares, constituyendo gremios cerrados, o asociaciones de los del mismo oficio, con derechos especiales respecto a categoría gremial e ingreso en la corporación; habitando generalmente, los de cada oficio, en barrio o calles determinadas, por comodidad y ventaja del conjunto; de lo cual aún se conservan vestigios en muchas ciudades. Detenía el desarrollo industrial, entre otras causas, el concepto depresivo en que se tenían los oficios manuales; de lo que es ejemplo la pragmática de mediados del siglo xv por el rey Juan II de Castilla, declarando viles determinadas profesiones y, en general, el trabajo manual.

El tipo de vida más complejo respecto a necesidades de nuevo tipo y apetencias suntuarias, creó mayor desarrollo manufacturero; contribuyendo a ello el trasplante a los reinos cristianos de las industrias mudéjares. En los tejidos de lana, hilo y seda, se advierte fabricación y hechura esmeradas y paños de diversidad de clases, indicándose como ciudades castellanas renombradas por sus paños Toledo, Segovia y Zamora. La fabricación granadina se difundía por Hispania, con especialidades en tejidos, zapatería, ebanistería, cerámica, platería, etc. Sevilla se distinguía por sus tejidos de lino y lana y por la cerámica de Triana. En Vizcaya, las herrerías eran muchas y muy desarrollada la industria metalúrgica. Dificultaba la expansión industrial por el ámbito peninsular, la existencia de aduanas entre los diversos reinos, y los impuestos interiores entre las ciudades y la generalización de la alcabala gravando la producción, los monopolios y las tasas.

En Cataluña, y especialmente en Barcelona, se originó una clase

media, que tenía su origen en la industria y en el comercio ; clase aparte de los nobles, con gran potencia económica, que de las ciudades se expansionó al campo, y que ejercía gran influjo político y social ; clase denominada de «homes honrats», que dominaba y regía el municipio de Barcelona ; burguesía acomodada, exenta de impuestos generales, pero contribuyendo en los municipales. Análoga a ella existía también en València burguesía acaudalada, equivalente en el respeto y consideración a la procedente en Castilla de la Universidad, si bien la castellana destacaba más por su cultura que por su riqueza. El desarrollo industrial y comercial de Barcelona, es conocido por el catastro de tales actividades, de 1378 ; señalándose como industria preponderante la de tejidos, como actualmente acontece.

Las actividades comerciales hispanas son en este período histórico de gran intensidad, no tan sólo en el interior peninsular, a lo que se prestaban los largos períodos de paz entre los reinos hispanos, sino también de comercio exterior con los países atlánticoeuropeos, y, especialmente, por todo el ámbito mediterráneo.

Tal desarrollo comercial, efectuado por una clase media o burguesía a la que nos hemos referido, se manifiesta por las suntuosas lonjas o casas de contratación que se edificaron en diversas ciudades marítimas e interiores, principalmente de la corona de Aragón, tales como la de Barcelona, de 1357 ; Palma de Mallorca, de 1409 ; Valencia, de 1483 ; Zaragoza, de edificación posterior, Alcañiz, etc. En Castilla se establecieron en diversas ciudades ferias anuales, a las que concurrían tratantes de las diversas regiones peninsulares, destacando por la gran importancia y fama internacional la de Medina del Campo, en el centro peninsular ; feria extremadamente compleja por la multitud de ganados, productos agrícolas y manufacturas de todas clases, durando muchos días y acudiendo negociantes y comerciantes de gran número de países peninsulares y extranjeros (figs. 186 y 187).

Importante ciudad comercial era Sevilla, con la gran ventaja de su puerto fluvial en el interior, al que llegaban las naves remontando el Guadalquivir, con el auxilio de la marea. En Sevilla se establecieron en el barrio de Francos muchas casas comerciales de diversos países europeos, especialmente negociantes genoveses. En la época que se analiza, el gran puerto atlántico de Lisboa era recalada de las naves comerciales entre el Norte y Occidente de Europa y el Mediterráneo, y en la época de las grandes navegaciones oceánicas de descubierta, puerto de partida y de llegada de las expediciones náuticas. En Vasconia, Cantabria y Galicia, en donde se originó en la época anterior la marina comercial y de guerra, existían muchos puertos pesqueros de audaces



y valientes marinos, especialmente los vascos, perseguidores de ballenas, y navegantes a lejanos mares. En 1348, los vizcaínos establecieron en Brujas la casa o bolsa de contratación, cuyo edificio aún persiste.

Las rías gallegas, tales como las de Coruña y las bahías cantábricas, adquirieron en este período gran desarrollo. Al principio de la época, San Vicente de la Barquera, cercana a Santillana del Mar, ciudad que

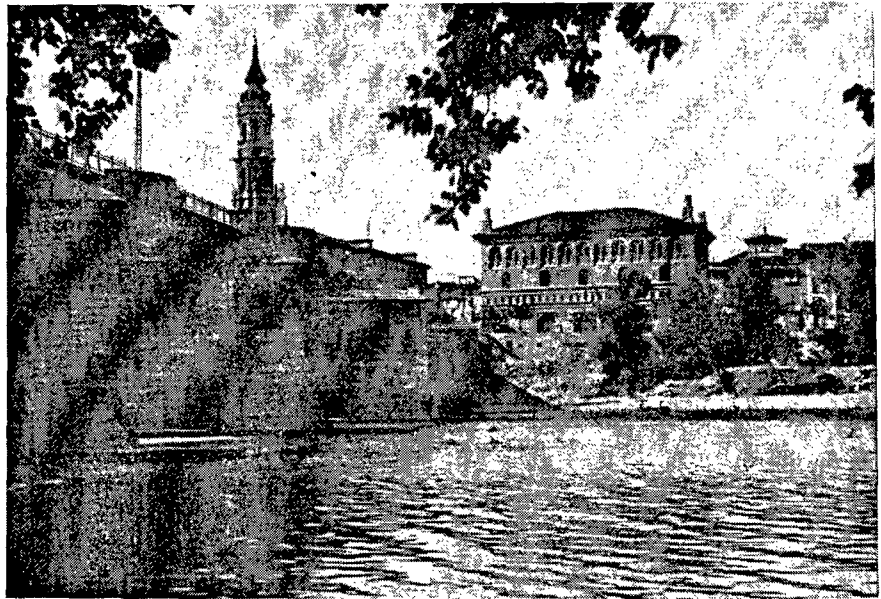


Fig. 186.—La lonja de Zaragoza.

conserva en sus antiguos edificios las características de la España medioeval (fig. 188). Este puerto fué más tarde sustituido en importancia por el de la bahía de Santander y el de Santoña, cuando el aumento de calado de las naves obligó a preferirlos.

El reino granadino adquirió asimismo gran desenvolvimiento comercial, no sólo en sus relaciones con los países cristianos de la Península, sino del Mediterráneo. A esto se refiere la crónica en los tiempos de Mohamad V (1362-1391), en la que se dice: «Durante la larga paz que tenía con todos los príncipes vecinos, fomentó las artes y la agricultura, y venían a Granada traficantes de todas partes: de Siria, Egipto, Africa e Italia. Almería era la escala célebre de España: andaban en Granada gentes de diversas naciones, así muslines como cristianos y judíos, y parecía la patria común de todas las naciones.»

La principal actividad comercial de la Península correspondía a la corona de Aragón y, en especial, al puerto de Barcelona y los otros del litoral de Cataluña, tan adecuados para las naves de aquellos tiempos, que podían remontar el curso inferior del Ebro, pasando de Tortosa hasta Flix y otros parajes, en donde había muelles adecuados. La rica región valenciana adquirió gran relieve comercial desde el si-



Fig. 187.—Plaza Mayor de Alcañiz (Teruel) con los edificios de la lonja y del Ayuntamiento.

(Foto Hernández-Pacheco.)

glo XIII con la exportación de sus productos agrícolas e importaciones manufactureras. También las Baleares presentaban gran desarrollo en la abrigada y excelente bahía de Palma de Mallorca.

La marina mercante y de guerra alcanzó gran florecimiento desde mediados del siglo XIII. En el XIV, las más potentes marinas en el Mediterráneo eran, juntamente con la catalana, las italianas de Génova y de Pisa, en el Mediterráneo Occidental, y la de Venecia en el fondo del seno adriático, que sostenía el mayor comercio con los países euroasiáticos del Mediterráneo Oriental. Estos puertos italianos y el de Barcelona, realizaban tráfico indirecto con los países del centro asiático y con el Lejano Oriente, por intermedio de los puertos de Egipto y del

Asia Menor y de las caravanas que venían de China y de la India. Con la ocupación del Oriente Mediterráneo y la toma de Constantinopla por los turcos, en 1453, tal tráfico se interrumpió o aminoró grandemente. En 1389, los catalanes establecieron en Brujas una gran lonja de contratación, siendo muy intenso el comercio con los puertos flamencos y con los países atlántico europeos, y perfectas sus institucio-

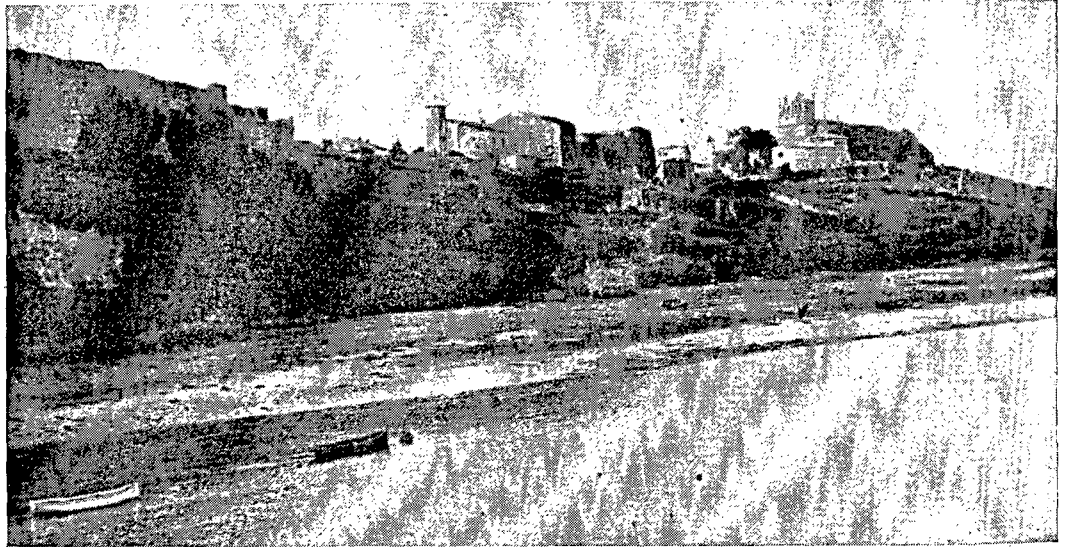


Fig. 188.—Parte antigua de la ciudad de San Vicente de la Barquera (Santander) y ría de la misma en marea baja.

(Foto Hernández-Pacheco.)

nes respecto a consulados y seguros marítimos, letras de cambio, bancos y demás organización del comercio internacional.

Contribuía grandemente a tal florecimiento los conocimientos pertinentes a la náutica, y en especial a la cartografía, de un conjunto de doctos cosmógrafos y hábiles cartógrafos establecidos en Cataluña y Mallorca, durante gran parte del siglo XIII y XIV, dedicados al trazado y dibujo de mapas y a la construcción de instrumentos para uso de los navegantes. Estos técnicos, de gran competencia científica, eran excelentes pilotos, y formaron muchas veces en la tripulación de las exploraciones marítimas de descubierta. Salvador de Madariaga, en su reciente obra respecto a Colón, indica, tomándolo de los escritos de Raimundo Lulio, datos interesantes de tales producciones científicas, aprendidas de los árabes, relativas al arte de la navegación de altura, para la fijación del punto, con la medición del tiempo y determinación de

la altura del polo. Indica dicho autor cómo en 1359 las ordenanzas reales de Aragón prescribían que en tales galeras aragonesas fuese obligatorio llevar, por lo menos, dos cartas marinas. Destaca en esta época entre los cosmógrafos y técnicos en cuestiones náuticas, el judío mallorquín Abraham Cresques, que, adoptando la religión cristiana y el nombre de Jaime Ribes, se instaló en Barcelona, pasando a Portu-

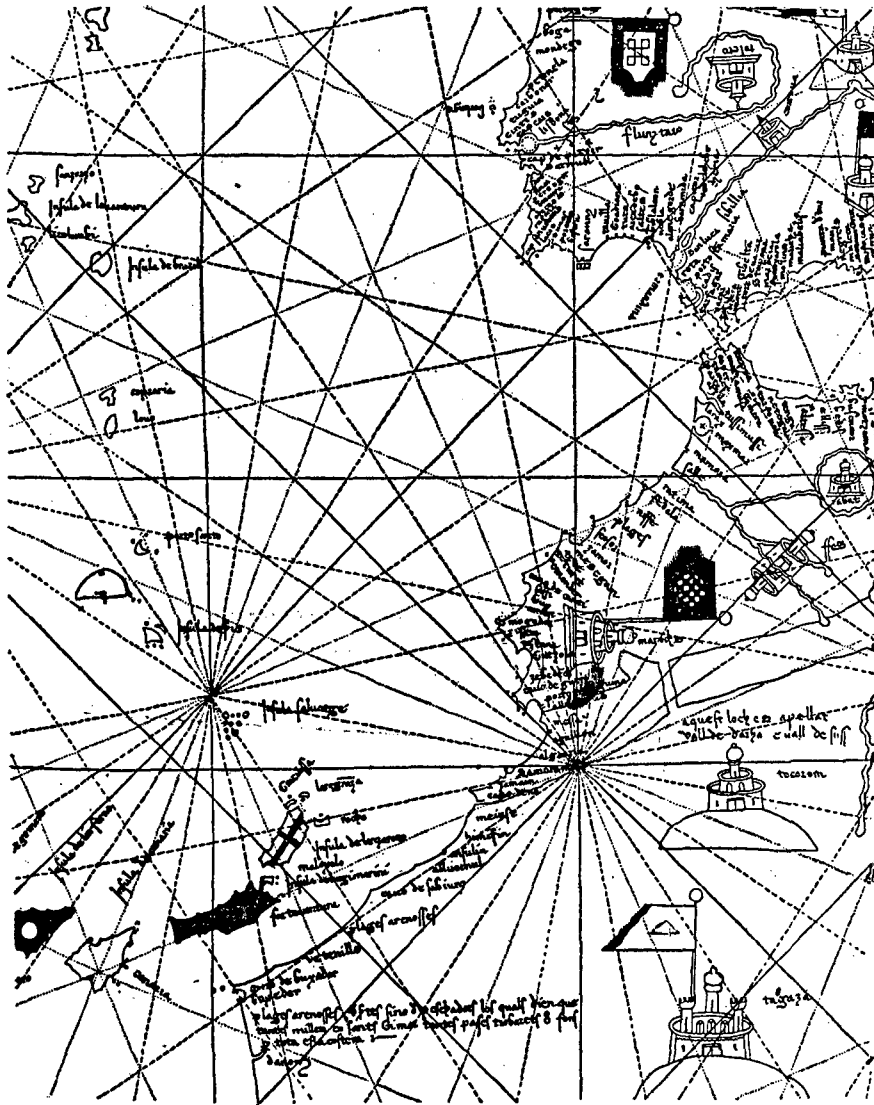


Fig. 189.—Porción de una carta de 1374, representando las costas occidentales de la Península Hispánica, el Noroeste de África y las Islas Canarias, Madeira y Azores.

gal llamado por el infante don Henrique el Navegante, a la famosa residencia de Sagres, en el cabo de San Vicente, por su gran reputación científica. Continuó la tradición de cartógrafos hispanos todo el siglo xv. Continuator de tales conocimientos fué el piloto y cartógrafo santanderino Juan de la Cosa, que acompañó a Colón en los dos primeros viajes de descubierta a América, y después fué como piloto, en la expedición de Ojeda, y en la de La Bastida, en 1500. Juan de la Cosa es el autor del antiguo mapa que se conserva en el Museo Naval de Madrid, en el que están señalados los descubrimientos realizados en su tiempo, a los que él contribuyó (fig. 189).

EL PREPOTENTE GANADERO DON GUTIERRE DE SOTOMAYOR, MAESTRE  
DE ALCÁNTARA

En los siglos xiv y xv, la ganadería en su mayor parte, y según se ha dicho, debido a las prerrogativas de la Mesta, estaba en poder de los grandes señores. Ejemplo de tales potentes ganaderos, era «Don Gutierre de Sotomayor, Maestre de Alcántara (1400-1453)» según se deduce de la monografía biográfica de tal personaje, debida al erudito historiógrafo cacereño M. Muñoz de San Pedro, y publicada por los Servicios Culturales» de la Diputación de Cáceres, en 1949.

El referido prócer desempeñó importante papel como muy afecto al Condestable don Alvaro de Luna, durante el reinado de Juan II. Adquirió colosal fortuna rústica y pecuaria. «La base más importante del poderío económico radicaba en las rentas del Maestrazgo, y, sobre todo, en los estados señoriales repartidos entre cuatro provincias de España.» En la de Badajoz era dueño de Puebla de Alcocer, Valdecaballeros, Casas de Don Pedro, Villarta, Castilblanco, Fuenlabrada de los Montes, Herrera, Helechosa, Bodonal, Alconchel, Cheles, Zahinos y la Sierra de Zamoveja. En Córdoba poseía Gahete—hoy Belalcázar—, Fuenteovejuna, Hinojosa, Bélmez y Espiel; en Cáceres, Alía; en Toledo, Sevilleja de la Jara y el desaparecido lugar de Milagros.» A estos señoríos de villas y lugares, se unía la posesión de numerosos castillos en dicho territorio y en los despoblados de la extremeña sierra de San Pedro.

«La enorme riqueza pecuaria estaba integrada por la cabaña de merinas, el ganado vacuno, el caballo y el de cerda. Su yeguada la tenía el Maestre en los campos de Brozas, cuyas dehesas gozan fama de finos pastos.» El autor de la citada publicación calcula la extensión territorial de las posesiones rústicas del Maestre en 505.800 hectáreas,

«que tasando por precios no excesivos, estas hectáreas valen hoy la impresionante cifra de más de dos mil quinientos veintinueve millones de pesetas».

El potentado don Gutierre, como Maestre de la Orden de Alcántara, estaba obligado por voto de pobreza, pero tal antinomia entre el precepto legal y la cuantiosa fortuna personal, era norma corriente en aquellos tiempos, teniendo la Orden más carácter militar que religioso. Asimismo, el Maestre estaba ligado por voto de castidad, que cumplió viviendo y muriendo soltero. En sus últimos años, «Como ni con la facultad que le diera el Rey le iba a ser fácil disponer de sus riquezas y fundar mayorazgos a favor de sus hijos, recurrió ante el Papa Nicolás V, logrando amplísima Bula, dada en Roma el 1.º de octubre del siguiente año de 1451. Por ella desligó toda su fortuna de la obligada dependencia de la Orden, siendo tan explícito el documento pontificio, que imponía pena de excomunión a quien lo contradijera y daba a don Gutierre calidad de Caballero seglar, como si nunca hubiera profesado».

El número de hijos del prócer extremeño, además de los que no mencionan los datos históricos, fué parejo por su abundancia con la ganadería, citándose «la nutrida prole de quince hijos, seis varones y nueve hembras», que emparentaron con distinguidas familias o fueron tronco de ramas ilustres.

El historiador cacereño, estudiando el testamento del Maestre, calcula en unas cuarenta las amantes que dieron descendencia al prolífico prócer. Tal conjunto amatorio «estuvo disperso por todas las tierras extremeñas. En Villanueva de la Serena reunió el mayor núcleo, siendo cinco las muchachas de este pueblo protegidas por el Maestre. En Zalamea, había cuatro; en Alcántara, tres; en Campanario, Brozas y Puebla de Alcocer, dos en cada pueblo; en Valencia de Alcántara, Castuera, Belalcázar, Cabeza del Buey, Coria y Cáceres, una por localidad. Después de esta curiosa estadística, no hay exageración al parangonar a don Gutierre con los granadinos principales moros». «Hizo el padre con su prole dos grupos, acaso demostrando sus predilecciones; todos figuran mencionados en el testamento; pero en la fundación de mayorazgos otorgada en la misma fecha, sólo llama a la sucesión de los vínculos a seis de ellos: Don Alonso, Don Juan, Don Fernando, Doña María, Doña Teresa y Doña Catalina; los dos primeros, como destinados a sucederle; los restantes, por el orden dicho, para el caso de extinguirse la descendencia de aquéllos».

Pero a toda su prole y a sus amantes atendió en el testamento, otor-

gado en Zalamea a 12 de octubre de 1453; como asimismo a deudos y servidores.

En extremo numerosas son las mandas testamentarias a parientes, allegados, protegidos y servidores; en unos casos en dinero, para dote del casamiento, a las hembras; generalmente en ganadería, con frecuencia, a los hombres, y en caballos señalados y con arneses. Se mezclan en el orden de las mandas o legados, que pasan de 120, personas de todas clases de categorías y tipo social.

En el testamento resplandece la en extremo cuantiosa riqueza pecuaria del Maestro, de tal modo, que gran número de las mandas son en ganados, especialmente a los hermanos de padre de los dos hijos a los que instituyó como principales herederos y cabezas de mayorazgo. Cuatro mandas son de 2.000 ovejas y 200 vacas; tres, de 1.500 ovejas y 200 vacas, y otras varias de 1.000 a 500 ovejas y 100 vacas. Suponen tales legados de ganadería 195.000 ovejas y 2.000 vacas; cantidad que sería una parte de la total, pues hay que suponer que mayor porción correspondería a los mayorazgos.

Tan enorme riqueza pecuaria se explica teniendo en cuenta que las posesiones rústicas de don Gutierre, obtenidas por donaciones de la corona en pago de sus servicios, comprendían la zona de España más adecuada a la producción ganadera extensiva, como son los territorios de la Serena, en el valle medio del Guadiana en Extremadura, región exuberante en ganadería lanar, vacuna y porcina, y de las mejores lanas de las ovejas merinas, comprendiendo también los estados rústicos del Maestro grandes extensiones de las comarcas de producción pecuaria de Belalcázar, Los Pedroches, Fuenteovejuna y valle del Guadiato, en la actual provincia de Córdoba. Sumándose a tan extenso territorio llanuras herbosas de la provincia de Badajoz, fronterizas con Portugal, y también extensos conjuntos de excelentes dehesas, tales como las de Araya, Brozas y Alcántara, en la zona cacereña inmediata a la frontera. Países todos ellos adecuados al desarrollo de la ganadería por su clima productor de herbazal otoñal, suaves inviernos y primaveras de floridos campos. Territorios todos ellos excelentes para la trashumancia veraniega a las zonas de cumbres de las no muy lejanas sierras de Gredos y Guadarrama. Ante tales dominios y condiciones de ellos, no es muy aventurado suponer que en ninguna época histórica se concentrase en un solo propietario riqueza pecuaria equivalente a la del maestro de Alcántara don Gutierre de Sotomayor.

El opulento prócer fué uno de los personajes más destacados de la política de España en la primera mitad del siglo xv, durante el reinado de don Juan II. Su actuación y sus hechos en tal respecto intere-

san menos que los datos expuestos, teniendo en cuenta el carácter de la presente obra. No obstante, creemos oportuno señalar algunos acontecimientos y características de sus actividades, para completar la silueta espiritual del ilustre ganadero extremeño.

Al finalizar el segundo decenio del siglo xv, los infantes de Aragón hacían armas en Extremadura contra el monarca castellano y su valido don Alvaro de Luna, teniendo como base de operaciones el formidable castillo de Alburquerque (fig. 190). En esta campaña fué cuando don Gutierre, que era Comendador mayor de Alcántara, realizó el golpe de audacia que le elevó al más alto grado de la Orden, apoderándose y cautivando, en Alcántara, al infante don Pedro; don Gutierre fué siempre leal al rey y al Condestable, al que guardó perenne acatamiento y amistad.

En 1431, como diversión estratégica de las perpetuas luchas civiles, don Alvaro de Luna ideó una campaña guerrera contra los moros granadinos, en la que tomaron parte la mayoría de la nobleza castellana y las Ordenes Militares, con sus mesnadas. En tal campaña, que culminó en la llamada Batalla de la Higuera, en la vega de Granada, el Condestable se mostró tan competente táctico y estratega como político y gobernante. Pero aunque se venció, el resultado perseguido fué nulo, pues en el mismo campamento surgieron las discordias y las conjuras, teniendo el ejército que regresar a Castilla.

A principios de 1435 se había dispuesto por el rey la reanudación de la guerra contra el reino moro de Granada. Se habían reunido Cortes, y en ellas el monarca hizo los nombramientos de capitanes generales de la frontera, designando para la de Ecija al Maestre de Alcántara. Don Gutierre aceptó jubiloso, deseoso de gloria militar y de emular las dotes castrenses de su amigo y jefe político el Condestable don Alvaro de Luna. Se reunieron las fuerzas, acudiendo los comendadores y las villas con sus mesnadas y gran número de nobles y hombres de armas de Extremadura.

La expedición fué un desastre. Probablemente, la pasión por el éxito oscureció las dotes de prudencia, clarividencia y discreción normales en el Maestre. Avanzando por Archidona hacia la vega de Granada por las asperezas entre Loja y Alhama, avisos falsos y torpeza de espías, respecto a lo desguarnecido del terreno, ocasionaron la derrota. «Con ochocientos jinetes y cuatrocientos infantes, adentróse por malos pasos montañosos, donde el inesperado ataque de los moros lo puso en trance apuradísimo. Quinientos ballesteros infieles, situados estratégicamente en las partes altas del terreno escarpado, fueron bastantes para provocar la catástrofe. Sin posibilidad de mover sus efec-



tivos e intentar una defensa organizada, la tropa cristiana quedó materialmente deshecha.» Don Gutierre no volvió a meterse en luchas contra moros. Continuó la organización de sus estados y de su Orden, efectuó acuerdos con los vecinos de Alburquerque, atendió a las encomiendas de Piedrabuena y Mayorga, en la Sierra de San Pedro; dispuso el corte de leñas en la dehesa de Araya, y cuidó del desarrollo de la ganadería.

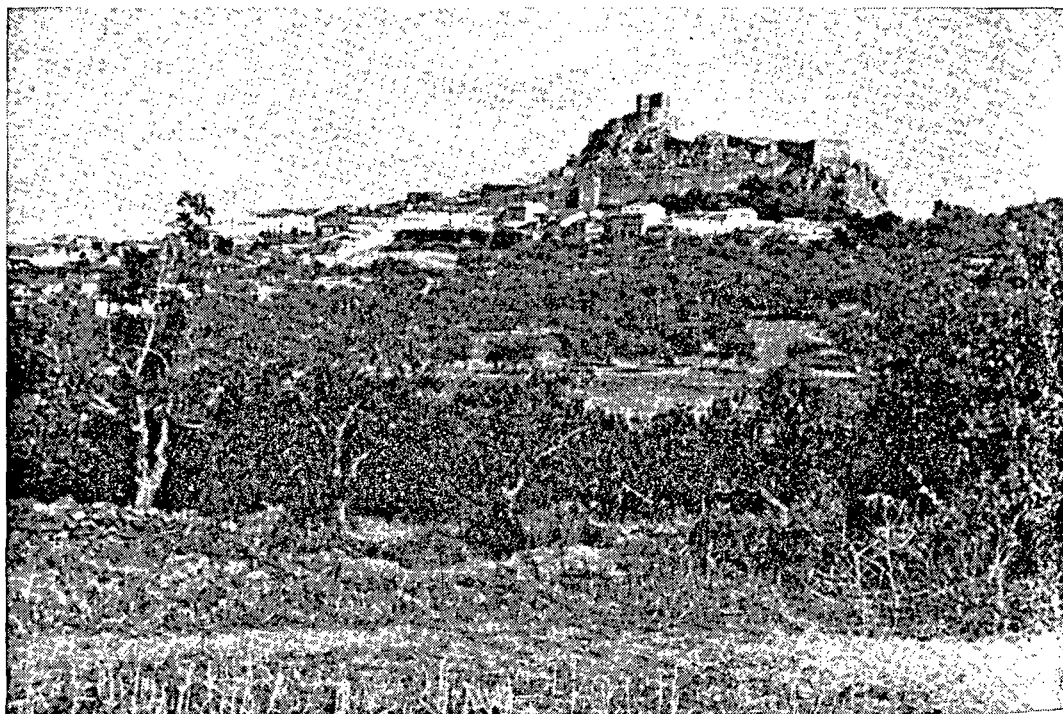


Fig. 190.—Vista panorámica de la villa, castillo y campiña de Alburquerque (Badajoz).  
(Foto Hernández-Pacheco, 1951.)

En 1443, el infante de Aragón don Enrique campeaba contra el rey y contra el Condestable por Andalucía, acometiendo a Sevilla y a Córdoba. Don Gutierre, con sus extremeñas gentes de armas, marchó contra el infante, logrando liberar a Sevilla, Alcalá de Guadaíra y Córdoba, y que el infante se retirase. Como premio a tales éxitos, nueva lluvia de mercedes reales aumentaron los estados rústicos del Maestre.

En 1445 fué la importante batalla de Olmedo, combatiendo por una parte el rey de Navarra y su hermano don Enrique contra las fuerzas mandadas por el rey don Juan y dirigidas por el Condestable. Estas

ocupaban la villa, y las de los infantes de Aragón acampaban a corta distancia. Los castellanos esperaban el refuerzo del maestre de Alcántara con sus mesnadas, que venían de camino, por lo que para ganar tiempo entretuvieron unos días a los aragoneses con negociaciones. Por fin llegó el refuerzo esperado y se preparó la batalla que, por una salida imprudente del príncipe de Asturias (el que reinó con la denominación de Enrique IV), comenzó mal, avanzada la tarde del 19 de mayo de 1445. Un ataque lateral de la caballería extremeña, al mando del Maestre don Gutierre, decidió la victoria en favor de los castellanos. El infante de Aragón, don Enrique, resultó con una herida en la mano izquierda, que por habérsele infeccionado le causó la muerte. El éxito obtenido por la brillante actuación del Maestre en la batalla de Olmedo, redondeó con nuevas concesiones regias la fortuna particular de don Gutierre.

La gran fortuna y el carácter suntuoso de don Gutierre, típico de la época, le llevó a la realización de edificaciones arquitectónicas en sus dominios, especialmente en Alcántara; en Herrera alzó un gran castillo; un palacio en Puebla de Alcocer y otro magnífico alcázar en Gahete, que motivó el cambio del nombre de la villa por el de Belalcázar.

De los acontecimientos históricos reseñados queda el conocimiento de ellos por los doctos, y su investigación, discusión y aclaración, por los eruditos. Para conocimiento y deleite de todos, en transmisión perenne a través de los tiempos, quedan los sentidos y bellos versos de un poeta de la época:

Qué se hizo del rey don Juan  
De los infantes de Aragón  
Qué se hicieron  
Qué fué de tanto galán  
Qué fué de tanta invención  
Como trageron.

#### GEOPOLÍTICA HISPANA EN LA ÉPOCA DE LOS TRASTAMARA

Un siglo duró la dinastía castellana de los Trastámara, desde 1370 a 1474, trasplantada a Aragón con don Fernando el de Antequera en virtud del llamado «Compromiso de Caspe» en 1410, y a Navarra, con don Juan, hijo del anterior, al casar con la reina doña Blanca, en 1425. Durante este período, las nacionalidades que se repartían el ámbito peninsular, se estabilizaron en sus límites, salvo accidentes fronterizos de detalle.

La distribución geopolítica hispana comprendía los reinos siguien-

tes: la Corona de Aragón, en la zona mediterránea oriental. El pequeño reino de Navarra, sin salida al mar, en el extremo noroeste del valle del Ebro y porción occidental pirenaica. Portugal, ocupando ancha banda occidental atlántica. El reino moro de Granada, de territorio montañoso, con amplia costa meridional mediterránea. En el centro peninsular el reino de Castilla, el mayor de ellos, con salida a todos los mares circunhispanos, y fronterizo con cada uno de los otros reinos (fig. 191).

*La Corona de Aragón*, tenía mucho de federativa, pues comprendía tres grandes regiones peninsulares y una insular: Aragón, Cataluña, Valencia y el archipiélago Balear, cada una con particularidades políticas y administrativas y sus respectivas capitales: Zaragoza, Barcelona, Valencia y Palma de Mallorca. El reino aragonés no tenía frontera con el reino moro de Granada. Terminada, por su parte, la reconquista, luchó por la adquisición del puerto mediterráneo de Almería, pero separada del reino granadino por el territorio castellano de Murcia, y expansionada por el Mediterráneo Occidental, se desinteresó de tal puerto, cuyo interland moro era difícil y costoso de adquirir sin competencia guerrera con Castilla, además de tener que vencer la fuerte resistencia granadina. Terminada por su parte la reconquista, al expansionarse por el Mediterráneo actuó en la costa africana, haciendo feudatario a Túnez. Dentro de la complejidad geológica, orográfica y fisiográfica de la Península, la Corona de Aragón tenía unidad geográfica, pues comprendía la vertiente oriental mediterránea hasta la depresión murciana; estando defendida, por el Sur, el reino valenciano, por la línea estratégica del Cid, en las serranías alicantinas.

*El reino de Navarra*, tenía situación enquistada entre Aragón, Castilla y Francia. Carecía de unidad geográfica, pues estaba formado por la zona superior de la planicie del valle del Ebro, la porción terminal occidental de la cordillera pirenaica y el comienzo de la depresión montañosa vasca. Tampoco poseía unidad étnica de pueblo, pues estaba y está poblada por aragoneses, castellanos y vascos, cuyas características etnográficas fusionadas en un conjunto es lo que ha dado carácter y fortaleza al pueblo navarro. En el siglo xiv, desde 1305 al 1328, Navarra entró en el área política de Francia y fué regida por una dinastía francesa. Ni los reyes franceses la atendieron debidamente, ni ejercieron influjo trascendente en Navarra, ni los navarros adquirieron o perdieron nada en sus características de régimen gubernamental y costumbres: un enlace matrimonial ocasionó el dominio francés, y otro enlace matrimonial le hizo desaparecer. Cuando Aragón se unió a Castilla, bajo el cetro de los Reyes Católicos, Navarra también acabó por incorporarse a Castilla.

*Portugal*, en el período histórico que se estudia, estaba constituido en reino independiente, con los límites, salvo variaciones de detalle, que tiene en la actualidad. Sus características geopolíticas eran, y siguen siendo, muy diferentes de las que tenía la Corona de Aragón.

Toda la nación portuguesa está comprendida en las cuencas de los

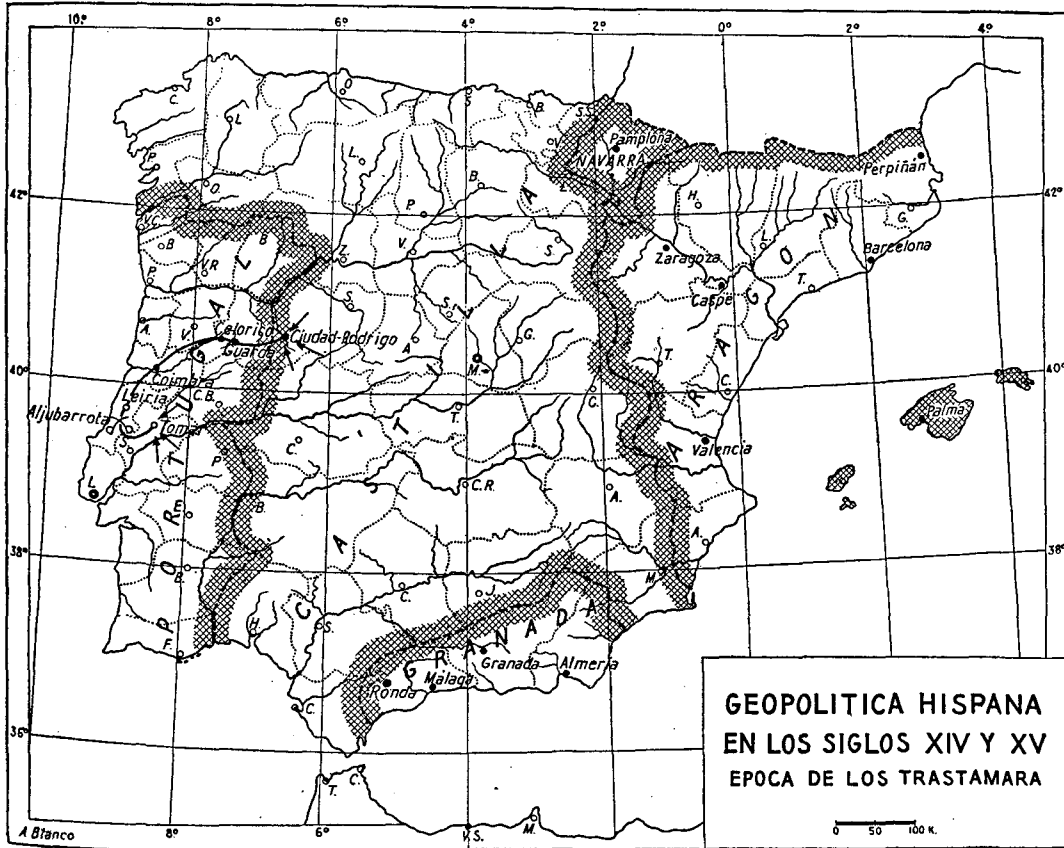


Fig. 191.—Mapa de la distribución geopolítica del territorio hispano en los siglos xiv y xv.

tres ríos caudales hispanos: Duero, Tajo y Guadiana. Únicamente tres ríos menores tienen toda su cuenca en territorio portugués: Vouga, Mondego y Sado. La gran Cordillera Central, que establece separación entre la mitad septentrional y la meridional de la Península, se prolonga hacia el Oeste, elevándose en Portugal el segmento orográfico más occidental, el de la Sierra de la Estrella, disposición orográfica que justifica la denominación de Cordillera Lusocastellana que venimos dando a tal alineación montañosa.

El genuino Portugal, en el concepto de región natural con caracte-

rísticas propias destacadas en la totalidad del resto peninsular, es la banda atlántica occidental que, desde la desembocadura del Duero, está limitada tierra adentro por la alineación meridiana geotectónica que, pasando por Coimbra, atraviesa el Tajo y alcanza el comienzo del estuario del Sado, dejando del lado marino el gran puerto de Lisboa con el estuario y la península de la Arrábida y gran parte de la costa del Alentejo. Genuino Portugal, que es la denominada Extremadura portuguesa. Lo demás de Portugal, hacia el interior de la mencionada alineación geotectónica, se unifica por sus características geológicas y fisiográficas, con el territorio de unas u otras de las diversas regiones naturales, atravesadas de Norte a Sur por la línea de la frontera política que divide el ámbito peninsular, no existiendo coincidencia entre lo establecido por la Naturaleza y lo determinado por el hombre.

El Norte de Portugal forma parte de la extensa región que en publicaciones anteriores hemos denominado Galaico-Duriense, por comprender Galicia y el territorio portugués al Norte del curso del Duero.

Pero en el conjunto Galaico-Duriense creemos ver dos subregiones naturales: una, Galicia, y otra, el Norte de Portugal. Ambas tienen la misma constitución geológica, litológica y geotectónica. Caracterizan la primera, entre otras particularidades naturales, lo potente del hundimiento de la penillanura gallega, basculada en el Atlántico, según la línea litoral del chafán galaico del Noroeste peninsular, originando tal movimiento epirogénico el fenómeno geográfico de las rías gallegas, con todas sus consecuencias respecto al «habitat» de fauna marina y especiales condiciones de vida humana, tales como el desarrollo especial de las pesquerías. Caracteriza a la subregión portuguesa, al Norte del Duero, el fenómeno geográfico de la depresión del valle duriense, recorrido en su ladera derecha por afluentes al río caudal, con desviación occidental de los cursos fluviales por efecto de dicho movimiento de la basculación galaica. En esta subregión se manifiesta también el influjo de la Naturaleza, en lo vegetal, y en la utilización por el hombre, pues en tal ladera, por estar en solana y por su especial constitución de pizarras cámbricas, se da bien el viñedo productor del afamado vino de Oporto, propiedad de que carece la opuesta ladera en umbría y con otro tipo litológico de terreno.

El límite natural entre una y otra subregión se señala por la zona orográfica de las cabeceras de los afluentes del Duero, desde el estuario del Miño, por la sierra de Peneda y la bella sierra de Gerez, con sus magníficos y abruptos roquedos graníticos y su espléndida vestidura de selváticos pinares; divisoria orográfica prolongada hacia el Este entre las montañas zamoranas y de Tras os Montes. Si alguno de los afluen-

tes que descienden al Duero rebasa en su origen la divisoria y la zona de cabecera corre por Galicia, tal como el Limia, en la provincia de Orense, es resultado del fenómeno fluvial de la erosión remontante. La frontera Norte de Portugal coincide, en términos generales, salvo algunas variantes, con tal alineación, y en su conjunto tiene muchas características de frontera natural. Respecto al litoral, la diferencia entre una y otra subregión es patente. En la desembocadura del Miño acaban las pintorescas e internadas rías gallegas y, hacia el Sur, se alarga recta, en alineación meridiana, la costa portuguesa, sin importantes puertos naturales, hasta el espléndido del estuario del Tajo. El límite oriental del territorio portugués al Norte del Duero es asimismo frontera natural, y además estratégica, pues está constituida por la profunda hoz de los Arribes, honda cava natural defensiva del territorio de esta parte de Lusitania.

A lo largo de la alineación meridiana que, en términos generales, sigue la frontera luso-española, existe una suave ruptura de la pendiente atlántica que tiene la Península desde la alineación orográfica del Idúbeda, hacia el Oeste. Tal inflexión general del plano del compartimiento cortical hespérico, se acusa en la superficie del terreno por diversos accidentes geográficos de orden fluvial, y también de orden orográfico. Son tales accidentes, contando de Norte a Sur, los siguientes: *a)* El cambio de dirección en la lineación general del curso del Duero, que es de Este a Oeste, por la de Noreste a Suroeste en el tramo del hondo foso fronterizo de Los Arribes, situado entre la altiplanicie de Castilla la Vieja y la baja penillanura lusitana. *b)* El desenganche geotectónico que en la Cordillera Lusocastellana, establece separación entre el segmento de la Sierra de Gata y el de la Estrella; depresión orográfica de la cordillera, por la que corre hacia el Norte, al Coa, afluente del Duero, y hacia el Suroeste el Zezere, afluente al Tajo. *c)* La zona de rápidos del Tajo, entre Alcántara y las Portas de Rodám, descendiendo el río caudal desde la penillanura paleozoica extremeña a la baja llanura del Mugem y del Sorraia, afluentes meridionales al Tajo, donde éste es ya navegable. *d)* El cambio que en su dirección Este a Oeste experimenta el Guadiana en Badajoz, marchando desde aquí de Norte a Sur, influenciado por la resistencia de los macizos graníticos de Evora y de Beja.

Tal flexión del compartimiento o témpano cortical hespérico, por su suavidad no ocasiona variación apreciable en las características topográficas y fisiográficas del territorio, ni señala diferencia en la constitución litológica o geológica a uno y otro lado del accidente geotectónico, ni tampoco indica cambio apreciable, aparte de los indicados, en la geomorfología; ni, por lo tanto, es regulador en la constitución de

regiones naturales. No constituye, pues, frontera natural. La frontera política corta tal accidente geológico en diversos parajes; en algún sitio se acomoda a él, como en el caso citado de los Arribes fronterizos del Duero, y en el tramo del Tajo, entre Alcántara y las Portas de Rodám; pero generalmente la frontera política queda atrasada o adelantada a tal alineación geotectónica en el conjunto de las regiones naturales atravesadas por el accidente geológico. Esto hace que el interland portugués esté en muchas partes fuera de su territorio nacional, con perjuicio recíproco para las dos naciones: para Portugal, porque le falta extensión de tierra adentro para completar su deficiente economía agrícola, tal como las penillanuras de Extremadura, territorios de riqueza agrícola y pecuaria complementaria de la portuguesa. Para España, porque un extenso país, cual el extremeño, de importante producción actual, abundante reserva peninsular y con fácil salida al cercano Atlántico, queda enquistado, sin libre acceso a la capital y gran puerto de Lisboa.

La frontera luso española desde el Duero hacia el Sur, no señala separación ni diferencia alguna en las características naturales de la constitución peninsular. No está determinada por el influjo atlántico, pues éste comprende a casi todo el conjunto peninsular, afectando a las penillanuras y altiplanicies centrales, al gran valle Bético y a sus serranías. Por otra parte, el influjo natural mediterráneo alcanza a todo el conjunto hispánico, atenuándose hacia el borde montañoso cantábrico y en Galicia, territorios de preponderante climatología atlántica. Influjo del ambiente mediterráneo que da su característica a la vegetación silvestre y cultivada de casi todo el territorio peninsular y crea en el litoral portugués vergeles fructíferos; tales como la gala y florida comarca de Lisboa y Cintra, y la esplendidez fructífera de la bella banda litoral del Algarve.

Portugal, formando ancha banda meridiana en el Occidente hispano, comprende en su conjunto las mismas zonas de los variados climas peninsulares: De régimen higrofito en el Norte. De régimen xerofítico al Sur del Mondego. Clima de montaña en el macizo de La Estrella. Con secos y calurosos veranos en la penillanura y planicies del Alentejo. De este modo, Portugal viene a ser como síntesis suavizada de la compleja naturaleza hispana, con un tono de unidad en el conjunto, que es el característico de la variada Hispania.

La frontera luso española es un azar histórico, sin relación alguna con lo polémico y estratégico. Generalmente sin condiciones adecuadas de defensa en casi todo el recorrido a partir del Duero hacia el Sur. Con amplias extensiones abiertas a la invasión en ambas direcciones, que tienen por eje vías férreas prolongadas hasta el centro geográfico

peninsular, destacando en el transcurso de la historia, desde los tiempos antiguo a los recientes de la guerra napoleónica peninsular, dos principales zonas de invasión: en la mitad septentrional, el tramo fronterizo de Ciudad Rodrigo, entre el Duero y las alineaciones orográficas de la Cordillera Lusocastellana, camino de invasión a la altiplanicie central hispana, y hacia el Atlántico, por las vallonadas del Vouga y del Mondego. En la mitad meridional portuguesa, es otra zona de invasión recíproca, el tramo fronterizo con Extremadura, de Badajoz y Elvas, con dos importantes vías férreas entre Lisboa y Madrid: una, por la vallonada del Tajo; otra, que alcanza en Badajoz el valle del tramo medio del Guadiana, remontándole y penetrando en las penillanuras centrales de España. Una y otra zona de invasión se señalan por las numerosas acciones bélicas y batallas que en ellas se han realizado.

La capital del reino de Portugal, Lisboa, asentada en el borde del espléndido estuario del Tajo, tiene condiciones excelentes por su situación privilegiada en el litoral atlántico. Metrópoli fácilmente defendible por mar y por tierra, por las características topográficas de las comarcas que rodean al amplio estuario: resguardada al Sur por la península de Zezimbra, con sus altos acantilados del cabo Espichel y la costera sierra de la Arrábida, frente a la gran bahía de Setúbal. Por el Norte, la comarca de Lisboa está naturalmente defendida por la línea de alturas de la margen izquierda del Sizandro, entre la escarpada costa atlántica del cabo Ruca y el fondo del estuario, en Alhandra. Línea estratégica que defendió a la capital portuguesa durante la guerra napoleónica, constituyendo la formidable alineación artillada de Torres Vedras.

*El reino moro de Granada* estaba limitado a las serranías meridionales de la Península. En tiempos de Alfonso XI, a mediados del siglo XIV, comprendía desde Gibraltar y la Serranía de Ronda hasta próximamente los actuales límites occidentales de la provincia de Murcia. Había experimentado importantes recortes en los bordes montañosos occidentales y septentrionales, de tal modo que al comenzar la dinastía castellana de los Trastámara, estaba muy disminuído, mediante sucesivas conquistas de las plazas y territorios correspondientes a las serranías subbéticas de la actual provincia de Jaén. Comprendía el reino granadino en dicha época el conjunto de las serranías malagueñas de Ronda y las penibéticas de Málaga, Granada y Almería, con la vallonada del Genil y las depresiones de Guadix y Baza. Conjunto montañoso cuyos bordes constituían frontera polémica con Castilla, que ocupaba la bahía de Algeciras, dominando la marina castellana, juntamente con la de Aragón, en el Mediterráneo Occidental, con lo cual estaban prácticamente impedidas



las invasiones procedentes de Africa, donde, por otra parte, la potencia militar, en el transcurso del tiempo, había decrecido mucho en relación con la adquirida por las naciones hispanas. Los dos puertos principales, Málaga y Almería, tenían carácter comercial, con mayor desarrollo el segundo por su más favorable situación mediterránea.

Constituía, pues, el reino moro de Granada un amplio territorio montañoso cercado por potencia militar mayor a la suya, y sin posibilidades de auxilio exterior. Tenía en su favor lo abrupto del territorio, adecuado para la guerra defensiva; suficiente densidad de población, tanto en concentraciones urbanas como dispersa en aldeas y alquerías, para constituir núcleos de resistencia aptos para la guerra de montaña; potencia agrícola y económica. Tenía en contra, carecer de potencialidad para poder llevar la guerra fuera de su territorio al interior del país atacante. Se comprende que, en tales circunstancias, la política granadina fuese de resistencia y de prolongación de treguas y paces.

*El reino de Castilla* ocupaba situación central, rodeado de los periféricos: de la Corona de Aragón, de Navarra, de Portugal y de Granada. Participaba Castilla de la complejidad del conjunto hispano, y en ella se incluían diversidad de países que dan variedad al conjunto peninsular: La verde y lluviosa Galicia. Las serranías de fuerte y escarpado roquedo asociado a frondosa vegetación de las montañas vascocantábricas y asturianas. La amplia altiplanicie del Duero. La Cordillera Central. La planicie del Tajo y la, entonces poco poblada, extensa llanura de La Mancha. Los territorios montaraces de Toledo. La penillanura extremeña, prolongada al Sur hasta Huelva y Ayamonte, en la desembocadura del Guadiana. La extensa y silvestre Sierra Morena. El feraz valle Bético. El litoral del Estrecho, frente al Africa. Las serranías subbéticas, junto al «Saltus Castulonensis», y el alto Guadalquivir, Segura y Mundo, antiguo camino romano de las Serranías del Orospeña a las depresiones murciana y litoral mediterráneo. Conjunto de países complejos y heterogéneos, con extensión total tan grande como la suma de los demás reinos hispanos.

Reino el de Castilla sin capital estable y definitiva; unas veces Toledo, en el centro peninsular; otras Burgos, origen del reino castellano; otras Córdoba o Sevilla, en las avances meridionales de la conquista; con frecuencia las viejas ciudades castellanas de Valladolid, Toro, Medina del Campo, Segovia, etc. Corte de tradición ambulante, andariega por soledades, aldeas y castillos, atendiendo a todo el reino. Reuniéndose Cortes en pequeñas ciudades como Madrid, Alcalá de Henares, Carrión, etc. Corte ambulante, en la que el rey Alfonso VII, en 1157, moría acampado bajo frondosa encina del monte de Fresneda, sin llegar

en el viaje a la ciudad de Avila, y Alfonso VIII, el de las Navas de Tolosa, sintiéndose enfermo, se retira a morir, en 1214, al pueblo de Gu-tierremuñoz, en tierra de Avila, en donde había residido en su niñez; y otro rey también (Fernando el Católico) fallecía en la pequeña aldea de Madrigalejo, en 1516; etapas de viaje de la ambulante corte de Castilla, donde les alcanzó a sus reyes inexorable enfermedad.

A tal falta de capital y asiento permanente de la corte, debe atribuirse el que la masa popular castellana no expresase colectivamente su opinión y deseos respecto a los actos de gobierno, con manifestaciones y frecuentes tumultos, como ocurría en los otros reinos peninsulares, tales como Portugal y Granada, en cuyas capitales se concentraban junto al gobierno grandes masas de ciudadanos con información inmediata de los importantes acontecimientos políticos. En tales respectos Castilla resultaba nación de gentes andariegas, que más tarde, por la costumbre y por la tradición, recorrieron las inmensidades continentales de América, con la naturalidad de quien realiza lo que siempre hizo, y lo que sus antecesores estaban habituados a realizar.

#### LA HISPANIA DE LOS TRASTAMARA: ALJUBARROTA

Cuando Enrique de Trastamara (1369-1379), después del acontecimiento de Montiel, ocupó el trono de Castilla, se encontró ante tres problemas fundamentales: uno exterior, el de su alianza con Francia. Otro también exterior, pero próximo, pertinente al reino moro de Granada. El tercero, de orden interior, consistía en captarse la adhesión de la discolta nobleza, en extremo ambiciosa, y en asegurar en el trono a su dinastía. Los tres problemas databan de la larga época de lucha contra su hermano, a quien quitó la corona, juntamente con la vida.

En esta época los ingleses, en larga contienda con los franceses, ocupaban extensas zonas del litoral de Francia. Enrique, según se ha dicho, había conseguido la corona por la eficaz ayuda del francés Duguesclín con sus compañías blancas. A su vez, Pedro I había tenido por auxiliares a los ingleses. El Trastamara conservó siempre buena amistad con Francia, dejando encargado a su hijo que la continuara, como así lo hicieron los siguientes reyes de la dinastía. Portugal, en la guerra con Castilla, buscó a su vez alianza con los ingleses, la cual persistió. Respecto al problema granadino fué de fácil solución, pues el rey moro, con visión clara de la situación geopolítica de su reino, acordó paces con el castellano. El problema de orden interior lo solucionó Enrique II atrayéndose a los grandes señores, a la nobleza y a las clases

poderosas mediante todo género de liberalidades y de mercedes sin tasa y persiguiendo cruelmente a los aspirantes y partidarios de la dinastía derrocada que aún quedaban en Castilla.

A Enrique II sucedió su hijo Juan I (1378-1390). A éste siguió Enrique III (1390-1406), a quien por su poca salud se denominó el Doliente. Fueron reyes bien intencionados y cumplidores de sus deberes regios, en lucha constante con la nobleza para atajar sus desafueros y limitar las grandes y perniciosas costumbres de los grandes señores, en constantes conjuras entre ellos y contra la autoridad del rey. Ambos monarcas atendieron a la protección del estado llano y de los concejos de las ciudades, que, a su vez, apoyaban y defendían el poder real en las Cortes del reino.

En esta época, para avitar los perjuicios y depreciaciones que causaban en el país grupos de soldados sin ocupación al terminar las campañas, comenzó la organización de ejército permanente, acordándose en las Cortes de Guadalajara de 1390 la suma necesaria para pagarle; ejército que en tiempo de paz se distribuiría en guarniciones de ciudades y castillos, y compuesto por 4.000 hombres de armas, 1.500 jinetes y 1.000 arqueros.

En las Cortes de Toledo de 1406, o sea dieciséis años después de morir Enrique III, hijo de Juan I, se trató de reunir fuerzas para la conquista del reino moro de Granada, aprobándose el presupuesto de un ejército constituido por 50.000 soldados de infantería, 14.000 de caballería, seis tiros (cañones) gruesos o bombardas y 100 tiros menores, con los pertrechos, municiones y abastecimientos consiguientes. La escuadra auxiliar de este ejército se compondría de 30 galeras y 50 naves menores.

La marina de guerra de Castilla adquirió buen desarrollo en el último cuarto del siglo XIV. Se efectuó una expedición al litoral africano del Estrecho, desembarcando y destruyendo el foco de piratería de Tetuán. En 1379, la escuadra al mando del almirante Fernán Sánchez de Tovar, en auxilio de los franceses y contra Inglaterra, remontó el Tamesis hasta Londres, incendió Grevesend y regresó con abundante presa.

Los vascos continuaban siendo audaces marinos. Mariana relata de esta época (1393) una expedición a Canarias, archipiélago que, de tiempo en tiempo, era visitado por marinos hispanos, genoveses o bretones: «Armaron los vizcaínos, en que hicieron grande gasto, costearon con sus naves las marinas de España; alargáronse después al mar, descubrieron las Canarias, reconocieronlas todas, informáronse de sus nombres, de sus riquezas y frescura. Surgieron en Lanzarote y saltaron en tierra; vinieron a las manos con los isleños, prendieron al rey, a la

reina y ciento setenta de sus vasallos. Con tanto dieron la vuelta a España, cargados los bajeles, demás de los cautivos, de pieles de cabras y alguna cera, de que aquellas islas tienen abundancia, para muestra de los trajes, de los frutos y fertilidad de la tierra y del útil que se podría sacar, si continuasen las navegaciones, a propósito de sujetar aquellas islas a la corona de Castilla, como finalmente se hizo.»

En 1402, con la protección y auxilio de Enrique III, fué la expedición a Canarias, de Juan de Bethencourt y Gadifer de la Salle, partiendo de la Rochela, arribando a las islas de Lanzarote y Fuerteventura, realizando su conquista al dominio de Castilla, a la que prestaron homenaje los expedicionarios; ocupación que extendió después Bethencourt a las islas de Hierro y Gomera.

Existía en Hispania la curiosidad del conocimiento de los países remotos. Ya a fines del siglo XII, Benjamín de Tudela, judío navarro, había visitado la Tartaria y la India, regresando por Egipto al Mediterráneo y a su patria. En el comienzo del siglo XV, Enrique el Doliente envió al famoso Tamerlán de los tártaros, cuyas grandes victorias de Oriente sonaban en Castilla, una embajada formada por Fernando de Palazuelos y Pelayo de Sotomayor, para que se enterasen de las circunstancias y características de aquellos lejanos países y gentes. Los enviados fueron bien recibidos del Tamerlán, se hallaron presentes en algunas de las batallas contra los turcos, y regresaron con un embajador, enviado, a su vez, al rey de Castilla. Cuando el embajador del Tamerlán volvió a su tierra, le acompañaron Alonso Pérez, Gómez de Salazar y Ruy González Clavijo, que escribió un libro con el relato de la expedición titulado «Vida del gran Tamerlán».

Juan I y Enrique III de Castilla fallecieron jóvenes. El primero, a la edad de treinta y tres años, de la caída de un caballo, en Alcalá de Henares. Enrique III falleció a la edad de veintisiete años. Estaba dotado de excelentes prendas personales, discreción, entereza de ánimo y energía, pero de cuerpo enteco y falto de salud.

El período correspondiente a los tres primeros reinados de la dinastía de Trastámara: de Enrique II, Juan I y Enrique III, se caracteriza por el frecuente estado de guerra entre Castilla y Portugal, motivado por las aspiraciones de los pretendientes a la corona de Castilla, en contra de la nueva dinastía de Trastámara. Tales pretendientes eran: el rey portugués Fernando I, como bisnieto de Sancho IV de Castilla, siendo el otro pretendiente el inglés duque de Lancaster, por haber casado con la mayor de las hijas de Pedro el Cruel y de María de Padilla, refugiadas en Inglaterra, al amparo de Eduardo III. Ambos pretendientes solieron obrar de acuerdo en las campañas contra Castilla. El te-

territorio portugués, Galicia y la zona fronteriza castellana, fueron los principales teatros de las acciones guerreras. La actuación del primer Trastámara, Enrique II, fué de esfuerzos por la conservación del trono y consolidación de su dinastía. En tiempos del segundo Trastámara, Juan I, los acontecimientos llegaron a gran complicación, terminando por la total derrota del castellano en la batalla de Aljubarrota, y la instauración en Portugal de la nueva dinastía de Avis. La actuación del tercer Trastámara, Enrique III, es únicamente defensiva. Comprende el período en el que se originaron y desarrollaron los acontecimientos, la segunda mitad del siglo XIV.

El reinado de Fernando I de Portugal se señala por la arbitrariedad y la inconsecuencia, tanto en lo público como en lo privado; proceder que le ocasionó revueltas populares, derrotas en sus empresas guerreras y la aversión de sus súbditos. Dos fueron las principales campañas de Fernando I contra Enrique II, saliendo derrotado en ambas, acabando la discordia por la mediación pacifista del Pontífice, a cuya gestión accedió de buen grado el castellano. Terminó la primera campaña en 1371, concertándose con el fin de consolidar la paz, que se realizase el matrimonio del portugués con una hija de Enrique II. Enlace que no llegó a efectuarse, sino con Leonor Téllez, esposa de un noble de la corte, cuyo casamiento se anuló para poderse efectuar el del monarca. Ante tan disparatado matrimonio se amotinó el pueblo de Lisboa, reprimiéndose cruelmente el alboroto.

Fernando I, aliado con el duque inglés de Lancaster, recomenzó la guerra contra el Trastámara, a la que respondió éste invadiendo Portugal y poniendo cerco a Lisboa en 1373. El cardenal de Bolonia, delegado del Papa, consiguió concertar otra vez la paz, retirándose los castellanos del territorio portugués. Siguió en Portugal un período de relativa tranquilidad, durante el cual seguía intercalado entre el real matrimonio el favorito de la reina Leonor, Juan Fernández de Andeiro.

Enrique II de Trastámara falleció en 1379, y el monarca lusitano, de acuerdo con el de Lancaster, inició en 1381 la guerra de fronteras contra Castilla. Las tropas auxiliares inglesas más fueron perjudiciales que favorables al rey portugués, pues cometieron tales atropellos y tropelías en la comarca de Lisboa, que el pueblo se alborotó contra ellas, matando a unos y obligando a los otros a reembarcar. Al mismo tiempo la escuadra castellana, compuesta por 16 galeras, mandada por Fernán Sánchez de Tovar, atacó a la portuguesa, apoderándose de 20 galeras de las 23 que la componían. En 1382 tropas de desembarco ocuparon Lisboa. Fernando solicitó la paz sin contar con sus auxiliares ingleses de 1382. Para consolidarla propuso a Juan I de Castilla, que había en-

viudado, que se casase con su hija Beatriz, heredera del trono portugués por falta de hijos varones.

El castellano cometió el gran error político de aceptar tal proposición, que no le daba derecho directo al trono de Portugal ni necesitaba descendencia para el de Castilla; pues tenía de su primera mujer, Leonor de Aragón, dos hijos varones: Enrique, que fué su sucesor en el reino, y Fernando, que más tarde fué rey de Aragón. Por otra parte, con tal enlace, el rey castellano aparecía ante el pueblo portugués como solidario del contubernio que en la corte formaba el triunvirato constituido por el rey Fernando, la reina Leonor Téllez y el favorito de ésta, Fernández de Andeiro, odiados de la masa popular, resentida además contra Castilla por las recientes guerras y derrotas sufridas. Aunque las estipulaciones determinaban que, en todo caso, el reino de Portugal permanecería independiente del de Castilla, el pueblo, en su sentir pasional y proceder simplista, no veía en tal solución matrimonial sino la entrega a Castilla del reino portugués. Un partido y diversidad de ciudades permanecían fieles y conformes con la solución, pero la gran masa del país se declaró hostil a la actual situación gobernante y al castellano.

Tan desdichado enlace matrimonial se realizó en Badajoz en 1383 y no produjo descendencia alguna. A los pocos meses falleció el rey Fernando, encargándose de la regencia del reino la reina viuda Leonor, y comenzó la revolución y guerra de sucesión a la corona.

Pronto surgió caudillo afecto al pueblo, con posibilidades de ocupar el trono: el maestre de Avis, hijo bastardo de Pedro I. El más intenso odio del conjunto popular y de la nobleza disidente era al favorito de la reina, Fernández de Andeiro, al que se acordó eliminar, lo que efectuó el maestre de Avis, matándole de una puñalada en la antecámara de palacio, después de un violento altercado. El pueblo de Lisboa aclamó a su caudillo, el cual inmediatamente asumió el poder y organizó la defensa de la capital, designando como Condestable a Nuño Alvarez Pereira, que comenzó a actuar militarmente en el Alentejo. La reina Leonor se refugió en Santaren, cuyas fortificaciones habían sido recientemente reparadas y reforzadas, y reclamó el auxilio de Juan I de Castilla.

La suerte estaba echada, y no era tiempo de retroceder. El rey castellano acudió al llamamiento. Penetró en Portugal por el sector fronterizo de Ciudad Rodrigo, pasó por Guarda, en donde le recibió el obispo de la ciudad, y por la Beira, siguiendo el camino más corto, sin incidente alguno, llegó a Santaren, a primeros de 1384, en donde Leonor, renunciando a la regencia, transmitió el gobierno a su hija Beatriz y a su yerno. Este determinó internar en Castilla a su suegra, la reina viuda

Leonor, causante, en gran parte, con sus trapisondas y liviandades, de los disturbios del reino y recluirla en el monasterio de Tordesillas, donde falleció.

En el transcurso de la Edad Media las relaciones entre Castilla y Portugal (y en la época moderna entre el reino español y el portugués), se han caracterizado por numerosos matrimonios entre los príncipes y reyes de una nación con la de la otra; en tal número de casos que estos enlaces superan, con mucho, a los efectuados entre miembros de la monarquía portuguesa con las de los otros reinos peninsulares y extra-peninsulares. Otra característica es las frecuentes contiendas guerreras en las que se ventilaban intereses de la realeza o de los grandes señores, Tales campañas guerreras terminaban, generalmente, con devolución recíproca de las plazas y territorios ocupados y, no pocas veces, con ciertos matrimoniales, que solían resolver el conflicto o engendrar otros nuevos. En tales cuestiones no se contaba con el pueblo, el cual, en aquellos tiempos, suponía muy poco en el ánimo de los gobernantes. Pero en el caso presente, no, pues fué el principal promotor de los acontecimientos y el que transformó la cuestión sucesoria en guerra de libertad y de independencia nacional.

Juan I de Castilla, englobado en la mala causa, no podía retroceder dignamente y comenzó la guerra contra los insurgentes. Lisboa fué bloqueada con auxilio de la escuadra. El arzobispo de Santiago sitió a Oporto, y en diversas comarcas luchaban Alvarez Pereira y el maestre de Avis contra los castellanos y contra las plazas adictas al gobierno.

El asedio de Lisboa se prolongó varios meses. La peste, que en aquellos tiempos hacía sus apariciones mortíferas en los países europeos, se desarrolló en el territorio de Lisboa, produciendo numerosas bajas en la ciudad y en el ejército que la bloqueaba, que disminuía con rapidez, pereciendo las principales figuras de la nobleza castellana, tales como el almirante de la escuadra, Fernán Sánchez de Tovar, el mariscal Sarmiento y diversos personajes. Se decidió levantar el bloqueo y retirarse y terminar la guerra de manera honrosa, ofreciendo al maestre de Avis que ejerciera el cargo de regente del reino hasta que habiendo heredero directo, en un hijo de la reina Beatriz, éste ocupase el trono. El maestre rechazó la oferta (Mariana lo relata al revés, diciendo que fué el rey don Juan quien rechazó tal pretensión del maestre). En los primeros días de septiembre de 1384, el ejército y la escuadra bloqueadora se retiraron hacia Castilla. El malhadado matrimonio con Beatriz de Portugal, que no tuvo descendencia, dió el amargo fruto de la guerra entre los dos países (fig. 192).

En la primavera de 1385 se convocaron Cortes generales en Coim-

bra, para decidir la sucesión a la corona. El afamado jurisconsulto Juan das Regras emitió dictamen proponiendo al maestro Juan Avis, que fué proclamado rey por las Cortes. Durante la celebración de la sesión, numerosísimo gentío ocupaba los alrededores del local. El condestable Nuño Alvares Pereira salió y preguntó a la gran masa popular allí congregada, si aprobaba el nombramiento. Gran clamor aprobatorio de la muchedumbre confirmó la designación de las Cortes del reino.

Tales resultados hicieron inevitable la reanudación de las hostilidades. El monarca castellano, tan pronto se repuso de la grave enfermedad que le aquejó, dispuso, ya avanzado el verano, la concentración de un ejército de invasión en Ciudad Rodrigo, al que acudió la nobleza, especialmente los elementos jóvenes de ella. Al mismo tiempo, una escuadra de 32 naves, entre ellas 12 galeras, ocupó el estuario del Tajo. En el ejército invasor faltaban muchos de los capitanes de experiencia guerrera, que habían fallecido a causa de la epidemia del año anterior durante el cerco de Lisboa, dominando los capitanes jóvenes de la nobleza, con más entusiasmo y petulancia que experiencia y conocimientos del arte de la guerra. El rey, jefe supremo de la expedición, continuaba teniendo poca salud. La primer plaza que ofreció resistencia fué Celorico da Beira, en la curva que el Mondego hace contorneando por el Norte la Sierra de la Estrella. La plaza fué sitiada y tomada, y durante el sitio el rey, ante su estado precario de salud, hizo testamento. Descendió el ejército por el valle del Mondego hasta Coimbra, de la que quemó los arrabales, siguiendo desde aquí el camino que cerca de la costa conduce a Lisboa, por Pombal y Leiria, ciudad ésta que intentaron tomar, continuándose la marcha sin gran precipitación. Mientras tanto, el recién proclamado rey de Portugal y el condestable habían efectuado una concentración de sus fuerzas en Tomár, y avanzaron al encuentro de los invasores, encontrándose ambos ejércitos frente a frente en las inmediaciones de la aldea de Aljubarrota.

Aljubarrota está situada en la planicie litoral entre Leiria y Alcobaca, frente a la ensenada y puerto pesquero de Nazaré, del que dista una docena de kilómetros y una veintena al Sur de la ciudad de Leiria. Tomár está situado al Este, en la rica comarca poblada de viñedos y olivares, a unos 15 kilómetros al Norte del paraje donde el Tajo recibe a su gran afluente el Zézare, tuerce el curso al Suroeste y es navegable. De Tomár a Aljubarrota y a Alcobaca, por Porto de Mos, hay unos 50 kilómetros. El territorio entre Tomár, Leiria, Alcobaca y la costa es una planicie litoral de arrasamiento geológico, constituida por terrenos areniscosos y calizos, jurásicos y cretácicos, y de margas arcillosas, rojas, triásicas y del Hetangiense. Todo ello con retazos de



la cobertera de terrenos margosos miocénicos y con mayor extensión pliocénicos, de predominante constitución arenosa con arcillas. Complica la constitución estratigráfica y litológica del territorio, emisiones de rocas volcánicas, tales como el cerro en el que se asienta el castillo de Leiria y los pitones eruptivos entre Alcobaça y Nazaré.

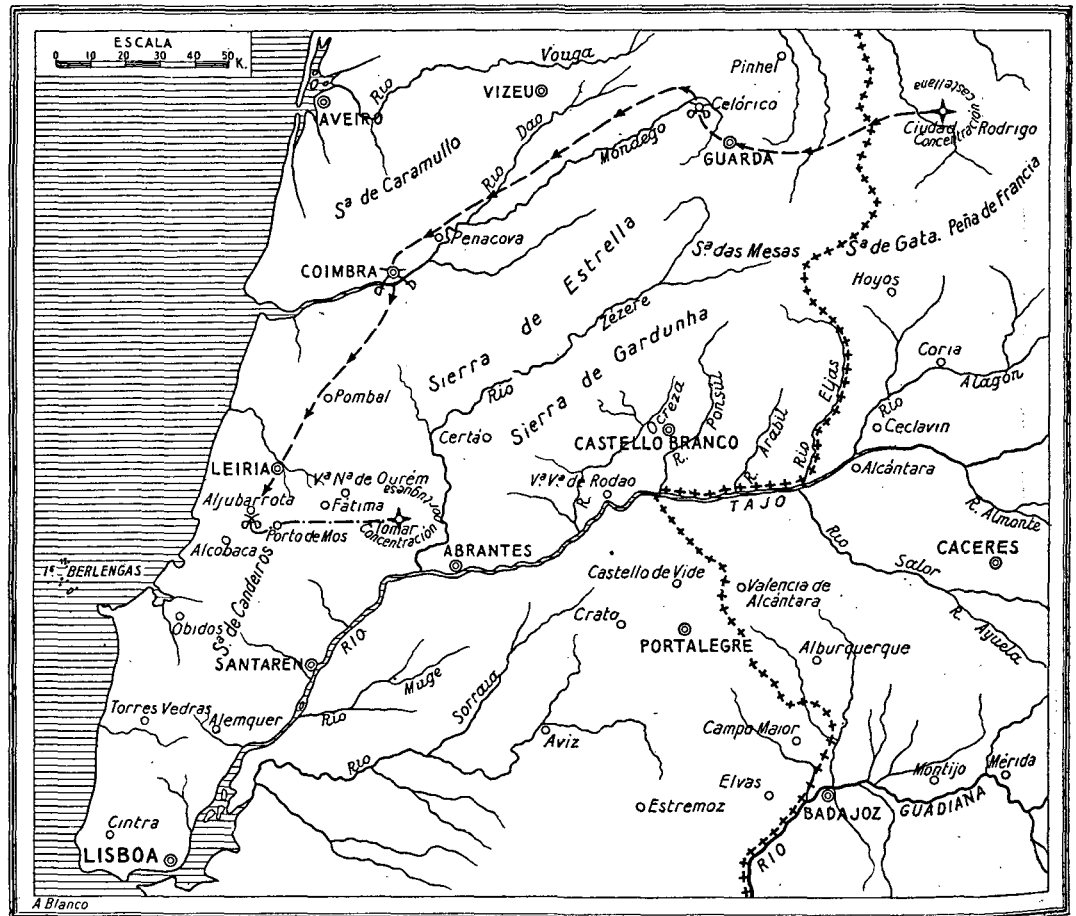


Fig. 192.—Mapa del territorio correspondiente a la campaña guerrera entre Castilla y Portugal, que terminó por la batalla de Aljubarrota, el 14 de agosto de 1385.

Tal territorio está afectado por plegamientos, roturas y dislocaciones, que las acciones erosivas han puesto de manifiesto en forma de alineaciones orográficas arrumbadas de Norte a Sur, originando una topografía de lomas con cumbres planas, tales como la mesa de Fátima, a media distancia entre Tomár y Porto de Mos. Los relieves orográficos alternan con vallonadas longitudinales, señalándose como principal re-

lieve la Sierra de Candeiros, que se prolonga hacia el Sur con recorrido de más de 30 kilómetros a lo largo del litoral al Este de Aljubarrota, Alcobaça, Caldas de Rainha y Obidos, frente al que termina. La Sierra de Candeiros establece divisoria de aguas entre la costa y los afluentes al Tajo por la margen derecha, y su alineación está cortada a lo largo de la base oriental por un relieve vertical que se divisa desde larga distancia y constituye el frente de deslizamiento de una de las fallas más potentes del territorio portugués. Más al Sur y en la prolongación de dicha sierra, se alza otro relieve abrupto, la sierra de Monte Junto (866 m.). Cortándose los accidentes geotectónicos y orográficos de alineación meridiana por la línea transversal de alturas de la ladera izquierda del Sizandro, donde comienza la zona estratégica de Torres Vedra, defensiva del campo de Lisboa.

Tal disposición geológica y topográfica, general a la Extremadura Portuguesa, entre Leiria y Torres Vedras, se manifiesta también en los detalles. Así, entre Batalha y Alcobaça, los accidentes del relieve están reglados por los geotectónicos, avanzando el camino por estrecha y larga loma de superficie plana, constituida por areniscas deleznable y arcillas pliocenas; loma acompañada a lo largo, a uno y otro lado, por sendas barrancadas; suave la del lado marino, honda y de ladera escarpada la del lado continental. Hacia Poniente se divisa a veces el mar; hacia Saliente, la larga alineación de la Sierra de Candeiros, con su altitud de 613 metros, cierra el horizonte. La altitud del plano por donde va el camino, es de unos 250 metros. Las vallonadas laterales, algo al Norte de la aldea de Aljubarrota, se aproximan lateralmente a la carretera, especialmente la más honda del lado de tierra. Más lejos se separan, dejando muy amplio espacio entre sí. Desde Batalha a Alcobaça, el terreno está ocupado por pinar poco denso, matorral ralo y terrenos de labor, con plantíos de viñedo, frutales, maizales y cultivos de semihuerta por la frecuente capa freática, casi superficial, cuya agua se eleva por primitivos cigüeñales. Algún molino de viento mueve sus blancas velas triangulares. El paisaje diferirá poco del antiguo, salvo el maizal, que vino más tarde de América. En tales parajes se libró la histórica batalla (figs. 193 y 194).

El condestable Nuño Alvares Pereira y el maestro Juan de Avis supieron bien aprovechar las condiciones geográficas y topográficas de su campo de acción, mostrándose buenos estrategas y tácticos. La situación de Tomár como paraje de concentración es perfecta, por la facilidad de abastecimiento y comunicaciones, y atender a los posibles caminos de invasión: a los procedentes del Norte, por el valle del Zézere, o por el del Mondego, y al que procedente de España sigue

la margen derecha del Tajo. Buen paraje además de observación de la zona baja del río, con Santarén y Lisboa dominados por la escuadra de Castilla.

La disposición para la batalla también fué bien escogida, resguardando los flancos con accidentes del terreno, formados por las barrancadas laterales.

El ejército portugués, cuando por sus exploradores tuvo noticia

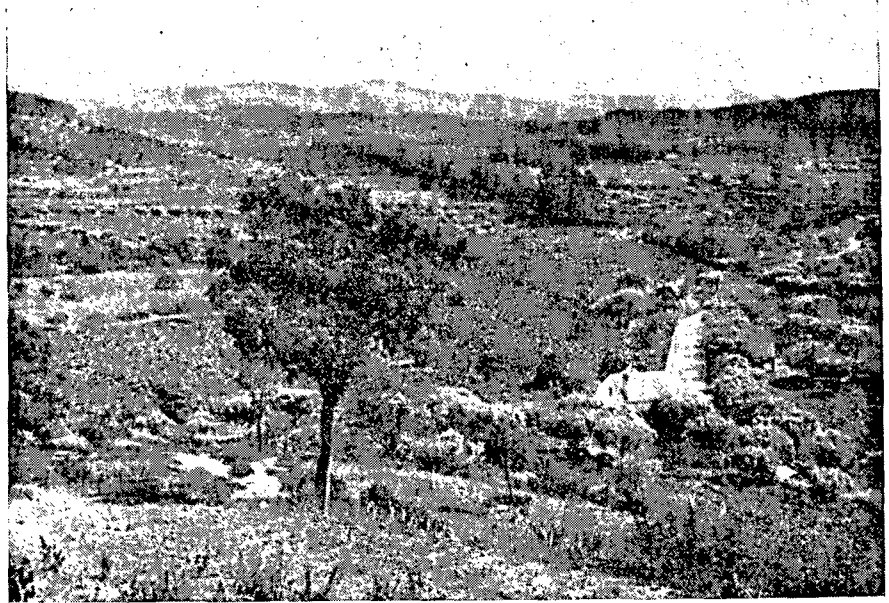


Fig. 193.—Campiña de Tomar, vista hacia el Norte de la ciudad.

(Foto Hernández-Pacheco 1935.)

de la aproximación del castellano, se estacionó algo al Norte de la aldea de Aljubarrota, en el alargado llano por el que va el camino, con espacio suficiente para el despliegue y resguardado lateralmente por suave vallonada a la izquierda, y por otra más honda a la derecha, con ladera de fuerte pendiente. Dispusieron las fuerzas en dos cuerpos: el delantero, al mando del condestable; el trasero, mandado por Juan de Avis. El ejército invasor llegó muy entrado el día; caminaba despacio. Al rey de Castilla, por su poca salud, le llevaban a hombros en una silla de manos. Al avistarse los ejércitos se ordenó un cuerpo central, en el que iba Juan I, cuerpo resguardado por dos alas laterales. Un cuerpo de retaguardia o reserva, mandado por el maestre de Alcántara, cerraba la formación. Los reales o campamentos, con las vituallas e

impedimenta, habían quedado asentados atrás, a unos cuatro o cinco kilómetros. Acompañaba al rey castellano el borgoñón Juan de Ría, embajador de Francia, viejo mariscal de setenta años, muy experimentado en lo tocante a la guerra.

Los ejércitos se aproximaron y quedaron frente a frente (14 agosto 1385). Del portugués se destacó el condestable Alvares Pereira, el cual, adelantándose (dice el historiador Mariana) «pidió habla a los contrarios con muestra de mover tratos de paz. Sospechóse tenía otra en

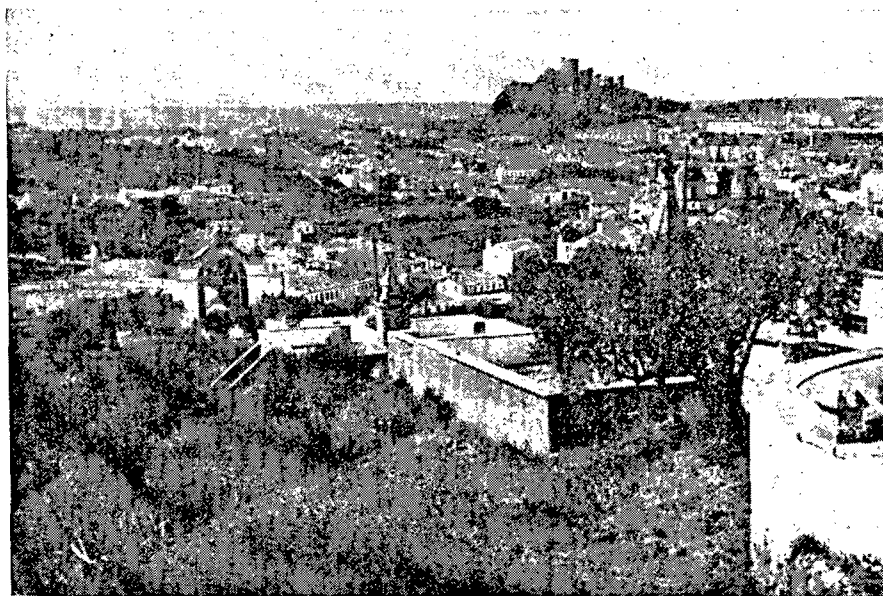


Fig. 194.—Vista general de Leiria, con el castillo en lo alto del cerro volcánico, al que rodea la ciudad.

(Foto Hernández-Pacheco.) 1935.)

el corazón, que era entretener y cansar para aprovecharse mejor de los enemigos, porque si bien se enviaron personas principales para oírle y comunicar con él, ningún efecto se hizo más de gastar el tiempo en demandas y respuestas».

«En este medio entre los capitanes y personajes de Castilla, se consultaba si darían la batalla, si la dejarían para otro día. Los más avisados y recatados no querían acometer al enemigo en lugar tan desventajado, sino salir a campo raso y igual. Los más mozos, con el orgullo que les daba la edad y la poca experiencia, no reparaban en dificultad alguna, todo lo tenían por llano, y aun pensaban que como en redes tenían cercados a los enemigos para que ninguno se salvase.» El viejo

general y embajador francés, el de Borgoña, que fué consultado por el rey castellano, opinó que, tal como estaba planteada la batalla, los cuernos protectores del cuerpo central serían de ningún provecho, que los soldados estaban muy cansados por tanta espera, sin comer ni beber por lo lejos que estaba el real, que quedaba poco día, y que debía, adelantándose el real, abastecer y esperar al nuevo día.

Al rey le pareció acertada tal opinión, a la que se inclinaban los viejos capitanes presentes que quedaban salvos de la mortandad que hizo la peste entre los que el año anterior cercaban a Lisboa. «Mas algunos señores mozos, orgullosos, sin sufrir dilación, antes de tocar al arma, acometieron a los enemigos, y los embistieron con gran coraje y denuedo. Acudieron los demás por no desampararlos en el peligro. La batalla se trabó muy reñida, como en la que tanto iba.» Las tropas de delantera portuguesas, ante el conjunto comenzaron a ceder, pero entrando en pelea el cuerpo trasero se rehicieron y cercaron lateralmente a los castellanos, demasiados compactos, y la derrota de éstos fué completa. «Los capitanes de Castilla fueron muertos a la vista de su propio rey sin volver atrás, la demás gente como la que quedaba sin capitanes y sin gobierno, murieron en gran número.» «El rey por no venir a manos de sus enemigos, subiéndose de presto en un caballo y salióse de la batalla; tras él, los demás se pusieron en huida; fué grande la matanza.» Muy gran parte de la grandeza castellana pereció, y entre ella el viejo borgoñón, embajador de Francia. No hubo casa de la nobleza castellana que no perdiese uno o varios de sus miembros. «Muchos se salvaron ayudados de la oscuridad de la noche. Destos unos se recogieron al escuadrón del maestro de Alcántara, que sin embargo de la rota, tuvo fuerte por un buen espacio... Los más de la manera que pudieron, sin armas y sin orden, se huyeron a Castilla. No costó a los portugueses poca sangre la victoria.» «El rey de Castilla, sacadas fuerzas de flaqueza, sin tener cuenta con su poca salud, por la fuerza del miedo, caminó toda la noche sin parar hasta Santarén, que dista por espacio de 11 leguas. De allí, al día siguiente, en un barco, por el río Tajo, se encaminó a su armada que tenía sobre Lisboa, y en ella alzadas las velas se partió sin dilación. Llegó a Sevilla cubierto de luto y de tristeza» (fig. 195).

Con la victoria de Aljubarrota terminaron las pretensiones de Castilla respecto a Portugal, afirmándose la independencia del país y asegurándose la dinastía de Avis, que reinó sin competencias; dinastía de origen popular, apoyada ardientemente por el pueblo y que dió al país que rigió dos siglos de gloriosos destinos (fig. 196).

Algunos historiadores, al tratar de tan decisiva victoria, la califi-

can de gran perjuicio para el desarrollo político del conjunto peninsular, pues impidió la unión de Castilla y Portugal en una época en la que no se había acentuado la diferenciación nacional. Pero hay que tener en cuenta que éste era el caso general entre los distintos reinos peninsulares, los cuales se fueron reuniendo por decisión libre y convenio pacífico de quienes representaban, en aquella época, la voluntad nacional, no por la fuerza de las armas y la imposición guerrera. Suce-

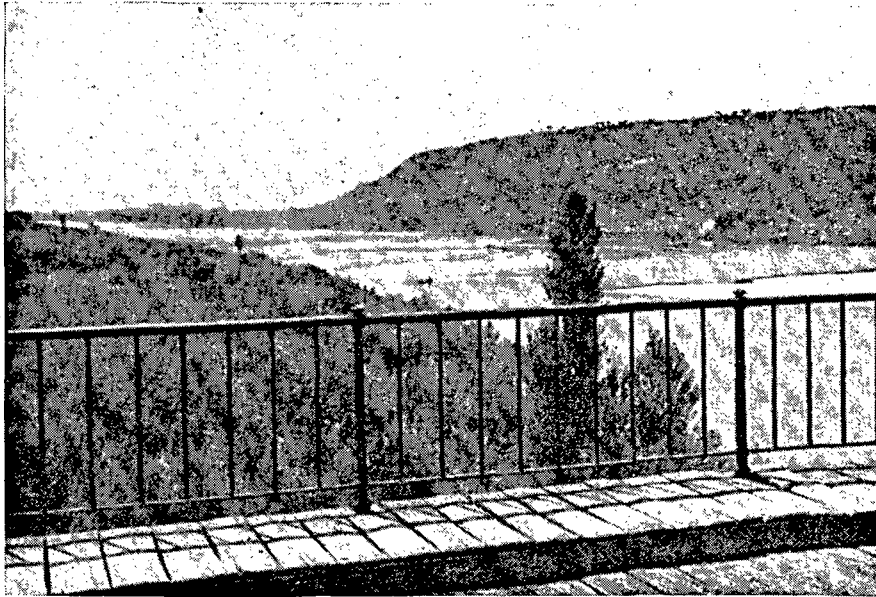


Fig. 195.—El Tajo en Santaren, visto desde el puente de Chamusca, de acceso a la ciudad.

(Foto Hernández-Pacheco, 1935.)

diendo tal acoplamiento en reinos de características geopolíticas afines, que fué el caso de León y de Castilla. También se realizó la unión mediante medios pacíficos, en los de tales particularidades más diferenciadas, como aconteció entre los componentes de la corona de Aragón y, más tarde, entre el reino de Castilla y el de Aragón.

En el caso de Castilla y Portugal, en el siglo XIV, la voluntad del pueblo (entendiendo por tal el conjunto de habitantes correspondientes a todas las clases sociales) fué la que determinó la solución que prevaleció, reconociendo y aceptando los hechos consumados la minoría, que propugnaba otra solución, evitando con su aquiescencia la guerra civil. Hubo, pues, en aquella época algo que está por encima de las características geográficas de las condiciones geopolíticas de la identi-

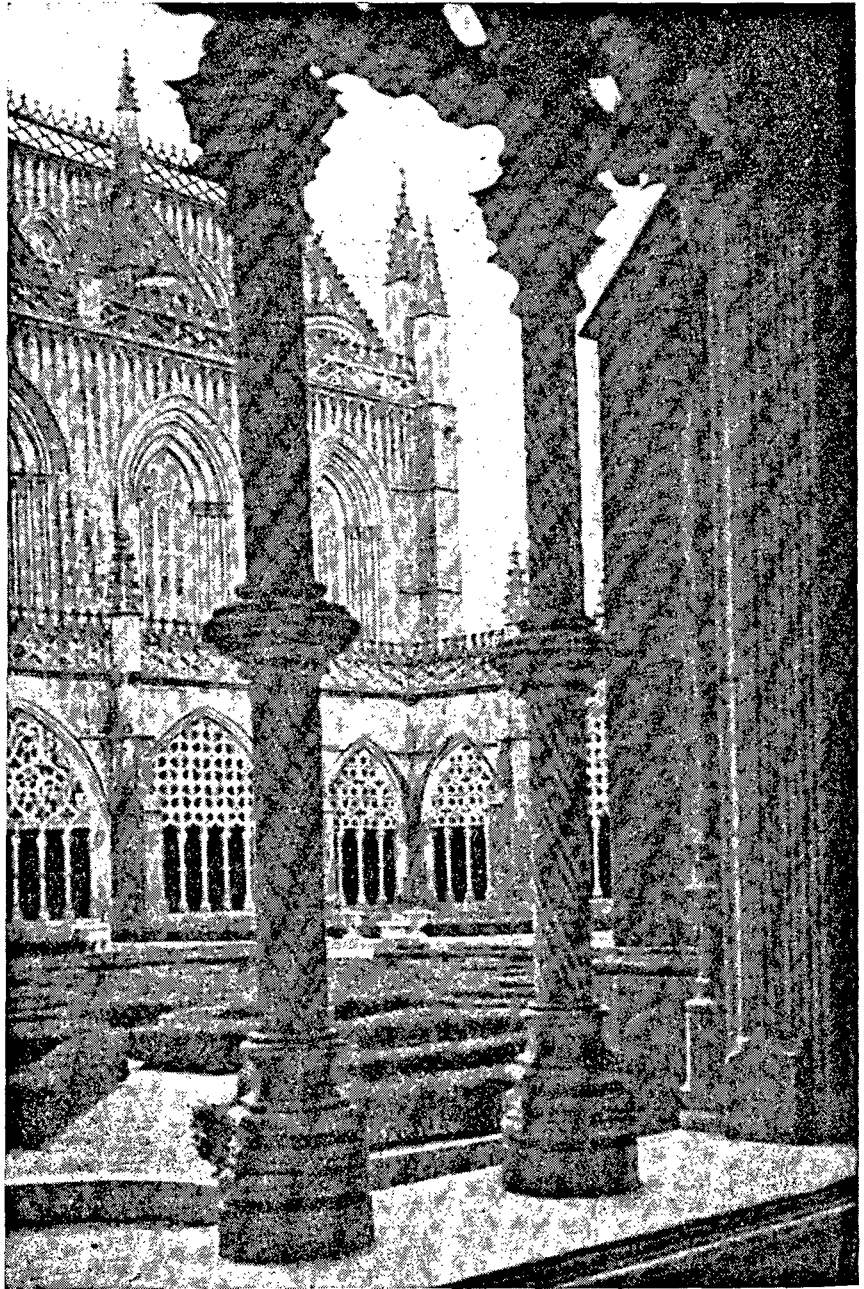


Fig. 196.—Vista parcial del monasterio de Batalha, edificado en conmemoración de la batalla de Aljubarrota, efectuada en las inmediaciones el 14 de agosto de 1385.

*(Foto Hernández-Pacheco, 1935.)*

dad étnica del pueblo y de los sucesos y circunstancias históricas, cual es la voluntad nacional de un pueblo que quería seguir rigiendo libremente sus propios destinos.

España y Portugal, por las características impuestas por las leyes de la naturaleza, tienen intereses comunes y complementarios en el solar peninsular, que las dos naciones se reparten; forman un solo pueblo hispano, que el determinismo geográfico e histórico ha hecho que sigan un mismo camino a través de las edades, desde la prehistoria hasta los tiempos actuales, aunque en el camino común múltiples veces hayan regañado y reconciliado, pero cuando surgía cuestión con un extraño se unían en común defensa.

A ambas naciones les convendría constituir una nación que comprendiera todo el ámbito peninsular, lo cual les daría una fortaleza que les aseguraría ingerencias extranjeras y la absoluta independencia ante ambiciones, más o menos solapadas, de dominio por extraños. Pero tal hecho, ni debe ni puede realizarse, sino por libre y espontánea autodeterminación de las dos partes que se reparten en dos naciones el solar hispano. Fuera de este caso, imprevisible en los actuales momentos históricos, les es de absoluta conveniencia a ambos pueblos y naciones hispanas estar concertadas en permanente y libre asociación y en cordial y leal cooperación, coordinación y solidaridad de esfuerzos, en beneficio recíproco, en íntima simbiosis ante los problemas políticos, sociales y económicos, en los que el mundo se debate. Para esto no significa obstáculo que el pueblo hispano constituya dos naciones independientes, para estímulo y honesta emulación de uno y otro país.

#### CAMINO DE LA UNIDAD NACIONAL: EL COMPROMISO DE CASPE

A los cinco años de la derrota de Aljubarrota murió Juan I. Durante el tiempo que vivió y en el reinado de Enrique III, su hijo, el rey portugués Juan I de Avis y el pretendiente inglés al trono de Castilla continuaron la guerra contra ésta, con diversas interrupciones y vicisitudes. Esto, por una parte, y por otra, la constante lucha contra las ambiciones y desmanes de la nobleza, impedían la realización de la empresa que más importaba al desarrollo de Castilla, cual era la incorporación del reino moro de Granada, sostenido mediante sucesivos y renovados tratados de paz.

Mientras que Castilla, en los tres reinados siguientes al desastre de Aljubarrota, se debatía en luchas internas entre el poder real y el de la nobleza, quedando abandonados los problemas de interés nacio-



nal, en Portugal la nueva dinastía de Avis prosperaba frondosa y el rey fundador, Juan I (1383-1433), iniciaba política de engrandecimiento y de gloriosos destinos de la nación portuguesa, por la actitud emprendedora de los infantes, dirigiendo la expansión lusitana al Africa inmediata, a Ceuta y a Tánger. Destacando entre ellos don Duarte, que fué el sucesor de la corona (1433-1438), y don Enrique, el Navegante (1394-1460), que se estableció en el cabo de San Vicente, denominado por los antiguos «Promontorium Sacrum», donde hizo edificar un castillo, residencia y centro científico de estudios náuticos, frente a las lejanías del ignoto Atlántico. De este príncipe dice el historiador Mariana «que fué aficionado a la astrología, de la cual ayudado, y de la grandeza de su corazón, se atrevió el primero de todos a costear con sus armadas las muy largas marinas de Africa, en que pasó tan adelante que dejó abierta la puerta a los que le sucedieron, para proseguir aquel intento hasta descubrir los postreros términos de Levante de que a la nación portuguesa resultó grande honra, y no menor interés».

En 1406 murió Enrique III y fué proclamado rey de Castilla su hijo, Juan II, que tenía dos años de edad. De la regencia se encargó su madre, Catalina de Lancaster, y su tío Fernando, que había nacido en 1379 y que murió, siendo rey de Aragón, en 1416. El tutor era hombre digno, íntegro, enérgico, con grandes dotes de gobernante y visión clara de los problemas y necesidades del reino. No así la reina madre, de poco talento, vana y propensa a intrigas cortesanas y femeniles. Don Fernando, para evitar discordias, propuso a la corregente que rigiera la zona situada al Norte de la Cordillera Central, y él encargarse de la mitad meridional, o sea Castilla la Nueva, Extremadura, Andalucía y Murcia, en cuyos territorios radicaban los problemas importantes, y en especial los pertinentes al reino granadino, en los cuales él obraría en completa libertad. La reina viuda aceptó.

El reino de Granada había entrado en guerra con Castilla y los moros se habían apoderado de la fortaleza de Ayamonte, en la desembocadura del Guadiana, plaza que se negaron a devolver. Contaban con el auxilio de las flotas de los reyes de Tlemecén y de Túnez. El regente de Castilla, realizados los preparativos convenientes, envió una escuadra al mando del almirante Alfonso Enríquez, que despejó de enemigos el Estrecho y las costas meridionales de la Península. En 1407, el ejército de tierra, al mando de don Fernando, recuperó Ayamonte y tomó varias plazas fronterizas. En Granada, a Mohamad VII sucedió Yusuf III, que solicitó treguas. En 1410, se reanudó la campaña y el regente sitió a Antequera, que fué tomada, tras largo asedio, por asalto. Denominándose a don Fernando, «el de Antequera» (fig. 197).

Poco después fué propuesto candidato a la corona de Aragón, vacante por la muerte de Martín I el Humano, siendo elegido rey en 1412. En tales circunstancias la regencia de Castilla no pudo estar debidamente atendida. Hubo dificultades por las intrigas de los Lancaster, y las treguas con los moros se renovaron sucesivamente. En 1419, Juan II fué declarado mayor de edad, teniendo catorce años.

Juan II de Castilla carecía de capacidad para los asuntos políticos, además no le interesaban; fué de carácter inconstante, débil y falto de voluntad; frívolo, dado al lujo y a los placeres, a la vida muelle;



Fig. 197.—La ciudad de Antequera y las inmediatas montañas de las sierras del Torcal y de la Chimenea.

(Foto Hernández-Pacheco.)

aficionado a la música, a la poesía y a las letras, no por lo que suponen de cultura, sino por lo que tienen de distracción. Desde su adolescencia estaba entregado a la amistad de su paje Alvaro de Luna, hijo bastardo de un noble aragonés que lo había tenido con la mujer del alcaide del castillo de Cañete. El rey entregó la dirección de los asuntos de Estado a su amigo. Este era persona de claro talento, gran inteligencia y excepcionales dotes de político. Tenía dieciocho años más que el rey. La corte y el reino era un hervidero de pasiones y am-

biciones entre los grandes señores, ricos en poderío y en hacienda desde los tiempos de Enrique II de Trastámara, empeñados en luchas y banderías entre ellos y contra el poder real, que en este caso estaba representado por Alvaro de Luna, el cual podía con todos y contra todos. El de Luna procuró con el favor del rey, para poder luchar, hacerse tan poderoso como el que más, alcanzando la preeminencia del cargo de Condestable. Casi toda la larga duración del reinado de Juan II fué una continuada lucha civil, con intercalaciones de algunos años de relativa tranquilidad. Los principales promotores de la lucha fueron los infantes de Aragón, o sea los hijos de don Fernando el de Antequera, todos cuantiosamente hacendados en Castilla. Eran éstos: el rey de Aragón, Alfonso V; el rey de Navarra, Juan III; Sancho, maestre de Alcántara, y Enrique, maestre de Santiago; todos enemigos de Alvaro de Luna, pero que frecuentemente obraban discordes en la lucha. La masa popular en estas contiendas no ejerció acción importante, inclinándose en favor del rey y del Condestable.

Varias veces, coaligados los enemigos del favorito, consiguieron que éste fuera desterrado de la corte, el cual se ausentaba y esperaba su triunfo, que llegaba porque el reino entraba en gran barullo y des-gobierno por las apetencias desordenadas de cargos y prebendas y las luchas entre los aspirantes, acabando el rey y los nobles por desear el mando de don Alvaro, quien volviendo al poder restablecía el orden aparente. En alguna ocasión el conjunto de contrarios entraron en rebelión contra el rey y su favorito, el cual, en 1445, les derrotó completamente en la batalla de Olmedo. Alvaro de Luna demostró reunir excelentes dotes militares, pues terminadas las treguas con los moros organizó un ejército que penetró en la vega de Granada, en donde junto a Sierra Elvira obtuvo, en 1431, la victoria de la batalla denominada de La Higuera. El rey enviudó, y con el apoyo del de Luna, Isabel, infanta de Portugal, casó con Juan II, en 1447. La nueva reina se asoció al grupo contra el Condestable, el cual fué vencido por sus contrarios, accediendo el rey a que fuera preso y enjuiciado su favorito, el cual fué ajusticiado, cortándole la cabeza en Valladolid, en 1453. Al año siguiente murió Juan II.

Le sucedió el infante don Enrique, hijo de la primera mujer de Juan II, María de Aragón. Del segundo matrimonio, o sea de Isabel de Portugal, tuvo una hija, que llegó a ser la reina Isabel la Católica.

Cuando ocupó el trono Enrique IV, tenía treinta años de edad. En el hervidero de pasiones, celos, envidias y ambiciones que fué la corte de Juan II y del Condestable don Alvaro de Luna, el entonces príncipe Enrique actuó con inconsecuencia, afiliándose tan pronto a un bando

como al otro, sin más razón que la volubilidad de su carácter y la poca constancia en sus determinaciones. Durante su reinado (1454-1474), el panorama del reino de Castilla continuó con las mismas características de lucha entre la nobleza y entre el poder real, aumentando la turbulencia, la inmoralidad general y la frivolidad de las costumbres en la corte y en las diversas clases sociales, sin personalidad fuerte que dirigiera la gobernación del reino, desarrollándose en los campos el bandidaje, incluso por nobles que actuaban de golfinos.

En 1465, gran conjunto de la nobleza se congregó en Avila, y mediante grotesca ceremonia pública fué simbólicamente destronado el monarca, proclamándose rey a su hermano el infante Alfonso. Diversas ciudades, ante el estado de descomposición y turbulencia, se organizaron definitivamente en hermandades, creando fuerzas públicas encargadas de guardar el orden y perseguir en los campos a los facinerosos.

Enrique IV aparece como un anormal estafalario y extravagante. Muy probablemente el sobrenombre de «el Impotente» responde a la realidad. El doctor Gregorio Marañón ha publicado un libro biográfico de este monarca, del que se deduce la anormalidad constitucional del rey. La corte se estableció durante mucho tiempo en Madrid, ocupándose el monarca en excursiones cinegéticas en la cercana sierra, pues gustaba de la vida montaraz. Fué opuesto a la guerra con los moros, con los que concertó paces y adoptó algunos de sus hábitos y costumbres.

Enrique IV casó con Blanca de Navarra, a la que repudió por estéril. Los datos aportados en tal asunto por la reina repudiada constituyen, en opinión de los historiadores que los han examinado, un vergonzoso conjunto de acusaciones respecto a los hábitos íntimos y proceder del rey. Su segunda esposa fué Juana de Portugal, la cual dió a luz una niña, a la que se denominó vulgarmente «la Beltraneja», por suponer la malevolencia que era fruto de las relaciones de la reina con el cortesano don Beltrán de la Cueva (fig. 198).

La muerte del infante Alfonso, proclamado rey por uno de los bandos, ocasionó que de acuerdo ambos partidos y con la aquiescencia de Enrique IV, fuese proclamada como heredera del trono la infanta Isabel, la cual puso como condición no tomar el título de reina en vida de su hermano. La ceremonia y firma del tratado se verificó en 1468, en el paraje de la base meridional de la Cordillera Central, en donde están las graníticas y colosales esculturas prehistóricas de los «Toros de Guisando» (fig. 199).

La infanta Isabel, eludiendo los proyectos matrimoniales que sin su beneplácito se concertaban, de acuerdo con personajes adictos del

reino, se avistó con su pretendiente el príncipe Fernando, heredero de la corona de Aragón, el cual vino a Castilla disfrazado de mozo de mulas, y reunidos los novios en Valladolid se verificó el enlace en 1469, bendiciendo la unión el obispo Carrillo.

Enrique IV falleció en Madrid, en 1474, sin dejar resuelto lo per-

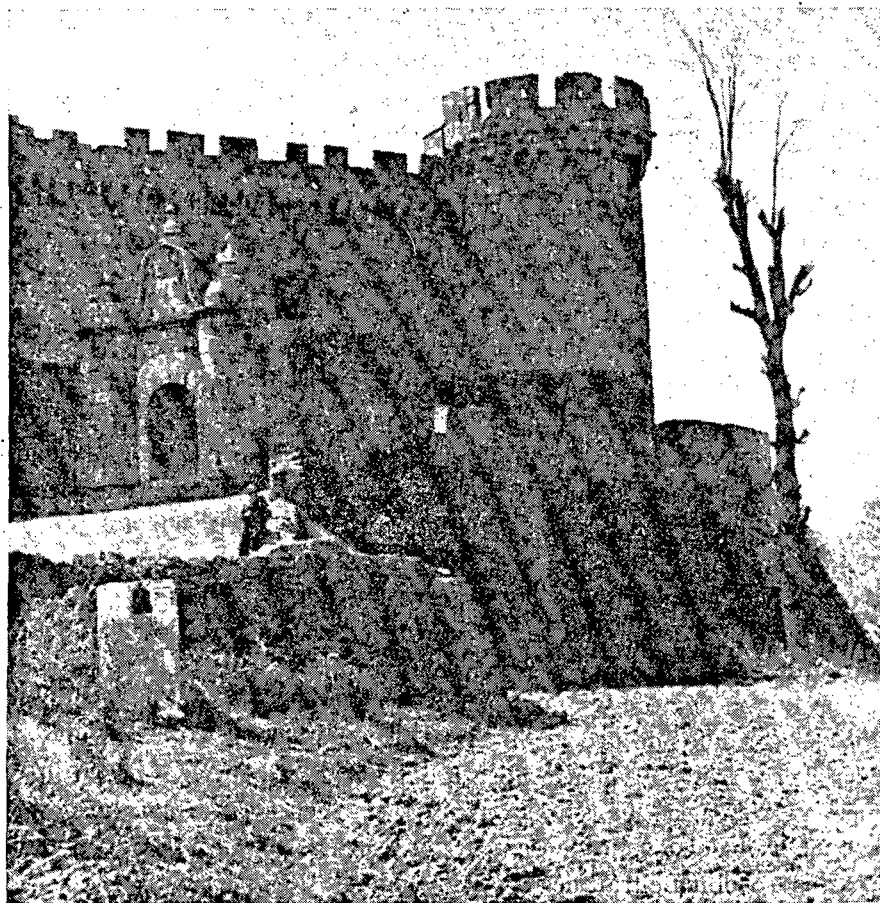


Fig. 198.—Castillo de Mombeltrán (Avila).

(Foto Hernández-Pacheco.)

tinente a su sucesión ni puesto en claro la legitimidad o no de la desgraciada Beltraneja. El supuesto padre de ésta, don Beltrán de la Cueva, actuó con discreción, y en la lucha por la sucesión de la corona entre Castilla y Portugal combatió en el bando de los Reyes Católicos.

La crítica histórica ha sido adversa, y con frecuencia cruel con Enrique IV de Castilla. Probablemente el conocimiento íntimo por el mo-

marca de su anormalidad y la sensación de su complejo de inferioridad orgánica, en contraste con su gran significación social, juntamente con su natural de buenos sentimientos, serían causa fundamental de sus contrapuestas decisiones y de su vida y proceder estrafalarios, más



Fig. 199.—Esculturas prehistóricas de granito, denominadas «Toros de Guisando», en la base meridional de la Cordillera Central, en San Martín de Valdeiglesias (Madrid). (Foto Hernández-Pacheco.)

dignos de compasión que de sañuda animosidad. El buen juicio y afecto familiar de la infanta Isabel así lo entendería, según se advierte en su leal proceder, haciéndose cargo de la desgracia de su hermano.

En el gran sector del Noreste y Levante peninsular se efectuó en el primer cuarto del siglo xv cambio de dinastía, tanto en la corona de Aragón como en el pequeño reino de Navarra, pero con características diferentes a como se realizó el entronamiento de la de Avis en el Occidente hispano.

En 1410 falleció el rey de Aragón, Martín I el Humano, sin descendencia directa. Enfermo de muerte, instado a que designase sucesor a la corona, declaró, obrando rectamente, que lo fuese quien en justicia tuviera mayor derecho. El caso era difícil, pues aparte de la cuestión de derecho, tenía que haber coincidencia entre los tres Estados que integraban la monarquía: Aragón, Cataluña y Valencia; las Baleares aceptaban al que se nombrara. Complicaba el asunto no estar previsto el caso y no haber leyes escritas en que fundamentarse, sino las costumbres tradicionales. En todo el país, ante la importancia y gravedad

del caso, se advirtió el deseo general de obrar con sensatez, rectitud y legalidad; de tal modo que se apaciguaron, en relación con esto, los bandos que dividían a la nobleza de Aragón y Valencia.

Se reunieron los parlamentos de las tres regiones, acordando designar delegados para que determinaran lo pertinente al asunto, ya que se desechó la idea de que los tres parlamentos reunidos realizaran la elección, teniendo en cuenta el gran número de representantes que ello suponía. Se llegó a la solución que la asamblea que había de realizar la elección estuviera constituida por nueve personas: tres por Aragón, tres por Cataluña y tres por Valencia. Lo determinado por seis o más de los nueve delegados, siempre que hubiera entre los seis, por lo menos, un representante de cada reino, debía ser acatado por todos. Como lugar de la elección se designó el castillo de la villa de Caspe, por la situación céntrica y por reunir condiciones para la reunión, que figura en la Historia con la denominación de «Compromiso de Caspe». Para la guardia del castillo y a las órdenes de los compromisarios se puso una compañía de cien hombres de armas, al mando de un capitán del reino de Aragón, y otra compañía igual por Cataluña. Nadie con gente armada podría acercarse a la villa de Caspe a distancia de cuatro leguas, salvo los embajadores de los pretendientes, que podían llevar séquito de hasta 50 personas. En los complicados trámites transcurrieron cerca de dos años.

Los pretendientes eran seis, pero desde el principio se circunscribió el problema a dos que destacaban sobre los demás. Uno era el conde de Urgel, que, natural del país, tenía arraigo en Cataluña, pero el proceder violento que usó para imponer su candidatura, le restó muchos partidarios. El otro era el castellano don Fernando el de Antequera, sin contacto alguno con los Estados de la corona de Aragón, que, aparte de su derecho, contaba con el prestigio que alcanzó como regente de Castilla, cuando la menor edad de Juan II. Los compromisarios fueron todos elegidos por unanimidad por sus respectivos parlamentos; todos distinguidos juristas, de gran autoridad, prestigio e ilustración, y, entre ellos, como uno de los representantes de Valencia, San Vicente Ferrer, notable orador y dialéctico, de gran virtud, y que llevó con aquiescencia de los demás la dirección de los debates. Después de oídos a los representantes de los pretendientes, comenzaron las deliberaciones entre los nueve compromisarios, efectuándose la votación el 25 de julio de 1412, haciéndose pública la designación a los tres días, resultando elegido el infante don Fernando el de Antequera, comenzando en Aragón la dinastía de Trastámara.

Fernando I de Aragón recibió la noticia de su elección en Cuenca,

a donde fué a buscarle una embajada con representantes de las tres regiones de la Corona Aragonesa. Marcharon a Zaragoza, se reunieron Cortes, y ante ellas prestó juramento de ritual. Estuvieron presentes los pretendientes Fadrique de Luna y el duque de Gandía. El conde de Urgel excusó su asistencia por enfermedad. Fernando I inició la idea de la unión de los reinos de Castilla y de Aragón en uno solo, comenzando un período de intervención aragonesa en Castilla, y recíprocamente. Tal empresa fué proseguida por sus hijos, Alfonso V de Aragón y, especialmente, por Juan II, rey de Navarra y de Aragón.

Es de interés, por indicar cómo Cataluña cuidaba del respeto de sus fueros y prerrogativas, el suceso acaecido a Fernando I en Barcelona. El rey, atacado ya de la enfermedad que le ocasionó la muerte, llegó a la ciudad, y su despensero, al adquirir en el mercado pescado fresco para su señor, se negó a abonar el impuesto establecido, por ser para el rey. Al presentarse los consejeros de la ciudad a darle la bienvenida, le expusieron el caso y el rey aprobó la actitud de su servidor. El Consejo del Ciento se reunió y delegó a uno de ellos, muy amigo del monarca, para que le redujera al cumplimiento de la ley, común a todos los ciudadanos. Juan Fivaller fué, pues, en nombre del Consejo y con su actitud respetuosa y enérgica, consiguió que Fernando satisficiera y pagara el impuesto establecido por la ciudad. Poco tiempo después Fernando I falleció en Igualada, en 1416.

A Fernando I sucedió en la corona de Aragón su hijo Alfonso V, que ocupó el trono en 1416. Fué un rey de intensas actividades internacionales por el Mediterráneo, que con la conquista del reino de Nápoles y su actuación en Italia hizo que el reino de Aragón fuese el más importante de todos los del ámbito mediterráneo y de Europa Occidental. En su tiempo fué la gran invasión de los turcos en el Oriente europeo mediterráneo. El rey de Aragón y Nápoles, comprendió claramente los grandes perjuicios que ocasionaría a la cristiandad la instalación de los turcos en Constantinopla, y puesto de acuerdo con el Pontífice, trató de que se realizase una acción conjunta de Estados europeos para evitar la catástrofe; pero su llamamiento encontró recelos y suspicacias por intereses encontrados, y la unión contra los turcos no llegó a realizarse. Aun no secundado por las monarquías occidentales europeas, actuó con su escuadra en defensa de Constantinopla, sitiada, que fué ocupada por Mohamed II el 28 de mayo de 1453.

Alfonso V fué, por su actuación, más un rey italiano que aragonés, destacando en el gran florecimiento cultural del Renacimiento, al modo de un Cosme de Médicis; acogiendo en sus Estados a los sabios, humanistas, literatos y artistas griegos que huían por la invasión turca de



Constantinopla. Fué el fundador de la Universidad de Barcelona, y él, personalmente, de gran cultura clásica y cultivador de las letras.

Residió mucho más tiempo en Italia que en España, rigiendo el reino de Aragón con gran competencia, durante las largas ausencias, su esposa María de Castilla. No dejaron descendencia que heredase la corona, por lo que al morir Alfonso V, en 1458, nombró heredero del reino de Aragón a su hermano Juan, que ya lo era de Navarra.

Juan II era rey de Navarra por ser esposo de Blanca, que heredó la corona a la muerte de su padre, Carlos el Noble, en 1425. Blanca había casado en segundas nupcias con el infante Juan, y de este matrimonio había nacido en Peñafiel, en 1421, Carlos, que fué el príncipe de Viana. En 1442 murió Blanca de Navarra, heredando la corona el de Viana, pero con la recomendación que no adquiriese el título de rey mientras viviera su padre, y que obrase en el gobierno y en sus relaciones con Castilla, de acuerdo con él.

En todo momento la política de Juan II tuvo como directriz orientarla hacia la unión de los tres reinos: Castilla, Aragón y Navarra. Vivió ochenta y dos años, pues nació en Castilla en 1397 y murió en Barcelona en 1479, pudiéndose distribuir su vida política en tres etapas: Hasta 1425 como infante de Castilla, actuando intensamente en la lucha contra don Alvaro de Luna. De 1425 a 1458, como rey de Navarra. De 1458, en que heredó la corona de Aragón, como rey de Navarra y de Aragón, pero siempre intervino activamente en la política castellana.

La gran discrepancia de caracteres entre Juan II y el príncipe de Viana, y la actuación de éste obrando por su cuenta, a veces en contraposición a la directriz política de su padre, originó la discordia entre ambos, acentuada por el gran afecto de los catalanes al de Viana y animosidad al rey Juan II, y, en especial, a su segunda mujer, Juana Enríquez de Castilla. Las desavenencias entre padre e hijo originaron a su vez reyertas civiles y bandos en Navarra, entre beamonteses y agramonteses. El príncipe de Viana se refugió en Barcelona al ser puesto en libertad de la prisión en que le tuvo su padre, recibéndole la ciudad con gran afecto y entusiasmo, falleciendo a los pocos meses, en 1461. Carlos de Viana poseía gran cultura, fué cultivador competente en historia y literatura y muy afecto a las bellas artes; mucho más hombre de letras que político sagaz.

La muerte del príncipe de Viana solucionó que pudiera realizarse sin obstáculo legal la proclamación de heredero a la corona de Aragón del príncipe Fernando, hijo de Juan II y Juana Enríquez, ambos cas-

tellanos, nacido en Sos en 1451, siendo jurado en Calatayud en 1461, y el mismo año en Barcelona.

La animosidad de gran parte de los catalanes contra Juan II y su esposa se manifestó en abierta rebeldía en 1462, comenzando un período de guerra civil que duró hasta una decena de años, con múltiples contingencias, las que fué venciendo la habilidad política, energía y constancia del rey de Aragón. Período de lucha, estimulada en beneficio propio por el astuto Luis XI, reciente rey de Francia. En tal período el potente partido insurgente catalán ofreció sucesivamente la corona: A Enrique IV de Castilla, cuyas pretensiones deshizo la acción política de Juan II. Al infante don Pedro de Portugal, que aceptó, pero que falleció en Granollers en 1466. Al francés Renato de Anjou, en 1467, pero que falleció sin hacer efectivos sus deseos en 1470. Finalmente, en 1472, el tormentoso período cesó y los catalanes todos volvieron a la obediencia.

En 1474, al morir Enrique IV, Fernando e Isabel ocuparon el trono de Castilla, teniendo el viejo rey Juan II, castellano de abolendo y rey de Aragón, la gran satisfacción de ver realizada la aspiración política de su larga vida. En 1479 murió Juan II, y Castilla y la corona de Aragón se fusionaron. Quedaba el pequeño reino de Navarra, que era un absurdo geopolítico, por estar situado en esta época a caballo en el Pirineo, parte en España y parte en Francia. Sin prisa, cuando llegó la ocasión, se incorporó a Castilla, en 1512, la parte situada al Sur de la frontera natural pirenaica.

#### FIN DEL REINO MORO DE GRANADA

A fines del siglo xv quedaba en las serranías meridionales de la Península el reino moro de Granada, singular por su tipo de cultura; anómalo por su civilización estacionada, diferente de la europea; con religión y costumbres distintas del resto peninsular. Reino moro el de Granada que, al no evolucionar debidamente y al acentuarse el contraste con los cristianos, quedó como supervivencia anacrónica en el conjunto hispano y europeo, condenado irremisiblemente a ser absorbido y desaparecer.

Consolidada la monarquía castellano-aragonesa con la terminación de la guerra de sucesión con Portugal, dominada y sometida la nobleza, pacificado y tranquilo el país y libre de facinerosos en campos y ciudades, y con desarrollo en auge la agricultura, la industria y el comercio, los Reyes Católicos determinaron acometer la gran empresa de

la conquista del reino moro de Granada, con general asentimiento y entusiasmo en toda la nación, pues las acciones bélicas contra la morisma, que en todas épocas se habían realizado con la adhesión fervorosa y la cooperación de todas las clases sociales, durante el transcurso del período de los Trastamara, habían quedado reducidas a luchas de fronteras, salvo algunas campañas, como la que produjo la conquista de Antequera y la expedición a la vega de Granada en tiempos de don Alvaro de Luna, predominando las treguas y paces que se sucedían unas a otras.

Reinaba en Granada Muley Abulhasán Alí, o sea «Muley Hacen», que abandonando a la sultana Aixa y a sus hijos, estaba entregado, en su edad madura, al amor de la esclava cristiana Zoraya (doña Isabel de Solís), lo cual originaba dos partidos rivales entre los granadinos: el de los «zegríes», en gran parte de reciente origen africano, partidarios de Muley Hacen, y el de los «abencerrajes», entre los que predominaban los descendientes de la vieja nobleza árabe, partidarios de la sultana Aixa y de sus hijos.

Las treguas con los cristianos fueron rotas violentamente por Muley Hacén, que en noche tempestuosa de diciembre de 1481 tomó por sorpresa el castillo de Zahara, degollando a la pequeña guarnición que le defendía y a gran parte de sus mujeres e hijos. Los cristianos respondieron, no intentando recuperar Zahara, sino que concentrándose en Marchena partieron sigilosamente a sorprender la fortaleza y rica ciudad de Alhama, tomando también de noche (marzo de 1482) el fuerte castillo y después de rudo asedio y de tenaz y heroica defensa, la villa, haciendo gran matanza en los defensores, saqueando la ciudad y llevándose cautivos a los supervivientes. Muley Hacén trató de reconquistar la plaza, pero Fernando el Católico, acudiendo con numeroso ejército, hizo levantar el sitio. Al retirarse los cristianos devastaron y asolaron la vega de Granada, y con gran botín retornaron a Córdoba.

En Granada, la lucha entre zegríes y abencerrajes se encontró. Muley Hacén, a instigación de su visir Abul Casim Venegas, renegado de origen cordobés, hizo matar al hijo mayor de la sultana Aixa, la cual con su hijo Boabdil pudieron escapar con el auxilio de los abencerrajes. Muley Hacén partió por tercera vez a recuperar Alhama, lo cual no consiguió, retirándose a Málaga, donde fué bien acogido por su hermano menor, antiguo rival suyo, el valiente Abul-Ben-Saad, denominado por los cristianos «El Zagal». Mientras tanto, en Granada los abencerrajes proclamaron rey a Boabdil, adhiriéndose las ciudades de Guadix y Almería, mientras que Málaga y Baza estaban por Muley Hacen. En Granada persistían los dos bandos de zegríes y abencerrajes.

Fernando el Católico se precipitó en atacar a Loja, situada en el Genil a la entrada de la vega granadina, y, desoyendo las prudentes advertencias del marqués de Cádiz, sufrió gran derrota, teniendo que retirarse a Córdoba. Otro importante descalabro infringió el Zagal a la caballería cristiana en las asperezas rocosas de las montañas situadas entre Granada y Málaga. Boabdil, celoso de los éxitos de su tío, el Zagal, avanzó con importante ejército hasta Lucena, en el borde de la llanura cordobesa, a cuya ciudad sitió, pero una división cristiana de refuerzo le derrotó completamente, haciéndole numerosos prisioneros, y entre ellos el propio Boabdil (abril 1483).

La prisión del príncipe abencerraje le fué comunicada a Fernando, que se hallaba en Madrid, el cual ordenó se trasladara el prisionero a Córdoba y se le tratase con grandes consideraciones y honores. El Rey Católico emprendió entonces, en su empresa, un doble juego de astucia, tratando sigilosamente con los dos grandes partidos políticos granadinos, sin por ello cejar en la acción guerrera. Concertó con el prisionero un tratado secreto, según el cual, protegería su causa respecto a la corona del reino de Granada, declarándose Boabdil tributario, mediante pago anual de 12.000 doblas de oro, dejando en rehenes a su hijo y a varios nobles granadinos, y teniendo la obligación de presentarse en la corte castellana cuando para ello fuera requerido.

Cuando Boabdil entró en Granada con la escolta que su madre la sultana Aixa le envió, se produjo gran lucha entre los dos bandos de zegríes y abencerrajes, consiguiendo el moro penetrar en el Albaicín. Los alfaquíes, ulemas y jeques consiguieron, como transacción, que Boabdil continuara en el Albaicín, reinando sobre Almería y zona oriental del reino, y el viejo Muley-Hacén, en la Alhambra, dominando en Málaga y la zona occidental. El primero se retiró a Almería, y el segundo envió a su general Hamet el Zegrí a una correría hacia la provincia de Cádiz, en el otoño de 1483. Pero el marqués de Cádiz y Portocarrero se le opusieron, recobrando la fortaleza de Zahara y asolando las campiñas del Oeste de Málaga.

Fernando rehizo el ejército, empleando como eficaz arma de combate la artillería gruesa, para batir las fortalezas, de cuya organización se encargó Francisco Ramírez, de Madrid, muy competente en la fundición y manejo de los cañones. Se caracterizó la guerra de Granada, que duró diez años, por la intermitencia de las campañas, retirándose el ejército, salvo las guarniciones, a invernar, suspendiéndose las operaciones por largos períodos, en los que los reyes atendían a otras cuestiones de gobierno, a obtener fondos, reorganizar el ejército y preparar abastecimientos.

Fernando no descuidaba sus astutas gestiones sigilosas en los dos bandos granadinos, lo que explica algunos hechos insólitos de las campañas. La reina Isabel, en ocasiones oportunas, se presentaba ante el ejército combatiente, generalmente con mucho boato y aparato escénico, produciendo gran ánimo y entusiasmo en la hueste de los cristianos. Así, en junio de 1485, se presentó en el sitio de Moclín, en cabalgata lujosa, de la que formaban parte su hija mayor, la infanta Isabel, con lucido cortejo de damas de la corte. El cronista Bernáldez, cura de Los Palacios, describe el atavío de la Reina Católica en los siguientes términos: «Cubría su cabeza un sombrero negro bordado, su cuerpo un manto de grana a estilo de las princesas árabes, y debajo vestía brial de terciopelo y saya de brocado. Llevaba dos faldas de brocado y terciopelo y una especie de capuz morisco de escarlata, a usanza de las nobles doncellas granadinas.»

En la descripción se advierte el influjo que en la moda femenina tenía la indumentaria mora, demostrando mayor riqueza y superioridad industrial y estética que Castilla.

Las campañas de 1484 y 1485 produjeron la toma de las fortalezas de Setenil, Coín, Cartama y Ronda, que capituló en mayo de 1485 (figura 200), pudiendo sus moradores continuar en ella como mudéjares, los que no quisieran emigrar a Africa. Mientras tanto Boabdil, en Almería, no intervenía en la contienda, por lo que su tío Abud-Ben-Saad (El Zagal), que llevaba el peso de la lucha, partió de Málaga para apoderarse de él, lo que no consiguió, pues aunque tomó Almería, Boabdil huyó y se refugió en Córdoba. Muley-Hacén, ya muy envejecido y casi ciego, abdicó en su hermano, el Zagal, y a poco murió. La leyenda dice que fué enterrado en lo más alto de la serranía granadina, bella ficción, de la que queda como positivo el nombre de Mulhacén de la más alta culminación orográfica hispana.

El Zagal marchó de Málaga a Granada a tomar posesión del trono que su hermano le dejaba. En el camino encontró a un numeroso escuadrón de caballeros de la Orden Militar de Alcántara, a los que atacó, derrotó e hizo degollar, penetrando en la capital granadina con sus cabezas colgando de los arzones de las sillas. La lucha civil continuaba entre los granadinos, y Boabdil concertó con su tío un pacto análogo al que tenía con su padre Muley-Hacén.

En mayo de 1486 Fernando el Católico reanudó la lucha, poniendo sitio a Loja, defendida por Boabdil y el Zagal, que se tomó por asalto después de intensa preparación con la artillería pesada. El Zagal quedó fuera de combate, y Boabdil, herido, resistió en el Alcázar, capitulando al fin, con la condición de renunciar al trono de Granada, dándole

en compensación el señorío y ducado de Guadix, con grandeza de Castilla, si rescataba tal plaza del poder del Zagal en el plazo de seis meses; respecto a los defensores y habitantes de Loja, podían optar entre pasar a Africa o instalarse como mudéjares en cualquier parte de España.

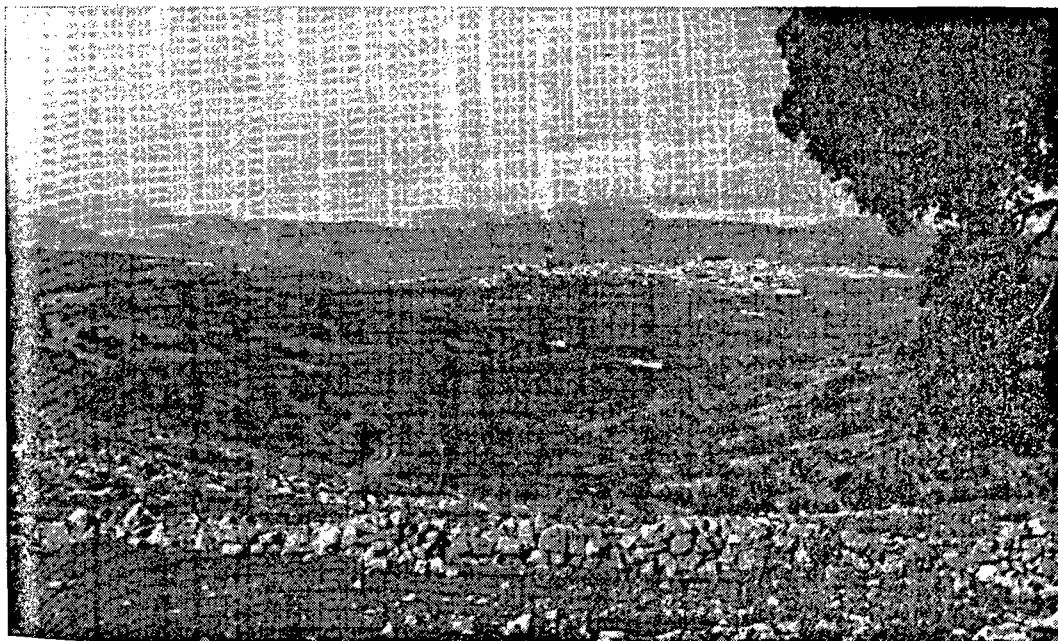


Fig. 200.—Ronda y su campiña desde el alto del camino al pinsapar de la Sierra de las Nieves.  
(Foto Hernández-Pacheco.)

En Granada se suscitaron enconadas y sangrientas luchas entre abenerrajes y zegríes, solicitando el auxilio de los castellanos Boabdil y el Zagal, cada uno por su parte y en contra del otro, mediante proposiciones, de las que Fernando se aprovechó, atizando la discordia entre ambos contendientes. Llegada la primavera de 1487, los cristianos avanzaron hacia Málaga, poniendo sitio a Vélez-Málaga, que capituló, permitiéndose a los habitantes quedar en la ciudad como mudéjares. Abul-Ben-Saad (El Zagal) quiso acudir en socorro de Vélez-Málaga, pero llegó tarde y cuando regresó a Granada se encontró que Boabdil se había apoderado de toda la ciudad no quedándole fieles sino Guadix, Baza y Almería.

Ocupada Vélez-Málaga, los Reyes Católicos pusieron sitio a Málaga (fig. 201), ciudad populosa, rica y comercial, defendida por Hamed-

el-Zegrí, valeroso y competente caudillo del Zagal. Se cercó la ciudad por tierra y mar, con auxilio de las flotas castellanas y aragonesa. El Zegrí resistió largo y tenaz asedio, realizando varias salidas que causaron grandes pérdidas a los sitiadores, y rechazó diversidad de asaltos, por lo cual la reina Isabel vino de Córdoba a animar al ejército con su presencia. Los habitantes de la ciudad propusieron rendirse y enviaron emisarios a Fernando. El Zegrí mandó degollar a algunos de los negociadores, y viendo que no podía alimentar a la población civil, se encerró en el castillo de Gibralfaro. Los malagueños se entregaron sin condiciones y fueron cautivados en masa. «Al Papa Inocencio VIII le fueron enviados en obsequio cien gomeles. A la reina de Nápoles se le mandaron como esclavas cincuenta doncellas moriscas, y a la de Portugal treinta. Hamed-el-Zegrí, que se resistió todavía cuanto pudo en Gibralfaro, fué traicionado por uno de los suyos, se le cargó de cadenas y encerró en una prisión en Carmina» (Luis Ulloa).

Con la toma de Málaga la mitad occidental del reino granadino estaba conquistada. En la primavera de 1488 Fernando actuó en la zona oriental tomando a Vera y Cuevas de Vera y alguna otra plaza, fracasando respecto a Almería y Baza.

La campaña de 1489 fué de muy larga duración, prolongándose hasta fines de otoño. Fué más fecunda que en asaltos de fortalezas y de plazas y batallas cruentas, en negociaciones diplomáticas misteriosas, alardes y desfiles militares aparatosos, cortesías y festejos entre nobles y jóvenes distinguidos de uno y otro bando, y en mercedes y donativos a jefes y cabecillas moros. La política astuta de Fernando el Católico daba sus frutos. Se entregaron las ciudades de Baza, Guadix y Almería, en cuya última ciudad Abul-Ben-Saad (El Zagal), rindió vasallaje a los Reyes Católicos y quedó como colaborador de la conquista, siendo recompensado con las posesiones del valle de Lecrín y del distrito de Andarax. A la muchedumbre mora se otorgó la condición de mudéjares a los que no quisieron emigrar a Africa, dando, por otra parte, facilidades a los que optasen por esta última determinación.

Al comenzar el año 1490 no quedaba por conquistar del reino granadino sino Granada, con su amplia vega y algunas villas incomunicadas con la costa. Desde tiempos antiguos se había ido concentrando en Granada una masa popular formada por los moros procedentes de los territorios y ciudades que iban ocupando los cristianos en su continuo avance por el valle del Guadalquivir y las serranías meridionales de la Península; aglomeración que había aumentado mucho en el transcurso de la conquista emprendida por los Reyes Católicos. Era una muchedumbre fanática, discolá, alborotadora, valerosa, siempre presta a

la rebelión y al botín, cuyo conjunto contribuía a aumentar la población de la vega, intensamente cultivada, resultando en el conjunto una superpoblación, rodeado de la cual habitaba en la Alhambra Boabdil con su corte (fig. 202).

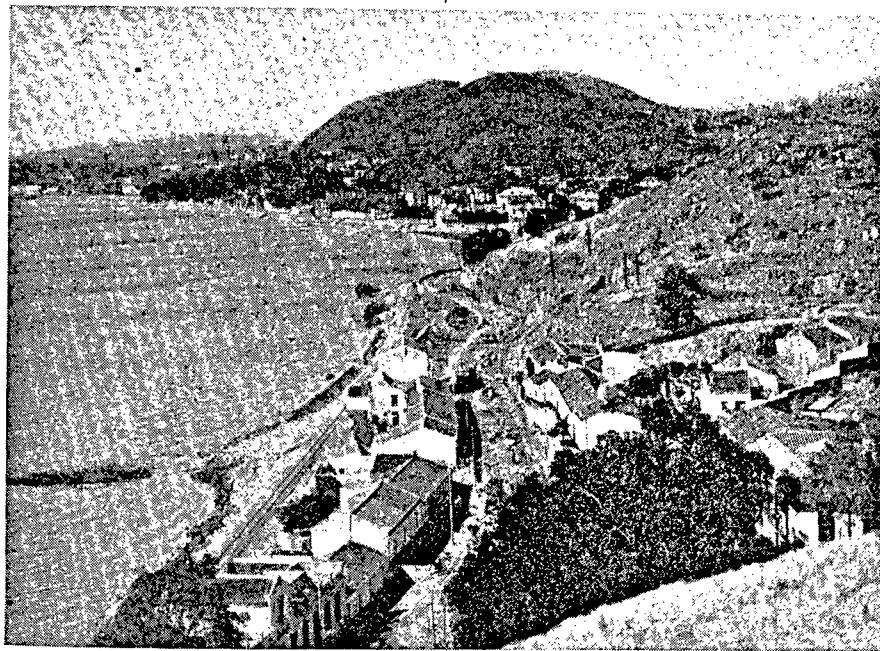


Fig. 201.—Ensenada e inmediaciones de Málaga.

(Foto R. Toval.)

Sometido el Zagal, Fernando requirió al rey granadino a que cumpliera lo estipulado cuando se tomó la ciudad de Loja, o sea que se sometiera, entregando Granada, y se conformase sometiéndose como vasallo de la corona de Castilla y entrara en posesión del ducado y señorío de Guadix. Boabdil contestó, y era verdad, que de momento no podía hacerlo, pues si lo intentaba los jeques, alfaquíes y el exaltado pueblo que le rodeaba no lo consentirían y perecería en la rebelión que se produciría. Fernando no atendió a tal excusa y comunicó al pueblo granadino el tratado secreto de Loja. La muchedumbre reaccionó poniendo sitio a la Alhambra y exigiendo la abdicación de Boabdil o la declaración de guerra a los cristianos. Esta última determinación fué la del rey de Granada, que era lo que esperaban los Reyes Católicos.

La guerra se reanudó en la primavera, talando y asolando la vega.



Boabdil hizo resistencia valerosa, efectuando varias salidas y fuertes combates. En las ciudades orientales de Guadix, Baza y Almería se encendió la rebelión, que fué sofocada, trasladando en masa los moros rendidos a Africa. Al finalizar el año una parte del ejército cristiano quedó en la vega, sitiando a Granada, y la mayor parte pasó a los cuarteles de invierno de las ciudades de la llanura del Guadalquivir.

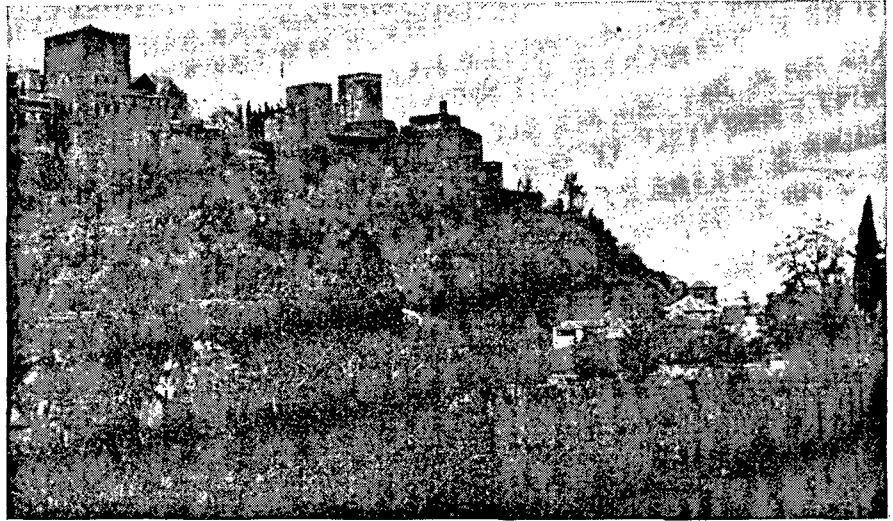


Fig. 202.—La Alhambra de Granada.

(Foto Hernández-Pacheco.)

En la primavera de 1491 los Reyes Católicos, con el ejército muy reforzado, se asentaron en la vega granadina, decididos a terminar la guerra con la rendición o la toma de la capital. Comprendía el plan de campaña privar a los sitiados de víveres, impidiendo los cultivos de la vega y aislando a la ciudad de socorros. Tal determinación comprendieron los sitiados que era irrevocable, cuando un incendio casual destruyó el campamento general, formado con tiendas de campaña y abrigos de ramajes, y en su lugar se alzó una ciudad con edificios de mampostería a la que se denominó Santa Fe, a cuya rapidez y sólida edificación tomó parte todo el ejército. La reina Isabel asumió personalmente la dirección de la Intendencia y Sanidad militar, y el rey Fernando intercaló entre las acciones bélicas astutas gestiones misteriosas de diplomacia y soborno; de tal modo, que de día se combatía y, de noche, emisarios incógnitos realizaban gestiones y negociaciones en el campamento, en la ciudad y en la Alhambra. La tenaz muchedumbre co-

menzó a dar muestras de abatimiento ante la penuria de víveres y falta de socorros extraños, y en las clases dirigentes a creer inevitable la rendición.

Finalizando noviembre, se juzgó la situación insostenible. Boabdil reunió el Gran Consejo, que acordó la necesidad de capitular. Abul-Casim-el-Muley, por la parte de Boabdil, y Hernando de Zafra, por la de los Reyes Católicos, en 28 de noviembre llegaron al acuerdo de capitulación, en la cual, entre otras, se estipularon las condiciones siguientes: Entrega de la Alhambra, del Albaicín y de la ciudad con todos sus defensores en el plazo de sesenta días a partir de la fecha expresada. Los moros y judíos conservarían sus vidas y haciendas, respetándose el uso de su religión, leyes y costumbres. No se pagaría tributo en plazo de tres años, y después el mismo que pagaban a sus antiguos soberanos. Los que quisieran pasar a Africa, podrían hacerlo sin impedimento alguno, vendiendo sus bienes y suministrándoles Castilla pasaje durante plazo de tres años. En convenio secreto se estipuló otorgar a Boabdil y a su familia grandes ventajas personales, cediéndoles gran territorio en las Alpujarras en señorío y juro de heredad, y la propiedad de todas las tierras, huertas y caseríos de su patrimonio particular en el término de la ciudad de Granada.

Lo difícil era comunicar tal acuerdo de rendición a la masa popular granadina, que aún resistía con coraje, a pesar de las penalidades y la falta de víveres, temiéndose una rebelión contra Boabdil y los magnates y miembros del «menjuar» o Gran Consejo. En atención a ello, los Reyes Católicos dirigieron una carta pública a los cadíes, alfaquíes y ulemas, exponiendo su inquebrantable decisión de sostener el sitio hasta que la ciudad se rindiese por hambre, prometiendo trato benigno si capitulaban en plazo de veinte días, y las terribles condiciones de la rendición de Málaga, si no lo hacían. El prestigioso alfaquí el Pequeño intervino y consiguió calmar los ánimos ante lo inevitable, y Boabdil al día siguiente se decidió a arengar a la multitud, y ante el temor de un cambio en la disposición de la masa popular adelantó el plazo de la rendición, entrando calladamente en la ciudad, al amanecer del 2 de enero de 1492, un cuerpo de ejército que ocupó la Alhambra y sitios estratégicos, realizándose la entrada solemne de los Reyes Católicos el día 6, saliendo Boabdil con su séquito a recibirlos.

Boabdil, acompañado de su madre, Aixa, de su esposa, hijos, familiares y servidores, abandonó Granada y ascendió por la montaña, si-

guiendo el camino que conduce a Las Alpujarras. Silencioso y ensimismado en sus pesares, se adelantó a la caravana, y al llegar a la divisoria del puerto, pasado el cual ya no se divisa ni la amplia vega ni la bella ciudad de donde había partido, revolvió el negro caballo en que montaba y esperó a la caravana, que con los bagajes ascendía lentamente. El sol de la tarde iluminaba el lejano caserío granadino y encendía reflejos anaranjados y destellos dorados en las torres de la Alhambra. Un hondo sentimiento de melancolía le oprimió la garganta, se le empañaron los ojos de lágrimas y del pecho le salió un triste suspiro al rey moro vencido.

El dominio de los musulmanes en Hispania, había terminado.

## CAPITULO VII

### La supremacía hispana

SUMARIO: Reinado de los Reyes Católicos: Guerra de sucesión con Portugal.—Sometimiento de la nobleza y restablecimiento del orden público.—Unidad político-religiosa: La Inquisición y el problema de las minorías de judíos y moriscos.—Población de Hispania al finalizar el siglo xv: Desarrollo agrícola, industrial y comercial.—Las grandes navegaciones, descubrimientos y conquistas de los hispanos.—El emperador Carlos: Las Comunidades y la expansión imperialista.—Población de Hispania a mediados del siglo xvi, y estado de la floresta y de la agricultura.—Reinado de Felipe II: Su política exterior e interior.—Población de Hispania en el último cuarto del siglo xvi.—Ordenanzas reales para la guarda y conservación de los montes de arbolado.

#### REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS: GUERRA DE SUCESIÓN CON PORTUGAL

Según se ha apuntado, Isabel I de Castilla, hija de don Juan y hermana de Enrique IV, nació en Madrigal de las Altas Torres (Avila) en 1451 (fig. 203). En 1468 fué jurada princesa y heredera del reino de Castilla, en el pradillo de los Toros de Guisando, en la base meridional de la Cordillera Central. En 1469 casó en Valladolid con Fernando de Aragón. En 1474 murió Enrique IV, e Isabel fué proclamada reina de Castilla. Su esposo, Fernando, había nacido en Sos en 1452. Era hijo de Juan II y príncipe heredero de la corona aragonesa y de Sicilia. En 1479 falleció Juan II, y su hijo Fernando fué proclamado rey de Aragón.

En 1462 había nacido la princesa Juana, denominada «la Beltraneja». A la muerte de Enrique IV reinaba en Portugal Alfonso V, tío de la princesa Juana, con la cual se concertaron esponsales, a pesar de la gran diferencia de edad, con el fin de adquirir el portugués la corona de Castilla, reuniendo así su hijo y heredero, el príncipe don Juan, las dos coronas: la de Portugal y la de Castilla. Tal resolución encendió la guerra entre ambos reinos; guerra civil en Castilla, pues una parte de la nobleza era partidaria de «la Beltraneja», a la que consideraban como hija legítima heredera del trono, y usurpadora a Isabel.

La guerra duró cinco años, realizándose principalmente en las zonas fronterizas de España: Zamora y Toro (fig. 204); Alcántara y La Albuera, en Extremadura, y también en el litoral de Galicia: Vigo, Bayona y Pontevedra. El rey portugués solicitó el auxilio de Luis XI de

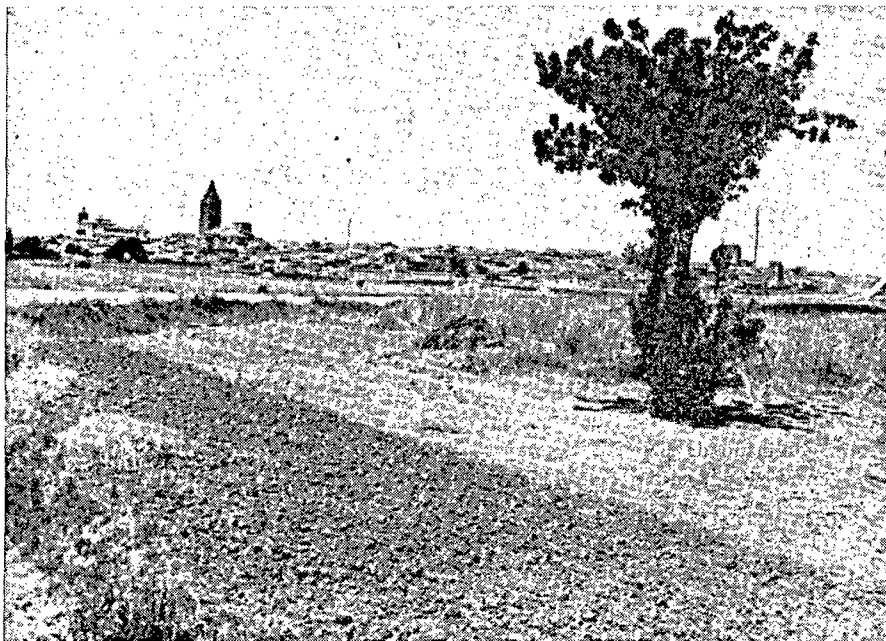


Fig. 203.—Madrigal de las Altas Torres (Avila) en la altiplanicie castellana.

(Foto Hernández-Pacheco, 1951)

Francia, que se le otorgó, enviando tropas a la frontera atlántica hispanofrancesa, que sitiaron a Fuenterrabía, sin conseguir tomarlo. El taimado y astuto monarca francés emprendió un doble juego, tratando de entenderse con Fernando el Católico (no menos astuto y sagaz que él) y entretener al portugués, acabando por abandonar la empresa cuando tuvo que acudir a la guerra que le hizo Carlos el Temerario, duque de Borgoña.

La guerra castellanoportuguesa terminó por el tratado de paz denominado de «Tercerías de Moura», por el castillo situado en las cercanías de la frontera del Alentejo, en el que se estipuló la renuncia de don Alfonso de Portugal y de doña Juana a sus pretensiones al trono de Castilla. El anciano rey portugués renunció a su pretendido matrimonio con su sobrina Juana, y ésta, puesta en la disyuntiva de casarse, más adelante, con el príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos

(que tenía entonces dos años de edad), o retirarse a un convento, optó discretamente por lo segundo. Al cabo de algún tiempo, cansada de la vida monjil, se salió del convento, entrando y saliendo repetidas veces

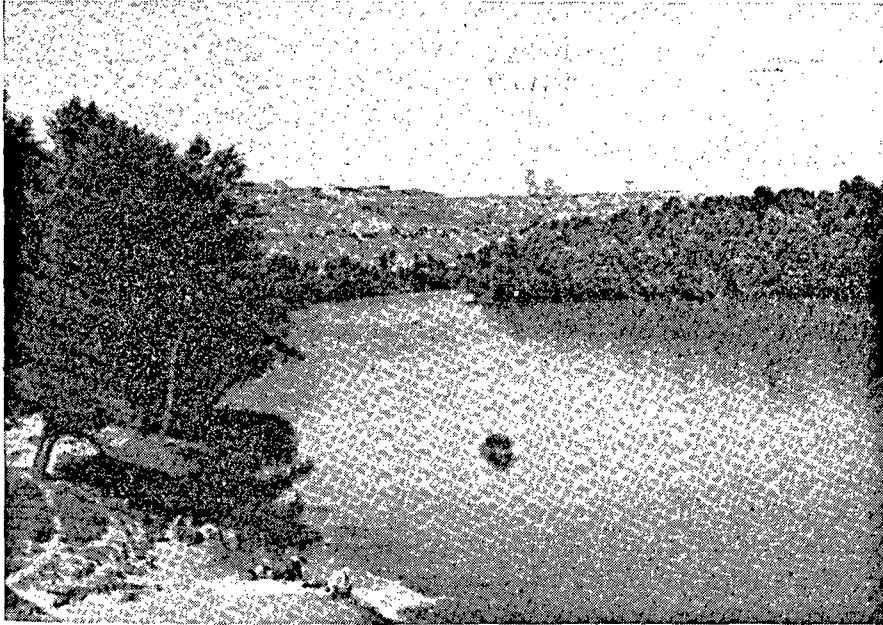


Fig. 204.—El Duero a su paso por Toro (Zamora).

(Foto Hernández-Pacheco, 1932)

en él, muriendo en Lisboa, en 1530, muchos años después de haber fallecido sus enemigos, los reyes de Castilla y de Aragón.

#### SOMETIMIENTO DE LA NOBLEZA Y RESTABLECIMIENTO DEL ORDEN PÚBLICO

A fines del siglo xv y principios del xvi comenzó en Europa la acción intensa de los monarcas contra la nobleza y la instauración del absolutismo monárquico, apoyándose en los municipios de las ciudades, en el Estado llano y en la burguesía, que como nueva clase social surgía potente. En los Estados centroeuropeos la lucha fué contra el feudalismo, y en Hispania, que por efecto de las características de las guerras contra los moros, el feudalismo había tenido poco desarrollo, la lucha fué contra la nobleza, discol y absorbente, y contra las Ordenes Militares y grandes señoríos eclesiásticos, acaparadores de dominio y de riqueza. Era empresa de sustitución por la realeza del poderío

ejercido por los nobles. La reina Isabel tenía para acometer y resolver tal asunto gran fortaleza de espíritu, temple varonil y fuerte sentimiento de justicia. Al igual su esposo Fernando, y además cautela y astucia. Una y otro se mostraron inflexibles, especialmente con los desafectos y traidores a su causa en la guerra civil pasada, pero sin que sobresaliera sobre la justicia el espíritu de venganza.

Era grande el desconcierto y alteración del reino de Castilla en sus diversas regiones; de tal modo, que no sólo vulgares forajidos robaban, desvalijaban y asesinaban en caminos y despoblados, sino que nobles salían de sus castillos en plan de golfines, al saqueo y al atropello. El cronista Lucio Marineo, de la Universidad salmantina, dice respecto a tal situación pública: «Otros que tenían mayores fuerzas y mayor locura ocupaban posesiones de lugares y fortalezas de la corona real, y saliendo de allí con violencia, robaban los campos de los comarcanos, y no solamente los ganados, más todos los bienes que podían haber. Ansimismo captivaban a muchas personas, las que sus parientes rescataban, no con menos dinero que si las hubieran captivado moros u otras gentes bárbaras, enemigos de nuestra santa fé.»

En Andalucía existían enconadas rivalidades y luchas entre banderías de poderosos señores, tales como el duque de Medina Sidonia contra el marqués de Cádiz, que con extraordinaria energía aplacó y deshizo la reina, logrando que al fin se reconciasen y cooperaron juntos en la guerra de Granada. En Extremadura y Castilla sucedían fenómenos análogos, poniendo los Reyes Católicos mano fuerte en ello, haciendo derruir o desmantelar diversidad de castillos, salvos los que respetaron y en los que se puso guarda fiel, en atención a la proximidad de la frontera. En Galicia era donde mayores tropelías cometían los magnates y el alto clero. «Más de cuarenta castillos fueron hechos derribar, gran cantidad de heredades y bienes restituidos a iglesias, monasterios u otros legítimos dueños, y el número de los desterrados y ajusticiados, resultó considerable.»

Otra medida fué la incorporación a la corona de los maestrazgos de las Ordenes Militares. Se realizó tal cambio, mediante asentimiento de la Santa Sede, en cada caso. Incautaciones que, aunque fueron de carácter temporal, se ratificaron a perpetuidad en tiempos del emperador Carlos. Tal transferencia de poderes puso a disposición del monarca las grandes propiedades y riquezas y numerosos feudos y vasallos que permitían levantar, en caso de necesidad, importantes tropas. Reforma importante fué después de la guerra de Granada la creación de ejército permanente, en 1496, que tuvo como principal objeto constituir una fuerza militar de la realeza que superara a la que pudiera consti-

tuir la nobleza. Se dispuso que fuese obligatorio el reclutamiento militar de un hombre por cada doce, de edad comprendida entre los veinte y los cuarenta años. Comprendía el ejército real 3.000 hombres de las «Guardias Viejas de Castilla», varios miles de «continuos» o en servicio permanente, y una reserva, a la que se pagaba sueldo tan pronto se la movilizase.

Para atender al orden público se reorganizaron y unificaron las «hermandades», que como tropas de policía existían en Castilla y León desde el siglo XIII, dependientes de las villas o ciudades o de grandes señores, pasando el conjunto a depender directamente del monarca, según autorización de las Cortes de Madrigal de 1470. Así se constituyó la «Santa Hermandad Nueva», que era un cuerpo de policía armada que prestaba sus servicios en la ciudad y en el campo y perseguía a facinerosos y maleantes, actuando comúnmente en grupos de cuatro individuos, por lo que se denominaron «cuadrilleros».

La «marcha de los clarines» que usa la caballería española, se dice que es de la época de los Reyes Católicos, y a cuyos sones entraron las tropas solemnemente en Granada cuando se conquistó la ciudad; cuando falleció la reina Isabel acompañaron al cadáver, en el cortejo fúnebre, en Medina del Campo, en 1504.

#### UNIDAD POLÍTICO-RELIGIOSA: LA INQUISICIÓN Y EL PROBLEMA DE LAS MINORÍAS DE JUDÍOS Y MORISCOS

##### *La Inquisición*

La Inquisición tuvo origen en Europa a principios del siglo XIII. «La civilización del Languedoc se distinguió por la libertad de pensamiento, que permitió establecer amistoso roce con los moros de España, y llevó al Norte de los Pirineos las ciencias matemáticas y médicas de las escuelas de Córdoba y Granada. Floreció un activo comercio en Tolosa y Narbona, ejercido y fomentado por mercaderes del Imperio de Oriente, y éstos, al parecer, introdujeron, junto con sus mercancías, doctrinas parecidas a las del moderno protestantismo, y consideradas por la Sede pontificia como mortal herejía.»

«El Papa Inocencio III resolvió atacar el mal con la espada, y llamó a los guerreros del Norte de Francia en su ayuda. Un monje español, Santo Domingo de Guzmán, el fundador de la Orden de los Dominicos, fué el encargado de predicar una cruzada contra los albigenses, y Simón de Monfort acaudilló la expedición dirigida contra los herejes. La



guerra principió en 1209, los cruzados tomaron e incendiaron una ciudad tras otra, y el fuego y la matanza se extendieron por todo el país. No se hizo la paz hasta el año 1220, en que la herejía quedó extinguida por la muerte de casi todos los herejes.»

«A estos acontecimientos está íntimamente ligada el origen de la famosa Inquisición, ya que la institución fué iniciada por Inocencio III y Santo Domingo, con las pesquisas encaminadas a descubrir adeptos de falsas doctrinas» (E. Sanderson).

El Instituto de la Inquisición o Tribunal de la Fe no quedó definitivamente constituido hasta 1338, en el pontificado de Gregorio IX. Los reyes de Aragón únicamente lo autorizaron en sus dominios transpirenaicos, en donde había penetrado la herejía de los albigenses, pero no lo admitieron en Aragón, ni tampoco se estableció en Castilla, por la terminante oposición de Fernando III el Santo.

En la época de los Reyes Católicos, el espíritu de intolerancia religiosa de la época llevó a un sector de la sociedad a reforzar el espíritu cristiano con la creación del denominado Santo Oficio de la Inquisición. No obstante, otra parte de la opinión pública se mostró contraria a tal institución, especialmente en Aragón, país celoso en extremo de sus libertades y prerrogativas políticas, oponiéndose violentamente al nuevo poder público que surgía, rebelión que fué duramente reprimida. De tal institución se han ocupado muchos autores, destacando la «Historia de la Inquisición Española», por Juan Antonio Llorente, canónigo de la Catedral de Calahorra, a fines del siglo XVIII.

El juicio del tiempo ha juzgado tal institución como mancha caída en la más gloriosa y preclara página de la historia hispana; mancha que caló a través de las planas correspondiente a largo período de reinados; a tres siglos de espíritu público, manchado por unos de intransigencia, por otros de hipocresía y miedo. El temor que infundía el terrible Tribunal, lo expresaba el dicho popular, «Con la Inquisición, chitón».

Surgió el terrible Tribunal con ímpetu violento, alimentando sus hogueras con judaizantes y moriscos. Alcanzó máxima extensión y poderío con Felipe II, tenaz perseguidor de herejes y de sospechosos de herejía. Tuvo gran desarrollo, estabilizándose durante la dinastía de la Casa de Austria, período del gran apogeo de los «autos de fe», o sea las vistas públicas de los juicios, que se realizaban con gran pompa y aparato, comprendiendo gran número de reos, reservados para tales actos solemnes, congregándose la masa popular, jerarquías y autoridades a presenciar el auto. El cargo de familiar del Santo Oficio era apreciado título honorífico (fig. 205).

Comenzó a decrecer el poder inquisitorial con la dinastía de los Borbones, o sea desde Felipe V. Con la evolución que el pensamiento

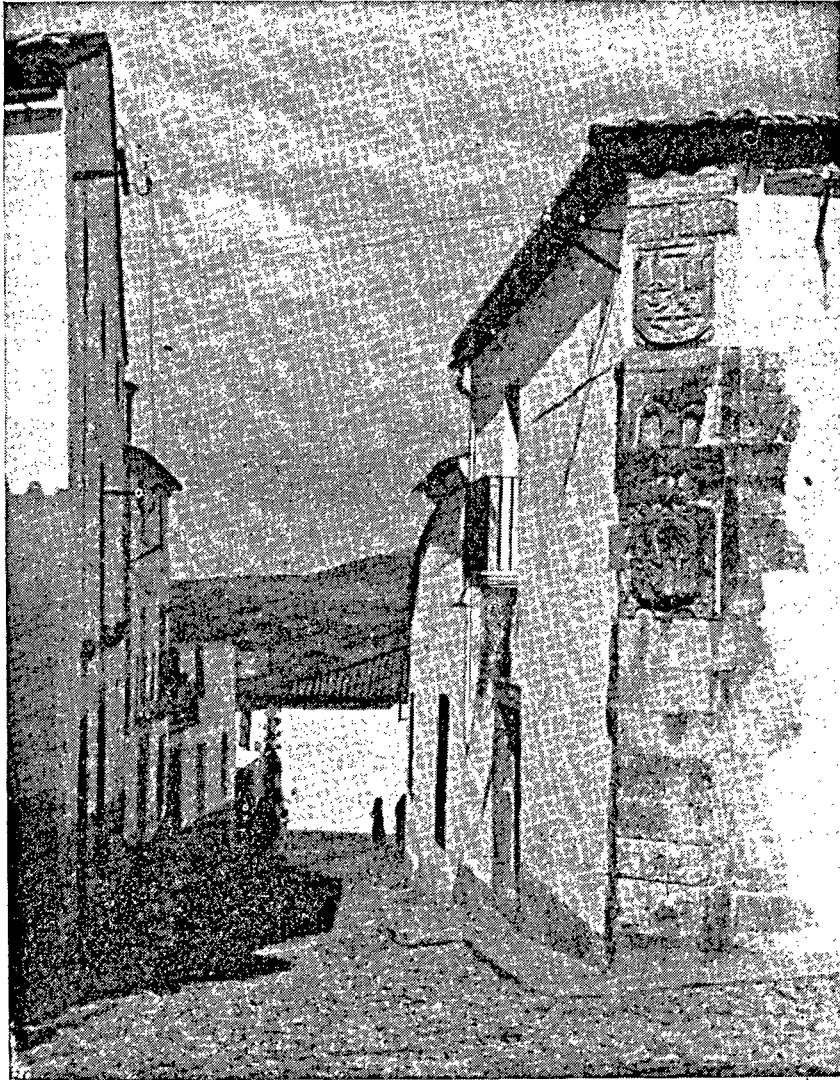


Fig. 205.—Casa con escudo de nobleza de un hidalgo, caballero de Alcántara, y familiar del Santo Oficio, en Alcuéscar (Cáceres).

(Foto Hernández-Pacheco)

humano experimentó en el transcurso del tiempo, fué menguando el rigor, hasta casi desaparecer a mediados del siglo XVIII, reinando Fernando VI, acabando por cesar los espectaculares autos de fe y las que-

mas colectivas de herejes. En tiempos de Carlos III el alborear de las libertades ciudadanas menoscabó de tal modo la autoridad y potencia del Tribunal inquisitorial, que en su actuación contra Olavide, el organizador de la colonización de Sierra Morena, no consiguió encender las hogueras vindicativas de la pureza de la fe, y Olavide fué tan sólo condenado a destierro, siendo indultado al ocupar el trono Carlos IV. El Tribunal inquisitorial fué suprimido por las Cortes de Cádiz de 1812. Se restableció en la etapa de la intensa reacción absolutista de Fernando VII, surgiendo una última llamarada en la primera mitad del siglo XIX, terminando definitivamente lo poco que quedaba del poder inquisitorial con la muerte del citado monarca.

La intolerancia en materia religiosa en los tiempos históricos que se relatan, era general en Europa. A la frase de Felipe II «Si mi hijo fuera hereje, yo mismo traería la leña para quemarle», se une la de Francisco I, el rey «cristianísimo» de Francia: «Si sintiera una de mis manos contaminada de herejía, me la cortaría con la otra.» Tampoco la tolerancia florecía entre los herejes; tal fué el caso de Calvino, haciendo quemar vivo, en Ginebra, a su contradictor Miguel Servet, que incautamente cayó en sus manos. La transigencia y el respeto a las creencias y opiniones ajenas fueron frutos muy tardíos de la cultura europea.

#### *El problema de las minorías*

Terminada la reconquista y conseguida la unidad territorial, se presentó a los Reyes Católicos el problema de las minorías de judíos y de moros. La minoría judía no constituía problema nuevo, sino antiquísimo, pues la instalación de tal pueblo en Hispania y su difusión entre la población indígena, se remonta a la época romana. En sus relaciones con la masa popular hispana, en el transcurso de la historia, había habido períodos prolongados de convivencia y épocas de persecución por parte del poder público, especialmente por algunos monarcas visigodos. En la alta edad media, lo normal y corriente era la convivencia de los judíos tanto con moros como con cristianos.

En la segunda mitad del siglo XIV se acentuó la animosidad popular contra los judíos y se produjeron violentos saqueos y matanzas, tales como las de Toledo y de Nájera en el período de lucha entre Pedro I de Castilla y su hermanastro Enrique II. Tales persecuciones eran consecuencia de la guerra civil dinástica entre Pedro I de Castilla y su hermano Enrique de Trastámara; de tal modo, que la animosidad contra los judíos por parte de los partidarios del segundo era consecuencia de la afición de aquellos a don Pedro, que los protegía. La animadver-

sión fué general durante el período de la dinastía de Trastámara, teniendo por principal origen la acumulación de riqueza de los judíos y acaparamiento del comercio y de la industria, sus actividades financieras y prestamistas y ser los encargados de las recaudaciones de impuestos. La animosidad popular y de parte del clero era la engendradora de tumultuosos saqueos y matanzas.

No obstante, tanto en Castilla como en Aragón y en Portugal, los judíos distinguidos en las ciencias y profesiones liberales, tales como la medicina, y especialmente en las finanzas, gozaban del favor real, encargándoles de las funciones administrativas de los fondos públicos, encontrando en los grandes capitalistas hebreos recursos pecuniarios para poder atender a las empresas estatales. Muchos judíos conversos alcanzaron altas dignidades eclesiásticas y gran fama por su sabiduría y doctrina. Asimismo no pocos descendientes de opulentos judíos convertidos al cristianismo entroncaron con familias de las más aristocráticas, pues en todo tiempo y lugar, el resplandor del oro disimuló los defectos del abolengo.

En las diversas naciones europeas sucedió algo parecido a lo que acontecía en España en tales respectos, y aun con más acritud contra el pueblo judío. Así, en Francia fueron expulsados en masa en 1182 y vueltos a admitir en 1198. Se les volvió a expulsar en 1306, readmitiéndoles en 1315. En Inglaterra fueron expulsados en 1209 y no readmitidos hasta 1652, en tiempos de Cronwell, pero únicamente tolerados, pues hasta el siglo próximo pasado, en 1832, no se les otorgó carta de ciudadanía, y ésta con restricciones, y hasta 1871 no se les autorizó a recibir grados en las Universidades inglesas. En todas épocas y en todas partes se señalan persecuciones y expulsiones de este pueblo singular y errante, tales como las recientes en Alemania.

Establecida la nueva Inquisición en España, se presentó la cuestión pertinente a las minorías de judíos y moros, de religiones diferentes a la de la mayoría, conviviendo con los cristianos. El establecimiento de la Inquisición no resolvía el problema de la unidad religiosa, pues judíos y mahometanos escapaban a la jurisdicción inquisitorial, que se refería a los apóstatas y herejes, y no siendo cristiana, ni a una ni a otra minoría podía exigírseles la pureza del culto católico, sino únicamente a los conversos, o sea cristianos nuevos, de cuya sinceridad religiosa se dudaba. Ante la conveniencia nacional de la unidad religiosa se decidió, después de vacilaciones, expulsar de los reinos de Castilla y Aragón a los que no abjurasen públicamente la religión mosaica y no recibiesen el bautismo, expidiéndose en 31 de marzo de 1492 el edicto de expulsión, dándoles para bautizarse un plazo de tres me-

ses. El principal promotor del decreto fué el inquisidor general Torquemada, antiguo confesor de la reina Isabel. Diversos historiadores relatan que un delegado de los judíos ofreció a los reyes muy cuantiosa y extraordinaria contribución si no se llevaba a efecto la expulsión, y que dudando aquéllos, y estando presente en la conferencia el dominico Torquemada, éste arrojó, violento, en la mesa un crucifijo, exclamando: «Judas vendió a Cristo por treinta dineros; a vuestras altezas les ofrecen ahora por lo mismo, mayor cantidad», y se ausentó del salón.

La escena ha sido reproducida por el pintor Emilio Sala, en 1889, en un gran cuadro del Museo de Arte Moderno. El inquisidor Torquemada no se hubiese atrevido a realizar tal acción, caso de ser cierta, ante Alfonso VI, el conquistador de Toledo, ni ante Fernando III el Santo, el conquistador de Sevilla, pues la devoción de estos reyes castellanos y su tolerancia y respeto a las creencias de moros y judíos, no hubieran aguantado el exabrupto del fanático y despiadado fraile.

El edicto ordenaba que los expulsados «Debían salir con sus mujeres, hijos, criados y familiares, y podían enajenar sus bienes muebles e inmuebles, pero a condición de no sacar consigo oro ni plata ni otros objetos vedados.» Resultaba, pues, irrisoria la garantía que se les daba de vender y trocar, y enajenar todos sus bienes y disponer de ello libremente. Por eso se vió a los expulsados en el caso de trocar, según relata el cronista Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios, «una casa por un asno y una viña por un poco de paño o lienzo».

Los judíos españoles, con la fe en sus creencias religiosas y la tradición migratoria del pueblo hebreo, optaron, en mayoría, por la expatriación y el éxodo, y tan sólo una minoría por el bautismo y la persistencia en España, a los que se sumaron los que de Mauritania y de Portugal, añorando la tierra de sus mayores, regresaron y se sometieron. Respecto al número de los que salieron, discrepan mucho los autores: El cura de Los Palacios, según expone el profesor Ballesteros, dice fueron 170.000. Otros autores contemporáneos le fijan en 440.000, y el historiador Mariana en 170.000 casas, lo cual supone unos 700.000 individuos; cifra esta última que parece exagerada, dada la entonces poca densidad de población de España, teniendo más probabilidades de certeza la expuesta por el cura de Los Palacios, contemporáneo de tales acontecimientos.

El citado cronista Bernáldez, cura de Los Palacios, relata el éxodo de los judíos andaluces en los siguientes términos: «Salieron de la tierra de sus nacimientos, chicos e grandes, viejos e niños, a pie y caballeros en asnos y otras bestias y en carretas, y continuaron sus viajes, cada uno a los puertos a que habían de ir e iban por los ca-

minos y campos por donde iban con muchos trabajos y fortunas, unos cayendo, otros levantando, otros muriendo, otros naciendo, otros enfermando, que no había cristiano que no hubiese dolor de ellos, y siempre por donde iban los convidaban al bautismo, y algunos con la cuita se convertían e quedaban, pero muy pocos, y los rabíes los iban esforzando y facían cantar a las mujeres y mancebos, y tañer panderos y adufos para alegrar la gente, y así salieron fuera de Castilla y llegaron a los puertos donde embarcaron los unos, y los otros a Portugal.»

Un gran número de judíos andaluces pasaron a Mauritania, cuyos descendientes han formado agrupaciones numerosas en Tetuán y ciudades marítimas y del interior de Marruecos. Gran parte de los levantinos y de Castilla pasaron embarcados al Oriente mediterráneo, especialmente a Salónica y Constantinopla y otras ciudades griegas y balcánicas, donde constituyen colonias numerosas de «sefarditas» (rama diferente de la otra judaica que habita principalmente en Polonia y en centro europeo), conservando el recuerdo de la tierra hispana de sus mayores y el uso del lenguaje castellano antiguo, deformado y alterado por el tiempo transcurrido.

La otra minoría políticosocial de Hispania, de mayor amplitud demográfica que la judía, la de los moros, era genuinamente hispana en sus características étnicas, pues en su casi totalidad procedía de los hispanos que adoptaron la religión mahometana a consecuencia de la rapidísima conquista, que más bien que conquista fué revolución social, pues como en su lugar correspondiente se ha expuesto, cuando la invasión árabe, la no abundante sangre goda estaba ya completamente difundida en el conjunto étnico del pueblo hispano, y los condes y nobles fueron en gran parte los primeros que se acomodaron al nuevo estado de cosas. Por otra parte, la invasión fué realizada numéricamente por mauritanos, o sea moros de características étnicas muy afines a los hispanos de los territorios meridionales y levantinos. Insignificante fué el aporte de sangre árabe, pues al final del califato estaba ya difundida y absorbida en el conjunto indígena hispano, de tan gran poder étnico asimilador y de características genuinas y típicas, según reconocen etnólogos y antropólogos. No existía, pues, diferencia en lo étnico entre la minoría mora y la mayoría cristiana; la diferencia estaba en lo religioso, en lo político y en lo social, y en las costumbres. La minoría mora estaba distribuída por todo el ámbito hispano, compuesta por los mudéjares, repartidos por Andalucía y Extremadura, Castilla, Aragón y Valencia, mucho antes de la conquista de Granada, y otra parte estaba aglomerada en las serranías meridionales de la Península, donde se había ido concentrando al avanzar la reconquista

por la llanura bética y las serranías subbéticas. Unos y otros constituyeron la minoría de los moriscos cuando se les forzó a adoptar la religión cristiana.

Cuando tal determinación estatal se adoptó con las minorías judaica y mahometana, los judíos reaccionaron con el espíritu y psicología característicos de este pueblo en su larga historia. Los moros reaccionaron como hispanos, con la rebelión y la guerra.

Conquistada Granada, el arzobispo fray Hernando de Talavera comenzó discreta y prudentemente la predicación y catequesis de los moros granadinos, consiguiendo la conversión de no pocos, en atención a las ventajas que les reportaba a los vencidos igualarse en derechos civiles con los vencedores. Por instigación del cardenal González de Mendoza fué designado confesor de la reina Isabel fray Jiménez de Cisneros, de gran ilustración, extrema autoridad e indomable energía, intolerante en cuestiones religiosas, y tan contrario a los mahometanos como Torquemada a los judíos. En 1499 acompañó a los reyes a Granada, y juzgando que la obra realizada por Hernando de Talavera era escasa y lenta, se propuso activarla y resolverla, ordenando el bautismo forzoso de los moros granadinos, lo cual produjo el levantamiento de la masa popular, que cercó el palacio donde residía Cisneros, siendo libertado por el conde de Tendilla y Talavera, que consiguieron apaciguar a la morisma rebelada. Cisneros continuó su plan, y recogiendo las obras escritas en árabe de las bibliotecas y de los particulares ordenó su quema, salvo unos trescientos libros de Medicina, que envió a la Universidad de Alcalá de Henares, por él fundada. Ante tan violenta actitud, gran número de musulmanes granadinos aceptaron el bautismo, mediante aspersion dado su gran número, pero los moros de la serranía se rebelaron y alzaron en armas. En los que quedaron en el país la conversión por forzada no fué sincera, no surgiendo la fe en la doctrina impuesta, sino el disimulo con el oculto espíritu de rebeldía. El ideal de unidad religiosa se creyó conveniente para la unificación política. Probablemente ésta se hubiera realizado con más fortaleza espiritual en los conversos sin tal medida coactiva, y la expansión hispana y de la cultura europea al Sur del Estrecho se hubiera efectuado más pronto y fácilmente. Pero el pensamiento humano, en tales respectos, no evolucionó hasta mucho más tarde.

Tal proceder con la minoría mora ocasionó otras rebeliones y cruentas guerras de montaña. En 1525, reinando el emperador Carlos. De 1568 a 1570, en tiempos de Felipe II. Decretándose y realizándose la expulsión en masa de los moriscos de toda España, en 1609 y 1610, a los ciento diecisiete años de la toma de Granada, reinando Felipe III y

gobernando su valido el duque de Lerma ; medida injusta e insensata de un gobernante incompetente y de un rey inepto.

POBLACIÓN DE HISPANIA AL FINALIZAR EL SIGLO XV ; DESARROLLO  
AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y COMERCIAL

La población de la Península en el último cuarto del siglo xv, reinando los Reyes Católicos, sería de unos nueve millones de habitantes, según el cómputo que hace el benedictino Benito Feijóo en el artículo X de sus «Cartas eruditas», respecto a la población de España en diversas épocas históricas. En relación con tal densidad puede suponerse que la floresta hispana no experimentaría mucho cambio, pues sobraba tierra cultivable, lo cual en grandes extensiones eran latifundios de la nobleza y de las Ordenes Militares, bienes realengos, o sea de la Corona y bienes comunales de los municipios.

De estos últimos cuidaron especialmente los Reyes Católicos. Así, en su pragmática de Burgos de 1496 se dispone: «Mandamos que agora y de aquí adelante todos los montes, huertas, viñas, plantas y otros edificios y cosas, que han sido y fueren restituidos a las ciudades, villas y lugares, los conserven para bien y pro común de ellas, y no los talen ni descepen, ni corten, ni derruequen, sin nuestra licencia y especial mandado ; salvo los montes que fueren tan grandes y tales, que los vecinos de las dichas ciudades, villas y lugares se puedan aprovechar de ellos de leña, no los corten de por pie ; salvo por rama, y dexando en ellos horca y pendón por donde puedan tornar a criar ; y que los otros montes, que no fueran tan grandes que se puedan aprovechar para bellota y para guarecer los ganados de invierno, y todos ellos y los otros términos queden para el pasto común de los ganados ; y las viñas y huertas, y plantas y edificios, que se puedan arrendar, para Propios del Concejo.»

El desarrollo de la ganadería era grande en ganado vacuno, que se alimentaba en las dehesas comunales, y especialmente el lanar trashumante. El ganado cabrío, que siempre ha sido numeroso en la Península, tendría abundantes cabreriles en los extensos matorrales de la montuosa Hispania. Gran importancia agraria tuvo en Cataluña la solución del viejo asunto de los «payeses de remensa», sujetos a vasallaje y tributación onerosa por parte de los nobles y grandes señores eclesiásticos, encendiéndose la revuelta y lucha entre una y otra clase social. Fernando, interviniendo en el gran conflicto, consiguió de ambas partes contendientes ser nombrado árbitro y, en 1486, expidió en el



Monasterio de Guadalupe (fig. 206) el célebre fallo, según el cual «quedaban abolidos los «malos usos» mediante el pago al fisco de 50.000 libras barcelonesas en el término de diez años, y el abono a los señores de 6.000 libras, por indemnización de perjuicios, en el plazo de dos años. También fué suprimida la jurisdicción criminal de los nobles sobre sus vasallos. La aprobación de la sentencia, en lo concerniente a los payeses de señorío eclesiástico, fué reservada a la Santa Sede» (Luis Ulloa).

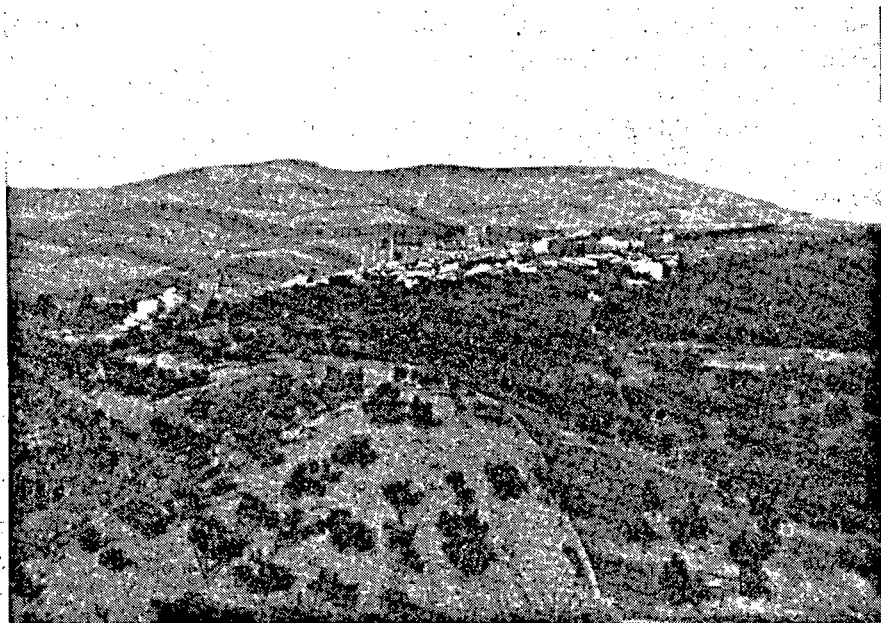


Fig. 206.—Guadalupe (Cáceres) en la serranía occidental de los montes de Toledo.  
(Foto Hernández-Pacheco, 1932)

También tuvo importancia agraria en Castilla la pragmática de 1480, según la cual el solariego, de cualquier clase que fuese, podía trasladar su residencia fuera del señorío, con sus bienes, caballerías, aperos, ganados y frutos.

El desarrollo agrícola, industrial y comercial, a fines del siglo xv, durante el reinado de los Reyes Católicos, era importante, según puede deducirse de las leyes de la época, que consideraban a la labranza de los campos como fuente principal de la prosperidad pública. Análogas manifestaciones se deducen del testimonio de residentes y viajeros extranjeros por el país, quienes alaban la fertilidad del suelo y la bondad de los frutos en viñedos, olivares, diversidad de árboles y plantas cultivadas y productos agrícolas y de todo orden. Los vinos más afama-

dos eran entonces los de Xerez, Cazalla y Guadalcanal; Madrigal, San Martín y Ciudad Real; Caparica y Ribadeo.

Los principales artículos de exportación eran el vino y el aceite, frutos secos, azúcar, pieles curtidas, acero, plomo y diversidad de materias minerales. Producto de exportación de la mayor importancia, en cantidad y calidad, era la lana, teniendo en tal respecto mucha fama las ovejas merinas trashumantes de los Valles de Alcudia, como actualmente acontece. La excesiva protección a la ganadería, con los privilegios de la Mesta, redundaba en perjuicio de la agricultura.

Entre las industrias y artes mecánicas destacaba la fabricación de paños bastos y finos en Segovia y Toledo, Sevilla y Valencia; armás en las dos primeras ciudades; sederías y terciopelos en Valencia y Granada; platerías en Valladolid y Córdoba; cuchillería y cristalería en Barcelona, etc.

La navegación comercial, y su protectora la de guerra, desde antes del descubrimiento de América era una de las preponderantes en Europa, siendo acrecentada por efecto del comercio que se estableció con América. Según Campomanes, el número de grandes naves comerciales alcanzaba al millar. Manifestación de tal poderío marítimo fué la escuadra que en 1496 acompañó a Flandes a la infanta doña Juana; escuadra compuesta de 130 naves. En los finales del siglo xv y comienzos del xvi, las dos naciones hispanas eran las de más poderío y prestigio naval: Portugal, por su gran comercio con la India y el país de la especería. España, por sus relaciones mercantiles con América; Barcelona rivalizaba en comercio mediterráneo y en empresas y artes náuticas con las célebres ciudades marítimas de Italia, tales como Génova y el puerto de Pisa.

Los Reyes Católicos, en su labor para recrecer la potestad real, se valieron entre los métodos indirectos contra el poderío perturbador de la nobleza, de dar en las Cortes mayor representación y prerrogativas a las representaciones de las ciudades, aunque conservando a los nobles la exención de los impuestos, que era lo que a tal clase aristocrática importaba sobre todo. Regla también de conducta fué otorgar los cargos públicos y empleos administrativos al mérito, conocimiento y pericia personal, prescindiendo de la categoría y clase fundamentada en el nacimiento. Se reorganizó completamente el Consejo de Castilla, que fué el eje de la administración pública, compuesto de un prelado, tres caballeros y nueve letrados. En Aragón se constituyó, en 1494, el «Consejo Real de Aragón», de composición, funcionamiento y atribuciones análogos al de Castilla.

Con tales métodos y medidas de gobierno el poder real adquirió

predominio y fortaleza creciente, camino del absolutismo monárquico, que pronto se implantó en toda Europa al sucumbir el feudalismo, por los constantes ataques coordinados del estado llano y la realeza. En esta época alborea el gran poderío imperialista de España respecto a las naciones del Mediterráneo Occidental, especialmente en Italia y países africanos. Al unirse Castilla y Aragón, Fernando aportó sus posesiones y derechos al reino de Nápoles y Sicilia, y comenzaron las guerras con Francia por el dominio de los territorios italianos. Comenzó también la expansión imperialista de España, que tan gran amplitud alcanzó en los reinados de los dos primeros monarcas de la dinastía austríaca. Se iniciaron, fuera del solar hispano, los gloriosos hechos militares de las grandes figuras del arte de la guerra, en lo que Hispania ha sido fecunda, destacando Gonzalo Fernández de Córdoba, denominado por antonomasia «El Gran Capitán».

El autor anteriormente citado, Benito Feijóo, dice en su obra mencionada que, en los comienzos del siglo xvi, la población de España comenzó a decrecer por efecto de la emigración a América y por la expulsión de judíos y moriscos. Además de tales motivos de despoblación, influyó en el decaimiento de la agricultura y empobrecimiento general del país (que a lo largo del tiempo se produjo), por haberse establecido y sancionado en la recapitulación jurídica de 1503, denominada «Leyes de Toro», el régimen de los mayorazgos, ocasionando la vinculación, en reducido número de poseedores, de muy gran parte de la riqueza rústica.

#### LAS GRANDES NAVEGACIONES, DESCUBRIMIENTOS Y CONQUISTAS DE LOS HISPANOS

La edad histórica moderna se inicia en el conjunto europeo por surgir nuevas modalidades de cultura, tales como la formación de las nacionalidades; el desarrollo científico, con el descubrimiento de la imprenta; la modificación del arte de la guerra, con el uso de las armas de fuego y, especialmente, de la artillería; la navegación de altura, las nuevas normas del arte arquitectónico y demás manifestaciones de un nuevo tipo de civilización.

A tal conjunto de causas generales al ecúmeno, se añaden en la Península Hispánica dos acontecimientos históricos de extraordinaria importancia: uno, de influjo universal, cual es el descubrimiento de América; otro, de gran interés hispano, que consiste en la unificación política peninsular en dos naciones: España y Portugal, que en el trans-

curso de la historia han seguido caminos paralelos en los descubrimientos geográficos, dando a conocer a Europa las maravillas de las tierras hasta entonces desconocidas e inexploradas.

En los últimos tiempos de la Edad Media, Castilla se había establecido en las Canarias (1402), y Portugal en Madeira (1420) y en las Azores (1433).

Los descubrimientos geográficos de los portugueses recibieron gran impulso bajo los auspicios del infante Enrique el Navegante, que rodeado de una corte de cosmógrafos, nautas y hombres de ciencia, se estableció en el cabo de San Vicente, frente a los enigmas del Atlántico, con la idea de encontrar camino para los países asiáticos rodeando al continente africano (figs. 207 y 208). En sucesivas expediciones las naos portuguesas rebasaron, hacia el Sur, el cabo Nun, frontero a Canarias;

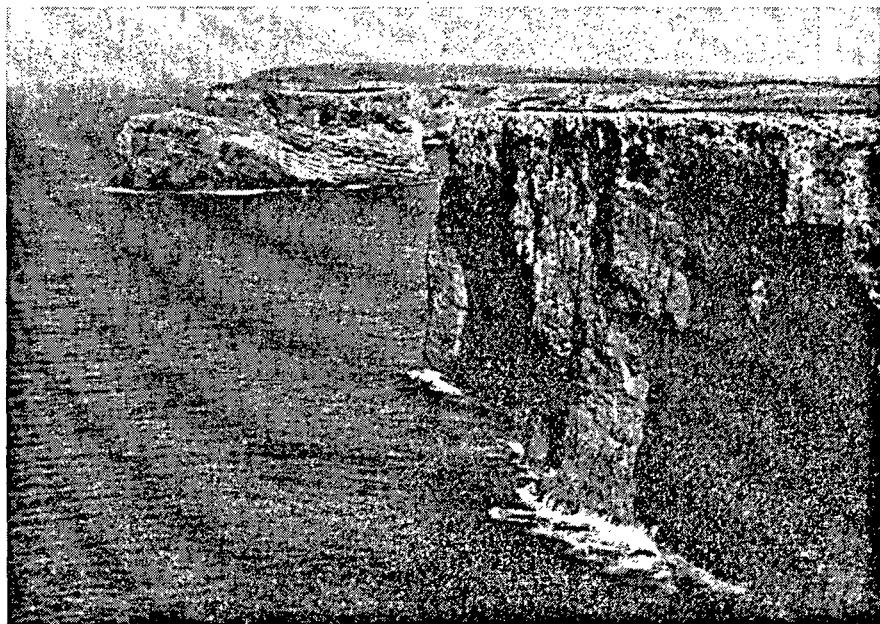


Fig. 207.—Acantilados del cabo de San Vicente. paraje adentrado en el Atlántico del Suroeste peninsular.

(Foto Hernández-Pacheco, 1947)

el cabo Bojador (1434), en la costa del Sáhara; recalaron en la bahía de Río de Oro, a la que darían este nombre por sus acantilados, que les recordarían los del río Douro, en el estuario de Porto; el cabo Blanco y el cabo Verde. Avanzaron hacia el Sur por las costas intertropicales, señalando con histos pétreos o «pedraos», con el escudo de Portugal gra-

bado, los sucesivos avances. En 1487, Bartolomé Díaz, reinando Juan II, dobló el cabo de Buena Esperanza y desembarcó en la costa oriental de Africa. Posteriormente Vasco de Gama llegó a Calicut, en el Suroeste

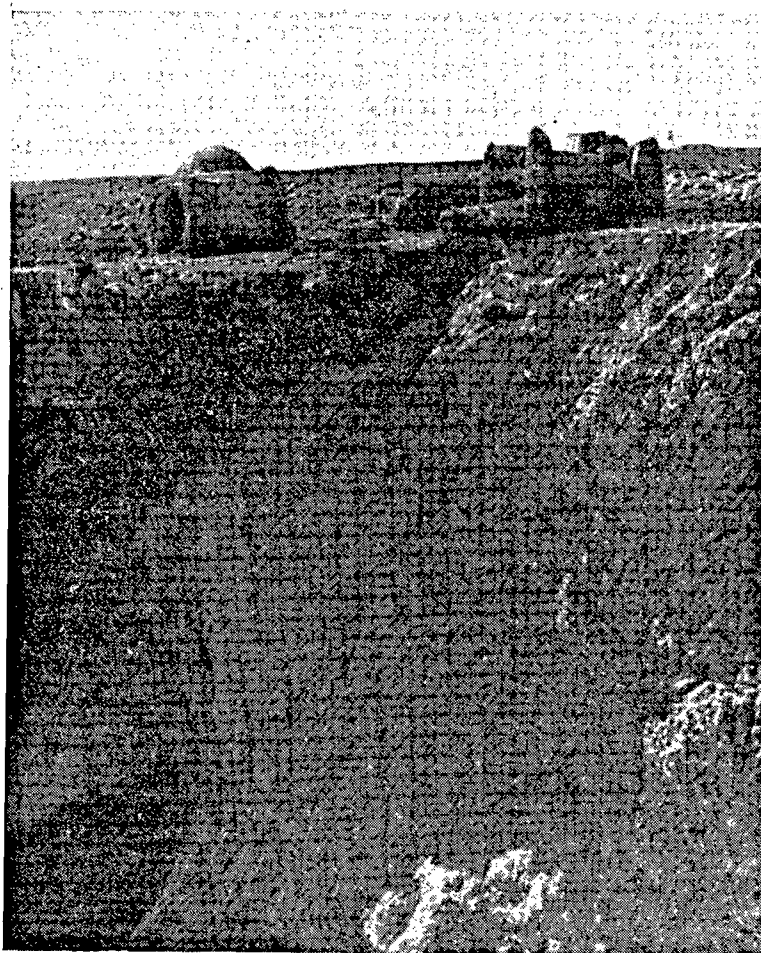


Fig. 208.—Ruinas del castillo-residencia del infante de Portugal Enrique el Navegante, en el cabo de San Vicente, cerca de Sagres (Algarve).

(Foto Hernández-Pacheco, 1947)

de la India, en 1498. Alfonso de Albuquerque extendió los establecimientos portugueses, haciendo de Goa capital de los dominios en el Oriente asiático (1511). Comenzaron a comerciar con China en 1517, y con el Japón en 1542.

En abril de 1500, Álvarez de Cabral, que navegaba por el Atlántico

camino de las Indias, fué desviado de la ruta hacia Occidente, descubriendo las costas del Brasil, que lo habían sido cuatro meses antes por Vicente Yáñez Pinzón, el marino español que acompañó a Colón en el primer viaje de descubierta a América.

Al mismo tiempo que los portugueses hacían sus descubrimientos marítimos por Oriente, los españoles los realizaban por el lejano Occidente en el continente americano. El genovés Cristóbal Colón, al servicio de Castilla, partió del puerto de Palos (fig. 209) el 3 de agosto de 1492 en tres navíos, mandados, respectivamente, por Colón y los

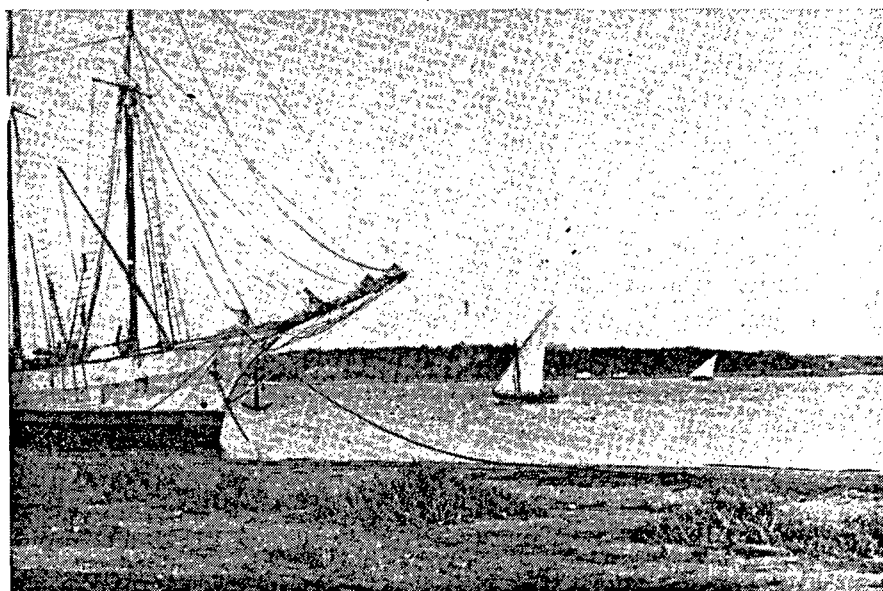


Fig. 209.—Estuario del río Tinto (Huelva), frente a Palos y al monasterio de la Rábida.  
(Foto Hernández-Pacheco, 1925)

hermanos Martín y Alonso Yáñez Pinzón. En la expedición iba el cartógrafo Juan de la Cosa, autor del mapa que se conserva en el Museo Naval de Madrid. La tripulación de la escuadrilla era de gente marinera, competente y ducha en su profesión, y entre ella algunos que habían navegado con los portugueses por el Atlántico africano, y otros, más o menos conocedores del Oriente Mediterráneo. El viaje tenía por objeto arribar a las costas de Cipango, o sea al Extremo Oriente Asiático, directamente a través del Océano con rumbo a Occidente. En la noche antes de amanecer el 12 de octubre, el marinero Rodrigo de Triana vió una lucecita lejana por la amura de babor, y, salido el sol, se desembarcó en una isla del grupo de «Las Bahamas», a la que se

denominó San Salvador. Se descubrieron después las dos islas más grandes del archipiélago de las Antillas: Cuba y la que se denominó Española (Santo Domingo). Después de dejar en la Española guarnición, la escuadrilla emprendió el regreso, sufriendo fuerte temporal cerca de las costas europeas, rindiendo viaje en Palos (Huelva) el 15 de marzo de 1493.

Colón y parte de la plana mayor de la expedición, con algunos indígenas americanos y muestras de los productos naturales de las islas descubiertas, se presentó a los Reyes Católicos, que estaban en Barcelona; ciudad que, como Génova y Marsella, era, entonces como ahora, uno de los tres más importantes puertos del Mediterráneo Occidental. La noticia del sensacional descubrimiento se difundió pronto por toda Europa. En expediciones sucesivas se reconocieron las otras islas del mar de las Antillas y parte del litoral del Continente americano. Colón siguió creyendo que había llegado al Asia Oriental, y murió en Valladolid el 1506.

Comenzó una era de descubrimientos geográficos, de exploración de países maravillosos, de acciones y empresas de epopeya y conquistas portentosas. Capitanes y gentes de España, procedente en su mayor parte de Extremadura y Andalucía, con impulsos audaces, valor sereno e indomable, tenacidad impertérrita y resistencia a las adversidades, inclemencias y privaciones, transplantaron al nuevo mundo las características de la cultura hispana; cultura que sustituyó a las más primitivas e inferiores de los pueblos americanos.

Vasco Núñez de Balboa, en 1513, atravesando el istmo americano llegó al mar Pacífico. Hernán Cortés, de 1519 a 1521, realizó la conquista de Méjico, que después se amplió a California y países occidentales de los Estados Unidos. Alvarado, capitán de Cortés, extendió la conquista hacia el Sur, a Nicaragua, en 1524. Francisco Pizarro conquistó el Perú en 1531 y 1532. Pedro de Valdivia, en 1540, extendió sus conquistas por Chile y fundó la ciudad de Santiago. En el mismo año, Orellana, con cincuenta compañeros, atravesó América en su mayor anchura, por la corriente del Napo y del Amazonas, hasta el Atlántico. La ciudad de Buenos Aires la fundó Juan de Garay, en 1580.

Ponce de León, en 1512, descubrió y exploró la Florida y pereció en ella, en la expedición de 1521. Hernando de Soto, el noble y generoso capitán de Pizarro, recorrió extensa zona en la cuenca del Mississipi, en 1541 y 1542, muriendo en la empresa, siendo su cadáver, según dispuso, depositado en el caudaloso río por él explorado. El viajero de mayor extensión de recorrido en América del Norte fué Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en sus andanzas errantes desde Florida a California.

Todo el Oeste de la actual gran nación fué explorado y colonizado por los españoles, antes que los anglosajones llegasen a América.

Fernando de Magalhães, portugués al servicio de España, y el vasco Juan Sebastián Elcano (figs. 210 y 211), en 1519, zarparon de Sevilla. En sus naos descendieron río abajo al mar libre, y fijado el rumbo hacia donde el sol se pone, navegaron intrépidos siempre avante. Por el estrecho que lleva el nombre de Magallanes, pasaron del Atlántico al Pacífico, cuya inmensidad cruzaron. Llegados a Filipinas, Magallanes pereció en

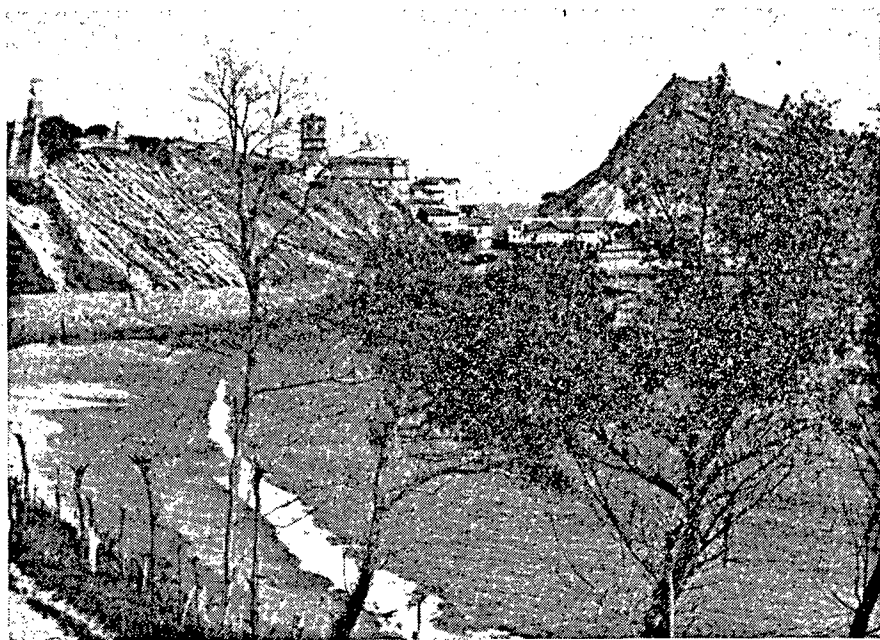


Fig. 210.—Guetaria (Guipúzcoa), patria de Juan Sebastián Elcano; vista parcial de la villa y de la costa.

(Foto Hernández-Pacheco, 1947)

una pelea con los indigenas. Elcano, en la nao «Victoria», continuó el viaje, llegando de regreso a Sevilla en 1522, realizándose por vez primera la circunnavegación del Globo. Tan sólo 83 toneladas tenía el bajel de Elcano, minúscula embarcación al lado de los actuales colosos del Océano, de los inmensos trasatlánticos, de los gigantescos portaaviones, de los formidables acorazados de 45.000 toneladas. En uno de tales navíos modernos podría la nao gloriosa, con jarcias y velamen, depositarse suavemente en cubierta, al modo como se coloca un juguete sobre el mármol de una consola. Pero en tal pequeñez consiste su gran:



deza ; en esto y en los valores espirituales de sus tripulantes y de su jefe hispanos.

Destacan en la exploración y conquista de América dos empresas formidables, dos epopeyas que parecen fábulas y fueron realidades : la efectuada por el extremeño Hernán Cortés (fig. 212), con su gente, en

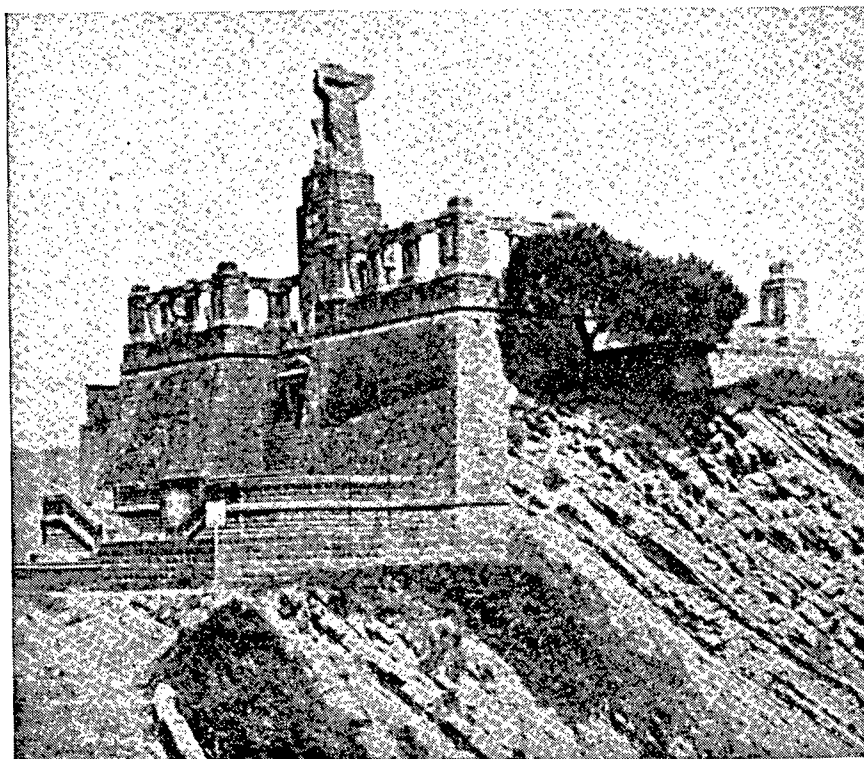


Fig. 211.—Monumento a Juan Sebastián Elcano, en la villa marinera de Guetaria (Guipúzcoa).

(Foto Hernández-Pacheco, 1947)

Méjico ; y la realizada por su paisano Pizarro (fig. 213) con la suya, en el Perú ; luchando, no contra masas inorganizadas de salvajes, sino contra ejércitos numerosos de imperios perfectamente organizados : el azteca y el incaico.

Hernán Cortés representa al hombre de cultura universitaria. De genio superior a Ulises, el héroe de La Iliada y La Odisea, es como éste, fecundo en astucias, sagaz y prudente, de intrépido valor y de corazón firme. Tan buen político y eximio estadista, como excelente caudillo y gran guerrero.

Pizarro era hombre salido de la masa del pueblo, que llegó a brillar a costa de ímprobos esfuerzos, por sus propios méritos; anónimo zagal en su niñez y adolescencia; soldado desconocido en su juventud; distinguido hombre de guerra de confianza, en su edad viril. Se estableció como colono en Panamá frente al extenso y desconocido mar del Sur, donde le llegó el comienzo de la vejez, pobre de fortuna, sano



Fig. 212.—Puente sobre el Guadiana y castillo de Medellín (Badajoz), patria de Hernán Cortés.

(Foto Hernández-Pacheco)

y fuerte de cuerpo, con ánimo sereno e imperturbable y con corazón intrépido. Ninguno de los míticos héroes de la Grecia homérica pueden compararse con este hombre, de alma amasada con los espíritus de Néstor y de Aquiles.

Cortés, en su difícil situación al desembarcar en la costa mejicana, impidió la posible retirada de su gente desguazando sus naves y destruyendo los cascos. En su avance hacia el interior, después de vencer a zempoales y tlascaltecas, se alió con aquéllos y con la república de Tlascala, cuyo Senado vió en el pequeño ejército venido por mar de las ignotas regiones donde surge la aurora, poderoso auxilio que les libertara de la tiranía del opresor imperio azteca. Hispanos, zempoales y tlascaltecas, en avance bélico, llegaron a la ciudad imperial de la gran laguna mejicana, donde Moctezuma se vió forzado, contra sus deseos, a recibir en la corte a los extranjeros.

Una antigua tradición aseguraba que llegaría un día en que «teu-

les», o sea hombres superiores, vendrían del Oriente a través del Océano y derrocarían al imperio azteca. Moctezuma, en extremo supersticioso, creía en tal tradición, y en su espíritu cuajó la fatalidad y el pesimismo; pasión de ánimo que no escapó a la perspicacia de Cortés, y de la que supo, discretamente, sacar partido en favor de sus proyectos. En una revolución popular fué muerto Moctezuma por sus súbditos, y



Fig. 213.—Vista general de Trujillo (Cáceres), patria de Francisco Pizarro.

(Foto Hernández-Pacheco, 1949)

la guerra surgió violenta contra los españoles y los tlascaltecas, que sufrieron la gran derrota de «la noche triste», poniéndose al frente de la revolución y del imperio el valiente y esforzado Guátimozín.

Pero ya era tarde; los españoles y sus aliados se reorganizaron y derrotaron a los mejicanos en la batalla campal de Otumba. Utilizando jarcias y material de los navíos desguazados construyeron y botaron en la laguna trece bergantines, asediaron la ciudad, prendiendo el carcereño García de Holguín, que mandaba uno de los bergantines, a Guátimozín. La ciudad fué asaltada y conquistada después de lucha atroz, y el imperio azteca, con su cultura y su religión sangrienta y despiadada, se abrió a la civilización europea y a la religión cristiana de caridad y de paz.

Pizarro, que en su retiro de Panamá, con otros dos miembros de la colonia constituyó una sociedad, no agrícola y comercial, sino para con-

quistar el extenso país situado al Sur en el litoral del Océano Pacífico, del que se tenían noticias confusas respecto a su gran riqueza y producción. El soldado trujillano (fig. 214) vino a España y consiguió ser recibido por el emperador Carlos, a quien hizo, con elocuente sencillez, sin apocamiento ni rudeza, el relato de las expediciones de descubierta que ya había realizado, como principal gestor de la empresa colonial



Fig. 214.—Plaza de Trujillo con la estatua ecuestre de Francisco Pizarro.  
(Foto Hernández-Pacheco, 1948)

por la costa del mar del Sur, consiguiendo, en 1529, concertar con la Corona las capitulaciones para la magna empresa.

Las excepcionales dotes personales de Pizarro se pusieron de manifiesto en dos episodios de su extraordinaria odisea: uno, cuando en las exploraciones preliminares a la conquista, sus hombres en la inhospitalaria isla del Gallo morían agotados por las enfermedades, el hambre y las inclemencias; el bajel que esperaban, en vez de refuerzos y bastimentos, traía la orden del gobernador de hacer retornar la expedición a Panamá. Pizarro se mantenía decidido a continuar, con voluntad y corazón impertérritos. Su gente, agotada, desfallecía y dudaba, y entonces Pizarro trazó con su daga una raya en la arena y dijo a sus acobardados compañeros, señalando alternativamente al Sur y al Norte: «Camaradas y amigos: esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de la desnudez, de los desamparos; esta otra, la del gusto. Por aquí se va a Panamá a ser pobres y a la vida oscura y miserable; por allá

al Perú, a ser ricos y famosos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere.» Y trece, que fueron los de la fama, pasaron la raya y no retornaron a Panamá.

El segundo episodio decisivo de la conquista, fué una de las acciones más audaces y valientes que registra la Historia, y ocurrió en Caxamalca: El inca, conducido en andas por sus dignatarios, rodeado de la corte, de gran tropa de guerreros y de multitud popular, venía a ver con gran pompa al jefe de los extranjeros y a su diminuto ejército, alojados en los edificios de la gran plaza. Las vertientes de la inmediata montaña estaban ocupados hacía algunos días por los campamentos de la muchedumbre incaica, donde en la noche «se veían los fuegos del ejército de los indios, lo cual era cosa espantable, pues como estaban en una ladera la mayor parte y tan juntos unos de otros, no parecía sino un cielo muy estrellado». Pizarro y su gente temieron que pudiesen ser apresados, y, en este caso, inmolados como víctimas propiciatorias, y decidieron coger a Atahuallpa en sus propias redes. Como armas de fuego contaban con algunos arcabuces y con dos pequeños cañones de los denominados «falconetes», servidos por el artillero Pedro de Candía. Se dispuso la caballería en dos escuadrones, llevando los caballos campanillas en los pretales. La infantería se situó en un edificio ampliamente abierto a la plaza y se dispuso un retén de veinte hombres escogidos para acudir donde hiciese falta. A una señal se dispararon las armas de fuego, cargó la caballería y, atacando todos al grupo de las andas, el inca fué preso, y ante lo súbito de la acometida el pánico se apoderó de la muchedumbre de los indígenas, que atropellándose huyó despavorida.

Tal conjunto ininterrumpido de descubrimientos, exploraciones, conquistas e hispanización del extenso continente americano, se realizó en medio siglo. Casi dos siglos costó a Roma dominar y romanizar a Hispania.

Corriente intensa emigratoria se produjo de España a América, fundando centenares de ciudades que duplican los nombres de las hispanas, y sentando las bases sociales y políticas de una veintena de naciones, que cuando les llegó su tiempo se independizaron y fueron libres, conservando sus habitantes el idioma, la religión y las costumbres de sus antepasados, indicando los apellidos más generalizados la procedencia hispana.

El historiador norteamericano Charles F. Lummis dice respecto a la obra realizada por los hispanos en América: «No tan sólo fueron los españoles los primeros conquistadores del Nuevo Mundo y sus primeros colonizadores, sino también sus primeros civilizadores. Ellos cons-

truyeron las primeras ciudades, abrieron las primeras iglesias, escuelas y universidades; montaron las primeras imprentas y publicaron los primeros libros; escribieron los primeros diccionarios, historias y geografías, y trajeron los primeros misioneros, y antes que en Nueva Inglaterra hubiese un verdadero periódico, ya ellos habían hecho un ensayo en Méjico en el siglo XVIII.» «La legislación española referente a los indios de todas partes, era incomparablemente más extensa, más comprensiva, más sistemática y más humanitaria que la de Gran Bretaña y la de los Estados Unidos todas juntas.» «Ningún otro país trazó ni llevó a cabo un régimen de las Indias tan noble como el que ha mantenido España en sus posesiones occidentales por espacio de cuatro siglos.»

#### EL EMPERADOR CARLOS: LAS COMUNIDADES Y LA EXPANSIÓN IMPERIALISTA

Los Reyes Católicos fueron desgraciados en el respecto familiar. Tuvo el matrimonio un hijo varón y varias hijas. El varón, a quien debía pasar la corona, el príncipe don Juan, casó en 1497, en Burgos, con Margarita, hija de Maximiliano, emperador de Alemania, pero a los seis meses falleció el príncipe de Asturias, sin dejar sucesión.

Isabel, la hija mayor, casó en segundas nupcias, en Valencia de Alcántara, con don Manuel, rey de Portugal, abriéndose la esperanza a la unión de los dos reinos hispanos; pero la castellana murió de sobreparto, y su hijo, Miguel, a los dos años de edad.

La hija tercera, Margarita, casó en primeras nupcias con Arturo, príncipe de Gales, y en segundas con el inconstante Enrique VIII de Inglaterra, que la repudió.

La hija segunda, Juana la Loca, casó en 1496 con Felipe el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano, pero pronto enviudó; la locura de Juana se agravó y vivió la mayor parte de su vida recluida en Tordesillas, donde falleció en 1555, a los setenta y seis años de edad. De este matrimonio nació en Gante, en 1500, el príncipe Carlos, que había de ser rey de España, emperador de Alemania, duque de Borgoña y soberano de los Países Bajos, de Nápoles y de Sicilia.

Fernando el Católico casó en segundas nupcias con Germana de Foix, atento a sus derechos respecto a Navarra y a los dominios de Aragón en el Mediterráneo Occidental, pero se malograron sus deseos de tener sucesión. En 1504 falleció la reina Isabel en Medina del Campo, y en 1516 Fernando, en Madrigalejo (Cáceres).

Carlos de Gante, el nieto de los Reyes Católicos, hizo su entrada

en España en 1517, para tomar posesión del trono (fig. 215). Venía acompañado de numerosa corte de flamencos y alemanes, con los cuales quería gobernar el reino. Se reunieron Cortes en Castilla y se avino a prestar el juramento ritual de guardar y mantener los fueros y libertades castellanas. Más dificultad hubo en que jurase que no había de dar empleos ni oficio de gobierno a extranjeros, cediendo ante la actitud enérgica de los procuradores. Prestado el juramento, las Cortes dirigieron

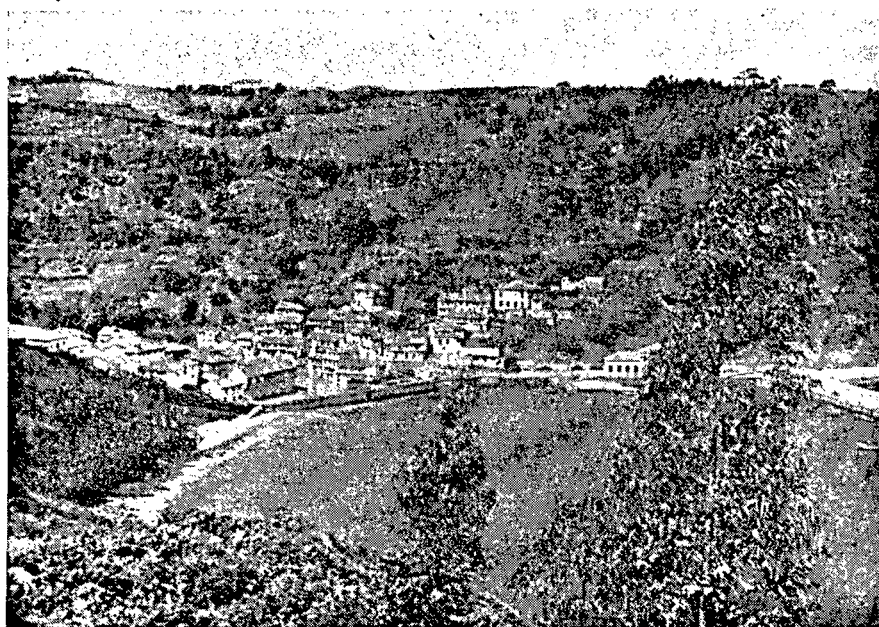


Fig. 215.—Ensenada de Tazones, en la costa asturiana de Villaviciosa, paraje del desembarco del emperador Carlos en 1517.

(Foto Hernández-Pacheco, 1948)

al nuevo rey las peticiones, entre las cuales destacan, en relación con el carácter especial del presente libro: «Que mandara plantar montes por todo el reino y se guardaran las ordenanzas de los que había. Que ninguno pueda donar bienes raíces a ninguna iglesia, hospital ni cofradía, ni éstos los puedan heredar ni comprar; porque si se permitiese, en breve tiempo todo sería suyo. Que no se sacase del reino oro, plata ni moneda, ni tampoco caballos.»

Al año siguiente, en 1518, en Zaragoza, después de resistencia, se avino jurar las franquicias, fueros y libertades de Aragón. Análogas y aun más fuerte oposición encontró en Barcelona; procediendo en muy gran parte tales resistencias de la animosidad nacional contra los

nombramientos para cargos de gobierno que se daban a los extranjeros que acompañaban al rey, y de la rapacidad de los dignatarios flamencos. En relación con esto último la exacción de numerario hacia Flandes era tan exagerada y notoria, que la oposición a ello se manifestaba por dichos epigramáticos populares. Así, refiriéndose a las monedas de oro, de dos caras, con la efigie de los Reyes Católicos, criticándose la avaricia del ministro y ayo de Carlos, monsieur de Chievres, corría el adagio :

«Salveos Dios, ducado de a dos,  
Que Xevrés no topó con vos.»

En 1519, con motivo de la muerte del emperador Maximiliano, abuelo de Carlos, quedó vacante el imperio de Alemania. Los siete electores en la Dieta de Francfort, eligieron unánimemente a Federico, duque de Sajonia, que renunció a tan alto puesto, resultando elegido en la segunda elección Carlos I de España, en contra del otro pretendiente, que era Francisco I de Francia. La poderosa banca de los Fucars financió las elecciones a favor de Carlos, y para pagarle se le concedieron en España grandes monopolios, especialmente en minería, y cuantiosos derechos exclusivos de orden financiero.

Los españoles, en general, vieron con poco agrado tal designación, comprendiendo que España pasaba a ser una dependencia del gran imperio europeo que se constituía. Y así fué, en efecto, pues con los dominios que el destino aglomeró en el poderío de Carlos V, surgía un imperio más amplio que el de Carlomagno, y tan extenso como después, en los comienzos del siglo XIX, trató de formar Napoleón; imperios los tres que se desmoronaron, disgregándose las naciones que los constituían.

Los temores de que el rey no atendiese debidamente a su reino se confirmaron, pues Carlos V residió fuera de España la mayor parte del tiempo de su reinado, atendiendo a sus grandes empresas de emperador de Europa, en luchas constantes para sostener su gran poderío, esquilmando y empobreciendo a España con cuantiosos subsidios y constantes demandas de fondos para atender a las empresas guerreras en los diversos países europeos. Esto, unido al absorbente absolutismo real a costa de las prerrogativas de la nobleza, de las ciudades, de los gremios y de la vieja organización estatal, que se desmoronaba, para surgir el poder absoluto de la realeza, tendencia que era general en Europa, hizo que, tras de las demandas y protestas, surgiera la rebelión y guerra civil denominada de las «Comunidades».

La carta que la ciudad de Toledo envió a las demás corporaciones



confederadas, respecto a los acuerdos que se tomasen, en la reunión de delegados de las Comunidades, en Avila, decía: «En aquella Santa Junta, no se ha de tratar sino del servicio de Dios. Lo primero, la fidelidad del rey nuestro señor. La segundo, la paz del reino. Lo tercero, el remedio del patrimonio real. Lo cuarto, los agravios hechos a los naturales. Lo quinto, los desafueros que han hecho los extranjeros. Lo sexto, las tiranías que han intentado algunos de los nuestros. Lo séptimo, las imposiciones y cargas intolerables que han padecido los reinos.»

La furia guerrera surgió tumultuosa y sangrienta, y la sublevación se extendió a gran parte del ámbito hispano, entablándose larga lucha civil entre comuneros e imperiales.

Ante la rebelión, los directivos de la nueva organización gubernamental frenaron y cedieron en cuestiones accidentales y notoriamente justas; pero el nuevo rumbo político, iniciado por los Reyes Católicos respecto a la supremacía sobre todo del poder absolutista de la realeza, continuó. La mayor parte de la nobleza cedió, acomodándose al nuevo orden estatal que surgía y se pasó al bando imperialista. Pero en unos y otros faltó la ecuanimidad: En Castilla, los nobles dirigentes de la rebelión, persistieron en sostener sus derrocados privilegios, y la masa popular se mostró fanática e intransigente, faltando dirección eficiente y organización, pues los jefes fueron más entusiastas que políticos, y más valientes que competentes tácticos y estrategas; de tal modo que los comuneros, tras un éxito fugaz en Torrelobatón, que no supieron aprovechar para pactar y dar por terminada la contienda, persistieron en la defensa de una causa que se vislumbraba perdida, y fueron derrotados y deshechos en la gran rota de Villalar (fig. 216), en donde la masa popular del bando comunero huyó sin pelear y los imperialistas no tuvieron bajas, quedando prisioneros los principales caudillos: Padilla, Bravo (fig. 217) y Maldonado, que fueron sentenciados y degollados. Tampoco hubo ecuanimidad, ni menos clemencia, en el bando imperialista, surgiendo, tras la victoria, la siniestra figura del implacable y feroz alcalde Ronquillo, acérrimo perseguidor de los vencidos.

La viuda de Padilla, doña María Pacheco, se sostuvo aún diez meses en Toledo, después de la muerte de su esposo, rindiendo la ciudad a los imperialistas en condiciones ventajosas y huyendo ella disfrazada a refugiarse a Portugal.

La rebelión en el reino de Valencia tuvo carácter menos político y más social que en Castilla; no social de reivindicaciones políticas y mejoramiento de clase, según se entiende en los tiempos modernos, sino de ataque a las clases elevadas, de intransigencia y de fanatismo, de persecución a los moriscos y de intolerancia religiosa, originándose

guerra cruenta entre el partido popular de menestrales y trabajadores manuales, contra el de los nobles y caballeros. A favor de éstos actuaron los moriscos, que cultivaban las tierras en aparcerías o arrendamiento o ejercían oficios mecánicos. La lucha fué muy sangrienta, y con continuas represalias y desmanes, acabando por vencer el partido de los caballeros.

Pasados varios meses de terminada por completo la insurrección, y



Fig. 216.—Llanura de Villalar (Valladolid).

(Foto Hernández-Pacheco)

pacificado el país, desembarcó en julio de 1522, en Santander, el emperador «con gran séquito de flamencos y un cuerpo de 4.000 alemanes». Dió orden Carlos de activar los procedimientos judiciales contra los rebeldes y de ejecutar las sentencias dictadas, lo que llevó al patíbulo a diversos hombres notables del extinguido partido de los comuneros. Cumplidas las sentencias, el emperador promulgó solemnemente y con gran aparato, en Valladolid, 'perdón general para lo pasado. El principio de libertad política basado en los fueros municipales y en las Cortes, terminó en tiempos del emperador Carlos, surgiendo el absoluto poder real como régimen fundamental de gobierno, y el imperia- lismo como norma política.

España y los españoles se acomodaron y adaptaron a tales principios, pues es muy difícil que los pueblos y naciones abandonen tal camino cuando lo emprenden con éxito. España llegó a ser la primera po-

tencia mundial. Sus capitanes y ejércitos los más famosos, y su organización militar, la más perfecta y potente, con los formidables tercios de infantería y su excelente táctica. La marina alcanzó extraordinario desarrollo y superioridad. En el orden civil, los diplomáticos españoles

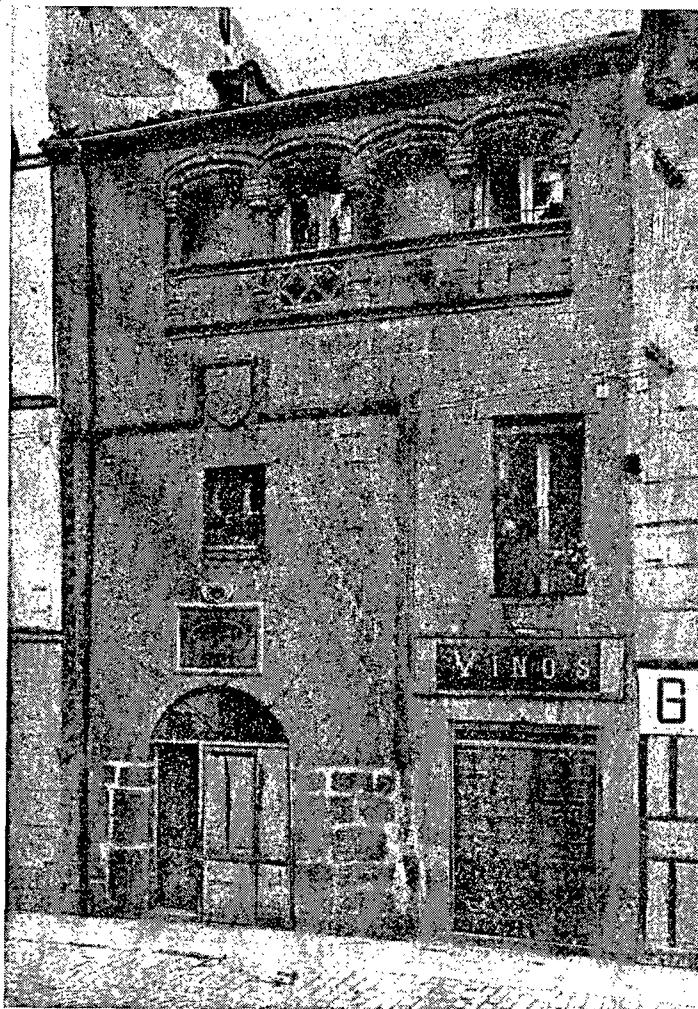


Fig. 217.—Casa del comunero Juan Bravo, en Segovia.  
(Foto J. Duque)

fueron los más inteligentes y diestros en política internacional. Hubo esplendor de escritores, juristas y filósofos, y en Bellas Artes, transplantadas de Italia, grandes maestros.

El emperador Carlos pasó la vida en continuos viajes, en constante

resolución de los conflictos de gobierno que se presentaban en las diversas naciones del imperio, y sus ejércitos en guerras sucesivas, especialmente contra su competidor y émulo, Francisco I de Francia, al que consiguió derrotar en la batalla de Pavía y traerle prisionero a Madrid. El gran desarrollo naval de turcos y berberiscos, extendido por todo el ámbito mediterráneo, le obligó también a llevar sus armas al litoral norteafricano.

Importante acontecimiento, que afectó directamente a los países occidentales y centroeuropeos del imperio de Carlos V, fué la gran revolución político-social-religiosa, denominada «La Reforma», que no alcanzó a las naciones meridionales: Italia, España y Portugal; revolución producida por causas muy complejas, de desarrollo muy complicado, que ocasionó largo período de crueles guerras civiles en las diversas naciones europeas. Revolución en cuyos comienzos hubo de intervenir personalmente el emperador, que presidió la Dieta de Worms, en 1521, para poner de acuerdo a protestantes y católicos, sin conseguirlo; asamblea a la que, con salvoconducto de Carlos V, asistió Lutero, principal propagandista y dirigente de los protestantes. Algún historiador dice que el emperador, en sus últimos tiempos, se lamentaba de no haber hecho prender y eliminar al fraile rebelde. Caso que tal expresión sea cierta, Carlos V obró debida y lealmente, aparte que a las ideas y doctrinas sociales y religiosas, la sangre de la persecución, generalmente les sirve de abono y las hace florecer y fructificar.

Entre los que aceptaron y comentaron las nuevas doctrinas religiosas se cuenta al aragonés Miguel Servet, que fué muy entendido en diversas disciplinas, especialmente en medicina, asentando en una de sus obras el hecho de la circulación de la sangre en el organismo humano. Fué muy competente en Cosmografía y Geografía física, profesor en Tolosa y en París. Escribió diversas obras de filosofía religiosa, sosteniendo polémicas en materia de fe con el heresiarca Calvino. Al pasar de Francia a Italia, cayó en poder de éste, que dominaba en Ginebra, el cual le hizo quemar vivo en dicha ciudad en 1553.

En el período de medio siglo de la vida del emperador Carlos, se había casi terminado la exploración y colonización de América. Los países ultramarinos eran provincias florecientes que absorbían buena parte de la población hispana. En el puerto fluvial de Sevilla (fig. 218), en donde estaba la Casa de Contratación, o principal aduana de las procedencias de América, embarcaban funcionarios del gobierno, sacerdotes, misioneros, hombres de armas, togados, emigrantes de todas pro-

fesiones y oficios, que marchaban en busca de fortuna, que conseguían o no, regresando unos a la metrópoli, y estableciéndose otros definitivamente en América, que progresaba material y culturalmente.

De los puertos americanos zarpaban para la Península convoyes de navíos cargados de ricos productos, y, remitidos por los virreyes para

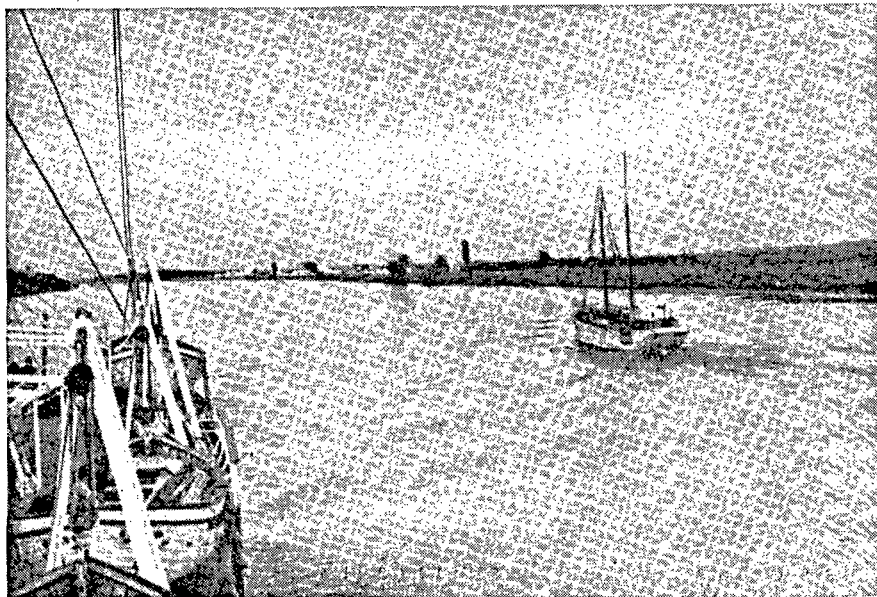


Fig. 218.—El Guadalquivir en Coria del Río (Sevilla). Comienzo de la ruta de navegación hacia las Américas en el siglo xvi.

(Foto Hernández-Pacheco)

el erario cuantiosas cantidades de oro y plata procedentes de los ricos yacimientos metalíferos de Méjico y Perú.

En España, las riquezas americanas no produjeron desarrollo ni prosperidad importante ni industrial ni agrícola. Las exigencias del vasto imperio europeo las consumían, y especialmente el pago de los ejércitos que combatían en Italia y en los otros países de Europa o de Africa. América proporcionaba el dinero y España el conjunto principal de combatientes y de mandos de los ejércitos, profesión adecuada al genio y carácter español en las circunstancias de la época. Tales exigencias de dinero fueron desde el comienzo del reinado, pues en sus principios, a una demanda de fondos, contestó el Consejo de Castilla: «En los meses que vuestra alteza se asienta en el trono, lleva ya gas-

tado más que los Reyes Católicos, sus abuelos, durante los cuarenta años de su reinado.»

Carlos V, cansado del ajetreo de sus viajes por Europa, de sus cons-

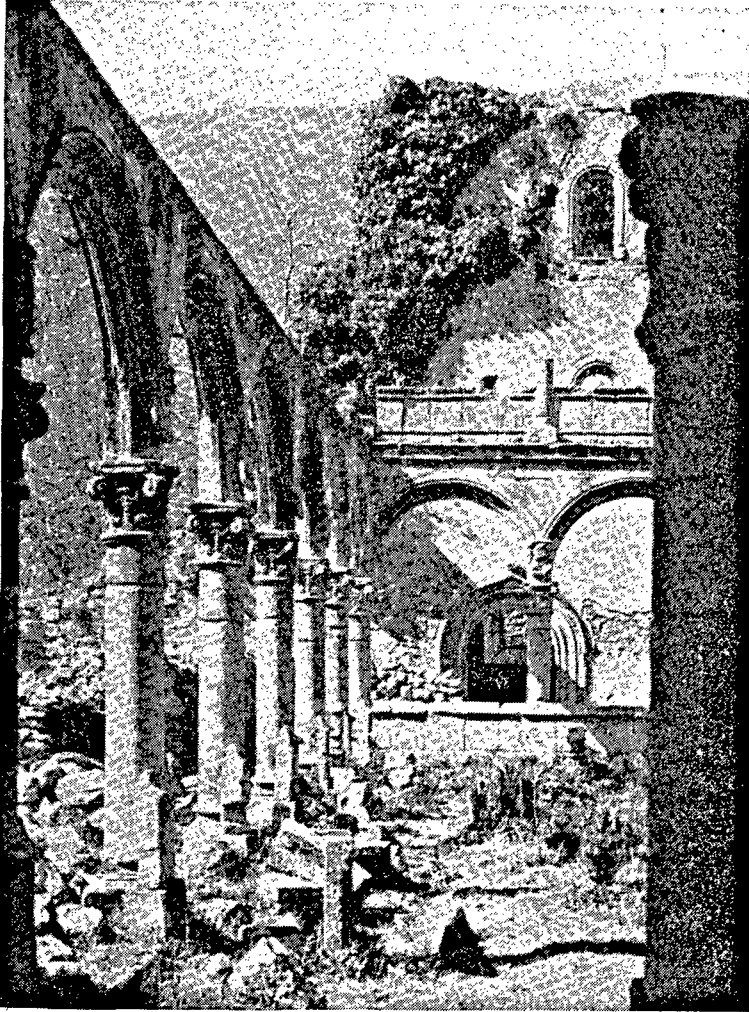


Fig. 219.—Ruinas del claustro del monasterio de Yuste, en Cuacos (Cáceres).

(Foto Hernández-Pacheco, 1950)

tantes preocupaciones políticas y de la intensa actividad en la resolución de los múltiples problemas del imperio, y, por otra parte, aquejado por los padecimientos del reuma y de la gota, se retiró, en 1555, al plácido oasis del monasterio de Yuste, en la solana frondosa y florida

del Norte de Extremadura, en las montañas graníticas de la Cordillera Central de España (fig. 219). Dejó en manos de su hijo Felipe la gobernación de España y de los Países Bajos. Renunció en favor de su hermano Fernando al imperio de Alemania, y murió en su retiro hispano en 1558 (fig. 220).

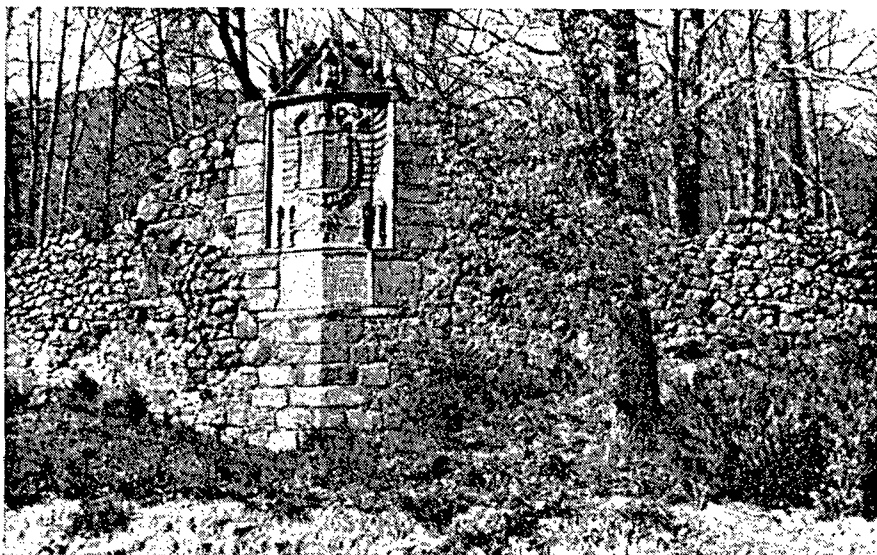


Fig. 220.—Escudo del emperador Carlos V, en el muro de circunvalación del monasterio de Yuste, en Cuacos (Cáceres).

(Foto Hernández-Pacheco, 1950)

#### POBLACIÓN DE HISPANIA A MEDIADOS DEL SIGLO XVI, Y ESTADO DE LA FLORESTA Y DE LA AGRICULTURA

La población de Hispania en la primera mitad del siglo XVI puede deducirse del denominado «Itinerario de Fernando Colón», existente en la «Biblioteca Colombina de Sevilla». Los cuadernos manuscritos son un conjunto de apuntes, a modo de fichas, en las que están expuestas, en numerosos itinerarios por el ámbito de España, las características del terreno, especialmente respecto a relieve y cursos fluviales, naturaleza de la vegetación y cultivos, particularidades de las ciudades, villas y aldeas, con el número de vecinos de cada localidad.

Los itinerarios no comprenden todo el conjunto y pueblos de España, pues es una obra sin terminar, pero de los abundantes datos reunidos se deduce lo pertinente al conocimiento de numerosas zonas de

la Península, pudiéndose establecer en las que falta, por comparación con los datos del presente y por analogía con las comarcas reseñadas por Fernando Colón, deducciones respecto a las características de las que no fueron reseñadas por el ilustre investigador, juntamente con lo pertinente a la población de Hispania en aquella época. Tal labor, que sería en extremo interesante, no está hecha, que sepamos, ni nosotros hacemos de ella estudio especial, propio más bien de una monografía histórico-geográfica, tal como una tesis doctoral.

El académico Antonio Blázquez reprodujo el itinerario, publicándole, sin deducciones respecto a su estudio, en el tomo XLVI y siguientes del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*. Blázquez supone que los datos reunidos por Fernando Colón lo serían desde principios del siglo XVI, y que consignaría los pertinentes a sus viajes por el ámbito hispano, desde 1517, teniendo tal labor por objeto hacer un mapa de España. El monarca (dice Blázquez) le ordenó que «Desistiera de hacer cierta descripción o cosmografía de España, porque al servicio real cumplía no entender agora en lo susodicho».

Fernando Colón, el hijo del descubridor de América, fué hombre de gran cultura, dedicado a la investigación científica. Estuvo en Badajoz en 1524 en una junta de nautas y cosmógrafos, en la que propuso el método de transporte de relojes para la determinación de longitudes geográficas, problema de gran importancia en la navegación de altura, pues los cronómetros utilizados entonces eran los relojes de arena. Murió Fernando Colón en 1539, cuando organizaba en Sevilla, para la enseñanza de las ciencias, el «Colegio Imperial», después de consumir sus rentas particulares en la gran «Biblioteca Colombina», de más de 17.000 volúmenes.

Por lo expuesto anteriormente se deduce que la población de Hispania decreció, por las causas dichas, a partir de fines del siglo XV. En ciertas regiones, como en la Serranía Bética y Sierra Nevada, el nivel del desarrollo agrícola hubo de descender al faltar gran parte de los cultivadores moros. En las comarcas de Levante español, especialmente en el reino de Valencia, hubo de experimentar la importante depresión causada por la guerra contra los moriscos, en tiempos de Carlos V, si bien se repondría pronto, y en el reinado de Felipe II, pues cuando en tiempos de Felipe III se decretó la expulsión en masa de los moriscos, la agricultura, según datos de la época, estaba floreciente, especialmente la de plantío y regadío, siendo próspera en el valle del Guadalquivir, por su fertilidad natural, y también muy cultivado el Levante español.

En dicha región de Andalucía y en Extremadura y llanuras y peni-



llanuras de Castilla la Nueva, se produjo otra causa de despoblación, pues aunque la emigración a América durante el período de conquista y colonización fué procedente de las diversas comarcas de España, era relativamente corta de los territorios peninsulares correspondientes a la corona de Aragón (Aragón, Cataluña y Valencia) y, en cambio, muy abundante la procedente de las penillanuras y llanuras de Andalucía y Castilla la Nueva, y más que de ninguna región, de Extremadura, como lo comprueban el gran número de conquistadores de que hablan las historias procedentes de los territorios extremeños, y los nombres de muchas ciudades del Nuevo Mundo, que duplican las de los pueblos y villas de Extremadura, siguiendo en orden numérico de emigrantes los de Andalucía Occidental. Las serranías norteñas de la Península (Cantabria, Asturias y Galicia), que en tiempos modernos, especialmente en el siglo XIX, han sido los de más intensa emigración a las naciones americanas, en el siglo XVI lo fueron relativamente poco, aparte de la gente marinera del litoral cantábrico y gallego, que, con los procedentes de la costa atlántica del Sur de España, formaban la gran masa de las tripulaciones de las naves que hacían el comercio entre América y la metrópoli. En todo caso resalta la observación ya mencionada del padre Feijóo, según la cual, a partir del descubrimiento de América comenzó a decrecer la población de España por causa de emigración al continente americano.

Tal disminución en el desarrollo de la floresta cultivada, o sea de la agricultura, no fué compensada por el aumento resultante de cultivo de las nuevas especies botánicas procedentes de América, sino hasta mucho después que llegaron a España, porque el campesino, en general, es refractario a innovaciones. Los vegetales americanos adecuados para prosperar en los territorios metropolitanos serían al principio curiosidades vegetales de huerto y de jardín, pasando muchos años hasta que el maíz fuese el cultivo predominante en los países higrofitos del Norte de España: Galicia, Asturias, Cantabria y Vasconia, y de la mitad septentrional de Portugal. Caso análogo sería el que tomates y pimientos fuesen importantes cultivos de los regadíos de las comarcas xerofíticas calurosas de la Península. Las chumberas y pitas, que son importantes componentes del paisaje en los países meridionales de Hispania, datan de tiempos relativamente recientes (figs. 221 y 222).

Estableciéndose relación entre las cifras dadas por Fernando Colón a la población de las ciudades, villas y lugares reseñadas en los itinerarios de aquél, con los habitantes que figuran en otros censos más modernos y que tienen en la actualidad, puede deducirse, con alguna aproximación, cuál sería la densidad de población de Hispania en la



Fig. 221.—Transformación del paisaje hispano por el influjo de la vegetación procedente de América. Seto de pitas (*Agave americana*) en las cercanías de El Pedroso (Sevilla).

(Foto Hernández-Pacheco)



Fig. 222.—Transformación del paisaje hispano por el influjo de la vegetación procedente de América. Chumberas (*Opuntia vulgaris*), en las inmediaciones de Los Palacios (Sevilla).

(Foto Hernández-Pacheco)

época en que Fernando Colón hacía sus observaciones demográficas, pudiendo suponerse que al comenzar el segundo tercio del siglo xvi tendría el conjunto hispano unos 8.500.000 habitantes, que corresponden a la extensión de 586.619 kilómetros cuadrados de Península y Baleares, a 14,5 habitantes por kilómetro cuadrado.

#### REINADO DE FELIPE II: SU POLÍTICA EXTERIOR E INTERIOR

La segunda mitad del siglo xvi transcurrió en España bajo el reinado de Felipe II (1556 a 1598). El imperio español de Europa comprendía: los Países Bajos y Flandes, a los que corresponden las actuales naciones de Holanda y Bélgica y parte del Norte de Francia; el Franco Condado, o sea la zona oriental de Francia, al Oeste de Suiza, con parte de Borgoña; el Rosellón, en los Pirineos Orientales; en Italia, el Milanesado y la Toscana; el reino de Nápoles y las islas de Sicilia y Cerdeña. Como consecuencia de la muerte del joven rey portugués don Sebastián, se incorporó Portugal, durando sesenta años la unión política del conjunto peninsular (fig. 223).

En el siglo xvi, en los países europeos occidentales y centrales, salvo la Península Hispánica e Italia, existía un casi continuo estado de guerras civiles, en las que los bandos contendientes aparecían afiliados al de los católicos o al de los protestantes. Entre estos últimos, según las características de las diversas naciones y circunstancias políticas y sociales, existían variedad de matices y luchas intestinas. Felipe II, desde el principio, actuó sin transigencia alguna en defensa del catolicismo, atacando a los países protestantes.

El ejército español seguía siendo el más formidable, el mejor organizado y el más aguerrido del mundo, la flota hispana la más numerosa e importante. El continente americano, conjuntamente con el país metropolitano, continuó suministrando los cuantiosos fondos que exigían las campañas bélicas en las que intervino España, en una Europa en ebullición guerrera.

El carácter y el proceder de Felipe II ha sido de los más discutidos y de quien se han hecho los juicios más dispares: para unos, fué el «Rey Prudente»; para otros, el «Demonio del Mediodía». Tenía como objetivos políticos fundamentales, la conservación y consolidación del imperio y de su catolicidad; lo cual no consiguió, ni hubiera conseguido ningún otro gobernante en su caso con tales premisas de intolerancia religiosa y política. De su actuación pública parece deducirse que era severo, intransigente, suspicaz y en extremo celoso de su autoridad y

actuación gubernamental, que llevaba personalmente, no compartiendo con nadie su autoridad ni la gobernación del Estado; en extremo laborioso, minucioso y ordenancista.

El historiador Menéndez Pidal dice en su «Introducción a la Historia de España» de 1947, con relación con la guerra contra los herejes de los Países Bajos: «Felipe II, al asumir con decisión el propósito de

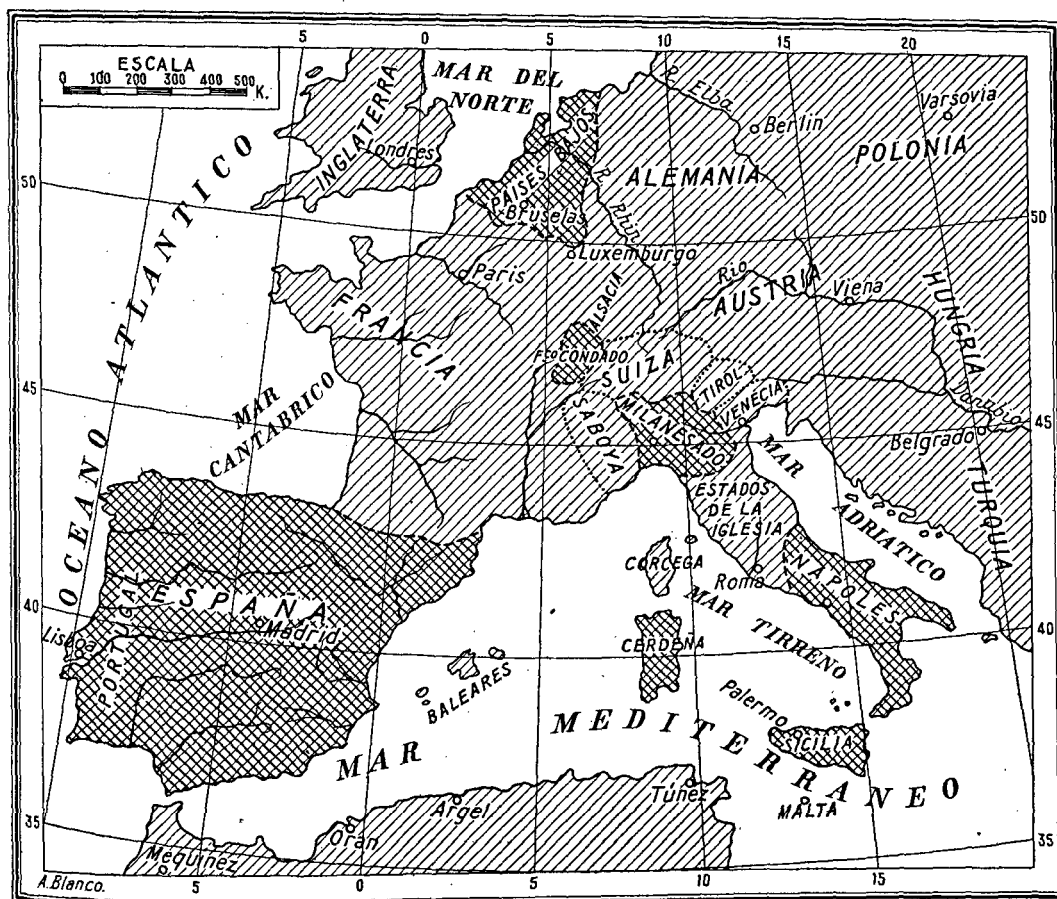


Fig. 223.—Mapa de la expansión política de España por Europa en los siglos XVI y XVII.

mantener la unificación católica de Europa, contó con fervorosa adhesión de una mayoría tradicionalista que veía unido a su convicción secular, el extraordinario engrandecimiento político de la nación, ahora llegada a la cumbre de su preponderancia.»

«En los primeros años de su reinado, en 1558, Felipe II prohibió, bajo pena de muerte y confiscación, el importar o publicar libros sin

licencia del Consejo de Estado, por si contienen herejías, novedades contra la fe, materias vanas y de mal ejemplo. Al año siguiente, 1559, prohíbe también Felipe II que los españoles pasen a estudiar fuera, salvo a Roma, Nápoles o Coimbra, o al Colegio Español de Bolonia.»

El historiador Zamora Caballero, en su «Historia de España», publicada en el último tercio del siglo XIX, comenta tal proceder político de Felipe II en los siguientes términos: «Felipe II, temeroso de que se infiltrara en España el protestantismo, quiso aislar esta nación del resto del mundo, y amando las letras, pero permitiendo sólo las doctrinas que a su juicio y al de la Inquisición no pudieran ser peligrosas, sacrificó el progreso intelectual al fanatismo religioso.»

Pero también había en España opinión que consideraba la intolerancia ejercida en los Países Bajos dañosa a la nación. En relación con esto, Menéndez Pidal dice: «Los teólogos consultados en un principio (1565) opinaban que, atendiendo a los males que para la Iglesia se seguirían de la rebelión y la guerra inminente, podía el rey sin cargo para su real conciencia, permitir a las ciudades de Flandes el libre culto que pedían. Pero Felipe II, separándose de este parecer, juró que nunca permitiría se quebrara la unidad religiosa, pues no quería ser señor de unos herejes que tanto ofendían a Dios; en lo cual el rey, más celoso que los teólogos, no hacía sino interpretar fielmente la opinión de una buena mayoría de sus súbditos. El ejecutor de ese inflexible celo fué el duque de Alba, quien, llevado por su abnegado monarquismo, quiso cargar con todos los odios que el rigor habría de despertar, y desplegando su natural dureza, cumplió a satisfacción con la política represiva que el rey se empeñaba en llevar hasta lo último. El duque resumía en tajante frase la razón de tal política «Mucho más vale conservar por medio de la guerra para Dios y para el rey un reino empobrecido y hasta arruinado, que sin ella mantenerlo íntegro para el demonio y para los herejes, sus satélites.»

Flandes y los Países Bajos tenían prosperidad comercial e industrial muy grande. Amberes era el principal puerto y la ciudad más rica del Norte europeo, a donde llegaban de España, en transbordo, los productos coloniales y directamente las lanas merinas españolas para surtir la industria textil de paños finos de las ciudades de Brujas y de Gante. La marina mercante y la flota pesquera eran numerosas. Países de gran desarrollo manufacturero, artístico y cultural. Pueblos ricos, con libertades públicas y habitantes celosos de la conservación de éstas.

La guerra con los Países Bajos duró el reinado de Felipe II. En 1579, el príncipe Guillermo de Orange agrupó las provincias holandesas de los Países Bajos en Liga independiente, que más tarde fué reconocida

como República de Holanda, con la que el gobierno español concertó la suspensión de hostilidades en 1609.

En 1571, una Armada de España, coaligada con las de Venecia y Estados Pontificios, al mando de Don Juan de Austria, atacó y derrotó en el Golfo de Corinto, en Lepanto, al conjunto de la flota turca, iniciándose, con tal victoria, el decrecimiento naval de los turcos en el Mediterráneo.

La reina Isabel de Inglaterra favorecía a los flamencos contra Felipe II, y protegía a corsarios que en América solían asaltar los puertos y saquear las ciudades costeras, y en las rutas oceánicas atacaban a los navíos y convoyes españoles, apoderándose del cargamento y echando a pique las naves apresadas. Entre tales corsarios era famoso Drake, experto y audaz marino, temido en todo el litoral americano, que en las costas de España, en la bahía de Cádiz, en 1585, apresó y destruyó las naves de un convoy procedente de América con importante cargamento de oro y plata.

En 1588, Felipe II realizó el intento de invasión a Inglaterra por la escuadra española, denominada pomposamente «La Armada Invencible», siendo rechazado el desembarco y desecha la flota por una tempestad en las costas inglesas. Contribuyó al desastre la impericia, advertida de antemano, del duque de Medina Sidonia, quien obligado a mandar la escuadra, dijo al monarca al recibir el nombramiento: «Ni por mi conciencia ni obligación, puedo encargarme de este servicio, porque siendo empresa tan importante, no es justo que la acepte quien no tiene ninguna experiencia en el mar.» La organización y el abastecimiento fueron defectuosos, y la época del viaje inadecuada. Tal derrota marítima inició la supremacía naval de Inglaterra.

Las guerras que con Francia sostuvo el emperador Carlos continuaron realizándose por su hijo Felipe. Entre las diversas batallas que se libraron en tiempos de éste, fué importante la efectuada en la ciudad de San Quintín, en el Norte de Francia, ganada por los españoles el 10 de agosto de 1557, día de San Lorenzo. En conmemoración de tal hecho de armas se edificó el imponente monasterio del Escorial (fig. 224), situado en la falda de la granítica sierra de Guadarrama, a unos 40 kilómetros de Madrid; villa ésta que fué escogida como capital de España por su situación geográfica adecuada y céntrica y cruce de caminos a las diversas zonas periféricas de la Península.

Tan continuadas guerras y constantes gastos exigían cuantiosas sumas, por lo que casi siempre carecía de numerario la hacienda pública, o sea el erario real, a pesar de reforzarse los ingresos con aumentos en las contribuciones e impuestos, vendiéndose cargos de jurisdic-

ción perpetua y títulos nobiliarios. El historiador Lafuente dice a propósito de tal penuria estatal: «El oro y la plata que venían de América, o se empleaba en subvenir en cuanto alcanzaban a las necesidades y gastos de las guerras, o iban a acrecer la riqueza de otras na-



Fig. 224.—Monasterio del Escorial en la sierra de Guadarrama.

(Foto Hernández-Pacheco.)

ciones más laboriosas, y de todos modos venía a ser España un puente por donde pasaban los tesoros del Nuevo Mundo a los países a quienes el Nuevo Mundo no pertenecía.»

Con frecuencia se llegaba al extremo de incautarse en la Casa de Contratación de Sevilla de las remesas de fondos que para los particulares venían de América. Era inútil que las Cortes, que alguna vez se reunieron, y que tan sólo tenían derecho de petición, protestaran. Las que al principio del reinado se celebraron en Valladolid, y las posteriores de Toledo, sus procuradores se dirigieron al monarca diciéndole: «Suplicamos a V. M. que de aquí en adelante no mande tomar ni el oro ni la plata que vienen de las Indias para los mercaderes, y que se dé libremente a sus dueños y que lo tomado se pague.» A tales y a otras peticiones, Felipe II contestaba frecuentemente: «Por agora no conviene que en esto se haga novedad.»

En tiempos de Felipe II se realizó la unión temporal de Portugal

y España. Al morir en la batalla de Alcazarquivir, en 1578, el joven rey de Portugal, don Sebastián, recayó la corona en su tío el cardenal don Enrique, ya de edad avanzada. No teniendo sucesión directa el anciano rey, se reunió una junta de letrados para determinar el heredero entre sus más próximos parientes, entre los que figuraba el rey de España, el cual fué designado por la junta. Al poco tiempo falleció el cardenal don Enrique, en 1580. Contra Felipe II se alzó un partido, al que pertenecía casi todo el conjunto popular, que proclamó rey al prior de Ocrato, el que consiguió el auxilio de una escuadra francesa. Felipe II organizó un ejército al mando del duque de Alba, que venció fácilmente a los partidarios del pretendiente portugués, posesionándose el monarca español, en Lisboa, del trono de Portugal. El preten-

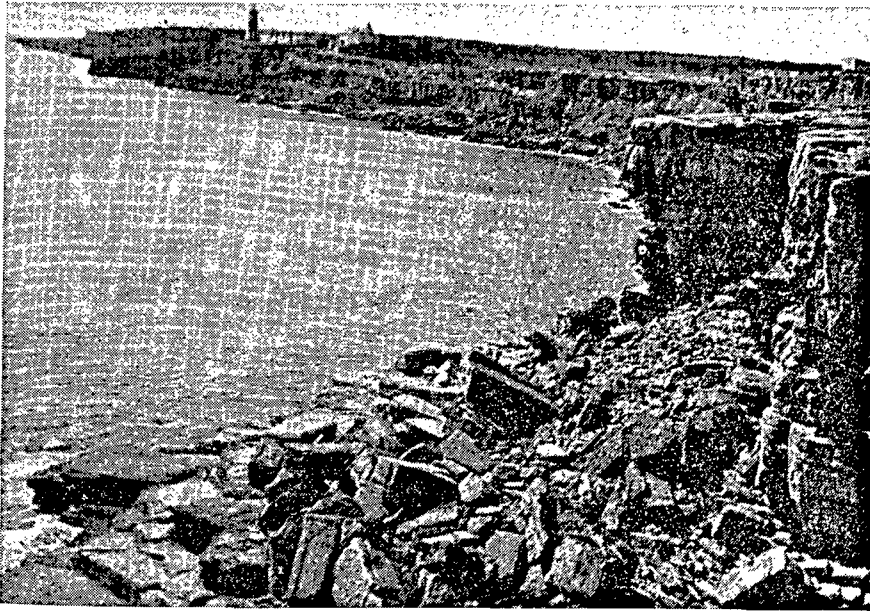


Fig. 225.—El cabo Carboeiro, extremo occidental de la península de Peniche, distrito de Leiria (Portugal).

(Foto Hernández-Pacheco, 1935).

diente derrotado, fugitivo, se refugió en Francia, trasladándose a las Azores, contando con el auxilio de la escuadra francesa, que fué derrotada por la española al mando del marqués de Santa Cruz. El pretendiente al trono de Portugal, Antonio, prior de Ocrato, consiguió de la reina de Inglaterra que la escuadra dispuesta para marchar a América, en guerra contra España, fuese con el prior para atacar las costas



gallegas, y en Portugal sublevar al país contra Felipe II y los españoles. Mandaba la escuadra el entendido marino Drake, y en ella iba un cuerpo de ejército de desembarco. La flota inglesa penetró en la ría de La Coruña y puso sitio a la ciudad, que, aunque muy poco guar-

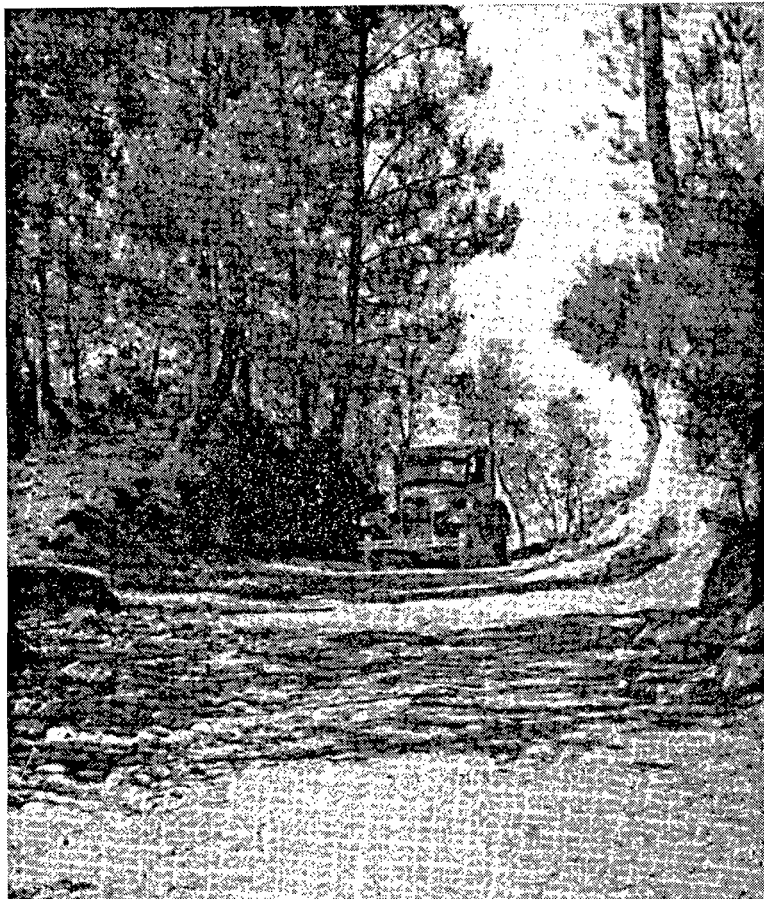


Fig. 226.—Calzada adoquinada, ordenada construir por Felipe II, cruzando la hoz del Zézere y estableciendo comunicación a través de la serranía central de la Beira, en Pedregão (Portugal).

(Foto Hernández-Pacheco, 1935)

necida, resistió bravamente el asalto, distinguiéndose en la defensa la, por este hecho, célebre María Pita. Los ingleses reembarkaron y se apoderaron de la peninsulilla portuguesa de Peniche (fig. 225), con intención de avanzar por tierra hasta Lisboa. Mientras Drake con la escuadra se apoderó de la fortaleza de Cascaes, en la entrada del estuario

del Tajo, pero no se atrevió a penetrar en Lisboa ni combatir a las 18 galeras de Bazán, que cerraban la entrada. La sublevación del país no se produjo, la empresa fracasó y los ingleses se retiraron.

Felipe II atendió a la construcción de grandes edificios y obras públicas. Además del grandioso monasterio del Escorial, por su orden se edificaron numerosos e importantes monumentos. En Portugal, durante su reinado, se construyó el gran puente y calzada de acceso a éste, para el paso del Zézere en la honda hoz de tal río, en la Beira interior (figura 226). Obra de gran importancia y necesidad, pues estableció adecuada comunicación entre las dos mitades de la serranía central de Portugal. De su época es el proyecto y estudio de la navegabilidad del Tajo entre Toledo y Lisboa.

Felipe II procuró favorecer el desarrollo y prosperidad de la cultura, en cuanto no rozara peligro alguno a la fe religiosa. Así, patrocinado por él, se imprimió en Amberes, entonces el principal centro editorial, el gran Atlas Universal, de Ortelio, en 1595. A instancias del doctor Laguna, médico y naturalista, se estableció en Aranjuez un jardín botánico, para el estudio y aclimatación de plantas exóticas. Atendió a la protección de los adelantos en las ciencias y en las artes, y cuidó del desarrollo de la agricultura.

Felipe II falleció en el Monasterio del Escorial, en 1598.

#### POBLACIÓN DE HISPANIA EN EL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XVI

De la población de Hispania en el último cuarto del siglo XVI, reinando Felipe II, puede juzgarse por el relato que hace el P. Benito Feijóo, en el artículo 10 del tomo V de sus «Cartas eruditas», en donde expone que «Juan Botero, en sus «Relaciones Históricas y Geográficas», después de hacer el cómputo de que Italia tiene ocho millones de personas, dice que España no llega a tanto. Escribió este autor en tiempos de Felipe II, con que podemos suponer que en aquel tiempo tenía España siete millones y medio.» «Botero, en su cómputo, incluyó a Portugal.» Juzga Feijóo «que la población de España no aminoró desde el reinado de Felipe II».

El «Anuario Estadístico de España» de 1943, inserta un cuadro de la sucesiva población de España en los siglos XVIII y XIX, encabezándola por la población que existía en 1594, que estima en 8.206.791 habitantes, no exponiéndose en qué se funda tal cómputo.

Pascual Madoz, en el prólogo de su monumental obra el «Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España», asigna a la población

de España, en los siglos xv y xvi, unos 9.680.000 habitantes, sin que manifieste el ilustre geógrafo cómo ha deducido tal cifra.

Al comenzar el último cuarto del siglo xvi (1575), dispuso Felipe II una operación de gran interés, cual fué la denominada «Relaciones topográficas», obra de estadística para la exacta descripción de los pueblos y términos de España, en sus múltiples aspectos geográficos, topográficos, económicos e históricos. Para ello se enviaron a todos los pueblos un cuestionario muy completo y detallado, en relación con el carácter minucioso del monarca; respecto a situación topográfica, características de ríos, fuentes y costas; producciones agrícolas, forestales y pecuarias; canteras y minerales; molinos, almazaras y establecimientos industriales; vecinos y viviendas; construcciones y monumentos; datos históricos y sucesos notables; número exacto de vecinos y particularidades diversas. Se supone que intervinieron en tan completo cuestionario el maestro Esquivel y Ambrosio de Morales, bajo la dirección personal del rey.

Era obra muy compleja para su época, y aunque se recibieron muchas contestaciones de pueblos, éstas, en relación con los existentes en España, constituyó pequeña parte, y el proyecto no llegó a realización. Lo reunido forma varios volúmenes, que se conservan en la biblioteca del Escorial, que fueron estudiados en el siglo pasado por don Fermín Caballero, y una copia de los datos existe en la Real Academia de la Historia. En el conjunto de las contestaciones hay observaciones interesantes respecto a estadística, junto con noticias abundantes de milagros, relatos de nigromantes, descripciones de reliquias y datos eclesiásticos, propios, según el comentarista Madoz, del espíritu de la época y carácter del monarca. Aun muy incompletas las «Relaciones topográficas» de Felipe II, pudieran servir de buena base para saber aproximadamente la población de España en aquella época en relación con la actual, deduciéndola del número de habitantes que tenía el conjunto de pueblos en que esto se determinó, estableciendo la proporción con la población actual de los mismos pueblos.

#### ORDENANZAS REALES PARA LA GUARDA Y CONSERVACIÓN DE LOS MONTES DE ARBOLADO

Desde los tiempos de los Reyes Católicos y aun antes, se promulgaron diversas leyes y ordenanzas respecto al cuidado y conservación de bosques y montes de arbolado y de matorral espontáneo, como asimismo acerca de caza y pesca. En el siglo xvi tales instrucciones para

diversas regiones fueron numerosas, teniendo casi todas ellas un fondo común y general de principios legislativos en relación con la ganadería y agricultura.

Ejemplo de tal regulación forestal-pecuario-agronómica son las «Ordenanzas para la guarda y conservación de los montes de la villa de Montánchez y ciudad de Mérida, y de sus lugares y tierra; por el rey Felipe II. Dadas en la ciudad de Toledo a 6 de abril de 1560». Ordenanzas que serían semejantes a las que rigiesen en otras villas y lugares de floresta semejante (figs. 227 a 231).

Debe tenerse en cuenta que los terrenos ocupados por bosques y



Fig. 227.—Alcornocal del valle del Lácara, afluente al Guadiana, en la Nava de Santiago (Badajoz).

(Foto Hernández-Pacheco.)

matorrales, eran en su mayor parte bienes realengos, o de grandes señores de la nobleza; abadengos, de las Ordenes Militares, monasterios y otras corporaciones eclesiásticas, o dehesas y montes comunales de los municipios. Los montes de la corona, generalmente se arrendaban sus aprovechamientos a entidades particulares, otorgándose a los vecinos de los pueblos en cuyo territorio radicaban los montes, ciertos derechos y utilidades, que eran los que se ordenaban por disposiciones oficiales. Los arrendadores tenían sus guardas, y del cumplimiento de lo legislado cuidaban los concejos municipales, alcaldes y regidores.

Comprende la Ordenación que se examina unos sesenta capítulos,

equivalentes a los artículos de las disposiciones legales actuales. Agrupándolos según la naturaleza de los asuntos de que tratan, resultan los siguientes grupos:

- a) Relativos a utilización de maderas, cortezas y leñas.
- b) Utilización de ramas y frutos en relación con la ganadería.
- c) Medidas pertinentes a evitar la destrucción de montes por el fuego.
- d) Laboreo de terrenos montuosos y acceso de labradores a la propiedad rústica.
- e) Disposiciones respecto arrendadores, guardas y autoridades municipales.

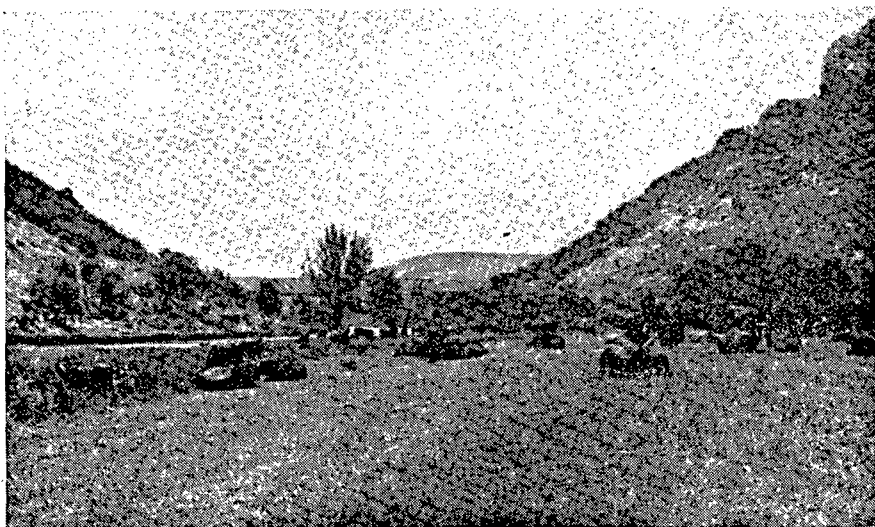


Fig. 228.—Vacada sesteando en el valle del Guadiana, en la actual ubicación del embalse y presa de Cijara, cerca de Helechosa de los Montes (Badajoz).

(Foto Hernández-Pacheco, 1926)

En las disposiciones del grupo *a*) se ordenaba que para cortar la madera destinada a la construcción de carretas, se necesita permiso, no permitiéndose vender la carreta construída. Debíase cortar la madera en los meses de diciembre, enero y febrero, y en los lugares donde no se hiciera daño al arbolado y señalasen las autoridades, debiendo transcurrir cinco años para nueva corta. La leña seca y la del monte podía cortarse en cualquier época del año.

Semejantes trámites se requerían para obtener madera para casas, batanes, molinos y tahonas, arados y aperos de labor.

Respecto a la corteza de la encina para el curtido de las pieles, las Ordenanzas decían: «Al que corte árboles, aunque sea oficial de zapatero, para descascar o descasque, se le pena con 1.000 maravedises por cada árbol cortado y 500 por cada seronada de casca, y sea desterrado



Fig. 229.—Rebaño de corderas en la dehesa Chaparral Alto, en Aljucén (Badajoz).  
(Foto Hernández-Pacheco)

por medio año.» La casca para el curtido de pieles debía ser de los árboles caídos por accidente natural o de ramas cortadas con otro fin, y sacada en presencia de testigos.

Se prohibía vender a los vecinos, fuera del término municipal, corchos para colmenas, paneras para lavar y demás efectos de corcho que se les hubiera concedido.

Respecto al grupo *b*), en relación con la ganadería, se disponen reglas para la corta de leñas con destino a corrales de ganado, apriscos y zahurdas: «no pasando el grueso de una tercia de vara, a no ser para zahurdas». En el capítulo 10, se ordena: «Cualquiera persona, o sus hijos o criados que fueren hallados ramoneando a cabras o a ovejas, tengan de pena, de cada rama que cortare de encina, alcornoque o roble o quejigo, sauce o fresno, con segurón o segureja; siendo del grosor del muslo o de allá arriba, 500 maravedises. Si fuese en tiempo de fruto de bellota, o bellota acotada, sea la pena doblada.» «Para bueyes y vacas de labor, no se haga pesquisa, concediéndose permiso cuando los concejos desacoten sus dehesas y egidos, y les pareciese conveniente.»

La encina, según se ha dicho, es el árbol más extendido por todo el ámbito peninsular, pudiéndosele considerar como representativo de Hispania. Tal especie espontánea, en el sector del Suroeste, en extensión de la cuarta parte del total de la Península, el fruto es grueso y sabroso, y es el principal cebo para engorde de las piaras de cerdos que

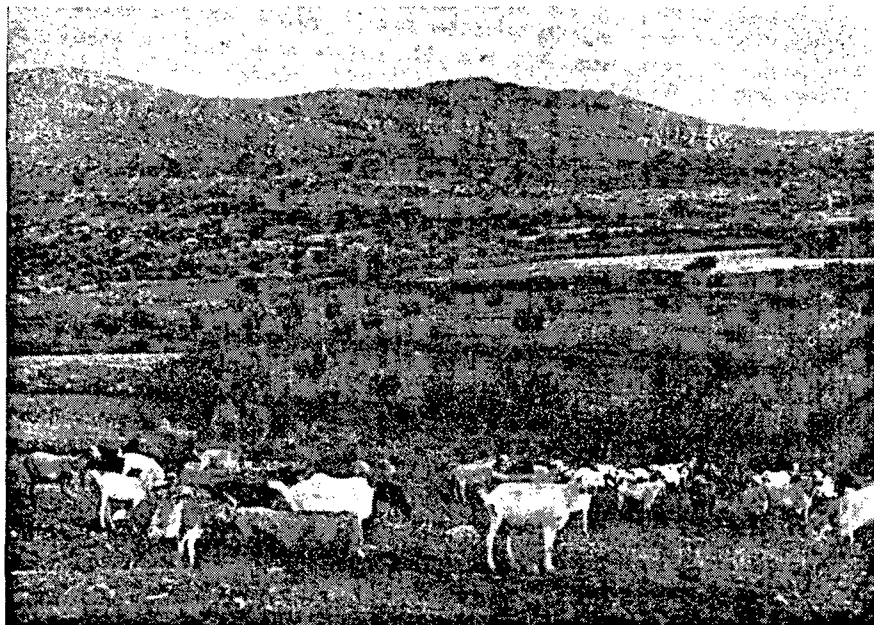


Fig. 230.—Rebaño de cabras en la campiña y sierra de Zarza junto Alange (Badajoz).  
(Foto Hernández-Pacheco)

constituyen la más importante ganadería menor, después de la lanar. En atención a tal riqueza nacional, lo pertinente a la bellota tiene extraordinario interés.

Las Ordenanzas que examinamos prestan a tal fruto gran atención, disponiendo que el aprovechamiento fraudulento realizado directamente con cerdos, sea penado con la pérdida del quinto de los cerdos de la piara cogida «in fraganti». La bellota cogida a mano se castiga con la multa de medio real si es inferior a tres celemines, y, de allí en adelante, con la de tres reales. No obstante, se autoriza que pueda recogerse libremente la caída espontáneamente al suelo, o sea «el granillo» y de la de los árboles alcanzándola directamente desde el suelo hasta medio celemin por día.

El capítulo 39 de tales estatutos es curioso. Se titula «Contra los que dan voces en el monte», y se refieren a los que vocean en el enci-

nar, como dirigiéndose a ganados o personas lejanas, sirviendo de señas a leñadores, belloteros, pastores o porqueros, cuando el voceador divisa a los guardas, arrendadores o justicias.

Al cuidado de los árboles, en relación con las cosechas futuras, se refiere el capítulo 30. Según el cual, para varear las encinas no se



Fig. 231.—Piara de cerdos en los encinares de Aljucén (Badajoz).

(Foto Hernández-Pacheco)

debe usar vara empalmada, o sea «mangual», ni zurriaga, so pena del quinto del ganado, propiedad del porquero o guarda del ganado que utilizase tal instrumento. Cuida este precepto de que no se rompan los renuevos tiernos del árbol; en los que al año siguiente, como ocurre en el olivo, brota el fruto.

Los puercos pueden entrar en el encinar, en montanera, desde el día de la Virgen de septiembre (8 de dicho mes), hasta que la bellota sea desacotada. El día de San Martín (11 de noviembre) se reunían las justicias, corregidores y arrendadores para celebrar cabildo y acordar las condiciones y día del desacoto de la bellota, permitiéndose que, a partir de la fecha fijada, pudiesen entrar libremente los ganados todos en el encinar, de cuyo acuerdo surgió el dicho «A cada puercos le llega su San Martín».

En evitación de perjuicios públicos y daños a los ganados se disponía en el capítulo 28, dónde y en qué época del año se podía enriar lino y lavar lana, señalándose sitios determinados para tal fin, y fijan-



do la prohibición desde mediados del mes de mayo hasta que vuelvan a correr los arroyos. Se prohíbe el embarascar los charcos fluviales con el fin de coger peces, y con el consiguiente perjuicio de las aguas de los abrevaderos, envenenadas. Respecto a fijación de parajes despo- blados para las operaciones antes mencionadas, se dice: «En el río Al- jucén se puede enriar lino o lavar lana, desde el val de Pellejeros hasta la choza que dicen de Juan Antón, porque en este río se tiene la cos- tumbre de enriar lino e lavar lana, e pescar sin pena alguna.»

Los mayores daños en los montes altos y bajos, o sea en los de bosque y matorral, provenía de los incendios, con frecuencia de gran extensión. Las Ordenanzas del grupo *c*) precavían tales perjuicios pú- blicos, disponiendo que desde fines de mayo hasta San Miguel (29 de septiembre) nadie pudiera llevar en el monte yesca y eslabón, para en- cender fuego, bajo multa de 500 maravedises, y, si encendiera fuego, sea la pena doblada y responsable a los daños. Si no tuviere bienes, pague en la cárcel treinta días, y cumplidos desterrado por medio año. Se re- glamentaba respecto a la obligación de ejecutar cortafuegos o rayas con el arado y defensa de árboles, viñas, alcaceles, colmenares, etc., y se dictaban reglas para la hechura de carbón con destino a las fraguas, como asimismo leña para los hornos de ladrillos, tejas y alfares.

En el grupo *d*) hemos agrupado lo pertinente a roturaciones y cul- tivos de terrenos incultos. La clase labradora, en general, tenía poca propiedad rústica. Cultivaba las tierras comunales y, en arriendo o aparcería las de los señores o corporaciones eclesiásticas. En los te- rrenos montuosos de la corona, del común y de otras entidades, solían efectuar siembras circunstanciales por el sistema de rozas.

Consistían las rozas en cortar el matorral a ras de tierra a golpes de calabozo o podón. La maleza cortada se dejaba sobre el terreno, y cuando estaba seca se la prendía fuego, resultando el terreno abonado con las cenizas y la meteorización de la tierra y descomposición de la hojarasca durante varios años sin cultivo. Se roturaba el terreno con el arado y se le daba alguna labor de barbecho, quedando preparado para la siembra de cereales. Las labores eran deficientes por la difi- cultad que oponían las raíces y el poco espesor, que permitía el arado romano que se empleaba, en tiempos en que el arado de vertedera era desconocido. Pero con todo, si las lluvias venían a tiempo se obtenían cosechas remuneradoras y, en años favorables, incluso abundantes. Agotadas las reservas nutritivas en dos o tres años de siembra, el te- rreno se abandonaba a la vegetación silvestre, y el matorral espontá- neo volvía a desarrollarse.

Tal operación tenía graves inconvenientes, siendo el mayor que se destruía el arbolado incipiente, impidiendo su desarrollo.

Otra operación que se reglamentaba era la del descuaje, o sea la del arranque de las matas con sus raíces y conversión del matorral en bosque. También se atendía al acceso a la propiedad rústica de particulares que desmontasen terrenos incultos y lo pusieran en cultivo, especialmente para huertos, alcaceles, o sea parcelas para forraje, y cultivos especiales y solares.

Con arreglo a todo esto se dispone que en los desmontes, rozas y barbechos para siembras, se haga el descuaje con azadón y no rozando las matas. Que en éstas se deje y guíe al pie de mayor tamaño, distando unos de otros un máximo de 20 pasos, bajo multa de 1.000 maravedises por cada falta a la regla estatuida. Alrededor de los árboles o arbolillos dejados, debe despejarse el terreno, con el fin de que al incendiar la maleza cortada, no se quemé o chamusque el árbol dejado.

Se permitía que en los montes bravos se puedan dar y repartir parcelas por los sexmeros para aumentar los cultivos, conforme a la ley capitular, destinadas a solares, huertas y alcaceles. «Los que las reciban no sean osados en desenmaderar, cortar ni descascar», y los predios concedidos sean cercados y tapados. No se den parcelas donde hubiera montes espesos de encinas, alcornoques, robles, quejigos, etc.

Las disposiciones del grupo e), relativas a arrendadores y guardas, justicias y sexmeros, alcaldes y regidores, son minuciosas. Así, en el capítulo 36 se dice: «los arrendadores e guardas que den lugar a que se hagan cortes o daños en nuestros montes e que se coja bellota o se dé a ganado y se hagan otros rompimientos en los nuestros términos e montes, para enmendar lo susodicho, tengan a más de otras penas 6.000 maravedises e privados de sus oficios a perpetuidad».

Se prohíbe a los alcaldes y regidores ser arrendadores, y se ordena «que los alcaldes o regidores non lleven cohechos ni comidas, y que con pagarles sus derechos tienen bastante», y que «la pena que tienen los alcaldes, regidores y oficiales y los arrendadores y guardas sea doblada».

## CAPITULO VIII

# Decadencia y resurgimiento hispano

SUMARIO: La decadencia española.—Estado de la ganadería y de la agricultura. La Mesta.—Expulsión de los moriscos, e influjo en la agricultura y economía nacional.—Descomposición política: Guerra separatista de Cataluña.—Separación de Portugal: La capitalidad hispana.—Fin de la dinastía de los Austria.—La Hispania del siglo XVIII: Fomento nacional por la gestión de Carlos III y sus ministros.—Epoca de Carlos IV.—Población hispana en la segunda mitad del siglo XVIII y desarrollo agrícola y pecuario.

### LA DECADENCIA ESPAÑOLA

A Felipe II sucedieron en el trono de España: Felipe III (1598-1621), Felipe IV (1621-1665) y Carlos II (1665-1700), último de la dinastía de la Casa de Austria.

La idea directriz de la política internacional de la monarquía y del Estado español, fué la consecución de la hegemonía europea por la Casa de Austria en sus dos ramas, la centroeuropea y la hispana, y la conservación a todo trance de los dominios españoles en Europa. Con tal fin continuaron las guerras en los Países Bajos, en Flandes y en Italia, empleándose y consumiéndose en ellas las riquezas que venían de América y empobreciendo a la nación.

En Europa surgió, en 1618, la denominada Guerra de los Treinta Años, que terminó por el Tratado de Paz de Westfalia, en 1648. Esta larga contienda fué de carácter político-social-religioso de las diversas sectas protestantes contra los católicos, y principalmente de lucha contra el poder y predominio en Europa de la Casa de Austria y, en cierto modo, análoga por sus fines políticos a las guerras mundiales recientes entre los Estados «democráticos» y los «totalitarios», por el sostenimiento del denominado «equilibrio europeo». Casi todas las naciones intervinieron en la Guerra de los Treinta Años, y también España, en atención a la dinastía en ella reinante, a las posesiones de los Países Bajos y al celo religioso en defensa de la catolicidad.

Al terminar la guerra, el imperio alemán quedó deshecho y desme-

nuzado en pequeños Estado: Suecia, engrandecida; Francia, aumentada en extensión territorial y preponderante en Europa, y España, muy menoscabada en su poderío y grandeza. El Tratado de Westfalia estableció el derecho al libre ejercicio de la religión, en sus diversas sectas de los países centroeuropeos beligerantes. Las dos ramas de la dinastía austríaca quedaron decaídas, y la Casa de Borbón en auge.

El poder naval de Inglaterra se desarrolló grandemente después de la destrucción de la «Armada Invencible» de Felipe II. La marina de la República holandesa se hizo muy potente, y a poder de esta nación pasaron gran número de las colonias portuguesas de la Insulindia. En tales respectos, el P. Juan de Mariana, contemporáneo de Felipe III, dice en las efemérides del año 1617: «Sábado, a quince de abril, en las islas Philipinas se ganó una notable victoria contra los holandeses; el general de los nuestros, don Juan Ronquillo; de diez galeones contrarios, unos quemaron, otros echaron a fondo, los demás huyeron. Esta gente, por tener gran número de bajeles y ser diestros por la mar, los años pasados en sus flotas han navegado a las Indias a veces por la carrera ordinaria de los portugueses; lo más ordinario por el Estrecho de Magallanes, y en el mar del Sur han hecho daños y corrido las costas del Perú y de la Nueva España, sin parar hasta las Philipinas y las islas Molucas, de que en gran parte están apoderados.»

Aumentaron los corsarios, tanto ingleses, como Drake (1540-1596), del que se ha hablado, como los holandeses y franceses, que con sus naves saqueaban las ciudades ribereñas de América que hallaban desapercibidas e indefensas. Los ataques de los corsarios a los galeones españoles, durante los siglos XVII y parte del XVIII, dificultaron grandemente la navegación española. Así, en 1702, un convoy que venía de América con gran cantidad de oro y plata, no pudiendo desembarcar en Cádiz por la presencia de la escuadra inglesa, fondeó en la bahía de Vigo y fué hundido para evitar cayese en poder de los atacantes (figura 232). «La antigua preponderancia de nuestra marina iba de día en día debilitándose, y la de Inglaterra y los holandeses enriqueciendo la suya y compartiéndose el señorío de los mares» (Miniana).

Además de los navíos corsarios, que gozaban de la protección de los gobiernos de las naciones a las que pertenecían, infestaban los mares americanos y las rutas atlánticas barcos piratas con tripulaciones de forajidos de cualquier nacionalidad, todos fuera de la ley, que atacaban indistintamente a cualquier nave de que pudieran apoderarse. El Mediterráneo y las costas del Noroeste africano estaban asimismo infestadas de corsarios turcos y berberiscos, dedicados al saqueo de los barcos mercantes y a la presa de cautivos, haciendo desembarcos y ra-

zias por las costas, cuando tenían ocasión. En 1618, una escuadra, compuesta de 60 barcos con 5.000 berberiscos y turcos, cayó sobre Lanzarote, el 1 de mayo, embistiendo a la capital, la villa de Tegui-se, que fué saqueada e incendiada. Gran número de habitantes de la isla se re-

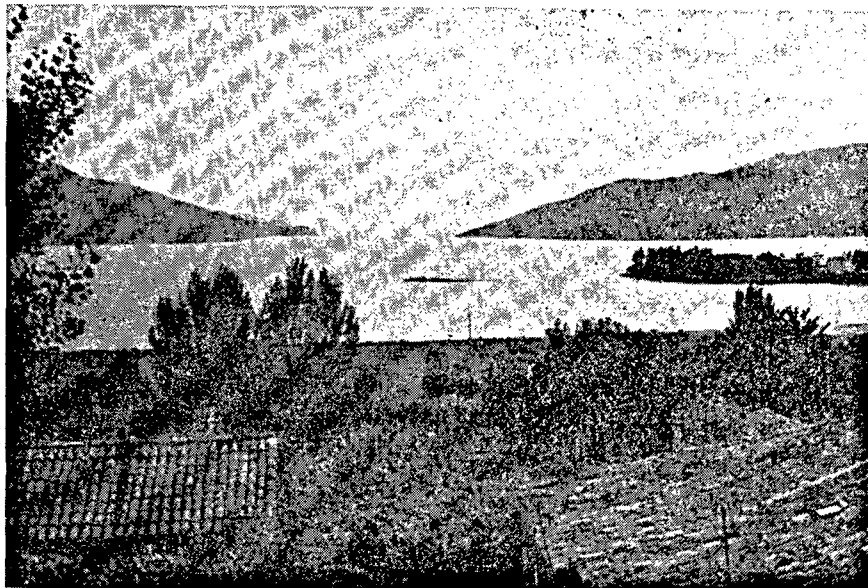


Fig. 232.—Bahía de Vigo desde cerca de Redondela. En el gollete de entrada es donde están hundidos los galeones. En segundo término la isleta de San Simón, que sirve de lazareto.

(Foto Hernández Pacheco, 1931.)

fugieron con víveres que pudieron reunir en la Cueva de los Verdes, bloqueando los berberiscos la entrada; los fugitivos se sostuvieron algún tiempo en el interior, pues recibían de noche socorros por otra entrada que tiene el túnel lávico, hasta que, sorprendido un lanzaroteño, fué obligado a revelar la existencia de la entrada oculta, y agotada el agua y los víveres los refugiados se entregaron, pasando cautivos a Argel. En nuestra exploración de la caverna, en 1907, encontramos fragmentos de tea, huesos de cabra y restos de vasijas que servirían a los refugiados para contener el agua (fig. 233).

La política interior de España se caracterizó por el abandono e ineptitud de los monarcas, que entregaron la dirección de los negocios públicos a validos ambiciosos, entre los que destacan el duque de Lerma, ministro general de Felipe III, y el conde-duque de Olivares, que lo fué de Felipe IV. De estos personajes el catedrático Piernas Hur-

tado dice: «Felipe III se entregó a la devoción, y Felipe IV se dedicó a hacer comedias; el uno, inepto y descuidado, abandonó el gobierno al torpe duque de Lerma, y hasta le cedió la firma; el otro, licenciado y egoísta, se confió al desatentado conde-duque de Olivares.» Los validos a los que estuvo entregada la dirección del país, atendían ante todo al sostenimiento de su influencia y pasión de mando, enriqueci-



Fig. 233.—Entrada al largo y complicado túnel de la «Cueva de los Verdes» en el gran campo de lavas formado por la erupción del volcán Corona, en la isla de Lanzarote (Canarias).

(Foto Hernández-Pacheco, 1907.)

miento y poderío. El régimen gubernamental de la nación fué el absolutismo del poder real, limitándose la actuación de las Cortes al derecho de petición y el Consejo de Castilla a clamar en el desierto. Los municipios acabaron de perder su libertad y autonomía.

El siglo xvii fué en España época de florecimiento de la literatura, con Cervantes (fig. 234), Lope de Vega, Calderón y Quevedo; de la historiografía, con el P. Juan de Mariana, y Solís, y de las Bellas Artes, con los pintores Velázquez, Zurbarán, Ribera, Murillo, Valdés Leal y Francisco Pacheco, el suegro de Velázquez, excelente pintor y distinguido hombre de letras; entre los escultores, Montañés, Alonso Cano, Gregorio Fernández y Pedro de Mena. En arquitectura surgió el barroco, en el que fué excelente arquitecto, así como escultor, Alon-

so Cano, con Herrera el Mozo y Donoso, y al finalizar el siglo xvii, el churrigueresco, así denominado, de José de Churriguera, citándose tan sólo los nombres más distinguidos. Se señalan en Madrid como edificaciones monumentales de este estilo, la portada y fachada del Museo Municipal, y el Puente de Toledo con sus templetes de profusa decoración barroca, obras de Pedro de Ribera (1720 a 1732) (figs. 235 y 236). Posterior a este estilo es el Palacio Real de Madrid, fundamen-

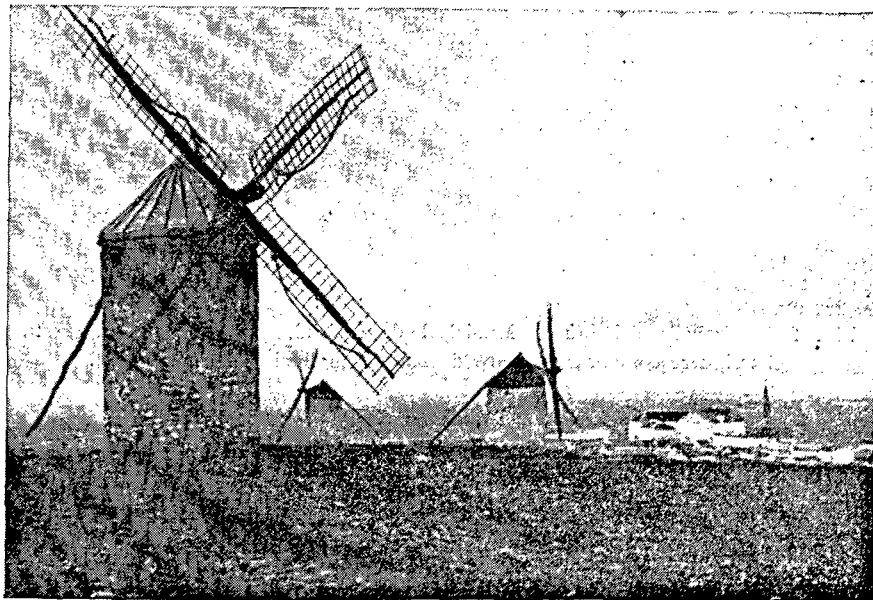


Fig. 234.—Molinos de viento en Campo de Criptana, en La Mancha.

«porque ves allí, amigo Sancho, donde se descubren treinta o poco más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla».

— «Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen, no son gigantes sino molinos de viento». —(Cervantes).

(Foto Hernández-Pacheco, 1922.)

tado en la ubicación del antiguo alcázar, en el que se hicieron grandes reformas en tiempo de los Austrias, comenzándose a reconstruir, en nuevo plan, en tiempos de Felipe V. La construcción actual se comenzó en 1758; se dió por terminada en 1764; continuándose en sus detalles hasta finales del siglo xix (fig. 237).

El fundamento de los importantes estudios respecto a Ciencias Naturales en el Nuevo Mundo, corresponde principalmente al jesuíta Juan de Acosta y a Gonzalo Fernández de Oviedo, en el siglo xvi; destacando en la primera mitad del siglo xvii la «Historia Natural del Nuevo Mundo», por el P. Bernabé Cobo.

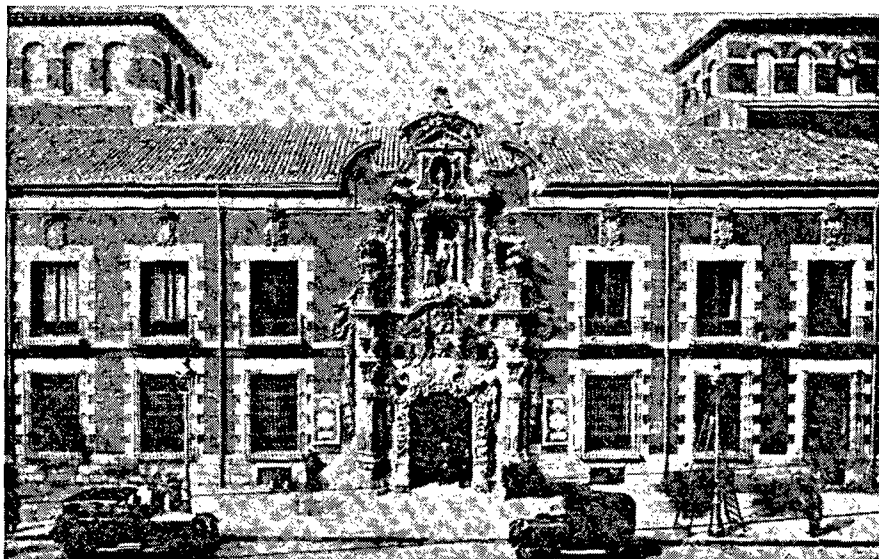


Fig. 235.—Fachada del Museo Municipal de Madrid, con portada de estilo churrigueresco, obra de Pedro de Ribera, discípulo de Churriguera.



Fig. 236.—Puente de Toledo sobre el Manzanares, en Madrid. Obra con profusa decoración barroca, en sus templete del medio del puente. Construido siendo corregidor de la Villa el primer marqués de Vadillo, a principios del siglo XVIII, reinando Felipe V.



Pero en administración pública y en economía, la nación cayó en un estado de decadencia de los más lamentables que ha experimentado en el transcurso de la historia. El empobrecimiento y la despoblación del país fué consecuencia de varias causas, además de las relatadas: Aumentó la emigración a América, huyendo de los excesivos tributos y de las cargas insostenibles, con el deseo de hacer fortuna. Hubo varias epidemias que causaron grandes mortandades, como la «landre» o «peste levantina», de la cual falleció, en 1669, el escultor Montañés.

Contribuía grandemente al empobrecimiento del país la abundancia de impuestos y lo crecido de las contribuciones, que recaían casi exclusivamente sobre el estado llano, estando exentos de tributación, o sujetos a ínfima, los bienes de la nobleza y los de la iglesia. Casi el conjunto de la propiedad rústica eran bienes realengos o estaban acumulados en vinculaciones de grandes casas señoriales, a las que per-

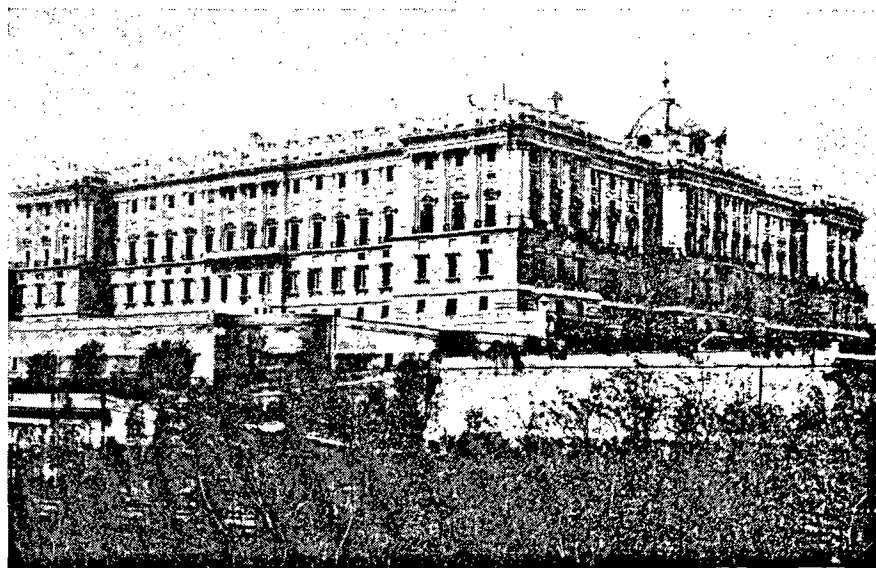


Fig. 237.—Palacio Real de Madrid; fachadas Norte y de Oriente. Reconstrucción comenzada reinando Felipe V.

tenecían la mayor parte de los terrenos de Castilla la Nueva, Extremadura, Andalucía y Valencia. También constituían grandes vinculaciones las posesiones rústicas de los monasterios, comunidades y entidades religiosas, que crecían sin cesar.

El aumento, cada vez mayor, de conventos y de frailes, llegó al extremo que el Consejo de Castilla se dirigió al monarca Felipe III pidiendo se pusiera remedio a tan excesivo desarrollo por «ser perjudicial

a la población y recargar el peso de la contribución sobre los demás, a causa de su excesivo número». En otra ocasión se dirigió al citado monarca, diciéndole: «La despoblación y la falta de gente es la mayor que se ha visto ni oído en estos reinos desde que los progenitores de V. M. comenzaron a reinar en ellos, porque totalmente se va acabando y arruinando la corona.»

Tales observaciones eran bien justificadas, pues según Gil Gonzalo Dávila, cronista de la época, dice que, a fines del reinado de Felipe III, había 24.000 clérigos en los obisposdos de Pamplona y Calahorra. De las solas Ordenes de dominicos y franciscanos había en España 32.000 religiosos, y, según la crónica de los franciscanos Mínimos, comprendía esta Orden, también en España, 450 conventos, con 12.000 religiosos.

#### ESTADO DE LA GANADERÍA Y DE LA AGRICULTURA. LA MESTA

En esta época histórica, como es característico de los países poco poblados, la ganadería extensiva adquirió predominio a costa de la agricultura, que exige mayor número de brazos en su desarrollo intensivo. Consecuencia de la topografía y climatología hispana, desde tiempos antiguos existía la trashumancia de ganados, que marchaban de los territorios cálidos y soleados de la Hispania xerofita, donde la vegetación herbácea se seca en el verano, a las norteñas de la Hispania higrofitas, donde las lluvias estivales sostienen verde el herbazal, o a las zonas montañosas, donde, por su altitud, la pradería está pujante y frondosa en el estío. Emigración pecuaria al iniciarse el verano, desde el valle a la zona de cumbres montañosas o a las comarcas septentrionales de la Península. Y desde el comienzo de otoño desde las alturas a los valles abrigados, o desde el Norte a los países templados del Mediodía, donde en los inviernos la hierba prospera y el campo verdea.

Con tal fin existían en Hispania grupos de ganaderos y pastores que, asociándose, vinieron con el tiempo a constituir el «Concejo de la Mesta», en defensa de sus intereses pecuarios, contrapuestos, en diversos aspectos, a los de la agricultura. Eterna cuestión, desde los tiempos protohistóricos, entre ganaderos y agricultores.

Alfonso X reorganizó lo pertinente a la Mesta, que oficialmente venía funcionando con sus alcaldes propios, prerrogativas y derechos, publicando, en 1273, dos principales pragmáticas, regularizando los Privilegios del Concejo de la Mesta, y disponiendo el régimen propio por el que se gobernaba. Disposiciones complementarias en favor de la ga-

nadería y de la Mesta son también los del rey don Sancho, en 1288 y 1293.

Enrique IV refundió todas las cabañas de ganados en la Real, según pragmática dada en Burgos en 1454, en la que se dice: «Tenemos por bien, que ningunos Ricos-homes ni Maestres de Santiago y de Alcántara, ni Prior del Hospital de San Juan, ni los Monesterios de Burgos ni Valladolid, ni del Hospital de Burgos, ni los otros Monesterios ni Capellanías, ni otros homes algunos de nuestro Señorío no hayan cabaña ni cabañas de vacas ni de ovejas, ni de yeguas, ni de carneros, ni de cabras ni cabrones, ni de puercos; salvo que todos los ganados de mis Reynos sean de mi cabaña y anden salvos y seguros, y en mi guarda y defendimiento y en mi encomienda por las partes de mis Reynos.»

El Consejo de la Mesta tenía tribunales autónomos, con alcaldes o jueces propios y era presidido por un ministro del Consejo de Castilla. Celebraba dos reuniones o «concejos» anuales, uno el 4 de marzo y el otro el 4 de septiembre, en lugares de la zona de veraneo o de invernadero, según la estación del año. El Concejo de la Mesta, en 1311, estaba constituido por cuatro cuadrillas, con sus alcaldes mayores, cuyo orden de jerarquía era: Soria, Cuenca, Segovia y León. La de Soria era la que presidía los concejos de las Extremaduras y los de las Sierras, a lo que alude el lema de dicha ciudad: «Soria pura cabeza de Extremadura». Se denominaban «Sierras» a los parajes de veraneo de los ganados en las serranías del Centro y Norte de España, y Extremaduras, «Extremos» o «Tierras Llanas», a los parajes de invernadero, al Sur de la Cordillera Central, o sea desde los «Puertos Reales» a las penillanuras y llanuras de Extremadura, Mancha y Andalucía. Tal denominación ganadera de Extremadura es independiente del nombre de tal región por ser el extremo polémico del reino de León, cuando la reconquista (figs. 238 a 243).

Las atribuciones y privilegios de la Mesta eran importantes: pertinentes a los caminos especiales para los ganados, a la tasa de hierbas y pastos, a la posesión de dehesas, etc.; diversos de los cuales eran en extremo perjudiciales a la agricultura, como el de prohibir roturar y labrar los terrenos baldíos y cercar o murar las tierras y heredades. Entre las diversas disposiciones favorecedoras de la ganadería ordenando dejar para pastos terrenos roturados y puestos en cultivo están: la de Carlos I, en 1551; la de Felipe II, dada en Badajoz en 1580, etc.

Las disposiciones de los monarcas de la Casa de Austria fueron favorables a la Mesta y a sus privilegios. En 1561, reinando Felipe II, se reglamentó la concurrencia de los alcaldes de la Mesta a los Concejos, que eran por lo menos uno en los Extremos o Tierras llanas de Ciudad

Real, Toledo, Talavera y Plasencia, hacia el Sur, y otro, en las Sierras de los puertos centrales y de dichas ciudades del Norte. La recapitulación hecha de los privilegios de la Mesta por Felipe III, en 1609, en Madrid, fué ley muy favorable a tal institución.

El abusivo poder de la Mesta, los perjuicios que causaba a la agri-



Fig. 238.—Encinar y pradería xerofita. Rebaño de ovejas, en pastoría, al Oeste del Valle de Alcudia; ganado trashumante en estancia de invernadero, en Veredas (Ciudad Real).

(Foto Hernández-Pacheco, 1930)

cultura y las quejas de los labradores, no tuvieron cumplido remedio hasta que las Cortes de Cádiz, reunidas cuando la Guerra de la Independencia, suprimieron la perjudicial prohibición de roturar los terrenos baldíos y de cercar los predios, y pasó a la jurisdicción ordinaria la autonómica del Concejo de la Mesta. Finalmente, en 1836, se sustituyó éste por la «Asociación General de Ganaderos», entidad de tipo cooperativo patrocinado por el Estado.

El ganado lanar merino español, era ya célebre en la época romana, según se ha dicho en páginas anteriores. A partir del siglo xvi, se hizo muy famoso en Europa, y de él derivan las principales razas de mejor lana. Los monarcas europeos pidieron a España carneros sementales y ovejas para su aclimatación y cruce en sus respectivos países. Enrique VIII los aclimató en Inglaterra. Cristina de Suecia, en el siglo xvii, y por la misma época se llevaron a Sajonia. En el siglo xviii formóse



Fig. 239.—Rebaño de corderos recentales, de ovejas trashumantes, en estancia de paridera, en el Valle de Alcudia (Ciudad Real).

(Foto Hernández-Pacheco, 1930.)

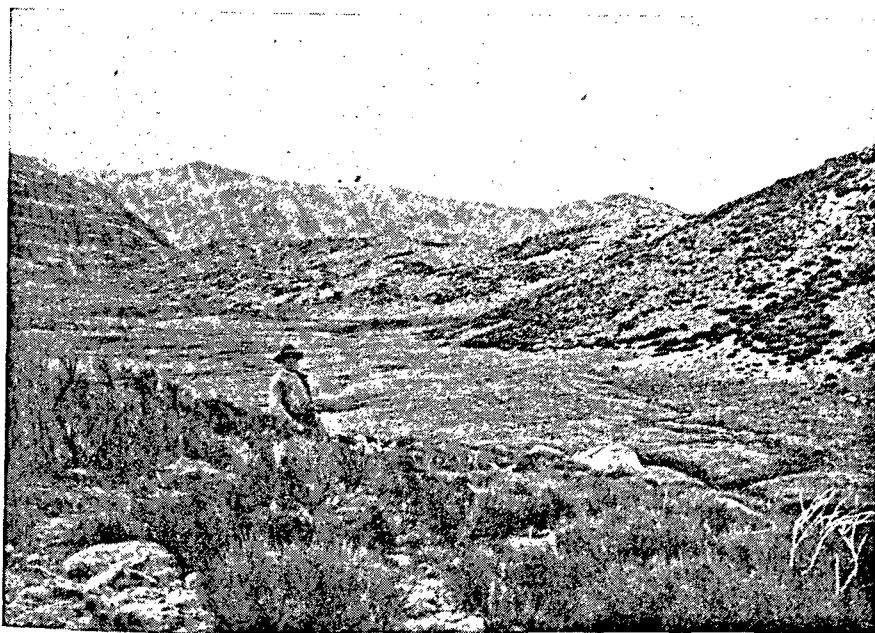


Fig. 240.—El prado del Cervunal, én la zona alta de Gredos, en principios de otoño. Paraje de residencia veraniega del ganado trashumante.

(Foto Hernández-Pacheco, octubre 1930.)



Fig. 241.—La Majada Somera, en la zona de cumbres de Gredos, junto al Pico Almanzor. Vista hacia Extremadura.

(Foto Hernández-Pacheco, octubre 1930.)

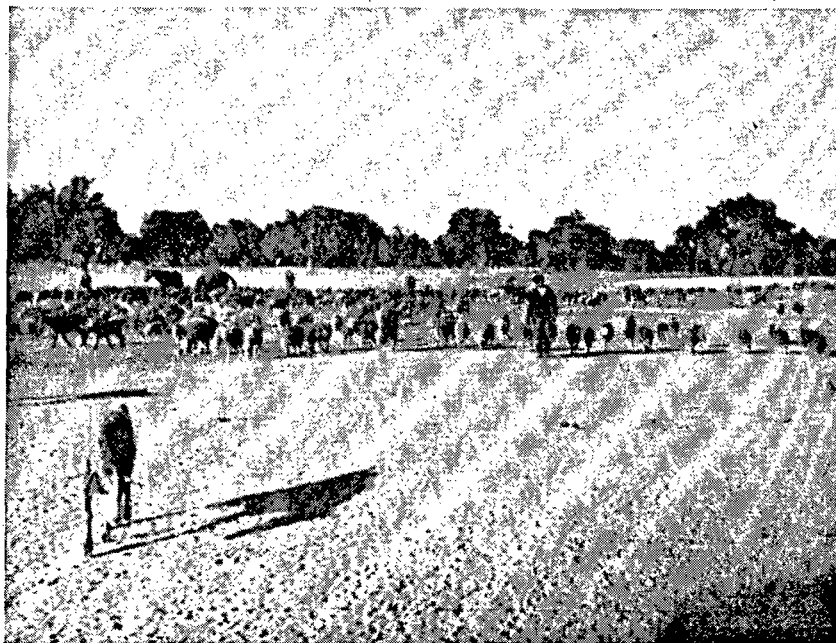


Fig. 242.—Ganado lanar trashumante en camino por la cañada de la Mesta, en Navalmoral de la Mata (Cáceres), hacia la zona de pastos de verano de la Cordillera Central.

(Foto Hernández-Pacheco, 1933.)

en Francia, mediante cruce con reproductores españoles, la raza de Ramboillet, obteniéndose ejemplares que llegaron a pesar 130 kilos a los treinta meses de edad, con 10 kilos de lana.

Según la cita de Colmeiro (el catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid), tomada del Catastro ordenado por el

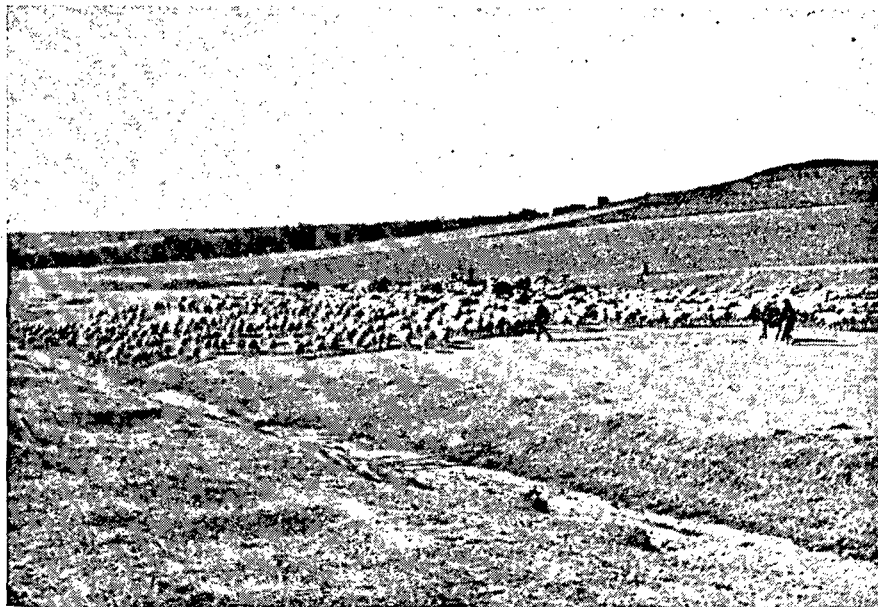


Fig. 243.—Ganado lanar trashumante por la cañada de la Mesta, en Olías del Rey (Toledo), de camino de regreso de las zonas altas de la Cordillera Central, hacia las regiones meridionales de invernadero.

(Foto Hernández-Pacheco, noviembre 1933.)

Marqués de la Ensenada, la ganadería de la Mesta en 1477 era de 2.694.000 cabezas. En 1749, el Catastro de la riqueza pecuaria de toda especie, era en España de 22.500.958 cabezas, de las que correspondían a Extremadura 2.922.592 cabezas. La cabaña de la Mesta en Extremadura, a fines del siglo XVIII, sumaba unos 3.000.000, con 600.000 arrobas de lana.

La ganadería vacuna tuvo también en Hispania mucha importancia, atendiendo especialmente a que las labores agrícolas se realizaban principalmente con bueyes y vacas (figs. 244 y 245). En tales respectos existían razas vacunas de gran fortaleza, tamaño y buena estampa en la Hispania xerofita, principalmente en las Castillas, Extremadura y Andalucía, teniendo fama las de Avila, Salamanca, valle central del

Guadiana, el Ribatejo portugués y la llanura andaluza. Toros escogidos y seleccionados de dichas regiones eran los empleados en las corridas de toros, fiesta que tiene en España abolengo protohistórico.

La costumbre, muy extendida, de poseer las villas y municipios dehesas boyales y prados comunales, favorecía en extremo la distribución de la ganadería entre los vecinos labradores, con la consiguiente utilidad de la producción de carne, aparte del mantenimiento de las yuntas empleadas en la labor.

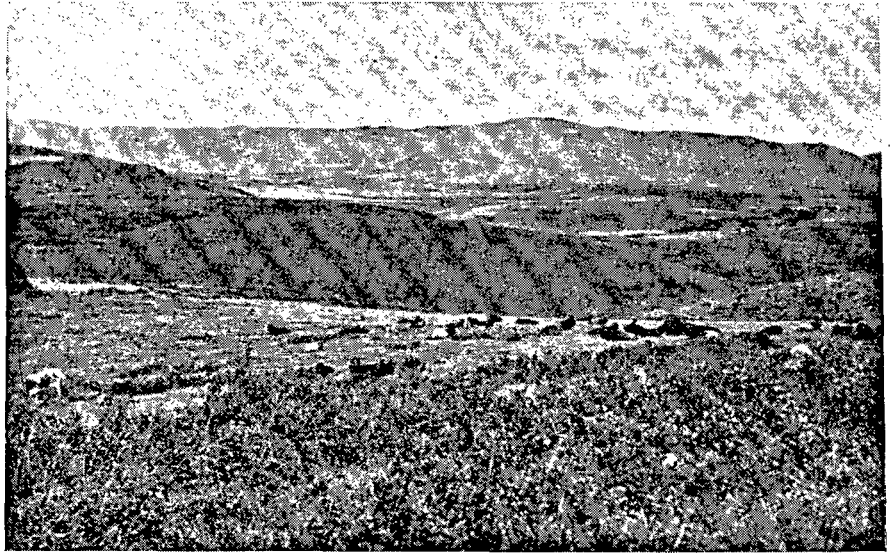


Fig. 244.—Ganadería vacuna en los yerbazales del Valle de Alcudia, en Villanueva de San Carlos (Ciudad Real).

(Foto Hernández-Pacheco, 1930.)

Tal generalización de la propiedad de reducido número de reses vacunas, en relación con la lanar, en rebaños, abarataba la carne de vaca, respecto a la del ganado lanar, que tiene utilidades más importantes, cual es la lana. Ello explica el relato de Cervantes, pertinente al yantar de Don Quijote, hidalgo de no grandes recursos económicos, al conformarse modestamente con «una olla de algo más vaca que carnero y salpicón las mas noches».

Las razas de vacas lecheras, actualmenté repartidas por todo el ámbito peninsular, estaban limitadas, en la época histórica que se analiza, a la zona higrofitá del Norte hispano, y, aún en esta parte, con poca abundancia de producción láctea. Es de tiempos muy modernos la gran importancia lechera del ganado vacuno y la generalización y expansión de las excelentes razas, por tal cualidad.



Caso semejante es el del desarrollo y formación especial de toros de lidia (fig. 246).

Se comprende que con tales dificultades la agricultura degenerase y aminorasen las extensiones destinadas al cultivo. El cerealístico no ocupaba grandes extensiones, y se reducía, por lo general, a que cubriese las necesidades locales, no porque faltase tierra, puesto que sobraba espacio cultivable, sino por las dificultades de transporte, pués



Fig. 245.—Ganado vacuno en la feria de Villaviçosa (Alentejo-Portugal).

(Foto Hernández-Pacheco, 29 agosto 1935.)

El mal estado de los caminos y la característica topográfica de muchas regiones de la montañosa Hispania, tenía que hacerse a lomo, generalmente; no compensando, en muchos casos, el precio de la mercancía, por lo cual, con los lotes repartidos temporalmente a los vecinos para siembra de las dehesas a pasto y labor, comunales, realengos o de señorío, había bastante para las necesidades en cada localidad de trigo y piensos a las caballerías. Los otros cultivos, tales como los de lino, o de plantío de viñedos y olivares, tropezaban con el inconveniente de la prohibición de cercar los predios rústicos, por lo que no podían prosperar las plantaciones por estar indefensas contra el voraz diente de los ganados. Todo lo cual hacía que cada villa o aldea apenas cultivase, con carácter permanente, otros terrenos que los inmediatos a los pueblos hasta donde alcanzaba el sonido de la campa-

na, o sea el ruedo. Así era que la clase popular llevaba una vida menesterosa, reducida a la satisfacción de las más perentorias necesidades, sin perspectiva de ascender en la escala social ni alcanzar el disfrute de comodidades y de la abundancia.

Los cultivos de huerto y de regadío, que exigen conocimientos agrícolas especiales y que se efectúan en predios pequeños, explotados de modo intensivo, eran realizados, en su gran mayoría, por los moris-



Fig. 246.—Ganadería de toros de lidia en Utrera (Sevilla).

(Foto Hernández-Pacheco, 1935.)

cos, generalmente en régimen de arrendamiento o aparcería. En muchas comarcas y regiones, principalmente en Levante, constituían clase especial y numerosa de cultivadores. Eran tales moriscos procedentes de los mudéjares, anteriores a la conquista de Granada, y descendientes, hacía cuatro o cinco generaciones, de los moros convertidos forzosamente al cristianismo y repartidos por el ámbito nacional a poco de la conquista del reino granadino.

El Estado no ejerció nunca acción tutelar favorable a tal minoría social, ni el gobierno de la nación cuidó, mediante disposiciones y actos eficaces, a su incorporación al conjunto nacional con absoluta igualdad de derechos, trato y consideraciones que las demás clases sociales, sino que, tanto el poder público como la masa popular nacional, trató a los moriscos con menosprecio y desatención, como clase social aparte, estableciéndose distinción entre «cristianos viejos» o de abolengo

lejano de cristianos, y «cristianos nuevos», mirándolos el pueblo con antipatía, y tenidos, en cierto modo como infames; con lo cual, en vez de favorecerse su inclusión y difusión en el conjunto nacional ciudadano, se impedía

#### EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS E INFLUJO EN LA AGRICULTURA Y ECONOMÍA NACIONAL.

De origen y de genuino abolengo hispano, los moriscos se distanciaron en religión y en tipo de cultura de los cristianos, asimismo hispanos, durante el transcurso multiseccular que duró la lucha por el dominio del solar peninsular. Al dominar los cristianos y ser vencidos los moros, éstos reaccionaron como siempre han reaccionado los hispanos ante la opresión y el sometimiento que se juzga injusto: con la rebelión y la guerra.

La tendencia de los reyes conquistadores del Andalus y de la Axarquía, desde Alfonso VI y el Cid y Jaime I de Aragón, fué la penetración de los moros vencidos en el conjunto del pueblo vencedor, según en tales respectos expone el académico Luis Redonet, en su discurso de 1948, con motivo de la conmemoración de la conquista de Sevilla por Fernando el Santo, diciendo: «San Fernando inició en Sevilla con relación a mahometanos, mudéjares y moriscos, una política piadosa y caritativa, enderezada a la posible fusión de razas, que perduró hasta el reinado de Enrique III.» «Repetidos avisos de los reyes a los Concejos municipales, Ordenes y Comunidades, recomendándoles que guardasen a los moros el fuero que les dió Fernando III; que al deslindar un alfoz valiese lo que afirmaban moros sabidores; que fuesen salvos por mar y tierra cuantos acudieran a las ferias; que los cristianos no comprasen heredamientos de musulmanes, sino cuando éstos quisieran voluntariamente venderlos; que los moros pudiesen adquirir fincas abandonadas de cristianos; que los mudéjares, bajo juramento hecho según su ley, pudiesen actuar de testigos en pleitos y convenios, y que todos pudiesen construir y comerciar en baños, tiendas, hornos, molinos y alfóndegas, al uso y costumbre musulmana.»

A partir de la conquista del reino moro de Granada, las rebeliones guerreras de los moriscos, fueron tres, las tres crueles y tenaces: en tiempos de los Reyes Católicos, del emperador Carlos y de Felipe II. Vencidos en las tres guerras, los moriscos vivían desparramados como descendientes de cristianos nuevos, más o menos sinceros, en tiempos de Felipe III. Su englobamiento y difusión total y completa en la masa

popular hispana, era ya cuestión de poco tiempo, pues no existía problema racial, sino de costumbres y cultura.

Teniendo en cuenta el estudio en conjunto del problema de tal minoría social y la gran importancia que tuvo en relación con la economía agraria, industrial y mercantil, hemos creído preferible exponer el desarrollo total del asunto en este sitio, mejor que relatar aisladas las diversas fases en cada uno de los epígrafes que tratan de dichos reinados.

### *Rebelión en tiempos de los Reyes Católicos*

El incumplimiento de las condiciones de la rendición de Granada respecto a los moros vencidos, y especialmente el bautismo obligatorio que por disposición del Cardenal Cisneros se les impuso, ocasionó que los de las Alpujarras se levantasen en armas, en 1500, atrincherándose en diversas fortalezas y parajes escabrosos de la serranía. Acudieron a someterlos el conde de Tendilla, Gonzalo de Córdoba y el rey Fernando, que les tomó a Lanjarón, donde se habían fortificado. La rebelión adquirió caracteres de lucha enconada, pero fueron vencidos y sometidos. Otro foco de rebeldía en la Sierra de los Filabres, fué también dominado. El levantamiento de la zona montañosa occidental, Sierra Bermeja y Serranía de Ronda, en 1501, fué más difícil y costoso dominar, derrotando los moros a las tropas que acudieron a someterlos, muriendo, entre otros capitanes cristianos, Alonso de Aguilar, hermano de Gonzalo de Córdoba, y el célebre artillero Francisco Ramírez de Madrid, acabando, por fin, los insurrectos por avenirse a capitular, dándoseles a escoger entre bautizarse o marchar a Africa, siendo mucho mayor el número de los que se acomodaron a hacerse cristianos que los que emigraron.

Se daba el caso anómalo que mientras se obligaba por la fuerza a hacerse cristianos a los moros de las serranías meridionales de España, los mudéjares de los antiguos reinos de León, Castilla y Aragón, seguían siendo mahometanos, celebrando libremente el culto en sus mezquitas; por lo cual Cisneros consiguió que se publicase una pragmática, en 1502, según la cual, todos los mudéjares avecindados en Castilla y León se habían de hacer cristianos o salir de España en plazo perentorio. Ante tal disposición casi todos ellos aceptaron el bautismo y las mezquitas se cerraron. En Aragón y Valencia, donde había más tolerancia religiosa, y los mudéjares eran muy numerosos desde que en el siglo XIII se terminó la reconquista, se continuó, por algún tiempo, sin forzarles a cambiar de religión.

*Rebeliones en Valencia, Aragón y serranías granadinas, en tiempos del emperador Carlos*

Relata el historiador Zamora y Caballero que, a fines del primer cuarto del siglo xvi, durante las luchas de las germanías de Valencia, los agermanados «hicieron recibir por fuerza el bautismo a los moros de aquel reino, que se había alzado en defensa del partido de los nobles, de quienes dependían. Como es natural, aquellos moriscos así bautizados, abandonaron pronto el culto y las prácticas cristianas y volvieron inmediatamente a sus ritos y ceremonias musulnicas, contentos con pagar doble tributo a sus señores con tal de no renunciar a sus creencias, y tolerándolos los caballeros así porque habían sido sus defensores, como porque eran los vasallos que más rentas pagaban».

«Noticioso de esto el emperador, reunió una junta de teólogos, en unión con los Consejos de Castilla y de la Inquisición, que se congregaron en el convento de San Francisco, para consultarles si a los moros así bautizados por fuerza les podrían compeler a hacerse cristianos o salir de España. Todos contestaron afirmativamente, a excepción de Fray Jaime Bonet, varón eminente y docto, que por espacio de treinta y ocho años había enseñado Derecho canónico y civil en la Universidad de Lérida, el cual opinó que no se les debía obligar a recibir el bautismo, porque si antes eran moros, después serían apóstatas. Este prudente consejo fué desestimado y, siguiendo el de la mayoría, expidió el emperador una real cédula, el 4 de abril de 1525, declarando cristianos y con las obligaciones de tales a los que de aquella manera se habían bautizado.»

Enviado a Valencia el inquisidor general, hizo pregonar que los moros, en término de treinta días, viniesen a la obediencia de la Iglesia, bajo pena de muerte y confiscación de bienes. «Todas las súplicas que los moros hicieron al emperador para que revocase el edicto fueron inútiles, y entonces los de Valencia, que ascendían a muchos miles, se dejaron bautizar en masa, para lo cual los comisionados se valieron de la aspersion.»

Pero no todos los moriscos del reino de Valencia mostraron la hipócrita flexibilidad que los de la capital, y rebelándose se alzaron en armas. Gran número de ellos se refugiaron en la sierra de Espadán, aclamando por jefe a uno de ellos llamado Zelím, preparándose a sostener la guerra. Edificaron poblados de cabañas junto a los manantiales, en sitios estratégicos; fortificaron los pasos y escalones de la sierra, construyeron rústicas fortalezas, disponiendo grandes peñascos para derrumbarlos por las laderas contra los atacantes que subieran a los

castros de las cumbres. El Conde de Segorbe, con dos mil hombres, intentó el asalto, siendo rechazado con grandes pérdidas. Los moriscos bajaban al llano y hacían razias y acopios de víveres y se sostuvieron, resistiendo, durante varios meses, diversas acometidas del numeroso ejército cristiano que se organizó contra ellos.

Ante tal resistencia y grandes descalabros, se solicitó del emperador que el cuerpo de cuatro mil tudescos que se disponía a embarcar para Italia se uniera a los valencianos atacantes, accediéndose a ello y ocupándose una sierra o contrafuerte de la de Espadán, que establecía paso a la zona alta de ésta, y que desde entonces se denomina «Montaña de los Cristianos». Conseguido este objetivo estratégico, se acometió la sierra de Espadán por varios sitios a la vez con un ejército de unos diez mil cristianos, lográndose ocupar las cumbres después de vigoroso y reñido combate, con grandes pérdidas por ambas partes, muriendo unos dos mil moros, cayendo otros tantos prisioneros y escapando los restantes a refugiarse en la Muela de Cortes, donde algún tiempo después se entregaron, en octubre de 1526. Terminada la campaña los cristianos atacantes entraron victoriosos en Valencia y los tudescos embarcaron para Italia. De los moros prisioneros se dió muerte a los principales cabecillas, bautizándose a los que no lo estaban.

Por la época de la rebelión de los moriscos valencianos, se sublevaron los de Aragón, condescendiendo a recibir el bautismo de tan mala gana como los de Valencia.

Los moriscos de las serranías granadinas presentaron al emperador un memorial de agravios que les hacían los clérigos, escribanos y alguaciles que de ellos estaban encargados. Se enviaron visitadores que comprobaron la certeza de los agravios y que los moriscos bautizados en tiempos de los Reyes Católicos no habían dejado de ser mahometanos. En virtud de esto, la Inquisición de Jaén se trasladó a Granada y se dispusieron diversas restricciones respecto a usos, costumbres e indumentaria de los moriscos. Estos acudieron al emperador para obtener alguna indulgencia con respecto al Tribunal de la Inquisición, que era al que más temían, acompañando la instancia de un ofrecimiento, o servicio, de ochenta mil ducados, además de los ordinarios tributos. Hízoseles merced de que sus bienes no fuesen confiscados por el temido Tribunal, de que pudieran usar el traje morisco durante el beneplácito del emperador y de poder llevar espada y puñal en poblado, y lanza en el campo. Con parte del donativo de los moriscos granadinos el emperador comenzó la edificación, en la Alhambra de Granada, del denominado palacio de Carlos V, que no llegó a terminarse, y que en estos últimos años, con las obras en él realizadas, se ha dado por terminado.

### *Rebelión en tiempos de Felipe II*

«Desde la conquista de Granada por los Reyes Católicos, ni los moriscos que quedaron en las provinciales meridionales y orientales de España habían abrazado con sinceridad la religión cristiana, ni habían recibido el bautismo sino violentamente y por fuerza, ni abandonado, sino exteriormente, la fe de sus mayores.»

«En las primeras Cortes que Felipe II celebró en Castilla, a su regreso de los Países Bajos, en 1559, prohibió a los moriscos del reino granadino servirse de esclavos negros, porque no les instruyesen secretamente en el mahometanismo. El capitán-general de Granada, renovó una cédula de 1553, prohibiendo a los moriscos llevar armas, sin autorización especial, bajo pena de seis años de galeras.» «A estas vejaciones se agregaba el rigor y la opresión inquisitorial que se ejercía sobre los moriscos de las poblaciones y la persecución armada de las justicias eclesiásticas, civil y militar, que en todas partes hallaba culpables, exasperando más y más a los moriscos, lanzándose éstos a bandadas a las sierras, y llegaban ya a ser menos los moradores pacíficos de los pueblos, que los «monfies» o salteadores que andaban por las montañas.»

En 1 de enero de 1567 se publicó una pragmática, en la que se disponía: «Prohibición absoluta a los moriscos de hablar y escribir la lengua arábiga, ni en público ni en secreto; obligación de hablar castellano y entregar todos los libros arábigos al presidente de la audiencia; renuncia completa de los ritos, trajes, nombres y costumbres moriscas; destrucción de sus baños medicinales y de aseo; mandamiento de tener abiertas sus casas, y de andar con los rostros descubiertos; en una palabra, dejar todo lo que era morisco y hacer pública y privadamente lo que hacían los cristianos.»

Los moriscos reclamaron ante el inquisidor general Deza, y ante el rey. Uno y otro se mostraron inflexibles. En Granada algunos personajes intercedían y abogaban en favor de los moriscos, tales como el capitán general, marqués de Mondéjar, Venegas, el descendiente del príncipe Sidi Hiaya, de la época de la conquista por los Reyes Católicos; pero sus esfuerzos en favor de la templanza y benevolencia se estrellaban ante la inflexibilidad de los presidentes inquisidores Espinosa, Deza y del monarca.

En los últimos días de 1568 se declaró la rebelión en la serranía de Granada y en las Alpujarras. Un joven caballero granadino, don Francisco de Valor, descendiente de los antiguos califas los Beni-Ome-

yas, fué alzado y proclamado rey de los moriscos, y un audaz y valeroso jefe de los «monfies» de la serranía, Aben-Farax, descendiente de los Abencerrajes, designado gran visir y caudillo de la insurrección.

Fué una guerra feroz, implacable; de crueldades y continuas represalias; de incendios y saqueos; de destrucción y matanzas en masa; guerra sin cuartel y de exterminio, tanto por un bando como por el otro. Fué una guerra de montaña, abundante en sorpresas, emboscadas, escaramuzas, marchas y contramarchas, dispersiones y concentraciones súbitas. Resistencias hasta perecer en los riscos de las guájaras y cacerías de los refugiados en cavernas.

Se comenzaron las operaciones militares en enero de 1569, por el marqués de Mondéjar, que procuró avenencias de paz con los rebeldes, las cuales se malograron. Por las serranías de Almería y de Murcia operaba el marqués de los Vélez, cuya gente de guerra se acrecentaba por el incentivo del saqueo y desertaba con frecuencia cumplido el deseo. Felipe II atendía y resolvía personalmente los incidentes de la campaña, según los relatos suministrados desde la Chancillería de Granada por los inquisidores Deza y Espinosa, y del campo de operaciones por el marqués de Mondéjar y el marqués de los Vélez, quienes obraban frecuentemente en desacuerdo. Felipe II llamó al marqués de Mondéjar, y enviándole con un alto cargo a Nápoles le apartó de la guerra, juzgando obraba con tibieza ante la rebelión. Ordenó el monarca que sacasen a todos los moriscos de paz de la ciudad y vega de Granada, y que los repartiesen por las otras provincias del reino, y que se emprendiese la guerra a sangre y fuego. Asimismo dispuso que dirigiera la campaña como jefe supremo, su hermanastro don Juan de Austria.

En el campo de los moriscos, por rivalidades e intrigas entre los jefes, se originó la traición, que ocasionó el asesinato de Aben-Humeya, sucediéndole en la jefatura de la rebelión Diego López, que tomó su antiguo nombre de Aben-Aboó.

La guerra continuaba estacionaria, por la dilación en las resoluciones del Consejo de Granada, y las esperas que en obrar producían las aprobaciones del rey. Por fin, don Juan de Austria recibió la orden aprobatoria de su plan de campaña, y con suficiente ejército, con artillería y demás medios bélicos, intensificó las operaciones; respondiendo los moriscos con violentas acometidas y resistencias heroica en fortalezas y peñones. En el campo de los rebeldes surgieron negociaciones secretas de paz, con autorización de don Juan de Austria y conocimiento del rey. Por otra parte, Aben-Aboó había pedido auxilio al mufti de Constantinopla, petición que, como las anteriores de Aben-Humeya, no produjo sino buenas palabras y no auxilio eficiente.



Mientras tanto, Felipe II ordenó a Deza que hiciera salir del ámbito del reino granadino y se internaran en los pueblos de Andalucía y Castilla a todos los moriscos que permanecían tranquilos en sus casas, sin haber tomado parte en la rebelión; injusta y cruel medida que se cumplió, como antes se había realizado con los moriscos de la vega de Granada. Tal medida produjo el levantamiento de los moros de la serranía de Ronda, que hasta entonces no se habían sublevado.

No obstante, las negociaciones secretas de paz continuaron entre el Habaqui, general de los moriscos de Almería, Aben-Aboó y los emi-



Fig. 247.—Capileira (Granada) situada en la zona alta de las Alpujarras.

(Foto Hernández-Pacheco.)

sarios de la parte de los cristianos, terminando por la solemne rendición del Habaqui, en nombre de Aben-Aboó, a don Juan de Austria en el fondac de Andarrax, en mayo de 1570. Pero la rebeldía no terminó, pues diferencias entre el Habaqui y Aben-Aboó, respecto a los términos de la paz, dificultaron y retrasaron la entrega, y la guerra volvió a encenderse, especialmente en la serranía de Ronda.

La campaña se reavivó, en guerra de asolación y de exterminio; degollándose a los hombres, cautivándose y repartiéndose a las mujeres. A los grupos rebeldes refugiados en las cuevas, se les daba caza, como si fuesen alimañas. Aben-Abzoó andaba huído por lo más agrio de

las Alpujarras, con una partida de unos cuatrocientos hombres. Sorprendido en la cueva de Hazún, en lo que medió la traición, fué muerto; sus escopeteros se dispersaron, y los más se fueron entregando para salvar la vida.

La orden de despoblar el territorio se fué cumpliendo, dándose batidas, como en cacería, a los que voluntariamente no se entregaban, mientras que los que se presentaban, eran remitidos por listas nominales a los alcaldes de los pueblos en que habían de residir. Muchos fugitivos pudieron huir a Berbería. «De esta manera quedó despoblado de moriscos el reino de Granada, después de haber costado dos campañas sangrientas subyugarlos y vencerlos.» «Terminada la guerra fué poblándose el país con los cristianos que acudían atraídos por los ofrecimientos de tierras y las franquicias que se les otorgaban» (fig. 247).

### *Expulsión de los moriscos*

Tal hecho histórico fué, en parte, efecto de la psicosis colectiva que, a modo de epidemia, se presentó en diversas naciones europeas durante el largo período de contiendas político-religiosas, con acentuadas características de intransigencia agresiva, de lo que son ejemplos: la persecución de los protestantes ingleses a los católicos irlandeses, y, en Francia, de los católicos a los hugonotes. En España, la malquerencia a los moriscos tenía a modo de germen patógeno, la tradicional lucha entre moros y cristianos.

«Desde los tiempos de los Reyes Católicos se acusaba a los vencidos de toda clase de crímenes, y en particular de conspiraciones contra España, suponiéndoles siempre en convivencia con los piratas turcos que infestaban las costas del Mediterráneo. Algunos prelados, una gran parte del clero y, sobre todo, los inquisidores, no dejaban de provocar estas acusaciones, y muchos de ellos habían pedido y aconsejado a los reyes que expulsaran de España aquella gente. Carlos V y Felipe II, a pesar del celo que mostraron siempre por las religión, eran estadistas demasiado entendidos para acceder a esta petición. Pero Felipe III, que hacía alternar las novenas y procesiones con las danzas y fiestas, consagrándose con igual ardor a unas y otras, debía sucumbir ante aquella cruzada, a cuya cabeza estaban los prelados de Valencia y Toledo. Los nobles valencianos, que tenían en los moriscos sus mejores colonos, levantaron la voz en su defensa. El obispo de Segorbe, don Feliciano de Figueroa, que era contrario a la expulsión y atribuía la ignorancia en materia de fe a la poca y mala instrucción que se les daba, solicitó del Papa Paulo V mandase que los prelados del reino se congregaran para tratar de negocio tan grave.»

«En su virtud se convocó una junta compuesta de cuatro prelados, a los cuales se agregaron de orden del rey un inquisidor, el virrey y capitán general de Valencia, marqués de Camarena y nueve teólogos consultores. Sometiéronse a la discusión de esta junta las cuestiones siguientes: 1.<sup>a</sup> Si los cristianos nuevos eran notoriamente herejes o apóstatas. 2.<sup>a</sup> Si en conciencia se podía bautizar a sus hijos y dejarles en poder de sus padres. 3.<sup>a</sup> Si se podría obligarles a confesar y recibir después los demás sacramentos. 4.<sup>a</sup> Si convendría que los moriscos tuvieran libertad de declarar sus dudas en materia de fe, sin que ellos ni los que les oyeren incurriesen en pena y en la obligación de acusarlos.

Pero alarmado el duque de Lerma con los planes de conspiración más o menos verosímiles que cada día le denunciaban de los moriscos de Valencia, de Aragón, de Castilla y de Andalucía, persuadió a Felipe III de que la expulsión de los moriscos era indispensable. «¡Grande resolución!», contestó el débil monarca al ministro favorito: «Hacedlo vos, duque.»

El 22 de septiembre de 1609, el virrey de Valencia, marqués de Camarena, publicó el bando real que tenía en su poder, mandando que fueran expulsados todos los moriscos del reino de Valencia y transportados a Berbería. Los principales capítulos de esta terrible ordenanza eran: que en el término del tercer día, todos los moriscos, hombres y mujeres, bajo pena de vida, habían de embarcarse en los puertos que cada comisario les señalara; no se les permitía sacar de sus casas más que la parte de bienes muebles que pudieran llevar sobre sus cuerpos; no habían de ser maltratados, vejados, ni molestados, de obra ni de palabra; durante la embarcación se les daría el necesario sustento; cualquiera que encontrase a un morisco desmandado fuera de su lugar, pasados los tres días del edicto, podía impunemente desvalijarle, prenderle y hasta matarle si se resistía; en cada lugar de cien vecinos quedarían seis, los más viejos, escogidos por los señores entre los que hubieran dado más muestras de cristianos, para que pudieran enseñar a los nuevos pobladores el modo de cultivar los campos; los niños menores de cuatro años podrían quedarse, si los padres lo consentían; los menores de seis años, hijos de cristiana vieja, se quedarían con su madre, pero el padre, si era morisco, sería expulsado; los que quisieran ir a otros reinos podían hacerlo, pero sin cruzar ninguna de las provincias de España.»

Hubo alguna resistencia por la parte de Ayora y lugares de las serranías de Valencia, hacia La Mancha, que fué pronto vencida. Al requerimiento acudieron las familias moriscas a embarcar en El Grao, Denia, en Alicante y en Vinaroz, desde donde eran transportadas a Ar-

gel; Túnez, Orán y otras ciudades de Africa, donde encontraron acogida variable, según los casos, pues les tachaban de cristianizados.

Escolano, el más autorizado historiador de este acontecimiento, refiriéndose al reino de Valencia, dice en su «Década»: «Que se halla hecho de reino el más florido de España, un páramo seco y deslucido por la expulsión de los moros; la cual hemos descrito, parte como testigo de vista, y parte por relación de los oficiales más preeminentes que a ella asistieron.»

A la expulsión de los moriscos de Valencia siguió el edicto real para la Andalucía y Murcia, que se publicaron, respectivamente, el 12 y 18 de enero de 1610. El edicto para la expulsión de los de Aragón se publicó el 19 de mayo de dicho año. «Los moriscos expulsados de Aragón, según los estados que dieron los comisarios, fueron sesenta y cuatro mil, pertenecientes a trece mil ochocientas noventa y tres familias.» «Los diputados de Aragón habían presentado al rey una embajada, compuesta del conde de Luna y del doctor Carrillo, canónigo de la Seo de Zaragoza, exponiendo los inconvenientes de la expulsión de los de aquel reino; las muchas ventajas de su conservación y el ningún peligro que en ello había. El memorial de los diputados no fué más atendido que el de los de Murcia.»

«Se embarcaron muchos en los Alfaques; a otros se les permitió pasar a Francia por Navarra y Canfranc; pero detenidos por el duque de la Force, que al pronto quiso impedirles la entrada, al fin la obtuvieron pagando diez escudos por cabeza.»

«Alcanzó también la prescripción a las dos Castillas, Mancha y Extremadura, que más diseminados, más mezclados y emparentados con los cristianos viejos, cristianos también muchos de ellos, y de todas maneras menos sospechosos y menos temibles, parecía no haber necesidad de lanzarlos de España.» Para éstos y por los motivos dichos, se empleó en el edicto de expulsión, la expresión ambigua según la cual se «les daba licencia a los que quisieran salir de estos reinos y señoríos». Supónese que en estos territorios de Extremadura y Castilla quedaron en cierto número protegidos y disimulados por sus parientes y convecinos cristianos viejos.

Un cierto número de los moriscos expulsados se refugiaron en Italia y en Francia, en donde no fueron muy bien recibidos; como algunos procedentes de Berbería, regresaron sigilosamente a su patria de origen, amparados y tapados por sus parientes cristianos. A tales casos se refiere Cervantes, en el capítulo LIV de su genial libro, cuando Sancho Panza de regreso del gobierno de la ínsula Barataria, se en-

cuentra disfrazado y acompañando al grupo de peregrinos tudescos, a su convecino Ricote, el morisco, tendero de su lugar.

El cómputo de los diversos datos numéricos respecto a los expulsados, hace suponer un término medio comprendido entre quinientos y setecientos mil. «Los célebres edictos de Felipe III contra los moriscos privaron a España, ya harto despoblada en aquel tiempo a consecuencia de la mala administración y de las guerras perpetuas, de una numerosa población, que era precisamente la población agrícola, la población mercantil e industrial, la población productora y la población más contribuyente. Lo peor fué que faltó con ellos la producción laboriosa, inteligente y ejercitada en las artes útiles. Comenzando por la agricultura, por el cultivo del azúcar, del algodón y de los cereales, que eran tan aventajados, por su admirable sistema de irrigación por medio de acequias y canales, y la conveniente distribución y circulación de las aguas por aquellas arterias, a que se debía la gran producción de las fértiles campiñas de Valencia y de Granada, continuando por la fabricación de paños, de sedas, de papel y de curtidos, en que eran tan excelentes, y concluyendo por los oficios mecánicos; todo se resintió de una falta de brazos y de inteligencia, que al pronto era imposible suplir, y que después había de ser costoso, largo y difícil reemplazar.»

«Tanto en Valencia como en Castilla y en los demás países, se comenzó a sentir pronto el hambre, pues aunque se enviaron nuevos pobladores a los lugares desocupados por los moriscos para que aprendieran a trabajar en los campos, en las fábricas y en los talleres, al lado de aquellos pocos, que al efecto se había dispuesto quedasen, ni aquel aprendizaje podía dar resultados pronto, ni la aplicación y laboriosidad son virtudes que se improvisan. Así fué que al bullicio de las poblaciones sucedió el melancólico silencio de los «despoblados» y al continuo cruzar de los labradores y trajineros por los caminos, sucedió el peligroso encuentro de los salteadores que los recorrían y se abrigan en las ruinas de los pueblos desiertos.»

«La expulsión de los moriscos fué, económicamente considerada, la medida más calamitosa para España que pudo imaginarse, y casi se puede tolerar la exageración con que un hombre de Estado extranjero, el cardenal Richelieu, avanzó a llamarla «el consejo más osado y bárbaro de que hace mención la historia de todos los anteriores siglos».

El historiador Lafuente comenta los grandes perjuicios económicos que España sufrió con la injusta y brutal expulsión de los moriscos en los siguientes términos: «La expulsión y desaparición de aquella raza laboriosa, sobria, productora y contribuyente, de aquella gente

toda agrícola, artista, industrial y mercantil, de aquella población en que no había ni frailes ni soldados, ni magnates ni hidalgos, ni oficinistas ni aventureros, ni célibes de por vida; de aquella población apegada a la tierra y al taller, que producía mucho y consumía poco; que cultivaba con esmero y se alimentaba con sobriedad; que fabricaba con primor y vestía con sencillez; que pagaba muchas rentas y moraba en viviendas humildes; que construía con sus manos cauces y canales de riego para fertilizar heredades que no eran suyas; que trabajaba los famosos paños de Murcia, las delicadas sedas de Granada y de Almería, los finos curtidos de Córdoba y no los usaba; con la expulsión de aquella raza, al movimiento y bullicio de las fábricas, comenzó a sustituir la quietud, la soledad y el silencio de los talleres; las bellas campiñas a convertirse en deslucidos páramos y en secos y desnudos eriales; las poblaciones en desiertos, en cuevas las casas, los trajineros en salteadores.»

El profesor Eloy Bullón escribió respecto a tal asunto en 1950 lo siguiente: «Equivocación tremenda la expulsión de los moriscos, más digna de figurar entre las draconianas medidas de un totalitarismo anticristiano que entre las disposiciones de buen gobierno de una monarquía católica... Nada ganó ciertamente la religión del amor con el hecho tristísimo de que la monarquía católica por excelencia tratase tan poco amorosamente a centenares de miles de hombres, de compatriotas, de hermanos. Medidas tales no aumentarán nunca ni un adarme la religiosidad de los pueblos.» «Se dice que era peligroso tener a los moriscos dentro de casa. Pero, ¿no era peor lanzarlos a la desesperación al expulsarlos de España, que era tanto como incitarlos a que se unieran fuera de ella con nuestros enemigos? Fué hacerlos de adversarios dudosos, enemigos seguros.»

#### DESCOMPOSICIÓN POLÍTICA: GUERRA SEPARATISTA DE CATALUÑA

En 1621 falleció Felipe III y le sucedió su hijo, Felipe IV, en cuyo reinado se acentuó, con el desgobierno de la nación, la decadencia del poder hispano.

El abandono de los deberes reales por el vano y frívolo Felipe IV, la soberbia y ambición de mando del Conde-duque de Olivares, y la incompetencia conjunta del rey y de su valido, en contraste con la actuación de los gobernantes de los países europeos, en los que España se obstinaba en dominar mediante acción guerrera permanente, ocasionaron, de consuno, el obligado abandono de las aspiraciones a los terri-

torios de Flandes, aspiraciones que terminaron prácticamente en Rocroy, en 1643. Allí fueron derrotados y deshechos los famosos tercios de la Infantería española, maravillosos por su táctica y por el valor indomable de sus soldados. Allí sucumbieron con su caudillo después de rechazar, impertérritos, los cuadros del centro, las cargas de la caballería enemiga, que había conseguido romper las alas del ejército español.

No obstante tales desaciertos e infortunios, el Conde-duque de Olivares, con adulación indigna, denominaba a Felipe IV, «El Grande». El pueblo, en su espíritu sarcástico, decía que lo era como los hoyos, tanto más grandes cuanto más tierra se saca de ellos.

El imperio de Europa duró dos siglos y cuarto bajo la hegemonía de España, a costa de la sangre, del oro y de la ruina del país hispano; desde 1519 en que fué elegido emperador Carlos I, hasta que en 1643, reinando Felipe IV, fueron derrotados los invencibles tercios de la infantería española, y el tratado de paz de Westfalia de 1648 puso fin a la guerra de los treinta años.

La mala administración pública y la desorganización estatal, conjuntamente con la falta de atención y cuidado a las diversas regiones peninsulares, produjeron la descomposición política en el interior de la unidad hispana y la dislocación de las entidades politicogeográficas que la forman; todo lo cual dió por resultado, tras de largas y tenaces luchas guerreras en el ámbito peninsular, la pérdida del Rosellón en el extremo oriental pirenaico y la separación de Portugal del conjunto hispano, a los sesenta años de haberse producido la unión política de las dos naciones.

El Conde-duque de Olivares, a cuyo omnímodo poder estaba entregada la gobernación del Estado, para halagar al incompetente monarca, le propuso la supresión de las prerrogativas y fueros de Cataluña y la unificación política de la península con el régimen de Castilla, en una monarquía centralista, tomando por norma la organización de Francia. Tal proyecto encontró acogida en el rey, el cual en las Cortes de los tres estados de la Corona de Aragón de 1626, en Barcelona, anunció vagamente tales proyectos, como también en su visita a la Ciudad Condal en 1632, produciendo gran oposición y animosidad de los catalanes contra el Conde-duque, no tolerando la ingerencia del valido en su régimen gubernamental.

En 1640, las tropas españolas que al mando del virrey habían operado en el Rosellón contra los franceses, se retiraron a invernar a Cataluña y el virrey, conde de Santa Coloma, sin contar para nada con el Consejo de la Generalidad, y falto de recursos para mantenerlas,

dispuso que viviesen sobre el país, ordenando fuesen alojadas y sustentadas por los pueblos catalanes. Con las tropas castellananas y aragonesas venían gran número de otras auxiliares, formadas con soldados napolitanos, alemanes, irlandeses, etc.; soldadesca de oficio, más dispuesta al abuso y al atropello que al orden y al respeto. Entre las prerrogativas de los catalanes estaba la de no tener obligación de mantener a tropas extranjeras, incluyendo entre ellas, en vista de los abusos, a todas las que habían invadido el país, incluso aragoneses y castellanos. Los pueblos protestaron y el Consejo de Cataluña reclamó; pero el de Olivares rechazó, sin consideración alguna, la reclamación, y el virrey prendió a los consejeros catalanes que se le presentaron en queja. Comenzaron las reyertas y luchas entre las tropas y el paisanaje, con abundancia de excesos, incendios, robos, asesinatos y continuas represalias. La rebelión aumentó al ordenar Olivares la represión dura y castigo ejemplar de los que atacasen a las tropas. El 22 de mayo, reforzadas las de Barcelona con gran contingente venido de otras poblaciones, derribaron las puertas de la cárcel y pusieron en libertad a los Consejeros de la Generalidad, presos.

El día del Corpus (que aquel año de 1640 fué el 7 de junio), acostumbraban concentrarse en Barcelona, procedentes de los pueblos de la montaña, numerosas cuadrillas de segadores para contratarse en las faenas de la siega. Un dependiente de la justicia reconoció en un segador a uno de los autores, que en sangriento suceso había dado muerte a un alguacil y trató de prenderle. El segador se resistió, defendido por sus compañeros, produciéndose gran motín, que se convirtió en intensa rebelión contra el virrey y el poder central. Asaltaron los cuerpos de guardia y parque de armas. Cercaron la casa del virrey, huyendo éste que, perseguido, fué asesinado cuando trataba de encontrar refugio en una galera genovesa fondeada en el puerto. Durante todo el día del Corpus y la noche, los incendios de las casas de los sospechosos de afectos al poder real, y las matanzas continuaron hasta que el beguer o regidor de Barcelona, según la constitución del país, tomó el mando y pudo, con gran trabajo, que se restableciese el orden. La revolución se expandió por toda Cataluña y la guerra se generalizó.

El Conde-duque de Olivares, en representación del rey, como de costumbre, consiguió organizar un ejército al mando del marqués de los Vélez, nombrado virrey y capitán general de Aragón y Cataluña. La Diputación del Principado convocó Cortes, las cuales declararon la guerra al gobierno de Felipe IV y solicitaron la ayuda de Francia, entonces gobernada por el cardenal Richelieu, quien ordenó la inme-



diata entrada en Cataluña de una división en auxilio de los catalanes sublevados. El marqués de los Vélez se apoderó de Tortosa y de Tarragona, ocupada por la división francesa, que entregó la ciudad con la condición de que les permitieran retirarse a Francia. En 1641, el citado virrey avanzó hasta Barcelona, sin conseguir apoderarse de la capital ni de Montjuich. Los catalanes, buscando más eficaz auxilio, enviaron a su diputado militar Margarit a negociar con Francia «los pactos y condiciones con que los bravos generales del Principado de Cataluña pusieron el Principado y los Condados del Rosellón y Cerdeña bajo la obediencia del cristianísimo rey de Francia». Luis XIII aceptó la soberanía ofrecida y envió de virrey al Mariscal marqués de Brezé. Los franceses ocuparon el Rosellón y tomaron a Perpiñán después de treinta meses de sitio (1642). En la primavera de dicho año de 1642, Felipe IV, ante la decisión de Luis XIII de Francia, acudió en persona hacia Cataluña, en lenta excursión, con grandes fiestas en las ciudades del tránsito, llegando hasta Zaragoza. En 1643, fallecieron Luis XIII y Richelieu, y Olivares perdió su gran influjo. En 1644, los españoles recuperaron Lérida, donde Felipe IV prestó juramento en catalán a los fueros de Cataluña.

Al quinto año de guerra, gran parte de los catalanes reaccionaron a favor de Castilla, por haber cesado el poderío e influjo del Conde-duque y principalmente por verse tanto o más cargados de impuestos, por los franceses, que antes por el gobierno español, y por los atropellos y vejaciones del ejército francés, de análoga composición y aún peor proceder que las tropas del monarca español. Asimismo se mostraban quejosos los catalanes del abandono en que les tenía el gobierno francés, sin auxiliarles. Formáronse, pues, dos bandos: el de los partidarios de la avenencia con el resto de España, y el de los irreductibles, al mando de Margarit. El príncipe de Condé, sitió Lérida, en donde fracasó defendiendo la plaza el portugués Antonio de Brito (1647). En 1648 al 1650 continuó la guerra con varias alternativas. Las tropas de Felipe IV, con el auxilio de los catalanes españoles, sitiaron a Barcelona, defendida por los catalanes «irreductibles» de Margarit y por algunas tropas francesas. Al cabo de quince meses de asedio, Margarit escapó a Francia por mar, y en octubre de 1652 rindió la ciudad, bajo condiciones, el canciller Cásamitjana, confirmando Felipe IV los antiguos privilegios. Había durado la guerra trece años.

Todavía se prolongaron las acciones guerreras durante el período de 1652 a 1658, haciendo entradas en territorio catalán Margarit desde Francia, llegando en algunas correrías hasta el llano de Barcelona;

pero en esta última etapa los irreductibles no encontraron auxilio en el país.

En la isleta denominada de los Faisanes, que forman los dos brazos del Bidasoa fronterizo, cerca de su desembocadura, se firmó, a finales de 1658, la paz denominada de los Pirineos. El Rosellón ocupado por los franceses durante la guerra separatista de Cataluña quedó, desde entonces, adscrita a Francia.

#### SEPARACIÓN DE PORTUGAL: LA CAPITALIDAD ESPAÑA

La nación portuguesa, unida a la española bajo un solo cetro, había sido defendida discretamente por Felipe II, que cuidaba, con su labor personal, de favorecer los intereses económicos de Portugal con la abolición de las aduanas fronterizas y el intercambio de productos entre las dos naciones; con el desarrollo de las obras públicas, para favorecer la navegación del Tajo, y las comunicaciones con la construcción de puentes y calzadas como el citado en las gargantas del Zézere y satisfacer, según él entendía, las aspiraciones de la nobleza portuguesa y respetar la autonomía administrativa, tanto en la metrópoli como en el extenso conjunto de sus colonias de América, Asia y Oceanía. El alto clero y gran parte de la nobleza portuguesa se acomodaron al nuevo orden de cosas; no así el clero secular rural y el regular y especialmente las masas populares, en las que vibraba en potencia el espíritu de independencia y de restauración de monarquía genuinamente lusitana; deseos fundamentados en el glorioso pasado de la nación portuguesa, en la tradición de muy frecuentes contiendas de vecindad con Castilla y en el carácter nacional, esquivo a lo que suponga sometimiento, y presto a la revuelta.

No hubo la suficiente comprensión, por parte de los gobernantes españoles, de considerar que no se trataba de una anexión, sino de una unión en la que tanto montaba Portugal como España, como aconteció en la unión de Castilla y de Aragón. Pero ni Felipe III, ni sus sucesores, tenían la talla de los Reyes Católicos para hacerse cargo de la situación. Se dió entrada a portugueses en los cargos públicos de España, creyéndose era suficiente; cuando lo que habría borrado diferencias hubiera sido que, indistintamente portugueses y españoles, participaran en la gobernación de España, sin que por ello, en lo que respecta a las características autonómicas de Portugal, interviniesen españoles. Se necesitaba gran atención y esmero, constante convivencia de dirigentes de ambos pueblos y frecuentes estancias de

la corte y sus ministros en Lisboa, en relación directa con las diversas clases sociales, y en especial con el conjunto popular portugués. El tiempo hubiera hecho lo demás y consolidado la unión, convirtiéndose el conjunto peninsular hispano en una potencia europea verdaderamente poderosa, sólida y estable. Pero ni los tres desdichados monarcas que sucedieron a Felipe II ni sus válidos tenían talla ni competencia para tal empresa.

Después de la muerte de Felipe II, Portugal quedó desentendido por sus sucesores, como si fuese lejano país de ultramar. Dos años antes de morir Felipe III, se le ocurrió ir a Lisboa, en 1619, con el fin de que los portugueses jurasen príncipe heredero a su hijo Felipe. Penetró por Extremadura, siendo recibido en todo el viaje con grandes agasajos y fiestas, y en Lisboa con extrema suntuosidad y magnificencia. En la recepción de bienvenida, el consejero Ferreira expresó en su discurso la satisfacción que sentirían todos los portugueses si el rey se determinaba, respecto a Lisboa, «hacer cabeza de su imperio a tan antigua e ilustre ciudad, más digna de ello que todas las del mundo». El rey no se dió por entendido de tan directa sugerencia (fig. 248). Se reunieron las Cortes, en las que fué jurado el príncipe heredero. Visitó el rey diversas ciudades y monasterios, y al



Fig. 248.—Caserío de Lisboa y gollete del estuario del Tajo, desde el barrio alto de la ciudad.

(Foto Hernández-Pacheco.) 1932.)

regreso hacia España, asistió a un gran auto de fe, en Evora. Había durado la expedición cinco meses. Sus sucesores de la Casa de Austria no visitaron Lisboa.

El consejero Ferreira planteaba una cuestión de indudable acierto en el caso concreto de la unión de España y Portugal; pero que no tiene la misma fuerza, considerando la existencia de otros múltiples factores de índole geográfica e histórica.

El conjunto hispano no ha tenido capital estable, de muy antiguo origen, que persistiera a través de las edades históricas, tales como Roma, Atenas, Constantinopla, París o Londres, sino capital circunstancial, por un período o época histórica, y, en largos períodos, sin capital alguna y corte ambulante. En la Hispania romanizada existían dos capitales de hecho: una litoral, Tarragona, frente a Roma, que tenía por interland, o sea dominio de tierra adentro, hasta la divisoria de aguas mediterráneo-atlántica, con toda la serranía del Idúbeda, país que, pasado el tiempo, sería el territorio de la Corona de Aragón, incluida Navarra y Vasconia. La otra capital de hecho de la Hispania romanizada, era de situación interior, Mérida, junto al Anas, entre la Bética y Lusitania, con interland que se prolongaba al Norte y comprendía todo el país de la vertiente atlántica.

Cuando los visigodos se estabilizaron, establecieron capital céntrica del conjunto hispano en Toledo, con gran defensa natural por el torno que hace en derredor el caudaloso Tajo. Independizados los musulmanes hispanos del Califato de Oriente y constituido el Califato de Occidente, Toledo perdió categoría. La capital fué Córdoba, porque les atraía la riqueza y bondad del territorio del Andalus, estableciendo en el centro la capitalidad, distante de las ásperas, boscosas y lluviosas zonas del Norte peninsular, poco apetecibles, donde habitaban los rudos y belicosos rumies. Estos cambiaban la capitalidad de sus reinos, conforme avanzaban al Sur: Cangas de Onís, Oviedo, León; más tarde, Burgos, cuando nace Castilla. Al desmoronarse el Califato de Occidente, el ámbito hispano musulmán se distribuyó en numerosos reinos de taifas, y Córdoba, la gran capital islámica, desapareció como tal, surgiendo cabeceras de los múltiples reinos moros, tales como el de Sevilla, comprendiendo todo el Algarve y el extremo meridional hispano; los de Granada, Almería, Valencia y Zaragoza, todos con litoral mediterráneo; en el centro, el de Toledo, y el de Badajoz con amplia salida al Atlántico por el litoral del Alentejo. Análoga fragmentación tenía la zona cristiana, con el conjunto de los reinos de León, Castilla, Navarra, Aragón y el grupo de condados catalanes. La invasión almoravide y el avance de la reconquista dió fin a

los efímeros reinos de taifas. Alfonso VI se estableció en Toledo como capitalidad, pero también persistió poco tiempo dicha ciudad con tal carácter.

Consolidada la unión de León y Castilla y avanzada la reconquista hasta el Andalus, después de la batalla de las Navas de Tolosa o de Alacab, surgieron dos capitales marítimas importantes que persistieron con creciente desarrollo, aunque siempre con carácter regional: Barcelona, en el Mediterráneo, cabeza del conjunto de condados, que con el reino moro de Lérida formaron Cataluña. Lisboa, en el Atlántico, capital del reino de Portugal. Pero la gran extensión central castellanoleonesa de Norte a Sur, de mar a mar, no tuvo nunca capitalidad fija y estable, sino circunstancial e inestable. Ni tampoco existió capital permanente de España cuando en tiempo de los Reyes Católicos se realizó la unidad nacional con la unión de Castilla y Aragón y la conquista del reino de Granada; ni hacía falta, pues la corte, en su frecuente viajar por el ámbito peninsular, atendía, con la presencia de los reyes y su gobierno, a los problemas nacionales, allí donde se presentaban.

Descubierta América y emprendida su colonización, se hizo sentir la necesidad de concentrar en ciudad de fácil acceso marítimo y lo más céntrica que pudiera ser la cabecera de las comunicaciones por el Atlántico con el Nuevo Mundo, y se escogió a Sevilla, gran puerto fluvial, a cerca de una veintena de leguas de navegación del mar libre. Pero no con carácter de capitalidad, sino de aduana general, de puerta principal de entrada y salida de España a las amplitudes oceánicas. Si toda Hispania hubiese constituido una sola nación, es indudable que el gran centro expedicionario y comercial a las Indias hubiera sido Lisboa, en el estuario del Tajo, río fácilmente navegable hasta mayor distancia hacia el interior de la Península que el Guadalquivir, y con mejores comunicaciones y accesos a las penillanuras y altiplanicies centrales de Hispania que Sevilla.

Carlos V, emperador de Europa, tampoco estableció capitalidad en España ni fuera de España, viajando casi constantemente por los extensos países de su imperio europeo. En tiempos de los Felipes austriacos, Valladolid tuvo el privilegio de ser, por algunos períodos, asiento de la Corte y del gobierno. Pero por su paraje céntrico peninsular y nudo de comunicaciones, equidistante de la periferia, Madrid llegó a ser la capital estable de la monarquía, uniendo a sus excelentes condiciones topográficas la bondad del clima, con superioridad, en ambos respectos, a las ciudades de la altiplanicie del Duero. La equidistancia de Madrid a las otras dos capitales marítimas, Barcelona en

el Mediterráneo, con la frontera francesa cercana, y Lisboa, capitalidad del reino portugués recientemente unido a España, eran razones que debieron pesar en el ánimo de Felipe II para situar la capital de España en donde, desde entonces, está.

De lo dicho se deduce que fué característico de España no tener capitalidad permanente a lo largo del transcurso de las épocas históricas, y característico también de sus monarcas y gobiernos la constante visita y recorridos por el ámbito nacional. Esto último fué lo que abandonaron desidiosamente Felipe III y Felipe IV, contribuyendo con ello a que se malograra la unión de Portugal y España.

En los tiempos actuales, con la comodidad y rapidez en las comunicaciones, el problema de la capitalidad se ha simplificado y las tres grandes ciudades peninsulares: Madrid, en el centro; Barcelona, en el litoral mediterráneo, y Lisboa, capital de Portugal, en el magnífico estuario del Tajo, cara al Atlántico, y también Sevilla, inmediata al Estrecho y al Noroeste africano, prácticamente se han acercado, y al acercarse tratado más y comprendido que la cooperación amistosa redundaba en beneficio de cada una de las ciudades y regiones y del conjunto peninsular.

El inoportuno centralismo, preconizado por el Conde-duque de Olivares y sus medidas imprudentes y lesivas de los derechos portugueses, unido al despierto espíritu popular en favor de su absoluta independencia, y los deseos de gobernar y de poderío personal de dirigentes políticos que maniobraban a la sombra, produjeron el levantamiento en contra del gobierno de Felipe IV y su valido, aprovechando el momento favorable de la guerra, de análoga índole, del poder central de España contra los catalanes sublevados, al finalizar el año 1640. Fué principal dirigente Pinto Ribeiro, y presidente de la junta revolucionaria el arzobispo Acuña; proclamándose rey de Portugal al Duque de Braganza, con la denominación de Juan IV. La noticia llegó a Madrid, difundándose el rumor de lo sucedido, por lo que el Conde-duque se decidió a comunicársela al rey. Asistía éste con la Corte a una corrida de toros en honor de un embajador de Dinamarca. «Señor—dijo el valido—, he de dar a V. M. la buena noticia que el Duque de Braganza ha perdido el juicio y se ha proclamado rey de Portugal; con lo cual gana V. M. un ducado y doce millones que vale éste». «Pues es menester poner remedio», contestó Felipe IV, y la fiesta continuó.

El nuevo gobierno portugués solicitó el auxilio y reconocimiento por parte de las naciones extranjeras, que, jubilosas, aprovecharon la coyuntura de debilitar a España, enemigo común. Así, en 1641, se fir-

mó un tratado de alianza y amistad con Francia. En el mismo año, otro de tregua con Holanda, por espacio de diez años, y al comenzar el 1642, otro de alianza con Inglaterra y ayuda en la guerra contra España. Asimismo se obtuvo la alianza y amistad de los rebeldes de Cataluña, favorecidos por el cardenal francés Richelieu.

La guerra entre España y Portugal fué larga, de muchos años, con intermitencias de remisiones y de aceleraciones en la actividad bélica; con victorias y derrotas de uno y otro bando y, como fué general en las guerras entre las dos naciones hermanas, teniendo como campo de acción los territorios fronterizos, que en esta contienda fueron principalmente Extremadura y el Alentejo y también Galicia y zona septentrional portuguesa. Se prolongó la guerra por todo el reinado de Felipe IV y más atenuada, con algunas reacciones violentas, en el de Carlos II. El Conde-duque de Olivares tramó diversas conspiraciones en el campo portugués, en cuyas artes era maestro. En cambio, ocupados los ejércitos españoles en las guerras de Cataluña y Flandes, el esfuerzo contra los rebeldes de Portugal se debilitaba con gran frecuencia. Por otra parte, los auxilios extranjeros a Portugal no fueron de gran empuje ni potencia, pues, en el fondo, a la sutil diplomacia europea le interesaba la debilitación de las dos naciones, dueñas de los inmensos países de sus respectivos imperios coloniales.

Episodios principales de la contienda, fueron: En 1644, la batalla de Montijo, en el valle del Guadiana, porfiada y muy mortífera, para los dos ejércitos contendientes (fig. 249). La plaza de Badajoz fué intentado tomarla varias veces, sin conseguirlo; como análogamente, la inmediata de Elvas, por parte de los españoles, los cuales, en 1657, tomaron a Olivenza, y en 1663 a Evora. Los portugueses derrotaron a los españoles en la batalla de Ameixal, recuperaron Evora y ganaron la batalla de Estremoz. En 1664 ocuparon los portugueses Valencia de Alcántara. Finalmente, fué decisiva la victoria portuguesa de Villaviciosa, en 1665. A poco de este hecho de armas falleció Felipe IV.

En 1668, reinando en España Carlos II y en Portugal Alfonso VI, bajo la regencia de su hermano Pedro II, se decidieron ambos países a dar por terminada la guerra, que, con intermitencias, había durado veintiocho años; reconociendo España la independencia de Portugal; devolviéndose mutuamente las plazas ocupadas; restableciéndose la libertad de comercio entre ambas naciones, y pasando al dominio de España la plaza de Ceuta, que había sido antigua posesión portuguesa.

Desde entonces, los dos países hispanos han seguido, como antes de su fracasada unión política, destinos paralelos, pues el influjo de

una misma naturaleza y de un mismo ambiente origina que así sea. Actualmente, en lo previsible, ante un mundo cambiante en su constitución política y social, lo conveniente a todo el conjunto hispano es la asociación íntima de las dos naciones; pero cada una en su casa.

La desgobernación de España, origen de la descomposición nacio-

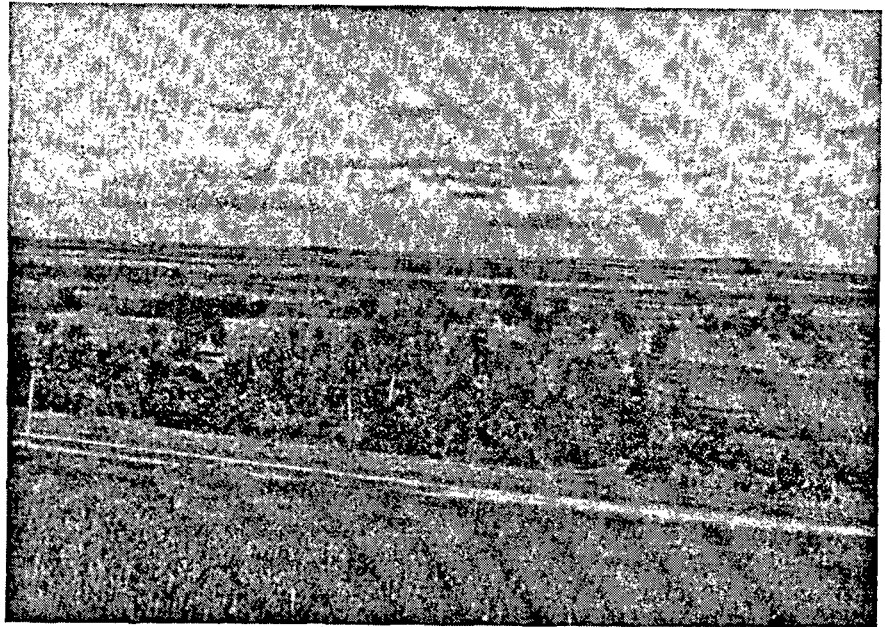


Fig. 249.—Llanura del Guadiana en Montijo y Puebla de la Calzada, desde la margen izquierda del río, en los altos de Lobón (Badajoz).

(Foto Hernández-Pacheco.)

nal, produjo, a más de las dos guerras separatistas de Cataluña y Portugal, otro intento de desmembración, motivado en este caso por desalentadas ambiciones: Era poderoso señor, con grandes dominios territoriales en Andalucía y escasas dotes intelectuales el duque de Medina Sidonia, cuya hermana era esposa del que se alzó rey de Portugal, Juan IV. Sugerido el duque por los proyectos del marqués de Ayamonte, pariente suyo, intentó con el apoyo de su hermana y de su cuñado (la reina y el nuevo rey de Portugal) declararse rey de Andalucía; pero descubierta la conjuración por un agente de Olivares, ésta fracasó, siendo presos los autores, debiendo el de Medina Sidonia la vida a la clemencia de Felipe IV.



## FIN DE LA DINASTÍA DE LOS AUSTRIAS

Carlos II fué el último de los hijos de Felipe IV y el que heredó la corona a la muerte de su padre, quedando en la minoría de edad bajo la regencia de su madre Mariana de Austria, asesorada por una Junta de Gobierno. Fué el último descendiente de una estirpe que degeneró y se agotó por los repetidos cruzamientos entre próximos parientes, casi todos primos hermanos. El historiador Luis Ulloa expone los datos siguientes, respecto a la débil naturaleza del último monarca de la rama española de la Casa de Austria. «Nació, en efecto, este Carlos tan endeble y raquítico que su lactancia duró más de tres años y necesitó catorce amas; más tarde, un esfuerzo le causaba fiebre; la exposición al aire, flucción a los ojos; el traqueteo del coche, vómitos. En lo intelectual no fué menos desfavorecido: a los nueve años no sabía leer ni escribir, y sus preceptores se quejaban de su falta de aplicación y su inhabilidad para el estudio.»

La Regente dió entrada en el Consejo de Regencia a su confesor, el P. Nithard, jesuíta bávaro, que era el confidente e inspirador de los designios de la reina madre, siendo tanto el uno como la otra intensamente desafectos de la población madrileña. La Corte de Carlos II, lo mismo durante la regencia que en la mayoría de edad de su monarca, fué un hervidero de camarillas, chismes y de mestureros.

Personaje importante era el hermanastro del rey, Juan José de Austria, hijo natural de Felipe IV y de la actriz María Calderón, denominada «La Calderona». Valido de la reina madre fué Fernando de Valenzuela, de muy poco recomendables condiciones. En tal conjunto de personajes de la Corte, ninguno destacaba por sus dotes de hombre de gobierno y la decadencia de España llegó a su más bajo nivel.

Carlos II tuvo dos esposas: la primera, María Luisa de Orleans; la segunda, Mariana de Neuburg, no teniendo sucesión con ninguna de ellas. Esto aumentó las intrigas y pasiones de las camarillas palaciegas y de las cortes extranjeras, tendentes a conseguir en beneficio propio la sucesión del enfermizo monarca y con ella el imperio colonial español y ejercer la hegemonía europea. Dos partidos se formaron: uno favorable a la sucesión de la corona en favor del Archiduque Carlos de Austria. Otro defendía la candidatura de Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia. Uno y otro pretendían el reconocimiento por el rey, en la sucesión del trono, a su respectivo candidato. La reunión de Cortes o la decisión nacional en tales respectos no intere-

saba para nada. Mientras tanto, el desgraciado y enfermizo monarca, cada vez más atormentado por sus males, dolencias y ataques nerviosos llegó a creer, en la opinión sostenida por el vulgo, que estaba «hechizado» y que era presa de los espíritus malignos, teniendo los demonios en el cuerpo. Los que le rodeaban, unos de buena fe, dadas las creencias de la época, otros procurando sacar partidos del caso en favor de sus pretensiones políticas, acudieron a exorcismos, conjuros y medidas estrambóticas, que no hacían sino empeorar el estado del enfermo. En relación con esto «se llamó a la Corte española a un capuchino austriaco, Fray Mauro Tena, otro exortizador de gran prestigio. Dotado este religioso de una voz estentórea, lanzaba en la ceremonia de sus conjuros gritos tan pavorosamente estridentes que contribuyó en el más alto grado al amedrantamiento y la desmoralización del desventurado monarca».

Luis XIV actuó con gran inteligencia y perspicacia, y su embajador en Madrid, el hábil diplomático conde de Harcourt, aumentó grandemente el partido francés, consiguiendo que Carlos II, ante el temor de que a su muerte se repartiera y deshiciera el reino de España y sus colonias, prefirió en su espíritu anteponer el bien de España al interés por su familia, declarando en su testamento heredero del trono de España a Felipe de Anjou, de la Casa de Borbón. Falleció el desventurado monarca el 1.º de noviembre de 1700, a la edad de treinta y nueve años.

Muerto Carlos II, se encendió en Europa la denominada «Guerra de Sucesión» contra Francia y los Borbones por la «Gran Alianza» de Inglaterra, Holanda, Austria y otros países, para sostener como pretendiente al trono de España al Archiduque Carlos, de la Casa de Austria. Inglaterra envió al Continente un ejército al mando del duque de Marlborough (el Mambrú de las canciones populares). La Península se dividió en dos bandos, en guerra civil, defendiendo la causa del Archiduque (que se proclamó rey de España en Barcelona), Portugal y la mayor parte de Aragón, Cataluña y Valencia. En las primeras etapas de la lucha, el triunfo se señaló hacia el bando del austriaco, pero a consecuencia de la batalla de Almansa, en 1707, ganada por el ejército franco-español, al mando del duque de Berwick, y la de Villaviciosa, junto a Brihuega, en 1710, la victoria se decidió por Felipe V.

El Archiduque Carlos heredó la corona de Alemania y se retiró de la lucha de España. Felipe V se afirmó en el trono y continuó la guerra civil contra las regiones y ciudades que no se sometían, mostrándose rencoroso y vengativo contra ellas. Así, la ciudad de Játiva, que resistía tenazmente, fué asaltada, haciéndose gran matanza de sus ha-

bitantes, saqueada, incendiada y destruída, cambiándosele el nombre por el de San Felipe, denominación que no prosperó. Barcelona, después de gran resistencia, fué tomada por asalto en 1714 por las tropas francesas y españolas, al mando del duque de Berwick, perdiendo Cataluña sus fueros y privilegios, como se había realizado en Aragón y Valencia.

Durante la guerra de Sucesión, los ingleses se apoderaron de Menorca. Sabedor el almirante Broke de que Gibraltar se hallaba desguarnecido, se aprovechó de tal circunstancia para dar sobre el Peñón un golpe de mano, y con potente escuadra anglo-holandesa, de 51 buques, se presentó en 1704, en la bahía de Algeciras y puso sitio a la plaza del Peñón. La guarnición de Gibraltar estaba reducida a ochenta infantes y treinta caballos, casi sin artillería y apenas municiones. El Gobernador de la plaza, Diego Salinas, con su escasas fuerzas y el corto vecindario, se aprestó a la defensa. La comunicación con tierra estaba obstruída con una división de dos mil quinientos hombres al mando del príncipe de Darmstadt. La escuadra sitiadora abrió intenso bombardeo, respondiendo al fuego los sitiados y consiguiendo abrir y hacer volar una mina que causó mucho estrago en las líneas y baterías inglesas. Estas consiguieron ocupar el muelle y el bastión entre éste y la ciudad, desde el que intimaron la rendición. Agotados los medios defensivos, la plaza hubo de rendirse en las condiciones más honrosas, saliendo los

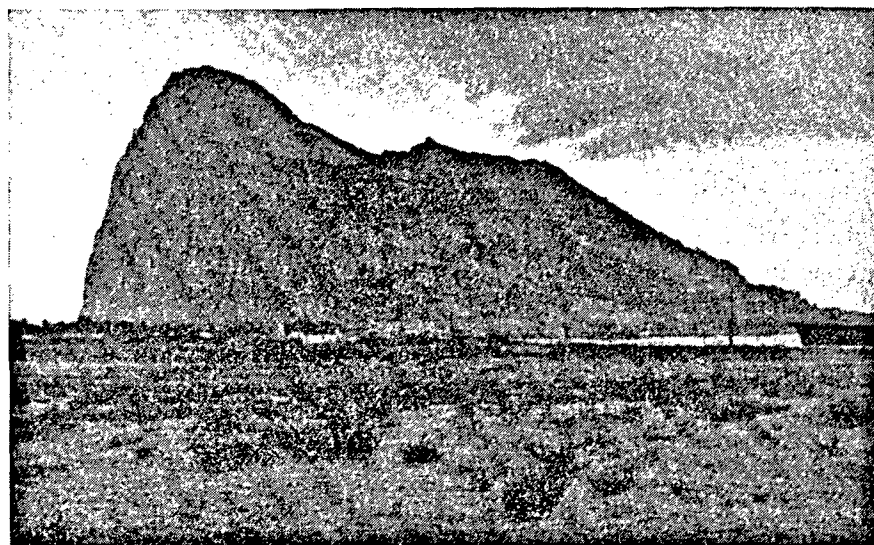


Fig. 250.—El Peñón de Gibraltar desde el campo de La Línea de la Concepción.

(Foto Hernández-Pacheco, 1913.)

que quedaban de la guarnición y de los vecinos, que con la bandera de la ciudad se trasladaron al fondo de la bahía, al campo donde están las ruinas de la antigua Carteia, en cuyas inmediaciones edificaron la población de San Roque, en cuyo ayuntamiento se conserva la vieja bandera de la ciudad española de Gibraltar (fig. 250).

En virtud del Tratado de Utrech de 1713, que puso fin a la guerra europea, se cedió a Austria el Milanesado, La Toscana, Nápoles y Cerdeña. Al duque de Saboya se le entregó Sicilia y terminó totalmente el dominio español en Europa. Los ingleses se negaron a la devolución de Gibraltar y se quedaron también con la isla de Menorca que habían ocupado. En 1727, reinando Felipe V, se preparó un ejército de quince mil hombres al mando del conde de las Torres para recuperar Gibraltar. Torres pudo haberse apoderado por sorpresa de la plaza, como lo hicieron los ingleses, pues guardaban únicamente la puerta unos desertores españoles; pero neciamente, no quiso hacerlo, diciendo que «no quería deber nada a la traición». Cuando quiso atacar a la fortaleza, ésta fué socorrida por mar y al cabo de un sitio de cinco meses hubo de desistir de la empresa.

#### LA HISPANIA DEL SIGLO XVIII: FOMENTO NACIONAL POR LA GESTIÓN DE CARLOS III Y SUS MINISTROS

Las guerras, mal de la Humanidad, hasta el presente inevitables, son a veces como las tormentas, que aunque en general son productoras de desastres, en ocasiones purifican el ambiente, y las campiñas y su vegetación prospera por el cambio beneficioso que suelen introducir en ellas. Así aconteció después de la guerra que siguió en España al finalizar la dinastía austríaca y comenzar la nueva de los Borbones.

Los primeros reyes de España de la Casa de Borbón mostraron alguna tolerancia religiosa, comenzando el decrecimiento del poderío del terrible tribunal de la Inquisición. Cuando Felipe V vino a Madrid, se tenía preparado en su honor un gran auto de fe, negándose el monarca a autorizar con su presencia semejante espectáculo.

El reino de Nápoles y de Sicilia volvió al dominio de España. La hacienda pública comenzó a restaurarse y bajo la dirección del ministro Patiño se produjo el renacimiento de la marina, restableciéndose gran actividad en los arsenales y el rápido aumento del poder naval y del comercio ultramarino, estableciéndose en Guipúzcoa la «Compañía de Caracas». Análoga protección alcanzó el desarrollo de la industria.

Felipe V fué dado a la ostentación. Desde esta época comenzó a em-

plearse y siguió empleándose con intensidad durante el siglo XVIII, en los grandes edificios monumentales de la capital, la armónica combinación artística de dos materiales pétreos de las cercanías de Madrid: el granito de la sierra de Guadarrama y la caliza blanca miocena de las canteras de Colmenar de Oreja (figs. 251 y 252). Hizo construir Felipe V, los palacios, jardines y parque con sus monumentales fuentes del Real Sitio de San Ildefonso, para residencia veraniega de la Corte, en la vertiente septentrional de la Sierra del Guadarrama, cercano a Segovia (fig. 253).

Felipe V fué el fundador de la Real Academia Española, en 1713; de la Real Academia de la Historia, en 1738; de la de



Fig. 251.—Explotación del granito como material de construcción en una cantera de las inmediaciones de Alpedrete (Madrid), en la base de la Sierra de Guadarrama.

(Foto Hernández-Pacheco.)

Bellas Artes de San Fernando, en 1744, iniciándose el resurgimiento científico y cultural. De la época de dicho monarca fué el origen en España de la prensa periódica, pues hasta entonces únicamente se publicaba el diario oficial «Gaceta de Madrid». Desde 1737 a 1747 se publicó el «Diario de los literatos de España», que puede considerarse como origen de la prensa diaria. Del último período del reinado de Felipe V, fué el benedictino Feijóo, comenzando sus publicaciones tendientes a desechar los errores vulgares de la época y promover la inves-

tigación científica. Antonio Ulloa y Jorge Juan iniciaron también sus estudios geográficos y geodésicos, que adquirieron mayor desarrollo en el reinado siguiente.

La primera mujer de Felipe V fué María Luisa de Saboya, que se hizo en España muy popular por su atención cuidadosa de los asuntos de gobierno, colaborando en ellos con su marido y con la ayuda y consejo de su camarera mayor y amiga, la princesa de los Ursinos, siguiendo política nacional, hábil y patriótica.

El segundo rey de España de la Casa de Borbón fué Fernando VI



Fig. 252.—Cantera de caliza blanca, miocena, de la zona alta de los páramos, en Colmenar de Oreja (Madrid), explotada con intensidad para la obtención de bloques con destino a los grandes edificios de la capital, en el siglo XVIII.

(Foto Hernández-Pacheco, 1925.)

(1746 a 1756). Durante su reinado se consolidó la hacienda pública, con prosperidad no alcanzada desde la época de los Reyes Católicos. La nación adquirió poderío naval y militar, permaneciendo España neutral en las contiendas europeas, en paz armada. El marqués de la Ensenada, discípulo de Patiño, llevó la nación a un gran progreso en el orden económico y en los diversos ramos de la administración pública y en el desarrollo industrial. Según estadística de la época, en 1751, reinando Fernando VI, había en España 14.610 telares de seda. En el orden cultural, es de esta época la fundación del primer Jardín Botá-

nico de Madrid, del Observatorio Astronómico de San Fernando y del Colegio de Medicina de Cádiz, con la finalidad de dotar a la marina de un competente cuerpo de médicos y cirujanos. En Sevilla se fundó la Academia de Buenas Letras. Se realizaron importantes obras públicas, terminándose el palacio real de Madrid, el edificio del Real Mo-

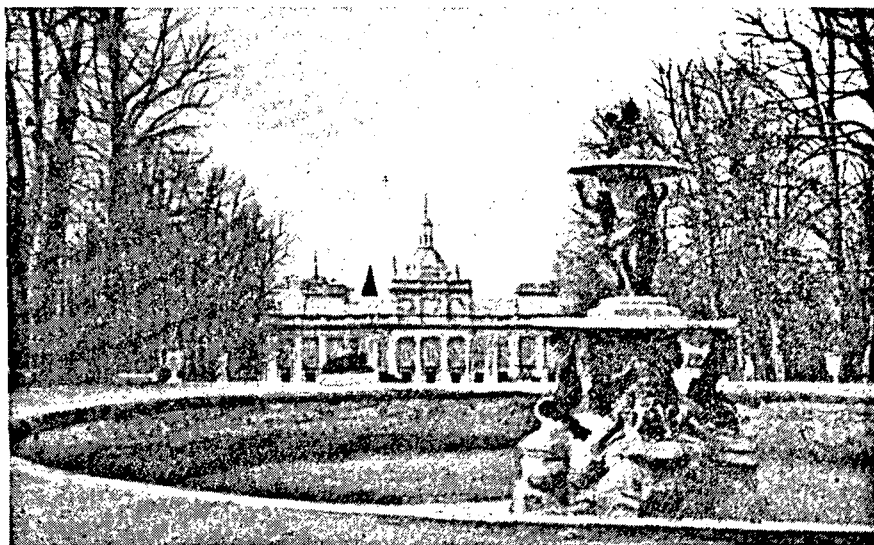


Fig. 253.—Palacio Real de San Ildefonso (La Granja), en la base septentrional de la Sierra de Guadarrama, cerca de Segovia.

nasterio de las Salesas y las importantes fortificaciones de El Ferrol y Figueras, etc. Para estudios científicos, se costearon los viajes de Ortega, Barriel, Valdeflores, etc. «Comercio, industria, artes y cultura recibieron un desconocido incremento, y la marina, elemento poderoso en toda potencia marítima y peninsular, contaba a la muerte del monarca, con cuarenta y nueve navíos de línea y veintiuna fragatas».

El historiador Miniana relata en los siguientes términos el gran terremoto que acaeció en 1755: «... nuestra península, la costa septentrional del Africa y parte de América, sufrieron en este año horribles terremotos que comenzaron en 1.º de noviembre y duraron hasta mediados del mismo. Por todas partes hubo lastimosos estragos, mas en ninguna fueron tan terribles sus efectos como en Lisboa. En el espacio de unos minutos, que experimentó la funesta conmoción, se vieron desplomarse infinito número de edificios y sepultados entre sus ruinas más de diez mil personas. Fernando, lleno de compasión, envió de embajador a aquella Corte al conde de Aranda, con particular

encargo de ofrecer al portugués, su cuñado, los socorros que necesitase». La ciudad fué pronto reedificada, con el bello trazado y suntuosidad que tiene, desde la gran plaza del puerto hasta la espaciosa del Rocío, en el centro de la ciudad.

Carlos III, rey de las dos Sicilias, sucedió a su hermano Fernando en el trono de España. En política internacional cometió el error de la alianza con Francia, según el tratado denominado «Pacto de Familia», en vez de permanecer neutral, como su antecesor, atendiendo a las contingencias que en cada caso aconsejaran las circunstancias. Tal alianza ocasionó campañas marítimas de Inglaterra, dañosas para España, especialmente en sus dominios americanos. En 1778 se realizó con Portugal la permuta de la colonia española del Sacramento, situada frente a Buenos Aires, en la desembocadura del río de la Plata, por la isla de Fernando Póo y otras del Golfo de Guinea con zona continental en éste, hasta el cabo López por el Sur. La isla de Menorca, que estaba en poder de Inglaterra, fué objeto de bien preparado ataque de la escuadra española, con tropas de desembarco que ocuparon la isla, obligando a los ingleses a concentrarse en la fortaleza de Mahón, donde acabaron por capitular, en 1782, terminando el dominio que habían ejercido en la isla por espacio de sesenta y cuatro años.

Recuperada Menorca, se puso gran empeño en recobrar la plaza de Gibraltar, contra la que se emplearon baterías flotantes, que no dieron el resultado apetecido, prolongándose el bloqueo por más de tres años, del 1779 al 1783, sin conseguir cortar por completo los abastecimientos por mar del peñón.

En política interior fué muy acertada y beneficiosa para el país la gestión personal del rey y de sus consejeros competentes y de gran espíritu patriótico, tales como el marqués de la Ensenada, Florida-Blanca, el conde de Aranda, Campomanes, el P. Enrique Flórez, etcétera. El reinado de Carlos III fué de gran desarrollo interno del país: Se fomentó la marina comercial y de guerra, que alcanzó gran poderío. Se reorganizó el ejército, publicándose las «Ordenanzas», que aún subsisten, estableciéndose la actual bandera roja y amarilla y el himno nacional. Se atendió con intensidad al problema de las comunicaciones generales, construyéndose amplias carreteras que irradiaban desde Madrid a la periferia, restaurándose los puentes y construyéndose otros nuevos, y se dió gran impulso a la de importantes canales para regadío, principalmente en Aragón (figs. 254 y 255). Juntamente con tales obras, se construyeron grandes edificios públicos, atendándose al ornato de las ciudades, tanto en la capital de la nación como en otras poblaciones del reino (figs. 256 y 257), siendo de esta época,



en Madrid, diversas fuentes monumentales, la bella y elegante puerta de Alcalá, el actual edificio del Ministerio de Hacienda, etc. (figs. 258 y 259).

Las industrias se protegieron, especialmente las textiles de lana, desarrollándose con gran empuje la algodonera en Cataluña y la de seda en Valencia y Murcia; como también la tapicería, la cerámica y metalistería, y en general las artes industriales.



Fig. 254.—Canal de Aragón en las inmediaciones de Zaragoza.

(Foto Hernández-Pacheco, mayo, 1928.)

Atención preferente tuvieron el progreso y difusión de las ciencias y el desarrollo de la cultura, con la creación de las «Sociedades Económicas de Amigos del País», fundación de laboratorios, centros de investigación científica y escuelas especiales, trayéndose especialistas extranjeros a laborar con los naturales del país, y se organizaron expediciones científicas para el estudio de la naturaleza y producción del territorio metropolitano y de América. Especial cuidado prestó Carlos III al desarrollo de las Ciencias Naturales, fundando el Museo de Historia Natural, alojado provisionalmente en suntuoso edificio, construido en la calle de Alcalá, mientras se levantaba el más importante con tal fin en el Prado y que terminado, fallecido el soberano, fué destinado a Museo de Pinturas. En el provisional de la calle de Alcalá se alojó también la Real Academia de Bellas Artes, según indica el

rótulo sobre la portada: «Carolus III rex. Naturam et Artem sub uno tecto. In publica utilitatem consociavit». Formaron la base del Museo las colecciones del caballero Franco Dávila, que se adquirieron por gestiones del ministro Grimaldi, siendo la persona más destacada de la institución el caballero José Clavijo Fajardo, gestor excelente que hizo del naciente Museo el más importante de los existentes, especialmente por las maravillosas colecciones y ejemplares mineralógicos procedentes del territorio peninsular y de América. A este Museo vino el primer gran ejemplar fósil de mamíferos americanos, que llegó



Fig. 255.—Zona de desagüe del canal del Gran Prior de la Orden de San Juan, que desvía la corriente del Alto Guadiana en Argamasilla de Alba (Ciudad Real), a su paso por la Alameda de Cervera.

(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)

a Europa procedente de América, el *Megatherium*, estudiado y descrito por los naturalistas del Museo, contemporáneos de Cuvier, cuando éste iniciaba en París sus investigaciones paleontológicas (fig. 260). La primera época del Museo de Historia Natural de Madrid, en el último tercio del siglo XVIII, fué gran período de desarrollo cultural y de adelantamiento de las Ciencias Naturales en España, con los grandes botánicos: Quer, Gómez Ortega, Ruiz, Pavón, Cavanilles, etc.; de los zoólogos Azara, Parra, Gimbernat, etc.

Se señala el período histórico que se analiza por la libertad de es-

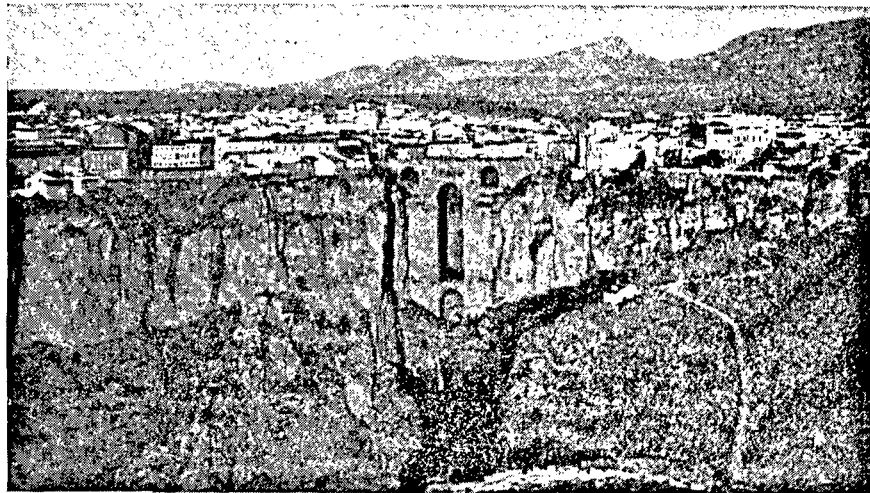


Fig. 256.—Puente Nuevo de Ronda, de 90 metros de altura, construído del 1774 a 1780 por el arquitecto malagueño Aldehuela.

*(Foto Hernández-Pacheco.)*

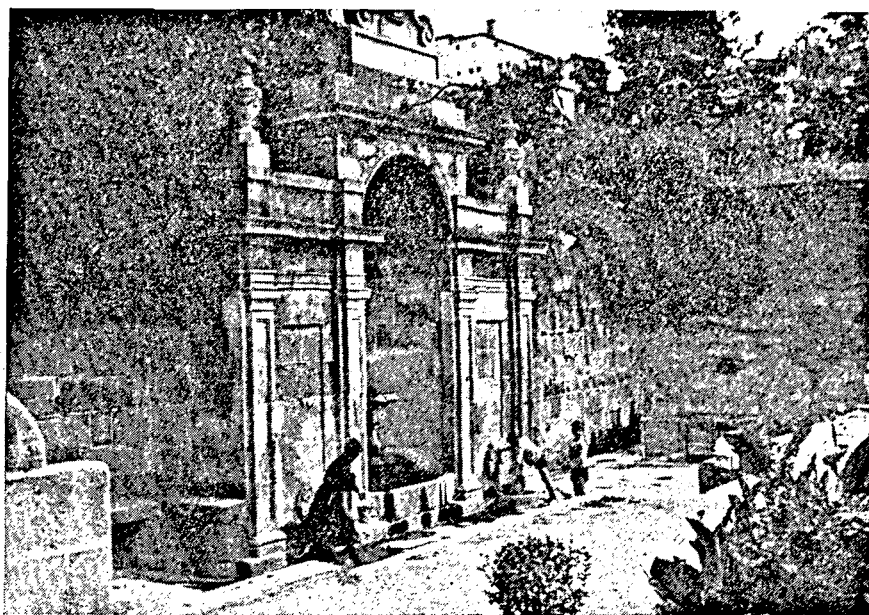


Fig. 257.—Manantial termal de Las Burgas, en Orense.

*(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)*

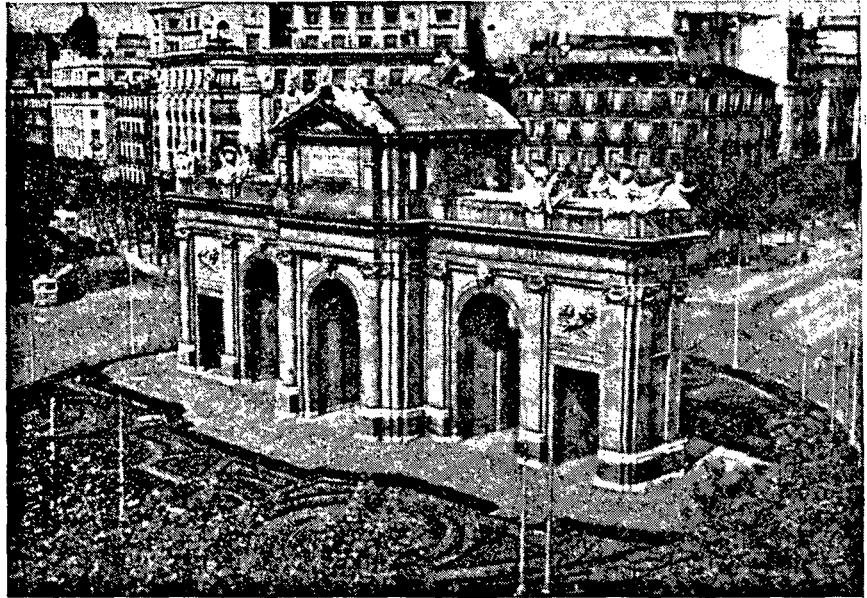


Fig. 258.—Puerta de Alcalá, en Madrid.

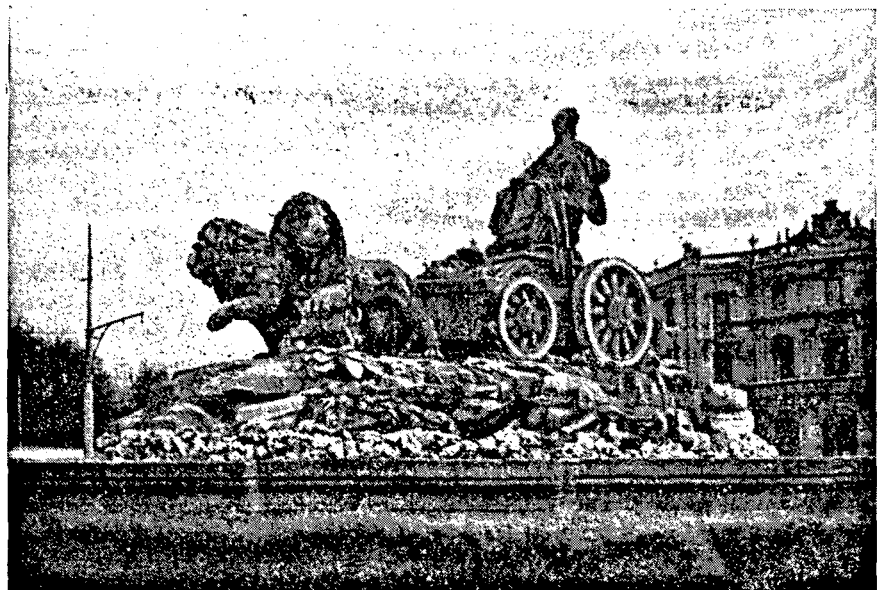


Fig. 259.—Fuente ornamental de La Cibeles, en Madrid.

cribir y opinar sobre cualquier materia, publicándose diversidad de revistas periódicas, tales como «El Pensador», dirigida por el caballero Clavijo, gestor del Museo de Historia Natural; el «Semanario Erudito», «Semanarios de Agricultura y Artes», dirigido por Juan Melón, etc. A finales del siglo XVIII, como revista científico especializada, se publicaron los «Anales de Ciencias Naturales».

En el orden de las ideas religiosas, el poder de la Inquisición que-

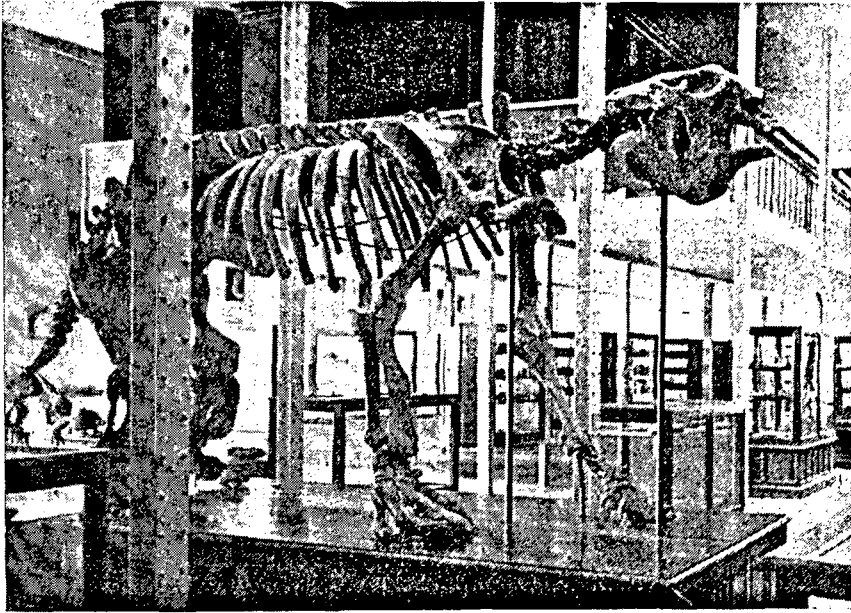


Fig. 260.—El «megaterio» (*Megatherium americanum* Garriga), del Museo Nacional de Ciencias Naturales; primer ejemplar de grandes mamíferos, fósiles que de América vino a Europa, en 1789. Fué encontrado en el terreno cuaternario de los barrancos del río de Luján, provincia de Buenos Aires; remitidos los restos por el virrey marqués de Loreto, con destino al primitivo Museo de Historia Natural de la calle de Alcalá. Fué estudiado y descrito por Garriga, y montado por Brú.

dó prácticamente anulado. De esta época fué la expulsión de los jesuítas de los dominios españoles, al igual que la realizaron en los suyos Francia y Portugal, decretando el papa Clemente XIV la supresión de la «Compañía de Jesús», restablecida y admitida en el siglo XIX en dichas naciones y en España. De acuerdo con la Santa Sede, se reconoció que en las relaciones entre la jurisdicción nacional y la eclesiástica actuase como tribunal supremo el de la Rota.

#### EPOCA DE CARLOS IV

En 1788 falleció Carlos III y le sucedió su hijo Carlos IV. Este era de carácter apacible y de no muchos alcances intelectuales; los competentes ministros del reinado anterior fueron desapareciendo. Ocupó la gobernación del Estado Godoy, que, de guardia de Corps, se elevó rápidamente a Príncipe de la Paz, y emparentó con la familia real por su matrimonio con Josefa de Borbón. Godoy estaba dotado de prendas personales que le atrajeron el favor de la reina María Luisa, a quien debió su encumbramiento y a la ineptitud del rey. Era Godoy hombre de gran ambición, osadía y pocos escrúpulos.

En la política interior, en virtud del impulso adquirido, se continuó la trayectoria de la época de Carlos III, con gran desarrollo científico, en el que Godoy se interesó. Se crearon Escuelas de Ingeniería, instituciones y talleres de aparatos científicos, la Escuela de Sordomudos y Ciegos, la Escuela de Veterinaria, y otros diversos centros culturales. El florecimiento de las Ciencias Naturales fué importante, con los naturalistas Cavanilles, Rojas Clemente, Mutis, Azara, el portugués Brotero, etc.

La fundación del Observatorio Astronómico de Madrid, fué iniciativa del célebre Jorge Juan, colaborador de La Condemine en la medida de un arco de meridiano terrestre en América ecuatorial. Recogida y patrocinada la idea por Carlos III, encargó al arquitecto Juan de Villanueva la formación de los planos pertinentes. La primera piedra del edificio central se colocó en 1790, reinando Carlos IV, en el paraje denominado cerrillo de San Blas, correspondiente a la posesión real del Buen Retiro. Complemento del Observatorio fué la formación de personal idóneo y competente, y organización de taller de instrumental y aparatos de precisión para observaciones astronómicas y meteorológicas.

La terminación del edificio experimentó diversos retrasos, utilizándose para las observaciones locales provisionales. En 1802 se instaló un gran telescopio Herschell, de 25 pies de longitud, construido en Londres de acuerdo con instrucciones respecto a instalación y manejo, del célebre astrónomo inglés; funcionando el aparato debidamente en los primeros años del siglo XIX (fig. 261). En la guerra de la Independencia el Observatorio fué ocupado por las tropas invasoras. El edificio central, no terminado por completo, sirvió de polvorín, y otras dependencias de hospital y servicios militares; el gran telescopio se destruyó, y el personal científico se desparramó y desapareció.

Pasada la guerra el edificio, obra del arquitecto Villanueva, que estaba en estado ruinoso, de bellas y elegantes proporciones arquitectónicas, fué debidamente restaurado, en 1846; que es el que actualmente da ornato y prestancia al conjunto del Observatorio; edificio en cuya

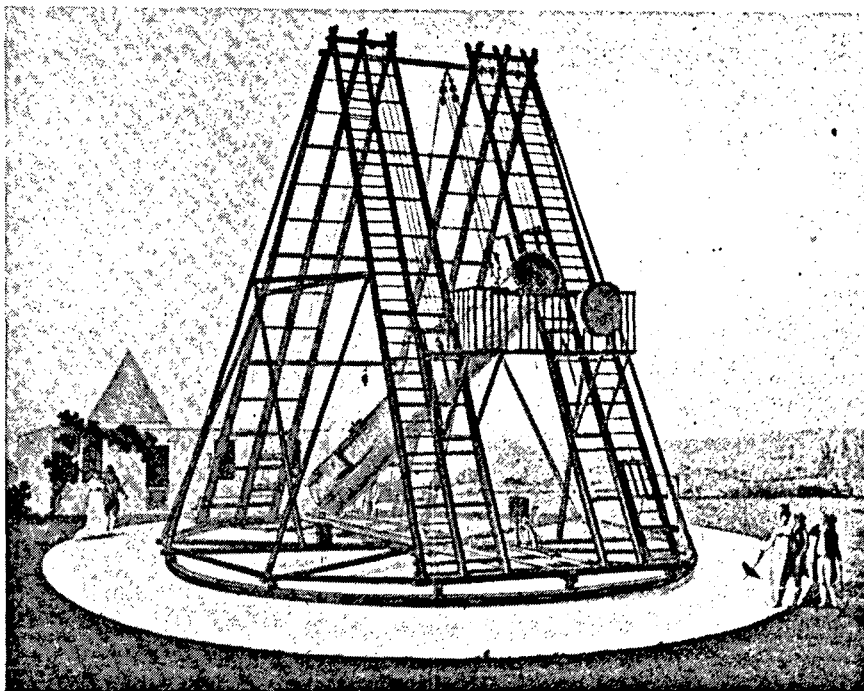


Fig. 261.—Telescopio modelo Herchell, de 25 pies de largo, construido en Londres de acuerdo con instrucciones del célebre astrónomo, y montado en el Observatorio de Madrid en 1832. (Reproducción de un cuadro existente en el Observatorio y publicado por el astrónomo director del Centro, José Tinoco, en el Anuario de 1952.)

rotonda central se ha instalado un museo pertinente a las ciencias astronómicas, con los antiguos instrumentos de la primera época, y otros en desuso, pero de interés científico arqueológico (fig. 262).

En el período de Carlos IV, fué cuando el Real Sitio de Aranjuez adquirió mayor desarrollo, por la suntuosidad de los departamentos del palacio, lo artístico de las monumentales fuentes y la belleza de los jardines (figs. 263 y 264). Residencia, la de Aranjuez, en la que se produjeron importantes acontecimientos políticos.

Se patrocinaron expediciones científicas, tales como la de Domingo Badía (Ali-Bei-el-Abassi), por Marruecos y otras partes de Africa y Asia, de gran interés científico y político. En 1788 salieron

de Cádiz, en viaje científico de circunnavegación, las corbetas «Descubierta» y «Atrevida». Carácter científico humanitario tuvo la expedición del médico Barmis, que salió de La Coruña, en 1803, a propagar por América la vacuna contra la viruela, regresando a los tres años, después de haber difundido y asegurado el uso de tal método profilác-

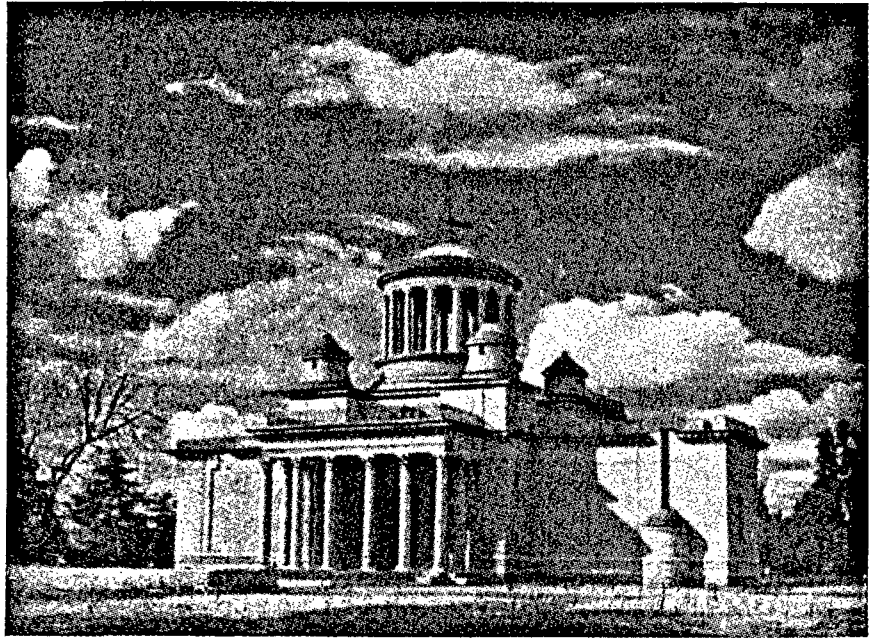


Fig. 262.—Edificio central del Observatorio Astronómico de Madrid; según proyecto de Juan de Villanueva, comenzado a edificar en 1790 y restaurado en 1846; destinado actualmente a Museo de Astronomía.

(Foto José Tinoco.)

tico. Jovellanos, autor del célebre «Informe sobre la ley agraria», fue el fundador del Instituto de Gijón. Como arquitecto, destacó en esta época Villanueva, y como pintor el celeberrimo Goya (fig. 265).

En este período del reinado de Carlos IV se produjo la Revolución Francesa, en la que fueron rebasados los principios fundamentales y perseguidos sus creadores, terminando en el desconcierto de la época del terror. España, como otras naciones europeas, declaró la guerra a Francia que había guillotinado a sus reyes y establecido la república. Al ejército republicano francés que avanzó hacia España, por el Rosellón, se le opuso el mandado por el general Ricardos, terminándose la campaña con la paz de Basilea en 1795.



Por influjo de Godoy se hizo en 1796 alianza con Francia, en donde a la república sucedió el dominio de Napoleón. En corta campaña contra Portugal, se ocupó la plaza de Olivenza, rectificándose la frontera según el límite natural que forma el cauce del Guadiana, pasando a España dicha ciudad (fig. 266). Tal alianza produjo guerra marítima

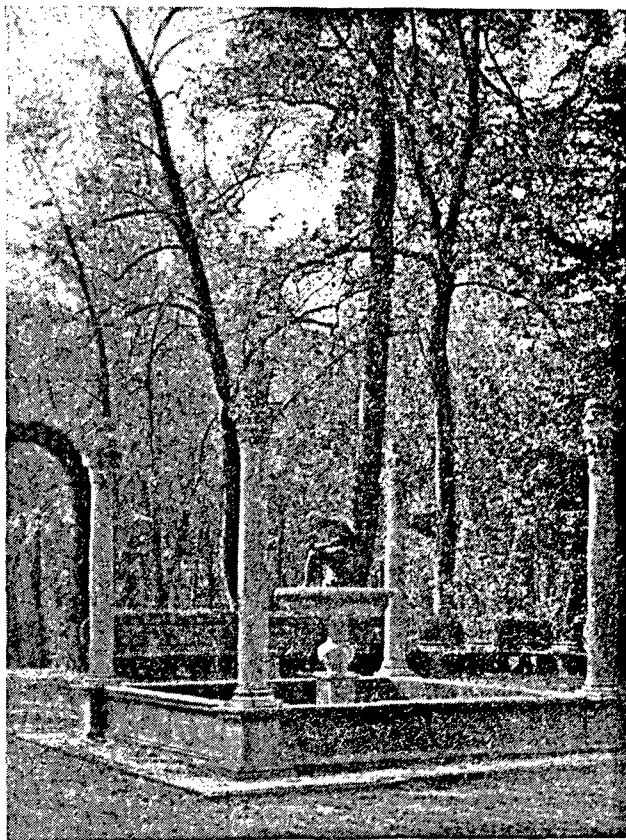


Fig. 263.—Jardines de Aranjuez (Madrid). Fuente del Niño de la Espina.

(Foto Hernández-Pacheco, 1925.)

con Inglaterra, cuya escuadra derrotó a la nuestra en el cabo de San Vicente, fracasando el almirante Nelson en sus ataques a Cádiz y a Tenerife, apoderándose los ingleses de la isla de Menorca, que volvió a poder de España por la paz de Amiens en 1802.

Olivenza y su término, o alfoz, constituye, considerado estratégicamente, una cabeza de puente al Este del Guadiana, que amenaza a la plaza de Badajoz; no siendo caso semejante al de la de Elvas, separada

de la ciudad extremeña por el valle del Guadiana; de tal modo que en las diversas operaciones guerreras y, claramente en la guerra de la Independencia, fué operación previa al asedio de Badajoz la posesión de la plaza de Olivenza, tanto por el ejército napoleónico, como en

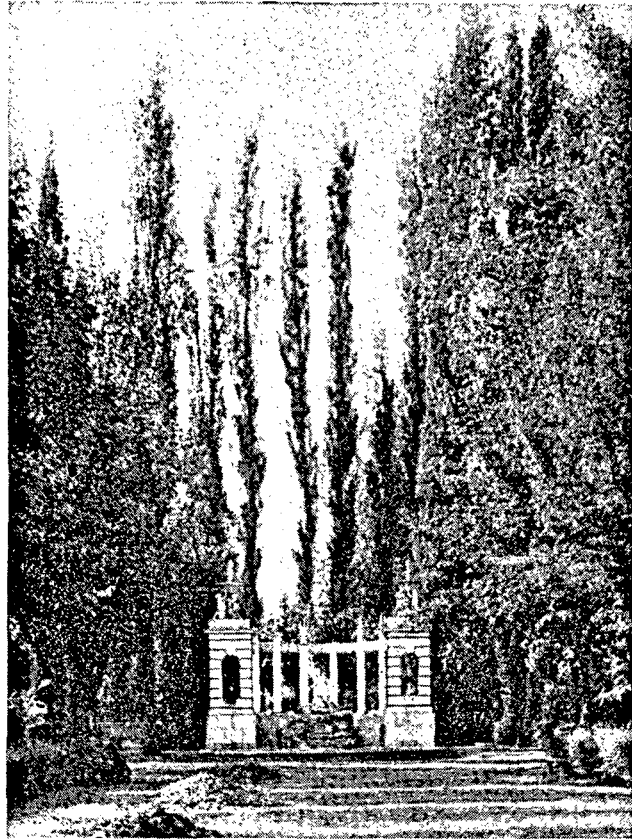


Fig. 264.—Jardines de Aranjuez (Madrid). Fuente de Apolo.  
(Fotó Hernández-Pacheco, 1925.)

la recuperación por los ejércitos aliados lusoespañoles e ingleses, mientras que Elvas permaneció sin necesidad de ocupación previa. El territorio del codo donde el Guadiana tuerce su curso al Oeste, hacia el Sur, que comprende las plazas de Alburquerque, Campomayor, Elvas Badajoz y Olivenza, reúne condiciones estratégicas favorables, tanto a Portugal como a España, en defensa contra enemigo o invasor extraño, que trate de avanzar hacia el Oeste o hacia el Este.

Se comprende que el gobierno español, efectuado el arreglo de fronteras de final del siglo XVIII y terminada la guerra de la Independencia,

no accediera a las gestiones de Wellington respecto a la incorporación de Olivenza a Portugal; con lo cual Inglaterra obtenía la doble ventaja de aparecer favoreciendo a la nación que protegía y debilitar militarmente a España. El caso de Olivenza no tiene paridad, ni la menor analogía, con el de Gibraltar, despojo fraudulento de un aliado circunstancial.

Considerada la cuestión en el aspecto puramente geográfico y de fronteras naturales, y vista con la ecuanimidad del transcurso de largo período de tiempos históricos, pudiera encontrarse analogía entre lo

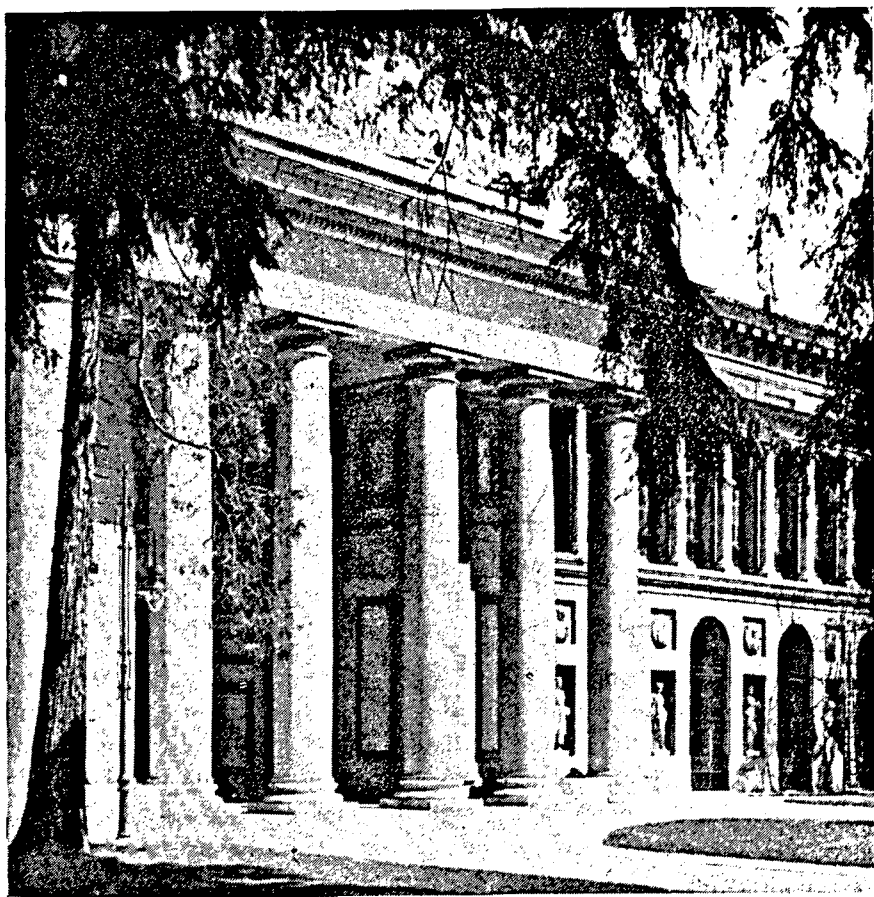


Fig. 265.—Museo del Prado, en Madrid, en el que se conservan las obras más importantes del arte pictórico español. Comenzó a edificarse para Museo de Historia Natural en época de Carlos III, terminándose las obras y destinándose a Museo de Pinturas, muy avanzado el siglo XIX.

(Foto Hernández-Pacheco.)

pertinente a Olivenza y su alfoz, y lo relativo a la más amplia comarca del Rosellón, que del dominio de España pasó al de Francia.

El Rosellón, cuya capital es Perpiñán, corresponde actualmente al departamento francés de los Pirineos Orientales; pero durante largo transcurso histórico formó parte de Cataluña española: conservando

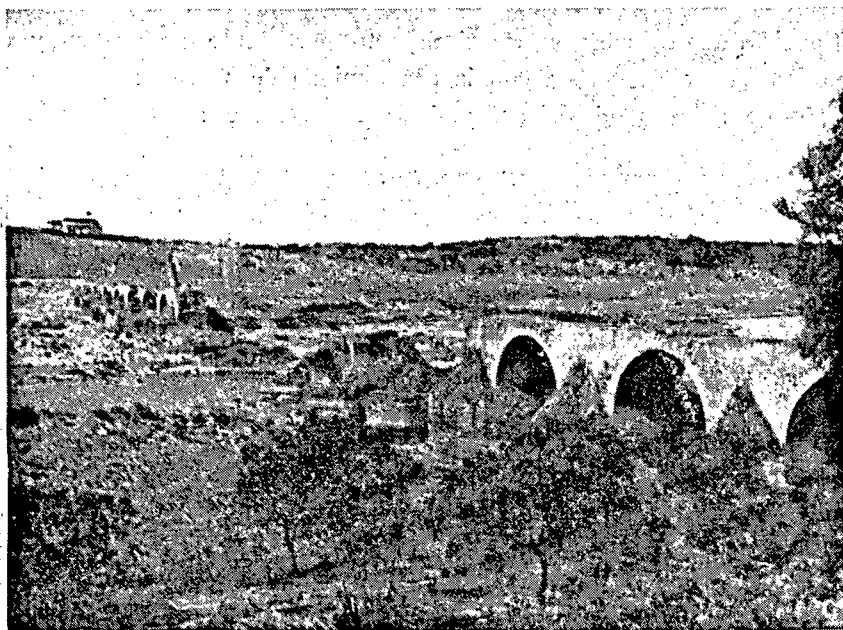


Fig. 266.—Puente de Ajuda, sobre el Guadiana, en la frontera española-portuguesa de las cercanías de Olivenza (Badajoz), destruido en su porción media por las avenidas fluviales.

(Foto Hernández-Pacheco.)

características, costumbres, tipismo y lengua catalanã. En tiempos remotos formó parte de la Marca hispana, por la que se prolongaba Francia al Sur del Pirineo Oriental. Se llega al Rosellón, desde España, por el paso del Pertus y el coll de la Perxa; y está separado entre las dos naciones por los montes Corberans y los Alberes (1.257 m), en el eje pirenaico.

Cuando la guerra separatista de Cataluña, contra Felipe IV, en 1640, se adhirió el Rosellón a ella y acogió con agrado a las tropas enviadas por Luis XIII de Francia, en auxilio de los catalanes separatistas, y por el tratado de los Pirineos, de 1659, fué separado de Cataluña e incorporado a Francia.

En 1793, con motivo de los acontecimientos de la revolución fran-

cesa, un ejército de 2.000 españoles y 5.000 portugueses, al mando del general Ricardos, penetró en Francia y ocupó el Rosellón en 1794. Fallecido dicho general, el ejército francés recuperó el territorio ocupado. Las tropas hispanas reaccionaron y, en 1795, consiguieron ventajas sobre las francesas. La campaña terminó por la paz de Basilea, retirándose el ejército hispano; continuando el Rosellón formando parte de Francia, a la que corresponde geográficamente.

Lo expuesto respecto a la situación geográfica de Olivenza, y lo dicho en otros capítulos respecto a las características de la frontera luso-española, hacen ver la necesidad, por conveniencia mutua, de íntima cooperación y coordinación económica y militar entre ambas naciones, que carecen de fronteras naturales entre una y otra. La gran unidad geográfica y natural del conjunto hispano hace que éste añada a las ventajas de su casi insularidad, las favorables características estratégicas del Pirineo, fácilmente defendible desde el lado español, y en extremo difícil trasponerle por enemigo que en son de guerra avance desde la vertiente septentrional, para invadir la Península hispana.

La desdichada gestión de Godoy obligó a éste a dejar el gobierno, encargándose de él, por breve período, el ilustre Jovellanos; recuperando el poder el Príncipe de la Paz. La guerra naval con Inglaterra terminó en 1805 con la batalla de Trafalgar, en donde la escuadra hispano-francesa, al mando del francés Villaneuve, fué derrotada por la inglesa de Nelson, pereciendo éste y los almirantes españoles Churrucá y Gravina, y acabando el poderío naval de España.

#### POBLACIÓN HISPANA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII Y DESARROLLO AGRÍCOLA Y PECUARIO

Respecto a la población hispana, dice el benedictino Benito Feijóo en la 10.<sup>a</sup> de sus «Cartas eruditas», tomo V, que en su tiempo, o sea a mediados del siglo XVIII, don Gerónimo Usturiz, en su «Tratado de Comercio y Marina», atribuye a España siete millones y medio de individuos, sin incluir a Portugal, añadiendo: «...que suponiendo, como parece se debe suponer, que Portugal tiene ahora, por lo menos, millón y medio de personas, resulta que España, tomada íntegramente, está hoy más poblada que en tiempos de Felipe II, con el exceso de millón y medio o un millón, a lo menos». Respecto a los efectos de la despoblación, añade: «... Si no la única, es la principalísima razón, porque de las tres partes de la tierra, una está enteramente inculta y otra mal cultivada», o sea que la falta de cultivo del suelo hispano era debida a la escasez de población.

Floridablanca y otros ministros de Carlos III ordenaron realizar el censo de población de España. El ilustre geógrafo Pascual Madoz,, a éstos debe referirse cuando en el prólogo de su célebre «Diccionario geográfico» dice: «Según los datos oficiales que tengo a la vista, bien que yo esté muy lejos de responder a su exactitud», la población de España constaba en 1767 de 9.159.999 habitantes; en 1787, de 10.260.357, y en 1797, de 10.541.221 habitantes. Suponiendo que la población de Portugal variaba al compás de la de España, resulta para el conjunto hispano, o sea para la Península e islas adyacentes—Baleares, Canarias y Madeira—, redondeando cifras, los siguientes números de habitantes: En 1767, 11.750.000 habitantes, con una densidad de algo menos de 20 h. por K<sup>2</sup>. En 1787, 12.165.000 habitantes, con densidad de 20 h. por K<sup>2</sup>. En 1797, 13.523.000 habitantes, con densidad de 22 h. por K<sup>2</sup>.

En el último tercio del siglo XVIII, consecuencia del aumento de población y de las leyes favorecedoras de la agricultura, principalmente las que atajaron los derechos abusivos de la Mesta y del aumento de propietarios, en virtud de las disposiciones desvinculadoras, aumentó mucho en España la extensión de los cultivos, a expensas de los terrenos yermos y de los ocupados por el matorral espontáneo, desarrollándose el olivar, el viñedo y los plantíos en general. Las leyes agrarias favorables a la agricultura no mermaron la riqueza pecuaria del país, sino más bien la favorecieron, pues con el desarrollo de las dehesas a pasto y labor y con el cercado de los predios se consiguió aumento y mejora de los productos alimenticios y mayor abundancia de piensos para ganado.

La complejidad topográfica y climatológica de la Península origina que la abundancia o pérdida de cosechas no suele ser general a todo el ámbito peninsular, como ocurre en otros países de más uniforme relieve y clima. Por otra parte, lo montañoso del territorio dificulta los transportes, que antiguamente, por falta de caminos carreteros, tenían que ser a lomo, sistema deficiente y caro para productos tales como los cereales. Estas características naturales hicieron conveniente el almacenado de granos en silos subterráneos en todo el ámbito de la Hispania seca o xerofítica, y mediante hórreos en la Hispania húmeda o higrofitá, tal como en Galicia y Asturias (figs. 267 y 268). En uno y otro caso, el principio económico en que se fundamentaban tales almacenamientos era la previsión de guardar granos para las épocas de escasez o contingencias de pérdida de cosechas. En relación con tal sistema, era antigua institución hispana la de los «pósitos» comunales,

institución que fué muy protegida y regularizada por disposiciones oficiales de los gobiernos españoles del siglo XVIII.

Los gobiernos de Carlos III y de Carlos IV reaccionaron favorablemente en favor de los agricultores contra los abusos de los ganaderos, y atendieron a las desvinculación de terrenos y reparto de importantes extensiones baldías para ser labrados, según se determinó en

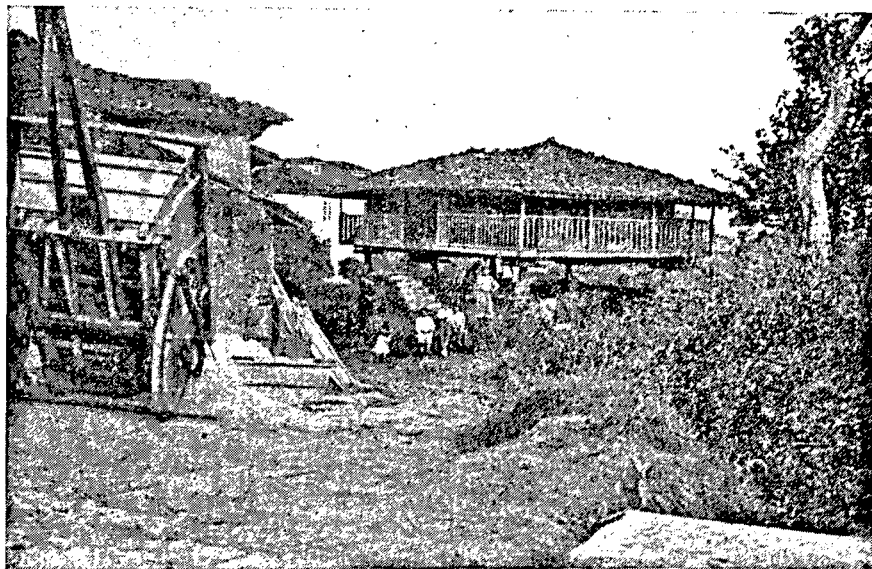


Fig. 267.—Hórreo de Muros (Asturias).

(Foto Hernández Pacheco.)

la ley de 1770, que sirvió de base a la de 1793, en tiempos de Carlos IV, para la distribución y puesta en cultivo de amplias extensiones incultas de Extremadura, pudiéndose cercar y destinar al fruto, uso y cultivo que se quisiera, haciéndose en la misma disposición la declaración de dehesas a pasto y labor, estableciéndose reglas respecto al laboreo de las de propios o concejiles (fig. 269). La disposición de 1789 atajó también los abusos de la Mesta con la autorización dada a los propietarios de terrenos labrantíos de poderlos cercar, para impedir la entrada de los ganados. En la dicha disposición de 1793 se disponía que cuando el suelo de un predio fuera de un particular y el vuelo, o sea el arbolado, de bienes de propios, pudiera el dueño del suelo adquirir también el vuelo, indemnizándose por el Estado a los municipios, dándoles terreno en otro paraje.

El gran mal de la agricultura, además de los derechos abusivos de

la Mesta, los cuales se fueron remediando, era la acumulación excesiva de la propiedad rústica en pocos propietarios, lo cual, según se ha dicho, procuró remediarse con repartos, cuando los terrenos eran realengos o concejiles; pero en otros casos la acumulación era motivada por la institución de los mayorazgos, o en las entidades denominadas «manos muertas», tales como instituciones y comunidades religiosas. Para remediar estos casos se publicaron diversas leyes y disposiciones, tales como el aumento al 15 por 100 del impuesto de adquisición de las fincas rústicas. Para el mismo fin se obtuvo del Papa autorización para

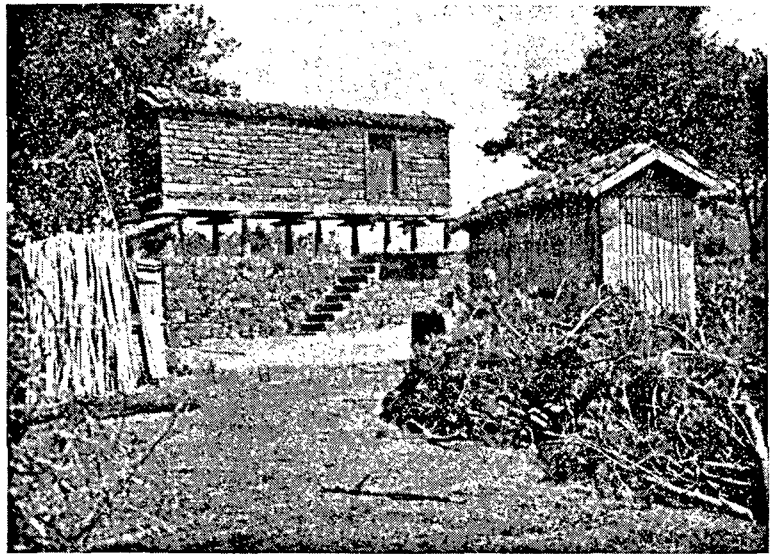


Fig. 268.—Hórreos de Zas (Coruña).

(Foto Hernández-Pacheco.)

enajenar la séptima parte de las fincas campestres de la Iglesia, indemnizándose al clero con láminas de la Deuda Nacional.

A la repoblación forestal se refieren las Reales Ordenanzas para el aumento y conservación de montes y plantíos de 1748, reinando Fernando VI, y las de 1762, por Carlos III. Se atiende en tales disposiciones al cuidado y conservación y repoblación de terrenos y sotos con «... aquellas especies que sean más a propósito, como hayas, encinas, robles, quejigos, alcornocques, álamos negros o blancos, sauces, chopos, nogales, castaños, pinos o alisos, aprovechando las riberas, arroyos y vertientes que se consideren más a propósito», encomendando a los ayuntamientos la plantación y cuidado de cinco árboles por vecino y año en los terrenos baldíos para ello adecuados. Las disposiciones,



que fueron minuciosas, aunque muestran excelente deseo, no tuvieron efectividad apreciable. La repoblación forestal de los sotos, o sea de las terrazas bajas de los ríos hispanos, prevista por tales disposiciones, es, quizá, la más importante y más productiva de todas las repoblaciones forestales, si bien, no muy atendida por los organismos oficiales y por los particulares.

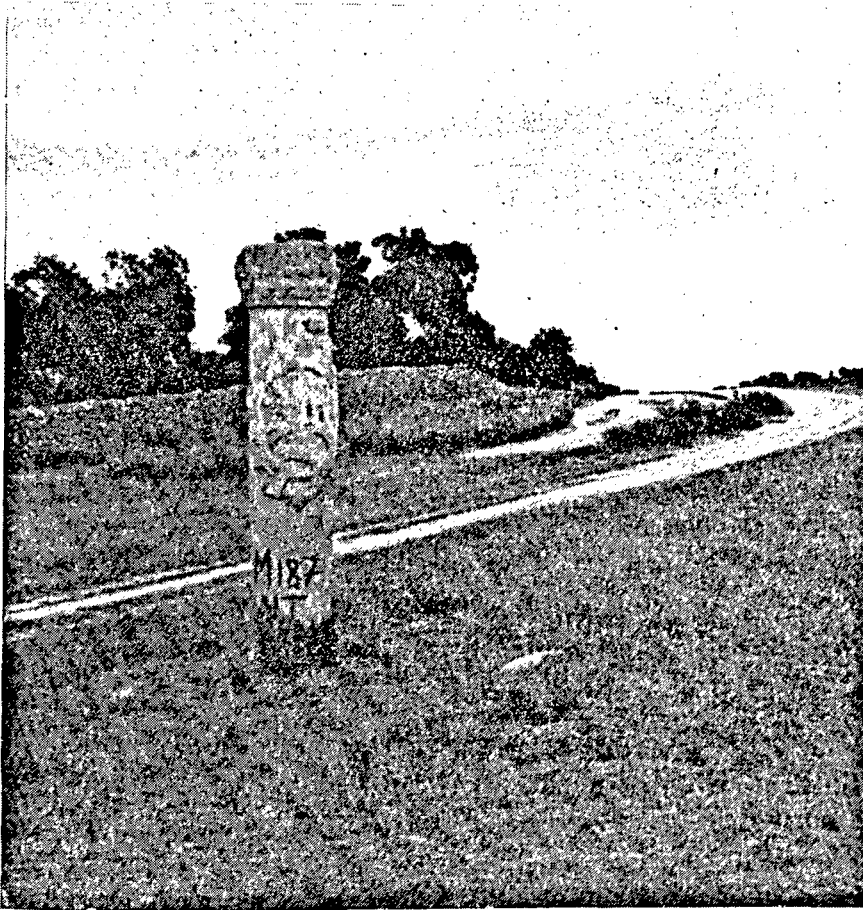


Fig. 269.—Columna-mojón, indicando el límite septentrional de los Baldíos de Albuquerque (Badajoz).

(Foto Hernández-Pacheco, noviembre 1932.)

Notables fueron las disposiciones que se tomaron para colonización de los extensos territorios despoblados de Andalucía, Extremadura y otras regiones, mediante colonos españoles o extranjeros, para el aumento de la población y fomento de la riqueza nacional. Destaca entre

estas determinaciones la colonización de Sierra Morena, a la que debe su origen el pueblo de La Carolina. Para ello se concertó el asentamiento de seis mil alemanes y flamencos, refiriéndose a tal asunto la Cédula de 1767, pertinente a las reglas para las nuevas poblaciones y fuero de sus pobladores. A cada vecino se le asignaron cincuenta fanegas de tierra labrantía, con algún terreno para huerto o plantío de árboles y viña. Cada Concejo tendría su dehesa boyal para el servicio de los ganados del vecindario, sin que la Mesta pudiera adquirir derecho a ella. A cada familia de colonos se le entregaría dos vacas, cinco ovejas, cinco cabras, cinco gallinas y un gallo y una puerca de parir.

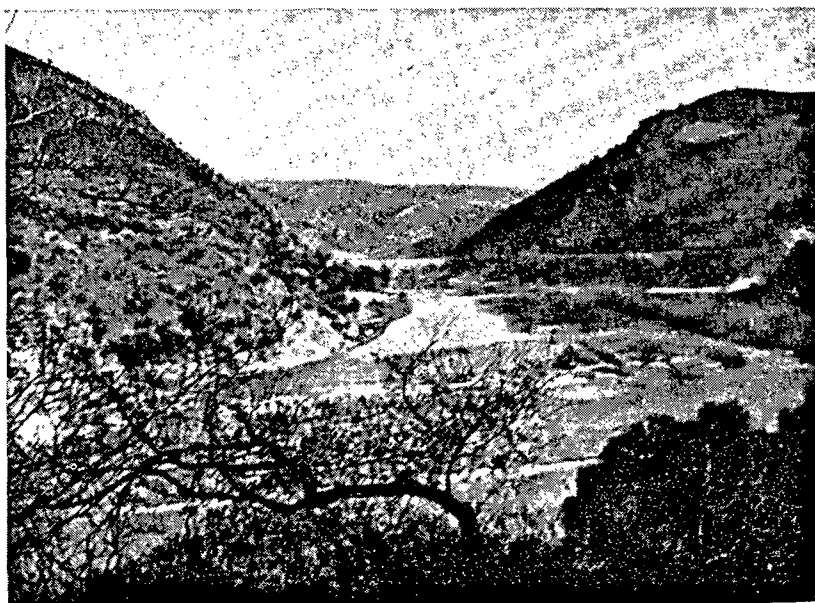


Fig. 270.—El Tajo en las inmediaciones del puente del Cardenal y de la confluencia del Tiétar, junto a Villarreal de San Carlos (Cáceres).

(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)

A los colonos artesanos se les proveería de las herramientas de su oficio. Semejante operación se dispuso en Extremadura, en el despoblado junto al Tajo, en las inmediaciones del puente del Cardenal, creándose la colonia del actual lugar de Villarreal de San Carlos (Cáceres) (fig. 270).

En el último tercio del siglo XVIII, la generalidad de los pueblos de España tenían dehesa boyal para el servicio común de los vecinos; de tal modo que la ganadería no disminuyó en relación con épocas ante-

riores. Sobraba tierra para labrar y faltaba densidad de población para poner en cultivo la tierra capaz de producir, yerma u ocupada por la vegetación espontánea de matorral. Aún así, se labraba poco; lo suficiente para las cortas necesidades del país. Explicándose el predominio de la ganadería respecto a la agricultura, por las dificultades del transporte en la montañosa y áspera Hispania, pues los ganados se trasladan por sí mismos, mientras que los productos agrícolas necesitan ser transportados, resultando poco económico la conducción a lomo para la mayoría de ellos. Esto explica, por otra parte, que hasta bien entrado el siglo XIX, en que mejoraron notablemente los medios de comunicación, la industria casera atendiera a las diversas manufacturas necesarias en el medio rural, tales como el curtido de las pieles, el hilado y tejido del lino y de la lana, los aperos de labor, el menaje doméstico, etc., y que el comercio de los productos, mediante largo transporte, se ejerciera principalmente para aquellos que, por su elevado valor, podrían soportarlo. En general, se vivía más ruda y pobremente que después y que ahora, pero las necesidades eran menores.

## CAPITULO IX

# Guerra de la Independencia

SUMARIO: Características geoestratégicas del solar hispano.—Primera fase de la guerra de la Independencia (1808).—Segunda fase de la guerra de la Independencia (1809).—Tercera fase de la guerra de la Independencia (1810 y 1811).—Invasión y retirada de Portugal.—Recuperación de la altiplanicie del Duero y del centro hispano (1812).—Retirada de los invasores del ámbito hispano. Batalla de Vitoria (1813).—Ocupación del Sur de Francia por el ejército aliado angloportugués y español (1814).—Las guerrillas en la guerra de la Independencia.—Gobernación de España durante la guerra de la Independencia. Las Cortes de Cádiz.—Juicio crítico de la guerra de la Independencia.—Efemérides de la guerra de la Independencia.

### CARACTERÍSTICAS GEOESTRATÉGICAS DEL SOLAR HISPANO

La guerra de la Independencia es acontecimiento histórico en el que se advierte la gran conexión que tuvieron las diversas operaciones bélicas y el conjunto de ellas con las características naturales del país en que se realizaron y con las del solar hispano, en cuanto se refieren a disposición y distribución orográfica del relieve, naturaleza litológica y demás condiciones naturales del ámbito nacional.

El gran auxiliar que tuvo el pueblo hispano levantado en armas en defensa del solar patrio fué el mismo solar, por sus características naturales favorables al combatiente hispano y adversas al invasor.

La guerra de la Independencia fué general a todo el ámbito peninsular, desde Vasconia al Estrecho de Gibraltar, y desde el litoral levantino mediterráneo a las costas portuguesas atlánticas. Victorias importantes consiguieron los ejércitos napoleónicos en las llanuras centrales; asimismo, los hispanos sobre los invasores; pero los hispanos, en los casos adversos, encontraban refugio y se reorganizaban en las amplias penillanuras y en las extensas serranías, en donde no dominaron los invasores, y la lucha continuaba con nuevos bríos.

Pero cuando el derrotado en las llanuras era el ejército invasor, no le servían al vencido tales refugios y se imponía la recuperación del te-

territorio perdido mediante nueva invasión; como fué el caso de la batalla de Bailén en julio de 1808, viniendo Napoleón en persona a completar con fuerzas escogidas un ejército de 300.000 hombres. Si la nueva invasión procedente del exterior hispano no podía realizarse, la derrota tenía como consecuencia la pérdida definitiva del país; como fué el caso de la batalla de la Albuera en mayo de 1811, victoria consolidada con la recuperación por los aliados de la plaza de Ciudad Rodrigo en enero de 1812 y de la de Badajoz en abril del mismo año, quedando desde entonces totalmente libre de enemigos toda la amplia zona del Oeste, Extremadura, Portugal y Galicia.

Más decisivo fué el vencimiento de los ejércitos napoleónicos en la batalla de los Arapiles, en la altiplanicie castellana del Duero, junto a Salamanca, cuyo resultado obligó a la retirada del ámbito hispano a los ejércitos imperiales, retirada convertida en huida desde Vitoria. Terminando la guerra en territorio francés con el triunfo del ejército aliado angloportugués y español en la batalla de Toulouse.

Fueron, pues, de gran importancia en la guerra de la Independencia las características geoestratégicas del solar hispano, escenario de la contienda guerrera, que examinaremos en sus tres aspectos fundamentales: de situación geográfica; características y distribución del relieve, y constitución litológica y su repartición en el ámbito peninsular.

### *Situación geográfica*

La Península Hispana es la tierra más avanzada en el Atlántico, hacia Occidente, de todo el litoral europeo, incluso más que Inglaterra y Escocia. Es también Hispania el país más meridional de la Europa Atlántica. Tal situación hace que esté regida por el importante influjo climatológico oceánico; no obstante, predomina en casi todo el conjunto hispano características mediterráneas respecto a ambiente y vegetación espontánea y cultivada.

En la antigua terminología clásica, Hispania era la tierra más hispérica del ecúmeno, donde Héspero, el lucero de la tarde se sumerge en el Océano. País lejano, con amplio litoral en el Mar Interior, ocupado por los iberos, y con extensas costas en el Mar Exterior o Atlántico, ocupadas en sus zonas meridionales por los tartesios, y en el litoral situado al Norte del «Promontorium Sacrum», por diversas tribus de lusitanos, de estirpe principalmente céltica

El Estrecho de Gibraltar, con anchura mínima de poco más de 14 kilómetros, permite el paso entre los dos mares, y en él siempre hay buques a la vista. La proximidad del Norte de Africa al Sur hispano es-

tablece analogías climatológicas y fisiográficas entre ambos países, de tal modo que gran parte de España es de características africanas.

El enlace pirenaico con el conjunto europeo y el influjo marino del mar Cantábrico, en amplia zona septentrional hispana, originan analogías climatológicas y fisiográficas con la Europa atlántica, caracterizadas por lluvias estivales, abundante vegetación arbórea y campos verdes todo el año; en contraste con las características de los países de influjo africano-mediterráneo, de sequía estival, predominio del matorral de Cistáceas y de Labiadas y cambio veraniego del verde de la pradería por el amarillo de los secos pastizales. Circunstancias especiales de altitud y disposición del relieve forman regiones centrales de contrastes térmicos exagerados entre máximas estivales y mínimas invernales, con climas de tipo continental, como el de ciertos territorios asiáticos. En otras comarcas, la casi constante sequía y la litología margosoyesífera originan formaciones esteparias, alcarrias y espartales, tal como el «Spartarium Campus» de los romanos, en el Suroeste peninsular.

Hispania, como país peninsular, tiene gran extensión de costas, predominando la morfología acantilada respecto a la de playa, aunque éstas son también numerosas y extensas en algunos segmentos litorales. El litoral hispano es abundante en puertos naturales, excelentes bahías y profusos puertos pesqueros de pequeño tamaño.

La situación casi insular de la Península hispana, con su gran extensión de costas, variedad morfológica de éstas y profusión de accidentes litorales y abundancia de puertos naturales, conjuntamente con las especiales y complejas disposiciones de la orografía y del relieve, y de la distribución litológica, originan variedad de territorios con características diferentes respecto a fisiografía y a vegetación. Todo lo cual hace que sea fundamental de la naturaleza del país hispano la complejidad y variedad de sus regiones dentro de un marco general de unidad. Resultando de todo ello que el conjunto peninsular viene a ser a modo de un minúsculo continente.

### *Características del relieve hispano*

La característica más saliente del solar hispano; en cuanto se refiere a orografía y relieve, es lo montañoso y abrupto, con extensiones intercaladas de llanuras relativamente amplias (fig. 270). Otra característica topográfica es la gran elevación de la mayor parte del conjunto peninsular, resultando en este respecto el país de mayor altitud media de Europa, pues sólo el nudo orográfico suizo le supera; de tal modo que ninguna de las montañas europeas, salvo los Alpes, alcanzan la altitud del Mulhacén (3.481 m.) y del Veleta (3.430 m.) en Sierra Nevada; ni la del



Vasconia arranca la ancha zona de serranías y altas parameras del Idúbeda, con arrumbamiento general de Noroeste a Sureste, prolongado por Aragón y Valencia hasta terminar en el Mediterráneo por la montañosa península alicantina de los cabos de San Antonio y de la Nao. Ancha zona orográfica la del Idúbeda que la describe el geógrafo griego Estrabón como territorio alto, áspero, fragoso y pobre, habitado por los rudos celtíberos e iberos.

Entre el Pyrene y el Idúbeda está la llanura del Ebro, que no llega al mar porque la interrumpen las Catalánidas, montañas que forman la

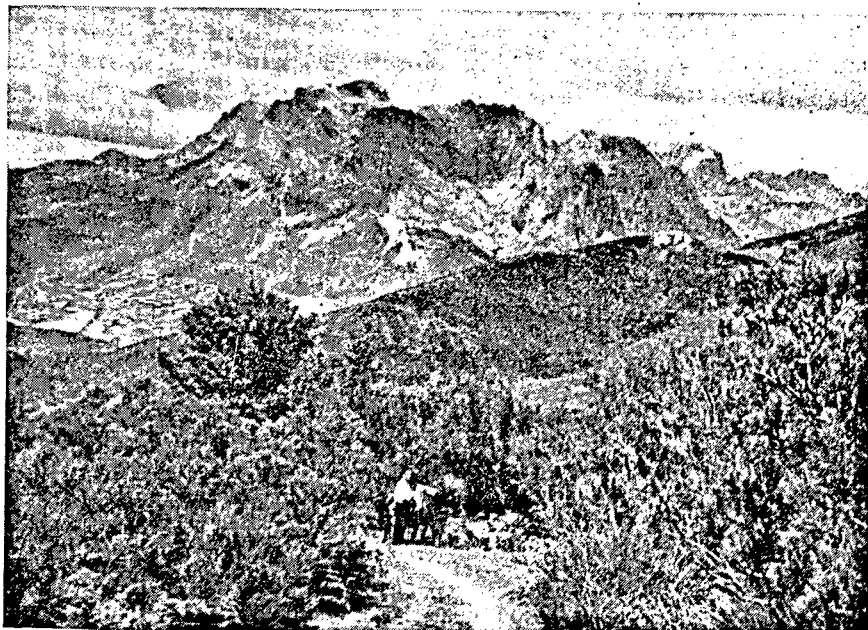


Fig. 272.—El macizo montañoso de Peña Santa, en la Cordillera Cántabro-asturiana, visto desde el Sur, en el collado de Valdeón.

(Foto Hernández-Pacheco, 1941.)

genuina Cataluña, que transversas a las dos alineaciones mencionadas, van desde la terminación oriental del Pirineo, en situación litoral, a unirse al Idúbeda por los fragosos puertos de Beceite.

El Sur hispano, desde la península de los cabos de San Antonio y de la Nao al Estrecho de Gibraltar, está constituido por la extensa serranía de la Cordillera Bética, la Orospeida de los geógrafos de la época romana.

De las altas parameras del Idúbeda arranca y se prolonga hacia el Oeste, formando la columna vertebral de la Península, la alta Cordille-



ra o Serranía Central hispana, dividida en segmentos, a modo de eslabones de cadena o de vértebras del espinazo orográfico, del que es segmento más occidental la portuguesa Sierra de la Estrella, que los romanos denominaron Montes Herminios. Tal alineación orográfica de la Cordillera Central o Castellanolusitana establece separación entre las dos mitades del conjunto hispano. La del Norte, donde está la altiplanicie del Duero, y la del Sur, donde está la llanura Carpetana.

Una ancha serranía, situada inmediatamente al Sur del Tajo, se extiende desde el centro peninsular, hacia el Oeste, por la mitad occidental de España: son los Montes de Toledo. Territorio en extremo frágoso, cuarcitoso y áspero, que se prolonga meridionalmente al Sur del Guadiana y se enlaza con la Sierra Morena. Al Este de tal serranía, al Oeste del Idúbeda y al Norte de la Cordillera Bética, está la altiplanicie de la Mancha, que se une por el Norte con la llanura carpetana.

La Sierra Morena termina meridionalmente por un escalón, que constituye el denominado por los geólogos «borde frontal de la Sierra Morena», accidente geoclástico que hizo que a lo largo del plano de fractura el terreno descendiese en la vertical y quedase más bajo que la otra parte, la cual quedó en alto. A la parte en alto corresponde la llanura de la Mancha, las serranías y penillanuras de los Campos de Calatrava y las zonas septentrionales de las provincias de Córdoba y Sevilla. La parte hundida es el valle bético o llanura del Guadalquivir, río que marcha adosado, en gran trayecto de su curso, al borde bajo del escalón geológico. La existencia de tal desnivel topográfico fué advertido por los romanos, que denominaron «Saltus Castulonensis» al paraje en que tal accidente geológico establece paso más fácil y corto, que es el de Despeñaperros, de extraordinaria importancia geoestratégica, y donde se han realizado hechos de armas decisivos en la historia de España.

La llanura Bética o del Guadalquivir está claramente limitada por el borde frontal de la Sierra Morena, y del otro lado por el borde de las serranías de la Cordillera Bética, mediante otro accidente geológico.

El tercio occidental peninsular, o sea: Galicia; Portugal; el territorio zamorano-salmantino, al Oeste del meridiano de Zamora y Salamanca; casi toda Extremadura y la provincia de Huelva, y el Norte de las de Córdoba y Sevilla son territorios de penillanura (fig. 273).

El concepto geológico de penillanura debe entenderse como un país de formación orogénica antigua y de intenso relieve montañoso, que en el transcurso sucesivo de varias épocas geológicas de estabilidad orogénica ha experimentado la continuada actuación destructora de las acciones erosivas de las intemperies multimilenarias y de los cursos fluviales destruyendo los relieves en actuación perpetua de desgaste topográfico,

conducente a la transformación del país montañoso en llanura de arrasamiento geológico. En tal proceso quedan formando cerros y montañas islas las porciones constituidas por roquedos duros y resistentes, los cuales destacan en la planicie de arrasamiento. Tal es el caso de formación de las penillanuras extremeñas y las portuguesas del Alentejo y de la Beira, por ejemplo.

Si durante el proceso de penillanuración descrito el terreno experimenta en bloque un lento movimiento de basculación, o sea, epirogé-

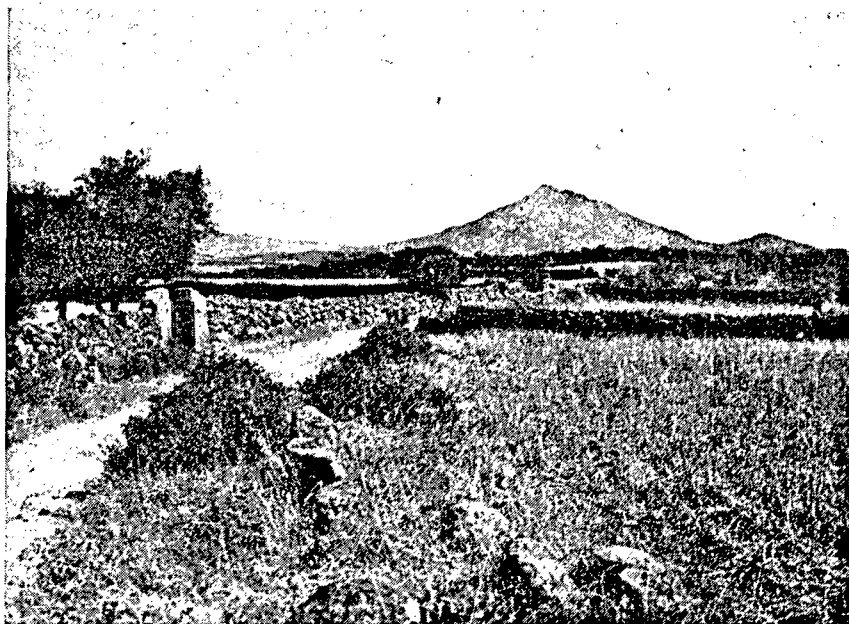


Fig. 273.—La sierra granítica de Santa Cruz, en la penillanura cacereña, vista desde el Sur.

(Foto Hernández-Pacheco.)

nico, se forma nueva red fluvial, modificándose la antigua y los ríos nuevos en erosión remontante del valle, se hunden en gargantas profundas; y si es junto a la costa, el mar, por consecuencia de la basculación del terreno, penetra e invade los antiguos valles. Hay un rejuvenecimiento del relieve, el cual, sin levantamiento orográfico alguno, se hace más áspero y quebrado y el territorio adquiere características morfológicas de montañoso. Tal es el caso de las penillanuras de Galicia y de parte de Portugal al Norte del Duero.

La concepción geográfica del siglo XIX, de supeditar en absoluto la distribución orográfica a la de la red fluvial, es errónea en gran parte,

pues en muchos casos es patente el desacuerdo que existe en nuestra Península entre relieve y red fluvial, siendo frecuente que los ríos hispanos atraviesen las supuestas cordilleras Ibérica, Oretana, Mariánica, etcétera, y penetren entre ellas. Ocurre en diversos casos que ni siquiera existen algunas de las pretendidas cordilleras, tal como la Mariánica, que es simplemente el escalón geoclástico que hay entre la penillanura de Sierra Morena y la llanura más baja del Guadalquivir.

Así, por ejemplo, el Ebro en su primer tramo no sigue la depresión de la Bureba por la que se desciende de la altiplanicie castellana a la baja llanura aragonesa, sino que encajado entre las asperezas de los montes cantábricos sale al gran valle ibérico, del que es el eje. Río que para llegar al Mediterráneo ha tenido que atravesar y aserrar en hondos congostos las escarpadas montañas litorales de las Catalánidas.

El Júcar sale de las altas parameras y serranías de los Montes Universales, en el Idúbeda, con rumbo al Atlántico, dirección que abandona en plena llanura manchega, torciendo el curso, y desciende por hondos congostos de las montañas levantinas a salir a la plana costera valenciana y desembocar en el Mediterráneo.

El Guadiana es río en extremo anómalo, estando su curso en total desacuerdo con la pretendida relación entre cuencas fluviales y alineaciones de cordilleras. El Guadiana está formado de retazos de ríos más viejos. Uno de sus tramos, desde Alarcos, cerca de Ciudad Real, avanza entre las fragosidades de los Montes de Toledo, camino al Tajo, del que era uno de sus afluentes al final de la época pliocena, y alcanzado por otro río en erosión remontante de su cabecera fué captado por éste, que es el actual tramo del Guadiana extremeño, el cual alcanzó al de los Montes de Toledo, en el Portillo de Cijara, se le incorporó y llevó sus aguas por otro camino al Atlántico, no quedando del río captado, entre el citado sitio y el Tajo, sino los cascajos y aluviones antiguos.

El conjunto peninsular presenta como núcleo del relieve la denominada Meseta Central, formada por dos extensas altiplanicies: al Norte la de Castilla la Vieja, con altitudes comprendidas desde los 750 a 1.000 metros, recorrida como eje por el Duero. Al Sur, la de Castilla la Nueva, con 150 metros de altitud media menor que la anterior, a lo largo de cuyo borde meridional tiene su cauce el Tajo. Entre una y otra altiplanicies castellanas se alza la Cordillera Central o Castellanolusitana (figs. 274 y 275).

La altiplanicie del Duero es la más amplia llanura española; viene a ser como la plaza de armas del castillo hispano. Bastiones de montañas la circundan: dando frente al Cantábrico la alta y escarpada cordillera Cántabro-Asturiana, de cumbres nevadas gran parte del año. Por el Este, las serranías celtibéricas y las parameras sorianas. Por el Oeste,



Fig. 274.—El Pisuerga en la altiplanicie del Duero, vista desde el borde alto del páramo de Cabezón (Valladolid).

(Foto Hernández-Pacheco, 1923.)



Fig. 275.—El cerrillo de San Blas, en la llanura carpetana, inmediato a Madrid.

(Foto Hernández-Pacheco, 1915.)

las montañas de León y Zamora y el hondo foso de los Arribes del Duero fronterizo. Por el Sur, los segmentos montañosos de la Cordillera Central.

Tres pasajes a modo de entradas a la fortaleza castellana presenta la altiplanicie del Duero. Un portillo es el del Sureste, en la paramera soriana, donde el Duero describe su curva para penetrar en la llanura de Castilla, paraje en donde están las ruinas de Numancia; entrada que tuvo que forzar la obstinación romana para ocupar y romanizar la llanura celtibérica. Otra entrada está en el Noroeste: es la de la Bureba, pasaje de la baja llanura del Ebro a la altiplanicie burgalesa, cuya ocupación, cerrando el paso, por Sancho VI de Navarra, motivó la guerra, continuada por su hijo Sancho el Fuerte contra los reyes de Castilla y de Aragón. Un tercer portillo es el del Suroeste, con la plaza fuerte, a modo de cerrojo, de Ciudad Rodrigo; comunicación geoestratégica entre Castilla y Portugal, de gran importancia durante las campañas napoleónicas.

Carácter general a las planicies hispanas de importante valor geoestratégico es estar rodeadas de extensas zonas de serranía. Únicamente la del Guadalquivir se abre ampliamente al mar, situación que en la guerra de la Independencia constituyó defensa eficaz del Gobierno nacional bloqueado en la bahía de Cádiz.

### *Las tres Hispanias litológicas*

Atendiendo a la constitución litológica del solar hispano, o sea, a la clase de material pétreo de que está formado el terreno, se observa la distribución de tales materiales en tres grandes conjuntos territoriales, cada uno con características especiales propias y diferentes de los otros dos (fig. 276).

Esta distribución del solar hispano en tres conjuntos de preponderante constitución litológica especial tiene gran importancia, pues de ello se derivan determinadas condiciones del territorio que se refieren a las formas del relieve, a los tipos de paisaje, a la composición del suelo agrícola, a la vegetación silvestre y cultivada, a las particularidades agrícolas y ganaderas, condiciones económicas y riqueza natural del país, modalidades del vivir y distribución de la población; y por tal conjunto de características naturales, a la geoestrategia del territorio.

Los tres tipos de materiales litológicos correspondientes a dicha distribución litológica del ámbito peninsular, son: a) Materiales en los que la sílice y los minerales silíceos son los fundamentales en la constitución del terreno y de sus roquedos. b) Minerales y rocas en los que la cal es

la sustancia química fundamental. c) Terrenos en los que la arcilla es la materia mineral que prepondera y les da carácter.

Estos tres grupos de suelo y roquedo, están distribuídos en el ámbito hispano, formando tres grandes extensiones geográficas del conjunto peninsular, a las que hemos denominado, respectivamente: La Hispania silíceea. La Hispania calcárea. La Hispania arcillosa. Las cuales están

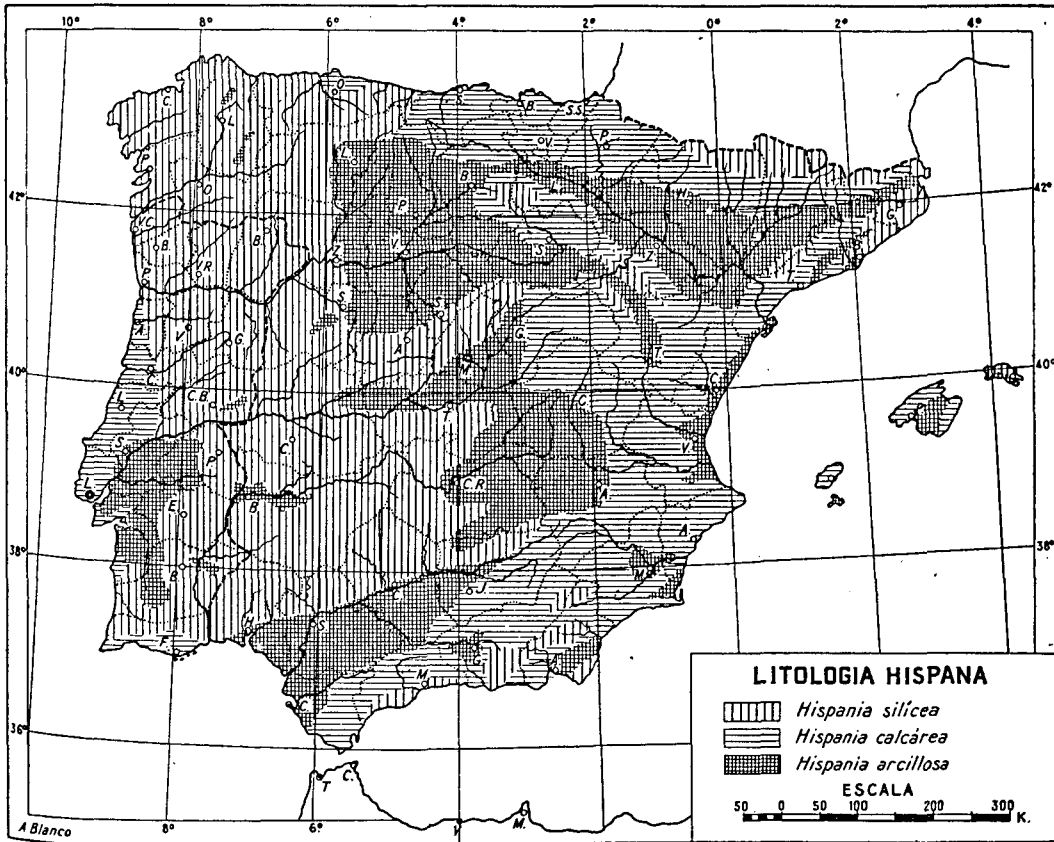


Fig. 276.—Distribución litológica en el ámbito hispano.

coordinadas con la distribución orográfica y del relieve; teniendo cada uno de los grandes conjuntos litológicos, que forman el solar hispano, condiciones y características especiales geoestratégicas, que ejercieron influjo patente en la guerra de la Independencia.

La *Hispania silíceea* está formada por grandes extensiones lapideas, en las que el cuarzo es el mineral fundamental en asociación con otros minerales silíceos, formando el granito, los neis y las pizarras estratocristalinas. Corresponden a esta litología el conjunto territorial de Galicia, de Portugal, al Norte del Duero; la cordillera Central en sus segmentos

de las serranías de la Estrella, Gredos, Guadarrama y Somosierra ; extensos territorios en la mitad meridional de Portugal, de Extremadura y Norte de las provincias de Córdoba y Sevilla (fig. 277).

En la Hispania silícea lo que no es granítico o estratocristalino arcaicozoico, corresponde a los terrenos geológicos del Paleozoico inferior, en dos tipos fundamentales de rocas : las duras y resistentes cuarcitas, que forman relieves de erosión, y las pizarras silíceas. Pertenecen a esta constitución de la Hispania silícea : las Asturias Occidentales,



Fig. 277.—La Pedriza del Manzanares, en la Cordillera Central, Sierra de Guadarrama, al Norte de Madrid. Terreno de constitución granítica.

(Foto Hernández-Pacheco.)

Montañas de León y Zamora, Montes de Toledo, Campos de Calatrava, Sierra Morena, Extremadura, el Alentejo y Huelva.

El tercio occidental de la Península corresponde a la Hispania silícea, y, salvo las serranías citadas en el epígrafe anterior, constituye la gran extensión de las penillanuras occidentales del conjunto peninsular ; territorio de penillanuras silíceas que se libertó totalmente de la invasión napoleónica, al terminar el primer trimestre de 1812 ; mucho antes que las demás zonas territoriales hispanas, correspondientes a la Hispania calcárea y a la Hispania arcillosa.

La *Hispania calcárea* es muy diferente de la silícea, no tan sólo por

sus características litológicas, sino en otros muy diversos aspectos de la naturaleza. Está constituida fundamentalmente por los materiales litológicos formados a expensas del carbonato cálcico, sustancia química natural que equivale por su importancia y desarrollo al que tiene la sílice en los territorios indicados del solar hispano.

En relación con la edad geológica de los terrenos componentes de la Hispania calcárea, son éstos más modernos que los de la Hispania silíceo, pues en términos generales corresponden, una cierta parte, al

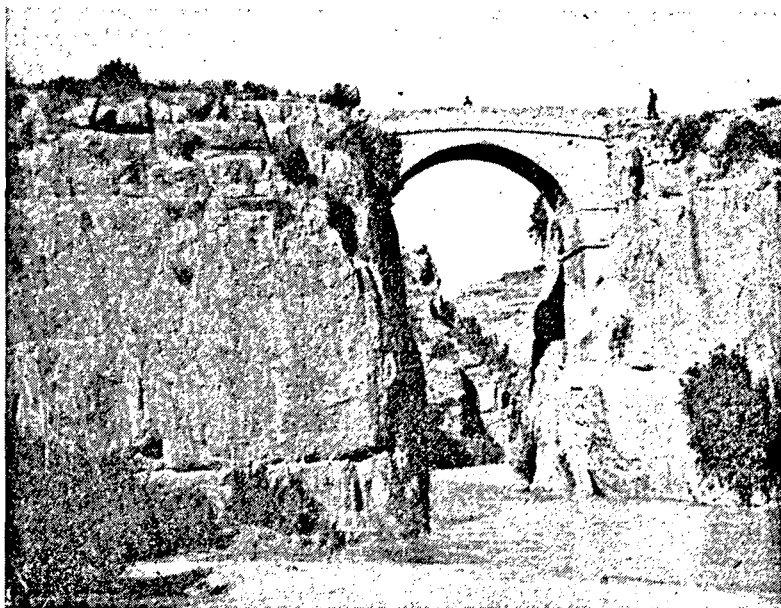


Fig. 278.—Serranía valenciana de constitución calcárea. El puente de los Carriles sobre el Turia, en término de Chelva (Valencia).

(Foto Hernández-Pacheco.)

Paleozoico superior, y, en su gran mayoría, al Mesozoico y primeros tiempos del Neozoico, y, en todo caso, de origen marino.

Los roquedos y terrenos de la Hispania calcárea, presentan dos modalidades litológicas: Una consolidada, coherente y rocosa, constituyendo las calizas propiamente dichas, más o menos marmóreas. Otra terrosa, deleznable, con mezcla en mayor o menor proporción de arcilla, formando las margas. Generalmente calizas y margas se presentan en alternancias estratigráficas. Las calizas, al ser atacadas por las acciones erosivas, originan formas abruptas y roquedos escarpados en el paisaje; mientras que las margas forman vallonadas y barrancadas; y el conjunto de ambos materiales relieves abruptos y paisajes escabrosos (fig. 278).



Ocupan los terrenos calcáreos amplias zonas en la mitad oriental peninsular, dibujando el conjunto de la Hispania calcárea un a modo de Z invertida, de la que el trazo superior está formado por la banda subpirenaica y prepirenaica, desde el Mediterráneo al Cantábrico; con gran amplitud en Vasconia, Cantabria y Asturias Orientales. El trazo oblicuo de la Z cruza la Península de Noroeste a Sureste, desde el macizo montañoso cantábrico, por la ancha extensión de serranías celtibéricas e ibéricas del Idúbeda (Burgos, Soria, Zaragoza, Teruel y Valencia) a perderse en el Mediterráneo; por la península alicantina de los cabos de San Antonio y de la Nao. El tramo meridional de la Z calcárea hispana se prolonga hacia Poniente, con arrumbamiento ENE a WSW, desde la península alicantina al Atlántico, formando la cordillera Bética, principalmente el subsistema orográfico subbético, al Norte del Genil; avanzando por la serranía de Ronda, hasta el Estrecho de Gibraltar, y por las montañas rocosas meridionales de España.

La Hispania calcárea es en su conjunto país de serranías; de roquedos abruptos, barrancadas escabrosas, congostos fluviales, altos tajos, formas topográficas en mesa y muelas; territorios quebrados, ásperos y laberínticos; boscosos en unos parajes; de desnudos peñascales, en otros; de alcarrias y de guájaras.

Los territorios de la Hispania calcárea apenas fueron invadidos por las huestes napoleónicas, en los que nunca dominaron. Sirvieron de refugio a los españoles; fueron parajes de reorganización y de preparación para los ataques, que hacían precaria la ocupación de las plazas fuertes y el dominio circunstancial de las llanuras.

La *Hispania arcillosa* comprende las altiplanicies centrales castellanas, a las que nos hemos referido: la de Castilla la Vieja o del Duero (fig. 279); la Carpetana, o del Tajo, y la de la Mancha. A éstas deben añadirse otras menores: la del valle del Guadiana medio, formado por los ensanches Sereniano y Augustano en la penillanura extremeña; la zona litoral de la Plana costera Valenciana, y la porción litoral del Alentejo, al Sur del bajo Tajo y en la cuenca del Sado.

Todas estas llanuras tienen, como origen, la formación, en las épocas geológicas del Terciario, de áreas de depresión, y su relleno por depósitos de aluviones y cienos procedentes de los terrenos altos que las circundaban. Casi todas son de origen terrestre y de relleno por arrastres fluviales. La del Ebro en su principio es de formación marina, mediante grandes albuferas en las que se concentraban las aguas del mar y se originaban los depósitos salinos cálcicos, sódicos y potásicos; seguida de otra fase de depósitos terrestres, terrígenos y yesosos. La llanura del Sado es de formación en parte marina y en parte terrestre. La del Guadalquivir, totalmente de origen marino. Pero en todas el

mecanismo de su formación es, en esencia, el mismo: la colmatación, del área deprimida, por aportes arrastrados del exterior. Después, cuando quedaron cegadas las depresiones y el país peninsular se elevó en masa, comenzó un nuevo ciclo de erosión geológica, y las cuencas rellenas adquirieron sus actuales características topográficas.

Las llanuras de la Hispania arcillosa fueron los territorios de los grandes hechos de armas de la guerra de la Independencia. De las batallas campales de Ríoseco y de Bailén, en 1808. De las de Uclés, Medellín, Talavera y Ocaña, en 1809. De la invasión del valle del Guadalquivir y comienzo del asedio de Cádiz, en 1810. De la batalla del Cerro del Puercu, cerca de Chiclana, y de la batalla de la Albuera, en 1811. De la batalla de los Arapiles, en 1812.

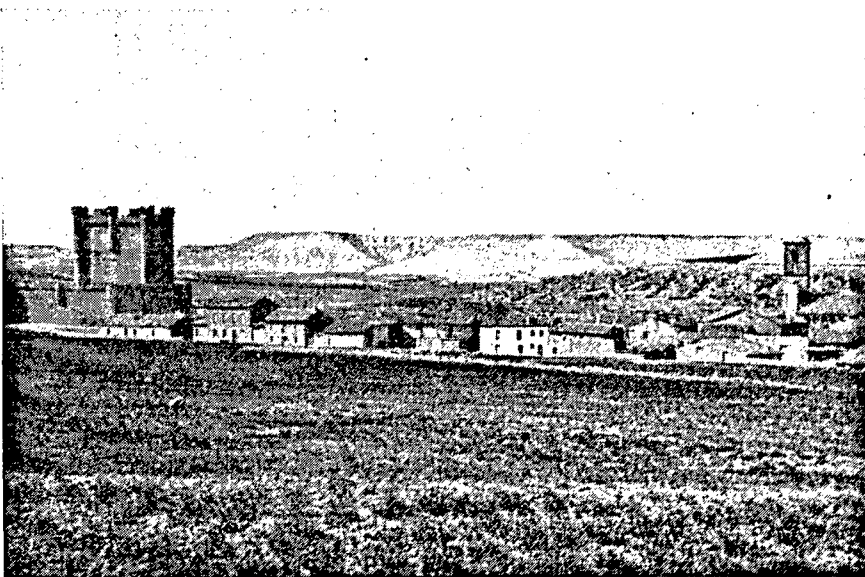


Fig. 279.—Fuensaldaña (Valladolid), en la altiplanicie castellana de constitución margoso-arcillosa.

(Foto Hernández-Pacheco, 1923.)

#### PRIMERA FASE DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (1808)

##### *Levantamiento nacional.*

La revolución nacional y guerra de la Independencia tiene como antecedentes inmediatos la trama política de Napoleón, respecto a las dos naciones hispanas, manejando para sus fines imperialistas la desatinada

ambición de Godoy, del que era agente secreto Eugenio Izquierdo, aparente Director del Real Gabinete de Historia Natural, con pingüe sueldo y domicilio en tal museo, situado en la calle de Alcalá; cargo que le permitía, sin infundir sospechas, hacer frecuentes viajes a París. Consecuencia de tales manejos fué el tratado de Fontainebleau, del 27 de octubre de 1807, pertinente a la desmembración de Portugal; en virtud de la cual, recibiría, en soberanía, Godoy el Alentejo y el Algarve.

Siguieron a este acontecimiento los relativos a las intrigas y manejos del príncipe Fernando contra su padre y contra Godoy; la discordia entre los miembros de la familia real; el contubernio del favorito y la reina María Luisa, ante la mansedumbre de Carlos IV; los sucesos familiares del Escorial entre el rey y el príncipe; el motín de Aranjuez, etc.

Mientras tanto, las tropas imperiales, con la aquiescencia del gobierno español, pasaban la frontera y se desparramaban por el ámbito hispano, ocupando las capitales de las dos naciones y las principales plazas fuertes y ciudades de situación estratégica.

A las tropas imperiales invasoras de Portugal, mandadas por el mariscal Junot, se incorporó la división española mandada por el general Carrafa; penetraron por Alcántara y ocuparon Castello Branco y la zona derecha del Tajo. De Badajoz partió la división del marqués del Socorro, que se apoderó de Elvas y ocupó el Alentejo y el Algarve, y consultó su entrega al gobierno de Lisboa. El general Taranco con su división, atravesó el Miño por Valencia y se situó en Oporto. Los historiadores portugueses, y, entre los españoles, el conde de Toreno, hacen notar los atropellos de la soldadesca napoleónica con la población portuguesa y la moderación de los soldados españoles. La familia real partió para el Brasil el 29 de noviembre de 1807. Al día siguiente entró Junot en Lisboa.

En coordinación con la invasión del ámbito peninsular, salió de España, reclamado por Napoleón, un ejército de 14.000 hombres, al mando del marqués de la Romana, que el emperador acantonó en Dinamarca, para utilizarle oportunamente en las guerras contra los países europeos. Con tal actuación, Napoleón atendía a la consecución de dos fines, en su proyecto de apoderarse del conjunto hispano: desguarnecer la Península y acrecentar sus ejércitos para su plan de dominio de Europa.

En cada una de las capitales de las dos naciones peninsulares, se estableció un mariscal del imperio napoleónico: en Madrid, el mariscal Murat, jefe supremo de España. En Lisboa, el mariscal Junot, al que otorgó el título de Duque de Abrantes, jefe absoluto de Portugal.

Junot suprimió la regencia nombrada por el príncipe Don Juan; de-

signando otra, bajo su presidencia personal. Para allegar fondos sequestró los bienes de la familia real fugitiva, y de personas notables; impuso una contribución extraordinaria, exorbitante. Y para evitar posibles subversiones nacionales, concentró las dispersas fuerzas militares del país, y formando con ellas una división de cerca de 10.000 hombres, la envió a Francia, al mando del marqués de Alorna, para recrecer los ejércitos imperiales y dejar al territorio portugués desprovisto de fuerzas nacionales. Gran parte de tal contingente desertó y se difundió entre la masa popular del país.

La familia real española por su propia torpeza, la ineptitud del gobierno y de los consejeros aúlicos, y las argucias de Napoleón y del mariscal Murat, llegó a ser concentrada en Francia, quedando cautiva del emperador, que nombró rey de España a su hermano José Bonaparte. El desposeído Fernando VII se sometió y aduló de modo indigno y vergonzoso a Napoleón. Godoy acabó por comprender que sus ambiciones y falsías habían sido utilizadas en beneficio ajeno y que el viento se había llevado sus aspiraciones al hipotético reino del Sur de Portugal.

Entonces se produjo en Madrid la actuación subversiva del 2 de mayo de 1808, seguida de la desmesurada y despiadada represión sangrienta, ordenada por Murat, que no produjo el acobardado sometimiento del pueblo español, sino el levantamiento nacional contra los ejércitos napoleónicos invasores, y el comienzo de la guerra de la Independencia.

Las noticias de los sucesos de Madrid corrieron rápidamente por todo el ámbito hispano: encontrando al conjunto de la población nacional predispuesta a la protesta activa, por lo disconforme con los anteriores acontecimientos políticos y con la actuación del gobierno; siendo general la rebelión contra los invasores y el dominio de España por los extraños. Tiene significación del sentir colectivo lo anecdótico de la célebre y conocida comunicación del alcalde de Móstoles, obra del Secretario del Almirantazgo Juan Pérez Villamil, residente entonces en la citada localidad, inmediata a Madrid; mensaje singular que rápidamente, de pueblo en pueblo, llegó pronto a los confines meridionales de España, el cual decía: «La patria está en peligro; Madrid parece víctima de la perfidia francesa; españoles, acudid a salvarle.—Mayo 2 de 1808.—El Alcalde de Móstoles.»

#### *Rebelión de las fuerzas militares españolas en Portugal.*

Las noticias de los sucesos de España y del levantamiento nacional llegaron a Portugal y a conocimiento de las fuerzas militares españolas que, a desgana, guarnecían las ciudades y plazas portuguesas, cundien-

do entre ellas la rebelión y el deseo de abandonar la causa que con repugnancia defendían, y regresar a la patria para coadyuvar en la guerra de liberación, lo cual pusieron en práctica aquellos soldados, cundiendo, con su ejemplo, la rebelión en el pueblo portugués.

Las tropas españolas estaban distribuídas en diversidad de plazas del territorio portugués, tanto al Norte en la cuenca del Duero, como en las del Mondego y Tajo, y en el Sur por el Alentejo y el Algarve, siendo los mayores contingentes los de Lisboa y de Oporto.

Tan pronto se sublevó Badajoz, la junta allí nombrada envió al oficial Moreti a que se avistase con el general Carrafa y disponer el regreso de las divisiones españolas, lo cual presentaba la dificultad de lo distribuído de las fuerzas militares, y haberse percatado los mandos franceses del deseo unánime de los soldados españoles de regresar a su nación.

En Oporto, creyendo sujetar mejor a los españoles, los pusieron bajo el mando del general francés Quesnel. Al saberse el levantamiento de Galicia, los españoles en audaz golpe de mano prendieron al citado general con todo su estado mayor y escolta, el 6 de junio de 1808, emprendiendo las tropas el regreso a España. A continuación de este episodio comenzaron las sublevaciones del territorio al Norte del Duero, dirigidas por el obispo San José de Castro, rebeliones que se corrieron a la Beira.

En Lisboa y territorios del centro de Portugal se procedió por las autoridades militares con el engaño de acceder a la repatriación de los destacamentos e individuos que los solicitasen; a los que desde el local de concentración para el supuesto embarque, después de desarmarlos se les enviaba prisioneros a los pontones. Según refiere el conde de Torreno «mil doscientos que se hallaban en el Campo de Ourique, se negaron a pasar al convento de San Francisco como se les previno, dieron por último en el lazo, cuando creyendo sincero el proyecto de embarcarlos para España, se presentaron en el Terreiro do Passo, y se vieron envueltos de pronto por tres mil franceses, que arrancándoles las armas, los condujeron a los pontones del Tajo».

Unidades enteras se retiraron a España, con armas y bagajes; como el regimiento de dragones de la Reina, al mando del marqués de Malaspina. Lo mismo aconteció con el regimiento de caballería de María Luisa, juntamente con gran número de soldados, principalmente murcianos y valencianos, que emprendían la marcha para Extremadura por el camino al Sur del Tajo. Una fuerte columna salió en su persecución, alcanzándoles en Pezoes, a unos 40 kilómetros de Lisboa, a la cual hicieron cara presentando combate, retirándose los perseguidores sin atreverse a atacarlos.

En el litoral del Algarve se produjeron sublevaciones contra los franceses en Faro, capital de la región, el 16 de junio de 1808 y coordinada con semejante revolución, en la inmediata localidad marítima de Olhão, a donde para reducirla acudió el coronel francés Manansin con fuerzas de Faro. En esta ciudad se constituyó junta de defensa, que se convino con la de Sevilla, cesando las desaveniencias entre españoles y portugueses, motivadas por haber, los primeros, desmantelado las fortificaciones de Castro Marín, situado en el estuario del Guadiana, frente a Ayamonte. Habiendo quedado casi desguarnecido Faro los sublevados de la ciudad capturaron al jefe militar de la plaza, el general Maurin, al que en unión de otros prisioneros, se les condujo a un navío inglés. El coronel Manansin, con las tropas francesas abandonó el Algarve, y por Mértola y Beja, ciudad que saquearon, marchó a incorporarse a las divisiones de Kellermann que operaba en el Alentejo.

*Combates del Bruch y primeros sitios de Gerona.*

Ante el levantamiento general hispano contra el invasor, iniciado en Madrid el 2 de mayo de 1808, dispuso Napoleón la consolidación de los territorios invadidos y la ocupación de las ciudades importantes con valor estratégico que no lo estuviesen, de las planicies centrales hispanas, del litoral cantábrico, del Levante peninsular, del valle del Ebro y de Andalucía. Los hispanos respondieron, con la resistencia y el ataque, comenzando los combates y batallas en diversidad de localidades del ámbito peninsular (fig. 280).

En cumplimiento de las órdenes napoleónicas, en los primeros días de junio de 1808, desde Barcelona, que estaba ocupada con gran guarnición, se destacó una columna de 4.000 hombres al mando del general Schwartz, para guarnecer a Zaragoza. La expedición se detuvo un día en Martorell por causa de un gran aguacero, demora que aprovecharon los habitantes de Igualada y de Manresa para concertarse, tocando a somatén las campanas de los pueblos de la comarca, a cuyo son se movilizaron armados los somatenes, situándose convenientemente en las escabrosidades del Bruch, acometiendo en los breñales a la columna que avanzaba con el poco orden que permitía lo fragoso del terreno. Atacada por todas partes, se oyó lejano el acompasado redoble del tambor, con ruido cada vez más próximo, por lo que el jefe de la expedición militar, recelando la llegada de tropas regulares, dió prudentemente orden de retirada en evitación de mayores males, replegándose la vanguardia al cuerpo de la columna y retrocediendo ésta a Barcelona. No era contingente militar de línea el que acudía en socorro de los somatenes, sino

el de San Pedor, cuyo jefe, el tamborilero de esta localidad, guiaba a la fuerza de su mando batiendo marcha en su instrumento músico.

La plaza de Gerona sufrió dos sitios en el año 1808, fracasados ambos por el denuedo y valentía de los habitantes y guarnición de la ciudad. En primero de junio del citado año, salió de Barcelona el general Duhesme con siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de arti-



Fig. 280.—Mapa de los más importantes hechos de armas comprendidos en la primera fase de la guerra de la Independencia (1808).

llería, contingentes que después de vencer resistencias en Mongat y en Mataró, llegaron ante Gerona el día 20, acometiendo inmediatamente a la plaza, defendida por sus habitantes y una guarnición de unos 300 hombres de infantería y algunos artilleros al mando del teniente real Julián Bolívar, siendo rechazados los asaltantes con grandes pérdidas. El 21 de junio de 1808, en noche sin luna, se lanzaron los sitiadores a escalar el muro, consiguiendo apoderarse de un baluarte, trabándose en la oscuridad combate muy mortífero, rechazándose y arrojándose al

foso a los atacantes. Al clarear el día se vió que el enemigo, levantando el sitio, se había retirado.

Duhesme, buscando el desquite, salió de Barcelona para Gerona con 6.000 hombres, abundante artillería y aprestos para tomar la ciudad. Fué retrasado en su marcha por violentos ataques en el camino de la costa, llegando ante Gerona el 24 de julio de 1808, incorporándosele desde Figueras el general Reille con nueve batallones y cuatro escuadrones. Duhesme recibió de Bayona orden de retirarse, que no obedeció creyendo serle fácil con los potentes medios que contaba, apoderarse rápidamente de la plaza. Pero ésta resistió valientemente el bombardeo, reparando y defendiendo los sitiados las brechas producidas, y haciendo una impetuosa salida en la que desmantelaron algunas baterías y arrollaron a los sitiadores, por los que éstos levantaron el sitio retirándose el 16 de agosto de 1808.

#### *Fracasadas expediciones a Valencia.*

El mariscal Murat envió desde Madrid a ocupar Valencia al general Moncey con 8.000 hombres. Llegado a Cuenca dispuso sus fuerzas para el avance por el difícil paso de las Cabrillas, donde suponía encontraría oposición, como efectivamente encontró. Vencida ésta el 20 de junio de 1808, siguió por Buñol, sufriendo algunos ataques en el camino, llegando ante Valencia el 27, intimando la rendición de la ciudad. Negada ésta atacó por diversos sitios, especialmente a la batería de Santa Catalina y a las puertas de Cuarte, haciéndole los valencianos en los combates del 28 gran número de bajas. Ante la fuerte resistencia y las dificultades experimentadas en el camino, que le dieron a conocer el estado de levantamiento general del país, se retiró al amanecer del 29; franqueó el puerto de Almansa constantemente hostigado, y el 2 de julio de 1808 llegó a Albacete, donde recibió orden de regresar a Madrid.

Con la misma finalidad de ocupar Valencia se destacó de Barcelona otra columna al mando del general Chabran, que llegó hasta Tarragona; ordenándosele que retrocediera a la capital de Cataluña, sufriendo en el camino diversidad de ataques y pérdidas, especialmente en Vendrell y Arbós; saliendo Duhesme a proteger la retirada, entrando juntos en Barcelona el 12 de junio de 1808.

La guarnición de Barcelona reducida a 4.000 hombres, casi todos italianos al mando del general Lecchi, visto lo infructuoso de las salidas, temiendo el ataque de los somatenes y la sublevación de la ciudad, se encerró en el castillo de Monjuich.



*Combate de Cabezón y batalla de Ríoseco.*

En Castilla la Vieja mandaba en jefe el ejército español el general Gregorio Cuesta. El mariscal Bessieres había establecido su cuartel general en Burgos y el general Lassalle con una división reforzada se le incorporó en Dueñas, avanzando para ocupar Valladolid. Cuesta les salió al encuentro en el puente de Cabezón, sobre el Pisuerga, cerca de dicha ciudad, disponiendo el general español sus fuerzas tan desafortunadamente, que el 12 de junio de 1808 sufrió gran derrota, sin apenas bajas de los franceses, quienes se adueñaron fácilmente de la capital castellana (fig. 281).

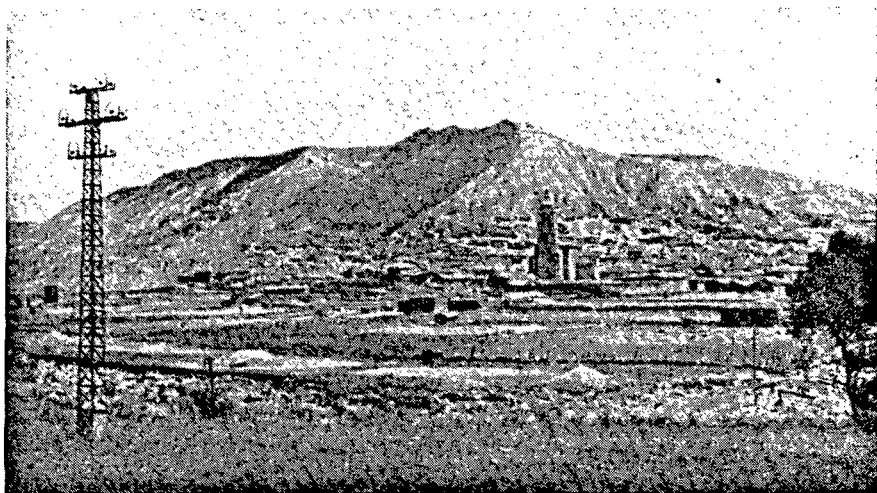


Fig. 281.—El pueblo de Cabezón (Valladolid), al pie del páramo y en la margen izquierda del Pisuerga. Vista desde la margen derecha del puente.

(Foto Hernández-Pacheco, 1951.)

Cuesta se retiró a Medina de Ríoseco, ciudad al Noroeste de Valladolid, situada entre dos amplios y llanos páramos. Consiguió tozudamente y con órdenes violentas, que la Junta de Galicia le enviase del ejército, que en el Bierzo y en el puerto del Manzanal defendía la región gallega, a su jefe el general Blake con división numerosa. Sin hacer caso alguno de las opiniones del competente Blake, situó Cuesta las fuerzas en el páramo, al descubierto y sin apoyo suficiente de la escasa caballería que tenía, esperando el ataque por el camino de Valladolid. Las fuerzas francesas de Bessiéres se presentaron por el camino de Palencia, hacia donde Blake, previsor, había salido durante la noche

del 13 al 14 de julio de 1808. Cuesta montó a caballo cuando al salir el sol llegaba el ejército enemigo con abundante caballería.

Las posiciones españolas se daban la espalda y estaban distantes una de otra. Bessiéres maniobró en forma que se interpuso entre los dos cuerpos del ejército español. El de Blake resistió las primeras acometidas, y aunque una brillante carga de carabineros y de guardias de corps logró apoderarse de una batería francesa, la gran masa de caballería de Bessiéres batió en el páramo y desorganizó a las tropas españolas que con grandes pérdidas cedieron el campo. Los de Cuesta fueron más fácilmente vencidos y la caballería enemiga se ensañó en los fugitivos por el páramo sin resguardo alguno.

Cuesta se retiró a León perseguido por Bessiéres, abandonó de noche la ciudad y se trasladó a Salamanca, quedando los franceses con el dominio de la altiplanicie del Duero. Blake se dirigió a Benavente, y por la penillanura occidental de Zamora, regresó al Bierzo, donde reorganizó sus tropas defensoras de los pasos a Galicia.

#### *Primer sitio de Zaragoza.*

En el valle del Ebro operaban los generales franceses Lecébvre y Verdier, a quienes se oponía con el ejército aragonés Palafox, que operaba en junio de 1808 en el valle del Jalón, importante afluente al Ebro por la margen derecha. Palafox fué derrotado en Epila y Lecébvre avanzó el 14 de junio a posesionarse de Zaragoza, ciudad que podía considerarse abierta, pues estaba circunvalada por débiles muros de mampostería y tapial; defendida únicamente por unos 300 soldados, con muy pocos cañones, sin artilleros.

Los zaragozanos se aprestaron a la defensa y resistieron las repetidas y tenaces acometidas, y los diversos asaltos de las potentes y numerosas fuerzas sitiadoras, defendiéndose con terrible ardimiento calle por calle, casa por casa y habitación por habitación. En los últimos días de junio se unió a los sitiadores el general Verdier con 3.800 hombres, treinta cañones de grueso calibre y morteros de bombardeo, destruyendo en gran parte la ciudad; continuando la resistencia, combatiéndose entre las ruinas y rechazándose los asaltos generales. El 8 de julio consiguió entrar en Zaragoza Palafox con fuerzas auxiliares y recibirse algunos refuerzos de diversas partes del valle del Ebro. El 13 de agosto de 1808 recibió Lecébvre orden de levantar el sitio e incorporarse al ejército de José Bonaparte que había abandonado Madrid a consecuencia de la victoria española de Bailén. El mismo día llegaba en socorro de la ciudad una división procedente de Valencia.

*Bailén.*

En junio de 1808 el ejército francés al mando del general Dupont avanzó por Andalucía, ocupando el 7 a Córdoba, ciudad que a pesar de no haber hecho resistencia formal fué saqueada. Incomunicadas las fuerzas napoleónicas de Andalucía con Madrid, en donde se había instalado José Bonaparte y desconfiando Dupont de la actividad organizadora militar de la Junta de Sevilla y de los síntomas de levantamiento general en la comarca cordobesa, resolvió replegarse a la base de Despeñaperros, a Andújar, población situada en la margen derecha del Guadalquivir, en el comienzo de la llanura Bética y junto a Sierra Morena. Llegado a tal posición estratégica, entre Castilla y Andalucía, con un ejército de 8.000 infantes, 5.000 caballos y 500 marinos de la guardia imperial, envió parte de las fuerzas a Jaén, ciudad en la que habían ocurrido algunos alborotos contra los invasores, la cual, como Córdoba, fué saqueada.

Para reforzar el ejército de Dupont, el gobierno bonapartista de Madrid le envió desde Toledo al general Védel con 6.000 infantes, 700 caballos y 12 cañones, incorporándoseles también los destacamentos de la Mancha. Dupont era uno de los generales de más prestigio del ejército de Napoleón y tenía en perspectiva alcanzar el bastón de mariscal por su campaña en Andalucía.

Desde que se inició la revolución y levantamiento nacional, se encargó del mando del ejército de Andalucía el general don Javier Castaños, que atendió inmediatamente a la reorganización de las fuerzas regulares y a dirigir la instrucción, disciplina, armamento e incorporación a filas de la muchedumbre de voluntarios, pudiéndose a fines de junio pasar revista a un ejército de 25.000 infantes y 2.000 caballos, que fué distribuído en tres divisiones, con un cuerpo de reserva: la primera división de granadinos al mando del general Teodoro Reding; la segunda a la del marqués de Coupigny, y la tercera a la del irlandés, de antiguo al servicio de España, el general Félix Jones.

Castaños era un viejo general que no contaba en su historia militar con relumbrantes acciones de guerra; tenía carácter afable y prudente, persuasivo, circunspecto, astuto y sagaz, y con dotes de organizador y de mando. Reding era de origen suizo, españolizado de antiguo, buen táctico y estratega, y mandaba en jefe los cuerpos de mercenarios suizos al servicio de España, según costumbre general en diversas naciones en aquella época, y equivalentes, en cierto modo, a las actuales legiones de extranjeros. En 1809 Reding ocupaba Tarragona y su comarca; en el 25 de febrero sostuvo combate en Valls con las tropas de Saint-Cyr, en

que fué herido, falleciendo en Tarragona el 23 de abril de 1809, de resultas de las heridas recibidas.

En primeros de julio de 1808, organizado el ejército de Andalucía, avanzó por la izquierda del valle Bético hacia Sierra Morena. El día 11 se celebró consejo de generales en Porcuna, acordándose atacar al ejército de Dupont con arreglo al siguiente plan: La división de Reding



Fig. 282.—Características geoestratégicas del territorio correspondiente a la batalla de Bailén (19 de julio de 1808).

se situaría en Jaén y cruzaría el Guadalquivir por Menjíbar dirigiéndose a Bailén. Coupigny pasaría este río por Villanueva de la Reina para sostener por la derecha a la división de Reding. Castaños con la tercera cruzaría el río ayuso de Andújar y atacaría de frente a Dupont. El coronel de la Cruz, al mando de tropas ligeras, formadas por cuerpos volantes y partidas de guerrilleros, pasaría el Guadalquivir por el

puede de Marmolejo, dirigiéndose al Norte por la serranía hacia los pasos de Sierra Morena (fig. 282).

Las características geoestratégicas del territorio en el que se efectuó la batalla de Bailén son las siguientes: Corresponde tal país a la llanura Bética, en su zona septentrional, donde disminuye la anchura del gran valle bético. Estando limitado al Norte por los pasos montañosos de Despeñaperros, cuyas particularidades fueron reseñadas al tratar de la batalla de las Navas de Tolosa. Al Noroeste y Oeste se



Fig. 283.—Aspecto de Sierra Morena al Norte de Andújar y Bailén. Crestones de cuarcitas intercalados entre la formación silúrica de pizarras, originando relieves laberínticos en la cuenca del río Jándula.

(Foto Hernández-Pacheco.)

extiende la amplia comarca despoblada de la serranía del Jándula, formada por cerros pizarrosos y laberínticas y hondas barrancadas (fig. 283). A Levante limita a la llanura del Guadalquivir el borde montañoso de las serranías subbéticas, en donde está Jaén; aumentando la fragosidad del territorio hacia el interior. De estas serranías orientales sale a la llanura del Guadalquivir con arrumbamiento de Este a Oeste, recibiendo su importante afluente, el Guadalimar, procedente de Sierra Morena, que se une al río caudal en Menjíbar, desde donde el gran río andaluz atraviesa la llanura hasta Andújar, siguiendo después la co-

rriente fluvial adosada al borde bajo del escalón frontal de Sierra Morena (fig. 284).

Toda la acción guerrera se realizó en el valle bético, pues, ni en este caso, ni en toda la guerra, las huestes napoleónicas ocuparon, a no ser circunstancial y transitoriamente, las zonas de serranías hispanas, sino las amplias llanuras centrales y periféricas y la gran zona peninsular de penillanuras occidentales.

La parte de llanura bética que se analiza es de topografía muy suavemente accidentada. Geológicamente está formada por terrenos del



Fig. 284.—El Guadalquivir en Menjíbar (Jaén).

(Foto Hernández-Pacheco, 1928.)

terciario marino, principalmente de margas miocenas. En la parte septentrional, cercana a Despeñaperros, la erosión ha barrido la cobertera de terrenos neozoicos y puesto al descubierto la superficie de arrasamiento geológico del substrato, que está formado por margas y areniscas triásicas, pizarras paleozoicas y granitos.

La llanura bética está ocupada principalmente por cultivos cerealísticos y olivares. Las serranías, que la encuadran por Sierra Morena, están cubiertas en su mayor parte por vegetación de matorral, y, en menor grado, por dehesas de encinas y por olivares.

La climatología se caracteriza por dos temporadas de lluvias, que suelen sumar al año unos 600 litros por metro cuadrado. El invierno es templado con pocas mínimas de cero grados. El verano largo, seco

y ardoroso, con máximas que rebasan los 40 grados. Tales características hacen que el Guadalquivir, durante la estación estival, fuese vadeable por diversidad de sitios.

El curso fluvial Guadalquivir-Guadalimar establecía separación entre los dos ejércitos: el invasor, situado al Norte; el español, al Sur. Alineación fluvial que resguardaba al segundo de posibles acometidas del primero; defendiendo imperfectamente a los franceses de los ataques de los españoles, por el superior conocimiento que éstos tenían de la situación de los vados, permitiéndoles tomar las iniciativas para el ataque.

Dupont, que tenía su cuartel general en Andújar, estando falto de provisiones, envió a por ellas, a Jaén, al brigadier Cassagne con cuatro batallones, encontrando en dicha ciudad a las fuerzas de Reding, que les rechazaron obligándoles a retirarse. Para guardar el paso del río por Menjíbar y contener a Reding, salió de Andújar Ligier Belair con una brigada. Pero el 16 de julio Reding pasó la corriente fluvial por el vado del Rincón, atacando por la espalda a las fuerzas francesas, envolviéndolas, las cuales, con gran dificultad, pudieron retirarse a Bailén, saliendo a proteger la retirada el general Gobert, que fué muerto en el combate. Reding, prudentemente, no las persiguió, sino que repasó el Guadalquivir y esperó a que se le uniese la división del marqués de Coupigny.

Por entonces, un cuerpo de tropas ligeras y de guerrilleros, al mando de Valdecañas, se había corrido por la serranía hacia Despeñaperros y sorprendido a un destacamento francés. Ante el temor de que pudieran ser ocupados y cerrados los pasos de la sierra, salieron con sus fuerzas los generales Ligier Belair y Dufur, situándose en Guarroman distante tres leguas al norte de Bailén. A su vez Védel, temiendo que Reding atacara a los dichos generales, salió de Bailén a unirse con éstos, marchando juntos a situarse en la Carolina y en Santa Elena, posiciones aún más alejadas de Bailén.

Mientras tanto, Castaños con su división se acercó a Andújar, situándose en los Visos. Dupont, ante el avance de Castaños, para mejorar sus posiciones y salvar el gran bagaje que, procedente en su mayor parte de Córdoba, constituía gran impedimenta en multitud de carros, se trasladó, en la noche del 18 de julio, a Bailén con el propósito de atacar a Reding, situado entre el ejército francés que se estacionaría en dicha localidad y el de Védel, en la Carolina..

Pero plan semejante fué el de Reding, que consistía en atacar a Dupont, alejado de Védel y situado entre las fuerzas de Castaños, que estaban en los Visos y las atacantes suyas conjuntamente con las del marqués de Coupigny.

Con tales propósitos, los dos ejércitos contendientes se pusieron, el mismo día, en marcha hacia Bailén; pasando, las divisiones de Reding y de Coupigny, el Guadalquivir por Menjíbar. Cuando apenas clareaba el día, del 19 de julio, los dos ejércitos, que no se creían tan próximos, se pusieron en contacto. El campo de batalla situado en las proximidades de Bailén, presenta algunas muy suaves lomas y un pequeño puente a una media legua, al Oeste del pueblo, sobre el Rumblar, corto curso fluvial afluente al Guadalquivir.

Al romper el día las fuerzas de Dupont atacaron por donde estaba la división de Coupigny, que resistió la acometida, y, contraatacando, desalojó de las lomas al enemigo, haciéndolo retroceder al puentecillo. Reaccionando los franceses recuperaron parte del terreno perdido; pero auxiliados oportunamente los españoles por las tropas de Venegas, contraatacaron de nuevo, haciendo replegarse al enemigo.

Al avanzar la mañana la batalla se generalizó en toda la línea con ataques y contraataques. Los coroneles Cruz y Juncar, que dirigían la artillería, consiguieron con la habilidad y precisión de tiro de sus artilleros desmontar las baterías contrarias.

Mientras tanto las fuerzas ligeras de don Juan de la Cruz, que procedentes de Andújar se habían adelantado por el borde de la serranía hacia la base de Despeñaperros, descendieron de Baños de la Encina en la noche del 18 al 19, situándose en el Rumblar, desde donde hostilizaron el flanco izquierdo de Dupont.

Désde la parte de Andújar, Castaños había enviado a Bailén una división reforzada al mando del general Peña, que salió en la mañana del 19. En el camino oyeron el cañoneo de la batalla, y, para anunciar su presencia dispararon algunos cañonazos y aceleró la marcha la columna; pero cuando llegó a media tarde, la contienda guerrera había terminado y se estaba en negociaciones de armisticio.

La batalla adquirió su máxima intensidad en las horas del centro del día. Dupont con sus columnas atacó furiosamente a las baterías españolas, llegando los marineros de la guardia imperial casi a tocar la boca de los cañones, siendo rechazados. Una noria situada en el campo de batalla fué objeto su posesión de tenaces y violentos ataques por parte de los sedientos combatientes de uno y otro bando, en caluroso día de la segunda quincena de julio, caracterizada por máximas termométricas que alcanzan y rebasan los 40 grados.

Cansados y sedientos los combatientes, agotadas las fuerzas francesas por la tenaz resistencia y el continuo combatir, sintiéndose cercados y faltos del auxilio de las alejadas tropas de Védel, y sin salida de la angustiada situación, Dupont solicitó suspensión de hostilidades, proposición que fué aceptada por Reding.



Acordado el armisticio, se envió a guardar el paso de Despeñaperros a una brigada que se estacionó entre Bailén y la Carolina, junto a la ermita de San Cristóbal, situada a la izquierda de la carretera.

Las fuerzas de Védel y de Dufur no asistieron a la batalla, pues, según se ha dicho, estaban en la Carolina y en Santa Elena, guardando el paso de Andalucía a Castilla. Pero, aunque alejados de Bailén, oyeron los cañonazos, partiendo Védel, sin prisa, hacia donde sonaba el ruido. Llegado al paraje de la ermita de San Cristóbal, se le informó del armisticio por un emisario de Reding y por un oficial de Védel que se envió al cuartel general, deteniéndose la columna francesa en las inmediaciones de la ermita, frente y cerca de la brigada española que guardaba el paso.

Pasada media hora en tal situación, una brigada de Védel atacó súbitamente a las fuerzas españolas, que confiadas en el armisticio estaban situadas en la derecha de la carretera, haciéndoles gran cantidad de prisioneros y apoderándose de dos cañones que tenían. Pero las tropas del otro lado del camino, junto a la ermita, reaccionaron encendiéndose general y porfiado combate, hasta que una orden terminante de Dupont hizo cesar la agresión.

No debe culparse a Dupont, ni a Védel, de resignarse al vencimiento sin apurar todos los medios posibles, puesto que, en el ejército del primero, trataron algunas fuerzas de romper violentamente el cerco y reunirse a las de Védel. Este trató de retroceder y abrirse paso por Despeñaperros hacia la llanura castellana, pero hostigado y cercado por fuerzas volantes y de guerrilleros que cual irritado enjambre de furiosas avispas le atacaban, reunió consejo de mandos, en el cual de 23 jefes convocados, tan sólo cuatro opinaron continuar la retirada, sometiendo el general a la opinión de la gran mayoría.

El armisticio se concertó entre Dupont y Reding el mismo día 19 de julio por la tarde, aceptándose la suspensión de hostilidades. Respecto a la proposición de retirarse el ejército francés a Madrid, Reding dejó el caso a la resolución de Castaños, que era el general en jefe. La capitulación se firmó en Andújar el 22 de julio de 1808. Al día siguiente rindió armas el ejército napoleónico, compuesto de 17.641 hombres, entregando las águilas imperiales, 40 piezas de artillería y los caballos. El número de muertos franceses fué de unos 2.000, con gran cantidad de heridos. Las bajas españolas fueron 243 muertos y unos 700 heridos.

El principal artífice de la victoria fué Reding. La mayor falta cometida por los mandos napoleónicos fué distanciarse las divisiones de Védel y de Dufur, hasta la Carolina y Santa Elena, tras un enemigo que no existía. Por parte de los españoles, Castaños y Peña cometieron la falta de detenerse demasiado tiempo en los Visos, ante un enemigo

fantástico, pues se había ausentado, llegando la división de Peña al campo de batalla cuando ésta había terminado.

*Campaña de Portugal.—Convenio de Cintra.*

El gobierno británico, atendiendo a la petición de los españoles y portugueses, dispuso que una expedición preparada en el puerto de Cork, para dirigirse contra las posesiones españolas de América, marchase a Portugal con 10.000 hombres al mando del general Sir Arturo Wellesley (después duque de Wellington), desembarcando en el estuario del Mondego. A esta división se unieron fuerzas procedentes de Gibraltar, al mando del general Spencer; conjunto que se dirigió hacia Lisboa, incorporándoseles en Leiria 1.600 portugueses de la división del general Freire, llegando el ejército anglo-lusitano a Caldas da Rehinha el 15 de agosto de 1808 y uniéndose otros 4.000 ingleses que desembarcaron en la rada de Maceira; estableciéndose Wellington, con el conjunto de todas las fuerzas en Vimeiro, próximo a la rada y situado al Sur de la península de Peniche.

El mariscal Junot salió de Lisboa el 15 de agosto y se estableció en Torres-Vedras, y el 21 de dicho mes de 1808 se avistaron los dos ejércitos en Vimeiro, donde trabaron batalla, teniendo los británicos unas 800 bajas y los franceses cerca de 1.500, pérdida de tres cañones y muerto el brigadier Solignat, replegándose Junot a Torres-Vedras y emprendiendo la retirada hacia Lisboa. Mientras tanto llegó la división del general británico Moore con 10.000 hombres procedentes de Suecia, que desembarcaron en Maceira y se incorporaron a las que mandaba Wellington.

Junot, en camino hacia Lisboa, reunió consejo de generales, y, en vista de los desembarcos de los contingentes de Moore y de los de Sir Haw Dalrymple, procedentes de Gibraltar, estar Lisboa poco guarnecida y temerse el total levantamiento del país, se acordó que el general Kellermann se avistase con los ingleses para concertar un armisticio, proposición que fué aceptada, retirándose Junot a Lisboa, en donde no encontró la población tan alborotada como suponía.

Las negociaciones fueron largas y de mucha discusión, concretándose, por fin, el 30 de agosto en Lisboa las fundamentales condiciones siguientes: *a)* El ejército francés evacuaría Portugal, siendo transportado a Francia con armas y bagajes. *b)* No se molestaría a los franceses establecidos en Portugal, pudiendo abandonar libremente el país, si les convenía. *c)* Se estableció una línea de demarcación entre los dos campos. *d)* Las hostilidades no deberían romperse sin aviso previo de cuarenta y ocho horas.

Se denominó a este tratado «Convención de Cintra» (fig. 285) por haberlo allí ratificado Sir Haw Dalrymple, general en jefe del ejército británico.

No se tuvo en cuenta, para nada, a Portugal ni a los portugueses, ni menos a los españoles, que eran aliados e interesados en la misma causa. No satisfizo el convenio, ni al gobierno ni al pueblo inglés, que comparaba las condiciones del Convenio de Cintra con el resultado de la capitulación de Bailén, pues lo que les interesaba no era haber quedado Portugal libre de enemigos, sino haberse accedido al transporte

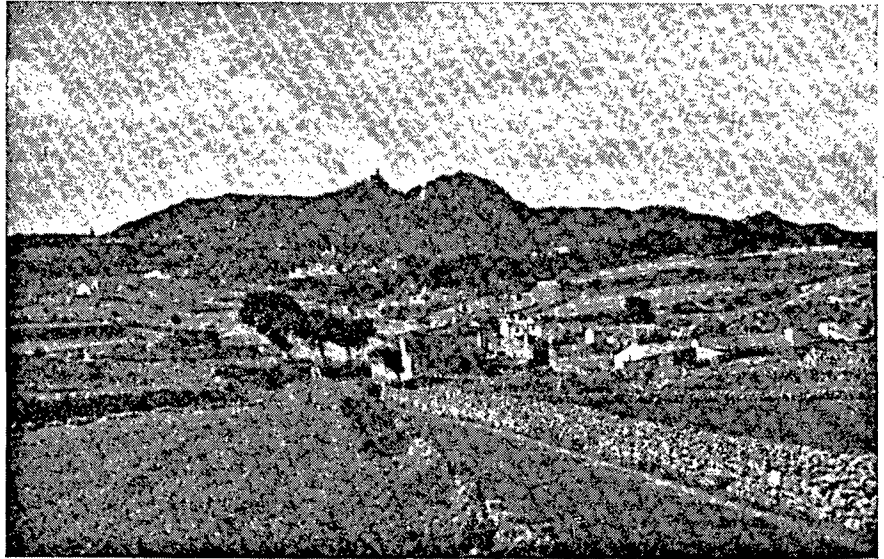


Fig. 285.—La sierra granítica de Cintra, en la comarca de Lisboa; vista desde el Norte.

(Foto Hernández-Pacheco, 1935.)

de las fuerzas vencidas a Francia, aptas para poder continuar la guerra contra Inglaterra.

Cuando a mediados de septiembre de 1808 los 22.000 franceses, que quedaban de los 29.000 que entraron en Portugal, fueron embarcados para Francia, y los 3.500 prisioneros españoles, que estaban con anterioridad en los pontones, lo fueron para los puertos de la desembocadura del Ebro, donde desembarcaron, fué restablecida en Portugal la regencia del príncipe don Juan, y disueltas las Juntas populares.

La situación de los ejércitos franceses, en el conjunto hispano, al finalizar el verano de 1808, era en extremo precaria; pues todo el país estaba evacuado de invasores, excepto parte de la zona del Noreste

peninsular, al norte del Ebro, y aún en ésta, en retirada hacia la frontera pirenaica. Había terminado victoriosamente la primera fase de la guerra de la Independencia.

## SEGUNDA FASE DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (1809)

### *Napoleón en España.*

Ante la situación de la guerra en Hispania al finalizar el verano de 1808, Napoleón decidió dirigir, en el país, personalmente la campaña con potente ejército, para conseguir rápidamente el total sometimiento de España y Portugal, venciendo en la Península a los ingleses, sus más odiados enemigos. Para tales efectos reorganizó y acrecentó las fuerzas que en ella operaban, completándolas con un conjunto de 200.000 infantes y 50.000 caballos, constituido en gran parte por batallones y escuadrones, procedentes de los países europeos sujetos a su dominio, principalmente polacos, alemanes e italianos, formando parte de las fuerzas expedicionarias la división de la guardia imperial, y cuerpos de veteranos al mando de los más destacados mariscales del imperio, vencedores en famosas batallas. Realizados los preparativos, el 25 de octubre de 1808, dirigió al Cuerpo legislativo de Francia el siguiente mensaje: «Parto dentro de pocos días a ponerme yo al frente de mi ejército, para coronar con la ayuda de Dios, en Madrid, al rey de España y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa» (fig. 286).

Napoleón entró en España el 4 de noviembre de 1808 y se detuvo en Burgos. El conde de Belvedere, que con fuerzas españolas operaba en la región, cometió la insensatez de presentar combate en la llanura de Gamonal, inmediata a Burgos, al general Lasalle que mandaba fuerzas mucho más numerosas que las suyas, siendo fácilmente derrotado. Napoleón, con la mira puesta en la corte de Viena, de la que estaba receloso, aprovechó la ocasión, y exagerando la importancia de la batalla, la dió gran publicidad y la presentó como triunfo personal suyo, decisivo de la suerte de España.

El emperador permaneció en Burgos hasta el 22 de noviembre, esperando que sus mariscales, combatiendo lateralmente hacia el valle del Ebro y hacia el Oeste en la altiplanicie del Duero, le desembarazasen el camino. Se detuvo unos días en Aranda de Duero, y, expedito el paso, avanzó hacia Madrid para pasar la Cordillera Central, que separa a las dos Castillas por el puerto de Somosierra, el de mejores condiciones estratégicas para un ejército que avanzaba de Norte a Sur.

El paso montañoso estaba defendido por escasas fuerzas, teniendo

en cuenta la potencia del invasor, y bien artillado en lo alto del camino, pero sin importantes obras de defensa, teniendo la carretera un gran tramo casi recto (fig. 287). Las baterías fueron atacadas violentamente por escuadrones de lanceros polacos y de cazadores de la guardia imperial, que fueron rechazados con mortífero fuego; consiguiendo, en oleadas sucesivas de repetidas cargas, apoderarse de los cañones y franquear



Fig. 286.—Mapa de los más importantes hechos de armas comprendidos en la segunda fase de la guerra de la Independencia (1809).

el paso a la infantería, persiguiendo la caballería a los vencidos hasta Buitrago. Napoleón, libre de obstáculos el camino, avanzó, llegando el 2 de diciembre de 1808 a Chamartín, en las afueras de Madrid, ocupando para su alojamiento el palacio del Infantado.

Madrid, ciudad abierta, estaba casi desguarnecida, pero la masa popular, enfervorizada de patriotismo, había abierto zanjas y levantado barricadas en las puertas de la villa y calles principales de entrada; aspillero las tapias del Retiro, y montado en este paraje algunas baterías.

El general Senarmont batió con 30 cañones las tapias, abriendo anchos boquetes y se apoderó del palacio del Retiro, del Observatorio astronómico del cerrillo de San Blas y de la fábrica de porcelana; auyentando a los defensores de la parte alta de las calles de Alcalá y de Atocha, donde estaban las zanjas y barricadas.

Napoleón tenía gran interés, por motivo de su política internacional, de no ocupar la capital de España venciendo violentamente su resistencia, sino aparecer recibido pacíficamente; por lo cual, con irritada paciencia, envió a la Junta de defensa dos intimaciones consecutivas. A



Fig. 287.—El puerto de Somosierra en la Cordillera Central, entre la provincia de Madrid y la de Segovia. Vista desde el Norte.

(Foto Hernández-Pacheco.)

la tercera recibió a los comisionados de ésta, a los que amenazó con entregar Madrid a la furia de sus tropas. La Junta, atemorizada, cedió y cesó la resistencia; los vecinos fueron desarmados, y las tropas napoleónicas ocuparon la ciudad. Pero Napoleón tan sólo entró en la capital un día muy de mañana, para visitar, por curiosidad, el palacio real, mostrando interés en ver el retrato de Felipe II, al que contempló largo rato.

La ocupación, nuevamente de Madrid, por el invasor, con la consiguiente desaparición de las altas autoridades nacionales hispanas, las derrotas militares en la altiplanicie del Duero y la retirada de fuerzas militares para reorganizarse en lugares alejados de los frentes, produjeron

un estado de desconcierto en la masa del país, que en algunas localidades originó actos tumultuosos de indisciplina y desórdenes violentos del populacho dirigido por forajidos y maleantes surgidos de los bajos fondos sociales. Breve período de desconcierto, que fué sustituido en todo el conjunto nacional por deseo unánime de reorganización y de espíritu combativo contra el invasor.

La Junta Central se congregó en Sevilla, donde fué recibida con gran entusiasmo, acelerándose la organización de las fuerzas militares, y, ante los reveses, surgió en el espíritu público el deseo del desquite.

#### *Retiradas estratégicas de Blake y del conde de Alacha.*

Ante la enorme potencia del ejército napoleónico, integrado por contingentes de diversidad de naciones europeas, las columnas de tropas españolas procuraron retirarse hacia el Sur, a las penillanuras occidentales, o resguardarse en las ásperas serranías celtibéricas e ibéricas.

El general Blake, con gran parte del ejército de Galicia, estaba situado en posiciones bien escogidas en Zornoza (Vizcaya), resguardando la amplia zona septentrional peninsular, correspondiente a Vizcaya, Cantabria y Asturias (fig. 288).

El mariscal Lefebvre, desde Durango, con divisiones muy reforzadas le atacó el 31 de octubre, retirándose Blake ordenadamente a Bilbao, y, desde allí, a Valmaseda; desde donde, en la noche del 4 de noviembre de 1808, salió en socorro de dos de sus divisiones que habían quedado aisladas, regresando con ellas a Valmaseda, localidad que encontró ocupada por las tropas del general Villatte, a las que atacó y obligó a abandonar un cañón y dos carros con equipajes, capturando, además, 40 prisioneros.

Los mariscales Lefebvre y Victor, con 50.000 hombres, atacaron a los 30.000 del general español. Este, falto de víveres y de vestuario, decidió retirarse a Espinosa de los Monteros (Burgos) en la serranía, donde se avitualló. Una división que había quedado en Valmaseda para proteger la retirada, no pudiendo incorporarse al grueso del ejército, se dirigió a la costa de Santander. Otra división situada en Sopena, atacada por fuerzas muy superiores, tampoco pudo incorporarse, retirándose a la Nestosa, en las montañas santanderinas.

Al entrar Napoleón en España aumentó las fuerzas de los mariscales que perseguían a Blake, hasta componer un conjunto muy superior al de éste. El mariscal Victor le atacó el 10 de noviembre, resistiendo Blake dicho día y el 11, habiéndose pasado la noche del 10 al 11 sobre el campo de batalla; pero equipos de excelentes tiradores franceses dejaron muertos o fuera de combate a la mayoría de los jefes españoles, especial-

mente a los de la división asturiana, la cual, desconcertada y sin suficientes mandos, abandonó las posiciones y se disgregó por las asperezas del valle de Pas, produciendo alteración en otros cuerpos; decidiendo

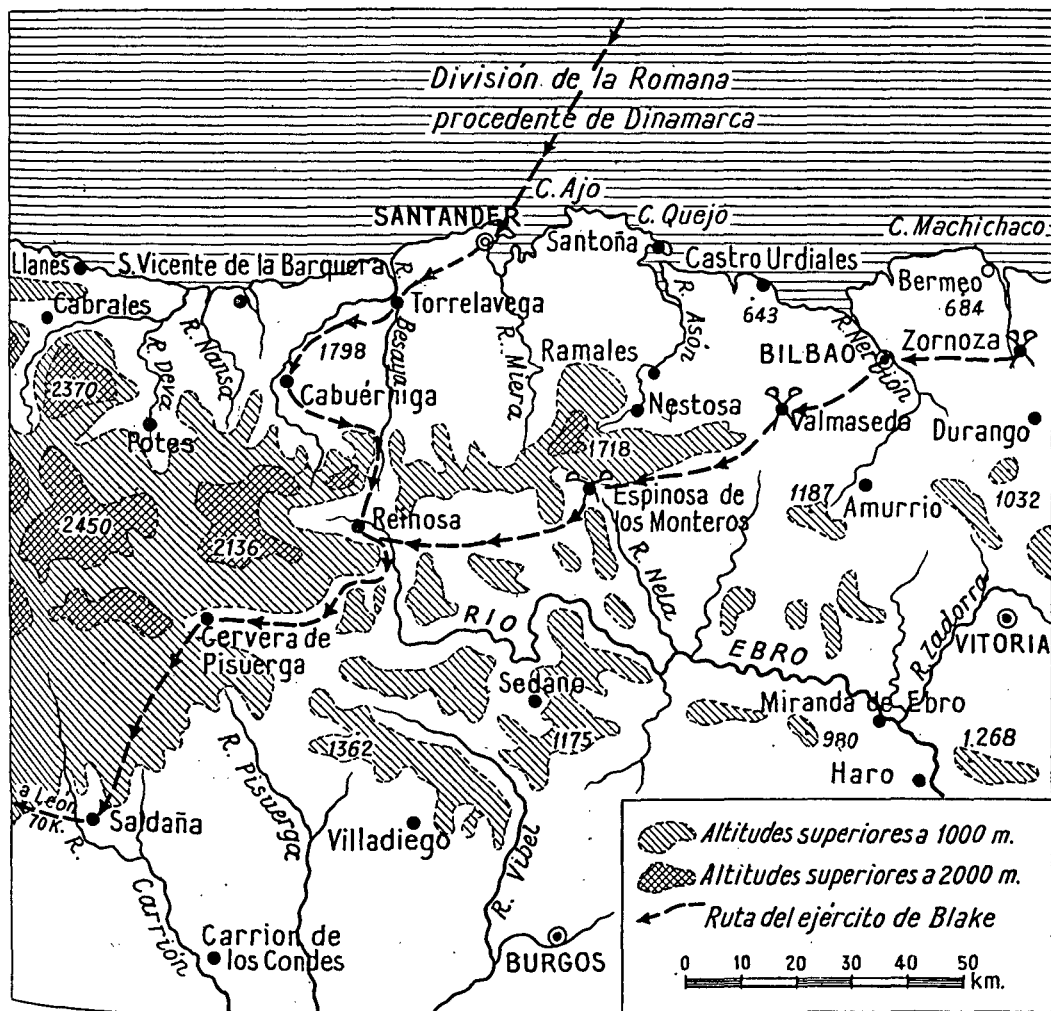


Fig. 288.—Retirada estratégica del ejército de Blake, de Vizcaya a León, a través de las serranías cantábricas.

Blake retirarse a Reinosa, en los orígenes del Ebro, donde tenía el parque de artillería y los depósitos de avituallamiento.

Para no quedar cortado por la división de Soult, que se acercaba, determinó Blake enviar, por delante, la artillería a León, siguiendo el camino de Saldaña, situado junto al Carrión, en la base de los páramos



septentrionales de la altiplanicie castellana, por terreno llano, próximo al borde de la cordillera cántabro-asturiana, avanzando la columna de infantería y caballería por las asperezas montañosas cantábricas. Al al-

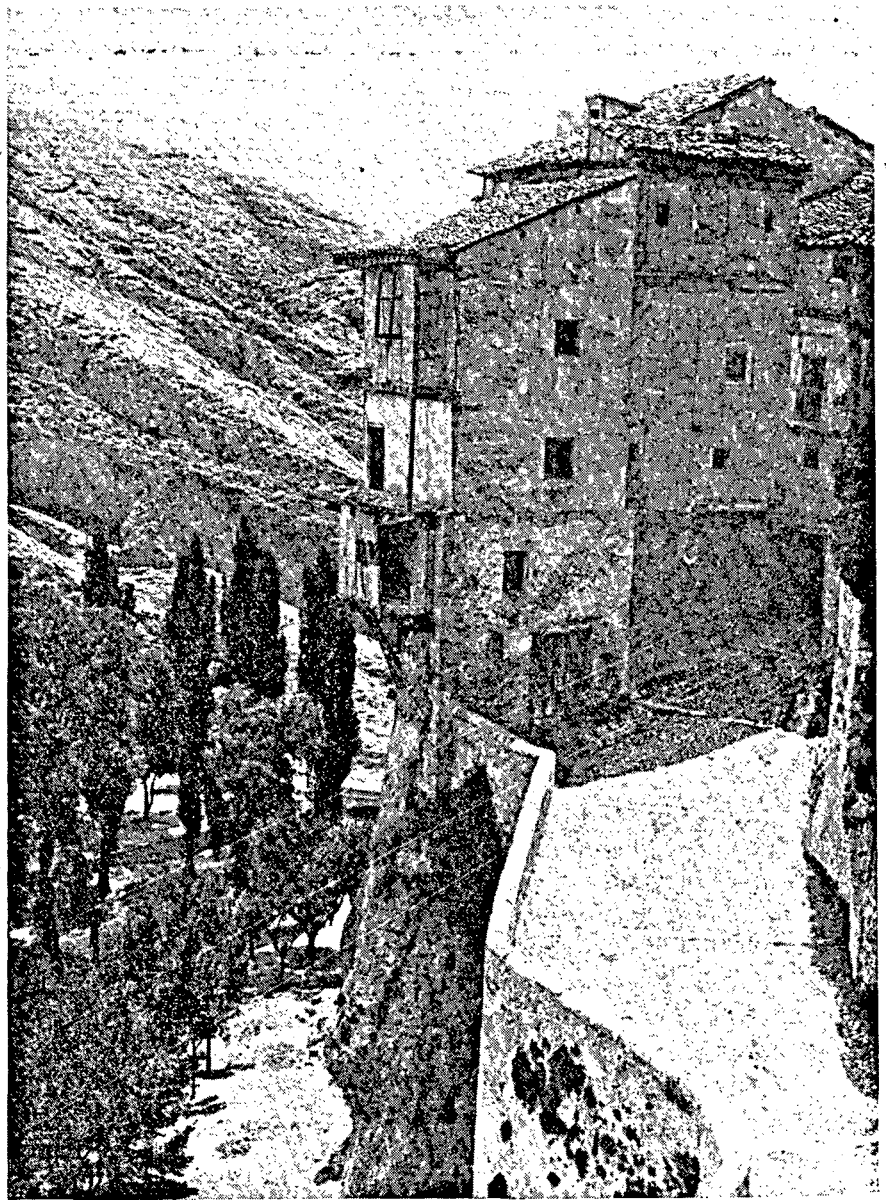


Fig 289.—Vista parcial de Cuenca, situada en el borde occidental de las serranias ibéricas.

(Foto Hernández-Pacheco.)

canzar la cabecera del valle de Cabuérniga se le unieron las tropas del marqués de la Romana, que procedentes de Dinamarca habian desembarcado en Santander; llegando Blake a León el 24 de noviembre de 1808 con 15.930 soldados y 508 oficiales, en donde entregó el mando al marqués de la Romana, retirándose él a Galicia llamado por la Junta, que le remitió comunicación en extremo laudatoria.

La retirada de Blake por terrenos montañosos e inhóspitos, figura en los tratados técnicos de milicia como ejemplo de pericia, estrategia y organización.

En Cuenca se habían refugiado diversidad de tropas residuales del ejército del Centro, por constituir esta ciudad, estratégicamente situada en el borde de la serranía, sitio adecuado para reorganización, por no adentrarse en los territorios serranos las fuerzas enemigas, siempre recelosas de las dificultades que para ellos suponía la guerra de montaña.

En la Rioja, gran parte de la división de Cartaojal había quedado aislada, y, para no ser copada, se internó en las ásperas serranías celtibéricas al mando del conde de Alacha; avanzando por éstas, por las altas parameras sorianas y por las serranías ibéricas, durante la fría estación invernal, faltos de ropa y de calzado, y apenas alimentados, pasando en ocasiones muy próximos a las líneas enemigas; efectuando el recorrido de más de 260 kilómetros, en perfecto orden, sin abandonar los bagajes y con un cierto número de prisioneros, que entregaron al llegar a Cuenca (fig. 289).

#### *Regreso de Dinamarca del ejército del marqués de la Romana.*

Napoleón, antes del levantamiento nacional, había conseguido del gobierno de Carlos IV que se le enviase una división de 14.000 hombres al mando del marqués de la Romana; ejército que tenía retenido, con la vigilancia del mariscal Bernardotte, en las islas de Langeland y de Fionia, península de Jutlandia y en Finlandia.

Llegada la guerra, la Junta de Sevilla determinó enviar al oficial de marina Rafael Lobo a Dinamarca, para entrevistarse, si podía, con el marqués de la Romana.

Estando a la vista la escuadra inglesa, el oficial de las tropas españolas cautivas, Antonio Fábreges, se ajustó con dos pescadores, en una barca, con idea de escaparse. Al ver que se acercaba uno de los buques ingleses, obligó a los dos tripulantes, sable en mano, a que se dirigieran al navío, al cual abordó, dando la feliz casualidad que el barco era en el que estaba el oficial Lobo.

Reunidos ambos oficiales planearon la evasión del ejército, poniéndolo en conocimiento del jefe de la escuadra. Fábregues desembarcó, de

noche y disfrazado, en la costa de Langeland, enterando del proyecto de retirada de las tropas al jefe de su cuerpo, pasando después a Fionia a avistarse con el marqués de la Romana.

Resuelto con el jefe español y con el almirante inglés el sitio y modo de efectuar el embarque de las tropas; el 9 de agosto de 1808, las de Langeland se apoderaron de la isla, y el marqués de la Romana de la de Fionia y de la ciudad de Niborg, puerto de embarque. Pero el segundo jefe de la división de la Romana, denominado Kindelán, contrario al proyecto, dió conocimiento de lo ocurrido al general Bernardotte, lo cual ocasionó que algunos regimientos acantonados fuera de las dos islas y destacamentos dispersos en otros sitios de Dinamarca, fueran sorprendidos y desarmados por las fuerzas francesas y danesas. Kindelán delató asimismo al capitán de artillería Guerrero, que estaba con una comisión en el cuartel general de Bernardotte. Guerrero, llevado de su indignación, increpó violentamente, en presencia del mariscal, al delator, de traidor a su patria y de desleal a sus compañeros de armas. Bernardotte, en un impulso generoso de caballerosidad, facilitó la fuga al capitán español y, secretamente, le proporcionó dinero para ello.

El mariscal francés trató por todos los medios de oponerse a la decisión del ejército hispano, pero por no complicar la política internacional europea, no se atrevió a oponerse con las armas.

Venciendo dificultades los nueve mil hombres que habían conseguido libertarse, se congregaron en llanura espaciosa de la isla de Langeland, formando en círculo alrededor de las banderas y estandartes clavados en el centro. Una voz clara, alta y solemne pidió al ejército juramento de ser fieles a la patria, acudiendo a defenderla, y no abandonar las enseñas sino con la vida. Oficiales y soldados extendieron el brazo y el clamor unánime del sagrado juramento vibró potente y sonoro en la amplitud de la nórdica planicie insular.

El 13 de agosto embarcaron para Gotemburgo (Suecia), entonces amiga de España, desembarcándoles el 9 de octubre de 1808 en las costas de Santander. Se ha comparado esta retirada a la de los diez mil, descrita por Xenofonte, pero la incorporación de los españoles a su patria supera a la de los griegos, pues éstos no fueron perseguidos por el enemigo contra el que fueron a combatir, mientras que los hispanos, semiprisioneros en las islas dinamarquesas, tuvieron que evadirse a fuerza de intrepidez, tesón y audacia.

#### *Napoleón y los ingleses. Campaña de Galicia.*

A consecuencia del convenio de Cintra, Portugal había quedado libre de franceses; no habiendo sido invadida Galicia ni las penillanuras oc-

cidentales de Zamora y Salamanca, territorios ocupados por tropas hispanas y por los ingleses al mando de Moore.

Napoleón, buscando el desquite de la derrota de sus tropas en Portugal por los ingleses, decidió mandar personalmente su ejército contra aquéllos, llevando de segundo al mariscal Soult, y se puso al frente de 80.000 hombres, de los que 20.000 eran de caballería. Repasó la cordillera central, en la última decena de diciembre de 1808, por el puerto de Guadarrama, venciendo la dificultad de estar cubierto de nieve y con ventiscas, pernoctando en la casa de postas del Espinar. A las nevadas sucedieron copiosos y persistentes aguaceros que, encenagando los caminos, dificultaron mucho el paso de la artillería por las arcillosas llanuras castellanas.

Ante tan potente ejército, los ingleses, con fuerzas muy inferiores, emprendieron la retirada de Salamanca y de Zamora hacia Galicia, destruyendo todos los puentes y con el desmoralizado ejército saqueando los pueblos del tránsito y cometiendo tropelías. Las tropas del marqués de la Romana se retiraron desde León a Astorga.

Napoleón llegó a esta ciudad, ya evacuada, el 2 de enero de 1809, en donde recibió la noticia de importantes dificultades para su causa en la política europea, especialmente en Austria, por lo que emprendió el regreso a Francia, dejando la dirección de la campaña al mariscal Soult.

El emperador recibió en Valladolid nuevas noticias, que le decidieron a seguir rápidamente para Francia el 17 de enero.

Moore, desde Astorga, continuó la retirada por el camino real del puerto del Manzanal, y por Lugo se dirigió a la Coruña; dejando al cuidado de la Romana la defensa del paso a Galicia por Valdehorras, puerto a la sazón nevado; camino áspero y difícil, en el que perdió la artillería, retirándose a la Puebla de Trives (Orense) al Sur del Sil.

Los ingleses llegaron a la Coruña el 11 de enero de 1809 con las tropas desmoralizadas, no pudiendo embarcar inmediatamente por estar la escuadra en Vigo. Llegados los transportes comenzó el embarque. Pero las avanzadas de Soult aparecieron en las cercanías de la Coruña el 12, deteniéndose el 13 y 14 a reparar el puente volado del Burgo, viéndose Moore en la precisión de presentarles batalla el 16 de enero de 1809, la cual fué porfiada, resultando herido el general Bird y muerto Moore de una bala de cañón que le destrozó el hombro izquierdo.

Las tropas inglesas embarcaron el 17 y el 18 protegidas por los contingentes españoles de la guarnición, que se vieron forzados a capitular el 18. Soult se apoderó del Ferrol el 27, importantísima base naval, que no sirvió de gran cosa a los franceses, pues Inglaterra dominó siempre por mar a Napoleón. El marqués de la Romana con sus tropas se reti-

ró de su base provisional de la Puebla de Trives, y se internó en Portugal.

*Invasión de las llanuras centrales y de Cataluña.*

Dueños los ejércitos napoleónicos de la llanura del Duero, traspasada la Cordillera Central, columna vertebral de la Península, y ocupado

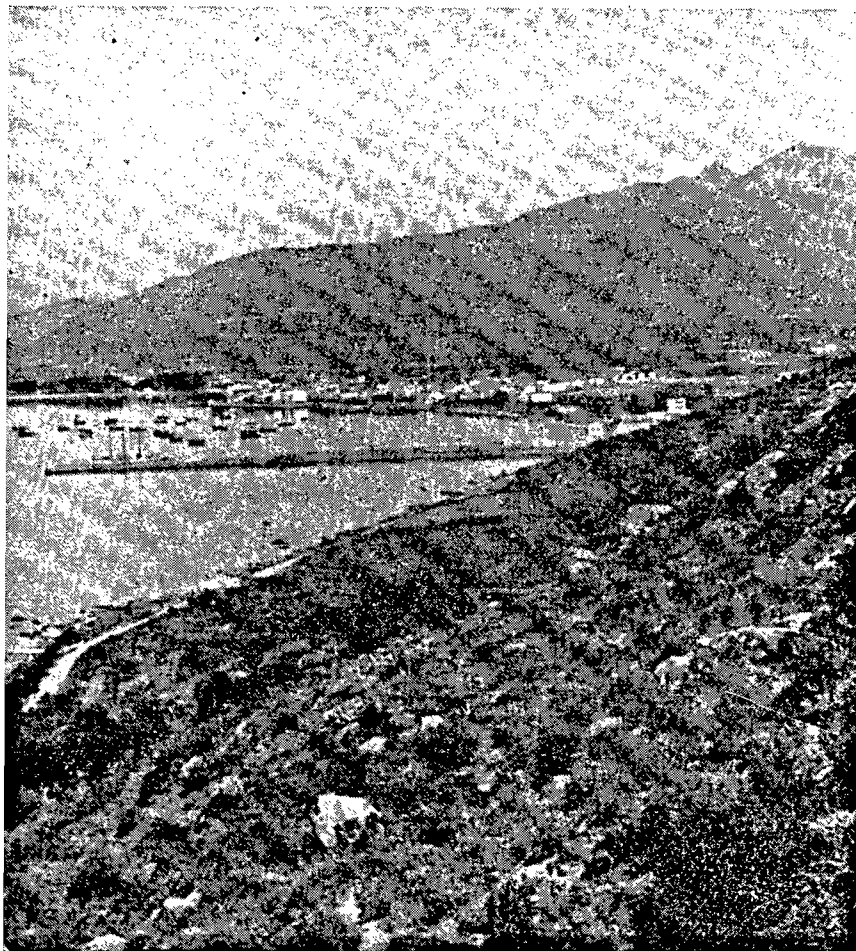


Fig. 290.—Ciudad y puerto de Rosas; vista desde el cerro del Castillo.

(Foto Hernández-Pacheco, 1941)

Madrid; las tropas invasoras se expansionaron por la llanura castellana al Norte del Tajo, avanzando hacia la planicie manchega. El mariscal

Víctor con 14.000 infantes y 3.000 caballos, atacó al Sur del Tajo, a Uclés, villa situada en el comienzo de la Mancha de Cuenca, donde presentaron batalla los 9.000 hombres escasos de las divisiones de Venegas y de Serra, que fueron derrotadas el 13 de enero de 1809, pudiéndose retirar con orden algunos cuerpos al mando de Girón, a los que se incorporaron los fugitivos de la batalla en Carrascosa, localidad inmediata a la serranía de Cuenca.

Las inauditas tropelías y atrocidades que cometieron las tropas victoriosas con los inermes vecinos de Uclés superaron a todas las anteriores. El relatarlas repugna a la sensibilidad y dignidad humana. Tal sistema de querer imponer por el terror produjo, en la guerra de la Independencia, efectos contraproducentes, encendiendo la ira y el deseo de venganza: Paisano con armas que caía en manos de los invasores era inmediatamente fusilado. Destacamento o soldados aislados enemigos, que eran capturados por grupos de campesinos, eran muertos como alimañas. Fué guerra feroz, de sangrientas represalias entre uno y otro bando combatiente.

En Cataluña operó Saint-Cyr con un refuerzo de 25.000 hombres de diversidad de naciones europeas. Partieron de la fortaleza de Figueras, próxima a la frontera, y después de complejos combates, unos favorables y otros adversos, se apoderaron de Rosas el 5 de diciembre de 1808 (fig. 290), y, avanzando hacia el Sur, liberaron a la división de Barcelona, que estaba cercada en la ciudad.

Al comenzar el año 1809 las tropas napoleónicas dominaban en Galicia, en el litoral cantábrico y en Vasconia, en parte del valle del Ebro y en Cataluña, en las altiplanicies castellanas y en la Mancha, en parte de Extremadura y amenazaban a Andalucía. Sumaba el ejército invasor más de 300.000 hombres, que algunos historiadores franceses reducen a algo más de 200.000 útiles, descontando las pérdidas sufridas desde el comienzo de la guerra. Tal masa de combatientes estaba dividida en unidades al mando respectivo de los mariscales Víctor, Soult, Junot, Jourdan, Moncey, Mortier, Saint-Cyr y Bessier, contando la artillería con 2.576 cañones.

Con Gran Bretaña concertó la Junta Central, en 9 de enero de 1809, un tratado de alianza para la guerra contra Napoleón. El delegado del gobierno británico, sir Jorge Smith, pretendió, por encargo de su gobierno, que las tropas inglesas ocuparan de guarnición a Cádiz y a su bahía; a lo que no accedió la Junta, pues el recuerdo de Gibraltar aconsejaba cautela. Al cabo de algunas negociaciones las tropas británicas se instalaron en otro paraje, continuando vigente el convenio estipulado.

*Segundo sitio de Zaragoza y operaciones posteriores en Aragón.*

En el valle del Ebro operó el mariscal Moncey, que derrotó al ejército español en Tudela (Navarra) a orillas del Ebro. Zaragoza, en el centro de la llanura ibera se preparó a resistir al invasor. Palafox, que dirigía la defensa de la ciudad, contaba con 2.800 hombres y 60 cañones. Se recompuso la Aljafería y los conventos de extramuros, poniéndolos en estado de resistencia y uniéndoles al núcleo de la población por caminos cubiertos; se fortificaron las alturas de Torrero; se construyeron reductos y un doble atrincheramiento alrededor de la ciudad; se hicieron cortaduras y barricadas en las calles; se tapiaron puertas y ventanas de los pisos bajos y aspillaron convenientemente los altos, comunicándose las casas por aberturas en las medianerías, y se talaron los árboles de la huerta, destruyéndose las construcciones que pudieran servir de amparo al enemigo. Los vecinos se provieron de víveres para resistir largo asedio, y se esperó con fortaleza de ánimo los acontecimientos.

El 17 de diciembre de 1808 el ejército invasor dispuesto para atacar a Zaragoza, se componía del mariscal Mortier al mando de 18.000 hombres; del mariscal Moncey con 16.000, y del general Lacoste con tren de batir fortificaciones y 60 cañones de sitio, dos batallones de zapadores y uno de minadores. Conjunto de fuerzas que el 20 de diciembre se presentó ante la ciudad, uno por la margen derecha del río y otro por la izquierda, comenzando el sitio, que tuvo las características del anterior.

Salidas violentas de los sitiados causaron grandes daños a los sitiadores. El 10 de enero de 1809 estaban ya destruidos los edificios exteriores de la ciudad, y tras tenaz resistencia en las ruinas, se concentró la defensa en el casco de la población. Comenzó terrible bombardeo, amontonándose las familias en los sótanos; declarándose intensa epidemia, de la que fallecían unas 350 personas diariamente, llegando algún día a 500, dificultando tal mortandad el entierro de los cadáveres, que se hacinaban insepultos delante de las iglesias.

El 22 de enero acudió el mariscal Lanne con tropas de refresco, tomando el mando de los sitiadores. Un parlamentario se presentó proponiendo la rendición a los sitiados, que fué enérgicamente rechazada. Continuó la defensa casa por casa. Se incrementó el sistema de minas, volándose los edificios y combatiéndose en las ruinas causadas por las explosiones, llegando por tal método los sitiadores al Coso, calle principal de la ciudad.

A fines de febrero la guarnición estaba reducida a 4.000 hombres úti-

les de los 28.000 que comenzaron el sitio, enfermado Palafox de la epidemia.

En la noche del 18 al 19 de febrero se reunió la Junta de defensa presidida por el regente de la Audiencia Ric; 26 vocales votaron por entablar negociaciones de rendición, y ocho, entre ellos Ric, por continuar la resistencia. Aceptado el armisticio, al tratarse de las condiciones de capitulación, Lanne dijo: «se respetarán las mujeres y niños». Ric contestó: «eso sería entregarnos sin condiciones a merced del enemigo y en tal caso continuará Zaragoza defendiéndose, pues aún tiene armas, municiones, y, sobre todo, puños». El mariscal se amansó algo, y se concertó la capitulación.

Duró el segundo sitio de Zaragoza sesenta y dos días. Al capitular tan sólo era dueño el enemigo de la cuarta parte de la ciudad, estando casi toda ella destruida; muriendo durante los dos sitios 53.873 personas, cantidad muy superior a la población total en época normal. Las bajas francesas fueron superiores a 8.000.

La ocupación de Zaragoza no dió al ejército invasor el dominio de Aragón, pues la zona alta del valle del Ebro era recorrida por columnas de tropas españolas en coordinación con grandes partidas de guerrilleros que dificultaban grandemente las operaciones de las fuerzas napoleónicas, ocasionándolas importantes descalabros.

Al Sur del Ebro y de Zaragoza operaba Blake con un ejército que tenía sus bases en el Maestrazgo y en el litoral mediterráneo, en Morella, Tortosa y San Mateo. Contra las fuerzas de Blake combatían las del mariscal Suchet, que tenía su base de aprovisionamiento en Zaragoza. Blake derrotó a Suchet, obligándole a retroceder a su base, con pérdida de 800 hombres, y las tropas desmoralizadas e indisciplinadas.

Reforzado con nuevas divisiones el ejército de Suchet, buscó el desquite y atacó a Blake en Botorrita, a una veintena de kilómetros al Suroeste de Zaragoza, el 15 de junio de 1809, perdiendo los españoles gran parte de la artillería, atascada en los barrizales. El día 18 del mismo mes, se volvieron a encontrar ambos ejércitos en la estepa yesosa de Belchite, a unos 40 kilómetros al Sur de Zaragoza, en donde perdió Blake más artillería; retirándose, unos y otros contendientes, a sus bases, con pocas pérdidas de hombres.

#### *Operaciones en la Mancha y Extremadura. Batalla de Medellín.*

A consecuencia de la derrota de Uclés perdió el mando el duque del Infantado, sustituyéndole Cartaojal, que organizó en la Carolina, situada en la base de Despeñaperros, el ejército que se denominó de la Mancha. Tropas de caballería de este ejército, al mando del duque de Albur-



querque, atacaron el 18 de febrero de 1809, cerca de Mora de Toledo, a 500 dragones franceses al mando del general Dijon, derrotándolos, cogiéndoles 80 prisioneros y apoderándose del coche del jefe. Apercibidas, acudieron numerosas fuerzas enemigas, y Alburquerque, prudentemente se retiró a Manzanares. Celoso Cartaojal del éxito de su compañero de mando, efectuó una correría por la Mancha toledana, pero el

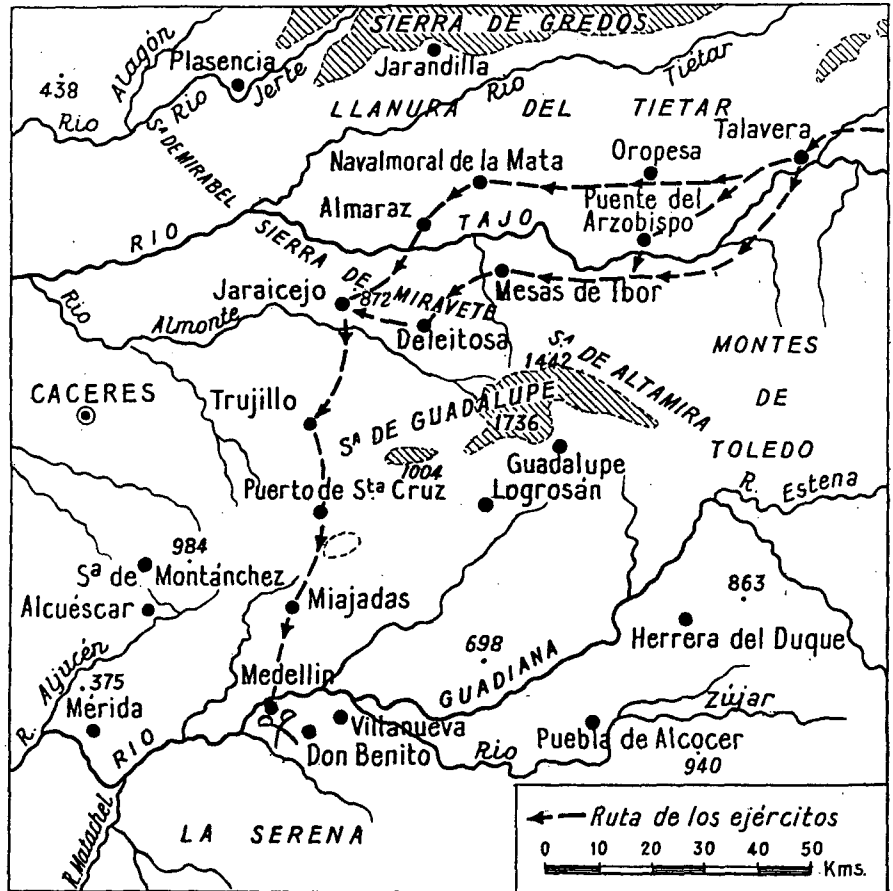


Fig. 291.—Invasión de Extremadura por el ejército napoleónico y retirada de Cuesta desde el Tajo al Guadiana. Batalla de Medellín (Badajoz).

general Sebastiani le atacó en Consuegra y le persiguió por Ciudad Real, Viso del Marqués y Santa Cruz de Mudela, apoderándose de algunos cañones y haciéndoles muchos prisioneros, refugiándose los de Cartaojal en las asperezas de Despeñaperros.

Cuesta había reunido a fines de enero de 1809, en la provincia de Cáceres, al Sur del Tajo, buen contingente de tropas con extremeños y

fugitivos del ejército del Centro, derrotado por Napoleón (fig. 291). Con estas tropas se situó en Deleitosa y en Jaraicejo (Cáceres), y para contener a las francesas, cortó con gran dificultad el gran arco central del magnífico y fuerte puente de Almaraz, sobre el Tajo (fig. 292); obra de destrucción que resultó inútil, pues el enemigo cruzó el río por los puentes de Talavera y del Arzobispo, en la provincia de Toledo, y, más tarde, por Almaraz, por otro supletorio de barcas, obligando a Cuesta a retirarse sucesivamente de Mesas de Ibar, Deleitosa y Jaraicejo, localidades situadas al Sur del Tajo, entre la corriente de este río y las

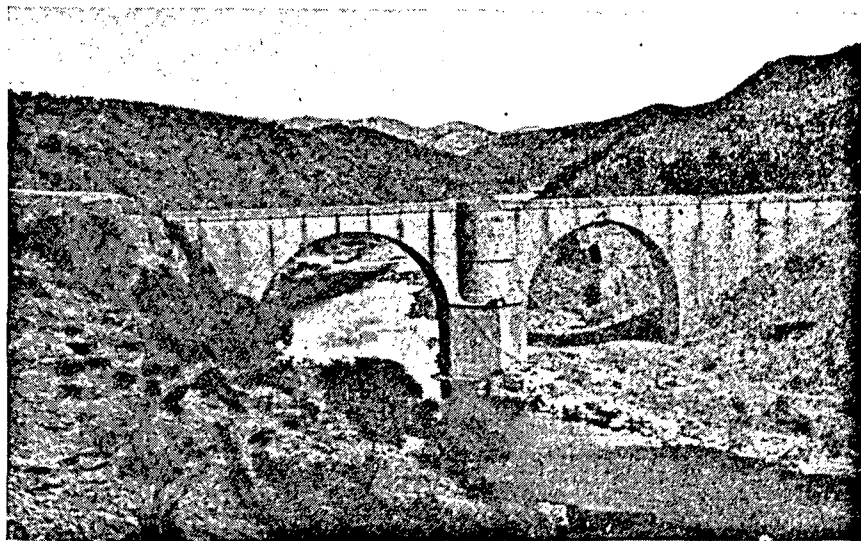


Fig. 292.—Puente de Almaraz (Cáceres), sobre el Tajo.

(Foto Hernández-Pacheco.)

serranías de Guadalupe y sierras derivadas de ella hacia el Noroeste (fig. 293). El ejército francés siguió avanzando y Cuesta retirándose de Trujillo, Puerto de Santa Cruz y de Miajadas, en la penillanura trujillano-cacereña, llegando al Guadiana, e incorporándose a la división del duque de Alburquerque.

Conjuntamente con tal refuerzo cruzó Cuesta el Guadiana por el puente de Medellín, y en la amplia llanura de esta localidad, junto al río, presentó combate al enemigo el 28 de marzo de 1809, formando a los 22.000 hombres de su mando en alineación en media luna de una legua de longitud, sin cuerpo de reserva alguno, colocándose Cuesta con casi toda la caballería en un pequeño otero del ala izquierda, y, en la derecha, junto al Guadiana, la división de Alburquerque (fig. 294).

El enemigo, al mando del mariscal Víctor, pasó el río por el puente sin obstáculo ni oposición alguna en número de 18.000 infantes y cerca de 3.000 caballos. La batalla comenzó favorable a los españoles en toda la línea, pero al querer los de la punta izquierda apoderarse de una batería, salió en defensa de ésta la caballería de Latour Naubourg en violenta carga, que atacó a dos regimientos, asimismo de caballería, los cuales volvieron grupas, arrollaron y desorganizaron el ala en donde estaba Cuesta, el cual fué atropellado y derribado del caballo. A la desorganización de la izquierda siguió la del centro, deshaciéndose la larga

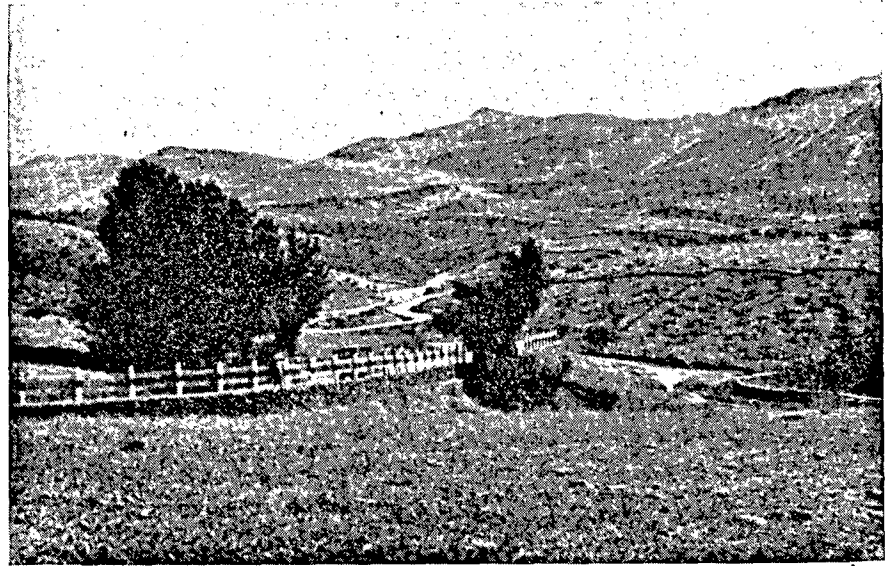


Fig. 293.—Borde septentrional de la meseta trujillano-cacereña, dando frente a la depresión de la llanura del Tajo, desde cuyo borde está tomada la fotografía, mirando hacia el puerto y pico de Miravete, detrás del cual está Jaraicejo.

(Foto Hernández-Pacheco.)

formación como hilera de naipes que se derrumba, resistiendo el ala derecha mandada por el duque de Alburquerque.

Falta la formación campal de cuerpo de reserva, la derrota adquirió caracteres de gran desastre, calculándose las pérdidas en 10.000 hombres fuera de combate, muertos en muy gran número, y en 1.800 los prisioneros. Cuesta pudo retirarse con los fugitivos a Monesterio, al pie de la Sierra de Tudia, divisoria orográfica de las provincias de Badajoz y Huelva. El mariscal Víctor permaneció en Extremadura entre Tajo y Guadiana en espera de los acontecimientos de Portugal.

Cuesta, el principal culpable de las derrotas de Medina de Rioseco y

de la de Medellín, tenía defensores en la Junta por tratarse de un viejo general siempre presto a presentar batalla y a sostener rigurosamente la disciplina. Era de carácter dominante, testarudo y autoritario, despreciador de la vida del soldado y siempre presto a castigar, además inepto en táctica y estrategia, teniendo temperamento acometedor. La Junta no le culpó del desastre, como era de justicia, sino que le reconoció categoría de Capitán general, atendiendo, según parece, más que a un fin de justicia a otro de política, contestando de este modo a las



Fig. 294.—El Guadiana a su paso por Medellín (Badajoz). Puente y castillo de esta localidad y llanura de la Serena, al fondo.

(Foto Hernández-Pacheco, 1946)

insinuaciones del gobierno intruso, para un acomodamiento de la Junta a la nueva monarquía.

Las características geoestratégicas del territorio en que se realizó la campaña que terminó con la batalla de Medellín, no permitían al ejército hispano, apenas reorganizado y aún deficiente, oponer gran resistencia, en la amplia llanura de margas y de aluviones situada entre la alineación orográfica Guadarrama y Gredos, y la corriente del Tajo, río situado en el borde septentrional de la ancha zona montañosa de los Montes de Toledo, constituidos por terrenos de pizarras y cuarcitas del paleozoico inferior y herrocales de granito.

El Tajo corre encajado, con gran caudal a fines de invierno y comienzo de primavera, no siendo vadeable; estableciendo paso los cuatro puentes de piedra: de Talavera, del Arzobispo, de Almaraz, y más abajo, en la confluencia con el Tietar, el del Cardenal, donde acaba en llanura. El paso principal a Extremadura es por el de Almaraz, situado en la base del escalón que forma la sierra de Miravate (872 m.), ascendiéndose por el puerto de este nombre a la planicie trujillano-cacereña.

El mariscal Víctor obró tan acertada como desdichadamente Cuesta. Las posiciones del puerto de Miravate, Jaraicejo, Trujillo y Puerto de Santa Cruz, tienen condiciones geoestratégicas favorables al que las ocupa y defiende contra enemigo procedente del Norte. Medellín está situado en la margen izquierda del Guadiana, en la extensa llanura de la Serena, comunicando con la planicie de la margen derecha por un buen puente de piedra, y junto a la entrada a éste, en lo alto de una colina, un castillo en excelente posición defensiva del puente y de la llanura meridional; características naturales que Cuesta no utilizó, y que Víctor encontró establecidas a su favor.

#### *Invasión, ocupación y retirada de Oporto por el mariscal Soult.*

En el plan general de campaña en la Península Hispana, dispuesto por Napoleón, le correspondía al mariscal Soult, duque de Dalmacia, invadir y adueñarse de Portugal. Con tal fin Soult trató de penetrar desde Galicia en la nación portuguesa, cruzando el Miño fronterizo. No consiguiendo su propósito por las características del río, falto de puentes, y la oposición de los portugueses, se dirigió hacia Orense para realizarlo por Tras-os-Montes, encontrando, en el terreno quebrado de Rivadavia y al Sur de la citada provincia gallega, fuerte resistencia de las guerrillas y de las tropas del marqués de la Romana, que le atacaban continuamente en terrenos fragosos, experimentando en esta guerra de montaña constantes pérdidas de hombres, bagajes y de material bélico; consiguiendo, tras marcha penosa, penetrar en Portugal por Chaves, que estaba desguarnecido, el 13 de marzo de 1809. Desde esta ciudad se dirigió, por las parameras de Serra das Alturas, hasta alcanzar a Braga, el 18, descendiendo hasta Oporto, a donde llegó el 27 de marzo.

La ciudad de Oporto trató de resistir, dirigiendo la defensa el obispo de la ciudad. Rechazadas las intimaciones de rendición, tres columnas avanzaron el 28 de marzo de 1809 y penetraron en la población, que fué ocupada. Unos 200 soldados se hicieron fuertes en la catedral, defendiéndose valientemente y pereciendo todos. Las tropas invasoras, coléricas por la resistencia encontrada en el camino y en la ciudad, la entraron a saco, haciendo gran mortandad en los habitantes. El puente de barcas

que establecía paso entre las márgenes de la foz, se hundió con el peso de los fugitivos, que perecieron ahogados.

Soult se situó en Oporto, y únicamente avanzaron columnas volantes de sus tropas, que sostuvieron combates con el general portugués Silveira y con partidas de guerrilleros; llegando por el Sur hasta Coimbra, y por el Norte a Amarante, sobre el Tamega, y hasta Penafiel, regresando las columnas a su base.

El mariscal francés, según relatan las historias, concibió el proyecto de hacerse jefe supremo de un nuevo estado, titulándose desde que

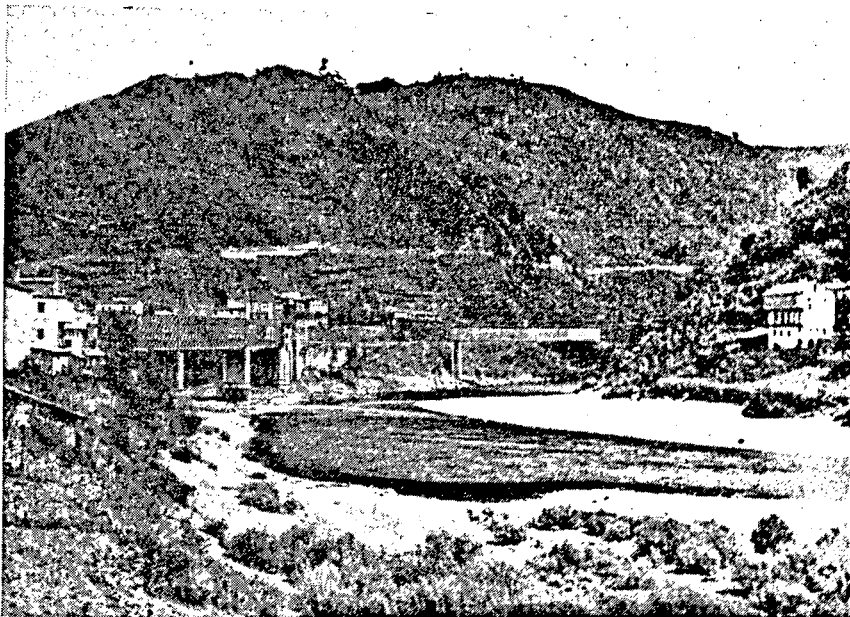


Fig. 295.—Confluencia del Miño y del Sil, en el territorio de relieves montañosos de la provincia de Orense.

(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)

entró en la nación portuguesa «Gobernador General de Portugal», y cuando se situó en Oporto forzó a doce destacados ciudadanos a que dirigiesen a Napoleón una felicitación rogándole que diese cumplimiento al tratado de Fontainebleau constituyendo en el Norte de Portugal, con su capital en Oporto, un nuevo estado independiente, con la denominación de «Lusitania septentrional», bajo la soberanía del duque de Dalmacia; proposición singular que dió origen a la denominación burlesca de «Nicolás I» que le otorgó la masa popular.

Por esta época el gobierno inglés envió un ejército, al mando de

Wellington, que desembarcó en Lisboa el 22 de abril de 1809; llegó a Coimbra el 2 de mayo, y se presentó frente a Oporto en la margen meridional de la ría del Duero, el día 10. A su vez en el territorio del País miñoto y en Tras-os-Montes se organizaban fuerzas militares con la base de soldados ingleses procedentes de Galicia, y milicias populares, constituyendo un conjunto de 30.000 hombres al mando del general inglés Caradock.

Wellington, separado de estas fuerzas por la corriente fluvial del bajo Duero, tomó decisión audaz y arriesgada, reuniendo los botes y pequeñas embarcaciones que pudo, y sigilosamente transportando en ellas, durante el 11 y 12 de mayo, a la otra margen a la división del general Murray; operación de la que no se dieron cuenta los franceses hasta que el día 12 vieron desde una altura realizar la operación en Avintes, localidad distante tan sólo seis kilómetros de las afueras de Oporto. Las tropas de Murray atacaron a la ciudad, siéndoles favorable la batalla y obligando a las de Soult a evacuar la capital.

En la retirada del mariscal hacia Galicia, encontró el camino por Amarante ocupado por los ingleses y las tropas del general Silveira, teniendo que tomar el de Braga y el de la áspera serranía del valle del Cávado y de las elevadas parameras das Alturas, en Tras-os-Montes, a Chaves, por donde había venido. Fué retirada difícil y fatigosa, perdiendo la artillería y parte de los bagajes, continuamente hostigado por las guerrillas, incendiando las tropas irritadas las aldeas abandonadas por las que pasaban, llegando a Orense el 19 de mayo de 1809 (fig. 295).

#### *Recuperación de Galicia y Asturias.*

Cuando el mariscal Soult salió de Galicia a la conquista de Portugal adquirió gran incremento en el país la formación de grupos de combatientes del paisanaje en armas. El marqués de la Romana, que operaba en Galicia, fomentó el desarrollo de las guerrillas, que dieron excelente resultado en la penillanura montañosa gallega, de naturaleza granítica y de duros roquedos silíceos, abundante en berrocales, hondas barrancadas fluviales y relieves laberínticos. La Junta Central se interesó en la organización y armamento de tales contingentes, complementarios de las tropas regulares, enviando, a tales efectos, oficiales instructores, y entre ellos al alférez Pablo Morillo.

Soult, al regreso de Oporto, y Ney que operaba en Galicia, experimentaron la eficiencia de dichos combatientes, dificultando la coordinación, e impidiendo enlaces y comunicaciones. A las guerrillas gallegas se debió el éxito de importantes hechos de armas, tales como la recuperación de la plaza de Vigo y la victoria del puente de San Payo.

Dicha ciudad, con guarnición de 1.300 hombres, fué cercada y sitiada por partidas de los voluntarios que instruía el alférez Morillo. Establecido el sitio, Morillo se desplazó para cortar el paso a fuerte columna que venía en socorro de los sitiados, consiguiendo detenerla en el puente de San Payo, que fortificó y artilló con cañones procedentes de otras partes, estableciendo una batería de cinco piezas. Guarnecida convenientemente la posición, Morillo regresó al sitio de Vigo. Apretada la guarnición, sin esperanzas de socorro, el abad de Valladares, como personalidad más destacada, intimó la rendición. El jefe de los sitiados se negó a rendirse a los paisanos, pidiendo negociar con adecuado jefe militar; condición previa que resolvieron los sitiadores elevando a Morillo a la categoría de coronel, grado que posteriormente reconoció la Junta Central. Apoderados los sitiadores de una de las puertas, los sitiados se entregaron el 27 de enero de 1809, en número de 46 oficiales y 1.213 soldados, aumentados con 72 prisioneros más, que se hicieron a una columna en socorro de la plaza, columna a la que infligió gran derrota.

El mariscal Ney trató de acabar con la insurrección gallega y el 29 de mayo avanzó desde Lugo, con 8.000 infantes y 1.200 caballos, contra la división del Miño mandada por el conde de Noroña, el cual se retiró al puente de San Payo, en el fondo de la bahía de Vigo. El puente cortado por Morillo se sustituyó por otro de barcas, por el que pasó la división, puente que se desmontó tan pronto pasó ésta. Ney con sus tropas se presentó el 7 de junio, tratando de envolver al ala izquierda pasando al otro lado de la ría por una lengua de arena que quedaba en seco en marea baja, no consiguiéndolo por la fuerte resistencia que le opusieron, retirándose a los dos días.

Tampoco tuvo éxito el mariscal Soult persiguiendo a las tropas de la Romana en el áspero territorio del Sur de Orense, en las barrancadas del Sil; decidiéndose a abandonar el país gallego, pasando por Puebla de Sanabria y avanzando por la penillanura occidental de Zamora y Salamanca, estacionándose en Ciudad Rodrigo. Ney, a su vez, abandonó Galicia, incendiando las poblaciones por las que pasó en su retroceso desde Coruña a Astorga.

En Asturias se desarrollaron, como en Galicia, partidas de guerrilleros, cooperando en combinación con el ejército regular, originándose guerra de montaña, favorable a los naturales, y a la que se presta el país por sus características orográficas y abruptos relieves, que obligaba al enemigo a operar en condiciones desventajosas. A fines de junio de 1809 las tropas de Kellermann y de Bonnet retrocedieron a Castilla. En el recóndito y boscoso valle de la Liébana, situado entre las provincias de Asturias, Santander y Palencia, se organizó un centro de reclu-



tamiento y de instrucción de voluntarios, que recreían el ejército nacional.

*Tercer sitio de Gerona.*

El Pirineo, cordillera de longitud de unos 440 kilómetros, entre el cabo de Creus en el Mediterráneo y el cabo Higuer en el Atlántico, es ingente muralla rocosa que aísla la Península hispana de Europa; defensa natural del solar hispano de acometidas guerreras procedentes del

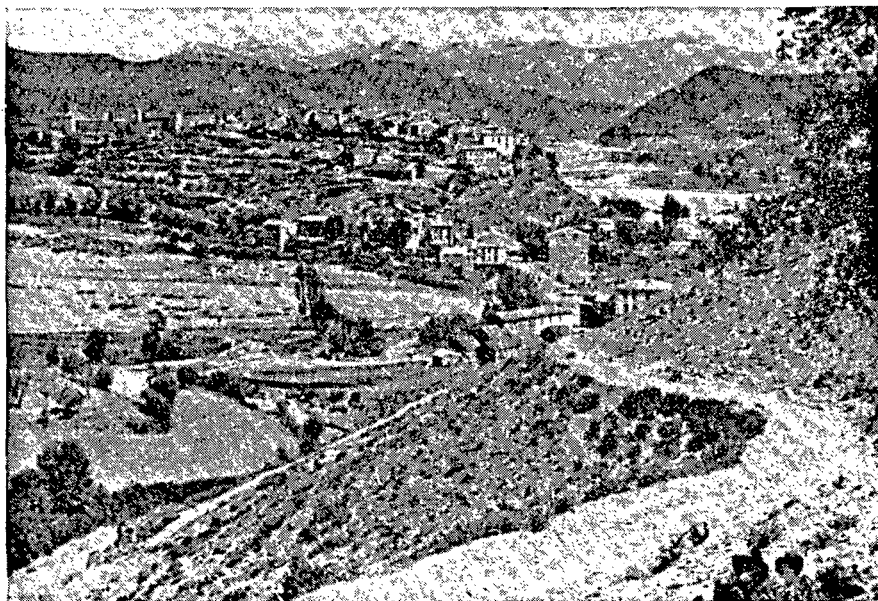


Fig. 296.—Ainsa (Huesca) en la confluencia del Cinca y del Ara. Al fondo el macizo pirenaico del Monte Perdido. Vista panorámica del Pirineo Central.

(Foto Hernández-Pacheco, 1944.)

exterior. Tan colosal baluarte montañoso presenta en su zona central cumbres con glaciares que se alzan a 3.404 metros en el Aneto, y a 3.325 metros en el Monte Perdido; desde los que la altitud decrece, en la larga alineación, hacia el Este y hacia el Oeste, hasta los extremos, en donde el oleaje rompe en los fallarones de los cabos mencionados.

Al Norte, hacia Francia, la ladera pirenaica desciende en abrupta rampa a la llanura de Aquitania. Al Sur, hacia España, la pendiente se escalona por alargada vallonada longitudinal y se alzan contrafuertes paralelos al eje montañoso, formando línea de defensa suplementaria. Valles transversales, abiertos al sol del mediodía, penetran hasta

el eje geográfico. Tercera línea, longitudinal subpirinaica de defensa, se eleva en el Sur dando frente, el respaldo, a la amplia llanura ibera (fig. 296).

Los ejércitos napoleónicos no tuvieron necesidad, para invadir Hispania, de atravesar el Pirineo por sus altas zonas montañosas, pues la cruzaron en son de amistad falaz por los caminos llanos de la paz y del comercio, situados en uno y otro extremo de la cadena, dando vista a las lejanías del mar.

El camino del Oeste es el que desde Bayona entra en España por Irún, y por San Sebastián y Vitoria llega a Burgos y se adentra en Castilla. El del Este es el del Ampurdán, que por Perpiñán va a Figueras y a Gerona, desde donde, por la plana de Vich, se alcanza Cervera y Lérida, adentrándose en el valle del Ebro; y, hacia el Sur, llega a Barcelona y al litoral de Tarragona y de Valencia. Los caminos de los extremos del Pirineo presentan buenas condiciones geoestratégicas de defensa, pues al desembocar en España no lo hacen en llanura, sino en territorio accidentado por relieves montañosos, cuyas alineaciones se escalonan hacia el interior del país hispano.

Figueras estaba ocupada por los franceses con anterioridad al alzamiento nacional y comienzo de la guerra, Fué recuperada por un golpe de mano audaz, penetrándose en la fortaleza sigilosamente por una paterna que se consiguió abrir, sorprendiendo a la descuidada guarnición, volviendo a poder del enemigo más tarde. La plaza de Rosas, principal puerto del golfo, fué sitiada el 7 de noviembre y ocupada por los franceses el 5 de diciembre de 1808. Gerona, según se ha relatado, sufrió dos sitios, sin rendirla, en junio y julio de dicho año.

La campiña de Gerona está al Sur del Ampurdán. Es comarca de relieves variados de no gran altitud; los pirenaicos al Norte y los del Montseny (1.700 metros) al Suroeste. La constitución geológica es diversa, predominando los terrenos graníticos y paleozoicos y los eruptivos, que hacia el Noroeste forman gran conjunto de conos y aparatos volcánicos y coladas lávicas en la comarca de Olot. La vegetación espontánea y los cultivos son variados, y el país bien poblado.

La Ciudad de Gerona está en una confluencia del Ter, y con colinas inmediatas. A principios del siglo XIX tenía unos 14.000 habitantes en el casco de la población y arrabales. Dista del mar una treintena de kilómetros. Rodeaban a la ciudad viejas murallas con torreones, con más carácter pintoresco que defensivo, cubiertos de hiedra algunos bastiones y defendido el núcleo urbano por viejos castillos destacados, siendo el mayor y más importante el de Monjuich.

Mandaba la plaza el gobernador militar Mariano Alvarez de Castro, componiéndose la guarnición de 5.673 hombres. Para coadyuvar a la de-

fensa se militarizó a todos los hombres de la ciudad capaces de tomar las armas, sin excepción alguna. Las mujeres fueron también militarizadas constituyéndose, con las que reunían condiciones adecuadas, la compañía de Santa Bárbara, teniendo por misión municionar y llevar víveres a los defensores y recoger y cuidar a los heridos.

El enemigo se presentó el 6 de mayo de 1809, instalando las baterías de sitio y cercando a la ciudad. El 13 llegó el general Verdier, que se posesionó del mando y envió un emisario intimando la rendición, y ante la repulsa de Alvarez, comenzó el cañoneo para dismantelar los fuertes, y el bombardeo de la ciudad. El 14 se incendió y destruyó el hospital general. El 19 abrieron brecha, que fué defendida, teniendo que abandonar los defensores dos torreones derruidos. Los sitiadores atendieron principalmente a atacar el castillo de Monjuich con diversas baterías, abriéndose brechas y siendo rechazados los diversos asaltos, causando elevado número de bajas a los atacantes, continuando la defensa de dicha fortaleza hasta el 12 de agosto, en que los supervivientes evacuaron las ruinas, habiendo perecido 511 soldados y 18 oficiales de los 900 hombres que las defendieron.

El mariscal Saint-Cyr operaba en la región para evitar que la plaza fuese socorrida, sosteniendo frecuentes combates con las tropas del general Blake, y con las de Odonell y de Haro que condujeron un convoy, del que mínima parte pudo penetrar el 26 de septiembre. Para tratar de producir un levantamiento general de Cataluña y socorrer a los sitiados se congregaron en Manresa personalidades catalanas.

Los víveres acumulados para un plazo máximo de cuatro meses, estaban casi agotados al cumplirse el quinto del asedio. La falta de alimentación produjo gran mortandad consumiéndose toda clase de animales, desarrollándose el escorbuto y la disenteria. Al llegar el otoño Gerona era ciudad casi muerta, peleándose con rabia y desesperación. De los defensores quedaban 1.100 hombres. Alvarez dirigía, enfermo, la resistencia; acometiéndole el 8 de diciembre fiebre nerviosa, entregando el mando a su segundo, Julián Bolívar, el día 9, en un intervalo de lucidez. Bolívar congregó Junta General, discutiéndose si rendirse o resistir; pero habiéndose recibido aviso de Manresa, que el socorro proyectado no podía llegar en corto plazo, se acordó la capitulación, que los sitiadores concedieron en condiciones dignas y honrosas.

Cuando salieron, con los honores de guerra, los que quedaban en la ciudad, desfiló un pequeño grupo con armas, ante los vencedores; los cuales esperaron saliera el conjunto de las fuerzas sitiadas, no saliendo nadie más, pues toda la guarnición y combatientes eran los que habían desfilado; entrando los vencedores, el 11 de diciembre de 1809, en la ciudad, silenciosa, en ruinas y casi desierta.

Alvarez de Castro reaccionó algo de su enfermedad y fué trasladado prisionero a Francia, y poco después al castillo de Figueras, donde fué encerrado en un calabozo. Al día siguiente su cadáver se expuso, en unas parihuelas, a la entrada de la fortaleza, quedando sin saberse si falleció a consecuencia de su enfermedad o de muerte violenta.

*Operaciones hacia Madrid. Batallas de Talavera y de Almonacid.*

En el verano de 1809 los jefes de los ejércitos aliados que operaban en el centro peninsular, al Sur de la Cordillera Central, decidieron de acuerdo con la Junta Central atacar a los invasores que ocupaban Madrid e intentar desalojarlos de la capital. Para tal fin Wellington, el 27 de junio, se trasladó con sus tropas, desde su acantonamiento en la ciudad portuguesa de Abrantes, sobre el Tajo, a Plasencia, en la provincia de Cáceres. Cuesta, con tropas procedentes de Extremadura, pasó el Tajo por el puente del Arzobispo y se dirigió a Talavera de la Reina. El general Wilson, con su división inglesa y dos batallones españoles, avanzó por la Vera de Plasencia y remontó el Alberche hasta Escalona.

Wellington, desde Plasencia, atravesó oblicuamente la llanura del Tiétar y por Oropesa avanzó hasta Talavera, poniéndose en contacto con Wilson y con Cuesta. La vanguardia de Wilson se adelantó hasta Navalcarnero, a una treintena de kilómetros de Madrid, retrocediendo a su base. Cuesta, que se había negado a que se diera la batalla el 23 de julio, como proponía Wellington, se adelantó, solo, el 24, hasta Santa Olalla y Torrijos, retirándose sin ser atacado.

Por la parte de la Mancha, se situó en Aranjuez Venegas, con un ejército bien acondicionado de 30.000 hombres, con objeto de defender los puentes y vados del Tajo, entre Aranjuez y Toledo.

El plan de ataque a Madrid produjo en la Junta Central de Sevilla tan grandes esperanzas como inquietudes en la corte del rey intruso. Trataron los franceses de rehuir la batalla hasta que llegara desde Salamanca el mariscal Soult, que con potente ejército venía a Plasencia y acometiese por la espalda a los aliados. Análogo motivo aconsejaba a estos adelantar la operación guerrera (fig. 297).

El ejército francés al mando de José Bonaparte y de los mariscales Víctor y Sebastiani, era de unos 45.000 hombres. Componíase el de los aliados de unos 34.000 españoles y unos 22.000 ingleses.

El territorio en que está comprendido el campo de batalla de Talavera constituye amplia llanura de aluviones y de margas arcillosas neozoicas; ocupado en la parte cacereña principalmente por dehesas con arbolado de encinas, y en la parte toledana por cultivos cerealistas, y viñedos y plantío en la vega de Talavera. Toda la llanura está recorrida

oblicuamente por la corriente del Tiétar que avanza, de Este a Oeste, a desembocar en el Tajo (fig. 298).

Esta llanura del Tiétar está limitada al Norte por el abrupto frente de la granítica Sierra de Gredos, en cuyo extremo occidental está la ciudad de Plasencia (Cáceres) y en la oriental, ya en el llano, San Martín de Valdeiglesias (Madrid). El borde meridional de la planicie está festonado de colinas graníticas y paleozoicas, festón de relieves cortado

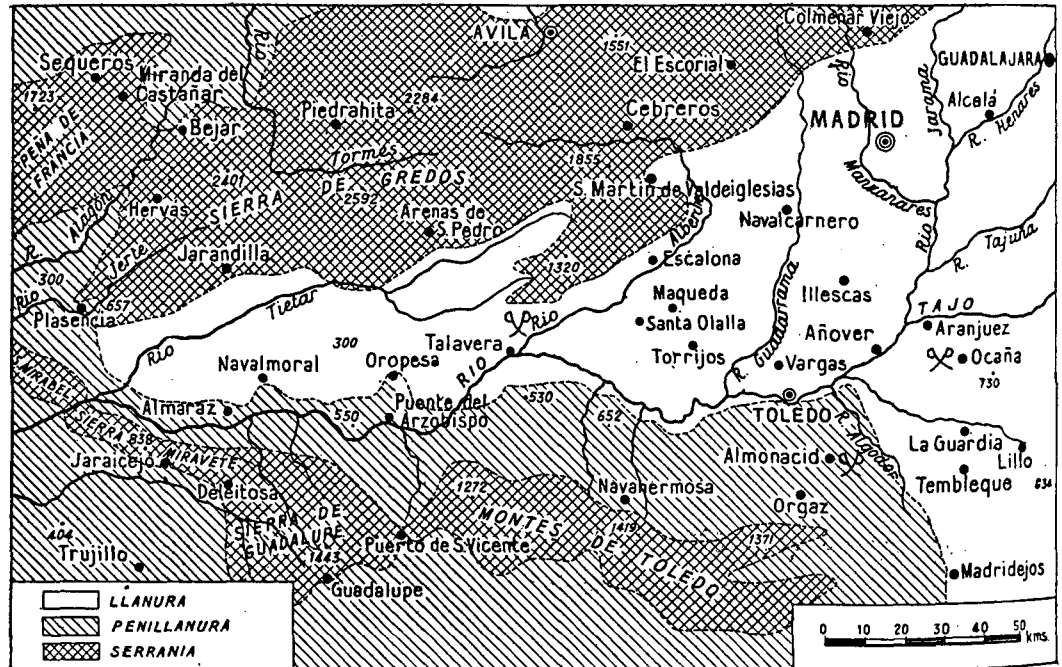


Fig. 297.—Mapa del territorio de los campos de batalla de Talavera, Almonacid y Ocaña.

a lo largo por la corriente del Tajo, generalmente encajada, al Sur de la cual está la penillanura delantera de los Montes de Toledo. Forman el límite occidental de la llanura las sierras cuarcíticas y de pizarras paleozoicas, en alineaciones hespéricas, o sea, de SE. a NW., de Miravete y Mirabel. El límite oriental de la planicie del Tiétar es la sierra granítica de San Vicente que, destacada de Gredos, avanza oblicuamente desde San Martín de Valdeiglesias hasta cerca de Talavera; sierra de arrumbamiento de NE. a SW., con altitudes que en algunas partes sobrepasa a los mil metros, decreciendo las alturas hacia Talavera, donde se reducen a muy suaves lomas de pizarras cristalinas con cobertera de terrenos modernos, acabando en amplio llano al acercarse a la ciudad men-

cionada. La llanura del Tiétar tiene de longitud unos 120 kilómetros, por anchura de 35 a 40 kilómetros.

Al Este de la Sierra de San Vicente está la llanura madrileña, situada entre la granítica sierra de Guadarrama y el Tajo toledano. Delante, o sea, al Este de la Sierra de San Vicente, desciende desde el comienzo oriental de Gredos el Alberche, importante afluente al Tajo, que desemboca junto a Talavera.

Entre Talavera y Toledo el Tajo corre estableciendo límite entre



Fig. 298.—Llanura del Tiétar al Sur de las serranías de Gredos y al Norte del Tajo, en las provincias de Toledo y Cáceres. La zona fluvial fotografiada corresponde a la base de la serranía frente a Candeleda (Avila).

(Foto Hernández-Pacheco, julio 1927.)

dos territorios de constitución geológica y morfológica diferentes: al Norte la extensa llanura madrileña de terrenos terciarios (fig. 299). Al Sur amplia penillanura de arrasamiento geológico de terrenos paleozoicos y graníticos, cubiertos a trechos por depósitos de rañas cascajosos, y destacando a modo de islotes algunos cerros aislados. Los relieves de los Montes de Toledo están alejados hacia el Sur y decrecen en altitud hacia Levante, acabando el país en penillanura que se extiende hasta el curso del Algodor, afluente al Tajo por la margen izquierda a corta distancia de Toledo. En el borde de la penillanura con la planicie manchega está situado Almonacid, a distancia de unos 16 kilómetros al SSE. de Toledo.

Desde el Algodor hacia Levante, comienza la Mancha, formada por terrenos margosos y sin relieves, fusionándose la llanura manchega con la madrileña, atravesando por la unión la corriente del Tajo, que al Este de Aranjuez corre en honda zanja por las margas yesíferas de la comarca esteparia de Oreja, sin puentes ni vados. Al SSE. de Aranjuez y distante unos 22 kilómetros, al pie de extensa meseta, está la villa de Ocaña. La distancia entre Talavera y Toledo es de unos 70 kilómetros, y entre Toledo y Aranjuez de unos 40 kilómetros.

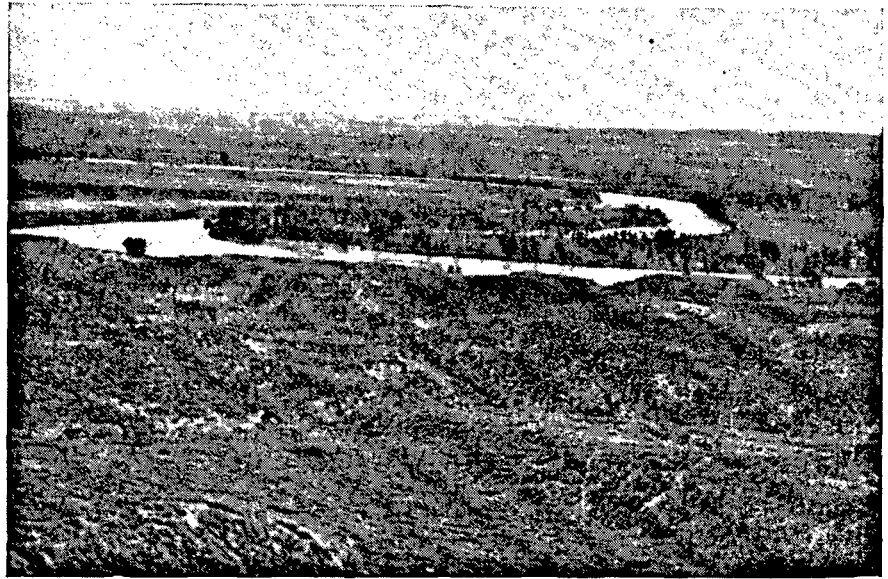


Fig. 299.—Llanura carpetana al Norte del Tajo entre Toledo y Madrid. Vista desde las inmediaciones de Toledo, hacia el Norte.

(Foto Hernández-Pacheco.)

El Tajo establecía separación entre los ejércitos aliados, dueños de la margen izquierda, y los franceses, dueños de la derecha.

Las características geoestratégicas eran completamente adecuadas para una acción conjunta del ejército procedente de Extremadura y el procedente de la Mancha, con superioridad numérica del conjunto respecto al enemigo procedente de Madrid.

La batalla de Talavera fué al Oeste del Alberche y entre la mencionada ciudad y el extremo meridional de la Sierra de San Vicente, en llanura y terreno despejado, destacando entre algunas muy suaves lomas la del Medellín, paraje importante en la contienda bélica.

Las fuerzas francesas se presentaron el 27 de julio, atravesando el

Alberche y atacando impetuosamente a la división del inglés Mackenzie, que se retiró en desorden, de tal modo que corrió gran peligro de caer prisionero Wellington. Muy avanzada la tarde acometieron los franceses en el camino de Talavera, haciendo retroceder a fuerzas españolas e inglesas, siendo contenidos los atacantes. Ya anochecido acometieron impetuosamente al ala donde estaban los ingleses, que consiguieron rechazar la embestida.

Los ejércitos pasaron la noche sobre las armas. Amanecido el 28 de julio de 1809, sucesivos ataques de las tropas napoleónicas trataron de ocupar el cerro del Medellín, siendo contenidos por el certero fuego de las baterías españolas dirigidas por Piñeiro, fracasando en varios intentos, perdiendo unos 1.500 hombres.

Al mediar el día, José Bonaparte celebró consulta con los dos mariscales, titubeándose si convenía suspender la batalla hasta que llegara desde Salamanca Soult con sus numerosas tropas; pero comunicación recibida de éste en la que decía no podría estar en Plasencia hasta el 3 ó 5 de agosto, les decidió a continuar la batalla, con renovado impulso, a las dos de la tarde. Los aliados consiguieron gran ventaja y obligaron a los franceses a repasar el Alberche, retirándose hacia Madrid.

Terminada la batalla, el bárbaro Cuesta porque unos batallones habían acobardado la víspera no resistiendo un ataque, ordenó diezmarlos, y ya habían perecido unos cincuenta soldados, cuando llegó Wellington, haciendo cesar tal ferocidad.

Las tropas aliadas no persiguieron al enemigo, porque aunque vencido no estaba deshecho, y ante el temor que llegara Soult y les atacara por la espalda.

Wellington se retiró por Oropesa (fig. 300), donde se le incorporó Cuesta, y pasando el Tajo por el puente del Arzobispo se dirigieron a Extremadura, situándose el inglés, en la frontera portuguesa de Badajoz, desde donde se trasladó, algún tiempo después, a la parte de Portugal situada al Norte del Tajo. Cuesta, días después de la batalla de Talavera, se sintió enfermo, y, viejo como era, contrariado por no conseguir todo lo que deseaba, hizo dimisión del mando activo del ejército, con lo que ganó, no poco, la causa nacional.

Soult, con ejército de cerca de 50.000 hombres, pasó el puerto de Béjar el 30 de julio y a primeros de agosto estableció su cuartel general en Plasencia.

La Junta Central de Sevilla había encomendado a Venegas el mando del ejército de Castilla la Nueva, y dispuesto, que caso que se ocupase Madrid, se estableciera en la capital, debiendo obrar en combinación con el ejército de Extremadura. Componíanse las fuerzas de Venegas de



cinco divisiones, con un total de 30.000 hombres, situándose en Aranjuez y ocupando los puentes y vados del Tajo.

El 5 de agosto de 1809 los franceses acometieron en los pasos del río, siendo rechazados con importantes bajas. El 9 pasaron por los puentes de Toledo y por el vado de Añover, situando José Bonaparte su cuartel general en Vargas.

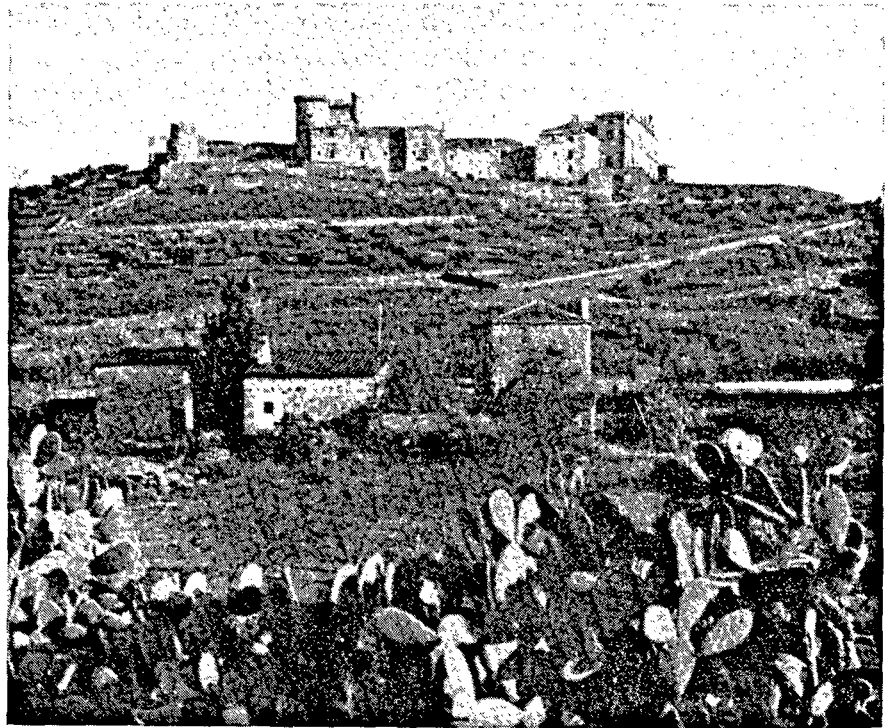


Fig. 300.—Castillo de Oropesa en el borde meridional de la llanura del Tiétar, en su parte de Campo Arañuelo.

(Foto Hernández-Pacheco, abril 1950.)

Venegas concentró sus fuerzas en Almonacid, y, de acuerdo con sus generales, presentó batalla a Sebastián el 11 de agosto de 1809, llegando el rey José ya avanzada la pelea. Los franceses, venciendo fuerte resistencia, consiguieron desalojar de las posiciones de unas colinas a las fuerzas españolas. Dióse a éstas orden de retirada, haciéndolo con orden, que se convirtió en desorden promovido por la voladura de unos carros de municiones situados entre la caballería, produciéndose gran desconcierto y confusión; marchando las tropas hacia Manzanares, trasladándose de esta localidad a Sierra Morena, donde acabaron de reorga-

nizarse. La victoria de Almonacid, por los franceses, les compensó de la derrota que habían sufrido en Talavera.

Influyó grandemente en el fracaso del avance de los españoles sobre Madrid, la falta de coordinación y enlace entre el ejército de Extremadura y el de la Mancha, motivado en mucha parte, por las ambiciones personales y celos entre los caudillos, según se deduce de las actuaciones de unos y de otros, desaprovechándose las buenas condiciones geoestratégicas y la cuantía numérica de los dos ejércitos hispanos. No eran tales defectos de los mandos, privativos de los aliados, pues entre los mariscales franceses, y éstos con José Bonaparte, existían análogos antagonismos. Así éste y Jourdan, su jefe del Estado Mayor, atribuyeron, siempre, la pérdida de la batalla de Talavera a la excesiva e injustificada lentitud de la retirada de Soult desde Salamanca a Plasencia.

#### *Operaciones en la penillanura salmantina.*

En el otoño de 1809 en la penillanura meridional salmantina, operaba el general francés Marchand, en sustitución del mariscal Ney, que había marchado a Francia. De los españoles maniobraba el duque del Parque, que poseía la plaza de Ciudad Rodrigo, inmediata a la frontera portuguesa, y mandaba un contingente de tropas de unos 10.000 infantes, 1.200 caballos y catorce cañones. Combatía generalmente aislada y en coordinación con el ejército regular, una partida de caballería ligera de unos 300 hombres, al mando de Julián Sánchez, labrador y ganadero salmantino, transformado en guerrillero por haber asesinado los franceses a sus padres y a una hermana.

El duque del Parque aguardó a las fuerzas de Marchand en Tamames, villa situada en la base de una de las estribaciones inferiores de la Peña de Francia, a unos 40 kilómetros al Este de Ciudad Rodrigo y a unos 50 al Suroeste de Salamanca. El 18 de octubre de 1809 se presentaron en Tamames las fuerzas de Marchand, equivalentes numéricamente a las del Parque, que fueron atacadas de frente, resistiendo la acometida, pero acometidos, a su vez los franceses de flanco, por otra división española que surgió de la villa, fueron derrotados los napoleónicos, los cuales, llegada la noche, se retiraron hacia Salamanca con pérdida de unos 1.500 hombres, siendo las bajas españolas menos de la mitad de esta cifra. La división del duque del Parque los persiguió, incorporándosele en el camino la división mandada por Ballesteros, abandonando los franceses la ciudad de Salamanca, en la que entraron los españoles el 25.

Esta operación victoriosa permitió al duque del Parque avanzar por la altiplanicie de Castilla la Vieja hacia Valladolid; pero noticioso de

la derrota de Ocaña (que a continuación se relata) retrocedió hasta Alba de Tormes, buscando la defensa natural de la cordillera y dirigiéndose hacia Extremadura.

En Alba de Tormes le alcanzaron las fuerzas rehechas y reforzadas de Marchand, en ocasión que parte de los españoles estaban en una margen del río con la artillería y los bagajes, y otra porción al otro lado

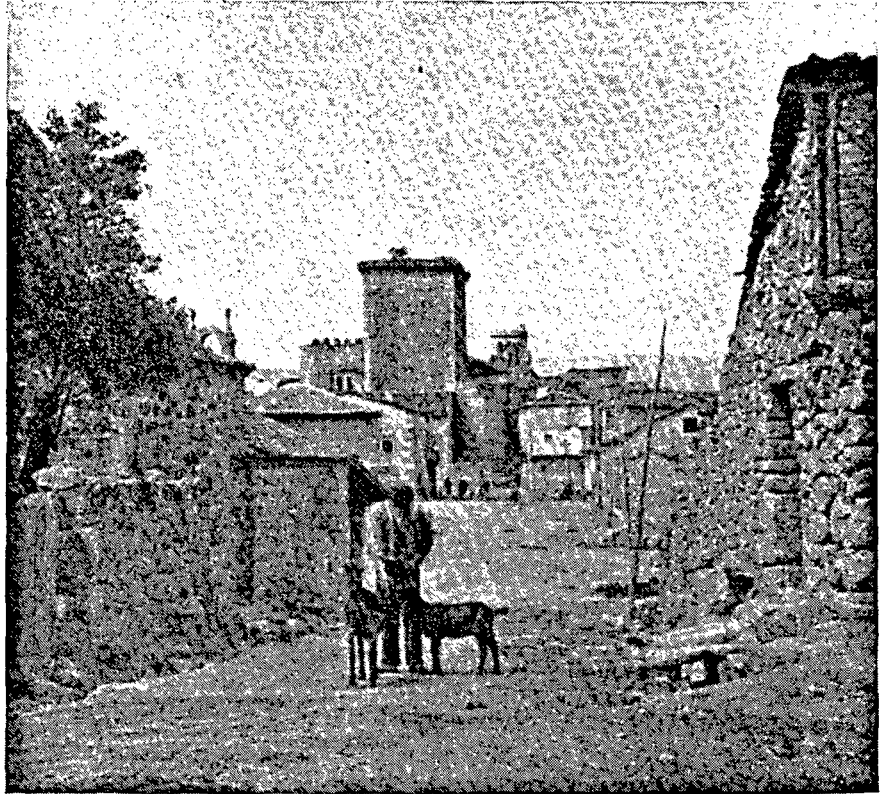


Fig. 301.—Miranda del Castañar (Salamanca) en la serranía de la Peña de Francia, de la Cordillera Central.

(Foto Hernández-Pacheco, 1929.)

del Tormes en plan de reunir abastecimientos. El general francés aprovechó tal situación y arremetió a los de la villa, que se aglomeraron en el puente con los bagajes, sufriendo importante descalabro. Tan sólo los de la división de Mendizábal, formando cuadros, pudieron rechazar las cargas de la caballería enemiga. Llegada la noche, las fuerzas españolas se disgregaron, buscando un amparo en Tamames y en Miranda del Castañar (fig. 301), localidades de la base de la cordillera. El duque

del Parque fué a Ciudad Rodrigo, desde donde, trasponiendo la sierra, se trasladó a San Martín de Trevejo, en la ladera meridional, cerca de la frontera portuguesa. En la batalla de Alba de Tormes se perdió la artillería, siendo las bajas de unos 2.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

*Batalla de Ocaña y ocupación de la llanura  
bética por los franceses*

La Junta Central, ante el descalabro de Almonacid y la media victoria de Talavera, no desistió de sus propósitos de recuperación de Madrid. En sustitución de Cuesta se nombró a Eguía general en jefe del ejército de Extremadura, el cual dejó en esta región unos 5.000 hom-

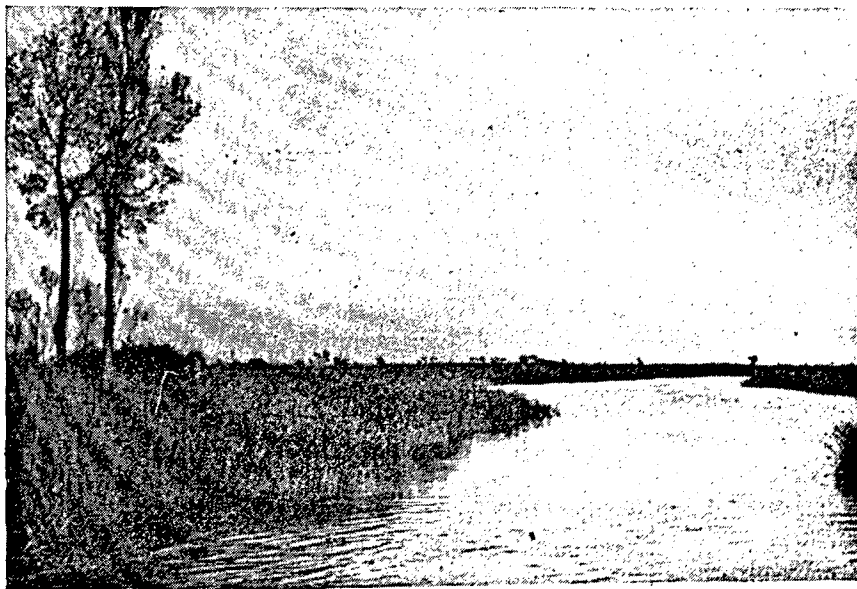


Fig. 302.—El Guadiana en la zona palustre de la Mancha, al Norte de Daimiel (Ciudad Real).

(Foto Hernández-Pacheco, abril 1923.)

bres, y con el grueso de las fuerzas, que componían unos 22.000 hombres, de los que 5.500 eran de caballería, y 55 cañones, se situó en Daimiel, resguardado al Norte por el tramo palustre del Guadiana (fig. 302), acantonamiento que, a pesar de sus protectoras condiciones naturales, abandonó, sin ser atacado, el 12 de octubre de 1809, trasladándose a Sierra Morena. Eguía, por tal acto, fué separado del mando, nombrán-

dose en su lugar a Areizaga, vencedor de los franceses en la batalla de Alcañiz.

Areizaga el 3 de noviembre avanzó con su ejército por Valdepeñas y Manzanares hacia el Tajo, estableciendo su cuartel general en Templeque (Toledo). La columna de vanguardia, mandada por Freire, se enfrentó con la caballería francesa en La Guardia y la obligó a retirarse y avanzó hasta Ocaña, localidad que fué abandonada por las tropas francesas que se replegaron a Aranjuez. El 11 de noviembre todas las fuerzas españolas estaban en Ocaña, efectuándose acciones parciales entre ambos ejércitos.

El mando del ejército francés lo ejercían José Bonaparte y el mariscal Sout, que había sustituido a Jourdan en el cargo de jefe del Estado Mayor, cooperando en la dirección militar los generales Mortier, Víctor y Sebastiani, que mandaba la caballería. El 19 de noviembre de 1809 se realizó la batalla de Ocaña, que fué contienda de movimientos tácticos, en los que mostró su menor competencia Areizaga respecto a la de los mariscales napoleónicos, que consiguieron desarticular las unidades españolas y desalojarlas de la villa de Ocaña, a la que incendiaron los franceses, que desbarataron y arrollaron a las unidades aisladas, consiguiendo derrotarlas completamente, perdiéndose 40 cañones, teniendo más de 4.000 bajas y entre éstas unos 1.300 prisioneros. Los que pudieron salvarse del desastre—próximamente la mitad de los efectivos—se dirigieron a Daimiel, siguiendo a Sierra Morena, donde lentamente se fueron reorganizando. Las bajas francesas fueron de unos 2.000 hombres.

La derrota de Ocaña abrió a los ejércitos franceses el dominio de la extensa planicie manchega, que fué ocupada rápidamente sin resistencia.

El plan de invasión de Andalucía, que el rey José, de acuerdo con su hermano Napoleón preparó, consistía en emplear una fuerza de 80.000 hombres en tres ejércitos, al mando respectivo de los generales Sebastiani, Víctor y Mortier, y del mariscal Sout como jefe supremo. El paso de Sierra Morena se haría simultáneamente por tres sitios: a) Sebastiani, desde San Clemente ((Cuenca) en la Mancha oriental, avanzaría a Villamanrique (Ciudad Real) en el Campo de Montiel, pasando al Este de la garganta de Despeñaperros para ocupar Jaén. b) Víctor, por la zona occidental de la serranía, desde Almadén ((Ciudad Real) avanzaría hasta salir al valle del Guadalquivir, entre Bailén y Córdoba. c) Mortier, desde Manzanares, siguiendo el camino real de Madrid a Andalucía, avanzaría por Valdepeñas y Almuradiel, atacando de frente los pasos de Despeñaperros hasta Santa Elena y la Carolina, situadas en la llanura del Guadalquivir. A este cuerpo central se incorporó José

Bonaparte con su corte, compuesta de cuatro ministros, doce consejeros de Estado y numerosa servidumbre.

Al formidable ejército invasor se oponían 25.000 hombres de las fuerzas residuales de la derrota de Ocaña, que actuaron débilmente en los pasos de Despeñaperros, donde emplazaron algunas baterías en parajes adecuados, cortaron con zanjas la carretera y colocaron minas, que, aunque explotaron a tiempo, no impidieron el paso a las tropas invasoras. De Extremadura se destacó una división al mando de Zaráin, que no pudo oponer gran resistencia a las fuerzas de Víctor.



Fig. 303.—El Guadalquivir en las inmediaciones de Córdoba, en la llanura andaluza.  
(Foto Hernández-Pacheco, 1903.)

El 20 de enero de 1810 se acometieron los pasos de Despeñaperros, descendiendo el ejército francés por la carretera, que fué flanqueada a lo largo de las cumbres de Valdeazores, los Organos y collado de la Niebla, parajes situados en la banda de Poniente del desfiladero, entre el camino alto del Muradal, que fué el seguido por el ejército cristiano, guiado por Martín Alhajar, en la batalla de las Navas de Tolosa en 1212. Otra columna pasó la zona de Despeñaperros, al Oeste del desfiladero, siguiendo el trazado de la calzada romana por Puerto Rey. Forzados los pasos, las columnas, al caer la tarde del 20, se juntaron en Santa Elena y en la Carolina, al pie meridional del paso de Despeñaperros.

El ejército invasor avanzó por el valle bético y llanura andaluza sin encontrar obstáculos (fig. 303). El 23 de enero de 1810, Sebastini ocu-

pó Jaén y el 28 Granada, dominando el valle del Genil y la vega granadina.

Víctor se encaminó a Córdoba, entrando en la ciudad con José, Soult y Mortier. Los cordobeses, recordando el saqueo que había sufrido la ciudad en 1808, acogieron a los invasores con fingida complacencia.

Los últimos miembros de la Junta Central establecida en Sevilla salieron para Cádiz el 24 de enero, incorporándose a la nueva sede de la isla de León. José Bonaparte que, por política de atracción, no quería entrar en Sevilla venciendo resistencias, se estableció en Carmona, entrando Víctor en la capital el 1 de febrero de 1810.

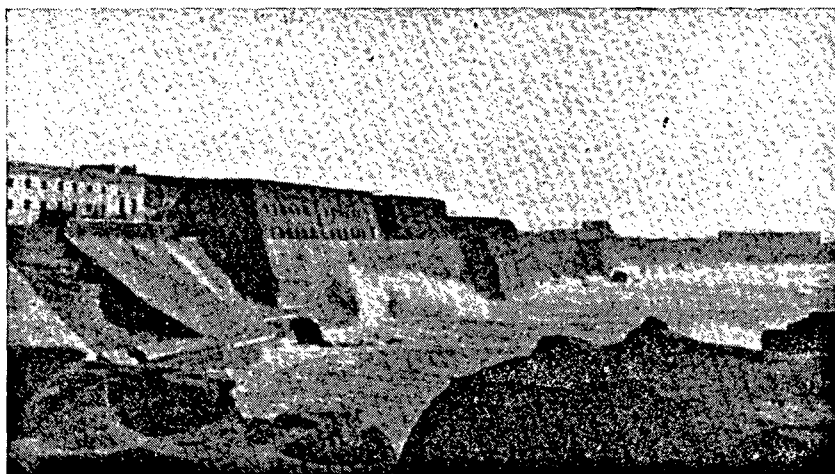


Fig. 304.—Murallas de Cádiz, de la parte hacia mar libre.

(Foto Hernández-Pacheco, 1934.)

La riada bélica, pasada Sevilla, se remansó en la comarca del bajo Guadalquivir, deteniéndose frente a la bahía de Cádiz y expansionándose desde la base de las serranías gaditanas al Este del Guadalete, hasta Huelva y el bajo Guadiana, donde comenzó pronto a reavivarse la guerra, rehaciéndose los dispersos en unidades combatientes.

Del ejército del Sur peninsular no quedaba más unidad organizada que la del duque de Alburquerque, que con una división de 8.000 infantes y 600 caballos se trasladó del valle del Guadiana al del Guadalquivir, pasando este río por las barcas de Cantillana. Las columnas de Mortier y de Víctor se encontraron, cerca de Ecija, con la caballería de Alburquerque, que campeaba en son de guerrillas, teniendo la habilidad de evitar ser copado, adelantándose a Jerez en primeros de febrero, constituyendo su división la defensa de la bahía de Cádiz por la parte de tierra.

La ocupación del valle del Guadalquivir y de la llanura andaluza, hasta el Atlántico, no fué final de la guerra de la Independencia con el sometimiento de España a los designios de Napoleón, sino el comienzo de la reconquista del territorio hispano, desde el extremo meridional peninsular (fig. 304) hacia el Norte, reconquista que culminó con la batalla de Vitoria y con la ocupación de una zona de territorio francés al otro lado de la cordillera pirenaica.

### TERCERA FASE DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (1810 Y 1811)

#### *Situación polémica del ámbito peninsular.*

Al comienzo del año 1810 corresponde el punto más bajo de la curva de la belicidad hispana en la guerra de la Independencia. El organismo supremo de la gobernación nacional, la Junta Central, abandonó Sevilla y se refugió en la bahía de Cádiz, en el extremo meridional de la Península hispana, cercada por el potente ejército enemigo victorioso. Juzgando por el resplandor del hecho espectacular, pudiera juzgarse que comenzaba el final de la independencia española, apoderándose Napoleón del conjunto peninsular, como lo había efectuado de gran parte de Europa continental.

Pero el examen crítico de la situación de las fuerzas contendientes, teniendo en cuenta, por una parte, las características geomorfológicas y fisiográficas del solar hispano, y, por otra, el espíritu combativo de sus habitantes, hace ver que se trataba de un episodio de la lucha tenaz que alargaba la duración de la guerra y no de fatal situación irremediable.

Napoleón había fracasado en sus designios respecto al conjunto hispano: anunció solemnemente que venía a plantar sus águilas imperiales en las fortalezas de Lisboa, y su ejército fué expulsado de las zonas invadidas de Portugal.

En España únicamente dominaban los ejércitos napoleónicos en las llanuras centrales castellanas del Duero y del Tajo, y como resultado de las últimas operaciones en la llanura manchega del Guadiana y en la andaluza del Guadalquivir. En los otros territorios hispanos las fuerzas enemigas tenían que moverse en importantes masas, pues las unidades y destacamentos pequeños solían ser atacados por partidas sutiles e incoercibles de guerrilleros que, al modo de las tormentas primaverales, se concentraban, atacaban, se disgregaban y desaparecían fundiéndose en el conjunto del país. Impedían con frecuencia tales partidas volantes las comunicaciones y enlaces de los ejércitos enemigos y se amparaban en las zonas de penillanuras circundantes o en las serranías de la monta-



ñosa Hispania, territorios que no fueron ocupados, con permanencia y seguridad, por los invasores.

El plan napoleónico había fracasado en la amplia llanura del Ebro, donde sólo dominaba en la comarca de Zaragoza. No se había conseguido ocupar las plazas importantes de la costa oriental mediterránea, y cuando más tarde tomaron los invasores a Tarragona, Tortosa, Sa-



Fig. 305.—Mapa de los más importantes hechos de armas comprendidos en la tercera fase de la guerra de la Independencia (1810 y 1811).

gunto y Valencia, dominaron en la plana costera, pero no en las montañas litorales de las serranías ibéricas, correspondientes a la ancha zona montañosa del Idúbeda, situada y enlazando, en favor de los ejércitos hispanos, la llanura aragonesa con las castellanas y con la plana litoral.

Galicia había quedado libre de enemigos. Sólo esporádica y circunstancialmente se internaban éstos en la cordillera astúrico-cantábrica y en la depresión orográfica vasca. Tampoco ocuparon la extensa cordillera Bética, desde Gibraltar al cabo de la Nao, en la península alican-

tina, y sólo se establecieron en los bordes del gran valle bético y ocuparon Granada y su vega en el valle del Genil, realizando contadas y breves expediciones circunstanciales, unas favorables y otras adversas.

Las penillanuras occidentales de España, tanto las salmantinas como las extremeñas, constituyeron, conjuntamente con Portugal, la principal y más extensa zona peninsular, donde con mayor impulso combativo se desarrolló la tercera fase de la guerra de la Independencia (fig. 305).

En todos estos territorios y parajes seguía ardiendo el fuego sagrado de la guerra de liberación y se mantenía el odio implacable al invasor.

#### *Campaña de Cataluña. Pérdida de Lérida y de otras plazas.*

Ocupada Gerona se determinó por Napoleón que se realizase campaña en Cataluña para dominar en el conjunto del Noreste peninsular, asegurándose las comunicaciones con Francia y el abastecimiento de las plazas del litoral, especialmente el de Barcelona, encargando al general Suchet la ocupación de Lérida y principales plazas del interior de Cataluña.

La ciudad de Lérida está situada en la margen derecha del Segre, con campiña productiva, los Llanos de Urgel, que se prolongan al Este hasta las serranías interiores de las Catalánidas, mientras que por el Oeste se extiende la llanura de terrenos, principalmente margosos y yesíferos de La Noguera y Los Monegros, comarcas correspondientes a la gran llanura aragonesa. Lérida tiene situación estratégica en el medio de la distancia entre la base de las serranías pirenaicas, al Norte, y el curso del Ebro, al Sur.

Todo el país corresponde geológicamente al Terciario de formación continental, constituido litológicamente por capas horizontales o subhorizontales, de conglomerados, areniscas, margas, arcillas y yesos. La topografía es llana, con relieves de erosión de escarpes verticales a lo largo de los cursos fluviales y otros en cerros aislados en la llanura, de laderas asimismo verticales o en extremo abruptas y cumbre plana, en la que suele asentarse importante castillo defensivo de la población situada al pie del cerro. Es ejemplo de tal disposición topográfica la villa de Monzón, en el territorio que se reseña, junto al Cinca (fig. 306).

La ciudad de Lérida, situada en la margen derecha del Segre, tiene como principal defensa el cerro del castillo, de abruptas laderas por el Norte y espacioso rellano en la cumbre, rodeada de murallas y en cuyo recinto existe, entre otras edificaciones importantes, la antigua y notable catedral vieja. Contribuía a la defensa de la plaza, además del castillo, el denominado fuerte de Garden, en otra eminencia, situado al Po-

niente, algo separado del núcleo de la población, y además dos reductos y algunos baluartes, defensas poco atendidas a la sazón.

La plaza de Lérida, a pesar de su situación estratégica, estaba descuidada militarmente, y en ella, cuando se vió amenazada, existía guarnición de unos 4.000 hombres al mando del general García Conde, habiéndose retirado otros tantos contingentes, los cuales maniobraban por la provincia de Tarragona a las órdenes del general Odonell. Cuando al comenzar la primavera de 1810 se comprendió la inminencia del ata-

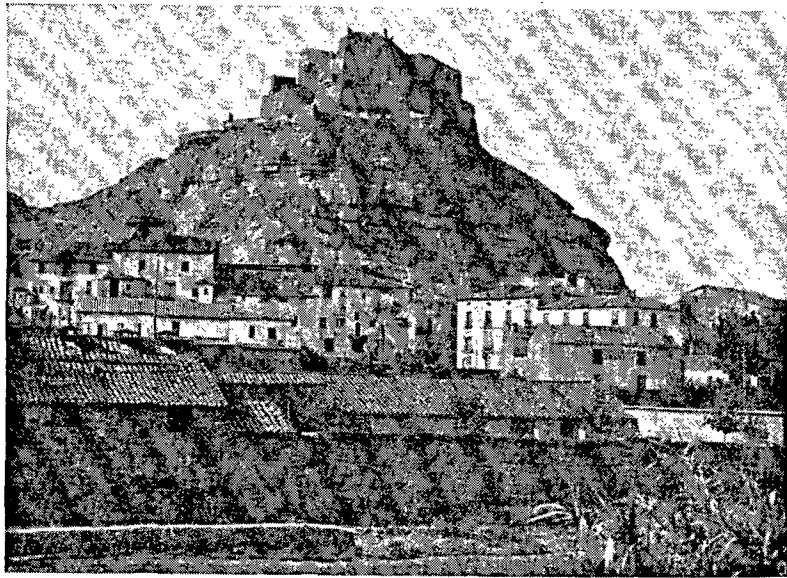


Fig. 306.—Cerro de erosión del Castillo de Monzón (Huesca), en la llanura Ibera.

(Foto Hernández-Pacheco.)

que a la plaza, salieron algunos oficiales y realizaron en los Llanos de Urgel y en La Garriga recluta de unos 1.500 soldados, que campearon por la comarca dificultando las operaciones del enemigo y dando tiempo a que llegaran a Lérida los refuerzos pedidos, que no llegaron. En cambio, mucho paisanaje y multitud de familias de los contornos se refugiaron en la ciudad, huyendo de los desmanes de las tropas extranjeras.

Suchet se presentó ante la plaza el 8 de abril de 1810, comenzando el sitio el 13. Odonell acudió en socorro de la ciudad, pero saliéndole al encuentro el general francés, le infligió gran derrota el 23 de abril en la llanura de Urgel, entre Lérida y Juneda, haciéndole 5.600 prisioneros. El sitio de Lérida se intensificó, abriéndose brecha y penetrando

por ella el enemigo el 13 de mayo, apoderándose de la parte baja de la ciudad, la cual fué incendiada. El vecindario, atemorizado, acudió a refugiarse en el castillo, aglomerándose en los fosos en apretado conjunto que impedía la defensa. García Conde reunió Consejo y se acordó la capitulación del castillo el 14 de mayo de 1810, saliendo la guarnición con honores de guerra y quedando prisionera.

La posesión de la plaza de Lérida hizo factibles las comunicaciones entre Aragón y Cataluña, pero el enemigo continuó dominando únicamente donde pisaba, necesitando que sus convoyes fueran siempre resguardados por muy fuertes contingentes y que las columnas militares en sus movimientos estuviesen compuestas por efectivos numerosos, en contraste con las fuerzas nacionales, que se movían con facilidad, encontrando apoyo y auxilios en todo el país.

El terreno de la zona baja de los ríos Cinca y Segre está formado por potentes bancos margosos del Terciario de facies continental en disposición horizontal, en cuya masa la acción fluvial erosiva origina junto a los cauces cortes verticales de varias decenas de metros sobre el nivel de las aguas del río, elevados paredones de los que son buen ejemplo los inmediatos a la villa de Fraga, edificada en la superficie alta de la llanura en la margen izquierda del Cinca, a unos 25 kilómetros al Suroeste de Lérida. Semejante disposición presenta Mequinenza en el ángulo de desembocadura, entre Segre y Ebro, villa defendida por un castillo en la llanura alta, el cual obstaculiza la única entrada.

La plaza de Mequinenza ocupa situación estratégica entre la llanura aragonesa, al Oeste; el territorio catalán, de compleja topografía, al Este, y la zona montañosa de Gandesa, Puertos de Beceite y Tortosa, al Sur. Por tales características, el dominio de la plaza de Mequinenza complementaba el de Lérida, por lo que en cuanto Suchet fué dueño de esta ciudad, atacó a Mequinenza, situada a 40 kilómetros al SSW., el 20 de mayo de 1810. Gran dificultad fué la de emplazar batería frente al castillo llevando cañones de sitio, lo que se resolvió mediante la construcción de un camino. Se consiguió la rendición de la plaza el 5 de junio de 1810 y la del castillo el 8 del mismo mes.

Por la misma época se posesionaron los imperiales de Morella, capital del Maestrazgo edificada en lo alto de cónica muela caliza, y que era refugio de las columnas militares españolas en sus incursiones y ataques por el territorio aragonés situado al Sur del Ebro.

En el camino entre Barcelona y Gerona, a unos 50 kilómetros, al Norte de la primera ciudad, y a unos 30 kilómetros al Sur de la segunda, está la plaza de Hostalrich, que dificultaba grandemente las comunicaciones. La villa había sido conquistada a primeros de año; pero el gobernador militar, el general Julián Estrada y el coronel de Artillería

López Baños, con la guarnición se habían acogido al castillo, en el que resistían hacia tiempo, hasta que, llegado mediados de abril, les faltó el agua. Ante tan gran dificultad decidieron los sitiados abandonar el castillo antes que rendirse, saliendo la guarnición en la noche del 12 al 13 de abril de 1810, en número de 1.200 hombres, llegando salvos a Vich (entonces en poder de los españoles) el coronel López Baños con la guarnición, no teniendo la misma suerte el gobernador Estrada, que despistado en la noche, siguiendo camino equivocado, cayó prisionero juntamente con tres compañías.

#### *Bloqueo de Cádiz y de su bahía.*

La bahía de Cádiz, en la que estableció su sede el Gobierno Central de España, situada a la salida del Estrecho de Gibraltar, cara al Atlántico, fué en todos los tiempos, tanto protohistóricos como históricos, emporio marítimo de la mayor importancia, y seguía siéndolo durante la guerra de la Independencia. La constitución geológica del terreno es de formación pliocena, principalmente de areniscas calcáreas conchíferas, que los movimientos oscilatorios del suelo, predominando los emerisivos, conjuntamente con las acciones erosivas y los depósitos modernos, han dispuesto y originado la topografía actual (fig. 307).

La ciudad está situada en alargada banda de tipo arrecifal, cerrando gran parte de la bahía por la cuerda del arco, quedando amplia entrada entre los farallones del extremo de la ciudad y Rota, en la costa de enfrente. El Guadalete, procedente de la serranía de Ronda, vierte en la bahía por un conjunto de caños y esteros que aislan porciones de terrenos poco elevados sobre el nivel de las altas mareas, destacando entre ellos la isla de León, en la que está la ciudad de San Fernando.

Amplias extensiones de marismas utilizadas para salinas ocupan gran espacio de la costa interior, que por su laberíntica disposición en caños, canales y balsas presentan extrema dificultad para el paso, salvo por los caminos establecidos, constituyendo ancha zona de defensa por la parte de tierra. Importantes ciudades contornean la costa de la bahía, tales como Puerto de Santa María, Puerto Real y, próximo, Jerez, teniendo el conjunto gran densidad de población.

Tal constitución y disposición topográfica originaba gran defensa natural en la época de la guerra de la Independencia, en que era muy limitado el alcance de la artillería, de tal modo que únicamente desde el Trocadero, paraje avanzado, entre el Puerto de Santa María y Puerto Real, era donde los cañones de las baterías allí emplazadas algunos de sus disparos alcanzaban a la ciudad de Cádiz. Cádiz y su bahía presentaban extrema dificultad de ser ocupados por ejército sitiador que

no contase con la cooperación de potente escuadra, auxilio del que carecía el napoleónico. Tampoco era factible el bloqueo quedando libre

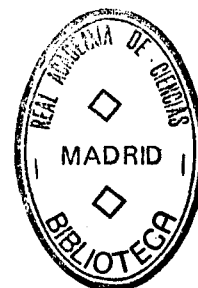
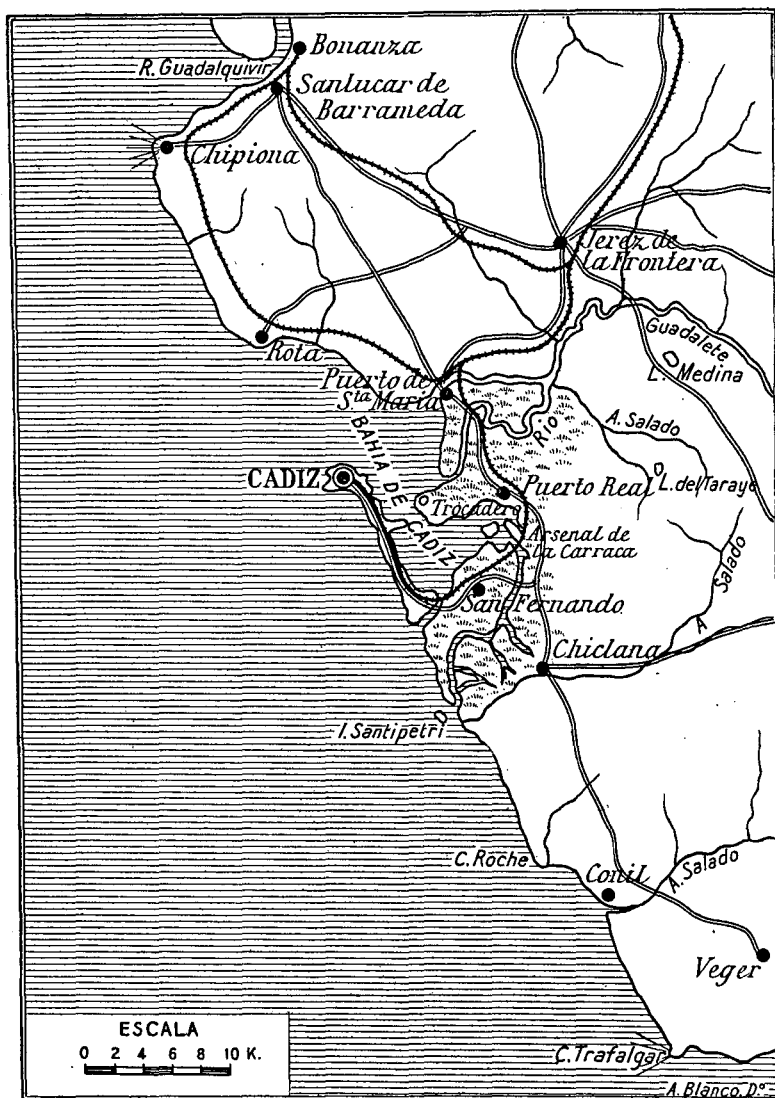


Fig. 307.—Mapa del litoral atlántico gaditano comprendido entre el cabo de Trafalgar y la desembocadura del Guadalquivir. Bahía de Cádiz.

el acceso por mar, por donde fácilmente se comunicaban y abastecían Cádiz y la isla de León, contando para ello con abundante marina hispana.

En tales condiciones la bahía gaditana constituyó lugar seguro de la Junta Central, que se estableció primero en la isla de León, trasladándose al cabo de algún tiempo a Cádiz, donde se convocaron y reunieron Cortes Constituyentes, discutiéndose y promulgándose la Constitución nacional de 1812.

Antes de abandonar Sevilla para trasladarse a Cádiz, la Junta designó a Joaquín Blake general en jefe de un denominado ejército del Centro que no existía, pues estaba reducido a escasos restos de fuerzas desperdigadas. El nombrado destaca en la guerra de la Independencia como la figura militar más competente, de mayores méritos castrenses y personales, siempre dispuesto a servir a su patria generosa y lealmente, sin celos ni ambiciones.

Blake se internó en las serranías béticas, y en el atrio de una iglesia de Guadix pasó revista a su ejército, que consistía en un batallón de infantería, al mando del brigadier Otedo, y unos cuantos caballos que acompañaban al general Freire. A los quince días, incorporándosele dispersos y voluntarios, su ejército había aumentado a 4.000 infantes y 800 caballos, sin cañones ni casi fusiles, sin uniformes ni víveres, situándose en Huércal-Overa, en la serranía límite entre las actuales provincias de Granada y Murcia, desde donde pasó a Vélez Rubio (Almería), continuando el aumento y reorganización de las fuerzas. Blake, al cabo de algún tiempo, pasó a operar en el Sureste y Levante peninsular.

La bahía de Cádiz, mientras se allegaban más fuerzas, fué defendida por el pequeño cuerpo de ejército al mando del duque de Alburquerque, procedente de Extremadura, del que se ha hecho mención. La plaza se puso en condiciones de defensa resguardándose los pasos de acceso con obras adecuadas, especialmente el del caño de Santi Petri, paraje el más vulnerable. Al mismo tiempo se organizaron milicias urbanas y dos escuadrillas al mando de los distinguidos marinos Valdés y Topete, estableciéndose comunicaciones con los diversos puertos hispanos del Atlántico y del Mediterráneo, trasladándose a Mahón los numerosos prisioneros acumulados en los pontones. Por su parte, el ejército sitiador ocupó las ciudades ribereñas de Rota, Puerto de Santa María, Puerto Real, etc.

El plan de defensa de la bahía consistió en hacer de la plaza de Cádiz centro de una zona militar que se extendía por el Este al Campo de Gibraltar y serranía de Ronda, y por el Oeste a la provincia de Huelva, serranía de Aracena y Ayamonte en la desembocadura del Guadiana (fig. 308), estableciéndose enlace con el ejército de Extremadura.

La defensa de Cádiz se caracterizó por el tipo mixto, a la vez marítimo y terrestre, que tuvieron las operaciones. Durante la primavera y verano de 1810 se operó en ambas zonas, en la oriental y occidental. El

general Copons, que dirigió la segunda, estableció en la isla de la Canela, en Ayamonte, un parque-arsenal donde se atendía a la confección de vestuario y equipo, recomposición de armas, etc., sirviendo de refugio a huídos y dispersos, organizándose una escuadrilla para la defensa del estuario del Guadiana y de los esteros y caños de la costa.

El 17 de junio de 1810 Lacy, con 3.000 hombres embarcados, salió en dirección a Ayamonte con objeto de despistar, y torciendo el rumbo navegó en dirección al Estrecho, desembarcando en Algeciras con in-



Fig. 308.—Ayamonte, en la margen izquierda del estuario del Guadiana. Al fondo el Castillo.

(Foto Hernández-Pacheco, 1947.)

tención de tomar por sorpresa a Ronda, que estaba ocupada por los franceses. Aunque no lo consiguió por lo bien atrincherados que estaban, causó no poco quebranto al enemigo y reavivó el espíritu combativo de la gente de la serranía, retirándose ante fuerzas numerosas llegadas, a la posición fuerte de Casares, cercana a la costa de Estepona (Málaga), reembarcando y volviendo a Algeciras y a San Roque, y de aquí a Marbella en poder de los españoles, hasta que por la llegada de potente división enemiga juzgó prudente regresar a Cádiz el 22 de julio de 1810.

Expedición análoga fué la efectuada al condado de Niebla con columna de 3.000 hombres apoyados por escuadrillas españolas e ingle-



sas, desembarcando en Huelva el 23 de agosto y regresando a Cádiz ante el gran número de enemigos movilizados para atacarle.

El giro favorable para la causa nacional que se produjo con la retirada de Massena, de Portugal, y la ausencia de Soult, de Extremadura, indujo a los bloqueados en Cádiz a intentar la liberación del cerco, en cooperación con los ingleses. A tales efectos, el 27 de febrero de 1811 se concentraron en Tarifa, al mando del general Peña, unos 8.000 españoles, 4.000 ingleses y 24 piezas de artillería. Una división española, al mando de Begines, estaba acantonada en Casas Viejas, localidad situada al SSE. de Medina Sidonia y al Sur de Alcalá de los Gazules, acantonamiento situado en el borde septentrional de la llana depresión de la laguna de la Janda. En el ejército que partió de Tarifa mandaba la vanguardia Lardizábal, el centro el príncipe de Anglona y la retaguardia el general inglés Graham.

Traspuesta la serranía del Campo de Gibraltar, el territorio es llano hasta Cádiz, salvo pequeñas alineaciones orográficas de areniscas en el borde marino y algún cerrete. La llanura está atravesada por el río Barbate y ocupa gran espacio en ella la somera laguna de la Janda.

Para llegar a Cádiz se pueden seguir dos caminos principales: el del interior, que pasa por Casas Viejas y Medina Sidonia, edificada en una colina aislada, llegándose a Chiclana y a Cádiz. El camino de la costa, después de cruzar el Barbate, pasa por Veger y por Conil y llega a Chiclana y Cádiz. Estaba acordado ir por el primero, pero antes de llegar a Casas Viejas, Peña decidió avanzar por el segundo, enviando un emisario a Cádiz con la noticia del cambio de ruta, oficial que, equivocadamente, fué preso por los ingleses.

El mariscal Víctor estaba situado entre Medina Sidonia y Conil, y atacó cerca de Chiclana el 5 de mayo de 1811. Lardizábal embistió y se abrió paso con la vanguardia. El jefe de la columna, Peña, ordenó a Graham que ayudase a los de Lardizábal, produciéndose tenaz y mortífero combate entre franceses y españoles, que fueron desalojados del Cerro del Puerco, el que fué recuperado por la decisión de Graham, que retrocediendo acudió en auxilio de los españoles, conteniendo el eficaz fuego de artillería del mayor Duncan, a los franceses que acudían en auxilio de los suyos. Tuvieron los enemigos más de 2.000 bajas y 400 prisioneros, contándose entre los muertos los generales Ruffin y Rousseau, siendo las pérdidas de los ingleses un millar de bajas y entre ellas 50 oficiales.

Graham entró en Cádiz quejoso en extremo de Peña, que no le había ayudado en la sangrienta contienda del Cerro del Puerco. Para desagrarle y premiar la brillante actuación de Graham, la Junta le otorgó el título nobiliario de duque del Cerro del Puerco, que el británico recha-

zó, probablemente en consideración a que su jefe Wellington no tenía aún tal distinción, y también, quizá, por la denominación del título.

Las escuadrillas mandadas por el marino Valdés hicieron por esta época un desembarco en la playa, entre Puerto de Santa María y Rota, apoderándose de esta población situada en la bocana, frente a Cádiz.

Ballesteros, en la provincia de Sevilla, sorprendió en Bornos a las fuerzas del general Semelé, haciéndolas un centenar de prisioneros. Atacó también a Osuna, donde se combatió en las calles, obligando a la guarnición a refugiarse en el fuerte. Estas acometidas y otras semejantes decidieron a Soult a fortificar la línea del Guadalete para evitar le cortaran la comunicación con Sevilla.

Llegado el año 1812, realizada la batalla de los Arapiles y efectuada la retirada de Madrid del rey José, Soult levantó el sitio de Cádiz en la noche del 24 de agosto. Había durado el bloqueo y sitio de Cádiz más de dos años y medio.

El mariscal francés con sus tropas marchó a Sevilla, de la que salió, dirigiéndose por el valle del Genil a Granada, a donde llegó el 27 de agosto, dejando en Sevilla fuerzas de cobertera, que debían incorporarse a la retaguardia dos días después. Las tropas españolas del general Cruz, con auxiliares británicas, persiguieron a los franceses que se retiraban hacia Sevilla por la margen derecha del Guadalquivir, trabando combate en los olivares de Castilleja de la Cuesta, replegándose los perseguidos a Triana, pasando el puente y levantando los tablonés del piso de éste para impedir el paso a los perseguidores, entre los que iba el escocés Downie, que en impulso audaz quiso saltar a caballo la cortadura, cayendo e hiriéndose en la cara y siendo cogido prisionero, teniendo en tal trance presencia de ánimo para arrojar a los suyos, del otro lado de la cortadura, la espada que había sido del conquistador Pizarro y que le había regalado la marquesa de la Conquista. Prontamente se recompuso el puente y penetraron en Sevilla las tropas perseguidoras, saliendo las perseguidas por las puertas de la ciudad del lado opuesto, abandonando los prisioneros y entre ellos al valiente Downie.

Ballesteros salió con su columna en persecución de las tropas de Soult, atacándolas de flanco y a la retaguardia en Antequera y en Loja, cogiéndolas cañones y prisioneros. Soult se detuvo en Granada esperando a los destacamentos de Málaga. Las fuerzas de Córdoba no se retiraron hacia Castilla, sino hacia Levante, uniéndose a las de Soult.

#### *Operaciones en Extremadura: sitios de Badajoz.*

Las fuerzas invasoras de la Península en 1810 eran 300.000 hombres, de lo más aguerrido de los ejércitos napoleónicos, que tenían por pro-

grama inmediato apoderarse de las plazas de Cádiz y de Badajoz y de arrojar de Portugal a los ingleses, previa la posesión de la plaza de Ciudad Rodrigo.

El ejército español en Extremadura tenía por jefe al marqués de la Romana y se componía de unos 28.000 hombres, que estaban en conexión y enlace con las tropas de la serranía de Huelva y tenían apoyo en

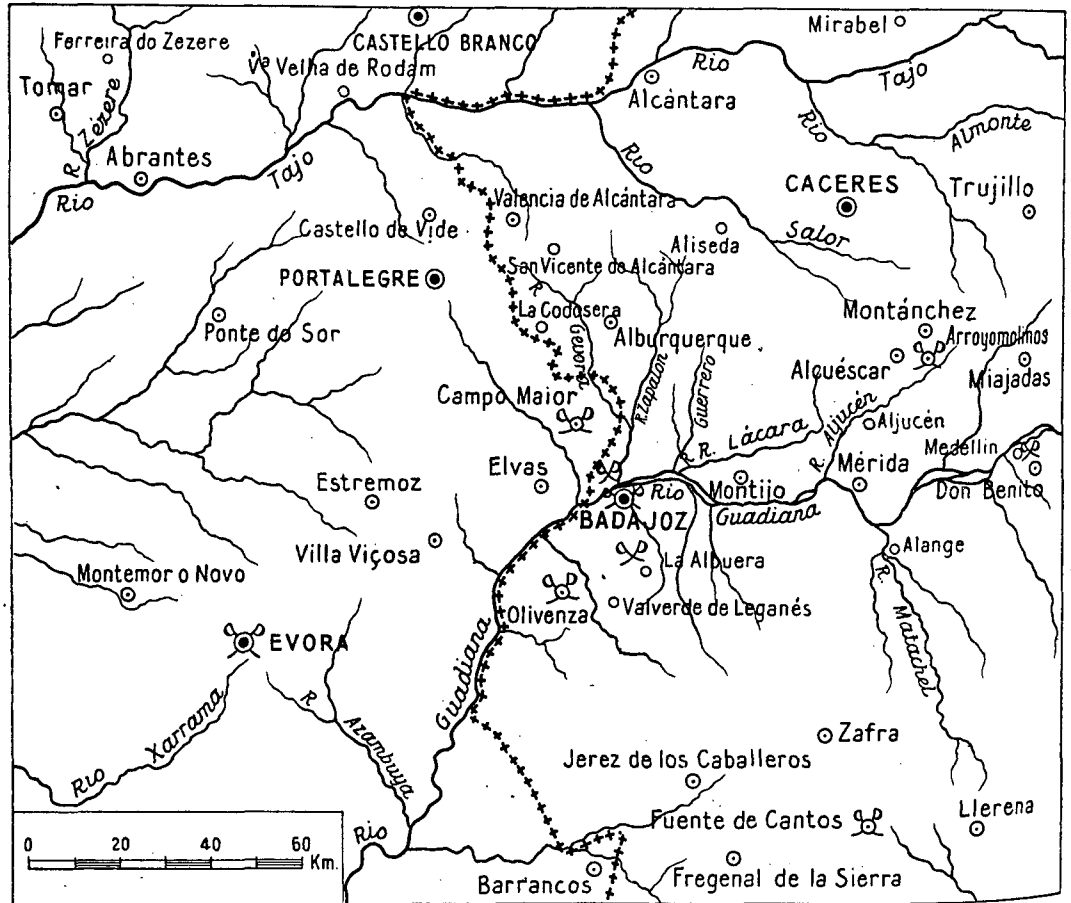


Fig. 309.—Mapa de la penillanura de Extremadura y llanura del Guadiana.

Portugal por el ejército anglo-lusitano del Alentejo. Las fuerzas francesas en la región extremeña eran las del mariscal Mortier, con su cuartel general en Llerena, y las del general Reynier, en Mérida. El sector extremeño al Sur del Guadiana era de predominio del enemigo, y el sector entre Guadiana y Tajo, de los españoles.

Wellington envió a la frontera española del Sur del Tajo, en Extremadura, a la división inglesa de Hill y a una brigada portuguesa para

cooperar con los españoles, tropas que conjuntamente con la brigada de caballería española del general Butrón decidieron en su favor la batalla de Fuente de Cantos del 15 de septiembre de 1810.

El 23 de enero de 1811 falleció repentinamente, de una aneurisma, el marqués de la Romana, y ocupó el mando de las tropas de Extremadura el general Mendizábal, que se situó en la margen derecha del valle del Guadiana.

Soult, por orden terminante de Napoleón, se decidió a ayudar a Mas-sena, que había invadido Portugal, pero no quiso el mariscal francés dejar a su espalda plazas fuertes y decidió apoderarse de Olivenza y de Badajoz. La toma de Olivenza fué operación fácil, rindiéndose la plaza el 22 de enero de 1811, dirigiéndose Soult, con potente ejército, a sitiar a Badajoz.

Badajoz (fig. 309) está situado junto a la frontera portuguesa, inmediato a la plaza fuerte de Elvas, al otro lado del Guadiana, y que no fué ocupada por los invasores. La ciudad de Badajoz está en la margen izquierda del río, en amplia llanura, que se extiende al Este por el ancho valle fluvial hacia Mérida y la comarca de la Serena. Por el Oeste llega la planicie hasta la costa atlántica por la región del Alentejo, de la que son ciudades importantes Estremoz, Évora, y Setubal en el estuario del Sado, planicie en la que tan sólo destacan algunos cerros islas. Al Norte, la llanura de Badajoz llega hasta cerca de Alburquerque, situado en la cuarcitosa y pizarrosa sierra de San Pedro. Al Sur, el llano se prolonga por Olivenza, La Albuera y la Tierra de Barros. Desde Badajoz al mar hay unos 170 kilómetros. De Badajoz a Mérida, por el valle del Guadiana, unos 60 kilómetros. Hacia el Norte se prolonga la llanura unos 30 kilómetros y otros tantos hacia el Sur, hasta el Almendral y la sierra de Jerez de los Caballeros. La constitución geológica es de terrenos arcaicozoicos y paleozoicos, en superficie de arrasamiento geológico, con cobertera margosa de terrenos terciarios, formaciones de rañas y aluviones pliocenos y cuaternarios.

La ciudad de Badajoz, junto al Guadiana, tiene una parte alta, colina en la que está edificada la vieja alcazaba mora de la época en que Badajoz fué capital del reino de taifas, que comprendía más amplitud que la reseñada (fig. 310). Enfrente de la alcazaba, en la otra margen del río, otro cerrete semejante sirve de asiento al fuerte de San Cristóbal, complementario de las defensas de la ciudad, cerrete de San Cristóbal que se prolonga al Norte por suaves lomas de calizas cámbricas. Entre el cerro de la alcazaba y el de San Cristóbal el río forma ancha tabla fluvial que sirve de foso y gran defensa por esta parte a las viejas murallas moras.

En la terminación de la tabla está el largo puente, de origen roma-

no, con cabeza defensiva, de obras de fábrica, guardando el acceso al puente y a la ciudad (fig. 311). En el comienzo del ensanche fluvial desemboca el Génova, por la margen derecha, procedente de Portugal.

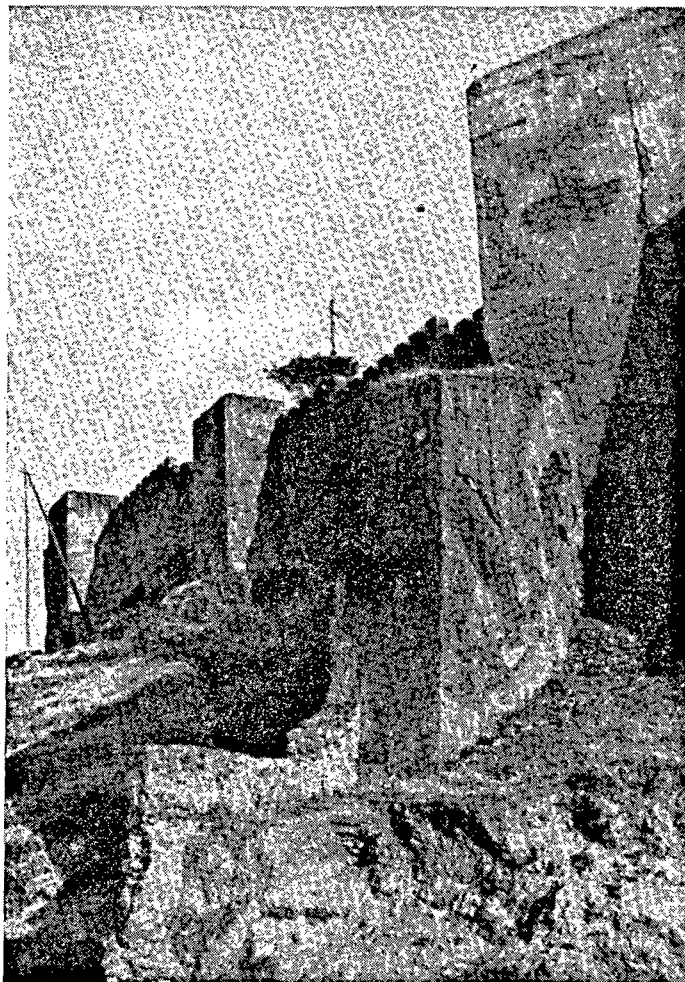


Fig. 310.—Murallas de la alcazaba de Badajoz por la parte del Guadiana.

(Foto Hernández-Pacheco, 1951.)

El Guadiana, que tiene su curso por Extremadura con arrumbamiento hacia el Oeste, desde Badajoz tuerce el rumbo en codo y avanza al Sur, estableciendo frontera con Portugal.

En la época de la guerra de la Independencia, Badajoz era plaza fuerte defendida por obras de fortificación del tipo de las de Vauban,

entonces modernas y de gran eficiencia, esmeradamente construidas y dispuestas, con bastiones y baluartes para baterías rasantes, fosos, parapetos internos y externos, rebellines, etc., abarcando las murallas con gran amplitud la ciudad, que tenía tres puertas: la de Palmas, o del puente (fig. 312), bella construcción castrense de principios del siglo XVI; la de Trinidad hacia el Este, y la del Pilar hacia el Sur, defendidas por obras destacadas de fortificación. La plaza fuerte de Badajoz, en el cen-

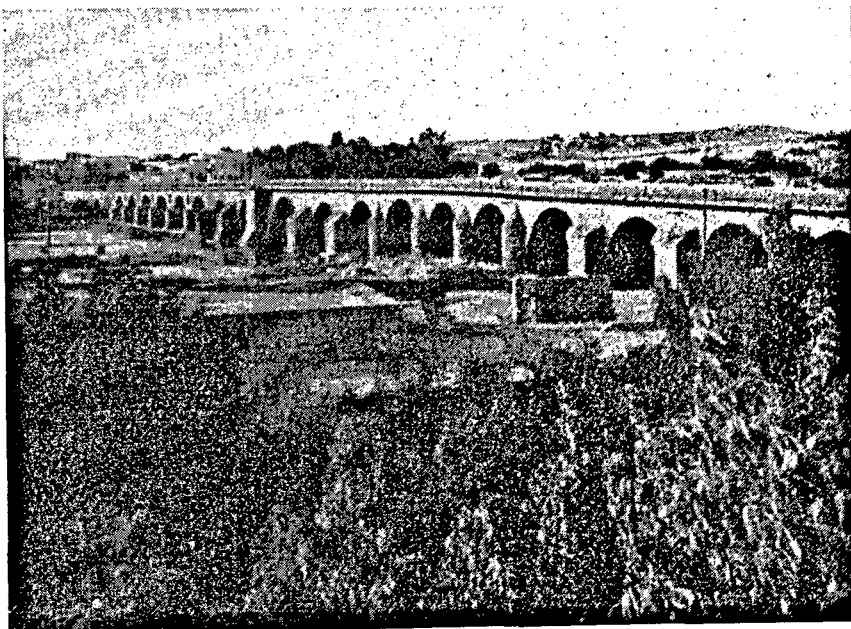


Fig. 311.—Puente sobre el Guadiana, en Badajoz. Al fondo colinas en las que se dió la batalla del Gévora el 18 de febrero de 1811.

(Foto Hernández-Pacheco, 1951.)

tro del territorio reseñado, tenía y tiene gran importancia geoestratégica.

A últimos del siglo XIX, restaurados los desperfectos producidos por los sitios, las fortificaciones estaban intactas, con todo su aparato bélico. El castillo de San Cristóbal con sus antiguos cañones y morteros emplazados, limpio y bien conservado, era épica evocación de la gloriosa guerra de la Independencia española.

Mandaba la plaza de Badajoz el general Rafael Menacho, con 9.000 hombres de guarnición. Sult con 54 cañones de sitio emplazó diversas baterías, comenzando el asedio el 28 de enero de 1811, haciendo los sitiados, el 30, briosa salida.

Mendizábal se situó con sus tropas en las lomas junto al fuerte de San Cristóbal, resguardado por la corriente del Guadiana y de su afluente el Gévora, comunicándose con la plaza por el puente de Palmas y el vado inmediato. El 6 de febrero entró en Badajoz la infantería de Mendizábal y junto con las tropas de Menacho atacaron a los sitiadores, destruyéndoles algunas baterías e inutilizando diversidad de cañones. A los dos días salió Mendizábal de la plaza desembarazándola de gente



Fig. 312.—Puerta de Palmas, de acceso a la ciudad de Badajoz, por el puente sobre el Guadiana.

(Foto Hernández-Pacheco, 1951.)

inútil para resistir el asedio, regresando al campamento inmediato a San Cristóbal, en donde, desoyendo los consejos de Wellington, descuidó el fortificarse, confiado en el resguardo que proporcionaban la corriente del Guadiana y la del Gévora.

El 11 de febrero consiguieron los sitiadores apoderarse del fuerte de Pardaleras, defensa destacada de la puerta del Pilar, adelantándose las baterías de asedio. Mendizábal continuaba en el campamento de San Cristóbal, sin cuidarse de fortificarse convenientemente.

El 18 de febrero la crecida de los ríos menguó lo suficiente para que pudieran vadearlos la infantería del general Mortier, el cual, con fuer-

zas suficientes de caballería y de infantes, pasó sigilosamente de noche los ríos, atacando al descuidado Mendizábal, el cual, aunque se defendió formando dos grandes cuadros, sufrió gran derrota, dislocándose y dispersándose las fuerzas, acogiéndose la división de Morillo a la cercana plaza portuguesa de Elvas.

Menacho, ante la gran derrota del ejército auxiliar, tomó las medidas pertinentes para resistir largo sitio. El 4 de marzo dispuso otra salida de la guarnición para atacar a los sitiadores, operación que observaba desde la muralla, cuando una bala de cañón le destrozó un muslo, muriendo al poco rato. La plaza se rindió a los seis días, el 10 de marzo de 1811.

A consecuencia de la toma de Badajoz se rindió la plaza fronteriza de Campomayor y los franceses ocuparon Alburquerque y Valencia de Alcántara.

Al marqués de la Romana sucedió en el mando del ejército de Extremadura el general Castaños. Wellington se personó en la comarca fronteriza de Badajoz y dejó dispuesto, por influjo de Castaños, que el general Beresford, en reemplazo de Hill que se había ausentado a Inglaterra, pusiera sitio a Badajoz para recuperarle. El 25 de marzo fué rescatado Campomayor y el 15 de abril Olivenza, por el inglés Beresford. Valencia de Alcántara y Alburquerque lo fueron por los españoles, en donde se situó Morillo con su división.

*Batalla de la Albuera. Sorpresa de Arroyomolinos  
y recuperación de Badajoz.*

El general Blake había sido elegido presidente del Consejo de Regencia y solicitó dejar este cargo y que se le confiriese otro militar más adecuado a sus aptitudes. Las Cortes, que tenían gran deseo de que se realizase importante campaña en Extremadura, le designaron general en jefe de la expedición que se proyectaba, compuesta de 12.000 hombres del ejército de Andalucía, actuando conjuntamente con las fuerzas de Extremadura al mando de Castaños y con los angloportugueses al de Beresford.

El 14 de mayo de 1811 se reunieron los tres generales en Valverde de Leganés, pueblo próximo y al Sur de Badajoz, en donde acordaron lo pertinente a la batalla que se suponía habría de entablarse con los ejércitos franceses. Componían las fuerzas de los aliados un contingente de 16.000 españoles y 15.000 angloportugueses, que abandonaron el sitio de Badajoz que habían comenzado.

El mariscal Sout, con sus fuerzas y las de Víctor, Sebastiani y Girard componían 20.000 infantes, 5.000 caballos y 40 cañones, que se



concentraron en Santa Marta, localidad situada a unos 12 kilómetros al Sureste de La Albuera y ambos pueblos en el camino de Badajoz a Sevilla, distando La Albuera de la capital extremeña unos 14 kilómetros, en llanura y en la vega de un pequeño río del mismo nombre, vega con dos suaves lomas laterales, que la del Oeste establece divisoria alargada con un arroyo con el mismo arrumbamiento general que el riachuelo, y más al Oeste está situado Valverde de Leganés. Por la parte del Este, o sea, por la derecha de La Albuera, hay otra loma con arbolado de encinas, en la dehesa de La Natera.

La mañana del 16 de mayo se situaron en la izquierda, en las lomas al Oeste del campo de La Albuera, las tropas aliadas, y en la derecha, procedentes de Santa Marta, los franceses. Blake dirigió con gran acierto y las tropas maniobraron con precisión y serenidad. Fuerte aguacero y gran vendaval se produjo durante parte del día, continuando la batalla. Avanzada la tarde, los franceses cediendo terreno repasaron el arroyo Nogales, afluente del Albuera, y se situaron entre el arbolado en la dehesa de La Natera, donde pasaron la noche y todo el día 17, y el 18 por la mañana emprendieron ordenadamente la retirada por el camino real de Sevilla hasta Llerena, adonde llegó Soult el día 23, estacionándose en dicha ciudad.

La batalla de La Albuera del 16 de mayo de 1811 fué en extremo mortífera, siendo las bajas de los aliados de unos 5.000, en su mayoría inglesas, con dos generales muertos y dos heridos británicos, y también herido el general español Carlos España. Las pérdidas de los franceses fueron más de 7.000, con dos generales muertos y tres heridos. A Blake, las Cortes le otorgaron el empleo de capitán general y el parlamento británico le envió especial mensaje de felicitación por su actuación victoriosa.

Regresado de Inglaterra el general Hill, se reintegró al mando de su división y se reanudó el sitio de Badajoz el 25 de mayo de 1811, defendiendo la plaza el general Philippon. Aconteció que unos artilleros portugueses de los sitiadores hicieron una fogata y escapándoseles el fuego se incendiaron las mieses inmediatas, extendiéndose el incendio a favor del viento del Oeste a lo largo del valle del Guadiana hasta cerca de Mérida, en trayecto de más de cincuenta kilómetros.

El mariscal Marmont acudió desde Salamanca en auxilio de Soult, acantonado en Llerena, para atacar a Wellington que sitiaba a Badajoz, el cual no creyó prudente aguardarle, y el 18 de junio levantó el sitio y se situó en observación en la inmediata plaza de Elvas. El general Blake, con su gente, regresó a Cádiz por Portugal a lo largo de la margen derecha del Guadiana, pasando el río hacia Andalucía por Mértola, en el bajo Alentejo, el 23 de junio de 1811.

En el otoño de 1811, Wellington y Castaños, generales en jefe, respectivamente, de los ejércitos angloportugueses y españoles, tenían sus fuerzas a lo largo de la frontera de Extremadura, en observación de las tropas de Girard situadas en Cáceres, las cuales, en un reconocimiento cercano, destruyeron a cañonazos e incendiaron el convento y caseríos de Zamarrilla, residencia campestre primaveral de las familias cacereñas, situada en las márgenes del Salor a mitad de distancia entre Torrequemada y el puente de la calzada romana (fig. 313). Morillo, con su divi-

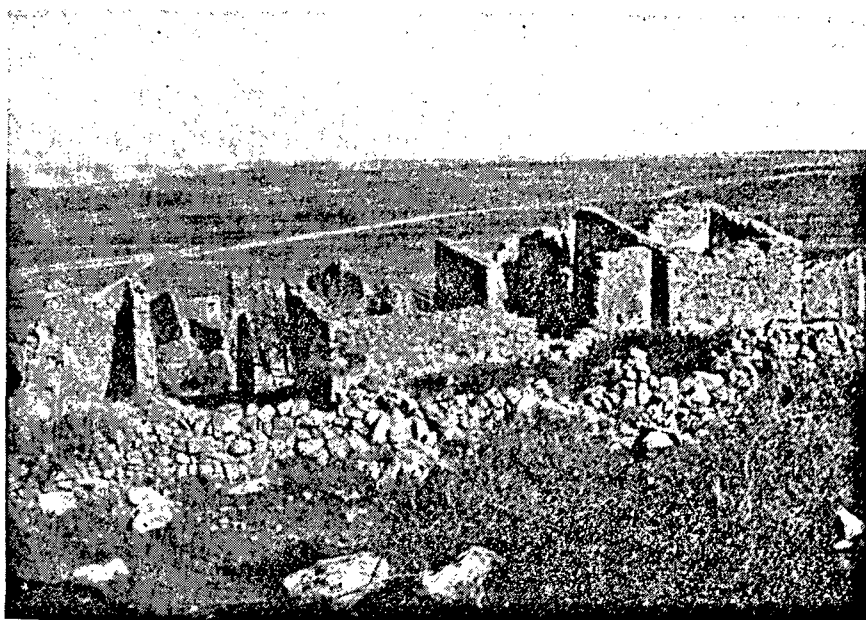


Fig. 313.—Ruinas de Zamarrilla, en los campos de Cáceres, junto al Salor.

(Foto Hernández-Pacheco.)

sión, campeaba por el territorio ocupado por los franceses, inquietándoles y causándoles daños.

Castaños propuso y consiguió de Wellington que Hill con su división angloportuguesa viniera a Extremadura y en unión de los españoles atacaran a Girard. Para tales efectos, el 24 de octubre de 1811 se concentraron en La Aliseda (situada en la Sierra de San Pedro, entre la frontera y Cáceres y a unos 30 kilómetros al Oeste de la capital) la división de Hill y las de Morillo y de Villemur, al superior mando de Girón, segundo de Castaños. Girard se había retirado de Cáceres y estaba situado en Arroyomolinos para pasar al valle del Guadiana y a

Mérida, creyéndose en aquella localidad suficientemente alejado de los aliados, que le molestaban con sus frecuentes y súbitas acometidas.

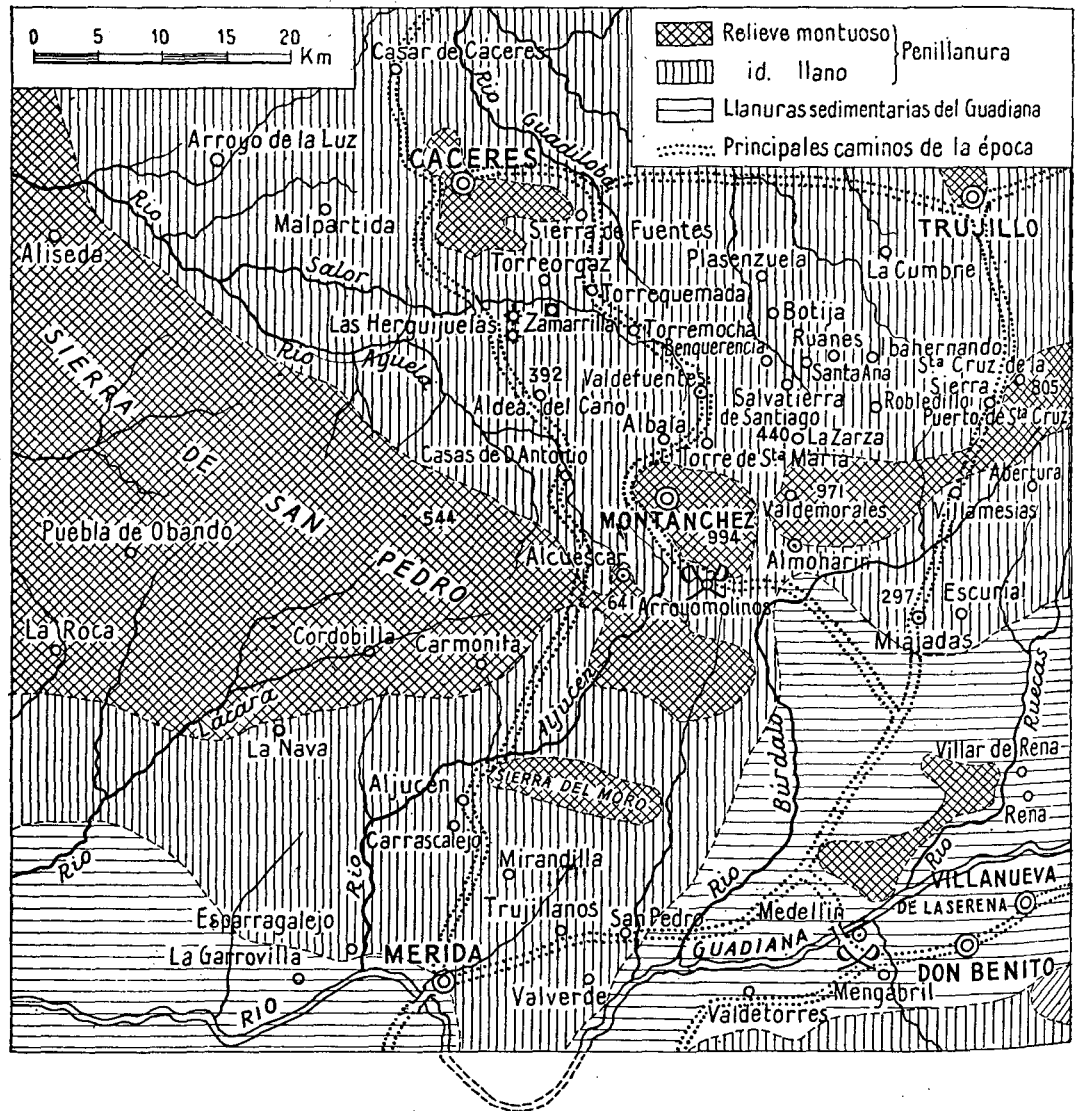


Fig. 314.—Mapa del territorio central de la penillanura extremeña, comprendido entre Cáceres, Trujillo y Mérida, correspondiente a la sorpresa de Arroyomolinos y batalla de Medellín.

El territorio situado entre el Tajo y el Guadiana en Extremadura Central, comprende dos partes. Al Oeste está la serranía de San Pedro, con vallonadas pizarrosas y cerros cuarcíticos, que se prolongan

desde Castello de Vide y Portalegre, en Portugal, por Valencia de Alcántara, Alburquerque y La Aliseda, hacia la llanura de rañas y depósitos terciarios del Guadiana. De la parte meridional de la Sierra de San Pedro, en el comedio entre Cáceres y Mérida, se separa por el bajo puerto de las Herrerías, la sierrecilla de Alcuéscar, pueblo edificado cerca del citado puerto, en una suave prolongación de la sierrecilla.

En la parte oriental del territorio se eleva alta y escarpada la granítica sierra de Montánchez (984 m.), con arrumbamiento de WSW. a ENE.; sierra que después de la cortadura tectónica de La Quebrada se continúa hacia el valle del Guadiana por la Sierra de San Cristóbal, asi-

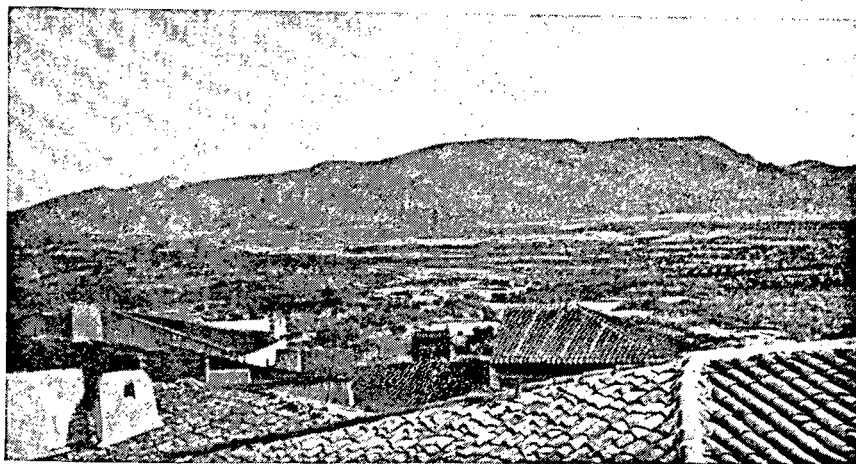


Fig. 315.—Sierra de Montánchez y llanura entre Alcuéscar y Arroyomolinos, pueblo este último situado en la base de la sierra, en el extremo de la derecha. Vista desde Alcuéscar.

(Foto Hernández-Pacheco.)

mismo granítica y abrupta. Al Este de Cáceres y Norte de la Sierra de Montánchez está la llanura de pizarras paleozoicas y berrocales graníticos de los campos de Cáceres y de Trujillo. Junto a La Quebrada, en la base Suroeste de la Sierra de Montánchez, está edificado el pueblo de Arroyomolinos frente al de Alcuéscar y separados por un llano de unos cinco kilómetros, llano que se continúa hasta el Guadiana (fig. 314).

El camino principal entre Cáceres y Mérida es el de la calzada romana, que va en llanura por la parte central del territorio y de Norte a Sur, atravesando la serranía de San Pedro por el citado puerto de las Herrerías. Otra vía de enlace entre las dos ciudades extremeñas de Cáceres y Mérida, en relación estratégica con la de la calzada romana, es la que bordea la sierrecilla de Cáceres por el lado de Trujillo y pasa

delante del extremo septentrional de la Sierra de Montánchez, siguiendo por la base occidental de ésta por Arroyomolinos, Almoharín y al Sur de Miajadas, hasta la margen derecha del Guadiana, y a Mérida (figs. 315 y 316).

El 27 de octubre llegaron las tropas aliadas a Alcuéscar, y antes de amanecer el 28 de octubre de 1811, avanzaron sigilosamente por los cinco kilómetros de camino que les separaban de Arroyomolinos, donde estaban los franceses, que no sospechaban tuviesen tan cerca al enemigo.

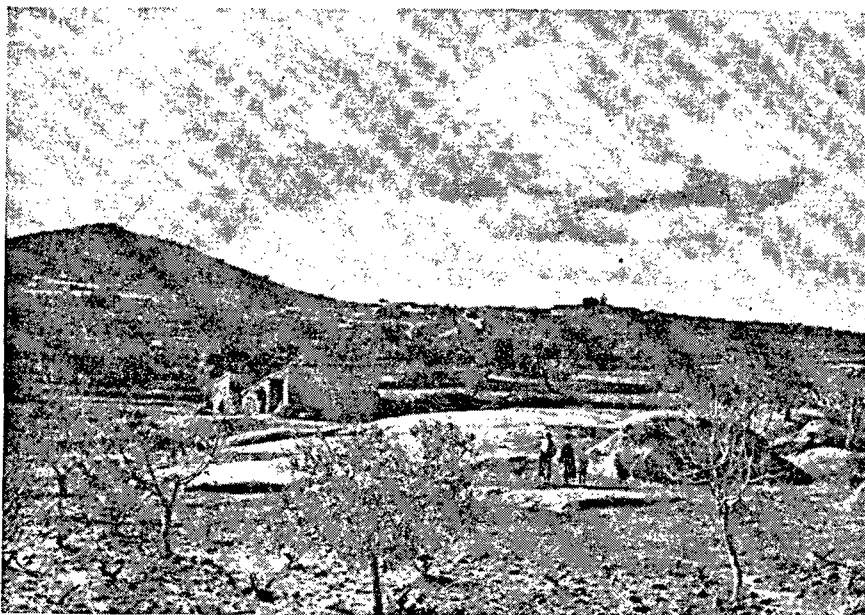


Fig. 316.—Alcuéscar y su campiña, desde el lado hacia Arroyomolinos y de la Sierra de Montánchez.

(Foto Hernández-Pacheco.)

Una brigada francesa había marchado al ser de día en dirección a Mérida, y al salir el sol se preparaba otra a marchar. La sorpresa de Girard fué grande cuando se vió cercado por una división que interceptaba el camino, y el resto que atacaba el pueblo cogiendo, a la que salía, entre dos fuegos, salvándose Girard con algunos pocos trepando por los riscos de la sierra, perseguidos por los de Morillo.

Los franceses dejaron en poder de los atacantes toda la artillería y los bagajes, haciéndoles 400 muertos y, entre éstos al general Dambrowski, y 1.400 prisioneros, contándose entre ellos al duque de Aremberg, al general Brun y gran parte de los mandos y oficialidad. Los atacantes tuvieron 71 bajas de angloportugueses y 30 de españoles. La

brigada que había salido al amanecer estaba lejos del campo de batalla y se enteró de la derrota al llegar a Mérida. Las divisiones españolas se establecieron en Cáceres.

Posesionado Wellington de Ciudad Rodrigo y asegurada por esta parte la frontera luso-española, se situó en Elvas el 5 de marzo de 1812, a donde se había traído de Lisboa potente artillería de sitio, decidido a recuperar Badajoz, cuyo asedio se había interrumpido dos veces. Estableció, cinco kilómetros ayuso de la ciudad, un puente de barcas sobre el Guadiana por el que pasó la artillería y la columna sitiadora de la plaza, comenzando el asedio el 16 de marzo.

Componía la guarnición francesa de Badajoz 5.000 hombres al mando de Philippon. El 19 hicieron los sitiados una salida que les costó 300 bajas. El 25 una gran crecida fluvial se llevó el puente de barcas, apoderándose los sitiadores el mismo día del fuerte de la Picuriña, que defendía la puerta de la Trinidad, abriéndose, en días sucesivos, brecha por un bastión de esta parte de las murallas; efectuándose en la noche del 6 de abril formidable asalto que fué en extremo mortífero para los asaltantes, pues el foso, donde se acumularon las tropas de asalto, se había dispuesto con gran cantidad de materias explosivas e inflamables que ejercieron su acción en el momento del asalto; pero habiéndose escalado la muralla hacia la parte de la alcazaba, los asaltantes de este paraje se corrieron por el interior de la plaza y atacando a los defensores de la brecha, por la espalda, les hicieron prisioneros. Philippon se retiró al fuerte de San Cristóbal, rindiendo la plaza al día siguiente 7 de abril de 1812.

La soldadesca británica, al entrar en la ciudad, la saqueó, cometiendo diversidad de tropelías, asesinando a un centenar de personas de uno y otro sexo. Wellington hizo por contener estos desmanes de sus tropas y entregó la plaza a guarnición española al mando del marqués de Monsalud.

#### *Ocupación de las plazas del litoral levantino. Sitio de Tortosa.*

Entre los proyectos de Napoleón pertinentes a la guerra en la Península hispana, figuraba, como designio de importancia, la ocupación de las principales plazas y ciudades del litoral levantino; probablemente por la creencia de que, dominando en las grandes ciudades costeras, el interland de ellas estaba asegurado y se tenía la total posesión de la amplia zona oriental de la Península; de tal modo que, dominadas las llanuras interiores españolas y en posesión de la extensa banda occidental, o sea, Portugal (de donde creyó seguro y rápido expulsar a los ingle-

ses), no presentaría gran dificultad la ocupación de las alineaciones montañosas, mediante operaciones de limpieza de partidas rebeldes.

Los mapas generales de la época, hasta entrada la segunda mitad del siglo XIX, representaban al conjunto orográfico hispano por alineaciones de montañas, estableciendo patente separación entre los grandes valles fluviales vertientes al Atlántico. Tal era la concepción del geógrafo Bory de Saint-Vincent, oficial napoleónico que operó en España y al que se deben varias de las denominaciones de las cordilleras hispanas, deducidas de la supuesta habitación en ellas de las tribus indígenas en los tiempos de la conquista romana. Los antiguos geógrafos, tal como el griego Estrabón, tenían concepto de la orografía hispana más aproximado a la realidad, considerando el conjunto montañoso hispano de gran complejidad y derivado de la amplia zona de montañas y de altas parameras del Idúbeda, que establece divisoria de aguas entre Mediterráneo y Atlántico; ancha zona de relieves topográficos, enlazada en su extremo septentrional con el Pyrene, y por el Sur con el Orospeña, o sea, la Cordillera Bética.

Avanzada la tercera fase de la guerra de la Independencia, consiguieron las tropas napoleónicas ocupar las ciudades y plazas fuertes de Tarragona, Tortosa, Sagunto y Valencia, que con Barcelona, poseída desde el principio de la invasión, y con Gerona en diciembre de 1809, tuvieron los ejércitos invasores el dominio, no siempre seguro, de la costa catalana y de la plana costera valenciana, desde la frontera hasta la península alicantina del cabo de la Nao. Pero no por ello dominaron en el interland de serranías del litoral y del interior catalán y valenciano. Tampoco dominaron en Cartagena ni, de manera persistente, en Alicante, Almería y Murcia, sino en precario, y constantemente atacados, con fortuna varia, en las serranías litorales.

En 1810, la situación de los franceses en Cataluña era muy insegura por los constantes ataques de las tropas y de los somatenes dificultando el abastecimiento normal de Barcelona, efectuándose frecuentes combates en el ámbito catalán, aún ocupadas las plazas de Gerona, Lérida, Hostalrich y Mequinenza. La guarnición de Barcelona tenía que estar siempre alerta para evitar la sublevación del numeroso vecindario, no atreviéndose a dejar desguarnecida la plaza, ni hacer lejanas excursiones para allegar subsistencias, que por mar no eran factibles libremente, pues los franceses no le dominaban. Generalmente, cada tres o cuatro meses venía un convoy de víveres para la guarnición, que llegaba a Gerona, desde donde, con gran escolta, se conducía a Barcelona.

A tal estado de la guerra en Cataluña, corresponde la sorpresa que Odonell, en combinación con otras columnas, realizó apoderándose de San Feliú de Guixols, de Palamós y de La Bisbal el 14 de septiembre de

1810, recuperando amplio territorio de la provincia de Gerona, entre la capital y la costa. La operación de La Bisbal costó a los franceses 1.200 prisioneros, entre ellos el general Schwartz, con 60 oficiales y 17 cañones.

En el Maestrazgo y por el montañoso territorio de la provincia de Tarragona, las columnas de tropas nacionales tenían en continuo sobresalto a las divisiones enemigas.

Macdonald, con sus tropas, salió de Barcelona con idea de tomar la plaza de Tarragona y privar a los de Tortosa de los socorros de la división de Odonell que campeaba entre una y otra plazas; ocurriéndoles lo contrario de lo que se proponía, pues los de Odonell le tuvieron largo tiempo bloqueado en Reus, no pudiendo salir de tal situación hasta el 25 de agosto de 1810.

Para tratar de remediar tal situación se reunieron en Lérida los generales Suchet y Macdonald, determinando de acuerdo con los deseos del emperador, apoderarse de la plaza de Tortosa, juzgando que por su situación era de gran importancia estratégica (fig. 317).

El Ebro, desde Mequinenza, en la desembocadura del conjunto fluvial: Segre, Nogueras y Cinca, avanza encajado entre las montañas meridionales de las Catalánidas por fragosa serranía de medio centenar de kilómetros de anchura. En Mora de Ebro y en el Plá dels Burgans, existe una hoya o depresión intermontañosa formando un ensanche del valle fluvial, que tiene al Noreste el escabroso conjunto orográfico de la parte meridional del partido de Falset (Tarragona), y por el Suroeste las escarpadas muelas y abruptos cerros calizos del partido de Gandesa (Tarragona).

Pasada la hoya de Mora y Plá dels Burgans, el Ebro se encaja, aún más, en hondo congosto al atravesar el eje orográfico de las Catalánidas, saliendo de la estrechura, entre Cherta y Tivenys, expansionándose la vallonada en la vega de Tortosa, abierta al mar, hacia las amplitudes de la llana extensión del delta, por el cual el río, en varios brazos, se interna en el Mediterráneo.

El sitio de Tortosa fué encargado por Napoleón al general Suchet, en cooperación con el mariscal Macdonald y de las divisiones de Leval y de Hebert. Se caracterizó tal operación por las dificultades que hubo de vencer y el largo tiempo que exigió la preparación del asedio, reparándose y acondicionándose un camino carretero desde Mequinenza para avituallamiento y municionamiento, camino que resultó más costoso que útil. La conducción de la artillería gruesa para batir la plaza se realizó, principalmente, aprovechando las crecidas del Ebro, embarcando en balsas los cañones.



Suchet se situó en el ensanche de Mora de Ebro el 7 de julio, estableciendo puentes ligeros entre las dos márgenes del río, donde fué acometido varias veces deshaciéndole las pasarelas y causándole importantes bajas, cogiéndole, en una ocasión, prisionero a un batallón entero de napolitanos.

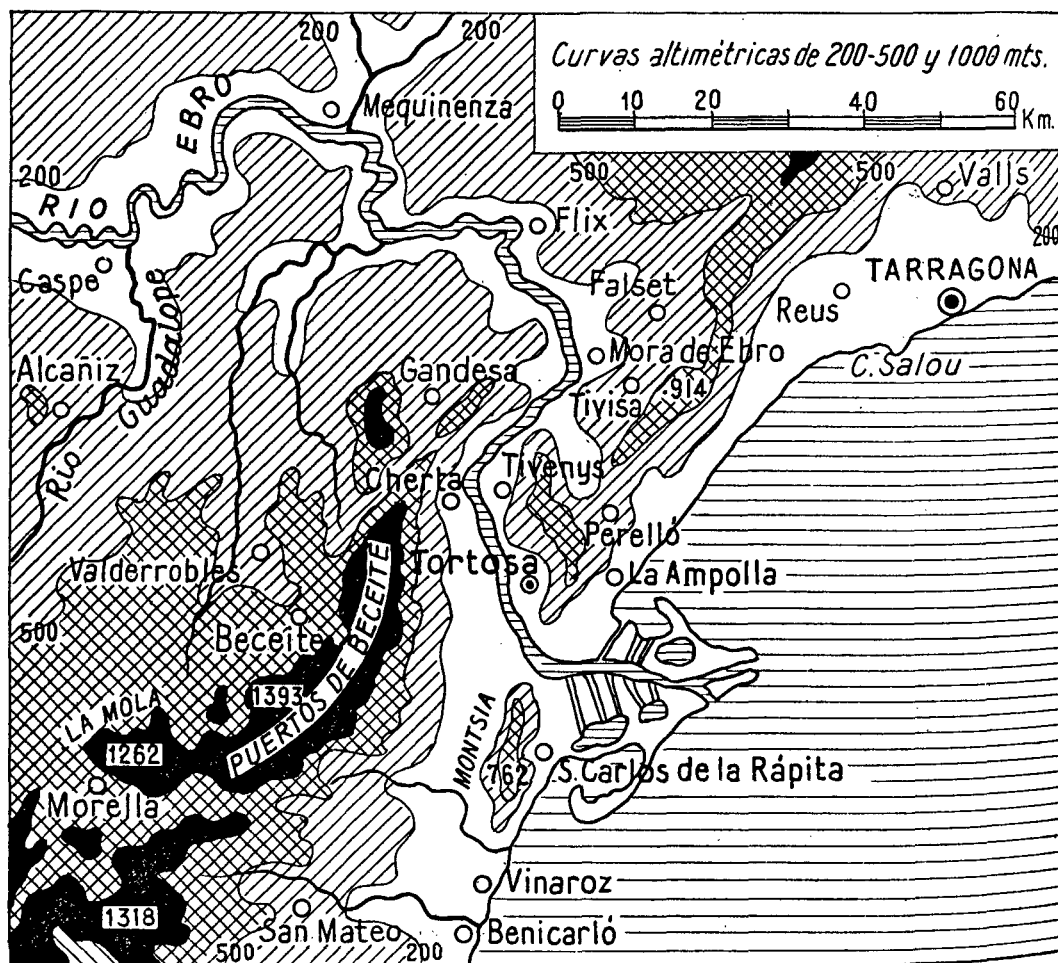


Fig. 317.—Esquema topográfico del territorio del tramo final del Ebro.

Mandaba la guarnición de Tortosa el conde de Alacha, cuyas tropas hicieron algunas salidas dificultando los trabajos para el asedio. Después de medio año de preparativos, el 2 de diciembre de 1810, las 45 piezas de sitio, en 10 baterías, iniciaron ininterrumpido fuego que continuó los tres días siguientes, destruyendo parte de la ciudad, desmantelando bas-

tiones y abriendo brechas; enarbolándose en la plaza bandera blanca y franqueándose la entrada al enemigo el 2 de enero de 1811; saliendo, con honores de guerra, los sitiados y quedando prisioneros los 6.800 hombres que componían la guarnición.

La noticia de la rendición de Tortosa causó gran decepción en todo el país, que esperaba mayor resistencia a ejemplo de Zaragoza y de Gerona. En el ejército de Cataluña la irritación contra el jefe de la guarnición hizo que se le formase Consejo de guerra en Tarragona, que culpó al conde de Alacha de flojo en la defensa, y prematura la rendición, con durísima sanción, de cuya ejecución se libró por estar prisionero.

La ocupación de Tortosa no resolvió el cese de los frecuentes ataques a las tropas napoleónicas, unos favorables y otros adversos, situación productora de gran irritabilidad en los mandos franceses.

#### *Incendio de Manresa. Sitio de Tarragona.*

El 10 de marzo de 1811, Suchet y Macdonald volvieron a avistarse en Lérida de orden del emperador, que designó al primero de los citados para que se encargara de la toma de Tarragona; relegando al segundo, a pesar de superior graduación y categoría, al desempeño del gobierno militar de Barcelona. En cumplimiento de lo mandado regresó Macdonald a esta plaza, acompañándole la división del general Harispe, que conducía gran convoy de abastecimiento. Al pasar por la ciudad de Manresa, habiéndose el vecindario ausentado ante la llegada de las tropas, Macdonald ordenó que se la incendiase, ardiendo la mayor parte de los edificios con los hospitales y más de 700 casas, incendio que estuvo contemplando el mariscal desde los cercanos altos de Culla.

Tal atrocidad encendió la ira de las milicias que operaban en el país, atacando en varios parajes a la columna, especialmente el barón de Aroles, que deshizo a la brigada de retaguardia, formada por napolitanos al mando del general Palombini, entrando la expedición en Barcelona con cerca de un millar de bajas.

Tarragona ocupa excelente situación en la costa mediterránea, en rada resguardada por el cercano cabo de Salou y promontorio sobre el que se asienta la parte alta de la ciudad. Esta, en la época de que se trata, estaba fortificada con baluartes y con fuertes destacados. La campiña es de relieves variados de poca altura, extendiéndose hasta el interior con anchura de 40 a 50 kilómetros hasta la alineación orográfica interna de las Catalánidas, que bordea la planicie de Urgel y llanos de Lérida; prolongándose la disposición topográfica hacia el Noreste, por la provincia de Barcelona, y hacia el Suroeste por relieves más abruptos y elevados, tales como los de Montblanch y del partido de Falset, de la

zona del Ebro. Al Oeste e inmediato a la ciudad está el valle y llanura del Francolí y de Reus.

La diversidad de constitución geológica contribuye a la variedad del relieve. La campiña de Tarragona está cuidadosamente cultivada con viñedos y otros plantíos. Es región bien poblada con abundancia y variedad de centros urbanos de todo tipo.

Tenía Tarragona cuando fué sitiada unos 12.000 habitantes y guarnición, al mando del general Caro, de 6.000 soldados y 1.500 voluntarios. La escuadra inglesa de tres navíos y dos fragatas, del comodoro Codrington, ayudaba a la defensa de la plaza, amparando con sus baterías algunas salidas que realizaron los sitiados.

El general Suchet se presentó ante la ciudad el 3 de mayo de 1811 con 20.000 hombres y adecuada artillería de sitio, rodeando la plaza por parte de tierra y atacando al día siguiente al fuerte del Olivo situado por la parte del Francolí, levantando un reducto del lado del mar para guarecerse de los tiros de la escuadra.

El 10 de mayo penetró en la plaza sitiada el marqués de Campoverde, procedente de la provincia de Barcelona con 10.000 hombres, parte de cuya fuerza quedó fuera para proteger a los sitiados.

La lucha por la posesión del fuerte del Olivo duró todo el mes de mayo, sin cesar de combatir. A fines de este mes penetraron en la plaza otros 2.000 soldados procedentes de Valencia y de Mallorca. Con tal motivo se celebró Consejo militar y se reorganizaron los mandos de la plaza y del ejército auxiliar de Cataluña. Caro iría a Valencia en busca de refuerzos y Eroles operaría al exterior de la plaza, quedando éste al mando del general Senén Contreras.

El 3 de junio comenzó el ataque al fuerte del Francolí, con 25 cañones, y el 7 dispuso Contreras que la guarnición del fuerte, para que no quedase cortada, se incorporase con la artillería a la plaza, como así se realizó. Los sitiados hicieron varias salidas, y entre éstas, una noche 300 granaderos marcharon sigilosamente y sorprendieron a las tropas de ingenieros que descansaban de la fatiga de abrir trincheras y obras de aproche. En una veintena de días perdieron los sitiadores 2.500 hombres, y entre ellos un general, dos coroneles, 15 jefes de batallón y 172 oficiales.

De Valencia llegó una división de 4.400 hombres, de los que la mayor parte se destinó a campear al exterior de la plaza y en otras comarcas de Cataluña, capturando Eroles en Falset un convoy de 500 acémilas, y Villamil, en Mora de Ebro, cautivó a un numeroso destacamento polaco.

El 28 de junio de 1811 las tropas sitiadoras se lanzaron simultáneamente por las tres brechas abiertas, apoderándose del arrabal, que era

la parte de ciudad correspondiente actualmente a la zona entre la Rambla y el puerto, peleándose en las calles y en las casas. La escuadra inglesa levó anclas y se retiró disparando andanadas contra los asaltantes. No hubo apenas prisioneros y una misma pira consumió los cadáveres de soldados franceses, españoles y vecinos del arrabal.

Quedaba sin dominar la ciudad alta, contra la cual se emplazaron baterías, consiguiéndose abrir tres brechas en las defensas. Llegaron al puerto navíos procedentes de Cádiz con 1.220 soldados a bordo, cuyo jefe, visto el estado en que estaba la lucha, se mantuvo sin desembarcar las tropas.

Tres columnas se lanzaron simultáneamente por las brechas, siendo rechazadas; avanzaron nuevos contingentes de asalto y las reservas. Se combatió desesperadamente en la amplia escalinata de la puerta principal de la catedral, en el pórtico, en el interior de las naves y en el claustro. Senén Contreras, al salir por la puerta denominada de San Magín, fué herido en el vientre de un ballonetazo. Numeroso contingente de soldados se abrieron paso y trataron de salir hacia la parte de la playa por la puerta de la ciudad denominada de Barcelona, pero contenidos por la división del general Harispe, se vieron obligados a retroceder y rendirse. La soldadesca desenfrenada se repartió por la ciudad dedicándose al saqueo y al asesinato, costando grandes esfuerzos contener a las tropas desmandadas.

Suchet reconvinó a Contreras por haber llevado la resistencia a tal límite. Curado éste de su herida fué llevado prisionero al castillo de Bouillon, en los Países Bajos, de donde consiguió evadirse. Napoleón, por tal hecho de armas, nombró mariscal a Suchet.

Duró el sitio de Tarragona dos meses. Cerca de 8.000 españoles quedaron prisioneros. El promedio de bajas francesas, según los diversos cómputos, fué de más de 6.000, muriendo unos 4.000 habitantes de la ciudad.

#### *Sitios de Sagunto y de Valencia.*

Ocupadas las plazas del litoral de Cataluña, encomendó Napoleón a Suchet la conquista del vecino reino de Valencia. Las Cortes españolas, a su vez, confirieron a Blake la defensa del citado territorio, saliendo el general de Cádiz con las divisiones de Zayas y de Lardizábal, que fueron desembarcadas en Alicante conjuntamente con la artillería y parte de los bagajes.

Blake, en Valencia, mejoró las fortificaciones de Sagunto en lo que pudo, estableciendo un campo atrincherado. En Alcoy instaló talleres de vestuario y de equipos, y de armamento en Gandía.

La costa mediterránea en el Levante peninsular hace amplio arco entrante, constituyendo el golfo de Valencia entre el saliente que forma

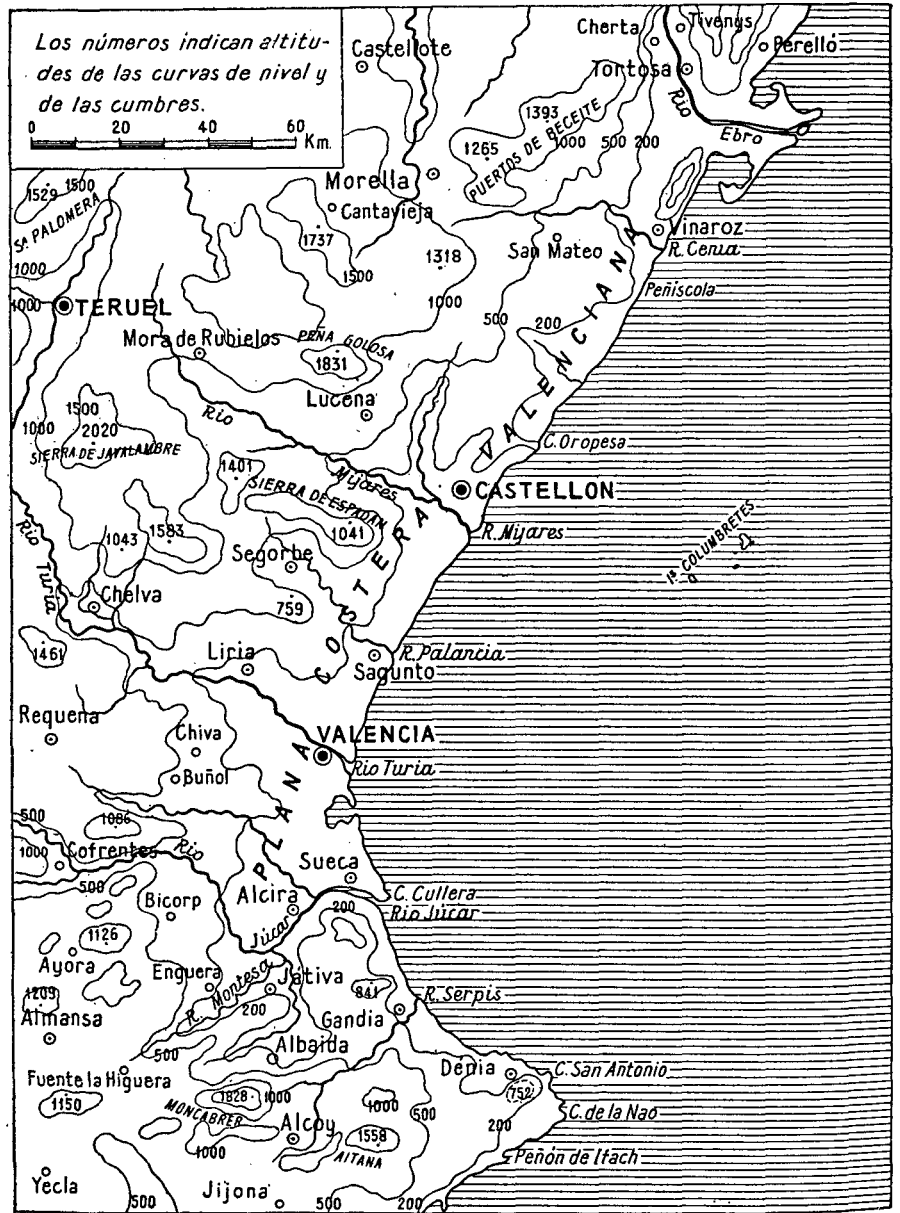


Fig. 318.—Mapa de la Plana costera valenciana y de las serranías levantiñas entre el tramo final del Ebro y la península alcantina de los cabos de San Antonio y de la Nao.

el delta del Ebro y el de la península de los cabos de San Antonio y de la Nao. La cuerda del arco del golfo de Valencia tiene entre los extremos citados longitud de unos 230 kilómetros por flecha en Valencia, que es el paraje más entrante, de 65 kilómetros (fig. 318).

El litoral del arco costero forma la denominada Plana valenciana, de playas bajas y llanura que se adentra en tierra (fig. 319) en ancha orla de bordes festonados por entrantes y salientes irregulares de la base de las serranías que encuadran todo a lo largo a la llanura litoral. Entre tales prolongaciones de la planicie hacia el interior, se distinguen dos



Fig. 319.—Costa del golfo de Valencia en las inmediaciones de la ciudad. Al fondo las montañas de la serranía valenciana.

(Foto Hernández-Pacheco.)

principales por su mayor amplitud: Una es la de Liria, en la zona del bajo Turia. Otra la del bajo Júcar y valle del Montesa.

El entrante de Liria es cerrado en fondo de saco, y antes de llegar a Chelva (fig. 320), remontando el Turia, comienza un territorio, en extremo fragoso, de calizas mesozoicas recortadas en muelas de laderas verticales, tajos imponentes y barrancadas profundas, en las que están encajados los tramos del Turia y de sus afluentes hasta el interior de la provincia de Teruel, por el Rincón de Ademuz, la sierra de Jabalambre (2.020 metros) y los Montes Universales y de Albarracín (1.856 metros).

Al Sur del Júcar está el entrante más importante de la Plana valenciana, el del valle del Montesa, estableciendo separación entre dos sistemas orográficos y orogénicos: El del Norte las serranías ibérico-levan-

tinias, del conjunto montañoso del Idúbada. El del Sur las serranías alicantinas, correspondientes al subsistema subbético de la Cordillera Bética o del Orospeña. El ensanche del valle del Montesa y su prolongación hasta la altiplanicie de la Mancha, es la entrada natural a la Plana costera valenciana, por donde se construyó en el siglo XVIII la carretera general y en época moderna la vía férrea desde el centro peninsular al litoral levantino. Presenta esta depresión orográfica, a mitad de la rampa que forma, un a modo de umbral en la comarca de Almansa, donde se bifurcan los caminos hacia Valencia y hacia Alicante; paraje, el de Almansa, que ha sido teatro de hechos bélicos decisivos en la historia

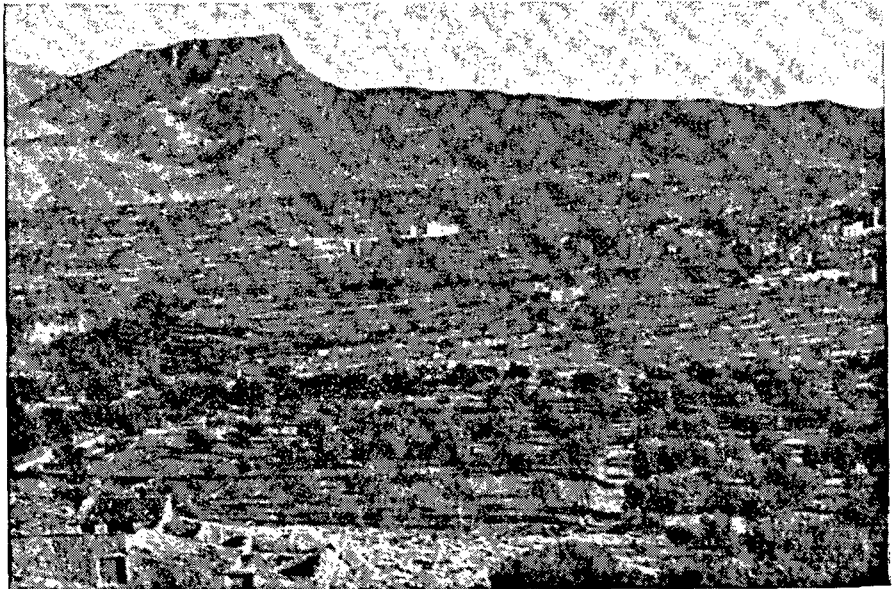


Fig. 320.—Campiña y serranía de Chelva (Valencia). Pico de Chelva.

(Foto Hernández-Pacheco.)

de España, tal como en la guerra de Sucesión de principios del siglo XVIII.

El litoral valenciano en su extremo septentrional está interrumpido por los abruptos y fragosos montes de los Puertos de Beceite y por montañas litorales catalanas atravesadas por el encajado valle del Ebro.

La llanura valenciana asimismo está interrumpida meridionalmente por la línea estratégica del Cid, formada por la Sierra Grosa prolongada hasta la costa por el Monduber (841 metros), situado al Norte de Gandía; y detrás de dicha alineación, por el valle del Albaida y por las altas montañas de Alcoy, con el Moncabrer (1.328 metros).

Todo el interior del reino de Valencia es de ásperas serranías, desde los Puertos de Beceite hasta las montañas de la línea estratégica del Cid, en la península alicantina; de relieves y roquedos de calizas mesozoicas y de areniscas triásicas, con la característica topográfica de muelas, abruptos cerros y barrancadas por las que circulan en hondos congostos el Cabriel y sus afluentes, que se unen al Júcar en Cofrentes, antes de salir al llano; atravesando el río últimamente citado, la llanura meridional de Valencia, constituyendo línea estratégica defensiva de la ciudad en la guerra de la Independencia.

La Plana es de terrenos modernos, principalmente neogenos, de constitución margosa y de arcillas areniscosas; territorio abundante en potentes manantiales procedentes de aguas subterráneas de la zona de serranía y que, juntamente con las fluviales, sostienen próspera agricultura y originan país de gran riqueza.

A lo largo de la Plana fracturas geológicas en falla hacen asomar en la costa, a través de la cobertera de terrenos modernos, sierrecillas y colinas de rocas mesozoicas, siendo los principales relieves de este tipo: la sierra de Montsiá, frente al delta del Ebro; Peñíscola, destacada en el mar y unida a tierra por un istmo de arena; la Sierra de Irta y el cabo Oropesa al Norte de Castellón; los cerros de Sagunto; el cerrillo del Puig, de arenisca roja, o sea rodено, y los roquedos del cabo Cullera en la desembocadura del Júcar.

La Cordillera Bética, que según se ha dicho acaba en el Mediterráneo en los cabos de San Antonio y de la Nao, se prolonga submarinamente con el arrumbamiento que trae hacia el ENE, siendo porciones emergidas de tal alineación orográfica las islas Baleares; distando Ibiza, que es la más próxima al continente, unos 80 kilómetros de los citados cabos; Ibiza de Mallorca otros tantos, y Mallorca de Menorca tan sólo 36 kilómetros. Mallorca tiene la espléndida bahía de Palma, y en la opuesta costa las de Alcudia y Pollensa. Menorca posee excelente puerto natural, el de Mahón, de gran importancia militar en la época de la guerra de la Independencia, en que el alcance de los cañones era reducido; puerto de gran calado, en el que podían fondear los grandes navíos tocando los penoles en tierra.

Cuando la guerra de Sucesión, Inglaterra se apoderó con rapacidad de Gibraltar y de la isla de Menorca. Esta, por las vicisitudes de la historia, volvió a ser de su legítimo dueño; Gibraltar continúa siendo dolorosa espina clavada en el sentimiento patriótico de España.

Durante la guerra de la Independencia una potente escuadra, con sus bases en las islas Baleares, hubiera hecho muy difícil y precario el dominio del litoral levantino por los ejércitos napoleónicos, teniendo el ejército español el interland, el cual no pudo ser dominado por los inva-



sores aun después de la ocupación de Tarragona, Tortosa, Sagunto y Valencia. Pero en la campaña del litoral valenciano la escuadra inglesa apenas actuó, y en la defensa de la plaza de Tarragona casi como espectadora, según se deduce del relato a ello pertinente.

El 15 de septiembre de 1811, el mariscal Suchet se presentó en la comarca de Valencia con un ejército de 22.000 hombres en tres divisiones al mando respectivo de Hebert, Harispe y Palombini. Las fuerzas de Blake eran de 16.000 hombres ya aguerridos y las guarniciones de las plazas del litoral valenciano.

Suchet llegó ante Sagunto el 23 de septiembre, y creyendo ser operación fácil apoderarse del castillo, intentó escalarlo por cinco sitios a la vez en la noche del 28, resultando fallidos los asaltos y retirándose al amanecer con pérdidas de 300 muertos al pie de las murallas. Ante tal descalabro, el mariscal trajo de Tortosa la artillería de sitio, estableciendo baterías sin poderlo evitar los de Sagunto por el menor alcance de sus cañones. Abierta brecha se lanzaron al asalto 800 granaderos del Vístula sostenidos por 2.000 soldados, siendo rechazados y dejando en el campo unos 500 entre muertos y heridos.

Comprendió Blake que Sagunto acabaría irremisiblemente por ser tomado, por lo que decidió intentar resolver el caso mediante batalla campal con los sitiadores, dejando confiada la defensa de Valencia a las milicias urbanas con algunas tropas regulares. Distribuyó convenientemente las posiciones de los 2.500 hombres de que disponía, ocupando la altura del cerrillo del Puig, entre Sagunto y Valencia. La batalla que se dió en el valle del Turia el 24 de octubre de 1811 estuvo indecisa, con fortuna variable, siendo el final adverso. Las bajas por parte de los franceses fueron superiores a 700, y las de los españoles inferiores al millar, además de 4.000 prisioneros, perdiéndose 52 cañones. Consecuencia de la pérdida de la batalla del Turia fué la capitulación de Sagunto, de donde salió con honores de guerra, y por la brecha la guarnición, conservando los oficiales sus armas, caballos y equipajes, y los soldados las mochilas.

Las Cortes españolas, a petición de los diputados valencianos, acordaron que Valencia se defendiese hasta el último extremo. Blake se dispuso a ello situando sus fuerzas en la margen derecha del Turia (figura 321), en Manises y en otros parajes al exterior de la ciudad, quedando de gobernador de la plaza Odonell. Las tropas defensoras de Valencia eran unos 20.000 hombres. Suchet contaba con 35.000.

El 26 de diciembre de 1811 los franceses atacaron a los destacamentos de Manises y les hicieron retirar a Cuarte, habiendo tenido que hacerle algunos contingentes a Alcira. Las tropas del marqués de Zayas, en cambio, derrotaron a una brigada de Palombini causándole nume-

rosas bajas, y entre ellas 40 oficiales. Blake se vió forzado a sostenerse en los atrincheramientos exteriores de la ciudad ante la escasez de fuerzas y la muy poca caballería.

Tal situación motivó que se reuniese Consejo de jefes superiores en que se planteó la cuestión de si Valencia podría defenderse con éxito, y si se creía preferible permanecer en los atrincheramientos o abrirse paso a través del enemigo. Todos estuvieron conformes en que Valencia no tenía condiciones de resistencia, acordándose que era necesario salir

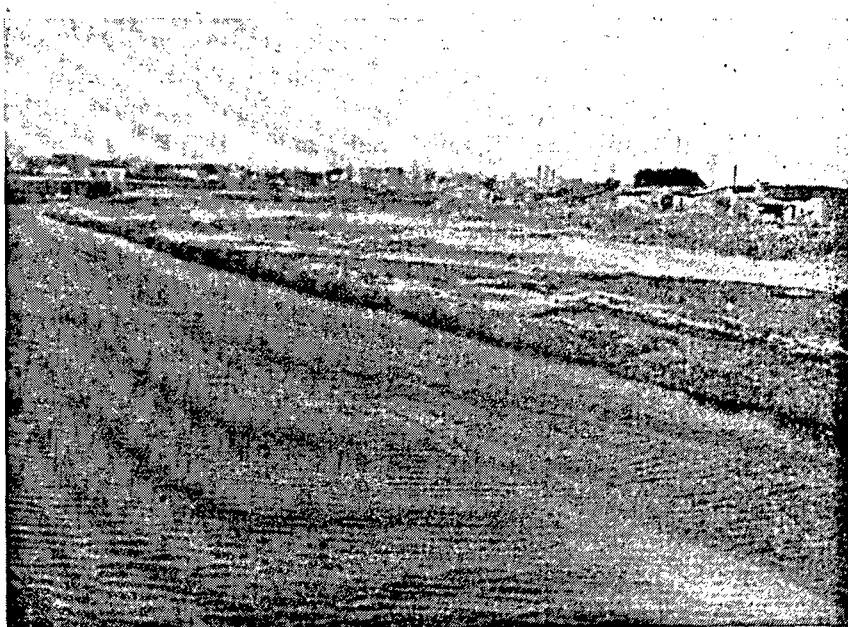


Fig. 321.—El río Turia en las inmediaciones de Valencia, en época de crecida.

(Foto Hernández-Pacheco, marzo 1930.)

para salvar al ejército, dejando en la población jefe de prestigio, en condiciones de evitar a la población posibles represalias por los sucesos contra los franceses en 1808.

Blake dispuso que la retirada fuese hacia Cuenca, plaza ocupada por las tropas españolas. El 28 de diciembre de 1811, a media noche, comenzó la evacuación, que se malogró, por lo que hubo que retroceder a la ciudad. El 29 se advirtieron en la población síntomas de revuelta, que fueron cortados, pero aprovechados por Suchet para apretar el cerco. La noche del 4 de enero de 1812 se retiraron los defensores al recinto de la ciudad. El 5 y días siguientes el bombardeo incesante causó grandes destrozos. Comisiones del vecindario llegaron a Blake, pidiéndole

capitulara. Por el contrario, un grupo tumultuario capitaneado por un fraile exigió destempladamente la defensa a todo trance y decisiones disparatadas. Blake hizo detener al energúmeno y tranquilizó a los vecinos, asumiendo la responsabilidad de la suerte del vecindario.

El 8 de enero, en junta de jefes, se examinó la situación militar. Blake tuvo que decidir, teniendo la grandeza de espíritu de sacrificar su prestigio como general y su amor propio, en favor del salvamento de una populosa ciudad, optando por la capitulación. El 9 de enero de 1812 el general Zayas pasó al campo enemigo y se concertaron las condiciones de la capitulación; respetándose a la ciudad, canjeándose 1.640 soldados franceses que estaban en Alcira en poder del ejército nacional por otros tantos españoles, quedando prisioneros los restantes. Blake fué conducido al castillo de Vincennes, en Francia.

#### *Liberación del litoral levantino.*

Con la capitulación de Valencia quedó en poder del mariscal Suchet todo el litoral mediterráneo catalán y valenciano, recibiendo el mariscal de Napoleón el título de duque de la Albufera. Al Sur de Valencia trató de asegurar el dominio de la región alicantina, transcurriendo el año 1812 con acciones bélicas, unas favorables y otras adversas, tales entre las últimas la batalla de Castalla, del 27 de julio de 1812, entre Alcoy y Jijona, en la que fué derrotado Odonell, al que le hicieron prisionero un batallón y perdió dos cañones, teniendo que retirarse a Alicante (figura 322). En este puerto desembarcó el 10 de agosto un contingente de tropas transportado en una escuadra anglosiciliana, procedente de Palermo; fuerzas que unidas a las tropas españolas avanzaron tierra adentro y se situaron en Játiva, en la alineación montañosa de la Sierra Grossa, dando frente a la llanura valenciana.

En Aragón, a donde se extendía el mando de Suchet, el general Pedro Sarfield con gente veterana procedente de Cataluña, el 18 de septiembre de 1812 se apoderó de la importante plaza de Barbastro, centro de abastecimiento de las fuerzas francesas.

Entrado el año 1813 operaba en Cataluña a las órdenes del general Copons un ejército de 18.000 hombres en Vich, con el que cooperaban los somatenes organizados en columnas volantes, dedicados, entre otros cometidos, a dismantelar los fuertes enemigos entre Tarragona y Tortosa. En la comarca de Olot (Gerona), Llauder, el 7 de abril, deshizo una columna de 15.000 hombres, ocasionándola 300 muertos y otros tantos prisioneros. En otras ocasiones penetró Llauder en Francia, atacando a las poblaciones inmediatas a la frontera.

En el reino de Valencia el mariscal Suchet continuaba en plan combatiente. La división del general francés Harispe trató de sorprender a la española de Elio, a la que hizo, en combate muy reñido, más de un millar de prisioneros el 11 de abril de 1813 en Yecla, a unos 30 kilómetros al Sur de Almansa.

En el mes de mayo de 1813 Suchet estaba cercado, habiéndose adelantado en Valencia las líneas españolas hasta el Júcar. El 5 de julio de 1813 los franceses evacuaron Valencia, que fué ocupada por los españoles. Suchet avanzó a lo largo del litoral dejando destacamentos en De-

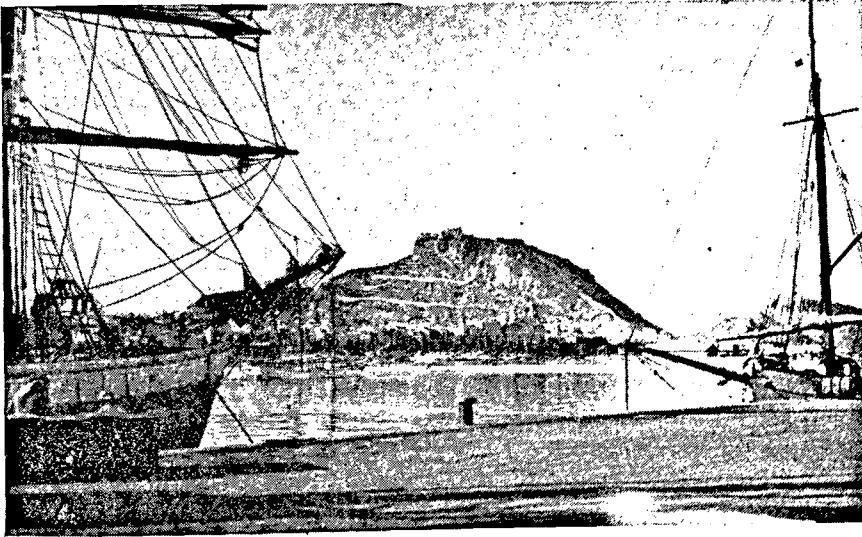


Fig. 322.—Alicante y su castillo, desde el puerto.

(Foto Hernández-Pacheco, 1927.)

nia, Sagunto, Peñíscola y Morella, y guarnición en Tortosa, avanzando con sus tropas hacia Zaragoza, incorporándosele la guarnición de Teruel y de Alcañiz; estacionándose el 12 de julio a lo largo del bajo Ebro, en Caspe, Gandesa y Tortosa. Enterado de la situación de Zaragoza y del valle del Ebro, y de los acontecimientos, continuó Suchet a lo largo del litoral, venciendo obstáculos y llegó a Tarragona, en donde hizo volar las fortificaciones de la plaza el 18 de agosto, continuando la retirada a lo largo de la costa, hasta llegar al Llobregat, al Sur de Barcelona, en donde resistió algún tiempo en campo atrincherado, acabando por internarse en Francia.

## INVASIÓN Y RETIRADA DE PORTUGAL

### *Características geoestratégicas de Portugal entre Tajo y Duero.*

Los territorios centrales hispanos, en sus zonas occidentales de penillanura, presentan hacia el litoral atlántico portugués dos parajes de depresión topográfica que establecen más fácil y amplio paso que por otros sitios, constituyendo en el respecto estratégico militar y comercial caminos de invasión de Este a Oeste y recíprocamente. La zona de más fácil comunicación en la mitad meridional peninsular, o sea al Sur de la Cordillera Central o Lusocastellana es, según se ha dicho, la del valle del Guadiana en Badajoz, entre Alburquerque y Olivenza; acceso natural a la parte de Portugal situada al Sur del Tajo, o sea al Alentejo; y recíprocamente, paso el menos dificultoso desde esta región a las penillanuras extremeñas y a las llanuras centrales de Castilla la Nueva, y también a la amplia llanura andaluza del Guadalquivir.

Al Norte de la cordillera lusocastellana, la comunicación más fácil y de mayor valor estratégico, entre la altiplanicie central de Castilla la Vieja y la gran extensión portuguesa entre Tajo y Duero, es por la penillanura salmantina, y más concretamente, por el portillo o depresión orográfica de Ciudad Rodrigo, situado en la zona fronteriza, entre la Sierra de Marofa (976 metros) al Norte y la Sierra de Gata (1.363 metros) al Sur, parajes distanciados entre sí unos 60 kilómetros.

Corresponde esta zona de más fácil paso entre centro y occidente peninsular al territorio atravesado por los ríos Agueda y Coa, que procedentes de los relieves de la Cordillera Central corren de Sur a Norte a desembocar en el comienzo del tramo lusitano del Duero; el Agueda, situado en territorio español, pasa por Ciudad Rodrigo, formando frontera la porción terminal (fig. 323). El Coa, con arrumbamiento paralelo al anterior, tiene todo el recorrido en territorio portugués.

Por el lado español se extiende la penillanura de terrenos paleozoicos y graníticos hasta Salamanca, capital de la región, distante de la frontera un centenar de kilómetros al Noroeste; prolongándose, hacia el Este y Noroeste, la altiplanicie del Duero, constituida por terrenos margosos y de arcillas areniscosas, de edad terciaria.

La zona fronteriza del pasaje de la penillanura salmántica a la Beira, forma un a modo de umbral en rampa, que desciende desde Castilla a Portugal; de tal modo que el territorio fronterizo entre Ciudad Rodrigo y Villar Frornoso pasa de los 800 metros de altitud. En el valle del Coa es de unos 500 metros, descendiendo las altitudes en la zona central de

la Beira a los 400 y 300 metros hasta la banda litoral, que tiene altitud media del centenar de metros en la campiña y por bajo de 50 metros en las vallonadas fluviales.

Ciudad Rodrigo puede considerarse como la llave del paraje estratégico que se analiza. El castillo de Almeida, a 35 kilómetros al Noroeste de Ciudad Rodrigo, defendía el paso por el lado de Portugal. Al Oeste de estas dos fortalezas está el valle del Coa, y entre este valle y el del Agueda la zona de umbral, con buenas posiciones tales como las

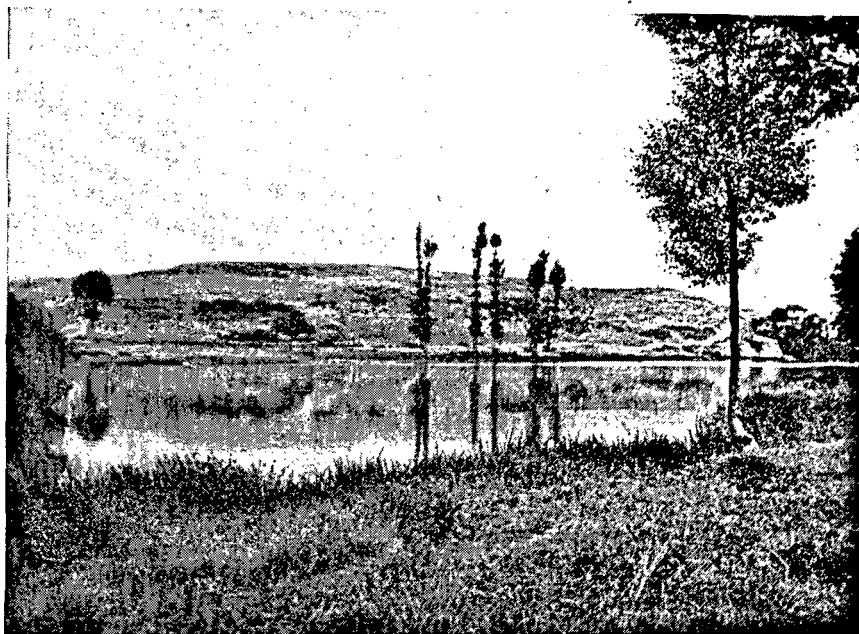


Fig. 323.—El río Agueda en las inmediaciones de Ciudad Rodrigo (Salamanca).  
(Foto Hernández-Pacheco, 1923.)

de Fuentes de Oñoro y Fuenteguinaldo, en la misma frontera, para vigilar a la plaza fuerte de Ciudad Rodrigo.

El territorio entre Almeida, Ciudad Rodrigo y Guarda (capital del distrito, situada a 60 kilómetros al Oeste de Ciudad Rodrigo) es una paramera de naturaleza granítica, con altitudes de 750 a 1.000 metros; vértice Jarnello, 939 metros; Sur de Guarda (1.050 metros). Meridionalmente, en la parte española, se alza abrupta la serranía de la Peña de Francia (1.723 metros) y la Sierra de Gata (1.363 metros) en la frontera.

Corresponde la altiplanicie o paramera granítica de Guarda al segmento intermontañoso de la cordillera lusocastellana, situado en la zona

fronteriza, al Oeste de la Sierra de Gata. Completamente en territorio portugués está el segmento montañoso más accidental y final de la cordillera, formado por las serranías de la Estrella y Gardunha, con arrumbamiento de Noreste a Suroeste, y longitud de unos 150 kilómetros entre Guarda y la desembocadura del Zézere en el Tajo, por anchura media de unos 50 kilómetros. Es país quebrado, fragoso, boscoso en gran parte o con vegetación de matorral fuerte, siendo las principales altitudes: Estrella (1.891 m.) en la parte septentrional; vértice San Pedro de Acôr (1.349 m.) en el comedio de la serranía; vértice Louza



Fig. 324.—Garganta del Zézere, afluente al Tajo por la margen derecha, atravesando el macizo montañoso de la Beira (Portugal). Vista desde la ermita cercana al pueblo de Pedregão Grande.

(Foto Hernández-Pacheco, 1935.)

(1.202 m.) en la parte occidental; Gardunha (1.223 m.) y Cabeço Rainha (1.080 m.) en la zona oriental, hacia Castello Branco.

El conjunto de la serranía presenta un gran valle longitudinal a lo largo de la zona media; valle encajado, por cuyo fondo va el río Zézere (fig. 324), principal afluente al Tajo en Portugal, que desemboca en Constancia, ayuso y cerca de Abrantes y a distancia de un centenar de kilómetros de Lisboa.

Esta serranía central de Portugal está limitada al Este por la penillanura de Castello Branco, que forma región natural conjuntamente

con el territorio del Alagón, en España, y que pudiera denominarse «región Cauriense» por su capital Coria, la «Cauca» romana. El límite meridional está dado por el Tajo, río de valle disimétrico, aunque no de disimetría tan acentuada como la del Guadalquivir. La serranía, por el Norte, da frente a la vallonada del Mondego, el río nacional portugués de arrumbamiento Noreste a Suroeste, desde Celorico, en su cabecera, hasta Coimbra, en el borde interno del litoral atlántico.

Se señala el borde occidental entre la serranía central portuguesa y la banda litoral atlántica por un importante accidente geológico muy patente, con arrumbamiento meridiano desde Porto por Coimbra y Tomar a Setubal en el estuario del Sado; fractura geológica en falla, con otras paralelas subordinadas entre dos regiones naturales: Una la Extremadura portuguesa formando banda litoral atlántica constituyendo lo más típico y genuino de Portugal. Otra en el interior, la Beira propiamente dicha, situada al Norte del Tajo, y que, geológicamente, corresponde al mismo compartimiento cortical terrestre del centro hispano.

La serranía central portuguesa no fué invadida por los ejércitos napoleónicos en la guerra de la Independencia, ni tampoco por los castellanos en la campaña que culminó en la batalla de Aljubarrota. En uno y otro caso la invasión fué por el portillo o entrada de Ciudad Rodrigo, contorneando la serranía del segmento occidental de la cordillera lusocastellana; por el Norte primero, o sea por la vallonada del Mondego, y a continuación por el Oeste, o sea por la banda litoral para intentar llegar al estuario del Tajo, atacando a Lisboa por la parte de tierra, o sea por la espalda.

La primera parte del recorrido de la invasión, desde Ciudad Rodrigo a Vizeu y Coimbra, fué por la depresión, de suave orografía, de la Beira, irrigada por la red fluvial del Mondego y de su afluente el Alva, que recogen las aportaciones acuosas de la serranía de la Estrella, y por los ríos Dao y Paiva, afluentes al Mondego por la margen derecha, procedentes de los relieves del distrito de Vizeu, y principalmente, de la Sierra de Caramullo, divisoria de aguas con el Vouga.

Constituye el territorio de esta parte de la Beira región de suaves accidentes topográficos en terrenos graníticos y, en menor proporción, de pizarras y cuarcitas del paleozoico inferior, que sostienen vegetación arbórea y de matorral y gran variedad de cultivos, especialmente de plantío; país de paisajes plácidos y amenos. Vizeu, capital del distrito entre Mondego y Vouga, está situada al WNW. de Guarda a distancia de unos 55 kilómetros; ciudad análoga y de situación simétrica con Salamanca, respecto a la frontera.

Alcanzada Coimbra, el camino, con buenas condiciones geoestratégicas, es por la zona litoral; por Coimbra, Pombál, Leiria, Alcobaça,



Obidos, Torres-Védras, Lisboa ; con territorio lateral que aseguraba el flanco del valle del Tajo, constituido por la rica comarca agrícola de Tomar, Santarem y Villafranca de Xira. Las características naturales y geoestratégicas del país litoral entre Coimbra y el bajo Tajo, han sido expuestas al tratar de la campaña que terminó con la batalla de Aljubarrota.

### *Invasión de Portugal.*

En principios de 1810, en Castilla la Vieja estaban los contingentes de los mariscales Ney y Kellerman, y hacia los límites con Galicia los de Junot. Dispuesta la gran invasión de Portugal, este general decidió apoderarse previamente de Astorga, defendida por Santocildes con 3.000 hombres entre tropas regulares y milicias, siendo la artillería escasa y de poco calibre.

Junot llevó cañones de sitio y comenzó el asedio de la plaza el 26 de marzo ; efectuando, al cabo de unos días de cañoneo, un ataque al arrabal que fué rechazado. Continuó el asedio, incendiándose la catedral, y el 19 de abril se embistió a la ciudad por dos partes ; pero agotadas las municiones de los sitiados, éstos se rindieron el 22 de abril de 1810. Ocupada Astorga, y después de resistencia, la Puebla de Sanabria y Alcañices, en la serranía fronteriza zamorana, quedaba defendida el ala derecha del ejército invasor que penetrase en Portugal por la depresión geográfica de Ciudad Rodrigo.

Napoleón hacía de la ocupación de Portugal por Massena, y de la expulsión por éste del ejército inglés al mando de Wellington, la operación fundamental y decisiva para su total triunfo y completo dominio de la Península hispana.

Mientras llegaba Massena se encargó el mariscal Ney de forzar la puerta de entrada a Portugal, apoderándose de Ciudad Rodrigo, acumulándose, desde el 25 de abril de 1810, un conjunto de 50.000 hombres, pertenecientes a las fuerzas de los generales franceses Ney, Junot y Montbrun. Defendía la plaza el viejo general Pérez de Herrasti con 5.500 hombres y la guerrilla de caballería de Julián Sánchez, de unos 250 jinetes. Wellington tenía el cuartel general en Vizeu, capital de la Beira, situada entre el Vouga y el Mondego a 115 kilómetros al Oeste de Ciudad Rodrigo.

El 25 de junio de 1810 comenzó el cañoneo de la plaza, derribándose algunos torreones y abriéndose brecha en las murallas. Llegado Massena el 28, intimó la rendición. Herrasti contestó : «Al cabo de 49 años de servicios conozco mi oficio ; la plaza no se halla en estado de capitular». El sitio continuó con creciente empuje. El 3 de julio, tras

porfiado combate, se apoderaron los franceses del arrabal; los sitiados hicieron una salida, entrando en el arrabal y produciendo grandes pérdidas a los sitiadores. Herrasti solicitó auxilio de Wellington, y el marqués de la Romana pasó a avistarse con el general inglés, con mensaje de la Junta Central, pero Wellington no acudió en socorro de la plaza sitiada, la cual continuó resistiendo hasta el 8 de julio de 1810,

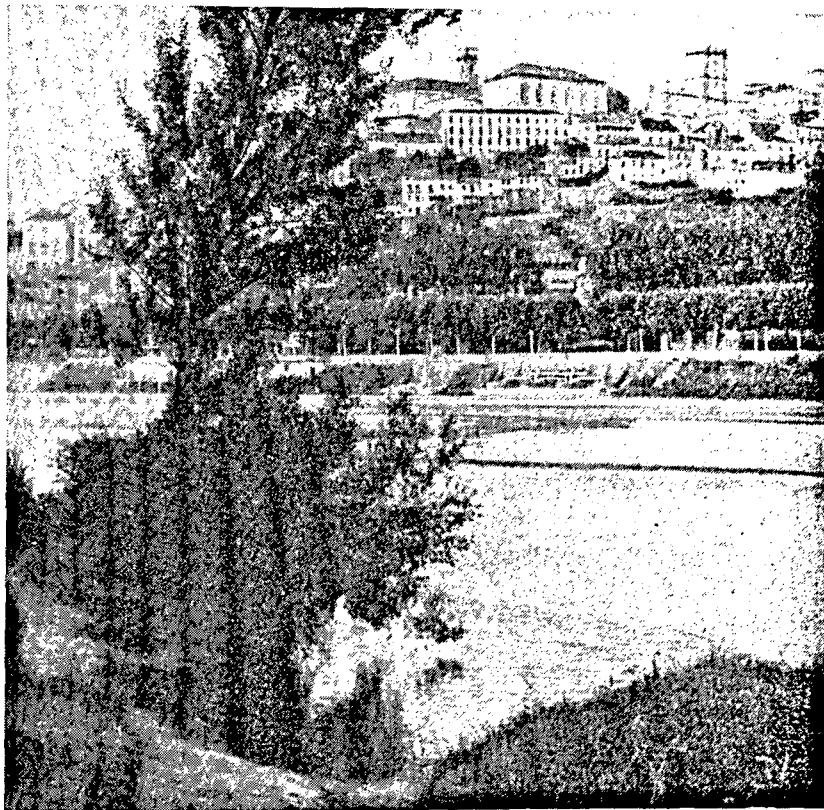


Fig. 825.—El río Mondego a su paso por Coimbra.

(Foto Hernández-Pacheco, julio 1942.)

con brecha abierta de unos 40 metros, en que falto de socorro, Herrasti se decidió a capitular en condiciones honrosas.

En el plan general de invasión de Portugal figuraba como plaza que debía ocuparse el castillo bien fortificado y artillado del pueblo portugués de Almeida, distante unos 35 kilómetros al Noroeste de Ciudad Rodrigo. Atacáronle once baterías, a las que respondieron adecuadamente las del castillo. Pero el 26 de agosto de 1810 una bomba de las lanzadas por los sitiadores cayó en el depósito de municiones produ-

ciendo gran explosión y voladura de parte de la fortaleza, arruinándose murallas y edificios, pereciendo entre los escombros parte de la guarnición y del vecindario, accidente aprovechado por el enemigo para posesionarse del castillo.

Wellington se replegó a la izquierda del Mondego a Gauveia, en la base de la ladera septentrional de la sierra de la Estrella. El general inglés Hill estaba situado en la frontera del Alentejo, atento a los movimientos del francés Reynier en Extremadura. Massena se estacionó en Almeida, con grandes dificultades respecto a avituallamiento, incorporándosele Reynier, emprendiendo la marcha a Vizeu, a donde llegaron el 20 de septiembre encontrando la ciudad desierta.

A su vez Hill se incorporó a Wellington, situándose en las inmediaciones de Alva, entre la serranía de la Estrella y el Mondego, reuniéndose 50.000 hombres entre ingleses y portugueses.

Cuando llegaron los de Massena, retrasados en Almeida, Wellington ocupaba ya las cumbres de la sierra da Cova, delante de Bussaco. El 27 de septiembre de 1810 se entabló batalla por el dominio de las alturas, perdiendo los de Massena unos 4.000 hombres. Los franceses se retiraron a Coimbra, abandonada por sus habitantes, perdiendo el mariscal francés varios días por el desorden de sus tropas entregadas al saqueo de la ciudad (fig. 325).

Wellington se retiró camino de Torres-Védras, cometiendo sus tropas tales desmanes y depredaciones que le fué difícil restablecer el orden y la disciplina, teniendo que prohibir a los regimientos que entrasen en poblado. En Leiria, Alcoentre y Alenquer fueron alcanzados por los de Massena, que les atacaron y produjeron muchas bajas, consiguiendo Wellington refugiarse con sus tropas en las líneas fortificadas de Torres-Védras, ante las cuales Massena se detuvo sorprendido por la imprevista y extraordinaria fortaleza del extenso y formidable campo atrincherado.

#### *Torres-Védras.*

Las obras de fortificación daban frente a la comarca litoral, de suaves relieves, que se extiende al Norte del curso del Sizandro (fig. 326), entre la sierra de Monte Junto y la costa. Comprendían las obras de fortificación los relieves situados al Sur del curso del citado río; prolongándose las líneas de defensa hacia el Este, desde frente al extremo meridional de la sierra de Monte Junto (866 metros), hasta el comienzo del estuario del Tajo, en la colina de Alhandra, dando cara a las depresiones de Arruda y de Villa Franco de Xira.

Tal alineación fortificada de longitud de unos 36 kilómetros defendía la amplia comarca de Lisboa, rodeada en los demás sitios por el mar o por el estuario; comprendiendo territorio de unos 30 kilómetros de Este a Oeste por unos 35 de Norte a Sur, y extensión superficial del orden del millar de kilómetros cuadrados; con la capital y sus dependencias urbanas, gran número de pueblos en comarca bien poblada, y con ciudades importantes como Cascais, Cintra y Mafra (fig. 327).

Poseyendo como poseía Inglaterra el dominio del mar, sus escuadras se movían libremente, con acceso al puerto de Lisboa y al estua-

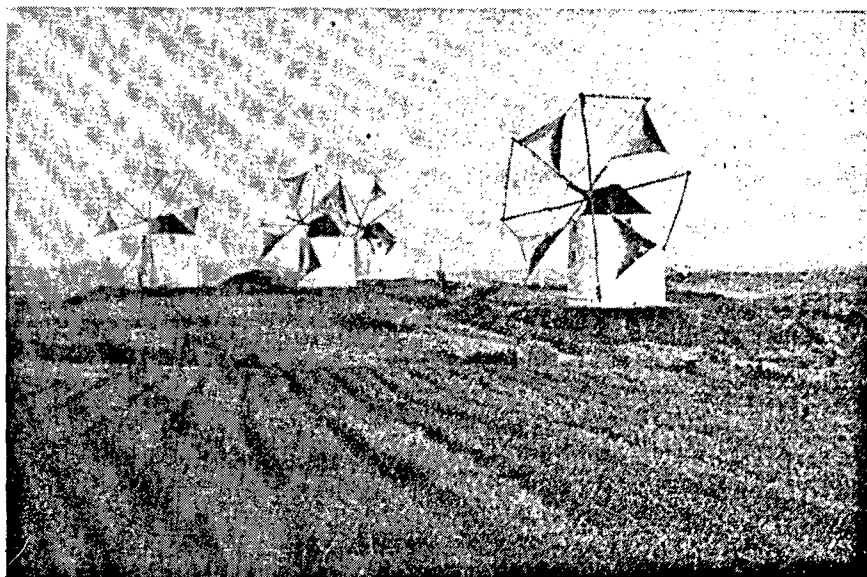


Fig. 326.—Colina con rastrojo de trigo y grupo de molinos de viento, entre Ponte de Rol y la playa de Santa Cruz, frente a las líneas de Torres Vedras, situadas al otro lado del Sizandro (Portugal).

(Foto Hernández-Pacheco, agosto 1935.)

rio del Tajo, sin temor de ataques procedentes del territorio al Sur del río, pues en el Alentejo dominaban los aliados (fig. 328).

El territorio resguardado por el mar, el estuario y la alineación artillada Sizandro, Torres-Védras, Alhandra, es de constitución geológica y litológica compleja. Como en toda la zona litoral atlántica, predominan los terrenos mesozoicos, principalmente jurásicos y cretáceos, cuyos componentes calizos forman relieves, no muy altos, que destacan en cerros y colinas entre vallonadas y pequeños e irregulares llanos de naturaleza margosa. A tal disposición y constitución se unen accidentes topográficos de aparatos volcánicos derruidos y de coladas lávicas

basálticas, de edad terciaria, ocupando grandes e irregulares extensiones (figs. 329 y 330).

Formando costa de altos y rudos acantilados en el cabo de Roca, se alza la comarca granítica de Cintra, con berrocales de hasta 529 metros de altitud. En la zona del estuario, desde Lisboa hasta Alhandra,

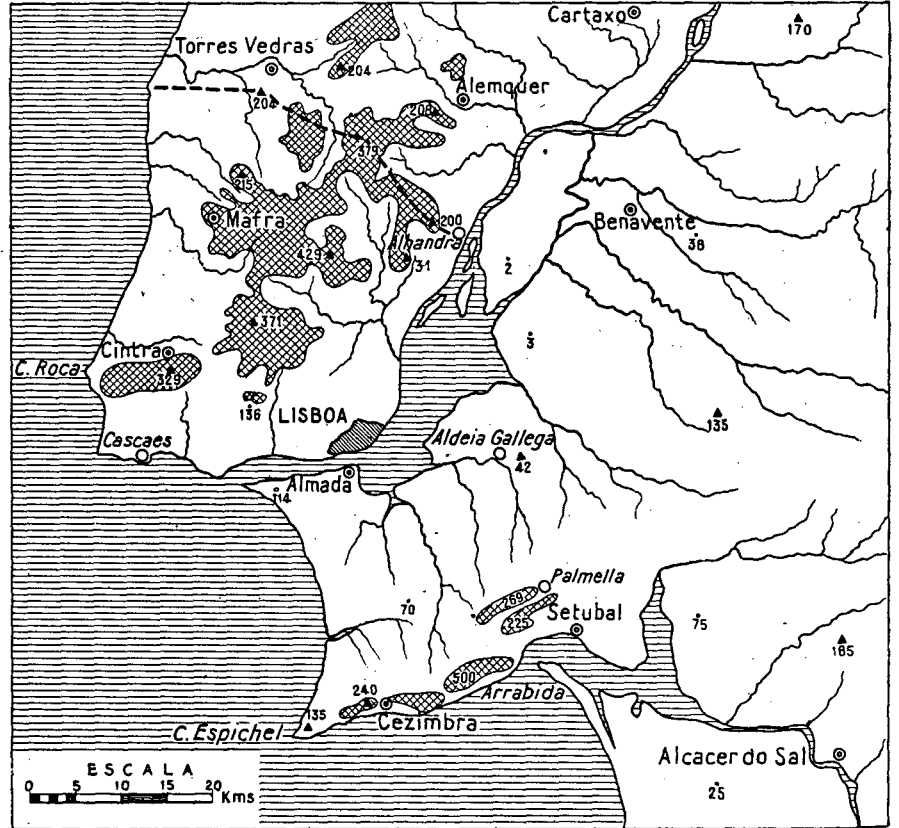


Fig. 327.—Esquema topográfico del territorio de los estuarios del Tajo y Sado, y del paraje de las líneas fortificadas de Torres-Vedras. (El cruzado de líneas corresponde a las altitudes superiores a 200 metros).

predominan terrenos terciarios, principalmente oligocenos y miocenos, de naturaleza margosa y arcilloso-areniscosa. En la vegetación arborea predomina el pinar. Los cultivos son variados, siendo el plantío más generalizado el viñedo, que en la comarca de Cintra da origen al buen vino de mesa Collares. Los secanos son casi exclusivos, con cereales, especialmente trigo, en predios pequeños, dando carácter pintoresco al paisaje numerosos molinos de viento.



Fig. 328.—Estuario y puerto de Lisboa, desde la parte alta de la ciudad.

(Foto Hernández-Pacheco, 1942)

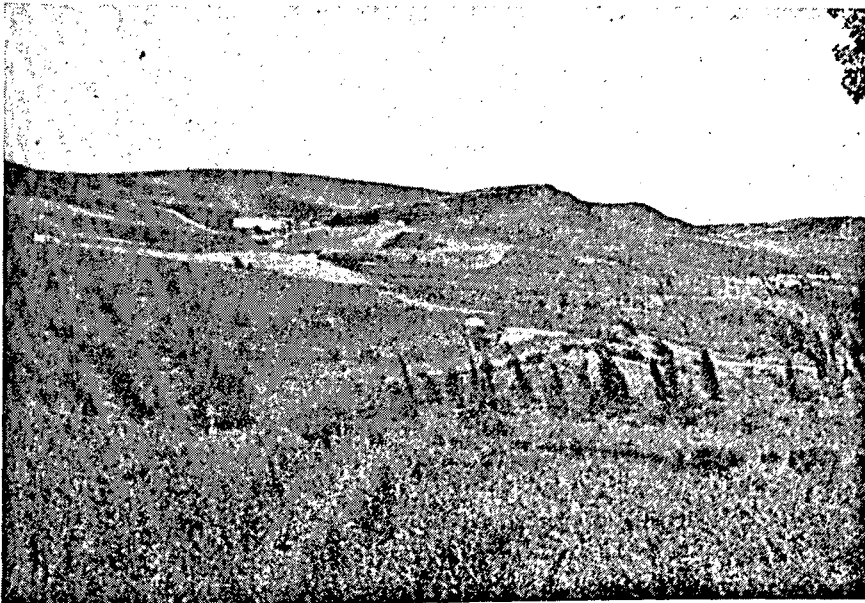


Fig. 329.—Relieves de la línea fortificada de Torres-Vedras, en las cercanías de este pueblo y al Sur del Sizandro, hacia el Oeste. Arboles inclinados por el viento dominante.

(Fóto Hernández-Pacheco, 1935.)

A suso del río, por Alenquer, Santarem y Tomar, el territorio es de muy suave topografía; constituido por terrenos terciarios, bien cultivados, y país con riqueza agrícola.

El campo atrincherado de Torres-Védras, establecido por Wellington, fué concebido y realizado por el mayor del ejército inglés Sir Richard Flicher, con la cooperación de dos oficiales de ingenieros del ejército portugués, cuyos nombres figuran en la lápida del basamento del obelisco conmemorativo que se alza en Alhandra, sobre un cabezo junto al Tajo, en el comienzo del estuario (fig. 331). Se efectuaron las obras de fortificación directamente a las órdenes de Wellington; obras reali-

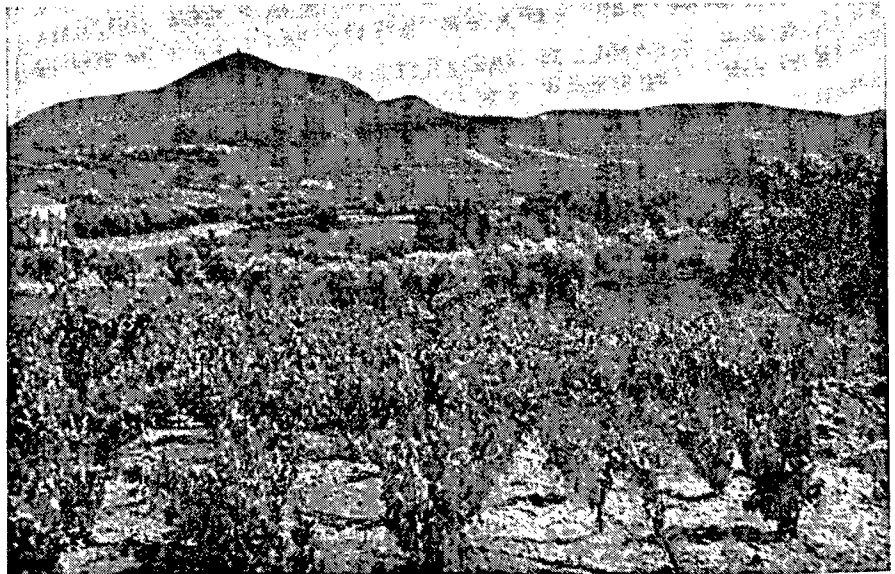


Fig. 330.—Relieves de las líneas fortificadas de Torres-Vedras al Sureste de Arruda dos Vinhos (Portugal).

(Foto Hernández-Pacheco, 1935.)

zadas calladamente, sin revelar a nadie el plan, ni apenas ser conocidos los trabajos ni aun del ejército inglés.

El campo atrincherado de Torres-Védras estaba formado por tres líneas de defensas: La externa, según se ha dicho, partía de Alhandra en la margen derecha del Tajo, en el comienzo del estuario, y avanzaba por la línea de alturas hacia el Oeste a Torres-Védras, teniendo delante el curso del Sizandro hasta la desembocadura de éste en el mar. La segunda línea, distante de la externa unos 15 kilómetros, también iba del estuario del Tajo al mar. Una tercera línea próxima a Lisboa llegaba hasta el fin de la costa Norte de la ría, y tenía por objeto defender

el embarque de los ingleses en caso necesario. En el conjunto de las líneas del campo atrincherado de Torres-Védras existían 150 fuertes y 600 cañones.

Massena, ante el formidable obstáculo, se detuvo y situó su ejército frente a él, entre la sierra de Monte Junto (866 m.) y la margen derecha del tramo final del río, en las campiñas de Alenquer y Santarem. Considerando insuficiente a su ejército para forzar las líneas de atrin

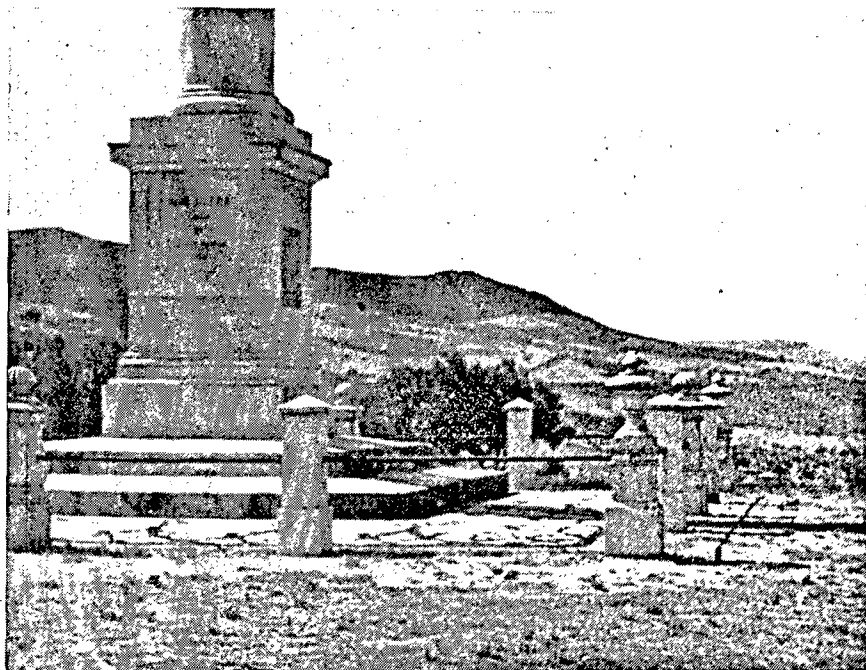


Fig. 331.—Monumento conmemorativo del campo atrincherado de Torres-Védras, junto a la margen derecha del estuario del Tajo, en Alhandra, extremo oriental de las fortificaciones.

(Foto Hernández-Pacheco, 1935.)

cheramiento y ocupar Lisboa y dar cumplimiento a la orden de Napoleón, se creyó obligado a reunir consejo de generales, acordando enviar a París al general Foy para pedir al emperador refuerzos y esperar la llegada de un cuerpo de ejército procedente de España.

Wellington recibió refuerzos de 8.000 hombres al mando del marqués de la Romana, y el de las milicias del Alentejo y de la Extremadura portuguesa, reuniendo a fines de octubre de 1810 130.000 hombres, contando con abastecimientos suficientes por el estuario del Tajo, en el puerto de Lisboa, por donde le llegaban procedentes de Cádiz.



del Norte de Portugal, de Galicia y de Inglaterra, y también de toda la mitad meridional de Portugal, que estaba libre de enemigos; territorio al Sur del Tajo, resguardado por el ejército español del Guadiana y por las plazas de Extremadura.

Massena, mientras tanto, esperó y situó su cuartel general en Santarem, ciudad en la margen derecha del Tajo, cerca del estuario y de Alhandra, teniendo como defensa por el Sur la corriente del Tajo y por el Norte país enemigo y esquilmo del que no podía esperar ni refuerzos ni abastecimientos.



Fig. 332.—Campaña de Abrantes (Portugal) en la margen derecha del Tajo; panorama hacia el Norte.

(Foto Hernández-Pacheco, 1935.)

La situación de Massena y del gran ejército napoleónico que venía «a plantar las águilas imperiales sobre las fortalezas de Lisboa», no podía ser más precaria: por delante contemplando los formidables atrincheramientos y las bocas de los cañones. A la espalda un país enemigo, escaso en víveres; y una columna móvil española, situada en la plaza fuerte de Abrantes (fig. 332), en la margen derecha del Tajo, ciudad desde la que el río es navegable, y distanciada del estuario un centenar de kilómetros; columna que constantemente hostilizaba a las tropas francesas que intentaban buscar abastecimientos en la comarca de San-

tarem, y de Tomar, situada entre el río y la sierra de Candeiros y prolongaciones meridionales de la serranía de la Estrella.

Por otra parte, las partidas volantes de la penillanura zamorana-salmantina sostenían frecuentes encuentros con los franceses, obligándoles a no abandonar el país, y por lo tanto a no acudir en socorro de Massena, el cual no había recibido noticias de Francia, pues las guerrillas intercetaban las comunicaciones.

### *Retirada del ejército de Massena.*

Así permanecieron largo tiempo, frente a frente: Wellington impasible y cauto, Massena esperando impaciente refuerzos y agotando las subsistencias que podía procurarse. Por fin llegaron refuerzos, y entre otros el general Foy con 3.000 hombres y, aunque de mala gana, el mariscal Soult, procedente de Andalucía; el cual, no queriendo dejar plazas fuertes a su espalda, consiguió que el emperador le autorizase a poner sitio a Badajoz, según se ha relatado. Pero no sirvieron tales refuerzos, pues la línea de Torres-Védras continuaba inexpugnable e inconvencible.

Agotadas las subsistencias durante medio año ante las posiciones del Tajo e imposibilitado Massena de seguir más tiempo ante la impasible esfinge topográfica erizada de ballonetes y con 600 bocas de fuego, emprendió el ejército invasor la retirada hacia la altiplanicie del Duero; enviándose por delante la artillería, los heridos y la mayor parte de la impedimenta, simulando cruzar el Tajo y dirigiéndose al Mondego.

El 5 de marzo de 1811 emprendió la retirada el cuerpo de ejército, empleando un mes en alcanzar la frontera castellana. Wellington no se apercibió hasta dos días después de la partida, siguiéndole, cauto y circunspecto, presto a atacarle en cuanto se presentara ocasión favorable, librándose combates en Pombal, Redinha, Condeixa y Casal Novo, que no impidieron la retirada, en la que demostró Massena sus dotes de táctico y estratega.

Fué retirada de cerca de 300 kilómetros por país no muy fértil y arruinado por la guerra; bordeando la serranía de la Estrella, situada al Sur-este; avanzando sin perder los bagajes ni abandonar a los heridos, resistiendo acometidas de flanco y por retaguardia, defendida eficazmente por el mariscal Ney. En el centro de la columna el viejo mariscal Massena, al que en su edad proveccta se reavivaron los impulsos amorios, le acompañaba en el coche, rodeado de tanto hijo de Marte, representante femenino de Eros; particularidad extraordinaria, objeto de comentarios picantes y jocosos por parte de oficiales y soldados.

Fué retirada trágica, dejando rastros de sangre, de incendios, de saqueo, de ruina y de muerte. En el monasterio de Alcobaça (fig. 333) des-

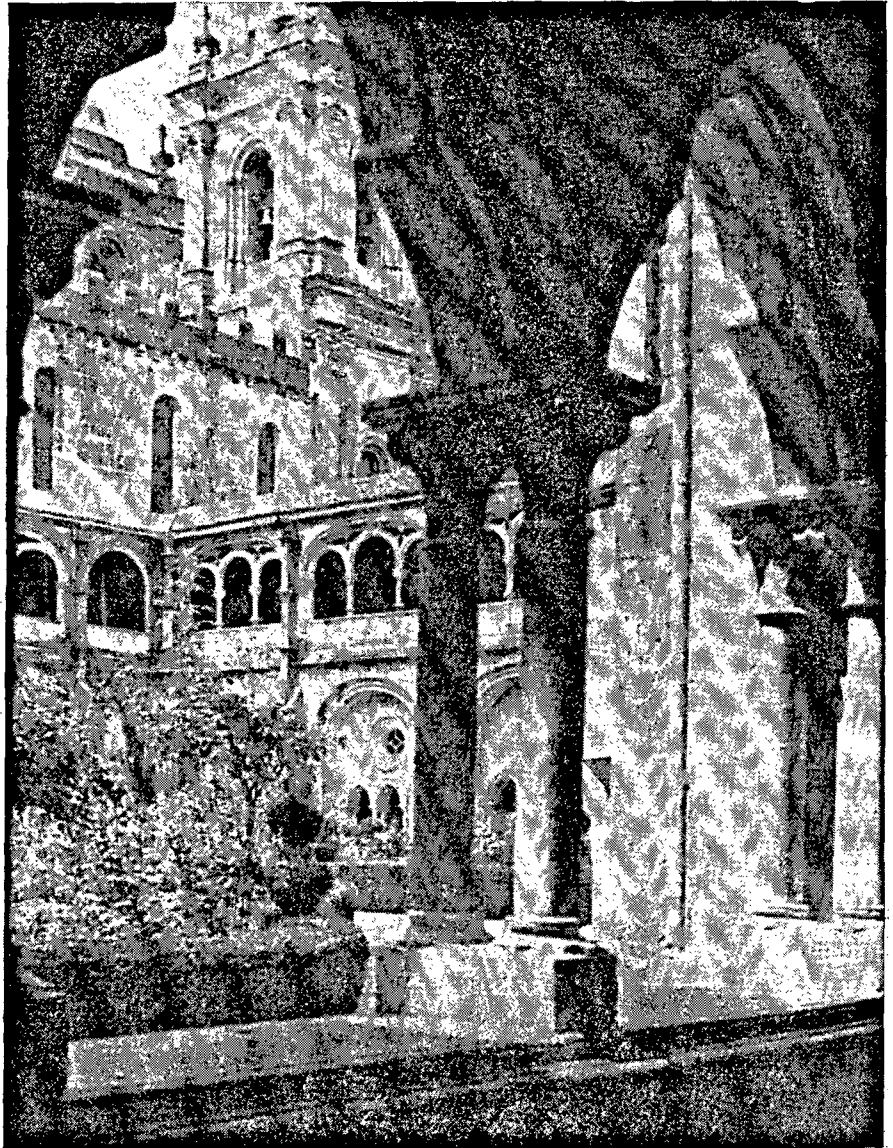


Fig. 333.—Claustro y patio del monasterio de Alcobaça (Portugal).

(Foto Hernández-Pacheco.)

truyeron las sepulturas de los reyes portugueses y esparcieron los restos. Los pueblos al paso de las tropas estaban desiertos, sus habitantes fugi-

tivos, y los soldados se dedicaban al despojo y al pillaje y su furia se ensañaba en los que no habían podido huir. Para que no pudieran ser utilizados por las tropas perseguidoras, desjarretaban a las acémilas que tenían que abandonar, encontrándose en una ocasión la columna de Wellington centenares de caballerías de una recua que en tal estado agonizaban, impedidas de sostenerse en pie. Manadas de lobos procedentes de la serranía de la Estrella bajaron al llano, siguiendo a la columna, que dejaba en el camino abundante carnaza, al modo como dichos animales siguen cautelosos desde Extremadura y los valles de Alcudia a los ganados que marchan trashumantes a las praderas de alta montaña.

Al llegar próximos a la frontera castellana y señalar Massena acantonamientos a las diversas divisiones, los generales que las mandaban no se mostraron conformes, y el mariscal Ney, que acompañaba de mala gana a Massena, rompió abiertamente con éste y se separó de la columna con su cuerpo de soldados veteranos.

El 3 de abril de 1811 Massena ocupaba a Guarda, y llegó Wellington por Celorico tratando de desalojar a los franceses y cruzar el Coa y la frontera simultáneamente por Almeida y por Sabugal. Trabóse fuerte combate en posiciones respectivas a una y otra margen del Coa, logrando Wellington a costa de grandes pérdidas desalojar a Massena de sus posiciones. El 5 de abril, éste con su columna pasó la frontera con 45.000 hombres de los más de 70.000 con que había entrado en Portugal, distribuyendo las tropas en Almeida, Ciudad Rodrigo y Salamanca, instalándose él en esta última ciudad.

Massena, desde Salamanca, envió destacamentos a Zamora y a Toro y se abasteció cumplidamente en Castilla. Trató de socorrer a la plaza portuguesa de Almeida, bloqueada por el ejército de Wellington. Con este motivo se dió el 3 de mayo de 1811 la batalla de Fuentes de Oñoro, no consiguiendo el mariscal francés su propósito, retirándose a sus líneas el día 10. En la misma fecha la guarnición francesa de Almeida forzó las líneas del cerco y pudo incorporarse a su ejército. Massena, a continuación de estos acontecimientos, marchó a Francia, siendo sustituido en su cargo por el mariscal Marmont.

Wellington tenía establecido su cuartel general en Fuenteguinaldo, en el valle del Agueda, atento a posesionarse de Ciudad Rodrigo. El 25 de septiembre de 1811 trabó su ejército combate con el francés al mando de Marmont, que venía a socorrer a la plaza de Ciudad Rodrigo; el inglés se replegó a mejores posiciones, pero Marmont no le atacó por haber conseguido su objeto de abastecer a la plaza sitiada.

Era gobernador militar de Ciudad Rodrigo el general Renaud, y campeaba por la comarca, en combinación con el ejército angloportu-

gués la división española de Carlos España y la guerrilla de caballería de Julián Sánchez. Entrado el otoño los de la plaza bloqueada sacaban a pastar los rebaños que tenían para abastecimiento. Sánchez, que espiaba la ocasión, acometió con su partida apoderándose de 500 reses de ganado vacuno y cabrío, y haciendo prisioneros al general Renaud con su estado mayor y a la escolta, que salían de la plaza a efectuar un reconocimiento. El jefe español obsequió con espléndida cena al general francés, el cual, poniendo a mal tiempo buena cara, aceptó la invitación de su colega enemigo.

#### RECUPERACIÓN DE LA ALTIPLANICIE DEL DUERO Y DEL CENTRO HISPANO (1812)

##### *Batalla de los Arapiles.*

En comienzos de 1812 los resultados catastróficos de la derrota en la batalla de Ocaña (19 noviembre 1809) estaban remediados por los acontecimientos favorables de la guerra. El ejército regular fué, no tan sólo reorganizado y disciplinado, sino que era aguerrido y veterano, experto y sereno al realizar los movimientos tácticos en el fragor del combate, como demostró en la batalla victoriosa de la Albuera (16 mayo 1811). El ejército irregular, constituido por las guerrillas, funcionaba con máxima eficacia, como demostró Espoz y Mina en la sorpresa de Arlabán (25 mayo 1811), acción de guerra repetida con el mismo éxito en el mismo paraje, el 9 de abril de 1812. El espíritu público seguía enfervorizado, dispuesto a resistir y con fe en la victoria final.

En cuanto a la situación de la campaña en el ámbito hispano, se puede concretar en los siguientes extremos: Todo el Oeste peninsular, desde la costa septentrional gallega hasta la meridional del Algarve, estaba libre de enemigos, habiendo fracasado rotundamente los propósitos napoleónicos con la derrota de Soult en la región galaico-duriense; con la de Massena entre Duero y Tajo, y con el territorio del Alentejo y los Algarves, libres de enemigos y sin temor a ocupación. En las serranías norteñas de la Península las guerrillas y columnas volantes tenían cortadas las comunicaciones con Francia. En el litoral de Levante los invasores habían conseguido ocupar las plazas importantes, desde Rosas a Valencia, pero dominaban únicamente en la estrecha banda de la plana costera.

En el extremo meridional de la Península el Gobierno nacional, bloqueado en la bahía de Cádiz, se dedicaba con fervor patriótico a la dirección general de la campaña guerrera, a la administración pública del

país y a la elaboración del código fundamental del Estado, con libertad de expresión y de prensa, en dos bandos de opiniones dispares: el de los tradicionalistas absolutistas y el de los reformistas constitucionales. Fuera del recinto de la bahía de Cádiz la contienda guerrera continuaba.

Estaba en trance de recuperación total el conjunto de la penillanura extremeña, al Sur de la Cordillera Central, según señaló la victoria de Arròyomolinos (20 octubre 1811) y comprobó la recuperación de la plaza de Badajoz (7 abril 1812). Se esperaba el avance desde el Oeste al Norte, hacia la altiplanicie del Duero. En el conjunto nacional se vislumbraba un tenue resplandor de amanecer de victoria total, seguido de esperanza en la clara luz de la paz y de la tranquilidad del país.

En el comienzo del año 1812 Wellington, que había permanecido durante nueve meses acantonado en las posiciones fronterizas del portillo estratégico de Ciudad Rodrigo, creyó llegada la ocasión de recuperar esta plaza, que interceptaba el paso entre la penillanura portuguesa de la Beira y la altiplanicie del Duero. Para tal fin, las divisiones angloportuguesas al mando de Hill y las del ejército español estaban situadas cerca de la frontera de Extremadura cubriendo el flanco derecho, y la división de Carlos España y la caballería de Julián Sánchez operarían en el valle del Tormes. El 8 de enero de 1812 el ejército angloportugués comenzó el sitio, abriéndose varias brechas y efectuándose el asalto y ocupación de la ciudad tras porfiada defensa el 19 de enero, costando a los angloportugueses unas 1.300 bajas, haciéndoles a los franceses 1.700 prisioneros. Wellington entregó la plaza al general Castaños, y las Cortes de Cádiz otorgaron al general inglés el título de duque de Ciudad Rodrigo.

En la primavera del referido año, el 5 de abril de 1812, se recuperó Badajoz, con lo cual era de dominio hispano la ancha zona occidental de la Hispania silíceo, preparándose la recuperación de las llanuras centrales de la Hispania arcillosa.

En Salamanca, cuartel general del mariscal Marmont, se habían construido tres fuertes con los escombros de conventos que habían sido destruidos, fuertes que se guarnicionaron con 800 veteranos distinguidos del ejército imperial. El 13 de junio Wellington salió de su acantonamiento de Fuenteguinaldo y penetró en la ciudad de Salamanca el 17. El ejército francés había salido para Toro el 16. El general inglés comprobó que la ocupación de los fuertes no era empresa fácil, por lo que hizo traer de Almeida pertrechos adecuados y tren de batir. Mientras que llegaban, Marmont se presentó en Salamanca, ocupando posiciones el día 20, a la vista de los aliados, pero sin atacarles. Llegados los cañones, las tropas de Wellington, después de diversos

incidentes en el asedio, se apoderaron de los fuertes e hicieron prisioneras a las guarniciones.

El 27 de junio se retiró Marmont de Salamanca, y se situó en Toro y Tordesillas. Wellington le siguió, permaneciendo los de Marmont en la margen derecha del Duero y los de Wellington en la izquierda; hasta que el 16 de julio el mariscal atravesó el río por Tordesillas y se enfrentaron ambos ejércitos, separados por la corriente del Guareña, pequeño afluente al Duero por la margen izquierda; dándose el singular espectáculo de dos potentes ejércitos moviéndose respectivamente por una y otra margen del Guareña a la vista uno del otro y a distancia de medio tiro de cañón, observándose mutuamente para aprovechar cualquier error o descuido del contrario y atacarle.

Wellington retrocedió a Salamanca, pasó el Tormes y se situó inmediato al Sur de la ciudad, en la llanura de arrasamiento geológico de pizarras cámbricas en las que destacan dos pequeños cerros residuales, formados por areniscas eocenas; cerros de laderas abruptas y de cumbre plana amesetada, denominados los Arapiles (figs. 334 y 335). Llegaron los dos ejércitos el 22 de julio de 1812. Componíase el de los aliados de unos 27.000 hombres, entre ellos la división española de Carlos España, y los demás angloportugueses. Los imperiales eran, próximamente, el mismo número. Wellington ocupó uno de los cerros y los franceses el otro, pero reconociendo el general inglés ser más ventajosa la posición de Marmont que la suya, intentó retirarse para cambiar la situación, movimiento que dió principio a la batalla, que fué tenaz y cruenta, destacando por lo reñida la posesión del Arapil ocupado por los franceses, siendo heridos de gravedad los generales Marmont y Bonnet. La noche puso fin a la batalla, retirándose los franceses atravesando el Tormes perseguidos por las fuerzas aliadas, que al día siguiente capturaron a tres batallones de la retaguardia, sumando el total de prisioneros hechos unos 7.000, siendo las bajas de los aliados 5.520 entre muertos y heridos.

El derrotado ejército francés, perseguido por el de Wellington, continuó su retirada a Valladolid, viéndose obligado a continuar a Burgos, pues las fuerzas españolas situadas en el Bierzo y las milicias portuguesas de Tras-os-Montes avanzaron y ocuparon las zonas occidentales de la altiplanicie castellana, bloqueando a Astorga, Zamora, Toro y Tordesillas.

Desde Valladolid, Wellington se dirigió hacia Segovia, obligando al rey intruso a retornar a la capital, de donde había salido para auxiliar al derrotado ejército. José Bonaparte no esperó en Madrid, sino que dejando guarnición en el Retiro salió para Levante el 11 de agosto, llegando el 22 a Albacete y el 31 a Almansa, avistándose en Fuente la

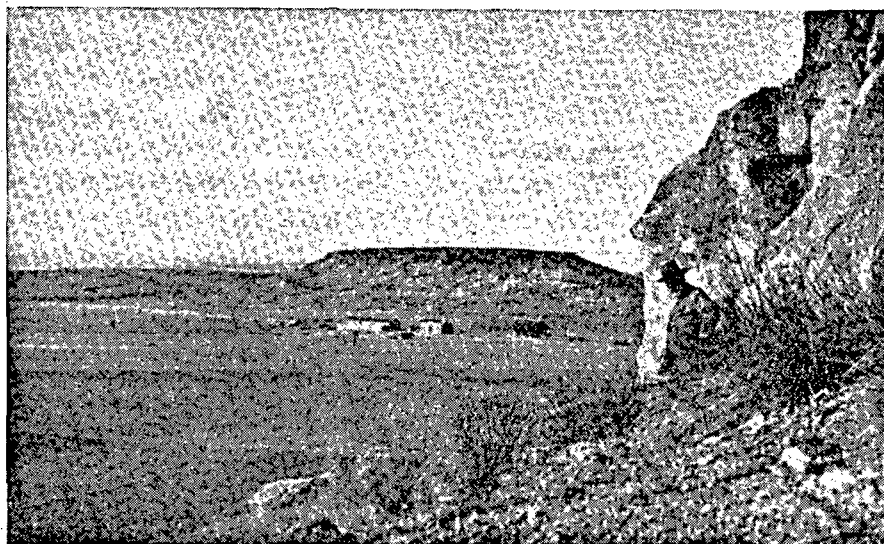


Fig. 334.—Campo de batalla de los Arapiles en las inmediaciones de Salamanca.  
Vista de uno de los Arapiles desde el otro.

(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)

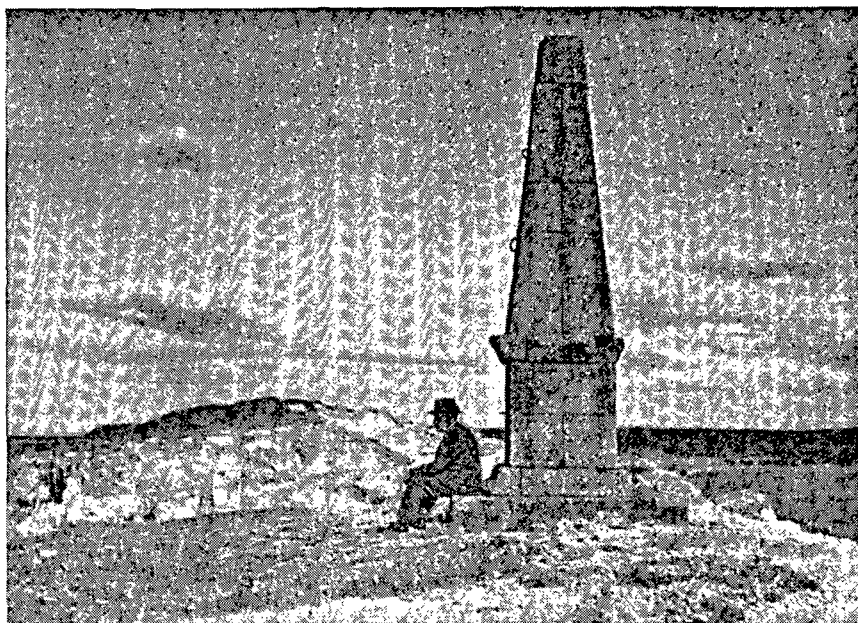


Fig. 335.—Obelisco conmemorativo de la batalla de los Arapiles, junto a Salamanca,  
edificado en el rellano de la cumbre del Arapil grande.

(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)



Higuera, el 3 de octubre de 1812, con los mariscales Jourdan, Soult y Suchet; acordándose que los ejércitos del Sur y del Centro recobrarán Madrid sin que se abandonase Valencia, contando con 80.000 hombres de buenas tropas veteranas y 84 cañones.

El Empecinado y Palarea, que con sus guerrillas campeaban por el Centro en los alrededores de Madrid, entraron en la capital el día 12 de agosto tan pronto como la abandonó el rey José, y poco después entró Wellington. El general España asumió el cargo de gobernador militar de la plaza, promulgando la Constitución el día 13. Este mismo día se atacó a las tropas francesas que habían quedado de guarnición en el Retiro, rindiéndose el 14 en número de 2.506 prisioneros con 189 cañones.

El 1 de septiembre de 1812 salió de Madrid con varias divisiones Wellington, incorporándosele el 16 Castaños con 16.000 hombres, entrando juntos en Burgos el 18, no encontrando en todo el camino fuerzas que les hiciesen resistencia y a Burgos desguarnecido, salvo el castillo. Wellington creyó empresa fácil apoderarse de la fortaleza, pero su guarnición francesa se defendió tenaz y valientemente. El general inglés cometió el error de obstinarse en rendirla, lo que no consiguió, retirándose el 22 de octubre, perdiendo un tiempo precioso que fué aprovechado por el enemigo para reorganizarse y proceder a la recuperación de Madrid.

#### *Descanso invernal de operaciones.*

Wellington, después del fracaso del castillo de Burgos, aproximándose la invernada, decidió retirarse temporalmente a su acantonamiento de Ciudad Rodrigo y de la frontera portuguesa, preparándose para la campaña próxima; extendiendo sus líneas desde Lamego, junto al Duero, en la Beira, hasta el puerto de Béjar (Salamanca) entre las sierras de Gredos y de Gata en la cordillera Central.

El general inglés Hill pasó por Madrid el 30 de octubre de 1812 conjuntamente con las tropas españolas de Extremadura. Recogieron las de la guarnición del Retiro y se incorporaron al ejército de Wellington. Al marchar Hill de Madrid destruyó las edificaciones de diversa índole del Retiro. Los madrileños quedaron muy quejosos de las tropas inglesas y de sus mandos, que trataron al vecindario más como conquistadores que como aliados amigos.

El 18 de noviembre de 1812 llegó Wellington a Ciudad Rodrigo y se instaló en sus cuarteles de invierno, según se ha dicho. El general inglés únicamente salió de los acantonamientos sino en viaje a Cádiz, a donde llegó el 24 de diciembre de 1812; donde fué atendido por el

Gobierno, las Cortes y el vecindario con el afecto y cordial acogimiento característico del espíritu hispano, acordando las Cortes designarle como generalísimo de los ejércitos aliados.

Con arreglo a lo acordado el 7 de octubre de 1812 en la reunión de Fuente la Higuera (Valencia) por José Bonaparte y los mariscales franceses Jourdan, Soult y Suchet, este último continuó en su cuartel general de Valencia, procurando poner la ciudad en plan de defensa. Los otros concurrentes a la reunión partieron para Madrid, unos por Cuenca y otros por Albacete. El general Drouet, que iba por el último camino de los citados, al pasar por Chinchilla puso sitio al castillo, defendido por 300 hombres al mando del Teniente Coronel de Ingenieros Antonio Cearra, resistiendo la guarnición; pero en una gran tormenta el 8 de octubre de 1812, cayó un rayo en la fortaleza que mató a Cearra y a otros 50 entre oficiales y soldados, ocasionando el fenómeno meteorológico la rendición de los supervivientes al día siguiente en condiciones honrosas.

La columna del rey José únicamente encontró resistencia en Aranjuez al paso del Tajo, la cual fué vencida, entrando José Bonaparte por última vez en Madrid el 2 de noviembre de 1812.

Después de la batalla de los Arapiles y del dominio de las llanuras centrales, con la Andalucía libre de enemigos y todas las penillanuras occidentales de la Península en poder de los ejércitos nacionales, pudo considerarse dominada la situación y ganada, en principio, la guerra, transcurriendo los últimos meses de 1812 sin combates de importancia.

#### RETIRADA DE LOS INVASORES DEL ÁMBITO HISPANO. BATALLA DE VITORIA. (1813)

Durante el invierno de principios de 1813 los ejércitos españoles maniobraron muy poco. Bulliría en el ánimo de los estrategas hispanos y en el de Wellington el empuje hacia Francia de los ejércitos enemigos y el aislamiento de los que ocupaban las plazas del litoral valenciano y catalán, pues tales operaciones parecían indicadas por la situación de los ejércitos invasores.

Regresado Napoleón de su desastrosa campaña de Rusia, y preparando la de Alemania, dió orden a su hermano José que saliese de Madrid y se situase en Valladolid. El rey intruso, a su vez, comprendiendo el peligro de ser cercado, abandonó la capital el 17 de marzo de 1813, en compañía de los ministros y principales funcionarios del gobierno, que habiéndose adherido a su causa, se sentían atemorizados por el giro que tomaban los sucesos. En Madrid quedó de gobernador militar

el general Hugo con una brigada de infantería y gran contingente de caballería, y además la división entera de Leval. Napoleón salió de París para la campaña de Alemania el 15 de abril de 1813.

De acuerdo con el Gobierno nacional, Wellington salió a campaña en mayo, pasando el Duero con cinco divisiones de infantería y dos brigadas de caballería, y avanzó remontando el valle del Esla. El ejército español de Galicia se aproximó a Benavente y el de Asturias a Zamora, y después a Toro. La división de Morillo avanzó por el Tormes, uniéndosele en Alba de Tormes la de Carlos España con la caballería ligera de Julián Sánchez. Algunas de estas operaciones se intentaron impedir, siendo rechazados los ataques con pérdidas para los franceses, tales como la división Villatte que quiso defender el paso de Tormes, teniendo que retirarse a Medina del Campo. Así se formó un extenso frente, de Norte a Sur del Duero, que avanzó por la altiplanicie castellana hacia el Este.

El 26 de mayo de 1813 el general Hugo abandonó Madrid y emprendió la retirada hacia el Norte con un convoy enorme de carros de transporte, cargados con la expoliación de ejemplares valiosos del Museo de Historia Natural y obras de arte y objetos notables de museos, iglesias y palacios, juntamente con las riquezas procedentes de Andalucía. En la caravana iban numerosos carruajes con los funcionarios y adictos al rey José.

La capital y el centro hispanos quedaron libres de invasores. Ya lo estaban Galicia y Portugal, Extremadura y Andalucía. Con el abandono de Madrid el ejército de la Mancha y el del Centro se dedicó a intensificar los ataques a Suchet impidiéndole que acudiera en auxilio de José Bonaparte.

Hugo, con su convoy, pasó la cordillera central por el puerto de Guadarrama, pasando por Segovia, cruzando el Duero de noche por Tudela, llegando a Valladolid incorporándose al ejército del rey José, continuando la marcha con la impedimenta y llegando el 9 de junio a Burgos, desde donde se envió por delante al convoy a Vitoria, con escolta de la división Lamartinière.

El 16 de junio llegó José Bonaparte y su ejército en retirada a Miranda de Ebro. Los aliados les habían ido siguiendo casi todo el camino sin trabar batalla formal, pero con acosos parciales que les debilitaban. Adelantáronse los aliados y divididos en columnas parciales pasaron por diversas partes el Ebro. Ante tal operación se encontró el ejército francés que no podía presentar batalla defendiendo el paso del Ebro porque el enemigo lo había pasado y tenía en su poder las otras márgenes de los puentes y les cerraba el paso.

El general Reille propuso al rey José torcer hacia Navarra, proposición que no se aceptó teniendo en cuenta la constante admonición de Napoleón ordenando tener libre a toda costa el paso entre Francia y España, y especialmente porque el convoy estaba en Vitoria con los equipajes y todo lo que transportaba, y también confiando en que llegase a dicha ciudad el general Clausel con importantes refuerzos como asimismo la división del general Foy, a los que se había llamado.

El 20 ya estaba en Vitoria José Bonaparte. En la madrugada del 21 se envió por delante a la impedimenta de refugiados españoles y parte del convoy. Se esperaba que el 22 llegarían Clausel y Foy con sus divisiones, pero no se tenían noticias; mientras que el Estado Mayor de los aliados tenía información abundante, por la que supo que los refuerzos esperados no llegarían antes del 22, decidiéndose dar la batalla el 21 de junio de 1813.

La batalla fué junto a Vitoria, en el camino a Francia y a uno y otro lado del Zadorra. Tenían los aliados alguna superioridad numérica, y los franceses la ventaja de haber podido escoger las posiciones. Comenzó el combate la división Morillo a las ocho de la mañana. A las seis de la tarde todo estaba en poder de los aliados; el conjunto de la artillería, compuesta de 151 cañones con sus municiones, el coche del rey José, los equipajes, las cajas de los fondos y la parte del convoy que no había salido de madrugada. José Bonaparte pudo huir a caballo dando un rodeo dirigiéndose por Salvatierra a Pamplona, que fué por donde se retiró el ejército vencido.

El 28 de junio estableció José Bonaparte su cuartel general en San Juan de Luz, fuera del ámbito hispano.

El general Girón atacó a las fuerzas francesas de la división Foy, desalojándolas de Tolosa. El brigadier Federico Castañón, en 1 de julio de 1813, se apoderó del puente internacional de Irún, sobre el Bidasoa, obligando a las fuerzas que le defendían a internarse en Francia. El coronel Langa hizo prisionera a la guarnición francesa de Pasajes.

Quedaba sin liberar la plaza de San Sebastián, situada entre el puerto y la desembocadura del Urumea y resguardada de la mar por el monte Urgull, con un castillo en lo alto (fig. 336). Contaba con guarnición de 4.000 hombres. El 31 de agosto de 1813 fué el asalto por las fuerzas inglesas al mando del general Graham, penetrando por la brecha del bastión de San Telmo las tropas inglesas y por la de la otra parte las portuguesas, haciéndose unos 700 prisioneros, teniendo unas 2.000 bajas los sitiadores, refugiándose en el castillo los defensores que quedaban. Las tropas asaltantes, sin consideración alguna a que realizaban obra de liberación, y a la efusión con que fueron recibidos, se dedicaron con la mayor violencia al saqueo y al ultraje del vecindario, incendiando

la ciudad, que ardió toda salvo 36 casas situadas junto al puerto de las 600 que entonces componían la ciudad. El 8 de agosto se rindió el castillo del monte Urgull.

Al enterarse Napoleón de la batalla de Vitoria y de sus consecuencias tuvo una de sus características explosiones de cólera, y nombró jefe supremo de los ejércitos contra Hispania al mariscal Soult, el cual se hizo cargo del mando de las tropas, publicó una proclama y estableció el cuartel general en San Juan de Luz. Wellington lo tenía en Lesaca (Guipúzcoa).

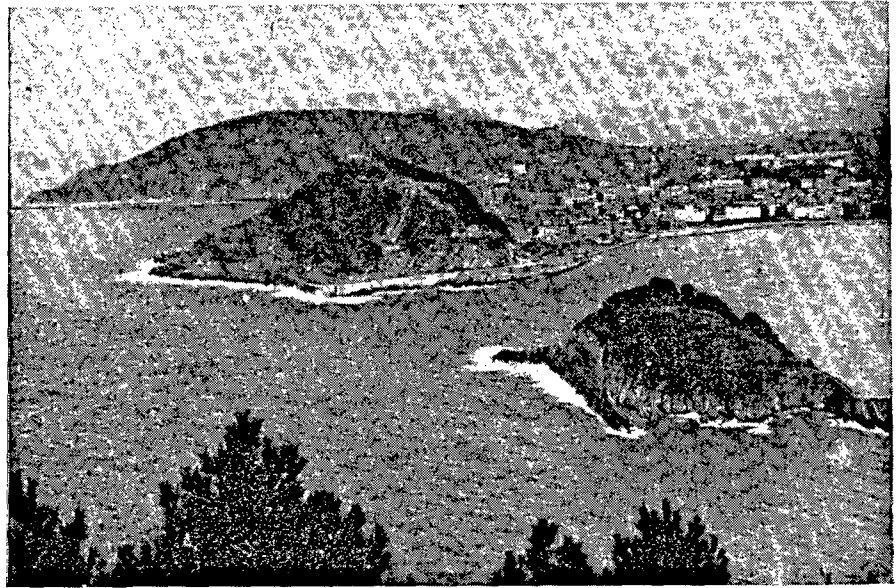


Fig. 336.—Vista de San Sebastián y de sus cercanías desde el monte Igueldo.  
(Foto Hernández-Pacheco, 1929.)

A mediados de septiembre de 1813 la división del inglés Graham ocupó el Bidasoa y los Aldudes, en los Pirineos Occidentales. Al extremo oriental estaba la división de Espoz y Mina amenazando a Jaca, aún en poder de los franceses.

La plaza de Pamplona continuaba desde el principio de la guerra en poder de los franceses, y fué bloqueada por las tropas del general España y del príncipe de Anglona. El general Cassan que la defendía, el 10 de octubre hizo una salida, pero repelida hubo de regresar a la plaza. El 19 enterado España de que los sitiados tenían el designio de desmantelar las fortificaciones volándolas, comunicó a Cassan que si tal hacía había dado orden de fusilar a toda la plana mayor. El general contestó

despectivamente al español, pero se abstuvo de realizar tal propósito cuando se rindió la guarnición el 31 de octubre de 1813.

El 10 de diciembre del mismo año tres batallones de alemanes del ejército napoleónico se pasaron a los aliados, manifestando, noblemente, que les repugnaría hacer armas contra sus antiguos compañeros, siendo atendidos y remitidos embarcados a su país.

Quedaban al finalizar el año 1813 y en los comienzos de 1814 en el ámbito hispano algunos pequeños focos aislados de resistencia, ocupados por tropas invasoras; tal como la plaza de Santoña en la costa cantábrica cercana al golfo de Vizcaya, plaza sitiada que, conjuntamente con Laredo en la misma bahía, acabó por rendirse. En el Pirineo el castillo de Jaca se entregó a Espoz y Mina el 17 de febrero de 1814. Quien más resistió fué el mariscal Suchet, presunto duque de la Albufera, que se sostuvo en Cataluña concentrando sus fuerzas en Gerona. Mequinenza fué evacuada por el enemigo el 13 de febrero, Lérida el 15 y Monzón el 18. Las plazas cercanas al Pirineo Oriental, tales como Olot, Palamós y Gerona fueron abandonadas por las tropas de Suchet después de dismantelar y volar las fortificaciones, operación innecesaria y sin finalidad razonable alguna. Tales residuales y esporádicos focos de resistencia fueron a modo de los tizones que en un incendio extinguido siguen humeando algún tiempo, hasta que se los apaga o se extinguen espontáneamente. La guerra de la Independencia hispana terminó prácticamente con el fin del año 1813.

#### OCUPACIÓN DEL SUR DE FRANCIA POR EL EJÉRCITO ALIADO ANGLOPORTUGUÉS Y ESPAÑOL (1814)

Trasladado el frente polémico a la zona fronteriza pirenaica, pasada la divisoria hacia Francia, el problema político de la contienda guerrera se presentaba para los hispanos (especialmente para los españoles) como problema de consolidación de la victoria general para evitar retoñase el poderío de los ejércitos napoleónicos con fuerza suficiente para conseguir el desquite y se produjera nueva invasión del territorio hispano. Para los británicos, aliados circunstanciales, la finalidad política tenía más largo alcance, pues se extendía a la total ruina de Napoleón y de su designio imperialista, de cuya consecución favorable se estaba en los comienzos con la victoria hispana. Había, pues, todavía intereses comunes en la continuación de la guerra por el conjunto de los aliados; presentándose como programa inmediato a realizar el de la invasión del Sur de Francia (fig. 337), atacando a las fuerzas del mariscal Soult, jefe supremo por delegación de Napoleón del ejército desti-

nado a la guerra de España, del que eran generales de división, entre otros, Reille, Clausel, Harispe, Drouet, Villate, Paris, etc.

Actuaba de generalísimo de los aliados (por designación de las Cortes Españolas) Wellington, con las divisiones angloportuguesas de Hill, Beresford, Hope, Picton, etc.; la española mandada por Morillo, compuesta principalmente por extremeños; las de Freire, Ezpeleta, Giron, etc., y la de Espoz y Mina, constituida con sus guerrillas.

El 10 de noviembre de 1813 se realizó la operación de desalojar al enemigo del valle de la Nivele, riachuelo que contornea por el Norte.

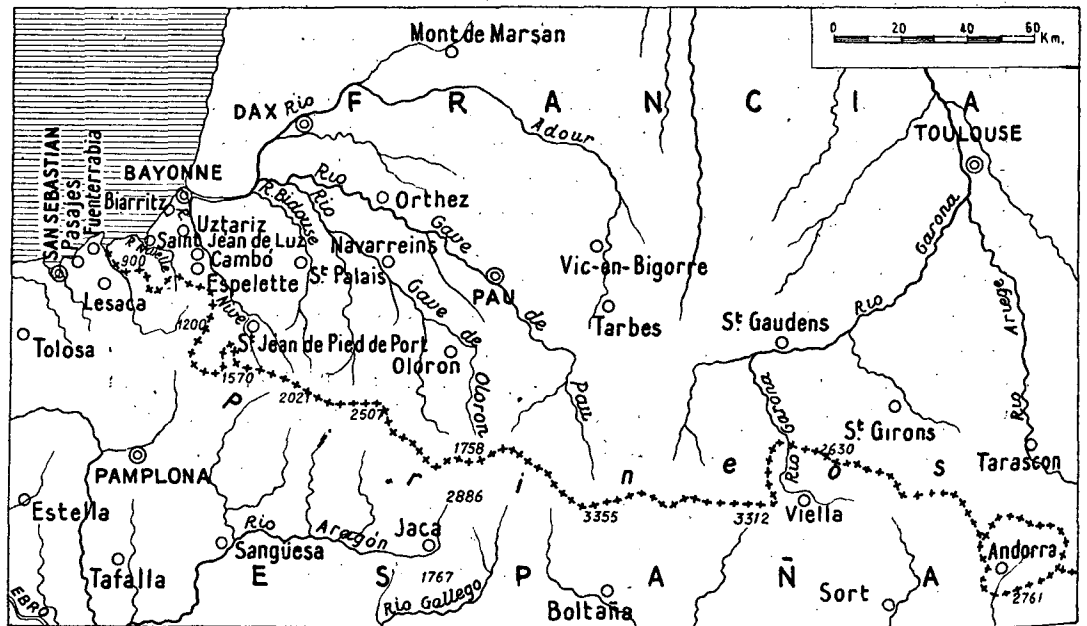


Fig. 337.—Mapa del territorio del Sur de Francia ocupado por el ejército español y sus aliados al final de la guerra de la Independencia (1813 y 1814).

a la montaña de la Rhune (900 m.) y que desemboca en la ensenada de San Juan de Luz. Atacaron simultáneamente por tres sitios del valle tres columnas británicas acompañadas, cada una, por una división española: a la del centro la división de Giron, a la de la derecha la de Freire, y a la de la izquierda la de Morillo. Se ocuparon los reductos, trincheras y demás defensas de los imperiales, y al día siguiente se alcanzó el valle y terrazas de la margen izquierda de La Nive, curso fluvial situado bastante más al Norte y que desemboca en el Adour, junto a Bayona. El enemigo abandonó San Juan de Luz y se concentró en el campo atrincherado de Bayona. Se hicieron a los imperiales 1.500 prisioneros y se retiraron del campo de batalla 400 heridos que no pudie-

ron realizarlo los suyos, cogiéndose 51 cañones. Los aliados tuvieron unas 3.000 bajas.

La soldadesca británica dióse a cometer tropelías en las poblaciones francesas. Wellington, en este caso, se mostró enérgico, dió una proclama y remitió a Inglaterra a varios oficiales culpables, consiguiendo de sus soldados que procedieran con moderación con el paisanaje. Las tropas españolas mostraron en tal cuestión orden y disciplina, portándose correctamente todo el tiempo de la ocupación del territorio, de tal modo que los habitantes no abandonaban sus pueblos y caseríos ante la presencia de los soldados hispanos.

Wellington situó su cuartel general en San Juan de Luz, estableciendo una línea apoyada en la costa de Biarritz, que se continuaba por la margen izquierda de La Nive, por Uztaritz, Espelette y Cambó.

El 9 de diciembre de 1813 las divisiones de Alten, Hope y Morillo efectuaron el paso de La Nive, por Uztaritz y Cambó. Los imperiales, en los días siguientes, acometieron con fuertes ataques, produciéndose importantes pérdidas en las dos bandos, pero la línea resistió. Por entonces fué cuando se pasaron al bando de los aliados los tres batallones de alemanes (de lo que se ha hecho mención), marchando al frente de ellos el coronel bávaro Krusse.

El resto del año de 1813 y el mes de enero de 1814 ambos ejércitos permanecieron en sus respectivas posiciones: Los angloportugueses y españoles desde Biarritz a lo largo de la margen izquierda de la zona baja del Adour. Soult en el campo atrincherado de Bayona y a lo largo de la margen derecha del Adour y de su afluente el Bidouse, impidiendo el paso hacia el Norte a los aliados.

Avanzado febrero y mejorado el tiempo se reanudaron las operaciones militares para pasar los aliados la zona baja del Adour y ocupar Bayona. A tales efectos, Espoz y Mina bloqueó a San Juan de Pie de Puerto, y Morillo se situó en Saint Palais, sobre el Bidouse, interceptando las comunicaciones entre los imperiales. Estos, después de combate que les fué desventajoso, se retiraron hacia el Adour; preparando Soult establecer como barrera la Gave de Pau, desde Bayona a Orthez, destruyendo los puentes sobre este curso fluvial y situándose en dicha plaza de Orthez.

Se resolvió la dificultad de la falta de puentes para pasar al otro lado del tramo final del Adour y poder cercar la plaza de Bayona preparando uno de barcas, pero dificultades y contingencias de mal tiempo retardaron su instalación.

El general Hope, sin aguardar más, en la noche del 22 al 23 de febrero avanzó hasta la orilla del Adour, frente a la zona de Bayona. Llevaba Hope, entre sus efectivos militares, compañías especiales de



coheteros, adiestrados en disparar cohetes especiales de largo alcance y formidable carga explosiva, aunque en esencia artefactos más ruidosos que mortíferos. Las singulares armas, por el fulgor y estruendo de sus disparos e ignorancia de sus efectos, produjeron temor en el enemigo, desalojando el paso las lanchas cañoneras del río y las fuerzas de la margen opuesta; pasando, por otro paraje desguarnecido, a la otra orilla unos 500 ingleses, que quedaron aislados al variar la marea, siendo atacados por dos batallones, a los que también contuvieron con el empleo de las nuevas armas, hasta que restablecida la fase favorable de la marea, pasó mayor cantidad de tropas y se constituyó eficaz cabeza de puente.

El 25 se estableció el puente de lanchas por el que pasó el grueso del ejército aliado, ocupando el territorio de la margen derecha del Adour, presentando batalla a Soult en Orthez. Mientras, la división de Morillo cercó la plaza fuerte de Navarreins, impidiendo el auxilio mutuo que pudieran prestarse las fuerzas de Soult.

El 27 de febrero de 1814 fué la batalla de Orthez, en la que se hizo a los imperiales 2.000 prisioneros y se les cogieron 12 cañones. Contribuyó a la derrota de Soult en Orthez la poca combatividad de gran parte de los contingentes de su ejército correspondiente a reclutas forzados, que no tenían entusiasmo por la causa que defendían ni el espíritu y pericia guerrera de los veteranos del ejército napoleónico; calculándose en unos 12.000 hombres los que en la derrota abandonaron el ejército, defensor de unos principios políticos que no entusiasmaron ya a la opinión pública y habían perdido el apoyo de la masa popular, y contra los cuales se manifestaban contrarios importantes sectores nacionales, especialmente en Burdeos y en Toulouse, afectos y propicios a la restauración de la monarquía borbónica.

La batalla de Orthez dió a los aliados angloportugueses y españoles el dominio, en el Suroeste francés, del territorio del Bearn y zona meridional de Gascuña, con la plaza de Bayona y las de San Juan de Pie de Puerto y Navarreins. Soult se retiró con sus tropas hacia el Este, a Vic-en-Bigorre y Tárbes, al oriente de la Gave de Pau.

El príncipe de Anglona, con sus divisiones, pasó a Francia; solicitado por Wellington, aumentándose de este modo con otro gran contingente de tropas españolas las que regía Freire.

Soult con su ejército se estacionó en Vic-Bigorre al Este de Pau y Norte de Lourdes, desde donde pasó a Tarbes, donde se detuvo; presentando batalla en esta localidad los aliados el día 20, que los imperiales no aceptaron, continuando Soult su marcha hacia Toulouse por San Gaudens, sobre el Garona, localidad a la que llegaron los aliados el 27, tres días después de haber pasado los imperiales.

Soult, en Toulouse, reforzó las obras de castramentación defensivas de la ciudad, que consistían en antiguas fortificaciones y especialmente en cinco reductos en las colinas inmediatas, teniendo además buenas defensas naturales en los cursos fluviales que rodean la ciudad por diversas partes.

Las fuerzas de los aliados eran numéricamente superiores a las de Soult, teniendo las de éste la ventaja de ocupar las mejores posiciones. Fué la de Toulouse batalla general, en la que intervinieron las diversas fuerzas de uno y otro bando. Los españoles acometieron a los imperiales por la izquierda y centro de las posiciones de éstos, y los de Beresford a los de la derecha, transcurriendo todo el día 1.º de abril de 1814 con diversidad de fases e incidentes en los combates, favorables los más a los aliados y adversos otros, terminando la batalla a media tarde. Las bajas de los aliados fueron 4.714, correspondiendo de ellas: 2.124 a los ingleses; 1.980 a los españoles, y 607 a los portugueses. Las de los imperiales fueron menores, por el carácter defensivo de posiciones que ocupaban alrededor de la ciudad, la que tuvieron que ceder a los atacantes.

Estos no pretendieron penetrar en la ciudad combatiendo en ella, sino en plan pacífico. Soult abandonó Toulouse en la noche del 11 al 12 de abril, marchando a Carcasona. Seguidamente entró Wellington con las fuerzas aliadas, que fueron bien acogidas por los habitantes.

Con la batalla de Toulouse terminó la guerra de los hispanos contra el imperialismo napoleónico.

#### LAS GUERRILLAS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

En la guerra de la Independencia como en otras campañas bélicas realizadas en Hispania, desde las de la conquista romana, en la antigüedad, hasta las modernas contiendas civiles del siglo XIX, han ejercido importante acción y adquirido gran desarrollo «las guerrillas», o sea, cuerpos de combatientes voluntarios, bajo el mando de un jefe surgido espontáneamente, que se organizaban y combatían con independencia del ejército o en asociación con éste contra enemigo común.

Tres modalidades adquirieron las guerrillas en la guerra de la Independencia: una, típica de Cataluña, fué la de los «somatenes», que en la ocasión necesaria se reunían espontáneamente, constituidos por los hombres de capacidad guerrera y voluntad combativa, de la comarca, surgiendo de entre ellos los jefes, atacando el somatén a las fuerzas enemigas y disolviéndose terminado el hecho de armas.

Tal fué el caso de los somatenes de la comarca montañesa del

Bruch, en junio de 1808. De este mismo tipo fueron las partidas que en Galicia acometieron a las tropas del mariscal Soult en su invasión y retirada del Norte de Portugal en la primavera de 1809.

Tenían asimismo carácter circunstancial los grupos de paisanos combatientes que se organizaban con sus jefes a las órdenes superiores del de la plaza sitiada, como ocurrió entre otros muchos casos en los sitios de Zaragoza y de Gerona, de cuyos defensores populares la historia conserva los nombres de hombres y mujeres, actores distinguidos de notables hechos heroicos.

El tercer tipo, más general, es al que corresponde más propiamente la denominación de guerrillas, formadas por agrupaciones campales de permanente funcionamiento y actividad mientras dura la campaña. Tal fué la numerosa partida de caballería al mando del salmantino Julián Sánchez, cuya cooperación en la batalla de Tamames del 18 de octubre de 1809 se ha expuesto; guerrilla que persistió durante toda la guerra realizando notables hechos de armas. También se ha relatado la importante actuación de las guerrillas gallegas, haciendo capitular a la guarnición francesa de Vigo y triunfando en la batalla del puente de San Payo en 1809.

Las guerrillas tenían especiales ventajas sobre el ejército regular. Era una el perfecto conocimiento del terreno en todos sus detalles, y características, campeando en su propio país, en el que encontraban auxilios de todo género y en el que los habitantes las protegían y amparaban, siendo difíciles las traiciones, pues el traidor era pronto conocido y localizado, pagando con la vida la traición. Otra ventaja era la poca impedimenta respecto a bagajes, encontrándolos con facilidad en caso necesario. No era problema el del equipo y vestuario, pues en la manera de operar, el uniforme era una desventaja, y el municionamiento necesario estaba presto a ser suministrado.

Táctica especial de las guerrillas era la rapidez de movimientos, dando señales de su presencia el grupo combatiente en un paraje y presentándose de improviso en otro muy distante para dar el golpe tras marchas rápidas y sigilosas. En caso adverso, la partida se disgregaba y desaparecía, fundiéndose los individuos componentes entre la masa popular campesina y urbana, para reaparecer la guerrilla concentrándose en lugares convenientes y sabidos de antemano.

La naturaleza y topografía del terreno era auxiliar poderoso de las guerrillas, campeando en las serranías y penillanuras escabrosas, que les servían de resguardo, eludiendo, en lo posible, los parajes despejados y las llanuras, en las que daban golpes rápidos y de sorpresa.

Se originaron las guerrillas tan pronto comenzó la guerra y su desarrollo fué favorecido por la Junta Central y las juntas regionales;

pero cuando adquirieron mayor empuje y eficacia fué en la tercera fase de la guerra, reforzándose con desaparecidos en las batallas adversas, que se refugiaban y daban de alta en tales fuerzas irregulares. Circunstancialmente algunas brigadas y divisiones de tropas regulares imitaron, en parte, el modo de operar de las guerrillas; tal fué el caso de la división de Morillo después de la derrota de Mendizábal frente a Badajoz, operando entre la frontera portuguesa y Cáceres, operaciones que culminaron en la sorpresa y gran derrota de los franceses en Arroyomolinos.

El Gobierno nacional y los jefes militares de los distritos cuidaban de la adecuada organización y proceder de las guerrillas, desautorizando a los que se extralimitaban en su cometido y causaban depredaciones, disolviéndolas e incorporando sus combatientes que no merecían otro castigo a los cuadros del ejército regular, favoreciendo a las seriamente organizadas y eficientes, reconociendo y otorgando grados en las milicias a sus jefes distinguidos.

En la tercera fase de la guerra, algunas partidas de guerrilleros componían brigadas y aun divisiones por lo numeroso de sus efectivos y organización, con cuerpos de infantería y caballería, tales como la de Espoz y Mina y la del Empecinado, cuyos jefes alcanzaron alta graduación militar, y también, entre otros, el médico de Villaluenga Juan Palarea, que operaba en la cuenca del Tajo medio, especialmente en la región toledana, alcanzando también el generalato el médico Martínez de San Martín, que campeaba por tierras de Cuenca, Albacete y Ciudad Real.

En los años finales de la guerra, los somatenes y cuerpos volantes en Cataluña y las guerrillas en todo el ámbito nacional, imposibilitaban o dificultaban en extremo las comunicaciones del ejército invasor, que aun siendo dueño de las grandes ciudades y de las principales plazas fuertes, no lo era del país, teniéndose que mover las tropas francesas en grandes contingentes, abastecerse con mucha dificultad y tener cortadas con frecuencia las comunicaciones con Francia.

Las guerrillas produjeron en el ejército napoleónico gran irritabilidad, al desconectar en múltiples ocasiones los planes militares, dificultando los enlaces y comunicaciones, sorprendiendo y capturando destacamentos, apoderándose de convoyes de subsistencias en continuados ataques por fuerzas incoercibles que se desvanecían y volvían a surgir inopinadamente.

Designaron los franceses a los guerrilleros con la denominación genérica de «brigands», y quisieron dominarlas por el terror tratándolas como a partidas de ladrones y facinerosos, lo cual ocasionó la consi-

guiente reacción y que se caracterizase, en muchos casos, la campaña por actos inhumanos en continuas represalias.

En 1810 campeó por Navarra y por Aragón, al Norte del Ebro, el guerrillero Mina, denominado el Mozo o el Estudiante, impidiendo o dificultando el tránsito de los correos franceses y perturbando la autoridad del gobernador militar de Pamplona, que no era obedecido fuera de los muros de la plaza y que se había visto obligado a tratar con Mina respecto al canje de prisioneros. En primero de abril de dicho año, la persecución combinada del gobernador de Jaca con la de las fuerzas de los generales Harispe y Dufour, consiguieron derrotar a la partida de Mina, cogiéndole prisionero, siendo remitido a la fortaleza de Vincennes, en Francia. Le sucedió su tío Francisco Espoz y Mina, que era su consejero, una de las figuras más interesantes y destacadas en la guerra de la Independencia.

Espoz y Mina era natural del pequeño lugar de Idocin, próximo a Pamplona, de familia de labradores, teniendo veintinueve años cuando tomó el mando de la partida de su sobrino Mina el Mozo. Hombre de sentimientos nobles, de justicia y de orden, fué uno de sus primeros actos prender y fusilar a un titulado jefe de guerrilla y a tres de sus cómplices, que recorrían la comarca de Estella cometiendo robos, depredaciones y venganzas personales.

La historia de la actuación de Espoz y Mina es una continua epopeya de actos audaces y valerosos. El mariscal Massena, terminada su penosa retirada de Portugal, se encaminó a Francia con numeroso convoy de 150 coches y carros y un millar de prisioneros ingleses y españoles, con escolta de 1.200 hombres. Detúvose en Vitoria y siguió el camino que cruza la sierra de Arlabán, en el límite entre las provincias de Alava y Guipúzcoa. En la madrugada del 25 de mayo de 1811, Mina con su gente emboscada dejó pasar por la estrechura del camino a la cabeza de la columna, atacando impetuosamente al centro y a la retaguardia, venciendo la gran resistencia de los acometidos y apoderándose del convoy, valorado en cuatro millones de reales, libertando a los prisioneros y ocasionando 840 bajas entre muertos, heridos y prisioneros.

En el verano de 1811 estaban destinados a perseguir a Mina 12.000 hombres, a los que siempre burlaba. El general Reille, encargado de la persecución, puso muy alto precio la cabeza del guerrillero, la de su segundo Cruchaga y las de los principales jefes de la guerrilla, lo cual como es de suponer, no dió resultado alguno.

En la segunda quincena de octubre de 1811, Mina con su gente pasó a Aragón y se acantonó en Ayerbe, localidad junto al Gállego, a 25 kilómetros al Noroeste de Huesca. El general francés Musnier envió

contra él desde Zaragoza una columna, que ante las posiciones ocupadas por los guerrilleros no se atrevió a atacarlos, retirándose a Huesca persiguiéndole Mina, acometiéndole y haciéndole perder en el camino 640 soldados con 17 oficiales, siendo herido el jefe de la columna. Musnier salió de Zaragoza para rescatar los prisioneros, pero Mina atravesó Aragón, Navarra y burlando a los diversos perseguidores llegó al puerto de Motrico, capturó a la guarnición francesa, embarcó a los prisioneros todos en una fragata inglesa y regresó a Navarra.

Irritado el general francés conde de Reille, hizo ahorcar a oficiales de las guerrillas que cayeron en su poder y prender a los padres y parientes cercanos de otros guerrilleros, considerándoles como cómplices y encubridores, merecedores de la misma pena, según bando que publicó. Espoz y Mina publicó un decreto y dirigió a Reille comunicación del 24 de octubre de 1811 en términos correctos y enérgicos, acusando al general de faltar a las leyes de la guerra y a los deberes de humanidad; conminándole a que si no cesaba en tales atentados y no derogaba el bando, se vería obligado a emplear represalias comenzando por los 23 oficiales y 700 soldados franceses que tenía en su poder. El general napoleónico se sometió a la razón y cesó en su furor inhumano.

El 11 de enero de 1812 Espoz y Mina derrotó cerca de Sangüesa al nuevo gobernador de Navarra, el general Abbe, haciéndole 400 prisioneros y cogiéndole dos cañones, salvándose el propio general a favor de la oscuridad.

Por el mes de abril campeaba Mina por tierra de Aragón. Creyendo seguro el camino de Francia, un importante convoy con grandes riquezas y correspondencia del rey José, atravesaba el puerto de Arlabán, en Guipúzcoa. El jefe de la guerrilla, enterado por su eficaz espionaje, haciendo con su gente una marcha de 14 leguas en un día, cayó sobre el convoy el 9 de abril de 1812 en sitio inmediato al de la vez anterior, haciendo 700 bajas a los 2.000 hombres de la escolta, libertando a los prisioneros españoles que conducía, apoderándose de gran botín y de la correspondencia, muriendo el secretario Deslande, del rey José, al salir del coche e intentar huir.

A fines de enero de 1813, Mina recibió en el puerto de Deva (Guipúzcoa) dos cañones y otros efectos de sitio que le regalaron los ingleses, con lo que puso sitio a Tafalla, ciudad situada a 30 kilómetros al Sur de Pamplona; operación que quiso impedir el general Abbe enviando tropas en socorro de la plaza, que fueron ahuyentadas por el guerrillero, rindiéndose los 400 hombres que defendían el fuerte cuando Mina se disponía al asalto.

Formaba parte de la división de Mina el sargento Fermín de Le-

guía, que concibió y puso en práctica apoderarse del castillo de Fuenterrabia, en el estuario del Bidasoa, fronterizo a Francia. Para ello, a media noche del 11 de marzo de 1813, con 14 soldados de su compañía, provistos de clavos y de cuerdas, se dirigieron sigilosamente al pie de la fortaleza y escalando la muralla el sargento y un soldado, sorprendieron al centinela y le desarmaron, trepando a continuación otros compañeros, sorprendieron a su vez a la guardia (los demás artilleros dormían en la población); clavaron los cañones, tiraron al mar las municiones, incendiaron el castillo y abriendo la puerta de la fortaleza se restituyeron al campamento. El sargento fué ascendido a teniente, empleo confirmado por el general Castaños.

El gobierno nacional nombró a Espoz y Mina Comandante general de Aragón, con su cuartel general en la heroica ciudad de Zaragoza, libre ya de enemigos y que lentamente se restablecía de los destrozos sufridos en los gloriosos sitios.

Guerrillero que alcanzó gran renombre por su importante actuación fué Juan Martín Díez denominado el Empecinado, apodo colectivo de los naturales de su pueblo, Castrillo de Duero. Fué soldado, y al licenciarse se dedicó a labrador. Asistió al combate de Cabezón y batalla de Medina de Ríoseco en la provincia de Valladolid, y desde la primera época de la guerra de la Independencia formó una pequeña guerrilla con sus hermanos, que aumentó rápidamente, campeando por la comarca de Aranda de Duero, Sepúlveda, Segovia y Avila hasta Ciudad Rodrigo. La Junta Central le otorgó por entonces el grado de capitán.

En el otoño de 1809 campeaba por la provincia de Guadalajara. El Empecinado se corría, con frecuencia, por tierra de Soria y de Burgos. En 1811 constaba su partida de unos 2.000 hombres con fuerzas de caballería, combatiendo con éxito contra las tropas del general Hugo, gobernador de Madrid, consiguiendo triunfos en Mirabueno, Brihuega y Cifuentes. El 9 de diciembre de 1811 le atacaron los franceses en Cogolludo (Guadalajara), haciéndole bastantes prisioneros y obligándole a retirarse a Atienza; pero al poco tiempo se desquitó en Jadraque, rescatando parte de los prisioneros suyos, haciendo él otros al enemigo.

Solía operar en las serranías de Somosierra y de Guadarrama y por las provincias de Guadalajara y Madrid, obligando a los invasores a moverse con fuertes contingentes. En el mismo Madrid no podían los franceses alejarse sin riesgo, pues la guerrilla del Empecinado penetraba hasta en la posesión real de la Casa de Campo, según se expresa en la siguiente frase de las «Memorias del rey José»: «Les français

ne pouvaient se montrer dans les promenades extérieures de la ville de Madrid, sans courir le danger d'être enlevés».

En julio de 1811 componían las fuerzas del Empecinado unos 3.000 hombres, otorgando la Junta nacional superior empleo al jefe; pero cometió el error el gobierno Central de considerar tal conjunto como división y ponerla a las órdenes del marqués de Zayas, notándose pronto los inconvenientes de tal medida, que fué revocada, encargándose de nuevo el Empecinado de sus fuerzas, reorganizándolas.

El 4 de octubre de 1811 la guerrilla del Empecinado, en combinación con otras, se apoderó de Calatayud, haciendo prisioneros a 566 hombres de la guarnición. De allí se alargó a Molina de Aragón, sitiando el castillo; cerco que levantó para adueñarse de la Almunia, capturando a la guarnición, dedicándose después durante el otoño a cortar las comunicaciones del enemigo entre Aragón y Valencia.

Aunque Juan Martín cuidaba mucho de que no le sorprendiesen, vióse en gran aprieto en Rebollar de Sigüenza, donde fué acometido por el general Gui el 7 de febrero de 1812, haciéndole un millar de prisioneros, salvándose el Empecinado descolgándose por un despeñadero. Atribuyóse a traición del segundo de la partida Saturnino Albuin, el Manco, el cual se pasó al ejército invasor. Juan Martín se repuso pronto del descalabro y el 9 de mayo de 1812 penetró en Cuenca entonces en poder de los franceses, obligando a la guarnición a refugiarse en los fuertes.

El 12 de agosto de 1812, abandonado Madrid por el rey José, entró el Empecinado en la capital al son del repique de las campanas y con la villa engalanada. Poco después lo hizo Wellington, asomándose juntos al balcón de la casa de la villa a recibir los plácemes y vítores del vecindario.

#### GOBERNACIÓN DE ESPAÑA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. LAS CORTES DE CÁDIZ

##### *Actividad de las Juntas regionales.*

El levantamiento, revolución y guerra de la Independencia se realizó espontáneamente por el conjunto de las dos naciones contra el enemigo común, sin ninguna comarca, ciudad o localidad afecta al invasor. Fué guerra unánime, sin ningún grupo social o partido político afecto y defensor del gobierno causante de la ocupación del país por los ejércitos extranjeros. No fué bajo ningún aspecto guerra civil como la denominada de Sucesión a principios del siglo XVIII, con dos bandos



cada uno afecto a una dinastía, a la austríaca o a la borbónica. O como después de acabada la contienda contra Napoleón, las guerras carlistas del siglo XIX entre dos bandos de ideologías diferentes, entre absolutistas y constitucionales.

Es cierto que existieron durante la guerra de la Independencia gobiernos títeres afectos a la dinastía napoleónica, formando parte del del rey intruso individuos comprendidos en la denominación genérica de «afrancesados» sin actividad alguna combativa, en cantidad insignificante respecto a la masa nacional, ejerciendo cargos públicos o palatinos; unos por necesidad económica, otros por ideología afine a los principios gubernamentales del nuevo régimen o por utilidad y ventajas personales, pero sin adeptos en la masa del país y cuyo exiguo número confirma lo general del proceder y actuar de la población hispana con el invasor. En todo caso los simpatizantes y acomodaticios y los que del nuevo orden obtenían ventajas personales procuraban no manifestarlas públicamente, por la oposición o menosprecio del ambiente social y popular.

La reacción nacional contra la invasión tuvo carácter revolucionario y en parte tumultuario, que fué pronto y fácilmente reprimido y encauzado dentro del orden público. En las ciudades, pueblos y comarcas se crearon juntas locales, formadas por personas de prestigio y autoridad, con significación social y con dotes de organización y de mando, que restablecieron el orden y ejercieron la autoridad.

Tal carácter tumultuario de los primeros momentos del levantamiento subversivo nacional originó en algunas ciudades episodios sangrientos. Así en Badajoz fué asesinado por las turbas el gobernador y comandante militar de la plaza, el conde de Torre del Fresno, culpado de actuación dudosa en el movimiento. En Málaga lo fué el vicecónsul de Francia, y en Vélez Málaga el corregidor de la ciudad. Excesos que fueron rápidamente dominados, y los dos últimos sancionados con la muerte de los autores. Acontecimientos semejantes ocurrieron en alguna localidad como en Ciudad Rodrigo, donde fué asesinado el gobernador de la plaza por su supuesta gran amistad con Godoy. Fueron casos aislados y en su mayor parte castigados judicialmente.

En Valladolid el Capitán general Cuesta, aunque afecto al movimiento; por su excesivo carácter autoritario y obstinado se negó a que la multitud se impusiera a su autoridad, no accediendo a las peticiones populares. «Reprodujeron los sublevados su petición, y Cuesta se mostró invencible, por lo que hubo de recurrir el pueblo a una amenaza terrible, levantando el cadalso al que contrarrestara su voluntad suprema. El general entonces accedió a sus deseos, nombrando una junta de las personas más notables y de todas las corporaciones».

En Valencia el comienzo de este primer período de levantamiento nacional se señaló por el carácter de ferocidad que adquirieron los desmanes populares que horrorizaron a la población. Fué el principal autor el canónigo de la catedral de Madrid Baltasar Calvo, residente en Valencia, que celoso y envidioso de la popularidad y prestigio que tenía en la población el franciscano P. Juan Rico, se puso al frente de una banda, tratando de excitar el fanatismo patriótico popular, dirigiendo la matanza de los pacíficos y asustados ciudadanos franceses refugiados en la ciudadela y resguardados por unos cuantos inválidos del ejército, que fueron fácilmente atropellados. La banda de Calvo se hizo casi dueña de la ciudad, cometiendo tropelías y más asesinatos; hasta que la Junta patriótica en la que figuraba el competente y prudente P. Rico logró restablecer el orden y prender al sanguinario Calvo, que juzgado en unión de sus secuaces, pagaron con la vida sus crímenes.

Las juntas locales se agruparon pronto en sus respectivas regiones y provincias, en dependencia de la Central del distrito o región establecida en la capital o ciudad más importante. Entre estas juntas provinciales se establecieron coaliciones y fusiones, como la realizada entre la de Castilla y la de León, a las que se unió Galicia, estimándolo ventajoso para el conjunto territorial comprendido en la jurisdicción. El país andaluz se concentró para su gobernación en dos capitales, Sevilla y Granada, acabando ésta por reconocer la de Sevilla, por fusión de sus juntas.

Tales juntas regionales, en sus fases de constitución y unión, atendieron con todo celo a lo que estimaron cometido fundamental: a la recluta de combatientes, armamento y medios económicos para la guerra, obrando con diligencia y constancia.

Así en el caso de la de Valencia, la junta actuó «con extremada energía y celo. Aprovechó los socorros mandados de Cartagena, agregando los recursos propios, y en breve tiempo pudo enviar a las Cabri-llas [paraje de gran importancia estratégica] un cuerpo de ocho mil hombres, mandado por don Pedro Adorno, y otro de quince mil a Almansa [también localidad estratégica] a las órdenes del conde de Cerebellón, con quien se incorporó, procedente de Murcia, el de don Pedro González de Llamas. La experiencia acreditó que no eran ilusorios sus temores.»

«En 30 de mayo de 1808 en Badajoz, la capital de Extremadura, apenas se contaban quinientos soldados que pudiesen defenderla: mientras en la proximidad las fuerzas francesas que ocupaban el Alentejo y guarnición a Elvas a las órdenes de Kellermann eran de diez mil hombres. Los extremeños todos ofrecieron sus vidas y riquezas en las aras de

la patria, viéndose en fines de junio con un ejército entusiasmado de veinte mil hombres, que obstruyendo la comunicación de los franceses del Alentejo con los que ocupaban la Mancha, precisaba a permanecer algún tiempo en inacción, sin poder avenirse ni para envolver su provincia ni para avanzar hacia las Andalucías» (Conde de Toreno).

En Asturias, en el mes de mayo de 1808, estaba actuando en Oviedo la Junta del Principado, que se reunía trianualmente; la noticia de los sucesos de Madrid se difundió y se realizaron manifestaciones patrióticas contra los invasores. Asistentes a la junta y otras personalidades de Oviedo acordaron sublevarse, haciendo pública la decisión el 24 mediante un repique general de campanas, apoderándose de cien mil fusiles depositados en la fábrica de armas, declarando suprema autoridad del principado al marqués de Santa Cruz. Comenzó la organización de un ejército, y dos representantes de la Junta, Angel de la Vega y el conde de Toreno, salieron de Gijón el 30 de mayo a solicitar auxilio de Inglaterra contra Napoleón. Encontrando apoyo en el gobierno inglés, en las Cámaras y en los diversos partidos políticos, remitiéndose a España un primer envío de armas, municiones y vestuario.

En Galicia, el 30 de mayo de 1808, se adhirieron al movimiento general tropas y paisanaje. Para el mando del ejército que comenzó a constituirse se nombró al mayor general Joaquín Blake, otorgándole la Junta el grado de Teniente General.

Las capitales andaluzas se sublevaron todas, y al frente del ejército que se levantaba en Andalucía se puso por la Junta suprema al general Francisco Javier Castaños, que mandaba en San Roque las tropas reunidas en el Campo de Gibraltar, y ya había entrado en negociaciones con los ingleses de esta plaza.

En la bahía de Cádiz estaba una escuadra francesa compuesta de cinco navíos y una fragata al mando del almirante Rossilly, que se resistía a entregarse con diversos subterfugios, hasta que hubo de rendirse a los españoles el 14 de junio de 1808, imposibilitada de defenderse y salir del arsenal de la Carraca, en donde estaba fondeada.

En las islas Baleares, el 30 de mayo de 1808, se reunió en Palma de Mallorca, presidida por el Capitán general, una Junta de personalidades, a las que se agregaron dos representantes de Menorca, otros dos de Ibiza y uno de la escuadra española fondeada en Mahón, escuadra que había recibido órdenes de Madrid para zarpar y dirigirse al puerto de Tolón. La junta de Baleares, en relación con el movimiento reivindicativo español, acordó la permanencia de la escuadra en el puerto de Mahón, declarándose la adhesión al movimiento de la guarnición de las islas, compuesta por 10.000 hombres y la organización de tropas volun-

tarias para estar dispuestas a marchar a la Península, como así lo hicieron.

Por entonces estaban en las Baleares los astrónomos franceses de la Academia de París Arago y Biot, que en unión de los españoles Rodríguez y Chaix se ocupaban en la medición del arco del meridiano terrestre, prolongado hasta Formentera. Para evitar cualquier percance a los sabios franceses se les alojó en el castillo de Bellver, desde donde fueron trasladados sin causarles perjuicio alguno a Argel, regresando con toda seguridad a su patria.

El historiador conde de Toreno, contemporáneo de los acontecimientos de la guerra de la Independencia, de los que fué actor o testigo de varios, dice en relación con esta fase de la gobernación de España: «no era dable establecer un gobierno central en tan imprevistas circunstancias y mucho menos siendo de todo punto necesario seguir en su erección el ímpetu irresistible de los sucesos. El defecto de la multiplicidad dió origen en cambio a aquella actividad desconocida entre nosotros, a la unión del poder con el pueblo y a la noble emulación con que procuraron competir entre sí provincias que no podían regirse por reglas comunes e inalterables».

«En medio de la orfandad en que se hallaba España no parecía sino que un poder único elevado en su seno presidía a todos sus actos; tal era la tendencia a un mismo fin que obraba en los ánimos de casi todos sus individuos.»

#### *La Junta Central.*

La victoria de Bailén y el resultado favorable de la campaña de Portugal, terminado por el Convenio de Cintra de fines de agosto de 1808, ocasionaron que la mitad meridional hispana, el tercio occidental desde el Norte de Galicia a los Algarves y gran parte del Levante mediterráneo y las serranías, quedaran liberados. En relación con tan favorables acontecimientos, José Bonaparte, con la guarnición francesa, abandonaron la capital. Entrando en Madrid el 13 de agosto de 1808 el general Llamas con 8.000 combatientes valencianos y murcianos del ejército de Levante, y el 18 del mismo mes Castaños con el ejército de reserva de Andalucía.

Las juntas regionales, con su acertada gestión patriótica, comprendían la conveniencia de que se constituyese una Junta Central y un gobierno nacional en el que recayera la alta dirección y soberanía de toda España y al que estuviesen supeditadas las juntas regionales con funciones auxiliares y delegadas. Junta Central que debía tener su sede en la liberada capital de la nación.

Del conjunto de instituciones y organismos estatales suprimidos o modificados por el gobierno intruso, había quedado sin actuación alguna gubernamental el antiguo Consejo de Castilla, que persistía como reliquia de tiempos pasados en que había desempeñado funciones más consultivas que directivas. La actuación de la citada corporación con el gobierno de los invasores fué de acomodación a los hechos consumados y de actitud pasiva, lo que la enajenó la consideración popular y el escaso ascendiente público que tenía.

Los componentes de la fosilizada institución creyeron que el prestigio que tuvo en tiempos remotos podría restaurarse, erigiéndose en cuerpo soberano y directivo nacional. Desalojado Madrid de las tropas y del gobierno extraño, el Consejo de Castilla intentó ejercer funciones gubernamentales, exigiendo obediencia a las juntas provinciales y a los altos jefes militares, quienes despreciaron sus intimidaciones y aun algunos contestaron despectivamente tachando de afrancesados a la corporación y a sus miembros.

«Al punto pensó el Consejo ganar a Castaños con halagos, y valiéndose del general Cuesta, que había sido en algún tiempo su gobernador, le propuso dividir el gobierno en dos partes, la una que abrazaría todo lo militar y correría a cargo de ambos unidos al duque del Infantado, y la otra para lo civil y gubernativo que se reservaría el Consejo. Castaños no cayó en la red que le tendían» (Conde de Toreno).

La Junta Suprema Central Gubernativa que se constituyó se componía de veinticuatro miembros, que se ampliaron a treinta y cinco; todos personas de prestigio y de significación social y entre ellos el conde de Floridablanca, al que se eligió presidente, y secretario general al ilustre literato José Quintana, Junta que como cuerpo deliberante era insuficiente y excesiva como entidad ejecutiva. Se estableció en Aranjuez y celebró su primera sesión en 25 de septiembre de 1808.

Napoleón entró en España a dirigir personalmente la campaña al frente de su guardia imperial, con los principales mariscales del imperio, con gran masa de soldados veteranos y con cuerpos de ejércitos, formados por polacos, alemanes e italianos, aumentándose los efectivos que existían en España, reuniéndose un conjunto de fuerzas invasoras siempre superior a 300.000 hombres, que operó en la Península durante todo el transcurso de la guerra.

Invadida nuevamente gran parte de España, esta vez por la fuerza victoriosa de las armas, y ocupado Madrid, la Junta Central se retiró a Sevilla, estableciéndose en el Alcázar, procediendo con actividad y desechando la labor perniciosa de rencillas y estériles maquinaciones personales. A poco falleció su presidente el conde de Floridablanca.

Entre las disposiciones de la Junta Central establecida en Sevilla,

además de lo pertinente a la organización de la recluta militar, armamento y abastecimiento del ejército, mandos superiores de éste y acuerdos con éstos de las operaciones, se determinó con fecha 1.º de enero de 1809 la reglamentación del funcionamiento de las juntas provinciales. En 9 de enero se concertó con el gobierno de Gran Bretaña un tratado defensivo ofensivo contra Napoleón. En febrero del mismo año se rechazó cortésmente la pretensión británica de guarnecer Cádiz con tropas inglesas.

En la primavera de 1809 se manifestó en importante sector de la Junta y se acogió favorablemente por la opinión pública la proposición de convocar Cortes del Reino, exponiéndose libremente las ideas en publicaciones periódicas tales como el «Semanario Patriótico», dirigido por Quintana. En el seno de la Junta, demasiado numerosa, surgieron notables discrepancias, y en 19 de septiembre de 1809 se aprobó la creación de una Comisión Ejecutiva, que comenzó sus funciones a primero de noviembre. Asimismo el 4 de este mes se publicó el decreto de convocatoria de Cortes para 1.º de enero de 1810, y comenzar sus trabajos el 1.º de marzo.

Los miembros de la Junta, ante la aproximación de los ejércitos invasores de Andalucía después de la desastrosa derrota de Ocaña del 19 de noviembre de 1809, salieron de Sevilla en la noche del 23 al 24 de enero de 1810, concentrándose en la isla de León, de la bahía de Cádiz. En el seno de la Junta se había formado un grupo disidente de la mayoría, produciendo el consiguiente desconcierto y la formación de un Supremo Consejo de Regencia de cinco miembros, nuevo gobierno que se constituyó el 25 de enero de 1810.

#### *Cortes de Cádiz.*

El 18 de junio de 1810 se publicó el decreto disponiendo que se efectuasen las elecciones a diputados y que los electos concurriesen a la isla de León para comenzar las sesiones en cuanto se congregasen en suficiente número. Con arreglo a lo que se disponía en el decreto se debía atender a los siguientes extremos: *a)* Serían electores todos los españoles mayores de veinticinco años con casa abierta. *b)* Podían ser elegidos los de iguales condiciones naturales de la provincia en que se efectuara la elección. *c)* Se nombraría un diputado por cada 50.000 habitantes. *d)* La elección sería indirecta mediante tres designaciones sucesivas: de parroquia, de partido territorial y de provincia. *e)* Además de los diputados así elegidos, cada ciudad con derecho a voto en las antiguas Cortes del reino, elegiría un representante de su ayuntamiento. *f)* Se fijó la apertura oficial para el 24 de septiembre de



1810. g) Se extendía el decreto a las provincias ultramarinas de América y de Oceanía, con las particularidades derivadas de la distancia.

El 24 de septiembre de 1810 se celebró la apertura de Cortes con gran solemnidad, reuniéndose los diputados en el teatro de San Fernando, destinándose a tribuna pública las localidades altas. La regencia hizo dejación del mando, el cual pasó a las Cortes. El diputado por Extremadura Diego Muñoz Torrero, que había sido rector de la Universidad de Salamanca, en su discurso estableció las normas fundamentales por las que debían regirse las Cortes generales y extraordinarias, Cortes a las que pasaba la soberanía nacional. Se estableció la separación de los tres poderes: el legislativo a cargo de las Cortes, el ejecutivo al Consejo de Regencia, y el judicial al de los Tribunales de justicia. Por renuncia del presidente del Consejo de Regencia, el obispo de Orense, se nombró otra Regencia, y las Cortes continuaron sus deliberaciones.

Se conservó la buena armonía existente con el gobierno británico, pero se rechazaron las peticiones presentadas por el embajador de Gran Bretaña Enrique Wellesley, hermano del duque de Wellington, respecto a concesión a Inglaterra, durante la guerra, de franquicia directa de comercio con los dominios españoles de Indias. Se negó asimismo por aleccionadora experiencia que se permitiera a ingenieros ingleses fortificar la bahía de Vigo y las isletas inmediatas.

Atendieron cuidadosamente las Cortes a todo lo pertinente al gobierno de la nación, necesidades y alta dirección de la guerra. Respecto a las noticias que circulaban relativas «a las humildes congratulaciones y súplicas de Fernando a Napoleón, que insertaba el «Monitor francés» y el deseo que parecía animar al joven rey de unirse con una princesa de la familia imperial», cuestión presentada y discutida en las Cortes, se llegó a un acuerdo «declarando la ineficacia de cuantos actos, convenios o transacciones otorgase el rey durante su aprehensión, bien en país enemigo, bien en territorio de sus dominios» (conde de Toreno).

En las Cortes se señalaron, desde el principio, dos tendencias: Una la de aceptar, en medida prudente y sin extremismos, las nuevas doctrinas democráticas y el reconocimiento de los derechos de la personalidad humana, cuyos adeptos constituían el partido constitucional de ideas liberales. Pertenecían a este grupo parlamentario personalidades que han dejado renombre en la historia de España por su competencia y conocimientos en especiales ramas de la cultura y del saber, aparte de sus actividades políticas; tales como Muñoz Torrero, Nicasio Gallego, Villanueva, Calatrava, Argüelles, García Herreros, el geógrafo Antillón, etcétera. La otra tendencia fué la tradicionalista, opuesta a innovaciones

políticas y sociales, constituyendo el partido absolutista, cuyos nombres han destacado menos que los anteriores fuera de lo exclusivamente político.

Por entonces comenzaron las sublevaciones en las provincias americanas en favor de su constitución en naciones independientes. Las Cortes se ocuparon del problema que surgía, acordando concesiones y adoptando medidas legislativas que se creyeron adecuadas para atajar el proceso de emancipación política, sin conseguirlo.

Trataron las Cortes de trasladar su funcionamiento a Cádiz, pero lo impidió la epidemia de fiebre amarilla que se declaró en dicha ciudad en octubre de 1810, continuando la epidemia durante el mes de noviembre y desapareció al finalizar enero de 1811. El traslado de las Cortes a Cádiz se efectuó, celebrándose las sesiones en la iglesia de San Felipe, acondicionada para tal función; realizándose la primera sesión, en el nuevo local, el 24 de febrero de 1811. En Cádiz continuaron la labor de reformas sociales y políticas de la nación, y de allegar fondos para la prosecución de la guerra. En el respecto militar, por decreto del 6 de junio de 1811, se creó el Estado Mayor del Ejército, para entender y unificar con mayor conocimiento técnico lo pertinente a planes y organización militar. De esta época es la creación de la prestigiosa Orden militar de San Fernando, para premiar notables méritos de guerra.

El Código fundamental del Estado, o sea la Constitución política nacional, principal misión de las Cortes de Cádiz, comenzó a discutirse el 25 de agosto de 1811, y terminó el 23 de enero de 1812. Comprendía los siguientes títulos: 1.º De la nación española y de los españoles. 2.º Del territorio de las Españas, su religión y gobierno. 3.º De las Cortes. 4.º Del rey. 5.º De los tribunales. 6.º Del gobierno interior de las provincias y de los pueblos. 7.º De las contribuciones. 8.º De la fuerza militar de la nación. 9.º De la instrucción pública. 10.º De la observancia de la Constitución y modo de proceder para hacer variaciones en ella. La Constitución de Cádiz fué jurada y proclamada el 19 de marzo de 1812 con gran solemnidad, celebrándose en la ciudad festejos con tal motivo.

#### *El año del hambre.*

El año de 1812 fué en España año de hambre, consecuencia de características meteorológicas adversas, a las que se unió los malos y escasos cultivos de la tierra por efecto de cuatro años de guerra con los consiguientes incendios y devastaciones. Por otra parte, el ejército invasor acaparaba todos los abastecimientos que podía, por necesidad para él y para privar de subsistencias a los nacionales. A todo esto se sumaba



administración desconcertada y constantes y extraordinarios tributos del gobierno extranjero, viviendo con sus tropas sobre el país.

El trigo, los demás cereales y legumbres y la harina adquirieron precios fantásticos, como asimismo todos los comestibles. La miseria fué grandísima y la mortandad extraordinaria. En Madrid, con vecindario de una octava parte del actual, desde septiembre de 1811 hasta julio de 1812, se enterraron unos veinte mil cadáveres. Pero todo ello no disminuyó el espíritu de resistencia y la combatividad de la nación en armas; antes bien, los aumentó; al acrecentarse la irritabilidad de los habitantes.

#### JUICIO CRÍTICO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Los juicios críticos de la guerra de la Independencia proceden principalmente de historiadores franceses, ingleses y españoles, que atienden principalmente a consideraciones de orden militar o político, salvo en las descripciones especiales de campañas o importantes hechos de armas en los que el factor terreno, en sus características geográficas y topográficas, son de importancia esencial, y están reseñadas por el historiógrafo. Pero el análisis de otras características naturales del país tienen también interés para las deducciones y juicios críticos respecto al desarrollo y terminación de la guerra, tales como las circunstancias derivadas, además de la orografía, de la geomorfología litológica y fisiografía del territorio.

Tal conjunto de características naturales del solar hispano fueron en la guerra de la Independencia favorables en extremo a los habitantes de la Península, que supieron aprovecharlas en su defensa y en las ofensivas contra los invasores, particularidades del solar peninsular que fueron hostiles al enemigo extraño, el cual no llegó a dominar sino únicamente en las zonas de llanura; tan sólo circunstancialmente en las penillanuras; y menos en las extensas y numerosas áreas de las serranías hispanas, que constituyeron durante toda la guerra territorios de resguardo y de seguridad y zonas de reorganización de los combatientes españoles para emprender nuevas acometidas contra los invasores.

La irregularidad en la distribución de estas tres modalidades geomorfológicas del relieve peninsular, en relación directa, cada una, con la litología en sus tres tipos de la Hispania arcillosa, la Hispania silícea y la Hispania calcárea, permitía a las columnas españolas una movilidad y facilidad de traslado de unas regiones hispanas a otras, mucho mayor de la que podían tener los ejércitos napoleónicos, pues rodeadas de zonas montañosas las planicies centrales, como la del Duero, la Carpetana y la Mancha, y asimismo las periféricas del Ebro y del

Guadalquivir, la Plana costera valenciana y el Alentejo; tales serranías eran zonas aisladoras de las planicies para el invasor, mientras que para los combatientes hispanos establecían fácil comunicación para sus columnas militares entre unas y otras llanuras, pues donde el extraño encontraba la agresión de las incoercibles guerrillas, el combatiente nacional hallaba auxilio y amparo.

*El factor humano combatiente.*

Al iniciarse la revolución nacional y guerra contra los invasores, las tropas napoleónicas ocupaban las capitales de las dos naciones hispanas. La familia real española había sido astutamente conducida cautiva a Francia y la portuguesa huído al Brasil, extendiéndose las fuerzas invasoras por el ámbito peninsular. El ejército español estaba totalmente desarticulado: parte en Portugal y un importante contingente en Dinamarca. El ejército portugués, poco numeroso, estaba asimismo disgregado. Napoleón, sin necesidad de combatir, se había adueñado de los dos reinos hispanos.

Lo maravilloso de la guerra de la Independencia fué que en un país ocupado y dominado por el enemigo y sin gobierno nacional alguno, reaccionara unánimemente alzándose en armas contra el invasor, improvisándolo todo y, como fundamental necesidad, ejército regular eficiente, obrando las regiones aisladamente en espontánea unidad de sentimiento y de acción. Concertándose y constituyendo un gobierno del conjunto nacional, al que se sometieron voluntariamente las diversas juntas regionales.

Es difícil determinar, sin especial estudio, la cuantía del ejército hispano durante las diversas fases de la contienda guerrera, señalándose como dato general el que en las diversas batallas campales las fuerzas combatientes estuviesen, en general, equilibradas o sin grandes diferencias numéricas de un bando respecto del otro. Aún es más difícil la evaluación del ejército irregular, o sea, el conjunto componente de las guerrillas, teniendo en cuenta que su actuación era circunstancial y que, en tales respectos, era la nación en armas la actuante.

Al improvisado ejército hispano y al auxilio circunstancial de los ingleses se le oponía en la guerra de la Independencia la potencia militar de Napoleón, árbitro de Europa continental, que envió a España un ejército comprendido entre 300.000 y 350.000 hombres, descendiendo algo en alguna época de la primera cifra. Ejército internacional, aguerrido y veterano, compuesto principalmente por franceses, y, entre éstos, la Guardia Imperial, al que se unían contingentes polacos, alemanes e italianos. Constituían los mandos los principales mariscales del imperio,

formados por selección en múltiples campañas, maestros en táctica y estrategia.

A principios de otoño de 1812, cuando la guerra estaba ya casi ganada, pues se había recuperado todo el Occidente hispano, con Galicia y Portugal; estaba libre Andalucía y Extremadura, y se había efectuado la batalla de los Arapiles; según un autorizado historiador francés, Napoleón retiró de España para la campaña de Rusia 8.000 hombres de la guardia imperial y la denominada división del Vístula, compuesta de 6.000 veteranos polacos, quedando reducido el ejército combatiente de la Península a 235.187 hombres; pero en compensación vinieron de Francia 10.000 hombres, que se incorporaron a las tropas del general Clausel, que con otros 10.000 de Caffarelli, sumados a los que cita el historiador francés, componían 255.000 hombres, cifra que parece señalar el mínimo de tropas invasoras durante la guerra de la Independencia, cuando en ésta alboreaba la victoria hispana.

Al poderoso ejército invasor, al mando de los competentes mariscales del imperio napoleónico, se le oponía el improvisado de voluntarios de la nación hispana en armas, mal armados y equipados, en los que el entusiasmo, el coraje y el valor trataba de suplir la falta de instrucción y de técnica, que pronto aprendieron en la escuela práctica de los combates.

Respecto a los mandos superiores, la mayor parte procedían de la época de Carlos IV, predominando los títulos de nobleza. Algunos se formaron durante la campaña. En cuanto a su aptitud y competencia en la ciencia y arte de la guerra, de todo hubo, destacando algunos como buenos tácticos y estrategas. Se señala como excelente general entre ellos, Blake, elogiado por su contrario en guerra, el mariscal Suchet, en sus «Memorias». La retirada estratégica de Blake desde Zornoza (Vizcaya) a León figura como modelo en los tratados técnicos de milicia. A él se le debe la reconstitución del ejército cuando todo parecía perdido después de la desastrosa batalla de Ocaña a fines de 1809. Blake, en las batallas y sitios de Sagunto y Valencia en julio de 1812, tuvo la generosidad y grandeza de espíritu de posponer su prestigio militar y su amor propio al salvamento del vecindario de la populosa ciudad.

Entre los viejos generales con cargos superiores en el ejército español, se señalan Castaños y Cuesta. Castaños era excelente organizador y con dotes de mando, formando en poquísimos días el ejército de Andalucía que venció en Bailén; buen diplomático, prestó buenos servicios, consiguiendo de Wellington, en ocasiones, la cooperación de las tropas inglesas; de carácter afable, circunspecto, sagaz y astuto; prudente y cauto, no se arriesgaba a actuar imprudentemente en las oca-

siones difíciles como táctico y estratega; ducho en aprovechar las ventajas del éxito y en eludir el fracaso.

Cuesta era la antítesis de Castaños; tenía carácter duro, dominante y autoritario; testarudo e intransigente; pronto en castigar; inepto en estrategia, y reducido su arte militar al acometer violento y al resistir impávido. Su actuación fué la principal causa de las derrotas en el combate del puente de Cabezón y batalla de Medina de Rioseco en 1808, y en la batalla de Medellín en 1809.

Ejemplos de generales de división de gran empuje y competencia militar fueron, entre otros: Reding, el duque de Alburquerque y Pablo Morillo. Reding fué el artífice de la victoria de Bailén. El duque de Alburquerque, con su división de 8.000 infantes y 600 caballos, pasó de Extremadura a la Andalucía baja, maniobrando tan diestramente que defendió la bahía de Cádiz contra las columnas de los mariscales Víctor y Mortier hasta que se concentró en ella el Gobierno nacional y se puso Cádiz y la isla de León en condiciones de defensa. Morillo comenzó la guerra de alférez, conquistando la plaza de Vigo; fué el organizador de la defensa y de la victoria en el puente de San Payo; actuó con su división durante toda la campaña en múltiples hechos de armas; en la batalla de Vitoria, y en el Sur de Francia, hasta que las tropas aliadas angloportuguesas y las españolas ocuparon Toulouse y acabó la guerra.

La organización militar hispana fué tan rápida, que a los dos meses y medio del levantamiento popular del 2 de mayo en Madrid, fué la gran batalla campal de Bailén, rindiendo las armas 17.641 hombres del ejército napoleónico, entregando los caballos, 40 cañones y las águilas imperiales, teniendo más de 2.000 bajas entre muertos y heridos, en contraposición de las bajas españolas, que consistieron en 243 muertos y menos de 700 heridos.

Algunas de las guerrillas de actuación constante, por lo numeroso de sus efectivos llegaron a constituir divisiones y sus jefes alcanzar el empleo de general. Destacaba la de Espoz y Mina, que en algún caso dispuso de artillería, sitiando y apoderándose de la plaza fuerte de Tafalla en 1813. Interrumpió durante meses las comunicaciones con Francia apoderándose por dos veces, en el mismo paraje del puerto de Arlabán de grandes convoyes custodiados por varios miles de hombres.

Las fuerzas del Empecinado componían asimismo una división, que estableció eficaz asedio a Madrid, del que se dice en las «Memorias de rey José»: «Les français ne pouvaient se montrer dans les promenades extérieures de la ville de Madrid, sous courir le danger d'être enlevés.»

Fuerte conjunto de caballería componía la guerrilla de Julián Sánchez, que campeaba por tierra de Salamanca, prestando eficaz ayuda al ejército de Wellington, en el que actuaba de masa de caballería ligera

La rapidez e impetuosidad de la guerrilla de Julián Sánchez se señala por el hecho de apoderarse en el otoño de 1811 de las 500 reses vacunas y de ganado cabrío que los franceses bloqueados en Ciudad Rodrigo tenían para abastecimiento y que habían sacado a pastar, haciendo prisioneros también al general Renan con su Estado Mayor y escolta, que salían de la plaza a efectuar un reconocimiento, teniendo el salmantino la satisfacción irónica de obsequiar al general prisionero con espléndida cena.

En la guerra de la Independencia destaca extraordinariamente la en extremo heroica actuación del vecindario y de las guarniciones de las plazas sitiadas, tales como Zaragoza, Gerona, Tarragona, etc., cuyos hechos, por ser tan notables y notorios, no han podido ser menguados ni desfigurados por la crítica hostil a la nación española. Espíritu de resistencia al dominio del extraño y de defensa del solar y del hogar patrios, que es consuetudinario y característico del pueblo hispano desde los antiguos tiempos de Sagunto y de Numancia.

Los historiadores ingleses, por lo general, tienden a considerar la guerra de la Independencia como el resultado victorioso de la actuación británica y de su caudillo Wellington, que indudablemente cooperó decisivamente; pero suelen invertir los términos, apareciendo los hispanos como auxiliares. En tal respecto aparece en Londres, en el monumento a dicho general, el importante hecho de armas de la sorpresa de Arroyomolinos, con la denominación de Arroyo Molinos, paraje en donde nunca estuvo Wellington, si bien tomaron parte en la acción las tropas inglesas de la división de Hill, que coadyuvaron con las de Girón y Morillo, quienes desde el inmediato pueblo de Alcuéscar planearon y acometieron la victoriosa sorpresa.

La obra maestra de Wellington, además de la dirección de la batalla de los Arapiles, fué el formidable campo atrincherado de Torres-Védras, defensor de la comarca de Lisboa y del estuario del Tajo. Wellington es una de las personalidades más destacadas de la historia militar de Inglaterra. Su general de división Hill, fué el que más actuó en coordinación con el ejército español en las penillanuras extremeñas, en gran parte debido a las gestiones de Castaños.

Las tropas inglesas combatieron con acometividad y valentía, pero no eran nada sufridoras de escaseces ni de penurias; siempre dispuestas a atropellos y tropelías con el paisanaje, especialmente en las retiradas, y al saqueo y a los desmanes con los habitantes de las ciudades que se recuperaban, a pesar de los esfuerzos de Wellington por mantener la disciplina. Son ejemplos de tal actuación desafortunada la realizada con el vecindario de Badajoz, cuando se reconquistó esta plaza, en abril de 1812, y el saqueo e incendio de San Sebastián en agosto de 1813.

*Influjo del mar en la guerra de la Independencia.*

Los mares circunhispanos y sus líneas de costas constituyeron defensas y auxilios polémicos a los aliados anglolusitanos y a los españoles, a causa del gran poderío y supremacía de la flota inglesa respecto a la napoleónica, destruída en su mayor parte por la victoria naval de Nelson, en Abukir, en 1797. Aunque la batalla naval de Trafalgar, en 1805, acabó con el poderío de la flota de guerra española, restos de ella persistieron; tales como la escuadra situada en Mahón, que se negó a marchar a Tolón, por decisión de la Junta de Baleares; escuadra que fué suficiente, al realizarse el levantamiento nacional, para librar al archipiélagos balear de la invasión y dominio napoleónico.

La ventaja marinera de Hispania, en la guerra napoleónica, se aprecia por diversidad de hechos, de los que, entre otros, destacan los siguientes:

En enero de 1809, en la desastrosa retirada, hacia la costa gallega, de los 19.000 ingleses al mando de Moore, perseguidos por el mariscal Soult con sus 80.000 hombres, tuvieron los británicos que presentar batalla en las inmediaciones de Coruña, en la que murió Moore y fué herido el general Baird; encontrando su salvación los perseguidos en la escuadra de su país, que los recogió, embarcando con auxilio de la corta guarnición española de La Coruña, que resistió la acometida francesa, hasta efectuado el embarque de los aliados.

Gran parte de los fracasos de las tres campañas napoleónicas de invasión de Portugal, fueron debidos a tener los aliados ingleses libre el dominio del mar y a su disposición los puertos atlánticos portugueses, especialmente el de Lisboa, para el transporte de tropas y de abastecimientos; ventaja completada por la cooperación de las tropas españolas guardando la zona fronteriza y amenazando o acometiendo de flanco, por el interior, a los invasores.

Fué la primer campaña de invasión y ocupación fracasada de Portugal, en 1808, por el mariscal Junot, que terminó con la derrota de éste en Vimeiro, y por el convenio de Cintra. Fué la segunda, en 1809, por el mariscal Soult, que terminó por la penosa retirada de éste desde Oporto a Orense. Fué la tercera en 1810 y 1811, por el mariscal Massena, que acabó deteniéndose ante el imponente campo atrincherao de Torres-Vedras, con tres líneas de fuertes erizados de ballonetes y 600 cañones emplazados en 150 baterías, acabando la invasión con la dificultosa y terrible retirada del ejército invasor hasta alcanzar el portillo geoestratégico de Ciudad Rodrigo.

La desastrosa batalla de Ocaña, en noviembre de 1809, parecía seña-

lar el final de la guerra con el triunfo decisivo de los napoleónicos. Los ejércitos imperiales ocuparon Andalucía sin encontrar apenas resistencia, llegando a la costa del Estrecho de Gibraltar. Todo parecía quedar reducido, en su opinión, a operaciones de limpieza para reducir a las dispersas fuerzas regulares y acabar con «les brigands» refugiados en las serranías. Pero lo que creyeron ser el final, fué el comienzo de la reconquista, esta vez de Sur a Norte.

La Junta Central abandonó Sevilla y se refugió en la isla de León, de la bahía de Cádiz, donde encontró asilo litoral, con buena defensa por la parte de tierra, y tan excelente por mar, que desde allí organizó y dirigió la guerra; gobernó el país, convocó y se reunieron Cortes constituyentes, y se elaboró y proclamó el código fundamental por el que había de regirse la nación.

Cádiz y San Fernando aumentaron su población de tal modo, que según el historiógrafo Moreno Espinosa, «el vecindario de Cádiz, que antes y después del sitio apenas ha rebasado la cifra de 70.000 almas, pasó de 100.000 durante el sitio, según el censo formado en 1811, con un plano de la ciudad. Todas sus casas y edificios públicos rebosaban de gente y gran parte de la población vivía en tiendas de campaña traídas por los ingleses».

Alcalá Galiano dice que: «La abundancia había producido tal comodidad en los precios, que bien podía llamarse baratura, naciendo esta ventaja de estar libre el mar».

Según otro diputado de las Cortes de Cádiz, el conde de Toreno: «La presencia del gobierno nacional atraía, hacia sí, la abundancia, y disipaba el tedio de los ánimos: convites, saraos, espectáculos públicos, todo revelaba el puro regocijo de corazones que vivían en franca independencia; de corazones cuya paz no enturbiaba el ceñudo aspecto del tirano. Las bombas enemigas no alcanzaban a turbar la seguridad en que el gobierno y los ciudadanos todos se creían, pues para gozar con más sosiego de los placeres, se construyó una plaza de toros en paraje retirado, y un teatro en las inmediaciones del mar.»

Tales características y proceder de los gaditanos y de sus huéspedes circunstanciales, indican, bajo apariencias de frivolidad, fortaleza de espíritu y genio alegre, y la decisión firme de resistir y combatir, confianza en el vencimiento del enemigo y en la victoria final.

Obsesionaba a Napoleón la conquista y ocupación por sus tropas, de las ciudades y plazas fuertes del litoral levantino peninsular; que fueron ocupadas tardíamente y en precario, por lo próximo de las serranías, desde Rosas a Valencia, a fines de 1811 y comienzos de 1812, cuando ya se presentía el próximo alborear de la victoria hispana. Si se hubiese contado con la acción auxiliar de la marina, es muy proba-

ble que tal ocupación no se habría realizado. Pero España carecía de suficiente flota y a Inglaterra, en sus designios políticos, le interesaba, en tales respectos, atender a la zona atlántica y a Portugal, o a otras empresas de carácter naval. En el sector español del Noreste ni en Levante, frente a las Baleares, no actuó la Gran Bretaña durante la guerra.

Unicamente durante el sitio de Tarragona, a modo de simbólica ayuda, ancló en la rada, frente a la plaza, una escuadra inglesa de tres navíos y dos fragatas, al mando del comodoro Codrington; escuadra que cuando se realizó el terrible asalto de la ciudad, levó anclas y se ausentó disparando andanadas contra los asaltantes, a modo de salvafunerales en honor de la heroica ciudad, que sucumbía gloriosamente.

#### *Las llanuras hispanas como campos de batalla.*

El territorio peninsular presenta en su porción central dos amplias llanuras separadas por la alineación montañosa de la Cordillera Central o castellano-lusitana. Al Norte de tal eje orográfico está la altiplanicie del Duero con altitudes de 750 a 1.000 metros. Al Sur, las planicies del Tajo medio y del Guadiana, o sean la Carpetana y la de la Mancha; unida una a otra por estrecha zona de comunicación, por la que avanza el Tajo, en Aranjuez, con arrumbamiento de Este a Oeste. Planicies éstas, al Sur de la Cordillera Central, con altitud media inferior en 150 metros a la del Norte o del Duero.

Exteriores al territorio central hispano están otras dos extensas llanuras: en el Noreste la Ibera o del Ebro, rodeada por todas partes de ancha zona de serranías, y comunicando por el estrecho paso de la Bureba, en tierra de Burgos, con la altiplanicie del Duero. Al Sur, en Andalucía, está la llanura Bética o del Guadalquivir, que se abre ampliamente al Atlántico y golfo de Cádiz, y que está separada de la Mancha por el abrupto escalón de Despeñaperros.

Todas estas altiplanicies y llanuras corresponden litológicamente a la que hemos denominado «Hispania arcillosa». Estratigráficamente son del Neozoico, de constitución fundamentalmente margosa o arcilloareniscosa; extensiones planas y terrenos despejados, en donde la artillería no encontraba obstáculos, salvo barrizales en las temporadas lluviosas; la caballería podía actuar con amplitud y desahogo, y las masas de combatientes evolucionar como en un campo de maniobras.

En las dichas amplias llanuras hispanas se efectuaron las grandes batallas de la guerra de la Independencia, con resultados trascendentales para una y otra de las partes contendientes.



Son tales batallas, en orden cronológico, las siguientes :

*Medina de Ríoseco.*—En la zona central de la altiplanicie del Duero (14 julio 1808).

*Bailén.*—En el borde septentrional de la llanura del Guadalquivir, en paraje cercano a Sierra Morena (19 julio 1808).

*Uclés.*—Al sur del Tajo, en el Norte de la llanura de la Mancha, en su zona de enlace con la planicie Carpetana o madrileña (13 enero 1809).

*Medellín.*—En la llanura de la Serena, junto al Guadiana (28 marzo 1809).

*Talavera.*—En el estrechamiento de la planicie Carpetana, junto a Talavera de la Reina (28 julio 1809).

*Ocaña.*—Al Sur del Tajo y Norte de la Mancha, en su zona de unión con la planicie madrileña (19 noviembre 1809).

*Albuera.*—En la llanura extremeña del Guadiana, cerca y al Sur de Badajoz (16 mayo 1811).

*Arapiles.*—En la altiplanicie del Duero, al Sur y junto a Salamanca (22 julio 1812).

En todas estas batallas el factor terreno era la llanura, y el relieve estaba reducido a pequeñas colinas, donde las había. El factor humano era casi lo único que intervenía. Con todas sus terribles y mortíferas consecuencias, fueron a modo de encuentros en campos deportivos, en donde el denuedo, fortaleza, pericia y destreza de los contendientes, era de lo que dependía la victoria o la derrota.

La batalla de Ríoseco aseguró al ejército invasor el dominio de la amplia altiplanicie del Duero.

La victoria de Bailén dió a los españoles el dominio de las llanuras del Guadalquivir y de la Mancha.

La batalla de Uclés fué un intento de los napoleónicos para poseionarse de la Mancha, que, aunque vencieron, no consiguieron.

En la batalla de Talavera, aunque se venció, no se consiguió el objetivo de ocupar Madrid.

La batalla de Ocaña fué decisiva y desastrosa para los españoles, perdiéndose el dominio de las llanuras Carpetana, de la Mancha y de Andalucía, y el gobierno nacional tuvo que retirarse a la bahía de Cádiz.

La batalla de la Albuera señala la plenitud del adiestramiento del ejército hispano, y corresponde al alborear de la victoria total.

La batalla de los Arapiles señala la salida del sol victorioso de la guerra de la Independencia.

*La guerra de la Independencia en las penillanuras del Oeste peninsular.*

El territorio de la «Hispania silícea», que comprende más del tercio occidental de la Península, no fué dominado absolutamente por los ejércitos invasores, como aconteció, circunstancialmente, en las planicies centrales y en la llanura del Guadalquivir.

Por las características del relieve corresponden las penillanuras occidentales: Galicia, Portugal, Extremadura y los territorios españoles al Oeste del meridiano de Zamora y Salamanca, al tipo geomorfológico de serranías de relieve atenuado; con montañas de extensión reducida y montes islas escarpados, entre vallonadas y pequeñas llanuras. Litológicamente, las penillanuras occidentales están constituídas por berrocales de granito, pizarrales silíceos metamórficos y del Paleozoico inferior, y escarpados roquedos de cuarcita.

Tal conjunto territorial está interrumpido transversalmente, entre Duero y Tajo, por la Cordillera Central, en sus segmentos orográficos de las sierras de la Peña de Francia, Gata y Estrella; serranías en las que no se aventuraron los ejércitos napoleónicos que trataron de ocupar Portugal, por lo quebrado y rudo del relieve y lo silvestre, despojado y falto de recursos de tales comarcas.

En las penillanuras del Oeste de la Hispania silícea, se combatió tenazmente desde el comienzo de la guerra hasta finales de 1811. Ni la batalla de Medellín (28 marzo 1809), desastrosa para los españoles; ni la ocupación de la plaza de Badajoz por los invasores (10 marzo 1811), produjeron el dominio de Extremadura por el enemigo. Pero la retirada de Massena ante las líneas de Torres-Vedras (5 marzo 1811), la batalla de La Albuera (16 mayo 1811) y la sorpresa de Arroyomolinos (28 octubre 1811), ocasionaron, con la recuperación de Badajoz, ya insostenible en poder de los invasores, la total liberación de las penillanuras del Oeste, o sea más del tercio occidental del área peninsular.

*Influjo de las serranías en la guerra de la Independencia.*

El tercio oriental peninsular, vertiente al Mediterráneo y, en parte, al Atlántico, desde el Pirineo al Estrecho de Gibraltar, es país de serranías, que en el Noreste hispano rodean a la gran llanura Ibera, recorrida en su eje por el Ebro, y en la que ocupa situación céntrica Zaragoza.

En la llanura Ibera no se dió batalla campal alguna del tipo de las reseñadas en las otras planicies, creyendo los invasores que, ocupada Zaragoza, se tendría dominada y sujeta la amplia llanura aragonesa. Lo cual no aconteció, pues Zaragoza estuvo semibloqueada por los hispanos durante toda la guerra, no pudiendo el enemigo recorrer el país sino en grandes contingentes de tropas; territorios en los que campeaba Espoz y Mina, y en el que se libraron batallas de relativa importancia, tales como la de Alcañiz (18 mayo 1809), y, en las cercanías de la ciudad, los combates de Botorrita y de Belchite, en junio de 1809. La zona subpirenaica aragonesa y navarra era casi toda de dominio español; como, asimismo, las extensas serranías Celtibéricas e Ibéricas, parajes de resguardo y de preparación de acometidas de los ejércitos españoles. Estado de cosas que continuó, señalándose entre otros hechos de armas, el de la toma de Calatayud y de la Almunia por las guerrillas del Empecinado (octubre 1811). Persistiendo tal situación en la fase final de la guerra con la reconquista de Barbastro (18 septiembre 1812), centro de abastecimiento del enemigo, y la ocupación de Zaragoza, en julio de 1813, por las guerrillas de Espoz y Mina, Durán y Julián Sánchez.

Otro tanto ocurría en el litoral catalán, en donde Barcelona, ocupada desde antes de la guerra, y Gerona a fines de 1809, estuvieron siempre semibloqueadas, necesitándose fuertes columnas para abastecerlas.

Con la ocupación tardía de Tortosa, Tarragona y Valencia, no consiguió Napoleón el dominio del Levante español, pues ni aun en la estrecha plana costera valenciana, consiguió el mariscal Suchet dominar con tranquilidad, por llegar hasta muy cerca de la costa las escabrosas serranías calcáreas Ibéricas, en las que no se aventuraban sin fuertes contingentes las tropas del flamante duque de la Albufera. Únicamente estaba medio conseguida, y con dificultades, la comunicación con el Centro peninsular, por la zona de Almansa; comunicación que también se cerró al llegar la primavera de 1813, quedando Suchet cercado por las tropas que avanzaron su frente hasta el Júcar, en la planicie valenciana.

Las serranías de la Hispania calcárea, constituían comunicaciones fáciles para los ejércitos nacionales, entre las planicies centrales y las llanuras exteriores, permitiendo en casos necesarios retiradas estratégicas, que con otro relieve y constitución geológica hubieran sido irrealizables. Es ejemplo de tales retiradas, cuando la invasión del potente ejército que acompañó a Napoleón, la ya referida de Blake, a través de las serranías cantábricas. La división de Cartaojal, para no ser copada, se retiró, en gran parte, al mando del conde de Alacha, desde la Rioja a Cuenca, en recorrido de unos 260 kilómetros por las serranías Celtibéricas y parameras sorianas, en plena estación invernal, llegando a

Cuenca sin abandonar los bagajes y con algunos prisioneros que habían hecho.

Las serranías de la Cordillera Bética fueron inmediatamente al gran desastre de la batalla de Ocaña y de la invasión de Andalucía, parajes de reorganización rápida del ejército. La Junta Central, antes de abandonar Sevilla y refugiarse en la bahía de Cádiz, nombró a Blake jefe de un hipotético ejército de Andalucía que no existía. Blake se internó en las serranías granadinas y en el pórtico de una iglesia de Guadix pasó revista al nuevo ejército en reorganización, que se componía de un batallón de infantería al mando del brigadier Otedo y de un escaso escuadrón de Caballería que acompañaba al general Freire. Comenzaron a acudir dispersos y voluntarios, y a los quince días el incipiente ejército se componía de 4.000 infantes y de 800 caballos; muy deficiente en armamento y vestuario, escaso de abastecimientos y sin artillería alguna. En Huércal-Overa, en la serranía entre Granada y Murcia, y en Vélez Rubio (Almería) se fué completando, y pronto estuvo el nuevo ejército reconstituído y operando en el Sureste peninsular.

#### *Factores políticos internos y externos.*

Las abundantes monografías de autores, principalmente franceses, pertinentes a episodios de la guerra de la Independencia, escritos por quienes fueron actores o testigos de los hechos que refieren son, en general, objetivas y sinceras; pero los historiadores del conjunto de la guerra se suelen llevar más de la pasión que de la realidad de los hechos, incluso historiadores distinguidos cuyo estudio abarca la vida de Napoleón y el conjunto de sus campañas.

Un eminente historiador francés de la vida y campañas de Napoleón, concreta su juicio crítico respecto al fracaso de éste, en la guerra de la Península hispana, a faltas que atribuye a la actuación del emperador, respecto a ella. Juicio crítico que puede sintetizarse en las siguientes observaciones: *a)* No haber enviado Napoleón las fuerzas necesarias. *b)* Su manía en querer gobernar y disponer todas las operaciones y movimientos desde tan larga distancia. *c)* Falta de unidad de mando. *d)* Escasa autoridad concedida a su hermano el rey José. *e)* Hábito de los generales de no obedecer a José. *f)* Cálculos inexactos e informes no más exactos del ministro Clarke que alucinaban al emperador y producían órdenes irrealizables o inconvenientes.

No hay en tal juicio crítico nada que se refiera a los combatientes del país invadido, ni menos a las características del pueblo hispano, ni a la naturaleza y particularidades propias del país que se trataba de

conquistar. Las causas expuestas son todas pertinentes a las personas, y en esencia, del mismo tipo de que adolecían los dirigentes políticos y altos mandos de los ejércitos hispanos. Pues en dondequiera que hay agrupaciones y corporaciones humanas, hay celos, envidias, competencias y discordias, y tanto en uno como en otro bando contendientes, se cocían habas de la misma clase.

Es frecuente en comentaristas de la guerra de la Independencia, tanto en extranjeros como, en algunos casos, españoles, atribuir en gran parte el éxito favorable a los hispanos, a consecuencia de la campaña de Rusia, cuya preparación produjo la retirada de efectivos militares, desguarneciendo la Península. Es indudable que tal acontecimiento fué favorable para la causa hispana; pero en tales respectos, ya se ha expuesto la poca cuantía de las tropas retiradas, que fué compensada por entrada de otras procedentes de Francia.

En todo caso, cuando se realizó ya estaba recuperado muy gran porción del solar hispano. Galicia hacía tiempo que estaba liberada. Masseña había abandonado a Portugal en su catastrófica y sangrienta retirada. En Extremadura se había efectuado la batalla de la Albuera. En el Norte, Espoz y Mina tenía cerradas las comunicaciones con Francia, apoderándose de los convoyes que a ella se dirigían.

Más favoreció la guerra de España a Rusia que la de Rusia a España. En tales respectos, el conde de Toreno dice: «Negociación más satisfactoria se empleó por el mismo tiempo con el emperador de Rusia, a cuya corte pasó el agente de nuestro gobierno don Francisco Cea Bermúdez, el cual trajo a su regreso a Cádiz en el mes de junio (1811) la nueva de que aquel monarca se disponía a declarar otra vez la guerra a Napoleón, y confiaba que los españoles seguirían un año más para darle tiempo a concluir sus preparativos. Enterada la regencia del particular, envió nuevamente a San Petersburgo al referido Cea, con poderes para tratar, y con la promesa de que España no dejaría de combatir a su aborrecido tirano mientras existiera.»

#### *El solar hispano y sus hombres, factores de la victoria.*

El éxito final que tuvo la guerra de la Independencia y el fracaso de los deseos y planes de Napoleón respecto a su dominio en Hispania, no dependió de hechos políticos, internos o externos, ni de decisiones y actos de Napoleón, sino del combatir de los ejércitos contendientes y de cómo fueron dirigidos por sus caudillos.

Ejercieron muy gran influjo en los resultados de la guerra dos elementos fundamentales en lo que se debatía: uno las especiales carac-

terísticas del solar hispano. Otro la adaptación y cohesión que el pueblo hispano tiene con las particularidades naturales que presenta el país, del que procede, y en el que vive.

Solar y hombre hispanos forman unidad de conjunto. Porque el hombre es hijo de la tierra; de Gea, diosa resplandeciente y venerable, madre de todos y de todo, según el cántico de Homero.

Los antropólogos están conformes en reconocer, que el pueblo hispano tiene gran unidad racial y étnica, unidad más destacada que la generalidad de las naciones y conjuntos naturales del territorio europeo.

Ni Napoleón ni sus asesores conocieron ni tuvieron en cuenta las características especiales del solar hispano, y tal desconocimiento influyó, en muy gran parte, en sus fracasos. Tampoco supieron apreciar las características raciales de orden espiritual y material del pueblo hispano, y si las conocieron no las comprendieron y las despreciaron.

No se pararon a considerar que se las habían con un pueblo en el que empleó el poder de Roma 180 años para dominarle por completo, a pesar de que gran parte de él era favorable a la romanización. Ni tampoco supieron comprender que los hispanos tienen tales características de combatividad, que pelearon, casi constantemente, durante ocho siglos, en guerra interior peninsular, los hispanos cristianos del Norte contra los hispanos mahometanos del Sur.

Un autor extranjero, cuyo nombre no importa, refiriéndose al estado de la guerra de la Independencia a mediados de 1809, dice: «Mientras que con soldados que casi eran unos niños, ponía término Napoleón en tres meses a la guerra de Austria, no podían sus generales, con los primeros soldados del mundo, aniquilar unas hordas indisciplinadas y un puñado de ingleses mandados con cordura. Eternizábase la guerra en España en detrimento de nuestro poderío, de nuestra gloria algunas veces y en mengua de la dinastía imperial.»

No se daban cuenta los que nos denigraban, que sólo ha habido en el transcurso de la historia dos hombres que sin conocer previamente las características naturales de un país y de sus habitantes, hayan conquistado medio continente y fundado un imperio.

Uno de estos conquistadores fué un tal Hernán Cortés, que en su mocedad fué estudiante, natural de un pueblo que se llama Medellín, situado a la vera del Guadiana extremeño. El otro fué un tal Francisco Pizarro, que en su juventud fué soldado en Italia, y que nació en una ciudad llamada Trujillo, situada en un berrocal de granito, entre los encinares de Extremadura.

EFEMÉRIDES DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

1808.

- 2 de mayo.—Alzamiento del pueblo de Madrid contra las tropas napoleónicas y comienzo de la guerra de la Independencia.
- Primera decena de junio.—Derrota del ejército invasor en las escabrosidades catalanas del Bruch.
- 12 de junio.—Combate de Cabezón (Valladolid).
- 14 de junio a 13 de agosto.—Primer sitio de Zaragoza.
- 20 y 21 de junio.—Primer sitio de Gerona.
- 27 a 29 de junio.—Primer ataque a Valencia.
- 14 de julio.—Batalla de Medina de Rioseco (Valladolid).
- 19 de julio.—Batalla de Bailén.
- 24 de julio a 16 de agosto.—Segundo sitio de Gerona.
- 12 de agosto.—Juramento del ejército español en Dinamarca.
- 21 de agosto.—Batalla de Vimeiro (Portugal).
- 30 de agosto.—Convención de Cintra.
- 31 de octubre a 24 de noviembre.—Retirada de Blake de Zornoza a León.
- 4 de noviembre.—Entrada de Napoleón en España.
- 7 de noviembre a 5 de diciembre.—Sitio de Rosas.
- 2 de diciembre.—Llegada de Napoleón a Madrid.
- 20 de diciembre.—Comienza el segundo sitio de Zaragoza.

1809.

- 9 de enero.—Alianza de España y de Inglaterra contra Napoleón por concierto con la Junta Central establecida en Sevilla.
- 13 de enero.—Batalla de Uclés (Cuenca).
- 16 de enero.—Batalla de La Coruña y muerte de Moore.
- 17 de enero.—Napoleón sale de Valladolid para Francia.
- 18 de febrero.—Combate de Mora de Toledo.
- 20 de febrero.—Capitulación de Zaragoza.
- 27 de marzo.—Rendición de Vigo a Morillo.
- 28 de marzo.—Entrada de Soutl en Oporto.
- 28 de marzo.—Batalla de Medellín (Badajoz).
- 22 de abril.—Desembarco de Wellington en Lisboa.
- 6 de mayo.—Comienzo del tercer sitio de Gerona.
- 18 de mayo.—Batalla de Alcañiz (Teruel).
- 19 de mayo.—Llegada de Soutl a Orense en su retirada de Oporto.
- 7 de junio.—Combate del puente de San Payo (Orense).
- 15 y 18 de junio.—Combates de Botorrita y de Belchite (Zaragoza).
- 28 de julio.—Batalla de Talavera (Toledo).
- 11 de agosto.—Batalla de Almonacid (Toledo).
- 18 de octubre.—Batalla de Tamames (Salamanca).
- 19 de noviembre.—Batalla de Ocaña (Toledo).
- 28 de noviembre.—Batalla de Alba de Tormes (Salamanca).
- 11 de diciembre.—Capitulación de Gerona.

1810.

- 20 de enero.—Paso de Despeñaperros por el ejército de José Bonaparte.
- 24 de enero.—Traslado a la bahía de Cádiz de los últimos miembros de la Junta Central procedentes de Sevilla.
- 28 de enero.—Ocupación de Granada por el mariscal Sebastiani.
- 1 de febrero.—Entrada en Sevilla por el mariscal Víctor.
- 7 de febrero.—Comienzo del asedio de Cádiz.
- 21 de marzo a 22 de abril.—Sitio y ocupación de Astorga por los franceses.
- 25 de junio a 8 de julio.—Sitio y ocupación de Ciudad Rodrigo por los franceses.
- 26 de agosto.—Toma del castillo de Almeida (Portugal) por el mariscal Massena.
- 15 de septiembre.—Batalla de Fuente de Cantos (Badajoz).
- 27 de septiembre.—Batalla de Bussaco (Portugal).
- Primeros de octubre.—Llegada del ejército de Massena ante las líneas de Torres-Vedras (Portugal).

1811.

- 2 de enero.—Capitulación de Tortosa.
- 22 de enero.—Toma de Olivenza (Badajoz).
- 28 de enero.—Comienzo del sitio de Badajoz.
- 18 de febrero.—Batalla del Gévora junto a Badajoz.
- 5 de marzo.—Batalla de Cerro del Puerco cerca de Chiclana (Cádiz).
- 5 de marzo.—Retirada de Massena de las líneas de Torres-Vedras (Portugal).
- 10 de marzo.—Capitulación de Badajoz.
- 3 de abril.—Combate del Coa (Portugal).
- 5 de abril.—Paso de la frontera lusoespañola por Massena en retirada.
- 15 de abril.—Recuperación de Olivenza.
- 3 de mayo.—Batalla de Fuentes de Oñoro (Salamanca).
- 3 de mayo.—Comienza el sitio de Tarragona.
- 16 de mayo.—Batalla de la Albuera (Badajoz).
- 25 de mayo.—Sorpresa del puerto de Arlabán (Guipúzcoa) por Espoz y Mina.
- 28 de junio.—Toma por los franceses de la plaza de Tarragona.
- 4 de septiembre.—Combate de San Roque en la bahía de Algeciras.
- 23 de septiembre.—Comienza el sitio de Sagunto (Valencia).
- 4 de octubre.—Toma de Calatayud por las guerrillas.
- 25 de octubre.—Batalla del Turia, entre Sagunto y Valencia.
- 28 de octubre.—Sorpresa de Arroyomolinos (Cáceres).

1812.

- 9 de enero.—Capitulación de Valencia.
- 11 de enero.—Combate de Sangüesa (Navarra).



- 8 a 19 de enero.—Sitio y recuperación de Ciudad Rodrigo (Salamanca).
- 19 de marzo.—Jura de la Constitución Española por las Cortes de Cádiz.
- 7 de abril.—Recuperación de Badajoz.
- 9 de abril.—Segunda sorpresa en el puerto de Arlabán (Guipúzcoa) por Espoz y Mina.
- 21 de julio.—Batalla de Castalla (Alicante).
- 22 de julio.—Batalla de los Arapiles (Salamanca).
- 30 de julio.—Avance de Wellington a Valladolid.
- 12 de agosto.—Entrada de los aliados en Madrid.
- 24 de agosto.—Abandono por las tropas napoleónicas del sitio de Cádiz.
- 18 de septiembre.—Recuperación de la plaza de Barbastro (Huesca).
- 19 de septiembre a 18 de octubre.—Wellington sitia el castillo de Burgos ocupado por los franceses.
- 3 de octubre.—Conferencia en Fuente la Higuera, cerca de Almansa (Albacete), de José Bonaparte con los mariscales Jourdan, Suchet y Soult.
- 20 de octubre.—Andalucía queda libre de invasores.
- 30 de octubre.—Retirada de Hill de Madrid.
- 2 de noviembre.—Última entrada en Madrid del rey José.
- 18 de noviembre.—Llegada de Wellington a Ciudad Rodrigo, en retirada a Portugal.

1813.

- 17 de marzo.—Salida de Madrid de José Bonaparte.
- 7 de abril.—Combate de Olot (Gerona).
- 11 de abril.—Combate de Yecla (Murcia).
- 26 de mayo.—Salida de Madrid del general Hugo, con el convoy de expoliaciones.
- 16 de junio.—El ejército napoleónico en retirada, con José Bonaparte, pasa el Ebro por Miranda.
- 21 de junio.—Batalla de Vitoria.
- 28 de junio.—José Bonaparte pasa la frontera y establece su cuartel general en San Juan de Luz (Francia).
- 5 de julio.—Evacuación de Valencia por el ejército napoleónico.
- 18 de agosto.—Evacuación de Tarragona por el ejército napoleónico.
- 31 de agosto.—Asalto de San Sebastián por el ejército aliado; las tropas inglesas incendian y saquean la ciudad.
- 16 a 19 de octubre.—Batalla de Leipzig (Alemania), en la que los ejércitos europeos coaligados derrotan a Napoleón.
- 31 de octubre.—Recuperación, mediante sitio, de la plaza de Pamplona.
- 10 y 11 de noviembre.—Batalla de avance del valle de la Nivelle al de la Nive (Francia).
- 8 de diciembre.—Tratado de paz de Valencey entre Napoleón y Fernando VII.

9 de diciembre.—El ejército aliado angloportugués y español cruza La Nive por Cambó y Uztariz (Francia).

1814.

1 de enero.—Se congregan en Madrid las Cortes procedentes de Cádiz.

16 de enero.—Ataque de los aliados a la línea de Suchet, en el Llobregat (Barcelona).

27 de febrero.—Paso del Adour y batalla de Orthez, victoriosa a los angloportugueses y españoles.

13 de marzo.—Sale Fernando VII de Valencey para España.

27 de marzo.—El ejército aliado angloportugués y español entra en San Gaudens (Francia).

31 de marzo.—Los ejércitos europeos coaligados entran en París. Napoleón es privado de la dignidad imperial y confinado en la isla de Elba.

1 de abril.—Batalla de Toulouse y subsiguiente ocupación de la ciudad por el ejército aliado, con beneplácito de los habitantes.

6 de abril.—Proclamación de rey de Francia a Luis XVIII.

16 de abril.—Llegada a Valencia de Fernando VII.

18 de abril.—Firma, en Francia, del armisticio y fin oficial de la guerra.

13 de mayo.—Entra en Madrid Fernando VII.

1815.

18 de julio.—Batalla de Waterloo en la que Wellington y Blucher derrotaron a Napoleón, terminando definitivamente su imperio.

## CAPITULO X

# Los tiempos nuevos

SUMARIO: Transformación espiritual y material. Surgimiento de las naciones americanas.—Las guerras napoleónicas y el reajuste de Europa. Portugal en el siglo XIX.—Reinado de Fernando VII y regencia de María Cristina de Borbón. Luchas entre absolutistas y constitucionales.—Guerras carlistas: Expedición de Gómez.—Reinado de Isabel II: El turbulento período de 1868 a 1874.—La restauración monárquica: Período de Alfonso XII y Alfonso XIII.—Progreso del país en el último cuarto del siglo XIX y primero del XX.—Población de Hispania en los siglos XIX y XX. Resumen demográfico a través de la Historia.—La desamortización de bienes nacionales y su influjo en la floresta hispana.—Desarrollo agrícola, forestal y pecuario.

### TRANSFORMACIÓN ESPIRITUAL Y MATERIAL. SURGIMIENTO DE LAS NACIONES AMERICANAS

El siglo XIX fué época de gran transformación en las actividades humanas, en lo espiritual y en lo material. Tal renovación tuvo como antecedentes los acontecimientos del último tercio del siglo XVIII y como continuación los del presente. Fué una época paroxismal del desarrollo histórico de la Humanidad, como también lo fué la época de las invasiones de los pueblos del Norte en el ecúmeno romano, y asimismo la denominada época del Renacimiento, con la intensidad de los descubrimientos geográficos y la extensión de la cultura europea por todo el ámbito terrestre. Es comparable el período evolutivo y transformador del siglo XIX, con los paroxismos geológicos de la dinámica interna del Globo, señalándose aquél por revoluciones sangrientas, contiendas guerreras y luchas enconadas y crueles entre los que resistían por conservar los principios y formas políticas de lo que se derrumbaba y los que atacaban para implantar las nuevas modalidades del derecho y de la cultura.

Resultado de los acontecimientos de tal período fué el reajuste de las antiguas naciones, tales como Inglaterra, Francia, España y Por-

tugal, y el surgimiento de otras nuevas, como Bélgica, Holanda, Italia, Grecia, Rumania, Bulgaria, Servia, el Imperio Alemán, el Austro-Húngaro, etc.

En el siglo XIX acabaron por consolidarse las libertades ciudadanas, la tolerancia religiosa, la igualdad ante la ley y los gobiernos democráticos bajo la forma de repúblicas o monarquías constitucionales.

De tal período es la constitución en naciones libres de las colonias americanas, independizadas de las metrópolis europeas. Comenzaron el movimiento subversivo las inglesas de América del Norte, que se declararon independientes formando la República Federal de los Estados Unidos, eligiendo en 1789 a Wáshington como su primer presidente.

Siguió, entrado el siglo XIX, la emancipación de la veintena de naciones de origen español, que se constituyeron en repúblicas, siendo sus principales caudillos en América Meridional Bolívar y San Martín, asegurando la independencia de las nuevas naciones sudamericanas, en 1824, por la rendición de las tropas españolas a las del general Sucre, en la batalla de Ayacucho (Perú).

El Brasil, en donde, huyendo de la invasión napoleónica, se había refugiado la familia real portuguesa; regresada ésta a Europa, nombró al príncipe Don Pedro, que había quedado en América, emperador constitucional del Brasil. A Pedro I sucedió su hijo Pedro II y en 1889, un golpe de estado militar transformó el régimen político del Brasil en República federal.

La independencia de Méjico se realizó con más complejidad que en las naciones sudamericanas, triunfando el movimiento insurreccional con el caudillo Iturbe, quien se declaró emperador. En 1842, se constituyó el país en República federal, sucediéndose diversidad de revoluciones intestinas.

El desarrollo que alcanzó la investigación científica originó en la primera mitad del siglo XIX numerosos inventos en el campo de las ciencias físico-químicas y naturales, que en la segunda mitad produjeron importantes aplicaciones prácticas que transformaron el vivir de los pueblos, creándose la cultura moderna.

El empleo de la fuerza expansiva del vapor de agua, originó un aumento creciente en el volumen industrial, cuyas fábricas dieron ocupación a grandes masas de trabajadores. La aplicación del motor de vapor al transporte sobre carriles de hierro, originó que la superficie terrestre se cubriera de una red ferroviaria cada vez más profusa. La aplicación a la navegación, y muy pronto el empleo de la hélice, aseguró la navegación, disminuyendo los riegos y retardos ocasionados por los

temporales. Consecuencia de tales aplicaciones a la industria y a los transportes fué el desarrollo creciente del comercio y que sea fundamental riqueza de las naciones la abundancia de yacimientos minerales, de hierro y de carbón. De este último, por destilación, se obtuvo el gas del alumbrado de las poblaciones importantes, y productos resultantes base de otros, mediante transformación química, y el cok, combustible muy adecuado para calefacción.

Las múltiples aplicaciones de la electricidad facilitaron grandemente las comunicaciones humanas, mediante las líneas telegráficas a través

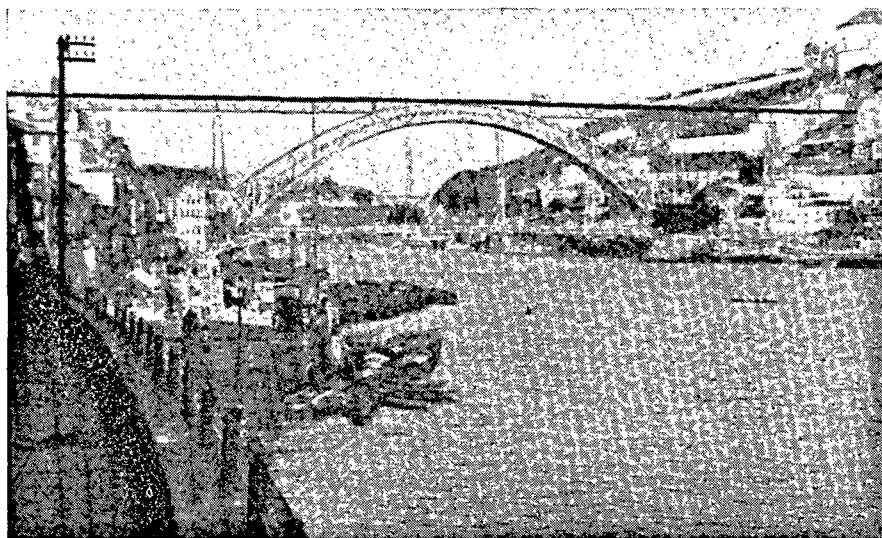


Fig. 338.—Puenete de hierro sobre el Duero en Oporto, obra del ingeniero Eifel.  
(Foto Hernández-Pacheco.)

de los continentes y, por los cables submarinos, a través de los océanos. Importantísima fué la aplicación de la electricidad al alumbrado, generalizándose rápidamente por todos los ámbitos de la Tierra. La dínamo permitió el empleo del fluido eléctrico en fuerza motriz con múltiples aplicaciones.

En la construcción, entró como factor fundamental, y en muchos casos exclusivo, el hierro, como en grandes puentes y viaductos, tales como los de Oporto sobre el Duero (fig. 338), o la Torre Eiffel de París. En el casco de los buques, el hierro sustituyó a la madera. Más adelante, fundamentado en tener el mismo índice de dilatación el hierro y el cemento, se empleó el cemento armado en las edificaciones, que permite, con notable economía, la construcción de obras grandiosas.

El empleo de la madera para la fabricación de papel y los adelantos en las artes gráficas, fotografía, fotograbado y fototipia y en las máquinas de imprimir, aumentaron extraordinariamente la difusión de la cultura y el conocimiento rápido de los acontecimientos y noticias de todo el mundo, mediante el periódico diario de gran tirada de ejemplares.

Los fuertes explosivos, especialmente la dinamita, facilitaron grandemente las explotaciones mineras y la perforación de montañas para

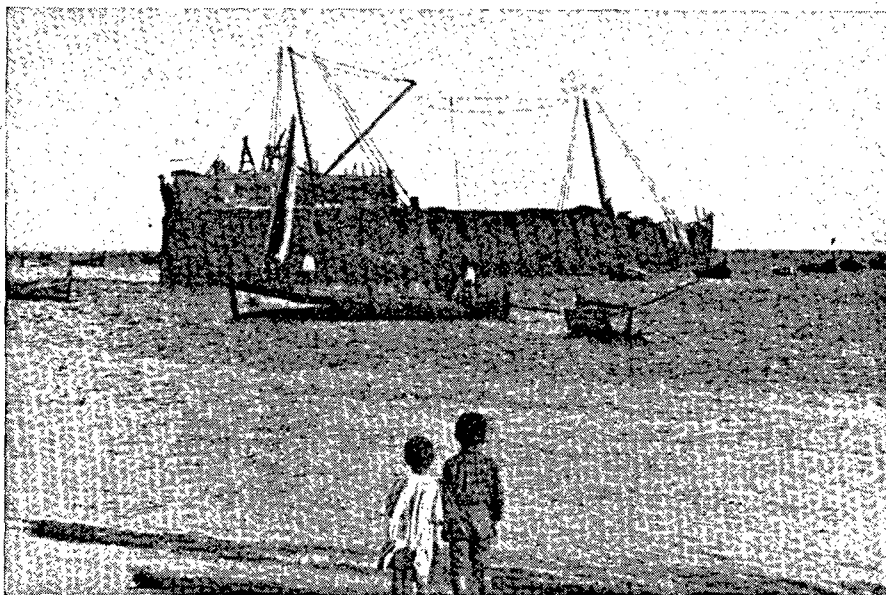


Fig. 339.—El navío de guerra español «Numancia», primera nave acorazada que dió la vuelta al mundo. Naufragada en el cabo Espichel cuando se la conducía a remolque a Bilbao para ser desguazada; varada en la playa de Zezimbra (Portugal), donde se desmontó el blindaje, utilizado conjuntamente con el casco, para chatarra de fundición.

(Foto Hernández-Pacheco, 1921.)

el paso de los ferrocarriles. Las investigaciones en el campo de la fisiología vegetal y de la química encontraron con la fabricación de abonos químicos la facilidad de aumentar la fertilidad de las tierras, sustituyendo a los estiércoles y abonos naturales, con lo cual la producción agrícola aumentó considerablemente.

El material de guerra, tanto de la terrestre como de la naval, experimentó grandes transformaciones con los gruesos blindajes de acero de los navíos (fig. 339) y con los potentes cañones de largo alcance; con

las armas rayadas y de carga rápida por la recámara, como la ametralladora y el «fusil de aguja», primero de los de retrocarga empleado por el ejército alemán en la guerra franco-prusiana de 1870.

La sociedad humana experimentó grandes cambios en su composición, emergiendo, en el orden económico, la plutocracia. En el otro extremo social, la masa obrera o proletaria, formada por los trabajadores manuales. Entre ambas, la clase media, con características de intelectualidad, constituida por técnicos, científicos y de artes liberales, funcionarios, artífices, industriales, comerciantes y propietarios rurales y de todo orden, de no extraordinario poderío económico.

Desarrollo creciente en la investigación científica durante el último cuarto del siglo XIX, produjo nuevos descubrimientos que se manifestaron en aplicaciones prácticas en lo que va transcurrido del siglo XX. Uno de los más importantes fué el motor de explosión, que aplicado a los vehículos terrestres, produjo el automóvil, con la consiguiente facilidad y rapidez de los transportes. Aplicado a la navegación, originó las motonaves y el aumento y desarrollo de las flotas pesqueras. Fué posible la navegación aérea con los raudos aeroplanos. El creciente aumento de dichos medios de locomoción hizo que la principal riqueza de las naciones, a más del hierro y del carbón, fuesen los yacimientos petrolíferos.

Contemporáneo de tales medios rápidos de transporte por tierra, mar y aire fué el perfeccionamiento de la navegación submarina, que hasta el presente ha tenido como casi único empleo el de arma de combate.

Nuevas aplicaciones de las fuerzas de la naturaleza, captadas por el hombre, crearon la telefonía y la cinematografía, poderoso medio de cultura, radiotelegrafía y radiotelefonía, que aumentan grandemente la función difusora de la prensa, respecto a acontecimientos y noticias.

El alcance de los proyectiles y la fuerza destructora de los explosivos, ha llegado a límites de magnitud insospechada. La superficie terrestre fué explorada y conocida en su totalidad, incluso las regiones polares y las cumbres de las más altas montañas. Análogamente los estudios y campañas oceanográficas dieron a conocer las características y particularidades de todos los mares del Globo. La constitución geológica de la corteza terrestre fué estudiada con intensidad y conocidas las faunas y floras, tanto las vivientes como las fósiles de los diversos períodos de la Historia de la Tierra.

La investigación en el campo de la biología y sus aplicaciones en medicina e higiene públicas, con el conocimiento de las causas microbianas productoras de enfermedades y de los medios de combatirlas efi-

cazmente, hace que la vida media del hombre haya aumentado mucho en el transcurso del siglo XIX y lo que va del XX, y se produzca gran aumento demográfico en la mayoría de los diversos países y en el conjunto de la población humana del Globo.

El período que se analiza se puede considerar dividido en tres épocas: a) La de las guerras napoleónicas, que terminó en 1815. b) De 1815 a 1875, en que se luchó por las libertades políticas ciudadanas y se constituyeron las nacionalidades modernas. c) El del último cuarto del siglo XIX y lo transcurrido del XX, caracterizado por el desarrollo del marxismo y la lucha de clases, y en el siglo actual, las guerras mundiales.

#### LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS. EL REAJUSTE DE EUROPA. PORTUGAL EN EL SIGLO XIX.

En 1796, la República Francesa encomendó a Napoleón el mando del ejército en Italia contra el reino de Cerdeña y el imperio austríaco, regresando aquél victorioso a París en 1797. En 1798 realizó Napoleón la campaña de Egipto, con miras al dominio del Occidente Asiático y de la India. Derrotó a los «mamelucos» en la batalla de las «pirámides»; pero la victoria de la escuadra inglesa, mandada por Nelson, en Abukir, le cerró el camino y le hizo fracasar, regresando a París en 1798. A fines de 1799 acabó la República Francesa y Napoleón se apoderó del gobierno, haciéndose elegir primer cónsul. Desde 1800 combatió sucesivamente contra las naciones europeas coaligadas contra él, vencéndolas. En 1804 se coronó emperador de Francia, dominando a Europa.

En 1807, poniendo en el anzuelo de su sagaz diplomacia la ineptitud de Carlos IV, la deslealtad del príncipe Fernando y la ambición de Godoy, a quien prometió un reino en la nación portuguesa, aliada a Inglaterra, invadió astutamente la Península. Las dos naciones peninsulares se alzaron en armas contra el invasor y se encendió la guerra de la Independencia hispana. En 1812, Napoleón invadió Rusia, y, su ejército, a pesar de la victoria de Borodino y de la ocupación de Moscú, hubo de emprender retirada catastrófica, pereciendo la mayoría de los invasores. En la gran batalla de Leipzig, en 1813, los ejércitos europeos coaligados vencieron a los franceses; y en 1815, el ejército alemán de Blücher y el inglés de Wellington derrotaron a Napoleón en Waterloo, siendo éste apresado al intentar huir a América y deportado a la isla de Santa Elena, en donde murió en 1821.



La caída de Napoleón fué motivada por tres concausas: a) El poderío naval de Inglaterra, que le venció siempre por mar y dejó sin efectos importantes el bloqueo continental que aquél intentó. b) La guerra de la Independencia Española, en donde fracasó y distrajo grandes fuerzas. c) La desastrosa invasión de Rusia.

En el Congreso de Viena, que siguió a la caída de Napoleón, se realizó el reajuste político de Europa, en el que unas naciones, como Inglaterra, Francia, España y Portugal quedaron con sus límites tradicionales, y otras, como las centrales europeas e Italia, con límites en los cuales el juego de las ambiciones preponderó respecto a las características de orden geográfico y étnico, con lo que se hizo nueva siembra de discordias y de guerras. Suiza quedó constituida en confederación de diminutos estados o cantones, como al presente, con gran unidad en el conjunto.

En orden a política internacional, se formó la denominada «Santa Alianza», dirigida por los soberanos de Prusia, Austria y Rusia, artificio político para el sostenimiento del poder absoluto de las monarquías europeas.

En Francia ocupó el trono Luis XVIII (1814 a 1824), con constitución de principios liberales muy atenuados, que servían de pantalla al absolutismo gubernamental. Le sucedió su hermano Carlos X (1824 a 1830), quien se inclinó decididamente contra los principios liberales, tratando de restaurar el antiguo absolutismo, para lo que no tenía condiciones, fracasando y originándose violenta revolución que le destronó y elevó al trono a Luis Felipe de Orleans (1830 a 1843), en cuyo tiempo fueron restaurados los principios liberales.

Se comenzó la conquista de Argelia. Señalándose la gobernación por corrupciones e inmoralidades públicas. Una revolución, en 1848, produjo la abdicación de Luis Felipe y la elevación a presidente de la segunda República de Luis Napoleón, sobrino de Napoleón Bonaparte. En 1852 instauró el régimen monárquico, titulándose Napoleón III, emperador de los Franceses.

El reino de Prusia, que con régimen absoluto preponderaba en el centro de Europa, mediante una revolución en 1848, se organizó constitucionalmente, adquirió aún más supremacía por la labor de Bismarck y gran potencialidad militar por el genio del estratega Moltke, y unido a otros Estados se organizó en «Confederación de Alemania del Norte».

La envidia y soberbia de Napoleón III y el orgullo del pueblo francés hicieron que Francia declarase la guerra a Alemania en 1870, para lo cual esta nación estaba prudentemente muy preparada. Los ejércitos

alemanes dirigidos por Moltke, vencieron completamente a los franceses, rindiéndose en Sedán Napoleón III con el ejército de Mac-Mahón. Los de Prusia y Sajonia, con más de 200.000 hombres avanzaron y sitiaron París. Gambetta y Favre, al ser sitiada la capital, promovieron una revolución proclamando la República, continuando la resistencia y la guerra. París, que no pudo ser socorrido, después de largo y penoso asedio, se rindió.

La guerra terminó por el tratado de Francfort de 1871, en virtud del cual pasaron a poder de Alemania Alsacia y parte de Lorena, y Francia hubo de pagar la indemnización de cinco mil millones de francos, cantidad entonces exorbitante, pero que se reunió rápidamente por la gran riqueza agrícola e industrial del país y el patriotismo del pueblo francés, que cubrió con creces el empréstito para abonarla. Alemania se constituyó en imperio, proclamándose en Versalles emperador al rey de Prusia, Guillermo I.

A continuación de la rendición de París y conclusión de la guerra se produjo en la capital la violentísima revolución de la «Comune», contra el gobierno republicano de Thiers, residente en Versalles; revolución de tipo anárquico, destructiva de todo lo que significase organización unitaria de la nación, declarando la independencia absoluta en su gobernación de cada «comuna» o municipio. Las tropas de Versalles, al mando de Mac-Mahón, atacaron a los insurgentes de París, y al cabo de dos meses de lucha fué restablecido el orden. Los comunoides fusilaron al arzobispo de París, a muchos sacerdotes y personas de significación social e incendiaron los grandes servicios. Los versallistas, en represalia, hicieron mortandad terrible.

Austria extendió su dominio por la mayor parte de Italia, y con Hungría constituyó el imperio austro-húngaro, del que más tarde formaron parte territorios balcánicos, como Bosnia y Herzegovina. Tal conjunto, muy heterogéneo, geográfico y étnicamente, tenía acentuados caracteres de inestabilidad política.

Los Países Bajos, formados por Bélgica y Holanda, de tipo muy diferente en lo geográfico, en lo étnico y en lo lingüístico y religioso, se separaron en 1830, constituyendo reinos constitucionales.

Grecia se declaró independiente del poder turco en 1830, con auxilio de Inglaterra, Francia y Rusia, cuyas escuadras coaligadas derrotaron a la turca en la batalla de Navarino, en 1827.

En los Estados del Norte de Italia, sometida al absolutismo del Imperio austríaco, en los Pontificios del Centro y en los Meridionales de Nápoles y Sicilia se originaron diversas rebeliones en favor de la libertad política, que fueron duramente reprimidas, durante la primera mi-

tad del siglo XIX. Unicamente el reino sardo del Noroeste se regía constitucionalmente y existía libertad política. En 1852, el conde Cavour, insigne estadista, fué nombrado primer ministro del Reino de Cerdeña, regido por Víctor Manuel, quienes llevaron a cabo, en unión de José Garibaldi, la independencia y unidad política italiana. En 1860, Garibaldi, con sus voluntarios, ocupó Sicilia y Nápoles; el ejército sardo del Norte se unió a los garibaldinos, siendo elegido Víctor Manuel rey de Italia en 1861, excepto de Venecia, en poder de Austria, y de Roma. Venecia fué incorporada a Italia en 1866, y en 1871 Roma pasó a ser la capital de todo el reino.

Portugal, en todo el transcurso de la Historia, había seguido en su desarrollo y acontecimientos, caminos paralelos a los de España, pues ni los hombres ni sus pueblos y asociaciones pueden escapar al influjo que impone la geografía y, en general, la Naturaleza. En el período que se examina, la nación portuguesa siguió también paralelamente la trayectoria política y social de España.

A la terminación de la guerra napoleónica, Juan VI regresó del Brasil a Portugal y proclamó la Constitución española de 1812, mientras se hacía otra con la base de ésta. Análogamente como los carlistas en España, surgieron en Portugal los «miguelistas», del nombre del pretendiente, el infante don Miguel, partido de sentido absolutista y reaccionario. En 1826, a Juan VI sucedió su nieta doña María de la Gloria, bajo la regencia del infante don Miguel, que trató de proclamarse rey absoluto, refugiándose el gobierno constitucional en las Azores; pero el emperador del Brasil desembarcó en Portugal y repuso en el trono a su hija María de la Gloria en 1833. El partido miguelista continuó promoviendo contiendas y oposiciones, análogamente como los carlistas en España; unos y otros con los mismos principios políticos.

A María de la Gloria sucedió su hijo Pedro V, en 1853, y a éste, Luis I, en 1861, a quien siguió Carlos I, en 1889, que con su primogénito fueron asesinados en Lisboa en 1908. En 1910, una revolución popular, con auxilio de la marina y del ejército, proclamó la república, la cual continúa actualmente.

#### REINADO DE FERNANDO VII Y REGENCIA DE MARÍA CRISTINA DE BORBÓN. LUCHAS ENTRE ABSOLUTISTAS Y CONSTITUCIONALES

Terminada victoriosamente la guerra de la Independencia, Fernando VII regresó de su cautiverio de Francia. España, con la Constitución del año 12, elaborada por auténtica representación nacional, estaba en

condiciones de haber sido el país más tranquilo y progresivo de Europa; pero tuvo la desgracia de tener por rey a Fernando VII, de malos sentimientos, desleal, ingrato y sin dotes de gobernante. La minoría absolutista del país encontró en el nuevo rey su más importante defensor y se lanzaron al desquite. Fué abolido el régimen constitucional y los diputados que no pudieron huir al extranjero fueron enviados a presidio o deportados a colonias lejanas.

El conde de Toreno, personalidad distinguida de la época y diputado en las Cortes de Cádiz, en su Historia de la guerra de la Independencia, juzga a Fernando VII en los siguientes términos: «Ambicioso del mando sin trabas ni fiscalización ninguna, odiaba a Napoleón porque le oprimía, mas con aquel odio pueril y cobarde que lejos de oponerse al rigor, lo sufre con paciencia y humillacion de esclavo. Odiaba tambien a la rejencia, porque siendo su inclinacion de déspota no podia consentir, sin experimentar vehementes zelos, que hubiese ejercido nadie durante su ausencia la potestad suprema.» Señalando como rasgos típicos de su carácter: «cobarde, ya, cuando la nacion lidiaba heroicamente para restablecerle en el trono, reservado y suspicaz con unos vasallos que tan desinteresadamente le amaban, e injusto, como hombre que se dejaba rejir al antojo de imbeciles aduladores.»

El espíritu hispano, individualista y extremista, y la falta de ecuanimidad, originó en la nación dos bandos irreconciliables que sumieron al país en continua discordia, arruinándole. En el período de 1814 a 1820 se produjeron catorce revoluciones, que fueron duramente reprimidas, triunfando la de Riego y restablecida la Constitución de 1812 (fig. 340).

Los victoriosos no hicieron discreto uso del régimen restaurado y el monarca solicitó de Francia y de la organización europea, denominada «La Santa Alianza», la intervención extranjera, invadiendo la Península el ejército denominado «Los cien mil hijos de San Luis», restableciéndose el absolutismo en 1823, y comenzando otro período de terror. Riego fué ahorcado y repartido por diversos lugares de España su cadáver despedazado. Se encerró en una jaula y se ahorcó al Empeinado, héroe de la Independencia. Surgió el bando ultraabsolutista del «Ejército de la Fe», denominado por el pueblo «Los Apostólicos», alentado por el gobierno de Carlos X de Francia, fracción que propugnaba el restablecimiento de la antigua Inquisición. A la caída de dicho monarca, se alzó en armas, en Málaga, el general Torrijos, que fué fusilado con sus compañeros. En Granada, el mismo año, fué ahorcada doña María Pineda, sospechosa de haber bordado una bandera para un movimiento liberal.

En 1833 falleció Fernando VII, y al correr la noticia por Madrid,

la gente hizo irrupción por las calles, congratulándose de la noticia, abrazándose jubilosas las personas, aun sin conocerse, según el relato de Mesonero Romanos.

Cuando murió Fernando VII, tenía de su cuarta mujer, María Cristina de Nápoles, una hija pequeña llamada Isabel, heredera de la coro-

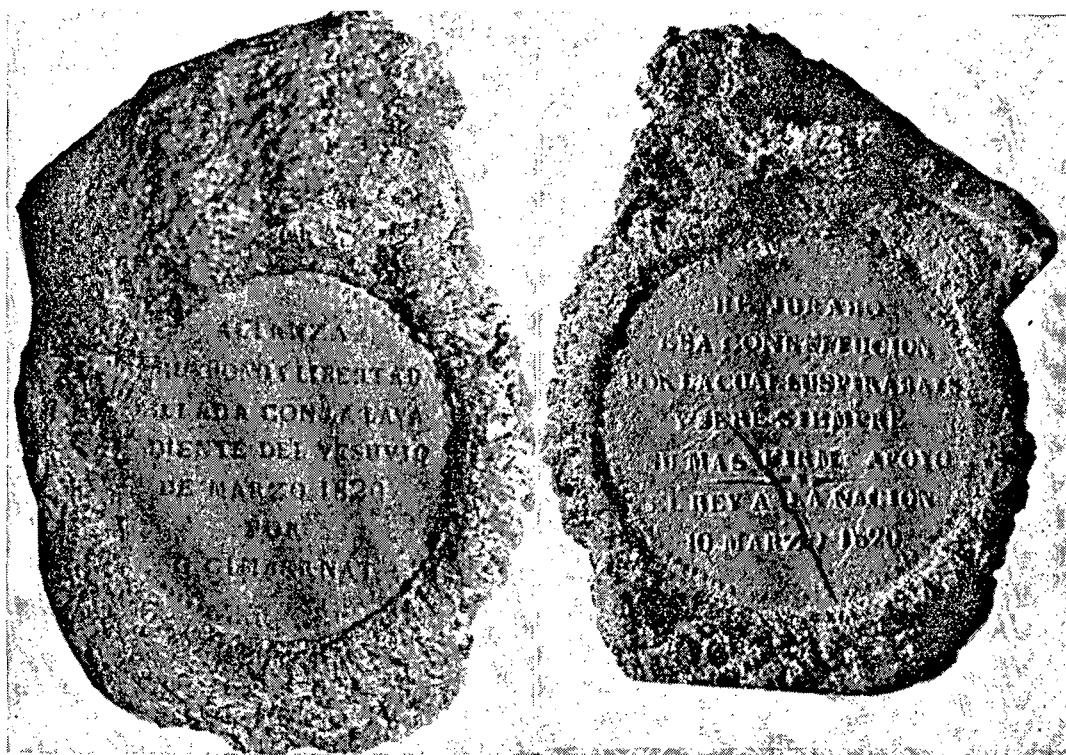


Fig. 340.—Interesante impronta sobre lava pastosa de la erupción del Vesubio de marzo de 1820, obtenida por el célebre naturalista catalán Dr. Gimbernát, contemporáneo de Fernando VII; impronta cuyos letreros aluden a los acontecimientos políticos de la época. Dice una de las superficies del documento pétreo: «Alianza del trono y libertad sellada con la lava ardiente del Vesubio de marzo 1820 por C. Gimbernát». En el reverso: «He jurado esa Constitución por la cual suspirais y seré siempre su más firme apoyo. El Rey a la Nación. 10 marzo 1820». (Ejemplar del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Tamaño 2/3 del natural.)

na, aspirando a ésta Carlos, hermano del monarca fallecido. Se produjo guerra civil, en la cual los partidarios de Isabel II defendían el régimen constitucional y las libertades ciudadanas, y los del pretendiente Carlos, el absolutismo y la supremacía clerical. El teatro de la lucha fué, principalmente las provincias Vascongadas, Navarra, Cataluña y el Maestrazgo. Por entonées, el cólera morbo invadió la Península, causando

gran mortandad. La absurda patraña de que los frailes habían envenenado las aguas y causado la epidemia encendió la ira del populacho, produciéndose en 1834 gran matanza de religiosos.

A la reina madre María Cristina correspondió la regencia, que ejerció con discreción y espíritu de tolerancia, abriéndose las cárceles y regresando los emigrados políticos. Los liberales o isabelinos se dividieron en dos bandos: moderados y progresistas, que lucharon, mediante conspiraciones, sublevaciones militares y revueltas populares por el ejercicio del poder público. En 1837 se reunieron Cortes Constituyentes, promulgándose nueva Constitución; se disolvieron las Comunidades religiosas y se acordó la venta, o sea «desamortización» de los bienes eclesiásticos, obra del ministro Mendizábal.

La guerra civil terminó en 1839 por el «Convenio de Vergara» entre el general Espartero y el de los carlistas, Maroto, reconociéndose por éstos la legalidad existente. Espartero, jefe del partido progresista, se encargó de la Regencia, en la que fué reemplazado, mediante sublevaciones militares, por el general Narváez, jefe de los moderados. En 1843, las Cortes decretaron la mayoría de edad de Isabel II, que tenía trece años de edad.

#### GUERRAS CARLISTAS: EXPEDICIÓN DE GÓMEZ

La historia hispana del siglo XIX se caracterizó por tres hechos principales decisivos que fueron: la guerra de la Independencia, al principio; las guerras civiles carlistas, en el comedio del siglo; la terminación del imperio ultramarino, al final. Estos tres grandes acontecimientos tuvieron dependencia y relación con las características de la naturaleza hispana en cuanto se refiere a las especiales particularidades naturales del territorio y del pueblo hispano.

La terminación del imperio ultramarino español fué un fenómeno de crecimiento y desarrollo por las maternales condiciones que tiene el conjunto hispano para originar, criar y crear pueblos; fué, pues, un proceso natural de nacimiento, crecimiento y emancipación.

La guerra de la Independencia fué consecuencia de las características, innata en el pueblo hispano, de rebeldía y de resistencia al dominio extranjero, y fué favorecida por las especiales condiciones geográficas, topográficas y fisiográficas de la Península, y por un sistema combativo de tradición milenaria, adaptado a las favorables disposiciones del solar hispano para las resistencias, los ataques por sorpresa y la disgregación circunstancial ante el enemigo. Pero las guerrillas no fueron las

que vencieron a Napoleón, aunque tuvieron gran importancia para su vencimiento, al que coadyuvaron eficazmente, sino el pueblo en armas y el ejército regular que se improvisó y organizó.

Las guerras civiles del comedio del siglo XIX fueron consecuencia del espíritu hispano, individualista y de intransigencia partidista. Los métodos del duro restringir el libre pensar y opinar empleados durante la dinastía de los Austrias, impidieron la producción de guerras reli-



Fig. 341.—Vista de Estella y de su campiña desde los altos del convento de Santo Domingo. Al fondo las Peñas de Larrouza. Capital y residencia provisional de la corte del pretendiente carlista.

(Foto Hernández-Pacheco, agosto 1932.)

gias en el solar hispano, mientras ensangrentaban a Europa, hasta que la paz de Westfalia, en 1648, tranquilizó los espíritus; pero la semilla de la intolerancia se conservó en España y surgió como brote tardío en el siglo XIX en los dos bandos enemigos, de liberales y absolutistas, manifestándose como guerra dinástica en todo el ámbito hispano; en España, entre carlistas e isabelinos, y en Portugal, entre miguelistas y partidarios de doña María de la Gloria. La guerra en Portugal, por particularidades entre las que el factor topográfico ejerció su influjo, terminó pronto, y se decidió en favor del bando liberal. En España, las guerras carlistas fueron tenaces y largas, arruinando al país

y al Estado; acabando la primera por cansancio de los contendientes con el denominado «Abrazo de Vergara», retoñando la segunda al cabo de unos años de extinguida la primera.

La índole de este libro hace que no tenga gran interés en él el relato de los diversos hechos de armas y vicisitudes de las guerras carlistas (fig. 341); pero hay un hecho episódico, realizado en la primera, en el cual hemos de parar la atención, teniendo en cuenta la gran relación que tiene, por una parte, con las características de la naturaleza hispana y por otra, con la especial y milenaria tradición de aptitud del pueblo hispano para el sistema combativo a que antes aludimos. Se refiere tal hecho a la expedición que realizó el general carlista Miguel Gómez con su división por el ámbito nacional durante el año 1836.

Tal correría guerrera, teniendo en jaque al gobierno y al ejército constitucional durante seis meses, fué del tipo de las expediciones de Viriato en la época de la conquista romana. Correría la de Gómez semejante a las cabalgadas de reyes cristianos hasta las playas meridionales hispanas, tal como la de Alfonso I de Aragón el Batallador, en 1125 y 1126, con auxilio de los mozárabes, desde Zaragoza, por todo el Levante peninsular a Granada y costas meridionales mediterráneas y regreso por las serranías subbéticas e ibéricas, a Zaragoza.

Correría análoga a las mencionadas en táctica y estrategia, en rapidez y en astucia, en sacar partido de las características topográficas y fisiográficas del país, en decisión y valentía.

El objeto de la expedición era llevar la guerra desde el sector Noreste peninsular: Vasconia, Navarra y los antiguos territorios de la Corona de Aragón, donde predominaban los carlistas, a las serranías nórdicas de Asturias y Galicia, a las regiones del Centro, Oeste y Sur peninsular, en las que había, si acaso, partidas sueltas inconexas; levantar el país en favor de la causa del carlismo y, si se presentaba ocasión favorable, atacar a los constitucionales de la capital del reino. Era un plan ambicioso y audaz. (Lámina VI.)

Se concentraron las fuerzas expedicionarias en Amurrio (Vizcaya), compuestas por cinco batallones, dos escuadrones de caballería y dos piezas de artillería de montaña, sumando tres mil hombres. Entre los expedicionarios figuraba el miguelista portugués, mariscal de campo Pinheiro, con un coronel y otros jefes subalternos de éste.

Se emprendió la marcha el 26 de junio de 1836. Al día siguiente estaban a nueve leguas del punto de partida; subieron a la Peña de Orduña (fig. 342) y derrotando al general Tello, forzaron el cerco a las Vascongadas. El día 29 estaban en Soncillo, y Espartero emprendió la persecu-





MAPA DE LA EXPEDICION DEL GENERAL CARLISTA MIGUEL GOMEZ EN 1836

Signos

- Localidades del itinerario
- ✕ Combates
- 18-IX Fechas del 1836

ESCALA 0 20 40 60 80 100 120 140 160 180 200 Kmtrs.

A. Blanco. D.

Itinerario de la expedición del general carlista Miguel Gómez por el ámbito de España, en 1836.

ción de la columna. El Alto Ebro se cruzó avanzándose por escabrosos senderos y desfiladeros.

El 4 de julio llegó Gómez a Asturias. Entró por sorpresa en Oviedo, abasteciéndose de fusiles y municiones en la fábrica nacional, de zapatos y vestuario. Comenzó su sistema de requisar los vehículos del país para el transporte de la impedimenta y privar de ellos al enemigo. En el puente de Soto, sobre el Nalón, venció a los nacionales, y el 9 de julio descansó en Grado. Avanzó por Salas y Grandas, y por Fonsagrada

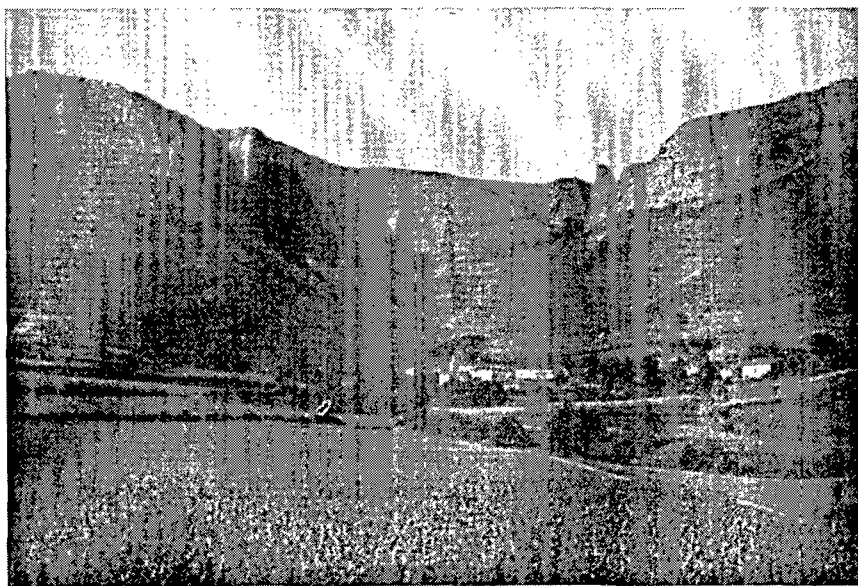


Fig. 342.—Sierra Salvada, en las inmediaciones de Orduña (Vizcaya).

(Foto Hernández-Pacheco, agosto 1941.)

entró en Galicia el 14, reorganizando y reforzando la partida carlista del Evangelista.

Llegó a Lugo, en donde no entró, ni la guarnición de la ciudad se atrevió a atacarle. Pasó el Miño con toda su carretería e impedimenta. En Santa María sorprendió a un convoy que llevaba fuerte cantidad de dinero, del que se apoderó, prendiendo a la escolta. Dió vista a La Coruña y entró en Santiago. Pero ni Asturias ni Galicia respondieron eficazmente a sus excitaciones en favor de la causa carlista, y, por otra parte, Espartero, que le perseguía, le iba a los alcances, por lo que decidió pasar a Castilla, y atravesando las montañas leonesas avanzó por la altiplanicie castellana. Entró en León y desde allí, por el borde bajo de

la cordillera asturiana, como posible resguardo, siguió hasta Herrera de Pisuerga.

Requisó todos los carros de mulas que pudo, montó en ellos a la infantería, convirtiendo la columna en algo semejante a las modernas divisiones motorizadas; avanzó con rapidez por la llanura hacia el Sur, pasando por Fromista, Piña de Campos y Fuentes de Valdepero, llegando a Palencia el 20 de agosto. Sacó pertrechos y víveres, alistó mozos, requisó carros, y salió el 22, llevando tres días de ventaja a las tropas del general Alaix, sustituto de Espartero en la persecución. Pasó el Duero por Puente Duero, llegando al 23 a Peñafiel, retirándose los voluntarios nacionales que lo guarnecían, al castillo, no atacándose unos a otros.

Con objeto de desviar las tropas constitucionales, avanzó Gómez hacia Segovia, amenazando a Madrid. Segovia recibió fuerte guarnición y conseguido el objeto de la añagaza, torció el carlista hacia el Este, por la base de la serranía central, por Riaza y Atienza y desde aquí al Sur, por Jadraque, en donde trabó combate el 29 de agosto con la columna del general Alaix, que le perseguía, a la que derrotó Gómez, haciendo prisionera a una brigada entera.

Al llegar la noticia a Madrid, el gobierno se asustó, movilizándose tres batallones en Alcalá de Henares, y disponiéndose saliera a campaña contra Gómez el general Rodil, ministro de la Guerra. El 31 de agosto, Gómez entró en Brihuega. En Cifuentes fué alcanzada su retaguardia, por lo que el general carlista, inutilizando la artillería cogida en Jadraque, la abandonó y se alejó del peligro. Gómez simplificó en lo que pudo su impedimenta y para desembarazarse de los muchos prisioneros y librarse de las fuerzas que le perseguían, abandonó el terreno despejado y se internó en la áspera y boscosa serranía del Alto Tajo, con intención de pasar a territorio donde dominaban los carlistas y dejar allí los prisioneros, avanzando por Zahorejas y Peralejos de las Truchas (fig. 343). Pero noticioso que el general Evaristo San Miguel estaba en el camino de Cantavieja y amenazaba a este centro carlista, torció el rumbo y por la serranía de Cuenca se dirigió a Utiel, adonde llegó el 7 de septiembre.

Establecido y seguro Gómez en Utiel, se desembarazó de los prisioneros, entregándolos a las fuerzas carlistas que dominaban el país. Allí se le unieron los generales Cabrera y Miralles, aumentándose la columna expedicionaria con 2.500 infantes y 860 caballos. Libre de la impedimenta de los prisioneros, decidieron los jefes carlistas atacar a Requena, villa valenciana de 11.000 habitantes, viejas murallas y antiguo castillo, defendida por el coronel Albornoz con milicianos y una compa-

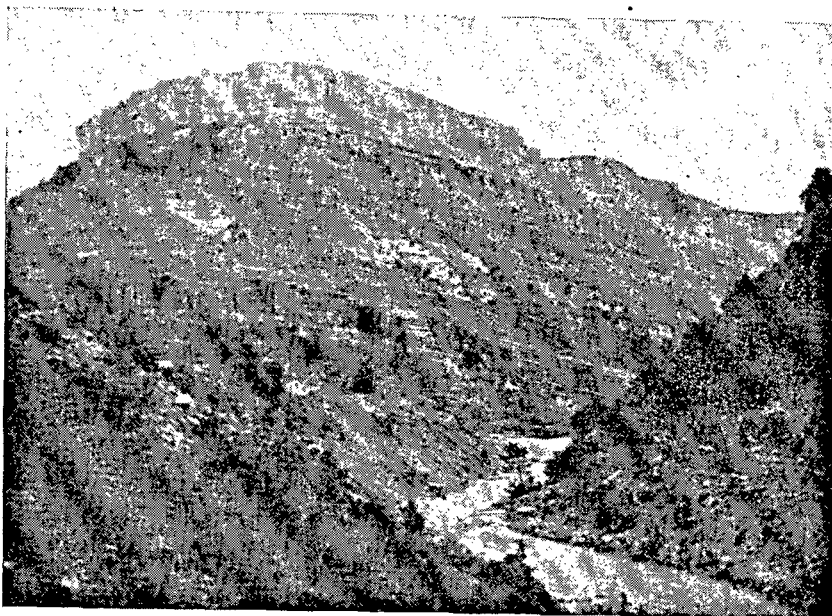


Fig. 343.—El Alto Tajo en su confluencia con el Hozseca, en Peralejos de las Truchas (Guadalajara). Serranías Ibéricas.

(Foto Hernández-Pacheco.)



Fig. 344.—Vista de La Roda (Albacete).

(Foto Hernández-Pacheco, marzo 1944.)

ña improvisada. Requena resistió bravamente las acometidas y Gómez, ante la perspectiva de un largo sitio, desistió de él y se retiró. Con tal motivo las Cortes felicitaron a los defensores, concediendo a la villa el título honorífico de ciudad.

Los expedicionarios acordaron atacar a Madrid. Salieron de Utiel el 14 de septiembre. Para despistar, cruzaron el Júcar, incendiaron a Casas Ibáñez y entraron en Albacete, ciudad abierta y desguarnecida, de donde salieron el 18; durmieron en La Roda (fig 344), ya camino de Madrid, y el 19, al anochecer, llegaron a Villarrobledo.

La columna de Alaix, reforzada con la caballería del brigadier Diego de León, había salido de Cuenca y llegó el mismo día 19, por la noche, a Villarrobledo; se concentraron sigilosamente en unos olivares inmediatos al pueblo y al amanecer del 20 atacaron, sorprendiendo desprevenidos a los carlistas, a quienes infringieron gran derrota, haciéndoles más de 1.200 prisioneros, apoderándose de dos cañones y de gran parte de los bagajes.

Fracasado el proyecto de atacar a Madrid, la expedición carlista en derrota atravesó la llanura manchega y la altiplanicie de Montiel, por Osa de Montiel, Villahermosa e Infantes, de donde salieron el 21 de septiembre, y por Villanueva del Arzobispo, en la provincia de Jaén, llegaron a Ubeda el 24 y a Baeza el 26, prendiendo en el camino a algunos destacamentos desprevenidos de milicianos nacionales. Pasaron a Bailén y a Andújar, al pie de Sierra Morena y junto al Guadalquivir, en donde la vanguardia de caballería derrotó a dos escuadrones que guardaban el puente. Siguiendo cerca del río y de la base de Sierra Morena avanzaron, apoderándose de los caudales públicos de los pueblos, imponiendo fuertes tributos pagaderos en el acto, quemando las diligencias, abasteciéndose e incorporando a la columna mozos en edad militar.

Llegaron a Córdoba el 30 de septiembre (fig. 345). La ciudad tenía escasa guarnición, que se concentró en el seminario y palacio del obispo, o sea en el recinto del antiguo alcázar, donde se defendieron bien algún tiempo, teniendo que capitular. En la ciudad había importante partido carlista, al que pertenecía la mayor parte del clero catedral, constituyéndose gobierno municipal. Parte del populacho se dedicó al saqueo y a tropelías en la ciudad, que atajó Gómez fusilando a unos cuantos. En Córdoba y en las ricas ciudades de la campiña se abasteció cumplidamente la columna, de fondos, caballos, equipos, vestimentas y víveres.

El general Alaix, para adelantar a Gómez, siguió a marchas forzadas por la banda meridional del gran valle Bético, auxiliado por grupos de milicianos y fuerzas procedentes de Málaga. Gómez y Cabrera sa-

lieron al encuentro, llevando el segundo gran masa de caballería con infantes a la grupa. Se avistaron ambos ejércitos en la dehesa de Alcaudete el 5 de octubre, derrotando Cabrera a los constitucionales, haciéndoles muchos prisioneros, salvándose el resto en Martos. Los de Gómez pasaron a Cabra y Lucena y el 7 de octubre a Montilla, en donde se le incorporaron, fugitivos de Córdoba, los componentes del constituido gobierno carlista y personas destacadas del partido. Gómez emprendió varias marchas y contramarchas de despiste, y ante la presencia de los constitucionales en Córdoba, pasó a Priego, en donde enteró los dos cañones que llevaba y retrocediendo pasó sin detenerse

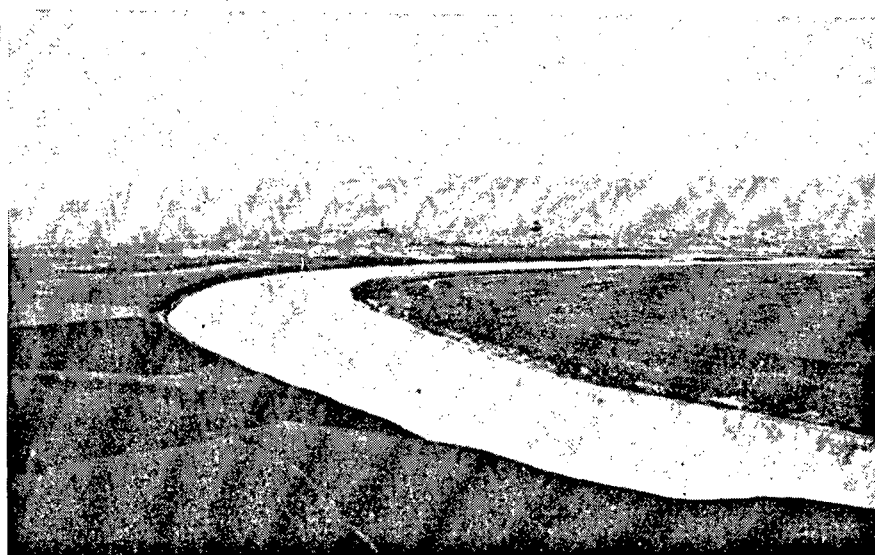


Fig. 345.—El Guadalquivir junto a Córdoba. Al fondo Sierra Morena.

(Foto Hernández-Pacheco, 1904.)

junto a la gran ciudad andaluza y con su columna se entró en Sierra Morena. Avanzó por Villarta y Pozoblanco, adonde llegó el 12 de octubre y a Fuencaliente el 17.

Resguardada la columna invasora en las fragosidades de Sierra Morena, hizo Gómez un reconocimiento, alargándose por la base de la abrupta Sierra Madrona, hacia Despeñaperros, llegando a las Navas, en donde vivaqueó a tres leguas de una de las brigadas del ministro de la Guerra, Rodil, que le perseguía con 9.000 hombres para cortar los caminos hacia Madrid. Reconocido el campo enemigo, Gómez avanzó por la serranía hacia el Noroeste, por Conquista, alimentándose la columna con gachas y miel de los numerosos colmenares de las desier-

tas asperezas (fig. 346), llegando con los caballos desherrados a Santa Eufemia el 2 de octubre, desde donde pidió raciones al alcalde del cercano pueblo de Almadén. Esta villa y sus famosas minas no estaban fortificadas y tenían malas condiciones de defensa. Se defendieron todo el día 23, concentrados sus defensores en los edificios. Llegada la noche, la población fué incendiada y saqueada al día siguiente, rindiéndose los sitiados para evitar la destrucción de la factoría minero-metalúrgica.

Cuando llegaron fuerzas en socorro de Almadén, Gómez la había abandonado y avanzaba por los jarales de Chillón, Siruela y Navalvillar



Fig. 346.—Colmenar típico de las asperezas de Sierra Morena. En Luciana (Ciudad Real).

(Foto Hernández-Pacheco.)

de Pela, llegando el 27 a Guadalupe; cuya guarnición de milicianos se retiró a los primeros disparos. Tanteó el paso del Tajo, pero los puentes estaban bien guardados, por lo que retrocedió a Logrosán y a Trujillo, en donde se abasteció de ropas, víveres y calzado, fondos, armas y municiones, entrando el 30 de octubre en la ciudad abierta y desguarnecida de Cáceres, desde donde envió un destacamento a reconocer el paso del Tajo por el puente fronterizo de Alcántara y penetrar en Castilla, hacia el Norte. Pero ante la presencia de una división portuguesa de observación en la frontera desistió del plan, por lo cual, las fuerzas destacadas quemaron el tramo de madera que provisionalmente sustituía en el famoso puente romano al arco roto durante la guerra de la Independencia, y regresaron a su base.

En Cáceres (fig. 347) tomó Gómez decisión importante. La discordia aumentó entre él y los jefes carlistas que se le habían unido en Utiel. Cabrera, acostumbrado a ser jefe supremo, no se avenía a ser subordinado de Gómez, y partidario de medios violentos para amedrentar y someter por el terror al bando enemigo, no aprobaba la relativa clemencia y moderación de Gómez con los vencidos. Este, adelantándose a probables acontecimientos, decidió eliminar al general Cabrera y a los jefes adictos a éste, quedándose con sus fuerzas. Con tal decisión salió de Cáceres y llegó a Torremocha el 3, con la idea de pasar el Guadiana y di-

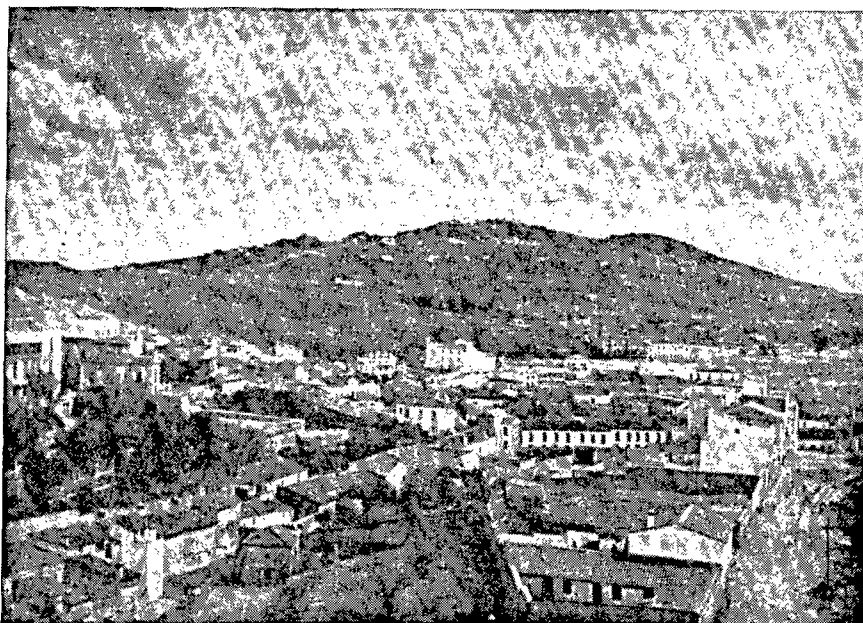


Fig. 347.—Cáceres y su campiña, con la Sierra de la Mosca, y el Santuario de la Virgen de la Montaña.

(Foto Hernández-Pacheco, 1944.)

rigirse a Andalucía. Dispuso la columna de marcha, formando en vanguardia sus tropas más adictas; en el centro, los batallones navarros, y a retaguardia, a dos leguas de distancia, los valencianos y aragoneses. Con un pretexto dispuso que Cabrera, Miralles y los superiores jefes adictos a éstos, con algunos jinetes marcharan en las avanzadas: «Así las cosas, partió, y alcanzando la vanguardia, hízola formar en batalla y mandó a Cabrera y a los demás citados saliesen al frente. Obedecido, hizo leerles que en el acto se separasen de la división expedicionaria y regresasen a Aragón por el itinerario que trazaba en el trasla-



do de las comunicaciones, quedando los batallones aragoneses y valencianos hasta que terminase la expedición» (Pirala). Cabrera, lleno de rabia y despecho, tuvo que obedecer, pues Gómez les hubiera fusilado si resistían, y abandonando el ejército con pequeña escolta de caballería, pernoctaron en Montánchez, adonde Gómez les envió todos sus bagajes y dos pagas de marcha.

Libre Gómez de sus émulos, llegó a Miajadas el 4 de noviembre; vadeó el Guadiana por Rena a favor de un puente que formó con carros, hizo noche en Villanueva de la Serena y por Quintana, Zalamea, Berlanga, llegó a Guadalcanal el 8; avanzando por Alanís, Constantina y Palma del Río. Atravesó el 10 el Guadalquivir y cruzó la llanura Bética, capturando en Ecija dos carros con armamento y vestuario, aprisionando a la escolta. Pasó por Marchena, Osuna y Olvera y llegó a Ronda el 15 de noviembre.

El gobernador militar de Ronda, con sus escasas fuerzas de 1.500 hombres, se retiró a Casares, donde se fortificó, no decidiéndose los carlistas a atacarle. En Ronda, Gómez organizó y armó partidas afectas al carlismo, pero ni la Serranía ni Andalucía estaban por el pretendiente, salvo una minoría no muy segura y poco decidida a actuar en campaña a pesar de los ofrecimientos y propaganda que los agentes de don Carlos hacían desde Gibraltar.

Gómez, ante la persecución de Alaix y de la brigada de Narváez y la caballería del también brigadier Diego León y la llegada de otras fuerzas por diversas partes, abandonó la serranía, pasando por Gaucín el 21 de noviembre; llegó la vanguardia a San Roque y se situó en La Línea el 22 (fig. 348), pero intimidados por el gobernador inglés de la plaza de Gibraltar a cañonearles si intentaban penetrar en su territorio, se retiraron a Algeciras, llegando a la playa, donde fueron cañoneados por una fragata inglesa, una corbeta portuguesa y varios guardacostas españoles. «La segunda división quedó en San Roque con su jefe. En este punto, muchos ingleses de todas clases y graduaciones militares y no pocas señoras fueron por curiosidad a ver a los carlistas, con quienes estuvieron largo tiempo, obsequiándose mutuamente, informándose de todo y examinándolo, causándoles novedad y admirados verdaderamente del arrojo de aquellos valientes en llegar hasta el peñón mismo» (Pirala).

Gómez procuró salir del Campo de Gibraltar antes que se cerrase el cerco que le formaban las tropas constitucionales; pero cerca de Arcos de la Frontera, no lejos del Guadalete, la brigada de Narváez alcanzó a los carlistas, causándoles gran derrota, con muchas bajas y prisioneros, dispersándoles y persiguiéndoles hasta que llegó la noche. A poco

de este combate, llegó una orden del gobierno, por conducto de Narváez, disponiendo que Alaix entregara el mando y marchase a Avila, disposición que causó pésimo efecto en las tropas, que el 27 se amotinaron en Cabra gritando ¡Viva Visera! (mote que daban a Alaix), ¡Mueran Narváez! La sensatez se impuso y el mismo Narváez y los otros generales pidieron a Alaix que continuara en el mando, empleándose la fórmula para tales casos de «la orden se acata, pero no se cumple».

En Alcaudete, el 29 de noviembre, los constitucionales alcanzaron a las tropas de Gómez en retirada, derrotándola, haciéndoles gran nú-

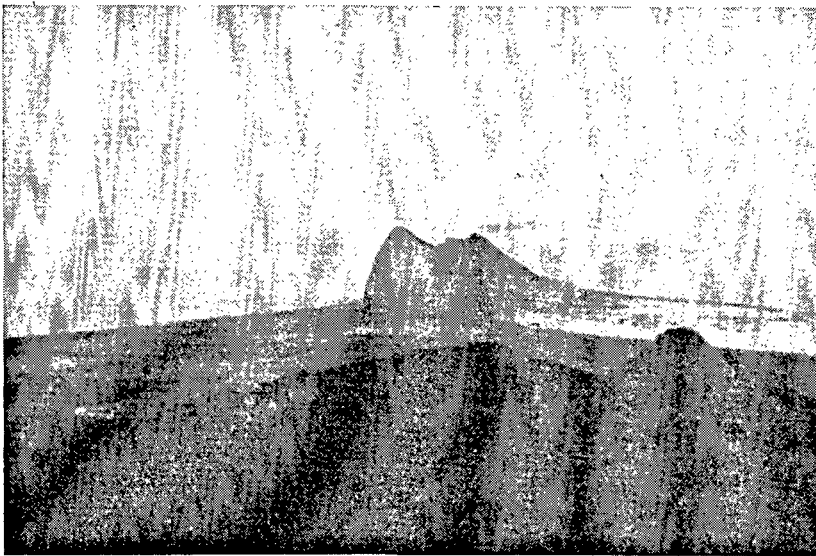


Fig. 348.—Gibraltar y La Línea de la Concepción. desde Sierra Carbonera.  
(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)

mero de bajas, 143 prisioneros y apoderándose de gran parte de la impedimenta, con los caudales, el material sanitario y equipajes.

La columna carlista aceleró la marcha; el 30 pasó el Guadalquivir por Menjíbar y llegó a Bailén. El 2 de diciembre pasaron los puertos de Despeñaperros, llegando el 3 a Valdepeñas y el 4 a La Solana. En marchas forzadas sacaron ventaja a los perseguidores, que no aprisionaban más que rezagados. Atravesaron La Mancha y llegaron a Huete el 7 de diciembre, cruzando el Tajo por Sacedón el 9. El 10 pasaron cerca de Guadalajara, donde un destacamento de caballería les salió al encuentro, pero una densa niebla impidió el combate. Atravesaron el páramo por Torija y Hita, y pasando el Henares por Cogolludo entraron en la provincia de Soria.

Siguieron siempre dirección meridiana al Norte desde Andalucía ; cruzaron el Duero por Osma y avanzaron por el borde occidental de las Serranías Celtibéricas, provincias de Soria y Burgos. Atravesaron la Bureda y el Ebro el 18 de diciembre por el puente de la Horadada. A poco trecho del paso del río, una compañía de infantería de las fuerzas constitucionales del cerco de las Vascongadas, que iba a ocupar el puente, se enfrentó con la vanguardia de Gómez y se hizo fuerte en la iglesia de Gallangos, pero rotas las puertas a cañonazos, los refugiados hubieron de rendirse en número de 67. A la mañana siguiente, tres batallones y un destacamento de caballería cargaron sobre la retaguardia, haciéndoles prisioneros, pero sin poder detener a la columna, la cual llegó a Orduña el 20 de diciembre, cerrando circuito a los cinco meses y veinticuatro días de haber comenzado la expedición.

Regresó Gómez al Cuartel General Carlista con 3.155 infantes, 633 caballos y las dos piezas de artillería ; o sea con más fuerzas que cuando partió, y con algo más de la mitad de las que reunió al incorporarse Cabrera y Miralles en Utiel. Fué una expedición bélica que tuvo mucho carácter de deportiva y admirable en ambos aspectos.

Los respectivos gobiernos del campo constitucional y del absolutista no pudieron estar más desacertados, pues el gobierno del bando liberal remachó su desobedecida orden de que Alaix entregase el mando, determinando que un cuerpo de ejército marchase contra la columna perseguidora de la de Gómez, la atacase y redujera a la obediencia del gobierno, para hacer en ella ejemplar escarmiento ; proyecto que al medítarse fué abandonado. A su vez, el gobierno absolutista de don Carlos, cuando la columna llegó al Cuartel General, ordenó prender a Gómez, formándosele proceso, en el que se le acusaba de haber desobedecido las órdenes recibidas de limitar su expedición tan sólo a Asturias y a Galicia ; haber distraído las fuerzas de Cabrera, ocasionando la pérdida de Cantavieja, haber puesto a aquel general en gran peligro al despedirle y haber hecho mal uso de los fondos, alhajas y efectos de que se apoderó, principalmente en Córdoba. El proceso fué muy ruidoso y comentado entre los carlistas, pero no terminó, pues sobrevino el fin de la guerra civil con el convenio de Vergara.

En la expedición relatada, debe tenerse en cuenta el espíritu de las tropas, tanto de un bando como de otro, identificadas con sus respectivos caudillos ; tanto las de Gómez como las de Alaix. Eran tales soldados como reencarnaciones con el mismo espíritu de los celtíberos y turdetanos y, en los tiempos modernos, de los que batallaron a las órdenes de Espoz y Mina y del Empecinado. Era el espíritu combativo y

sufridor hispano, persistente a lo largo de la historia, con sus grandes virtudes y sus graves defectos.

#### REINADO DE ISABEL II: EL TURBULENTO PERÍODO DE 1868 A 1874

Durante el reinado de Isabel II continuaron las sublevaciones militares y revueltas públicas, por la apetencia del poder y del ejercicio del mando. En alguna etapa volvió a gobernar Espartero. Los gobiernos se sucedían rápidamente, predominando en ellos los generales, tales como Odonnell. Quien más gobernó fué Narváez, de significación política conservadora, de carácter enérgico y violento, que arrestó al rey consorte; dió plazo de 24 horas para que abandonase Madrid al embajador de Inglaterra, por inmiscuirse en asuntos exclusivos de la gobernación del Estado español, y mandó prender y formar proceso a Sor Patrocinio, «la monja de las llagas».

La reina no tenía aptitudes ni temperamento de gobernante, dejándose influir por camarillas palaciegas, tales como la monja Sor Patrocinio y el P. Fulgencio, condenados por impostores.

Cuando se trató de casar a Isabel II, el filósofo Balmes, con gran parte de la opinión pública, propugnaba el casamiento con el hijo del pretendiente don Carlos, con lo cual se solucionaría definitivamente la cuestión dinástica; pero elementos intransigentes del carlismo vieron en ello el reconocimiento de los principios constitucionales; a su vez, los dirigentes del bando contrario temieron el auge de los absolutistas y la casaron con su primo, el insignificante don Francisco de Asís.

Son hechos más notables del período de Isabel II: La creación de la Guardia Civil, en 1844, institución que acabó con el bandolerismo, que se había hecho endémico en Andalucía. En 1848, comenzó a tenderse la red ferroviaria española, por el trayecto de Barcelona a Mataró. La ocupación de Chafarinas, en la costa Norte de Marruecos, por el general Serrano, en 1859. Se realizó con entusiasmo público la denominada «guerra de Africa», derrotándose completamente al ejército marroquí, y se ocupó Tetuán, terminando la campaña por imposiciones diplomáticas, celebrándose el Tratado de Paz en 1860, en el que se concedió a España, en soberanía, el territorio de Santa Cruz de Mar Pequeña, de situación geográfica hipotética, en la costa atlántica, que se identificó mucho después con el de Ifni, del que no se tomó posesión hasta 1934, de acuerdo con los naturales. De 1862 a 1865 se realizó la expedición científica de naturalistas, denominada «del Pacífico», en la que se estudió América meridional. De esta época es también la nota-

ble obra de ingeniería del Canal de Lozoya, que abastece de aguas a Madrid (fig. 349).

El alejamiento del poder de progresistas y liberales en las frecuentes crisis hizo que para obtenerle acudieran a medios violentos, terminando con la sublevación de la escuadra en Cádiz y de los generales Serrano y Prim, trabándose en septiembre de 1868 la batalla del puente de Alcolea, cerca de Córdoba, contra las fuerzas gubernamentales del general Novaliches, que fueron derrotadas. Isabel II, que veraneaba en Lequeitio, se internó en Francia, abdicando en su hijo Alfonso.

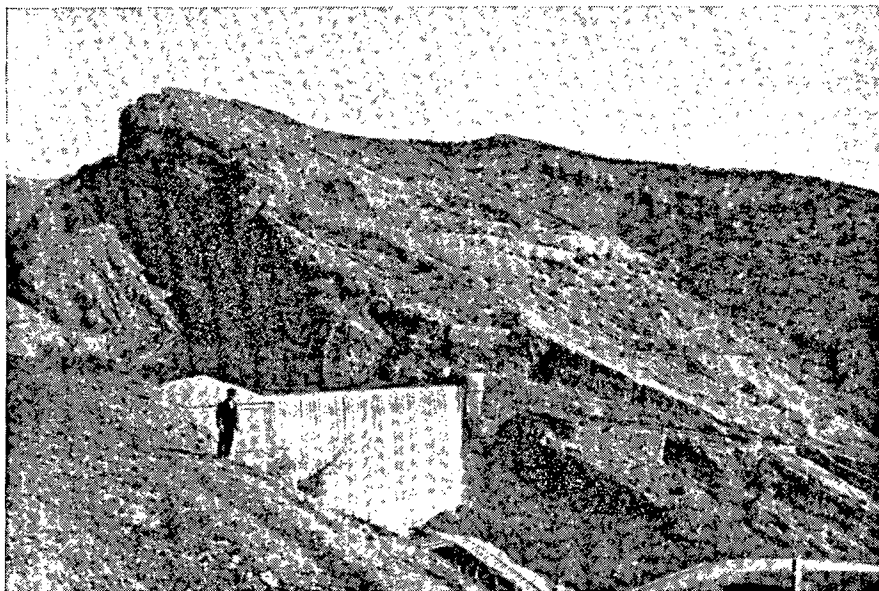


Fig. 349.—Antigua presa del Lozoya en el Pontón de la Oliva (Madrid).

(Foto Hernández-Pacheco.)

La revolución fué más lejos de lo que sus autores pretendían. Se organizó un Gobierno provisional y se reunieron Cortes constituyentes, que nombraron Regente de la Nación al general Serrano y Presidente del Consejo de Ministros al general Prim, y se elaboró la Constitución de 1869. Se acordó elegir rey, prevaleciendo entre los candidatos, Amadeo de Saboya, cuya estirpe había realizado la unidad italiana y gobernado leal y seriamente en plan constitucional. El general Prim, que había demostrado excelentes dotes militares, de diplomático y de estadista, era el defensor de Amadeo; pero el mismo día que éste desembarcó, fué asesinado Prim al salir del Congreso, en 1870. Falto del apoyo de Prim, el nuevo rey procuró gobernar con rectitud y lealtad a la Consti-

tución, pero atacado por alfonsinos, republicanos y carlistas, abdicó en 1872 y se ausentó de España.

En 1872 fué proclamada la República, contribuyendo a atacarla y hacerla infructífera, además de los alfonsinos y carlistas, las discusiones entre los republicanos y las sublevaciones anárquicas de los cantonales, que hubo de reprimir militarmente. En las provincias del Norte ardía la guerra carlista y en Cuba el movimiento de independencia. Se sucedieron los gobiernos de Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar. El general Pavía, con un pelotón de soldados penetró en el Congreso en plena sesión y arrojó a la calle a los diputados, disolviendo las Cortes y terminando la República, constituyéndose un Gobierno Nacional bajo la presidencia del general Serrano.

#### LA RESTAURACIÓN MONÁRQUICA DE ALFONSO XII Y ALFONSO XIII

En 1874, el general Martínez Campos proclamó rey a Alfonso XII. De la gobernación del Estado se encargó Cánovas del Castillo, que gobernó con prudencia conciliatoria, elaborando las Cortes la Constitución de 1876. El ejército terminó la guerra carlista y el general Martínez Campos la de Cuba, mediante la Paz de Zanjón de 1878.

Las sublevaciones militares fueron cediendo y el país disfrutó de tranquilidad, estableciéndose el turno pacífico de los partidos políticos, el de Cánovas y el de Sagasta. De este período es la adquisición en el golfo de Guinea, por las expediciones de Iradier y Ossorio, de la Colonia del Muni, que comprende la cuenca de este río. En el Sáhara, como consecuencia de la expedición de Bonelli en 1884 y la exploración de Cervera y Quiroga en 1886, se adquirió el litoral entre los cabos Bojador y Blanco, con la gran bahía de Río de Oro, dominios de mucha importancia pesquera y por su proximidad a Las Canarias. Tal territorio fué ampliado en el siglo xx hasta el Uad Draa, y nombrado gobernador político-militar a Bens, que con su constante y discreta atención consiguió ocupar los diversos puestos, de acuerdo con los naturales. El reinado de Alfonso XII fué breve, pues falleció en 1885.

En 1886, la reina viuda, segunda esposa de Alfonso XII, María Cristina, de la Casa de Austria, dió a luz un hijo póstumo, Alfonso XIII, ejerciendo la regencia su madre, continuando el régimen gubernamental estatuido.

Las luchas sociales y de reivindicaciones obreras en España adquirieron tendencia anarquista, tales como los atentados de Barcelona y

el asalto de Jerez por turbas campesinas, el asesinato de Cánovas en 1897 por un anarquista italiano y, en 1906, el sangriento atentado de Morral al cortejo de la boda real.

Los finales del siglo XIX y lo que va del XX se caracterizaron, en el orden social, por la lucha de clases y el desarrollo, en plan combativo, de las teorías de Carlos Marx. Al final de la primera guerra mundial, que se inició en 1914, surgió la gran potencia comunista, de política totalitaria, de la «Unión de Repúblicas Soviéticas», en plan de dominio universal, teniendo como contrapeso al terminar la segunda guerra mundial, la poderosa nación de los Estados Unidos de América, con las europeas occidentales y mediterráneas, conjuntamente con las repúblicas centro y sudamericanas.

En los tiempos presentes, se acentúa, como fenómeno social, la atenuación creciente de la diferencia de clases, tratándose de asegurar a los desheredados de la fortuna un mínimo de medios de vida, a expensas del Estado, o sea del conjunto nacional, sin trabas gubernamentales que impidan el libre desarrollo de las actividades personales y de la libertad ciudadana, que cuando se pierden conducen al estado precario de los pueblos y a su opresión o tiranía. La igualdad absoluta es ideal utópico, por contrario a la naturaleza, pues hasta en la uniforme selva ecuatorial descuellan árboles gigantes que elevan su copa en las alturas y sobresalen, frondosos y potentes del denso conjunto vegetal.

En la gobernación del Estado durante los dos últimos decenios del siglo XIX, se procuró eludir toda acción exterior, por temor a que se alterara la tranquilidad interior.

En 1895 surgió otra vez la guerra de Cuba, apoyada por los Estados Unidos para poder ejercer completo influjo en el Golfo de Méjico. La poderosa nación nos declaró la guerra y las formidables escuadras norteamericanas, con superioridad de medios para que las españolas de Santiago de Cuba y de Cavite, en Filipinas, no las prudiesen daño, trabaron combate, siendo las españolas destruidas. Desde entonces, la flota de guerra yanqui comenzó a desarrollar su potencia para adquirir el predominio de los mares.

En virtud del Tratado de París, en 1898, se declaró la independencia de Cuba; Puerto Rico y el Archipiélago de Filipinas (actualmente independiente) pasaron a ser dependencia de la poderosa nación norteamericana.

En 1902 juró la Constitución Alfonso XIII, continuando la trayectoria política de sus progenitores. En los primeros años del siglo XX, determinaron Inglaterra y Francia efectuar el denominado «reparto de Marruecos», para acabar con el desgobierno y anarquía de este país,

acordándose encomendar a España el protectorado de la zona Norte de Marruecos, comprendido el reino de Fez, amplia zona al Sur de Atlas, y el Sáhara Occidental. Entendidas Francia e Inglaterra y conformada Alemania, en el «Acta de Algeciras» de 1912, se redujeron las concesiones españolas, a estrecha zona del Rif y parte de Yebala, en el litoral atlántico del Noroeste marroquí, en atención a las plazas de soberanía de Ceuta y Melilla, Chafarinas y otros islotes en el litoral mediterráneo, y también por la previsión de Inglaterra de que no se estableciese en la costa africana del Estrecho de Gibraltar una gran potencia. España ocupó Tetuán, Larache, Arcila y Alcázarquivir, encendiéndose guerra en Marruecos de carácter, en cierto modo, civil entre los naturales, unos partidarios y otros opuestos a nuestra intervención. Guerra mantenida con intermitencias y diversas vicisitudes; por auxilios exteriores, hasta que atacando el caudillo Abdelkrin a los franceses, éstos decidieron operar conjuntamente con los españoles y el general Primo de Rivera desembarcó en la bahía de Alhucemas y se pacificó totalmente el país, reinando desde entonces paz y concordia entre marroquíes y españoles.

En los acontecimientos históricos que siguieron a los relatados, la generación actual ha sido espectadora y, en mayor o menor grado, actora de los acontecimientos contemporáneos, por lo cual aquí termina el relato. Porque el que presencia los fuegos de artificio situado entre ellos no percibe del espectáculo, sino destellos, fulgores y explosiones. Hace falta para apreciar los efectos del conjunto la observación a distancia. Del mismo modo para juzgar del influjo que los acontecimientos históricos ejercen en el desarrollo de un país, hace falta la perspectiva del tiempo. En la conciencia de todo español ecuaníme, amante de la libertad ciudadana y del orden público social, se ha formado juicio de lo que vió y experimentó. Pero ello no es asunto propio de las materias que en este libro se estudian.

#### PROGRESO DEL PAÍS EN EL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XIX Y PRIMERO DEL XX

En el último cuarto del siglo XIX surgieron en España, por iniciativa y fundación particular, diversas instituciones y asociaciones científicas y culturales, como el «Ateneo», que ejerció gran influjo en la vida cultural del país, por la libertad que existía en sus cátedras y en la tribuna de sus discusiones. En 1871, se fundó la «Sociedad Española de Historia Natural», cuyas series de publicaciones constituyen el archi-



vo más importante respecto a investigaciones de las Ciencias Naturales en España. En 1873 se fundó la «Sociedad Geográfica de Madrid», de intensa e importante actuación en el siglo XIX. En 1908, celebró su primer congreso en Zaragoza la «Asociación Española para el Progreso de las Ciencias», que bienalmente, junto con la Asociación Portuguesa de la misma índole, celebran Congresos científicos en las ciudades españolas y portuguesas.

En el orden de la enseñanza oficial, el ministro Moyano publicó en 1857 la «Ley de Instrucción Pública», fundamental código de la docencia moderna española. En Granada, el P. Manjón estableció sus escuelas del Ave María, con sus métodos para la enseñanza primaria, obteniendo grande y merecido éxito en las clases populares de Granada. En Madrid, el ilustre filósofo y pedagogo Francisco Giner, con otros profesores, fundaron en 1876 la «Institución Libre de Enseñanza», en la que persistieron más las enseñanzas elementales, aplicando modernas y nuevas orientaciones pedagógicas que se difundieron y aceptaron, tales como los cantos populares, los deportes, excursiones y viajes escolares y colonias infantiles. Propugnaba en su «Boletín» (que alcanzó unos sesenta años de publicación) como método fundamental en las enseñanzas superiores, para el progreso cultural y científico del país, la residencia temporal de estudiantes en los centros más adelantados del extranjero, y como método pedagógico, la investigación personal de los alumnos. Sucedió a Giner en la dirección del centro Manuel B. Cossío, competente pedagogo y entendido crítico de arte. Continuó en España el desarrollo de la cultura, habiendo destacado a mediados del siglo XIX el filósofo Balmes y el pintor Madrazo. En el último cuarto del siglo pasado y en las primeras décadas del XX se señalaron en literatura Pérez Galdós y Echegaray, y en pintura Pradilla, Moreno Carbonero, Vilegas, Sorolla, Romero de Torres, Zuloaga, etc., y en escultura, entre otros, Benlliure, Querol, Blay, Inurria.

En Ciencias Naturales, especialmente en Botánica y Zoología, cuyo principal laboratorio es el campo y la Naturaleza misma, continuó en la Península la floreciente tradición en tales disciplinas.

En Biología y en Ciencias Físico-Químicas, que exigen costosos laboratorios y material, faltó protección del Estado, ocupados los gobernantes en sus luchas políticas de partido. A pesar de tal desatención por parte de los poderes públicos, destacan como principales figuras de relieve internacional: Cajal, premio Nóbel, por sus investigaciones histológicas respecto al sistema nervioso, siendo más meritoria la labor del insigne maestro por la penuria heroica con que la realizó, hasta que, por su reputación mundial, alcanzó la protección oficial. Importante fi-

gura internacional en el campo de la Microbiología patológica fué el combatido Dr. Ferrán, por su descubrimiento y aplicación eficaz, en la epidemia colérica de Valencia, en 1885, de la vacuna anticolérica; del método suprainmunitivo de inmunización contra la rabia; en 1887, la aplicación eficiente de la vacuna antitífica y antipestosa, etc., y en el campo de la fotografía, el procedimiento de «instantaneidad fotográfica», cuya adopción por la casa Kodak fué una de las bases del prestigio de esta corporación industrial norteamericana. De la misma época fueron los estudios y experiencias del marino Peral, respecto a navegación submarina, a quien incomprensión oficial y una prensa incompetente con sus campañas laudatorias exageradas, hicieron que se apartase de la paciente labor científica, falleciendo poco después.

Pero, aparte de estos y otros ejemplos, tales como las investigaciones del gaditano Macpherson, respecto a micropetrografía, de las relativas a mecánica del ingeniero Torres Quevedo, de los estudios de algunos antropólogos, como el Dr. Oloriz, de prehistoriadores y de algunos otros especialistas en diversas ramas del saber, tales como los arabistas Codera y Ribera, el polígrafo Menéndez Pelayo, etc., se caracterizó el desarrollo científico de España, en el último tercio del siglo XIX por su intensa asimilación y exposición de los adelantos en el extranjero, siendo en esto maestros excelentes: Echegaray, en las Ciencias Exactas y Físicas, y Carracido en las químicas y biológicas. Fué, pues, en tales respectos, y por las causas dichas, abundante, España, en luz reflejada y modesta en la producción de luz propia.

En 1910 se publicó el trascendental Real Decreto creando la «Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas», en virtud del cual se concedieron numerosas pensiones para estudiar en el extranjero y se organizaron subvencionados por el Estado, diversidad de Centros de investigación científica, que produjeron importantes series de publicaciones, colocándose el país en tales respectos en igualdad de nivel que el conjunto de las naciones europeas. La entidad siguió funcionando, a pesar de los cambios de gobierno y de régimen, y al presente continúa reorganizada y con medios importantes, con la denominación de «Consejo Superior de Investigaciones Científicas».

Tal determinación gubernamental, que tiene su remoto precedente en 1750, con el envío de pensionados al extranjero por el marqués de la Ensenada, Ministro de Carlos III, abrió España al conocimiento directo de la ciencia mundial y de sus métodos de investigación. La luz del exterior y el ambiente externo penetraron ampliamente en el recinto hispano y los deseos de sapiencia adquirieron los métodos y técnica

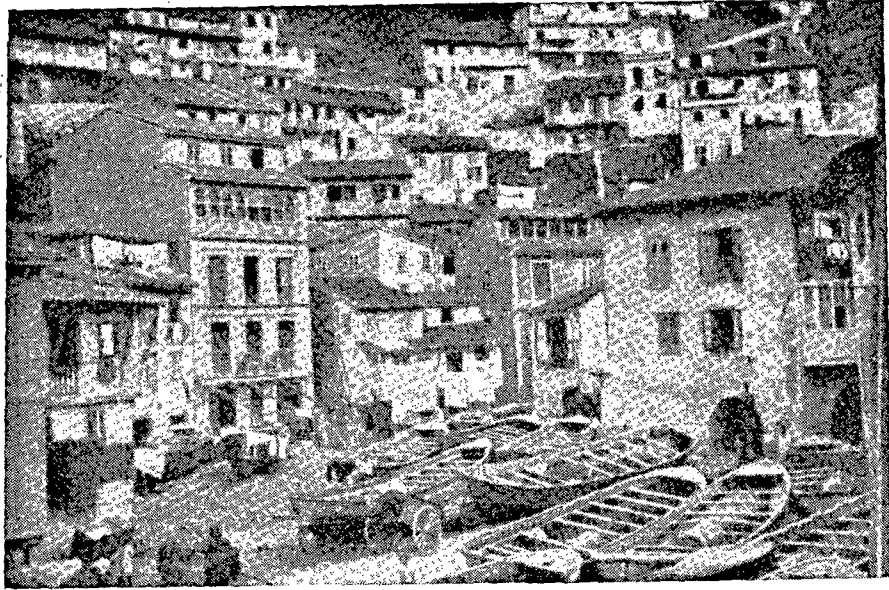


Fig. 350.—Puerto pesquero de Cudillero, en la costa asturiana.

(Foto Hernández-Pacheco.)

del progreso científico mundial, y España se incorporó al conjunto de la investigación científica.

La tranquilidad nacional del ámbito peninsular, alcanzada en el último cuarto del siglo XIX, hizo que el país se fuese reponiendo de la



Fig. 351.—Escena de pesca: La llegada de las lanchas en la playa de Vigo.

(Foto Hernández-Pacheco.)

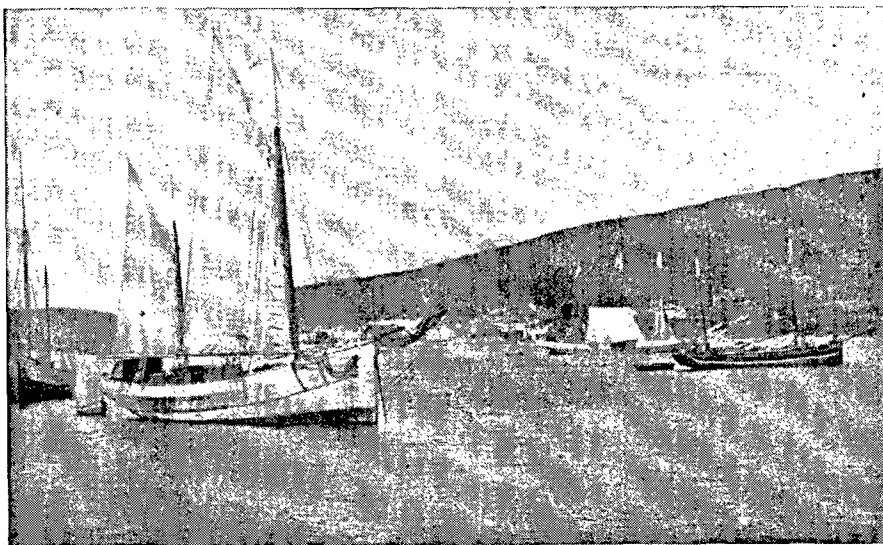


Fig. 352.—Ría de Corcubión (Galicia). Al fondo la factoría pesquera de Teis (Coruña).

*(Foto Hernández-Pacheco.)*

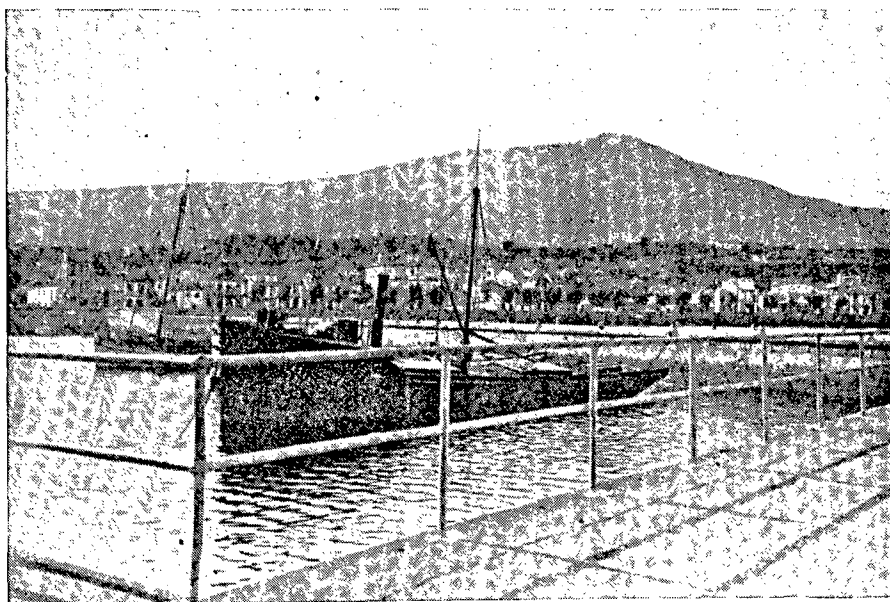


Fig. 353.—Ría de Arosa (Coruña). Al fondo el monte Curotiña.

*(Foto Hernández-Pacheco.)*

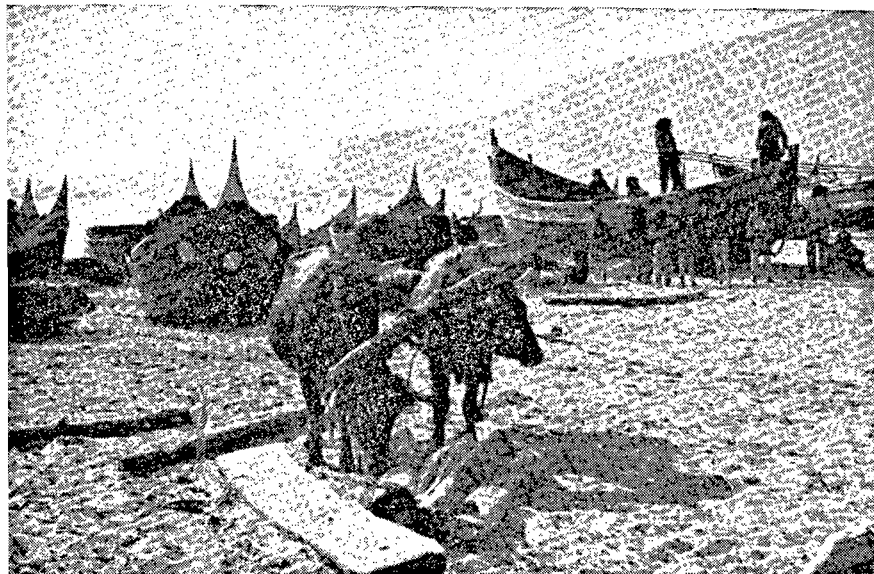


Fig. 354.—Playa varadero de la ensenada de Nazaré, al pie del acantilado transversal a la línea de costa. Escenas de pescadores.

(Foto Hernández-Pacheco, agosto 1935.)

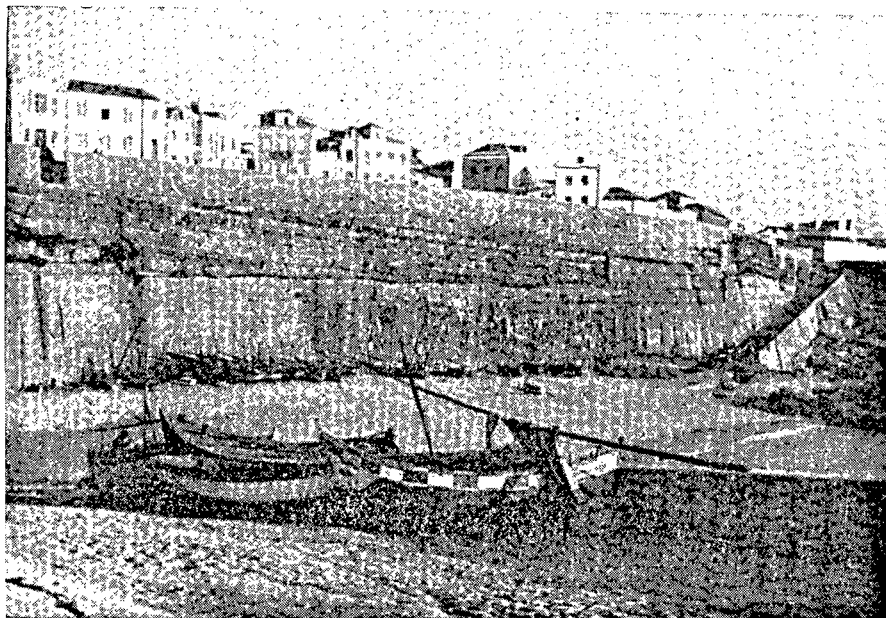


Fig. 355.—Puerto pesquero y varadero de Ericeira, en el distrito de Lisboa.

(Foto Hernández-Pacheco, agosto 1935.)

penuria anterior, desarrollándose lentamente la riqueza pública y por iniciativa particular la potencia industrial, especialmente en Cataluña y en las provincias Vascongadas, y en todo el litoral las industrias pesqueras (figs. 350 a 355), cuyos productos comenzaron a constituir exportación importante, que fué aumentando en los períodos sucesivos. La Exposición Universal de Barcelona de 1888, fué certamen que puso de manifiesto el resurgimiento de la industria nacional.

POBLACIÓN DE HISPANIA EN LOS SIGLOS XIX Y XX. RESUMEN  
DEMOGRÁFICO A TRAVÉS DE LA HISTORIA

Respecto a población del conjunto hispano (España y Portugal), incluyendo en el conjunto las islas adyacentes (Baleares, Canarias, Madeira y Azores), las estadísticas no son seguras hasta entrado el último cuarto del siglo XIX, por las formas imperfectas en que se hacían los censos de población y por ocultaciones frecuentes en los encomendados a los Ayuntamientos, por temor de aumento en los impuestos, en relación con los cupos de población.

Pascual Madoz, en el prólogo de su Diccionario Geográfico de España, expone el número de habitantes de España en diversos años de la primera mitad del siglo XIX. Según dice lo ha deducido del examen de datos oficiales, sin responder de la exactitud de éstos. Inserta también el cómputo que otros autores hacen, como el de Miñano, que asigna a España en 1826 una población de 3.050.839 vecinos, equivalentes a 12.203.356 habitantes. Otro cómputo es el de Mayans, que fué ministro de Gracia y Justicia, que estimó a la población de España, en 1843, en 15.439.158 habitantes, tomando para el cálculo el número de los correspondientes a cada provincia, en relación con el de diputados y senadores que elegía cada una.

De tales resultados pertinentes a la población de España, puede deducirse la del conjunto peninsular, suponiendo que el movimiento de población ha seguido el mismo ritmo en ambas naciones, obteniéndose las cifras que indican el siguiente cuadro:

*Cómputo de la población de Hispania en la 1.ª mitad del siglo XIX*

AUTORES	AÑOS	ESPAÑA	Conjunto hispano en millares
Madoz.....	1822	11.661,865	14.857
Miñana:.....	1826	12.203,356	15.557
Madoz.....	1834	12.119,739	15.550
Madoz.....	1837	12.222,872	15.682
Mayans.....	1843	15.439,158	19.310

El «Anuario Estadístico de España» expone los siguientes datos, respecto a la población de España e islas adyacentes:

En 1857 .....	15.495,212	habitantes
En 1860 .....	15.655,467	»
En 1877 .....	16.632,869	»
En 1887 .....	17.560,352	»

El descenso demográfico del año 1834 puede explicarse como consecuencia de la epidemia del cólera y por el desarrollo de la guerra civil carlista. La gran diferencia de unos tres millones de habitantes más en 1843 que en 1837 no parece corresponder a tal aumento efectivo en la población, sino que debe ser consecuencia de la apreciación del cómputo por efecto del diferente método empleado para la estadística demográfica por el ministro Mayans.

Al comenzar el último tercio del siglo XIX, España alcanzó la población de unos 16 millones de habitantes, correspondiendo al conjunto hispano una población de una veintena de millones y una densidad de 33 habitantes por kilómetro cuadrado. En 1890, la población de España era cercana a los 18 millones de habitantes y a 23 millones en la del total hispano, con una densidad de 38 habitantes por kilómetro cuadrado.

Al comenzar el siglo XX, España pasó de los 18 millones de habitantes, ascendiendo rápidamente la población hispana, según expresa el siguiente cuadro, deducido de los datos oficiales respecto a estadística:

*Población hispana en el siglo XX*

A Ñ O S	E S P A Ñ A	H. por K <sup>2</sup>	CONJUNTO HISPANO	H. por K <sup>2</sup>
1900	18.594,000	37	23.858,000	40
1910	19.927,000	39	25.571,000	42
1920	21.303,000	42	27.336,000	45
1930	23.564,000	46	30.233,000	50
1940	25.878,000	51	33.203,000	55
1949	28.154,000	55	36.123,000	60

Como datos aclaratorios y complementarios respecto a la población hispana, debe tenerse presente que la superficie hispana con sus islas adyacentes es de 597.100 kilómetros cuadrados, correspondiendo a España, con Baleares y Canarias, 505.152 K<sup>2</sup>, y a Portugal, con los archi-

piélagos de Madeira y Azores, 91.948 K<sup>2</sup>. En la Península existen dos poblaciones con más del millón de habitantes: Madrid, con 1.276.000, y Barcelona, con 1.225.000.

Los datos demográficos correspondientes a las islas Baleares deben considerarse, en todo caso, incluidos y formando parte de los de la Península, pues atendiendo a las características geográficas, geológicas y, en general, fisiográficas, el archipiélago Balear forma parte del conjunto peninsular, al que está unido por alineación montañosa submarina, continuación de la cordillera Bética. Formó conjunto terrestre con el Levante hispano durante el Plioceno y, probablemente, durante el Pleistoceno antiguo. Las Baleares tienen las mismas características en su naturaleza que el Levante español.

Otro es el caso de los archipiélagos atlánticos de Canarias, Madeira y Azores, adyacentes a la Península, constituídas totalmente por islas volcánicas y que surgieron del fondo oceánico en tiempos modernos de la Historia geológica, en la época Terciaria o Neozoica. Estos conjuntos insulares son genuinamente hispanos desde que se descubrieron en el medioevo y fueron ocupadas por castellanos y portugueses. Desde entonces forman parte, sin interrupción, de las dos naciones hispanas: de España Las Canarias y de Portugal Madeira y Azores.

Creemos de interés exponer algunos datos de carácter demográfico de tales archipiélagos:

*Canarias*

Extensión superficial.....	7.273	K <sup>2</sup>
Población en 1925.....	458.000	hab.
Densidad de población.....	63 hab. ×	K <sup>2</sup>
Distancia de Cádiz a Las Palmas.....	1.400	Kms.

*Madeira*

Extensión superficial.....	815	K <sup>2</sup>
Población en 1925.....	179.000	hab.
Densidad de población.....	220.000 hab. ×	K <sup>2</sup>
Distancia de Lisboa a Funchal.....	1.100	Kms.

*Azores*

Extensión superficial.....	2.393	K <sup>2</sup>
Población en 1925.....	232.000	hab.
Densidad de población.....	97 hab. ×	K <sup>2</sup>
Distancia de Lisboa a Angra.....	1.400	Kms.



Los datos obtenidos respecto a la población de Hispania en las diversas épocas de la historia, pueden concretarse en el siguiente cuadro:

SIGLOS	EPOCA HISTORICA O AÑO	HABITANTES	H'. X K²
III (a. C.)	Epoca de Amilcar	4.000.000	6
I	Epoca de Trajano	7.200.000	12
VI	Epoca de Leovigildo	6.000.000	10
XI	Epoca del Cid	6.000.000	10
XIII	Epoca de Alfonso X y Jaime I	8.000.000	13
XV	Epoca descubrimiento América	9.000.000	15
XVI	Epoca del Emperador Carlos	8.500.000	14
XVI	Finales de Felipe II	8.200.000	14
XVII	Epoca de Carlos II	7.700.000	13
XVIII	Epoca de Carlos III (1767)	11.750.000	20
XVIII	Epoca de Carlos IV (1797)	13.500.000	22
XIX	1820	16.000.000	27
XIX	1840	18.500.000	30
XIX	1890	21.000.000	35
XX	1900	23.858.000	40
XX	1920	27.336.000	45
XX	1940	33.203.000	55
XX	1949	36.123.000	60

El cuadro estadístico que antecede respecto a población hispana a través de los tiempos históricos, no debe considerarse sino como expresión aproximada de lo que se deduce de los varios cómputos y observaciones demográficas y pertinentes relatos históricos, fundamentados en apreciaciones de diversa índole. Incluso las estadísticas de la primera mitad del siglo XIX carecen de seguridad, pues sólo desde fines del mismo tienen suficiente exactitud los métodos demográficos.

Aun contando con tales deficiencias y falta de seguridad en la exactitud de los datos, se advierte en el cuadro demográfico correlación entre los importantes hechos y épocas históricas con el desarrollo de la población. Salta a la vista el aumento constante y progresivo a lo largo de los dos milenios largos de trayectoria histórica, en progresión creciente, que se acelera en grado extremo desde el comienzo de la época

moderna y aumenta la aceleración en la contemporánea, entendiéndose por tal la que se inicia en el último cuarto del siglo XVIII, en la que el avance demográfico debe interpretarse como consecuencia del progreso científico que alcanzan las ciencias, y en especial las Naturales y sus aplicaciones médicas y sanitarias, con el consiguiente aumento en la duración de la vida media y aminoración de las asoladoras epidemias de la Edad Media.

En la curva, en su conjunto ascendente, que señala la trayectoria demográfica de población, a lo largo de los tiempos históricos, se observan depresiones y elevaciones en correlación, según decíamos, con acontecimientos decisivos y señaladas épocas históricas. En tales respectos se observa un máximo en la época del gran florecimiento de la época romana. Una depresión coincide con las invasiones de los pueblos nórdicos y del noreste europeo y su establecimiento en la Península. Lentamente se restablece el nivel demográfico, entrado el siglo XIII, y alcanza culminación en la época del descubrimiento de América. Desde tal hecho histórico comienza un decrecimiento en la densidad de la población hispana, que pudiera fundamentarse en tres principales concausas: la emigración a América, la expulsión de los moriscos y las continuadas guerras exteriores europeas, que ocasionan el empobrecimiento de la población, aunque el Estado se engrandezca, llegando el índice de despoblación a su más bajo nivel a finales del siglo XVII, en tiempos de Carlos II el Hechizado. El siglo XVIII se señala por recuperación rápida del índice demográfico de población, rebasando la altura que alcanzó la curva en todas las épocas anteriores. Debe atribuirse tal ascenso al desarrollo que en progresión creciente adquieren las Ciencias en sus aplicaciones a la sanidad y adelantos de la medicina. La progresión del aumento demográfico ya no decreció y las guerras, penurias y disturbios interiores del siglo XIX no son suficientes a atajar el aumento creciente de la población, que en el siglo XX es rápido por los progresos científicos de las Ciencias sanitarias, atajando la mortalidad infantil y elevando el índice de vida media.

#### LA DESAMORTIZACIÓN DE BIENES NACIONALES Y SU INFLUJO EN LA FLORESTA HISPANA

La gran variación agraria, el desarrollo agrícola y la variación notable en el aspecto y características de la floresta hispana, comenzó a manifestarse claramente en el último cuarto del siglo XIX, adquiriendo mayor desarrollo a partir de los primeros años del XX. Fue consecuencia en muy gran parte de la desamortización que estableció mejor dis-

tribución y difusión de la propiedad rústica; determinación que surtió sus efectos beneficiosos para el país, cuando en éste hubo período largo de paz y tranquilidad.

Comprendió la desamortización a los bienes eclesiásticos, incluyendo en ésto los del clero, los de las Ordenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesa y San Juan de Jerusalén, los de las cofradías y demás denominadas «manos muertas», que no tuvieran la consideración de Corporaciones civiles. Respecto a las laicas, alcanzó la desamortización a la mayor parte de los «realengos» o del Estado y a cierto número de los «propios» de las ciudades, villas y lugares y de Corporaciones civiles de Beneficencia e Instrucción Pública.

El conjunto de disposiciones y acciones pertinentes a la desamortización del agro hispano ha sido objeto de juicios muy dispares, especialmente la de los bienes eclesiásticos, según la ideología del comentarista y el aspecto que considerase en el asunto.

La desamortización en España tiene antecedentes muy antiguos. Para evitar la vinculación o amortización excesiva en «manos muertas», las Cortes de Valladolid de 1518 pidieron al emperador Carlos, que decretase la prohibición de ceder bienes rústicos a la Iglesia. El emperador, aprovechando la ocasión, negoció con el Papa Clemente VII, que le autorizó a desmembrar cierta cantidad de bienes de las Ordenes militares aplicando los ingresos al Estado.

En tiempos de Felipe V, comienza verdaderamente la desamortización en lo civil y en lo eclesiástico, ordenando en 1738 la venta de tierras baldías realengas que habían roturado los pueblos y particulares. Carlos II, en 1770, dispuso que se enajenasen todas las tierras labrantías propiedad de los pueblos, excepto las destinadas al cultivo vecinal. Carlos IV, en 1798, ordenó vender los terrenos de hospitales, hermandades y obras pías, canjeándose su importe por títulos amortizables del 3 por 100 de renta.

Las Cortes de Cádiz de 1812 acometieron el problema en su conjunto, ordenando en 1813 la venta de los bienes que habían pasado al Estado, procedentes de la supresión de las Ordenes Militares y de la Inquisición, y también la mitad de los baldíos y tierras realengas, y el 10 por 100 de los terrenos de propios. Tales disposiciones fueron anuladas por Fernando VII, al regresar a España. En la etapa constitucional de 1820 a 1823 se prohibieron, en lo sucesivo, los mayorazgos y vinculaciones, y se suprimieron las Comunidades religiosas y Ordenes militares, cuyos bienes raíces pasaron a constituir «bienes nacionales», disponiéndose su venta. La restauración del régimen absolutista en 1823, dejó sin efecto tales disposiciones. Fallecido Fernando VII y en el go-

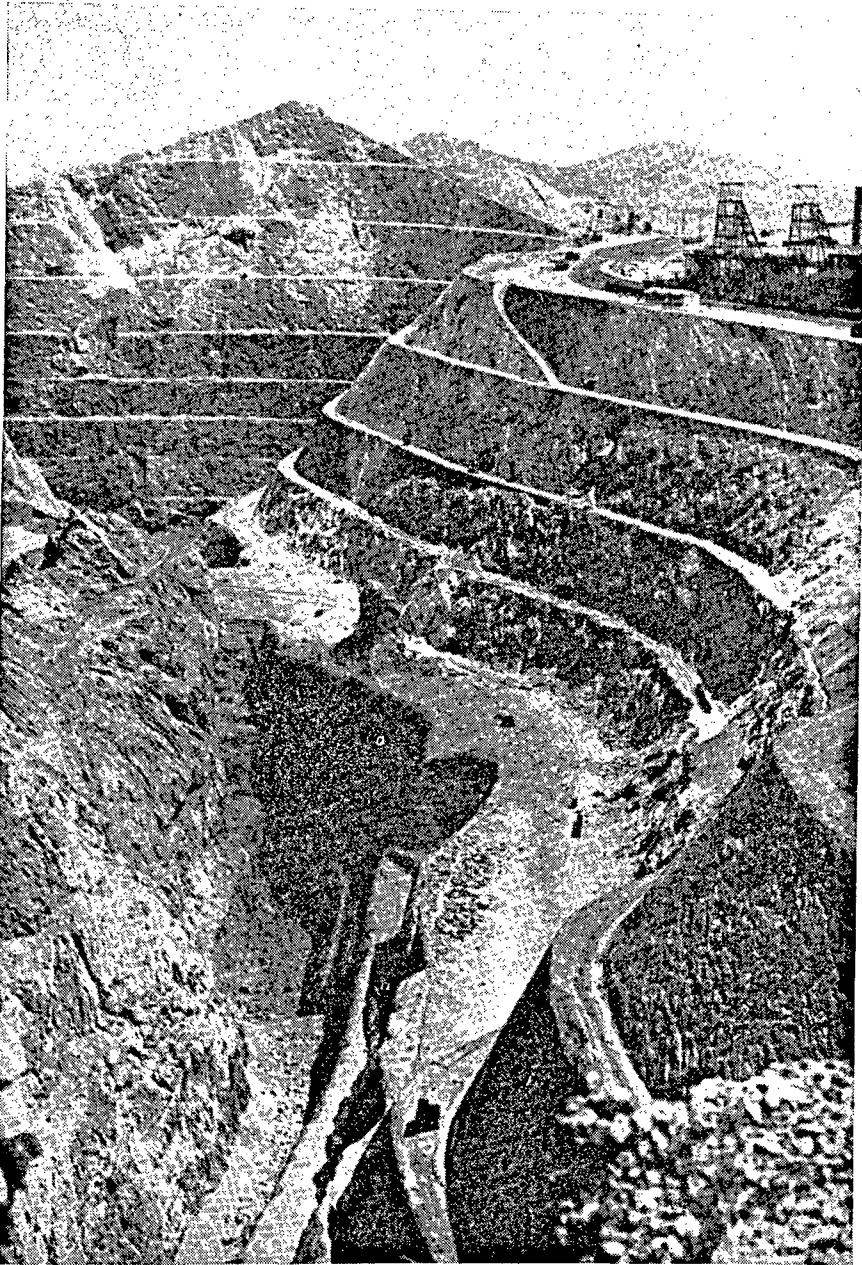


Fig. 356.—Explotación de la masa de pirita cobriza de La Zarza, cerca de Calañas (Huelva).

(Foto Hernández-Pacheco, agosto 1925.)

bierno el partido Progresista, se dispuso por el ministro Mendizábal la extinción de las Ordenes religiosas y la desamortización y venta de los bienes nacionales en virtud de los Decretos de 1835 y 1836 y Ley de 1837, invirtiéndose su producto en inscripciones intransferibles de la Deuda Pública al 3 por 100. La desamortización fué arma política de los dos partidos extremistas que lucharon y encendieron las guerras civiles durante el siglo XIX, y no produjo el resultado apetecido para mejora de la empobrecida hacienda nacional, porque el país estaba también casi arruinado, y el temor a que con los cambios políticos se dejasen sin efecto las adquisiciones, retraía a los compradores, por lo cual las ventas se hicieron a muy bajo precio y a largos plazos. Por las mismas causas el aumento agrícola fué lento, tardándose en que las roturaciones y descuajes transformasen los terrenos ocupados por el matorral, casi improductivo, en campos de cereales y en plantíos.

La penuria nacional obligó a enajenar las minas cupríferas de Huelva, yacimientos, en su tiempo, de los más importantes del mundo, vendiéndose, siendo jefe de la gobernación del Estado el general Serrano, a una compañía inglesa, en cantidad que se juzgó entonces cuantiosa. Este distrito minero produjo extraordinaria cantidad de cobre, mermando mucho la producción al finalizar el siglo XIX, pero constituyendo las escombreras y los filones en el comienzo del XX, gran riqueza en pirritas, base de la fabricación del ácido sulfúrico, que a su vez lo es de los abonos fosfatados (fig. 356). Las importantísimas minas de mercurio de Almadén se arrendaron por largo plazo a la banca de los Rostchild, quienes durante muchos años ejercieron el predominio mundial del comercio de mercurio.

#### DESARROLLO AGRÍCOLA, FORESTAL Y PECUARIO

Pasado tiempo, transferidas de unas manos a otras muchas de las primitivas adquisiciones, juzgándose consolidadas las propiedades adquiridas, con la tranquilidad y el resurgimiento económico del país, en el último cuarto del siglo XIX se aceleró la transformación agrícola y el cambio en la floresta hispana.

Se había creado el Cuerpo de Ingenieros de Montes, denominación que se dió en España a los encargados de la dirección del Servicio forestal del Estado, que atendió a la conservación y fomento de los bosques, regularizándose y ordenándose la explotación forestal de los del Estado y de los municipios (figs. 357 a 361).

Dos ilustres ingenieros de dicho Cuerpo destacan en la segunda mitad del siglo XIX; uno fué Máximo Laguna, autor de la monumental

obra de Botánica «Flora forestal de España». Otro fué Ricardo Codorniu, apóstol de la protección y difusión de la arboleda, patrocinador de la «fiesta del árbol», inculcando las plantaciones arbóreas como riqueza y ornato de los campos hispanos (fig. 362).

La utilización creciente de la madera en múltiples usos industriales, y especialmente para pasta de papel, hizo que se desarrollasen y difundiesen en el ámbito nacional especies exóticas, tales como los eucaliptos que ocuparon en las serranías de la Hispania higrófito espacios en los que el castaño desaparecía, atacado intensamente por la devastado-

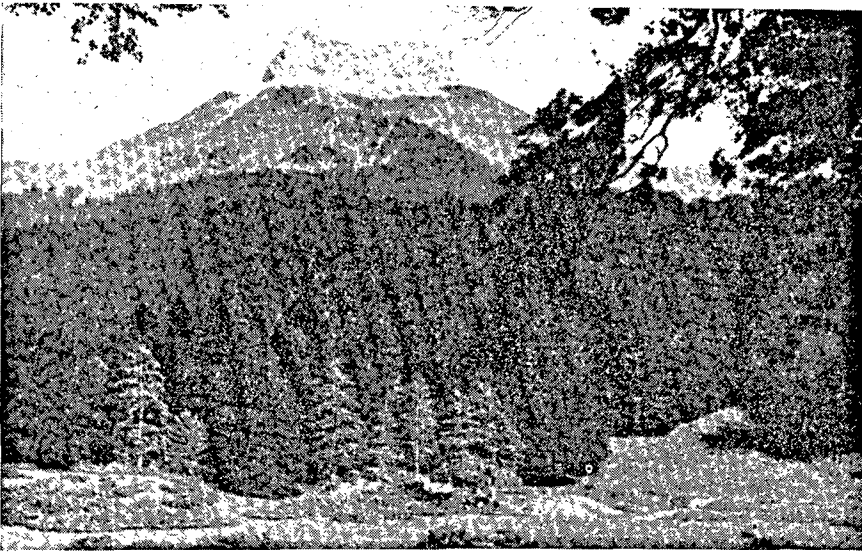


Fig. 357.—Bosque de hayas de Oza, al pie del Castillo, en el valle de Hecho, de los Pirineos Centrales de Huesca.

(Foto Hernández-Pacheco.)

ra «enfermedad de la tinta». El litoral arenoso de Portugal se vió cada vez más cubierto de pinares que, conteniendo la invasión de las dunas atlánticas, cambiaron el paisaje desolado, en plácido y ameno, creándose riqueza en donde amenazaba la esterilidad y la pobreza (fig. 363). En el litoral atlántico de Huelva se hicieron, en tiempos recientes, productivas plantaciones de eucaliptos, y en el litoral mediterráneo, como en Guardamar (Alicante), se contuvo con plantaciones arbóreas la invasión de las arenas marinas en los cultivos hortícolas de la cuenca del Segura. Los chopos papeleros, ocupando las vallonadas húmedas, introdujeron la nota alegre de la arboleda en las amplias llanuras sin umbrías de la an-

cha Castilla, como también en los terragales de Aragón cuando a ellos llegaron canalizadas las aguas de los ríos pirenaicos (figs. 364 y 365).

En el último cuarto del siglo XIX y en lo que va del presente, en el agro hispano, se realizó gran transformación por efecto, entre otras

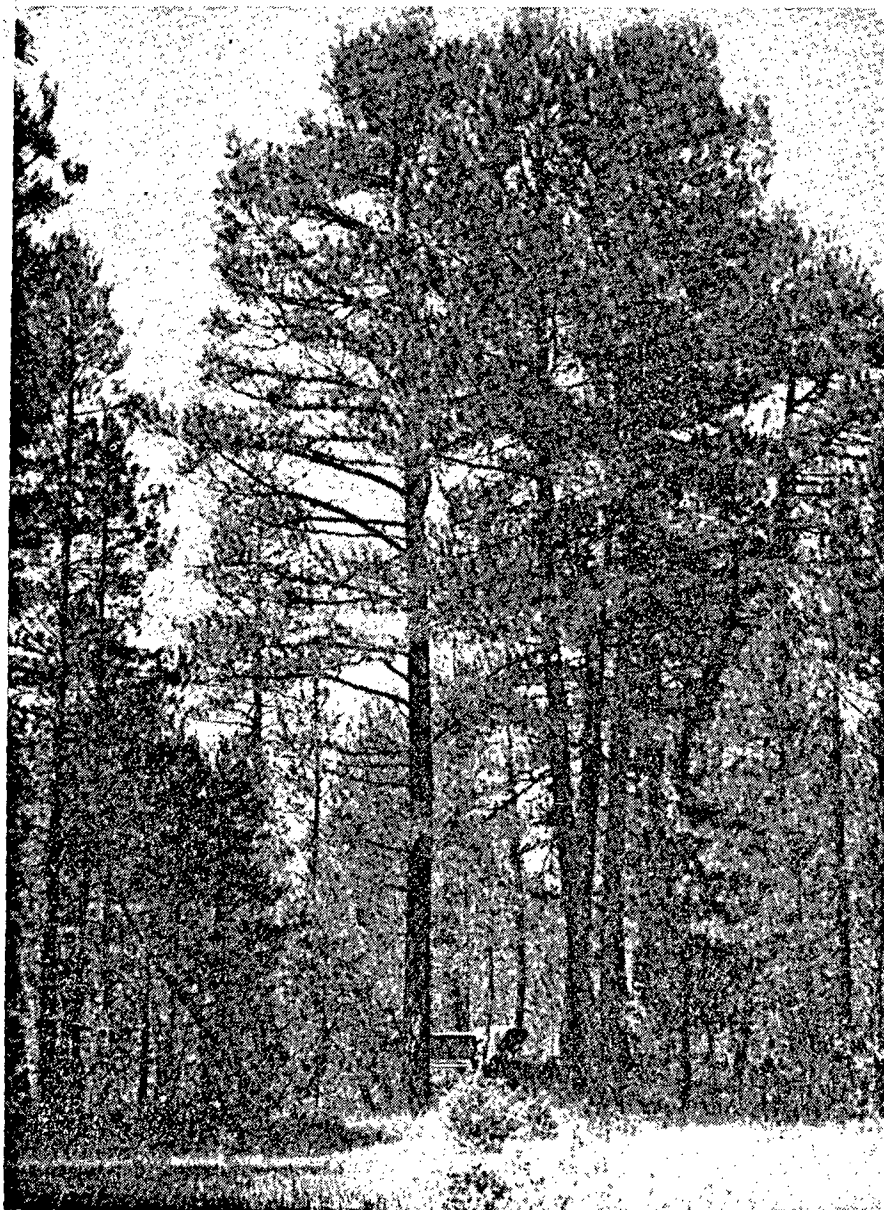


Fig. 358.—Pinar de los Palancares, en la serranía de Cuenca.

(Foto *Hernández-Pacheco*, 1921.)



Fig. 359.—Pinar de pinos piñoneros, en los terrenos arenosos de Espinosa de los Caballeros, en la tierra llana de Avila.

(Foto Hernández-Pacheco, agosto 1931.)

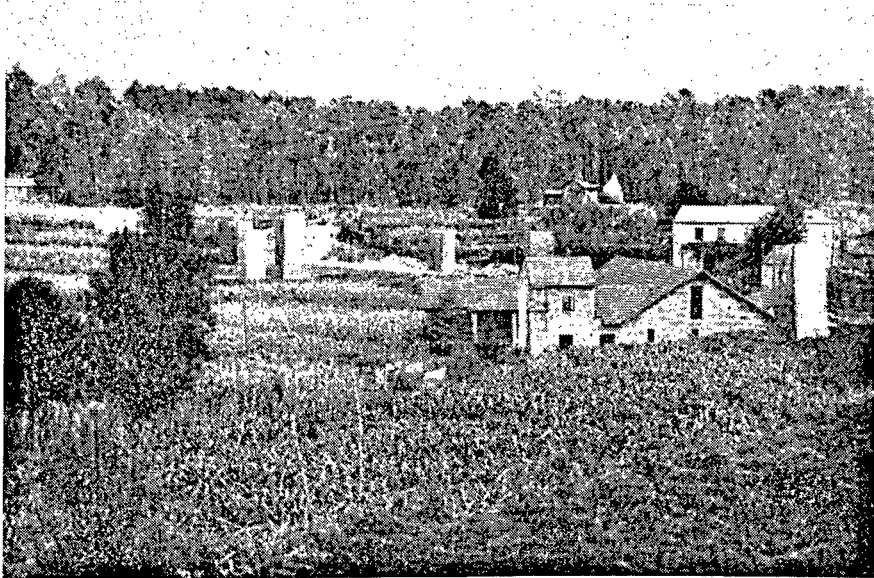


Fig. 360.—Pinar y serrería en Arbo, valle del Miño (Pontevedra).

(Foto Hernández Pacheco, 1931.)





Fig. 361.—Maderada en el Alto Tajo, en Zahorejas (Guadalajara).

(Foto Hernández-Pacheco.)

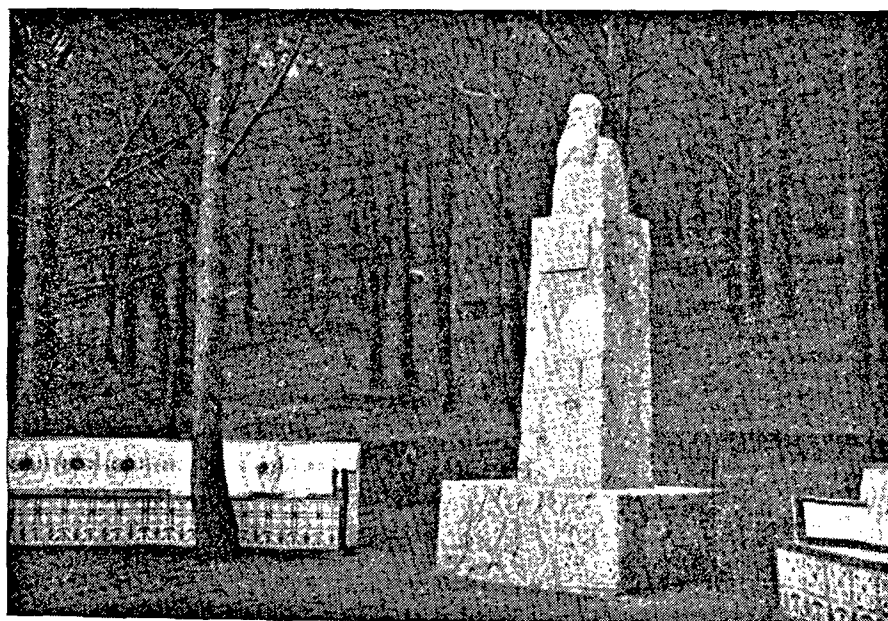


Fig. 362.—Busto en homenaje al ingeniero de Montes, Ricardo Codorniu, en el pinar repoblado de la Sierra de Espuña (Murcia).

(Foto Hernández-Pacheco, marzo 1931.)

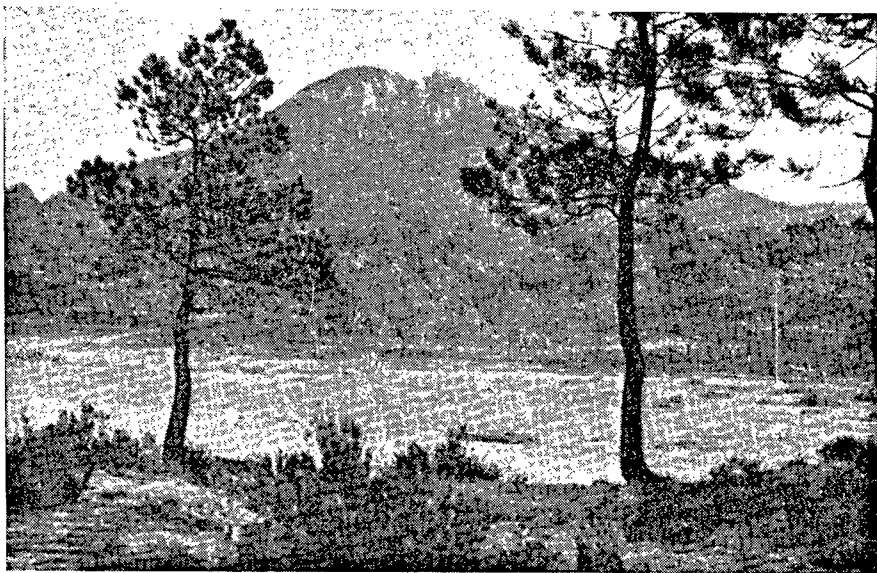


Fig. 363.—Pinar entre Leiria y la costa portuguesa. Bosque rodeando al cerro sienítico de São Bartolomé, cerca de la rada y puerto pesquero de Nazaré.

(Foto Hernández-Pacheco, 1935.)



Fig. 364.—Alameda en las inmediaciones de San Román del Valle (Zamora).

(Foto Hernández-Pacheco, agosto 1931.)



Fig. 365.—Soto en el Valle del Júcar, en las inmediaciones de Cuenca.  
(Foto *Hernández-Pacheco.*) 1921.)

causas, de la facilidad de transporte de los productos agrícolas, mediante la creciente red de carreteras y ferrocarriles. La amplia llanura manchega se llenó de viñedos fructíferos, por Manzanares, Valdepeñas, el Tomelloso, que de pequeña aldea se transformó en populoso centro urbano vinivíticola. Si en los tiempos actuales Sancho el bueno, al regreso de la siega en Tembleque, hubiera ido a visitar, a su amo Don Quijote, se hubiera asombrado de la transformación tan radical que el país había experimentado, y tan buen vino como el que, mano a mano, consumió con su compadre Tomé Celial, lo hubiera encontrado en casi todos los lugares de La Mancha.

La amplia hoya de Murcia comenzó con creciente intensidad a exportar a toda España y al extranjero los productos selectos y tempranos de su excelente huerta, y la Plana costera valenciana, también de antiquísima tradición hortícola, se llenó de los productivos naranjales, que en las primaveras floridas llenan el ambiente de efluvios aromáticos a lo largo del litoral del extenso golfo de Valencia. Análogo fenómeno se produjo en toda la Hispania xerofita, en las llanuras y vegas a donde llegan las aguas del regadío veraniego, complementarias del fecundo calor solar (figs. 366 a 370).

El olivar hispano, ya de gran fama en la época romana por la finura del aceite, especialmente el de la Bética, aumentó en gran manera donde quiera que prosperaba el sagrado árbol de Minerva, y la masa de olivos de Hispania es la mayor del mundo.

En las dos últimas décadas del siglo XIX comenzaron con intensidad los descuajes en los jarales extremeños, en Sierra Morena, en los rañales toledanos y en los Campos de Calatrava. En otras regiones los eriales y matorrales se roturaron, aumentando la extensión del agro productivos de campos cerealísticos, de viñedos y plantíos (figs. 371 y 372). De esta época de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX fué el gran incremento de las dehesas de arbolado, desarrollándose en ellas abundante ganadería porcina y lanar y extensos trigales y verdes campos de cebada, que el viento primaveral hace oscilar en oleadas, entre el chaparral de encinas y alcornoques que crecen pujantes (fig. 373).

Con las diversas aplicaciones industriales del corcho, este producto adquirió valor. En la amplia extensión del Suroeste de España y en todo Portugal (territorio de máximo desarrollo del alcornoque), este árbol espontáneo constituye importante capital de ahorro por la gran cosecha periódica de corcho cada nueve años (fig. 374).

En los territorios de la Hispania higrofitia, por la mitad Norte de Portugal, en Galicia, Asturias, Santander y Vasconia, aumentaron, como en toda Hispania, las extensiones cultivadas a expensas del ma-



Fig. 366.—Huerta de Murcia. Plantel de tomateras en abrigos individuales.  
(Foto Hernández Pacheco, marzo 1939.)



Fig. 367.—Construcción típica de la Huerta de Valencia, en la zona  
inmediata a la Albufera.  
(Foto Hernández-Pacheco, junio 1939.)

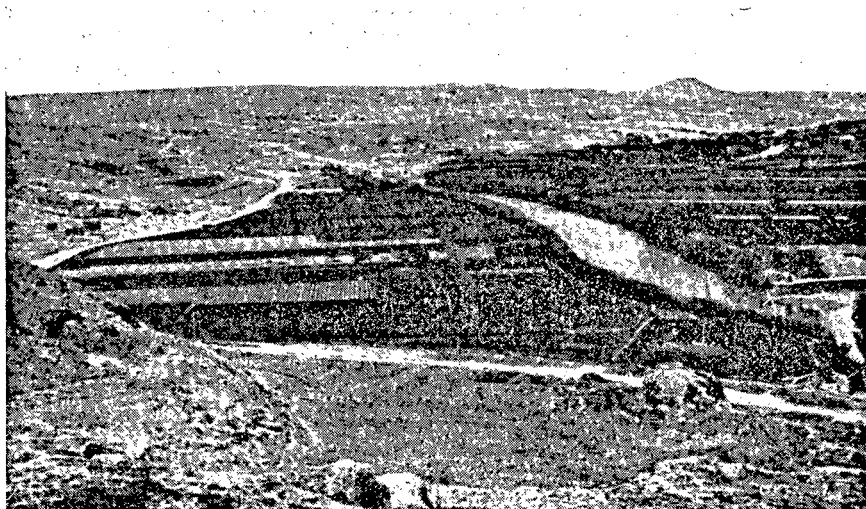


Fig. 368.—Vega de regadío en el tramo final del Segura cerca de Guardamar.  
Contraste entre el terreno de regadío y el de secano que le rodea.

(Foto Hernández-Pacheco, 1926.)

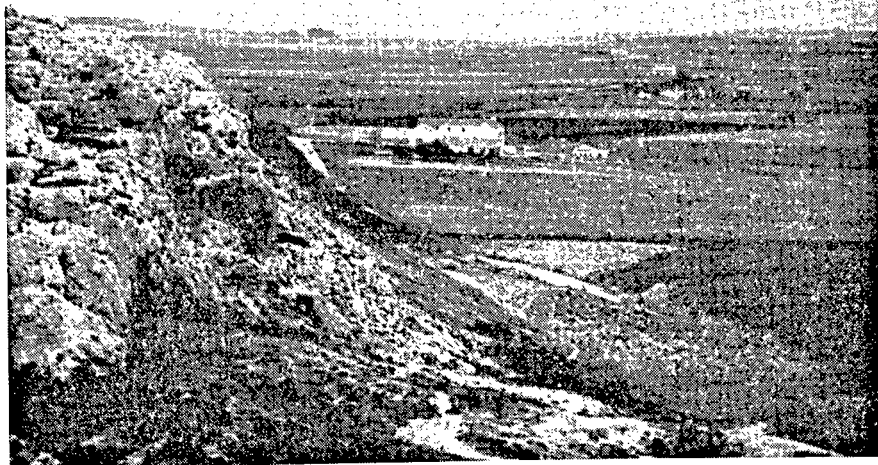


Fig. 369.—Cultivos en el delta del Guadalhorce, en las cercanías de Málaga.

(Foto Hernández-Pacheco, 1922.)



Fig. 370.—Llanura irrigada al Norte del Ebro, cercana a Zaragoza.

(Foto Hernández-Pacheco, 1920.)



Fig. 371.—Hoya con plantíos nuevos de viñedos y olivares, vista desde la Sierra del Agua, en Guadalcanal (Sevilla); territorio de Sierra Morena.

(Foto Hernández-Pacheco, agosto 1925.)



Fig. 372.—Transformación del matorral de cistáceas en plantíos de olivares, en las rañas de Cordobilla del Lácara (Badajoz).

(Foto Hernández-Pacheco, 1943.)

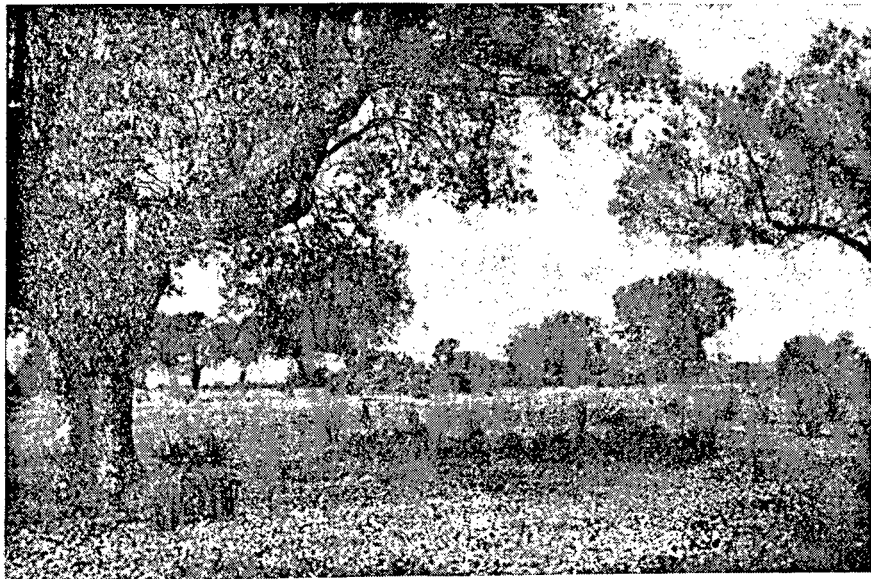


Fig. 373.—El valle de Alcudia en las cercanías de Veredas (Ciudad Real). Pradería florida y encinar.

(Foto Hernández-Pacheco, 1930.)



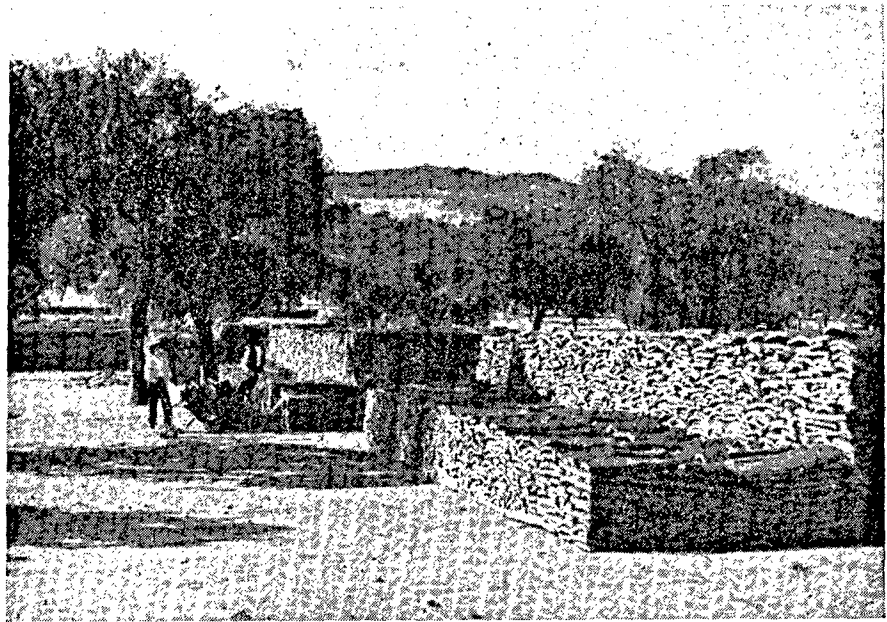


Fig. 374.—Pilas de corcho en una dehesa cercana a Salorino (Cáceres), en el territorio de la Sierra de San Pedro.

(Foto Hernández-Pacheco.)

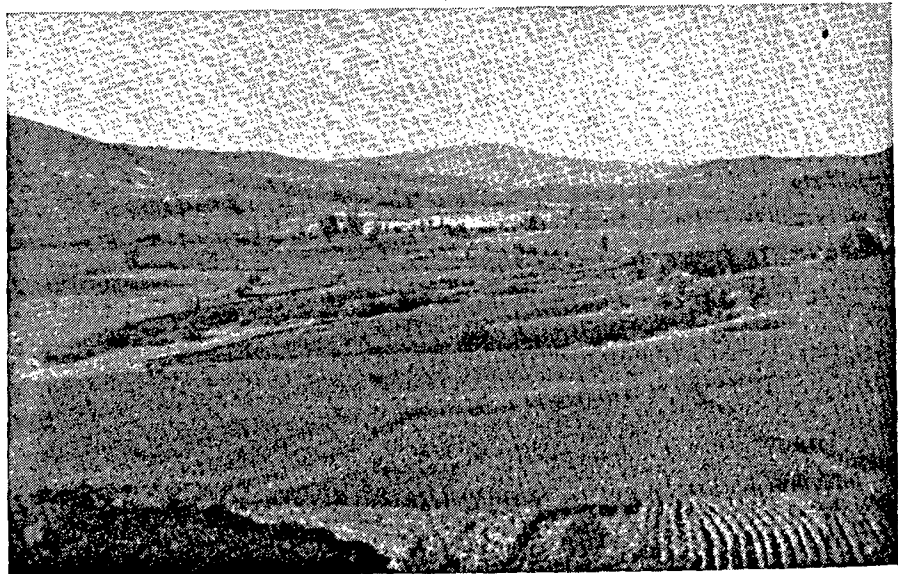


Fig. 375.—Cultivos intensivos de maizales en la vega de Castrelo de Miño, cerca de Ribadavia (Orense).

(Foto Hernández-Pacheco, 1931.)

torral de brezos, de aulagas y de helechos, ampliándose cada vez más las extensiones ocupadas por los maizales (fig. 675) y por la pradería. La ganadería intensiva de vacas lecheras aumentó extraordinariamente, y cuidadosa selección creó, en lo que va de siglo, excelentes razas vacunas lecheras y para carne, con dos excelentes razas santanderinas, una de estabulación, otra para aprovechamiento de pastos veraniegos de alta montaña. Riqueza ganadera que hace que Galicia, por sí sola, produzca más ganado vacuno que todo el conjunto peninsular de la Hispania xerofita.

A fines del siglo XIX se emprendió con intensidad la construcción de embalses fluviales, atajando con grandes presas los ríos hispanos. Preconizador entusiasta y tenaz de obras de tan extraordinario interés fué el político Gasset. Lo encajado de la mayor parte de los grandes ríos hispanos y de sus principales afluentes, permiten grandes saltos productores de abundante caudal de energía eléctrica, y almacenar en los ensanches de las vallonadas los caudales de las avenidas torrenciales para regadíos de las planicies litorales de la Península y de los llanos y grandes vegas interiores, cálidas, soleadas y de buen terreno laborable.

Tal obra ha adquirido gran desarrollo en lo que va transcurrido del siglo XX y sigue en marcha con intensidad creciente. Actualmente se prepara en Galicia el aprovechamiento total de las hondas hoces del Sil, mediante altas presas y saltos productores de energía eléctrica. Al terminar la primera mitad del siglo XX hay actualmente en España más de un centenar de embalses para regadíos y producción de energía eléctrica, cuya capacidad, en total, es de unos 7.000 millones de metros cúbicos de agua, pudiendo producir a embalse lleno unos 1.800 millones de kilovatios hora (figs. 376 a 380).

De este modo se camina hacia la consecución del deseo del maestro Cajal, «cultivar intensamente los yermos de nuestra tierra y de nuestro cerebro, salvando para la prosperidad y enaltecimiento patrios todos los ríos que se pierden en el mar, todos los talentos que se pierden en la ignorancia».

Al comenzar el siglo actual, se produjeron dos hechos que influyeron mucho en el desarrollo de los cultivos, especialmente en el cerealístico. Uno fué la generalización del empleo de los abonos químicos, especialmente el superfosfato cálcico en los cultivos de secano. El otro fué el empleo de los arados de desfonde en los terrenos con gran espesor de tierra arable de las llanuras del Guadalquivir y del Guadiana, sacándose a la superficie, agotada por muy continuadas cosechas, la capa inferior con reservas nutritivas acumuladas.

Actualmente, como consecuencia de las escaseces producidas por la



Fig. 376.—Típica noria primitiva en la llanura de Daimiel (Ciudad Real).

(Foto Hernández-Pacheco, 1930.)

guerra mundial, el agro hispano se resiente de falta de abonos fosfata- dos y nitrogenados, y de maquinaria adecuada a los tipos generales de propiedades rústicas, especialmente de pequeños tractores y de trans- portes automovilistas.

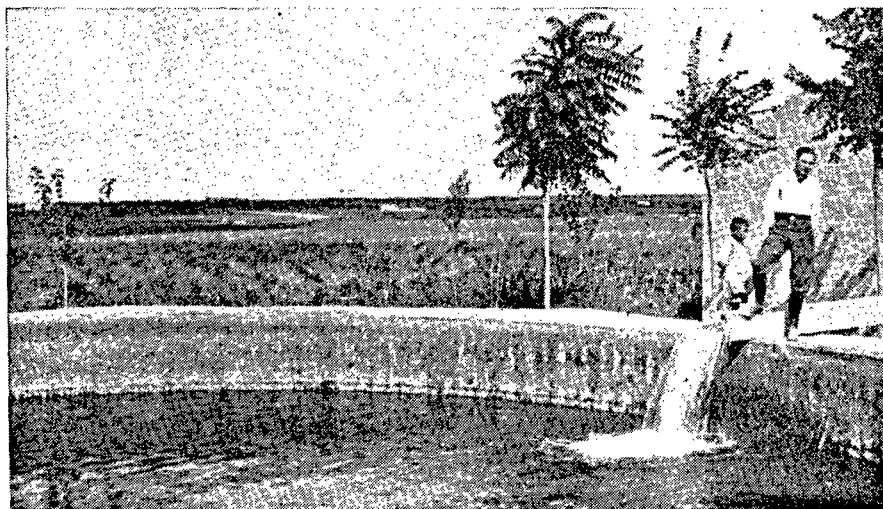


Fig. 377.—Moderna instalación para elevación del agua de la capa freática subte- rránea de la llanura de la Mancha en Torralba de Calatrava (Ciudad Real).

(Foto Hernández-Pacheco, 1930.)

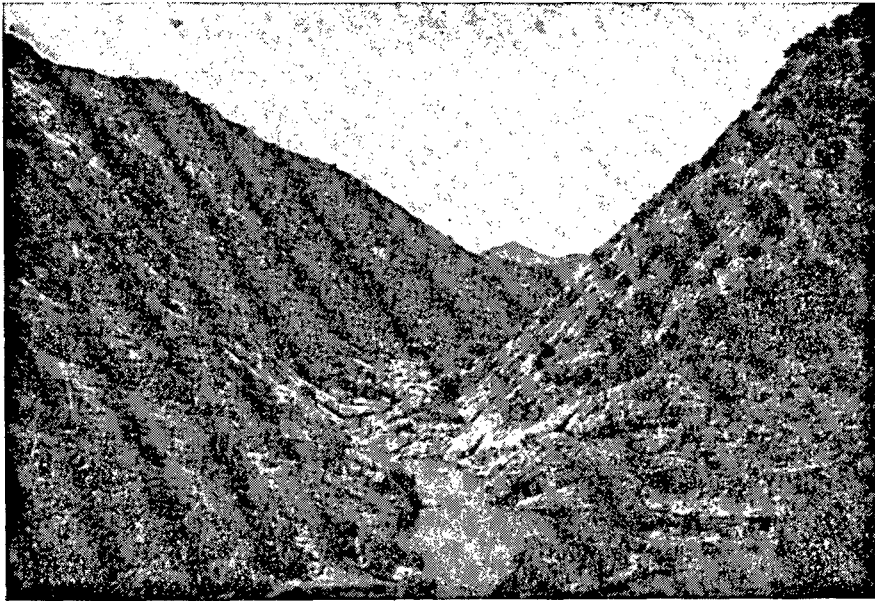


Fig. 378.—El Charco del Fraile en el río Jándula, en el despoblado de Sierra Morena, al Noroeste de Andújar (Jaén), en donde se ubicó la presa del embalse del citado río.

(Foto Hernández-Pacheco.)

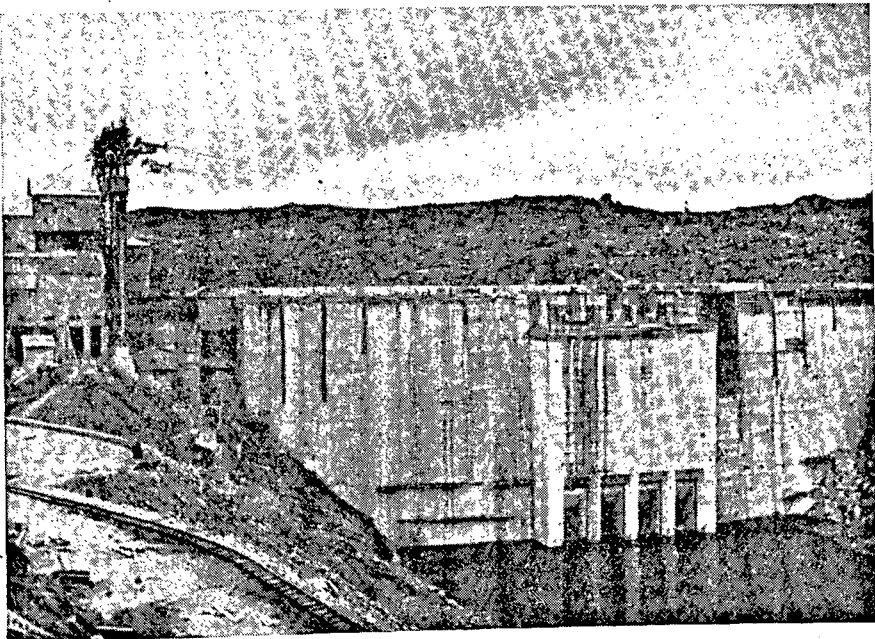


Fig. 379.—Presa en construcción para el embalse del Esla, en el congosto de Ricobayo (Zamora).

(Foto Hernández-Pacheco.)

Incompletamente resuelta es la cuestión de las epidemias de los vegetales, conocidas en la denominación genérica de «plagas del campo». Entre éstas se resolvió la producida por el insecto *Phylloxera vastatrix*, que destruyó en el último cuarto del siglo XIX y principios del XX los viñedos de la Península, cuyo remedio se encontró con el injerto de las variedades indígenas sobre patrones de vides americanas. Otras epidemias del viñedo hispano, tales como las enfermedades criptogámicas del mildiú (*Peronospora viticola*), es de curación bien conocida. La produ-



Fig. 380.—Embalse de Talave en el río Mundo, en Hellín (Albacete). Vista del lago artificial desde la presa.

(Foto Hernández-Pacheco, abril 1929.)

cida en los naranjos por el hemíptero denominado «piojo rojo», también ha sido combatida con las fumigaciones cianhídricas. Pero los encinares hispanos, especialmente los del Suroeste, son desde hace más de un cuarto de siglo atacados por un pequeño lepidóptero, el *Tortrix viridana*, epidemia que tan sólo algún año decrece, perdiéndose anualmente, con la cosecha de bellota, cientos de millones de pesetas. No está la cura de tan tenaz epidemia al alcance de los particulares, sino del Estado, y no mediante alguna experiencia espectacular, sino en la realización de campaña intensa y extensa, mediante la gasificación de los encinares, o por métodos que la técnica internacional conoce y emplea en casos análogos.

La distribución de la propiedad rústica, como la de la población humana, depende de diversos factores naturales; entre éstos, el clima y el relieve: Clima higrofito, con campos verdes en el verano; regadío de lluvia y terreno montañoso, originan población dispersa, predios de tamaño mediano o pequeño y ganadería intensiva. Clima xerofítico, campos agostados en el verano, sequía estival y territorio llano o en penillanura, producen población concentrada en pueblos, predios medianos y grandes y ganadería extensiva.

El regadío es incompatible con la propiedad extensa, y adecuado a la parcelada. El bosque maderero, y asimismo el terreno adhesionado, con encinar y cultivo complementario de la ganadería extensiva, es incompatible con el predio pequeño, debiendo tener un límite mínimo de extensión, del cual si se desciende la explotación agropecuaria no es productiva.

El latifundio, o sea el terreno de extensión desmesurada, y el minifundio, de pequeñez exagerada, son perjudiciales a la riqueza del país y a la colectividad nacional. En un buen régimen agropecuario, uno y otro exceso deben limitarse prudentemente, teniéndose en cuenta las características naturales de cada región.

La racional distribución de la propiedad rústica, en beneficio del conjunto nacional y de la mayor riqueza y prosperidad del país, está en el equilibrio y compensación de los tamaños de las propiedades. En un conjunto territorial cual el hispano, de tan gran variedad en sus regiones y comarcas, y de tanta diversidad en su naturaleza, el gobernante debe tener gran cuidado, al legislar respecto al campo, en que no se rompa tal equilibrio entre las diversas regiones naturales, que es esencial, a la unidad nacional del país.

*In uno plures et ex cunctis unum.*

## INDICE GENERAL

# INDICE GENERAL

	<u>Páginas</u>
PREÁMBULO .....	VII

## CAPITULO PRIMERO

TIEMPOS PREHISTÓRICOS Y PROTOHISTÓRICOS .....	1
Ambiente natural de la Península en la primitiva época humana .....	1
Etapa de la cultura cazadora en la primitiva humanidad hispana .....	15
Etapa de la cultura ganadera de las épocas prehistóricas .....	31
Distribución hispana del arte rupestre prehistórico: .....	47
<i>Epoca paleolítica (53).—Epoca mesolítica (54).—Epoca neolítica (55).</i>	
Etapa de la cultura agrícola en las épocas protohistóricas .....	57

## CAPITULO II

LA CULTURA ROMANA EN EL SOLAR HISPANO .....	63
Romanización de Hispania .....	63
Cultura hispano-romana en la época imperial .....	66
Población de Hispania en tiempos de Trajano y de Plinio el naturalista .....	73
Importancia demográfica de Tarraco (Tarragona) y de Emérita Augusta (Mérida) .....	81
La campiña y la floresta hispana en la época romana .....	85
La agricultura y el bosque hispanos según los agrónomos romanos Catón, Varrón y Columela .....	92
Esplendor y decadencia romana .....	96
Invasión de Hispania por los pueblos germánicos y unificación política visigoda .....	100
Población y régimen social y su influjo en la floresta y en la agricultura en la época visigoda .....	103

## CAPITULO III

LA INVASIÓN MUSULMANA Y EL CALIFATO DE CÓRDOBA .....	109
La invasión .....	109



	Páginas
Transformación social y agraria ... ..	112
Rebeldías en las serranías nórdicas e incipientes reinos cristianos ... ..	117
La Marca Hispánica y la rota de Roncesvalles ... ..	121
Rebeliones en el Andalus ... ..	123
Población hispana al final del siglo IX y expansión de los reinos cristianos ...	126
Abderramán III; pacificación del Andalus y hegemonía peninsular ... ..	128
Sancho el Gordo y el médico cordobés Hasdai ... ..	131
Magnificencia y esplendor cultural de Córdoba ... ..	133
Almanzor y sus razias al país de los cristianos ... ..	139
Descomposición del Califato de Occidente ... ..	143
Hixén II y el esterero de Calatrava ... ..	145

#### CAPITULO IV

DEL FIN DEL CALIFATO AL FIN DE LOS ALMORAVIDES ... ..	147
Fragmentación hispana; Fernando I y Alfonso VI ejercen la hegemonía peninsular ... ..	147
Distribución geográfica de la población hispana en los siglos XI y XII ... ..	152
Itinerarios militares ... ..	155
Desarrollo agrícola en los reinos moros; el libro de Abú-Zacaría ... ..	159
Artesanía, comercio y cultura mora ... ..	161
Desarrollo agrícola, social y cultura de los reinos cristianos ... ..	165
El lenguaje ... ..	169
Unidad racial y cultura de la Península en la época cidiana ... ..	172
Los Almoravides ... ..	176
Desembarco almoravide y batalla de Zalaca ... ..	178
Desaparición de los reinos de taifas ... ..	182
Defensa del Levante por el Cid ... ..	184
Intolerancia almoravide y desaparición de la convivencia cristiano-mora ...	188

#### CAPITULO V

DE LA INVASIÓN ALMOHADE AL CIERRE DE HISPANIA ... ..	193
Levantamiento de los musulines españoles contra los almoravides ... ..	193
La invasión almohade ... ..	195
Norte contra Sur ... ..	198
La rota de Alarcos ... ..	201
Geopolítica de los reinos hispanos al finalizar el siglo XII ... ..	206
Batalla de Alcab o de las Navas de Tolosa ... ..	209
Recuperación de Extremadura ... ..	230
Desarrollo cultural, agrícola y pecuario ... ..	237
Constitución del reino de Portugal ... ..	241
Recuperación de las Baleares y del Levante ... ..	244
Recuperación del valle bético ... ..	251
La lucha en el portal ... ..	256

	<u>Páginas</u>
El cierre de la puerta de entrada a las invasiones africanas ... ..	262
El «Libro de la Montería» de Alfonso XI ... ..	268
Distribución de la floresta peninsular y fauna cinegética de la Hispania selvática ... ..	282

#### CAPITULO VI

DEL CIERRE DE HISPANIA A LA TOMA DE GRANADA ... ..	315
Pedro I de Castilla, reinado de pesadilla ... ..	315
Expansión de catalanes y aragoneses por el ámbito mediterráneo ... ..	324
La cultura de la época del Rey Sabio y la civilización hispana desde mediados del siglo XIII a mediados del XV ... ..	327
Desarrollo agrícola, industrial y comercial en los siglos XIV y XV ... ..	343
El prepotente ganadero Don Gutierre de Sotomayor, maestro de Santiago... ..	354
Geopolítica hispana en la época de los Trastamaras ... ..	359
La Hispania de los Trastamaras: Aljubarrota ... ..	367
Camino de la unidad hispana: El compromiso de Caspe ... ..	381
Fin del reino moro de Granada ... ..	391

#### CAPITULO VII

LA SUPREMACÍA HISPANA ... ..	401
Reinado de los Reyes Católicos: Guerra de sucesión con Portugal ... ..	401
Sometimiento de la nobleza y restablecimiento del orden público ... ..	403
Unidad político-religiosa: La Inquisición y el problema de las minorías de judíos y moriscos: ... ..	405
<i>La Inquisición (405).—El problema de las minorías (408).</i>	
Población de Hispania al finalizar el siglo XV; desarrollo agrícola, industrial y comercial ... ..	418
Las grandes navegaciones, descubrimientos y conquistas de los hispanos ... ..	416
El emperador Carlos: Las Comunidades y la expansión imperialista ... ..	427
Población de Hispania a mediados del siglo XVI y estado de la floresta y de la agricultura ... ..	436
Reinado de Felipe II: Su política exterior e interior ... ..	440
Población de Hispania en el último cuarto del siglo XVI ... ..	447
Ordenanzas reales para la guarda y conservación de los montes de arbolado. ... ..	448

#### CAPITULO VIII

DECADENCIA Y RESURGIMIENTO HISPANO ... ..	457
La decadencia española ... ..	457
Estado de la ganadería y de la agricultura. La Mesta ... ..	464
Expulsión de los moriscos e influjo en la agricultura y economía nacional: ... ..	473
<i>Rebeliones en tiempos de los Reyes Católicos (474).—Rebeliones en Va-</i>	

<i>lencia, Aragón y serranías granadinas en tiempos del emperador Carlos los (475).—Rebelión en tiempos de Felipe II (477).—Expulsión de los moriscos (480).</i>	
Descomposición política: Guerra separatista de Cataluña ... ..	484
Separación de Portugal: La capitalidad hispana ... ..	488
Fin de la dinastía de los Austrias ... ..	495
La Hispania del siglo XVIII. Fomento nacional por la gestión de Carlos III y sus ministros ... ..	498
Epoca de Carlos IV ... ..	508
Población hispana en la segunda mitad del siglo XVIII y desarrollo agrícola y pecuario ... ..	515

CAPITULO IX

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ... ..	523
Características geoestratégicas del solar hispano ... ..	523
<i>Situación geográfica (524).—Características del relieve hispano (525).—Las tres Hispanias litológicas (532).</i>	
Primera fase de la guerra de la Independencia: ... ..	537
<i>Levantamiento nacional (537).—Rebelión de las fuerzas militares españolas en Portugal (539).—Combates del Bruch y primeros sitios de Gerona (541).—Fracasadas expediciones a Valencia (543).—Combate de Cabezón y batalla de Río seco (544).—Primer sitio de Zaragoza (545).—Bailén (546).—Campaña de Portugal. Convenio de Cintra (553).</i>	
Segunda fase de la guerra de la Independencia ... ..	555
<i>Napoleón en España (555).—Retiradas estratégicas de Blake y del conde de Alacha (558).—Regreso de Dinamarca del ejército del marqués de la Romana (561).—Napoleón y los ingleses. Campaña de Galicia (562).—Invasión de las llanuras centrales y de Cataluña (564).—Segundo sitio de Zaragoza y operaciones posteriores en Aragón (566).—Operaciones en la Mancha y Extremadura. Batalla de Medellín (567).—Invasión, ocupación y retirada de Oporto por el mariscal Soult (572).—Recuperación de Galicia y de Asturias (574).—Tercer sitio de Gerona (576).—Operaciones hacia Madrid. Batallas de Talavera y de Almonacid (579).—Operaciones en la penillanura salmantina (585).—Batalla de Ocaña y ocupación de la llanura bética por los franceses (587).</i>	
Tercera fase de la guerra de la Independencia ... ..	591
<i>Situación polémica del ámbito peninsular (591).—Campaña de Cataluña. Pérdida de Lérida y de otras plazas (593).—Bloqueo de Cádiz y de su bahía (596).—Operaciones en Extremadura: sitios de Badajoz (601).—Batalla de la Albuera. Sorpresa de Arroyomolinos y recuperación de Badajoz (607).—Ocupación de las plazas del litoral levantino. Sitio de Tortosa (613).—Incendio de Manresa. Sitio de Tarragona (617).—Sitios de Sagunto y de Valencia (619).—Liberación del litoral levantino (626).</i>	
Invasión y retirada de Portugal ... ..	628
<i>Características geoestratégicas de Portugal entre Tajo y Duero (628).—</i>	

	Páginas
<i>Invasión de Portugal (632).—Torres-Vedras (634).—Retirada del ejército de Massena (641).</i>	
Recuperación de la altiplanicie del Duero y del Centro hispano: ... ..	644
<i>Batalla de los Arapiles (644).—Descanso invernal de operaciones (648).</i>	
Retirada de los invasores del ámbito hispano. Batalla de Vitoria ... ..	649
Ocupación del Sur de Francia por el ejército aliado angloportugués y español.	653
Las guerrillas en la guerra de la Independencia ... ..	657
Gobernación de España durante la guerra de la Independencia. Las Cortes de Cádiz: ... ..	663
<i>Actividad de las Juntas regionales (663).—La Junta Central (667).—Cortes de Cádiz (669).—El año del hambre (671).</i>	
Juicio crítico de la guerra de la Independencia: ... ..	672
<i>El factor humano combatiente (673).—Influjo del mar en la guerra de la Independencia (677).—Las llanuras hispanas como campos de batalla (679).—La guerra de la Independencia en las penillanuras del Oeste peninsular (681).—Influjo de las serranías en la guerra de la Independencia (681).—Factores políticos internos y externos (683).—El solar hispano y sus hombres, factores de la victoria (684).</i>	
Efemérides de la guerra de la Independencia ... ..	686

## CAPITULO X

LOS TIEMPOS NUEVOS ... ..	691
Transformación espiritual y material. Surgimiento de las naciones americanas.	691
Las guerras napoleónicas. El reajuste de Europa. Portugal en el siglo XIX.	696
Reinado de Fernando VII y regencia de María Cristina de Borbón. Luchas entre absolutistas y constitucionales ... ..	699
Guerras carlistas: Expedición de Gómez ... ..	702
Reinado de Isabel II. El turbulento período de 1868 a 1874 ... ..	715
La restauración monárquica de Alfonso XII y Alfonso XIII ... ..	717
Progreso del país en el último cuarto del siglo XIX y primero del XX ... ..	719
Población hispana en los siglos XIX y XX. Resumen demográfico a través de la Historia ... ..	725
La desamortización de bienes nacionales y su influjo en la floresta hispana...	729
Desarrollo agrícola, forestal y pecuario ... ..	732

## ERRATA

Página 515, línea primera, dice 2.000, y debe decir 20.000.